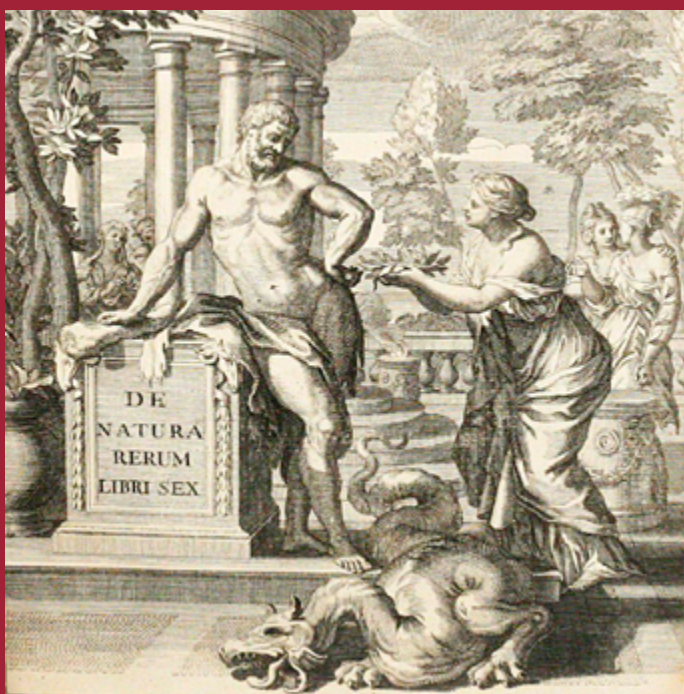


LUCRECIO EN ESPAÑA

Ángel Jacinto Traver Vera



LUCRECIO EN ESPAÑA

LUCRECIO EN ESPAÑA

ÁNGEL JACINTO TRAVER VERA

**HUELVA CLASSICAL
MONOGRAPHS**
15
**exemplaria classica
SUPPLEMENTS**



EDITORIAL BOARD

Giovanna Alvonì
Università di Bologna
Cynthia Damon
University of Pennsylvania
Juan A. Estévez Sola
Universidad de Huelva
Regla Fernández Garrido
Universidad de Huelva
Patrick Finglass
University of Bristol
Therese Fuhrer
Ludwig-Maximilians-Universität München
Guillermo Galán Vioque, *Managing Editor*
Universidad de Huelva

Richard Hunter
University of Cambridge
Gauthier Liberman
Université Michel de Montaigne Bordeaux III
Míriam Librán Moreno
Universidad de Extremadura
Antonio Ramírez de Verger, *Editor*
Universidad de Huelva
Luis Rivero García
Universidad de Huelva
Lucía Rodríguez-Noriega Guillén
Universidad de Oviedo
Consuelo Ruiz Montero
Universidad de Murcia

DATOS EDICIÓN

PRIMERA EDICIÓN EN FORMATO EBOOK: octubre 2023
PRIMERA EDICIÓN EN FORMATO PAPEL: octubre 2023
© Serv. Publicaciones. Universidad de Huelva
© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba
<https://www.uco.es/ucopress/index.php/es/>
© Ángel Jacinto Traver Vera
I.S.B.N. papel: 978-84-19397-76-8
el.S.B.N. pdf: 978-84-19397-77-5
el.S.B.N. epub: 978-84-19397-78-2
Depósito legal: H 490-2023

PAPEL

PAPEL
Ahuesado industrial de 90 g/m²
Impreso en papel de bosque certificado
ENCUADERNACIÓN
Encolado PUR
Printed in Spain. Impreso en España
DISEÑO, MAQUETACIÓN Y EBOOK
Maquetación

Obra sometida al proceso de evaluación de calidad editorial por el sistema de revisión por pares.
Este volumen ha sido financiado con la colaboración de la Universidad de Córdoba y el Centro de Investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural (CIPHCHN) de la Universidad de Huelva

Publicaciones de la Universidad de Huelva y Publicaciones de UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba son miembros de UNE

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

EL EBOOK LE PERMITE



Citar el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar notas
y búsquedas
internas



Volver al
índice pulsando
el centro del pie
de la página

A Ana

ÍNDICE

PREFACIO	13
CONVENCIONES Y ABREVIATURAS	19
I. INTRODUCCIÓN	25
1. PRESENTACIÓN.....	27
2. PROPÓSITO Y METODOLOGÍA	31
II. EL <i>DE RERUM NATURA</i> DE LUCRECIO.....	37
1. VIDA Y OBRA DE LUCRECIO.....	39
2. LA FILOSOFÍA DE EPICURO	44
2. 1. Vida y formación filosófica de Epicuro.....	44
2. 2. Resumen del epicureísmo	46
2. 2. 1. <i>La Canónica epicúrea</i>	46
2. 2. 2. <i>La Física epicúrea</i>	47
2. 2. 3. <i>La Ética epicúrea</i>	48
3. PERVIVENCIA DEL EPICUREÍSMO EN GRECIA Y ROMA	50
4. ESTRUCTURA Y TEMÁTICA DEL <i>DE RERUM NATURA</i>	53
4. 1. Estructura	53
4. 2. Temática	57
4. 2. 1. <i>Libros I-II: la Física epicúrea</i>	57
4. 2. 2. <i>Libros III-IV: la Psicología y la Epistemología epicúreas</i>	58
4. 2. 3. <i>Libros V-VI: la Mundología y los fenómenos naturales</i>	59
III. RECEPCIÓN DE LUCRECIO EN LA ANTIGÜEDAD (ss. I. A. C.-VI).....	61
1. LAS EDICIONES CICERONIANA Y PROBIANA DEL <i>DE RERUM NATURA</i>	63
2. FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA LATINA DE ÉPOCA AUGÚSTEA Y FLAVIA	65
2. 1. El magisterio de Lucrecio.....	65
2. 2. Influencia en los poetas	65
2. 3. Recepción en los filósofos y científicos.....	70
2. 4. Influjo en los gramáticos, rétores y comentaristas.....	73
3. FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA TARDOLATINA PAGANA	75
4. FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA PATRÍSTICA CRISTIANA	78
4. 1. El sincretismo cristiano	78
4. 2. Lucrecio y los autores cristianos.....	82

IV. LUCRECIO EN ESPAÑA.....	85
1. LUCRECIO EN LA EDAD MEDIA (ss. VI-XIV)	87
1. 1. Fortuna de Lucrecio en el Medievo.....	87
1. 2. Lucrecio en las bibliotecas medievales	90
1. 3. Los manuscritos medievales conservados del <i>De rerum natura</i>	92
1. 4. Ausencia de Lucrecio en las antologías medievales.....	95
1. 5. Lucrecio en la literatura medieval española.....	99
1. 5. 1. <i>Isidoro de Sevilla</i>	99
1. 5. 2. <i>Sisebuto de Toledo</i>	109
1. 5. 3. <i>Don Juan Manuel</i>	115
2. LUCRECIO EN EL RENACIMIENTO (ss. XV-XVI)	117
2. 1. Poggio Bracciolini y su hallazgo del <i>De rerum natura</i>	117
2. 2. La importancia de Lucrecio para la rehabilitación de Epicuro	120
2. 3. Influencia de Lucrecio en la literatura renacentista italiana	124
2. 4. La importancia de Nápoles para la difusión de Lucrecio en España	126
2. 5. El texto y la censura eclesiástica	135
2. 6. Imitadores españoles de Lucrecio en el Renacimiento.....	145
Benet Garret. Fernando de Rojas. Juan Boscán. Garcilaso de la Vega. Hurtado de Mendoza. Hernando de Acuña. Fray Luis de León. Fernando de Herrera. Francisco Pacheco. Francisco de Aldana. Miguel de Cervantes. Francisco de Medrano. Andrés Fernández de Andrada.	
3. LUCRECIO EN EL BARROCO ESPAÑOL (s. XVII)	197
3. 1. Las claves culturales y literarias del Barroco español	197
3. 2. Razones del interés por Lucrecio durante el Barroco.....	199
3. 3. Imitadores de Lucrecio en el Barroco español.....	200
Lupercio Leonardo de Argensola. Luis de Góngora. Fray Melchor de la Serna. Bartolomé Juan Leonardo de Argensola. Lope de Vega. Juan de Arguijo. Francisco de Quevedo. Francisco López de Zárate. Juan de Jáuregui. Francisco de Rioja. Pedro Calderón de la Barca.	
4. LUCRECIO EN LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA (s. XVIII).....	247
4. 1. La querella contra la escolástica.....	247
4. 2. El interés por Lucrecio en la Ilustración española	250
4. 3. La censura eclesiástica y la difusión del <i>De rerum natura</i>	253
4. 4. Las primeras traducciones castellanas del <i>De rerum natura</i>	263
4. 4. 1. <i>Traducciones castellanas completas</i>	263
1. <i>La versión en prosa de Santiago Sáez (1785)</i>	264
2. <i>La versión en verso del presbítero Matías Sánchez (1832)</i>	271
2. 1. <i>El ms. II 646 de la Biblioteca del Palacio Real (1832)</i>	272
2. 2. <i>La autoría de Matías Sánchez</i>	276
2. 3. <i>El ms. 287 de la Biblioteca Menéndez Pelayo (1791)</i>	277
2. 4. <i>La atribución a José Marchena y la edición de Menéndez Pelayo (1896)</i>	285
2. 5. <i>El informe de la Academia Greco-Latina</i>	290
2. 6. <i>Estilo de la traducción de Matías Sánchez</i>	301

4. 4. 2. Traducciones castellanas perdidas y parciales	311
Antonio Llodrá. Francisco Javier de Burgos. Gabriel Císcar. Alberto Lista. Félix M. Hidalgo. Andrés Bello.	
4. 5. Claves del movimiento neoclásico.....	330
4. 6. Imitadores de Lucrecio en la Ilustración española	333
Benito Jerónimo Feijoo. José Pons. Nicolás Fernández de Moratín. Ignacio López de Ayala. Leandro Fernández de Moratín. Gabriel Císcar. José Marchena. Diego José Abad. Rafael Landívar. Pedro Paz Soldán. José Joaquín Olmedo. Alberto Lista. Juan Nicasio Gallego. Javier de Burgos. Mar- tínez de la Rosa. Ventura de la Vega. Mariano José de Larra. José de Espronceda.	
5. LUCRECIO EN EL ROMANTICISMO ESPAÑOL (CA. 1770-1870)	371
5. 1. Claves del movimiento romántico.....	371
5. 2. Lucrecio visto por los románticos.....	373
5. 3. Imitadores de Lucrecio en el Romanticismo español	376
José Cadalso. Pedro Montengón. Conde de Noroña. Manuel de Cabanyes. Manuel Bretón de los Herreros. Juan Arolas. José de Espronceda. José Zorrilla. Miguel de los Santos Ál- varez. Gustavo Adolfo Bécquer.	
6. LUCRECIO EN LA LITERATURA REALISTA ESPAÑOLA (CA. 1840-1890)	402
6. 1. Fundamentos ideológicos: el positivismo	402
6. 2. Claves del movimiento realista	406
6. 3. El realismo en España	407
6. 4. Lucrecio entre 1850-1900.....	409
6. 5. El krausismo en España y Lucrecio	412
6. 6. La traducción de Manuel Rodríguez-Navas (1892).....	423
6. 7. Traducciones parciales.....	434
Marcelino Menéndez Pelayo. Antonio José Restrepo. Pedro Estasén y Cortada.	
6. 8. Imitadores de Lucrecio durante el realismo	443
Ramón de Campoamor. Juan Valera. Gaspar Núñez de Arce. Manuel de la Revilla. Joaquim María Bartrina. Benito Pérez Galdós. Leopoldo Alas "Clarín".	
7. LUCRECIO EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA	464
7. 1. El epicureísmo en la filosofía del siglo XX y Lucrecio en el siglo XXI.....	464
7. 2. Lucrecio en la Generación del 98 y en el modernismo (1882-1932).....	472
7. 2. 1. Imitadores de Lucrecio encuadrados en estos movimientos	474
Manuel Reina. Rubén Darío. Miguel de Unamuno. Pío Ba- roja. Francisco Villaespesa. Gabriel Miró.	
7. 3. Lucrecio en la Generación del 27	487
7. 3. 1. Imitadores de Lucrecio de la Generación del 27.....	488
Pedro Salinas. Jorge Guillén. Vicente Aleixandre. Gerardo Diego. Luis Cernuda. Juan Gil-Albert.	

7. 4. Lucrecio en la poesía existencialista de postguerra (1939-1970).....	509
7. 4. 1. <i>Imitadores de Lucrecio en la poesía existencialista</i>	511
Dámaso Alonso. Blas de Otero.	
7. 5. Lucrecio en el Grupo Cántico	515
Juan Bernier Luque. Pablo García Baena. Antonio Gala.	
7. 6. Lucrecio en los poetas contemporáneos	520
José M. ^a Valverde. Agustín García Calvo. José Agustín Goytisolo. Jaime Gil de Biedma. Aníbal Núñez San Francisco. Pere Gimferrer. Miguel d'Ors. Xabier Paz. Luis Alberto de Cuenca. Jaime Siles. Javier Velaza. Aurora Luque.	
7. 7. Lucrecio en los prosistas contemporáneos.....	541
Gonzalo Torrente Ballester. Manuel Vicent. Juan José Millás. Javier Marías. Rafael Chirbes.	
V. CONCLUSIÓN	549
VI. BIBLIOGRAFÍA	563
VII. APÉNDICE DOCUMENTAL	619
VIII. ÍNDICES	623
1. <i>INDEX RERUM ET AUCTORUM</i>	625
2. <i>INDEX LOCORUM</i>	669

PREFACIO

El autor de este libro, *Lucrecio en España*, nos invita a emprender en su compañía un viaje. No un viaje breve ni banal, sino largo e intrincado, a veces aventurero y peligroso, siempre ameno y fascinante. La fortuna de Lucrecio en el mundo occidental, en general, y en España, en particular, ha sido extensa, variada y fértil, contra lo que cabría esperar del tenor materialista y “hereje” del poeta romano, que se propuso difundir en la Roma antigua la doctrina epicúrea mediante esa forma genérica, épico-didáctica, que hoy resulta tan extraña.

La poesía de Lucrecio ha ejercido una influencia inmensa en la cultura occidental porque, a diferencia de otros autores latinos (circunscritos al plano literario), ha actuado en tres dimensiones: la filosófica, la científica y la literaria. Hace ahora una década que, por mor del objetivo azar, Stephen Greenblatt, el padre del Nuevo Historicismo, publicó un libro titulado *The Swerve* (en español, *El giro*) (2011), que portaba el significativo subtítulo de *De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*. Este libro recibió merecidamente en Estados Unidos el National Book Award (2011) y el premio Pulitzer (2012). Greenblatt postulaba la relevancia del redescubrimiento del texto de Lucrecio en la construcción del pensamiento moderno.

Este libro de Ángel Jacinto Traver Vera no es producto de la improvisación, sino fruto granado de una labor extendida en el tiempo. El autor ha cultivado sus estudios lucrecianos ya durante un cuarto de siglo (1998-2023). En 1998 empezó a investigar sobre esta cuestión para la realización de su tesis doctoral, de la que me cupo el honor de ser director. En 2009 defendió brillantemente la tesis en la Universidad de Extremadura y obtuvo la calificación de Sobresaliente *cum laude* por unanimidad, así como la mención de Doctor Europeo.

Para el tema y el título de la investigación (*Lucrecio en España*) nos inspiramos, *mutatis mutandis*, en el libro *Séneca en España* (1969, traducción española de 1983), del venerable hispanista alemán Karl Alfred Blüher. Pero no se nos ocultaba que el territorio en el que nos adentrábamos era en buena medida *terra incognita*. En un pionero artículo de 1995, que examinaba la presencia de Lucrecio en Gabriel de Ciscar, la profesora Elena Herreros Tabernero había alertado sobre la necesidad de rastrear la recepción de Lucre-

cio en España: “Este tema [sc. la huella de Lucrecio en España] apenas ha sido tratado, no hay ningún estudio global sobre Lucrecio en España” (1995: 283, n. 8). Desde entonces no se ha publicado ninguna investigación destacable sobre esta temática, con las honrosas excepciones de un esclarecedor trabajo de García Armendáriz (2002) sobre Lucrecio en la España de Fernando VII y los numerosos estudios parciales del propio Traver Vera, en que ha ido adelantando sus descubrimientos y reflexiones. Así pues, la elaboración y publicación de un estudio abarcador era un *desideratum* científico.

Superado el trámite de la defensa doctoral, el autor continuó con sus investigaciones a un ritmo sosegado pero tenaz, paseando sus pesquisas por bibliotecas y archivos, y recorriendo una selva de bibliografía primaria y secundaria. Sin tener ninguna agenda teórica que defender y basándose exclusivamente en los datos literarios, documentados en sus lecturas, Ángel J. Traver Vera trabaja en la mejor tradición positivista de Marcelino Menéndez Pelayo, de Ernst Robert Curtius, de Gilbert Highet y de María Rosa Lida de Malkiel. El resultado de 25 años de desvelos es una obra llamada a perdurar como referencia, en la estela de la *Literatura Europea y Edad Media Latina* (1948) de Curtius o de *La Tradición Clásica* (1949) de Highet.

Traver Vera no se limita a analizar las conexiones ya detectadas por la bibliografía secundaria, sino que explora las fuentes primarias y escudriña archivos y bibliotecas para descubrir nuevas evocaciones que habían pasado desapercibidas a la crítica. En su largo viaje no solo recorre los caminos, también desbroza terrenos y saca a la luz algunos tesoros. En este libro el autor revela, por ejemplo, que el manuscrito *Caesaragustanus* de Lucrecio, del siglo XV, no está perdido como se creía, sino conservado en la Biblioteca del Calbido de Zaragoza, donde él lo redescubrió; restituye a Matías Sánchez la autoría de una traducción castellana de Lucrecio que tradicionalmente había sido atribuida al abate Marchena, corrigiendo a Marcelino Menéndez y Pelayo y a Agustín García Calvo; asimismo, descubre la base lucreciana de dos importantes novelas de Rafael Chirbes, llegando a desempolvar de la biblioteca personal de Chirbes la edición bilingüe de Lucrecio que el novelista había manejado y anotado. En cuestiones más generales, Traver Vera nos regala capítulos muy ilustrativos de historia cultural, como sobre la importancia del reino de Nápoles para la difusión de Lucrecio en España, la apropiación de postulados de Lucrecio por la filosofía de los siglos XIX y XX, la relación ambivalente del Krausismo con Lucrecio o la recepción de Lucrecio en los poetas de la generación del 27.

Escribió Oscar Wilde en *The Critic as Artist* que la crítica literaria es la única forma civilizada de autobiografía. La presente obra enseña mucho sobre la recepción de Lucrecio en España, pero no menos sobre las cualidades y valores de Traver Vera. Se diría que un prolongado y familiar trato con el texto de Lucrecio lo ha imbuido de los valores lucrecianos y epicúreos. También podría interpretarse al revés: que ha encontrado en Lucrecio reflejo

y confirmación de sus propias opciones: la querencia por una vida sencilla y carente de ambición, la aplicación del método racional y científico a sus investigaciones, el empirismo materialista (que concede más atención a los datos que a las teorías), la integridad ética, el agradecimiento, la lealtad y la *pietas*, y la alta estima concedida a la amistad. La publicación de esta obra viene a reconocer, tras estos años de constante dedicación vocacional, el valor de sus investigaciones; por ello, agradezco de corazón al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva y al profesor Antonio Ramírez de Verger (director de la Colección de Anejos de *Exemplaria Classica*) el interés que han mostrado por la edición de este libro; así como a los sucesivos directores de UCOPress (Juan Pedro Monferrer y Elisa Borsari) su amable disposición a participar en la coedición del libro.

En el año 2015 el famoso crítico Harold Bloom (1930-2019) se preguntaba, en el prefacio que escribió a una reimpresión de *La Tradición Clásica* de Highet, qué cosas, en un contexto vital de despedida, podían conferir significado y alivio a su vida. En 2023 la cuestión cobra actualidad y sentido. La crisis económica, la corrupción ética y política, la pandemia de la COVID-19 y la guerra injusta nos han recordado que vivimos inmersos en un sistema fluido e inestable, carente de certidumbres. Buscando una respuesta a la cuestión de Bloom, he recordado las palabras que el latinista francés Pierre Grimal formuló hacia 1950: “Los sistemas envejecen, a veces con extrema rapidez; solo los datos de los textos son inmutables”. Con una motivación similar, durante la segunda guerra mundial, mientras todos los valores de la cultura europea se derrumbaban, Ernst Robert Curtius buscaba consuelo en el rastreo de los tópicos literarios clásicos que, transmitidos en latín durante la Edad Media, habían conformado la cultura occidental moderna. A mí los datos textuales, relativos a la recepción de Lucrecio en la cultura europea y española, que tan concienzudamente ha recabado y comentado Ángel Traver Vera para este libro, me proporcionan sosiego emocional y un asidero mental. Por ello le quedo muy agradecido.

Una columna periodística, titulada “Universo”, que Manuel Vicent publicó en 1993, concluía con una proclama por la sencillez vital, muy de tenor epicúreo: «Si de todo el Universo uno desecha lo que no necesita, al final solo queda una ensalada, algunos versos de Virgilio, una persiana verde, alguna ropa de algodón, una pared de cal y una tarde muy larga para departir con un amigo». Para la nostalgia de estas tardes azules no concibo mayor consuelo que departir sobre los versos de Lucrecio con mi amigo Ángel.

GABRIEL LAGUNA MARISCAL

CONVENCIONES Y ABREVIATURAS

CONVENCIONES

Para las referencias de los autores latinos seguimos el *Thesaurus Linguae Latinae* (Teubner, 1904), si bien con ligeras diferencias de puntuación y tipografía (*v. gr.* Ov. *Am.* I 8, 21 en lugar de Ov. *am.* 1, 8, 21). Las citas de los autores griegos siguen las convenciones del diccionario de Liddell-Scott (Oxford, 1990). Las siglas de los libros de la Biblia son las mismas que utiliza la *Vulgata* de Colunga-Turrado (Madrid, 1985). Los títulos de las publicaciones periódicas no han sido abreviados, dada la variedad de disciplinas a las que pertenecían las revistas. Las citaciones de las obras consultadas se rigen por la norma usual anglosajona. Por tanto, mencionamos en cuerpo de texto el apellido del autor, la fecha del libro, el volumen, si fuera preciso, y las páginas concretas. En la bibliografía final se detallan los demás datos.

Usamos la edición de C. Bailey (1998² = 1947) para los textos de Lucrecio, tomando, si es preciso, la variante oportuna del aparato crítico, en particular, cuando comparamos traducciones de las que desconocemos qué edición siguieron exactamente los autores. En ese caso, indicamos la variante en cursiva.

Hemos incluido, siempre que ha sido posible, las fechas de nacimiento y muerte de los escritores y de los personajes célebres. Si aparecen sus nombres tanto en el cuerpo de texto como en las notas, damos estos datos normalmente la primera vez que aparecen en el cuerpo principal; si no, la primera vez en las notas. Si los autores son objeto de estudio, los proporcionamos entonces en su apartado.

Respetamos la puntuación y ortografía original de los textos españoles, sin adaptarlos a la normativa actual, salvo aquellos tomados de ediciones modernas que los hubieran normalizado.

A lo largo del estudio indicamos con cierta frecuencia la biblioteca y la signatura de algunos manuscritos y, sobre todo, de muchos libros que consideramos valiosos, raros o ejemplares únicos.

ABREVIATURAS

1. COMUNES

<i>ca.</i> : <i>circa</i>	<i>n.</i> : nota
<i>cap.</i> : capítulo	<i>n.º</i> : número
<i>cf.</i> : <i>confer</i>	<i>o. c.</i> : <i>opus citatum</i>
<i>cod.</i> : <i>codex</i>	<i>p. / pág.</i> : página
<i>coord.</i> : coordinador/a	<i>r.</i> : <i>recto</i>
<i>dir.</i> : director/a	<i>ref.</i> : referencia
<i>ed.</i> : edición, editor/a, editorial	<i>reimp.</i> : reimpresión
<i>esp.</i> : especialmente	<i>sc.</i> : <i>scilicet</i>
<i>exp.</i> : expediente	<i>s. v.</i> : <i>sub voce</i>
<i>f. / fol.</i> : folio	<i>t.</i> : tomo
<i>fl.</i> : <i>floruit</i>	<i>tab.</i> : tabla
<i>fr.</i> : fragmento	<i>univ.</i> : universidad
<i>ibid.</i> : <i>ibidem</i>	<i>v.</i> : <i>verso</i>
<i>id.</i> : <i>idem</i>	<i>v. gr.</i> : verbigracia
<i>i. e.</i> : <i>id est</i>	<i>vol.</i> : volumen
<i>loc.</i> : <i>locus</i>	<i>vid.</i> : <i>vide</i>
<i>ms.</i> : manuscrito	

2. BIBLIOTECAS¹

- AHMC: Archivo Histórico Municipal de Castellón de la Plana
- BAM: Biblioteca del Ateneo de Madrid
- BC: Biblioteca de Cataluña (Barcelona)
- BCCS: Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla
- BCMZ: Biblioteca del Cabildo Metropolitano de Zaragoza
- BCUG: Biblioteca Central de la Universidad de Granada
- BCUZ: Biblioteca Central de la Universidad de Zaragoza
- BESB: Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona
- BFAC: Biblioteca de la Fundación Antonio Concha (Navalmoral de la Mata, Cáceres)
- BFTV: Biblioteca de la Facultad de Teología de Vitoria (Seminario Diocesano)
- BGN: Biblioteca General de Navarra (Pamplona)
- BGUB: Biblioteca General Universitaria de Barcelona
- BGUS: Biblioteca General Universitaria de Salamanca

¹ Muchos de los libros conservados en estas bibliotecas y en otras muchas están ya disponibles en distintos repositorios en la red. Citamos a continuación los portales digitales que más hemos usado: Google Libros, Biblioteca Digital Hispánica, Catálogo Cisne, WorldCat, Gallica, Europeana Collections, HathiTrust Digital Library, Internet Archive y Memòria Digital de Catalunya. Además, el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español actualiza constantemente los fondos antiguos de las bibliotecas españolas.

- BGUSC: Biblioteca General Universitaria de Santiago de Compostela
- BGUSe: Biblioteca General Universitaria de Sevilla
- BGUV: Biblioteca General Universitaria de Valencia
- BHMV: Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” (Madrid)
- BMMC: Biblioteca del Monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja)
- BMP: Biblioteca Menéndez Pelayo (Santander)
- BMSM: Biblioteca Municipal Serrano Morales (Valencia)
- BN: Biblioteca Nacional (Madrid)
- BNF: Biblioteca Nacional de Francia (París)
- BPAZ: Biblioteca del Palacio Arzobispal de Zaragoza
- BPE: Biblioteca Pública del Estado (con indicación de la ciudad)
- BPR: Biblioteca del Palacio Real (Madrid)
- BS: Biblioteca del Senado (Madrid)
- BUPC: Biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas (Cantoblanco, Madrid)
- BUPSC: Biblioteca Universitaria y Provincial de Santa Cruz (Valladolid)
- CSIC: Bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)
- RAC: Biblioteca de la Real Academia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (Madrid)
- RACMP: Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid)
- RAE: Biblioteca de la Real Academia Española (Madrid)
- RAH: Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid)
- RBME: Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial (San Lorenzo de El Escorial, Madrid)
- RIEA: Biblioteca del Real Instituto de Estudios Asturianos (Oviedo)

3. DICCIONARIOS Y FLORILEGIOS RENACENTISTAS

- Cov.: Sebastián de COVARRUBIAS. *Tesoro de la lengua castellana o española, según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de 1674* (Serie “Lengua y Literatura” 3. Ed. preparada por Martín de Riquer), Barcelona: Alta Fulla.
- Lang.: Josefo LANGIO. *Florilegii magni seu polyanthae floribus novissimis sparsae, libri XX*, Francofurti cum gratia et privilegio S. Caesaris Majestatis, sumptibus Haeredum Lazari Zetzneri, anno M. DC. XXIIIX. Ejemplar: BGUSe SE-U, A 164/055.
- Mir. *Vir.*: Octaviano MIRÁNDULA. *Viridarium illustrium poetarum*, p. Bernardinum de Vital’ Venetum, M. D. VII. Ejemplar: BN 2/66.954.
- Mir. *Ill.*: Octaviano MIRÁNDULA. *Illustrium poetarum flores*, Lugduni, in Officina Hug. A’ Porta, apud Fratres de Gabiano, M. D. XCIIII. Ejemplar: BPE de Cáceres A/857.

- Tex.: Ravisio TEXTOR. *Epitheta Ioannis Ravisii Textoris*, Lugduni, in Bibliopolo Petri Rigaud, M. DC. VII. Ejemplar: BGUS-Archivo histórico 53206.

4. OBRAS DE REFERENCIA

Enciclopedias e historias

- EUI: Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana, Madrid: Espasa-Calpe, 1908-1930.
- EUM: Enciclopedia Universal Micronet. Edición Clásica (CD rom), Madrid: Micronet² (disponible en la dirección www.encyclonet.com).
- HCLE: F. RICO (dir. 1982-1995): *Historia y Crítica de la Literatura Española* (Páginas de Filología), 9 vols. con suplementos, Barcelona: Ed. Crítica³.
- HU: AA. VV. (2004), *Historia Universal*, 24 vols., Madrid: Ed. Salvat-El País.
- MLE: F. B. PEDRAZA y M. RODRÍGUEZ (1981-2005): *Manual de Literatura Española*, 11 vols., Tafalla: Cénlit Ediciones.

Fuentes textuales epicúreas

- Arrigh.: ARRIGHETTI, G. (1973² = 1960): *Epicuro: Opere* (Biblioteca di Cultura Filosofica 41), Torino: Giulio Einaudi Editore.
- Us.: USENER, H. (1966 = 1887): *Epicurea*, Stutgardiae: In aedibus B. G. Teubneri.
- Ferg.: FERGUSON, M. (1993): *Diogenes of Oinoanda: The Epicurean inscription* (La Scuola di Epicuro. Supplemento 1), Napoli: Bibliopolis.

² Las citas de esta obra se harán de la siguiente manera: Articulista (EUM: *sub voce* concreta).

³ Dadas las peculiaridades de esta obra de conjunto, se citará como sigue: Articulista (año HCLE volumen: páginas).

INTRODUCCIÓN

1. PRESENTACIÓN

Este libro resume y actualiza mi tesis doctoral¹, titulada *Lucrecio en España o la recepción de un epicúreo en la Literatura Española* y defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres el año 2009. Su director, el catedrático Gabriel Laguna Mariscal, me guio paciente y sabiamente, al punto que, si algún mérito tiene, se debe en gran medida a su profundo conocimiento del tema y a su acribia, que ha sido, como discípulo, la cualidad suya que más he intentado emular. Los errores, en cambio, son míos, y anticipo que los hay, porque, al penetrar en esta *silva*, a menudo, *obscura*, preferí considerar hitos de Lucrecio algunos que lo recordaban, aunque fuera vagamente, antes que dejarlos sin acotar.

Desde que en 1996 leí, siendo Gabriel también mi mentor, la tesina *El tópicos del denuesto de la riqueza desde la tradición grecolatina hasta los Siglos de Oro en España*, mi interés por la Literatura Comparada y, más concretamente, por la tradición clásica ha ido creciendo. Aunque al principio la tesis me pareció árida, ahora, pasado el tiempo, creo que fue el mejor regalo que, como maestro, pudo hacerme, pues la tarea conjugaba gran número de disciplinas elementales tanto de la Filología Clásica como de la Literatura Comparada: la ecdótica, la *constitutio textus*, la paleografía, la traducción, la historia, la filosofía, la retórica o el comentario textual de las imitaciones.

Quiero también recordar y expresar mi gratitud a los profesores Ángela Palacios Martín, Luis Rivero García, Míriam Librán Moreno, Manuel Sanz Morales y Carmen Guerrero Contreras, quienes a lo largo de estos años me han animado en la tarea. A Antonio Ramírez de Verger, director de *Huelva Classical Monographs*, he de agradecerle su generosa invitación para publicar la obra en esta prestigiosa colección. Saber que mi estudio irá junto al *Diccionario de motivos amorios en la Literatura Latina* me llena de satisfacción. Por último, a Elisa Borsari, directora de UCOPress, su voluntad de que fuese fruto de la colaboración fraterna de dos universidades andaluzas.

¹ Fue fruto del Proyecto de Investigación “Lucrecio en España” (1998-2002), subvencionado por la Consejería de Educación y Juventud de la Junta de Extremadura (n.º exp.: FI-C98A253).

Esta investigación muestra, pese a la opinión más extendida, que la impronta de Lucrecio en nuestro país no ha sido insignificante y plantea, por ello, nuevos interrogantes sobre el influjo concreto del *De rerum natura* (*DRN*) en muchos intelectuales españoles. Lucrecio ha sido un autor fundamental para la cultura de Occidente. Baste decir que su única obra expone los fundamentos antiguos de la física atómica. Y en la actualidad su legado intelectual es objeto de intenso análisis, como atestiguan la multitud de estudios publicados en las dos últimas décadas en torno a su influencia en la literatura, la filosofía y la ciencia². Está, de hecho, de moda, tras la aparición en 2011 del *best seller* de Stephen Greenblatt, *The Swerve: How the World became Modern*, un ensayo que ha conseguido divulgar de forma amena la figura y obra de Lucrecio entre miles de lectores y que ha transmitido, no sin polémica en los ámbitos académicos (Traver, 2021: 312), la idea de que el poeta romano y su maestro Epicuro son los únicos fundadores de la secularización moderna.

España no ha estado al margen de este proceso histórico y la recepción de Lucrecio puede explicar aspectos sobre los impedimentos que una parte sustancial de nuestro país ha opuesto al librepensamiento hasta hace unas

² El reconocimiento internacional, más allá de la Filología Clásica, es particularmente significativo en el mundo anglosajón, donde han aparecido varias monografías durante el primer cuarto del siglo XXI (Hardie, Prosperi y Zucca, 2020: 2-3). He aquí una selección de las obras publicadas: V. Prosperi (2022): *Il fantasma di Lucrezio. La perduta traduzione del De rerum natura di Giovan Francesco Muscettola*, Pisa: Edizioni della Normale; Ph. R. Hardie, V. Prosperi y D. Zucca (eds. 2020): *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura*, Berlin-Boston: De Gruyter; Ph. Chométy et M. Rosellini (2017): *Traduire Lucrèce. Pour une histoire de la réception française du De rerum natura (XVI^e-XVIII^e siècle)*, Paris: Honoré Champion Éditeur; P. Vesperi (2017): *Lucrèce. Archéologie d'un Classique européen*, Paris: Fayard; D. Norbrook, St. Harrison y Ph. Hardie (eds. 2016): *Lucretius and the Early Modern*, Oxford: Oxford UP; J. Lezra y Liza Blake (eds. 2016): *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, New York: Palgrave Macmillan; M. Beretta (2015): *La rivoluzione culturale di Lucrezio. Filosofia e scienza nell'antica Roma* (Biblioteca di Testi e Studi 1042. Storia della Scienza e del Pensiero Scientifico), Roma: Carocci Editore; Ada Palmer (2014): *Reading Lucretius in the Renaissance* (I Tatti Studies in Italian Renaissance History), Cambridge: Harvard UP; M. Paladini (2011): *Lucrezio e l'epicureismo tra Riforma e Controriforma*, Naples: Liguori Editore; Gerard P. Passannante (2011): *The Lucretian Renaissance: Philology and Afterlife of Tradition*, Chicago: The University of Chicago Press; P. Lestringant y E. Naya (eds. 2010): *Renaissance de Lucrèce* (Cahiers du Centre V. L. Saulnier 27), Paris: Presses Sorbonne Université; J. Warren (2009): *The Cambridge Companion to the Epicureism*, Cambridge: Cambridge UP; M. Beretta y F. Citti F. (eds. 2008): *Lucrezio, la natura e la scienza*, Firenze: Olschki; Ph. Hardie y S. Gillespie (eds. 2007): *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP; V. Prosperi (2004): *Di soavi licor gli orli del vaso. Fortuna di Lucrezio dal Rinascimento alla Controriforma*, Roma: Aragno; S. Gambino Longo (2004): *Savoir de la nature et poésie des choses. Lucrèce et Épicure à la Renaissance italienne* (Bibliothèque Littéraire de la Renaissance 59), Paris: Honoré Champion, y Alison Brown (2000): *The Return of Lucretius to Renaissance Florence* (I Tatti Studies in Italian Renaissance History), Cambridge: Harvard UP.

décadas³. Las razones de esta oposición estribarían en el peso histórico de la Iglesia en nuestro país, en algunos aspectos mayor que en el resto de Europa, al menos desde tiempos de la Reconquista. Aquellos siglos de luchas se sostuvieron no solo por razones económicas o territoriales, sino también por defender la fe y cultura cristianas; de ahí que, tras casi ochocientos años (711-1492), la Iglesia, como institución representante de aquella voluntad, llegara a ostentar una autoridad indiscutible, no solo moral, sino también cultural y política en nuestro país.

Tan solo cuatro años después del *annus mirabilis* de 1492, en el que Cristóbal Colón (1451-1506) descubrió el Nuevo Mundo y los Reyes Católicos, Isabel I de Castilla (1451-1504) y Fernando II de Aragón (1452-1516), culminaron la Reconquista con la toma de Granada, el papa Alejandro VI (1492-1503) otorgaba en la bula *Si convenit* al matrimonio el título de “Católicos” en virtud de sus méritos en la defensa de la cristiandad. Cuando la reforma de Lutero (1483-1546) rompió la unidad de esta en Europa y Carlos I de España, Sicilia y Cerdeña (1516-1556) y V emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1520-1558), el soberano más poderoso entonces, tomó la firme resolución de recuperarla con una severa contrarreforma, la Iglesia española consolidó su protagonismo e influencia, llegando a ser un actor de primerísimo orden en los vastos dominios de la *Monarchia hispanica*. En otros países europeos, de fe asimismo católica, como Italia o Francia, ese control e influencia de la Iglesia no fueron tan decisivos.

Al margen de esta peculiaridad hispánica, Lucrecio ha pervivido en la civilización occidental, porque era un clásico de renombre ya en la Antigüedad y su obra, una joya literaria excepcional del género didáctico. Resultaba, además, útil desde el punto de vista científico. Gozó, por ello, de las prerrogativas de los autores grecolatinos, a pesar de argumentar con tenacidad contra la vida ultraterrena, la providencia de los dioses y la inmortalidad del alma, como vino a sugerir el jesuita José Mendive (1898: 412-13). Cuando Poggio Bracciolini, en los albores del Renacimiento, redescubrió su texto el año 1417, la física epicúrea, expuesta con detalle entre sus versos, comenzó a ganar prestigio en detrimento de la aristotélica. La teoría corpuscular explicaba mejor muchos fenómenos naturales como si fueran meros mecanismos sin intervención divina. El átomo, el elemento básico de la cosmovisión epicúrea, era simplemente materia y, si bien liberaba a la indagación científica de los dogmas, entraba, sin embargo, a menudo en contradicción con ellos.

³ En la década de 1830-40, coincidiendo con la traducción del *DRN* en verso del presbítero Matías Sánchez (1832), la universidad española adoptó la divisa *libertas perfundet omnia luce*, inspirándose curiosamente en el verso lucreciano II 148. Pero enseguida sería objeto de modificaciones para acallar su talante libertario. En la Universidad de Barcelona, por ejemplo, este lema fue sustituido en 1939 por la imagen de la Inmaculada Concepción de María y hasta 1987 no sería de nuevo restablecido (Valverde, 1987: 7-8).

Fue el sacerdote y eminente filósofo Pierre Gassendi (1592-1655), coetáneo de Galileo, el primero que intentó seriamente conciliar el atomismo epicúreo con la ortodoxia cristiana. En efecto, el epicureísmo cristianizado de Gassendi, toda vez rechazado el antiprovidencialismo de Lucrecio, sostenía que los átomos eran finitos, que su movimiento tenía causa eficiente y que habían sido creados por Dios. Aunque con desavenencias, fe y razón podían ir de la mano. Pero, si la lectura del *DRN* en su lengua materna proyectaba dudas en la fe, incluso entre intelectuales de sólidas creencias, su divulgación en lengua romance las generalizaba, de ahí la tensión y su prohibición⁴.

Ante esta posibilidad, hacerlo coto exclusivo de intelectuales versados en latín resultaba oportuno; pero desde finales del siglo XVII el interés por el *DRN* fue creciendo, al tiempo que las reticencias de la Iglesia católica por divulgarlo en las lenguas romances. Con todo, incluso algunos intelectuales cristianos, como era el caso de varios traductores, opinaban que había que hacerlo accesible al público, pues, pese a su descarada irreligiosidad, ni la fe ni los valores cristianos sufrirían menoscabo. En los siglos XVIII y XIX, cuando el conflicto entre materialistas, liberales y católicos se volvió más descarnado, la demanda en España de una versión castellana llegó a ser más intensa. En este contexto, cobran sentido las siguientes palabras de quien fuera presidente del Gobierno, José Canalejas y Méndez (1874: 160), con apenas veinte años y casi a otros tantos de publicarse la primera traducción al castellano del *DRN* (1892), debida a Manuel Rodríguez-Navas:

Si la fé es enérgica y robusta no será poderosa contra ella la duda: si es una fé dúctil ó hipócrita nada pierden individuos y pueblos con perderla. Entendemos, pues, contra gentes cuya ortodoxia repugna el estudio del arte latino por pagano y singularmente del poema de Lucrecio por ateo, que esta maravillosa creación artística debe ser propagada y difundida, sin que por ello se haga agravio á la obsequiosidad y respetos á las creencias y principios sociales que á todos no son por ministerio de la razón obligatorios.

Otro presidente de España, Pi y Margall, escribiría el prólogo a aquella primera traducción lucreciana (1892: I), en el que celebraría que se hubiera vertido el poema al castellano. Que dos presidentes de España hubieran auspiciado su publicación no es síntoma, precisamente, de que Lucrecio fuera un

⁴ Esta actitud precavida, de difundir si acaso el pensamiento lucreciano entre una *respublica litterata*, es manifiesta en el cardenal Giovanni Delfino (1617-1699), cuyo ciclo inédito de diez diálogos filosóficos y científicos, en los que cita a menudo a Lucrecio como autoridad, estaba dirigido a un público avezado en los últimos descubrimientos científicos e ideas filosóficas; pero al mismo tiempo comprometido en no difundirlas ni hacerlas accesibles a una audiencia mayor (Sarnelli, 2020: 251-67). Cf. también el relato de Prosperi (2022: 64-67) sobre la buena acogida del gasendismo en Nápoles y las reticencias de las autoridades eclesiásticas por considerarlo un reclamo para estudiar el herético poema de Lucrecio.

poeta olvidado en nuestro país; sino, más bien, de que su obra, pese a sus méritos artísticos y filosóficos, no había sido “propagada y difundida” en justa medida, como hacía ya dos siglos en otros países de Europa. Es más, cuatro años después, en 1896, Marcelino Menéndez Pelayo, uno de los más insignes defensores del tradicionalismo católico, publicó una traducción atribuida al “abate” Marchena. Y ya mucho antes, incluso entre el clero, hubo quienes, como Antonio Llodrá (ca. 1800) o Matías Sánchez (fl. ca. 1832), romancearon a Lucrecio para darlo a conocer, aunque apenas sin éxito.

2. PROPÓSITO Y METODOLOGÍA

Esta obra investiga cuál ha sido la recepción del *DRN* de Lucrecio en la literatura y cultura españolas desde la Edad Media hasta nuestros días, prestando también atención a su impronta en algunos escritores de Hispanoamérica. La tradición de Lucrecio en España apenas ha recibido atención de la filología española, permaneciendo como *terra incognita* prácticamente hasta mediados del siglo pasado. La primera investigación extensa sobre su fortuna apareció en 1951, dentro del tomo VII (Hostio-Plauto) de la ciclópea *Biblioteca Hispano-Latina Clásica* preparada por el eximio Marcelino Menéndez Pelayo a principios del siglo XX; pero publicada décadas más tarde por Sánchez-Reyes (1950-1953), conformando los volúmenes 44 a 53 de la *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo* (Alatorre, 1959: 115). En aquel tomo VII, el erudito santanderino recogió un generoso florilegio de traductores e imitadores lucrecianos (pp. 77-103). Aparte de este augural trabajo, casi nadie se interesó por el tema hasta hace tres décadas, cuando E. Herreros Tabernero (1995: 281-93) y después J. I. García Armendáriz (2002: 103-18) publicaron sendos artículos en los que planteaban la cuestión como un *desideratum* de la Filología Clásica española.

Ha sido la condición histórica de España como *Monarchia catholica*, de bastión frente al protestantismo desde el siglo XVI, la que ha difundido cierta *communis opinio* de que el *DRN*, el poema didáctico más notable de la Antigüedad, y, en general, la doctrina epicúrea apenas habrían tenido transcendencia en la cultura hispánica, como ha formulado diáfananamente el gran lucrecianista Agustín García Calvo (1997: 18):

En fin, otra muestra, más anecdótica, de los impedimentos que, desde arriba, han debido pesar sobre la lectura y transmisión de este poema a lo largo de los tiempos nos la ofrece el caso de esta desventurada patria: dominada largos siglos por el miedo y la miseria que la necesidad de un Imperio Católico hubo de imprimirles a sus almas, no tengo noticia de que en todos ellos se leyera en España el poema de Lucrecio.

Sin embargo, la estela del poeta romano en nuestra literatura comienza precozmente, antes incluso que en el resto de Europa, con Isidoro de Sevilla, y se prolonga nítidamente hasta nuestros días en poetas de la talla de Luis Cernuda

o en novelistas laureados como Rafael Chirbes. Esta percepción imprecisa no es exclusiva de España, por más que la intransigencia fuera mayor en nuestra nación. En un país tan afín al nuestro como Italia⁵, Valentina Prosperi (2004: XI) ponía el acento precisamente en la falta de fundamento de esta opinión, al estudiar la fortuna de Lucrecio en la literatura contrarreformista italiana:

Avevo l'impressione che [...] si fosse rinunciato a indagare in profondità il fenomeno, preferendo adottate la nozione de una inevitabile "sfortuna" di Lucrezio nell'età della Controriforma. Di contro a questo quadro in apparenza chiaro e coerente, trovavo in alcuni scritti di Croce e Cantimori la segnalazione de un filone lucreziano nell'Italia del Cinquecento [...] Da questo punto di partenza la ricerca ha progredito rapidamente e fin dalle prime fasi del lavoro i riscontri son stati tali che non solo la nozione di "sfortuna" è venuta a cadere, ma si è presto presentato il problema de como interpretare e organizzare la mole dei materiali in una -obbligata- selezione.

Nosotros suscribimos cada una de estas palabras, después de haber estudiado unos años esta cuestión con la metodología de la Literatura Comparada. Queda todavía por perfilar un panorama general de la influencia del epicureísmo en España, como ya reclamó justamente E. Acosta Méndez (1986: XII) en su valiosa monografía sobre la *Defensa de Epicuro* de Quevedo.

El número creciente de tesis doctorales sobre la recepción grecolatina en España viene a probar la pertinencia y necesidad de este tipo de investigaciones. Bastará recordar algunas para percatarnos: *Séneca en España* (1969), de K. A. Blüher; *Virgilio y la temática bucólica en la Tradición Clásica* (1978), de Vicente Cristóbal López; *Studia Statiana: estudios sobre la tradición española de la Tebaida de Estacio* (1991), de Pere-Enric Barreda Edo; *Columela en España* (1991), de José Ignacio García Armendáriz; *La influencia del teatro de Séneca en la literatura española* (1993), de Emilio del Río Sanz, o, más recientemente, *El tópico literario de la Travesía de amor: de la literatura clásica a la poesía española de los Siglos de Oro* (2018), de Juan Antonio Gómez Luque⁶.

Como parcela vastísima de la Literatura Comparada, la tradición clásica se ocupa en la práctica de acotar e interpretar "los paralelismos entre las fuentes clásicas y los autores modernos" (Laguna Mariscal, 1994: 284) con vistas a certificar el *continuum* del pensamiento clásico en la cultura occidental.

⁵ Para constatarlo de manera amena, recomendamos la película de Pupi Avati, *Il cuore altrove* (2003), seleccionada para el Festival de Cannes. En ella un profesor de Clásicas imparte a Lucrecio en un prestigioso instituto de Bolonia durante los años veinte del siglo pasado y es censurado por apartarse del canon de autores establecido.

⁶ El profesor Cristóbal López (2000: 5-76) cita en su aproximación bibliográfica sobre la tradición clásica en España otras muchas tesis, monografías y artículos dentro de la sección de "Pervivencia en la literatura española" dedicada a cada autor latino.

Por lo que respecta a Lucrecio, los primeros trabajos sobre su recepción europea se publicaron a finales de la centuria positivista. El exitoso *Poëme de Lucrèce: morale, religion, science* de C. Martha, que salió a la venta en 1869, prestaba ya atención al influjo filosófico del *DRN*. Pero fue, sin duda, la década de 1930 la que dio la señal de salida a los estudios de tradición clásica sobre Lucrecio. En 1935 vio la luz la tesis de Gustav R. Hocke, *Lukrez in Frankreich, von der Renaissance bis zur Revolution*, dirigida nada menos que por Ernst Robert Curtius, y en 1946 John H. Wagenblass defendió en la Universidad de Harvard su disertación *Lucretius and the Epicurean Tradition in English Poetry*. Cinco décadas más tarde, en 1991, Charlotte P. Goddard rastreó los ecos del epicúreo en la literatura renacentista italiana en su trabajo doctoral *Epicureanism and the Poetry of Lucretius in the Renaissance* (Univ. de Cambridge). Y, a comienzos del milenio, Michael von Albrecht (2002: 360), uno de los estudiosos más eminentes de la actual Filología Clásica, después de trazar una visión de conjunto sobre la fortuna europea de Lucrecio, explicaba la importante proyección del poeta romano en las ciencias y en las letras modernas con estos términos:

La supervivencia de Lucrecio en época moderna es particularmente fructífera, ya que se mueve en diferentes direcciones: desde el punto de vista del contenido influye en las ciencias naturales [...] Además, se convierte, filosóficamente, en el «patrón» de los materialistas (justamente) y de los ateos (no del todo justamente: ya desde hace tiempo se sabe que Lucrecio no era ateo), o también –este es el caso más frecuente– en el blanco de los intentos de refutación por parte de espíritus devotos. Otras influencias no dependen de su visión filosófica, sino que descansan sobre valores éticos y literarios: como conocedor del alma humana influye en el pensamiento de moralistas y satíricos.

Este *Nachleben* postmoderno es, hoy en día, notable, dado que los temas abordados por Lucrecio siguen estando hoy de actualidad⁷. Y, como botones de muestra, citaremos los libros de los filósofos Michel Onfray, *Traité d'athéologie: physique de la métaphysique* (Paris: B. Grasset, 2005) y Fernando Savater, *La vida eterna* (Barcelona: Ariel, 2007); las novelas *Crematorio* (Barcelona: Anagrama, 2007) y *En la orilla* (Barcelona: Anagrama, 2013) de Rafael Chirbes, así como el ensayo divulgativo de Stephen Greenblatt *The swerve: how the world became modern* (New York: W. W. Norton, 2011).

El poeta epicúreo tiene, además, en el ámbito periodístico español admiradores en varios diarios de distinta tendencia ideológica. Fernando Savater, articulista asiduo del diario *El País*, ha apelado a la descripción de la peste

⁷ Cf. el artículo “¿Ciudadanos o feligreses?” de Fernando Savater publicado en el diario *El País* (04-07-07), pp. 13-14.

de Atenas versificada por Lucrecio (VI 1136-286) para aceptar sin dramas contingencias tan acuciantes como la actual pandemia de coronavirus⁸. El también filósofo Gabriel Albiac firmó durante unos años sus artículos en el periódico *Libertad Digital* con el pseudónimo de “Lucrecio”⁹ y el poeta Luis Alberto de Cuenca, colaborador del diario *ABC*, ha escrito que en el libro IV del *DRN* encontró la reflexión más honda y bella sobre el sentimiento amoroso¹⁰.

En la realización del trabajo hemos prestado especial atención a tres planos entrecruzados, el histórico, el filosófico y el literario, siendo este el vertebrador. A nuestro entender, este triple acercamiento permite explicar más cabalmente la recepción del texto lucreciano. Consecuentemente, se ha adoptado un método basado en el análisis textual, en el examen histórico y en la comprensión de las diferentes corrientes de pensamiento que han influido a lo largo de su pervivencia en España.

Para el estudio literario en concreto, hemos seguido un método capaz de identificar similitudes temáticas al objeto de verificar la filiación lucreciana de los textos. Los escritores cuando emulan, consciente o inconscientemente, pueden imprimir a sus poemas o a su prosa una intensidad de imitación diferente, desde la mera copia hasta la alusión más sutil. Para apreciar esas gradaciones, hemos adoptado la siguiente terminología del profesor Gabriel Laguna (2000a: 327-28)¹¹, ya que diferencia entre los diversos niveles de tradición clásica:

1. *Interpretatio*: es la traducción literaria, frecuentemente parafraseada y amplificada (*amplificatio*). En ella se vierte todo el contenido del modelo y se respeta su orden.
2. *Imitatio*: es la versión libre que se desvía del original en algún grado, bien en su forma bien en su contenido.
3. *Contaminatio*: integra imitaciones de dos o más textos.
4. *Aemulatio*: es la innovación sustancial a partir del modelo o referente, que, sin embargo, el texto nuevo sigue recordando.
5. *Allusio*: es una referencia puntual a un modelo que se integra en el conjunto a modo de tesela.

⁸ Cf. Raquel Vidales, “Filosofía de urgencia en estado de alarma”, *El País* (24-04-2020), en la URL: <https://elpais.com/cultura/2020-03-23/filosofia-de-urgencia-en-estado-de-alarma.html> (último acceso: 01-03-2022).

⁹ Cf. “Gustavo Bueno y la televisión: los videntes”, *Libertad Digital* (07-11-2000), en la URL: <https://fgbueno.es/hem/2000r07.htm> (último acceso: 01-03-2022).

¹⁰ Cf. “Habla Maquiavelo”, *ABC* (30-04-2021), en la URL: https://www.abc.es/opinion/abci-luis-alberto-cuenca-habla-maquiavelo-202103292305_noticia.html (último acceso: 01-03-2022).

¹¹ Sobre los antecedentes de esta categorización, cf. también Highet (1996 I: 168-202), Hutton (1946: 29-33), Pigman (1980: 1-32), Greene (1982: 28-53), Laguna Mariscal (1994: 283-87) y Gómez Luque (2018: 47-57).

Al acotar estas imitaciones, habituales cuando se cotejan textos literarios pertenecientes a distintas épocas y literaturas nacionales, se obtiene un mapa muy fidedigno de la trayectoria de un texto clásico en la cultura occidental. Y esta demarcación filológica permite a la postre emitir juicios de valor ponderados.

EL *DE RERUM NATURA* DE LUCRECIO

1. VIDA Y OBRA DE LUCRECIO

La biografía de Lucrecio (*ca.* 98-55 a. C.)¹ despierta de ordinario en el lector un interés que jamás será colmado, a no ser que un hallazgo extraordinario responda en el futuro a todos los interrogantes que plantea su vida. Acierta de lleno L. Holford-Strevens (2002: 1-23) al hablar de *horror vacui* en la biografía de Lucrecio, pues, tras siglos de especulación y esfuerzos improbables, el testimonio más completo (Luck, 2000: 60) sigue siendo este escueto y controvertido escolio de Jerónimo de Estridón (347-419 d. C.)²:

Titus Lucretius poeta nascitur, qui postea amatorio poculo in furem versus, cum aliquot libros per interualla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendauit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIII (Hier. *Chron. a. Abr.* 1923, p. 49 y p. 2 XXIV Helm).

¹ Los críticos modernos han situado la vida de Lucrecio en un arco cronológico que abarca desde el año 99 hasta el 49 a. C., donde, merced a cálculos diversos, se desarrollan sus 44 años. Sobre el nacimiento y muerte exactos del poeta se ha escrito muchísimo, tanto que, al igual que Bailey (1998 I: 3), opinamos que “this problem, which is perhaps the least important, has been almost more discussed than any”. El *locus classicus* sobre su biografía es Canfora (1993) y a Luca Canali (1995) debemos una “autobiografía imaginaria di Tito Lucrezio Caro”. La noticia apócrifa de Jerónimo y el suicidio del poeta ya habían inspirado con anterioridad a los poetas victorianos Alfred Tennyson y Matthew Arnold (1822-1888) sendas obras tituladas *Lucretius* (Harrison, 2020: 309-21). Solaro (2000) edita las biografías lucrecianas escritas por humanistas. Resultan interesantes, dado que estas fueron, en general, más generosas en datos, aunque fueran fabulosos y basados en noticias erróneas. Recomendamos el artículo de Luck (2000: 60-65) sobre la supuesta locura de Lucrecio y el de Cascajero Garcés (1984: 101-3) para la datación de su vida. Solaro (2020: 325-38) ha escrito recientemente un artículo en el que ofrece un *status quaestionis*, defendiendo que la cronología más verosímil es la de Jerónimo (94-50 a. C.). En consecuencia, el juicio de Cicerón (54 a. C.) sobre el poema lucreciano (*Epist. ad Q. fr.* II 9, 3) fue hecho en vida de Lucrecio. Argumenta también que este viene a reconocer no solo el talento de Lucrecio, sino también el valor artístico de su poema.

² Es, sin duda, el testimonio que más ha marcado la recepción de Lucrecio en la cultura occidental, no solo por su antigüedad, sino también porque la obra de Jerónimo fue muy leída y respetada durante la Edad Media (Albrecht, 1996 III: 1675-76). Sobre la presencia en la obra de Jerónimo de Epicuro y Lucrecio, cf. Laurence (1999: 267-78) y Gasparotto (1966: 285-309, y 1967: 73-130).

Según esta nota biográfica, el poeta Lucrecio enloqueció a causa de un filtro amoroso y, aun así, escribió en sus momentos de lucidez uno de los poemas fundamentales de la literatura occidental, titulado *De rerum natura*, donde niega que los dioses se preocupen por los hombres y que el alma sea inmortal. A pesar de que fue seguidor de una de las escuelas filosóficas más vitalistas de su tiempo (Solaro, 2020: 327), se suicidó, seguramente durante un acceso psicótico³. Poco después, su poema sería editado por Cicerón (106-43 a. C.)⁴ en un gesto inesperado, dado que el eximio orador había rebatido el epicureísmo, incluso desde los tribunales (Cic. *Cel.* 17 y *Mur.* 6). De esta disputa dialéctica dan claro testimonio los dos primeros libros de su tratado *De finibus bonorum et malorum* y el primer libro de su *De natura deorum*, donde el arpinate había puesto gran empeño en desautorizar las tesis de Epicuro.

Aunque la noticia ha sido transmitida por un prestigioso Padre de la Iglesia, la locura y suicidio de Lucrecio han suscitado suspicacias⁵, ya que ese trágico desenlace desacreditaba la doctrina de Epicuro con la vida incongruente de su seguidor más destacado en Roma. Con todo, la administración de pócimas amoratorias era práctica habitual en la época, como señaló Bailey (1998 I: 10-11), por lo que el dato no es improbable⁶; como tampoco la edición ciceroniana del *DRN*, que tal vez llevara a cabo Quinto Tulio Cicerón (100-43 a. C.) y no su hermano Marco, el famoso orador y político (Lachmann, 1850a: 63). Ni siquiera su locura, que pudo deberse, como en el caso de F. Nietzsche (1844-1900), a causas diversas.

Desde una perspectiva moderna, puede también resultar paradójico que una obra de postulados tan heréticos como del *DRN*⁷ haya pervivido hasta nuestro tiempo. Puede parecer, incluso, un milagro de la tradición manuscrita (García Calvo, 1997: 16-17), máxime si recordamos que la Inquisición llevó

³ Esta posibilidad también se fundamenta, pese al talante vitalista de la escuela epicúrea, en cierto halo melancólico de la obra, ya que, como advirtió Bergson (1884: II), la vida tras su lectura parece sin sentido, monótona y sin posibilidad de plena felicidad, de un nihilismo que no consuela. Además, el cierre del poema, dedicado a la peste de Atenas, deja un resabio bastante pesimista.

⁴ La primera reseña literaria de la obra de Lucrecio se debe precisamente a él: *Lucreti poemata, ut scribis, ita sunt, multis luminibus ingeni, multae tamen artis* (*Epist. ad Q. fr.* II 9, 3). Sobre su interpretación, cf. Canfora (1993: 17-20, esp. 18) y Solaro (2020: 325-26).

⁵ La cita resulta poco fiable para numerosos críticos (Rodríguez-Navas, 1892: III-IV, Minadeo, 1969: 31, Cascajero Garcés, 1980: 401, Santayana, 1995: 23-24, o, más recientemente, Butterfield, 2013: 1, n. 4). Sobre la tradición literaria de la pócima asesina y su veracidad, cf. también Holford-Strevens (2002: 3-5).

⁶ Sobre el uso de afrodisíacos entre los romanos, cf. Socas (2011: 22-24 y 251-57).

⁷ En su *Dictionnaire des athées anciens et modernes* (2ª ed. 1833) el revolucionario francés Sylvain Maréchal (1750-1803) hacía hincapié en esto mismo al hablar de Lucrecio (s. v. Lucrèce, pp. 160-61): “Lucrèce chante l’athéisme [...] Ses raisonnemens, disent les biographes, sont souvent très dangereux. Jamais homme ne nia plus hardiment que ce poète, la Providence divine: il dit qu’une des choses qui l’encouragent le plus, est la louange qu’il espère de mériter en rompant les liens de la religion”.

al patíbulo a algunos humanistas admiradores del epicúreo romano, como Marcelo Palingenio (1500- ca. 1543)⁸, Aonio Paleario (1503-1570) o Giordano Bruno (1548-1600)⁹, por herejes (Sacré, 1999: 347)¹⁰. Aunque sus condenas fueran motivadas por interpretaciones dogmáticas contrarias a la doctrina católica, sintieran sincera repulsa por los aspectos más irreligiosos del *DRN* e, incluso, rebatieran sus argumentos versificando en el mismo género didáctico y teniéndole por modelo poético (Palmer, 2020: 179-93), trataron de temas muy polémicos expuestos por Lucrecio, como la mortalidad del alma o la infinitud de mundos. Su poesía podía fácilmente inducir a la herejía (Prosperi, 2004: 89).

Con todo, es a la Iglesia católica a quien debemos su pervivencia durante el Medioevo¹¹ y su redescubrimiento en el año 1417, cuando el humanista Poggio Bracciolini (1380-1459), en comisión conciliar, lo encontró en un monasterio alemán, posiblemente Murbach. Desde entonces el *DRN* ha sido el poema didáctico que más proyección ha tenido en la cultura occidental, pues su fortuna no se ha limitado solo a la literatura, como los *Georgica* de Virgilio, sino que ha sido fecundísima tanto en la filosofía como en la ciencia¹².

Este poema filosófico sobre el epicureísmo, escrito en hexámetros, fue además compuesto en un momento dramático de la historia de Roma, justo cuando moría la República romana y se gestaba el Principado. En aquellas décadas la Urbe y toda Italia sufrieron conflictos intestinos sanguinarios: la guerra social entre los optimates y los plebeyos (91-87 a. C.), la primera guerra civil entre Mario y Sila (83-82 a. C.), la represiva dictadura de Sila (82-79 a. C.), la rebelión de los esclavos acaudillados por Espartaco (73-71 a. C.) y la segunda guerra civil entre las tropas de César y de Gneo Pompeyo (49-45 a. C.). La vida de Lucrecio transcurrió paralela a estos angustiosos años¹³, en los

⁸ Dedicó, como apología, uno de los doce libros de su *Zodiacus vitae* (Venecia, ca. 1536) a Epicuro y a su doctrina (Prosperi, 2007a: 148-49). G. Bruno le admiraba (Prosperi, 204: 156).

⁹ A. Ch. Swinburne (1837-1909) inmortalizó a Giordano Bruno junto con Lucrecio y Shelley en el paraíso de los ateos en su poema *For the Feast of Giordano Bruno, Philosopher and Martyr* (Albrecht, 2002: 348).

¹⁰ No acaban aquí las fatales vinculaciones. Cosma Raimondi (1400-1435), adepto de Lucrecio, se suicidó en 1435 (García Gual, 1993: 252) y Étienne Dolet (1509-1546), filoepicureísta, alumno del famoso comentador de Lucrecio Battista Egnazio y corrector del impresor Sébastien Gryphe para las ediciones del *DRN* de 1536 y 40 (Gordon, 1985: 55-56, refs. 8 y 8^a), fue quemado por ateo. Thomas Creech, editor y traductor al inglés del *DRN*, se suicidó por amor, aunque corría el rumor de que lo hizo por su simpatía hacia el poema de Lucrecio (Courtsey, 1888: 65).

¹¹ Flores (1980: 64) llama la atención sobre el hecho de que en la cultura bizantina, también profundamente religiosa, no haya pervivido obra alguna de Epicuro. Es posible que sus tratados se hubieran perdido poco después del gobierno de Juliano “el Apóstata” (331-363).

¹² Fue, por ejemplo, una de las fuentes más consultadas por Karl H. Marx para su tesis doctoral (Albrecht, 1995 I: 312).

¹³ La repercusión de la guerra en el *DRN* salta a la vista desde el mismo himno inaugural a Venus (I 29-43), donde Lucrecio le suplica que interceda por el pueblo romano (v. 1: *Aeneadum*

que, además, la vida pública estaba emponzoñada por una política abyecta (Bailey, 1998 II: 1000). Con estas palabras tan elocuentes relataba Salustio (86 - ca. 35-34 a. C.), contemporáneo del poeta, aquella corrupción de la postrera república romana (91-45 a. C.):

igitur primo pecuniae, deinde imperi cupido crevit: ea quasi materies omnium malorum fuere. namque avaritia fidem probitatem ceterasque artis bonas subvortit; pro his superbiam, crudelitatem, deos neglegere, omnia venalia habere edocuit. ambitio multos mortalis falsos fieri subegit, aliud clausum in pectore, aliud in lingua promptum habere, amicitias inimicitiasque non ex re, sed ex commodo aestumare, magisque voltum quam ingenium bonum habere. haec primo paulatim crescere, interdum vindicari; post ubi contagio quasi pestilentia invasit, civitas immutata, imperium ex iustissimo atque optumo crudele intolerandumque factum (Sal. *Catil.* X 3-6).

El epicureísmo, cuya difusión por la cosmopolita Roma habría comenzado en torno al año 100 a. C., contaba entonces con muchos simpatizantes¹⁴, como aseveraba Cicerón en *Tusculanas* IV 7: *Italiam totam occupaverunt*. No obstante, tendrían un conocimiento somero, vulgar, de sus postulados. Animado por esta receptividad, Lucrecio pretendió difundir una doctrina pacifista, que predicaba la concordia cuando reinaba la discordia, y se propuso, como objetivos básicos, erradicar de los hombres el miedo a la muerte y a los dioses, fuente de todos los males. Y expuso aquella filosofía en un poema didáctico, que, cierto es, no tenía el prestigio de la prosa filosófica, pero que podía llegar a un número mayor de personas gracias a su encanto (I 21-28. Cf. Mas Torres, 2018: 19-20). De ahí que Lucrecio sea considerado el apóstol de la doctrina de Epicuro.

Confiando en su éxito y armado de una fe inquebrantable, Lucrecio emprendió una empresa que presentaba escollos no solo literarios sino también de índole filosófica. La prosa científica del maestro Epicuro se dilataba a lo largo de unos trescientos volúmenes (D. L. X 26) y, a tenor de los restos fragmentarios que de ellos han pervivido, estaban redactados con un estilo sobrio y árido, salvo algunos párrafos memorables donde el maestro se ex-

genetrix) ante Marte, su amante, dado que él *belli fera moenera armipotens regit* (v. 33). Cf. también III 59-93 y V 1120-35. Sobre el tema, cf. Dionigi (2000: 249), Valentí (1983 I: 123, n. 1) y Bergson (1884: III-IV). Toohey (1996: 90-94) analiza en profundidad el marco histórico y las posibles secuelas que dejaron las discordias civiles en la personalidad del poeta.

¹⁴ Todavía Lactancio en *Inst.* III 17, 1 deja constancia de la popularidad del epicureísmo: *multo celebrior semper fuit quam caeterorum, non quia veri aliquid affert, sed quia multos ad populare nomen voluptatis invitat*. Cf. Beretta (2015: 7), Goddard (1991: 8), Jones (1992: 62-63), Yona (2022: 1-2) y Woltjer (1987: 1), quien defiende, en la primera línea de su espléndido estudio, que el epicureísmo fue la doctrina más difundida en Roma: *Nullius philosophi doctrina magis Romae floruit quam Epicuri*.

presaba con un arte más florido (*cf. Sent. Vat.* 52, 339 Us. o *Ep. ad Men.* 135, 5-9). Lucrecio tuvo que encontrar los vocablos latinos adecuados para verter la novedosa terminología epicúrea o, en su defecto, inventarlos, en un momento histórico del latín caracterizado por la pobreza de léxico filosófico (I 136-39)¹⁵. Además, la poesía sería a ojos de Epicuro la forma expresiva genuina de la religión antigua y de la literatura mitológica¹⁶. En definitiva, era un lenguaje falaz, propenso a la retórica vacua, que confundía al pueblo con falsas verdades y esperanzas. Por tanto, Epicuro, al igual que Platón (*R.* X 585-609), recomendaba no mezclarla con la filosofía¹⁷. De haber existido alguna prohibición expresa, Lucrecio la contravino a sabiendas (Arrighetti, 1997: 21) y, en el supuesto contrario, se apartó voluntariamente de la tradición prosística del maestro. Filodemo de Gádara (*ca.* 110-35 a. C.), coetáneo de Lucrecio y guía del epicureísmo en Campania, pudo favorecer el uso de la poesía para la difusión de los ideales epicúreos, al apartarse del dogmatismo de Epicuro (Siles, 2021: 114-15). En cualquier caso, su expresión poética no fue óbice para que el *DRN* llegara a ser un enquiridión autorizado de la doctrina epicúrea. Es más, desde la primera edición *post mortem* se convirtió en una fuente inagotable de inspiración.

Aunque Hesíodo (*ca.* VIII-VII a. C.) inauguró la tradición de la poesía didascálica con sus *Ἔργα καὶ ἡμέραι*, Lucrecio merece considerarse el padre de la poesía didáctica moderna¹⁸, al menos, según la concepción renacentista que aspiraba a unir rigor científico y encanto poético¹⁹. Así lo estimaron los humanistas, quienes excusaron su herética teología para poder leer entre sus versos una explicación de la naturaleza diferente de la aristotélica (Ceccarelli, 2020: 221, y Nicoli, 2020: 235) y aprender de su arte. Lucrecio era, por ende, un modelo excelente de *imitatio* para escribir poesía didáctica, un ejemplo de argumentación lógica y una fuente valiosa de vocabulario sobre física en un momento, el Renacimiento, en el que los tratados científicos se multipli-

¹⁵ Sobre los neologismos en Lucrecio, *cf.* Bailey (1998 I: 132-42).

¹⁶ *Cf.* 229 y 569 Us. Sobre la consideración de la poesía entre los epicúreos, *cf.* Arrighetti (1997: 23-26, y 1998: 13-34) y Giannotti (1959: 16-18).

¹⁷ Al hilo de este asunto, *cf.* Keller (1951: 160) o la opinión moderna de Erasmus Darwin, imitador de Lucrecio, en Crum (1966: 111).

¹⁸ El título que eligió Lucrecio para su poema, *De rerum natura*, era, de un lado, traducción latina de la obra magna de su maestro, el *Περὶ φύσεως*; pero, de otro, era el título tradicional que los propios filósofos griegos y a veces los filólogos alejandrinos dieron a los poemas y tratados sobre la naturaleza. Así lo hicieron Anaximandro de Mileto (599-500 a. C.), Anaxímenes de Mileto (586-28 a. C.), Heráclito de Éfeso (550-480 a. C.), Parménides (*fl.* *ca.* 550 a. C.), Anaxágoras (*ca.* 500-428 a. C.), Alcmeón de Crotona (500-450 a. C.) y Empédocles (s. V a. C.). Esta costumbre continuó en Roma: el epicúreo Catio (*fl.* *ca.* 30 a. C.) escribió cuatro libros titulados *De rerum natura* (Cic. *Epist.* I 1, 13). Sobre la tradición de la poesía didáctica, *cf.* Wright (1997: 1-22), Osborne (1997: 23-35), Cerri (1999: 85-110) y Mariotti (2001: 864-68).

¹⁹ En sus obras los preceptistas renacentistas otorgaban a Lucrecio el estatus de modelo didáctico (*cf.* J. César Escaligero, *Poetices libri septem*, Apud Petrum Santandream, 1581, pp. 796 y 805-7).

caban²⁰. Conociendo estos méritos, puede explicarse cabalmente la ferviente defensa de Denis Lambin (1519-1572), el mejor editor de Lucrecio:

At Lucretius animorum immortalitatem oppugnat, deorum providentiam negat, religiones omnes tollit, summum bonum in voluptate ponit. Sed haec Epicuri, quem sequitur Lucretius, non Lucretii culpa est. Poema quidem ipsum propter sententias a religione nostra alienas, nihilominus poema est. tantumne? Immo vero poema venustum, poema praeclarum, poema omnibus ingenii luminibus distinctum, insignitum, atque illustratum. Hasce autem Epicuri rationes insanas, ac furiosas, ut et illas absurdas de atomorum concursione fortuita, de mundis innumerabilibus, et ceteras, neque difficile nobis est refutare, neque vero necesse est [...] At Epicurus et Lucretius impii fuerunt. Quid tum postea? Num iccirco nos quoque, qui eos legimus, impii sumus? (Lutetiae, 1570, fol. a 3r.-v.)

En este fragmento se agita con claridad meridiana el prolongado dilema en torno a Lucrecio: su arte poética es sublime, pero su filosofía es impía. ¿Debemos, pues, leerlo o no? La respuesta fue en la práctica sí; ahora bien, con la precaución de que exponía las razones insensatas de su maestro: Epicuro.

2. LA FILOSOFÍA DE EPICURO

2. 1. Vida y formación filosófica de Epicuro

Epicuro (341-270 a. C.) nació en Samos, una isla griega situada en la costa jonia, donde sus padres, Neocles y Querestrata, pudieron procurar a un joven inquieto como él una educación muy completa²¹. Es sabido que a finales del s. IV a. C. estaban abiertas en Jonia no solo las antiguas escuelas presocráticas centradas en el estudio de la naturaleza (φυσιολογία), sino también otras más modernas, como la platónica y la aristotélica, en las que se prestaba gran

²⁰ Sobre la influencia de Lucrecio en la literatura didáctica neolatina, cf. Fusil (1917: 15-16), Goddard (1991) y Haskell (1997: 117-144).

²¹ Según una anécdota transmitida por Sexto Empírico (*M. X* 18) se interesó por la filosofía cuando su maestro no supo explicarle de dónde nació el caos del que hablaba Hesíodo. Simplemente le dijo que de esas cuestiones se ocupaban los filósofos. Aunque Epicuro solía presumir de autodidacta (Cic. *Nat. deor.* I 72: *cum quidem gloriaretur, ut videmus in scriptis, se magistrum habuisse nullum*), es obvio que la variedad de doctrinas que en la zona se impartían influyó bastante en su formación. Además, era habitual entre los filósofos este alarde. A él recurrieron, por ejemplo, Heráclito y Platón (Rodríguez Donís, 1989: 11). Sobre la vida de Epicuro, cf. Rist (1972: 1-13), García Gual (1993: 1-53), Lledó (1995: 29-37) y Clay (2009: 9-14). La fuente biográfica principal es D. L. X 1-34, 117-121 y 136-138. Cf. también Cic. *Nat. deor.* I 72-75. Sobre su educación filosófica, cf. los *loci classici* de Bignone (1973), quien demostró la base aristotélica de la ética epicúrea, y Bailey (1964), quien profundizó en las raíces presocráticas de su física. Las deudas filosóficas de Epicuro con el resto de doctrinas han sido también estudiadas por Rodríguez Donís (1989: 11-29) en su monografía.

atención a la especulación ética y metafísica (Bailey, 1964: 217)²². Epicuro comenzó sus estudios con un platónico llamado Pánfilo (Cic. *Nat. deor.* I 72), posiblemente a los doce o catorce años en Samos. Cuando contaba dieciocho años, marchó a Atenas para cumplir el servicio militar (*efebía*), ya que su padre era colono ateniense. Allí ejerció dos años como *efebo* (323-321), durante los cuales pudo familiarizarse con las inquietudes intelectuales en boga en la metrópolis, entre las que destacaba el problema del placer²³.

Una vez licenciado, se trasladó a Colofón, otra ciudad de la costa jonia de gran renombre cultural, adonde sus padres habían emigrado y en la que vivió entre el 321 y el 311. Debió de ser durante esta década cuando Epicuro se consagró por entero a su preparación filosófica (Rist, 1972: 3), pasando algún tiempo en Teos. Allí adquirió al lado de Nausífanos (*fl. ca.* 325 a. C.) un mayor conocimiento del atomismo, una doctrina que le impresionó extraordinariamente desde que habían llegado a sus manos las obras de Demócrito (D. L. X 2-3). Aunque no sintiera mucho aprecio por Nausífanos, al que llamaba “analfabeto” (García Gual, 1993: 48), su teoría de la ἀκαταπληξία o imperturbabilidad de las emociones parece ser el antecedente inmediato de la ἀταραξία o serenidad epicúrea.

Decide abrir su primera escuela filosófica en Mitilene (*ca.* 311 a. C.), pero se ve obligado a cerrarla poco después por la hostilidad de las autoridades y de los filósofos instalados en la isla. Entre los años 310-306 a. C., se encuentra en Lámpsaco filosofando entre un círculo de amigos y en compañía de sus hermanos Neocles, Querodemo y Aristóbulo (D. L. X 3). Termina abriendo otra escuela a las afueras de Atenas en torno al 306 a. C., a la que llamó “el Κῆπος o Jardín”²⁴. Desde entonces hasta su muerte, acaecida el año 270 a. C., se dedicó por entero a impartir su filosofía²⁵.

²² Aristóteles había abierto un liceo en Mitilene y su discípulo Praxífanos (s. III a. C.) enseñaba en Rodas. En Teos Nausífanos (*ca.* 360-300 a. C.) impartía el atomismo de Demócrito (460-370 a. C.) y en Lámpsaco, donde Anaxágoras llevó a cabo una importante labor filosófica hasta su muerte, pudo estar vigente por entonces una escuela que enseñara su teoría de la homeomería, contra la que polemizó Epicuro (Bailey, 1998 II: 741-56, y 1964: 537-57).

²³ Al hilo de este asunto, dice Capelle (1992: 269): “El otro gran problema frente al que toda ética, desde los tiempos de Sócrates, tuvo que tomar posición es el problema del placer (ἡδονή)”.

²⁴ En el 306 a. C. Epicuro contaba 35 años. Adquirió una casa con un vergel (D. L. X 17), distante de Atenas a un kilómetro aproximadamente, en la que enseñó su doctrina. Hasta ella se acercaban amigos y seguidores, procedentes a veces de lugares remotos (D. L. X 10-11). Debió de ser muy grande el afecto que sintió por su huerto ajardinado, pues la primera disposición de su testamento trataba de asegurar su futuro (D. L. X 16-17). En recuerdo del lugar, su filosofía es conocida como la “Escuela del Jardín”. Epicuro eligió probablemente esta ubicación apartada para ser coherente con sus prédicas de alejamiento de la política y de búsqueda de placer teniendo como guía a la naturaleza. Cf. 570-71 Us. y Plin. *Nat.* XIX 19, 2. Sobre esta hipótesis, cf. Castelli (1967: 14-18).

²⁵ Las filosofías helenísticas de mayor proyección fueron el epicureísmo, el estoicismo, fundado en torno al 300 a. C. por Zenón de Citio (*ca.* 333/32-262 a. C.), y el escepticismo,

2. 2. *Resumen del epicureísmo*

Esclareceremos aquí lo fundamental de la doctrina epicúrea a fin de que puedan comprenderse mejor los comentarios de las imitaciones, así como la discrepancia o la afinidad personal de algunos autores con esta filosofía.

2. 2. 1. *La Canónica epicúrea*²⁶

Los principios generales son los siguientes²⁷:

1. Los criterios de la verdad son cuatro: las sensaciones, las preconcepciones, los sentimientos y las fantasías del entendimiento. Todo razonamiento depende de las sensaciones (D. L. X 31-34 y 38).
 - a) La sensación es el primer criterio de la verdad.
 - b) La preconcepción es la imagen o concepto mental producido por el recuerdo de impresiones ya recibidas de ciertos objetos.
 - c) El sentimiento es la respuesta inmediata del sujeto ante la sensación, que suele ser de placer o de dolor.
 - d) La fantasía es la capacidad imaginativa de la mente para inferir la existencia de objetos no percibidos por los sentidos.
2. Vemos y pensamos al introducirse en nosotros algo procedente de los objetos exteriores (D. L. X 49).
3. De los cuerpos se desprenden continuamente películas finísimas de átomos que conservan en gran medida la forma, el color y otras cualidades de los objetos de los que proceden. Cuando estos simulacros tocan un órgano sensorial, en especial la vista, provocan una impresión en la mente. Pero la mente puede ser tocada por estos efluvios sin necesidad de los órganos sensoriales (D. L. X 50-53). Funciona, por tanto, como un órgano sensorial más.

fundado en torno al 325 a. C. por Pirrón de Elea (ca. 360-270 a. C.). Sobre el pensamiento helenístico, cf. Capelle (1992: 285-395) y Algra *et alii* (1999). En esta última obra, *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Dorandi (1999: 43-45) escribe una introducción muy completa sobre el epicureísmo, incorporando los descubrimientos papirológicos de Herculano. Cf. también Bailey (1964: 217-31).

²⁶ Cualquier doctrina filosófica de la Antigüedad Clásica, al menos desde el académico Jenócrates (ca. 396/95 – ca. 314 a. C.) y, más claramente, desde época helenística, se dividía en Lógica, Física y Ética. Según Diógenes Laercio, Epicuro habría seguido esta tripartición tradicional, si bien sustituyó la Lógica por la Canónica o teoría del conocimiento (Epistemología), que expuso en un tratado titulado *Κανών* (cf. D. L. X 30 y Sen. *Epist.* LXXXIX 11). La Lógica, tan importante entre los estoicos, comprendía, entre otros, el estudio del razonamiento deductivo y la práctica silogística, enseñanzas que los epicúreos, como las de la Retórica y la Dialéctica, consideraban de poca utilidad. La Canónica epicúrea se centraba en los criterios sensibles de investigación que permitieran distinguir lo verdadero de lo falso. Las fuentes textuales más importantes para conocer la Canónica epicúrea son D. L. X 30-38, 48-53, 72, 75-76; Lucr. IV, y Cic. *Fin.* I. Para más información, cf. Bailey (1964: 232-74), García Gual (1993: 76-84, esp. 76-79) y Asmis (1999: 260-64).

²⁷ Sigo el estudio de García Gual (1993: 77-84) muy de cerca.

4. Estas impresiones de la mente, captadas directa o indirectamente a través de los sentidos, son reales, esto es, reflejan la verdad, porque los simulacros guardan la forma, el color y otras cualidades de los objetos originarios (D. L. X 50).
5. La capacidad imaginativa de la mente (fantasía) puede añadir a las percepciones errores, cuando, al intentar explicar los datos originales, agrega conjeturas que no son confirmadas o refutadas por otros testimonios sensoriales (D. L. X 50).
6. Con todo, la inteligencia puede acceder a verdades no sensibles, siempre que las hipótesis formuladas por la fantasía puedan acreditarse por el razonamiento, valiéndose de analogías e indicios significativos de lo insensible que se encuentran en los fenómenos perceptibles (D. L. X 32).

Las consecuencias más relevantes de estos fundamentos gnoseológicos son las siguientes:

1. De la experiencia sensible la inteligencia puede deducir la existencia de los átomos y del vacío, pese a que no sean perceptibles por los sentidos (D. L. X 39).
2. Los dioses existen, porque nuestra mente capta sus simulacros, especialmente durante el sueño. Pasan desapercibidos a los otros cinco sentidos por estar formados de efluvios en extremo tenues (D. L. X 123-24 y Epicur. *Sent.* 1)²⁸.

2. 2. 2. La Física epicúrea²⁹

Los principios generales son los que siguen:

1. Nada nace de la nada ni desaparece en la nada, por eso el universo (*sum-mum*) es eterno e inmutable, ni aumenta ni decrece (D. L. X 38-39).
2. Los constituyentes últimos del universo son los átomos y el vacío. Ambos son permanentes e infinitos en extensión. Los átomos transitan por el vacío (D. L. X 39-40).
3. Los átomos son invisibles, indivisibles, inmutables y están en constante movimiento. Existe un número finito de formas atómicas, aunque cada forma tiene un número infinito de átomos. Los cuerpos, esto es, la

²⁸ Aunque Epicuro nunca negó la existencia de los dioses, los polemistas cristianos, en particular Lactancio (cf. *Ira* IV 13, siguiendo, tal vez, a Cic. *Nat. deor.* I 123, 15), difundieron la opinión de que eran ateos. Sobre la concepción epicúrea de los dioses, cf. el interesante artículo de Giannantoni (1996: 21-63). Para un comentario de las fuentes textuales, cf. Arrighi. 175-184.

²⁹ Los textos fundamentales para comprender la Física epicúrea son D. L. X 35-83, 266-92 Us., Lucr. I-IV y Diog. Oen. fr. 1-27 Ferg. Un análisis crítico de los postulados generales de la Física epicúrea se encuentra en Sedley (1999: 362-82). Sobre las deudas y diferencias con la filosofía presocrática y con los atomistas Leucipo y Demócrito, cf. García Gual (1993: 85-119, esp. 89 y 109-19) y García Rúa (1996: 51-187).

materia del universo, o son átomos, su mínima expresión, o agregados de átomos (D. L. X 40-43).

4. Las cualidades innatas de los átomos son figura, peso y tamaño (D. L. X 54). El peso obliga a los átomos a moverse de arriba abajo, pero en su trayectoria vertical terminan inclinándose un poco (*clinamen*), lo que provoca que colisionen y formen compuestos (Arrigh. 156-57 y Diog. Oen. fr. 54 Ferg.).

Los corolarios más significativos de estas premisas son los siguientes:

1. Al ser los átomos infinitos y dotados de continuo movimiento, deben existir infinitos mundos, similares y diferentes al nuestro (D. L. X 45).
2. El ser humano en su totalidad (cuerpo y alma) es una congregación de átomos. Su alma es una masa corpórea formada por átomos sutiles y esféricos, que, diseminada por todo el organismo, lo cohesionan y vivifica (Diog. Oen. fr. 37 Ferg.). Es una combinación de aire, calor y una materia sutilísima, dotada de extraordinaria movilidad y muy compenetrada con el cuerpo, que origina los sentimientos y los pensamientos (D. L. X 63).
3. El hombre goza de libre albedrío (Lucr. II 251-93), al romperse el determinismo por la ligera desviación de los átomos en su declinación.

2. 2. 3. La Ética epicúrea³⁰

Sus principios generales son estos:

1. Todo placer y dolor reside en la sensación (D. L. X 124).
2. El placer es el principio y el fin de una vida feliz. En los animales tenemos la prueba definitiva apenas nacer. Al sentir placer, gozan con él, pero, al sentir dolor, huyen espontáneamente de él (D. L. X 128-29 y 137, y Diog. Oen. fr. 32 Ferg.).

³⁰ En la filosofía helenística la Ética cobró gran importancia, tanta que la Lógica y la Física pasaron a ser ciencias auxiliares suyas (Capelle, 1992: 288). Este giro sustancial respecto a la antigua distribución equilibrada entre Física, Lógica, Ética y Metafísica se debió a los cambios sociales y políticos de la época. A la muerte de Alejandro Magno en el 323 a. C. -el mismo año que Epicuro arribó a Atenas-, siguieron cuarenta años de guerras sanguinarias, tras las cuales los diádocos se repartieron su imperio. Supuso la ruina de las ciudades estados y de la democracia ateniense. Y el derrumbe de la polis, como marco ideal de convivencia cívica, provocó una profunda renovación de la Ética, en la medida en que esta desde Sócrates había especulado sobre la conducta del ciudadano perfecto. Dejó de preocuparse por el ideal social y se ocupó más de la moral individual. Las Éticas cínica y epicúrea son, quizás, la expresión más clara de esta nueva inquietud (García Gual, 1993: 13-34), en las que por encima de todo se busca la felicidad individual. Como sostiene Erler (1996: 513-26), se trata de una *philosophia medicans* (cf. Diog. Oen. fr. 3 Ferg. y el comentario de García Gual, 2016: 86-87). Sobre la Ética epicúrea, cf. Bailey (1964: 482-528), Rist (1972: 100-26), García Gual (1993: 131-64), Erler y Schofield (1999: 642-74) y Diano (2000: 7-23 y 32-35).

3. Cuerpo y alma, como entes corporales, obtienen placer si colman sus faltas. El cuerpo tiene necesidades físicas (Epicur. *Sent.* 29), tales como la sed y la comida, y el espíritu necesidades anímicas, tales como la eliminación de los miedos y de las pasiones. Satisfecho el dolor corporal se alcanza la *aponía* y contentado el dolor del alma se logra la *ataraxía*. Estos dos estados son placenteros y estables (*catastemáticos*) hasta que nuevos dolores (faltas) perturban ya sea el gozo físico ya sea el mental (Epicur. *Sent.* 3, 18 y 29, y Arrigh. 7).
4. La *aponía* puede conseguirse fácilmente tomando un poco de los frutos que la naturaleza produce abundantemente para todos (Epicur. *Sent.* 15 y 21). Una comida sencilla procura igual placer y es más sana que una opípara (Epicur. *Sent.* 18, *Sent. Vat.* 59 y D. L. X 11). En este sentido, es más feliz el que se contenta con poco, porque siempre dispone de lo necesario (D. L. X 130-32).
5. La *ataraxía*, que es placer más apetecible (D. L. X 137), solo se consigue con el conocimiento certero de la naturaleza, ya que gracias a él se comprende mejor su funcionamiento y entonces los temores a los dioses y a la muerte se disipan (D. L. X 81, Epicur. *Sent.* 12 y 13, y Diog. Oen. *fr.* 34 Ferg.). De otra parte, las pasiones humanas (de amor encendido, de gloria o de ambición, entre otras) vienen casi siempre a perturbar la serenidad del alma (Epicur. *Sent.* 6, 7 y 29).
6. Los dioses viven en los *intermundia* felices y despreocupados de los humanos (D. L. X 76-77, 123-24 y Diog. Oen. *fr.* 18 Ferg.).
7. La muerte es absoluta. Alma y cuerpo, ambos materia, mueren conjuntamente (D. L. X 63 y Lucr. III 445-58). No hay vida ultraterrena, más allá de la muerte (Lucr. III 14-47 y Diog. Oen. *fr.* 42 Ferg.).

Las consecuencias más significativas son las que se exponen a continuación:

1. La muerte no debe temerse, pues todo mal o bien reside en la sensación y la muerte supone, ante todo, privación de sensación (Epicur. *Sent.* 2 y D. L. X. 124).
2. El sabio asumirá su muerte con tranquilidad (Epicur. *Sent.* 20).
3. El sabio llevará una vida frugal y sin riquezas (Epicur. *Sent.* 15 y *Sent. Vat.* 63). Horacio en *Carm.* II 10, 5 supo acuñar muy bien este consejo epicúreo con la expresión *aurea mediocritas*, puesto que Epicuro proponía, en efecto, una pobreza abastecida.
4. El sabio se alejará de la muchedumbre y de sus pasiones (Epicur. *Sent.* 14 y 21, y *Sent. Vat.* 23). La sentencia epicúrea que por antonomasia sintetiza esta prédica es *λάθε βιώσας* (551 Us.): “vive desapercibido”.
5. El sabio procurará filosofar constantemente a fin de comprender mejor la naturaleza (Epicur. *Sent.* 11, 12 y 16, y *Sent. Vat.* 27). La idea fue expresada magistralmente por Lucrecio en la cláusula *naturae species ratioque* (I 148).

6. El sabio cultivará la amistad (Epicur. *Sent.* 27 y 28)³¹.
7. El sabio evitará enamorarse (Epicur. *Sent. Vat.* 18 y 79, 62 Us., y Lucr. IV 1073-78).
8. El sabio procurará ser autosuficiente (Epicur. *Sent. Vat.* 77).
9. El mayor bien del sabio es la serenidad (Epicur. *Sent. Vat.* 79 y 81, y Lucr. II 1-13).
10. Hay que vivir el presente (Epicur. *Sent.* 19), como bien recuerda Horacio en *Carm.* I 11, 8: *carpe diem*.
11. Los dioses ni castigan a los hombres (D. L. X 81-82) ni se inmutan por sus sacrificios y plegarias (Epicur. *Sent.* 1, 387-88 Us. y Lucr. I 44-49).

3. PERVIVENCIA DEL EPICUREÍSMO EN GRECIA Y ROMA³²

Epicuro fue un filósofo polígrafo (πολυγραφώτατος): escribió una biblioteca de trescientos libros³³. Tras su muerte, ocurrida el 270 a. C., su doctrina, el epicureísmo, siguió enseñándose en el Jardín ateniense³⁴. Hermarco, amigo íntimo del maestro, fue el primer escolarca entre los años 271-250 a. C. Le sucedieron Polistrato (250-219 a. C.), Dionisio (219-200 a. C.), Basíledes (200-175 a. C.), Tespis (ca. 175-? a. C.), Apolodoro († 100 a. C.), Zenón de Sidón (ca. 100-75 a. C.)³⁵, Fedro (ca. 75-70)³⁶ y Patro, último jerarca hacia el 51 a. C. Poco tiempo después la escuela estaba en ruinas³⁷.

³¹ Sobre la consideración de la amistad entre los epicúreos, cf. Festugière (1946: 36-70), Diano (1967: 173-86) y Antolín Sánchez (2000: 157-83). Marcial en su famoso epigrama X 47 enumera entre los requisitos de una vida feliz la amistad: *pares amici* (v. 7). Sobre la filiación epicúrea de este poema y su recepción en la literatura española, cf. Laguna Mariscal (2000a: 321-37).

³² Sobre el tema, cf. Woltjer (1987: 1-9), Paratore (1960), Innocenti (1971: 123-47), Jones (1992: 22-93), García Gual (1993: 240-54), Gigante (1998), Sedley (2009: 29-45), Mas Torres (2018: 17-39) e Yona-Davis (2022).

³³ Cf. D. L. X 26. Así y todo, Apolodoro “Cepotirano”, discípulo suyo, lo superó escribiendo cuatrocientos libros (D. L. X 25).

³⁴ Los epicúreos admiraron a su maestro con adoración casi religiosa, como bien denota el adjetivo epónimo por el que son conocidos. A diferencia de otros discípulos, no fueron reconocidos por el lugar donde impartía las enseñanzas su maestro, como sucedió con los académicos, los estoicos y los peripatéticos. Un cuadro cronológico de los escolarcas del Κήπος epicúreo se encuentra en Dorandi (1999: 53-54 y 1999a: 798-804) y en Antolín Sánchez (2000: 71-72).

³⁵ Recientemente se ha descubierto un tratado polémico suyo entre los *volumina* de Herculano: Ζήνωνος Πρὸς τὸ Κρατεροῦ πρὸς τὸ Περὶ τῶν γεωμετρικῶν ἀπαδείξεων (*De Zenón contra Cratero, contra su tratado sobre las pruebas geométricas*). Cf. Janko (2002: 31).

³⁶ Fue profesor de Cicerón: *et iam a Phaedro, qui nobis, cum pueri essemus, ante quam Philonem cognovimus, valde ut philosophus, postea tamen ut vir bonus et suavis et officiosus probabatur, traditus mihi commendatusque est* (Fam. XIII 1, 2).

³⁷ Cf. Cic. *Epist.* XIII 1, 3 y *Att.* V 11, 6. De hecho, el destinatario del *DRN*, Memio, quiso comprar la derruida escuela para construirse una casa en el 52 a. C. Su propósito inmobiliario indignó a los epicúreos de Atenas (Bailey, 1998 II: 598. Cf. Cic. *Epist.* XIII 1).

El epicureísmo llegaría a Roma por distintos cauces, aunque presumiblemente fueron los jardines epicúreos, abiertos por todo el mundo helenístico al poco de morir Epicuro, sus principales difusores³⁸. Es sabido que la aristocracia romana, a fin de que sus hijos completaran la formación oratoria, solía enviarlos a prestigiosas academias filosóficas ubicadas en Atenas, Alejandría, Antioquía, Esmirna o Tarso, donde se instalaron también docentes epicúreos. Al considerar esta vía de recepción, puede comprenderse por qué Ennio (239-169 a. C.)³⁹ y Lucilio (ca. 167-102 a. C.)⁴⁰ utilizaron la doctrina epicúrea en sus obras. Con todo, el primer dato histórico de la presencia epicúrea en Roma data del 173 a. C. bajo el consulado de Lucio Postumio, cuando fueron expulsados de la urbe los maestros griegos Alcio y Filisco, impidiéndoles que abrieran una escuela epicúrea (Boyancé, 1963: 7). Existió, parece, una prolongada reticencia hacia la filosofía de Epicuro por parte de las autoridades romanas. Especialmente adverso sería el sector conservador, abanderado por Catón el Viejo (234-149 a. C.), cuya hostilidad hacia la cultura griega es proverbial. Su prototipo de romano sobrio, religioso, cercano a la *virtus* estoica e idealizado en el primitivo labrador sabino, poco tenía que ver con el modelo de hombre apolítico y ateo práctico propuesto por la filosofía del placer (Jones, 1992: 65). Síntomas de aquella oposición perviven todavía en el 155, al llegar a Roma la embajada oficial de filósofos enviada por Atenas, pues no contaba con la presencia de algún representante del Jardín (Ath. XII 547a y Ael. VH. IX 12)⁴¹. Con todo, años más tarde los escritos de Gayo Amafinio

³⁸ Dice Jones (1992: 64) al respecto: “Certainly, the School at Athens continued to be the recognized centre of Epicurean activity, but after the third century the individual Epicureans mentioned in the sources are for the most part associated with centres in Asia Minor, Syria, and Egypt. After naming Hermarchus, Polystratus, Dionysius, and Basilides as Epicurus’ first four successors at Athens, Diogenes Laertius introduces Apollodorus of Tyre, Zeno of Sidon, Diogenes of Tarsus, Ptolemy the White and Ptolemy the Black of Alexandria as among the most distinguished Epicurean spokesmen, and we have the evidence of Cicero and others that Epicureanism flourished in these various places around the fringes of the Mediterranean world”. Sobre la expansión del epicureísmo, cf. D. L. X 25-26, Plu. *De latenter vivendo* III 1, Cic. *Fin.* II 44, 49 y Plin. *Epist.* X 96. Puede leerse también el *Alexander* de Luciano de Samósata (ca. 125-180 d. C.), ameno relato de las peripecias vitales de los epicúreos de su tiempo. Para la costumbre de ir a estudiar fuera de Roma, cf. el capítulo de Guillén (1995: 437-38) “Viajes de estudio”.

³⁹ En el *Telamo* Ennio habló de la indiferencia de los dioses. Cf. Cic. *De div.* I 58, 132, II 50, 104 y *Nat. deor.* III 32, 79 (Hadzsits, 1963: 16).

⁴⁰ Recuerda Albrecht (1995 I: 253) que debió de estudiar en Atenas: “Resta così valida l’ipotesi de una permanenza di studio ad Atene, tanto più che il poeta mostra di conoscere di prima mano la situazione locale”. Cf. también Mas Torres (2018: 18), quien remite a la bibliografía oportuna.

⁴¹ En aquella delegación Critolao († 118 a. C.) representaba a los peripatéticos, Carnéades (ca. 214-129 a. C.) a los escépticos y Diógenes de Babilonia (ca. 230 – ca. 140 a. C.) a los estoicos. Boyancé (1963: 7-8, n. 3) duda de la aseveración de Farrington (1939: 166-177) de que los epicúreos fueran excluidos de la delegación por su ateísmo práctico. Parece obvio que la generalización del descreimiento podría entorpecer el ejercicio efectivo del poder romano, que

(*fl. ca.* 100 a. C.), aunque escritos en pésimo latín (Cic. *Tusc.* II 2, 5 y *Fam.* XV 12, 2), contribuyeron decisivamente a la popularización de la filosofía epicúrea entre la sociedad romana⁴². Y, un siglo después, Lucrecio se ufana así de ser el primer romano en divulgar las bondades epicúreas en poesía (I 926-30 = IV 1-5):

avia Pieridum peragro loca nullius ante
trita solo. iuvat integros accedere fontis
atque haurire, iuvatque novos decerpere flores
insignemque meo capiti petere inde cororam
unde prius velarint tempora musae;

930

Esta expresión de orgullo era un tópico de la poesía helenística⁴³, al que recurría el poeta cuando se sentía el pionero en una aventura literaria que no había sido emprendida antes. De salir airoso habría de ser grande la gloria y la inmortalidad literaria para su persona, porque los autores posteriores estarían obligados a seguir sus huellas. Por esta razón, la aspiración de introducir el primero un género literario en la lengua del Lacio fue frecuente entre los literatos latinos⁴⁴ y Lucrecio no fue menos.

se basaba en buena parte en la manipulación de las masas por medio de la superstición. Pero para Boyancé esta hipótesis no explica, por ejemplo, por qué fueron expulsados los judíos y los caldeos en el 139 a. C. (Val. Max. I 3, 3) o los filósofos y los retóricos en el 161 a. C. (Suet. *Rhet.* I y Gell. XV 2). Podría aducirse también que el carácter apolítico del epicureísmo era ya mal visto por las autoridades griegas, quienes fueron las que, en primera instancia, desestimaron su presencia.

⁴² Según Cicerón (*Fam.* XV 19, 2), fue el primer divulgador del epicureísmo en Roma. En *Tusc.* IV 3, 6 refiere el éxito de su obra: *libris editis commota multitudo contulit se ad eam potissimum disciplinam*. Howe (1951: 57-62) y Berchem (1946: 48) consideran que la obra de Amafinio fue publicada poco antes de la cita de Cicerón, en torno al 46 o 45 a. C. Pero Boyancé (1963: 8-9) no da valor a esta hipótesis, puesto que, de ser así, Lucrecio habría sido el primer difusor del epicureísmo en Roma, una posibilidad que parece inverosímil.

⁴³ Los poetas helenísticos, influidos por la preceptiva literaria de Calímaco (310-240 a. C.), se afanaron por buscar y ejercitar nuevos géneros y más breves. De este modo no reincidían en los géneros clásicos (*recusatio*), de por sí extensos (*carmen continuum*) y colmados de ejecuciones brillantes sobre todo en la épica. La intención de novedad generó en los poetas griegos y romanos el prurito de ser el primero en practicar un género no trillado. Al final, se convirtió en un tópico (Hinds, 1998: 52-83), del que algunos textos significativos son Call. *Aet.* I 21-28, Enn. *Ann.* 215-16, Lucr. I 117-19, Verg. *Ecl.* VI 1-9, *Georg.* III 10-15, III 289-93; Hor. *Epist.* I 1, 1-5, *Prop.* III 1, 1-4, III 5, 19-22; Manil. I 4-6, o Nemes. *Cyn.* 1-14 (imitadores los últimos de Lucr. I 926-30). Para el influjo de la poesía calimaquea en Roma, cf. Hunter (2006).

⁴⁴ Horacio (*Epist.* II 1, 50) juzgó a Ennio *alter Homerus* por introducir la poesía épica con sus *Annales*; Cicerón se preciaba de ser el *Plato Latinus* (*Fam.* IX 22, 4) por haber escrito prosa filosófica en latín; Virgilio era estimado, a un tiempo, *Homerus Latinus* por escribir la *Eneida* y *Theocritus Latinus* por llevar al Lacio la poesía bucólica (*Ecl.* VI 1); por último, Propertio se consideraba el *Callimachus Latinus* (III 1. Cf. Luck, 1993: 122), al ser este poeta alejandrino su referente poético. En el Renacimiento continuó esta tradición, y Poliziano, por ejemplo, presumía de *poeta Homericus* (Gentile, 1998: 377) y T. Tasso quiso ser reconocido como el “Virgilio italiano” (Prosperi, 2004: 241).

4. ESTRUCTURA Y TEMÁTICA DEL *DE RERUM NATURA*4. 1. *Estructura*

El *DRN* es un poema didáctico que versa sobre filosofía epicúrea. De las tres disciplinas fundamentales de la doctrina (Canónica, Física y Ética), presta especial atención a la Física. Como finalidad práctica, persigue librar al hombre de los miedos inculcados por la religión (Bailey, 1998 II: 608): el temor a la intervención divina en los asuntos humanos y a los castigos del más allá. Esta exposición filosófica, vertida en hexámetros latinos, se compone de seis libros que contienen un total de 7415 versos según la última edición de Deufert (2019) y la *vulgata* de Bailey (1947). Se estructura de manera similar a la *Carta a Heródoto* (Bailey, 1998 I: 24-25) escrita por su maestro Epicuro como introducción a su filosofía (μικρὰ ἐπιτομή). Tiene tres secciones compuestas cada una de dos libros. Cada una de las secciones se divide a su vez en dos partes, ya que cada libro trata casi monográficamente un asunto. Este sería su esquema general⁴⁵:

PARTE	LIBROS	TEMAS
I. FÍSICA EPICÚREA	LIBRO I	Principios generales del atomismo: los átomos y el vacío
	LIBRO II	Propiedades de los átomos y consecuencias del atomismo
II. PSICOLOGÍA EPICÚREA	LIBRO III	El alma, estructura y destino
	LIBRO IV	Las funciones del alma, la sensación y el conocimiento
III. MUNDOLOGÍA	LIBRO V	Cosmología e historia de nuestro mundo
	Libro VI	Los fenómenos naturales del cielo y la tierra

Cada uno de los seis libros consta de cuatro partes retóricas: proemio, sumario, núcleo argumental y epílogo. El sumario cumple tres funciones que Giancotti (1998: XXXII) explica en estos términos:

Chiamiamo trapasso ('sumario') un gruppo di versi, posto tra il proemio e la trattazione specifica, il quale assolve in genere tre funzioni: riepiloga la materia trattata precedentemente, preannunzia gli argomenti che il poeta si accinge a trattare, accenna finalità perseguite in accordo con l'etica epicurea.

Esta índole retórica se evidencia al comprobar cómo el poeta romano distribuyó estratégicamente los pasajes para cumplir con el triple propósito de la retórica (*delectare, docere, movere*), según se muestra en esta tabla:

⁴⁵ Sedley (1997: 1-19) ha propuesto una macroestructura similar, también Brown (1987: 44).

ESTRUCTURA RETÓRICA				
LIBROS	DELECTARE	DOCERE		MOVERE
	<i>Prooemium</i>	<i>Narratio</i>	<i>Argumentatio</i>	<i>Epilogus</i>
I	Himno a Venus <i>et alia</i> (1-148)	50-61 y 127-35	149-1093	1102-1117 ⁴⁶
II	El sabio epicúreo <i>et alia</i> (1-61)	62-79	80-1163	1164-74 ⁴⁷
III	Himno a Epicuro (1-30)	31-93	94-930	931-1094 ⁴⁸
IV	Arte poética (1-25)	26-53	54-1056	1057-87
V	Himno a Epicuro (1-54)	55-90	91-1457	
VI	Himno a Atenas y a Epicuro (1-42)	43-95	96-1137	1138-286

Se ha discutido mucho el tema de la estructura general⁴⁹, más si cabe, a sabiendas de que Lucrecio, supuestamente, se suicidó dejando el poema inconcluso. Algunos detalles, en efecto, dan la impresión de que falta un último *labor limae*. Se nota particularmente en las reiteraciones (I 44-49 = II 646-51; I 926-50 = IV 1-25, o I 1021-28 = V 419-31)⁵⁰, en los desajustes

⁴⁶ Esta descripción de una hipotética destrucción del universo cumple, a nuestro entender, la función del *movere* característica de la *peroratio* o del *epilogus*. Con ella quiere conmover psíquicamente al lector mediante la representación de escenas apocalípticas. La retórica clásica denominaba a este recurso *evidentia* (φαντασία. Cf. Lausberg, 1991 I: 232-33, § 257).

⁴⁷ En estos últimos once versos Lucrecio describe las fatigas de un labrador que apenas es capaz de sacar fruto a su terruño. Visualiza otra vez una situación patética para conmover y ganarse la simpatía del lector. Obsérvese la puesta en escena: el labriego meneando la cabeza, suspirando (v. 1164: *caput quassans grandis suspirat arator*) y el viticultor increpando a la esterilidad de su tiempo (v. 1169: *saeclumque fatigat*) y añorando la vida de los antiguos (v. 1170: *antiquum genus*). Dice al respecto Lausberg (1991 I: 366, § 439): “La simpatía del público se conquista primeramente mediante los *loci communes* (Cic. *Inv.* I 55, 106) relativos al desamparo general del hombre frente a la *fortuna*”.

⁴⁸ La *peroratio* es claramente aquí mucho más extensa. Erradicar el temor a la muerte y a los castigos de ultratumba, objetivo primordial del poema (I 110-135), lo exige. Y, llegado al meridiano de la obra, Lucrecio necesita conmover al lector para ganarlo a su causa, recurriendo a las visiones (φαντασίαι) más efectivas, como la diatriba pronunciada por la Naturaleza (III 931-77), la pintura de los castigados del Infierno (III 978-1023) o la mención de los héroes muertos (III 1024-52).

⁴⁹ Bibliografía: Barra (1952), Pizzani (1959), Owen (1968: 121-27, y 1969: 166-72), Minadeo (1969: 31-54), Brown (1987: 5-13) y Ruiz Castellanos (1992: 14-25, esp. 15-17), quien recopila por extenso más estudios.

⁵⁰ Para más pormenores, cf. Bailey (1998 I: 35-37, esp. 161-65). Boyancé (1963: 83) relaciona una lista, tomada de la tesis de Christoph Lenz (*Die wiederholte Verse bei Lucrez*, Leipzig, 1937), de reiteraciones que seguramente Lucrecio habría suprimido: “III 474 (= 510), 746 (= 763); IV 65 et suiv. (= 102 et suiv.), 1034 (= 1047); V 1327 (1328), 1388 et suiv. (= 1454 et suiv.); VI 988 et suiv. (= 996 et suiv.)”. Acierta, en nuestra opinión, al observar que “Mais ailleurs, on ne peut pas ne pas être frappé par des répétitions dont on ne peut croire qu’une révision du poème par l’auteur les aurait toutes gardées” (Boyancé, 1963: 82). Con todo, otros críticos, como García Calvo (1997: 290-92), piden cautela, pues la reiteración de pasajes era una técnica épica y didáctica. Epicuro y Empédocles, modelos inmediatos de Lucrecio, recurrieron a ella llevados por su afán educativo.

estructurales⁵¹ y en las aparentes contradicciones de sus opiniones, que la crítica denomina antilucrecianas⁵².

A todos los críticos parece inconcluso y algo desaliñado (Butterfield, 2013: 1-2). Pero el desacuerdo surge al concretar en qué grado, si prima la *consecutio logica*, esperable en un tratado filosófico, o, más bien, la *dispositio rhetorica*; si hubo, en definitiva, un empeño sostenido del epicúreo de ajustar la estructura al tema y al género. Kullmann (1980: 98-125), Asmis (1983: 36-66), Ruiz Castellanos (1992: 1084) y Sedley (1997)⁵³ opinan, en nuestra opinión acertadamente, que está bien estructurado. Lucrecio sabía que debía enseñar su doctrina progresivamente, paso a paso, desde la Física hasta la Ética, pues era la única vía para resultar convincente (Ferguson-Rouse, 1997: XXVI-XXVII). Memio, destinatario del poema, no se hubiera creído, por ejemplo, que el hombre goza de libre albedrío (II 251-93), si Lucrecio no le hubiera explicado previamente la declinación de los átomos (II 216-50).

La opinión de que el poema está mal ensamblado procede en cierta medida de viejos prejuicios. De una parte, está la fama de la insania. Se creyó que Lucrecio hiló el poema espontáneamente, mientras le afloraban ideas y versos, arrebatado por un intermitente delirio. De otro, está la acusación de las escuelas rivales de que los epicúreos sentían reluctancia hacia la Lógica, despreciando las disciplinas convencionales de esta, a saber, la Dialéctica, la Metodología y la Retórica⁵⁴. De esta guisa, el poema sería fruto de una mente perturbada y de una doctrina ilógica. Pero, si bien es cierto que carece de una estructura totalmente coherente y sistemática⁵⁵, también es evidente que existió un plan

⁵¹ Para más detalles, cf. Bailey (1988 I: 33).

⁵² Algunos editores desde Isaac Vossius contemplaron la posibilidad de que un escriba burlesco (*interpolator irrisor*) hubiera insertado pasajes como el I 44-49 para ridiculizar a Lucrecio y que así pareciese contradictorio por su irreligiosidad (Bailey, 1998 II: 601, *ad loc.*).

⁵³ Sedley (1997: 1-19) ha intentado demostrar en su interesante artículo que Lucrecio escribió su poema basándose exclusivamente en los “first fifteen of its thirty-seven books of Epicurus’ *On nature*” (*ibid.* 1). Sostiene, en este punto, una hipótesis distinta de la tradicional, según la cual la fuente principal de Lucrecio habría sido un epítome general escrito por el propio Epicuro que se ha perdido.

⁵⁴ Dice al respecto Asmis (1984: 9-10): “wrote (*sc.* Epicuro) a book titled *Kanon* [...] in which he set out his method of scientific investigation”. Y trae dos textos de peso que, en efecto, contradicen aquella acusación. Uno antiguo, de S. E. M. VII 22: οἱ δὲ Ἐπικούρειοι ἀπὸ τῶν λογικῶν εἰσβάλλουσιν τὰ γὰρ κανονικὰ πρῶτον ἐπιθεωροῦσιν περὶ τε ἐναργῶν καὶ ἀδήλων καὶ τῶν τούτοις ἀκολουθῶν ποιοῦνται τὴν ὑφήγησιν. Otro de Hegel: “Man kann so sagen, Epikur ist der Erfinder der empirischen Naturwissenschaft und der empirischen Psychologie”. No parecen ya razonables las opiniones, como la de Cornford (1952: 12-30), de que el epicureísmo carecía de método científico, más si cabe, tras la edición del *Περὶ σημείων* de Filodemo realizada por Phillip y Estelle De Lacy (1978). Según Gigante (1996: 444) “è uno dei pochi scritti di logica antica, e di logica epicurea in particolare: esso appare subito di una modernità avvincente e può riproporre il posto della logica epicurea nella storia della logica antica, che fu ripensata da Guido Calogero, e, soprattutto, il suo ruolo nei confronti della logica stoica o del panlogismo stoico”. Para más información, cf. Ruiz Castellanos (1992: 16).

⁵⁵ Como Albrecht (1995 I: 293) ha puesto de manifiesto: “Il tentativo di suddividere ‘reto-

retórico general, como Quintiliano, autoridad en la materia y lector del *DRN* en estado más original, venía a reconocer, al afirmar en el siguiente párrafo de su *Institutio oratoria* (I 4, 4-5) que era preciso tener bastante elocuencia para versificar con propiedad sobre filosofía⁵⁶:

Tum neque citra musicen grammaticae potest (sc. la enseñanza) esse perfecta [...] nec ignara philosophiae, cum propter plurimos in omnibus fere carminibus locos ex intima naturalium quaestionum subtilitate repetitos, tum vel propter Empedoclea in Graecis, Varronem ac Lucretium in Latinis, qui praecepta sapientiae versibus tradiderunt. Eloquentia quoque non mediocri est opus, ut de unaquaque earum quas demonstraui, rerum dicat proprie et copiose.

Los trazos de su arquitectura aún se conservan *in maxima parte*⁵⁷ y el desorden que hoy muestra bien puede deberse, al menos parcialmente, a la tradición manuscrita⁵⁸. De la macroestructura, ya hemos perfilado las líneas maestras, pero el rasgo singular del *DRN* se encuentra en su microestructura. Ruiz Castellanos (1992: 39-282), en su exhaustiva tesis, demostró que la tesela retórica básica del *DRN* era el epiquerema (ἐπιχείρημα)⁵⁹. La *Rhetorica ad Herennium* definía con claridad este diseño retórico (II 18, 28):

Ergo absolutissima et perfectissima est argumentatio ea, quae in quinque partes est distributa: propositionem, rationem, rationis confirmationem, exornationem, complexionem. Propositio est per quam ostendimus summatim quid sit quod probari

ricamente' ogni libro secondo lo schema *prooemium-narratio* o *argumentatio-peroratio* non aggiunge nulla a quanto si è osservato finora".

⁵⁶ Entre Lucrecio y Quintiliano (35 d. C. – ca. 95 d. C.) median solo unos 90 años. Sobre la retórica en el poema de Lucrecio, cf. Classen (1968: 77-118).

⁵⁷ Es la opinión de muchos editores, como Büchner (1936: 5-20 y 1937: 68-82) y Bailey (1998 I: 17-18 y 165-68). Bailey (1998 I: 165), el eximio lucrecianista, resumía con estas palabras el estilo estructural de Lucrecio: "A peculiar characteristic of Lucretius' manner of writing – if not exactly of his style– to which Büchner has drawn attention in a brilliant and suggestive memorandum, is his habit of holding over or suspending a thought or concept through an intervening digression, and then resuming it, as if there had been nothing in between [...] His mind is visual, not logical: he sees a picture and the picture for him takes the place of syllogistic argument".

⁵⁸ Sobre los errores comunes de los escribas, cf. Willis (1972: 53-188). En pleno siglo XVI el canónigo Bartolomé Llorente compró un ms. de Lucrecio en Roma, copiado a partir seguramente del ms. Vat. Patetta 312 poco después de la segunda mitad del siglo XV (Traver, 2011: 113-121). Los cuadernillos estaban mal cosidos y, en consecuencia, el manuscrito *Caesaraugustanus* está desordenado (Galindo Romeo, 1926: 152). Similar precaución adoptan Munro (1893 I: 29-30) y García Calvo (2019: 45-46).

⁵⁹ Ya Wallach (1976: 13-14, nn. 3-5) estudió los argumentos de Lucr. III 830-1094 en función de esta estructura retórica. Un análisis sobre el epiquerema se lee en Lausberg (1991 I: 309-12, § 371). Para su historia, cf. Ruiz Castellanos (1992: 47-56). Cicerón en *Inv.* I 57 lo define y lo describe *ibid.*, en I 68.

volumus. Ratio est quae causam demonstrat verum esse id quod intendimus, brevi subiectione. Rationis confirmatio est ea quae pluribus argumentis corroborat breviter expositam rationem. Exornatio est qua utimur rei honestandae et conlocupletandae causa, confirmata argumentatione. Complexio est quae concludit breviter, colligens partes argumentationis.

No todos los pasajes lucrecianos se ajustan a este esquema, pero sí una mayoría. Además, las partes principales de esta unidad (*propositio, ratio y rationis confirmatio*) configuran un molde estructural superior donde Lucrecio inserta secciones argumentativas mayores conforme a la preceptiva clásica (cf. Quint. *Inst.* V 14, 6-7).

4. 2. Temática

4. 2. 1. Primera parte (libros I-II): la Física epicúrea

La primera parte del *DRN* (libros I-II) estudia en profundidad los principios de la Física epicúrea, que desarrolló *sui generis* el atomismo antiguo de Leucipo (s. V a. C.) y Demócrito (460-370 a. C.)⁶⁰. Sus presupuestos teóricos fueron expuestos por Epicuro en el epítome titulado *Epístola a Heródoto* (D. L. X 35-83), que constituye el testimonio más extenso sobre Física epicúrea escrito por el propio fundador de la escuela⁶¹.

En el libro primero Lucrecio sienta tres premisas fundamentales de la teoría atómica: 1. “la substancia es eterna: nada nace de la nada y nada se disuelve en la nada” (I 150-264); 2. “la materia está formada por un número infinito de átomos imperceptibles, indivisibles y eternos que se mueven por el espacio vacío e infinito” (I 265-634), y 3. “el universo es infinito y se compone de materia y de vacío” (I 921-1117)⁶².

El segundo libro estudia las implicaciones de los postulados expuestos en el libro primero, que a su vez son el cimiento pedagógico de los libros tercero y cuarto. Comienza Lucrecio analizando el movimiento de los átomos (*primordia*), que da lugar a la formación de cuerpos compuestos (*corpora*. II 62-332). A continuación, establece que los átomos tienen un número limitado de figuras, aunque estas están formadas por un número infinito de átomos (II 333-729). Refiere después que los primordios⁶³ carecen de olor, color o sabor,

⁶⁰ Para las diferencias entre las premisas de Leucipo, Demócrito y Epicuro, cf. Olivares del Valle (1998: 45-49). Para el influjo del materialismo democriteo en el sistema de Epicuro, cf. Nizan (1999).

⁶¹ El corpus epicúreo sobre Física fue recogido por Usener (1966: 191-262), notado en nuestro estudio con la abreviatura Us. Ferguson (1993), referenciado también con la abreviatura Ferg., ha coleccionado nuevos testimonios de Diógenes de Enoanda y, en la actualidad, los hallazgos papirológicos de la Villa de Herculano están siendo publicados dentro de la colección “La Scuola di Epicuro” (<https://bibliopolis.it/la-scuola-di-epicuro/>).

⁶² Cf. Bailey (1998 I: 31) y Valentí (1983 I: XXV-XXVI).

⁶³ El término *primordia* ha sido castellanizado por García Calvo (1997) como “primor-

ya que estas cualidades secundarias son adquiridas por los cuerpos compuestos (II 730-1022). Finalmente, argumenta la existencia de un número infinito de mundos y traza los procesos de su formación y destrucción (II 1023-174).

4. 2. 2. Segunda parte (libros III-IV): la Psicología y Epistemología epicúreas

Expuestos los *cunctarum exordia rerum* según la Física epicúrea (III 31-34), los libros tercero y cuarto tratan del alma humana y de cómo capta la realidad. El propósito general del tercer libro es erradicar el miedo a los dioses y al Aqueronte (III 35-40). Este empeño persiste en el cuarto (IV 26-41), al mostrar Lucrecio las diferencias entre el conocimiento verdadero y la ilusión irracional (Giancotti, 1998: L-LI) que infunde en el hombre miedos y pasiones. Defiende, entre otras tesis, la fiabilidad de los sentidos contra la opinión de los escépticos (IV 469-521).

A lo largo del tercer libro Lucrecio explica la corporeidad tanto del *anima* como del *animus*, la relación entre sí y con el cuerpo (III 94-416). Dada la composición material de ambos, el libro concluye con la premisa de que el alma humana, concebida como un agregado atómico, es mortal y perecedera, no solo en su vertiente sensitiva (*anima*), sino también en la cognitiva (*animus*)⁶⁴. En consecuencia, el hombre, entendido como una realidad psicosomática (cuerpo-espíritu), es totalmente mortal (III 417-829). Solo los átomos son inmortales. Pese a esta drástica deducción, Lucrecio entona al final del libro un himno celebrando la aniquilación del miedo a la muerte (III 830-69). Si en los dos primeros libros el epicúreo trata de desarraigar del hombre el miedo a la intervención de los dioses por medio de la explicación de las leyes mecanicistas que hacen funcionar el mundo, en el libro tercero brega por arrancar de los pechos humanos el terror a la muerte y a los castigos de ultratumba demostrando la naturaleza corpórea del alma (III 870-1094)⁶⁵.

El libro cuarto, dedicado al método de conocimiento (Canónica), establece que desde la superficie de los objetos se desprenden películas de átomos sutiles que tocan los órganos sensitivos (IV 54-215), produciendo las sensaciones y por ellas el conocimiento de la realidad (IV 216-721). La mente (*animus*), sede del pensamiento, procesa las sensaciones y adquiere conocimiento fiable siempre que tenga una percepción precisa. De lo contrario, añade falsas deducciones, como suele ocurrir con los simulacros (IV 722-48), cuyas extrañas

dios" en su versión rítmica. De él lo tomamos. Comenta Bailey (1998 II: 606-7, v. I 55): "*rerum primordia*: 'the first beginnings of things'; *primordia* is Lucretius's favourite word for the 'atoms', the tiny particles in which he conceives matter to exist: it occurs 72 times in the poem [...] *primordia* does not exactly represent any word in Epicurus' terminology".

⁶⁴ Según Harrison (1933: 197-98), Francis Bacon tenía una concepción medieval del alma, dividida en *anima sensibilis* y *anima rationalis*, pero de resonancias lucrecianas. Aunque sin negar la inmortalidad, equiparaba el *anima sensibilis* y el *anima rationalis* al *anima* y al *animus* lucrecianos.

⁶⁵ Para más información, cf. Traver (1999: 143-51).

formas y extrema sutileza hacen que solo sean perceptibles por la mente y durante el sueño (IV 749-76). Como resultado, el hombre puede interpretar como conocimiento verdadero el que, en realidad, es ilusorio, produciéndole falsos miedos o pasiones intensas, como la amorosa (IV 1058-287), que vienen a perturbar la anhelada serenidad del alma.

4. 2. 3. Tercera parte (libros V-VI): la Mundología y fenómenos naturales

Al comenzar el libro V, Lucrecio ha explicado ya gran parte de la doctrina epicúrea: la naturaleza de los átomos y del vacío (libros I-II), la psicología (libro III), la sensación y la teoría del conocimiento (libro IV). De acuerdo con el programa general que parece perfilar en los primeros versos de la obra (I 50-61 y 127-35)⁶⁶, tiene aún que tratar *de summa caeli deumque ratione* (I 54): “sobre los cuerpos celestes y los dioses”. Sin embargo, los últimos libros (V-VI) no estudian exactamente estos temas. El libro quinto trata sobre todo de la tierra y del universo como resultados de los principios atómicos ya expuestos, pero no tanto de cosmología. El libro sexto, por su parte, no explica los dioses, sino los fenómenos atmosféricos y terrestres.

El libro quinto encierra una temática variada; pero comprende, en su mayor parte, cuatro estudios: el origen y muerte futura del planeta tierra (V 235-508), los fenómenos astronómicos (V 509-770), el origen de la vida (V 772-1010) y la historia de la civilización y la cultura (V 1011-1457). Sobre estas mismas materias trata sumariamente la *Carta a Heródoto* (D. L. X 73-82) y sobre astronomía, con más detenimiento, la *Carta a Pítocles* (D. L. X 90-98), ambas de Epicuro.

El libro sexto responde a interrogantes sobre cuestiones naturales que no han sido tratadas en el libro anterior. Si allí Lucrecio describía el origen de la tierra, la posición que ocupa como planeta, el movimiento de los astros, cuestiones todas de gran relevancia, pero muy científicas, en este último trata de fenómenos naturales más familiares al hombre. El propósito es, como en el libro quinto, argumentar contra la visión teológica y, en concreto, contra la superstición popular, según la cual el rayo, el trueno o los terremotos acaecen por voluntad divina (VI 50-95 y VI 379-422)⁶⁷, demostrando que estos fenómenos ocurren, en realidad, por causas estrictamente naturales.

⁶⁶ El primer repertorio didáctico (I 50-61) hace referencia a la cosmología (v. 54), tratada concretamente en los versos 509-770 del libro sexto; a los dioses (v. 54), que nunca abordará monográficamente en un lugar determinado, sino en versos dispersos (I 44-49, II 600-60, V 146-234 o 1161-240) y de forma tangencial a veces (I 62-135), y a los átomos, fundamento de la física epicúrea (libros I y II). Entre los temas que adelanta en el segundo programa (I 127-35), menciona de nuevo la cosmología (vv. 127-28), los fenómenos naturales (vv. 129-30), a los que dedica gran parte del libro sexto; la psicología (v. 131), tema central del libro tercero, y los sueños (vv. 132-33), que estudia en el libro cuarto.

⁶⁷ Este era el primer objetivo perseguido por el epicureísmo al desentrañar los fenómenos naturales, como afirma el propio Epicuro en la *Ep. ad Pyth.* (D. L. X 116): Ταῦτα δὲ πάντα, Πυθόκλεις, μνημόνευσον· κατὰ πολὺ τε γὰρ τοῦ μύθου ἐκβήσῃ καὶ τὰ ὁμογενῆ τούτοις

El repertorio de fenómenos celestes (VI 96-534) y terrestres (VI 535-1089) que discute el epicúreo es muy abigarrado, pero sigue un corpus tradicional de fenómenos naturales que eran estudiados por la filosofía antigua: el trueno, el arcoíris, los terremotos, las crecidas del Nilo, el Averno, etc. Tratan de los mismos problemas, por ejemplo, los tres primeros libros de los *Meteorologica* de Aristóteles (388-322 a. C.), la *Μετεωρολογικὴ στοιχείωσις* de Posidonio (ca. 135-51 a. C.) y las *Naturales quaestiones* de Séneca (Bailey, 1998 III: 1552).

El epílogo del libro y colofón de la obra (VI 1138-286), incluido en la sección final sobre fenómenos epidémicos (VI 1090-286), relata con escrúpulo científico las causas y consecuencias de la peste que asoló Atenas en el 430 a. C.⁶⁸ La pintura resulta demoledora, demasiado pesimista, para un poema que versifica una filosofía de la felicidad. Esta despedida, aparentemente inapropiada, viene a probar, en opinión de muchos, el estado inacabado del libro y la inestabilidad emocional de Lucrecio; pero también muchos consideran, no sin razón, que el patetismo de la tragedia remueve al lector en su fuero interno, haciéndole tomar consciencia de la vulnerabilidad de la vida y de la necesidad de gozarla serenamente.

συνορᾶν δυνήση (Bailey, 1998 III: 1551).

⁶⁸ Todo el pasaje sigue muy de cerca el léxico y la estructura de los capítulos 47-53 del libro II de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides (460 - ca. 396 a. C.).

RECEPCIÓN DE LUCRECIO EN LA
ANTIGÜEDAD (ss. I. A. C.-VI)

1. LAS EDICIONES CICERONIANA Y PROBIANA DEL *DE RERUM NATURA*

Según Jerónimo (*Chron. a. Abr.* 1923) fue Cicerón, el orador, el primer editor de la obra: *cum aliquot libros per intervalla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendavit*. Cuando el arpinate escribe a su hermano Quinto (*Ad Q. fr.* II 9, 3) en febrero del 54 a. C., unos cuatro meses después de la muerte de Lucrecio, el *DRN* no había sido aún publicado (Munro, 1893 II: 2). Como primer *emendator post mortem*, Cicerón haría una revisión sumaria del manuscrito antes de la publicación². Los recientes descubrimientos textuales de Herculano (Kleve, 1989: 5-27), aunque puestos en tela de juicio por su fragmentariedad³, reforzarían la teoría de una *editio princeps* hecha al poco de morir el poeta y probarían las vicisitudes del texto en su tradición manuscrita, ya que de los 16 fragmentos reconocidos tres no figuran en el *textus receptus*. De ser auténticos, constituirían la tradición manuscrita más antigua conservada del *carmen* lucreciano (Obbink, 2007: 36). Confirmarían, además, que la obra había estado en los anaques de la biblioteca del epicúreo Filodemo de Gádara y restarían credibilidad a la denominada “conspiración del silencio”, que, según Benjamín Farrington (1939: 191-217), habrían secun-

¹ Sobre la *editio ciceroniana* hay opiniones muy diversas. La mayoría se inclinan por la autenticidad del testimonio de Jerónimo, de manera que habría sido Cicerón, contrario al epicureísmo, quien publicara el poema (Dionigi, 2000: 53, y Giancotti, 1998: XXIII). Lachmann (1850: 63), en cambio, defendía que fue su hermano, el autor de tragedias Quinto Tulio Cicerón, quien lo habría editado; Berchem (1946: 26-39) afirmaba que el editor habría sido Tirón, el escribano de Cicerón, mientras que Spaeth (1946: 105-6) creía que fue Pomponio Ático, amigo epicúreo de Cicerón. Esta última posibilidad, factible por los lazos ideológicos entre el poeta y Ático (Gilbert, 2022: 71), depende también de la *Vita Borgiana* (Solaro, 2000: 31-36), pues en ella se dice *Cum T. Pomponio Attico, Cicerone, Marco Bruto et C. Cassio coniunctissime vixit*. Sobre las fechas de composición y publicación del poema, cf. Hutchinson (2001: 150-62).

² Giancotti (1998: XXI, n. 28) trae a propósito de la expresión de Jerónimo *Cicero emendavit* una serie de citas (*Cic Att.* II 16, 4; Don. *Epist.* 6 (*Vita Virgilii*), y Suet. *De poetis*. Cf. Rostagni, 1979: 97 y 100-1) para probar que el verbo *emendare* venía a significar la última corrección inmediatamente anterior a la publicación (*edere*). Para más información, cf. Canfora (1993: 69-71).

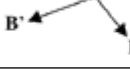
³ Ferguson-Rouse (1997: LIV) dudan de su autenticidad dado que son apenas legibles. En cambio, Arrighetti (1997: 22) cree que “on a eu récemment la preuve de la présence d'un exemplaire du *De rerum natura* dans la bibliothèque de la Villa des papyrus”.

dato los intelectuales coetáneos de Lucrecio por indicación estatal para no divulgar su pensamiento heterodoxo⁴.

Un siglo más tarde, a mediados del s. I d. C., el gramático Valerio Probo (*fl. ca.* 2ª mitad del s. I. d. C.) editaría el *DRN* en dos ocasiones. Ambas ediciones o una de las dos constituyeron el protoarquetipo de los manuscritos leidenses *O* (*blongus*) y *Q* (*uadratus*), que son los más antiguos de la tradición textual lucreciana (García Calvo, 1997: 43). Probo respetó el contenido y la disposición más genuina, aunque arcaizara palabras (Bodelón, 2000: 290). Esta labor editora está avalada por un posible fragmento del *De notis scripturarum* de Suetonio (Suet. *fr.* p. 138 Reifferscheid) que reza *Probus, qui illas (sc. notas) in Virgilio et Horatio et Lucretio apposuit, ut Homero Aristarchus* (Bailey, 1998 I: 44, y Pizzani, 1959: 48-49).

En general, la crítica admite que un ejemplar de la edición del libanés pudo ser el modelo (s. I)⁵ del prearquetipo (ss. IV-V)⁶ escrito en capitales (Müller, 1973: 166), con el que entroncarían los manuscritos carolingios *O* y *Q* (s. IX), transcritos ya en minúscula carolingia a partir del arquetipo (Ω) que pervivió en los albores del Imperio Carolingio y que pudo estar escrito en letra minúscula precarolingia (Butterfield, 2013: 269-71). Es probable también que un ejemplar probiano fuera el modelo último del manuscrito que Isidoro de Sevilla seguramente tuvo en su biblioteca (Butterfield, 2013: 89-91).

He aquí un *stemma codicum* simplificado, que explica gráficamente la posible fortuna que corrieron los manuscritos lucrecianos desde la edición ciceroniana hasta el arquetipo de los códices *O* y *Q*. Incluimos el manuscrito perdido de Isidoro (I):

55-45 a. C.		<i>Lucretius a Ciceronibus lectus et forsan editus</i>
50-100 d. C.		<i>A Probo duo editiones posteriores</i>
350-450 d. C.		<i>Prearchetypus</i> en letra capital
600-800 d. C.		<i>Codex deperditus Isidori. Archetypus</i> en letra minúscula precarolingia.

⁴ Para más información sobre esta hipótesis, cf. Traina (1972: 159-68). Sobre la actitud de los poetas augústeos hacia Lucrecio, cf. Canfora (1993: 95-98).

⁵ Leo (1912: 37) conjeturó que la *editio* probiana era, en realidad, el arquetipo, hipótesis que ha sido desestimada por la crítica. Cf. Pizzani (1959: 49) y Dionigi (2000: 55-56).

⁶ Cf. Lachmann (1850: 3): *ex quibus rebus intellegitur eum (sc. archetypon) saeculo post Christum natum quarto quintove conscriptum fuisse, Vergilianis exemplaribus, quae ex eo genere supersunt, simillimum.*

2. LA FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA LATINA DE ÉPOCA AUGÚSTEA Y FLAVIA (CA. 42 A. C. – S. II D. C.)

2. 1. *El magisterio de Lucrecio*

La recepción del *DRN* en la Literatura Latina posterior fue extraordinaria, tanto que sus ecos poéticos se atestiguan en la mayoría de los escritores de época augústea y flavia (Wöhler: 1876: 2). Su influjo es profundo no solo en los poetas latinos que más impronta han dejado en la literatura occidental, es decir, Virgilio, Horacio, Ovidio y Séneca, sino también en otros autores, como Propertio, Vitrubio, Persio, Estacio o Juvenal, que tuvieron menor proyección⁷. Este afecto literario que le profesaron los prosistas y, en especial, los poetas más influyentes de la Latinidad, facilitó, sin duda, la acogida futura de Lucrecio en la cultura occidental. Al imitar sus imágenes y tomar conceptos epicúreos de sus versos, le estaban escribiendo la mejor credencial posible. Esta garantía de calidad atrajo, sin duda, a los poetas y filósofos posteriores, sobre todo a los humanistas que a partir del Renacimiento dedicaron su vida al estudio de la cultura clásica. Si tenemos en cuenta esta aureola, no extraña la impaciencia que Poggio Bracciolini manifestaba a su amigo Francisco Barbaro (1390-1454) en una epístola de 1418 (Clark, 1899: 125):

Lucretius mihi nondum redditus est, cum sit scriptus: locus est
satis longinquus, neque unde aliqui veniant: itaque exspectabo
quoad aliqui accedant qui illum deferant: sin autem nulli ve-
nient, non praeponam publica privatis.

2. 2. *Influencia en los poetas*

A tenor de los datos, es probable que Lucrecio y los poetas coetáneos del círculo neotérico de Catulo (87-54 a. C.) se influyeran mutuamente. Gómez Pallarès (1998: 299-314) ha encontrado en la invocación a la *patrona Virgo* de Catulo I 9 una posible *aemulatio* del himno a Venus de Lucrecio (I 1-43)⁸ y Herrmann (1956: 465-80) demostró con ecos casi concluyentes que Lucrecio había imitado a Catulo⁹. Este mutuo influjo cobra mayor verosimilitud

⁷ Para la influencia de Lucrecio sobre los autores latinos en general, cf. Philippe (1895: 287-90), Woll (1907), Hadzsits (1963: 28-61 y 160-97), Alfonsi (1978: 271-304) y Giesecke (1992). Acerca de su influjo en los autores augústeos existen dos artículos decimonónicos muy completos: Weingaertner (1874: 8-10) y Wöhler (1876). El *Année Philologique* suele abrir una entrada específica para *Lucretii commentatores, traductores, imitatores*. Cf. años de 1971 a 1975.

⁸ El pasaje, en concreto, está corrupto y frente a la lectura <o> *patrona Virgo* (Mynors, 1989: 1, *ad loc.*) cabe la de *patroni ut ergo* (Goold, 1983: 30 y 227), una variante más acorde con la dedicatoria del libro a Cornelio Nepote (Catull. I 3). Con todo, la conjetura de que la expresión catuliana fuera una sutil imitación de la Venus lucreciana es plausible, dado que desde el tercer verso queda claro que el destinatario es Cornelio Nepote. De otra parte, era tradicional en los poemas programáticos y en el comienzo de los *carmina continua* invocar a una musa o divinidad para que fuera inspiradora, como parece ser el caso.

⁹ He aquí dos de los textos que Herrmann (1956: 466) aduce: Catull. LXIV 44 y 46: *fulgenti splendent auro atque argento [...] tota domus gaudet regali splendida gaza* (= Lucr.

al conocer que Catulo y Lucrecio coincidieron en muchos aspectos de sus vidas. El veronés tuvo, al menos, dos amigos epicúreos¹⁰: Manlio Torquato (90-46 a. C.)¹¹, el defensor del epicureísmo en Cic. *Fin.* I-II, y Alfenio Varo, *suffectus consul* en el 39 a. C. (Catull. X 1 y XXX). Y, aunque en sus poemas biográficos (XXXV, XXXVIII, L, LVI o XCV) Catulo no cite a Lucrecio, debió de serle conocido, más si cabe, cuando uno y otro se relacionaron con el propretor G. Memio, a quien Lucrecio dedica su obra (I 26-27) y a quien el veronés profesaba un odio manifiesto (Catull. XVIII)¹².

Ya en época augústea, Virgilio (70-19 a. C.)¹³ fue el poeta que más intensamente se aprovechó del *DRN* y, dada su autoridad dentro del círculo de Mecenas (ca. 70 - 8 a. C.), debió de animar con su ejemplo a otros miembros para que lo imitasen también. Virgilio, según una noticia transmitida por Donato (fl. ca. 350 d. C.), tomó la toga viril a los diecisiete años, justo el mismo día que murió Lucrecio¹⁴, una casualidad que, de haber sido verdad, parecía vaticinar su enorme deuda poética hacia la obra de Lucrecio, como él

II 27: *nec domus argento fulget auroque renidet*); y Catull. LXIV 198: *quae quoniam verae nascuntur pectore ab imo* (= Lucr. III 57-58: *nam verae voces tum demum pectore ab imo / eliciuntur*). Si es verdad la hipótesis de Hutchinson (2001: 150) de que “The poem (sc. of Lucretius) was probably being written in or after 49”, el influjo de Catulo sobre Lucrecio sería aún más probable. Cf. también Catull. LXIV 397-406 y Lucr. III 72-73 sobre los crímenes familiares (Gale, 2022: 100-1).

¹⁰ Para la vinculación de Catulo con el epicureísmo, cf. Tait (1941: 35-40 y 110-16).

¹¹ Cf. Catull. LXI 16, 209 y 215.

¹² Hay más vínculos. Veranio y Fabulo, amigos de Catulo (Catull. IX, XII, XIII, XXVII y XLVII), acompañaron a Macedonia entre los años 57-55 a. C. al procónsul Lucio Calpurnio Pisón (Catull. XXVIII), patrón del epicúreo Filodemo de Gábara, formando parte de su séquito. Filodemo, amén de rector del *hortulus* de Herculano, compuso numerosos epigramas de corte calimaqueo, en la misma línea que los poetas del círculo neotérico. Por último, el dedicatario del *Passer Catulli*, el biógrafo Cornelio Nepote (Catull. I 3), elogió la poesía de Catulo y de Lucrecio (Att. XII 4).

¹³ Sobre la presencia de Lucrecio en Virgilio la bibliografía es prácticamente inabarcable. Ya el comentarista Servio (ca. III-IV d. C.) anotó minuciosamente los ecos lucrecianos reconocibles en la obra del mantuano (Deschamps, 1999: 199-216). Entre los estudios modernos sobresalen el de Wöhler (1876: 2-26), quien compila de forma factual y con gran exhaustividad sus deudas; el de W. A. Merrill (1918), quien, según Bailey (1931: 23), era “the unconventional editor and indefatigable statistician of Lucretius”; el de Berchem (1946: 26-39), que analiza comparativamente la publicación del *DRN* y la égloga VI de Virgilio; y, más recientemente, los de Castelli (1966: 313-42; 1967: 14-39 y 176-216; y 1984-1991: 264-71), de gran acribia crítica; Farrington (1999: 18-26), Gale (2000), sobre la influencia de Lucrecio en los *Georgica*, y Gorey (2021), quien opina que en la *Eneida* Virgilio defiende un mundo ordenado teológicamente, con propósito y jerarquías, como alternativa a la cosmovisión ateísta de Lucrecio.

¹⁴ Cf. Don. *Epist.* 6 (*Vita Virgilii*): *initia aetatis Cremonae egit usque ad virilem togam, quam septimo decimo anno natali suo accepit, isdem illis consulibus iterum duobus quibus erat natus, evenitque ut eo ipso die Lucretius poeta decederet*. Las coincidencias ficticias no son infrecuentes en el género biográfico, pero algunas son reales y ciertamente llamativas, como el caso de las muertes de Miguel de Cervantes (22 de abril de 1616) y William Shakespeare (23 de abril de 1616).

mismo venía a reconocer en el homenaje que le rindió en *Georg.* II 490-92 (Hadzsits, 1963: 34)¹⁵:

Felix, qui potuit rerum cognoscere causas
atque metus omnes et inexorabile fatum
subiecit pedibus strepitumque Acherontis avari.

Seguramente su simpatía por la poesía lucreciana se acrecentaría a partir del año 49 a. C., cuando marchó a Nápoles (Vidal, 1997: 155) para estudiar en el *hortulus* del epicúreo Sirón (*fl.* I a. C.), de quien fue, al parecer, discípulo favorito¹⁶. También fue Virgilio alumno del epicúreo y *perpolitus* epigramista (Cic. *Pis.* LXX, 5) Filodemo de Gádara en Herculano, seguramente en la villa hoy conocida como “Villa de los Papiros” (Gigante, 1998: 44)¹⁷. Es muy probable que, siguiendo las indicaciones de sus profesores, leyera frecuentemente el *DRN*, pues sería ya un enquiridión de la escuela. En él hallaría imágenes sugestivas que luego imitó, en particular aquellas que presentaban la naturaleza como fuente de ἡσυχία gracias a su contemplación placentera¹⁸, de manera similar a las églogas de Teócrito (*ca.* 310 – *ca.* 260 a. C.).

El amigo de Virgilio y compañero en el círculo literario, Horacio (60-8 a. C.)¹⁹, proclama su simpatía hacia la escuela epicúrea llamándose *Epicuri de grege porcum* (*Epist.* I 4, 16)²⁰. Así pues, era también esperable que bebiera del *DRN*. Y, en efecto, su influencia está presente con particular intensidad en los *Sermones* y en el libro primero de las *Epistulae*. Del análisis de los ecos, puede concluirse que el venusino imita fundamentalmente los proemios y los pasajes didácticos más poéticos, como los versos dedicados a la muerte

¹⁵ Bailey (1998 II: 612) sugirió que quizás los versos estaban dedicados a Epicuro y no a Lucrecio. En ellos se atisban varias reminiscencias lucrecianas: Verg. *Georg.* II 490: *felix qui potuit cognoscere causas* ≈ Lucrecio I 403: *per quae possis cognoscere cetera tute*; Verg. 492: *subiecit pedibus* ≈ Lucrecio I 78: *pedibus subiecta*, y Verg. 491-92: *atque metus omnis [...] strepitumque Acherontis avari* ≈ Lucrecio III 37: *et metus ille foras praeceps Acheruntis agendus*.

¹⁶ De hecho, heredó la villa del maestro cuando murió en el 42 a. C. (Jones, 1992: 67). Sobre la influencia del epicureísmo en Virgilio, cf. De Witt (1932: 89-96).

¹⁷ Sobre la estancia de Virgilio en Herculano, cf. Gigante (1983: 31-50).

¹⁸ Por ejemplo, la famosa imagen de la primera égloga virgiliana (*Ecl.* I 1-5), donde Títero descansa sobre la hierba tocando su caramillo a la manera epicúrea [*silvestrem musam* (Verg. *Ecl.* I 2 ≈ Lucr. IV 589)], tiene una ambientación lucreciana (Lucr. II 29-30), aunque la fuente textual más cercana sea Teocr. VII 87-88 (Castelli, 1967: 18-20). Este pasaje se ha convertido en tópico de la literatura occidental bajo la etiqueta de *arbore sub quadam*. Sobre su tradición en España, cf. Cristóbal López (1996: 82).

¹⁹ Para el influjo de Lucrecio en Horacio, cf. Weingaertner (1874), Merrill (1905), Rehmann (1969) y Rochette (2001: 16-20).

²⁰ Temas horacianos como la *aurea mediocritas*, el rechazo de la riqueza, la búsqueda del *otium* o la muerte como salida de un banquete, se inspiran claramente en el epicureísmo. De ahí que Keseling (1927: 508-9) hallara concomitancias entre la expresión *carpe diem* y la *Carta a Meneceo* X 126. Siles (2021: 99-120) explica el influjo del epicureísmo en la lírica horaciana.

en III 380-1052 y al origen de la vida y civilización humana en V 772-1457 (Merrill, 1905: 129).

Gran eco habría de tener también Lucrecio entre los elegíacos latinos, para quienes su ideal de vida está en gran medida troquelado según la ética epicúrea²¹. Tibulo mismo (43 a. C. - 15 d. C.) canta sus amores en un mundo pastoril idealizado según los patrones epicúreos de la morigeración y del retiro del ajetreo público (Luck, 1993: 76-77). Ese marco filosófico facilitó la imitación de pasajes del *DRN*, como la revelación de secretos durante el sueño²² y, más notoriamente, la prédica de la pobreza abastecida, que en su expresión *contentus vivere parvo* (I 1, 25) recrea palmariamente a Lucrecio VI 1118 *divitiae grandes homini sunt vivere parce*²³.

Propertio (s. I d. C.), aunque situara sus aventuras amorosas en un escenario urbano y crease en sus poemas “una atmósfera casi religiosa” (Luck, 1993: 122-23), sucumbió también al encanto de sus versos. Y, por ejemplo, en las elegías III 1, 20 y III 5, 19-22 tuvo en mente el pasaje lucreciano I 927-29, en el que el epicúreo expresa su agrado por poetizar temas no trillados (Donohue, 1993: 142-48).

El último de los elegíacos, Ovidio (43 a. C. - 18 d. C.), admiró a Lucrecio por poeta sublime y vaticinó la inmortalidad de su poema en un dístico que se ha hecho famoso (*Am.* I 15, 23-24)²⁴:

carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti,
exitio terras cum dabit una dies:

De toda la producción ovidiana la obra de *Las metamorfosis* es quizás la más afín al *DRN*. Muchas son las diferencias, algunas irreconciliables. Sin ir más lejos, Lucrecio intenta explicar el mundo solo con los sentidos, mientras que Ovidio exclusivamente con la mitología tradicional romana. Pero, aunque los métodos fueran diametralmente opuestos, los asuntos eran a veces comu-

²¹ Sobre la recepción del epicureísmo en la elegía erótica latina, cf. Boucher (1980: 30-33).

²² Fue Hadzsits (1963: 57, n. 45) quien señaló la similitud entre el pasaje en cuestión de I 9, 27-29 y el modelo lucreciano: IV 1018 o V 1158.

²³ La expresión puede relacionarse con aquella de μηδὲν ἄγαν (“nada en exceso”) atribuida por Critias (*Fr.* 5) y Aristóteles (*Rh.* 1389b) a Quilón (s. VI a. C.), uno de los siete sabios. En la Literatura Latina es conocido también el influjo del verso lucreciano en Hor. *Carm.* II 16, 13 y, a través de Tibulo, en Mart. IV 77, 2. Su fortuna en la Literatura Española ha sido también muy fructífera. Cf., por ejemplo, el verso 17 de la Oda XXIV *A don Fernando Niño de Guevara, Cardenal y Arçobispo de Sevilla*, de Francisco de Medrano, o los versos 130-32 de la famosa *Epístola moral a Fabio* de Andrés Fernández de Andrada.

²⁴ Posiblemente Ovidio tuviera en mente para su homenaje el pasaje lucreciano V 91-95: *Principio maria ac terras caelumque tuere [...] tria talia texta, / una dies dabit exitio*. Sobre el elogio de Ovidio, cf. Migliorini (1980: 56-66). Ecos de los versos ovidianos se perciben en el poema dedicatorio de Wilhem Canter (1542-1575) a la edición del *DRN* de Gifanio (1566): *Tandem igitur vera est Peligni dictio vatis / De te Lucreti, qua modulatus erat. / Exitio terras donec lux redderet una, / Carmina non unquam deperitura tua* (BN R/18781, p. A 5c.).

nes, como la explicación del origen del mundo (Lucr. V 416-508 y Ov. I 5-88) o la evolución de la civilización humana (Lucr. V 925-1457), narrada por Ovidio mediante el mito de las Edades del Hombre (I 89-150). El sulmonense halló también en Lucrecio una cantera de imágenes y expresiones adecuadas para la explicación de los fenómenos naturales que con tanta frecuencia aparecen en una y otra obra (Lecocq, 1999: 129). E, incluso, la interpretación racionalista de los mitos tenía en el epicúreo un ilustre antecedente.

Durante la Edad de Plata de la Literatura Latina (14-117 d. C.) Lucrecio continuó siendo una fuente caudalosa de inspiración. El satírico Persio (34-62 d. C.), por ejemplo, reelaboró el principio físico expuesto por Lucrecio en I 149-215 de este modo: *gigni / de nihilo nihilum, in nihilum nil posse reverti* (III 83-84). Esta *aemulatio* tuvo un eco extraordinario entre algunos autores de la Antigüedad tardía, como Servio (*Georg.* II 2, 49) e Isidoro de Sevilla (*Orig.* I 58, 17), hasta tal punto que la máxima se creyó original de su musa (Tosi, 2000: 384, n.º 819). Otro cultivador del género, Juvenal (*ca.* 50 - *ca.* 140 d. C.), se burla con aire epicúreo de la leyenda aterradora que rodea al Aqueronte de esta guisa en *Satirae* II 149-52:

Esse aliquos manes et subterra regna,
Cocytum et Stygio ranas in gurgite nigras,
atque una transire uadum tot milia cumba
nec pueri credunt, nisi qui nondum aere lauantur.

Como ha puesto de manifiesto el profesor Laguna Mariscal (1997: 204), el satírico se alinea aquí ideológicamente con Lucrecio, pues tuvo en mente ciertos pasajes, como II 102-35, III 25-93 y III 978-1023, en los que el epicúreo argumentaba contra el infierno convencional conforme a la tesis nihilista de que tras la muerte no hay vida ultraterrena.

Por último, Estacio (*ca.* 45-96 d. C.) elogia el genio persuasivo de Lucrecio en *Silv.* II 7, 75-76 con estas palabras:

Cedet Musa rudis ferocis Enni
et docti furor arduus Lucretii.

Aunque *furor* alude aquí seguramente a la inspiración poética²⁵, sus palabras han servido, sin embargo, para alimentar la fama de su locura. En cualquier caso, el verso demuestra que Estacio tenía en alta estima a Lucrecio, como, de hecho, corroboran los ecos. Anne-Marie Taisne (1999: 170-73) ha señalado algunas influencias notables en la *Tebaida* de Estacio, como la pin-

²⁵ La inspiración poética entendida como locura fue un tópico de la Antigüedad. Platón abordó el tema en el *Ion* 533d-534a. Para su tradición desde la literatura grecolatina hasta la medieval, cf. el excursus de Curtius (1976 II: 667-68) titulado "La locura divina de los poetas". Sobre su pervivencia en la literatura renacentista, cf. Coppini (1998: 127-64). Poliziano en su silva *Nutricia* trata también del *furor* poético y, concretamente, en los versos 156-58a expresa que esa locura proviene de la divinidad: *Nec tamen in nullis hominum simulacra refulgent / mentibus arcanam caeli testantia musam / permixtumque Iovem [...]*

tura de la vaca deshijada (Lucr. II 352-66), que sirve de símil para narrar el dolor de Eurídice por la muerte de su hijo Ofeltes (*Theb.* VI 186-92). Más aún, es posible que Estacio utilizase el *DRN* para perfilar psicológicamente los caracteres de ciertos personajes de la *Tebaida* que, como Capaneo, “sont en quelque sorte des porte-parole du poète épicurien” (Taisne, 1999: 170). Y, desde el punto de vista filosófico, cuatro de sus *silvas* (I 3, II 2, III 1 y IV 5) despliegan ideas epicúreas, tomadas a veces directamente de Lucrecio, como ha probado Laguna Mariscal (1996: 257-58).

2. 3. Recepción en los filósofos y científicos

Al ser también un poema científico, el *DRN* tuvo una utilidad doble desde su publicación. Los poetas descubrieron en él un filón de fórmulas hexamétricas y de símiles naturales aptos para la poesía bucólica, la lírica contemplativa y, por supuesto, el propio género didáctico; pero los filósofos, los técnicos y los médicos encontraron en él también un estilo argumentativo eficaz, una exposición atractiva de la física epicúrea, una explicación racional de muchos fenómenos naturales, así como un notable glosario de términos. En este campo el vocabulario científico fue una de las mayores aportaciones de Lucrecio a la poesía didáctica. Expresiones como *machina mundi*, *primordia rerum*, *genitalis*, *simulacra*, *moenia* o *natura mundi*, acuñadas por el epicúreo, han formado parte del patrimonio lingüístico del género desde entonces²⁶.

Una *quaestio disputata* de los estudios lucrecianos es si el *DRN* influyó o no en las obras filosóficas de Cicerón. Aunque el problema ha sido asediado tenazmente, no se han observado reminiscencias directas del *DRN* en las obras filosóficas del arpinate, más bien, al contrario²⁷. No hay ninguna cita de Lucrecio en sus tratados, como el *De finibus* (45 a. C.) o el *De natura deorum* (45 a. C.)²⁸, a pesar de que tuviera ocasión de sobra. Con todo, Pucci

²⁶ En los comentarios que escribió a su obra *Rerum naturalium et divinarum*, Lorenzo Bonincontri avisa cuando usa una palabra en una acepción genuina de Lucrecio. Por ejemplo, al glosar el primer verso del primer libro, *Carmines prima fero mundi simulachra iacentis*, afirma utilizar el verbo *iacere* con el significado lucreciano que le atribuye Nonio Marcelo: *iacere est sordidum esse; simile Titus Lucretius in primo de rerum natura humana ante oculos foede cum vita iaceret* (Goddard, 1991: 50-51).

²⁷ Munro (1983 II: 3) opina que “the many imitations we find in Lucretius of the few hundred extant lines of Cicero’s *Aratea* prove, little as it might have been expected, that he looked upon this translation as one of his poetical models”.

²⁸ Cicerón inserta de cuando en cuando citas de poetas en estas obras. Cf. *Fin.* I 9 (Lucilio), *Fin.* II 14 (una de un vate desconocido, otra de Cecilio Estacio y, por último, el primer verso de la comedia terenciana *Heautontimoroumenos*), *Fin.* II 22 (Cecilio Estacio), *Fin.* II 23 (Lucilio), *Nat. deor.* I 63 (Lucilio) y *Nat. deor.* I 79 (Quinto Lutacio Cátulo). Según Jones (1992: 72) la indiferencia de Cicerón se debía a rivalidad literaria. Algo parecido opinaba el renacentista Pietro Vettori (1499-1585), pero considerando que Quinto, el hermano de Cicerón, sentía envidia de Lucrecio: *qui fortasse, quod ipse quoque versus scribebat, invidia motus verum non videbat*. Vettori leía el juicio literario de Cicerón con un *non*: *Lucretii poemata, ut scribis*,

(1966: 70-139) y Auvray-Assayas (1999: 101-08) han defendido la presencia de argumentos lucrecianos en la extensa controversia que desarrollan el epicúreo C. Veleyo, el académico Aurelio Cota y el estoico Q. Lucio Balbo dentro del *De natura deorum* sobre si existen o no los dioses. Y ya mucho antes, en el Renacimiento, Fernando de Herrera en sus *Anotaciones* al soneto de XXXIV de Garcilaso (Pepe-Reyes, 2001: 468) se refería en estos términos a un posible eco: “Parece que Tulio siguió a Lucrecio cuando dixo en el 2 de las *Epístolas* a T. Pomponio Ático: *Cupio istorum naufragia e terra intueri* (Cic. *Att.* II 7, 4)”. No obstante, la fecha temprana de la carta, en torno al 59 a. C., parece dar la razón a Bailey (1998 II: 797) cuando afirma que se trataba de una imagen tradicional de la literatura grecolatina.

En los primeros tiempos del Imperio, bajo los reinados de Augusto y Tiberio (Albrecht, 1995 II: 971), Manilio (s. I. d. C.) compuso en el género didáctico un poema sobre astrología titulado *Astronomica*²⁹. Entre sus fuentes de inspiración están los *Georgica* de Virgilio, los *Metamorphoseon libri* de Ovidio y el *DRN*, con el que guarda especial afinidad por tratar un tema científico-filosófico (Abry, 1999: 111), si bien desde el punto de vista estoico. En el proemio mismo de su obra, Manilio expone un programa didáctico ambicioso con el que quiere penetrar las causas últimas de los mismos fenómenos que interesaron a Lucrecio (I 13-19):

... iuvat ire per ipsum

aera et immenso spatiantem vivere caelo
 signaque et adversos stellarum noscere cursus. 15
 Quod solum nouisse parum est. Impensius ipsa
 scire iuuat magni penitus praecordia mundi,
 quaque regat generetque suis animalia signis
 cernere et in numerum Phoebus modulante referre.

Durante el mismo período también Vitrubio (s. I d. C.), militar y arquitecto, imitó y apreció la figura de Lucrecio, como se deduce del reconocimiento que le tributa en *De architectura* IX, pr. 17: *item plures post nostram memoriam nascentes cum Lucretio videbuntur velut coram de rerum natura disputare*³⁰.

Una atención especial merece su contemporáneo L. Anneo Séneca (4 a. C. - 65 d. C.) y su ambigua relación con la doctrina del Jardín (Ronnick, 1995: 654). Fue el intelectual más influyente de su época y el principal ideólogo del neoestoicismo, la última corriente de la Estoa, que promovió un acer-

non ita sunt multis luminibus ingenii, multae tamen artis (*Epist. ad Q. fr.* II 9, 3). La noticia está recogida en la ed. de Daniel Paré (Gordon, 1985: 87, n.º ref. II 104. BN R/19743), p. 29: *Veterum et recentium virorum doctorum de Tito Lucretio Caro Testimonia*.

²⁹ Sobre el influjo de Lucrecio en Manilio, cf. Farrington (1954: 10-16), Alfonsi (1978: 290-91) y Abry (1999: 111-128).

³⁰ Para la presencia de Lucrecio en Vitrubio, cf. Alfonsi (1978: 279-82).

camiento a los principios éticos del epicureísmo y que, más tarde, tuvo sus continuadores en Epicteto (50-135 d. C.) y en Marco Aurelio (121-180 d. C.).³¹ Esta voluntad ecléctica se traduce en un singular protagonismo de Epicuro y Lucrecio en toda la producción senequiana, ya sea filosófica o literaria. Menciona a Lucrecio en seis ocasiones (*Dial.* IX 2, 14, *Epist.* LVIII 9, 5; XCV 11, 5; CVI 8, 4; CX 6, 3, y CX 7, 1³²). Pero resulta más llamativa la recurrencia con la que el cordobés nombra a Epicuro, hasta en setenta y nueve ocasiones³³, en parangón con las que alude a los maestros del estoicismo medio, Panecio (ca. 185-109 a. C.) y Posidonio: cuatro el primero, treinta y cuatro el segundo. Así pues, estas citas nominales a Epicuro constituyen un indicio de hasta qué punto la filosofía senequiana está impregnada de epicureísmo (Acosta Méndez, 1986: XX). No en vano, Séneca recibe a veces el calificativo de “epicúreo estoico” entre los críticos modernos (Motto-Clark, 1968: 37-42). Ni debe extrañarnos que el cordobés imite del *DRN* tanto fragmentos especialmente poéticos como ideas filosóficas coincidentes con su cosmovisión³⁴. Gracias a este sincretismo doctrinal, su obra se convirtió en una potentísima correa transmisora de la filosofía epicúrea, como demuestra el siguiente ejemplo: la

³¹ Entre las prédicas que los estoicos asimilaron de la Escuela del Jardín destacan el abandono de la actividad pública y la búsqueda del retiro campestre. En la literatura española estas ideas dieron lugar al famoso tópico del “Menosprecio de corte y alabanza de aldea”, cuyo membrete fue tomado de la obra de mismo título de Antonio de Guevara (1480-1545), inspirado en el cristianismo senequiano (Rallo, 1984: 63). La confluencia de las doctrinas helenísticas en el s. I d. C. es destacada por Oltramare (1926: 10).

³² Y en ellas cita 8 versos de Lucrecio: III 1068 (*Dial.* IX 2, 14), I 54-57 (*Epist.* XCV 11, 5), I 304 (*Epist.* CVI 8, 2) y II 55-56 (*Epist.* CX 6, 3). A estos habría que añadir otro en *Nat.* IV 3, 4 (Lucr. III 313), que Séneca con la fórmula *ut alius poeta ait* no especifica de quién es (Woll, 1907: 7). Llama la atención este tratamiento tan distinto del de Cicerón, quien no cita ningún verso.

³³ Sen. *Dial.* II 15, 4; II 16, 1; VII 12, 4, 1; VII 12, 4, 4; VII 13, 1; VII 13, 2; VII 18, 1; VII 19, 1, 3; VII 27, 5; VIII 1, 4; VIII 3, 2, 3; VIII 7, 3, 1; X 14, 2; *Benef.* III 4, 1; IV 4, 1; IV 19, 1; *Epist.* II 5, 3; VI 6, 6; VII 11, 5; VIII 7, 2; VIII 8, 2; VIII 8, 4; IX 1, 1; IX 1, 4; IX 8, 4; IX 18, 4; IX 20, 2; XI 9, 1; XII 11, 1; XII 11, 3; XIII 17, 5; XIV 17, 6; XVI 7, 5; XVII 11, 4; XVIII 9, 2; XVIII 14, 2; XIX 10, 4; XX 9, 2; XX 11, 2; XXI 3, 1; XXI 4, 2; XXI 5, 3; XXI 7, 2; XXI 9, 2; XXI 9, 6; XXII 5, 3; XXII 13, 4; XXIII 9, 2; XXIV 22, 4; XXV 4, 6; XXV 5, 2; XXV 6, 8; XXVI 8, 5; XXVII 9, 2; XXVIII 9, 3; XXIX 11, 2; XXX 14, 1; XXXIII 2, 2; XXXIII 2, 6; XLVI 1, 6; LII 3, 1; LII 4, 5; LXVI 18, 4; LXVI 18, 8; LXVI 47, 1; LXVI 47, 8; LXVI 48, 1; LXVI 48, 5; LXVII 15, 3; LXXIX 9, 5; LXXIX 15, 1; LXXIX 16, 3; LXXIX 16, 4; LXXXI 11, 7; LXXXV 18, 4; XCI 25, 10; XCVII 13, 2; XCVII 15, 7, y *Nat.* VI 20, 5. El mayor número de citas se registra en las *Epistulae ad Lucilium*, una cantidad tal vez comprensible, si se tiene en cuenta que Séneca quería ganarse para el estoicismo al epicúreo Lucilio (Manning, 1974: 79). La abundancia de sus citas fue recordada por Quevedo en la *Defensa de Epicuro*: “Más frecuente es Epicuro en las obras de Séneca que Sócrates y Platón y Aristóteles y Zenón” (Iventosch, 1962: 179, n. 44).

³⁴ Ronnick (1995: 653-54) sostiene que en *Epist.* LIII Séneca tiene en mente los versos 1-13 del segundo proemio para describir su peripecia en medio de una tormenta marina. La filóloga puntualiza algunas observaciones de Motto y Clark (1971: 217-25), quienes vieron en el pasaje una recreación épica que recordaba a los héroes Ulises y Eneas. Cf. también Garani (2020: 105-26).

máxima “La pobredat alegre es muy noble rriquessa” (1384) que el Arcipreste de Hita (ca. 1283 – ca. 1350) recuerda en el *Libro de buen amor*, fue seguramente tomada del florilegio apócrifo *Liber de paupertate* atribuido a Séneca; pero, en realidad, era un adagio de Epicuro recogido por Séneca en *Epist.* II 5: *Honesta, inquit Epicurus, res est paupertas laeta* (Blüher, 1983: 94. Cf. 475 Us.).

Puede resultar paradójico, pero lo cierto es que se conoce mejor la impronta lucreciana entre los estoicos que entre los epicúreos, ya fueran coetáneos suyos, como Filodemo de Gádara, o posteriores, como Diógenes de Enoanda (100-199 d. C.). Filodemo, poeta y filósofo, como Lucrecio, se instaló en Herculano, una población de la bahía de Nápoles. No se sabe exactamente cuándo, pero fue entre los años 75 a 55 a. C. Allí su protector, el filohelenista Lucio Calpurnio Pisón (s. I a. C.), poseía una villa donde Filodemo abrió un jardín epicúreo y reunió una rica biblioteca. Sus anaqueles albergaron una de las mejores y más completas colecciones de tratados epicúreos junto con otros de escuelas rivales (Gigante, 1998: 15-48). Entre sus alumnos se contaron Virgilio y Horacio, y a buen seguro que los *volumina* del *DRN* estuvieron disponibles en su librería. Más difícil de probar, de momento, es si Lucrecio y Filodemo se conocieron personalmente (Mas Torres, 2018: 19).

Diógenes de Enoanda, un epicúreo adinerado, mandó esculpir sobre el muro de la *estoa* de Enoanda³⁵ la inscripción griega más extensa hasta ahora conocida. En los sillares grabados no se reproducían las leyes de la ciudad ni el texto de un tratado, sino la filosofía epicúrea. Se trata, por tanto, de un caso insólito y de un gesto filantrópico sin precedentes, porque el propósito era que los ciudadanos pudieran leer en el ágora la doctrina de Epicuro y extraer enseñanzas útiles para sus vidas. En un tramo de la inscripción (*fr.* 122 II 8 Ferg.) Diógenes alude a un “*Carus*” que algunos estudiosos han querido identificar con Lucrecio. Sin embargo, esta hipótesis ha sido desmentida y Ferguson (1993: 514 y 553), editor de la inscripción, no le concede credibilidad alguna³⁶.

2. 4. *Influjo en los gramáticos, rétores y comentaristas*³⁷

El rétor Quintiliano (ca. 30-35 - 100 d. C.) cita de memoria los versos I 936-38 (= IV 11-13) del *DRN* en *Institutio oratoria* III 1, 3-5 (Woll, 1907: 5-6):

In ceteris enim admiscere temptavimus aliquid nitoris, non iactandi ingenii gratia (namque in id eligi materia poterat uberior),

³⁵ Antigua ciudad de la región de Licia, situada en el suroeste de la actual Turquía, cerca del río Janto, hoy llamado Eşen.

³⁶ Carlos García Gual (2016) ha traducido la inscripción recientemente al castellano con unas notas de comentario a fin de comprender mejor el sentido filosófico de los fragmentos.

³⁷ Para la presencia de Lucrecio en Quintiliano, Frontón y Aulo Gelio, cf. Poignault (1999: 177-98).

sed ut hoc ipso adliceremus magis iuventutem ad cognitionem eorum quae necessaria studiis arbitrabamur, si ducti iucunditate aliqua lectionis libentius discerent ea quorum ne ieiuna atque arida traditio averteret animos et aures praesertim tam delicatas raderet verebamus. Qua ratione se Lucretius dicit praecepta philosophiae carmine esse complexum; namque hac, ut est notum, similitudine utitur:

ueluti pueris absinthia taetra medentes
cum dare conantur, prius oras pocula circum
adspirant mellis dulci flauoque liquore
et quae secuntur. Sed nos veremur ne parum hic liber mellis et
absinthii multum habere videatur sitque salubrior studiis quam
dulcior.

El calagurritano aduce el ejemplo de Lucrecio como antecedente de su propio método didáctico, pues también ha decidido enseñar deleitando. La cita demuestra, además, que un siglo después de la muerte del epicúreo su símil médico se había hecho proverbial (*ut est notum*) y que era confiado a la memoria (Prosperi, 2004: 18-19). En nuestra opinión, este texto es de suma importancia para la tradición del *DRN*, ya que Jerónimo en la *Epistula* CXXXIII 3 toma los mismos versos, seguramente a través de Quintiliano y no directamente de Lucrecio (Laurence, 1999)³⁸. Tiempo después, la literatura medieval, llevada por su didactismo, se apropió de la imagen, seguramente, a partir de un florilegio medieval que coleccionaba el texto de Jerónimo.

En *Inst.* X 1, 87 el teórico hispano emite un juicio literario sobre Lucrecio, al compararlo con Virgilio, que posiblemente condicionó la futura recepción del *DRN*, dada la enorme autoridad que Quintiliano tuvo en cuestiones de retórica y estilo durante el Renacimiento (Wagenblass, 1946: 43). Dice así:

Ceteri omnes longe sequentur. Nam Macer et Lucretius legendi
quidem, sed non ut phrasin, id est, corpus eloquentiae faciant,
elegantem in sua quisque materia, sed alter humilis, alter difficilis.

Lucrecio es elegante, sí, pero mucho menos que Virgilio y resulta difícil de entender³⁹. Su sentencia, más que atraer al lector, lo disuadía de leer el *DRN*. Quintiliano era bastante clasicista. Le gustaban Cicerón y Virgilio, pero no los autores antiguos como Catulo y Lucrecio.

³⁸ Hasta en dos ocasiones más recurre a la imagen: Hier. C. *Ioh.* 3 (*PL.* 23) y *Adv. Rufin.* I 7. Otras citas de Lucr. aparecen en *Adv. Rufin.* I 30 (VI 1074-77), *In Eph.* I 1, 4 (I 139), *Epist.* LXXVII 11 (II 28), CXX 10 (VI 962-65) y CXXV 18 (VI 181).

³⁹ De hecho, el poeta barroco inglés Aston Cockayne (1608-1684) escribió en torno a 1650 un poema para dar ánimo a su colega Alexander Brome (1620-1666), quien desistió de traducir al inglés a Lucrecio debido precisamente a su dificultad. Dicen así sus versos: "I know a Lady that hath been about / The same designe, but she must needs give out: / Your Poet strikes too boldly home sometimes, / In genial things, t'appear in women's rhymes, / The task is masculine, and he, that can / Translate Lucretius, is an able man, / And such are you [...]" (Wagenblass, 1946: 135-36).

El preceptor del emperador Marco Aurelio, el retórico Frontón (ca. 100 – ca. 167 d. C.), lo tuvo en mejor estima, por encima incluso de Virgilio, a quien, curiosamente, no cita en lugar alguno de su obra. En Lucrecio encuentra multitud de arcaísmos y recursos sonoros que le son muy gratos, y, al igual que Vitrubio (*praef.* IX), el poeta epicúreo es, en su opinión, uno de los mejores poetas latinos junto con Ennio y Accio (Hadzsits, 1963: 187-91). Es más, amén de recomendar efusivamente a sus alumnos leerlo, afirma haber hecho *excerpta* de su obra y se refiere a él con el epíteto *sublimis* (CXXXIII 12), como hiciera Ovidio (*Am.* I 15, 23). Este adjetivo luego sería habitual entre los editores renacentistas del *DRN* (Poignault, 1999: 181-82).

Por último, el anticuario Aulo Gelio (ca. 129 – ca. 180 d. C.) ofrece también una visión favorable de Lucrecio en su obra erudita y miscelánea *Noctes Atticae* (Hadzsits, 1963: 191-94). Sabido es que los autores de la segunda sofística (Frontón y el propio Aulo Gelio) eran arcaizantes y estimaban, por ello, a los autores antiguos. Entre los comentarios que le dedica, escribe uno que habría de facilitar la recepción de Lucrecio en la literatura europea, al poner de relieve los préstamos literarios que Virgilio tomó de Lucrecio⁴⁰. Es de sobra conocido que el mantuano gozó de un prestigio indiscutible como *princeps poetarum* entre los escritores renacentistas⁴¹ y como vate precristiano entre el clero cultivado⁴², de suerte que este evidente aprecio de Virgilio debió de ser un atenuante contra la pertinaz irreligiosidad de Lucrecio.

3. FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA TARDOLATINA PAGANA (ss. III D. C. – VII D. C.)

Mientras que los escritores cristianos encontraron a veces en Lucrecio a un aliado contra la religión gentil, pero las más a un rival por sus tesis teológicas, los escritores paganos lo leyeron en su mayoría de forma desapasionada, más por el valor exegetico o lexicográfico de su obra que por interés filosófico o poético (Hadzsits, 1963: 228). Y, así, comienza en estos siglos el largo letargo del *DRN*, al convertirse en mina de citas para gramáticos, etimologistas y comentaristas, sobre todo, de Virgilio. Ya no es la fuente de inspiración poética que antaño fuera. Pero, pese a perder relevancia como modelo imitativo, fueron tantas las citas que estos filólogos insertaron en sus trabajos que han llegado a conformar un corpus indirecto de gran valor para la *constitutio textus* del *DRN* y prueban, en definitiva, que al menos hasta Isidoro de Sevilla (560-636) Lucrecio fue leído en toda la Romania.

⁴⁰ Cf. Gell. I 21, 7: *Non uerba autem sola, sed uersus prope totos et locos quoque Lucreti plurimos sectatum esse Vergilium uidemus.*

⁴¹ Sobre Virgilio como primer modelo imitativo, cf. Pigman (1990: 199-210).

⁴² Gracias a la égloga IV Virgilio “adquirió la reputación de haber sido un cristiano antes de Cristo y de haber profetizado, por inspiración divina, el nacimiento de Jesús”, recordaba Highet (1996 I: 122).

El gramático africano Nonio Marcelo (s. III d. C.)⁴³ escribió una obra miscelánea en veinte libros titulada de *De compendiosa doctrina*. Doce de los libros tratan sobre temas lingüísticos, el resto, de asuntos muy diversos: de naves (13), de vestidos (14) o de comidas y bebidas (18). Nonio nutre su obra con versos y notas eruditas al estilo de Aulo Gelio, recabadas de un amplio repertorio de autores latinos, entre los que se encuentra Lucrecio. A todos ellos cita de primera mano “sulla base di quarantuno edizioni” (Albrecht, 1995 III: 1491). Así pues, sus referencias lucrecianas, de ciento treinta y cuatro versos en total, son claves para la tradición textual, ya que no están sacadas de la memoria, como era costumbre⁴⁴.

Macrobio (ss. III-IV d. C.)⁴⁵, originario de Roma, transmite en su obra *Saturnalia* (un diálogo literario en siete libros) ciento dos versos de Lucrecio (Butterfield, 2013: 68). Fue uno de los primeros filólogos en estudiar la recepción de Lucrecio en Virgilio junto con Elio Donato y Servio. A lo largo de los libros V y VI Macrobio refiere los lugares que Virgilio imita de Homero, Teócrito, Ennio y Lucrecio. Concretamente en el libro VI, cataloga la mayoría de los ecos ennianos y lucrecianos. La obra se convirtió durante la Edad Media en una suerte de florilegio del *DRN*, de donde algunos autores tomarían versos y noticias del poeta epicúreo, cuando ya no se disponía del texto íntegro, salvo en un reducido número de monasterios carolingios⁴⁶.

El gramático Servio (*fl. ca.* finales del s. IV d. C.)⁴⁷ comentó para los escolares latinos verso a verso y palabra por palabra la obra virgiliana (los *Bucolica*, los *Georgica* y la *Eneida*). Para redactar su comentario tuvo como fuente principal uno anterior, hoy perdido, de Elio Donato (*fl. ca.* mediados del s. IV d. C.), quien tal vez fuese su maestro. Entre los poetas que cita Servio con más frecuencia están Lucano, Estacio y Juvenal. Lucrecio ocupa un lugar secundario, pero sus referencias, treinta en total (Butterfield, 2013: 70), demuestran que fue un autor estudiado en la escuela durante la época tardoimperial⁴⁸. Servio recurre a Lucrecio por tres razones básicamente: para señalar

⁴³ Para la importancia de Nonio Marcelo en la tradición textual del *DRN*, cf. Hadzsits (1963: 232-36), Bodelón (1989: XXXVI-VII) y Butterfield (2013: 61-67).

⁴⁴ Nonio cita a Lucrecio sobre todo para ilustrar el significado de las palabras. He aquí un ejemplo, ya mencionado y traído por Hadzsits (1963: 233-34): *humana ante oculos foede cum vita iaceret / in terris, obpressa gravi sub religione* (s. v. *grave, iacet, religiosos*. Cf. Non. CCCXIV 30, CCCXXVII 1 y CCCLXXIX 10).

⁴⁵ Pieri (1977) escribe una monografía fundamental sobre las citas de Lucrecio en Macrobio.

⁴⁶ Bignone (1913: 244, y 254-57) muestra cómo Macrobio fue el intermediario del *DRN* para diversos pasajes de Petrarca (cf. *De remediis utriusque fortunae* I 59 > Macr. *Sat.* VI 2 > Lucrecio VI 1138-286; o *Epistulae familiares* XXII 2 > Macr. *Sat.* VI 2, 1-3 > Lucrecio I 922-27). Cf. también EUM: s. v. “Macrobio”.

⁴⁷ Para su relación con Lucrecio, cf. Giancotti (1976: 41-95) y Deschamps (1999: 199-216).

⁴⁸ También Jerónimo (*Adv. Rufin.* I 16) incluye a Lucrecio entre los autores escolares.

los préstamos de Virgilio, para explicar cuestiones gramaticales y para aclarar aspectos doxográficos y filosóficos⁴⁹.

Aunque nació en Mauritania, Prisciano (*fl. ca.* inicio del s. VI d. C.) fue profesor de latín en Constantinopla bajo el emperador Anastasio (491-518). Escribió la obra *Institutiones grammaticae* en dieciocho libros, que se convertiría en la gramática latina por antonomasia del Medievo. En ella cita veintiséis veces a Lucrecio al hilo de problemas gramaticales y etimológicos⁵⁰.

Isidoro de Sevilla (560-636) fue uno de los últimos eruditos de la Latinidad Tardía que pudo tener a Lucrecio entre sus manos. Esa era, al menos, la opinión del reputado editor lucreciano H. Diels (Leonard-Smith, 1942: 81). Jacques Fontaine (1959 II: 743-44), en cambio, dudaba y consideraba en su reconocido estudio *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique* que pudo haber tomado muchos préstamos del *DRN* de los primeros Padres de la Iglesia, como Jerónimo y Agustín de Hipona (354-430):

Il n'est même pas exclu que, parfois, des souvenirs de lecture directe soient venus, indépendamment de toute scolie [...] Elle est sûre pour les poètes chrétiens. Elle est très vraisemblable pour Martial, le poète national hispano-latin [...] pour Lucrèce aussi, dont la langue de l'*Epître* en vers du roi Sisebut est fortement imprégnée. Le poème de Sisebut montre en l'occurrence qu'au temps d'Isidore, Lucrèce n'est pas seulement connu à travers des exemples grammaticaux: dans bien des passages du *De natura rerum*, la prose isidorienne reflète le *De rerum natura*, en particulier en matière de météorologie, et ce n'est pas toujours, semble-t-il, à travers des textes en prose de Lactance ou de Servius. Mais nombre de vers ont été empruntés aux sources ecclésiastiques de haute époque, et l'autorité de Jérôme de d'Augustin a peut-être été plus efficace pour la conservation de tel vers profane que les oeuvres des scolastes et des grammairiens [...] Aucun texte ne nous donne donc l'assurance explicite que les grandes oeuvres poétiques du paganisme latin aient figuré dans la bibliothèque du Sévillan.

Su obra cumbre, las *Etymologiae*, es un diccionario enciclopédico donde el sabio hispalense recurre a Lucrecio al hilo de asuntos muy dispares, que abarcan desde la horticultura hasta la metalurgia (Hadzsits, 1963: 239). Más intensa es todavía su presencia en el tratado *De natura rerum*, título que

⁴⁹ Para los ecos lucrecianos en Virgilio, *cf.* Serv. *Georg.* I 46, II 42, III 289-93; *Aen.* III 137-39 y VI 625; para las cuestiones gramaticales y etimológicas, *cf.* Serv. *Georg.* I 139, II 247, 372; *Aen.* I 211 y VIII 233, y para las aclaraciones filosóficas y doxográficas, *cf.* Serv. *Georg.* II 479, *Aen.* IV 625 y XII 87.

⁵⁰ Utiliza a Lucrecio, por ejemplo, para explicar el uso de la terminación de genitivo plural *-um* en lugar de *-arum*, o del genitivo singular arcaico de la primera en *-ai*. Pero también se sirve de él para comentar la palabra *Acherunte* a tenor de la racionalización del mito del Tártaro (Hadzsits, 1963: 236-37).

recuerda, seguramente *ex professo*, el lucreciano y cuyo afán era ilustrar los fenómenos naturales presentes en la Biblia y en los textos patrísticos⁵¹. El obispo visigodo menciona, en efecto, pasajes del *DRN* en los que el epicúreo describe y explica científicamente fenómenos naturales. En total, cita dieciséis versos y nominalmente a Lucrecio en doce ocasiones (Butterfield, 2013: 89). A él dedicaremos un capítulo más adelante⁵².

4. FORTUNA DE LUCRECIO EN LA LITERATURA PATRÍSTICA CRISTIANA (ss. II d. C. – VII d. C.)

4. 1. *El sincretismo cristiano*

Durante un período prolongado de cinco siglos (II-VI) los Padres de la Iglesia quisieron conciliar e integrar la tradición filosófica pagana con la doctrina cristiana. Este sincretismo comenzó mucho antes de que el cristianismo fuera proclamado religión oficial del Imperio Romano en el 380. Ya desde el siglo II d. C. los apologistas cristianos polemizaron contra las escuelas filosóficas más significativas del paganismo grecorromano (el cinismo, el estoicismo y el epicureísmo). El propósito era demostrar la preeminencia de la doctrina de Cristo⁵³. Creían, en efecto, que los gentiles, guiados por la razón natural⁵⁴, habían captado una parte del *Logos* divino que anduvo disperso por el mundo antes de expresarse en el evangelio de Cristo⁵⁵; pero que tam-

⁵¹ Beda el Venerable (674-735) compuso una compilación similar, titulada también *De natura rerum*; pero su fuente fundamental fue, al parecer, Plinio el Viejo (Abbagnano-Visalberghi, 1988: 141).

⁵² Además de los gramáticos, algunos poetas de la época, como Claudio Claudiano y Sidonio Apolinar (430-479), fueron influenciados por Lucrecio. Gennaro (1957: 17-50) ha estudiado en detalle cómo la atmósfera lucreciana inspira la *Satira in Rufinum* I 1-24 de Claudiano, y Leonard-Smith (1942: 81) afirman que Sidonio Apolinar había leído a Lucrecio según se deduce de *Carmina* IX 265. Para la relación de Marciano Capela y Boecio con Lucrecio y el epicureísmo en general, cf. Hadzsits (1963: 198-203) y Wagenblass (1946: 55-56).

⁵³ En el *Octavius* de Minucio Félix (s. II d. C.), escrito posiblemente a finales del s. II y considerado la primera obra apologética cristiana, hallamos ya este propósito. Es un diálogo con tres interlocutores: Cecilio Natal, pagano, Octavio Januarario, cristiano, y el propio Minucio, que actúa de árbitro. Cecilio argumenta en favor del culto pagano, mientras que Octavio, sirviéndose de las escuelas filosóficas paganas, defiende la religión cristiana. Al final, la argumentación de Octavio es tan convincente que Cecilio se convierte al cristianismo (García de la Fuente, 1990: 188-96).

⁵⁴ Cf. Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles* I 3 [14]: *Est autem in his quae de Deo confitemur duplex veritatis modus. Quaedam namque vera sunt de Deo quae omnem facultatem humanae rationis excedunt, ut Deum esse trinum et unum. Quaedam vero sunt ad quae etiam ratio naturalis pertingere postest, sicut est Deum esse, Deum esse unum et alia huiusmodi; quae etiam philosophi demonstrative de Deo probaverunt, ducti naturalis lumine rationis.*

⁵⁵ Textos elocuentes sobre la cuestión son Min. Fel. XX 1, Greg. Nazian. *Fun. orat. in laud. Basilii* XXIII, Clem. Al. *Strom.* I 16, V 4, 19; Justin. *Apol. Prim.* XLVI 2-3 y *Apol. Sec.* XIII 2-5. Para esta idea de los polemistas cristianos, cf. Ynduráin (1994: 22-34). A ella recurren posteriormente los humanistas. Alonso de Cartagena recuerda en el prólogo de su traducción del *De senectute* de Cicerón (1422) que “los eloquentes oradores antiguos, los quales,

bién habían abrazado muchas creencias erróneas. Por ende, los pensadores del cristianismo adoptaron una actitud precavida, al tiempo que ecléctica, frente al legado intelectual de la gentilidad. Era preciso separar el grano de la paja para mayor gloria de Dios y hacerlo con tiento, ya que en las letras antiguas la verdad estaba diluida, a veces, en una mentira de cautivador encanto⁵⁶. Había, pues, cierta ambigüedad, y lo que para unos era admirable para otros era reprochable. Tertuliano (ca. 160 – ca. 220 d. C.), por ejemplo, afirmaba que los filósofos gentiles eran los patriarcas de los herejes (*Adv. Hermog.* VIII 3: *haereticorum patriarchae philosophi*), y Jerónimo, en cambio, sentía tal admiración por los poetas, prosistas e historiadores paganos que era incapaz de sustraerse a su lectura⁵⁷. Convenía ser pragmáticos: puesto que la cultura grecorromana había alumbrado obras de gran belleza en las que había ideas afines a la doctrina cristiana, era perfectamente lícito asimilarlas siempre que no lesionaran la moral cristiana⁵⁸ y los cimientos dogmáticos, como el de la

aunque no alcanzaron verdadera lumbre de fe, ovieron çentella luziente de la razón natural” (Lawrance, 1979: 35), y el humanista belga Justo Lipsio (1547-1606) en su *Manuductio ad Stoicam philosophiam* (1604), que en las doctrinas precristianas “latía una chispa de la sabiduría divina, aunque, por causa del pecado original, escondida y oscurecida” (Blüher, 1983: 398). Sobre este particular, recomendamos la lectura de Quiroz Martínez (1949: 57-63).

⁵⁶ Sobre el aprecio y la cautela que tuvieron los Padres de la Iglesia hacia la literatura grecolatina, cf. Lact. *Inst.* VI 21 (habla de los males de la literatura retórica y elegante propia de los gentiles), Aug. *Civ.* IV 10 (comenta las ficciones inocentes de los poetas), Prud. *Perist.* X 216-20 (advierte de los peligros de las fábulas poéticas) y Cassiod. *Inst. div.* 28 *praef.* (refiere el atractivo de la literatura pagana).

⁵⁷ Cf. Hier. *Epist.* XXII 30: *bybliotheca quam mihi Romae summo studio ac labore confeceram, carere non poteram. Itaque miser ego lecturus Tullium ieiunabam; post noctium crebras vigilias, post lacrimas, quas mihi praeteritorum recordatio peccatorum ex imis visceribus eruebat, Plautus sumebatur in manibus. Si quando in memet reversus prophetas legere coepissem, sermo horrebat incultus et, quia lumen caecis oculis non videbam, non oculorum putabam culpam esse, sed solis.* Para la opinión que Jerónimo tenía de la literatura pagana y la influencia que esta ejercía sobre los escritores cristianos, cf. Ynduráin (1994: 34-37). Siglos más tarde Alcuino de York confesaba que de joven prefería leer a Virgilio que los salmos (Philippe, 1896: 129).

⁵⁸ Cf. Aug. *Vera relig.* XII 94 y Lact. *Inst.* VI 20. En concreto, este último critica los ejemplos inmorales de estupro, adulterio y prostitución que ofrecen las comedias clásicas. Opinión similar expresa Basilio el Grande en su afortunado tratado *De legendis libris gentilium*, cuyos preceptos, tomados muchos del *De audiendis poetis* de Plutarco, favorecieron la lectura de obras clásicas edificantes. Sostenía en él que no había que confiar el timón de la educación juvenil a los autores paganos, pero sí dar a conocer las enseñanzas útiles que había en ellos, toda vez que fueran excluidos los pasajes que atentaban contra la práctica de la virtud. Este manual de lectura ha sido la guía pedagógica por antonomasia de la Iglesia en lo relativo a la enseñanza de los autores paganos (Hevia Ballina, 1996: 23). Dada su relevancia, fue uno de los primeros tratados griegos traducidos al latín durante el Renacimiento, labor que realizó Leonardo Bruni (Ynduráin, 1994: 33). Lo vertió al castellano Pero Díaz de Toledo (ca. 1415-1466) hacia 1445. Sobre la impronta de esta obra en Italia, cf. Prosperi (2004: 62-64 y 88-95) y en España, cf. Lawrance (1979: 17-26).

Providencia divina, la inmortalidad del alma o la vida ultraterrena⁵⁹. Este proceder es conocido con la expresión *usus iustus*⁶⁰.

Los Padres de la Iglesia, formados mayoritariamente en las escuelas tradicionales romanas, se inclinaron por el sincretismo, dado que, al estudiar la literatura y filosofía paganas, podían dar a conocer mejor la “buena nueva”. De este modo la patrística cristiana favoreció a los escritores gentiles cuyas obras, además de estar pulcramente escritas, encerraban pensamientos acordes a la doctrina cristiana⁶¹, y evitó a aquellos cuyas sentencias o comportamientos contrariaban la palabra de Dios⁶².

Séneca fue, por méritos propios, uno de los paganos predilectos. Su ética neoestoica congeniaba tan extraordinariamente con las prédicas cristianas⁶³ que en la Edad Media corrió el rumor de que había mantenido correspondencia con Pablo de Tarsos (ca. 5 – ca. 67), y se forjó, de hecho, una correspondencia apócrifa. En una posición intermedia puede situarse a Virgilio, el poeta más divulgado y reconocido durante la época imperial. Su obra, pese a recrear la religiosidad tradicional romana, mantenía “cierta neutralidad que no lo hacía duro de aceptar para los seguidores del nuevo credo” (Rivero García, 1996: 445). En este sentido, el epicureísmo fue quizás la filosofía que menos aportó al sincretismo cristiano (Jones, 1992: 95), dadas sus tesis heréticas. Además, los postulados más compatibles con la religión cristiana, como la búsqueda de una vida retirada y el ideal de pobreza mesurada, habían sido asimilados por el estoicismo nuevo y podían pasar perfectamente como suyos.

Ahora bien, los Padres de la Iglesia no exigían una coincidencia total y absoluta con el dogma cristiano. Era evidente que, al haber sido revelado tras morir los filósofos y poetas gentiles, no pudieron conocerlo bien, por más que Dios les hubiera transmitido una parte⁶⁴. Es preciso tener en cuenta

⁵⁹ Cf. Aug., *Civ.* XIV, XVIII y XXXVII. Gregorio Taumaturgo (ca. 213 – ca. 270-75) en su *Panegírico de Orígenes* 11-13 felicita a su maestro de Cesarea por “haberle sugerido, con su ejemplo y consejos, el estudio de los filósofos y de los poetas griegos, con exclusión de aquellos que niegan la existencia de Dios y de su Providencia” (Hevia Ballina, 1996: 21).

⁶⁰ Para este concepto y criterio de lectura de los clásicos, cf. Gnllka (1980: 34-76).

⁶¹ Además, comprendieron que se podía fortalecer la virtud con ejemplos vitales tomados de Homero, Hesíodo, Teognis o Pródico, pues en ellos se encontraban preceptos y orientaciones concordes con el evangelio (Hevia Ballina, 1996: 23). Cf. también Basilio, *De legendis gentium libris* 5.

⁶² El caso más destacado es, quizás, el de Lactancio, severo polemista, que tildó por igual de delirantes a Pitágoras (*Inst.* VII 12, 31), a Aristóxeno (*Inst.* VII 13, 9), a Platón (*Inst.* III 19, 18), a Epicuro (*Inst.* III 17, 29) y a Lucrecio (*Opif.* VI 1). Cf. Hagendahl (1958: 69, n. 1).

⁶³ Un texto elocuente de esta sintonía es la *Epist.* XCV. Dice Séneca allí (33-52): *Homo, sacra res homini, [...] omne hoc quod vides, quo divina atque humana conclusa sunt, unum est.*

⁶⁴ Marsilio Ficino (1433-1499), el mayor representante del platonismo renacentista y que habría de tener un influjo notable en la cultura de su tiempo, ofrece en sus escritos esta misma concepción, que puede resumirse así: la tradición filosófica, desde los poetas hasta Dionisio Areopagita pasando por Pitágoras y Platón, no es más que la progresiva revelación del *Logos*

este atenuante para valorar en justa medida la benevolencia que, por ejemplo, muestra Clemente Alejandrino (150-215 d. C.) hacia el epicureísmo⁶⁵ en el siguiente fragmento (*Strom.* IV 8, 62 y 69):

φιλοσοφητέον οὖν καὶ ταῖς γυναῖξιν ἐμφερῶς τοῖς ἀνδράσι, κἂν βελτίους οἱ ἄρρενες τὰ <τε> πρῶτα ἐν πᾶσι φερόμενοι τυγχάνωσιν, ἐκτὸς εἰ μὴ καταμαλακισθεῖεν. ἀναγκαῖον οὖν σύμπαντι τῷ τῶν ἀνθρώπων γένει παιδεῖα τε καὶ ἀρετὴ, εἴ γε ἐπὶ τὴν εὐδαιμονίαν σπεύδοιεν [...] καλῶς οὖν καὶ Ἐπίκουρος Μενοικεῖ γράφων· “μῆτε νέος τις ὢν μελλέτω φιλοσοφεῖν, μῆτε γέρων ὑπάρχων κοπιάτω φιλοσοφῶν. οὔτε γὰρ ἄωρος οὐδεὶς ἐστὶν οὔτε πάρος πρὸς τὸ κατὰ ψυχὴν ὑγιαίνειν. ὁ δὲ λέγων μήπω τοῦ φιλοσοφεῖν ὑπάρχειν ὥραν ἢ παρεληλυθέναι τὴν ὥραν ὁμοίος ἐστὶ τῷ λέγοντι πρὸς εὐδαιμονίαν ἢ μήπω παρεῖναι τὴν ὥραν ἢ μηκέτ’ εἶναι τὴν ὥραν. ὥστε φιλοσοφητέον καὶ νεωτέρῳ καὶ γέροντι, τῷ μὲν ὅπως γηράσκων νεάζῃ τοῖς ἀγαθοῖς διὰ τὴν χάριν τῶν γεγονότων, τῷ δὲ ὅπως νέος ἅμα καὶ παλαιὸς ἢ διὰ τὴν ἀφοβίαν τῶν μελλόντων”.

En él viene a destacar los paralelismos entre el talante ecuménico del epicureísmo y el espíritu universalista de la fe de Cristo, recordando la invitación de Epicuro (D. L. X 122) a que todos, jóvenes y ancianos, filosofen, puesto que era un consejo compatible con la prédica de la búsqueda de la felicidad cristiana (Acosta Méndez, 1986: XXIV).

Además de Clemente Alejandrino, otros, como Lactancio (*Ira* VIII 1, *Inst.* III 17, 5 y 35) y Jerónimo (*Adv. Iovin.* I 48 y II 1), también resaltaron la moderación cristiana que Epicuro demostró en vida, mitigando así un poco la fama de disoluto y predicador del placer sensual que arrastraba⁶⁶. Por su parte, Basilio el Grande (330-379), Gregorio Nacianceno (329-390) y Juan Crisóstomo (354-407) llamaron la atención sobre la sintonía de la doctrina cristiana con aquellas tesis epicúreas que predicaban la vida retirada, el

divino. Se daba, pues, un acuerdo sustancial entre platonismo y cristianismo, que él expresa con la fórmula “*pia philosophia et docta religio*” (Garin, 1979: 137-42).

⁶⁵ Sobre la actitud ecléctica de Clemente ante la cultura pagana y su proyección en la Edad Media y la Ilustración españolas, cf. Recchia (1971: 137-43) y Quiroz Martínez (1949: 57) respectivamente. Las alusiones de Epicuro en la obra de Clemente fueron estudiadas por K. Marx para la redacción de su tesis doctoral. Sus notas están recogidas en la última sección del cuaderno quinto.

⁶⁶ También destacaron el que viviera conforme a su doctrina, ya que en esto también habría sido cristiano (Justin. *Apol.* I 46, 2-3). Y es que, en efecto, fue muy valorado por los Padres de la Iglesia el hecho de que los filósofos hubieran vivido de acuerdo con sus enseñanzas. De ahí que reprocharan a Pitágoras y a Aristóteles, quienes según algunas tradiciones se suicidaron, el no haber sido coherentes, por más que tuvieran una metafísica más afín a la cristiana. Mucho más tarde, en el siglo XVIII, sonará también este argumento en boca del teólogo Francisco de la Paz (ca. fl. 1714) para defender el atomismo de los *novatores* (Sánchez-Blanco, 1997: 40).

perdón, la serenidad espiritual y la autarquía⁶⁷. Fue asimismo habitual entre los primeros teólogos cristianos aprovechar argumentos de la doctrina epicúrea para probar dogmas cristianos⁶⁸, debilitar herejías o arremeter contra las prácticas de las religiones tradicionales⁶⁹. Gracias a estos paralelismos, fundamentalmente, éticos, el epicureísmo no fue despreciado totalmente. Y frente a quienes esgrimieron como ejemplos de inaceptable impiedad las premisas contra la providencia y la inmortalidad del alma, hubo siempre algunos que, recurriendo a los Padres de la Iglesia, reprochaban sus errores, pero recordaban el talante cristiano que latía dentro de la filosofía del Jardín.

4. 2. *Lucrecio y los autores cristianos*

Esta consideración, favorecida por una parte del clero culto, pudo evitar que el *DRN* se olvidara o desapareciese tempranamente, de suerte que Lucrecio siguió siendo modelo de inspiración poética a la vez que fuente científica⁷⁰, al menos hasta las postrimerías de la Latinidad. Por entonces, Isidoro de Sevilla todavía aprovechaba los conocimientos naturales del epicúreo, como bien recordaba J. Fontaine (1959 II: 744):

... dans bien des passages du *De natura rerum*, la prose isidorienne reflète le *De rerum natura*, en particulier en matière de météorologie [...] les poètes païens sont restés parés aux yeux d'Isidore des ces prestiges de la révélation divine aux païens dont Clément d'Alexandrie croyait voir le reflet en certains vers grecs. Les poètes sont encore pour Isidore des médiateurs sacrés, suivant la théorie qu'il reprend à l'introduction du traité de Suétone sur les poètes.

En su propósito de legitimar a los clásicos grecolatinos los Padres de la Iglesia no escatimaron razones que en su universo teológico tenían plena razón de ser. Según la hermenéutica patristica, por ejemplo, las virtudes, actos

⁶⁷ Cf. Acosta Méndez (1986: XXV, n. 20). De hecho, Bernardino de Rebolledo en su *Defensa de Epicuro* trae el testimonio de Gregorio Nacianceno: "Epicuro creía, que el deleite era premio del trabajo, y que consistía en el, la felicidad humana. Y porque nadie pensase que alabava deleites deshonestos, vivió siempre modesto, y casto, confirmando con las costumbres la Doctrina" (*Selva militar y política*, 1661, t. II, p. 494. BN R/21482).

⁶⁸ Un caso significativo hallamos en Hier. *Epist.* CXIX 5, donde el santo eremita aprovecha la teoría atómica de Epicuro para una discusión sobre la resurrección (Laurence, 1999: 270).

⁶⁹ Cf. Lact. *Div. Inst.* I 21, 14, donde el apologista critica duramente los sacrificios humanos practicados por los cartagineses y trae a propósito los versos de Lucr. I 101 y 83: *Tantum religio potuit suadere malorum* y *Quae peperit saepe scelerosa atque impia facta* (Hagendahl, 1958: 58).

⁷⁰ Wagenblass (1946: 50) calcula que Lucrecio fue citado por los Padres de la Iglesia unas cuatrocientas veces. Y al respecto comenta Albrecht (1994 I: 307) que "Tracce lucreziane si trovano comprensibilmente nei punti di contatto fra cristianesimo e filosofia naturali, dunque nelle esposizioni della storia della creazione (Ambrogio, Agostino) e negli scritti sul finalismo dell'organismo umano (Lattanzio e Ambrogio)".

y misiones de los héroes épicos encerraban una tácita profecía de la venida del Mesías⁷¹. De ahí que quizás no le falte razón a M. Testart (1998: 218) cuando afirma que los apologistas cristianos Arnobio y Lactancio consideraron los cuatro elogios tributados por Lucrecio a Epicuro (I 62-79, III 1-30, V 1-54 y VI 1-42) “annonciatrices du Christ”⁷².

Pero, pese al afán ecuménico de los Padres de la Iglesia, Epicuro y su entusiasta admirador, Lucrecio, fueron motivo siempre de cautela para la Iglesia debido a su ateísmo práctico (Clem. Al. *Strom.* I 1)⁷³. De hecho, es más que probable que ambos alentaran ideológicamente las herejías de los cátaros, una de las sectas más pertinaces y perseguidas durante el Medioevo⁷⁴. Y es que difícilmente se podían conciliar con el credo cristiano las premisas de que la providencia divina no existía (I 44-49)⁷⁵, de que el infierno era una quimera (III 37-40)⁷⁶, de que la religión causaba solo

⁷¹ Sin ser un poema heroico *stricto sensu*, el *DRN* fue considerado por los autores cristianos una obra épica. Seguían, sin más, la opinión de los preceptistas romanos. Quintiliano (*Inst.* X 1, 46 y 85) catalogaba como épicas las obras de Lucrecio, Virgilio, Germánico y Ovidio. Cf. también Toohey (1996: 5-7). Para las fórmulas épicas en Lucrecio, cf. West (1969: 23-34).

⁷² Ambos imitaron estos encomios a fin de glorificar a Cristo. Hilario de Arlés († 449) posiblemente hiciera lo mismo en un poema que se le atribuye (*S. Hilarii in Genesim ad Leonem papam*), con la salvedad de que alaba a Dios Padre (Albrecht, 2002: 348, n. 26).

⁷³ La Iglesia jamás impidió que se publicara el *DRN*, pero se opuso a que se tradujera a las lenguas romances. A favor de esta decisión estaban algunos filósofos laicos, como el ilustrado Giambattista Vico (1668-1744), quien aconsejaba a los fieles cristianos “fuggire como mostri velenosi i libri infetti d’eresia e dell’infame ateismo e specialmente l’empio *Lucrezio traslato*, per arte del Demonio, in metro italiano, purtroppo applaudito e altri (*sc. libri*) di simil fazione” (Alfonsi, 1978: 311). Se refería a la traducción italiana de Alessandro Marchetti. Otros pensadores tradicionalistas y cristianos, como Menéndez Pelayo, lo publicaron traducido, pero mucho más tarde.

⁷⁴ Marbodo Redonense (ca. 1040-1123) en su *Liber decem capitulorum*, cap. VII, combate esta secta refutando la filosofía epicúrea en unos cien versos, cuyo final dice: *Quapropter stultos Epicuri respue sensus / Qui cupis ad vitam quandoque venire beatam; / Sperne voluptates inimicas philosophiae / In grege porcorum nisi mavis pinguis haberi / Illisa rigidam passurus fronte securim* (Philippe, 1896: 154-60).

⁷⁵ Esta premisa es rebatida, por ejemplo, por Lactancio: *nulla providentia instructum esse ac regi mundum, sed originem rerum insecabilibus ac solidis corporibus adsignant, quorum fortuitis concursuibus universa nascantur et nata sint* (*Opif.* II 10). Más tarde, Isidoro de Sevilla, siguiendo a Agustín (*In psalm.* LXXIII 25) y a Lactancio (o. c. *supra*), considera ridículo el antiprovidencialismo epicúreo (Fontaine, 1959 II: 722, n. 1). El rechazo de esta tesis fue sistemático y constante, pues era fermento de herejías. Y la teología cristiana le dedicó a modo de antidotos infinidad de tratados, como el *De Veritate prout distinguitur a revelatione, a verisimili, a possibili, et a falso* (Paris, 1624. British Library C. 38. g. 17). Su autor, Edward Herbert (ca. 1591-1658), opinaba que el atomismo de Epicuro era en parte defendible, pero que en absoluto podían admitirse los argumentos antiteológicos de Lucrecio (Fleischmann, 1964: 20).

⁷⁶ La idea encontró un seguidor destacado en el pensador materialista Richard Overton (ca. 1599-1664), como deja meridianamente claro el título de su panfleto *Mans Mortallitie, or a treatise wherein 'tis proved, both theologically and phylosophically, that whole man, as a rationall creature, is a compound wholly mortall, contrary to that common distinction*

desgracias (I 101⁷⁷) o de que el mundo y el hombre no eran obra de los dioses (V 156-180). Desde la razón pura era difícil que un religioso o un laico se acercaran a Lucrecio sin sentir una duda sobre su fe⁷⁸. Quizás acicateado por esta incertidumbre, Juan Calvino (1509-1564) llamó al poeta romano *sic et simpliciter canis* (Schmid, 1946: 197, n. 4)⁷⁹. A menudo, el argumento contra su concepción teológica consistió tan solo en su existencia anterior a la de Jesucristo y a los delirios de su maestro (*Epicuri deliramenta*)⁸⁰. Como era de esperar, Lucrecio no salió bien parado de este “donoso escrutinio”. Fue un *poeta damnatus* por epicúreo y pertinaz divulgador de la mortalidad del alma. Así y todo, fue admirado por la fuerza y la riqueza de su poesía, al punto que muchos justificaron siempre sus errores y perdonaron su franqueza a fin de emularlo.

of soule and body: and that the present going of the soule into Heaven or Hell is a meer fiction: and that at the Resurrection is the beginning of our immortality, John Canne: Amsterdam (London?), 1643 (British Library 698. f. 3. -2-). Overton admite los postulados epicúreos de la materialidad del alma humana y de la inexistencia del más allá; pero sostiene, acorde con la doctrina cristiana, que la resurrección es “the beginning of our immortality”.

⁷⁷ Afirma Bailey (1998 II: 615) sobre este verso: “is perhaps the most famous line in Lucr.: it sums up his argument and brings out the point of the legend. *tantum... malorum* (cf. Ciris 455 *sit satis hoc, tantum Scyllam vidisse malorum*)”. Los escritores renacentistas italianos lo emularon a lo cristiano (Prosperi, 2004: 153-55); sin embargo, los ilustrados franceses lo usaron como lema cleróforo.

⁷⁸ De dudas religiosas trata el poema alegórico *Psychomachia* de Prudencio. Y el tratado *De anima et vita* de Juan Luis Vives (1492-1540) señala algunos de los conflictos internos que podía producir la lectura de Lucrecio. En el capítulo XIX, dedicado a la “Inmortalidad del alma humana”, el valenciano abre su disquisición con la tesis epicúrea de que el alma muere juntamente con el cuerpo. Después de recordar argumentos platónicos y aristotélicos para refutarla, Vives se pregunta: “Al hombre de ciencia, luego que haya escrutado con toda la intensidad y la robustez de su inteligencia los cielos, los astros, los elementos; luego que haya discurrido por el estudio de plantas, animales, hombres, ángeles hasta llegar al rey de la creación; luego, que haya conocido los hechos de la más remota antigüedad y todo cuanto en el mundo ha acontecido, ¿qué nueva más amarga y más sin consuelo se le puede anunciar, como que en medio de tanta hermosura y de espectáculo tan risueño y deleitable se ha de extinguir la mente que contempló tantas maravillas y que es como registro y museo de todas ellas? Que en lo sucesivo dejará de percibir cosa alguna, que no ha de estar en ningún otro sitio; ni más ni menos que el abyecto espíritu animal, raez y torpe, incapaz de toda elevación” (Riber, 1992 II: 1241).

⁷⁹ Este insulto fue habitual para atacar a los filósofos materialistas. Según Menéndez Pelayo (1998 I: 526), Petrarca llamaba a Averroes *canem rabidum Averroem* y Jean Gerson (1363-1429), *dementem latratorem*.

⁸⁰ Teniendo en cuenta este razonamiento, se entiende por qué Lactancio en *Opif.* XIX 1 utiliza los versos *Denique caelesti sumus omnes semine oriundi; omnibus ille idem pater est* (Lucr. II 991-92) para demostrar el origen divino del alma (Hagendahl, 1958: 57), y cómo siglos después Langius (Lang, s. v. *Hominis*, p. 1293) cristianiza en su florilegio los mismos versos. En opinión del polemista cristiano y del antólogo Lucrecio había recibido parte del *Logos* divino (Ynduráin, 1994: 22-30). Esta idea pervive todavía a finales del siglo XIX en manuales universitarios de Literatura Latina. El profesor vallisoletano Félix Pérez Martín (1882: 36) afirma, por ejemplo, que Lucrecio “va desenvolviendo con razones y pruebas, como un filósofo, otros principios, según el estado en que se hallaba la filosofía, destituida de la revelación y de los grandes recursos de la experiencia, con que después se ha enriquecido”.

1. LUCRECIO EN LA EDAD MEDIA (ss. VI-XIV)

1. 1. *Fortuna de Lucrecio en el Medievo*¹

El poema, hasta la caída del Imperio Romano (476), fue admirado, citado e imitado a menudo por los escritores más eximios de la Latinidad, como hemos visto. Estaba, así pues, vivo, formando parte natural del corpus cultural latino. Circuló por el Imperio Romano con normalidad, al menos hasta la legalización del cristianismo gracias al Edicto de Milán (313)². Pero durante la Edad Media el *DRN* perdió su pasada influencia y Lucrecio su presencia, como otros autores grecolatinos, hasta convertirse casi en una mera anécdota gramatical. Este olvido contrasta con la admiración que por él sentirían los ilustrados del siglo XVIII, quienes lo consideraron una mente adelantada e iluminada de su tiempo³. Su supervivencia, así, puede resultar paradójica, más, si cabe, habida cuenta del omnipresente teocentrismo medieval, pues desaparecieron otros textos menos controvertidos, por lo que sabemos, como el *Hortensius* de Cicerón o los *Moralis philosophiae libri* de Séneca (Albrecht, 1995 I: 528, y III: 1173). Este “milagro laico” tal vez se explique por el encanto poético que Virgilio, Ovidio y Estacio resaltaron y, sobre todo, por el valor científico, ya que la física epicúrea explicaba fenómenos naturales, como bien había remarcado Isidoro, con argumentos razonables y los cenobios medievales pusieron singular empeño en preservar textos científico-

¹ Bibliografía: Jessen (1870: 236-38), Munro (1893 I: 1-3), Philippe (1895: 284-302, 1896: 19-36 y 125-62), Bignone (1913: 230-62), Wagenblass (1946: 48-60), Billanovich (1958: 155-190), Hadzsits (1963: 198-247), Fleischmann (1971: 350-51), Manitius (1973-1976 I: 56, 65, 137, 289, 295-96, 311, 314-15, 422, 494-99 y 713; II: 122, 173 y 806; III: 83, 168, 340, 839 y 892) y (1935: 42); Alfonsi (1978: 301-9), Jones (1992: 117-41), Solaro (2000: 93-122), Babcock (2014: 1038-48) y Tutrone (2021: 516-56).

² El emperador Juliano “el Apóstata” escribió al sacerdote Teodoro una extensa misiva en el año 363 que probablemente contenía, a modo de resumen, las medidas más significativas de una encíclica general que tenía intención de enviar a todos los sacerdotes (García Blanco, 1982: 136, n. 196). En esta carta prohibía los libros de Pirrón y Epicuro y daba gracias a los dioses porque estuvieran casi todos ya destruidos (89b. Bidez-Cumont 301 c-d. Cf. García Gual, 2019: 16).

³ Buena prueba es la obra cumbre del revolucionario francés Sylvain Maréchal, cuyo título, *Lucrèce français*, le rinde homenaje (Albrecht, 2002: 338). Cf. también la opinión de Norbrook (2016: 1).

técnicos (Conde, 2005: 195). Estos elogios, en particular los de nuestro santo hispalense, bien pudieron ser, pese a su fama de autor polémico e impío, un salvoconducto para el epicúreo latino.

Pero, en cualquier caso, parece evidente que en el Medievo siguió teniendo la consideración de clásico problemático y que debió de estar bajo custodia en los *scriptoria*⁴. Así lo indican los borrados y cambios en las portadas de los dos manuscritos medievales que han conservado íntegro el texto: el códice *Oblongus* parece tener el título *De rerum natura* borrado y el *Quadratus* conserva la inicial *T.*, pero borraron *LVCRETI* y cambiaron el título original por el de *De physica origine et effectu* (Bailey, 1998 II: 583). Su redescubrimiento en 1417 gracias a Poggio Bracciolini, posiblemente, en la abadía de Murbach, una fundación carolingia, pondría tras nueve siglos de nuevo el texto en circulación entre los primeros humanistas⁵.

Durante la Edad Media Lucrecio fue citado profusamente a partir de fuentes indirectas por gramáticos, compiladores, lexicógrafos y eruditos enciclopedistas (Hadzsits, 1963: 228, y Bignone, 1913: 235). Algunos de ellos fueron Aldhelm de Malmesbury (ca. 639-709), Beda el Venerable (672-735), Alcuino de York (735-804), Rabano Mauro (780-856), William de Hirschau (1026-1091) y Honorio de Autún (ca. 1080 – ca. 1160). Casi todos tomarían las referencias de los Padres de la Iglesia, de gramáticos tardíos, como Nonio Marcelo (s. IV d. C.), Diomedes (s. IV d. C) o Prisciano, y, sobre todo, de Isidoro de Sevilla⁶. Ciertamente es también que unos pocos afortunados manejaron de primera mano el *DRN*, porque, de hecho, estuvo disponible en algunas bibliotecas carolingias y, a buen seguro, habría más ejemplares entonces de los que hoy se sabe documentalmente que existieron. El prestigioso medievalista alemán M. Manitius (1973-1976 I: 296), por ejemplo, sostuvo que Rabano Mauro manejó un manuscrito de Lucrecio en la abadía alemana de Fulda. Y recientemente Babcock (2014: 1038-48) ha demostrado que Estéfano de Lieja

⁴ Recuérdese la recomendación de Isidoro de Sevilla en la *Regula monachorum* sobre los códices custodiados en los monasterios: 3. *Gentilium libros vel haeticorum volumina monachus legere caveat; melius est enim eorum perniciose dogmata ignorare, quam per experientiam in aliquem laqueum erroris incurrere* (cf. *Patrologia latina* 83, col. 877-78).

⁵ En su tratado *De infelicitate principum*, escrito en 1440, Poggio habla de su fascinación juvenil por encontrar nuevos manuscritos y recuerda en qué lamentable condición encontró algunos: *Suscepit hic -me intuens- olim diligentiam et laborem pergrande Alemanie librorum perquirendorum gratia, qui in ergastulis apud illos reclusi detinentur in tenebris et carcere ceco, qua in re multum profuit Latinis Musis eius industria [...] Plures quoque ex diris carceribus, quibus inviti obsoletique opprimuntur, eruiisset -sunt enim multis vinclis et feto carcere abstrusi- nisi fortune defuissent* (Canfora, 2007: 11). Entre ellos se encontraba Lucrecio, pero también ocho discursos de Cicerón, un Quintiliano y un Columela, que poco o nada contra la religión contenían. Sobre el influjo del *De infelicitate principum* en el humanismo castellano del cuatrocientos han escrito González Rolán y Saquero (2001).

⁶ Bignone (1913: 230-35) y, más recientemente, Solaro (2000: 93-122) han anotado muchos de los versos lucrecianos que los autores medievales habrían tomado indirectamente de las obras de Isidoro de Sevilla.

(† 920) había imitado varios pasajes de Lucrecio, en especial IV 473-83, para su *Vita Sancti Lamberti*, y Tutrone (2021: 516-56), que el monje irlandés Dungal (fl. ca. 811-828) y el filósofo Juan Escoto Eriúgena (ca. 810 - ca. 877) habían leído con atención el texto.

Salvo estas excepciones, el conocimiento que tuvieron los autores medievales del *DRN* como máximo exponente de la física epicúrea fue bastante escaso. Las alusiones a la doctrina epicúrea son a menudo erudición de datos sueltos, de recuerdos inconexos sobre un sistema filosófico por el que no sentían gran interés⁷. Baste esta noticia que Conrado de Mure (ca. 1210-1281) inserta en el *Repertorium vocabulorum exquisitorum* (1273):

Lucretius est proprium nomen cuiusdam poete qui multa scripsit de natura fulminis (Bignone, 1913: 245).

Efectivamente Lucrecio (*cuiusdam poete*) escribió sobre la naturaleza del rayo (V 219-422), pero también del alma, de la muerte, de los átomos⁸, de la civilización, en fin, de la naturaleza del universo. Es muy posible, como señaló Bignone (1913: 245), que esta imprecisa referencia procediera de la siguiente y escueta frase de Isidoro de Sevilla (*De natura rerum*, XXX 4):

Lucretius autem dicit fulmina ex minutis seminibus constare, ideo penetrabilia esse.

En resumen, el legado parcial y poco acreditado de citas⁹ demuestra que Lucrecio pervivió durante estos siglos más como voz reputada sobre cuestiones métricas o gramaticales que como fuente científica y filosófica¹⁰. Su inclusión en la física medieval explicando fenómenos naturales se debió, sobre

⁷ Con todo, el profesor Albrecht (2002: 353) considera conveniente estudiar más a fondo la posible influencia de Lucrecio en la Edad Media, pues su epicureísmo no habría sido, pese a la opinión más generalizada, óbice para leerlo.

⁸ Según Singer (1944: 360), la teoría atómica fue mejor conocida por los filósofos árabes, en concreto, por Averroes (1126-1198) y Maimónides (1135-1204). Sobre el conocimiento de Maimónides del epicureísmo, cf. Netanyahu (2002: 114, n. 116).

⁹ Pese a la poca fiabilidad textual que ofrecen las citas medievales, Lachmann (1850: 378) adoptó una *lectio* de Beda para Lucrecio VI 868 (*quae calidum faciunt aquae tactum atque saporem*). Y Jessen (1870: 237) aplaudía la decisión de su compatriota por entender que “dem Beda das gedicht des Lucretius zu gesicht gekommen wäre”.

¹⁰ Encontramos algunas excepciones, amén de las señaladas, también en Alcuino. Por ejemplo, en *In Epist. sancti Pauli ad Titum* I 1011 (Migne) el erudito inglés escribe: *Unde quidam philosophorum non putant esse tempus praesens, sed aut praeteritum aut futurum; quia omne quod loquimur, agimus, cogitamus, aut dum fit, praeterit, aut, si nondum factum est, expectatur*. Aquí parece retomar la idea epicúrea sobre el tiempo expresada por Lucr. I 459-63. También se sirve de la filosofía de Epicuro en *Epistulae* 204, I 478c. (Migne) a propósito de la teoría de la visión y en la *Disputatio puerorum* II 1103-4 (Migne) al tratar de la distinción entre *anima* y *animus*.

todo, a Isidoro de Sevilla, quien lo anularía en cierto modo como primera autoridad¹¹.

1. 2. *Lucrecio en las bibliotecas medievales*¹²

En la actualidad conocemos muchas obras clásicas gracias a la pervivencia de un único manuscrito. Es el caso de parte de los *Ab urbe condita libri* de Tito Livio (59 a. C. – 17 d. C.) o del *De re publica* de Cicerón. Ha sido el azar muchas veces el factor que ha preservado a autores de la extinción, al margen de que fueran o no ideológicamente afines al cristianismo (Albrecht, 1996 III: 1769-68), como era el caso del *DRN* de Lucrecio. De hecho, el número de manuscritos medievales de los que tenemos noticia prueba que el poema de Lucrecio, aunque bien pudo ser relegado por irreligioso, fue, sin embargo, valorado y conservado –suponemos– con ciertas cautelas.

En esta tradición manuscrita desde la Antigüedad, la Edad Media fue una época de transición. Unas obras se conservaron, otras desaparecieron definitivamente. Y el Renacimiento carolingio (768-877), dentro de este período, jugó un papel fundamental en la preservación del patrimonio literario, al favorecer la copia de textos clásicos latinos en las abadías del Reino Franco en su afán de promocionar las artes liberales. Es, en efecto, en los monasterios ligados a aquel resurgir cultural donde tenemos constancia por catálogos medievales de que hubo varios, de los que dos códices íntegros y varios folios sueltos (*schedae*) han pervivido.

Max Manitius (1935: 42) relacionó tres códices lucrecianos catalogados en las bibliotecas medievales de Europa. Ni él ni Lisardo Rubio (1984) en el *Ca-*

¹¹ Una opinión similar expresa Bignone (1913: 261), tras un análisis concienzudo de las numerosas reminiscencias textuales: “Le conclusioni della nostra ricerca sopra la fortuna di Lucrezio nel medioevo, sono, come si vede, in massima negative per quello che riguarda la lettura diretta dell’opera lucreziana [...] Certo nelle enciclopedie medioevali, per mezzo particolarmente di Isidoro, si perpetuarono alcune spiegazioni di fenomeni fisici, che appariscono in Lucrezio, senza però che esse siano tutte specificamente epicuree.”

¹² Bibliografía: Beddie (1930: 10), Manitius (1973-1976 I: 56, 65, 137, 296, 288-302, 311-15, 422, 472, 494-99 y 713; II: 122, 173 y 806; III: 83, 168, 340, 839 y 892; y 1935: 42), Billanovich (1958: 155-90), Dolbeau (1978: 36, y 1979: 233 y 242), Reeve (1980: 41-48), Buck (1980: 54-76), Reynolds (1983: 220-21), Albrecht (1996 III: 1764-71), Reynolds-Wilson (1995: 101-3 y 111), Butterfield (2013) y Deufert (2017: 1-65, y 2019: VII-XX). Los estudios de Buck y Reynolds-Wilson son *loci classici* sobre la transmisión de los textos grecolatinos. En ellos abundan las referencias a las vicisitudes del *DRN* durante el Medioevo y el Renacimiento, pues su peripécia fue, en cierta medida, paradigmática de la literatura clásica. También Albrecht, con su claridad y concisión habituales, ofrece una panorámica general sobre la fortuna de los textos latinos. El estudio de Reeve ofrece datos valiosos sobre el descubrimiento de Poggio y la historia posterior del texto lucreciano. Manitius regala a menudo, al hilo de sus disquisiciones, hipótesis sobre las probables ramificaciones del texto. Por último, los recientes estudios de Butterfield y de Deufert actualizan los datos relativos a los mss. medievales y a sus correctores, confirmando la valía de los *vetustiores O* y *Q* frente a los *recentiores* o mss. renacentistas derivados del *Poggianus* (II).

tálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España dan noticia de alguno que hubiera sido registrado en las bibliotecas medievales españolas¹³. Así pues, la pista del *carmen* lucreciano en España se pierde después de Isidoro de Sevilla, que posiblemente utilizó uno en la biblioteca episcopal de Sevilla (Bodelón, 1989: 24-25, y Bignone, 1913: 231)¹⁴. A este posible *exemplar hispanum*, podría sumársele otro tal vez manejado por el rey Sisebuto en el palacio real de Toledo.

A los tres registrados por M. Manitius (1935: 42), hay que añadir uno más (n.º 4), mencionado por F. Dolbeau (1978: 14 y 36, n.º 347, y 1979: 233 y 242, n.º 347), y los dos manuscritos conservados: el *Oblongus* y el *Quadratus*. Este último parece haber sido usado por alguien en el siglo XI en el monasterio francés de Saint Bertin (Hunt, 1971: 51). Son seis en total¹⁵:

1. Murbach (Francia)¹⁶: s. IX, 235 *Lucrecii* (*sic*); 272, 16 *Titus Lucrecius de rerum natura volumen unum*. Fue el primero del que se tuvo noticia¹⁷.
2. Bobbio (Italia): s. XI, *Librum Lucretii* I¹⁸.
3. Corbie (Francia): s. XIII, *Titus Lucretius poeta* = 1200 *Titi Lucretii de rerum natura*¹⁹.
4. Lobbes (Holanda): ss. XI-XII²⁰.

¹³ Los mss. lucrecianos conservados en España son renacentistas. Entre ellos destaca el matritense BN 2885 (Ja), de mediados del siglo XV (Deufert, 2019: XLVIII). Los otros son el BGVU 506, de la segunda mitad del siglo XV (Rubio, 1984: 568), y el BCMZ 11-36 (Traver, 2011: 113-21). Se tiene constancia de otro que se quemó en el desafortunado incendio del Monasterio de El Escorial ocurrido en 1671 (Antolín, 1910-1923 V: 259), que devoró casi el cincuenta por ciento de los códices escurialenses: más de cuatro mil (Martínez Cuesta, 1992: 124). Procedía de la biblioteca de Antonio Agustín (1517-1586), quien desempeñó cargos importantes en la curia vaticana entre 1544 y 1564. El ms. BN 2885 está disponible en la siguiente dirección electrónica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000116790> (último acceso 12-12-2021).

¹⁴ Butterfield (2013: 268) da por seguro en su conclusión que Isidoro de Sevilla tuvo a mano el *DRN*.

¹⁵ Indicamos con los siglos la fecha del catálogo (1-4) y de la que se tuvo noticia de su existencia (5-6).

¹⁶ Como anécdota comentamos que la abadía de Murbach fue fundada por el monje Pirminio (ca. 660 - † 753), posiblemente español. Reynolds y Wilson (1995: 91-92) recuerdan que “Otros dos importantes monasterios, Reichenau en el Lago Costanza (724) y su filial de Murbach (727), fueron fundados por Pirminio, hombre de origen oscuro que se cree que habría huido de la España visigoda con la llegada de los árabes el 711”. Sobre Pirminio comenta Herrera Roldán (1995: 32) que en Reichenau “dejó una parte de los códices que había sacado de Hispania”.

¹⁷ Cf. Valentí (1983 I: XLIX) y Bailey (1998 I: 38-39).

¹⁸ Cf. también Becker (1973: 69).

¹⁹ Dice Philippe (1896: 152-53, n. 3) “Le catalogue de la bibliothèque de Corbie, dont Ramme fut abbé, date du XII^e siècle: une autre rédaction en fut faite peu après”. Cf. también Becker (1973: 191 y 285).

²⁰ Este ms., como los otros tres anteriores, se ha perdido. La abadía de Lobbes está cerca de la ciudad holandesa de Gembloux. En la abadía de San Pedro, sita en la ciudad, ejerció el religioso benedictino Segisberto de Gembloux (ca. 1030-1112), quien parece haber leído el *DRN*, pues

5. St. Martin (Francia): s. XV.
6. St. Bertin (Francia): s. XVI.

Aunque no existen pruebas conclusivas, es muy posible que también los siguientes monasterios custodiasen otros ejemplares del *DRN*²¹:

1. Fulda (Alemania), donde trabajo Rabano Mauro, discípulo de Alcuino de York (Leonard-Smith, 1942: 86-87).
2. Sankt Gallen (Suiza), donde se escribió el *Florilegium Sangallense* (ms. 870), que contiene veintiocho citas de todos los libros del *DRN*.
3. Pomposa (Italia), donde el círculo literario de Lovato Lovati (1241-1309) tuvo, al parecer, acceso a muchos autores clásicos (Billanovich, 1953: 18, tab. I 19, y 1958: 155-90).
4. Reichenau (Alemania), en cuya abadía de Saint-Riquier el monje Micón hacia el 825 incluyó trece versos del *DRN* en su *Opus prosodiacum* y el geógrafo irlandés Dicuil (*fl. ca.* 800), dos en su *De primis syllabis* (Tutrone, 2021: 535).

1. 3. Los manuscritos medievales conservados del *De rerum natura*

El *Oblongus* y el *Quadratus* son los únicos dos códices que han perdurado íntegros hasta nuestros días y, al ser los más antiguos y mejores, conforman el grueso de la *constitutio textus* lucreciana (Butterfield, 2013: 272, y Deufert, 2019: VII-XX). Ambos se custodian hoy en la Biblioteca Universitaria de Leyden (Holanda), adonde llegaron en 1690 como donación de Isaac Vossius (1618-1688)²², quien los había heredado de su padre Gerhard Johannes Vossius (1577-1649)²³. He aquí su descripción:

1. El *Oblongus*. Su abreviatura es *O*. Mide 31,4 cm x 20,4 cm. Su nombre oficial es *Leidensis* 30 o *Vossianus Lat. F.* 30, pero es más conocido como *Oblongus* porque habitualmente se llaman así los códices *in folio minori* (Lachmann, 1850: 4). Está escrito a una columna, en letra minúscula carolingia de principios del siglo IX. Tiene 192 hojas, esto es, 384 páginas. Cada página contiene de media unas 20 líneas. Es posible que fuese copia-

inserta al margen del verso 575 (*Qui clandestina pius Aaron medicina / olim sanavit*) de su poema *De passione sanctorum Thebeorum* la glosa *Lucretius: naturam clandestinam* (I 779). Cf. Reeve (1980: 42). Para la posible vinculación de Segisberto con Lobbes, cf. Solaro (2000: 93, n. 2, y 110) y Reynolds (1983: 220-21).

²¹ Advierte Flores (1980: 63) con acierto que durante el Medievo algunos monasterios pudieron ocultar la existencia de la obra cambiando el título, como ocurrió con el códice *Quadratus*.

²² Para más información, cf. Bailey (1998 I: 38-39). Entre sus obras destacan las siguientes: *De vera mundi aetate* (1659), *De Nili et aliorum fluminum origine* (1666), *De poematum cantu et viribus rhythm* (1673) y una edición de Catulo. La segunda trata un tema lucreciano (VI 712-37).

²³ Había nacido en Heidelberg (Alemania). Dirigió el Colegio de Teología de Leiden y, más tarde, ocupó en Amsterdam la Cátedra de Historia.

do poco después del año 800 a instancias de Alcuino de York, bien en la *Schola Palatina* de Carlomagno (768-814) situada en Aquisgrán o en alguno de los monasterios benedictinos que estuvieron a su cargo (Giancotti, 1998: LXXI). Tiene correcciones hechas por un escriba contemporáneo [*corrector Saxonicus* (O)], identificable con Dungal, un escolar irlandés de la corte de Carlomagno (Deufert, 2019: VIII).

En 1479 el código se encontraba en la librería de la iglesia de San Martín de Maguncia (Alemania), según reza en el f. 1r.: *Iste liber pertinet ad librariam Sancti Martini ecclesie Maguntine. M. Syndicus subscripsit anno 1479*. Quien hace la suscripción es el síndico Macario de la Catedral de Maguncia, consagrada a San Martín. Dado que no ha sobrevivido catálogo alguno de San Martín (Butterfield, 2013: 8, n. 15), se ha conjeturado que el ejemplar procediese de Fulda, donde Rabano Mauro fue abad y parece haber manejado un *DRN* (ca. 822). Rabano llegó a ser arzobispo de Maguncia en el 847 y pudo traer con él muchos códigos desde Fulda (Leonard-Smith, 1942: 86-87).

2. El *Quadratus*. Su abreviatura es *Q*. Mide 21,5 cm x 22,7 cm. Su nombre oficial es *Vossianus Quadr. 94* o *Leidensis 94* (Bodelón, 1987: 12-15), aunque recibe normalmente el nombre de *Quadratus* por el aspecto rectangular de sus hojas. Está escrito a dos columnas y en letra minúscula carolingia. Fue transcrito después que el *Oblongus* en el noroeste de Francia (Ferguson-Rouse, 1997: LV). Tiene 69 hojas, esto es, 138 páginas. Cada página contiene un promedio de 28 líneas.

Quizás estuviera durante la Baja Edad Media en el monasterio francés de Saint Bertin (cerca de Saint Omer). Un catálogo del siglo XII no lo menciona (Berthod, 1788: 227-30), pero es posible que fuera excluido por herético, ya que su título fue cambiado por el de *De phisica rerum origine vel effectu* y el nombre de Lucrecio borrado (Bailey, 1998 I: 40). En el siglo XVI sí se custodiaba en Saint Bertin según se desprende del prefacio que Denis Lambin escribió para su edición de 1563²⁴. Pierre Galland (1510-1559), Rector de la Universidad de París, pidió que se le enviase a París, donde Adriano Turnebo (1512-1565), profesor de griego en el Real Colegio parisino, hizo una colación utilizada posteriormente por Denis Lambin en su renombrada edición de 1563 (Bailey, 1998 I: 40)²⁵.

Amén de estos manuscritos completos han sobrevivido varios pliegos sueltos, más conocidos por el término latino *schedae*, que fueron transcritos

²⁴ Denis Lambin fue, como Poggio, descubridor de manuscritos clásicos. Ejerció como profesor de Elocuencia y de Literatura Clásica en el Colegio de Francia. Editó a Lucrecio, a Horacio (1561), a Cicerón (1566) y a Cornelio Nepote (1569). Y son famosas sus traducciones latinas de autores griegos: Demóstenes (1587) y la *Ética* (1558) y la *Política* (1567) de Aristóteles.

²⁵ Cf. Lambin, 1570, p. c 2v. BN 3/50418 (Gordon, 1985: 83-85, n.º ref. 102b).

posiblemente durante el siglo IX en Alemania suroccidental (Giancotti, 1998: LXXI) y que parecen tener la misma filiación ecdótica que el Q (Deufert, 2019: XLVI). He aquí sus características e historiales:

1. Las *Schedae Gottorpienses* o *Haunienses*. Son en total 8 hojas, que miden 26,3 cm x 19 cm. El texto está a dos columnas, de 47 líneas cada una (Leonard-Smith, 1942: 100-2). Contienen los libros I y II hasta el verso II 456, salvo los versos I 734-85 y II 253-304, como el Q²⁶.

Se guardan actualmente en la Real Biblioteca de Copenhague (Dinamarca) con la signatura Gl. Kgl. S 211 2º, siendo su abreviatura *G*. Proceden de Gottorp (Dinamarca), donde estuvieron entre 1671 y 1678. Es posible que fueran separadas del códice que durante los siglos XII-XIII se custodió en la abadía de Corbie. Debieron de ser transcritas durante el siglo IX, pues están escritas en letra carolingia minúscula.

2. Las *Schedae Vindobonenses*. Son en total 10 hojas (fols. 9r.-18r.), que forman parte de un códice (*Vindobonensis*) custodiado en la Biblioteca Nacional de Viena con la signatura Cod. 107, en el que, además de Lucrecio, se compilan los *Aratea phaenomena et prognostica* (fols. 1r.-8v.) de Rufo Festo Avieno (*fl. ca. s. IV*)²⁷.

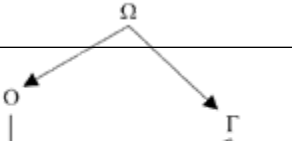
Las seis primeras hojas, denominadas *Vindobonenses priores* (fols. 9r.-14v.), derivan, como recuerda Butterfield (2013: 11), del mismo manuscrito que las *Gottorpienses*. Tienen en común el escriba, la distribución en dos columnas de 47 líneas cada una y, además, una signatura, Q 4784, debida al bibliotecario vienés Hugo Blotio (1534-1608). Miden 26,6 cm x 19,3 cm. Contienen II 642-III 621 y omiten, como Q, II 757-806. Están escritas en minúscula carolingia. Su abreviatura es *V*.

Las últimas cuatro hojas, denominadas *Vindobonenses posteriores* (fols. 15r.-18r.), tienen dos columnas de 55 líneas. Cada hoja mide aproximadamente 26,6 cm x 18,3 cm. Contienen los siguientes fragmentos del *DRN*: I 734-785; II 253-304, 757-805; V 928-979, y VI 743-1286. Están escritas en letra minúscula carolingia, posiblemente del siglo IX. Su abreviatura es *U*. Se ha conjeturado que formaron parte de un cuaderno desgajado del manuscrito existente en Bobbio (Leonard-Smith, 1942: 102-3, y Bailey, 1998 I: 41).

²⁶ En este ms. aparecen al final (Bailey, 1998 II: 729, *ad. loc.*).

²⁷ Cf. Philippe (1896: 152, n. 1): "Ce manuscrit contient, outre des fragments de *De Natura Rerum*, les *Prognostica* et *Avieni Phenomena*, ouvrages très souvent cités à propos des questions naturelles". El humanista milanés Bonino Mombricio (1424 - ca. 1502) había transcrito el texto de Avieno dentro del ms. Ambros. D 52 inf. directamente del *Vindobonensis*, cuando sus partes estaban tal vez encuadradas juntas, lo que, al menos, desde 1575 es seguro (Reeve, 1980: 43).

Descritos ya los principales manuscritos, podemos esquematizar la historia manuscrita del *DRN* durante el Medievo con el siguiente *stemma codicum*. Incluimos ya en él, con la letra Π , el manuscrito encontrado por Poggio en 1417, perdido hoy; pero del que proceden los cincuenta y seis manuscritos renacentistas existentes (*Itali*)²⁸ gracias a la copia mandada hacer por el humanista (π):

600-800 d. C.		<i>Archetypus</i> Letra minúscula precarolingia
800-850 d. C.		<i>O(blongus)</i> Γ Códice perdido Letra minúscula carolingia
850-900 d. C.		<i>Q(uadratus)</i> <i>GVU Schedae</i> Letra minúscula carolingia
1417 d. C.		<i>Poggianus</i> Antígrafo perdido de los mss. renacentistas Letra minúscula carolingia

1. 4. Ausencia de Lucrecio en las antologías medievales²⁹

Una parte importante de los florilegios medievales fueron confeccionados durante los siglos XII y XIII para uso académico y escolar (Muñoz Jiménez, 2011: 15-17)³⁰, de ahí que reflejen bien los intereses de lectura de la época, y Lucrecio, por ausencia, no estuvo entre ellos. Parece razonable pensar que

²⁸ Para el número total de mss. renacentistas, cf. Butterfield (2013: 18), Reeve (2005: 121-22) y Traver (2011: 120). Las propuestas de *stemmata codicum* de varios editores (Lachmann, Bernays, Diels, Martin, Chiari, Büchner, Müller *et alii*) pueden verse en el estudio de Bodelón (1987: XXIII-XXXIV). Más recientemente Butterfield (2013: 32), García Calvo (2019: 44) y Deufert (2019: XLVII) han hecho tres nuevas, con ligeras variantes sobre las anteriores. Para García Calvo, el *Poggianus* constituye una tercera rama del arquetipo (Ω); para Deufert, en cambio, es copia directa del *O*. Para Butterfield, desciende del *O* a través de una copia perdida (χ). Un estudio de las propuestas de *stemmata* puede leerse en Reeve (2005: 157-67).

²⁹ Sobre Lucrecio en las enciclopedias medievales y la presencia de estas en España, cf. Silvestre (1996: 449-69) y Acosta Méndez (1996: 474-75).

³⁰ Nos referimos aquí a las antologías escolares, no a las técnicas sobre cuestiones métricas, al estilo del *Opus prosodiacum* de Micón o del *Florilegium Sangallense* de mediados o finales del siglo noveno (Butterfield, 2013: 91-95). Los florilegios pedagógicos medievales de los siglos XII y XIII estuvieron organizados por autores (*Claudiani, Prudentii, Tibulli excerpta*) o por lemas morales; pero no por tópicos, como fue luego habitual en las poliantes renacentistas. Los fragmentos escogidos eran considerablemente más extensos que los renacentistas, que no solían exceder los diez versos o bien agrupaban de forma paratáctica sentencias muy breves. Además, las antologías del Medievo, a diferencia de las renacentistas, no querían ser arsenales retóricos donde el escritor o alumno encontrase argumentos. Sí tienen en común el afán didáctico-moral, pero éste es mucho más pronunciado en las medievales, al entender la filosofía moral como *scientia practica* para la conducta en la vida (Villarreal, 2011: 209-10).

fuera excluido por cautela eclesiástica. Las supresiones del nombre *LVCRETI* y el cambio de título que presenta el manuscrito *Quadratus*, como hemos comentado, apuntan en este sentido; si bien es cierto también que en casi todos los catálogos se muestra el título y el autor sin precaución alguna.

El profesor B. L. Ullman (1928-1932) investigó en profundidad la presencia de autores clásicos en estas polianteas del pleno Medievo y, según sus indagaciones, Lucrecio no formó parte del canon³¹. El equipo del proyecto “Los florilegios latinos conservados en España”, dirigido por la profesora M.^a José Muñoz Jiménez, ha despojado ya ochenta y tres y en ninguno halló extracto de Lucrecio³².

Estas antologías medievales compendian muchos fragmentos poéticos, algunos de extensión notable, que se caracterizan por contener preceptos de filosofía moral, una disciplina muy del gusto de la pedagogía medieval, en la que muchos versos de Lucrecio, en particular los proemiales, podrían haber sido seleccionados. Lactancio, padre de la Iglesia, ya lo había dicho claro y concisamente en *Divinae institutiones* II 3, 10: *idem ille philosophus ac poeta*³³. Sin embargo, no sería hasta el Renacimiento cuando algunos florilegios tan difundidos como el *Viridarium illustrium poetarum* (Venecia, 1507) de Octaviano Mirándula (*fl. ca.* 1507) o los *Virtutum encomia* (París, 1573) de Henri Estienne (1531-1598)³⁴, lo extractasen.

³¹ Ullman (1928: 130-31) estudió cuatro centones (mss. Escorial Q-I-14, Arras 64, BNF 17903 y 7647). El estudioso deja claro que “The contents of the four manuscripts are in general the same” y, a continuación, relaciona los autores: Prudencio, Claudiano, Virgilio, Valerio Flaco, Estacio, Lucano, Ovidio, Tibulo, Horacio, Juvenal, Persio, Marcial, Petronio, Calpurnio, Nemesiano, Terencio, Salustio, Boecio, Marciano Capela, Macrobio, Prisciano, Cicerón, Quintiliano, Séneca, Aulo Gelio, César, Sidonio Apolinar, Casiodoro y Suetonio. Ullman (1928: 131, n. 3) avisa, sin embargo, de que no ha podido ver la relación de autores del ms. Q-I-14 que el padre Antolín (1910-1923) hizo en su catálogo de los fondos manuscritos latinos del monasterio de El Escorial. Según el despojo de la profesora M.^a José Muñoz Jiménez (2011: 28-30) Lucrecio no aparece antologizado. El primer antólogo español que lo colecciona es posiblemente Cristóbal García Guillén de Paz (*fl. ca.* 1600), catedrático de Artes de Valladolid, quien en su florilegio tardío *Liber undecimus de variis doctorum sententiis per materias ordine alphabetico distinctus* (ms. 246 de la BUPSC) incluye nueve extractos. Para más información sobre la génesis y estructura de este ms., cf. Muñoz Jiménez (2011: 21-27).

³² Pueden consultarse los florilegios analizados en la página electrónica <https://manipulus.ucm.es/>. Último acceso 28-11-22.

³³ La expresión llegó a ser tradicional en los prefacios de las ediciones renacentistas del *DRN* desde que el famoso impresor veneciano Aldo Manucio recurriese a ella para las ediciones de 1500, de H. Avancius (Gordon, 1985: 52, n.º ref. 4), y de 1515, de Andrea Navagero (Gordon, 1985: 53-54, n.º ref. 6). En ellas dice: *En igitur tibi Lucretius et poeta et philosophus quidem maximus vel antiquorum iudicio, sed plenus mendaciorum [...]* (f. 1). En España el médico vallisoletano Lázaro de Soto (*ca.* 1560-1626) describe a Lucrecio también como *poëta* y *sapientissimus philosophus* en su comentario al *De locis in homine* de Hipócrates (Blanco Pérez, 2000: 53).

³⁴ Sobre la presencia de Lucrecio en los florilegios renacentistas, cf. Traver (2014: 135-52).

La predilección que las antologías medievales demuestran por los trozos sentenciosos y proverbiales es evidente en los versos que sirven de introducción y conclusión en muchas de ellas. Así, por ejemplo, el *Florilegium* berlinés (Diez B. 60) empieza con la estrofa (Ullman, 1928: 128):

Bona priscorum proverbia philosophorum
Quae quia nostrorum sunt aedificatio morum
Et quia delicie sunt omnis philosophie
Tam sunt scribenda memori quam corde tenenda.
Esset enim magnum cunctis ea perdere dampnum.

Y el manuscrito escurialense *Sententiae philosophorum* (Q-I-14) termina con el siguiente epílogo (*Verba scriptoris ad lectorem*)³⁵:

Dicta tenes veterum, lege singula, collige rerum.
Exempla et morum retine decreta priorum.
Finis adest operi, sint uota precesque laboris.
Premia sit ueri tua gratia pignus amoris.

Estos florilegios perseguían la *aedificatio nostrorum morum*, luego una educación cristiana a la cual un poeta que había negado la providencia de los dioses y la inmortalidad no podía servir bien. Del *DRN* era difícil extraer un fragmento sin que resultara polémico³⁶. Lucrecio siempre anda afanado en argumentar contra la religión, aunque fuera la pagana, hasta en los versos aparentemente más edificantes, como los recogidos en las descripciones de la peste de Atenas (VI 1138-286) y de los condenados del Acheronte (III 978-86). En ellos una mente medieval podía ver un ejemplo de la *ira Dei* y una *pictura inferni* respectivamente³⁷, pero versos arriba o abajo del extracto aparecían otros ofensivos para la fe religiosa.

³⁵ Según Ullman (1928: 132) este mismo epílogo está en el ms. Berlin, Diez B. 60. Este parentesco es de suma importancia para demostrar que los florilegios medievales eran similares, cuando no copias manuscritas unos de otros, y que el canon de autores clásicos, así como de pasajes selectos, eran los mismos.

³⁶ En pleno siglo XVI Francis Bacon (1561-1626) lo afirmaba con claridad meridiana: "There is no heresy which strives with more zeal to spread and sow and multiply itself, than Atheism. Nor shall you see those who are fallen into this phrenzy to breath and importunately inculcate anything else almost, than speech tending to Atheism; as in Lucretius the Epicurean; who makes his invective against religion almost as the burthen or verse of return to every other subject [...]" (*Of Atheism*, 1598. Cf. Wagenblass, 1946: 70).

³⁷ Cuando un nuevo brote de peste asoló Europa entre 1495-1500 se imprimieron varias obras que lo interpretaban como un escarmiento divino. Este fue el caso del *Tractatus de pestilentiali scorra sive mala de franzos* (1496), en verso, de Josef Grünpeck (ca. 1473 – ca. 1532). En esta obra el autor sostenía que Dios castigaba con la peste la insolencia, la avaricia y la lujuria de los hombres. También Girolamo Fracastoro (ca. 1478-1553) en el poema didáctico *Syphilis, sive de morbo gallico* (1530), donde imitaba la descripción lucreciana de la peste de Atenas (VI 1138-286), admitía que la Providencia intervenía en estas catástrofes, aunque desde una postura algo más científica y negando que fuera fruto de la ira divina. Sobre el tema, cf. el claro estudio de Goddard (1991: 169-90, esp. 184-90).

Estas polianteas podían ser un primer reclamo para aquellos alumnos que, tras apreciar las *deliciae* de la poesía pagana, quisieran leer más. Se puede objetar que Lucrecio no se extractó porque simplemente el *DRN* estaba ya extraviado, cuando se realizaron los florilegios; sin embargo, se incluyeron otros autores como Quintiliano (*Institutiones oratoriae*) y Petronio (*Cena Trimalchionis*) que fueron redescubiertos, al igual que Lucrecio, por Poggio Bracciolini. Según Ullman (1932: 37-38), estos *florilegia* fueron redactados en el norte de Francia durante los siglos XII y XIII. Y precisamente en el noroeste francés estaban los famosos monasterios de Corbie y Saint Bertin, en los que se tiene constancia de que existió un manuscrito del *DRN* en el primero y, seguramente, en el segundo. Ullman, además, cita a lo largo de sus investigaciones otras abadías que pudieron participar en la confección de estas polianteas, entre las que destacan la suiza de Sankt Gallen, donde a finales del siglo noveno alguien compiló el *Florilegium Sangallense* que incluye veintiocho citas del *DRN* a partir de un manuscrito custodiado en ella (Butterfield, 2013: 30), e, incluso, la alemana de Murbach³⁸, en la que posiblemente Poggio halló el manuscrito del *DRN* en 1417³⁹.

Ante esta ausencia de *flores selectae* del *DRN* en las antologías medievales⁴⁰, sorprende bastante que la literatura medieval, eminentemente didáctica, escogiera como uno de sus lemas más representativos la imagen lucreciana de la miel endulzada (I 936-50), precisamente para alegorizar la literatura sapiencial. Aunque conocían que Lucrecio era el padre del símil, pues tanto Quintiliano como Jerónimo lo especificaban⁴¹, la hicieron suya, anónima, convirtiéndola en una suerte de bien mostrenco sin relación alguna ya con el epicúreo.

³⁸ Cf. Ullman (1931: 25): “the *florilegia* have a very important part in the textual history of Valerius Flaccus. Our chief manuscript, Vat. 3277 (V), belongs to the ninth century. We know that certain fifteenth-century manuscripts were copied from a manuscript of about that same date found by Poggio at St. Gall in 1416”. Cf. *id.* (1929: 110): “The only mediaeval reference to the minor poems of Virgil is in a ninth-century catalogue of the monastery of Murbach”.

³⁹ Existen indicios, según Buck (1980: 55) y Reynolds-Wilson (1995: 125), de que Geremia da Montagnone (ca. 1255-1321), colega de profesión de Lovato Lovati y perteneciente asimismo al círculo padovano, había extractado de primera mano el poema epicúreo en su *Compendium moralium notabilium* (ca. 1295). Sin embargo, Billanovich (1958: 155-90) afirma que no aparece en él.

⁴⁰ Prosperi (2004: 133) ha resaltado también esta ausencia. Con todo, encontramos en Vernet (1999: 257) una noticia interesante sobre la posible presencia de Lucrecio en florilegios árabes: “Con la filosofía están relacionadas también las colecciones doxográficas que conservan centenares y centenares de sentencias atribuidas a muchos pensadores clásicos, como Hermeas, Diógenes, Zenón de Citio, Lucrecio, Epicteto y tantos otros [...]”. Recientemente la profesora M. Librán Moreno (2009: 165-189) ha estudiado esta posibilidad aportando datos muy significativos. En concreto, llama la atención sobre el posible influjo de Lucrecio en el poeta hispanoárabe Ibn Hazm (994-1064), autor de un poema erótico titulado *El collar de la paloma* (*Tawq al-hamāma*), en el que utiliza motivos amorosos singulares del poeta epicúreo (*ibid.*, 183-89).

⁴¹ El primero en *Inst.* III 1, 3-5 y el segundo en *Epist.* CXXXIII 3, 7.

A la vista de estos hechos, se explica en parte por qué Lucrecio tampoco tuvo presencia en las enciclopedias de la Baja Edad Media. Las citas presentes en las *Etymologiae* isidorianas coadyuvieron, como veremos, a difundir su nombre entre las obras científicas del alto Medievo, como el *De naturarum* de Beda el Venerable (Wagenblass, 1946: 53) o el *De universo* de Rabano Mauro (Bignone, 1913: 235-41); pero su exclusión de los *florilegia* en los siglos XII-XIII hizo que desapareciese de las enciclopedias bajomedievales, como el *Speculum maius* del teólogo francés Vincent de Beauvais (ca. 1190-1264). Esta *summa* del conocimiento humano hasta su tiempo no menciona a Lucrecio, pues solo incluye textos latinos (*secundum philosophos o poetas*) tomados de un florilegio de la Baja Edad Media (Ullman, 1932: 41).

1. 5. Lucrecio en la literatura medieval española

1. 5. 1. Isidoro de Sevilla

Isidoro de Sevilla (560-636) vivió una época de transición, en la que se desvanecía la Antigüedad Tardía y despertaba el Medievo⁴². No obstante, es considerado una figura señera de la cultura medieval (Manitius, 1973-1976 I: 52-70). La producción literaria de nuestro sabio, voluminosa y diversa, dejó una impronta indeleble en todo el occidente cristiano, dado que compiló la enciclopedia más consultada durante la Edad Media. En los *Prolegomena* (cap. I, 3) de las obras completas (1797-1803) su editor, el jesuita Faustino Arévalo (1747-1824), refiere con estas palabras tan esclarecedoras la amplitud de intereses que movieron al hispalense:

Nihil enim Isidorus intentatum reliquit: facultates omnes attigit, scientias humanas divinasque pertractavit, scriptores veteres profanos et sacros evolvit, atque in suum usum descripsit; nec contentus etymologico suo opere scientiarum encyclopaediam comprehendere, multa singillatim in sacrarum litterarum interpretatione disseruit, multa in omni alio theologiae genere, multa in philosophicis atque astronomicis argumentis, multa in re litteraria, chronologica et historica (Brehaut, 1967: 16-17).

El lector curioso podía documentarse sobre todas las ramas del saber, desde las ciencias divinas (Sagrada Escritura, Teología o Liturgia) hasta las humanas (Historia, Gramática o Ciencias naturales)⁴³, sin que en sus páginas encontrase nada impío o herético. Gracias a esa ejemplaridad, fruto de una prudente capacidad de síntesis entre fe cristiana y sabiduría pagana (*usus iustus*), la

⁴² La monografía básica sobre Isidoro y su relación con la cultura pagana es Fontaine (1959). Brehaut (1967: 35-47) ha estudiado la presencia de la cultura clásica en las *Etymologiae*; Viñayo (1990: 43-54), las técnicas de documentación isidorianas, y Jiménez Delgado (1941: 59-74), su formación clásica.

⁴³ Isidoro no hubiera podido escribir una obra tan rica en datos, si no hubiera tenido a su alcance una biblioteca bien abastecida de autores grecolatinos, paganos y cristianos (Brehaut, 1967: 35-47).

obra del obispo hispalense, amén de *summa* de conocimientos, fue ejemplo y argumento para quienes dentro de la Iglesia quisieron proteger el patrimonio científico grecolatino en un momento en el que la cultura pagana estaba eclipsada por la cristiana. En este sentido, la actitud receptiva de Isidoro pudo favorecer no solo la difusión textual de una parte del *DRN* entre los eruditos medievales, sino que también ayudó probablemente a preservar la totalidad del poema latino de una posible desaparición. Si un sabio cristiano, reconocido como *Doctor Ecclesiae* por toda la cristiandad, había sacado provecho a un libro tan irreligioso, debía contenerse en él alguna instrucción veneranda, aunque solo fuera para atacar a la religión gentil (De Carlos Villamarín, 2016: 270).

El prestigio de Isidoro fue tan grande que las abadías y monasterios más influyentes de toda Europa dispusieron de manuscritos suyos⁴⁴. Y así conventos tan activos como los de Saint-Riquier, Sankt Gallen o Bobbio, estrechamente vinculados a la historia manuscrita del *DRN*, custodiaron en sus bibliotecas libros del sabio hispalense (Manitius, 1973-1976 I: 58). Alcuino de York, otra de las figuras más señeras de la Edad Media, nos da justa medida de la fortuna de Isidoro en la Edad Media en el siguiente elogio:

Beati itaque Isidori, clarissimi doctoris non solum Hispaniae, verum etiam cunctarum latinae eloquentiae Ecclesiarum, per plurima legebamus opuscula et in magna habemus veneratione: in quibus nunquam de Redemptoris nostri humanitate adoptionis nomen exaratum invenimus (*Adversus Elipandum* I 2, c. VIII, Migne II 266^a).

Durante el primer Medievo España gozaba aún de una cultura notable, “relativamente superior”, en palabras de Brehaut (1967: 18). Hispania había sido la provincia más romanizada. Fue, de hecho, cuna de grandes personalidades del Imperio, como los emperadores Trajano y Adriano y los escritores Séneca el Filósofo, Lucano, Quintiliano, Marcial, Pomponio Mela, Columela y Orosio. La península ibérica, además, no sufrió tan intensamente las invasiones bárbaras, ya que los visigodos pactaron con Roma las condiciones de su permanencia. El rey de los visigodos, Walaia (*fl. ca.* 415), tras invadir la península, acordó en el 416 con el general romano Constancio († 421) federarse al Imperio. Dos años más tarde consiguió llegar a un acuerdo con el emperador Honorio (384-423), en virtud del cual obtuvo permiso para asentar su pueblo en Aquitania a cambio de combatir a los pueblos alanos, suevos y vándalos que habían penetrado en España el año 409. Así pues, hubo un período de adaptación durante el cual los visigodos se fueron romanizando. Sisebuto, rey visigodo de Toledo (612-620), es, tal vez, el ejemplo más representativo de

⁴⁴ Carlomagno pidió en torno al 792 que se copiasen las obras de Isidoro para llevarlas a Francia (*Praef. in Isid.* ap. Migne. Cf. Philippe, 1896: 128-29).

aquella preeminencia cultural: que sepamos, él fue el único capaz de componer hexámetros en su época (Brehaut, 1967: 19).

Isidoro fue la fuente secundaria de Lucrecio más fidedigna y abundante de la Edad Media y, por tanto, una parte sustancial de la recepción indirecta del poeta romano en Europa a él se debe. Transmitió y parafraseó muchos versos del *DRN*, relativos, sobre todo, a meteorología, en dos de sus obras más importantes: el *De natura rerum* y los *Originum sive etymologiarum libri XX*. G. Gasparotto (1966, 1967, 1967a y 1983) estudió minuciosamente este influjo y demostró con abundancia de datos la hipótesis de H. Diels (Leonard-Smith, 1942: 81) y de E. Bignone (1913: 231 y 1945: 341) de que el erudito hispalense tuvo a la vista un manuscrito lucreciano⁴⁵, algo que hoy se da por seguro (Albrecht, 1995 I: 307). Probó asimismo cómo otras fuentes documentales de Isidoro, a saber, Gregorio Magno (ca. 540-604), Agustín de Hipona, Jerónimo de Estridón, Ambrosio (330-397), Servio, Plinio y Séneca, bebieron normalmente de Lucrecio en cuestiones de fenomenología natural, y cómo el hispalense, aunque las cotejara todas, concedía preferencia al epicúreo, a quien “conoce a fondo” (Gasparotto, 1966: 288).

Aunque el tratado *De natura rerum* imita el título del poema lucreciano, es, a diferencia del canto latino, un “*florilège cosmographique*” de contenido modesto (Fontaine, 1959 II: 593). Estaba dedicado a Sisebuto, a cuya instancia escribió la obra. En la misma *praefatio* Isidoro describe su empeño en términos similares a los de Lucrecio:

ISIDORO, <i>NAT. PRAEF.</i> I	LUCRECIO, I 24-25
quaedam ex natura rerum vel causis a me tibi efflagitas suffragandum. Ego autem satisfacere studio animoque tuo decursis priorum monumentis non demoror [...]	te sociam studeo scribendis versibus esse, / quos ego de rerum natura pangere conor.

La obra trata principalmente del sol, la luna y los eclipses. Desde una actitud ecléctica el sabio hispalense aprovecha muchas de las explicaciones científicas de Lucrecio al hilo de los fenómenos naturales que al final justifica teológicamente⁴⁶.

⁴⁵ Ya Dressel, casi un siglo antes, defendió que Isidoro había leído directamente a Lucrecio para sus *Origines* en el artículo “De Isidori Originum Fontibus”, *Rivista di filologia*, vol. III, 1874-75 (Brehaut, 1967: 46 n. 1). Sin embargo, Fontaine (1959 II: 652), el mejor conocedor del hispalense, sostuvo que las citas de Lucrecio procedían en este caso del *De ira Dei* de Lactancio; pero que en ningún caso manejó un ms. lucreciano. Su opinión cambió tras la publicación de la monografía definitiva de Gasparotto (1983), en cuya presentación (pág. 8) reconoce que el sevillano sí pudo conocer una parte del *DRN* de Lucrecio. Cf. también Viñayo (1990: 47).

⁴⁶ Isidoro sigue, como su amigo Sisebuto, las directrices de Clemente Alejandrino sobre la *paideia*, según las cuales el conocimiento de las cosas naturales o humanas ayuda a comprender la verdad divina (Recchia, 1971: 139-40), puesto que son una *προπαιδεία τῆς ἀληθείας* (*Strom.* VI 7, 61, 3).

La segunda obra, *Originum sive Etymologiarum libri XX*, la más conocida de Isidoro, es una ambiciosa enciclopedia. Murió antes de acabarla y fue su amigo y discípulo, Braulio de Toledo (590-651), quien la dividió en veinte libros. Sus títulos dan idea de la diversidad temática: *De grammatica* (1), *De ecclesia et sectis diversis* (8), *De linguis, gentibus, regnis, militia, civibus, affinitatibus* (9), *De animalibus* (12) o *De bello et ludis* (18). Al igual que en el *De natura rerum*, Isidoro se sirve de Lucrecio para explicar principalmente fenómenos naturales. No obstante, cita otros versos suyos concernientes a cuestiones distintas en libros como el *De grammatica* (1), el *De medicina* (4), el *De mundo et partibus* (13) o el *De penu et instrumentis domesticis et rusticis* (20). En esta obra, además, Isidoro no suele terminar con una explicación teológica del fenómeno, resultando así más científico.

El poeta epicúreo y su obra a ojos de Isidoro debieron de parecer uno de los ejemplos del mundo pagano más afines a su concepto de filosofía, que definía la expresión *cognitio rerum et intellectus causarum*⁴⁷. Su *paideia* obedecía al ideal ciceroniano de oratoria, según el cual el hombre sabio era aquel que tenía *eloquentia et sapientia* (Cic. *De orat.* I 52-54). Por lo tanto, era lógico que el *DRN* ocupara en la obra isidoriana un lugar prominente por los conocimientos científicos (*sapientia*) que encerraba. Este deseo de educación integral está expresado claramente en la epístola introductoria de su *Liber rotarum* (XXXIX 149):

Porro sapientiam veteres philosophiam vocaverunt, id est omnium rerum humanarum atque divinarum scientiam.

Pero la sabiduría humana se consideraba muy inferior a la palabra de Dios, de ahí que Sisebuto, amigo de Isidoro, escribiese en una de sus *Epistulae* (IX. cf. Recchia, 1971: 80) lo siguiente:

[Divina sapientia] ostendit fidei documenta simplicibus verbis asserere, orthodoxam eloquio usitato professionem monstrare, inde fuit saecularia studia literarum amovere acclamationesque gentilium nequaquam in suis erroribus conservare.

Con todo, la sabiduría mundana ayudaba a comprender la divina, concepción que ganará fuerza durante el Renacimiento. Lorenzo Bonincontri (1410-1491), por ejemplo, en el tratado *Rerum naturalium et divinarum* afirma que la astronomía es útil para alcanzar a Dios, y Marsilio Ficino (1433-1499), que solo los astrónomos, o sea, los científicos, pueden ser hombres piadosos, idea esta en cierto modo favorable a Lucrecio⁴⁸:

⁴⁷ Fontaine (1959 II: 597, n. 4) nota la similitud entre esta definición y el homenaje que Virgilio dedicó a Lucrecio: *Felix, qui potuit rerum cognoscere causas* (*Georg.* II 490).

⁴⁸ De hecho, los monasterios medievales más importantes disponían de dos bibliotecas, una científica y otra religiosa. En la primera se guardaban los autores paganos y los Padres de la Iglesia, mientras que en la segunda se custodiaban los libros litúrgicos (Mercati, 1896: 148-49).

Soles saepenumero dicere, Laurenti, non posse homines impios unquam astrologos veros evadere. Quod quidem mihi quoque videtur esse verissimum. Nam si coelum Dei ipsius est templum, consentaneum est prophanos homines procul a coelo coelestibusque arcanis expelli (*Opera: Epistulae*, Basel, 1576, p. 786. Cf. Goddard, 1991: 38).

Otra prueba elocuente de la importancia de Lucrecio en la obra isidoriana la hallamos en las referencias nominales⁴⁹. Según Fontaine (1959 II: 599) Isidoro nombra a los filósofos paganos solamente cuando los considera autoridades en una determinada materia. Entonces era habitual el anonimato de las fuentes, dado que, confundidas bajo el sujeto plural *philosophi*, la tradición patristica procuraba ocultar a quienes desde la *philosophia physica* contrariaban los dogmas.

Comentaremos ahora algunos pasajes en los que Isidoro explica fenómenos naturales llamativos, como el trueno, el rayo y el arcoíris. Los aborda con la cautela propia de los escritores cristianos, cuando tratan de física antigua, por ser disciplina esta proclive al ateísmo; pero al mismo tiempo lo hace con el rigor científico necesario para su correcta comprensión. En las ilustraciones cultiva un “stile contaminatorio” (Gasparotto, 1966: 286), a saber: incorpora datos tomados de los sabios cristianos, si bien procura no distanciarse mucho de la argumentación lucreciana. En el cap. XXIX del *De natura rerum*, dedicado al trueno, escribe el hispalense lo siguiente:

De tonitruo. I. Tonitrua autem ex fragore nubium generantur. Concepti enim intra sinum nubium ventorum spiritus versantur ibidem, cumque vehementer sese erupturos eliserint et virtutis suae mobilitate in quamlibet partem eruperint, magno concrepant murmure, et in more exilientium de stabulis quadrigarum sonus fragoris eius ad aures nostras emittitur.
2. Alias autem tonitruum vocis divinae superna est increpatio sive clara praedicatio sanctorum, quae clamore forti per totum orbem terrarum in auribus fidelium perstrepat, per quod possit culpam suam admonitus agnoscere mundus (Gasparotto, 1966: 291-92).

Lucrecio describe en detalle el trueno en el libro VI 96-159. Es llamativo que los manuscritos *OQ* tengan el mismo título para el capítulo (*De tonitruo*) que el de Isidoro (*De tonitruo*), aunque declinado por la forma tardía *toni-*

⁴⁹ Según Hadzsits (1963: 238) Isidoro menciona al poeta romano en 15 ocasiones. Por ejemplo, en el libro XIII 2, 1-2 de las *Etymologiae*, Isidoro mienta a Lucrecio al explicar el atomismo epicúreo, y en el *De natura rerum* XXX 4, habla de Lucrecio como fuente científica sobre el rayo: *Lucretius dicit autem fulmina ex minutis seminibus constare, ideo penetrabilia esse. Ubicumque autem fulgura ceciderint, sulphuris odorem emittunt* (= Lucr. VI 219-27).

*truum*⁵⁰. La explicación científica de Isidoro (I) es fruto de la *contaminatio* del *DRN* y de varios textos de Ambrosio de Milán. He aquí los préstamos léxicos más significativos señalados por Gasparotto (1966: 304-5):

ISIDORO	FUENTE	TEXTO
Tonitrua autem ex fragore nubium generantur.	Hier. <i>Trans. Orig. in Ier.</i> 5	Aiunt naturalium causarum scrutatores quia fulgura ex nubium collisione generentur.
Concepti enim intra sinum nubium ventorum spiritus	Ambr. <i>Hex.</i> II 4, 16	Concepto intra sinum nubium spiritu
ventorum spiritus versantur ibidem	Lucr. VI 175	Ventus ubi invasit nubem et versatus ibidem
cumque vehementer sese erupturos eliserint	Ambr. <i>Hex.</i> II 4, 16	cum se vehementer erupturus inliserit
et virtutis suae mobilitate	Lucr. VI 177	(Ventus) mobilitate sua fervescit
in quamlibet partem	Lucr. I 292	(Venti flamina procubere) quamlibet in partem
magno concrepant murmure	Lucr. VI 101 // Ambr. <i>Hex.</i> II 4, 16	tam magis hinc magno fremitus fit murmure saepe // magno concrepat sonitu
et in more exilientium de stabulis	Lucr. VI 198	in caveisque ferarum more minantur
quadrigarum sonus	Ambr. <i>Off.</i> III 20, 120	Et factus est subito in castris Syriae velut quadrigarum sonus
ad aures nostras emittitur	Lucr. VI 183-84	(sonus) tardius adficit auris / quam quae perveniunt oculorum ad lumina nostra

La segunda explicación (2), la teológica⁵¹, puede tomarse como un informe sobre el estado de la investigación empírica y, en general, la ciencia durante los siglos oscuros de la Edad Media. Era una *reductio ad absurdum*.

Sobre este mismo fenómeno trata de nuevo Isidoro en *Etymologiae* XIII 8 (*De tonitruo*) de esta manera:

Tonitruum dictum quod sonus eius terreat, nam tonus sonus. Qui ideo interdum tam graviter concutit omnia, ita ut caelum nubibus discidissee videatur, quia, cum procella vehementissimi venti

⁵⁰ Dice Bailey (1998 I: 39-40) al hilo de los títulos de los capítulos: “The text (*sc.* of *Oblongus*) is interrupted from time to time by headings or captions (*capitula* or *tituli*) giving a summary of the following paragraph [...] That the *tituli* in the text were in the archetype is shown by the concurrence of *Q* [...] *Q*, like *O*, has lists of the *capitula* at the beginning of Books iv, v and vi, but not in Books i, ii, and iii [...]”

⁵¹ Gasparotto (1966: 308) señala como única fuente a Greg. M., *Moral.* XXVII 20, 40. Cf. también Greg. M., *Moral.* XXIX 24, 49.

nubibus repente sese immiserit turbine invalescente, exitumque
quaerente, nubem, quam excavavit, impetu magno proscindit ac
sic cum horrendo fragore defertur ad aures.
Quod mirari quis non debet, cum vesicula quamvis parva mag-
num tamen sonitum displosa emittat.
Cum tonitruo autem simul et fulgura exprimit, sed illud celerius
videtur quia clarum est, hoc autem ad aures tardius pervenit.
Lux autem quae apparet ante tonitruum alibi fulgor vocatur.
Quae, ut diximus, ideo ante videtur quia clarum est lumen, to-
nitruum autem ad aures tardius pervenit (Gasparotto, 1966: 314).

Toda la descripción se atiene en esta ocasión a criterios científicos. Isidoro no mezcla la explicación humana con la divina. De ahí que el sensualismo propio del materialismo epicúreo, perfectamente aprehendido por Lucrecio, aflore con una intensidad desusada para un tratado cristiano. Es casi una paráfrasis, al tiempo que una síntesis, de la sección lucreciana dedicada al trueno (VI 96-159). Según Gasparotto (1966: 318-26) estos son los ecos principales:

ISIDORO	FUENTE	DRN
Tonitruum dictum quod sonus eius terreat	Lucr. VI 129	(nubes) perterricrepro sonitu dat scissa fragorem
Qui ideo interdum tam graviter concutit omnia	Lucr. V 550-51	grandi tonitru concussa [...] / terra [...] concutit omnia motu
cum procella vehementissimi venti nubibus se repente immiserit turbine invalescente	Lucr. VI 124-26	cum subito validi venti [...] procella / nubibus intorsit sese [...] / turbine versanti magis ac magis
exitumque quaerente	Lucr. VI 200	(venti) quaerentesque viam circum versanter
nubem quam excavavit	Lucr. VI 126-27	nubem / cogit uti fiat spisso cava corpore circum
impetu magno proscindit	Lucr. VI 281-83	gravis ignis / impetus [...] perscindit [...] nubem
Quod mirari quis non debet, cum vesicula quamvis parva magnum tamen sonitum displosa emittat	Lucr. VI 130-31	Nec mirum, cum plena animae vensicula parva / saepe dat magnum sonitum displosa repente
Cum tonitruo autem simul et fulgura exprimit, sed illud celerius videtur quia clarum est, hoc autem ad aures tardius pervenit	Lucr. VI 164-66	tonitrum fit uti post [...] accipiamus, / fulgere quam cernant oculi, quia semper ad aures / tardius adveniunt quam visum quae moveant res

La reminiscencia más palmaria se encuentra, quizás, en la analogía de la vejiga (Lucr. VI 130-31). Si aquilatamos bien su gran similitud, parece muy probable que Isidoro tuviera delante el *DRN*.

El arcoíris es otro de los fenómenos explicados por Isidoro. Como en el caso anterior, el hispalense dedica un capítulo al tema tanto en el *De natura rerum* (XXXI) como en las *Etymologiae* (XIII 10). He aquí el texto del *De natura rerum* XXXI 1-2, perteneciente al capítulo *De arcu*:

I. Clemens Romanus antistes et martyr ita scribit: arcus enim in aere ex imagine solis hoc modo formatur. Dum enim sol in nubibus rarescentibus ex adverso refulserit radiosque suos directa linea humori nubilo transfundens inpresserit, fit re-percussio splendoris eius in nubibus ex quibus fulgor emicans arcus speciem format. Sicut enim inpressa cera anuli imaginem exprimit, sic nubes e contra ex rotunditate solis figuram sumentes orbem efficiunt et arcus effigiem fingunt. Apparet autem hoc non semper, sed cum rarescunt nubila caeli. Nam rursus cum in se coeunt nubes atque densantur, confestim arcus forma resolvitur. In nubium enim densitate arcus aerem in perfecto gyro conplectitur. Denique sine sole et nubibus numquam apparet arcus, quia ex typo radii solis species eius formatur.

II. Quadricolor enim est et ex omnibus elementis in se rapit species: de caelo enim trahit igneum colorem, de aquis purpureum, de aere album, de terris colligit nigrum. Hic autem arcus, pro eo quod a sole resplendet in nubibus, Christi gloriam indicat in prophetis ac doctoribus refulgentem. Alii ex duobus coloribus eius, id est aquoso et igneo, duo iudicia significari dixerunt: unum per quod dudum impii perierunt in diluvio, alterum per quod postmodum peccatores cremandi in inferno (Gasparotto, 1967a: 208-9).

Gasparotto (1967a: 207-38) registra de nuevo los paralelismos más significativos con Lucrecio y otros autores cristianos. En el primer párrafo, utiliza como fuente inmediata a Clemente Romano (*ca.* s. III), que a su vez tiene como antecedente primario a Lucrecio. He aquí un esquema explicativo de algunas reminiscencias:

ISIDORO	I. FUENTE DIRECTA	II. FUENTE INDIRECTA
Dum enim sol in nubibus rarescentibus	Rufin. <i>Clement.</i> VIII 42: sol enim nubibus rarescentibus	Lucr. VI 513: cum rarescunt [...] nubila
ex rotunditate solis figuram sumentes orbem efficiunt	Rufin. <i>Clement.</i> VIII 42: et humori nubilo velut cerae molli affigens orbis sui typum, arcus speciem reddit [...]	Lucr. V 432-33: Hic neque tum solis rota cerni lumine largo / altivolans poterat [...]
Apparet autem hoc non semper, sed cum rarescunt nubila caeli	Rufin. <i>Clement.</i> VIII 42: Fit autem hoc non semper, sed cum [...] nubes rarescendo praestiterint	Lucr. IV 99: apparent nobis simulacra [...] VI 214: fulgit item, cum rarescunt quoque nubila caeli.

En el segundo párrafo el hispalense añade la versión teológica del fenómeno del arcoíris, como acostumbra a hacer en el *De natura rerum* (Gasparotto, 1966: 287). Aquí ni siquiera las fuentes primordiales de Isidoro, en concreto Basilio el Grande y Agustín de Hipona, tienen en cuenta a Lucrecio, al tratarse de una mera explicación metafísica (Gasparotto, 1967a: 226-30).

En el relato de *Etymologiae* XIII 10 el arcoíris es descrito, sin embargo, con mayor rigor científico. Está dentro del capítulo *De arcu et nubium effectibus* y dice así (Gasparotto, 1983: 121):

Arcus caelestis dictus a similitudine curvati arcus. Iris huic proprium nomen est. Et dicitur Iris quasi aeris, id est quod per aerem ad terras descendit. Hic autem a sole resplendet dum cavae nubes ex adverso radium solis accipiunt et arcus speciem fingunt, cui varios colores illa dat res, quia aqua tenuis, aer lucidus, et nubes caligantes, irradiata ista, varios creant colores.

El texto es idóneo para mostrar, por un lado, la cantidad de fuentes que pudo manejar Isidoro a la hora de escribir su obra enciclopédica y para ilustrar, de otro, la riqueza bibliográfica de la biblioteca episcopal de Sevilla. Recoge Gasparotto (1967a: 233-38) en su “prospetto” gran diversidad de autores, clásicos unos, como Lucrecio y Plinio el Viejo; patristicos otros, como Agustín de Hipona, y gramáticos tardíos, como Servio. Estas serían las fuentes primarias:

ISIDORO	FUENTE	TEXTO
Arcus caelestis dictus	Plin. <i>Nat.</i> I 52	gemma, quae vocatur iris, ex argumento vocatur iris; nam sub tecto percussa sole species et colores arcus caelestis in proximos parietes eiacular [...]
curvati arcus	Vulgata, <i>Sap.</i> V 22	Ibunt directe emissiones fulgurum et tanquam a bene curvato arcu nubium exterminabuntur [...]
Et dicitur Iris quasi aeris, id est quod [...]	Serv. <i>Aen.</i> V 606	unde et Iris dicta est quasi ἔρις [...]
per aerem ad terras descendit	Sen. <i>Nat.</i> I 8, 2	numquam terra tenus descendet arcus [...]
Hic autem a sole resplendet	Aug. <i>C. Faust.</i> XII 22	(Arcus) nisi numquam de sole resplendet [...]
et nubes caligantes	Lucr. VI 263-65	neque enim caligine tanta / obruerent terras, nisi inaedificata superne / multa forent multis exempto nubila sole;
varios creant colores	Sen. <i>Nat.</i> I 3, 2	(Aqua) [...] apparet varios edi colores in illo aere asperso, quales fulgere in arcu solent.

Tras este análisis, podemos delinear el método de documentación que Isidoro sigue al escribir sobre cuestiones de *philosophia naturalis* o *physica*, en las que el sabio sevillano considera a Lucrecio “come fonte delle fonti” (Gasparotto, 1983: 10):

1. En el *De natura rerum* Isidoro explica los fenómenos desde dos planos: uno científico y otro religioso. En el primero toma tanto de tratados cristianos como paganos argumentos para explicar los fenómenos naturales, pero sigue muy de cerca el planteamiento lucreciano. En el plano alegórico-religioso, por el contrario, Isidoro culmina su explicación sirviéndose principalmente de fuentes cristianas, donde estos fenómenos son considerados signos del poder y voluntad de Dios (Gasparotto, 1966: 287-88, y 1983: 10-11).
2. En las *Etymologiae* los fenómenos meteorológicos son explicados solo en términos científicos, de ahí que la presencia de Lucrecio como fuente sea más intensa. De él toma la explicación y algunos detalles descriptivos (Gasparotto, 1983: 11-12).

Siguiendo la estela de Gasparotto (1966-1967), la profesora De Carlos Villarín (2016: 269-80) ha analizado recientemente también las similitudes entre la explicación de la peste en Isidoro (*De natura rerum* XXXIX 1-2) y en Lucrecio (VI 1090-1137), llegando a la conclusión de que “las coincidencias son asombrosas”.

Serafín Bodelón (1989: 24-25), al rememorar los fondos de la biblioteca del sabio hispalense⁵², escribe estas elocuentes palabras:

Todo en ella sugiere y evoca una línea de continuidad con Roma. En ella puede decirse que se encuentra todo el saber del pasado, y a él acude para llevar adelante su gran labor, que no es la de un esteta, sino la de un recopilador. Para cuestiones históricas acude a Salustio, César, Varrón, Tito Livio, Suetonio, Eusebio, Orosio. Para asuntos filosóficos recurre a Heráclito, Demócrito, Platón, Aristóteles, Epicuro, Lucrecio, Porfirio, Boecio, Mario Victorino [...] Entre los poetas cita a Ennio, Catulo, Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Horacio, Lucano, Persio, Juvenal, Marcial y Prudencio.

De cómo y cuándo se perdió el manuscrito que Isidoro tuvo entre sus manos, nada se sabe, pero se puede conjeturar que fuera tras la conquista musulmana de Sevilla en el año 712⁵³.

⁵² Sobre las bibliotecas medievales españolas y sus fondos clásicos, cf. Guijarro (1998: 710-35) y Faulhaber (1998: 785-96).

⁵³ Alturo (1998: 29) recoge un texto ilustrativo al hilo de una carta de reparación de escrituras del 17 de noviembre de 994. En ella se lee: “El año del Señor DCCCCLXXXVI, en las calendas de julio, los ismaelitas atacaron nuestro pueblo. El año XXXI del rey de Francia Lotario cayeron sobre Barcelona. Devastando toda la tierra ocuparon y saquearon la ciudad entera y provocaron un gran incendio, que consumió íntegramente todo lo que en ella había, y

1. 5. 2. Sisebuto de Toledo

Fredegario († 660) en su *Scholia chronicorum* IV 33 y 73 describe a Sisebuto (fl. s. VII), rey de los visigodos (612-621), como *vir sapiens et in totam Spaniam laudabelis valde, pietate plenissimus [...] climentissimus* (Rechia, 1971: 88). Contemporáneo y amigo de Isidoro, Sisebuto compartió con él su afición por las letras y la filosofía natural. De hecho, el obispo hispalense le dedicó su tratado *De natura rerum* (Recchia, 1971: 26). Ha sido considerado ejemplo de la cultura aventajada que pervivió en España durante el primer Medievo (Brehaut, 1967: 19). Su estilo barroco, cargado de imágenes eruditas, prueba que fue, posiblemente, el más culto de todos los reyes godos. Escribió unas *Cartas*, una *Vita Desiderii Viennensis*, el himno *De ratione temporum* y un sucinto poema didáctico, el *Carmen de luna*, que es el que nos interesa para la tradición de Lucrecio en España⁵⁴. El rey explica en él las causas de los eclipses lunares con el propósito de erradicar las supersticiones populares (Fontaine, 1960: 159), un empeño, ciertamente, muy epicúreo⁵⁵.

Consta este singular *carmen* de 61 hexámetros y se ha transmitido como epístola introductoria al *De natura rerum*. Sisebuto agradecía así a Isidoro el haber escrito su tratado de “astrología”, una disciplina por la que estaba muy interesado (Fontaine, 1959 II: 454). Según Bodelón (1989: 23), las fuentes principales son Draconcio († 450), Claudiano (370-404), Lucrecio y Marciano Capela (s. V)⁵⁶. Ahora bien, el tono científico y el tema es de obvia

lo que escapó a sus manos, estos bandidos, aún se lo llevaron. Los instrumentos de cartas y los volúmenes de libros también fueron en parte consumidos por el fuego y en parte llevados a su tierra”. Para más información acerca de la pérdida de códices en España durante el Medievo, cf. González (1993: 231).

⁵⁴ Recchia (1971) escribe una monografía fundamental, en la que estudia el contexto histórico y literario en el que se compuso la obra, aunque no la edita. Presta singular atención a la relación medieval entre ciencia y teología, sin la cual no es posible entenderlo plenamente. Díaz y Díaz (1955: 337-40) colaciona los manuscritos más importantes del poema, detallando las variantes. Fontaine (1960: 328-35) traduce al francés y edita el texto dentro del *De natura rerum* de Isidoro. Y Gasparotto (1992) comenta su estilo compilatorio, gracias al cual hay numerosas reminiscencias poéticas que el crítico italiano identifica.

⁵⁵ Lucrecio en V 751-71 explicó los eclipses de sol y luna, como parte de la argumentación general del libro, con la que quería desterrar la opinión popular de que los dioses intervienen en el mundo (V 110-234). Aunque en el propósito final Sisebuto y Lucrecio no coinciden, es obvio que el rey toledano se sirve de él para atacar en general las supersticiones, según el criterio patristico del *usus iustus*. También Fontaine (1959 II: 455) incide en esto: “Il oppose (*sc.* Sisebuto) aux superstitions relatives à l'éclipse de lune l'interprétation rationnelle et scientifiquement exacte du phénomène: cette coïncidence avec Lucrèce touche à la pensée même de Sisebut. En effet, cette inspiration se reflète dans plus d'une expression en harmonie avec l'idéal épique du *nil mirari*”.

⁵⁶ Fontaine (1960: 328-34) recoge en su aparato de testimonios los ecos léxicos apreciables en el poema con una exhaustividad extraordinaria. Y entre los autores más recurrentes están, en efecto, los arriba citados, pero el elenco es mayor. Prudencio, Marcial, Propertio, Virgilio, Manilio o Boecio aparecen también en las notas. De Lucrecio, Fontaine encuentra ecos pertenecientes a todos los libros del *DRN*.

inspiración lucreciana (Escolar, 1993: 52), más, si cabe, cuando quiere ser una “epistola poetica di risposta” (Recchia, 1971: 26) al *De natura rerum*, que por su título homenajeaba ya al lucreciano. Leamos, pues, sin más demora esta gema del Medievo español según la edición de Fontaine (1960: 329-335):

Tu forte in lucis lentus uaga carmina gignis
 Argutosque inter latices et musica flabra
 Pierio liquidam perfundis nectare mentem.
 At nos congeries obnubilit turbida rerum
 Ferrataeque premunt milleno milite curae: 5
 Legicrepa tundunt, latrant fora, classica turbant,
 Et trans Oceanum ferimur porro, usque niuosus
 Cum teneat Vasco nec parcat Cantaber horrens.
 En quibus indicas ut crinem frondea Phoebi
 Succingant hederaeue comas angustius umbrent, 10
 En quos flammantem iubeas uolitare per aethram.
 Quin mage pernices aquilas uis pigra elephantum
 Praecurret, uolucrumque pigens testudo molossum,
 Quam nos rorifluam sectemur carmine lunam.
 His tamen incuruus, per pondera terrea nitens, 15
 Dicam quur fesso liuescat circulus orbe
 Purpureumque iubar niuei quur tabeat oris.
 Non illam, ut populi credunt, nigrantibus antris
 Infernas ululans mulier praedira sub umbras
 Detrahit altiuago e speculo, nec carmine victa 20
 Vel rore Stygis aut herbae terram aere crepantem
 Vincibilemque petit clangorem. Quippe per aethram,
 Qua citimus limes dispescit turbida puris,
 Inuiolata meat; sed uasto corpore tellus,
 Quae medium tenet ima polum, dum culmina fratris 25
 Distinet umbriferis metis, tum sidere casso
 Pallescit, teres umbra rotae, dum transeat imum
 Aggeri uelox cumuli speculoque rosanti
 Fraternas reparet per caelum libera flammis.
 Sed quia mira putas cur, cum uis maxima solis 30
 Bis nouies maior clueat quam terreus orbis,
 Non circumcingat terrestres lumine metas,
 Sume ratum rationis opus: namque aspice Phoebum
 Quam sublimis eat conuexa per aurea mundi
 Quamque humilem terram conlustret curribus altis. 35
 Hic ingens utcumque libet, cum desuper ignes
 Sparserit obliquo uel cum radiauerit axe,
 In terram radii franguntur; cetera solis
 Lumina, qua maior iaculis radiantibus exit
 Nil obstante globo, tendunt per inania uasta 40
 Donec pyramidis peragat uicta umbra cacumen.
 Per quam cum Phoebe gelidos agit uda iugales

Infima, uicinis nonnumquam decolor umbris
 Fratre caret, uacuoque exsanguis deficit ore.
 Cur autem sola spoliatur lumine luna, 45
 Nil uero mirum est: quippe illam lucis egentem
 Lux aliena fouet. Quam cum pars proxima metae
 Inuidet, expectat radios male caerula fratris.
 At chorus astrorum reliquus non tangitur umbris,
 Et proprium cunctis iubar est nec sole rubescunt, 50
 Sed sudum radiis astralibus inpete celso
 Porro ultra solem rapitur cum uertice caeli.
 Iam cur semenstri non semper palleat orbe,
 Inflexi praestant oblico tramite cursus.
 Namque uagans errore rato tum deuia tortos 55
 Dum legit anfractus, metam sol eminus exit,
 Intorquetque peplum noctis radiatque sororem.
 Haec eadem ratio est, subitis ubi frangitur umbris
 Augusti solis rutilum iubar, indiga lucis
 Quando inter terram et solem rota, corporis almi 60
 Luna meat, fratrem rectis obiectibus arcens.

He aquí la traducción, con ligeras variaciones sobre el texto, de Méndez Bejarano (1919: 9-11):

“Tú acaso, reposando ahora en el fondo de sacro bosque, entonas
 versos á tu placer, y al arrullo de murmuradoras fuentes y ar-
 moniosas brisas viertes en dulce poesía tus luminosas ideas; pero
 nosotros, agobiados por el peso de los negocios, sólo oímos el
 barullo de millares de soldados. Los pregoneros nos aturden, los
 clamores del foro nos ensordecen, resuenan las trompetas y nos
 sentimos arrebatados al otro lado del Océano. Ni el vasco, que
 nos detiene con sus nieves, ni el horrendo cántabro, nos dejan
 punto de reposo... Ya ves á quien invitas á ceñir los cabellos con
 el laurel de Apolo ó á tejer para sus sienes más augusta corona
 de hiedra. Ya ves á quien demandas que hienda con raudas alas
 los aires inflamados. El elefante de perezosa marcha adelantaría
 en su carrera á las veloces águilas, la embotada tortuga vencería
 en rapidez al perro de caza, antes que nuestros versos logran
 elevarse hasta la luna destiladora del rocío.
 Sin embargo, resistiendo al peso que me encorva hacia la tie-
 rra, dire por qué, cansado el astro, palidece su nítido círculo y
 por qué su nevado rostro se enciende con purpúreo matiz. Nó,
 no debemos creer con el vulgo que una hechizera, aullando en
 sombrío antro, haya arrancado á la Luna de su celeste man-
 sión, ni que, vencida por la magia de un canto ó de un rocío...
 Jamás fué necesario libertarla á son de clarín. Por medio del
 firmamento y próxima á las regiones donde la tempestad suele
 turbar la calma celeste, se desliza inmaculada.

Pero cuando la vasta masa de la Tierra, colocada en el centro del mundo, intercepta los rayos del Sol, hermano de Diana, entonces una sombra espesa se esparce sobre el disco palideciente de la Luna, hasta que en veloz carrera se desprende de las sombras proyectadas por los accidentes de la Tierra y, ya libre, refleja de nuevo en su giratorio espejo los destellos fraternales.

Sorprenderá acaso que el Sol, diez y ocho veces mayor que la Tierra, no envuelva este globo en la red de sus luminosos haces. He aquí la razón. Contempla cuán sublime se eleva el Sol por la rutilante bóveda del cielo, y cómo desde lo alto de su carro cubre con sus rayos la humilde masa de la Tierra. Ahora bien; sea cual fuere su magnitud, ora emita su lumbre desde el zenit, ora la irradie oblicuamente rasando el horizonte, en la Tierra se quiebra parte de sus rayos. Los otros procedentes de la porción del disco solar que excede al de la Tierra, no hallando globo que detenga sus flechas, se prolongan en la inmensidad del vacío, hasta que, vencidas las tinieblas, se aguzan en forma de pirámide. Por eso cuando la húmeda Febe impulsa sus vigorosos caballos por regiones demasiado vecinas de la Tierra, por hallarse más baja que las sombras, ya no recibe el fulgor de su hermano y su lívida faz se oscurece.

Mas ¿por qué es el único astro capaz de sufrir eclipses? No es un hecho maravilloso. Carece de luz propia, se enciende con ajeno resplandor, y cuando se interpone un cuerpo opaco, en vano espera el ósculo de fuego de su hermano. Al contrario, el coro de los astros es refractario á la obscuridad. Todos ellos gozan de luz propia, que no deben al Sol. Pero el sereno cielo... es arrebatada con la esfera celeste más allá del Sol. Lo que impide á su disco sufrir eclipses cada seis meses, es su curso circular en dirección oblicua (á la inclinación de su órbita). Y en tanto que la Luna vagabunda prosigue las curvas de su invariable carrera, el Sol vence la obstrucción á sus destellos, desgarrar el manto de la noche y vierte sobre su hermana raudales de luz. Una causa análoga explica cómo se extingue de repente de las tinieblas el brillo deslumbrador del Sol: la Luna extiende su divino cuerpo sin luz entre aquel astro y la Tierra, y opone á los rayos de su hermano invencibles obstáculos”.

Proponemos como estructura retórica la siguiente:

I. Proemio:

1. *Priamel*⁵⁷ (vv. 1-8)

1. 1. La apacible vida (de ¿Isidoro?) consagrada a la cultura (1-3)

⁵⁷ Es un diseño retórico de gran elegancia y tradición en las letras grecolatinas. Píndaro fue uno de sus más excelsos cultivadores. El propósito principal de esta estructura es relacionar una serie de asertos separados que por comparación conducen a la idea predilecta del autor (Fränkel, 1962: 407, n. 7). Consta de dos partes fundamentales: la ilustración de contraste y el clímax. En la primera parte, el autor ofrece al lector varias posibilidades, listándolas una a una. En la segunda, el poeta expresa su preferida (Traver, 2000a: 280-81).

1. 2. La intranquilidad de la vida regia de Sisebuto (4-5)
 1. 2. 1. *Exempla vitae*: los fastidios de la corte y del ejército (6-8)
2. Tópico del deseo de gloria poética y de patrocinio (9-11)
3. Tópico de la magnitud de la empresa (12-14)
- II. Programa: tema del poema (15-17)
- III. Propósito: deshacer la superstición popular (18-22)
- IV. Exposición (22-61)
 1. La órbita de la luna (22-29)
 2. El eclipse lunar (30-61)

Toda la composición presenta aquí y allá términos poético-científicos de remembranza lucreciana (*Pierius, volitare, pondus, speculum, vis maxima, ratio, currus, inane* o *cacumen*). Además, Sisebuto recurre a tópicos de la poesía didáctica y a fórmulas de argumentación peculiares del poeta latino, lo cual nos hace pensar que poseía un ejemplar del *DRN*. Es el caso, por ejemplo, de la súplica a la divinidad que, aunque dirigida a Isidoro, busca su patrocinio poético (vv. 9-11) o del *locus* de la imposibilidad de tratar íntegramente todo el asunto (vv. 12-14). Ambos tópicos están modelados siguiendo la estela de Lucrecio⁵⁸. Adopta también la distribución retórica lucreciana, de proemio, programa, exposición y conclusión⁵⁹. Y la sincronía en esta progresión es tanta que incluso en la transición programática Sisebuto reserva, como hiciera Lucrecio, unos versos para arremeter contra la superstición, una reminiscencia bastante sutil⁶⁰.

Méndez Bejarano (1919: 5-6 y 11-19), traductor del poema al castellano, refiere en su introducción y comentario como posibles antecedentes veinte versos de Q. Tulio Cicerón⁶¹ sobre las constelaciones y los *Astronomica* de Manilio. No tiene en cuenta a Lucrecio y a otros autores, como Germánico (15 a. C.-19 d.C.), que también versificaron sobre astronomía⁶². En los ecos concretos, a menudo, alude a Virgilio u Ovidio. De Lucrecio solo cita el similar uso de *pallesco* (v. 27) y *palleo* (v. 53) con el sentido de “obscurarse el día”. Sin embargo, como Gasparotto (1992) ha puesto de manifiesto, los débitos con el epicúreo romano son varios. Compendiamos en la siguiente tabla los ecos léxicos más notables:

⁵⁸ Sobre la invocación a la divinidad y a Epicuro, equiparado a un dios, cf. Traver (2002: 743-58). El tópico de la inabarcabilidad de un tema aparece en Lucr. I 410-17.

⁵⁹ Cf. en particular los versos programáticos de Sisebuto (15-17) y los de Lucr. I 54-57.

⁶⁰ Cf. los versos de Sisebuto 18-22 y Lucr. V 82-90.

⁶¹ Hermano del orador. El fragmento está recogido con el título *Astronomica* en la edición de F. Bücheler, *Quinti Ciceronis Reliquiae*, Lipsiae: In Aedibus B. G. Teubneri, 1869, pp. 68-69.

⁶² Cf. Traver (EUM: s. v. “Julio César Germánico”).

Vv.	SISEBUTO	Vv.	LUCRECIO
3	Pierio liquidam perfundis nectare menten	I 945-47 (= IV 20-22)	volui tibi suaviloquenti / carmine Pierio rationem exponere nostram / et quasi musaeo dulci contingere melle,
9-10	En quibus indicas ut crinem frondea Phoebi / Succingant hederaeue comas angustius umbrent	I 924-30	et simul incussit suavem mi in pectus amorem / musarum, quo nunc instinctus mente vigenti / avia Pieridum peragro loca nullius ante / trita solo. iuvat integros accedere fontis / atque haurire, iuvatque novos decerpere flores / insignemque meo capiti petere inde coronam / unde prius nulli velarint tempora Musae;
11	En quos flammantem iubeas uolitare per aethram	I 951-53	Sed quoniam docui solidissima materiai / corpora perpetuo volitare invicta per aevum, / nunc age, summai quaedam sit finis eorum
41	Donec pyramidis peragat uicta umbra cacumen	II 1130	donec alescendi summum tetigere cacumen
45	Cur autem sola spoliatur lumine luna	IV 377 // V 762	propterea facile et spoliatur lumine terra // et cur terra queat lunam spoliare vicissim

Y los paralelismos de las fórmulas argumentativas son también significativas:

Vv.	SISEBUTO	Vv.	LUCRECIO
16-17	Dicam quur fesso liuescat circulus orbe / Purpureumque iubar niuei quur tabeat oris.	III 761-62 // V 273-74	tamen quaeram cur e sapienti / stulta queat fieri, // Aera nunc igitur dicam qui corpore toto / innumerabiliter privas mutatur in horas.
46	Nil uero mirum est	II 87 // IV 768 // VI 489	neque enim mirum // non est mirum // haud igitur mirumst
58	Haec eadem ratio est	III 161	Haec eadem ratio

En conclusión, podemos afirmar que la tradición del *DRN* en la Hispania visigoda fue relevante, más, si cabe, cuando yacía olvidado en el resto de la Romania (Butterfield, 2013: 268). Entre los años 560 y 636, coincidiendo con las vidas de Isidoro y Sisebuto, Lucrecio tuvo un fugaz renacimiento en España. Pese a tratarse del tratado epicúreo por antonomasia, ambos lo leyeron guiados por el criterio del *usus iustus*. Isidoro encontró en él valiosas explicaciones de *philosophia naturalis* y Sisebuto emuló además su arte poética.

Si existió, la desaparición o dispersión del manuscrito de Sisebuto pudo deberse, como en el caso del ejemplar isidoriano, a la invasión musulmana, que en el corto espacio de ocho años (711-719) conquistó la práctica totalidad del reino visigodo. Es posible también que desapareciera a raíz de alguna dis-

puta política, pues los aspirantes visigodos al trono protagonizaban feroces reyertas⁶³. Pero esto es mera especulación.

1. 5. 3. *Don Juan Manuel*

Tras este breve período, en los albores de la Edad Media, la obra de Lucrecio aparentemente dejó de leerse y, en consecuencia, de influir literariamente. Los códices de Lucrecio se perdieron, como en otros países⁶⁴, sin dejar rastro. Hay que aguardar a la Baja Edad Media para leer de nuevo una imitación de Lucrecio, tomada, a buen seguro, de fuentes indirectas. Se trata de la famosa metáfora de la literatura didáctica como “amarga medicina” (Lucr. I 936-50 o IV 1-25), que aparece formulada en el “Prólogo” de *El conde Lucanor* (1335) de don Juan Manuel (1282-1348) de esta guisa:

Por ende, yo, don Johan, fijo del infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera et del regno de Murçia, fiz este libro compuesto de las más apuestas palabras que yo pude, et entre las palabras entremetí algunos exeimplos de que se podrían aprovechar los que los oyenren. Et esto fiz segund la manera que fazen los físicos, que quando quieren fazer alguna melizina que aproveche al figado, por razón que naturalmente el figado se paga de las cosas dulçes, menzcla[n] con aquella melezina que quiere[n] melezinar el figado, açúcar o miel o alguna cosa dulce; et por el pagamiento que el figado a de la cosa dulce, en tirándola para sí, lieva con ella la melezina quel’ a de aprovechar. Et esso mismo fazen a qualquier miembro que aya mester alguna melezina, que siempre la dan con alguna cosa que naturalmente aquel miembro la aya de tirar a sí. Et a esta semeiança, con la merçed de Dios, será fecho este libro (Blecua, 1991: 50-51).

⁶³ En el s. IX Eulogio de Córdoba (800-859) marchó al norte de la península en busca de sus hermanos y en el periplo consiguió hacerse con manuscritos de Donato, Virgilio, Horacio y Juvenal que no existían ya en Córdoba (Herrera Roldán, 1995: 63). Según este testimonio, las ciudades romanas más emblemáticas de la antigua Hispania habrían perdido después de cuatro siglos gran parte de su patrimonio literario clásico. Y, aunque una centuria más tarde, durante el reinado de al-Hakam II (915-976), la biblioteca palaciega cordobesa llegara a tener 400.000 –cifra exagerada que los estudiosos reducen a unos 30.000–, entre los cuales se contaban numerosos códices griegos, no se tiene noticia de que Lucrecio estuviera en ella. La biblioteca fue perdiendo sus fondos por escrutinios, saqueos, ventas y quemas (Sánchez-Moliní Sáez, 1999: 87-89). Sobre la decadencia de la tradición latina en la mozarabía cordobesa del siglo IX, cf. el estudio de Herrera Roldán (1995: 42-64).

⁶⁴ Leonard-Smith (1942: 86-90) conjeturaron la posible existencia de un código británico, importado desde Italia en el siglo VII, que se convertiría después en el *arquetypus insularis* de los códices copiados en las escribanías carolingias. Carlomagno ofreció a Alcuino de York la dirección de la abadía de Tours (ca. 781) y desde allí mandó hacer copias de las *flores Britanniae* que se conservaban en la catedral de York. Es posible que una de ellas fuera Lucrecio, pero Brown (1968: 301-8) demostró que el primer ms. del *DRN* existente en Gran Bretaña fue el Oxford Bodl. Auct. F I 13 (ca. 1460).

El conde viene a decir que si la literatura, en lo que tiene de filosofía moral, se endulza, resulta más amena y consigue cautivar mejor al lector, necesitado siempre de buenos consejos (amarga *melizina*) para sanar de sus males. Esta imagen de la poesía didáctica y, por extensión, de la literatura como medicina azucarada era un tópico de la pedagogía clásica y patristica⁶⁵. Pero Lucrecio era la fuente referencial del *locus*⁶⁶. Su versión resultaba memorable y fácil de citar, como demuestran Quintiliano, *Inst.* III 1, 3-5 y Jerónimo, *Epist.* CXXXIII 3, 7, quienes traen de memoria los versos I 936-38 (= IV 11-13) adscribiéndolos a Lucrecio⁶⁷. Con todo, parece claro que don Juan Manuel, al escribir este prólogo a sus “exemplos”, no sabía que el símil, sumido ya en el anonimato, se remontaba al poeta latino⁶⁸.

En general, la crítica habla de “bien mostrenco” o menciona los famosos versos de Horacio *omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci / lectorem delectando pariterque monendo* (*Ars.* 343-44). En cambio, Irina Nanu (2003: 149-160) analizó las semejanzas con *Lucr.* I 936-38, teniendo en cuenta las fuentes secundarias de Quintiliano y Jerónimo, así como la paráfrasis de Lactancio *Inst.* V 1, 14. Evidenció las grandes similitudes léxicas, estilísticas y retóricas entre ambos textos y postuló acertadamente como posible correa intermediaria los florilegios medievales, que sí coleccionan numerosos trozos de Quintiliano, Lactancio y Jerónimo⁶⁹. La cuestión está en saber en qué poliantea y si, tal vez, se contaminó con algún fragmento galénico⁷⁰.

⁶⁵ Para la concepción medieval del género didáctico, cf. Curtius (1976 I: 295-300 y II: 624-25).

⁶⁶ Platón lo usa por primera vez en *Lg.* 659 d-e.

⁶⁷ “Como es sabido” (*ut est notum*), escribe Quintiliano *ibid.*

⁶⁸ Wagenblaus (1946: 52, n. 42) trae un interesante comentario en este sentido: “Lucretius has indeed, what John Mason Brown calls ‘Bartlett moments’, lines of apposite quotability, and it has been his fate frequently to furnish many writers with a convenient figure of speech while they probably remained ignorant of the context of the figure and the overall purpose and substance of the *De rerum natura*. Thus the Lucretian image of the bitter smeared with the honey of the Muses [...]” Sobre la tradición del símil en la literatura medieval, cf. Ashcom (1962: 231-39).

⁶⁹ Entre índice de autores que recoge Muñoz Jiménez (ed. 2011: 252-54) en la obra *El florilegio: espacio de encuentro entre los autores antiguos y medievales*, aparecen con frecuencia. Dice Albrecht (1996 III: 1675-76) sobre la fortuna de la obra literaria de Jerónimo: “Gerolamo è uno degli autori più letti nel medioevo [...]”. Sobre la tradición de esta imagen lucreciana en Jerónimo, cf. Laurence (1999: 268-69).

⁷⁰ Un eco similar al de don Juan Manuel se encuentra en Alonso de Cartagena, *Epistula directa ad Petrum F. de Velasco comitem de Haro* f. 24r.: *Et veluti amigdala, cum nuda et sola offeruntur, ut fructus simplices reputantur; cum vero pigmentarii subtilis manu cucaro aliisque speciebus confecta sub confectionis mixtura traduntur, iam non simplex ac comunis fructus, sed ut insignis confectio principum convivii assistit, sic tractatus huius licet nudi inter pueros versentur. Ritimorum tamen additione confecti etiam magnorum virorum non indecenter se oculis subiecere possunt, presertim cum et ipsorum tractarum dulcissime et honestissime suasiones ad dirigendos mores contempnendaque transitoria et eternorum desideria excitanda utilime sunt* (Lawrance, 1979: 59). Y en su

Si Isidoro probablemente manejó un códice del *DRN* y quizás también Sisebuto en los inicios del Medievo, a tenor de las menciones a Lucrecio del primero y las imitaciones de ambos, el “Prólogo” de don Juan Manuel prueba que tanto Lucrecio como su obra habían, ya en la Baja Edad Media, caído en el anonimato como tantos otros autores clásicos. Versos tan emblemáticos, como estos lucrecianos de I 936-38, que alegorizaban tan magistralmente la voluntad didáctica de la literatura medieval, habrían de ser también fuente constante de inspiración durante el Renacimiento, pero, redescubierto entonces el *DRN*, la autoría de Lucrecio no pasaría ya desapercibida⁷¹.

2. LUCRECIO EN EL RENACIMIENTO (ss. xv-xvii)

2. 1. Poggio Bracciolini y su hallazgo del *De rerum natura*

Poggio Bracciolini (1380-1459)⁷², el descubridor del *DRN*, nació en Terranuova y estudió en Florencia entre grandes estrecheces que paliaba trabajando como escriba⁷³. Allí trabó amistad con humanistas de la talla de Leonardo Bruni (1369-1444), Niccolò Niccoli (1364-1437) y Coluccio Salutati (1330-1406)⁷⁴. A pesar de no haber hecho carrera clerical⁷⁵, ingresó en torno al 1404 en la Curia Romana, el cuerpo administrativo de la Iglesia. Pudo, entonces, vivir más holgadamente y, durante su tiempo libre, dedicarse a su pasión: los libros.

En octubre de 1414 marchó como secretario de Juan XXIII al Concilio de Constanza, donde estuvo hasta el 16 de mayo de 1418. Además de seguir el desarrollo del sínodo, emprendió una fructífera labor de búsqueda de manuscritos por Suiza, Alemania y Francia, visitando los monasterios de Cluny, Fulda, Sankt Gallen, Einsiedeln, Langres, Weingarten y otros cenobios desconocidos⁷⁶. Gracias a sus indagaciones se recuperaron numerosos códices

tratado *De vita beata* Juan de Lucena utiliza la metáfora: “Piensan ser mal el doler porque amaro: no cognoscen cuánto vale: luego todas medicinales confaciones serían malas, aunque prestan salud, pues amargan” (Paz y Meliá, 1892: 194).

⁷¹ El mejor estudio que conocemos sobre la tradición del símil lucreciano en la literatura renacentista se debe a Prosperi (2004: 1-95).

⁷² Bibliografía: Shepherd (1825), Clark (1899: 119-30), Walser (1914), que publica el inventario de sus libros; Bertelli (1965a: 271-88), Flores (1980), Harth (1984), Garin (1994: 5-23) y Ciccuto (1994: 25-77).

⁷³ De hecho, diseñó a principios del siglo xv junto con Coluccio Salutati una nueva letra, redondeada y clara, para reemplazar a la anticuada y casi ilegible letra gótica (Grafton, 2001: 326). Reynolds-Wilson (1995: 275) reconocen en su estudio una lámina (xvi) del final de *In Cautilinam* IV, autógrafo de Poggio y escrito con esta nueva letra.

⁷⁴ Coluccio Salutati escribió una carta a Juan Fernández de Heredia (ca. 1310-1396) que se considera el primer contacto entre un humanista italiano y uno español (Gómez Moreno, 1994: 69-70).

⁷⁵ *Non reputo sacerdotium libertatem* escribe desde Inglaterra (*Ep.* I, S 49. Cf. Garin, 1994: 20). Se casó en 1435 con Vaggia di Ghino Buondelmonti y tuvo 6 hijos (Ciccuto, 1994: 38).

⁷⁶ La labor descubridora de Poggio es solo parangonable a la de Giovanni Aurispa (1376-1459), quien halló en Constantinopla 238 manuscritos, la mayoría griegos. En el tratado *De infelicitate principum*, escrito en 1440, habla de su fascinación juvenil por encontrar nuevos

de autores clásicos que yacían olvidados en las abadías góticas del norte de Europa y que en su mayoría habían sido copiados durante del renacimiento carolingio⁷⁷. Los transcribía en los propios *scriptoria* de los monasterios y luego enviaba las copias a sus amigos italianos⁷⁸. De todos ellos, quizás, el más emblemático fue Lucrecio, como destacó Eugenio Garin (1994: 15-16):

Fra i tanti un libro tuttavia non può tacersi, quasi simbolo di questa straordinaria avventura, e del suo valore per il progresso delle conoscenze umane: uno dei libri più grandi dell'antichità, di scienza e di poesia: Lucrezio riportato alla luce nel '17, ignoto prima.

Poggio Bracciolini encontró el manuscrito del *DRN* en la primavera de 1417, pero no sabemos en qué monasterio exactamente⁷⁹. El *locus est satis*

manuscritos (González Rolán y Saquero, 2001: 149). También estaban obsesionados sus amigos, como recuerda Vespasiano da Bisticci en las *Vite degli huomini illustri dall secolo XV*: “fu pregato da Nicolao et da molti dotti, che non gli fussi fatica di cercare per quelle badie d'infiniti libri nella lingua latina, ch'erano perduti” (Greco, 1970: 542). Algunas veces Poggio especifica los monasterios donde encuentra los mss., pero otras no, utilizando expresiones poco precisas, como *in visceribus alpium* (Garin, 1994: 15, y Ciccuto, 1994: 30-31). Buscó también manuscritos en la península ibérica por medio de amigos. Encargó en 1441 a Alvaro Afonso, obispo de Évora, que buscara un manuscrito completo de las *Atticae noctes* de Aulo Gelio en la biblioteca del Monasterio de Alcobaça. Poggio entabló amistad con algunos españoles, como Juan de Mella (1440-1465/67), cardenal de Zamora. Sobre sus relaciones con intelectuales españoles, cf. Gómez Moreno (1994: 68 y 203-5) y González Rolán y Saquero (2001: 115-50). El ensayo de Greenblatt (2011: 14-21) recrea sus búsquedas por estos monasterios.

⁷⁷ Vespasiano da Bisticci relaciona los mss. hallados por Poggio en las *Vite*: “Trovò sei orationi di Cicerone [...] Quintiliano intero [...] Tulio d'Oratore [...] Silio Italico [...] *De secundo bello punico* [...] Marco Manilio astronomico [...] Lucretio in verso, *De rerum natura*, molto libro istimato [...] *Argonauticon* di Valerio Flacco... Asconio Pediano, commento sopra certe oratione di Cicerone [...] Lucio Columella, *De medicina* [...] Cornelio Celso, *De medicina* [...] A. Gellio, *Noctium Aticarum* [...] Tertuliano [...] Selve di Statio [...] Eusebio, *De temporibus*, colla aggiunta di Girolamo et Prospero [...] le pistole di Tullio ad Atico [...] le dodici ultime comedie di Plauto [...] Le Verine di Tullio [...]” (Greco, 1970: 542-44).

⁷⁸ Como afirma en estas líneas de una epístola a Francesco Barbaro (Clark, 1899: 125): <*Ego legi usque ad xiii librum Sili, multa emendavi, ita ut recte scribenti facile sit similes errores deprehendere eosque corrigere in reliquis libris, itaque da operam ut transcribantur, postea mittas illos Florentiam ad Nicolaum*>. *Orationum volo hic exemplar remanere, post modum vel ego ipse deferam vel per alium ad te mittam, idque quam primum*.

⁷⁹ No sabemos tampoco en qué condiciones. Los códices de las bibliotecas conventuales y catedralicias han sufrido todo tipo de vicisitudes. Han estado en ocasiones almacenados en lugares inadecuados debido a guerras, al abandono o a la rehabilitación de edificios. El mismo Poggio describió lugares sórdidos donde había encontrado algunos mss. En 1416 descubre en la abadía de Sankt Gallen un Valerio Flaco *in teterrimo quodam et obscuro carcere, fundo scilicet unius turris, quo ne capitalis quidem rei damnati retruderentur*. Y describe aquella biblioteca como *pulvere tineis fuligine ceterisque rebus ad oblitterationem librorum pertinentibus obsoletam pollutamque* (Ullman, 1931: 28). El propio convento de Murbach, donde posiblemente se encontró el Lucrecio, afrontó un destino turbulento. Fue invadido por los húngaros en el 929, quienes mataron a todos los monjes. Y su biblioteca fue destruida en 1789 durante la revolución francesa, como relató el historiador Hippolyte Taine (1828-1893): “A

longinquus, escribe de su puño en esta carta a Francesco Barbaro (1390-1454), fechada entre enero y mayo de 1418 (Clark, 1899: 125):

Lucretius mihi nondum redditus est, cum sit scriptus: locus est
satis longinquus, neque unde aliqui veniant: itaque exspectabo
quoad aliqui accedant qui illum deferant: sin autem nulli ve-
nient, non praeponam publica privatis.

Es posible que se tratase de Murbach, una abadía benedictina de difícil acceso situada en la Alsacia alemana⁸⁰ o, como sugiere Reeve (2005: 156-57 y 161), Maguncia, donde, al menos, desde 1479 se custodiaba el *Oblongus*. Como hacía a veces, pidió a un amanuense que copiara el poema⁸¹, pero, dada la recóndita situación del cenobio, hubo de esperar un tiempo hasta que alguien pudo traérselo. Después que tuvo el ejemplar entre sus manos, se lo envió a su amigo Niccolò Niccoli⁸² a Florencia. Este lo custodió tan férreamente que, pasados doce años, Poggio le requiere por enésima vez en una misiva fechada el 13 de diciembre de 1429 su devolución: *tenuisti iam Lucretium duodecim annos*. Y le advierte (Tonellis, 1964: 295):

cura ut habeam Lucretium, si fieri potest; non enim adhuc potui
universum librum legere, cum semper fuerit peregrinus: vellem
ut iam civis efficeretur.

Aquel redescubrimiento de Lucrecio, tras siglos extraviado, despertó ense-
guida un enorme interés, que se vio acrecentado por la simpatía que suscitaba

Guebwiller, il 31 Iuglio, 500 contadini, soggetti dell'abbazia di Murbach, si scagliano sul palazzo dell'abate e sulla casa dei canonici [...] si accendono dei fuochi e vi si abbrucia la biblioteca e le pergamene" (Flores, 1980: 36).

⁸⁰ Un catálogo de época carolingia registra allí un Lucrecio (Bloch, 1901: 257-58, esp. 272-73). El monasterio está enclavado cerca de la ciudad francesa de Guebwiller, en una zona montañosa a 655 metros sobre el nivel del mar. En la actualidad quedan dos campanarios y un crucero góticos. Cerca de Murbach estaba también la ciudad alemana de Reichenau. En su abadía de Saint-Riquier el monje Micón copió hacia el año 825 trece versos del *DRN* para su *Opus prosodiacum*. Aunque entre los papeles de Poggio no ha sobrevivido ningún dato que desvele el lugar en que encontró el ms., en el inventario de libros que hizo su hijo Jacopo Bracciolini, este afirma que Lucrecio estuvo entre los *poete a Poggio in Germania reperti* (Bertelli, 1965a: 274).

⁸¹ Poggio copió de su propia mano algunos de los mss. (Ciccuto, 1994: 64-65); pero se vio obligado a contratar a copistas. A uno que transcribió los *Punica* de Silio Itálico, las *Silvae* de Estacio y los *Astronomica* de Manilio, le dedicó estas palabras: *libros transcripsit ignorantissimus omnium viventium fuit, divinare oportet non legere, ideoque opus est ut transcribantur per hominem doctum* (Clark, 1899: 125). El ms. de las *Silvae* es el *M(atritensis)* 3768 (olim M. 31), conservado en la BN (Clark, 1899: 119 y 128-30, y Reeve, 1977: 203). Contiene también los *Astronomica* de Manilio. Es probable que este mismo escriba copiara también el códice lucreciano (Flores, 1980: 79-83); pero Reeve (2005: 155) no lo cree.

⁸² Anota Bertelli (1965a: 273) que Niccoli "fu un umanista amico del Bracciolini, protetto da Cosimo de' Medici e anch'egli instancabile ricercatore di codici, possessore di una richissima biblioteca che, acquistata alla sua morte da Cosimo, venne collocata nel 1444 nel convento di San Marco".

entonces el epicureísmo entre muchos humanistas⁸³. Gracias a aquel afortunado hallazgo, la Ética y, sobre todo, la Física epicúreas se comprenderían al fin mejor, ya que, como apuntaba Poggio en una de sus misivas, *iam multis saeculis oblitteratae et pene sepultae atque ab omnibus reprobatae* (Harth, 1984: 89). Además, se recuperaba a un poeta refinado⁸⁴. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, Niccolò Niccoli frenó su divulgación durante más de doce años, escribiendo así otra página anecdótica en la accidentada historia del texto. Por ende, puede proponerse el año 1431 como el momento a partir del cual comienza la difusión, aunque lenta, del *DRN* en Italia (Flores, 1980: 42).

2. 2. La importancia de Lucrecio para la rehabilitación de Epicuro⁸⁵

El redescubrimiento de Lucrecio fue un acicate para la poesía y la filosofía renacentistas, pues se recobraba un poema didáctico emblemático de la Antigüedad y se ampliaba significativamente el corpus filosófico del epicureísmo, que hasta 1431 contaba con los siguientes textos:

1. El libro X de las *Vitae philosophorum* redactado por Diógenes Laercio⁸⁶. Contenía, además de la biografía (D. L. X 1-34) y el testamento de Epicuro (D. L. X 16-21), estos escritos originales de Epicuro⁸⁷:

1. 1. La *Epístola a Heródoto* (D. L. X 35-83), denominada por Epicuro “pequeño compendio” (μικρὰ ἐπιτομή. D. L. X 85), que comprendía los principios físicos de su sistema (Bailey, 1998 I: 24-25). Estaba dirigida a los alumnos ya avezados en los fundamentos de su filosofía, expuestos en otro sumario más amplio, llamado “gran compendio” (μεγὰλῃ ἐπιτομή. D. L. X 35), que era una especie de curso general para principiantes que no ha pervivido.

1. 2. La *Epístola a Pítocles* (D. L. X 84-116), que versaba principalmente sobre astronomía y meteorología.

⁸³ El propio Poggio deja entrever esa simpatía en una epístola dirigida a Niccolò Niccoli y fechada el 18 de mayo de 1416. Al describir en ella los baños de Baden (*Aquae Helvetiae*), resaltaba la *iucunditas* epicúrea (Flores, 1980: 13-16).

⁸⁴ Recordemos que muchos autores clásicos habían difundido la fama de que Lucrecio era un poeta elegante (Verg. *Georg.* II 490-92; Ov. *Am.* I 15, 23-24; Quint. *Inst.* III 10, 1, 87; Stat. *Silv.* II 7, 75-76, o Vit. IX, pr. 17) y, no en vano, algunos padres cristianos lo habían imitado en ocasiones (cf., por ejemplo, Arnob. *Nat.* I 38 y Lact. *Inst.* VII 27, 6).

⁸⁵ Sobre la rehabilitación de Epicuro, cf. Saitta (1928: 55-82), Allen (1944: 1-15), Pagnoni (1974: 1443-77), Panizza Lorch (1976: 214-28), Garin (1979: 78-86) y Goddard (1991: 1-7).

⁸⁶ La versión original en griego apenas debió de ser leída por la dificultad del texto laerciano, como bien puso de manifiesto Ambrogio Traversari (1386-1439), su traductor latino (1424-1433), en una carta a Leonardo Giustiniani (Goddard, 1991: 25, n. 126): *Terret me, fateor, editio illa Laertii. Tanta illic offenditur vocabulorum silva, ac praecipue in explicandis disciplinis, ut fere desperem Latina reperire posse, quae Graecis reddita erudito lectori aures impleant* (Mehus, *Epistolae*, Florencia, 1759, VI 27).

⁸⁷ Las principales ediciones modernas son las de Usener (1966), Bignone (1967) y Arrighetti (1973).

1. 3. La *Epístola a Meneceo* (D. L. X 122-35), que trataba de ética.
1. 4. Y las *Κύριαί δόξαι* o *Sentencias capitales* (D. L. X 136-54), que comprendían 40 máximas de ética.
2. Los siguientes diálogos filosóficos de Cicerón:
 2. 1. El *De natura deorum*, donde el arpinate rebatía, entre otros postulados, la opinión de Epicuro (*oscitans hallucinatus*, I 72), defendida por Veleyo, de que los dioses no se preocupan por los hombres.
 2. 2. Los dos primeros libros del *De finibus bonorum et malorum*, en los que discutía con el epicúreo Torcuato de ética, reprochándole que prefiriese el placer a la virtud.
 2. 3. Y las *Tusculanae disputationes*, donde Cicerón comentaba algunos presupuestos epicúreos al hilo de cuestiones morales y de la inmortalidad del alma.
3. Algunas obras de Séneca el Filósofo, en particular sus *Epistolae*, en las que hacía a menudo comentarios sobre las premisas morales de Epicuro.
4. Y algunos tratados polémicos de autores cristianos que abordaban de forma dispersa y puntual aspectos heterogéneos del epicureísmo, entre los cuales sobresalían las *Divinae institutiones* y el *De opificio Dei* de Lactancio.

Las tesis elementales del epicureísmo estaban bien expresadas en este ramillete de textos, pero dejaban muchos detalles del sistema sin explicación detallada. El descubrimiento del *DRN*, aquel singular poema didascálico sobre el epicureísmo, ponía definitivamente en manos de los intelectuales italianos todo “il materiale per una più adeguata conoscenza di Epicuro nella sua autenticità” (Garin, 1979: 78). Se resolvían gracias a él algunos interrogantes fundamentales sobre su Física, que era la disciplina sobre la cual las escuelas helenísticas desarrollaban la Epistemología y la Ética. Además, ofrecía en latín y con términos apropiados un léxico epicúreo específico con el que poder comprender y, por consiguiente, difundir mejor la filosofía de Epicuro. No es de extrañar, por ende, que Lucrecio apareciera desde entonces a menudo en los manuales filosóficos renacentistas para servir de glosa a las premisas del maestro. Hallamos un ejemplo temprano en el *De vero falsoque bono* de Lorenzo Valla (1407-1457), escrito el año 1433, solo dos años después de que empezase a circular el texto tímidamente⁸⁸. En él se incluyen dos citas del *DRN*. La segunda (I 47, 1), que reproduce el verso II 172 del *DRN*, concede a Lucrecio gran autoridad (*pleclare*):

Omnia nanque voluptate determinant nec soli qui agros, quos
rite Virgilius probat, sed qui urbem colunt magni, parvi, gre-

⁸⁸ Reeve (1980: 42-43, n. 10) recuerda que Guarino de Verona (1374-1460) alude a *cretea* (Lucr. IV 297) en su *Epístola* 586.33, de 1430, y que el propio Valla cita a Lucr. IV 544 para *bombus* en su *Antidotum in Facium*, si bien escrito mucho más tarde, entre 1446 y 1447.

ci, barbari non aliquo Epicuro aut Metrodoro aut Aristippo sed
ipsa natura magistra et duce; pleclareque Lucretius:
*Ipsaque deducit dux vite dia voluptas*⁸⁹.

Marsilio Ficino perteneció a la generación posterior que dispuso sin problemas del texto, al menos desde 1442 (Reeve, 1980: 42). Baste decir que, siendo joven, en torno a 1457, escribió un comentario al *DRN* que arrojaría al fuego⁹⁰. De ese año data probablemente su epístola divulgativa *De quattuor sectis philosophorum* (Garin, 1979: 74, n. 1), donde, al tratar de qué sea dios para Epicuro, elogia la elegancia de Lucrecio (*Lucretius Carus Epicureus nobilissimus*) y cita varios versos suyos (II 646-51 y III 269-74). También en el *Liber de voluptate*, obra juvenil de 1457 (*adhuc adolescentis*), queda patente la admiración de Ficino (Prosperi, 2004: 159-62), cuando inserta muchos de sus versos al hilo de argumentos epicúreos (Boccuto, 1987: 152-66). Así sucede en el cap. XVII (*Quid Epicurei de rerum primordiis, De voluptate & affectibus, atque moribus*), pues recurre a *Lucretius Epicureus* (II 402-7) para definir las cualidades de los primordios (*Opera*, Basileae: per Henricum Petri, 1561, p. 1009)⁹¹:

⁸⁹ En la primera (I 13, 8) trae a Lucr. II 1101-4 y también le otorga gran crédito: *Fulmina propter malos inventa sunt; et tu, Cato, plus quam Catilina illis erumpentibus contremescis. Quid aliud hoc est nisi fateri illa temere emitti? Quod testatur Lucretius: ... cum fulmina mittat et edes / Ipse suas disturbet et in deserta recedens / Seviat exercens telum quod sepe nocentes / Preterit, examinat indignos inque merentes?* En la primera versión del tratado (*De voluptate*), fechada en 1431, en la que Valla hacía defensor del epicureísmo a Antonio Beccadelli, el Panormita, no cita a Lucrecio (Jones, 1992: 145). Por entonces el texto sería coto reservado de unos pocos afortunados. Y es posible que incluso en 1433, mientras redactaba la segunda versión ya sin Beccadelli como interlocutor, tampoco tuviera acceso al texto. Su competidor, Poggio Bracciolini, y sus acólitos, entre quienes estaba el propio Beccadelli, no le facilitarían el texto, si es que tenían acceso a él. Valla se vio obligado a tomar las citas indirectamente, pues tenía que incorporar, como fuera, al poeta epicúreo, redescubierto pocos años ha. Y recurrió seguramente a las fuentes secundarias (Lehnerdt, 1904: 7). El fragmento de Lucr. II 1001-4 pudo proceder de Lact. *Inst.* III 17, 10 y el verso II 172, aunque no formaba parte del bagaje de citas indirectas, pudo ser uno de los versos que pronto se difundieron de boca en boca entre los círculos literarios italianos. Era delicado y contenía la palabra clave de la secta: *voluptas*. Sobre la enconada enemistad entre Valla, Poggio y Beccadelli, cf. Cicuto (1994: 41-42) y Walser (1914: 99-100 y 268-77).

⁹⁰ Cf. Goddard (1991: 200-1). El mismo lo dice en una carta (*Epist.* XI 25) dirigida a Martino Uranio (1450-1501) de 9 de junio de 1492 (*Opera*, Basileae: per Henricum Petri, 1561, p. 933): *Quantum enim Pythagoricis quondam curae fuit ne divina in vulgus ederent, tanta mihi semper cura fuit non divulgare profana, adeo ut neque commentariolis in Lucretium meis, quae puer adhuc, nescio quomodo, commentabar, deinde pepercerim, haec enim sicut et Plato tragoedias elegiasque suas Vulcano dedi. Maturior enim aetas exquisitiusque examen (ut inquit Plato) saepe damnat quae levitas iuvenilis vel temere credidit, vel saltem (ut par erat) reprobare nescivit.*

⁹¹ En el cap. XVII cita también los versos II 963-66 y II 426-30 (p. 1010), y en el XVIII, los versos II 14-19 (p. 1012).

ut facile agnoscas e levibus atque rutundis
 esse ea quae sensus iucunde tangere possunt,
 at contra quae amara atque aspera cumque videntur,
 haec magis hamatis inter se nexa teneri 405
 proptereaue solere vias rescindere nostris
 sensibus introituque suo perrumpere corpus.

Tras esta primera etapa “materialista”, Ficino terminó polemizando en su obra cumbre, *Theologia platonica de immortalitate animarum*⁹², contra la teoría de la mortalidad del alma que Lucrecio expuso influido por las “locuras” de Epicuro (Hadzsits, 1963: 277)⁹³.

La popularidad del epicureísmo en Roma a mediados del siglo XV coincide con la difusión del *DRN*. En la urbe existió un grupo de *epicurei*, capitaneados por Pomponio Leto (1428-1498)⁹⁴, que en 1468 fueron acusados de impiedad y de conjurar contra el papa Pablo II. De ellos dejó escrita Agustino Patrizi († 1495) esta semblanza crítica en una carta privada (Garin, 1979: 281):

Meminisse debes quosdam qui elegantioli, ut ita dicam, hic habebantur, ut viderentur doctiores amantioresque vetustatis, non solum linguam et litteras, sed etiam de finibus bonorum et malorum opiniones, et de ipso summo Deo sententias non a nostris philosophis, ut par erat, sed a gentilibus illis priscis sumere consuevisse; quibus non satis ipso erat de summo pontifice ac de omnibus hortodoxe fidei presulibus et omni clero obliqui, sed adversus religionem nostram cornua erigentes, non aliter de ea inter notos loquebantur, quam de re commenticia et fabulosa.

Si al principio humanistas laicos y filósofos como Valla y Ficino citaron sin complejos a Lucrecio, la actitud de otros intelectuales fue distinta. Incluso imitándolo tiempo después, evitaron mentarlo. Erasmo de Róterdam (1466-1536), adalid del filopiepireísmo en Europa (Rico, 1997: 133-34 y 144), apenas lo menciona⁹⁵. No aparece, de hecho, en sus obras más indicadas para

⁹² Cf. Florentiae: Antonius Miscomini, 1482 (BGUV y BGUZ).

⁹³ Dice Lehnerdt (1904: 9) al respecto: “in seinem Hauptwerk, der zwischen 1478 und 1480 vollendeten *Theologia platonica de immortalitate animarum*, den Materialismus der Epikureer, die hier zum ersten Male auch Lucretianer genaunt werden, eifrig bekämpft”. Y añade Sacré (1999: 346): “Marsile Ficin, qui après ses études lucrétienues s’était tourné vers Platon et Plotin et avait provoqué la renaissance de la vision platonicienne et néoplatonicienne de l’âme, était également à l’origine des multiples débats qui allaient bouleverser les mondes intellectuel et universitaire, et faire émerger des discussion religieuses, des controverses théologiques”.

⁹⁴ Al círculo pertenecieron, entre otros, Bartolomeo Sacchi, el Platina (1421-1481), y Filippo Callimaco Esperiente (1437-1496).

⁹⁵ Encontramos una cita en su tratado *Pueros ad virtutem ac literas liberaliter instituendos* (Prosperi, 2004: 78): *ibi formandae pueritiae artifex, quantum potest, probos et amicos medicos studebit imitari, qui absinthiatum pharmacum porrecturi, ut inquit Lucretius, poculorum oras melle praelinunt, quo puer illectus dulcedinis voluptate salutariferam amaritudinem non reformidet*. Hubo otros humanistas de renombre, como Lefèvre

hacerlo, como los *Adagiorum chiliades*⁹⁶, donde compendia máximas de prácticamente todos los escritores antiguos ilustres⁹⁷, o el coloquio *Epicureus*. Tampoco tuvo un *DRN* en su biblioteca, aunque había numerosas ediciones ya disponibles (Fraisie, 1962: 39). Pero, incluso con estos silencios tan significativos, Lucrecio se había convertido desde mediados del siglo XV en una fuente primaria del epicureísmo y en un poeta digno de imitación.

2. 3. *Influencia de Lucrecio en la literatura renacentista italiana*⁹⁸

La recepción moderna de Lucrecio empezó en Italia y desde allí se propagó al resto de Europa⁹⁹. Entre los años que transcurrieron desde su redescubrimiento, en 1417 por Poggio Bracciolini, hasta la *editio princeps* de 1473 (Brescia), el *DRN* fue estudiado intensamente por los humanistas más prestigiosos de Italia y aparecieron las primeras imitaciones. Tras la publicación del texto, estas se multiplicaron. El propio Poggio parece emular el proemio del libro II 1-61 en su *De infelicitate principum* 1-3 (1440)¹⁰⁰, Lorenzo Bonincontri escribió dos poemas didácticos, el *Rerum naturalium et divinarum* (ca. 1472) y el *De rebus coelestibus* (ca. 1475), en los que imitó profusamente el *DRN* (Goddard, 1991: 34-63); Giovanni Pontano (1426-1503) compuso también otros dos tras la estela de Lucrecio (Goddard, 1991: 64-100, y 1991a: 250-62): el *Meteororum liber unus* (1469-75), sobre fenómenos meteorológicos, y la *Uraniae sive de stellis libri quinque* (ca. 1482), sobre astronomía y ciencias naturales, cuyo primer libro trata un tema estelar del *DRN*: la historia de la civilización (lib. V). La colección poética más emblemática de Michele Marullo Tarnaniota (1453-1500), *Epigrammata et Hymni naturales* (ca. 1490), muestra igualmente un intenso entusiasmo por Lucrecio (Deisser, 1999: 281-297). Y Angelo Poliziano (1454-1494), por citar a

d'Etaples (ca. 1450-1537) o Guillaume Budé (1467-1540), quienes, a pesar de sus amplios intereses en el campo de la cultura clásica, nunca mencionaron al poeta epicúreo, seguramente, por escrúpulos religiosos.

⁹⁶ Basileae: in aedibus Ioannis Frobenii, 1513 (BN U/4497).

⁹⁷ Sí cita, en cambio, dos veces a Epicuro en los *Apophthegmata Graeciae sapientum* (Basileae, apud Ioan. Freb, 1526. BN R/19921-1). La primera ocasión, en el adagio 295 ("La muerte no es mala"); la segunda, en el 432 ("Inclinación al mal"), en la que Epicuro y sus seguidores son duramente criticados. Pueden leerse en la traducción coetánea de Francisco Thámara (Morey, 1998: 139 y 186). Para la tradición en España de esta obra erasmiana, cf. Bataillon (1979: 625-28).

⁹⁸ Entre la amplia bibliografía cabe citar a Lehnerdt (1904), Mustard (1918-1919: 7-45), Bertelli (1965a: 271-88), Goddard (1991), Jones (1992: 143-65), D'Agostino (1998: 125-37), Toscano (1998c: 139-67), Prosperi (2004), Haskell (2007: 185-201), Brown (2010), Passannante (2011), Paladini (2011), Palmer (2014), y Norbrook, Harrinson y Hardie (eds. 2015). Seguimos de cerca los estudios de Goddard y Prosperi.

⁹⁹ Así lo afirma Hocke (1935: 1) en el caso de Francia: "Die Lukrezkenntnis wird Frankreich von Italien vermittelt". Para una presentación sobre la recepción del humanismo italiano en Europa, cf. Abbagnano y Visalberghi (1988: 208-11).

¹⁰⁰ Cf. el texto latino en González Rolán y Saquero (2001: 139-42).

otro de los más insignes, poseyó un manuscrito de Lucrecio, el *Laur.* 35. 29 (Reeve, 1980: 39-40, y 2005: 145), y le dedicó unos versos de elogio en su silva *Nutricia* (1486)¹⁰¹.

El momento, caracterizado por una gran tolerancia¹⁰², era muy propicio para una labor crítica que luego facilitaría su divulgación por el resto de países europeos¹⁰³. En aquellas décadas el neoepicureísmo, como síntesis cristiana de la Escuela del Jardín, ganaba adeptos¹⁰⁴, la Iglesia no coartaba con severidad la libertad de pensamiento y la poesía había recobrado gracias a Francesco Petrarca (1304-1374)¹⁰⁵ la antigua estima tras siglos de escolasticismo, en los que había sido considerada un arte incapaz de transmitir verdades filosóficas¹⁰⁶. Fue también esta nueva concepción de la poesía una razón más por la que el hallazgo del *DRN* suscitó tanto interés entre los intelectuales del *Quattrocento* que, como es sabido, se desvivían por recuperar el legado literario de la gentilidad. Lucrecio, famoso *poeta et philosophus*, estaba de nuevo disponible tras un milenio desaparecido. Y no defraudó las expectativas, más bien las sobrepasó, pues contribuyó, juntamente con los *Astronomica* de Manilio¹⁰⁷, a poner de moda la poesía didáctica. En este género, cierto es, terminarían escribiendo célebres humanistas poemas sobre temas científicos muy diversos, desde la sífilis al gusano de seda (Goddard, 1991: 3)¹⁰⁸.

¹⁰¹ Son los versos 487-91: *Nec qui philtre bibit nimioque insanus amore / mox ferro incubuit, sic mentem amiserat omnem, / ut non sublimi caneret Lucretius ore / arcanae mundi causas elementaque rerum, / doctus et Arpino tamen exploratus ab ungui* (Fantazzi, 2004: 142). Estos versos retomaban otros de Petrarca, quien en su égloga décima, *Laurea occidens* (vv. 273-77), ya había poetizado sobre la pócima y la locura de amor de Lucrecio (Roth, 2017: 128).

¹⁰² Reveladora de esta transigencia es la anécdota transmitida por el jesuita Famiano Strada (1572-1649), según la cual el poeta y cardenal Pietro Bembo (1470-1547) encarnó a Lucrecio en un desfile poético organizado por el papa León X (Passannante, 2011: 1-3).

¹⁰³ Los trabajos de Brown (2010) y Palmer (2014) ofrecen en este sentido datos precisos sobre el interés por el texto, el primero en Florencia y el segundo entre intelectuales de la talla de Nicolás Maquiavelo (1469-1527).

¹⁰⁴ La nómina de filoepicureístas llegó a ser ciertamente extensa y contó con intelectuales muy reputados, como Leonardo Bruni, Francisco Filelfo, Bartolomeo Facio, Lorenzo Valla, Cosma Raimondi, Francesco Colonna (1433-1527), Marsilio Ficino, Pietro Pomponazzi, Pietro Bembo o Battista Egnazio (1478-1553).

¹⁰⁵ Sobre la posible influencia de Lucrecio en Petrarca, cf. Gasparotto (1969) y Passannante (2011: 21-26).

¹⁰⁶ Sobre la consideración negativa de la poesía en la escolástica, cf. Curtius (1976 II: 674-79).

¹⁰⁷ Este poema fue encontrado también por Poggio Bracciolini en las cercanías de Constanza (Alemania), el mismo año que descubrió el manuscrito de Lucrecio (Ciccuto, 1994: 30).

¹⁰⁸ Fue el caso del obispo M. Girolamo Vida (ca. 1489-1566), quien compuso un tratado poético sobre el gusano de seda. Pervive un ejemplar de su obra en España: *De arte poetica lib. III. De bombyce ad Isabellam Estensem Marchionissam lib. II*, Lugduni Gyphium, 1536 (BMSM 7/525).

2. 4. La importancia de Nápoles para la difusión de Lucrecio en España

No es fácil averiguar con exactitud dónde, cuándo y cómo empezó la tradición clásica de Lucrecio en Italia. Si el humanista Niccolò Niccoli, a quien Poggio envió el manuscrito lucreciano tras su hallazgo (1417), lo retuvo unos catorce años, el texto estuvo cautivo al menos hasta 1431. Para entonces se habrían hecho a lo sumo tres o cuatro copias; pero sus propietarios, al guardarlas tan celosamente, demoraron unos años más la divulgación del *DRN*. Esta arrancarí­a definitivamente en 1442 (Reeve, 1980: 42). El 1 de junio de ese año, Alfonso V (1396-1458), rey de Aragón y Sicilia, terminó la conquista del reino de Nápoles¹⁰⁹. El monarca, futuro tío de Fernando el Católico (1452-1516), fijó su residencia en Nápoles, dedicándose al gobierno y al patrocinio de la cultura, de la que fue excelente mecenas¹¹⁰.

A su servicio estaba el humanista Antonio Beccadelli, dicho “el Panormita” (1394-1471)¹¹¹, quien dirigió hasta su muerte la academia que el rey fundó (1443) en la biblioteca del palacio de Castel Nuovo. Beccadelli consiguió hacerse el año de la toma de Nápoles con una copia, probablemente, del Poggiano (π), a saber: el código *Vat. Lat. 3276*¹¹². Este manuscrito, creemos, fue clave para el conocimiento y posterior admiración que despertó el *DRN* en el círculo humanístico napolitano, del que Beccadelli era guía¹¹³. Es posible que Poggio le permitiese transcribir, dada su amistad, el Lucrecio *in Germania*

¹⁰⁹ El primer territorio italiano que perteneció al reino de Aragón fue Sicilia. En 1282 Pedro III el Grande (1239-1285) anexiónó la isla después de derrotar a Carlos de Anjou. Su hijo Jaime II (1267-1327) heredó Sicilia y los territorios calabreses. Nápoles formó parte de la corona de Aragón después que Alfonso V el Magnánimo venciera a Renato de Anjou en 1442. El pontífice Eugenio IV legitimó al nuevo rey con la investidura papal en junio de 1443 (Mira, 1998: 23-30).

¹¹⁰ Para la vida cultural en la corte napolitana y el mecenazgo de Alfonso V el Magnánimo, cf. Soria (1956), Rubió (1964), Croce (1917: 32-53), Rovira (1990), Rico (1997: 52-60), Mira (1998: 73-74) y Toscano (1998c: 141-45).

¹¹¹ Era de Palermo y perteneció a la orden franciscana. En 1425 escribió dos libros de epigramas bajo el título de *Hermaphroditus* que le valieron elogios y también críticas por su lascivia. De su apego por el epicureísmo da testimonio el primer bosquejo del *De voluptate* (1431) de Lorenzo Valla. En él encarnaba al defensor de la secta del Jardín. Conoció a Alfonso el Magnánimo en 1435 por mediación de Giacomo Pellegrini (Toscano, 1998b: 202-3). Aquel año el rey aragonés estuvo confinado en el palacio milanés de Felipe María Visconti (1412-1447) tras la derrota de Ponza. Entablaron allí una amistad excepcional y Beccadelli decidió seguirle en sus campañas militares. Alfonso V le confió la educación de su hijo Ferrante. Murió el año 1471 en Nápoles, estando aún al servicio regio.

¹¹² Se custodia en la Biblioteca Vaticana. Está escrito sobre papel en letra *formata*. La suscripción dice (fol. 208v.) *1442 mense uno post captam Neapolim ab Alfonso rege invictissimo*. Es visitable en la siguiente dirección electrónica: https://digi.vatlib.it/view/MSS_Vat.lat.3276 (último acceso: 02-12-2022). Sobre la valía ecdótica de este ms., dado que es, probablemente, copia directa del Poggiano (π), han escrito Reeve (2005: 135-39 y 156-57, y 1980: 38-39) y Müller (1973: 166-78).

¹¹³ Recuerda Goddard (1991a: 251), por ejemplo, que la *Urania* de Pontano fue fruto del “enthusiasm manifested at Naples for philosophical and scientific didactic poetry. Poggio’s quest for manuscripts during the council of Constance (1416-17) had brought to light Manilius and Lucretius, and it was at Naples that interest in these discoveries was expressed”.

repertus (π)¹¹⁴. Lo copió en papel, un material más barato que el pergamino¹¹⁵. Al fin y al cabo, era para su uso privado y no para la librería regia. De haber sido para esta, hubiera sido, seguramente, en pergamino y, de resultas, los rivales académicos, Valla y sus acólitos, lo hubieran tenido al alcance, un privilegio reservado todavía a unos pocos, incluido su descubridor, que hubo de reclamar varias veces su devolución a Niccoli. Once años más tarde, en 1453, Alfonso V el Magnánimo encargó a su bibliotecario, el catalán Clavier, comprar veinticinco libros en Venecia para colmar “ciertas lagunas” de la biblioteca, entre las cuales se contaban Ovidio, Horacio, Tibulo y Lucrecio¹¹⁶. Si es así, el *DRN* no estuvo hasta esa fecha en los anaqueles de Castel Nuovo.

El entusiasmo por el *DRN* en Nápoles coincidió, así pues, con el reinado de un monarca aragonés, de suerte que la recepción de Lucrecio en España corrió al poco tiempo paralela a la italiana y, de hecho, los poetas españoles fueron, posiblemente, los segundos en imitar al poeta latino.

Alfonso V el Magnánimo se atrajo a la flor y nata del humanismo italiano en torno a su cenáculo cortesano (D’Agostino, 1998: 134). Bastará enumerar algunos nombres para cerciorarnos¹¹⁷: Biondo Flavio (1392-1463), Antonio Beccadelli, Giannozzo Manetti (1396-1459), Bartolomeo Facio (1450-1457), Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), Lorenzo Valla, Lorenzo Bonincontri o

¹¹⁴ Bertelli (1965: 37) ya llegó a esta conclusión. Goddard (1991: 36) parece opinar lo mismo: “Panormita, who had copied a text of *De rerum natura*”. Y Reeve (2005: 135, 143 y 162) contempla también esta hipótesis. Es posible que este ms. lo manejara después Giovanni Aurispa, admirador, según Poggio, del epicureísmo. Posteriormente perteneció al anticuario Fulvio Orsini (1529-1600) que anotó en su inventario “Tocco dal Panormita et dall’Aurispa” (De Nolhac, 1887: 372, n. 168. Cf. la nota en el f. 2r. del propio *Vat. Lat.* 3276). Parece que Poggio permitió la copia de otros mss., como los *Astronomica* de Manilio [BN M(*atritensis*) 3678], ya que el discípulo del Panormita, Lorenzo Bonincontri, afirma en el prefacio de su comentario a Manilio (Roma, 1484) manejar una copia del poggiano y otro que el propio Panormita descubrió en Monte Cassino (Goddard, 1991: 36). Sobre la biblioteca poggiana, cf. el apéndice (“Dokumente”) de Walser (1914: 325-427), que incluye un inventario de la biblioteca realizado poco después de su muerte. Con el número 63 aparece catalogado Lucrecio (p. 422).

¹¹⁵ El Poggiano (π), copiado ya fuera en Murbach, en Fulda o en Maguncia, también era *papirio medio* (Bertelli, 1965a: 277).

¹¹⁶ Según un dato del Archivo de la Corona de Aragón (reg. n.º 2697, fol.), Lucrecio está registrado con el n.º 17: “Lucretius: *De natura rerum*”. El rey tenía gran interés en conseguir este y los otros mss., como queda manifiesto por estas palabras de Clavier: “no sperant haberlos tots, mas axí como ne haurá comprat un o dos o mes, axí los trasmetrá no sperant les altres” (Alcina Franch, 2000 I: 23). Cf. también Toscano (1998b: 210) y Deisser (1999: 283).

¹¹⁷ Aunque G. Toscano (1998b: 213) y T. R. Toscano (1998c: 145) dan a entender que Poggio Bracciolini formó parte del círculo literario del rey Alfonso V, no hemos encontrado documento alguno que lo confirme. Poggio dedicó al rey su traducción de la *Ciropedia* (1446) de Jenofonte entre grandes elogios a fin de conseguir dinero, lo que, tras la decepción inicial, logró (Walser, 1914: 231-34). Con Beccadelli mantuvo una buena amistad. Según noticia de Shepherd (1825 I: 255), es posible que Poggio comprara su villa de Valdarno, en Terranuova, tras vender con la aquiescencia del rey Alfonso V a Beccadelli un Tito Livio copiado por él por 120 florines de oro. En esta villa alojó el grueso de su biblioteca (Shepherd, 1825 I: 256, y Ciccuto, 1994: 35-36), en la que, imaginamos, estaría el *Lucretius in Germania repertus* (Bertelli, 1965a: 274).

Pier Cándido Decembrio (1415-1466). Todos, con mayor o menor intensidad, se relacionaron con humanistas españoles¹¹⁸.

Enamorado de los libros y de los saberes liberales¹¹⁹, el Magnánimo no reparó en gastos. Dentro del palacio real, el Castel Nuovo, reunió una biblioteca estatal riquísima¹²⁰, abrió un *scriptorium*, donde trabajaron excelentes miniaturistas, y fundó un *studium*, en el que enseñaron los profesores más cualificados. Los sueldos ascendían en total a “ducati venti milia” anuales (Toscano, 1998c: 145). No sorprende, con semejante presupuesto, que muchos humanistas se disputaran su favor y que florecieran tanto las *bonae litterae* en la ciudad que esta llegara a disputar la primacía cultural a Florencia (D’Agostino, 1998: 134). Pietro Jacopo de Jennaro (*fl. ca.* finales del s. XV), al elogiar su generoso mecenazgo en las *Sei etate de la vita umana*, dijo de Alfonso V que era el “Re che fece il secol d’oro” (Toscano, 1998b: 185)¹²¹.

El primer germen del círculo napolitano había surgido hacia 1436, cuando el rey Alfonso se estableció en Gaeta con la intención de conquistar la cercana Nápoles. Antonio Beccadelli fue desde entonces el responsable de elegir los libros que debían copiarse en la escribanía regia. Por ese año, Lorenzo Valla, el adversario acérrimo de Poggio, entró también a su servicio, aproximadamente hasta 1447, con el cargo de secretario real. Ya en 1436 Beccadelli había intentado conseguir una copia del *DRN* que al final no pudo adquirir¹²². Nada

¹¹⁸ Pier Cándido Decembrio, por ejemplo, mantuvo contactos con el marqués de Santillana (Gómez Moreno, 1994: 73). Y su opinión sobre el epicureísmo y su fundador fue, según este párrafo, positiva: *At ii qui bonum in voluptate constituunt, eam tamen voluptatem animi potius delectationem quam corporis esse voluerunt, cum Epicurus ipse, in eo genere princeps, mortem et cruciatum pro nihilo ducat, minimoque cibi et potus alimento corpus esse contentum. Cuius sententia a Stoicis nihil differre videtur. Nec ab re Seneca multis in locis emulatur, quanquam Tullio vox Epicurea de voluptate inhonestior visa* (*Politia litteraria* I 7. Cf. Goddard, 1991: 33).

¹¹⁹ Como recuerda Bartolomeo Facio en su *De viris illustribus* (1457): *Philosophiae, Theologiae, atque omnis antiquitatis studiosus, ceterisque liberalibus disciplinis ex-cultus [...] Librorum volumina prope infinita in Bibliothecam suam mirifice ornatam coniecit* (Mehus, 1745: 48).

¹²⁰ Sobre el catálogo de la biblioteca real de Nápoles, cf. Marinis (1947-1952), Cherchi-De Robertis (1990), Putaturo (1998: 171-76), Toscano (1998a: 177-82 y 1998b: 185-219) y Toscano-Haffner (1998: 223-67). El patrimonio bibliográfico de la antigua biblioteca napolitana era de incalculable valor. Se halla disperso por las bibliotecas más importantes del mundo: la BNF, la British Library y la RBME, entre otras. Actualmente se custodia en la BGVU una parte significativa de sus fondos, que maravilla por la belleza de sus manuscritos exquisitamente miniados. Debería ser lugar de visita obligada para todos los estudiosos del humanismo, ya que da una idea bastante ajustada de la enorme afición que sentían los humanistas por las letras paganas. Sobre la dispersión de los mss. de la biblioteca regia napolitana, cf. Toscano *et alii* (1998: 277-321).

¹²¹ Editado modernamente por Altamura y Basile (1976). De manera similar se expresó Poggio en 1445, al equiparar su reino con el de la Edad de Oro (Ciccuto, 1994: 28).

¹²² El interés de Beccadelli por Lucrecio era anterior a su entrada al servicio de Alfonso V. Fue probablemente uno de los primeros humanistas que leyó el *DRN*. En Julio de 1427 viajó a Florencia y visitó a Niccoli, a quien Poggio había enviado el ms. lucreciano tras su redescubrimiento en 1417. Ese mismo año compuso la elegía *Ad Lamola*. Es probable que en casa de su

le valieron sus influencias para que el propietario de una de las primeras copias del Poggiano (π), afincado seguramente en Siena, se la prestara. Francisco Filelfo (1398-1481), el intermediario, se lo comunica por carta fechada el 13 de octubre de 1436 en Siena:

Nulla pacto induci potest ut Neapolin Lucretius naviget, veritus ne, qui ob poculum amatorum furuerit, rursus Sirenis Parthenopes veneficio interceptus, insaniat (Lehnerdt, 1904: 6)¹²³.

La Academia Napolitana, la más antigua de Italia (Croce, 1970: 90), nació de la “ora del libro”. Alfonso “el Magnánimo” la fijó para escuchar a diario disertaciones sobre los clásicos y las sagradas escrituras en compañía de los intelectuales de su corte, que, por entonces, estarían agrupados en torno a dos figuras enemistadas, Beccadelli “el Panormita” y Lorenzo Valla¹²⁴. Según las *Vite degli uomini illustri dall secolo XV* de Vespasiano da Bisticci (1421-1498), el humanista Beccadelli leía al monarca obras de Tito Livio, de Tácito, de Séneca, textos de la Biblia y tratados de filosofía, en fin, libros de “cose dottissime”¹²⁵. Rodeado de sus *litterati*, algunos nobles y funcionarios regios, el soberano discutía de un tema cada día. De esta tertulia cortesana nació en 1442, año de la toma de Nápoles, la primera academia, llamada Alfonsina (1442-1458), que estaba sita en la corte (Alcina Franch, 2000 I: 39-40). A su muerte, la Academia siguió funcionando al amparo de Ferrante I (1458-1494), su hijo y sucesor; pero se trasladó de la corte a las casas de los directores. Primero, se ubicó en la residencia de Antonio Beccadelli, por lo que se denominó Academia Antoniana (1458-1471), y, más tarde, cuando el Panormita murió en 1471 y fue nombrado Giovanni Pontano director, se denominó Pontaniana (1471-1503), celebrándose las reuniones en su domicilio (Toscano, 1998c: 144-45).

amigo tuviera ocasión de hojear el Lucrecio y le llamara la atención que el poeta latino hubiera escandido *rētulit* en VI 672 igual que en su elegía. Marcó entonces *rētulit* en rojo en su elegía. Posteriormente, cuando se hizo en 1442 del *DRN*, escribió en el margen del fol. 191v. de su ms. lucreciano (*Vat. Lat.* 3276) la siguiente nota: *Retulit. Prima syllaba brevi, quod nos secuti in Elegia* (Goddard, 1991: 30-32).

¹²³ “De ningún modo puede imaginarse que Lucrecio navegue a Nápoles, temiendo que, quien se volviera loco a causa de una pócima amorosa, de nuevo enloquezca enajenado por el hechizo de la sirena Parténope”. Esta fue la mítica sirena que daría nombre al primer lugar donde luego se fundaría Nápoles.

¹²⁴ La enemistad de Beccadelli y Valla comenzó, al parecer, cuando el primero tomó sin permiso unas ideas de Valla para unas *Imitationes* que tenía intención de enviar a Alfonso V a fin de ganarse su favor. El caso es que en 1442, estando los dos a su servicio, se profesaban un desprecio mutuo, como deja traslucir el siguiente insulto con el que Valla remata un epigrama y una misiva (n.º 18) dirigida a P. Cándido Decembrio: “Un maricón se enamora no de una mujer, sino de lo que se le parece” (López Moreda, 2002: 18).

¹²⁵ Como buen escritor cortesano, el Panormita redactó una historia de las hazañas de Alfonso V para halagarle: *Antonii Panormitae De dictis et factis Alphonsi Regis Aragorum libri quatuor*, Basileae: ex officina Heruagiana, 1538 (BCUZ H-3-84 o RAH 23/5739).

Antonio Beccadelli disertaría, a buen seguro, alguna que otra vez sobre el recién descubierto *DRN*. A su lado, estaría un joven, Giovanni Pontano, que se integró el año 1447 en aquel círculo humanístico. Él y su amigo, Lorenzo Bonincontri, fueron quienes recibieron más directamente el testigo de Lucrecio de manos del Panormita. Pero habría de ser Pontano el principal difusor del epicúreo en Italia y también en España, dados los lazos culturales que mantuvieron los intelectuales napolitanos y españoles mientras fue director de la Academia (1471-1503)¹²⁶.

Pontano comenzó impartiendo Astronomía¹²⁷ en la universidad napolitana y mostró desde su llegada a Nápoles un vivo interés por la poesía lucreciana, que sería por su novedad tema frecuente de conversación en la tertulia cortesana¹²⁸. Cuando contaba treinta años escribió poemas didácticos sobre astronomía al estilo de Lucrecio¹²⁹ y, aunque no tenemos ningún fragmento de los copiosos comentarios que hizo sobre el *DRN*, el siguiente párrafo de su diálogo *Actius* (1499) puede orientarnos¹³⁰. Jacopo Sannazaro (1458-1530), que da título al diálogo¹³¹, termina elogiando de este modo la delicadeza de la poesía de Lucrecio y Manilio, otro de los autores más apreciados por Pontano:

Aperuit rerum naturam generi hominum carmine suo Empe-
docles, sideralis disciplinae Dorotheus Sidonius, quos Latine

¹²⁶ Pensemos, por ejemplo, en el poeta barcelonés Benet Garret, el “Cariteo”, afincado en Nápoles al servicio del rey Ferrante I. Fue alumno predilecto de Pontano (Pèrcopo, 1892: CXC-VII) y el primer poeta español en imitar a Lucrecio, aunque en italiano.

¹²⁷ La Astronomía formó en la Edad Media parte del *quadrivium* junto con la Aritmética, la Música y la Geometría, y durante el Renacimiento se puso de moda. Recordemos el fresco astronómico que el salmantino Fernando Gallego (ca. 1440-1507) pintó en la bóveda de la capilla de la Universidad de Salamanca o el fresco de Pellegrino Tibaldi (1527-1592) dedicado a este arte liberal en la biblioteca de El Escorial.

¹²⁸ Su discípulo Girolamo Borgia alude a los esfuerzos de Pontano por limpiar el texto de Lucrecio de sus muchas corrupciones en un prefacio del año 1502 manuscrito por él sobre un ejemplar de la tercera edición de 1495 (C. Lycinius, *Lucretius*, Venetiis: Th. de Ragazonibus. British Museum IA 23564). Dice así: *Itaque, quom ad hanc nostram exercitationem T. Lucretium uterque pariter desideraverimus, mea consuetudo apud Pontanum, nostri saeculi oraculum, tantum valuit ut ab eo facile impetrare optatum potuerim. Quapropter, quamvis tot saeculis lacer, corruptissimus ac paene nulli intellectus delituerit, eius tamen divino ingenio magna ex parte emendatus in lucem restituitur* (Goddard, 1991: 66).

¹²⁹ Recordaba Facio en el *De viris illustribus*, escrito por los años 1455-56, que Pontano había compuesto un poema didáctico sobre *astrologiam, opus multi laboris atque ingenii, hexametris versibus exorsus est* (Mehus, 1745: 6), refiriéndose seguramente al primer bosquejo del *Meteororum liber* (Goddard, 1991: 79-80). Según Deisser (1999: 283), Pontano consideraba a Lucrecio “come poète modèle, si original, si parfait qu’on n’ose l’imiter”.

¹³⁰ Este diálogo y los titulados *Antonius* y *Aegidius* recrean literariamente la vida de la Academia. Gracias a ellos podemos imaginar cómo eran realmente las reuniones, pues Pontano simula las charlas filológicas, los debates filosóficos y las sátiras políticas que tenían lugar en ellas.

¹³¹ El pseudónimo poético de Sannazaro era *Actius Sincerus Sannazarius Parthenopaeus*.

imitati Lucretius ac Manilius, Christe optime, quid copiae, quid ornatus, quantus e clarissimis luminibus eius emicat in altero splendor! Rapit quo vult lectorem, probat ad quod intendit, summa cum subtilitate et artificio, hortatur, deterret, incitat, retrahit, demum omnia cum magnitudine, ubi opus est atque decoro, et hac de qua disputatum est admiratione, ut expurgatis rudioribus illis vetustatis numeris, quibus postea Virgilius Romanam illustravit poeticam, nihil omnino defuisse videatur. Alteri vero in astronomicis, si quid ornatus poeticoque defuit decori, additum nuper ac suffectum a nostro est Sene (Previtera, 1943: 238-39).

Pontano dirigió la Academia napolitana durante tres décadas (1471-1503), rodeado de jóvenes talentos que se convertían pronto en amigos y admiradores. Encontramos en Egidio da Viterbo (1469-1532), miembro de la misma, un retrato del círculo en su *Historia viginti saeculorum* (1518). Dice así:

in ea praecipue civitate regia, ubi elegantissima Pontani musa viget, ubi Actius Sincerus Sannzarius, huius saeculi delitiae, ubi Petrus Gravina, ubi Hieronymus Carbo, ubi Chariteus et Sommontius; ubi alio in genere Augustinus Suessanus et Galatheus: rara omnes eruditione illustres viri (Montera, 1935: LXIX, n. 1).

La nómina de humanistas y poetas que formaron parte de ella durante aquellos años es amplísima y, por eso mismo, el magisterio de Pontano fue uno de los más fecundos del siglo XV¹³². Al ser Lucrecio uno de sus poetas clásicos preferidos, era de esperar que los discípulos lo imitasen profusamente. Sannazaro¹³³ y Michele Marullo (1453-1500), poetas que habrían de influir intensamente en España, fueron los más afamados del círculo, pero hubo otros muchos que también recibieron el legado de Pontano, como Teodoro de Gaza (1400-1478), Jacopo de Jennaro (1436-1508), Giovanni Aloisio (ca. 1440-1519), Tristano Caracciolo (ca. 1437-1522), Galeazzo Caracciolo (fl. ca. 1480), Giovan Francesco Caracciolo (ca. 1435 – ca. 1500), Antonio Marsi, “detto l'Epicuro napolitano” (1475-1555)¹³⁴, Gabriele Altilio (fl. finales del s. XV),

¹³² En este sentido entendemos como profética la expresión *Pontana propago*, pronunciada por el propio Pontano (Pèrcopo, 1892: CXCVIII). Hay además otros testimonios muy elocuentes. Galateo, miembro de la Academia, escribió a su compañero Crisostomo Colonna una carta, en torno a 1498, en la que lamentaba la reciente muerte del único hijo de Pontano, Lucio. A modo de consuelo, recordaba que sus alumnos Benet Garret, Pardo o Giovanni Cotta eran como hijos suyos, pues, aunque *non vili semine genuerit, mentis tamen et doctrinae illis foecundis seminibus et fovit et aluit* (Pèrcopo, 1892: CCII).

¹³³ La obra más universal de Sannazaro, la *Arcadia* (Venecia, 1502), refleja aquel ambiente literario y cultural de Nápoles. De hecho, tras los pastores se esconden sus compañeros del círculo literario cortesano y él mismo: Sincero (Sannazaro), Barcinio (Cariteo), Enareto (Iuniano Maio) y Meliseo (Pontano). Cf. Toscano (1998c: 161) y Pèrcopo (1892: CC).

¹³⁴ Nacido, al parecer, en la región italiana de Abruzzo. Se decía que por haber sido hombre voluptuoso fue llamado Epicuro y que por haber venido de joven a Nápoles recibió el gentilicio

Matteo dell'Aquila, Ermolao Barbaro (1453-1493), Andrea Matteo Acquaviva (1458-1529), Giovanni Cotta (1480-1510), Giano Anisio (1465-1540), Antonio de Ferraris (1444-1517), dicho el "Galateo", Crisostomo Colonna (1460-1528), Pietro Summonte (*fl.* 1500), Girolamo Carbone (*ca.* 1450-1528) y los aragoneses Benet Garret (1450-1514), dicho el "Cariteo", y Giovanni Pardo (*fl. ca.* 1475)¹³⁵.

Aquel conspicuo círculo literario, con el patrocinio regio, difundió, de forma seminal los gustos poéticos e ideas filosóficas más genuinas del humanismo italiano a muchos intelectuales españoles que vivieron o visitaron temporalmente la corte¹³⁶. Fue un puente que facilitó extraordinariamente el influjo cultural del Renacimiento italiano en España durante su período de mayor esplendor (1442-1550)¹³⁷. Justas, por eso, parecen las palabras de Alcina Franch (2000 I: 40-41) cuando escribe:

La importancia de Alfonso V para la historia de la cultura española es decisiva pues fue él quien familiarizó a los españoles con el humanismo italiano y en su larga estancia en Nápoles no dejó de acompañarse de artistas y poetas que, como él, abrieron allí sus ojos a la nueva luz del Renacimiento en sus espléndidos albores.

Y una parte fundamental de esa impronta fue Lucrecio¹³⁸. No en vano fue uno de los vates preferidos del círculo. Y no debe extrañarnos que las primeras imitaciones españolas de Lucrecio tras la Edad Media se fraguaron en la academia napolitana. Es allí donde el catalán Benet Garret nutre sus poemas con versos del *DRN* y, siguiendo sus pasos años más tarde, Juan Boscán (1487/92-1542), Garcilaso de la Vega (*ca.* 1501-1559) y Diego Hurtado de Mendoza (*ca.* 1503-1575), quienes por avatares diversos también mantuvieron contactos con los círculos humanísticos de la ciudad.

de napolitano. Destacó como poeta amoroso. Entre sus obras sobresale la tragicomedia titulada *Cecaria*, In Venetia: per Vittor de Ravanni & Compagni, 1535, (BN 3/5294-3-).

¹³⁵ Cf. esta relación en Pèrcopo (1892: CXCVI-CCXXXVIII, esp. CCXIV). Además de estos, Gómez Moreno (1994: 229) recuerda que Pere Miquel Carbonell (1434-1517) frecuentó la corte napolitana de Alfonso V. Erudito de sólida formación en lenguas clásicas y bibliotecario de Alejandro VI, escribió un *De viris illustribus catalanis suae tempestatis libellus* (1476) a imitación del *De viris illustribus* de Facio. Formó parte también el misterioso Carvajal (*fl. s.* XV) cuyas composiciones poéticas se han conservado en el *Cancionero de Estúñiga*.

¹³⁶ Dámaso Alonso (1976: 23-33), por ejemplo, llamó la atención sobre el influjo que en la poesía de Garcilaso de la Vega tuvieron sus estancias en Italia y sus relaciones con humanistas italianos, en particular, con Andrea Navagero.

¹³⁷ Para la relación del reino Nápoles con la dinastía aragonesa, cf. D'Agostino (1998: 125-37). Un árbol genealógico bastante claro de los reyes napolitanos pertenecientes a la Casa de Aragón puede verse en Toscano *et alii* (1998: 17).

¹³⁸ La importancia del círculo intelectual napolitano para la difusión de Lucrecio ha sido espléndidamente estudiada por Goddard (1991: 34-101). Su tesis doctoral, dirigida por Michael D. Reeve, aún inédita, analiza la tradición de Lucrecio en la Italia renacentista.

Tras la muerte de Pontano en 1503, la presidencia de la Academia recayó en sus discípulos Pietro Summonte y Girolamo Carbone. El prestigioso poeta Jacopo Sannazaro fue director entre 1526 y 1532, justo cuando la ciudad experimenta un nuevo resurgimiento como capital del virreinato español¹³⁹. Ilustres humanistas, como Pietro Bembo y Marcantonio Michiel (1486-1552), consideraban todavía a la Academia napolitana una de las mejores de Italia; pero hacia 1532 comienza su declive, siendo jerarca Scipione Capece (1480-1551), quien afrontó la decadencia hasta poco antes de su clausura en 1542, cuando el virrey, don Pedro de Toledo (1484-1553), forzó su cierre bajo la sospecha de herejía (Prosperi, 2022: 18).

Durante esa centuria (1442-1542), la presencia española fue también notable en el Vaticano¹⁴⁰. En 1455 fue proclamado Papa Alfonso de Borja (1378-1458), natural de Játiva (Valencia), con el nombre de Calixto III y en 1492 su sobrino, Rodrigo de Borja (1431-1503), con el de Alejandro VI. Roma era hacia 1500 la capital europea de la cultura renacentista, por encima, incluso, de Florencia. Y debido al empeño del papa jativés por rodearse de soldados y cortesanos fieles, la comunidad española aumentó considerablemente en la ciudad eterna, llegando a constar de varios miles (Dandele, 2002: 39-51). Es obvio que nuestra cultura se enriqueció gracias a esa preeminencia. Los funcionarios españoles desplazados a Roma constituían un cuerpo cualificado y culto que a su regreso a España transmitieron los ideales renacentistas¹⁴¹. El padre de Garcilaso de la Vega, por ejemplo, fue embajador de los Reyes Católicos en la corte pontificia de Alejandro VI. Y es precisamente a finales del s. XV y comienzos del XVI cuando la reina Isabel (1451-1504) patrocinó en su entorno palaciego un primer círculo humanístico, a imitación de los existentes en las cortes nobiliarias de Milán, Ferrara o Florencia. Formaron parte de él intelectuales italianos como Lucio Marineo Sículo (1460-1533), Alejandro Geraldini (1455-1523) y Pedro Mártir de Anglería (1459-1526)¹⁴². De su sin-

¹³⁹ El año 1504 Gonzalo de Córdoba (1453-1515), el Gran Capitán, venció en Italia a los ejércitos de Luis XII, rey de Francia. A raíz de esta derrota, el monarca francés renunció a sus pretensiones sobre el reino de Nápoles y Fernando el Católico lo anexionó definitivamente al imperio español. Sobre la vida cultural en Nápoles en tiempos de los Reyes Católicos y Carlos V, *cf.* Dandele (2002: 33-38), Hernando Sánchez (1994: 467-95, y 2001: 91-101) y Prosperi (2022: 21-83).

¹⁴⁰ Sobre la presencia española en la Italia renacentista, *cf.* Croce (1917) y Gómez Moreno (1994); para la misma en Nápoles durante el siglo XVI, *cf.* Coniglio (1951) y Hernando Sánchez (1994 y 2001).

¹⁴¹ Dandele (2002: 39-46) relaciona los cargos de relevancia que ocuparon entonces los españoles dentro del Estado Vaticano. El primo de Alejandro VI, Jaime Serra, fue, por ejemplo, gobernador de Roma. Y dentro de la curia ejercieron como secretarios, notarios y abogados Gaspare Pao, Pedro Caranza, Alfonso de Lerma y Ferdinando Gutiérrez. Pedro de Aranda, obispo de Calahorra, fue mayordomo del papa y los cardenales españoles copaban en total un 20% del Colegio Cardenalicio.

¹⁴² La correspondencia epistolar de Marineo Sículo, publicada por Jiménez Calvente (2001), muestra el enorme flujo cultural entre Italia y España en tiempos de los Reyes Católicos. Según

cera admiración por la cultura renacentista dieron fe no solo su biblioteca, en la que había un nutrido grupo de autores clásicos (Virgilio, Tito Livio, Séneca, entre otros) y renacentistas (entre ellos el libérrimo Boccaccio)¹⁴³, sino también su séquito más cercano, al que perteneció la ilustre latinista Beatriz Galindo (ca. 1475-1535).

España mantuvo, además, excelentes relaciones con la República veneciana, otro de los enclaves humanísticos más conspicuos de la península itálica. En la Serenísima fue diplomático, mientras reinaba Felipe II, uno de los poetas españoles eximios, don Diego Hurtado de Mendoza (1503-75)¹⁴⁴. Será, por tanto, este mecenazgo y predisposición abierta hacia la cultura humanística una puerta de entrada para Lucrecio, dado que en Italia su poema ya había triunfado y era imitado profusamente. Pero fue, sin duda, Nápoles la ciudad que primero y con más intensidad irradió el espíritu humanista a la cultura española¹⁴⁵. Y fue, en lo que aquí interesa, el lugar donde los escritores españoles tomaron un primer contacto con el *DRN*.

Por una coincidencia del azaroso destino Lucrecio volvía a revivir en Campania, justo donde Filodemo de Gádara había dirigido en tiempos de Augusto la escuela epicúrea más importante de Italia y donde posiblemente resonaron los versos del *DRN*. Renacía, además, mientras un monarca español reinaba en aquella tierra patrocinando activamente las bellas artes; pero cierto es también que serían las autoridades españolas las que sofocarían un siglo más tarde el entusiasmo napolitano por Lucrecio (Prosperi, 2022: 18). En el futuro otro acontecimiento singular unirá curiosamente a España con la fortuna de la Escuela del Jardín. El rey español Carlos III (1716-1788) sufragó las primeras labores arqueológicas que sacaron a la luz la biblioteca epicúrea de la Villa de los Papiros.

Parenti (1993: 132-36), el petrarquismo de Marineo pudo facilitar el posterior influjo en España del poeta Benet Garret “el Cariteo”, reconocido petrarquista e imitador del *DRN*. Beltran (2022: 153-78) estudia en detalle la temprana penetración del petrarquismo en España, mucho antes que en Francia. Explica cómo la protección dispensada por los Reyes Católicos a estos intelectuales italianos facilitó la difusión de la cultura humanística y cómo se formó el grupo poético que primero adaptó las formas italianas, al que pertenecieron Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, Diego Hurtado de Mendoza, Gutierre de Cetina y Juan Coloma (ca. 1522-1586).

¹⁴³ Sobre la biblioteca de Isabel la Católica, cf. Silió Cortés (1943: 389) y Fernández Álvarez (2000: 52-53).

¹⁴⁴ Antolín (1910-1923 IV: 127) recuerda que “La librería de D. Diego Hurtado de Mendoza fué de las más ricas y escogidas que había en España en el siglo XVI. Contribuyendo a formarla su posición social, sus cargos diplomáticos, sus amistades, su afición, su sabiduría, etc. En las cartas de los eruditos españoles de aquel tiempo, entre los cuales se practicaba el intercambio de códices y de impresos, pueden verse muchos elogios del valor y de la riqueza de la librería de Mendoza. Felipe II, que deseaba juntar en el Monasterio de San Lorenzo una de las mejores bibliotecas del mundo, trató también de adquirirla”.

¹⁴⁵ En este sentido Gómez Moreno (1994: 74) escribe lo siguiente: “Como puede imaginarse, más frecuentes fueron las relaciones entre los escritores de la Corona de Aragón y los humanistas italianos”.

2. 5. *El texto y la censura eclesiástica*¹⁴⁶

Sed nos ingenii miremur acumina, linguae
Flumina miremur: pietas sua foedera servet.
Io. Auratus¹⁴⁷

Pese a los intentos de sincretismo y rehabilitación, la lectura del *DRN* era a menudo un reto incómodo para la Iglesia, dada su *opinio non christiana* (Palmer, 2014: 43-96). Aquella dialéctica atómica, tan empírica y, al mismo tiempo, tan delirante (Prosperi, 2004: 90), resultaba siempre polémica para la Teología (Onfray, 2006: 103-4)¹⁴⁸. Pero durante el Renacimiento el texto ya no estaba custodiado en unas pocas bibliotecas monacales, ahora podía comprarse en cualquier librería de Europa a buen precio y en edición de bolsillo, de ahí que no pasara mucho tiempo sin que se oyeran voces contrarias a un libro que alentaba con premisas tan elocuentes el ateísmo¹⁴⁹. Y entre los reformadores fueron confesos enemigos suyos (Hadzsits, 1963: 278) Martín Lutero¹⁵⁰, Juan Knox (ca. 1515-1572) y Juan Calvino (1509-1564), quien,

¹⁴⁶ Una panorámica general sobre la actitud de la Iglesia durante el Renacimiento frente a los autores paganos puede leerse en Prosperi (2004: 89-95).

¹⁴⁷ Versos dedicados por Jean Dorat (1508-1588), poeta real, *In Lucretium a Dionys. Lambino restitutum*. Contraportada de la edición de 1570 (Gordon, 1985: 83-84, n.º ref. 102ª).

¹⁴⁸ Con todo, resulta llamativo que la angelología medieval sea, en opinión de Albrecht (2002: 353), “una metamorfosis de la física antigua” y que Tertuliano tomara el principio físico de Lucr. I 304 (*tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla potest res*) como demostración de la materialidad del alma conforme a la concepción estoica (Albrecht, 2002: 355). Las opiniones de los gentiles, si ofrecían alguna utilidad, no se despreciaban, sino que se reciclaban a lo divino, como recordaba el inquisidor y jesuita Roberto Bellarmino (1542-1621) en sus *Disputationes de controversiis Christianae Religionis adversus huius temporis haereticos*, cap. XX: “Libros haereticorum abolendos esse”: *At contra obijciunt: primo, quia multa bona sunt in libris haereticorum, et stultum videtur, propter aliqua mala, privare se etiam bonis* (Prosperi, 2004: 90). Bellarmino actuó como consultor del Santo Oficio en los casos contra Giordano Bruno y Galileo Galilei. Pensaba que la Preciosa Sangre de Cristo podía haber fluído de las imágenes sagradas destrozadas en su época por los herejes, un milagro, del que, desde una actitud más crítica y científica, dudaba Michel de Marolles, también religioso y primer traductor de Lucrecio al francés (1650). Cf. Gordon (1985: 147).

¹⁴⁹ La Iglesia Romana prohibiría dos siglos más tarde la traducción italiana de Marchetti aduciendo las “confessions of several brothers named Legni that they had become atheists solely through reading Lucretius in Marchetti’s translation” (Gordon, 1985: 196). Algunos autores gentiles generaban estas dudas espirituales, como afirmaba Torquato Tasso en una carta al cardenal Scipione Gonzaga, de 15 de abril de 1579: “Dunque non mi scuso io, Signore, ma mi accuso, che tutto dentro e di fuori lordo e infetto de’ vizi de la carne e de la caligine del mondo, andava pensando di te non altramente di quel che solessi talvolta pensare a l’idee di Platone e a gli atomi di Democrito, a la mente d’Anassagora, a la lite e a l’amicizia d’Empedocle, a la materia prima d’Aristotele, a la forma de la corporalità, o a l’unità de l’intelletto sognata da Averroee, o ad altre sì fatte cose de’ filosofi [...] Ma dubitava poi oltra modo, se tu avessi creato il mondo [...] dubitava, se tu avessi dotato l’uomo di anima immortale [...]” (Prosperi, 2004: 230).

¹⁵⁰ Entre los vilipendios predilectos de Lutero estaba “epicúreo” o “Epicuro”. Se lo dedica, por ejemplo, a Erasmo, su rival, dirigiéndose a él como *hunc Atheon, Lucianumque Epicurum* (*Briefwechsel*, epist. 1388, año 1529. En *Werke*, vol. 5, p. 28, II 11-12), y diciéndole:

como dijimos, tildó a Lucrecio de *canis* (Schmid, 1946: 197, n. 4)¹⁵¹. También la Iglesia Romana censuró en el Concilio de Letrán (1512-17) la lectura de Lucrecio en las escuelas, cuando los niños eran más maleables:

Prohibet legi in scholis puerorum opera lasciva et poemata
Lucretii¹⁵².

Lascivos eran algunos versos de Catulo, de Ovidio, de Marcial, incluso de Lucrecio; pero la prohibición completa del *DRN* en la escuela se debía a los errores teológicos de su filosofía. Cada uno de sus versos, incluso los más poéticos y agradables, servían persuasivamente al propósito general de convencer al lector de que los dioses no intervenían en los asuntos humanos y de que no había vida más allá de la muerte. Para los teólogos avezados estos disparates de un pagano no suponían un gran inconveniente¹⁵³, pues “Cristo es la verdad completa y sin velos; por ello, su doctrina lo explica todo, incluidos los engaños de los poetas y los atisbos de los filósofos” (Ynduráin, 1994: 25). Pero estaba claro que no convenía darlo a conocer a los niños y así curarlos en salud. En este sentido, la epístola de Aldo Pío Manucio (1450-1515) dirigida a Alberto Pío (1475-1531), príncipe de Carpi¹⁵⁴, ofrece algunas claves sobre la actitud ambigua del Renacimiento, de reproche y encomio, hacia Lucrecio.

inhalas mihi grandem Epicuri crapulam (*De servo arbitrio*, año 1525. En *Werke*, vol. 18, p. 609, II 21-22). Lo usa también para decir que el Papa era una cochina epicúrea (“Epicurische Sew”. En *Werke*, vol. 54, p. 226, II 26-27). Atacó también a los teólogos de Lovaina llamándolos *crassissimos porcos Epicuri et prorsus Atheos* (*Contra XXXII articulos Lovanensium theologistarum*. *Ibid.* vol. 54, p. 428, II 23-25. Cf. Jones, 1992: 249-50). Sobre la pésima opinión que Lutero tenía de Lucrecio, cf. Paladini (2011: 41-58).

¹⁵¹ El mismo calificativo le dedica la puritana Mrs. Lucie Hutchinson (1620-1681) en la carta dedicatoria al conde de Anglesey que precede a su traducción (British Museum Add. Mss. 19.333) del *DRN*: “Then I read some profit by it, for it shewd me that sencelesse superstitions drive carnall reason into Atheism, which though Pollicy restrains some from avowing so impudently as this Dog, yet vast is their number, who make it a specious pretext within themselves, to thinke religion is nothing at all but an invention to seduce the ignorant vulgar into order & Government” (Munro, 1857-1858: 129).

¹⁵² Cf. *Statuta Concilii Florentini*, per Haeredes Philippi Iuntae, 1518, f. 35v. (Bertelli, 1965a: 286).

¹⁵³ He aquí un ejemplo de Arnobio *Adversus nationes* VI 2 que ejemplifica cómo los Padres de la Iglesia adaptaban en ocasiones las ideas heréticas de los paganos hasta cristianizarlas: *ut enim noscatis, quid de isto nomine –sc. de diis– sentiamus iudicique simus cuius, existimamus nos eos, si modo dii certi sunt, ut eadem rursus satiateque dicantur, cunctarum esse debere perfectarumque virtutum, sapientes iustos graves, si modo nulla est culpa, quod eos laudibus accumulamus humanis, intestinis pollentes bonis, nec extraneis adimniculis indigere, quo illis integritas inoffensae beatitudinis compleatur, ab affectibus cunctis et cunctis perturbationibus liberos, non ira effervere, non ullis cupiditatibus excitari [...]* Arnobio imita aquí a Lucrecio I 44-49, como cualquier estudioso de la época notaría, al describir a la divinidad, aunque el propósito es muy distinto, pues argumenta a favor de la providencia divina. Cf. también Lact. *Inst.* V 1, 13-16 (Prosperi, 2004: 66-67).

¹⁵⁴ Aldo fue preceptor de Alberto Pío. Sobre la importancia de la imprenta de la familia Manucio en el mercado librario español, cf. Gil (1997: 517-22).

La carta servía de introducción a la segunda edición aldina de 1515, preparada por Andrea Navagero (Gordon, 1985: 53-54, ref. 6), y en uno de sus párrafos dice así:

En igitur tibi Lucretius et poeta et Philosophus quidem maximus, vel antiquorum iudicio: sed plenus mendaciorum. Nam multo aliter sentit de Deo, de creatione rerum quam Plato, quam ceteri Academici; quippe qui Epicuream sectam secutus est. Quamobrem sunt, qui ne legendum quidem illum censent Christianis hominibus, qui verum Deum adorant, colunt, venerantur. Sed quoniam veritas, quanto magis inquiritur, tanto apparet illustrior, et venerabilior, qualis est fides catholica, quam Iesus Christus Deus Optimus Maximus dum in humanis ageret, praedicavit hominibus, Lucretius, et qui Lucretio sunt simillimi, legendi quidem mihi videntur, sed ut falsi, et mendaces, ut certe sunt (f. 1v.).

Lucrecio es aplaudido como poeta y filósofo eximio; pero, al mismo tiempo, es censurado por epicúreo, pues disiente de Platón (ca. 427-347 a. C.) y los Académicos en lo relativo a Dios y a la creación. Aldo Pío se refiere, sin duda, a las tesis más polémicas del epicureísmo: la mortalidad del alma y la ausencia de Providencia¹⁵⁵, que constituirían el objetivo de las censuras humanistas (Donohue, 1993: 6). En las últimas frases de Manucio se agitaba una cuestión de suma importancia para la futura recepción de Lucrecio en Europa, puesto que hace alusión a la controversia que el *DRN* había levantado entre el clero y la intelectualidad, quienes mantendrían dos posiciones distintas:

a) no leer el *DRN*, ya que atacaba dogmas de la religión católica y fomentaba la herejía¹⁵⁶.

¹⁵⁵ Solamente para la primera tesis, el número de tratados polémicos es inmenso. He aquí un ramillete: los *Sermones plurimi (I). Sermo de immortalitate animae*, Venetiis: Franciscus Renner, 1479 (BPE de Ávila), de Roberto Caracciolo; el *De animae immortalitate digressio*, Bononiae: A Hieronymo de Benedictis, 1523 [BCCS 13-1-3(5)], de G. F. Pico della Mirandola; el *Tractatus de immortalitate animae*, S.l.: s.i., 1534 (BN 2/58569), de Pietro Pomponazzi; el *De immortalitate animae aduersus quosdam Gallos, Commentarii duo*, Hispali: s.i., 1544 (BN R/21829), de Manrique Acunio; las *Theopoeiae libri sex*, Venetiis: Apud Aldi filios, 1550 (BN R/18325), de Ludovico Pariseti; los *Dialogi de immortalitate animae*, Barcinone: apud Claudium Bornatium, 1562 (BMMC B 139/2 -1-), de Pedro Alfonso de Burgos, y los *Opuscula de animae immortalitate [...] Genevae: Nicolaus Barbirius & Thomas Courteau*, 1563 (BN U/11089-1-), de Juan Calvino. En España, merece recordarse, por temprano, el diálogo del catalán Bernat Metge (1350-1413) *Lo somni* (1399), donde el propio Metge es acusado de epicúreo, al venir a sostener la mortalidad del alma (Badia, 2013: 713, n. 8, y 2000: 261-68). Para más información sobre este tipo de tratados, cf. Kristeller (1974: 77-78).

¹⁵⁶ En cierto modo, se puede decir que escogió esta opción Marsilio Ficino, al quemar sus comentarios al *DRN*, pues, siendo joven, había alimentado en él dudas y conflictos teológicos (Garin, 2001: 70-71).

b) Rebatir a Lucrecio y a otros ateos antiguos para que la verdad de Dios brille más resplandeciente¹⁵⁷.

Tenemos constancia de estas discusiones porque, cuando los inquisidores del Vaticano entablaron un debate para acordar el índice de libros prohibidos, salió a colación el *DRN*. El cardenal Marcello Cervini (1501-1555), futuro papa Marcello II (1555), medió en su favor e impidió así que formara parte de él¹⁵⁸. De haber sido incluido, lo hubiera sido también en el índice español, pues los censores de nuestro país tomaban como base el romano. Al final, el debate se inclinó hacia la segunda opción, de modo que, sorprendentemente para algunos, el *DRN* nunca fue censurado ni expurgado en los *Indices librorum prohibitorum*¹⁵⁹. Y es que en opinión de otros no resultaba especialmente pernicioso para la ortodoxia católica, como sugería Michele Ghislieri (1504-1572)¹⁶⁰, entonces Inquisidor General de Roma:

Col proibire Orlando, Orlandino, Cento novelle e simili altri libri più presto daressemo da ridere ch' altrimente, perché simili libri non si leggono como cose a qual si habbi da credere, ma como fabule, et come si leggono ancor multi libri gentili como Luciano, Lucretio et altri simili (Prosperi, 2004: 100).

Por si acaso, todos los editores y comentaristas escribían sus correspondientes *damnationes Lucretii* (Prosperi, 2004: 107-11, y 2007a: 145-146). Además, sus postulados heréticos fueron refutados en numerosos tratados, entre los cuales habría que destacar el *De animorum immortalitate* (1536) de Aonio Paleario, el *De principiis rerum* (1546) de Scipione Capece¹⁶¹, el

¹⁵⁷ Esta sería la opción de Eneas S. Piccolomini, futuro papa Pío II, quien en su defensa de la poesía pagana aducía: *Nam quod in poematibus de diis mentio fiat, non poetarum culpa, sed temporum fuit, quibus idola colebantur* (*Opera quae extant omnia*, Basileae: ex officina Henricpetrina, 1551, p. 598. BN R/18449). Cf. Prosperi (2004: 66 y 106).

¹⁵⁸ Lo comentaba Giovambattista Busini en una misiva fechada en 1549 (*Lettere a Benedetto Varchi sopra l'assedio di Firenze*, Firenze: Le Monnier, 1860, p. 241): "Qui sono state vietate e proibite a vendersi tutte le opere del nostro Machiavello, e voglion fare una scomunica a chi le tiene in casa [...] Dio aiuti il Boccaccio, Dante e Morgante e Burchiello. Volevano vietare Lucrezio, ma il Reverendissimo Santa Croce non ha voluto" (Prosperi, 2004: 99-100). El cardenal tenía un Lucrecio en su biblioteca (*ibid.*: 100, n. 159).

¹⁵⁹ Afirmaba Gordon (1985: 147): "Yet the reading of the text of Lucretius has never been prohibited by the Roman Church in spite of his earnest denial of the immortality of the soul. Such tolerance is said to be due to the high regard felt by Catholics for all the Latin classics and to confidence on the part of the authorities that competent readers, so far from being misled, would actually be strengthened in their faith by reading the crazy philosophy of Epicurus. Discrimination of this kind could not be expected from the common reader, and the Italian translation when, in 1717, one at last appeared, was prohibited, though those into other modern languages have not been".

¹⁶⁰ Sería nombrado papa con el nombre de Pío V (1566-1572).

¹⁶¹ La obra se publicó por separado (Venetiis: Apud Aldi filios, 1546. BGUS 35375-3- y BN R/43672-2-) y luego junto con el tratado de Paleario y Lucrecio (Francofurti: sumptibus Guiljelmi Fitzeri, 1631. BGUV Y-18/26. Cf. Gordon, 1985: 87, n.º ref. 104).

De immortalitate animae de Lodovico Pariseti (1502-1570)¹⁶² o *Le sette giornate del mondo creato* (1594) de Torquato Tasso (1544-1595). Resulta también evidente que entre los sectores más dogmáticos de la Iglesia Lucrecio no gozaba de mucho predicamento¹⁶³. Suscitaba sospechas y era considerado, pese a la permisividad oficial, uno de los escritores paganos más controvertidos. Pero no era solo Lucrecio el que causaba recelo, eran también otros muchos, paganos y modernos. Nos percatamos de esto al leer la decidida apología que escribió fray José de Sigüenza (1544-1604), bibliotecario de El Escorial, en favor de la diversidad de libros. Parte del clero hispano no aceptaba de grado que en la Librería Real anduvieran mezclados *sacra prophanis*. He aquí un párrafo de su argumentación:

Algunos han querido reprehender que en esta librería hay mucho de esto poético y gentil, y paréceles que en librería no sólo cristiana, más aún de convento de religiosos y jerónimos, no había de haber nada de esto ni oler a cosa profana: todo había de ser figuras e imágenes de santos, historias del Viejo y Nuevo Testamento, sin mezclar *sacra prophanis*¹⁶⁴. Razón es de gente ignorante o hipócrita. A cada cosa se ha de guardar su decoro: eso es para el claustro, sacristía, capítulos, coro y otras piezas propias del estado y de la observancia. Las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombres y de ingenios; los libros lo son, y así lo han de ser las figuras. Y si están aquí y en todas las bibliotecas del mundo los libros de tan insignes ingenios, que muestran la hermosura o el rostro de lo que tenían dentro, y se les leen las almas, ¿por qué quieren que no estén los retratos del rostro? Esta librería es real, y han de hallar todos los gustos, como en mesa real, lo que les asienta, profano y gentílico, buenos sujetos y ocasiones para loores divinos, y motivos de santa meditación, y los santos muy enseñados del cielo estima-

¹⁶² Los tres escribieron sus antídotos en poesía didáctica, “alla maniera di Lucrezio” (Mustard, 1918-1919: 7). Y los dos últimos con éxito, como advierte Sacré (1999: 355): “Le *De animorum immortalitate* a eu beaucoup de succès. Bembo, Sadolet, Scaliger l’ont admiré. Louis Parisetti, qui était en contact avec Sadolet et qui, vers 1540, a repris la thématique de Paleario, mais l’a traitée d’une façon beaucoup plus technique, s’est sans doute inspiré de Paleario; son poème est également un poème antilucrétien”. Prosperi (2007a: 150), al estudiar la influencia de los premios lucrecianos en Paleario y Pariseti, entre otros, recuerda que Paleario fue considerado de hecho “*Lucretius alter*” por el tratadista contemporáneo Bartolomeo Ricci.

¹⁶³ Cf. el prefacio *Ob. Gifanii in T. Lucretium ad clariss. virum, Ioh. Sambucum: Scio enim esse & in his quosdam etiam summo in loco collocatos, quibus haec discendi ratio, quam nos coniuncta cum gravioribus doctrinis antiquitatis cognitione amplexi sumus, omnino displicet; quique haec studia, quae ab humanitate nomen habent, & cum sapientiae gravitate conspirant, non modo non excolenda, sed ne attingenda quidem existiment [...]* (Antuerpiae: Ex officina Christophori Plantini, 1565-66, p. 2r. BN R/18781).

¹⁶⁴ Los más severos recurrían a citas como esta de Gregorio Magno (*Moral.* V 11, 28): *Haebent quippe hoc haeretici proprium ut malis bona permisceant, quatenus facile sensui audientis illudant.*

ron en mucho esto de que algunos hacen tantos ascos y dieron reglas para que se sacase mucho fruto de ellos (Fernández Alba, 1986: 517).

Pero, si queremos ahondar más en la polémica con Lucrecio, los datos más valiosos se encuentran en los prefacios de las ediciones renacentistas. En ellos, tras excusar y contraargumentar los postulados heréticos del epicureísmo (*deliramenta Lucretii*¹⁶⁵), los cautelosos editores suelen terminar elogiando las bondades estéticas que el *DRN* guarda para el lector: gracia poética¹⁶⁶, elegancia de estilo¹⁶⁷, hasta edificantes preceptos morales¹⁶⁸. Quizás el más significativo, por su difusión y fortuna, sea el prólogo de Lambin (*Dionysius Lambinus Karolo Nono, Regi Christianissimo, S. D.*), en el cual leemos¹⁶⁹:

At Lucretius animorum immortalitatem oppugnat, deorum providentiam negat, religiones omnes tollit, summum bonum in voluptate ponit. Sed haec Epicuri, quem sequitur Lucretius, non Lucretii culpa est. Poema quidem ipsum, propter sententias a religione nostra alienas, nihilominus poema est. Tantumne?

¹⁶⁵ En esos términos se expresa Aldo P. Manucio en su epístola a Alberto Pío, reproducida en la edición de Lugduni, 1540, p. 276 (BN 2/68057. Cf. Gordon, 1985: 55, n.º ref. 8ª). Más aún, se llega incluso a dudar de que realmente Lucrecio sostuviera semejantes opiniones. Es el caso de Pietro Vettori en su respuesta al arzobispo de Benevento (*Epistolae libri X. Orationes XIII. Et liber De laudibus Ioannae Austriacae*, Florentiae: Apud Iunctas, 1586, III, pp. 61-61. BN 2/68111-1): *neque enim facile credendum erat, politum, diligentemque in primis poetam, illic prooemium (sc. a Venus), quod non conveniret suae doctrinae, affixisse* (Prosperi, 2004: 136).

¹⁶⁶ Cf. la epístola introductoria de Nicolás Beraldo a Francisco Deloin: *non mediocri te (scio) voluptate Lucretiana lectio adficiet, propter florulentum carminis inexplicabilem quandam iucunditatem, inimitabilemque vetusti illius saeculi, quo primum latina poësis nata est, suavitatem amoenitatemque, ac plane delitias quasdam adorandae vetustatis, quibus mire noster hic blanditur arridetque Lucretius* (de la edición de Battista Pío, París: 1514, p. A i v. BN/R486. Cf. Gordon, 1985: 77-78, ref. n.º 101ª).

¹⁶⁷ Cf. *ibid.*: *Egregius uterque (sc. Varro Attacinus y Lucretius), quodque multo mirabilius, in tam difficilis materiae genere elegans ac purus* (Battista Pío, París: 1514, p. A i v.). Y la T. Lucretii Cari Vita, *Per Petrum Crinitum Florentinum*: *Nemo debet antiquiores poëtas ea ratione viliores putare, quod eorum versus nobis scarbi videntur. Ille enim stylus tum maxime placebat, diuque laboravit aetas secuta, ut magis huic molliori stylo acquiesceret. Itaque minime defuerunt, imperantibus etiam Vespasianis, qui Lucretium pro Vergilio et Lucilium pro Horatio legerent* (en la edición de Navagero, Lugduni: 1540, p. 3. BN 2/68057). Sobre cómo la poesía sublime de Lucrecio sirvió para excusar su acusado ateísmo y favorecer su divulgación, cf. Passannante (2011: 181-94).

¹⁶⁸ Cf. la epístola introductoria de Beraldo a Deloin: *Lucretium porro ipsum, quamquam de atomis, inani nihiloque quaedam cum Epicuro suo somniauerit, non modo propter doctae vetustatis quae in eo visuntur vestigia diligentissime legendum puto, sed propter iucundissimam rerum cognitionem dignam homine libero, atque adeo meliorem hominis partem perficientem et ad activas moralesque virtutes sensim perducentem* (Battista Pío, París: 1514, p. A i v.). Una valoración de este párrafo puede leerse en Fraisse (1962: 36).

¹⁶⁹ Sobre el planteamiento de Lambin y los problemas que levantaba la lectura de Lucrecio durante el siglo XVI, cf. Schmid (1946: 196-97) y Palmer (2014: 210-12).

Immo vero poema venustum, poema praeclarum, poema omnibus ingenii luminibus distinctum, insignitum, atque illustratum. Hasce autem Epicuri rationes insanas, ac furiosas, ut et illas absurdas de atomorum concursione fortuita, de mundis innumerabilibus, et ceteras, neque difficile nobis est refutare, neque vero necesse est: quippe cum ab ipsa veritatis voce, vel tacentibus omnibus, facillime refellantur [...] num iccirco nos quoque, qui eos legimus, impii sumus? Primum quam multa sunt in hoc poemate cum aliorum philosophorum sententiis ac decretis consentanea? quam multa probabilia? quam multa denique praeclara ac prope divina? Haec sumamus, haec arripiamus, haec approbemus. Illa, quae sunt commentitia, quae absurda, quae cum religione Christiana pugnantia, reiiciamus, aspernemur, improbemus (Lutetiae: 1570, p. a 3r.-v. BN 3/50418).

El profesor parisino recurre al criterio del *usus iustus*: tomar lo que sirva y descartar lo que no. De esta suerte, es posible hacer un uso cristiano de Lucrecio, porque, aunque explique las tonterías de Epicuro (Lact. *Opif.* VI 1), el poema está escrito con elegancia y talento¹⁷⁰. Más aún, contiene ideas científicas plausibles (*multa probabilia*) y máximas morales conformes al evangelio (*decretis consentanea*)¹⁷¹. Y para probar la legitimidad de esta tradición, que reconoce gran utilidad a los escritores grecolatinos, menciona a un nutrido grupo de Padres de la Iglesia que la practicaron:

Atqui non ita fuerunt nec inepte religiosi, nec superbe fastidiosi, veteres illi Christiani, sanctissimi viri, Iustinus martyr, Gregorius Nazianzenus, Basilius Magnus, Iohannes Chrysostomus, Clemens Alexandrinus, Athenagoras, Eusebius, Cyprianus, Tertullianus, Arnobius, Firmianus, Augustinus, Hieronymus, ut scriptorem, nisi Christianum, et omni ex parte gravem, castum, ac verum, neminem lectione dignum iudicarent. Quin et Empedoclem, et Democritum, et Epicurum, et Lucretium, et ceteros philosophos ac poëtas (ut oratores et historicos taceam) tum Graecos, tum Latinos, quamvis profanos, quamvis mendaces, quamvis impios, studiose legebant (*ibid.* p. 3v.).

¹⁷⁰ Cf. estas palabras de Vincenzo Borghini (1515-1580), miembro de la Congregación del Índice romano y expurgador de Boccaccio: “A me piace mirabilmente Lucrezio, e molto più che Virgilio [...] Non mi piace in lui la materia e il tema preso, anzi, l’abborrisco [...] Piacemi la purità, la leggiadria e nettezza del verso, maggiore, secondo me, che non è in Virgilio [...]” (Escrito ca. 1560. Cf. Prosperi, 2004: 116).

¹⁷¹ Este fue también un argumento del humanismo cristiano abanderado por Erasmo, pues, como explicaba Bataillon (1979: 75-76) “Sería error creer que el cristianismo contradice a los grandes filósofos que aparecieron antes de Cristo. Ningún filósofo digno de este nombre enseñó jamás el amor a las riquezas, a los honores, a los placeres. Los estoicos conocieron el valor absoluto de la virtud. Sócrates, Aristóteles, Diógenes, Epicteto, los epicúreos, todos ellos, cada cual a su modo, enseñaron la liberación de las pasiones y la pureza de la conciencia. Pero no son más que relámpagos fugaces en comparación con la luz de Cristo”.

A renglón seguido, recuerda la razón última, la más importante y que justifica este preciso uso de los paganos, es decir, *ad maiorem Dei et ecclesiae gloriam*¹⁷²:

Neque id temere, aut frustra. Nam quemadmodum apes ex singulis floribus, quod est ad mel conficiendum utilissimum, atque aptissimum limare, ac depasci consueverunt: quod est inutile, non attingunt, aut certe non degustant: ita sanctissimi illi, et Christianissimi homines ex poetis Graecis ac Latinis, ex scriptoribus profanis, atque a pietate Christiana remotissimis, quae ad religionem nostram propagandam, atque ornandam valere existimarent, ea diligenter et accurate carpebant, ac seligebant: quae repugnare sentirent, ea aut praeteribant, aut respuebant (*ibid.* p. 3v.).

El lector cristiano, cual solícita abeja, debe ir libando lo mejor de todos los libros, que son como flores donde tomar el polen adecuado para fabricar la mejor miel. Por medio de esta sutil alegoría¹⁷³, Lambin defiende que los libros paganos, aunque sean de ateos, contienen siempre preceptos provechosos. Ahora bien, el buen cristiano, como las sabias abejas¹⁷⁴, debe desechar el polen que amargue la miel: el atomismo epicúreo, en este caso. Es, sin duda, la mejor apología de Lucrecio y también una prueba diáfana de las disputas filosóficas que ha mantenido la Iglesia para neutralizar la impiedad innata en muchos autores clásicos. Con todo, a veces algunos lectores eran persuadidos por las premisas de Lucrecio. La *Epistola nuncupatoria* de Battista Pío (1470- ca. 1542) al obispo Giorgio Cassovio, previa a sus comentarios de Lucrecio, recordaba esto mismo:

Non desunt quidam scioli, quibus etiam alabastra unguenti plena putent, qui buccis tumentibus, librato vestigio, labiis demorsis, oculo suspenso, cuncta cavillantur et incessunt subduntque foetores suos et assannias (*sic*), quibus ut harpyiae cuncta foe-

¹⁷² De ahí que muchas veces los poetas renacentistas cristianicen los argumentos del *DRN*, pues era legítimo reinterpretar a lo cristiano las ideas paganas, si así se fortalecía la doctrina católica. La tesis de Goddard (1991: 3) ha demostrado esto mismo: “Renaissance critics of Classical literature who admired Lucretius’s poetry tell us plainly that Lucretius was enjoyed in spite of his Epicureanism. We can also infer this from the frequent imitation by Renaissance poets of passages from *De rerum natura* notable for their descriptive beauty. But in many cases, a poet’s response to the passage of Lucretius he imitates, and his own manipulation or subversion of Lucretius’s argument to create a new argument which rejects the Lucretian original, suggests that the Renaissance poets found a use, too, for the notoriety of Epicureanism [...] I show how five Renaissance poets, Bonincontri, Pontano, Marullus, Scipione Capece and Paleario, exploit this notoriety by recalling Lucretius and then by deliberately rejecting Epicurean arguments to reinforce their own Christian positions”.

¹⁷³ Aparece en *Lucr.* III 9-13.

¹⁷⁴ *Cf. Plu. De aud. poet.* 32e.

dant (Battista Pío, *In Carum Lucretium commentarii*, 1514, p. A.iii r.-v. BN R/486).

La teoría atómica podía considerarse una insensatez (Passannante, 2011: 88), pues ¿quién había visto esos primordios invisibles agitándose? Y, sin embargo, la hipótesis fue plausible, como vemos, para algunos y desataba peligrosas controversias, de ahí que el poeta y predicador anglicano John Donne (1572-1631), hastiado de la cuestión, escribiese el verso “*God knows where every atom lies*”¹⁷⁵. Solo tras el descubrimiento del microscopio en 1608 la teoría atomística fue ganando más y más credibilidad entre los filósofos empiristas¹⁷⁶, hasta el punto de que a finales del siglo XVII la mayoría se declaraba corpusculista o materialista (Singer, 1944: 364).

Lucrecio era un atizador de disputas y el *DRN* se había convertido en una obra polémica cuya divulgación convenía controlar (Sarnelli, 2020: 257). Y, así y todo, la aplicación precavida del *usus iustus* y la sincera estima que por su *latinitas* sintieron humanistas y prelados posibilitaron que durante el Renacimiento un “Lucrecio cristiano” (Prosperi, 2022: 7-8), sin espinas, fuese utilizado en géneros literarios muy dispares, desde el propio didascálico hasta el homilético¹⁷⁷, quizás el más ajeno, así como en tratados astronómicos, de preceptiva o de medicina¹⁷⁸. El inquisidor jesuita Antonio Possevino (1533-1611), admirador de Lucrecio y autor de uno de los enquiridiones magnos de la Compañía, la *Bibliotheca selecta qua agitur de ratione studiorum* (Roma, 1593), ofrecía ya al final del Renacimiento esta relación, bastante precisa, de los pasajes del *DRN* más adecuados para estudiar, imitar y comentar

¹⁷⁵ De su poema “Obsequies to the Lord Harrington” I 56 (Wagenblass, 1946: 124). En terminos similares se expresaba en su *Anatomy of the world* (London: Printed by W. Stansby for Samuel Macham, 1611. BCUG). Cf. Saccenti (1966: 34, n. 15).

¹⁷⁶ Cf. Quiroz Martínez (1949: 197, n. 30). Años más tarde, Robert Hooke (1635-1703) pudo observar gracias al microscopio organismos minúsculos que describió en su *Micrographia. Some physiological descriptions of minute bodies made by magnifying glasses*, I. Martyn and J. Allestry: London, 1665 (British Library 435.e.19). Con todo, Wilson (2016: 72) recuerda que “Christoph Martin Wieland wrote *Die Natur der Dinge* in 1752, to combat atomists, mechanists, materialists, pantheists, and atheists, arguing that if Lucretius had had the optical equipment of Hooke, he would have known better to praise the Creator”. Sobre el impacto de este y otros descubrimientos en la religiosidad europea, cf. Schwanitz (2002: 131-35).

¹⁷⁷ Basilio Ponce de León (1570-1629), por ejemplo, escribió en este género la *Primera parte de discursos para todos los Evangelios de la Quaresma* (Madrid, 1605), recurriendo con cierta frecuencia a Lucrecio. Para más información, cf. Prosperi (2022: 34-36).

¹⁷⁸ Un ejemplo paradigmático en esta última disciplina es el de las *Quaestiones medico-legales* de Pablo Zacchia (1584-1659), médico de cabecera (*Protomedicus*) del papa Inocencio X (1644-1655). Había estudiado con los jesuitas. Recibió el sobrenombre de “*Omniscius*” dado su saber enciclopédico, que, en efecto, despliega en este tratado. Impreso por vez primera en 1621 (Roma) y considerado el primero de medicina legal, recoge, al ser Lucrecio una *auctoritas* para su gremio, numerosos fragmentos del *DRN* al hilo de supuestos varios.

en su *Tractatio de Poësi et Pictura ethnica, humana, et fabulosa collata cum vera, honesta, et sacra* (Lyon, 1594. BGUSC 3829)¹⁷⁹:

E contrario non negaverim perlegi posse in Lucretio quae de morte contemnenda, de amore fugiendo, de coercendis cupiditatibus, de sedantis animorum motibus, de mentis tranquillitate comparanda, de somno, de ortu obituque syderum, de Solis, et Lunae defectu, de natura fulminis, de caelesti arcu, de causis morborum, ac plerisque eiusmodi rebus disputat: praesertim autem carmina illa, quibus velit nolit, Iudicij futuri postremum diem indicat (*De Lucretio Caro*. Caput. XIV).

Este repertorio, como señala Prosperi (2022: 32-34), muestra los tres aprovechamientos lícitos que los autores podían hacer de Lucrecio. Podía ser fuente científica sobre cuestiones médicas, astronómicas y meteorológicas, como hiciera Isidoro de Sevilla. Podían interpretarse sus versos en clave cristiana y antipagana, porque en ellos hubo vislumbres del venidero *Logos* divino. Y, según está exégesis, la peste de Atenas, por ejemplo, anunciaría el Juicio Final, al igual que los encomios a Epicuro, en opinión de Arnobio y Lactancio, habían presagiado el advenimiento de Jesucristo. Por último, podían servir de filón a la filosofía moral y a la poesía parenética en aquellas prédicas que comulgaban con la moral cristiana, que eran muchas, como resaltaron Jerónimo, Clemente Alejandrino o Basilio el Grande, entre otros. Fue este último venero el que pobló de citas lucrecianas las defensas de Epicuro y el que inspiró más versos. En efecto, al escribir los poetas sobre la conveniencia de aceptar la muerte sin temor (*de morte contemnenda*), sobre los males del amor apasionado (*de amore fugiendo*), sobre la necesidad de moderar los deseos de poder, gloria o riquezas (*de coercendis cupiditatibus*), sobre la búsqueda de la serenidad (*de sedantis animorum motibus*) o sobre la paz interior (*de mentis tranquillitate comparanda*), recurrieron, como comprobaremos seguidamente, al *DRN* y, con mayor frecuencia, al versar sobre estos tres últimos temas, que, de hecho, los florilegios renacentistas, dado su valor moralizante, surtían generosamente con fragmentos de autores clásicos y también, en ocasiones, de humanistas. Y, de entre los pasajes lucrecianos compilados en ellos, gozó de gran predicamento el proemio al libro segundo (vv. 1-61) sobre la dicha del sabio, por ser una síntesis muy lograda de las aspiraciones vitales compartidas por el neoestoicismo, el epicureísmo y el cristianismo.

¹⁷⁹ Cf. también el cap. 14 del libro XVII de su *Bibliotheca Selecta* (1593), en el que recomienda el estudio de pasajes purgados de Lucrecio, pues, aunque divulgador de errónea doctrina, es poeta sublime.

2. 6. *Imitadores españoles de Lucrecio en el Renacimiento*

Después de haber analizado el marco cultural, esencialmente italiano y, más concretamente, napolitano, en el cual resurgió Lucrecio, así como los obstáculos y reservas de la Iglesia hacia las ideas expuestas en el *DRN*, estudiaremos sus ecos literarios en España durante el Renacimiento, siguiendo un orden cronológico.

Benet Garret (1450-1514), más conocido por su pseudónimo poético “el Cariteo”¹⁸⁰, nació en Barcelona¹⁸¹. A los 18 años marchó a la corte aragonesa de Nápoles donde ocupó, entre otros, el cargo de secretario de Ferrante I. Allí desarrolló paralelamente una brillante carrera literaria, formando parte de la Academia Pontaniana. Ganó fama como poeta tras la publicación de su *Endimione (editio princeps, 1506)*, un cancionero de gusto petrarquista escrito en italiano¹⁸².

En su poesía Benet Garret muestra un influjo masivo de los clásicos, siendo, en este sentido, un notable representante del “clasicismo humanístico” que empezaba a difundirse por toda Europa desde Italia (Segarra Añón, 1998: 86). Aunque su obra pertenece a la Literatura Italiana, hemos decidido estudiarlo por dos motivos: primero, porque este catalán fue uno de los primeros imitadores de Lucrecio en romance y, segundo, porque su poemario influyó tempranamente en otros compatriotas que residieron en Nápoles. Concretamente, se han descubierto ecos suyos en Juan Boscán, Garcilaso de la Vega y Gutierre de Cetina (1520-1554), quienes apreciaron su elegante petrarquismo¹⁸³.

¹⁸⁰ Aclara Segarra Añón (1998: 86) que “Pontano encunyà per a ell el sobrenom de *Chariteus*, ‘deixeble i amic de les Gràcies’. Sannazaro l’anomenà *Barcinio* a l’égloga dotzena de la seva *Arcadia*, apel·latiu amb què recordava l’origen de l’amic.” También Gutierre de Cetina parece haber homenajeado a Benet Garret en el soneto 241 donde un pastor se llama “Cariteo” (Segarra Añón, 1998: 93).

¹⁸¹ Cf. Pèrcopo (1892: XVIII): “Barcellona –lo dice lui stesso,– fu il ‘dolce luogo dove nacque’ (Soneto IV 4)”.

¹⁸² *Opere del Chariteo*, In Napoli: per Ioanne Antonio de Pavia, 1506 (Biblioteca Estense y Universitaria de Módena). Se compone de 214 sonetos, 20 canciones, 4 sextinas y 5 baladas. En 1509 se publicó *Tutte le opere volgari di Chariteo*, in Napoli: per Sigismundo Mayr., incluyendo los poemas mitológicos y religiosos. De esta edición se conservan tres ejemplares en España: BC 1-III-11, BCCS 4-6-37 y BPE de Huesca B-21-3345.

¹⁸³ Para la influencia del “Cariteo” en los poetas españoles, cf. Parenti (1993: 112-145) y Morros (2000: 19-47). Este último ha descubierto nuevas deudas de Garcilaso con Garret “que demuestran ya por sí el conocimiento profundo por parte del primero de la obra del segundo”. Destacan las similitudes entre la *Égloga* I 324-337 de Garcilaso y el soneto CLXII 9-14 del Cariteo, donde los poetas asimilan el lamento del ruiseñor ante la pérdida de sus crías con el dolor que sienten por la ausencia de su amada (un correlato objetivo que remite a Verg. *Georg.* IV 511-16 y este a su vez a Lucr. II 352-65). Parenti (1993: 144) cree que en Sevilla existió alguna academia bucólica en la que se leyó la obra del Cariteo, como parecen sugerir las reminiscencias halladas en los *Sonetos y madrigales* de Gutierre de Cetina. Sin embargo, Segarra Añón (1998: 93-94) duda de esta posibilidad.

El primer estudioso que señaló un gran número de emulaciones lucrecianas en el Cariteo fue el crítico italiano Erasmo Pèrcopo (1892)¹⁸⁴. En España, la profesora Isabel Segarra Añón¹⁸⁵ ha estudiado también la recepción del *DRN* en la poesía del barcelonés, explicando con gran claridad la técnica de sus *imitationes*, que se caracterizan por el uso magistral de la *contaminatio* y de la “especialización incipitaria”¹⁸⁶.

La huella del *DRN* en la obra garretiana es singularmente intensa y demuestra gran familiaridad con el poema epicúreo. Solo una lectura asidua y una aguda comprensión, facilitada, a buen seguro, por los debates filológicos que sobre Lucrecio debieron de menudear en la Academia Pontaniana, explicarían la diversidad de las *imitationes* del Cariteo, entre las cuales hemos escogido este ramillete.

En la *Canzone* II el Cariteo emula la canción XV (“Qual pena, lasso, è sì spietata, e cruda”) de Jacopo Sannazaro, que a su vez era una recreación del famoso pasaje lucreciano III 991-1021 (Pèrcopo, 1892: 27, nn.), en el que el poeta latino interpretaba de manera racionalista los legendarios suplicios infernales sufridos por Tántalo, Sísifo, Ticio y las Danaides como meras fábulas inventadas por los vates antiguos para encubrir los sufrimientos reales de la vida. En los versos siguientes se aprecia cómo Benet Garret siguió esta exégesis para describir sus propios tormentos amorosos:

Errando sol per antri horrendi & foschi,
Et per deserte piagge, aspre & noiose,
Sterili, ove giamai pianta non nasce;
Non, come pria solea, per lieti boschi,
Nè per fioriti prati o valle ombrose, 5
Mi mena Amor, che si nutrica & pasce

¹⁸⁴ Editó su obra completa en dos volúmenes, de la que solo conocemos dos ejemplares. Uno se encuentra en la Biblioteca de Lletres de la Univ. de Barcelona (07 850 14/15 Car-1) y otro, en la Biblioteca Barri Vell de la Univ. de Girona (850 15 Gar). Tomamos los textos de su edición. Es un estudio muy valioso que merece ser reeditado; más, si cabe, para atender al creciente interés de la filología española por Benet Garret. Además de ofrecer una generosa introducción a su vida, obra y al ambiente cultural de la época, Pèrcopo (1892: CLIV-CLXXXII) anota con una acribia excepcional los ecos de los poetas clásicos e italianos, entre los que sobresalen Homero, Lucrecio, Catulo, Titulo, Horacio, Ovidio y Propertio. Para más información sobre las fuentes clásicas y renacentistas en el “Cariteo”, cf. Parenti (1993: 49-62) y Consolo (1978: 19-94).

¹⁸⁵ Debo a su amabilidad tres separatas (1994, 1997 y 1998) en las que identifica muchos ecos lucrecianos, sobre todo en la última. Su tesis de licenciatura (1991), inédita, versa también sobre la presencia de los clásicos en el “Cariteo”. Y, en concreto, su *Excursus* I trata “Sobre la traducción garretiana del pas *De rerum natura* II, 1-8 de Lucreci en el Cantic *De dispregio del mondo* 1-12 de Cariteu” (pp. 79-84).

¹⁸⁶ Sobre la *contaminatio* como modo imitativo, cf. Fiske (1966: 50), Lázaro Carreter (1979: 89-119) y Laguna Mariscal (2000b: 428-32). La “especialización incipitaria” consiste en la traducción literal o reelaboración del comienzo de un poema clásico, de forma que el lector o el auditorio reconozca de inmediato el eco (Segarra Añón, 1998: 88-89, y 1994: 509). Para más información sobre este recurso retórico, cf. Conte (1974: 53).

De mio cor, che rinasce
 Et cresce ogni hora assai più che non manca,
 Devorato i quel bramoso augello,
 Sol perché rebello 10
 De la ragion, la qual fugata e stanca
 Fu vinta dal desio terreno & frale,
 Ch'ebbe ardir di tentar cosa immortale.
 La notte e'l dì per natural costume,
 Misero!, in van supporto eterni affanni, 15
 Servendo a tal, che del mio mal non cura.
 Al lito d'un veloce & alto fiume
 Un vaso perforato & pien d'inganni
 Empio de l'acqua turbida & oscura,
 Che dentro poca dura, 20
 Fluendo per le rime in un momento,
 Et chiaramente veggio il falso inganno,
 Et pur sempre m'affanno,
 In questo amaro, eterno & van tormento,
 Ch'io suffro & per mia colpa & per mia sorte, 25
 Ché diedi a la ragione indegna morte.
 Ne l'acque fresche, liete, dolci & chiare
 Ardo digiuno, inferno & sitibondo,
 Et bagnar non mi posso i labri ardenti,
 Ognihor mi vien, per più mi tormentare, 30
 Un pomo suavissimo & giocondo
 Inanzi a gli occhi cupidi & intenti;
 Ma quando i famolenti
 Sensi distendon la furente mano
 Con dubbia speme & con certo desio, 35
 Misero!, allhor ved'io,
 La speranza e'l desire andare in vano:
 Sol perché diedi ad una inclyta Dea
 L'amata libertà, che un tempo havea.
 Ovunque io mi rivolga, ad ciascun passo 40
 Mi trovo pien di paventoso horrore,
 Di gelato sospetto & van desire.
 Ne l'aere pende per mia morte un sasso,
 Che minaccia ruina ad tutte l'hore,
 Ond'io tremo morendo in tal martire. 45
 Et quando di morire
 Cresce la speme a l'alma sbigottita,
 Quel sasso, che nel capo ognihor mi viene,
 Ne l'aere si ritiene,
 Nè cade, nè si ferma. O dura vita! 50
 L'alma pur non si pente, anzi più vole
 La luce, che pertiene solo al sole.
 Chi vuol dunque vedere il mal che preme

Quell'anime infelici & tormentate	
Ne li martiri del tartareo regno,	55
Venga a mirar tutte le pene insieme	
Dentro'l mio cor, ch'eternamente pate,	
Anzi il morir, martirio di lui degno.	
Qui si vede l'ingegno	
Del cieco amor, crudel, fallace & lieve,	60
E'l modo come tratta i suoi seguaci,	
Et come gli fa audaci.	
Qui può veder che 'n questa vita breve,	
(S'io non m'inganno, e'l ver veggio & discerno,)	
E ciascuno a sé stesso un diro inferno.	65
Canzone, io non fui mai	
Nei campi Elisi & fortunate valli,	
Ov'altro sol si vede & altra luna,	
Nè mai l'aëre imbruna,	
Nè vivo ascoso in quei secreti calli	70
Coverti d'amorosi, ciprii mirti;	
Ma son più tra più dolenti spirti.	
Pèrcopo (1892: 27-30)	

La *contaminatio* del poema es tal que el poeta crea una suerte de mosaico de *imitationes* tomadas de Lucrecio, Virgilio, Petrarca y Sannazaro, su fuente primera¹⁸⁷. De Lucrecio inserta dos ecos palmarios: “un vaso perforato” (v. 18), equivalente al *pertusum vas* de Lucrecio III 1009, y “Ne l’aere pende per mia morte un sasso” (v. 43), que recupera el verso lucreciano III 980, que hacía referencia a Tántalo: *nec miser impendens magnum timet aere saxum* (Pèrcopo, 1892: 28-29, nn.).

Esta canción resulta interesante como ejemplo de intertextualidad y de tradición clásica. De un lado, el influjo directo de Lucrecio como fuente primaria en ella es manifiesto. De otro, ha sido fuente de inspiración para la *Canción* IV de Garcilaso de la Vega, como Bienvenido Morros (2000: 31-34) ha mostrado. En los versos 29-39 el Cariteo racionaliza el castigo de Tántalo (Lucr. III 978-81) como ejemplo del enamorado que sufre “en vida” por la pasión, siempre insatisfecha, de amor. Garcilaso toma esta interpretación para los versos 87-100 de su canción.

De nuevo, en la canción épica *intitulata Aragonia* (VI), que ensalza las glorias de la Corona de Aragón, se hallan reminiscencia lucrecianas, si bien es la *Eneida* la fuente primaria (Pèrcopo, 1892: 61, nn.). El poema, compuesto justo

¹⁸⁷ Los versos 6-9 retoman claramente los versos 108-110 de la canción de Sannazaro: “E per più doglia il cor sempre rinasce, / E del suo danno pasce / Quel fier, che più digiuno ognor l’assale”; el verso 27 recuerda aquella “Chiare fresche e dolci acque” de Petrarca, *Canzoniere* I (canzone CXXVI 1. Cf. Cortines, 1989: 454), y en los versos 67-69 se aprecia un eco de Verg. *Aen.* VI 638-41 (Pèrcopo, 1892: 27-30, nn.): *Devenere locos laetos et amoena virecta / fortunatorum nemorum sedesque beatas. / Largior hic campos aether et lumine vestit / purpureo, solemque suum, sua sidera norunt.*

cuando el Cariteo gana el puesto de secretario de Ferrante I, es, en opinión de Segarra Añón (1997: 68), “una síntesis històrica, literària i filosòfica de la segona meitat del segle XV en el Regne de Nàpols”. Siendo así, se evidencia aún más que Lucrecio ocupaba un puesto notable en el parnaso napolitano. Leamos los versos 61-75, donde Júpiter, rodeado de otros dioses, pronuncia unas *laudes Italiae* (70-75)¹⁸⁸:

Dunque quel padre eterno
Parlando, in piedi cominciò levarsi,
Et lui dicendo, ognium degli altri tacque;
Vidi il vento acquetarsi,
Tremar la terra in sino a l'imo inferno, 65
Ove Pluton, pien di superbia, giacque,
Et fermarsi del mar la placide acque:
- Cittadine del cielo, alme preclare,
Udite attenti il suon di mie parole.
Sotto la luna e'l sole 70
Mirando quanto cinge el salso mare,
Et quanto in terra giace¹⁸⁹,
Nulla cosa più bella al mondo appare,
Nè più felice & lieta, & più ferace
Ch'Italia, degna di perpetua pace. 75
Pèrcopo (1892: 64)

Los versos 73-75 recuerdan la conocida descripción lucreciana de los *intermundia* celestes donde habitan los dioses III 18-24:

apparet divum numen sedesque quietae,
quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis
aspergunt neque nix acri concreta pruina 20
cana cadens violat semper<que> innubilus aether
integit, et large diffuso lumine ridet.
omnia suppeditat porro natura neque ulla
res animi pacem delibat tempore in ullo¹⁹⁰.

¹⁸⁸ Virgilio escribió la más célebre alabanza a Italia en *Georg.* II 136-76. Anteriormente había escrito otra Varrón en *Rust.* I 2, 6. Entre los ejemplos de recepción de este encomio destacan las *Laudes Hispaniae* que escribió Isidoro de Sevilla al comienzo del *De origine Gothorum*, redactado en torno al 624. Para más información, cf. Curtius (1976 I: 228-29) y Roncero (1993: 81-92).

¹⁸⁹ Estos versos contienen numerosos ecos de Virgilio: vv. 60-65 = Verg. *Aen.* X 100-3: *tum pater omnipotens, rerum cui prima potestas, / inquit; eo dicente deum domus alta silescit, / et tremefacta solo tellus, silet arduus aether, / tum Zephyry posuere, premit placida aeque pontus*; vv. 68-69 = Verg. *Aen.* X 6 y 104: *caelicolae magni, [...] / "accipite ergo animis atque haec mea figite dicta*, y vv. 70-72 = Verg. *Aen.* I 223-35: *Iuppiter aethere summo / dispiciens mare velivolum terrasque iacentis / litoraque et latos populos, [...]* Cf. Pèrcopo (1892: 64, nn.).

¹⁹⁰ Puede haber estado también en la mente del Cariteo el verso de Lucr. I 45: *immortali aevo summa cum pace fruatur*, repetido en II 647.

Este soneto (LXXIX) describe así el ánimo del poeta, afectado de mal de amores:

Qual huom languendo giace in febre ardente,
 Ch'essendogli negato il freddo humore,
 Bever si sogna un fiume, & più l'ardore
 Gli cresce in mezzo al liquido torrente;
 Tal vo sempr'io con gli occhi & con la mente, 5
 Donna, cercando voi, mio primo amore,
 Et poi, presente al vostro almo splendore,
 Mirando, a più mirar son più fervente.
 Ché satia mai non è l'anima, errante,
 Incerta in qual dolzor si pasca pria, 10
 Nel bel petto, o'n le luci honeste & sante.
 L'una beltà da l'altra la desvia,
 Tra tai perfettioni insieme & tante,
 Che mirando più brama & più desia!
 Pèrcopo (1892: 101-2)

En los versos 1-5 el poeta se compara con un enfermo aquejado de aguda fiebre que en sueños desea saciar su sed. El símil procede de la diatriba contra el amor (IV 1037-207). Allí Lucrecio refiere los males del amor apasionado (1073-120) y entre ellos señala el deseo insaciable (1084-120), ya que el enamorado siempre está insatisfecho (1097-101):

ut bibere in somnis sitiens cum quaerit et umor
 non datur, ardorem qui membris stingere possit,
 sed laticum simulacra petit frustra laborat
 in medioque sitit torrenti flumine potans,
 sic in amore Venus simulacris ludit amantis

Los versos 8-11 imitan los versos siguientes (1102-4. Cf. Pèrcopo, 1892: 101-2, nn.):

nec satiare queunt spectando corpora coram
 nec manibus quicquam teneris abradere membris
 possunt errantes incerti corpore toto.

Aunque la factura es petrarquista¹⁹¹, el Cariteo se inspiró en imágenes lucrecianas que más tarde inspirarían también a Garcilaso de la Vega (*Canción* IV, vv. 93-100) y a Francisco de Aldana (soneto XVIII).

¹⁹¹ Sobre la filiación petrarquista de la poesía del *Endimione* del Cariteo, cf. Parenti (1993: 83-89).

El cántico titulado *De dispregio del mondo* (V), escrito en *terza rima*, pertenece a un grupo de poemas religiosos y moralizantes, que, pese a su temática sacra¹⁹², incorporan muchos textos paganos “a lo divino”¹⁹³. Empieza así:

Soäve cosa è riguardar di terra, Per gran vento, del mar l'onde, turbate, Dare a li naviganti horribil guerra.	
Soäve anchor, per campi squadre armate Ferirsi strenuamente in Marte eguale, Mirar d'una turrita, alta cittate.	5
Non che gioir mai debia alcun mortale Del danno altrui, ma sol perch'è diletto, Vedersi huom fuor d'un aspro, horrendo male.	
Ma più soäve anchor, più dolce affetto Senton color, che'n la divina altezza Tengon drizzato il chiaro, almo intelletto.	10
Staran constanti i giusti in gran fermezza, Incontro a quei, che nel mundano inferno Gli fur sempre molesti in dura asprezza [...]	15
Quando eravam tra quel volgo imprudente, Che solo admirar suol divitie immense, Quanto inganno prende la cieca gente!	80
Ché, vedendo le aurate, argentee mense, Le vivande exquisite, i dolci odori, Quelle dismesurate & varie impense;	
I serichi trapunti & gli aurei fiori Nei bei panni contexti; i letti, ornati Di coltre, d'ostro & de ricchi lavori;	85
I gran dominii, i regni, i principati, Gli alti palazzi, & mille human dilette; Giudicava noi soli esser beäti!	90
Ma, se de li penosi, amari affetti L'armata, ardente & furiosa schiera Veduta havesse dentro i nostri petti;	
Se l'avida, crudel, rapace fera, Che'l cor co'i denti havea tutto squarciato, Si fusse dimostrata in forma vera;	95

¹⁹² Pèrcopo (1892: CLVIII) muestra cómo este cántico es en ocasiones una paráfrasis de la *Sapientia Salomonis* V 10-11 y 13 (= *De dispregio del Mondo* 61-74).

¹⁹³ Afirmar Segarra Añón (1998: 90) al hilo del texto: “Les fonts dels càntics religiosos, exceptuant les continúes referències al textsagrat i a l'obra de l'amic Sannazaro *De partu Virgini*, estan constituïdes per represes provinents de Lucreci i de Virgili, filtrats en clau cristiana, i de Claudià principalment. Un dels exemples més remarcables per la seva força i bellesa és la traducció que Garret fa del famós incipit del llibre II del poema lucrecià en el càntic titulat *De dispregio del mondo*”. Cf. també Pèrcopo (1892: CLIV-CLIX y 291-97, nn.), Consolo (1978: 62) y Segarra Añón (1991: 79-84).

Stolto non fu giamai tanto insensato,
 Nè cor di voluptà sì desioso,
 Ch'envidiato avesse al nostro stato!
 Così passammo il viver fatigoso, 100
 Pien di tormento, in quel carcer mundano;
 Et hor l'havem perpetuo & più doglioso.
 O ignorantia d'intelletto humano,
 Como non vedi il ver, che mostra chiaro,
 Che non si può salvar l'animo insano? 105
 [...]
 Gli occhi drizziamo al bel templo sereno
 Di sapiëntia, che da l'arduo monte
 Effunde i fior da l'odorato seno. 135
 Pèrcopo (1892: 291-97)

El Cariteo abre su cántico con una *interpretatio* del comienzo del segundo proemio lucreciano (II 1-14)¹⁹⁴, que respeta la estructura del *priamel*, pero no su preferencia. Si Lucrecio opta por la sabiduría pagana (*sed nil dulcius est, bene quam munita tenere / edita doctrina sapientum templa serena*, vv. 7-8), Garret escoge la sabiduría de Dios (“Ma più soàve anchor, più dolce affetto / Senton color, che’n la divina altezza / Tengono drizzato il chiaro, almo intelletto”, vv. 10-12). El Cariteo cristianiza la opción original no porque el *protréptico* de Lucrecio atente contra el credo cristiano, sino porque trata de culminar una composición religiosa y versifica en consecuencia. La elección de la pieza lucreciana para la abertura de su poema, justamente donde utiliza el recurso de la “especialización incipitaria”, revela que era muy conocida (Pèrcopo, 1892: CLIX).

A lo largo de su poema, el poeta barcelonés emula otros versos sobresalientes del exordio de Lucrecio: el verso 81, por ejemplo, recuerda la exclamación *o miseras hominum mentis, o pectora caeca!* (II 14) y, ya al final, los versos 133-34 copian, en una suerte de *Ringkomposition*, los *sapientum templa serena* (II 8). Tiene en mente asimismo otros pasajes. Los versos 91-99, verbi-gracia, reelaboran el pasaje de Lucrecio III 1053-57 (Pèrcopo, 1892: 295, nn.):

Si possent homines, proinde ac sentire videntur
 pondus inesse animo, quod se gravitate fatiget,
 e quibus id fiat causis quoque noscere et unde 1055
 tanta mali tamquam moles in pectore constet,
 haud ita vitam agerent, ut nunc plerumque videmus
 [...]

¹⁹⁴ Para la imagería, fuentes y recepción de este proemio lucreciano, cf. Traver (2000: 449-56). Sobre su influencia en la poesía de Torquato Tasso, cf. Prosperi (2015: 340-53); en Montaigne y Francis Bacon, cf. Passannante (2011: 129-30).

Benet Garret adaptó para su cántico cristiano este argumento pagano que en el original lucreciano se proponía desmitificar el infierno convencional. Es, en este sentido, un ejemplo brillante de sincretismo epicúreo-cristiano¹⁹⁵.

La vida del siguiente imitador, Fernando de Rojas (ca. 1465-1541), se desenvolvió entre su lugar de nacimiento, Puebla de Montalbán (Toledo), Salamanca, donde estudió desde los quince años hasta los veinticuatro, y Talavera de la Reina, donde desempeñó varios cargos públicos. De su formación académica interesa saber que, cuando cursó el bachillerato en la Facultad de Artes, entre los quince y dieciocho años, adquirió “una formación gramatical de latín y conocimientos de cultura clásica, retórica y dialéctica” (Lobera *et alii*, 2000: LXVIII). Tuvo en su biblioteca (Infantes, 1998: 7-51) libros de Cicerón, Ovidio y Séneca y algún florilegio como la *Margarita poetica*¹⁹⁶ de Albrecht von Eyb (1420-1475). Nada extraño o demasiado llamativo, como un Lucrecio. Sin embargo, debió de haber leído, si no la obra entera¹⁹⁷, sí al menos algunos fragmentos del *DRN*, por haberlos estudiado en clase o por haberse topado con ellos en alguna poliantea, pues escribió una emulación notable del pasaje lucreciano I 936-50 (= IV 11-25) en su prólogo de *La Celestina*:

El autor, escusándose de su yerro en esta obra que escribió, contra sí arguye y compara.

COMPARACIÓN (5)

Como el doliente que píldora amarga
o la rescela, o no puede tragar,
métenla dentro de dulce manjar,

¹⁹⁵ Otras deudas literarias del Cariteo hacia Lucrecio se encuentran en los versos 16-18 de *Pascha* (Cántico primo): “Che ‘n tal guisa serraste intorno i chiostrì, / Che, dopo voi, nessun preclaro ingegno / V’ha penetrato, insino a i tempi nostri” (= Lucr. IV 1-2), y en los versos 54-57 de la *Canzone* II: “Superbe porte, ingrati - ad tanti honori; / Non vedrete più fiori, -mhyrti, o rose, / Nè dolce acque odorose, -in terra sparse, / Poi che me site scarse - & tanto avare!” (= Lucr. IV 1169-1171, en los que recrea el tópico del *exclusus amator*). Cf. Pèrcopo (1892: 370 nn. y 431-32 nn.).

¹⁹⁶ *Margarita poetica: non solum poiesim: sed medulam artis rhetoricae oratorum & historiarum omniumque humanitatis litterarum complectens*, Basileae: per Ioannem de Amorbach, Ioannem Petri & Ioannem Froben consocios, 1503 (BN R/23070). En ella se citan versos de Lucrecio, al menos, en tres ocasiones. Los hexámetros en cuestión son Lucr. II 14 (*Ex aucto. Ex primo li. Lactantii. Secundae partis, Tractatus I*, cap. II Y), II 991-92 (*Ex aucto. Ex sexto li. Lactantii. Secundae partis, Tractatus I*, cap. II N) y VI 24-28 (*De aucto. Ex septimo li. Lactantii. Secundae partis, Tractatus I*, cap. II X).

¹⁹⁷ Al parecer, Rojas no viajó nunca a Italia, donde Lucrecio era un escritor popular en los cenáculos humanísticos. Con todo, ya a finales del siglo XV había cuatro ediciones del *DRN* en circulación. Recuérdese que la *editio princeps* data de 1473 y que se conservan incunables en España, uno de 1495 en la BCCS (2-2-17) y otro de 1500 en la BN (I/1067). Que hayan pervivido dos no es óbice para que hubiera muchos más en su tiempo. De *La Celestina* se conserva solo un ejemplar de las primeras ediciones de Burgos (1499-1502), Toledo (1500), Sevilla (1501) y Valencia (1514). Cf. Lobera *et alii* (2000: LXXII, n. 51). Para las fuentes principales de *La Celestina*, cf. Deyrmond (1985: 310-11).

engañase el gusto, la salud se alarga,
desta manera mi pluma se embarga, 5
imponiendo dichos lascivos, rientes,
atrae los oídos de penadas gentes,
de grado escarmientan y arrojan su carga.
Severin (1991: 73)

El poeta epicúreo utilizaba este símil para explicar al lector por qué había decidido divulgar la doctrina de Epicuro (medicina) sirviéndose de la poesía (miel). Pues, como los galenos engañan a los niños poniendo miel en la copa del jarabe desabrido para curar sus enfermedades, así él escribía sobre conceptos filosóficos con versos delicados, como tocados por la dulce miel de las Musas. De esta suerte, los lectores podían sanar más fácilmente sus males: el miedo a la muerte y a los dioses. La metáfora lucreciana se convirtió pronto en la alegoría por antonomasia de la poesía didáctica y, por extensión, del ideal de enseñanza que conjugaba amenidad y teoría. He aquí los versos donde aparece (I 936-50):

sed veluti pueris absinthia taetra medentes
cum dare conantur, prius oras pocula circum
contingunt mellis dulci flavoque liquore,
ut puerorum aetas improvida ludificetur
labrorum tenuis, interea perpotet amarum 940
absinthis laticem deceptaque non capiatur,
sed potius tali facto recreata valeat;
sic ego nunc, quoniam haec ratio plerumque videtur
tristior esse quibus non est tractata, retroque
vulgus abhorret ab hac, volui tibi suaviloquenti 945
carmine Pierio rationem exponere nostram
et quasi musaeo dulci contingere melle,
si tibi forte animum tali ratione tenere
versibus in nostris possem, dum perspicis omnem
naturam rerum qua constet compta figura. 950

Menéndez Pelayo (1905-1915 III: 160), con la intuición que le caracterizó, atribuyó la imagen de la píldora amarga al latino y sostuvo que Rojas había leído su obra¹⁹⁸. Es verdad que Rojas recrea aquí un tópico didáctico trilladísimo, en particular durante el Medievo¹⁹⁹, de la literatura como medicina, pero su versión es, a nuestro entender, una *aemulatio* del texto lucreciano,

¹⁹⁸ No opinaban lo mismo Cejador (1968 II: 11), Valentí (1949: 219) y Castro Guisasaola (1973: 46), quienes se decantaban por que fuese simple repetición de un tópico *sine domino* (Cf. Lobera *et alii*, 2000: 507-8, n. ad 11. 22).

¹⁹⁹ Y mucho después, como afirma Vicente Espinel (1550-1624) al comienzo de su obra, ya barroca, *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618): “O haré como los grandes médicos, que no luego que llegan al enfermo le martirizan con la violencia del reobardo ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura y suavidad de los jarabes, para después aplicar la purga, que ha de dejar el sujeto limpio y libre de la corrupción que le aquejaba.

dado que no parece haber tenido en cuenta otros textos emblemáticos del *locus*, como los de Horacio *Ars* 343-44 o *Sat.* I 1, 25-27²⁰⁰. Esta factura, tan similar al original, pudo deberse a que el texto se comentaba en las aulas universitarias, pues las asignaturas de Gramática y Retórica se enseñaban con fragmentos selectos de prosistas y poetas latinos²⁰¹. Estas son las similitudes más notorias:

Vv.	FERNANDO DE ROJAS, <i>COMPARACIÓN</i> (5)	Vv.	LUCRECIO
1	el doliente que píldora amarga	I 936	pueris absinthia taetra
		I 940-1	amarum / absinthii laticem
3	métenla dentro de dulce manjar	I 938	contingunt mellis dulci flavoque liquore
4	engañase el gusto, la salud se alarga	I 939	ut aetas improvida ludificetur
		I 940	deceptaque non capiatur
		I 942	sed potius tali pacto recreata valescat
5	desta manera mi pluma se embarga	I 943	sic ego nunc
7	atrae los oídos de penadas gentes	I 944-5	haec ratio plerumque videtur / tristior
		I 948-49	si tibi forte animum tali ratione tenere / versibus in nostris possem

Al margen de esta reminiscencia puntual, la crítica ha visto en *La Celestina* un “primer vagido” del librepensamiento renacentista español que va constituyéndose tras el teocentrismo ensimismado del Medievo²⁰². Estos aires tan modernos se asociaron por su talante “libertino” con la nueva corriente de

Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los médicos y las medicinas [...]” Recuérdese también el “Prólogo” comentado arriba de *El conde Lucanor*, similar a este.

²⁰⁰ Hor. *Ars*. 343-44: *omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci / lectorem delectando pariterque monendo*; y Hor. *Sat.* I 1, 25-27: *quid vetat? ut pueris olim dant crustula blandi / doctores, elementa velint ut discere prima, / sed tamen amoto quaeramus seria ludo*. Los dos están recogidos en la *Margarita poetica*. El primero en *Ex aucto. Ex Laertio. Secundae partis, Tractatus I*, cap. X bb. El segundo en *Ex versibus inserendis ex Horatio, Primae Partis, Tractatus III*, cap. XIII c-d. El fragmento lucreciano no aparece citado. Tampoco lo extracta el florilegio más difundido en su época, el *Viridarium illustrium poetarum* (Venetiis: accuratissime impressum per Bernardinum de Vitalibus Venetum, 1507) de Octaviano Mirándula (Traver, 2014: 136-39).

²⁰¹ Las fuentes y presencia del tópico en autores latinos han sido estudiadas por Passannante (2011: 31-34) y, más extensamente, por Prosperi (2004: 3-40).

²⁰² Sobre esta corriente en España y su relación con el epicureísmo, cf. los caps. “El Ateísmo en España”, “Paganismo Literario” y “Sincretismo” de Green (1969 IV: 209-26), así como los estudios de Camillo (2001), Lupi (1981), Wirth (1977), Alcalá Galve (1977 y 1976), Bataillon (1974), Redondo (1974) y Tenendi (1959-1960). La obra más interesante al respecto es la de Baranda (2004), centrada precisamente en *La Celestina*.

simpatía hacia el epicureísmo que se vería reforzada desde la imprenta con la publicación de las *Vitae philosophorum* de Diógenes Laercio (Alcalá Galve, 1976: 243), del *De voluptate* de Lorenzo Valla (McPheeters, 1971: 256) y del *DRN*²⁰³. En un sugestivo artículo Ottavio di Camillo (2001: 585-91) apoyó la tesis de Menéndez Pelayo (1961: 386) de que el epicureísmo ocupaba un papel protagonista en la moral de *La Celestina*. Consolación Baranda (2004: 45-112), más recientemente, no deja duda alguna ya sobre este influjo. Habría, no obstante, huellas de otras éticas, como la aristotélica, la neoplatónica y la estoica, que serían reflejo del trasiego ideológico que a finales del siglo XV hubo en España. Alcalá Galve (1976: 228-45) argumentó, siguiendo esta tesis, que Rojas adopta por su condición de pequeño burgués, seguramente desencantado, una actitud neoepicúrea²⁰⁴ frente a la sociedad circundante, que es en extremo inmovilista, estoica y, en fin, cristiana. Por eso, muchos postulados recurrentes a lo largo de la tragicomedia coinciden con el ideario de la Escuela del Jardín, tales como el ansia de libertad y el afán de gozo. Alcalá documenta con algunos fragmentos esta actitud que estima equidistante “del estoicismo que rechaza (sc. Rojas), del cristianismo al que se siente ajeno, pero también del hedonismo, que es lo que vulgarmente aún se entiende por epicureísmo” (240). He aquí el trozo más elocuente (Alcalá Galve, 1976: 342):

Pármemo: Pues yo con ellos (sc. “bienes mal ganados”) no viviría contento, y tengo por honesta cosa la pobreza alegre²⁰⁵. Y aún más te digo, que no los que poco tienen son pobres; mas los que mucho desean²⁰⁶. Y por esto, aunque más digas, no te creo en esta parte. Querría pasar la vida sin envidia, los yermos y aspereza sin temor, el sueño sin sobresalto, las injurias con

²⁰³ Aunque sea mera coincidencia, la intención primera de la tragicomedia, expresada en su *incipit* (“Síguese la *Comedia de Calisto y Melibea*, compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en el desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios. Asimismo fecha en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes”), tiene propósitos similares a la famosa diatriba contra el amor de Lucr. IV 1058-287.

²⁰⁴ Alcalá Galve (1976: 228-29) interpreta también la vida retirada de Rojas como un indicio de su epicureísmo. Tras la publicación de su tragicomedia, Rojas se alejó del boato y del éxito; con todo, la moral neoestoica y cristiana también recomendaban alejarse del mundanal ruido.

²⁰⁵ Recuerda la máxima de Sen. *Epist.* II 5 (Us. 475): *hodiernum hoc est quod apud Epicurum nactus sum: soleo enim et in aliena castra transire non tamquam transfuga sed tamquam explorator. ‘Honesta inquit res est laeta paupertas’. Illa vero non est paupertas, si laeta est. Non qui parum habet, sed qui plus cupit, pauper est.*

²⁰⁶ El denuesto de la riqueza es un tema recurrente en la tradición grecolatina y tiene un lugar destacado dentro de la ética de los atomistas. Cf. Diels B. 283 (Democr.); Epicur. *Sent.* 15, *Sent. Vat.* 68, Us. 135, Us. 475 y 477; Lucr. V 1117-32, y Cic. *Fin.* I 51 y 59. Aparece también como prédica epicúrea en la lírica horaciana a menudo (cf. Hor. *Carm.* I 4, 13-14; II 10; II 16, 13, y *Epist.* I 10, 39-41). Para otras posibles fuentes medievales y renacentistas, cf. Lobera *et alii* (2000: 580-81, nn. 74.530).

respuesta, las fuerzas sin denuesto, las premias con resistencia
(Lobera *et alii*, 2000: 74).

Si a estos indicios se añade que es una obra en la que Dios apenas tiene protagonismo, en la que se conmina continuamente al *carpe diem* y donde se enaltece al amor sensual por encima del platónico, podemos decir que Rojas probablemente comulgaba con el epicureísmo culto más que con ninguna otra doctrina.

Ya en el siglo XVI, el primero en imitar a Lucrecio fue Juan Boscán (*ca.* 1487-1542). Nació en Barcelona y fue discípulo predilecto de Lucio Marineo Sículo, a la sazón arzobispo del reino catalanoaragonés y catedrático de Eloquencia y Poesía en la Universidad de Salamanca (Capitán Díaz, 1991: 156). Según testimonio del propio humanista italiano (*Epistulae* XII 25), intentó instruirle lo mejor posible a fin de que sirviese eficazmente a Fernando el Católico (1452-1516). El también italiano Andrea Navagero (1483-1529), el cultísimo embajador veneciano y editor lucreciano, lo consideró el poeta más ilustrado de la corte española allá por el año 1526, cuando, con ocasión de la boda de Carlos V e Isabel de Portugal en Granada, mantuvo un coloquio con muchos literatos españoles, en el que los animaría a imitar los modelos clásicos e italianos, en especial los sonetos de Petrarca (Caravaggi, 1980 HCLE II: 117-21)²⁰⁷. El barcelonés estuvo además en la corte napolitana, en donde, a buen seguro, se impregnaría del afecto que allí profesaban a los clásicos grecolatinos²⁰⁸. A su regreso a España transmitiría este entusiasmo al resto de amigos poetas²⁰⁹.

²⁰⁷ Recogemos aquí un texto interesante (*A la duquesa de Soma*) donde Boscán cuenta cómo empezó su afición a los metros italianos: “Porque estando un día en Granada con el Navagero [...] me dixo por qué no provava en lengua castellana sonetos y otras artes de trobas usadas por los buenos authores de Italia. Y no solamente me lo dixo así livianamente, mas aun me rogó que lo hiziese [...] Y así comencé a tentar este género de verso, en el cual al principio hallé alguna dificultad por ser muy artificioso y tener muchas particularidades diferentes del nuestro” (Clavería, 1999: 118).

²⁰⁸ El ensayo de Gargano (1988) estudia en profundidad cómo Boscán y Garcilaso ampliaron sus fuentes literarias de imitación tras sus viajes a Italia. *Cf.* también Hernando Sánchez (1994: 484-87).

²⁰⁹ Sus poesías vieron la luz junto a las de Garcilaso, formando una pareja literaria inseparable para los lectores renacentistas: Juan Boscán, *Las obras de Boscan y algunas de Garcilasso de la Vega repartidas en quatro libros*, Barcelona: En la officina de Carles Amorós, 1543. Antes, en 1534, había publicado una traducción de *Il libro del Cortegiano* de Baltasar de Castiglione (1478-1529) que tuvo gran éxito. Se reimprimió hasta catorce veces a lo largo del siglo XVI. El enquiridión de Castiglione habría de ser un libro seminal, pues difundiría por toda Europa el modelo humanista del hombre renacentista (Reyes Cano, 1984: 45-51). En él el mantuano tuvo presente a Lucrecio al menos en tres ocasiones: la primera vez, en el libro II, cap. 1, donde recrea a Lucr. IV 387-90; la segunda, en el libro IV, cap. 10, donde reproduce la imagen lucreciana de la poesía como miel (I 936-42), y la tercera, en el libro IV, caps. 52-53, cuando explica el enamoramiento (IV 1093-1120). El poeta epicúreo debió de ser un autor predilecto para Castiglione, puesto que en su biblioteca hubo dos Lucrecios. Uno, posiblemente un ms. con comentario adjunto, aparece en el catálogo de los bienes heredados de su padre en 1499

El siguiente poema (*Capítulo CXXXII*) relata entre los versos 298-336 el sacrificio de Ifigenia, un episodio del ciclo troyano tratado por Lucrecio en I 80-135²¹⁰:

Cuando el griego poder quiso partirse
d'Aulide, donde'stuvo recogido
sperando buen tiempo para irse, 300
un temporal tan presto fue movido
con tal furor quel griego ayuntamiento
uvo destar en Grecia detenido.
Hallada, pues, la causa d'aquel viento,
fue el remedio también presto hallado, 305
por do quedó el ejército contento;
que fue d'un sacerdote revelado
que una virgen allí sacrificasen
y cesaría el viento levantado.
Y así ordenaron suertes que se echasen, 310
y luego a quien la suerte le cabría
que con crüel cuchillo la matasen.
La suerte dio en la triste Iphigenia,
hija d'Agamenón, rey desdichado,
pues una hija tal así perdía. 315
Venida pues el término aplazado
que a la afligida virgen condenava
a cumplir exercicio tan malvado,
de rodillas la tierna moça'stava
ante'l crüel verdugo abominable 320
que ya en su coraçón la degollava.
Era de ver el caso lamentable:
el mal sayón con ademán sangriento
y la virgen con gesto miserable.
El pueblo al triste oficio'stava atento, 325
con el semblante del mirar pasmado,
triste señal del triste sentimiento.
Cuando aquel virginal cuello cortado
fue, con la fuerça de la fuerte'spada,
y su spirtu en los vientos derramado, 330
tamaña crüeldad fue publicada,

(*item librum Lucretij cum comento ligatum*); otro fue registrado entre los bienes encontrados en su casa de Toledo un año después de su muerte: "Lucretio in forma pichola coperto de choramo morello" (Prosperi, 2004: 85). Castiglione llegó a España como nuncio apostólico en 1525. Parece también que en sus églogas hay reminiscencias lucrecianas (Prosperi, 2004: 84-85, nn. 137-38). Sobre Lucrecio y Castiglione, *cf.* Mustard (1918-1919: 48) y Morros (2020: 29-30).

²¹⁰ Es un tema clásico y recurrente en la literatura universal. Sobre el mito y sus fuentes clásicas, *cf.* Grimal (1991: 284-85). Sobre su tradición en la literatura universal, *cf.* Frenzel (1994: 243-46, s. v. "Ifigenia"). En España, mucho más tarde, el dramaturgo José de Cañizares (1676-1750) adaptó de forma libre la *Ifigenia en Aulide* de Jean Racine (1639-1699).

y quedó entre las gentes por historia,
historia en toda Grecia muy llorada.

Y porque no cayese la memoria
deste tal caso, grandes escritores
ganaron, escribiéndole, gran gloria.

335

Posiblemente Boscán tuvo en mente varios pasajes. Según Clavería (1999: 325, nn.), el poeta barcelonés habría traducido la *Ifigenia en Áulide* de Eurípides²¹¹, que había sido ya modelo para Lucrecio (Ernout-Robin, 1962: 33). Sin embargo, el final de la obra eurípidea está corrupto (Lesky, 1989: 426) y ha sido sustituido por un relato menos dramático, según el cual un mensajero explica a Clitemnestra el prodigio por el que Ifigenia había sido finalmente reemplazada por una cierva, evitándose así su fatal destino. Pero este desenlace feliz, añadido seguramente ya en época bizantina, no casa con la versión trágica de Boscán, en la que Ifigenia es finalmente sacrificada. Este desenlace trágico sí se encuentra en Lucrecio y en el *Agamenón* de Esquilo (vv. 199-248)²¹², donde también la descripción del momento previo a la inmolación alcanza gran patetismo, como en los tercetos de Boscán. Llama la atención, en este sentido, el detalle de que Ifigenia esté arrodillada ante su padre (v. 319: “de rodillas la tierna moça’stava”), ya que es la misma posición que adoptaba la princesa argiva en el verso I 92 de Lucrecio: *muta metu terram genibus summissa petebat*.

Hacia noviembre de 1532 su amigo Garcilaso de la Vega estaba en Nápoles cumpliendo una condena de destierro²¹³. Allí entró en contacto con los huma-

²¹¹ *Ibid.*: “Boscán incorpora al final del poema el motivo del sacrificio de Ifigenia en Áulide, que pudo tomar de la tragedia de Eurípides de ese mismo título (recordemos que en el Privilegio real concedido para la impresión de las *Obras* se enuncia la traducción que hizo de esta tragedia griega), [...]” Con todo, en el Privilegio real de la *editio princeps* (Barcelona, 1543) no se especifica si fue *Ifigenia en Áulide*: “Nos Don Carlos [...] nos ha sido hecha relación que el dicho vuestro marido compuso una sátira [...] y traducido en verso castellano una tragedia de Eurípides, asimismo autor griego, [...]” (Ruiz Pérez, 1999: 88).

²¹² De hecho, los versos preliminares (298-303), en los que Boscán expone los motivos del sacrificio, siguen muy de cerca estos del *Agamenón* de Esquilo (188-98): εὐτὶ ἀπλοῖα κεναγγεῖ βαρύ- / νοντ’ Ἀχαικὸς λεώς, / Χαλκίδος πέραν ἔχων παλιρρό- / χθοις ἐν Αὐλίδος τόποις· / πνοαὶ δ’ ἀπὸ Στρυμόνος μολοῦσαι [[στρ. δ.] / κακόσχολοι, νήστιδες, δύσορμοι, / βροτῶν ἄλαι, / ναῶν <τε> καὶ πεισμάτων ἀφειδεῖς, / παλιμμήκη χρόνον τιθεῖσαι / τρίβῳ κατέξαινον ἄν- / θος Ἀργείων·

²¹³ Había contrariado la voluntad del rey, al incumplir las reales cédulas que prohibían la boda de su sobrino con Isabel de la Cueva, hija del duque de Alburquerque (Morros, 1995: XXXIV-V). Recuerda Dámaso Alonso (1976: 42-43) que “Don Pedro de Toledo hacía gestiones por su libertad. Como forma atenuada de destierro, se le envía a Nápoles. Afortunado castigo, porque allí, en compañía del Virrey, penetra profundamente en el Renacimiento italiano. A ese destierro debemos, precisamente, el mejor Garcilaso”.

Conviene tener presente que los intelectuales españoles de la época, nobles en su mayoría, como Juan de Mena, Íñigo López de Mendoza, Boscán y Garcilaso, andaban detrás de cualquier novedad de los autores clásicos e italianos (Serés, 1994: XV-XVI). El aprecio por estos últimos, a quienes estimaban los mejores conocedores del Mundo Antiguo, se pone de manifiesto en el

nistas del círculo napolitano patrocinado por el virrey, don Pedro de Toledo. Conoció entonces a poetas italianos sobresalientes, como Luigi Tansillo (1510-1568), Bernardo Tasso (1493-1569), Giulio Cesare Caracciolo y Pietro Bembo, y también a varios miembros de la Academia Pontaniana, como Scipione Capece, Antonio Epicuro, Bernardino Maritano, Antonio Minturno (1500-1574) y Girolamo Seripanto (1493-1563)²¹⁴. Y en este parnaso Lucrecio era un poeta admirado, por lo que le contagiaron su admiración. Recordemos, por ejemplo, la excelente amistad que mantuvo con Girolamo Borgia (1475 - ca. 1550), el alumno de Pontano que ha transmitido la conocida *Vita borgiana* de Lucrecio²¹⁵. Además, son numerosas las reminiscencias lucrecianas en la poesía del Garcilaso, como a continuación comprobaremos²¹⁶.

Leamos el siguiente fragmento (324-37) de la *Égloga* I (Morros, 1995: 135-36):

Cual suele'l ruiseñor con triste canto quejarse, entre las hojas escondido, del duro labrador que cautamente le despojó su caro y dulce nido de los tiernos hijuelos entretanto que del amado ramo estaba ausente,	325

prolegómeno de Boscán a su traducción de *El cortesano*: “No ha muchos días que me envió Garcilasso de la Vega (como Vuestra merced sabe) este libro llamado *El cortesano*, compuesto en lengua italiana por el conde Baltasar Castellón. Su título y la autoridad de quien me le enviaba, me movieron a leelle con diligencia. Vi luego en él tantas cosas tan buenas, que no pu(e)de dexar de conocer gran ingenio le hizo” (Reyes Cano, 1984: 63).

²¹⁴ Cf. Morros (1995: XXXV). Sobre la relación de Garcilaso con los intelectuales napolitanos, cf. también Hernando Sánchez (1994: 471-94).

²¹⁵ Borgia escribió para Garcilaso y el virrey don Pedro de Toledo un *Praeludium ad dominos Toletatum et Garcilassum viros inclitos et doctissimos* (Morros, 1995: LVII-LVIII).

²¹⁶ Lucrecio es, en efecto, un autor recurrente en los comentarios que hicieron a su obra Fernando de Herrera y Tomás Tamayo de Vargas (1588-1641). En los comentarios de este último, Lucrecio aparece en numerosas ocasiones: soneto XXIII, vv. 12-14 = Lucr. V 253: *nubesque volantes* (Gallego, 1972: 604-5, T-27); soneto XXXIV = Lucr. II 1-4 (donde elogia al epicúreo así: “Y ambos del 2 lib. del elegantísimo Lucrecio, como todos notan”. Cf. Gallego, 1972: 607-8, T-37); canción III, v. 63: “en fin halladas” = Lucr. (“la voz *Finis* tiene ambos géneros, como con la autoridad de Accio, Varrón, Sisenna, Cassio Hemina, Lucrecio y otros, observó Nonio Marcelo [...]” Cf. Gallego, 1972: 612, T-48); elegía II, v. 188: “que el veloce correr del agua enfrena” = Lucr. VI 531: *Quae fluvios passim refragnet euntes* (Gallego, 1972: 626, T-88); égloga II, v. 2: “el agua dulce” = Lucr. VI 890: *Quod genus endo mari spectat fons, dulcis aquae* (Gallego, 1972: 632, T-105), y copla I = Lucr. II 1-13 (“Y si G. L. escribió menos en nuestros versos, no fue por estimar más la grandeza de los italianos, sino por vivir entre ellos [...] sólo notaré la felicidad de aquella traducción del fin de la Epístola de Dido a Eneas en Ovidio, porque se confiera con su original [...] En que se ve la puntualidad del que traduce, y la inclinación de G. L. a imitar los poetas antiguos y enriquecer nuestra lengua con sus conceptos, como el *Sonet.* 29 del Leandro del *epigram.* 25 de los *espectáculos* de nuestro Marcial, y en el 34 en que se aprovecha de la sentencia del antiguo poeta filósofo Lucrecio, 2 de *rerum natura*”. Cf. Gallego, 1972: 661, T. 168). De la imitación de Lucr. II 1-13 también hace mención José Nicolás de Azara (1730-1804) en su comentario (Gallego, 1972: 669, A-21).

y aquel dolor que siente,
con diferencia tanta
por la dulce garganta,
despide, que a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
el cielo por testigo y las estrellas;

Bienvenido Morros (2000: 20-22) ha apuntado algunos textos renacentistas que pudieron animar la imitación de Garcilaso²¹⁷. El *exemplum naturale* del ruiseñor, que inspira todo el pasaje, tenía una larga tradición en la poesía clásica y, en particular, en la latina, donde a menudo aparecía ligado al mito de Procne y Filomela²¹⁸. Pero el motivo concreto de que no hay nada en la naturaleza que pueda distraerle de la pérdida de sus hijuelos (vv. 334-37) procede, a nuestro juicio, de este pasaje de Lucrecio (II 361-63), en el que el lamento de una vaca, cuyo ternero ha sido sacrificado, se funde también de forma constante e inconsolable con la naturaleza²¹⁹:

nec tenerae salices atque herbae rore vigentes
fluminaque ulla queunt summis labentia ripis
oblectare animum subitamque avertere curam.

La siguiente *imitatio* es de suma importancia para la recepción de Lucrecio en España. Primero, porque es la primera recreación manifiesta del *DRN* en castellano y, segundo, porque la elección de Lucrecio para el repertorio de fuentes utilizadas por Garcilaso era una carta de presentación excelente, que garantizaba la posterior fortuna del poema epicúreo. Sabido es que el cancionero garcilasiano fue considerado un clásico castellano por los poetas de los Siglos de Oro. Se trata del soneto XXXIV e imita el comienzo del proemio del libro II de esta forma (Morros, 1995: 58):

²¹⁷ Entre ellos menciona el soneto CLXII, vv. 9-14, del Cariteo; el soneto XVI, vv. 1-5, de Angelo di Costanzo (1507-1591); la estrofa XLV, xxxix, 5-7, del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (1474-1533), y la *Egloghe Pescatorie* XIII, vv. 207-10, de Bernardino Rota (1509-1575).

²¹⁸ Cf. Cov. s. v. "Ruiñeñor": "dicho en latín *lusciniā* [...] y por otro nombre *filomela*, aludiendo a la fábula de Tereo. *Marcialis*, lib. 14: *Flet Philomela nefas incesti Thereos, et quae / Muta puella fuit, garrula fertur avis*". La imagen procede de Verg. *Georg.* IV 511-15, pero su tradición se remonta a Hom. *Od.* XVI 216-18 y XIX 518-23. La imitan después en la tragedia griega Aesch. *Supp.* 57-67, Ag. 1135-41 y Soph. *El.* 107, 147-49. En la poesía latina la utilizan Catull. LXV 13-14, Verg. -en el pasaje mencionado-, Ov. *Fast.* IV 481-82, Sen. *Herc. O.* 192-94, *Pervig. Ven.* 86 y Stat. *Theb.* V 599-604. Para el mito y los textos latinos que lo recrean, cf. Ruiz de Elvira (1988: 359-65, esp. 361-62). Sobre su impronta en la literatura española, cf. Lida de Malkiel (1975: 100-17).

²¹⁹ Para el profesor Laguna Mariscal (1992: 40) Garcilaso adapta, más bien, a Stat. *Theb.* V 599-604.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
 del todo el grave yugo he desasido,
 y que del viento el mar embravecido
 veré desde lo alto sin temello;
 veré colgada de un sutil cabello 5
 la vida del amante embebecido
 en error, en engaño adormecido,
 sordo a las voces que avisan dello.
 Alegraráme el mal de los mortales,
 y yo en aquesto no tan inhumano 10
 seré contra mi ser cuanto parece;
 alegraréme como hace el sano,
 no de ver a los otros en los males,
 sino de ver que dellos él carece.

Es un soneto de amor festejando el desamor, pues ahora el poeta puede observar en cabeza ajena las amarguras que el amor le procuró en el pasado. Los dos primeros versos recrean el motivo elegíaco del yugo de amor²²⁰ y en los dos siguientes aparecen las imágenes de Lucrecio II 1-4 que teñirán el resto del soneto:

Suave, mari magno turbantibus aequora ventis
 e terra magnum alterius spectare laborem;
 non quia vexari quemquamst iucunda voluptas,
 sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est.

Gracias a su *imitatio* Garcilaso suscita en el lector renacentista la conocida metáfora del amor como *navigium*. En el plano léxico los ecos son muy puntuales: los vv. 13-14 son prácticamente una *interpretatio* de los 3-4 del epicúreo. El toledano aprovecha también el diseño retórico del modelo, caracterizado por las repeticiones *suave [...] suavest [...] o non quia [...] sed quia*, para las anáforas “veré [...] veré [...] o alegrárame [...] alegrárame”.

Otro ejemplo de recepción lucreciana en Garcilaso se observa en este soneto VIII. Dice así (Morros, 1995: 22):

De aquella vista pura y excelente
 salen espirtus vivos y encendidos,
 y siendo por mis ojos recibidos,
 me pasan hasta donde el mal se siente;
 éntanse en el camino fácilmente 5
 por do los míos, de tal calor movidos,
 salen fuera de mí como perdidos,
 llamados d’aquel bien qu’está presente.
 Ausente, en la memoria la imagino;
 mis espirtus, pensando que la vían, 10
 se mueven y se encienden sin medida;

²²⁰ Sobre este tópico y su fortuna, cf. Moreno Soldevila (2011a: 463-64).

mas no hallando fácil el camino
que los suyos entrando derretían,
reventan por salir do no hay salida.

En nuestra opinión, este soneto es un híbrido literario. Garcilaso expresa su amor platónico (v. 8: “llamados de aquel bien que está presente”) por medio de la psicología epicúrea²²¹. En consecuencia, el resultado es novedoso y obedece al talante sincrético y ecléctico que mueve a gran parte de la literatura renacentista. Según la teoría erótica epicúrea, versificada por Lucrecio en *DRN* IV 1230-287, el amor platónico o apasionado, no es un bien sino una fuente inagotable de penas que hay que evitar (IV 1074). Sin embargo, Garcilaso no duda en emplear la teoría epicúrea de los simulacros (IV 54-215) para cantar su pasión por la amada. El empleo de esta teoría en su poesía viene a demostrar que Garcilaso tenía un conocimiento del *DRN* no solo retórico, limitado a los proemios, sino también filosófico, adquirido en las tertulias académicas y gracias también a la lectura de tratados diversos, sobre todo, neoplatónicos²²².

Fernando de Herrera señala otra imitación de Lucrecio en estos versos (321-28) de la *Égloga* III (Pepe y Reyes, 2001: 980):

TIRRENO

Cual suele, acompañada de su vando,
aparecer la dulce primavera,

²²¹ En el neoplatonismo florentino la erotología ocupaba un lugar destacado y Ficino incorporó ideas de otras escuelas, entre las cuales sobresalía la epicúrea. De esta doctrina su fuente por antonomasia fue Lucrecio. De hecho, la imaginería de la diatriba contra el amor (IV 1037-1207) influyó mucho en sus escritos sobre fisiología amorosa (Prosperi, 2004: 161-64). Buena prueba es su *Libro dell'amore* (1469), un ensayo en el que con frecuencia menciona a Lucrecio y parafrasea sus versos (Prosperi, 2007: 217). E, incluso, en las obras de inspiración ficiniana, como los *Dialoghi d'amore* (En Roma per Antonio Blado d'Assola, 1535. BN 2/70541 y BC 2-V-9) de León Hebreo (1460-1523), se percibe con intensidad el influjo lucreciano. Esta obra fue traducida por primera vez al castellano en 1568 gracias a Guedella Yahia: *Dialogos de amor de mestre Leon Abarbanel medico y filosofo excelente*, En Venetia, con licenza delli superiori, 1568 (BN R/11796). Sobre la recepción de esta obra en la cultura europea, cf. Soria Olmedo y Romano (1986: XIV-XXII).

²²² En las *Anotaciones* al soneto VIII Fernando de Herrera (Gallego, 1972: 377-78) señala como posible fuente de la palabra “memoria” (v. 9) a Lucrecio: “Parecen semejantes a este verso de G. L. dos de Lucrecio en el *lib.* 4, que dicen así: *nam si abest, quod ames, praesto simulacra tamen sunt / illius, et nomen dulce observatur ad aures*” (Lucr. IV 1061-62). Herrera, de paso, los traduce de esta guisa: “porque si lo que amas está ausente, / presto sus simulacros t'aparecen, / y el dulce nombre en tus orejas suena”. Para Oreste Macrí (1972: 72), Herrera aplicó a su poesía esta psicología erótica, de calado epicúreo y neoplatónico. Y, por ejemplo, en los comentarios que el propio autor hizo a los versos 17-32 de su *Estança* II (Cuevas, 1985: 576), alude a esta teoría de las representaciones imaginativas: “Como dize Plotino, en tanto que nosotros pensamos atentamente en alguna cosa, conviene que todos los otros sentidos recorran al sentido común, donde se forman los pensamientos, [...] de aquí sucede que, estando ocupado el sentido común de algún pensamiento, veamos y sintamos muchas cosas sin perceber qué sean, porque nuestro entendimiento i nuestra imaginativa atienden i se fatigan en otra operación”.

cuando Favonio i Zéfiro, soplando,
al campo tornan su beldad primera
i van artificiosos esmaltando
de roxo, azul i blanco la ribera:
en tal manera, a mí Flérída mía
viniendo, reverdece mi alegría.

325

En efecto, aquí el toledano parece recrear el cuadro lucreciano de la primavera (V 737-40):

it ver et Venus et Veneris praenuntius ante
pennatus graditur, Zephyri vestigia propter
Flora quibus mater praespargens ante viai
cuncta coloribus egregiis et odoribus opplet.

El decorado y la escenografía son casi las mismas: aparece la primavera vistiendo el campo de flores con la ayuda de Céfiro. No obstante, Garcilaso aprovecha la pintura para establecer un correlato objetivo de gran impacto lírico, pues de la misma manera que la primavera trae la alegría a la naturaleza, su amada Flérída llena de gozo su ser.

Hurtado de Mendoza (ca. 1503-1575) tuvo el mismo espíritu inquieto que Juan Boscán y Garcilaso de la Vega. Y, a la par que ellos, contribuyó al enriquecimiento de la poesía española de dos formas: primero, traduciendo epigramas de la *Anthologia Graeca* de Máximo Planudes (fl. ca. 1301)²²³ y, segundo, cultivando antiguos géneros clásicos, como la epístola moral y la sátira, y nuevos metros italianos, particularmente el soneto (Díez Fernández, 1989: X).

Al igual que la mayoría de los personajes ricos y cultos de su tiempo, compaginó el amor a las letras y a las armas²²⁴. Vivió en Italia largas temporadas entre los años 1521 y 1553, donde llevó a cabo misiones diplomáticas al servicio del emperador Carlos V. Durante su estancia en Italia, Hurtado de Mendoza aprovechó para recibir clases de prestigiosos humanistas como Agostino Nifo (ca. 1473-1538)²²⁵ y Montes de Oca (fl. ca. 1525). Vivió en Roma, en Siena y en Venecia, ciudades en las que trabó amistad con personalidades de la

²²³ Sobre su influjo en Hurtado de Mendoza, cf. Ureña (1999: 303-30). Sobre la *Anthologia Planudea* en general, cf. Fernández-Galiano (1993: 14-24). Para su pervivencia en España, cf. Galán Vioque y Márquez Guerrero (2001: 26-34 y 45-46) y Traver (1999b: 44-49).

²²⁴ La literatura y la milicia conformaron un estilo de vida propio de muchos poetas renacentistas para el que existía un tópico exclusivo, el de la *fortitudo et sapientia*. Poetas, muy posteriores, como el conde de Noroña (1760-1816), se orgullecían también de compaginar ambas facetas (Traver, 2015: 9). Sobre su pervivencia en la tradición clásica, cf. Curtius (1976 I: 246-54).

²²⁵ Filósofo italiano. Defendió un aristotelismo ecléctico y abierto al neoplatonismo. Enseñó en Padua, Nápoles, Bolonia, Pisa, Roma y Salerno. Escribió varios tratados, entre los que sobresalen el *De infinitate primi motoris* (1504. Se conserva un ejemplar, quizás de la *editio princeps*, en la BGUS) y el *De immortalitate animae* (Venetiis: impensa heredum Octaviani Scoti ac sociorum, 1521. BN 3/2115-2-), en el que polemizó contra Pomponazzi a favor de la inmortalidad del alma.

talla de Pietro Aretino (1492-1556)²²⁶ y Pietro Bembo. Logró, además, reunir una colección de manuscritos admirada por toda Europa, muchos de los cuales serían comprados por Felipe II para la rica librería del monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Antolín, 1910-1923 V: 16-22 y 127-32).

Fernando de Herrera al hilo de sus comentarios al soneto XXXIV de Garcilaso señaló tempranamente que la fuente de estos versos (97-108) de la *Epístola a don Diego Laso de Castilla* se encontraba en el proemio del *DRN* II 1-6 (Gallego, 1972: 388-89)²²⁷:

Dulce ver es de tierra un bravo viento que levanta la mar alta e hinchada, sacando las arenas del cimientó; entre las altas ondas trabajada	100
una pequeña fusta abandonarse que en breve será rota o anegada. Ver sin peligro nuestro menearse y caminar con fiero continente	105
dos bravos escuadrones a afrontarse, no porque el mal ajeno te contente, mas porque, en la verdad, es dulce cosa carecer del dolor que el otro siente.	
Tú, fuera de esta llama peligrosa, si algún fuego te quema es como paja que en un instante crece y se reposa.	110
Díez Fernández (1989: 39-40)	

Es una traducción libre o paráfrasis, bastante amplificada, pues Hurtado de Mendoza escribió doce donde Lucrecio seis. Algunos versos, como el primero, son prácticamente calcos léxicos del modelo: “Dulce es ver de tierra [...]” (v. 97 ≈ *Suave, [...] e terra magnum alterius spectare laborem*, vv. 1-2) o “es dulce cosa / carecer del dolor que el otro siente” (vv. 107b-8 ≈ *quibus ipse malis careas quia cernere suavest*, v. 4). Al margen de estas fórmulas, Hurtado de Mendoza ha nutrido la *interpretatio* con detalles ausentes en la fuente, como las arenas (v. 99) y la fusta²²⁸ (v. 101).

Otra imitación del *DRN* aparece en su *Fábula de Adonis*, cuya fuente principal es Ov. *Met.* X 298-739. Hurtado de Mendoza entrelaza en ella los mitos de Adonis y Atalanta, emulando entre los versos 559-76, casi *ad un-*

²²⁶ Novelista, libelista, dramaturgo, crítico de arte y poeta italiano, nacido en Arezzo, que tuvo gran fama en toda Europa. A raíz de la publicación de sus *Sonetos lujuriosos* (1526), ambientados con grabados eróticos, hubo de esconderse en casa de sus amigos, entre los que se contaban Bembo y el pintor Tiziano. Gozó del favor de Carlos V y del monarca francés Francisco I. Los sonetos pueden leerse en castellano gracias a la edición bilingüe de De Villena (1991).

²²⁷ La imitación ha sido estudiada por Favero (1986: 587-94).

²²⁸ Cf. Cov., s. v., p. 616b: “Vale madera delgada aserrada, y los oficiales della se llaman en lengua valenciana fusteros. Desta fusta hazían los flagelos con que açotavan, y oy día se usan en las galeras [...]” Por metonimia se sobreentiende un barco.

guem, el celebrado himno a Venus (I 1-43)²²⁹. Se produce justamente cuando Hipomenes entona la siguiente súplica a la diosa Citerea:

“Favorece mi osadía,
tú, diosa, que encendiste el alma mía. 560
Tú, sobre todas soberana diosa,
alumbras los mortales en el suelo;
tú venciste en la tierra, de hermosa,
la que, de clara, vences en el cielo;
por ti se aplaca el viento, el mar reposa; 565
tú del género humano eres consuelo;
por ti nos abre el año nuevo flores;
tú das principio y fin a los amores.
¿Quién a las simples y ligeras aves,
cuando acuciosas edifican nidos, 570
hace con voces dulces y suaves
declarar sus cuidados encendidos?
¿Quién a los otros animales graves
mueve con nueva furia los sentidos,
correr ásperos valles y sombríos 575
y nadar presurosos hondos ríos?”

Díez Fernández (1989: 120-21)

Fue Cossío (1998 I: 112-13) el primero en darse cuenta de la imitación, que es singularmente clara en algunos párrafos de la aretalogía, pues el poeta granadino, como hiciera el epicúreo romano, resalta los poderes naturales de Venus. En la siguiente tabla se exponen los ecos más llamativos:

Vv.	HURTADO DE MENDOZA	Vv.	HIMNO A VENUS
565	<i>por ti se aplaca el viento, el mar reposa</i>	6 y 8	te, dea, te fugiunt venti [...] tibi rident aequora ponti
566	<i>tú del género humano eres consuelo</i>	1	hominum divomque voluptas
567	<i>por ti nos abre el año nuevo flores</i>	7-8	adventumque tuum, tibi sibi suavis daedala tellus / summittit flores
568	<i>tú das principio y fin a los amores</i>	19	omnibus incutiens blandum per pectora amorem
569-72	<i>¿Quién a las simples y ligeras aves, / cuando acuciosas edifican nidos / hace [...]</i>	17-18	Denique per maria ac montis fluviosque rapacis / frondiferasque domos avium camposque virentis
573-76	<i>¿Quién a los otros animales graves / mueve con nueva furia los sentidos [...]</i>	14-16	Inde ferae pecudes persultant pabula laeta / et rapidos tranant amnis: ita capta lepore / te sequitur cupide quo quamque inducere pergis.

²²⁹ Sobre la influencia de este himno en la poesía italiana del *Cinquecento*, cf. Prosperi (2007a: 153-59).

Resta tan solo comentar que la expresión “tú del género humano eres consuelo” (v. 566) podría contener un eco del verso *Calliope, requies hominum divomque voluptas* (Lucr. VI 94)²³⁰.

El poeta Hernando de Acuña (1518-1580), nacido en Valladolid, también entró al servicio de Carlos V, en 1536. Al igual que Garcilaso, su amigo, compaginó el oficio de soldado con la afición a las letras. Pasó en Italia al menos diez años, entre 1536 y 1546, llevado por sus obligaciones militares²³¹. En 1560 dejó las armas y se instaló en Granada, donde, en compañía de Diego Hurtado de Mendoza, transmitió su magisterio a otros jóvenes poetas. En su poesía, de inspiración petrarquista y grecolatina, cultivó sobre todo églogas pastoriles, elegías amorosas y sonetos como este:

Cuando era nuevo el mundo y producía
 gentes, como salvajes, indiscretas,
 y el cielo dio furor a los poetas
 y el canto con que el vulgo los seguía,
 fingieron dios a Amor, y que tenía 5
 por armas fuego, red, arco y saetas,
 porque las fieras gentes no sujetas
 se allanasen al trato y compañía;
 después, viniendo a más razón los hombres,
 los que fueron más sabios y constantes 10
 al Amor figuraron niño y ciego,
 para mostrar que dél y destos hombres
 les viene por herencia a los amantes
 simpleza, ceguedad, desasosiego.
 Díaz Larios (1982: 248)

El poeta racionaliza en él los atributos del dios Amor (la red, el arco, las saetas, su niñez y su ceguera) y lo explica de la siguiente manera: hubo un tiempo remoto en el que los poetas “fingieron” al dios con esas armas con el propósito de que la humanidad, dominada aún por el instinto animal, suavizara su carácter. Más tarde, cuando el hombre estuvo más domesticado y

²³⁰ El último terceto de su soneto LXII (“Demócrates, deléitate y bebamos”), inspirado en el epigrama de la *Anthologia Graeca* XI 19, de Estratón de Sardes (ca. siglos II-III), puede contener una alusión a Lucr. III 840-42. Allí el poeta epicúreo incide en la insensibilidad de la muerte: muertos ya nada sentiremos, incluso aunque ocurra un cataclismo. Sobre la pervivencia de estos versos lucrecianos en la tradición clásica, cf. Laguna Mariscal, “The Expression ‘Après moi le déluge, and Its Classical Antecedents’, 2006, en la página electrónica: <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/01/expression-aprs-moi-le-dluge-and-its.html> (último acceso 10/03/2021).

²³¹ A lo largo de esa década y aprovechando la frágil tregua de Niza (1538) entre Francisco I y Carlos V, tuvo ocasión de entrar en contacto con el ambiente cortesano y literario de Milán, auspiciado por los marqueses del Vasto, don Alfonso de Ávalos, a la sazón gobernador, y su esposa, doña María de Aragón. En opinión de Díaz Larios (1982: 16), fue durante esta época cuando el vallisoletano descubrió las *Rime* de Sannazaro y Bembo, conocidos imitadores de Lucrecio.

los sabios fueron más ingeniosos, imaginaron a Amor niño y ciego, pues el enamorado actúa como tal.

Tiene un aire lucreciano evidente, no solo por la exégesis racionalista, que tanto agrada al latino para desmontar mitos, sino también porque Hernando de Acuña narra un motivo de la evolución humana, el amor, presente en el famoso retrato que el *DRN* hace de la sociedad primitiva. El pasaje exacto (V 1011-18), donde el epicúreo latino explica cómo el amor ablandó el temperamento salvaje de nuestros ancestros, dice así:

Inde casas postquam ac pellis ignemque pararunt,
et mulier coniuncta viro concessit in unum

*

cognita sunt, prolemque ex se videre creatam,
tum genus humanum primum mollescere coepit.
ignis enim curavit ut alsia corpora frigus
non ita iam possent caeli sub tegmine ferre,
et Venus inminuit viris puerique parentum
blanditiis facile ingenium fregere superbum.

1015

En 1543, frisando los 15 años, fray Luis de León (1528-1591) ingresó en el convento de San Agustín de Salamanca, por entonces, un centro religioso de gran prestigio, en el que los padres agustinos cultivaban diligentemente las letras clásicas (*studia humanitatis*) y se respiraba cierto aire de libertad teológica (Cuevas, 1998: 10)²³². Allí debieron de intensificarse sus lecturas, que transitaban por tres itinerarios: los autores grecolatinos, las obras renacentistas italianas y la poesía española²³³. A este corpus literario hay que añadir los ejercicios propedéuticos que consistían, básicamente, en traducciones de autores clásicos (*interpretationes*), como Horacio y Virgilio, por medio de las cuales el agustino familiarizó su estro poético con la técnica y el arsenal retórico de la Antigüedad pagana (imágenes, conceptos, tópicos, palabras y diseños estructurales). Esta *imitatio* asidua posibilitó que de su mano salieran odas de la maestría de “¡Qué descansada vida [...]”, que en nada envidian al mejor Horacio²³⁴, pues igualan, ciertamente, su perfección retórica y su acendrado ideario moral.

²³² El influjo de Lucrecio en fray Luis ha sido estudiado por Davies (1964 y 1964a) y Traver (1999a: 468-70). Sobre la presencia de autores clásicos y cristianos en el agustino, cf. Gil (1992), Senabre (1978), Lázaro Carreter (1979, 1980 y 1996), Rico (1981), Schwartz (1992 y 1996) y Traver (2000a).

²³³ Cf. Schwartz (1996: 527), Lázaro Carreter (1996: 14-27) y Senabre (1978 y 1998: 135-47).

²³⁴ Decía Dámaso Alonso (1982: 252-53) al hilo: “De los poetas paganos, los que con más frecuencia tradujo fueron Virgilio y Horacio. En Horacio, sobre todo, aprendió Fray Luis el sentido de la contención, de la imitación, de la modestia [...] Y, luego, su arte de las transposiciones: ese saber cambiar la dirección del poema con un sabio golpe de timón, sin apurar los temas, halagando, captando la atención del lector, dejando que en el cerebro de éste se fundan

La filosofía que animaba las poesías originales de fray Luis fue una suerte de sincretismo neoestoico, en el que convivían sin estridencias preceptos tales como la *virtus* estoica y la *voluptas* epicúrea, a semejanza de lo que ocurría en las composiciones virgilianas y horacianas (Alcina, 1995: 12). Es, seguramente, por esta razón por la que Lucrecio ocupa un lugar no despreciable en la poesía luisiana. Y puede extrañar, incluso, la naturalidad con la que el agustino imita al poeta latino, dada la controversia que en torno al *DRN* había entre parte del clero.

En la oda por antonomasia de fray Luis, la *Canción de la vida solitaria*, ya Lucrecio es imitado entre los vv. 61-80, que rezan así (Serés, 1990: 55-56):

Ténganse su tesoro los que de un falso leño se confían; no es mío ver el lloro de los que desconfían cuando el cierzo y el ábrego porfían.	65
La combatida antena cruje, y en ciega noche el claro día se torna; al cielo suena confusa vocería, y la mar enriquecen a porfía.	70
A mí una pobrecilla mesa, de amable paz bien abastada, me baste; y la vajilla, de fino oro labrada, sea de quien la mar no teme airada.	75
Y mientras miserable- mente se están los otros abrasando con sed insaciable del peligroso mando, tendido yo a la sombra esté cantando [...]	80

Gareth A. Davies (1964: 212-13) apuntó por vez primera las reminiscencias: “the Spanish poet, hustled as always by a large number of classical memories, bore in mind also a well-known passage from Lucretius’ *DRN*, the beginning of Book II”. En efecto, fray Luis describe la beatitud de un sabio que disfruta de la ἀταραξία epicúrea, tal cual la cantó Lucrecio en su proemio. Además, aparecen parénesis esenciales del epicureísmo, como el retiro de la vida pública²³⁵ y la búsqueda de la paz campesina, que fueron incorporadas por Séneca,

las últimas resonancias del tema abandonado con la primera armonía, distinta y aliada, del que comienza”.

²³⁵ Anteriormente poetizada por Gómez Manrique (ca. 1412-1491) en su canción *Mal daragar nos podemos*: “Esos que guardan las greyes, / veuen leche con el tarro, / libran mejor que los reyes / que matan cerca de Darro. / Ya yo vi vn rey navarro / en conflitos tanto duros, / que seguir los epicuros / quisiera con vn çamarro” (Alonso Miguel, 1984: 197).

Epicteto y Marco Aurelio a la ética del neoestoicismo²³⁶. Pero lo más llamativo de su imitación es la repetición del “diseño retórico” del *priamel* presente en Lucrecio. Hay al menos dos, uno en la lira primera (vv. 61-65) y otro en la tercera (vv. 76-80), cuyas ilustraciones de contraste se han reducido a una sola opción que se contrapone a la luisiana.

La primera ilustración (vv. 61-62) recrea una escena marítima conforme al tópico griego del φόγος ναυτιλίας²³⁷, que recuerda el verso primero de Lucr. II: *Suave mari magno turbantibus aequora ventis*. En cambio, el clímax (vv. 63-65) recupera el verso segundo: *e terra magnum alterius spectare laborem*, y con él viene el poeta español a elegir “el puerto seguro”, desde el que el sabio lucreciano mira el naufragio ocurrido en medio de una tormenta marina²³⁸.

La segunda ilustración (vv. 76-79) trae a escena el motivo de los afanes humanos, a los que Lucrecio alude explícitamente en los versos 11-13:

certare ingenio, contendere nobilitate,
noctes atque dies niti praestante favore
ad summas emergere opes rerumque potiri.

²³⁶ Es sabido que en época imperial se suavizaron las concepciones dogmáticas heredadas de Panecio y Posidonio, los principales representantes del estoicismo medio. En gran medida, ese giro hacia una postura más moderada se debió a la integración de muchas premisas epicúreas en la doctrina de la Estoa. Por ejemplo, el estoicismo medio defendió que la riqueza y la salud eran bienes [D. L. VII 103 refiriéndose a Hecaton (ss. II-I a. C.), a Apolodoro (s. II a. C.) y a Crisipo (277-204 a. C.)] y que la virtud no era suficiente para ser feliz, necesitaba de dinero y de templanza [D. L. VII 127-28, aludiendo a Zenón, Crisipo, Panecio y Posidonio, y Cic. *Fin.* III 49, hablando de Diógenes de Babilonia (199-100 a. C.)]; sin embargo, el neoestoicismo, por asimilación del epicureísmo, sostuvo que la riqueza no era un bien. La prueba más evidente de esta confluencia se halla en la obra de Séneca, el filósofo neoestoico por excelencia, pues las referencias a Epicuro duplican, como vimos, a las de sus maestros Panecio y Posidonio. En consecuencia, puede afirmarse que el prefijo neo- es todo él epicúreo. Para la síntesis de una y otra escuela, cf. Oltramare (1926: 9-11).

²³⁷ Es un *locus* trilladísimo de la literatura antigua, del que ofrecemos este elenco: Hes. *Op.* 236-39, Arat. 110-11, Lucr. V 1004-10, Verg. *Ecl.* IV 31-32, Hor. *Carm.* I 3, 9-24, *Epod.* XVI 57-60; Prop. I 17, 13-14, Antiphil. *Anth. P.* IX 29, Ov. *Am.* II 1, 1-6, Sen. *Med.* 301-8, Stat. *Silv.* II 3, 61-77, o Claud. *rapt. Pros.* praef. 1-12. Sobre su tradición poética, cf. Nisbet-Hubbard (1998 I: 43-45), Laguna Mariscal (1992: 216) y la monografía de Heydenreich (1970: 41-47).

²³⁸ Al igual que Lucrecio, fray Luis juega con dos tópicos clásicos: el sabio elige el *portus securus* (cf. Stat. *Silv.* II 2, 140); el vulgo, en cambio, prefiere el azaroso *navigium vitae*. Este último *locus* recogía muy bien la idea de Epicuro formulada en el sintagma *ὁ τῆς ψυχῆς χειμὼν* (D. L. X 128. Cf. Giancotti, 1998: 548, *ad Lucr.* V 134) con el que el filósofo de Samos quería expresar la inestabilidad anímica. Para la imagería de la ἀρραξία en las fuentes epicúreas y su tradición posterior, cf. Traver (2000: 449-50). La tormenta y el puerto seguro eran también alegorías de la patrística y liturgia cristiana (Senabre, 1978: 39-79), que usaron, entre otros, Juan Damasceno en *Parall.* 1, Jerónimo de Estridón en *Epist. ad Heliod.*, Cesáreo de Arlés en *Serm.* 29, y Juan Crisóstomo en la exhortación II *A Teodoro caído*. Este último presenta singulares analogías con el proemio lucreciano. Para más información, cf. Cuevas (1998: 144, n. 36-60).

De nuevo en el clímax (v. 80) fray Luis manifiesta que le es más grato estar tendido a la sombra que andar espoleado por la ambición. Al margen de la evocación explícita de Títero, el famoso holgazán virgiliano (*Ecl.* I 1-2), pudo estar también en la mente del agustino el *locus amoenus* que en los versos 29-30 pinta Lucrecio: *cum tamen inter se prostati in gramine molli / propter aquae rivum sub ramis arboris altae*. Por último, apuntamos que “ver el lloro” (v. 63) traduce palmariamente el lucreciano *spectare laborem* (v. 2).

La misma imaginería epicúrea subyace en estas liras de la famosa oda *Al apartamiento o Descanso después de la tempestad* (XIV):

de ti, en el mar sujeto con lástima los ojos inclinando, contemplaré el aprieto del miserable bando, que las saladas ondas va cortando	40
el uno, que surgía alegre ya en el puerto, salteado de bravo soplo, guía, apenas el navío desarmado;	45
el otro en la encubierta peña rompe la nave, que al momento el hondo pide abierta; al otro calma el viento; otro en las bajas Sirtes hace asiento;	50
[...] ¡Ay, otra vez y ciento otras seguro puerto deseado! No me falte tu asiento, y falte cuanto amado, cuanto del ciego error es cudiciado.	65

El P. José Llobera (2001 I: 245-46) descubrió el préstamo: “El *Apartamiento*, aparentemente por lo menos, está inspirado en parte en el comienzo del libro II del poema de Lucrecio”. En ella es más patente aún la deuda que en la *Oda* I, dado que la expresión “contemplaré el aprieto / del miserable bando” (vv. 38-39) es prácticamente traducción de *e terra alterius spectare laborem* (v. 2). Y la leve variación de observar “con lástima los ojos inclinando” respecto al original *suave [...] spectare laborem* obedece, como sugirió Davies (1964: 216), al empeño de acomodar a la piedad cristiana el gozo del sabio epicúreo, aparentemente inalterable por la desgracia ajena²³⁹.

²³⁹ Este acomodo de las ideas epicúreas no coincidentes con la moral cristiana fue laboreo común a poetas españoles y europeos. Robert Howard (*ca. fl.* 1661), por ejemplo, en su *interpretatio* de Lucr. V 235-415 (“Nature’s changes”) traduce el verso 413, en el que Lucrecio des-

La *Oda* VIII recurre a pasajes muy puntuales de la astronomía mecánica de Lucrecio, que ni siquiera suelen estar antologizados en florilegios. En este sentido, el empleo de versos rebuscados vendría a demostrar una lectura directa y concienzuda del *DRN*, que se encontraba en varias estanterías de Salamanca²⁴⁰. Dice así el poema (Serés, 1990: 78-81):

Noche serena

Cuando contemplo el cielo, de innumerables luces adornado, y miro hacia el suelo de noche rodeado, en sueño y en olvido sepultado,	5
el amor y la pena despiertan en mi pecho un ansia ardiente; despiden larga vena los ojos hechos fuente, Loarte, y digo al fin con voz doliente:	10
“Morada de grandeza, templo de claridad y hermosura, el alma, que a tu alteza nació, ¿qué desventura la tiene en esta cárcel baja, oscura?	15
¿Qué mortal desatino de la verdad aleja así el sentido, que, de tu bien divino olvidado, perdido sigue la vana sombra, el bien fingido?	20
El hombre está entregado al sueño, de su suerte no cuidando, y, con paso callado, el cielo, vueltas dando, las horas del vivir le va hurtando.	25
¡Oh, despertad, mortales! imirad con atención en vuestro daño! Las almas inmortales, hechas a bien tamaño, ¿podrán vivir de sombras y de engaño?	30
¡Ay, levantad los ojos aquesta celestial eterna esfera!	

cribe el final del mundo a causa de *vis aliqua*, como “But that some greater being soon arose”, para introducir a Dios y el día del Juicio Final (Fleischmann, 1964: 147).

²⁴⁰ De su época se conservan seis Lucrecios de diferentes ediciones renacentistas en la BGUS con las signaturas 1/12005, 1ª/11323 (ambos de Battista Pío, 1514. Cf. Gordon, 1985: 77-78, n.º ref. 101ª), 1ª/34244 (Denis Lambin, 1563-64. Cf. Gordon, 1985: 81-83, n.º ref. 102), 1ª/33854, 1ª/33841 y 1ª/33782 (Uberto Gifanio, 1565-66. Cf. Gordon, 1985: 85-86, n.º ref. 103).

¿Burlaréis los antojos de aquesa lisonjera vida con cuanto teme y cuanto espera?	35
¿Es más que un breve punto el bajo y torpe suelo, comparado con ese gran trasunto, do vive mejorado lo que es, lo que será, lo que ha pasado?	40
Quien mira el gran concierto de aquestos resplandores celestiales, su movimiento cierto, sus pasos desiguales y en proporción concorde tan iguales;	45
la Luna cómo mueve la plateada rueda, y va en pos della la Luz do el saber llueve, y la graciosa Estrella de amor la sigue reluciente y bella;	50
y cómo otro camino prosigue el sanguinoso Marte airado, y el Júpiter benino, de bienes mil cercado, serena el cielo con su rayo amado;	55
-rodéase en la cumbre Saturno, padre de los siglos de oro; tras él la muchedumbre del reluciente coro su luz va repartiendo y su tesoro-:	60
¿quién es el que esto mira y precia la bajeza de la tierra, y no gime y suspira, y rompe lo que encierra el alma y destos bienes la destierra?	65
Aquí vive el contento, aquí reina la paz; aquí, asentado en rico y alto asiento está el Amor sagrado, de glorias y deleites rodeado;	70
inmensa hermosura aquí se muestra toda, y resplandece clarísima luz pura, que jamás anochece; eterna primavera aquí florece.	75
¡Oh campos verdaderos! ¡Oh prados con verdad frescos y amenos! ¡Riquísimos mineros! ¡Oh deleitosos senos! ¡Repuestos valles de mil bienes llenos!"	80

Puede considerarse una *aemulatio* de los textos lucrecianos V 1205-17²⁴¹, II 1030-39²⁴² y, en menor medida, I 44-49. Pero los planteamientos ideológicos son radicalmente distintos: para fray Luis la magia nocturna, su armonía y música elevan el alma a Dios (Alcina, 1995: 106); para Lucrecio la contemplación de las estrellas eleva al hombre a la superstición. El agustino parece, incluso, polemizar contra Lucrecio en algunos momentos. Aunque las referencias son sutiles, intentamos registrarlas esquemáticamente en esta tabla:

Vv.	FRAY LUIS	Vv.	LUCRECIO
1-2	<i>Cuando contemplo el cielo, / de innumerables luces adornado</i>	V 1204-5	nam cum suspicimus magni caelestia mundi / templa super stellisque micantibus aethera fixum
7	<i>despiertan en mi pecho un ansia ardiente</i>	V 1206	et venit in mentem
11-12	<i>Morada de grandeza, / templo de claridad y hermosura</i> ²⁴³	II 1038-39	quam tibi iam nemo, fessus satiate videndi, / suspicere in caeli dignatur lucida templa!
61-65	<i>¿quién es el que esto mira / y precia la bajeza de la tierra, / y no gime y suspira, / y rompe lo que encierra / el alma y destos bienes la destierra?</i>	II 1033-36	omnia quae nunc si primum mortalibus essent / ex improvise si sint obiecta repente, / quid magis his rebus poterat mirabile dici, / aut minus ante quod auderent fore credere gentes?
66-70	<i>Aquí vive el contento, / aquí reina la paz; aquí, asentado / en rico y alto asiento / está el Amor sagrado, / de glorias y deleites rodeado</i>	I 44-49	omnis enim per se divum natura necessest / immortalis aevo summa cum pace fruatur / semota ab nostris rebus seiuinctaque longe, / nam privata dolore omni, privata periculis, / ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri, / nec bene promeritis capitur nec tangitur ira ²⁴⁴ .

²⁴¹ Cuevas (1998: 118, n. 1-2) y Alcina (1995: 107) lo señalan como fuente de inspiración. Alcina (*ibid.*) trae un poema análogo al de Lucrecio perteneciente a Juan Mateo Toscano (*Octo cantica sacra*, Parisiis: Ex officina Federici Morelli, 1575, p. 15v.): *Dum nocturna vago voluntur sidera cursu / Noxque polum fuscis vecta pererrat equis / Caeteraque invisae oblita animalia curas / Languida iucundo membra sopore rigat, / Facundi digitis quondam tractata Catulli / Ipse sacros doceo plectra subire modos. / Alma salutiferae modulatus gaudia noctis, / cui nitido par est lumine nulla dies.*

²⁴² El eco es indicado por Cuevas (1998: 118-19, n. 12).

²⁴³ Alcina (1995: 109, n. 5) apunta otro eco similar a este en la *Oda III 25* (A Francisco Salinas): “con que este eterno templo es sustentado”.

²⁴⁴ Ya Arnobio en *Adversus nationes* VI 2 había cristianizado estos versos que constituían, en realidad, una prueba epicúrea contra la providencia divina.

La *Oda IX*, titulada *Las serenas* y dedicada a un imaginario personaje, “Cherinto”, empieza con esta metáfora de la miel y el vaso, de clara prosapia lucreciana (Cuevas, 1998: 123, n. 1-6)²⁴⁵:

No te engañe el dorado	
vaso ni, de la puesta al bevedero	
sabrosa miel, cebado;	
dentro al pecho ligero,	
Cherinto, no traspases el postrero	5
assensio ²⁴⁶ ; ten dudosa	
la mano liberal, que esa azucena,	
esa purpúrea rosa,	
que el sentido enajena,	
tocada, pasa al alma y la envenena.	10

Esta imagen alegórica, como vimos, estaba fuertemente asociada desde la Antigüedad a la poesía como fuente de educación, de ahí que, por extensión, se convirtiera en un símil de la literatura en general. En su lúcida monografía Valentina Prosperi (2004: 3-96) demostró que Lucrecio (I 936-42) acuñó a ojos de los renacentistas la expresión más pulida del tópico, por lo que fue muy imitada. Establecía allí también la investigadora italiana los tres aprovechamientos fundamentales que ha tenido en la literatura occidental:

1. uno positivo, cuyos valedores, Jenofonte (431 a. C. - 354 a. C.) y Lucrecio, defendían la utilidad didáctica de la poesía.
2. Otro ecléctico, de raigambre plutarquea, que se mostraba simultáneamente cauteloso y favorable respecto a la poesía como instrumento pedagógico para los jóvenes.
3. Por último, una interpretación hostil, basada en las opiniones de los Padres de la Iglesia, quienes atacaron a los poetas gentiles por corruptores, ya que su dulce poesía emponzoñaba la moral cristiana.

Fray Luis parece en su oda usar el símil conforme al segundo y al tercero, dado que sin prohibir llama a la prudencia. Cabe también entenderlo en un plano sensual más que intelectual. Los versos entonces significarían que los

²⁴⁵ Es una pieza poética contaminada de varias fuentes, como advertía el P. Llobera (2001 I: 174) en su lúcido comentario: “Presentan estas liras reminiscencias de los libros sagrados y profanos, mayormente de los *Proverbios*, cap. 23, *Jueces*, 16 y *Génesis*, 39, de Lucrecio, I, 936 sigg. y, IV 11, sigg., de Horacio, lugar antes citado (*Epist.* I 2), y sobre todo de Homero (*Odisea* XII 184-91), cuyo canto de las Sirenas traduce en las liras 9-12”. Se trata, pues, de un preclaro ejemplo de sincretismo cristiano-pagano. Para otras posibles fuentes, cf. Alcina (1995: 114).

²⁴⁶ Recoge Cuevas (1998: 123, n. 1-6) una aclaración del doctor segoviano Andrés Laguna (1499-1569) perteneciente a su traducción del *Materia medica* de Pedáneo Dioscórides (s. I d. C.): “el axenxio (‘ajenjo’) común es extremadamente amargo y hidiendo...; son todos los axenxios amargos (*Diosc.* I p. 282)”. Cf. también Cov. s. v. “Assensios”: “Yerba en extremo amarga, y ay muchas especies de ella, como escribe Dioscórides, lib. 3, cap. 24, 25 y 26, y allí el doctor Laguna”.

placeres sensibles –“dorado vaso, sabrosa miel” (vv. 1-3)-, aunque fáciles y seductores, encubren un amargo final –“el postrero assensio” (vv. 5-6)-, porque acaban rompiendo la deseable armonía interior²⁴⁷.

En el comienzo de la *Oda* XIII, fray Luis parece recurrir, como en la anterior, a una suerte de especialización incipitaria. Dice así (Serés, 1990: 95):

Alma región luciente, prado de bienandanza, que ni al hielo ni con el rayo ardiente fallece, fértil suelo, produtor eterno de consuelo;	5
De púrpura y de nieve florida, la cabeza coronado, a dulces pastos mueve, sin honda ni cayado, el buen Pastor en ti su ható amado;	10

El tema del poema, expresado en el título “De la vida del cielo”, es recurrente en la poesía lucreciana. Una de sus mejores recreaciones se halla en los versos III 18-24 del *DRN*, cuya imaginaria, singularmente visual (West, 1969: 33), consigue transmitir la idea epicúrea de que los seres celestiales ni se inmutan por las súplicas humanas ni por los impredecibles fenómenos naturales. Esta pintura gustó mucho y, de hecho, fue imitada por T. Tasso, el gran poeta italiano, en su *Gerusalemme liberata* XV 53-54. El conquisado, conmovido también por la belleza de los versos, reinterpretó “a lo divino” la pintura lucreciana de los *intermundia*, convirtiendo las imperturbables moradas divinas en el paraíso cristiano, donde Dios habita preocupándose por el hombre –“produtor eterno de consuelo [...] el buen Pastor en ti su ható amado” (vv. 5-10)-. Apuntamos las dos analogías fraseológicas más evidentes en el siguiente esquema:

Vv.	FRAY LUIS	Vv.	LUCRECIO
1-2	<i>Alma región luciente, / prado de bienandanza</i>	21-22	<i>semper<que> innubilis aether / integit, et large diffuso lumine ridet.</i>
2-4	<i>que ni al hielo / ni con el rayo ardiente fallece</i>	19-20	<i>quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis / aspergunt neque nix acri concreta pruina</i>

En sus *Anotaciones* a Garcilaso, Fernando de Herrera (1534-1597) señala que la fuente clásica del soneto XXXIV es el proemio del libro II de Lucre-

²⁴⁷ Cf. Hor. *Epist.* I 2, 23-26, Sen. *Epist.* XXXI 2 (Alcina, 1995: 113) y fray Luis, *Panegyricus Divo Augustino*, p. 375 (Alcina, 1995: 115, y Cuevas, 1998: 123).

cio²⁴⁸ y elogia al epicúreo, siguiendo la estela de Aulo Gelio (I 21, 5), con estas palabras: “poeta de admirable facundia y gracia del sermón latino” (Gallego, 1972: 388). Pero el “Petrarca hispalense”, como gustaba llamarle Lope, no solo encomió a Lucrecio, también lo tradujo de forma propedéutica²⁴⁹. Era previsible, dado que, como Cristóbal Cuevas (1985: 17) recordaba, “en su afán por alcanzar la talla de los humanistas italianos de más prestigio, Herrera dedicaba horas y horas a la lectura de poetas clásicos y modernos”²⁵⁰. Lucrecio era una fuente documental sobre los temas que más le interesaban (mitología, ciencias naturales y filosofía) y, además, pretendió escribir un poema didáctico a la manera del poeta latino según se desprende de los versos 9-11 del soneto LV: “Una Luz bella es causa, i un onesto / semblante, que tentar en canto osara / la origen i orden firme de las cosas” (Macrí, 1972: 67). Pues bien, en este soneto suyo (XLIX) se observa un eco diáfano de Lucrecio:

Del mar las ondas quebrantarse vía
en las desnudas peñas desde el puerto,
i en conflicto las naves qu’el desierto
Bóreas, bramando con furor, batía,
 cuando, gozoso de la suerte mía, 5
aunque afligido d’el naufragio cierto,
dixe: “No cortará d’el ponto incierto
jamás mi nave la temida vía”.

El soneto presenta al lector la dramática escena de un naufragio. Desde el puerto seguro un marinero ve el hundimiento “gozoso de su suerte” (v. 5), pero “afligido del naufragio cierto” (v. 6). Decide entonces no volver a surcar

²⁴⁸ Según las ediciones modernas de Gallego (1972: 305-94) y Pepe y Reyes (2001: 339), los textos lucrecianos a los que alude Herrera en las *Anotaciones* son los siguientes: para el soneto VIII (v. 9: “memoria”. H-66, p. 338) Lucr. IV 1061-62; para el soneto XIII (v. 12: “Oh miserable”. H-95, p. 352) Lucr. VI 154-55; para el soneto XVI (v. 8: “Vulcano”, H-105, p. 358) Lucr. V 1094-95; para el soneto XXXIV (v. 3: “Y que del viento”, H-179, p. 388-89) Lucr. II 1-13; para la elegía II (v. 282: “cielo”, H-346, p. 447) Lucr. II 340; para la elegía I (v. 304: “mundo”, H-353, p. 449) Lucr. V 433, y para la égloga II (v. 323: “cuando”, H-830, p. 239) Lucr. V 738-39.

²⁴⁹ Se sabe que trasegó, al menos, dos versos de Lucrecio (IV 1061-62). Macrí (1972: 69) registra dicha traducción al ofrecer con buen criterio los autores latinos, griegos e italianos que vertió el sevillano para aprender de ellos el arte poético. Estas traducciones estaban en el ms. T-III-25 de la BCCS *Obras de Fernando de Herrera, natural de Sevilla, recojidas por D. Joseph Maldonado de Avila y Saavedra. Año 1637*, a partir del folio 128v., sumando unos 900 versos de 47 autores diferentes.

²⁵⁰ Comentaba *ibid.* el crítico (17-18) que Francisco de Rioja elogiaba la solvencia del sevillano en disciplinas diversas: “en orden al conocimiento de la habla castellana, en que leyó, con gran diligencia i osservación, los escritores antiguos i modernos, notando las palabras i modos de dezir que tenían, o novedad, o grandeza, i poniéndolos aparte en cuadernos *para que le sirviessen cuando escrevía*”. Esta tarea de apuntar en una libreta conceptos, frases o imágenes que sirvieran luego de inspiración, era una de las recomendaciones que los pedagogos más prestigiosos de la época hacían a sus alumnos de humanidades. Al surtir su memoria de pasajes selectos o al tenerlos a mano, podían enriquecer y engalanar fácilmente cualquiera de sus escritos (*cf.* Laguna Mariscal, 2000b: 423-33).

más mares, pero cambia de opinión tentado por la fortuna y termina viéndose él mismo atrapado en medio de una tormenta (vv. 9-14). Los dos primeros cuartetos son una imitación palmaria de Lucrecio II 1-7. Emula incluso la disculpa del epicúreo (5-6): *non quia vexari quemquamst iucunda voluptas, / sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est* (3-4). Con todo, hay diferencias. Herrera explota aquí el tópico del denuesto de la navegación (φόγος ναυτιλίας) como trasunto de su propia situación amorosa (*navigium amoris*²⁵¹), que atraviesa malos momentos (vv. 9-10: “i súbita tormenta / me niega la salud i la bonança”). Se trata, por tanto, de un correlato objetivo. Es probable que el soneto sea fruto de la *contaminatio* de la imaginería lucreciana, ya aprovechada por Garcilaso de la Vega (soneto XXXIV) en un contexto amoroso similar, y de la archiconocida oda horaciana dedicada a Pirra (*Carm.* I 5, 5-12):

heu quotiens fidem	5
mutatosque deos flebit et aspera	
nigris aequora ventis	
emirabitur insolens,	
qui nunc te fruitur credulus aurea,	
qui semper vacuum, semper amabilem	10
sperat, nescius aurae	
fallacis [...]	

En el siguiente pasaje (79-99), perteneciente a la *Elegía* VI, se atisban reminiscencias léxicas de la diatriba contra el amor de Lucrecio:

iCuán breve i cuán caduca resplandece	
nuestra gloria!; iCuán súbito, en el punto	80
que deleita a los ojos, desaparece!	
Mas, iô, si ser pudiesse qu'este punto	
de breve vida, alegres, en sossiego,	
gozásemos sin miedo i dolor junto!	
Cuál, d'ambición i d'avaricia ciego,	85
sulca el piélago inmenso, peregrino,	
i ve del sol más tarde el claro fuego.	
Cuál, ardiendo en furor de Marte indino,	
arma el osado pecho en duro hierro	
contra el estrecho deudo i el vezino.	90

²⁵¹ Cuevas (1985: 530) entiende que este empleo subjetivo, retratando el estado del poeta, se debe a la *contaminatio* de Hor. *Carm.* I 14. Con todo, Quint. *Inst.* VIII 6, 44 especifica que Horacio con la imagen de la nave se refiere al estado: *navem pro re publica, fluctus et tempestates pro bellis civilibus, portum pro pace atque concordia dicit* (Nisbert-Hubbard, 1998 I: 179). Herrera parece utilizar la imagen de la nave como alegoría de la vida (*navigium vitae*) –que fue metáfora común también entre los clásicos– en estos versos: “Mas éstos son peñascos de la vida, / do se rompe la nave en mar ondoso / si no va con destreza bien regida” (*Elegía* VI, vv. 22-24). Para la tradición del tópico del *navigium amoris*, cf. Laguna Mariscal (1989: 309-15, 1998: 101 y 2011: 424-26).

Cuál, de sí mesmo puesto en un destierro,
niega su voluntad por otra aena,
i sigue inferiör el mayor ierro.

Lisongeros halagos, dulce pena,
buscado mal del desvario umano
traen de gusto la esperança llena.

95

Ningún monte o desierto, ningún llano
a do pueda llegar gente atrevida,
nos tendrá libres del error profano.

Cuevas (1985: 441-42)

En sus notas de preceptiva, Herrera aconseja que la elegía “tenga frecuente comiseración, quejas, exclamaciones”²⁵², como suelen hacer los cultivadores más señeros del género: Tibulo, Propercio, Ovidio, Baltasar de Castiglione (1478-1529), Francisco M.^a Molsa (1489-1544) y Garcilaso. Fiel a esta indicación, el sevillano hilvana un extenso lamento en tercetos, en los que se queja de haber vivido atado a una “passión” amorosa no correspondida (v. 18). Y, al reflexionar más serenamente hasta qué punto su razón ha sido esclava de sus sentimientos, arremete contra los engaños del amor, y entre los argumentos que utiliza se encuentra aquel de Lucrecio *Adde quod absumunt viris pereuntque labore, / adde quod alterius sub nutu degitur aetas* (IV 1121-22), recogido como *aemulatio* en los versos 91-93.

Oreste Macrí (1972: 485) habla del “sentir ‘concreto’, físico, de los Latinos (Lucrecio, Virgilio, Propercio)” al comentar los versos 13 y 14 del siguiente soneto (LXXV), que reza así:

Aora que cubrió de blanco velo
el oro la hermosa Aurora mía,
blanco es el puro sol, i blanco el día,
i blanco el color lúcido d’el cielo.

Blancas todas tus viras que recelo,
es blanco el arco y rayos d’alegría,
Amor, con que me hieres a porfía,
blanco tu ardiente fuego i frío ielo.

5

Mas, ¿qué puedo esperar d’esta blancura,
pues tiene’n blanca nieve’l pecho tierno
contra mi fiera llama defendido?

10

iô beldad sin amor!; iô mi ventura!,
qu’abrasado en vigor de fuego eterno,
muero en un blanco ielo convertido.

En nuestra opinión el soneto ejecuta con imaginiería petrarquista el tema de la *frigida cura* que Lucrecio imputaba al amor apasionado en los versos IV 1058-60:

²⁵² Para los antecedentes de las *Anotaciones* de Herrera, cf. Morros (1998: 108-96, esp. 115-17).

Haec Venus est nobis; hinc autems nomen amoris,
hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor
stillavit gutta et successit frigida cura.

El canónigo Francisco Pacheco (1535-1599), natural de Jerez de la Fronteira, residió en Sevilla desde los 23 años. Poeta y erudito reputado en su época, formó en su casa una academia literaria a la que asistieron, entre otros, el propio Herrera, Juan de Mal Lara (1524-1571), Baltasar del Alcázar (1530-1606) y Cristóbal Mosquera (1547-1610). Su obra literaria, que comprendía poesía castellana y neolatina, se ha perdido, salvo ciertos poemas en latín como éste, del que reproducimos los cinco primeros versos:

Quam iuvat, in magno grassantibus aequore ventis,
immunemque salis tempestatisque sonorae
errantes spectare procul de litore puppes
et longe horrisonas impune audire procellas
queis miseri scopulis alii iactantur et alto!

5

Es el comienzo del *Sermo secundus*, en el que amonesta a don Pedro Vélez de Guevara, dedicatario del poema, sobre el “valor de la paz del espíritu” (Pozuelo, 1993: 50 y 144), que era, como sabemos, una parénesis genuina del epicureísmo (ἀπαρξία). Y Pacheco elige bien la fuente: el comienzo del proemio segundo (1-4) del *DRN*. Toda la valía de la tranquilidad, de la serenidad se justiprecia cuando nos percatamos de los sufrimientos que padecen quienes no las tienen. Y si para los antiguos el naufragio era desgracia habitual, también lo era para un poeta de Sevilla, a la sazón metrópolis del comercio con las Indias. La impresión que producía la escena lucreciana debía de ser mucho más vívida, por cercana. Y Pacheco dramatiza más aún la acción: pueden verse las naves llevadas a la deriva (v. 3: *errantes puppes*), a los marineros ahogándose (v. 5: *miseri*) y oírse la tempestad tronando (v. 2: *tempestatisque sonorae*²⁵³ y v. 4: *horrisonas procellas*). Se trata, por ende, de una *aemulatio* que amplifica el patetismo del modelo para *movere* al lector²⁵⁴.

Hombre de letras y de milicia, el capitán Francisco de Aldana (1537-1578) estuvo olvidado largo tiempo, pese al epíteto quevediano de “divino”. Pasó gran parte de su vida ligado a Italia. Su padre, Antonio Villela de Aldana, fue alcaide de Gaeta en Nápoles, donde nació el poeta seguramente²⁵⁵. Hacia 1546

²⁵³ Es préstamo tomado de Val. Fl. I 667.

²⁵⁴ Dentro de la poesía neolatina española, el poeta y religioso sevillano Pedro Núñez Delgado (1478-1535) imita también a Lucrecio en sus epigramas *Crucis commendatio* (v. 43 = Lucr. III 896 y V 1138), *Mariam Carmen* (v. 18 = Lucr. III 227) y *De medicamine tussis, ad Francum Leardum Ligurem* (vv. 45-46 = Lucr. I 210). Francisco Vera (2002: LXIII-XV) en su edición precisa que el sevillano toma prestados tres calcos de Lucrecio, los mismos que de Tibulo y Estacio. La mayoría de sus ecos son ovidianos y virgilianos. Falta un estudio monográfico sobre la presencia de Lucrecio en la poesía neolatina española.

²⁵⁵ No obstante, existe la posibilidad de que naciera en el municipio extremeño de Alcántara, en el cual se ubicaba la residencia familiar (Lara Garrido, 1985: 21-22, n. 30). En 1539 su

la familia Aldana se instala definitivamente en Florencia, donde Cosme de Médici otorgó a su padre los cargos de caballero de Liorna y de San Miniato, pueblo natal de Lorenzo Bonincontri. Es en la capital del Renacimiento donde Francisco de Aldana recibe una corta, aunque fecunda formación. De su obra poética, la pieza más preciada es la *Epístola a Arias Montano*.

Aldana es un experto en la imitación compuesta o *contaminatio*. Liba aquí y allá para luego crear versos ricos en reminiscencias literarias tanto clásicas como italianas. En sus poemas de amor, Rivers (1955: 41) y Crawford (1939: 52-53) apreciaron una chispa hedonista, fácilmente perceptible en el siguiente soneto (XVIII), que investiga la “natura d’amore”:

“¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando
 en la lucha de amor juntos, trabados,
 con lenguas, brazos, pies y encadenados
 cual vid que entre el jazmín se va enredando,
 y que el vital aliento ambos tomando 5
 en nuestros labios, de chupar cansados,
 en medio a tanto bien somos forzados
 llorar y sospirar de cuando en cuando?”
 “Amor, mi Filis bella, que allá dentro 10
 nuestras almas juntó, quiere en su fragua
 los cuerpos ajuntar también, tan fuerte
 que no pudiendo, como esponja el agua,
 pasar el alma al dulce amado centro,
 llora el velo mortal su avara suerte.”

Lara Garrido (1985: 201-2)

Según la filosofía neoplatónica, doctrina que inspira la poesía amorosa de Aldana, el amor fluctuaba entre la sensualidad física y el misticismo abstracto (Angeleri, 1952: 142-44), siendo esta última faceta la que más se asocia a la teoría platónica, mientras se olvida casi en su totalidad la primera. Coexisten, pues, dos amores, uno divino y otro sensual. Corren paralelos y sin juntarse. El primero procura la comunión perfecta de las almas enamoradas, el segundo, apenas saciado, tan solo tristeza, como pone de manifiesto el dicho de origen aristotélico *post coitum omne animal triste* (Tosi, 2000: 646, n.º 1428). Pues bien, en los cuartetos Aldana recuperó la escenografía erótica lucreciana (Green, 1969 I: 153) para ilustrar la concepción platónica del amor sensual, como se muestra a continuación:

padre formaba parte, como hombre de confianza, del séquito nupcial de la hija del virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, que iba a contraer matrimonio con Cosme de Médici, gobernador de Florencia. En 1540 actuaba de correo en Florencia para el virrey de Nápoles (Hernando Sánchez, 1994: 128-29 y 139).

Vv.	ALDANA	Vv.	LUCRECIO
1-3	<i>estando / en la lucha de amor juntos, trabados, / con lenguas, brazos, pies y encadenados</i>	IV 1079	quod petiere, premunt arte faciuntque dolorem
		IV 1105-6	denique cum membris collatis flore fruuntur / aetatis
5-6	<i>y que el vital aliento ambos tomando / en nuestros labios, de chupar cansados,</i>	IV 1080-81	corporis et dentis inlidunt saepe labellis / osculaque adfigunt, [...]
		IV 1108-9	adfigunt avide corpus iunguntque salivas / oris et inspirant pressantes dentibus ora
7-8	<i>en medio a tanto bien somos forzados / llorar y sospirar de cuando en cuando?"</i>	IV 1133-35	nequiquam, quoniam medio de fonte leporum / surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat, / aut cum conscius ipse animus se forte remordet

Es posible también que se inspirara en algún párrafo neoplatónico, como este del *Libro di natura d'amore* (1525)²⁵⁶ escrito por Mario Equicola (1470-1525), discípulo ficiniano, en el que parafraseaba la diatriba contra el amor con idéntica escabrosidad²⁵⁷:

In oltro modo che quel che Lucretio canta quando dice colui che è ferito dalle percosse di Venere, sia femina o maschio che ferisca, subito desidera il concubito et bucare lo humore genitale, tracto dal suo corpo in quel del'amante; et si stringono insieme, iungono le salive dela bocca, spesso mordendose invano, che non po penetrare l'uno nell'altro, et così stanno colligati insieme, finché le membra sono, per quella forza di Venere, liquefacte et lasse (Prosperi, 2004: 167).

O como esta paráfrasis de los versos lucrecianos IV 1076-120 inserta por Sperone Speroni (1500-1588) en su *Dialogo d'Amore* (In Vinegia, 1543), que fue objeto de censura eclesiástica en 1574 tras una denuncia anónima (Prosperi, 2004: 172, y 2007: 216)²⁵⁸ y que contiene al final la imagen de la esponja y del agua:

²⁵⁶ Existe un ejemplar de 1526 (Vinegia: per Gioanniantonio & Fratelli de Sabbio) en la BN (R/290).

²⁵⁷ Cf. también este fragmento de Ficino del *Libro dell'amore* (VII 6): "Dice Lucretio, amante sventurado, che quella grande mutatione che si fa nel corpo del più vecchio, la quale piega inverso la complexione della persona più giovane, constringe che costui si sforza tutto el suo corpo transferire in quella, e tutto el corpo di quella in sé tirare, acciò che o veramente el tenero humore truovi e vasi teneri, o veramente e vasi teneri truovino el tenero humore. E con ciò sia che il seme da tutto el corpo corra, stimano gl'innamorati, secondo Lucretio, che pe'l solo mandamento o tiramento di quello possino tutto el loro corpo dare ad altri, e tutto el corpo d'altri in sé tirare".

²⁵⁸ Tras el Concilio de Trento, cuando se estrechó mucho más el círculo contra la libertad de pensamiento, la recurrencia a las imágenes eróticas del libro IV, fuera del ámbito médico,

Et così senza riposo, mezzi ebbri, mezzi tra se stessi et altrui, ne vivi ne morti, goder di quel bene, delquale (como voi dite) niuno altro che maggior sia puo esser loro prestato? [...] La carne et l'ossa di che noi siamo formati, con la loro imperfettione sono cagione di farci sentire di quegli effetti miracolosi [...] Ne di ciò vi dovete maravigliare, quando comunque l'huomo tocchi la donna sua, non empie mai la sua voglia, ma allegro et satio nelle parti di fuori, nelle interne, ove non giunge il piacere, tristo et bramoso sene rimane. Vorrebbe adunque lo amante non abbracciare la cosa amata, ma vivo et intero per entro lei penetrare, non altramente che l'acqua passi la spugna: ne ciò fare potendo, mel mezo posto d'ogni sua gioia, geme et sospira di disiderio (pp. 14v.-15v. Cf. Prosperi, 2004: 222).

Se atisba otro eco en el siguiente poema fragmentario:

... De Pélopis no quiero la riqueza
ni muchos poseer varios talentos,
menos, con desenvuelta ligereza,
anticiparme a los fugaces vientos,
mas libre de temor, ira o tristeza,
por entre montesinos aposentos,
libre estar, sin cuidado, en mí gozando
y de alto al mar lejos mirando [...]

5

Lara Garrido (1985: 488)

Por medio de la estructura retórica del *priamel* Aldana antepone el sosiego personal al dinero, usando ideas e imágenes epicúreo-estoicas procedentes de varios autores clásicos, de ahí su notable *contaminatio*. Pélopis, tal vez, Pélope (Grimal, 1991: 417-18), hijo de Tántalo, ilustre por su riqueza y nieto de la ninfa Pluto, funciona como *exemplum mythologicum* del tópico del denuesto de la riqueza, en el que se desenvuelve el fragmento. Resuena después la expresión *spei metusque liber* de Séneca (*Phaedr.* 492), en el verso quinto, y al final (v. 8) falta la frase que introduciría la imagen del naufragio. Es probable que Aldana recreara a Lucrecio II 1-7 en los versos perdidos, aunque el último recuerda bastante a Hor. *Epist.* I 11, 10 (*Neptunum procul a terra spectare furentem?*). Al margen de esta posibilidad, todo el poema parece inspirarse en la oda de Horacio II 16, 1-8, donde el venusino desprecia la ambición del mercader que le empuja a arriesgar incluso la vida²⁵⁹.

No sabemos si Miguel de Cervantes (1547-1616) leyó el *DRN*. Posiblemente tradujera pasajes escogidos en las clases de Poética y Retórica, mientras

podía levantar sospechas.

²⁵⁹ Para otros posibles ecos de Lucrecio en Aldana, cf. los poemas “Alma Venus gentil, que al tierno arquero” (Lucr. I 2); “¿Quién ve venir de rosas coronada” (Lucr. V 737-43); “Junto a su Venus, tierna y bella, estaba” (Lucr. I 29-40); “Montano, cuyo nombre es la primera”, *Carta para Arias Montano*, vv. 304-18 (Lucr. III 18-30) y vv. 364-432 (Lucr. II 1-13).

estuvo en el Estudio de la Villa de Madrid, del que fue, según su maestro López de Hoyos²⁶⁰, un alumno destacado (Close, 1998: LXVIII-XIX). Un lector empedernido como él (*El Quijote*, I 9) se toparía a menudo con la doctrina del Jardín²⁶¹ y alguna que otra vez con Lucrecio entre la floresta literaria de la época²⁶². Precisamente, en el “Prólogo” de su magna obra resuena un eco del poeta latino:

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante²⁶³ (Rico, 1998 I: 9).

Fiel a la práctica retórica de la época, Cervantes empieza con una *captatio benevolentiae*²⁶⁴, bastante persuasiva: se muestra humilde ante el lector, afirmando que su obra es modesta, aunque tuvo el noble propósito de escribir la más hermosa jamás imaginada. Para ganarse más aún su simpatía, cita una sentencia filosófica que viene a resaltar su discreción, pues, según esta, el libro es a fin de cuentas parejo al ingenio de su autor. El adagio era un principio epicúreo que Lucrecio versificó de mil maneras, como en los versos 923-24 del libro V²⁶⁵:

Sed res quaeque suo ritu procedit et omnes
foedere naturae certo discrimina servant.

Al margen de esta posible cita parafraseada, aprendida en clase o sacada de alguna *polyanthea*, no hay, que sepamos, otra imitación directa del

²⁶⁰ Alguna simpatía tendría su maestro por la doctrina epicúrea, cuando disponía en su biblioteca personal de un ejemplar de “Laurencio Vala”, seguramente sus *Opera* (Basileae: Henricus Petrus, 1543. BGUS 11986). Cf. Márquez (1975: 172).

²⁶¹ El mejor artículo que conocemos sobre el epicureísmo en *El Quijote* se debe a Márquez (1975), quien llega a compararlo con el de Montaigne (p. 174, n. 39). Márquez sostiene que Cervantes tiñó su obra del epicureísmo cristiano propugnado por Erasmo. Aduce como prueba una definición del sumo bien hecha por don Quijote que se ajusta un tanto a la opinión de Epicuro: “díjole (sc. Don Quijote) que una de las cosas en las que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos y buenos hijos (II 16)”.

²⁶² Se sabe, por ejemplo, que Cervantes consultó y leyó a menudo el tratado de Alonso López Pinciano *Philosophía antigua poética* (En Madrid: Por Thomas Iunti, 1596. Cf. Anderson y Pontón, 1998: CLXXIII, y Márquez, 1975: 172), en el que su autor rehabilitaba a Epicuro de las opiniones vulgares (“Epístola I”, pp. 9-10) y citaba a Lucrecio hasta en cuatro ocasiones al hilo del género didáctico (pp. 132, 150, 166 y 472).

²⁶³ Cf. Mal Lara, *Filosofía vulgar*: “Como dice Aristóteles en los *Físicos*, y lo trae Lucrecio, poeta antiguo, todo animal engendra su semejante”. Cf. Rico (1998 I: 9, n. 4, y 1998 II: 251, 9.4.).

²⁶⁴ Para la interpretación, fuentes y bibliografía de este prólogo, cf. Socrate (1998: 12-14).

²⁶⁵ Cf. también I 169-73 o I 593-98.

DRN en *El Quijote*²⁶⁶. Y, no obstante, hallamos en él afinidades éticas con el epicureísmo (Márquez, 1975: 168-75) e, incluso, coincidencias teóricas que nos recuerdan planteamientos científicos de la doctrina, como esta en la que Cervantes explica las causas de la locura del hidalgo (I 1):

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (Rico, 1998 I: 39).

El hidalgo manchego se apasionó tanto con los libros que “del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro”. Es fácil reconocer en esta frase la teoría hipocrática, seguida luego por Galeno (131-220 d. C.), de los cuatro humores, según la cual el dormir poco provocaba sequedad en el cerebro y, consecuentemente, estimulaba la imaginación. Esta teoría estaba recogida en muchos manuales de la época, como *El examen de ingenios* (Baeza, 1575) de Huarte de San Juan (ca. 1529-1588), una de las fuentes documentales de *El Quijote* (Serés, 1989: 62, nn. 48-49)²⁶⁷. Ahora bien, en la segunda parte del párrafo, donde afirma “Llenósele la fantasía”²⁶⁸ de todo aquello que leía en los libros”, pueden reconocerse ideas genuinas de la psicología epicúrea, en particular las teorías de los simulacros y de los sueños expuestas por Lucrecio en el libro IV. Su obsesión por los libros de caballería hizo que su mente se llenase hasta tal punto de simulacros de “pendencias, batallas, desafíos” que su cerebro dio por verdaderas aquellas imágenes soñadas, perdiendo así su capa-

²⁶⁶ El profesor Pascual (1987: 25) llamó la atención en su disertación como *doctor honoris causa* (Universidad de Valencia, 1987) sobre el uso del término átomo en el *Quijote*: “Si bien las teorías atomísticas quedaron durmientes durante muchos siglos es curioso observar que la palabra átomo era usual en la lengua castellana del siglo XVI. En el penúltimo capítulo de la obra cumbre de Cervantes se puede leer [...] ‘la cual (sc. idea) pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo’”.

²⁶⁷ Cf. también Forradellas (1998: 39, n. 31). Sobre la sequedad en la teoría de los humores, cf. el cap. V del *Examen de ingenios* (“Donde se prueba que de solas tres cualidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre”). *Ibid.* dice el autor: “Del calor, que es la tercera calidad, nace la imaginativa [...] Aliende que las ciencias que pertenecen a la imaginativa son las que dicen los delirantes en la enfermedad, y no de las que pertenecen al entendimiento ni memoria; y siendo la frenesía, manía y melancolía pasiones calientes del cerebro, es grande argumento para probar que la imaginativa consiste en calor” (Serés, 1989: 340).

²⁶⁸ Cf. Cov., s. v. “Fantasía”: “*Latine phantasia, a graeco φαντασία, visio, imago rerum animo insidentium*, vale lo mesmo que imaginación”.

cidad de discernimiento entre la realidad y la pura alucinación²⁶⁹. Pues bien, la etiología de estos síntomas es explicada por el poeta romano en el libro IV 962-67 y 973-86, del siguiente modo²⁷⁰:

Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret aut quibus in rebus multum sumus ante morati atque in ea ratione fuit contenta magis mens, in somnis eadem plerumque videmur obire;	965
causidici causas agere et componere leges, induperatores pugnare ac proelia obire; [...]	
et quicumque dies multos ex ordine ludis assiduas dederunt operas, plerumque videmus, cum iam destiterunt ea sensibus usurpare,	975
relicuas tamen esse vias in mente patentis, qua possint eadem rerum simulacra venire. per multos itaque illa dies eadem obversantur ante oculos, etiam vigilantes ut videantur cernere saltantis et mollia membra moventis	980
et citharae liquidum carmen chordasque loquentis auribus accipere et consessum cernere eundem scenaique simul varios splendere decores. usque adeo magni refert studium atque voluptas, et quibus in rebus consuerint esse operati	985
non homines solum sed vero animalia cuncta.	

Y también se explica en los versos siguientes la razón última que provoca la locura, cuando la mente ya no discrimina entre la realidad de las imágenes y las conjeturas que el espíritu les añade (IV 462-68):

cetera de genere hoc mirande multa videmus, quae violare fidem quasi sensibus omnia quaerunt, nequiquam, quoniam pars horum maxima fallit propter opinatus animi quos addimus ipsi, pro visis ut sint quae non sunt sensibu' visa. nam nil aegrius est quam res discernere apertas ab dubiis, animis quas ab se protinus addit.	465

A finales del siglo XVI la tradición hipocrática y galénica empezó una paulatina decadencia, prolongada hasta la Ilustración, toda vez que muchos médicos revaloraran los presupuestos físicos del atomismo democriteo y epicúreo, más experimental y menos escolástico. Es posible que ya entonces algunos tratados médicos, al estudiar las capacidades intelectuales del hom-

²⁶⁹ Para la obsesión y el entusiasmo como causas de la locura en la medicina antigua, cf. Gil (2004: 265-69).

²⁷⁰ Cf. Epicur. D. L. X 50-51, donde habla de las proyecciones imaginativas del entendimiento (τὰς φανταστικὰς ἐπιβολὰς τῆς διανοίας).

bre, se hicieran eco de la teoría epicúrea de los ídolos. De hecho, como bien señala Menéndez Pelayo (2000: 209-18) en su capítulo dedicado a los “Filósofos, controversistas y librepensadores” de la *Historia de los heterodoxos españoles*, algunos de los galenos más prestigiosos, coetáneos de Cervantes, fueron al mismo tiempo filósofos materialistas, ganándose la antipatía de la Inquisición²⁷¹. Y conviene recordar también que tradicionalmente los médicos, ya desde el Medievo, eran llamados físicos²⁷², por lo que Lucrecio, siendo la fuente más acreditada y generosa de la física de Epicuro, fue tras su redescubrimiento una autoridad en medicina, como eran, al fin y al cabo, todos los *antiqui auctores*, incluidos los poetas líricos, épicos y satíricos.

Hay otros dos pasajes que también pueden interpretarse a la luz de la epistemología epicúrea: la aventura de los molinos de viento (I 8) y la de los rebaños confundidos con ejércitos (I 18). En ambos el hidalgo atisba de lejos molinos y una polvareda que su fantasía imagina ser gigantes y dos mesnadas. He aquí el relato de los molinos:

- La aventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.
- ¿Qué gigantes? –dijo Sancho Panza.
- Aquellos que allí ves –respondió su amo–, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.
- Mire vuestra merced –respondió Sancho– que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino (Rico, 1998 I: 94-95).

Y así refiere Cervantes el suceso con las manadas de ovejas y carneros:

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una

²⁷¹ Fue el caso de Gómez Pereyra (ca. 1500- ca. 1560), el “Descartes español”, de Francisco Vallés (1524-1592) y de Isaac Cardoso. Para la relación entre filosofía y medicina, cf. Serés (1989: 70-107). Era fácil para un médico de la época caer en la herejía, no porque abrazase el epicureísmo, sino porque en las mismas fuentes médicas había hipótesis, a medio camino entre la filosofía natural y la metafísica, que empujaban hacia ella. Galeno, sin ir más lejos, que fue uno de los pilares de la medicina renacentista, admitía que el alma era material y se cuestionaba si, tras la muerte, vivía o no. “El error de Galeno está en querer averiguar por principios de filosofía natural si el ánima racional, faltando del cuerpo, muere luego o no”, dirá Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*, cap. VII, y Rebolledo en su *Defensa de Epicuro* (p. 495) afirmará, sin más, que “Galeno, y Plinio el mayor la negaron” (sc. la inmortalidad del alma).

²⁷² Cf. Don Juan Manuel, *El conde Lucanor* (“Prólogo”): “Et esto fiz segund la manera que fazen los físicos, que quando quieren fazer alguna melizina que aproveche al figado, [...]”

grande y espesa polvareda; y, en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo: [...]

¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

- A esa cuenta, dos deben de ser, -dijo Sancho-, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca [...] (Rico, 1998 I: 188-93).

Tampoco encontraremos una reminiscencia literaria concreta de Lucrecio. Sin embargo, el engaño de los sentidos, argumento de los episodios, fue cuestión discutida en la Canónica o teoría del conocimiento de los epicúreos²⁷³, de la que Lucrecio era fuente primaria. Ofrecía en su explicación una serie de ejemplos pedagógicos sobre las ilusiones ópticas (II 308-32 y IV 353-452) que guardan cierta similitud con los utilizados por Miguel de Cervantes. La ilustración de las torres cuadradas que desde lejanía se ven redondas (IV 353-63) puede asociarse con el relato de los molinos, que son, al fin y al cabo, torres²⁷⁴, y la alucinación de los ejércitos recuerda el escenario lucreciano en el que describe un hato de ovejas y dos ejércitos en batalla que parecen a lo lejos un simple candor, casi inmóvil. Resulta más que una casualidad llamativa que el binomio rebaño-ejércitos, los elementos integrantes del segundo texto

²⁷³ Cf. D. L. X. 50 (Arrighi, 2): τὸ δὲ ψεῦδος καὶ τὸ διημαρτημένον ἐν τῷ προσδοξαζομένῳ αἰεὶ ἐστὶν <ἐπὶ τοῦ προσμένοντος> ἐπιμαρτυρηθῆσθαι ἢ μὴ ἀντιμαρτυρηθῆσθαι, εἴτ' οὐκ ἐπιμαρτυρουμένου <ἢ ἀντιμαρτυρουμένου> κατὰ τινα κίνησιν ἐν ἡμῖν αὐτοῖς συνημμένην τῇ φανταστικῇ ἐπιβολῇ, διάληψιν δὲ ἔχουσιν, καθ' ἣν τὸ ψεῦδος γίνεται.

²⁷⁴ Fue ya un motivo literario en Dante. En el pasaje de *Infierno* XXXI 29-33 unos gigantes se confunden también con torres (Forradellas, 1998: 289). Dicen así los versos según la traducción castellana de Crespo (1983: 178-79): “y ‘Antes’, dijo ‘que mucho te adelantes, / no te sorprenda el hecho prodigioso, / porque torres no son, que son gigantes, / y del ombligo abajo están hundidos / del pozo en los escollos circundantes”.

cervantino²⁷⁵, hayan sido también los componentes del pasaje versificado por el epicúreo en II 308-32²⁷⁶:

Illud in his rebus non est mirabile, quare, omnia cum rerum primordia sint in motu, summa tamen summa videatur stare quiete,	310
praeterquam siquid proprio dat corpore motus. omnis enim longe nostris ab sensibus infra primorum natura iacet; quapropter, ubi ipsa cernere iam nequeas, motus quoque surpere debent;	
praesertim cum, quae possimus cernere, celent saepe tamen motus spatium diducta locorum. nam saepe in colli tondentes pabula laeta lanigeræ reptant pecudes quo quamque vocantes invitant herbae gemmantes rore recenti, et satiati agni ludunt blandeque coruscant;	315
omnia quae nobis longe confusa videntur et velut in viridi candor consistere colli. praeterea magnae legiones cum loca cursu camporum complent belli simulacra cientes, fulgor ubi ad caelum se tollit totaque circum	320
aere renidescit tellus subterque virum vi excitur pedibus sonitus clamoreque montes icti reiecant voces ad sidera mundi et circumvolitant equites mediosque repente tramittunt valido quatientes impete campos;	325
et tamen est quidam locus altis montibus <unde> stare videntur et in campis consistere fulgor.	330

El poeta Francisco de Medrano (1570-1607) fue un apasionado de Horacio. No se contentó con imitar sus odas, parece también como si hubiese emulado su vida²⁷⁷. Según un registro de los *Catalogi triennales* de 1585 de la Compañía de Jesús²⁷⁸, Medrano, natural de Sevilla, había cursado ocho años de Latín

²⁷⁵ Se han aducido muchas fuentes, aunque poco convincentes. Forradellas (1998: 321) cita *Genesis* II 7, Hom. *Il.* III 10-17, Sen. *Epist.* XIII 8, 6, y Montaigne, *Essais* I 17.

²⁷⁶ Hallamos otras posibles similitudes del *Quijote* con el *DRN* en I 34 (Rico, 1998 I: 398), donde se dice “Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla” (≈ Lucr. IV 1063-64); en II 16 (Rico, 1998 I: 759), donde se dice “la pluma es lengua del alma” (≈ Lucr. VI 1149), y en II 21 (Rico, 1998 I: 803), donde Basilio se suicida tirándose sobre una espada, de forma similar a como lo hizo Lucrecio según la vida borgiana (*gladio incubuit*). Nos comenta el profesor V. Cristóbal López que el argumento de *El licenciado vidriera*, obra incluida en las *Novelas ejemplares*, parece inspirado en la noticia de Jerónimo (*Chron. a. Abr.* 1923) sobre el filtro amoroso que terminó provocando el suicidio de Lucrecio.

²⁷⁷ Tuvo como el venusino una salud precaria y poseyó una heredad cerca de Itálica, que Dámaso Alonso (1988: 18-19) comparaba con la que tuvo Horacio en Tívoli. La describió en una oda (XXXI) como Horacio (*Carm.* II 6).

²⁷⁸ Son memorias trienales de la Compañía con información sobre las casas que regentaban y sus residentes. Actualmente se custodian en el archivo que el Instituto tiene en Roma.

antes de entrar en el noviciado de Montilla. Tenía entonces 15 años (Alonso, 1988: 19) y, al menos, desde 1579 estudiaba en el colegio jesuita de Sevilla. Terminó Teología en la Universidad de Salamanca²⁷⁹ y años después realizó un viaje de formación, seguramente a Roma (cf. *Ode* XXX, sonetos III y IV). No resulta, pues, extraño, conociendo la aspiración de la pedagogía jesuítica a la *virtus litterata*, que fuese un profundo conocedor de la literatura clásica y que su producción sea considerada un hito del clasicismo hispano (Palomo, 1983 HCLE III: 689). Aunque Medrano escribe la mayoría de sus odas y sonetos inspirándose en los *carmina* del venusino, gusta de contaminar sus *ae-mulationes* con versos de otros autores latinos, entre los que Lucrecio ocupa un lugar privilegiado. Imita sobre todo sus proemios, con una recurrencia que viene a corroborar que los jesuitas escogieron algunas flores del *DRN* para sus clases de Retórica y Poética.

El primer eco se encuentra ya en el soneto programático, en el que Medrano expone su ideario vital y poético²⁸⁰:

Sé que allá corre el mundo asaz ligero donde (fatal ministro de su muerte), pródigamente ponçoñoso, vierte más de dulçura el verso lisongero.	
Bien como a infante pues, que sin entero seso el remedio de su mal no advierte, beba lo falso, y a beber acierte, yendo engañado al bien, lo verdadero.	5
Sólo aquel toco el punto, que prudente con lo dulce templó lo provechoso ²⁸¹ (¿y a quién fue Apolo, a quién, así clemente?).	10
Yo, Sorino, lo intento, cudiçioso deel pro común [...]	

Dámaso Alonso (1988: 169) apuntó como fuente del segundo cuarteto a Lucr. I 936-50. Pero parece, como subrayó Beall (1943: 76-79), que el precedente inmediato está en estos versos de la *Gerusalemme liberata* (I 3-4) de Torquato Tasso, tomados claramente de Lucrecio (Prosperi, 2007a: 161-62):

Sai che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;

²⁷⁹ Según recoge *El libro de matrículas* de la Universidad de Salamanca perteneciente al curso académico 1592-93 (f. 12v.), Medrano estudiaba Teología en la ilustre ciudad castellana y se hospedaba en el Colegio de la Compañía. Recordemos que en la biblioteca de este colegio salmantino hubo, al menos, dos Lucrecios (BGUS 1^a/33854 y 1^a/11323).

²⁸⁰ Dice el epígrafe “Este soneto es como prefación y dedicación de los demas”. Era tradicional en la lírica clásica que el poeta utilizara el primer poema a modo de presentación de todo el poemario. En él apuntaba los rasgos estilísticos generales de la obra, sus gustos poéticos, así como los temas de inspiración.

²⁸¹ Cf. Hor. *Ars.* 343.

E che 'l vero, condito in molli versi,
 I più schivi allettando ha persuaso.
 Così a l'egro fanciul porgiamo aspersi
 Di soavi licor gli orli del vaso:
 Succhi amari ingannato intanto ei beve,
 E da l'inganno suo vita riceve.

5

Recogemos en la siguiente tabla los ecos más relevantes:

Vv.	MEDRANO	Vv.	TASSO	Vv.	LUCRECIO
3-4	<i>vierte / más de dulçura el verso lisongero</i>	5-6	<i>aspersi / Di soavi licor gli orli del vaso</i>	I 934	<i>musaeo contingens cuncta lepore</i>
				I 937-38	<i>prius oras pocula circum / contingunt mellis dulci flavoque liquore</i>
5	<i>Bien como a infante pues</i>	5	<i>Così a l'egro fanciul</i>	I 936	<i>sed veluti pueris absinthia taetra medentes</i>
7-8	<i>beba lo falso, y a beber acierte, / yendo engañado al bien, lo verdadero</i>	7-8	<i>Succhi amari ingannato intanto ei beve, / E da l'inganno suo vita riceve</i>	I 940-42	<i>interea perpotet amarum / absinthi laticem deceptaque non capiatur, / sed potius tali facto recreata valescat</i>
12-13	<i>Yo, Sorino, lo intento, cudiçioso / deel pro común [...]</i>			I 943	<i>sic ego nunc</i>

Se trataría, por tanto, de un claro ejemplo de influencia mediada.

El segundo fragmento retórico al que Medrano recurre una y otra vez, movido por su afán parenético, es el proemio del libro II 1-13. Dámaso Alonso (1988: 174-75), lector asiduo de los auriseculares, sabía que la escena aparecía de cuando en cuando en los poemarios renacentistas y llega a afirmar que “el tema, expresado en varias formas por latinos y griegos, así como por Dante (*Infierno* I 22-27²⁸²), era un bien mostrenco”. Pero, a nuestro parecer, los escritores renacentistas, como Fernando de Rojas o fray Luis, sabían que la alegoría era de Lucrecio. De todos ellos, fue, tal vez, Medrano el que más intensamente la explotó, como apreciamos en los siguientes sonetos y odas.

Pláçeme veer el mar quando se enoja,
 y a montes d'agua montes acumula,
 y al experto patrón (que disimula,

²⁸² Para la similitud de estos versos y los de Lucrecio, cf. Alfonsi (1978: 302).

prudente, su temor) puesto en congoja.
 También me plaze veerle quando moja 5
 la orilla malavés, y en leche adula
 a quien sus culpas llevan, o su gula,
 a cortejar qualque birreta roja.
 Turbio me plaçe, y pláçeme sereno;
 veerle seguro, digo, desde afuera, 10
 y éste medroso veer, y éste engañado:
 no porque me dé gusto el mal ageno,
 más por 'allarme libre en la ribera,
 y deel mar falso asaz desengañado.

En este soneto (IV), cuyo epígrafe reza “En la playa de Barcelona, volviendo de Roma”, Medrano imagina el mar, seguramente picado, desde la orilla e imita los cuatro primeros versos del proemio lucreciano, si bien aumentándolos mediante repeticiones léxicas (vv. 1, 4 y 5: *suave [...] suave [...] suave [...] = vv. 1, 5, 9*: “Pláçeme [...] plaze [...] plaçe [...] pláçeme [...]”, y vv. 2, 4 y 5: *spectare [...] cernere [...] tueri [...] = vv. 1, 5, 10 y 11*: “ver [...] veerle [...] veerle [...] veer”). Es un claro ejemplo de la modalidad imitativa que en tradición clásica denominamos *amplificatio*.

La *Ode* VIII que comienza “¿Qué pide al çielo el biendisciplinado [...]” recurre en los siguientes versos al mismo *locus lucretianus*:

Yo, contento
 con poco, el mar violento 15
 veré desde la arena,
 y al çielo pediré sola una onesta
 y mediana fortuna, con buen seso;
 una vejez de peso,
 ni a mí ni a otro molesta. 20

La oda está contaminada de varias fuentes, en particular de los *Carmina* I 31 y II 16 de Horacio (Dámaso Alonso, 1988: 213), de los que recrea los mismos tópicos, como la *aurea mediocritas* (v. 18: “mediana fortuna”), el denuesto de la riqueza (vv. 2-3: “De Crespo no el tesoro, / ni de Midas el oro”) y el λάθη βιώσας (v. 4: “ni de Augusto el estado”). Ahora bien, entre los versos 15-16 se lee una *allusio* a la visión desde la arena del mar embravecido que describe Lucrecio II 1-2²⁸³, precedida de una imitación de Tib. I 1, 25 (*contentus vivere parvo* ≈ *Lucr. V 1118: divitiae grandes homini sunt vivere parce*). A diferencia de la *amplificatio* anterior, Medrano tiene en cuenta el diseño retórico del *priamel*, del que se valen Lucrecio y Horacio para fortalecer sus preferencias vitales²⁸⁴.

²⁸³ Cf. también Hor. *Epist.* I 11, 10.

²⁸⁴ Nisbet y Hubbert (1998 I: 347-48) estudian el uso de esta estructura retórica en Hor. *Carm.* I 31.

Por último, en la *Ode XXX*, “Sorino, rindo al cielo”, dedicada “A Ernando de Soria Galbarro vuelto de Roma y de la Corte y retirado de todo”, amplifica de nuevo los cuatros primeros versos del consabido proemio a lo largo de las estrofas 8 y 9, modelándolos de nuevo según el esquema del *priamel*:

Que yo, experimentado	
en iguales peligros, desde afuera,	
seguro, el mar turbado	45
miro, inquieta la corte lisongera,	
y al Amor retoçando,	
y a los que aquí y allí van peligrando.	
No porque ageno daño	
(tyrano afecto) alegre mi sentido;	50
mas porque es bien tamaño	
de tan sin par peligro aver salido,	
que puede ser comprado	
con las ansias de aver en él bascado.	

El capitán Andrés Fernández de Andrada (*fl. ca.* 1596) escribió la *Epístola moral a Fabio* a principios del siglo XVII, una perla de la poesía castellana (Alcina y Rico, 1993: IX) y culmen de un género gratisimo a los poetas renacentistas y barrocos españoles²⁸⁵. Sus versos configuran un mosaico donde están incrustadas a modo de teselas reminiscencias de muchos clásicos grecolatinos, italianos y castellanos. Es, por esta razón, un magnífico escaparate de los gustos literarios de su época y, en este sentido, exige al lector un buen conocimiento de los clásicos para valorarla en justa medida.

Al comentar los tópicos filosóficos del poema, la mayoría de los críticos recuerdan su filiación estoica (Alonso, 1993: 36); pero Andrada repasa también una a una las prédicas más genuinas del epicureísmo²⁸⁶. Por eso, parece más apropiado hablar del neoestoicismo cristiano que impregna toda la epístola, dado que fue este movimiento humanístico el que asimiló las premisas morales de Epicuro. Y, así, el retiro de la vida pública, la búsqueda de la sabiduría, el cultivo de la amistad, el desprecio de las riquezas y el fomento de la serenidad espiritual son parénesis de origen epicúreo rehabilitadas por el humanismo cristiano siguiendo la estela de Séneca y Horacio. De estas exhortaciones se nutrieron las composiciones poéticas más propicias para inculcar preceptos de filosofía moral, como la epístola, el soneto y la oda.

²⁸⁵ Sobre la tradición y trayectoria del género epistolar en España, *cf.* el excelente estudio de Alcina y Rico (1993: XVIII-XXX).

²⁸⁶ Un ejemplo palmario de este apego al epicureísmo se halla en los vv. 115-17: “Quiero, Fabio, seguir a quien me llama, / y callado pasar entre la gente, / que no afecto los nombres ni la fama”. En ellos Medrano declara su simpatía hacia la prédica epicúrea del *λάθε βιώσας* (551 Us.), para la que Hor. *Epist.* I 18, 103 acuñó la feliz expresión *secretum iter*, que fray Luis tradujo como “la escondida senda” (vv. 3-4) en su *Canción de la vida solitaria* (Llobera, 2001 I: 28).

En la *Epístola moral a Fabio* es posible descubrir algunas reminiscencias lucrecianas, por más que la mayoría de los ecos hayan sido ya certeramente atribuidos por Dámaso Alonso (1993: 117-135), Juan F. Alcina y Francisco Rico (1993: IX-XXX)²⁸⁷. He aquí algunas pausibles:

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,	40
como en la oscura noche del Egeo	
busca el piloto el eminente faro;	
que si acortas y ciñes tu deseo,	
dirás: “Lo que desprecio he conseguido,	
que la opinión vulgar es denaveo”.	45

La fuente de los versos 40-42 es la famosa oda horaciana II 16, 1-4²⁸⁸, cuyo *otium* Andrada ha traducido, como Medrano en la *Ode XXIV* 1²⁸⁹, por “sosiego”, y algunos pasajes senequianos en los que el cordobés argumenta a favor del “ocio estoico”, como la *Epístola* LXVIII 10²⁹⁰. No obstante, ¿de dónde procede el epíteto “dulce”, pues ni en Séneca ni en Horacio aparece? En nuestra opinión, de la contaminación de Lucr. II 7 (*nil dulcius est*). Es sabido que Horacio en *Carm.* II 16, 1-16 escribió una magnífica *aemulatio* del famoso proemio lucreciano (Nisbet-Hubbard, 1998 II: 252-55); pero en ella el venusino no vertió el epíteto *dulcis*, con el que Lucrecio celebra el ideal de vida epicúrea o ἀταραξία. Este término griego, que literalmente significa “imperturbabilidad”, era trasegado al latín con las palabras *quies* (Laguna Mariscal, 1996: 248, n. 4) u *otium*, y ambas podían ser traducidas al castellano con los sinónimos “serenidad, sosiego y tranquilidad”. Ahora bien, el calificativo *dulcis* remite a Lucrecio. Cabe aducir también aquí el sintagma lucreciano *dulcia solacia vitae*, presente en los proemios V 21 y VI 4. Por último, los versos 44-45 dan fuerza a la hipótesis de que Andrada tuvo en mente a Lucrecio, ya que parecen emular los versos lucrecianos II 9-10:

despicere unde queas alios passimque videre
errare atque viam palantis quaerere vitae.

En los siguientes versos también es posible atisbar una influencia lucreciana:

²⁸⁷ Las fuentes primarias son, según estos críticos, Sen. *Epist.* XXII 3 para *Epístola* 7-12; Hor. *Carm.* II 16, 1-4 para *Epístola* 40-42; Petrarca, *Triunfo del tiempo* 61-63 para *Epístola* 67-69, y Petrarca, *De vita solitaria* I 3 para *Epístola* 46-57.

²⁸⁸ *Otium divos rogat in patenti / pressus Aegaeo, simul atra nubes / condidit lunam neque certa fulgent / sidera nautis.*

²⁸⁹ Sobre la adaptación de Medrano de la oda horaciana II 16, cf. Ramírez de Verger (1993: 47-73).

²⁹⁰ ‘*Otium*’ inquis ‘Seneca, commendas mihi? ad Epicureas voces delaberis?’ *Otium tibi commendo, in quo maiora agas et pulchriora quam quae reliquisti: pulsare superbas potentiorum fores, digerere in litteram senes orbos, plurimum in foro posse invidiosa potentia ac brevis est et, si verum aestimes, sordida.* Esta epístola es un texto clave para Andrada, como lo demuestra el hecho de que el v. 40 (“Busca, pues, el sosiego”), donde descansa la parénesis, sea un eco claro de Sen. *Epist.* LXVIII 1: *absconde te in otio.*

Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra grande Itálica, ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñanzas grecianas, las banderas
del senado y romana monarquía, 65
murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, a la mañana verde, 70
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!

Es posible que las exclamaciones (vv. 63 y 71b) hayan sido modeladas a partir de las siguientes expresiones lucrecianas:

o miseras hominum mentis, o pectora caeca!
qualibus in tenebris vitae quantisque periculis
degitur hoc aevi quodcumque! (Lucr. II 14-16)
denique avarities et honorum caeca cupido
quae miseros homines cogunt transcendere finis (Lucr. III 59-60)
quo magis errantes caeca ratione feruntur (Lucr. VI 67)

Los tercetos 43-44 rezan así:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe 130
naturaleza al parco y al discreto,
y algún manjar común, honesto y leve.

Andrada expresa aquí sus *dulcia solacia vitae*, de forma parecida a Marcial en el epigrama X 47 (Laguna Mariscal, 2000a: 335-36, y Cristóbal López, 1987: 174-75) y a Horacio en la epístola I 18, 109-10. Dámaso Alonso (1993: 128-129) señaló algunos pasajes senequianos²⁹¹ que han influido claramente en este par de tercetos. Pero parece posible que el proemio II de Lucrecio (vv. 16-23) estuviera también en la mente de Andrada:

... Nonne videre
nil aliud sibi natura latrare, nisi utqui
corpore seiunctus dolor absit, mente fruatur
iucundo sensu cura semota metuque?

²⁹¹ En ellos, por cierto, el filósofo cordobés da feliz cuenta de cuánto debe a Lucrecio y a Epicuro. Sobre la recomendación de tener pocos libros, cf. Sen. *Epist.* II y *Dial.* IX 4-7. En cuanto a la frugalidad, cf. Sen. *Epist.* IV 10 (≈ Lucr. V 1118-19) y *Epist.* XXV 4-5. En la actualidad, el poeta Luis Alberto de Cuenca en su poema “Sobre una carta de John Keats” (*Por fuertes y fronteras*, 1996) ha recreado el motivo de los libros selectos como condición para una vida dichosa (Laguna Mariscal, 2000a: 336).

ergo corpoream ad naturam pauca videmus
esse opus omnino, quae demant cumque dolorem,
delicias quoque uti multas substernere possint;
gratius interdum neque natura ipsa requirit,

20

Sería un ejemplo más de *contaminatio* y delicada *allusio*, que probaría un conocimiento fluido de los pasajes más edificantes de la literatura latina, como convenía a un poeta que cultivaba el género epistolar.

Se vislumbran nuevos ecos lucrecianos en los siguientes tercetos:

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no le note nadie que le vea.
En el plebeyo barro mal tostado,
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso murrino preciado;
y alguno tan ilustre y generoso
que usó como si fuera vil gaveta,
del cristal transparente y luminoso.

175
180

Los versos 175-80 significan la aleatoriedad y volubilidad del valor de las cosas. Andrada recuerda en su argumentación que hubo una época en la que un vaso de barro era tan preciado como el fino vaso murrino²⁹². Dámaso Alonso (1993: 133) señala una posible fuente en Séneca *Epist.* V 6, pero también podrían aducirse estos versos de Lucrecio (V 1269-80):

nec minus argento facere haec auroque parabant
quam validi primum violentis viribus aeris,
nequiquam, quoniam cedebat victa potestas,
nec poterant pariter durum sufferre laborem.
nam fuit in pretio magis <aes> aurumque iacebat
propter inutilitatem hebeti mucrone retusum.
nunc iacet aes, aurum in summum successit honorem.
sic volvenda aetas commutat tempora rerum:
quod fuit in pretio, fit nullo denique honore;
porro aliud succedit et <e> contemptibus exit
inque dies magis adpetitur floretque repertum
laudibus et miro est mortalis inter honore²⁹³.

1270
1275
1280

Estos fragmentos del *DRN*, posiblemente imitados por Andrada, formaban parte del corpus selecto de textos morales en los que los poetas renacen-

²⁹² El nombre de estos vasos se debe a que estaban hechos de un mineral denominado *murra* o *myrra*, quizás, ágata o espato flúor. La mención a la vajilla pobre y, en algunos casos, a los vasos murrinos aparece también en Sen. *Epist.* CXIX, Tib. I 1, 39-40; Prop. IV 5, 26; Mart. III 26, IV 85, XI 70, y Prud. *Epil.* 25-32. Nótese que el verso 172 es un guiño al lector para que recuerde la expresión horaciana *auream mediocritatem* (*Carm.* II 10, 5).

²⁹³ Cf. también Lucr. V 1412-35.

tistas y barrocos se inspiraban para componer sus poesías²⁹⁴. Por esta razón, reducir todo el repertorio de fuentes de la poesía moral española a Horacio y a Séneca es equivocado, pues los escritores auriseculares estaban familiarizados con otros muchos autores clásicos. No hay que olvidar que en los colegios mayores y en la universidad los estudiantes manejaban florilegios de tópicos latinos (Traver, 2014: 136-40).

3. LUCRECIO EN EL BARROCO ESPAÑOL (s. XVII)

3. 1. *Las claves culturales y literarias del Barroco español*²⁹⁵

El Barroco literario español está delimitado por dos fechas simbólicas: la muerte de Cervantes (1616) y la de Calderón (1681)²⁹⁶. A lo largo de este tiempo España se consolidó como nación; pero perdió, para regocijo de Francia e Inglaterra, su hegemonía, sobre todo, tras la Guerra de los Treinta Años (1619-1648). La cultura española, controlada tenazmente por el Santo Oficio, destacó en las ciencias aplicadas (medicina, náutica o botánica), pero no en las experimentales y especulativas, como la física o las matemáticas, que fueron las disciplinas fundamentales de la Revolución Científica que estaba desarrollándose en Inglaterra, Francia o Italia. De resultas, el nivel científico, en general, decayó, pese a que las nuevas corrientes científicas de Europa tuvieron eco en el movimiento de los *novatores*. Pero este ni gozó de autonomía ni del firme patrocinio de los poderes públicos²⁹⁷. En cambio, consiguió mantener su excelencia en las letras gracias al arraigo que el humanismo renacentista había tenido durante los reinados de Carlos I y Felipe II.

Los *studia humanitatis*, como método pedagógico del Renacimiento, fomentaban extraordinariamente las habilidades expresivas, hasta el punto de que difícilmente pueden explicarse la delicadeza lírica de fray Luis o la agudeza satírica de Fernando de Rojas sin el bagaje de estas disciplinas. Los autores barrocos se educaron prácticamente con el mismo plan de estudios, aunque con menos concesiones al paganismo. Tras la reforma luterana (1515)²⁹⁸ se impuso en la universidad y en los colegios mayores una educación más ortodoxa que evitaba fomentar en los alumnos el espíritu crítico, pues precisamente la edición crítica de textos bíblicos o patrísticos, emprendida en la centuria

²⁹⁴ Cf., por ejemplo, los *loci communes* de clara intencionalidad moral incluidos en las poliantas renacentistas (*de temperantia, de divitiis, ineptiae o de vita rustica*), en los cuales se cita a Lucrecio (Traver, 2014).

²⁹⁵ Entre la bibliografía, merecen destacarse Maravall (2000), un clásico sobre el tema, Wardroppe (1983 HCLE III: 5-48), y, más recientemente, De la Flor (2002).

²⁹⁶ Con todo, De la Flor (2002) amplía el período de influjo barroco a una centuria: 1580-1680. En su opinión (*ibid.* 46), es a partir de 1580 cuando la reforma tridentina impone a la sociedad hispana su peculiar universo conceptual que deriva hacia el Barroco.

²⁹⁷ Recientemente Sánchez Ron (2020: 112-17) ha estudiado el estado de la ciencia española en esta época, llegando a conclusiones similares.

²⁹⁸ Para el impacto negativo de la reforma luterana en la cultura renacentista española, cf. Kamen (2005: 85-135).

anterior por humanistas de renombre como Antonio Nebrija (1444-1522)²⁹⁹ o Erasmo, había favorecido la heterodoxia en cuestiones de teológica, que ahora, rota la unidad en la cristiandad, se pretendía evitar a toda costa. Es la edad dorada de los jesuitas, que abren numerosos colegios (García de Cortázar, 2006 III: 53, y Capitán Díaz, 1991: 343-49). Su currículo, recogido en la *Ratio studiorum* (1599), gozó de todo tipo de beneplácitos, al ajustarse a los nuevos requisitos didácticos de la época, como ha expuesto lúcidamente el profesor Luis Gil (1997: 266):

un nuevo tipo de humanista *sine aculeo* comenzaba a extenderse arrolladoramente por todo el país, domesticado, sumiso [...] Nos referimos al movimiento pedagógico que arranca de la Compañía de Jesús, basado en el ideal de la *virtus litterata*, donde el saber se subordina a la moral y se entendía la educación en las letras humanas como un mero complemento de la formación religiosa.

Pero, al margen de estas restricciones, la formación humanística de los escritores siguió siendo notable. Conocían bien el legado grecolatino y tenían además autores consagrados en la propia literatura castellana, como Garcilaso o fray Luis, que eran referentes y considerados clásicos. El siglo XVII fue, en este sentido, heredero de la literatura renacentista del XVI; de ahí que no puedan entenderse, por ejemplo, el *Buscón* sin el *Lazarillo* o la lírica de Góngora sin la garcilasiana (Wardropper, 1983 HCLE III: 6-7).

La característica más genuina de la literatura barroca española fue la tendencia al artificio (Maravall, 2000: 453-69), que daría lugar a dos corrientes literarias: el conceptismo y el culteranismo. La primera, mucho más extendida, se distinguía por expresar ideas e imágenes mediante metáforas ingeniosas³⁰⁰; la segunda tendía al empleo masivo de latinismos y rebuscadas alusiones mitológicas. Si para los poetas renacentistas la naturaleza era modelo último de imitación, los barrocos creían, por el contrario, que el arte podía engalanarla. En consecuencia, pretendieron sorprender y cautivar los sentidos contra natura, rompiendo su armonía y serenidad. Esta nueva concepción cambiará también la manera de acercarse a los modelos grecolatinos. El escritor barroco

²⁹⁹ Se preguntaba el lebrijano lo siguiente en una carta al cardenal Cisneros: “¿Qué hacer en un país donde se premia a los que corrompen las Sagradas Letras y, al contrario, los que corrigen lo defectuoso, restituyen lo falsificado y enmiendan lo falso y erróneo, se ven infamados y anatematizados y aun condenados a muerte indigna si tratan de defender su manera de pensar? [...] Ni escribirlo encerrado entre cuatro paredes, ni murmurarlo en voz baja en un agujero de la pared, ni pensarlo a solas te permiten” (Alcalá Galve, 2001: 21). Cf. *ibid.* (27-28) el caso del helenista Francisco de Vergara (1492-1557). Sobre la renovación pedagógica propuesta por Nebrija, cf. Martín Baños (2019: 185-95, esp. 188-92).

³⁰⁰ Para las razones culturales que determinaron el empleo masivo de la metáfora durante el barroco hispano, cf. De la Flor (2002: 231-60).

será más proclive a la *inventio* que a la *imitatio*³⁰¹ y querrá, a la postre, dejar huella de su personalidad en el modelo sin seguirlo tan de cerca. De esta suerte, los ecos, más que calcos léxicos, se convierten en alusiones o emulaciones (o)cultas. Hay, además, un cambio de gustos respecto a las autoridades clásicas. Si durante el siglo XVI los poetas latinos más admirados fueron Virgilio, Horacio y Ovidio³⁰², en el Barroco se amplía el canon a otros, como Marcial y Juvenal³⁰³, que congeniaban mejor con sus sentimientos y aspiraciones estéticas. Y si el prosista predilecto del Renacimiento fue Cicerón, los ensayistas barrocos, como Saavedra Fajardo (1584-1648) y Baltasar Gracián (1601-1658), prefirieron el estilo sentencioso de Séneca y el conceptista de Tácito³⁰⁴. Los temas, por su parte, transmiten el pesimismo y desencanto propios de una sociedad constreñida ideológicamente que afronta, además, una dura crisis económica. Inciden obsesivamente en el engaño, en la soledad, en la muerte y en el desprecio del mundo.

3. 2. Razones del interés por Lucrecio durante el Barroco

La crisis económica y moral generó en los escritores esa sensación de desencanto, tan característica del barroco español³⁰⁵, que les acercó al nihilismo y, por ende, a autores como Lucrecio³⁰⁶. Ciertamente es que la mayoría de los ecos del epicúreo proceden, como en el Renacimiento, de los proemios y de los

³⁰¹ Favorecen la *inventio* las numerosas obras misceláneas de la época (*thesauri, emblemata, sylvae, cornucopiae* y *florilegia*) que, a diferencia de las renacentistas, ofrecen al escritor un arsenal simbólico acorde con la cosmovisión de la Contrarreforma. Un ejemplo diáfano es el *Mundus symbolicus* (Milán, 1653) de Filippo Picinelli (1604-1678), verdadero diccionario metafórico de la época (De la Flor, 2002: 233-34). Se conservan varios ejemplares (19) en España, sobre todo de la ed. de 1681 [Coloniae Agrippinae: sumptibus Hermannii Demen. BGUZ 78-1(II)].

³⁰² Sobre la influencia de Virgilio en la literatura renacentista española, cf. Bayo (1970), Cristóbal López (1980) y Dolç (1978: 542-55); para Horacio, el *locus classicus* es *Horacio en España*, de Menéndez Pelayo (1885), y para Ovidio, cf. Socas (1998: LII-LXXXIII) y Cossío (1998).

³⁰³ Sobre la recepción de Marcial, cf. Cristóbal López (1987: 149-210), y para la de Juvenal, cf. Socas (1996: 36-50).

³⁰⁴ Para la influencia de Séneca en España, cf. la obra fundamental de Blüher (1983). Para la recepción de Tácito en la literatura barroca española, cf. Antón Martínez (1991).

³⁰⁵ Para las causas del desencanto en la cultura barroca, cf. De la Flor (2002: 47).

³⁰⁶ De hecho, Quevedo en el prólogo al *Sueño de la muerte* afirma que los versos de Lucrecio III 931-39, especialmente nihilistas, le han conmovido: “Y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer, tan postrado con el dolor del desencanto que leí, que ni sé si me desmayé advertido o escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribí (por introducción a mi discurso) la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa, con amenazas tan elegantes” (Ettinghausen, 1984: 110). Recuérdese también el endecasílabo final, profundamente nihilista, del soneto gongorino “Mientras por competir con tu cabello”: *en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada*. Sobre el nihilismo y el desencanto en los poetas barrocos, cf. Laguna Mariscal (1999: 198-201, y 2000: 246-48).

pasajes más morales³⁰⁷, estudiados, a buen seguro, en clases de Retórica y Poética, aunque debidamente expurgados³⁰⁸. No obstante, algunos escritores, como Quevedo, leyeron la obra con más detenimiento, movidos o bien por dudas teológicas³⁰⁹ o porque el pesimismo lucreciano, tan crítico con su sociedad y tan acorde con su carácter, les agradaba. Hay además otras dos razones que nos animan a creer que el *carmen* latino fuera valorado por una élite cultural: primero, el arraigo del neoestoicismo senequiano en España (Acosta Méndez, 1986: XLVI-L)³¹⁰ y, segundo, el influjo de la corriente rehabilitadora del epicureísmo que desde Francia abanderó el filósofo Pierre Gassendi³¹¹. Lucrecio tuvo una difusión considerable en España tanto en filosofía como en poesía durante el siglo XVII, que contradice la opinión de que apenas ejerció influjo en nuestro país, más si cabe tras la Contrarreforma³¹². Pero, al igual que sucedió en Italia, la mayoría de los escritores añadieron *motu proprio* una preventiva manifestación de repudio para curarse en salud siempre que lo citaban o nombraban.

3. 3. *Imitadores de Lucrecio en el Barroco español*

Analizado ya el contexto social y cultural en el que fue recibido el *DRN* durante el siglo XVII, estudiaremos a continuación los ecos literarios que hemos encontrado en algunos autores barrocos o que pueden encuadrarse, con la debida flexibilidad, dentro de la literatura barroca.

³⁰⁷ La preocupación por la moral en el Barroco europeo es obsesiva y la literatura le sirve de cauce, como afirma Maravall (2000: 134): “los teóricos del conceptismo son [...] preceptistas de moral, cuyo pensamiento quiere proyectarse sobre las costumbres, y más aún, técnicos psicológicos de moral para configurar conductas”.

³⁰⁸ La situación era completamente distinta en otros países europeos, como Inglaterra, donde Wagenblast (1946: 108) afirma que “with acknowledgement of his poetic stature by the greatest English poet and the greatest English translator (*sc.* John Evelyn), and with tangible evidence of his work being read by the English poets throughout this century, Lucretius entered fully into the consciousness of the English muse”.

³⁰⁹ Como le había sucedido al admirado poeta italiano Torcuato Tasso también en época postridentina. En una misiva, fechada el 15 de abril de 1597 y dirigida al cardenal Escipión Gonzaga (1542-1593), lo confesaba: “Ma dubitava poi oltra modo, si tu (*sc.* Dios) avessi creato il mondo, o se pur ab aeterno egli da te dipendesse: dubitava, si tu avessi dotato l'uomo di anima immortale, e si tu fossi disceso a vestirti d'umanità; e dubitava di molte cose che da questi fonti, quasi fiumi, derivano” (Prosperi, 2004: 230).

³¹⁰ Afirma Gómez Canseco (1993: 100, n. 5) que “La defensa de Epicuro se convirtió en un tópico de la literatura neostoica y así aparece explícitamente en la *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, de Quevedo, que apareció en 1635 [...]”

³¹¹ Lolordo (2007) escribe una monografía fundamental sobre la importancia de Gassendi en la filosofía moderna. Sobre el gasendismo en España, *cf.* Menéndez Pelayo (2000: 370-90), Cruz del Pozo (1997) y Lopez (1999: 48-58).

³¹² No nos atrevemos a afirmar para el caso español, como Prosperi (2004: 116) en su monografía sobre la fortuna de Lucrecio en la Italia contrarreformista, que “il *De rerum natura* godeva di fatto [...] dello stesso diritto di cittadinanza dell'*Eneide*”.

Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613), el mayor de los Argensola, fue gran admirador de los clásicos, en especial de Horacio, de quien aprendió “la lima y el retoque” (Blecua, 1972: LX). Tuvo en la Universidad de Zaragoza a Pedro Simón Abril (1530-1600)³¹³ y a Andreas Schott (1552-1629)³¹⁴ como maestros, ambos grandes conocedores del legado clásico. Murió en Nápoles el año 1613, adonde llegó en 1610 para ocupar el cargo de secretario que le había ofrecido el conde de Lemos, a la sazón virrey. En esta ciudad fundó con su hermano Bartolomé, Mira de Amescua (1577-1644) y Jerónimo de Barrionuevo (fl. 1620) la Academia de los Ociosos. Su poesía está escrita con un estilo sobrio, más próximo al equilibrio renacentista, ya en declive, que al primer barroco de su época. De esa inmediatez y naturalidad es buen ejemplo el siguiente soneto que recrea el κοινός τόπος del *Somnus mortis imago* (Cic. *Tusc.* I 38, 92)³¹⁵:

Imagen espantosa de la muerte, sueño cruel, no turbes más mi pecho, mostrándome cortado el nudo estrecho, consuelo solo de mi adversa suerte.	
Busca de algún tirano el muro fuerte, de jaspe las paredes, de oro el lecho o al rico avaro en el angosto lecho haz que temblando con sudor despierte.	5
El uno vea el popular tumulto romper con furia las herradas puertas o al sobornado siervo el hierro oculto;	10
El otro sus riquezas, descubiertas con llave falsa o con violento insulto, y déjale al amor sus glorias ciertas.	

³¹³ Enseñó lenguas clásicas en Tudela, Zaragoza y Alcaraz. Escribió en castellano una gramática latina (1583) y una griega (1586), tradujo y comentó varias obras de los clásicos: la *Re-pública* de Aristóteles (1584), las *Fábulas* de Esopo (1575), *Las comedias* de Terencio (1577) y las *Epístolas* de Cicerón (1589). Publicó asimismo un tratado pedagógico: *Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas y la manera de enseñarlas* (1589), en el que da prioridad a las disciplinas científicas.

³¹⁴ Holandés de nacimiento, estudió lenguas clásicas en la Universidad de Lovaina y enseñó en París, Toledo y Zaragoza, donde impartió Latín, Griego y Retórica (Barreda, 1991: 89). Trabajó amistad con Antonio Agustín, quien le abrió su dotada biblioteca. Editó a Pomponio Mela y escribió, entre otras, una *Hispania illustrata seu rerum urbiumque Hispaniae* (1603-08).

³¹⁵ Se trata de un lugar común presente en Hom. *Il.* XIV 231, Hes. *Th.* 756, X. *Cyr.* VIII 7, 21; Cic. *Div.* I 30, 63; Verg. *Aen.* VI 278 y 522; Ov. *Am.* II 9, 41; Sil. XV 180, Ps. Sen. *Mor.* 113, Anth. II 716, 19, y Alterc. Hadr. et Epict. LIII 1. Puede constatar su recepción moderna en la *Gerusalemme liberata* de Tasso (IX 18, 7) o en *El sueño de la muerte* de Quevedo. Sobre su tradición clásica, cf. Tosi (2000: 287, n.º 599).

Los versos 5-7 recuerdan el famoso paso horaciano de *Carm.* II 16, 7-16³¹⁶. Pero las concomitancias entre ambos textos van más allá de la mera descripción de *divitiis*. Por ejemplo, el verso 7 (“haz que temblando con sudor despierte”) advierte también al lector del desasosiego que embarga a los ricos. Esta era la lección moral que precisamente quería enseñar Horacio. Sin embargo, el temor a la muerte, que ahora atormenta al poeta, no juega parte activa en la oda del venusino. Esta idea procedía seguramente de Lucrecio, quien en dos célebres pasajes, los proemios segundo (vv. 14-61) y tercero (vv. 59-67), la desarrollaba. Es, pues, posible que ambos textos hubieran contaminado, junto con la oda horaciana, el soneto. Lucrecio asocia abiertamente el temor de la muerte con el deseo de riquezas, especialmente en III 59-64:

denique avarities et honorum caeca cupido,
 quae miseros homines cogunt transcendere fines 60
 iuris et interdum socios scelerum atque ministros
 noctes atque dies niti praestante labore
 ad summas emergere opes, haec vulnera vitae
 non minimam partem mortis formidine aluntur.

De otra parte, Horacio había compuesto su oda (*Carm.* II 16, 1-16) inspirándose formalmente en Catull. 51 (Ramírez de Verger, 1990: 161), pero había tomado el tema epicúreo del *otium* y de las *sequaces curae* inherentes a la riqueza, así como la estructura retórica del *priamel*, que pervive en el soneto, de Lucrecio II 14-61³¹⁷. De forma gráfica exponemos aquí algunos ecos:

Vv.	LUPERCIO	Vv.	LUCRECIO	Vv.	HOR. <i>CARM.</i> II 16
1-2	<i>Imagen espantosa de la muerte, / sueño cruel, no turbes más mi pecho</i>	II 45-46	mortisque timores / tum vacuum pectus lincunt curaque solutum	15-16	nec leves somnos timor aut cupido / sordidus aufert
		V 1180-82	quod mortis timor haud quemquam vexaret eorum, / et simul in somnis quia multa et mira videbant / efficere et nullum capere ipsos inde laborem		

(Continúa)

³¹⁶ *Grosche, non gemmis neque purpura ve- / nale neque auro. / non enim gazae neque consularis / summovet lictor miseros tumultus / mentis et curas laqueata circum / tecta volantes. / vivitur parvo bene, cui paternum / splendet in mensa tenui salinum / nec leves somnos timor aut cupido / sordidus aufert.* Este poema fue imitado profusamente en los Siglos de Oro, entre otros, por Francisco de Medrano en su *Oda XXIV* y Quevedo en su soneto “Con más vergüenza viven Euro y Noto” (Mañas Núñez, 1995: 129-41).

³¹⁷ Rehmann (1969: 205, n. 1) recuerda que los versos 47-53 de este proemio habían influido también en *Sat.* II 7, 111-15 y *Carm.* III 16, 17 de Horacio. Esta reminiscencia no habría pasado

Vv.	LUPERCIO	Vv.	LUCRECIO	Vv.	HOR. <i>CARM.</i> II 16
5-8	<i>Busca de algún tirano el muro fuerte, / de jaspe las paredes, de oro el lecho / o al rico avaro en el angosto lecho / haz que temblando con sudor despierte.</i>	II 27-28	nec domus argento fulget auroque renidet / nec citharae reboant laqueata aurataque templa	9-12	non enim gazae neque consularis / submovet lictor miseros tumultus / mentis et curas laqueata circum / tecta volantes.
		II 50-51	audacterque inter reges rerumque potentis / versantur neque fulgorem reverentur ab auro		

Luis de Góngora y Argote (1561-1627) es junto con Francisco de Quevedo, su rival literario, el poeta más sobresaliente de la poesía barroca española. Fue el principal adalid del culteranismo, de ahí que esta corriente se conozca también como “gongorismo”. Aunque muy influenciado por Fernando de Herrera y los petrarquistas italianos³¹⁸, los clásicos constituyeron para él otro venero natural de imitación (Vilanova, 1957). Hasta ahora, se ha apuntado en la poesía gongorina solo un eco de Lucrecio, que, tal vez, sea erróneo. El sintagma “lágrimas cansadas” del soneto “Suspiros tristes, lágrimas cansadas” no parece imitación de las *lacrimas salsas* de Lucr. I 125 (Ciplijauskaitė, 1981: 124, n. 1). Con todo, algunos poemas del cordobés parecen haberse inspirado en preceptos morales omnipresentes en el *DRN*. La famosa letrilla “Andeme yo caliente / y ríase la gente”, sin contener una impronta léxica de la obra lucreciana, desgrana con un sano sentido común, de todo tiempo y lugar, los tópicos y las aspiraciones más peculiares de la ética epicúrea (Jammes, 1987: 152-53). Dice así:

*Andeme yo caliente
y ríase la gente.*

Tratan otros del gobierno
del mundo y sus monarquías
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y agua ardiente,
y ríase la gente.

5

Coma en dorada vajilla
el Príncipe mil cuidados,
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla

10

inadvertida a un horacianista de la talla de Lupercio.

³¹⁸ Egido (1983 HCLE III: 391) menciona a Petrarca, a Jacopo Sannazaro, a Bernardo Tasso, a Luigi Groto (1541-85) y a Torquato Tasso entre sus modelos.

que en el asador reviente, y ríase la gente.	15
Cuando cubra las montañas de blanca nieve el Enero, tenga yo lleno el brasero de bellotas y castañas, y quien las dulces patrañas del Rey que rabió me cuente, y ríase la gente.	20
Busque muy en hora buena el mercader nuevos soles; yo conchas y caracoles entre la menuda arena, escuchando a Filomena sobre el chopo de la fuente, y ríase la gente.	25
Pase a media noche el mar y arda en amorosa llama Leandro por ver su dama; que yo más quiero pasar del golfo de mi lagar la blanca o roja corriente, y ríase la gente.	30
Pues Amor es tan crüel, que de Píramo y su amada hace tálamo una espada do se junten ella y él, sea mi Tisbe un pastel, y la espada sea mi diente, y ríase la gente.	35
Pues Amor es tan crüel, que de Píramo y su amada hace tálamo una espada do se junten ella y él, sea mi Tisbe un pastel, y la espada sea mi diente, y ríase la gente.	40

Las estrofas se organizan retóricamente según el esquema del *priamel*, como el proemio de Lucr. II 1-61, con el que comparte el ideario filosófico. Su diseño retórico es fácil de percibir desde la primera estrofa: “**otros** [...] mientras gobiernan **mis** días [...]”³¹⁹ Frente a las preferencias de la mayoría, indocta y necia, que elige la riqueza, la fama, el riesgo, las preocupaciones...

³¹⁹ La estructura general podría ser esta: estribillo (1-2) // 1^{er} *priamel*: a) ilustración de contraste: la corte (3-4); b) clímax: frugalidad de la aldea (5-9) // 2^o *priamel*: a) ilustración de contraste: vajilla del príncipe (10-12); b) clímax: simplicidad gastronómica (13-16) // 3^{er} *priamel*: a) clímax: la tranquilidad junto a un brasero acogedor (17-20); b) ilustración de contraste: el desasosiego de la corte (21-23) // 4^o *priamel*: a) ilustración de contraste: la avaricia del mercader (24-25); b) clímax: la morigeración (26-30) // 5^o *priamel*: a) ilustración de contraste: el amor apasionado con el *exemplum mythologicum* de Leandro (31-33); b) clímax: la abstinencia del amor, pero disfrutando de un buen vino (34-37) // 6^o *priamel*: a) ilustración de contraste: los males del amor apasionado con el *exemplum mythologicum* de Píramo y Tisbe (38-41); b) clímax: la abstinencia del amor, pero acompañado de un buen pastel (41-43). Sobre esta estructura retórica y su influencia en la literatura española, cf. Traver (2000a: 279-91). Vid. también la n.

Góngora opone sus aspiraciones, propias de un sabio epicúreo (García Gual, 1993: 186-97): la paz interior (ἁταραξία: vv. 13-16, 17-23), la medianía económica (*aurea mediocritas*: vv. 5-8, 13-16, 26-30), la frugalidad (*numquam penuria parvi*: vv. 5-8, 13-16), el anonimato (λάθε βιώσας: vv. 1-23) y el rechazo del amor apasionado (*Veneris frigida cura*: vv. 32-44)³²⁰. Es verdad que esta sátira de costumbres puede leerse en clave neoestoica, pero sería necesario advertir que sus prédicas derivan de la doctrina epicúrea que Séneca incorporó masivamente al estoicismo y Horacio a la lírica romana (Blüher, 1983: 298-302).

Otras dos composiciones que han recurrido al proemio lucreciano, aunque de manera mucho más puntual, si bien ostensible, son los sonetos XXXVI (“En villa humilde sí, no en vida ociosa”, vv. 12-14) y LXXVIII (“Aunque a rocas de fe ligada vea”, vv. 1-4). Como la mayor parte de su generación, Góngora demuestra en ellos conocer bien el pasaje. En concreto, imitan los cuatro primeros versos (II 1-4). Dice así el último terceto del primer soneto:

De la tranquilidad pisas contento
la arena enjuta, cuando en mar turbado
ambicioso bajel da lino al viento.

Góngora modifica merced a la *aemulatio* el original tanto que pasa casi desapercibido. Sin embargo, una lectura detenida nos muestra el mismo escenario que el proemio lucreciano: una playa donde el sabio Villegas, a quien está dirigido el soneto, disfruta a salvo de la tranquilidad (el puerto seguro o ἁταραξία epicúreas³²¹) y un mar turbado, al que, aun augurando desgracias, el mercader se ha arrojado movido por la avaricia.

El soneto LXXVIII, cuya fuente primaria se halla en un soneto (*Rime* II 4) de T. Tasso (Ciplijauskaitė, 1981: 143)³²², contiene reminiscencias alusivas

57. Es posible también, como han apuntado algunos críticos, que Góngora tuviera en mente la *Canción de la vida solitaria* de fray Luis.

³²⁰ Sobre la parodia de los personajes míticos y la defensa del amor vulgar en este poema, cf. Jammes (1987: 166).

³²¹ Para la imaginería marina que expresa este concepto ético del epicureísmo, cf. Traver (2000: 449-52).

³²² El soneto de Tasso, bajo el epígrafe “d’esser invitato da Amore, ma spaventato da l’empio de gl’infelici amanti” (Tommaso, 1974: 721-22), recrea el tópico del *navigium amoris* o ἐρωτοπλεῖν. Dice así el poema: “Ben veggio avvinta al lido ornata nave / e ’l nocchier che m’alletta e ’l mar che giace / senz’onda, e ’l freddo Borea ed Austro tace, / e sol dolce l’increspa aura soave; / ma l’aria e ’l vento e ’l mar fede non have: / altri, seguendo il lusingar fallace, / per notturno seren già sciolse audace, / ch’ora è sommerso o va perduto e pave. / Veggio, trofei del mar, rotte le vele, / tronche le sarte e biancheggiar le arene / d’ossa insepolte e intorno errar gli spirti; / pur, se convien che quest’Egeo crudele / per donna solchi, almen fra le sirene / trovi la morte e non fra scogli e sirti”. Según la nota crítica de Ciplijauskaitė (1981: 137), otras posibles fuentes son Hor. *Carm.* I 5, 15 y el *Soneto* VII de Garcilaso. Fue imitado también por Herrera en el soneto VI y por Francisco de Trillo y Figueroa (1620-1675) en el soneto “A una desgracia de amor”. Para el influjo de T. Tasso en la poesía española, cf. Arce (1973).

al proemio lucreciano que no están presentes en el modelo italiano. Empiezan los cuatro primeros versos de la manera siguiente:

Aunque a rocas de fe ligada vea
con lazos de oro la hermosa nave
mientras en calma humilde, en paz süave
sereno el mar la vista lisonjea;³²³

Tasso no asocia la vista al mar, ni tampoco lo empareja con el adjetivo *suave*. Habla del mar “senz’onda” (vv. 2-3), del “sol dulce” (v. 4) y la “aura soave” (v. 4). Y, con todo, cierto es que la imáginería y el vocabulario (*dolce*, *soave* o *vento*) de la *Rime* recuerdan al proemio lucreciano. Esta similitud no pasa inadvertida a Góngora, quien al final acaba contaminando los vv. 3-4 de su soneto con aquellos lucrecianos (II 1-2):

Suave, mari magno turbantibus aequora ventis,
e terra magnum alterius spectare laborem.

Pero Góngora leyó más pasajes, como lo prueba el siguiente soneto, del que la crítica ha sugerido que es imitación directa de la *Rime* XVIII (“Pensier che mentre di formarmi tenti”) de T. Tasso (Ciplijauskaité, 1981: 137 y Jammes, 1987: 310):

Varia imaginación que, en mil intentos, a pesar gastas de tu triste dueño la dulce munición del blando sueño, alimentando vanos pensamientos,	
pues traes los espíritus atentos	5
solo a representarme el grave ceño del rostro dulcemente zahareño (gloriosa suspensión de mis tormentos), el sueño (autor de representaciones),	
en su teatro, sobre el viento armado, sombras suele vestir de bulto bello.	10
Síguelo; mostraráte el rostro amado, y engañarán un rato tus pasiones dos bienes, que serán dormir y vello.	

Hay en él indicios suficientes para afirmar que Góngora se basó en la teoría erótica de Lucrecio (IV 1037-1207). El cordobés trata de la representación del rostro de la amada durante un sueño, un tema abordado por Lucrecio en los versos previos a la diatriba contra el amor (IV 962-1036). En la poesía castellana encontramos un precedente en el soneto VII (“D’aquella vista pura i excelente”) de Garcilaso. En él imita, precisamente, a Lucr. IV 1061-62, como subrayó Fernando de Herrera al comentar el verso 9: “Ausente, ‘n la memo-

³²³ Cf. F. de Rioja, *Soneto XXXI* (“¿Es esta vez, ô Manlio, la primera”) 9-11: “Que no inoras tú cuán mal seguras / son del mar las lisonjas, i cuán ciertas / a deslizarse sus tranquilas oras”.

ria la imagino” (Pepe y Reyes, 2001: 339). Con todo, la teoría erótica de los simulacros había sido objeto de interés no solo del epicureísmo, sino también del neoplatonismo. Unos y otros venían a decir lo mismo al respecto, si bien desde físicas y psicologías diferentes. Como era de esperar, los escritores auriseculares españoles prestaron más atención a los últimos, por ser más ortodoxos³²⁴. Sin embargo, Góngora parece inspirarse en la poesía de Lucrecio en algunos detalles que en la tabla especificamos:

Vv.	LUIS DE GÓNGORA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-4	<i>Varia imaginación que, en mil intentos, / a pesar gastas de tu triste dueño / la dulce munición del blando sueño, / alimentando vanos pensamientos,</i>	IV 971-72	cetera sic studia atque artes plerumque videntur / in somnis animos hominum frustrata tenere	El engaño de los sueños
		IV 1101	sic in amore Venus simulacris ludit amantis	
5-7	<i>pues traes los espíritus atentos / sólo a representarme el grave ceño / del rostro dulcemente zahareño</i>	IV 1032-33	conveniunt simulacra foris e corpore quoque / nuntia praeclari voltus pulchrique coloris	Imágenes de un rostro hermoso
9-11	<i>el sueño (autor de representaciones), / en su teatro, sobre el viento armado, / sombras suele vestir de bulto bello.</i>	IV 982-83	et consessum cernere eundem / scenaique simul varios splendere decores.	Los sueños y el teatro
12-14	<i>Síguelo; mostraráte el rostro amado, / y engañarán un rato tus pasiones / dos bienes, que serán dormir y vello.</i>	IV 995-97	expergefactive sequuntur inania saepe / cervorum simulacra, fugae quasi dedita cernant, / donec discussis redeant erroribus ad se	Las vanas imágenes
		IV 1052	sic igitur Veneris qui telis accipit ictus	La dulce munición

³²⁴ Fernando de Herrera en sus notas al poema de Garcilaso remite al libro *Amatorius* de los *Moralia* de Plutarco, autor de filiación platónica: “I la origen del amor, que es afeción gravísima i vehementísima de l’alma, nace de la vista; de suerte que el amante se resuelve i desata i liquece cuando ve una mujer hermosa, como si todo se uviesse de traspasar en ella. I es particular pasión de todos los que aman (como él mismo es autor en el *Erótico* o *Razonamiento amatorio*) hablar como presentes, i abraçar i llamar i quejarse. Porque la vista pinta i fugura otras imágenes [...] más las imágenes de los que aman [...] dexas impressas en la memoria formas que se mueven i viven i hablan i permanecen en otro tiempo” (Pepe y Reyes, 2001: 335-39). Cf. las similitudes con la explicación de Lucr. IV 722-76 y 962-1036.

Leamos este otro, de 1584, en el que Góngora recrea el tema del amor agri-dulce, uno de los más fecundos de la poesía erótica grecolatina³²⁵:

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas destilado,
y a no invidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,
amantes, no toquéis, si queréis vida; 5
porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que, a la Aurora,
diréis que, aljofaradas y olorosas, 10
se le cayeron del purpúreo seno:
manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan ahora,
y solo del amor queda el veneno.

Aconseja al lector que no se enamore, porque la pasión amorosa es dolorosa, aunque venga adornada con mil y un atractivos. Para disuadir a los amantes, Góngora se vale principalmente de dos tópicos poéticos: el *collige, virgo, rosas*, del poema tardío *De rosis nascentibus* (49)³²⁶, y el *latet anguis in herba*, de Virgilio (*Ecl.* III 93)³²⁷. Fortalece, además, su argumentación con el *exemplum mythologicum* de Tántalo, de gran carga moral en su época³²⁸. Pero la idea general y el tono pesimista pueden proceder de Lucrecio³²⁹, cuya prédica contra el apasionamiento amoroso (IV 1037-1207) era bastante

³²⁵ Para la tradición grecolatina del tópico, cf. Laguna Mariscal (1998: 97-103).

³²⁶ Erróneamente atribuido a Ausonio. Sobre esta famosa expresión en Góngora, cf. Becker-Cantarino (1974: 29-45) y Valbuena (1982: 278-79). Como variante erótica del *carpe diem*, este tópico ha sido ampliamente usado en la literatura. He aquí algunos poemas: Bernardo Tasso, "Mentre che l'aureo crin v'ondeggia intorno" (*Gli amori*, 1534); Garcilaso, "En tanto que de rosa y azucena"; Pierre de Ronsard, "Soneto a Helena"; Góngora, "Mientras por competir con tu cabello"; Esteban Manuel de Villegas (1589-1669), "En tanto que el cabello" (*Eróticas o amatorias*); Rubén Darío, "La anciana" (*Prosas profanas y otros poemas*); Pablo Neruda (1904-1973), "Nuevo soneto a Helena" (*Crepusculario*); Juana de Ibarbourou (1892-1979), "La hora"; Francisco Brines (1932-2021), "Collige, virgo, rosas" (*El otoño de las rosas*), y Alberto de Cuenca, "Niña, arranca las rosas, no esperes a mañana" (*Por fuertes y fronteras*). Para la imagen de la rosa como símbolo de la brevedad de la vida, cf. Mondéjar (1958: 391-418).

³²⁷ Para la recepción de este tópico en la literatura europea y, especialmente, en la española, cf. Cristóbal López (1996: 133, n. 31).

³²⁸ Para el sentido moral y las distintas interpretaciones alegóricas que tenía en la época, cf. Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta* V 3 (Clavería, 1995: 570-74).

³²⁹ Ciplijauskaitė (1981: 135) y Jammes (1987: 310) señalan que es imitación de este soneto de Torquato Tasso (549): "Quel labbro che le rose han colorito, / molle si sporge e tumidetto in fuore, / spinto per arte, mi cred'io, d'Amore / a fare ai baci insidioso invito. / Amanti, alcun non sia cotanto ardito, / ch'osi appressarsi, ove tra fiore e fiore, / si sta qual angu, ad attoscarvi il core / quel fiero intento: io 'l veggio, e ve l'addito. / Io, ch'altre volte fui ne le amorose / insidie còlto, or ben le riconosco, / e le discopro, o giovinetti, a voi: / quasi pomi di Tantalò, le rose / fansi a

conocida en el Siglo de Oro. Registramos aquí los ecos ideológicos y ciertas alusiones semánticas que aproximan ambos textos:

Vv.	GÓNGORA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
1-4	<i>La dulce boca que a gustar convida / un humor entre perlas destilado, / y a no invidiar aquel licor sagrado / que a Júpiter ministra el garzón de Ida</i>	IV 1058-60	Haec Venus est nobis; hinc autemst nomen Amoris, / hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor / stillavit gutta et successit frigida cura.	El dulce licor del amor
5	<i>amantes, no toquéis, si queréis vida</i>	IV 1063-64	sed fugitare decet simulacra et pabula amoris / absterrere sibi	Huir del amor
		IV 1075-76	nam certe purast sanis magis inde voluptas / quam miseris	
7	<i>Amor está, de su veneno armado</i>	IV 1059-60	hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor / stillavit gutta et successit frigida cura.	El amor como veneno
12-14	<i>manzanas son de Tántalo, y no rosas, / que después huyen del que incitan ahora / y solo del amor queda el veneno.</i>	IV 1068-69	ulcus enim vivescit et inveterascit alendo / inque dies gliscit furor atque aerumna gravescit	Tras el amor viene el dolor
		IV 1081-83	quia non est pura voluptas, / et stimuli subsunt qui instigant laedere id ipsum, / quodquomque est, rabies unde illaec germina surgunt.	
		IV 1117	inde redit rabies eadem et furor ille revisit	
		IV 1133-34	nequiquam, quoniam medio de fonte leporum / surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat	

Hallamos una sutil *allusio* de Lucr. III 451-56 en este soneto donde “Infiere de los achaques de la vejez, cercano el fin a que católico se alienta”:

En este occidental, en este, oh Licio,
climatérico lustro de tu vida
todo mal afirmado pie es caída,
toda fácil caída es precipicio.

l'incontro e s'allontanano poi; / sol resta Amor che spira fiamma e toscò”. Cf. también Verg. *Ecl.* III 92-93 y *Aen.* II 379-381.

¿Caduca el paso? Ilústrese el juicio.
Desatándose va la tierra unida;
¿qué prudencia, del polvo prevenida,
la ruina aguardó del edificio?

5

Cuando Góngora escribe este soneto, se siente cansado, envejecido y enfermo. Tiene 63 años, edad en la que, según los clásicos, comienza el climaterio masculino (Jammes, 1987: 284). Se trata, pues, de una composición pesimista, donde el cordobés ha cosechado del fragmento de Lucrecio imágenes adecuadas a sus sentimientos, si bien despojándolas de todo resabio ateo. En Lucrecio forman parte de una argumentación impía, que sirve para probar que el alma, tras la muerte, se disuelve con el cuerpo. Los síntomas que Lucrecio describe de la vejez unos son del cuerpo, otros del alma. La debilidad y el cansancio pertenecen al primero (III 451-52), los olvidos y la falta de cordura, al segundo³³⁰. Sin embargo, Góngora amplifica solo la ilustración de los primeros para provocar en el lector la reflexión moral de que la decrepitud física es aviso incontestable de la muerte (v. 6: “Desatándose va la tierra unida”). Explotar los indicios de la mortalidad del alma hubiera podido desembocar en una conclusión indeseable desde el punto de vista cristiano. Sujeto, pues, a la ortodoxia, Góngora compone un soneto impecable sobre la *praeparatio mortis*³³¹, aunque haya reutilizado material lucreciano. He aquí algunas reminiscencias:

Vv.	GÓNGORA	Vv.	LUCRECIO
1-5	<i>En este occidental, en este, oh Licio, / climaterio lustro de tu vida / todo mal afirmado pie es caída, / toda fácil caída es precipicio. / ¿Caduca el paso? Ilústrese el juicio</i>	III 451-53	post ubi iam validis quassatum est viribus aevi / corpus et obtusis ceciderunt viribus artus / claudicat ingenium
		III 454	omnia deficiunt atque uno tempore desunt
6-8	<i>Desatándose va la tierra unida; / ¿qué prudencia, del polvo prevenida, / la ruina aguardó del edificio?</i>	III 455-56	ergo dissolvi quoque convenit omnem animai / naturam ceu fumus
		III 584-85	atque ideo tanta mutatum putre ruina / conciderit corpus

³³⁰ Es posible que este pasaje lucreciano haya sido imitado también por Góngora en el soneto “Huye sin percibirse lento el día” y por Quevedo en el que empieza “Señor don Juan, pues con la fiebre apenas” (Rey, 1995: 230-34).

³³¹ La exhortación para prepararse ante la muerte formaba parte del recetario común al género consolatorio clásico (Lillo Redonet, 2001). Llegó a convertirse en un lugar recurrente durante el Renacimiento después de que Erasmo escribiese el manual *De praeparatione ad mortem*, que gozó de gran fortuna en España (Bataillon, 1979: 571). Jerónimo Gracián de Dios, confesor de Santa Teresa, escribió al calor de su éxito el *Arte de bien morir* (En Bruselas: por Roger Velpio y Huberto Antonio, 1614).

El soneto CLXVI³³² (1582), quizás el más famoso de la producción gongorina, culmina con dos versos de un desolador nihilismo, pese a recrear el tópico del *carpe diem*³³³:

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñado, el sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira la blanca frente el lilio bello;
mientras a cada labio, por cogello, 5
siguen más ojos que al clavel temprano;
y mientras triunfa, con desdén lozano,
del luciente marfil tu gentil cuello;
goza, cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada 10
oro, lilio, clavel, marfil luciente,
no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

Este símil del hombre como polvo o humo era un tópico bíblico y grecolatino³³⁴ con el que se expresaba la banalidad y fugacidad de la vida. Durante el Barroco español el lugar común cobró especial brío, al transmitir el pesimismo existencial de la época, el renombrado “desengaño barroco”³³⁵. Tanto fue así que alumbró algunos de los mejores sonetos castellanos³³⁶. Para nosotros lo interesante es que el tópico presentaba en su planteamiento conexiones filosóficas con el atomismo epicúreo³³⁷, pues definía la muerte como un proceso de desintegración material. En el soneto estos paralelos se hacen evidentes tras comprobar que la imaginería utilizada para pintar parte de esa degradación había sido ya poetizada en el *DRN* III 436-37:

et nebula ac fumus quoniam discecit in auras,
crede animam quoque diffundi [...]

³³² Entrambasaguas (1975: 75) reproduce el soneto de Bernardo Tasso (1493-1569) que fue la fuente inmediata de todos los versos excepto de los dos últimos: “Mentre che l’aureo crin v’ondeggia intorno / all’ampia fronte con leggiadro errore; / mentre che di vermiglio e bel colore / vi fa la primavera il volto adorno; / mentre che v’apre il ciel puro il giorno, / cogliete, o giovinette, il vago fiore / de’ vostri più dolci anni, e con Amore / state sovente in lieto e bel soggiorno: / verrà poi l’verno, che di bianca neve / soul i poggi vestir, coprir la rosa, / e le piagge tornar aride e meste. / Cogliete, ah stolte, il fior! Ah siate preste! / ché fugaci son l’ore, e l’ tiempo lieve / e veloce alla fin corre ogni cosa”. Jammes (1987: 307, n. 36) nota la similitud entre este soneto y el XXIII de Garcilaso “En tanto que de rosa y azucena”.

³³³ Para la tradición del tópico en las letras latinas, cf. el documentado artículo de Cristóbal López (1994: 225-68). Para su fortuna en España, cf. González de Escandón (1938).

³³⁴ Acerca de las fuentes bíblicas y grecolatinas, cf. Laguna Mariscal (1999: 197-213).

³³⁵ Sobre las claves del nihilismo en el Barroco español, cf. De la Flor (2002: 43-76).

³³⁶ Para su impacto en España, cf. Laguna Mariscal (2000: 243-54) y Senabre (1994: 1089-98).

³³⁷ Sobre su afinidad con los postulados del epicureísmo, cf. Laguna Mariscal (1999: 207).

El escollo se encuentra aquí en la imagen del “humo” que Lucrecio utiliza para ilustrar la muerte del alma, tesis no poetizable por impía³³⁸. El poema de Góngora no planteaba, en este sentido, problemas teológicos *prima facie*, al sobreentenderse que la muerte afectaba solo al cuerpo, dado que el alma seguía viviendo. Ciertamente es que aquel uso ateo del símil convivía en la poesía grecolatina con este otro más respetuoso hacia la religión tradicional, que presentaba al alma viva en los infiernos como un fantasma (*manes*) de sombra y humo³³⁹. Sin embargo, la conjunción de alma y humo debía de asociarse fácilmente al nihilismo epicúreo. La propia representación popular del ánima tras la muerte como sombra y humo venía a coincidir con el postulado básico de los epicúreos de que la muerte es nada y muchos poetas augústeos, como fuente de inspiración habitual de los poetas barrocos, conocían y simpatizaban con el epicureísmo. Bastara recordar a Virgilio y, sobre todo, a Horacio, cuya lírica dio etiquetas literarias a los tópicos epicúreos por antonomasia: el *carpe diem*, la *aurea mediocritas* o el *beatus ille*. Esta conexión filosófica soterrada hace que el soneto exhale cierto nihilismo³⁴⁰, impropio de un joven que ya hacía carrera eclesiástica³⁴¹. Se percibe especialmente en la disposición del último verso, donde los cuatro primeros términos remiten alternativamente al cuerpo y al alma y el último los encierra “en nada”.

cuerpo	alma	cuerpo	alma
en tierra	en humo	en polvo	en sombra

Fray Melchor de la Serna (*fl.* s. XVII) era monje benedictino y vivió en Salamanca. Es posible, aun así, que fuera el autor de una colección de poesía erótica, cuyo título, *El jardín de Venus*, tiene cierto regusto epicúreo (Alzieu, Jammes y Lissorgues, 1983: III-IV). El florilegio versa de sexo por medio de metáforas sugerentes y procaces. Uno de sus poemas, compuesto de 71 redondillas, describe la belleza de una mujer y comienza con una referencia incipitaria a los dos primeros versos de Lucrecio: *Aeneadum genetrrix, hominum divumque voluptas, / alma Venus*. Contiene además el motivo

³³⁸ La pintura del alma humana como humo se documenta ya en Hom. *Il.* XXIII 100-1: *ψυχή δὲ κατὰ χθονὸς ἥντε καπνὸς / ὄχρετο τετριγυῖα*. El símil cosechó especial fortuna entre los filósofos nihilistas, quienes lo aprovecharon para expresar que el alma era mortal. Así lo hicieron Demócrito y Epicuro según Stob. *Ecl.* 924 (Us. 337). Agustín de Hipona (*Serm.* 150) asocia la comparación ya con los epicúreos: *Epicurei [...] dicunt prius animam post mortem dissolui quam corpus; adhuc, inquiunt, [...] anima mox ut exierit, veluti fumus vento diverberata dissolvitur*. De la filosofía saltó de nuevo a la poesía y es usada por Lucrecio y también por Séneca en un fragmento de su tragedia *Troades* (371-408, esp. vv. 392-96), muy influida por el nihilismo epicúreo. Cf. Bailey (1998 II: 444) y Laguna Mariscal (1999: 204-10).

³³⁹ Cf. Verg. *Georg.* IV 499-502, Hor. *Carm.* IV 7, 16 (*pulvis et umbra*) o Pers. V 151-53.

³⁴⁰ Cf. con el soneto de Quevedo *Amor constante más allá de la muerte* (“Cerrar podrá mis ojos la postrera”), que transmite también un aire nihilista, aunque en menor grado.

³⁴¹ Acerca de la censura inquisitorial en los poemas gongorinos, cf. Jammes (1987: 533-37).

hímnico del ἄνευ σέθεν (v. 5: “que sin tu gracia y favor”), expresado por Lucrecio en I 22-23: *nec sine te quicquam dias in luminis oras / exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam*. Dice así:

Alma Venus, madre y diosa,
dame gracia en disponer
las partes que ha de tener
para ser la dama hermosa,
que sin tu gracia y favor
poco valdrá mi escritura,
siendo tú de la hermosura
diosa, y madre del amor.
Alzieu *et alii* (1983: 5)

El hermano menor de Lupercio, Bartolomé Juan Leonardo de Argensola (1561-1631), estudió seguramente derecho canónico en la Universidad de Salamanca entre 1581 y 1584³⁴². En aquella ciudad universitaria, la más viva y prestigiosa de España, impartían clases fray Luis de León y Francisco Sánchez el Brocense (1523-1600). El afecto que ambos sentían por los clásicos es de sobra conocido. Fue también amigo íntimo del canónigo Bartolomé Llorente (1540-1614), excelente humanista, a quien perteneció el manuscrito de Lucrecio *Caesaraugustanus* (Traver, 2011: 115)³⁴³, y protegido del conde Lemos, don Pedro de Castro (*fl.* s. XVII), a quien sirvió en Nápoles hasta 1613, mientras fue virrey. La poesía de Bartolomé exhibe esa familiaridad con los latinos, en especial, con Horacio, modelo por antonomasia del barroco español, y con los satíricos Juvenal, Persio y Marcial (Blecua, 1974: VIII). Pero también encontramos en su poemario ecos lucrecianos como este presente en el segundo terceto (490-92):

viviré yo en mí mismo, a libre espacio,
con Jerónimo, Ambrosio y Augustino,
y alguna vez con Píndaro y Horacio.
En éste, que es mi puerto, determino
mirar (si puedo) como ajeno el daño
que otros reciben del furor marino.
Y allí de jaspe catalán o extraño,
para colgar mis cepos y cadenas,
levantaré un altar al desengaño.

³⁴² Es probable, no obstante, que se graduara en Zaragoza, de forma que pudo asistir a las clases de Andreas Schott y Pedro Simón Abril.

³⁴³ A la muerte de Llorente, acaecida en 1614, Argensola pasó a desempeñar su cargo en la catedral zaragozana, en la cual dispondría de la espléndida biblioteca del cabildo, que había sido enriquecida con los fondos del propio Llorente. Sobre la relación entre ambos, *cf.* Blecua (1974: XV-XVI).

Pertenecen al final de la epístola *A don Francisco de Eraso*³⁴⁴. El poeta, a medio camino entre la sátira y la epístola moral, reflexiona sobre los valores más importantes de la vida, recurriendo a muchos temas horacianos y al *locus* del desprecio de corte y alabanza de aldea que tanto predicamento ganó en su tiempo³⁴⁵. Si lo normal en otras poesías, como el *Sermo* II de Francisco Pacheco, es que el proemio II (1-4) del *DRN* abra patéticamente el poema, aquí, sin embargo, lo cierra. Argensola pretende así *movere* al lector, ganárselo para su ideal de vida: una soledad acompañada de libros, que él estima puerto seguro desde el cual mirar a otros naufragando en la tempestuosa corte³⁴⁶.

Lope de Vega (1562-1635) fue una mente dúctil y prolífica, comparable a Ovidio en las letras latinas, si bien superior en gracejo. Tuvo por primer maestro al poeta y novelista Vicente Espinel (1550-1624) y, más tarde, a los jesuitas del Colegio Imperial de Madrid. Como los demás escritores de su tiempo el “Fénix de los genios” conocía al dedillo la literatura latina y de su cantera extraía mitos, tópicos y motivos donde inspirarse (Montesinos, 1983 HCLE III: 148). De hecho, su afición por las poliantes y centones, aquellas antologías de la Antigüedad, obedecía al deseo, tan intenso en su época, de ornar las obras con el rico patrimonio grecolatino, aunque fuera, como suele ser en Lope, para sorprender en erudición y retoricismo (Alonso, 1960: 133-35). De Lucrecio, tan extractado en florilegios³⁴⁷, se nutrió también su ingenio.

En la epístola “Serrana hermosa, que de nieve helada”, Jacinto (Lope) escribe a Lucinda (Micaela de Luján) una carta de amor. Apartado en un lugar remoto, en medio de unos montes y en soledad consigo mismo, Lope le confiesa a Micaela su amor platónico y el dolor que siente al verse obligado a partir de su lado:

³⁴⁴ Político español († 1570), natural de Madrid, caballero de Santiago y conde de Humanes. Fue embajador de Felipe IV en Roma. Quiso publicar los versos del poeta, según se desprende de una carta fechada en 1626, escrita por el propio Bartolomé (Blecua, 1974: 116).

³⁴⁵ Fue la versión humanista del *Beatus ille* horaciano, interpretado de forma simple. De hecho, en la lírica del latino había otros antecedentes claros (*Sat.* II 6, 18-19, II 7, 28-29 o *Epist.* I 8, 12 y XI 2, 65-80). Cf. también Iu. *Sat.* III y Mart. I 49, IV 66, IX 73, 51, 70, y XII 18, 57, 68. La etiqueta del tópico deriva de la obra de Antonio de Guevara *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, Valladolid: Juan de Villalquiván, 1536. Para su tradición en España, cf. Rallo (1984: 62-82).

³⁴⁶ Tal vez haya otro eco de Lucrecio (I 140-42) en este terceto de la misma epístola (vv. 420-22): “Éste, suaves musas, os dedico / al ocio docto, y a las vigiliassantas / que me han de segregar del siglo inico”.

³⁴⁷ Esta afición suya por los manuales literarios asoma con claridad meridiana en el prólogo “A don Juan de Arguijo” de sus *Rimas* (Diego, 1981: 25-31). Y, de hecho, según Egido (1990: 205-6), tomó de la *Officina* de Ravisio Textor (Venetiis: apud Paulum Ugolinum, 1598. BCUZ H-11-92) versos lucrecianos para componer el romance *A la creación del mundo*. Sobre la influencia de las antologías de *loci communes* en Lope de Vega, cf. Laguna Mariscal (2004: 420-22).

No suele el ruiseñor en verde selva
 llorar el nido de uno en otro ramo 50
 de florido arrayán y madreselva,
 con más doliente voz que yo te llamo,
 ausente de mis dulces pajarillos,
 por quien en llanto el corazón derramo;
 ni brama, si le quitan sus novillos, 55
 con más dolor la vaca, atravesando
 los campos de agostados amarillos;
 ni con arrullo más lloroso y blando
 la tórtola se queja, prenda mía,
 que yo me estoy de mi dolor quejando. 60
 Carreño (1998: 88-89)

Para sublimar la sinceridad de su sufrimiento el poeta utiliza tres *exempla naturalia*, de exquisito gusto, que servirán de término de comparación. Obviamente, su pena los superará. El primer símil presenta la voz doliente y digna de compasión del ruiseñor que ha perdido a sus hijuelos (49-54)³⁴⁸, el segundo, el mugido obsesivo de la vaca que ha perdido su ternero (55-57) y, por último, el arrullo quejoso de la tórtola (58-60)³⁴⁹. Pues bien, el *exemplum* de la vaca está presente en Lucrecio II 352-65 y en su imitador Virgilio (*Ecl.* VIII 85-89). En concreto, los vv. 355-60 del texto lucreciano rezan así:

at mater viridis saltus orbata peragrans
 quaerit humi pedibus vestigia pressa bisulcis,
 omnia convisens oculis loca si queat usquam
 conspiciere amissum fetum, completque querellis
 frondiferum nemus adsisit et crebra revisit
 ad stabulum desiderio perfixa iuveni.

Benalcio, “sabio matemático”, entona en la *Arcadia* la famosa canción “¡Oh libertad preciosa [...]” que trae a la memoria las prédicas más emblemáticas del epicureísmo: libertad individual por encima del sacrificio público (vv. 1-13), pobreza abastecida (vv. 66-91), retiro político (vv. 92-97)³⁵⁰ y denuesto

³⁴⁸ Cf. Verg. *Georg.* IV 511-15. De él se sirven en la poesía italiana Petrarca, *Canzoniere* CCCXI y Ariosto, *Orlando furioso* XLV 39-40, 5-8 y 1-3; en la española, Boscán, *Leandro* 1534-43 y Garcilaso, *Égloga* I 324-29. Sobre la tradición literaria del motivo, cf. Morros (1995: 466-67), Lida de Malkiel (1975: 100-17) y Carreño (1998: 1998: 88-89 nn. y 935-36). *Vid.* nn. 217-18.

³⁴⁹ La tórtola simbolizaba la fidelidad y la castidad: Cov. s. v. “Tórtola”: “Del nombre latino *turtur* [...] Díxose así del sonido que haze quando canta o gime. Virgilio, *egloga prima*: *Nec gemere aerea cessabit turtur ab ulmo*. Es symbolo de la muger biuda, que muerto su marido no se buelve a casar y guarda castidad”.

³⁵⁰ Cf. *Sent. Vat.* 27, 41 y 58 y 199 Us. Sobre el denuesto de la política en el epicureísmo, cf. Arrigh. pp. 566-67.

de la riqueza (vv. 98-104)³⁵¹. La lírica de Horacio imprimió a estos postulados epicúreos tal poder de persuasión gracias a su tono intimista y sincero que los poetas auriseculares tomaron de su poesía, más que de ninguna otra, estos ideales (Acosta Méndez, 1986: XLIV-XLV). No obstante, Lucrecio, como apóstol de Epicuro, era la fuente poética más rica de su doctrina, de ahí que no faltasen *allusiones* a sus versos en discursos bucólicos, en los que se predicaba un ideario vital comulgante con estas premisas de la secta del Jardín. He aquí unos fragmentos del canto de Benalcio:

Cuando de las humanas tinieblas vi del cielo	15
la luz, principio de mis dulces días [...]	
Yo, pues, señor exento, de esta montaña y prado, gozo la gloria y libertad que tengo.	
Soberbio pensamiento jamás ha derribado	30
la vida humilde y pobre me entretengo; cuando a las manos vengo con el muchacho ciego,	
haciendo rostro embisto,	35
venzo, triunfo y resisto la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego, y con libre albedrío lloro el ajeno mal y canto el mío.	
Carreño (1998: 77-78)	

Los primeros versos (14-16) recuerdan la imaginería que Lucrecio utiliza para describir el nacimiento en V 224-25: *cum primum in luminis oras / nixibus ex alvo matris natura profudit*. Y los últimos versos (38-39) recuerdan el proemio del libro II (1-13) del *DRN*. Hay, además, una disposición espacial semejante de Benalcio y Lucrecio, quienes encarnan al sabio. El pastor de Lope “goza la gloria y libertad” (v. 29) encumbrado en unos montes desde los que contempla el mundo, de forma similar a Lucrecio desde el puerto seguro (v. 2: *e terra spectare*) o desde los *templa serena* (v. 8). Amén de esta parecida posición escénica, los dos pueden ver las mismas penurias que abaten al vulgo indocto: Lucr. II 2: *magnum alterius spectare laborem*, y Lope, vv. 38-39: “con libre albedrío / lloro el ajeno mal”³⁵².

En este soneto filosófico, perteneciente a *Rimas Sacras*, parece haber también una reminiscencia de Lucrecio:

³⁵¹ Cf. Epicur. *Sent.* 15, *Sent. Vat.* 25, 67, 68 y 81. Para más información sobre el desprecio de las riquezas en la filosofía epicúrea, cf. Traver (2020: 85-86).

³⁵² Cf. la expresión frayluisiana “no es mío ver el lloro / de los que desconfían, / cuando el ábrego y el cierzo porfían” (vv. 63-65) de la *Canción de la vida solitaria*.

Hombre mortal mis padres me engendraron,
aire común y luz los cielos dieron,
y mi primera voz lágrimas fueron,
que así los reyes en el mundo entraron.

La tierra y la miseria me abrazaron,
paños, no piel o pluma, me envolvieron,
por huésped de la vida me escribieron,
y las horas y pasos me contaron.

Así voy prosiguiendo la jornada
a la inmortalidad el alma asida,
que el cuerpo es nada, y no pretende nada.

Un principio y un fin tiene la vida,
porque de todos es igual la entrada,
y conforme a la entrada la salida.

Carreño (1998: 635)

Se ha dicho que reflexiona sobre la vida en un tono senequiano³⁵³, pero, en nuestra opinión, aprovecha desde el punto de vista moral ideas que Lucrecio expuso en el libro V 222-34. El pasaje, antologizado en los florilegios renacentistas³⁵⁴, ponía de manifiesto la debilidad de la infancia humana en paragón con la de los animales, así como el dolor intrínseco que será compañero del hombre a lo largo de su vida y del que el primer vagido parece ser un fatal anuncio. No hay ecos léxicos sobresalientes, pero podría tratarse de una *aemulatio* parcial en clave cristiana, ya que Lope entiende la existencia como tránsito doloroso hacia la inmortalidad (vv. 9-10). Registramos aquí las analogías más significativas:

Vv.	LOPE DE VEGA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
3	<i>mi primera voz lágrimas fueron</i>	V 224-26	cum primum in luminis oras / nixibus ex alvo matris natura profudit, / vagituque locum lugubri complet.	El primer lloro

(Continúa)

³⁵³ Carreño (1998: 635) llama la atención sobre su progenie neoestoica al tratar de la muerte, una preocupación obsesiva del senequismo (Blüher, 1983: 450-60) y del Barroco en general (Maravall, 2000: 339-42).

³⁵⁴ En concreto, estos versos fueron seleccionados en las poliantes de Mirándula y Langio (Traver, 2014: 135-52).

Vv.	LOPE DE VEGA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
5-6	<i>La tierra y la miseria me abrazaron, / paños, no piel o pluma, me envolvieron</i>	V 223-24	nudus humi iacet infans indigus omni / vitali auxilio	La desnudez del bebé en la tierra
		V 228-31	at variae crescunt pecudes armenta feraeque / nec crepitacillis opus est nec cuiquam adhibendast / almae nutricis blanda atque infracta loquella / nec varias quaerunt vestes pro tempore caeli	Los animales no necesitan abrigo
12-14	<i>Un principio y un fin tiene la vida, / porque de todos es igual la entrada, / y conforme a la entrada la salida</i>	V 226-27	vagituque locum lugubri complet, ut aequumst / cui tantum in vita restet transire malorum. ³⁵⁵	El lamento del recién nacido termina con la muerte

En el romance “Pobre barquilla mía” (*Dorotea* III 7) Lope emula el poema cuarto de Catulo³⁵⁶. El neotérico cantaba con nostalgia a sus amigos las pasadas aventuras y glorias de su *phaselus* o velero³⁵⁷. Esta rememoración de la barquilla desastrada por los años, que suele incluir un diálogo ficticio con ella, era para el lector barroco una metáfora de los avatares personales sufridos en la vida. En realidad, la imagen formaba parte del tópico grecolatino del *navigium vitae*, que equiparaba la vida a una navegación incierta. Rezan las últimas estrofas de esta guisa:

Si con eternas plantas las fijas luces doras, ioh dueño de mi barca!, y en dulce paz reposas, merezca que le pidas al bien que eterno gozas que adonde estás me lleve más pura y más hermosa.	115
Mi honesto amor te obligue; que no es digna vitoria	120

³⁵⁵ Es posible que el fragmento de Lucr. II 575-80 haya contaminado también el último terceto.

³⁵⁶ Lope de Vega cerró un ciclo de “cuatro barquillas” en el acto III de la *Dorotea*. Forman parte, pues, de la recepción catuliana en España. Este tópico del bajel debió de serle muy grato, porque aparece reiteradamente en sus composiciones (Carreño, 1998: 727). Carreño (1998: 1068-69, n. 343) señala otras imitaciones significativas de la literatura italiana y española y considera también como posible fuente a Hor. *Carm.* I 14. Con todo, la nave del venusino en esta oda, según Nisbet-Hubbard (1998 I: 178-82), era alegoría del Estado. Sobre la tradición de este lugar común en Quevedo, cf. Rey (1995: 212-13).

³⁵⁷ Sobre este poema y su papel en la colección catuliana, cf. Ramírez de Verger (1990: 139-40). Para la recepción de Catulo en España, *id.*. (1990: 35-40) y Arcaz Pozo (1989: 249-89).

para quejas humanas
ser las deidades sordas.

Mas ¡ay, que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

Carreño (1998: 730-31)

El romance es cantado por Fernando, quien, abandonado por Dorotea, busca consuelo en la música. Antes de terminar el lamento, anuncia a la barquilla que su muerte está cercana, a lo que ella responde con estos versos. Pues bien, hay una referencia conceptual entre los vv. 121-24 a la indiferencia de los dioses que Lucrecio recalcó en varios pasajes como este (I 44-49)³⁵⁸:

omnis enim per se divum natura necessest
immortali aevo suma cum pace fruatur
semota ab nostris rebus seiunctaque longe.
nam privata dolore omni, privata periclis,
ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri,
nec bene promeritis capitur nec tangitur ira.

Con todo, Lope no transgrede el dogma³⁵⁹. De un lado, el plural *deidades* alude a los dioses paganos y, de otro, no afirma que estos desoigan las plegarias.

La égloga *Amarilis* (1633), dedicada a la “reina christianísima de Francia”³⁶⁰, canta la galanura, la gracia y la belleza de la doncella epónima. A lo largo de la composición, Lope describe diversos fenómenos meteorológicos y terrestres que recuerdan las pinturas lucrecianas repartidas entre los versos VI 96-534:

Así como el relámpago se mira
primero que al oído llegue el trueno,
porque es la vista más veloz, se admira
que salgan juntos del oculto seno:
así las luces, que la vista espira,
y llevaron al alma su veneno,
anticiparon a la lengua en calma,
aunque las vi salir juntas del alma.
[...]

Tal suele furibundo en tempestades
arroyo formidable intempestivo
ya de montes bajar, ya de ciudades
con turbulento horror y orgullo altivo,
que destruyendo viñas y heredades,

³⁵⁸ Cf. asimismo Lucr. II 1090-104.

³⁵⁹ Nuestro autor –como casi todos entonces– sabía cómo cuidarse de estos errores, pues fue familiar del Santo Oficio (Márquez, 1980: 128-31).

³⁶⁰ Tal vez, Isabel de Borbón (1609-1644), esposa de Felipe IV (1605-1665).

voltea entre las aguas vengativo
pedazos de cabañas y de aceñas,
abriendo calles, y lavando peñas.
Carreño (1984: 428-35)

400

La fantasía naturalística de Lucrecio fascinó a los augústeos (Castelli, 1967: 14-17). Fue, en efecto, un maestro de la ἐνάργεια, al ser capaz de describir la realidad con gran verismo (Lausberg, 1991 II: 224-26, § 810). Por esta razón, en sus pinturas meteorológicas hallaron un filón quienes cultivaron géneros como el bucólico o el didáctico, dados a los símiles naturales y agropecuarios. Las *Geórgicas* de Virgilio, por ejemplo, imitan con asiduidad las descripciones lucrecianas de los fenómenos atmosféricos y de sus efectos naturales³⁶¹. Es fácil, en consecuencia, que los renacentistas tuvieran presente a Lucrecio a la hora de pintar la tormenta o las inundaciones, como parece ser el caso en esta égloga del Fénix:

Vv.	LOPE DE VEGA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
193-96	<i>Así como el relámpago se mira / primero que al oído llegue el trueno, / porque es la vista más veloz, se admira / que salgan juntos del oculto seno</i>	VI 164-66	sed tonitrum fit uti post auribus accipiamus, / fulgere quam cernat oculi, quia semper ad auris / tardius adveniunt quam visum quae moveant res.	El rayo se ve antes que se escuche el trueno.
393-400	<i>Tal suele furibundo en tempestades / arroyo formidable intempestivo / ya de montes bajar, ya de ciudades / con turbulento horror y orgullo altivo, / que destruyendo viñas y heredades, / voltea entre las aguas vengativo / pedazos de cabañas y de aceñas / abriendo calles, y lavando peñas.</i>	I 280-89	nec ratione fluunt alia stragemque propagant / et cum mollis aquae fertur natura repente / flumine abundanti, quam largis imbris auget / montibus ex altis magnus decursus aquai, / fragmina coniciens silvarum arbustaque tota, / nec validi possunt pontes venientis aquai / vim subitam tolerare: ita magno turbidus imbris / molibus incurrit validis cum viribus amnis / dat sonitu magno stragem volvitque sub undis / grandia saxa, ruitque <et> quidquid fluctibus obstat.	La furibunda corriente que arrastra a su paso todo lo que encuentra

El villancico incluido en la comedia *Los Ponces de Barcelona* (Parte IX) contiene una premisa recurrente de la física lucreciana: “todo vuelve a ser lo que era”.

³⁶¹ Sobre este aspecto, cf. el valioso estudio de Gale (2000: 196-231).

*Al cabo de los años mil,
vuelven las aguas por do suelen ir.*

Humildes se hacen,
altos se prueban,
unos se renuevan 5
y otros se deshacen;
como mueren nacen,
porque, con vivir,
*al cabo de los años mil
vuelven las aguas por do suelen ir.* 10

Otra vez se ve
lo que no se espera,
lo que ya no era
vuelve a lo que fue;
nadie triste esté, 15
que si da en sufrir,
*al cabo de los años mil,
vuelven las aguas por do suelen ir.*

Carreño (1998: 825)

Esta idea de que todo, pasado un tiempo, vuelve a ser lo que fue, como recuerda la cíclica aparición del estribillo (vv. 1-2, 9-10 y 17-18), se remonta al famoso principio de Heráclito (550-480 a. C.) de que πάντα ῥεῖ καὶ οὐδὲν μένει (Pl. *Cratyl.* 402a)³⁶². Epicuro, siguiendo a Demócrito, creía en la indestructibilidad de la materia, dado que estaba compuesta de átomos inmortales³⁶³. Lucrecio dedica muchos versos a este principio en los dos primeros libros, pero es el fragmento II 294-302 el que guarda mayor parecido conceptual con el villancico de Lope:

Nec stipata magis fuit umquam materiai
copia nec porro maioribus intervallis; 295
nam neque adaugescit quicquam neque deperit inde.
quapropter quo nunc in motu principiorum
corpora sunt, in eodem ante acta aetate fuere
et post haec semper simili ratione ferentur,
et quae consuerint gigni gignentur eadem 300
condicione et erunt et crescent vique valebunt,
quantum cuique datum est per foedera naturai.

El poema de Lope carece del léxico científico que exhiben los hexámetros de Lucrecio. Está, sin duda, más interesado en la enseñanza moral que de ellos

³⁶² Recuérdese el famoso poema de Antonio Machado (1875-1939) “Todo pasa y todo queda” (*Proverbios y cantares* XLIV). Sesé (1980: 782, n. 11) anota que el poeta sevillano puso el verso de Lucr. III 915 (*iam fuerit nec post unquam revocare licebit*) como epígrafe al poemario *Cantares y proverbios, sátiras y epigramas*, publicado el año 1913 en *La Lectura*.

³⁶³ Recordemos que Gassendi cristianizó los átomos epicúreos, quitó “las espinas a las rosas” del jardín de Epicuro, según sus propias palabras (Norbrook, 2016: 21).

se extrae, de ahí que su tono, reflexivo y parenético, sea muy diferente de la fría exposición del epicúreo³⁶⁴.

De las *Rimas humanas* (1614) dos sonetos recuerdan también a Lucrecio: los números 32 y 56. Reza el primero:

Si gasta el mar la endurecida roca
con el curso del agua tierna y blanda,
si el español, que entre los indios anda,
con largo trato a su amistad provoca;
si al ruego el áspid la fiereza apoca, 5
si el fuego al hierro la dureza ablanda,
no yerra amor, cuando esperar le manda
un imposible a mi esperanza loca.

Que el tiempo, que las rocas enternece,
indios, áspides, hierros, bien podría 10
sirviendo, amando cuanto amor concede,
por más que mi desdicha os endurece,
Señora, enterneceros algún día,
que un inmortal amor todo lo puede.

Diego (1981: 65)

El símil de la piedra erosionada lentamente por el agua aparecía en el cierre del libro IV de Lucrecio (1283-1287) y, al igual que aquí, significaba que la constancia engendra amor³⁶⁵:

quod superest, consuetudo concinnat amorem;
nam leviter quamvis quod crebro tunditur ictu,
vincitur in longo spatio tamen atque labescit. 1285
nonne vides etiam guttas in saxa cadentis
umoris longo in spatio pertundere saxa?

El segundo dice:

Que eternamente las cuarenta y nueve
pretendan agotar el lago Averno,
que Tántalo del agua y árbol tierno

³⁶⁴ Nótese también el parecido de los versos 11-14 de Lope con Lucr. II 999-1003: *cedit item retro, de terra quod fuit ante, / in terras, et quod missumst ex aetheris oris, / id rursum caeli rellatum templa receptant. / nec sic interemit mors res ut materiai / corpora conficiat, sed coetum dissipat ollis.*

³⁶⁵ Variación del tópico del *amor omnia vincit* (Verg. *Ecl.* X 69) mediante la imagen del agua y la roca, recurrente en la elegía erótica latina (Bailey, 1998 III: 1319, *ad loc.*): Ov. *Ars* I 475-76, *Epist.* I 1, 70, II 7, 40, IV 10, 5; Tib. I 4, 8, y Prop. II 25, 16. Sobre esta imagen en la Antigüedad y su tradición clásica, cf. Tosi (2000: 421-22, n.º 898). Para Carreño (1998: 158, nn.) la composición expresa el carácter duro y hasta cruel de la amada. Recuerda que ya Ovidio en el *Ars amandi* (II 511-43) abordaba el asunto del desdén de las mujeres y que es frecuente en la lírica de T. Tasso (Navarro Durán, 1981: 391-409). En las notas complementarias el crítico (1998: 958 y 969) menciona otro soneto de Lope muy parecido: "Rompe una Peña el agua cuando estriba".

nunca el cristal ni las manzanas pruebe;
 que sufra el curso que los ejes mueve 5
 de su rueda Ixión por tiempo eterno,
 que Sísifo llorando en el infierno,
 el duro canto por el monte lleve;
 que pague Prometeo el loco aviso
 de ser ladrón de la divina llama, 10
 en el Caucasó que sus brazos liga;
 terribles penas son, mas de improvisó
 ver otro amante en brazos de su dama,
 si son mayores, quien lo vio lo diga.
 Diego (1981: 76)

Lope afirma aquí que no hay tormento mayor para un enamorado que ver a su amada en brazos de otro hombre. Para expresarlo poéticamente ha escogido la estructura retórica del *priamel*, ya que este diseño potencia la opinión del poeta (clímax) frente a otras plausibles (ilustración de contraste), y ha establecido un correlato objetivo entre los castigados infernales y él. Pues bien, como ha señalado el profesor Laguna Mariscal (2004: 420-21), el madrileño utilizó para la ilustración (vv. 1-12a) el catálogo lucreciano (III 978-1010) de los legendarios condenados [Danaides, vv. 1-2 (III 1003-10), Tántalo, vv. 3-4 (III 980-83), Sísifo, vv. 7-8 (III 995-1002) y Ticio, que Lope sustituye por Prometeo³⁶⁶, vv. 9-11 (III 984-94)], tomándolo seguramente del capítulo *De infamia* del *Flores Illustrium poetarum* de Octaviano Mirándula³⁶⁷.

Descendiente de una familia adinerada, Juan de Arguijo (1567-1622) nació en Sevilla, donde estudió con los jesuitas. Su vida literaria anduvo repartida entre los círculos literarios hispalenses y madrileños. Fue amigo de Rodrigo Caro (1573-1647), Lope de Vega, Luis de Góngora y los Argensola. Sus poemas, menos de cien y en su mayoría sonetos, recrean preferentemente leyendas mitológicas y episodios históricos de la Antigüedad, siguiendo el precepto horaciano de *ut pictura poesis*³⁶⁸. El tema de éste, dedicado a “Las estaciones”, es una excepción:

³⁶⁶ Aunque estos últimos presos sean diferentes en Lucrecio y en Lope, los suplicios fueron similares: el primero fue condenado a que un águila le devorara su hígado, que se regeneraba cada día; el segundo, según Pérez de Moya, fue recluido en el infierno, “donde estuviese atado que no se pudiese mover, y fuese inmortal; con tal ley que buitres comiesen su molleja, y acabada de comer, tornase a renacer [...]” (*Philosophía secreta* V 4. Cf. Clavería, 1995: 575). Aparece Prometeo en lugar de Ticio también en Pl. *Gorg.* 525e y Hor. *Epod.* XVII 66-69 (Dionigi, 1992: 127, n. 12). Para más información sobre los antecedentes de Lope, cf. Carreño (1998: 188 y 965-66).

³⁶⁷ Cf. Laguna Mariscal, “Será como volver a casa”, 2006, en la dirección electrónica: <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/10/ser-como-volver-casa.html> (último acceso: 13-03-2021). Registra otro eco del mismo pasaje lucreciano en el soneto amoroso de Quevedo “En los claustros del alma la herida”.

³⁶⁸ Para el influjo de este precepto en la pintura y literatura renacentistas europeas, cf. Rensselaer (1982). Para su recepción en la poesía española de los Siglos de Oro, cf. Corbacho

Vierte alegre la copia en que atesora
bienes la primavera, da colores
al campo y esperanza á los pastores
del premio de su fe la bella Flora;
pasa ligero el sol adonde mora 5
el cancro abrasador, que en sus ardores
destruye campos y marchita flores,
y el orbe de su lustre descolora;
sigue el húmedo otoño, cuya puerta
adornar Baco de sus dones quiere; 10
luego el invierno en su rigor se extrema.
¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?
Onrubia de Mendoza (1974: 64)

Lucrecio describe, como Arguijo, la sucesión de las estaciones del año en V 737-50, siguiendo el orden usual: primavera, verano, otoño e invierno. Es posible que el campo semántico de esta *descriptio temporum*, tan hermético y limitado, favorezca ecos léxicos engañosos, ya que pueden ser fruto más de la casualidad que de la imitación consciente. Sin embargo, algunas pinceladas muy concretas, que detallamos, parecen demostrar el influjo directo de Lucrecio:

Vv.	ARGUIJO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
1-4	<i>Vierte alegre la copia en que atesora / bienes la primavera, da colores / al campo y esperanza á los pastores / del premio de su fe la bella Flora;</i>	V 737-40	it ver et Venus [...] Flora quibus mater praespargens ante viai / cuncta coloribus egregiis et odoribus opplet.	La primavera y Flora vertiendo flores ³⁶⁹
5-8	<i>pasa ligero el sol adonde mora / el cancro abrasador, que en sus ardores / destruye campos y marchita flores, / y el orbe de su lustre descolora;</i>	V 741-42	inde loci sequitur calor aridus et comes una / pulverulenta Ceres <et> etesia flabra aquilonum.	El verano y su calor abrasador

Cortés (1998: 59-95).

³⁶⁹ Al personificar la primavera, los romanos representaron a Flora como una joven coronada de flores esparciendo pétalos por el aire. Esta iconografía debió de ser común en los frescos y mosaicos romanos [cf. *La doncella de Stabias* del Museo Arqueológico de Nápoles y la recreación renacentista de Sandro Botticelli (1445-1510) *La primavera*]. Arguijo debió de estar familiarizado con esta escenografía, dado su aprecio por el arte clásico. Había importado de Italia mármoles y estatuas para su palacio y había decorado el salón en el que celebraba sus academias poéticas con mosaicos de tema mitológico (Palomo, 1983 HCLE III: 692). Sobre la pervivencia de Flora en la literatura y en las artes plásticas, cf. Moormann-Uitterhoeve (1997: 139-40). Para su impronta en la pintura española del Siglo de Oro, cf. López Torrijos (1985: 368-70).

Vv.	ARGUIJO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
9-10	sigue el húmedo otoño, cuya puerta / adornar Baco de sus dones quiere;	V 743	inde autumnus adit, graditur simul Euhius ³⁷⁰ Euan.	El otoño y Baco
11	luego el invierno en su rigor se extrema.	V 746-47	tandem bruma nives adfert pigrumque rigorem / reddit; hiemps sequitur crepitans hanc dentibus algu.	Los rigores del invierno

Lucrecio utiliza el símil de las estaciones como ilustración argumentativa de las fases lunares (*De lunae lumine*, V 705-50). Ningún mensaje moral de su explicación trasciende. Contaba simplemente que la luna, como otros muchos entes de la naturaleza, sigue un orden fijo, naciendo y muriendo (V 749-50). Sin embargo, Arguijo, conforme a los gustos de su tiempo, extrae de esta certeza física una lección moral pesimista (vv. 12-14): la seguridad de que nos esperan males. Cuando los padecemos, Fortuna se ceba, cuando gozamos de su bonanza, se muda caprichosa. Hay, también, en el último terceto un posible eco léxico: “mudanza cierta” (v. 12) parece verter el sintagma *certo tempore* (V 750).

El soneto titulado “La avaricia” es una composición alegórica-moral que recurre, como acostumbra los poetas barrocos, a la mitológica clásica para ilustrar el tema³⁷¹:

Castiga el cielo a Tántalo inumano
que en impia mesa su rigor provoca,
medir queriendo en competencia loca
saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca³⁷², i con la mano 5
el árbol fugitivo casi toca;
huie el copioso Eridano a su boca
i en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú, qu’espantando de su pena admiras
quel cercano manjar en largo ayuno 10
al gusto falte i a la vista sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
exemplo igual? I si cudicias uno,
mira al avaro en sus riquezas pobre.

Onrubia de Mendoza (1974: 69)

³⁷⁰ Apelativo de Baco, derivado del grito bacanal εὐοῖ. Cf. Eur. *Bacch.* 157 y *Troad.* 362. Para más información, cf. Bailey (1998 III: 1444, ad *Lucr.* V 743).

³⁷¹ Para un comentario de este soneto, cf. Vranich (1983 HCLE III: 693-94).

³⁷² Cf. Ov. *Am.* II 2, 43 y Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta* V 3: “Ovidio, donde comienza: *Quaerit aquas in aquis* [...]” (Clavería, 1995: 571).

Los condenados más famosos del Aqueronte eran Ticio, Sísifo, las Danaides y Tántalo. Cada uno de ellos simbolizaba un pecado peculiar: Ticio, la pasión erótica, Sísifo, el deseo de poder político, las Danaides, la insatisfacción, y Tántalo, la avaricia. Los poetas de los Siglos de Oro, movidos por su afán adoctrinador, los utilizaron a menudo para ilustrar estos vicios. En un extenso pasaje (III 978-1023) Lucrecio los mencionaba a todos, interpretando racionalistamente sus penas de esta guisa (III 978-79):

Atque ea nimirum quaecumque Acherunte profundo
prodita sunt esse, in vita sunt omnia nobis.

Significa, en palabras de García Calvo (1997: 278), que “los tormentos infernales, que de por sí son imaginaciones absurdas, lo que hacen es trasladar al reino de la muerte las penas y miserias de esta vida”. El fragmento, por su edificante enseñanza moral, gozó de gran predicamento entre los poetas auriseculares. Fue, de hecho, antologizado por Mirándula y Langio, quienes resaltaban precisamente su valor aleccionador (Traver, 2014: 137-38 y 140).

El sevillano primero rememora en los dos cuartetos el suplicio de Tántalo, que funciona aquí como *exemplum mythologicum* de la avaricia. No sigue, pues, la versión de Lucrecio, según la cual Tántalo personifica al timorato, sino la más popular, basada en Fulgencio³⁷³, que representa al avaro y al soberbio. Ahora bien, la interpretación moral del castigo, que Arguijo desarrolla en los tercetos, viene a coincidir en lo básico con la racionalización de Lucrecio. Fíjate en los Tántalos “de esta vida -conmina al lector-, cómo sufren, qué pobres en medio de las riquezas” (vv. 12-14)³⁷⁴.

Las inquietudes filosóficas y literarias de Francisco de Quevedo (1580-1645) fueron vastísimas, como cabía esperar en una mente privilegiada, curiosa y, de natural, polémica. Tenía gustos dispares: sentía admiración por el estoicismo al tiempo que por el epicureísmo, escribió poesía sacra y satírica, tradujo a Anacreonte y a Epicteto, cultivó la novela picaresca y el ensayo religioso. Pocos fueron, en definitiva, los géneros literarios que escaparon a su pluma. Pero los itinerarios culturales de Quevedo pueden reducirse a tres, aunque cada uno fuera de extensión inabarcable: la literatura y filosofía grecolatina, el corpus de la patrística cristiana y la filosofía renacentista. En lo que respecta a los clásicos, el canon del madrileño abarcaba, entre otros,

³⁷³ Dice Juan Pérez de Moya: “La pena de Tántalo denota la vida del hombre avaro; por lo cual dice san Fulgencio: Tántalo intérpretese visión voluntaria; lo cual denota la condición del avariento, que teniendo riquezas no osa llegar a ellas, aun para sustentarse honestamente, y embelesado en allegar, se deja perecer de hambre y desnudez” [*Philosophía secreta* V 3. Clavería (1995: 574, n. 1156) remite a los textos fuentes de Fulg. *Virg. cont.* 159 y *Myth.* II 97].

³⁷⁴ Idéntica exégesis sigue en su soneto dedicado a *Sísifo*, que empieza “Sube gimiendo con mortal fatiga”.

a Teócrito, Epicuro³⁷⁵, Séneca, Marcial, Lucano, Estacio, Horacio, Juvenal, Persio y Lucrecio (Schwartz y Arellano, 1998: XXV-XXXII)³⁷⁶. De este último, según consta en el *Índice* de su biblioteca, tuvo un *DRN* en la edición de Denis Lambin (Francofurti, 1583). A lo largo de su dilatada producción poética Quevedo dejó esparcidos varios ecos del epicúreo, tradujo tres versos en su *Defensa de Epicuro* (Lucr. III 1042-44)³⁷⁷ e, incluso, lo mencionó en los siguientes versos:

Compilo estos papeles El curioso cordoues Roco quando el Alua llora que siempre el gran ministro en esta ora trato de sus delicias y reposso.	
Los versos de Lucrecio escrupulosso a otro latín redujo que atessora nueuos idiomas con que graue honora a Orazio y a Maron mas ingeniosso.	5
Fue Don Francisco docto qual Seneca illustre parto de la Gran Cordoua En lo jurisconsulto como Lope [...]	10

El fragmento está recogido por M. Artigas Ferrando y E. Sánchez Reyes (1957: 253-54) en el tomo primero de los manuscritos de la Biblioteca Menéndez Pelayo, donde avisan que se trata “de la visita de los Chistes incompleta”. No conocemos ninguna alusión nominal a Lucrecio en la poesía castellana anterior al siglo XX, salvo esta y otra de Nicolás Fernández de Moratín en *La Diana* III 90³⁷⁸. La referencia contiene un dato relevante, al afirmar Quevedo

³⁷⁵ González de Salas, primer editor del *Parnaso* en 1648, anota entre las fuentes del soneto “Quitar codicia, no añadir dinero” a Epicuro (p. 50): “El primer verso es de Epicuro, citado por Séneca”. Cf. *Epist.* XXI 7: “*si vis*”, inquit, “*Pythoclea divitem facere, non pecuniae adiendum, sed cupiditati detrahendum est*”.

³⁷⁶ Séneca fue, sin duda, su mayor fuente de inspiración (Ettinghausen, 1972). Para la influencia de Persio, cf. Rey (1979: 65-84); de Horacio, Rey (1995); de Estacio, Asensio (1983: 13-48) y Crosby y Lerner (1986: 111-26); de Teócrito y Virgilio, Candelas (1997), y de Marcial y Juvenal, Sánchez Alonso (1924: 33-62 y 113-53). La *Antología Griega* en traducción latina fue otra de las fuentes de inspiración habituales de Quevedo. Sobre la presencia, en general, de autores grecolatinos en Quevedo, cf. Roncero y Duarte (2002).

³⁷⁷ *Epicteto y Phocilides en español con consonantes; con el origen de los estoicos y su defensa contra Plutarco y la defensa de Epicuro contra la comun opinion... Don Francisco de Quevedo Villegas*, En Madrid, por María de Quiñones, a costa de Pedro Coello mercader de libros, 1635 (BN R/5129, R/13038, R/7092 o R/7636). Su traducción dice así: “Murrió el mismo Epicuro, fenecido / el curso de su vida, el que en ingenio / todo el género humano aventajaba, / como el sol celestial a las estrellas / a todos los demás oscurecía” (Acosta Méndez, 1986: 10-11, n. 17).

³⁷⁸ No abundan en la poesía europea renacentista y posterior. Una se debe a Marullo (*Epigrammaton* I 16: *Natura magni versibus Lucretii / Lepore Musaeo illitis*. Cf. Prosperi, 2004: 139, n. 226), otra, al poeta francés Olivier de Magny (1530-1561), quien dedica un poema “A Pierre de Ronsard” (*Gayetez*, 1554) en el que lo cita: “Autant que Lucrèce en ses vers / Feinct d’Atomes en l’univers” (Fraisie, 1962: 86, n. 22, y Belowski, 1934: 78-80). Lord Byron

que hizo un epítome del *DRN*³⁷⁹. Esta costumbre de resumir libros fue una práctica usual durante el Renacimiento. Era un buen método para conocer a fondo una obra como el *DRN*, el enquiridión más completo del epicureísmo. Pero también viene a confirmar que el poema despertaba interés.

En el *Sueño de la muerte* Quevedo despeja definitivamente cualquier duda sobre si Lucrecio era una de sus fuentes de inspiración. Nada menos que en el prefacio del último de sus sueños, un lugar eminente, por tanto, introduce “la voz del poeta divino”:

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos,
la desesperación cobarde y la tristeza, esperando a coger a solas a
un desdichado para mostrarse alentados con él, propia condición
de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia
y de su vileza. Por bien que lo tengo considerado en otros, me
sucedió en mi prisión. Pues habiendo (o por acariciar mi consen-
timiento o por hacer lisonja a mi melancolía) leído aquellos versos
que Lucrecio escribió con tan animosas palabras, me vencí
de la imaginación. Y debajo del peso de tan ponderadas palabras
y razones me dejé caer, tan postrado con el dolor del desengaño
que leí, que ni sé si me desmayé advertido o escandalizado. Para
que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribió (por
introducción a mi discurso) la voz del poeta divino, que suena
así, rigurosa, con amenazas tan elegantes:

*Denique si vocem rerum natura repente
Mittat et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris
Luctibus indulges? Quid mortem congemis ac fles?
Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,
Et non omnia pertusum congesta quasi in vas
Commoda perfluxere atque ingrata interiere:
Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis?
Aequo animoque capis securam, stulte, quietem?*

Ettinghausen (1984: 110)

lo menciona también en su famoso *Don Juan* I 43: “Lucretius’ irreligion is too strong”. Una referencia más extensa aparece en el poema *Première semaine* III 821-32 de Guillaume du Bartas (1544-1590) que empieza “Or je n’ignore point que celuy, dont la main” (Fraisie, 1962: 157). Mentar a Epicuro o Lucrecio fuera de tratados filosóficos, donde la ocasión sin más remedio lo exigía, normalmente para descalificarlos, podía ser considerado un indicio de ateísmo, como sostiene Wagenblass (1946: 99) en su estudio sobre la recepción de Lucrecio en la poesía inglesa: “Thus the popular equating of ‘Epicure’ with ‘Atheist’ imposed grave suspicion on anyone who quoted the philosopher or poet, unless for purposes of derision [...]”. Cf. también Francisco de Cascales, *Discursos históricos de Murcia y su reyno*, Murcia: Francisco Benedito, 1775, p. 349 (Menéndez Pelayo, 1951: 9).

³⁷⁹ No sabemos si se ha conservado. En Bleuca (1969) no hay referencia alguna. Tal vez en la edición de las *Obras completas* en prosa haya alguna observación interesante. Cf. Astrana Marín (1941), Buendía (1958) y, en particular, Fernández-Guerra (1946-1951), dado que recogía las notas y adiciones de Menéndez Pelayo.

La muerte era para los barrocos una obsesión³⁸⁰ y tenía en el libro tercero del *DRN* algunos de los tratamientos más originales y controvertidos. Las tesis epicúreas de que la muerte en nada nos atañe (III 830) y de que no hay vida del más allá (III 978-1023), tan concienzudamente argumentadas por Lucrecio, horadaban las creencias más íntimas, por no decir la razón de ser, de cualquier hombre, que en aquella época había troquelado su vida según la fe cristiana. Estos pasajes, que avivarían quizás las dudas, atraieron la atención del madrileño, de siempre preocupado por su futura muerte³⁸¹. Así lo confiesa él mismo en este prólogo al admitir que ha sido la lectura de Lucrecio la causante del último sueño³⁸². En concreto, los versos seleccionados son III 931-39, en los que la Muerte, como si de un proceso judicial se tratase, amonesta a un viejo para que no prolongue más sus lamentos y se acoja, saciado ya de placeres, a la paz de la muerte.

Otro texto significativo donde se aprecia la huella de Lucrecio es el *Sermón estoico al desorden de los apetitos* (Blecua, 1969 I: 283-93)³⁸³. En esta invectiva Quevedo escarnece los deseos desmedidos de poder, de gloria y de riqueza conforme al género de la diatriba (neo)estoica³⁸⁴. Es sabido que la Estoa Nueva asumió las prédicas de la morigeración y templanza hechas por Epicuro y que, en consecuencia, tomó sus argumentos para combatir las pasiones. Lucrecio, como apóstol de la secta, era fuente generosa. Su influjo sobre el *Sermón* se aprecia en dos niveles: uno general, puesto que Quevedo

³⁸⁰ La Contrarreforma prestó gran atención a la publicidad admonitoria de la muerte (*memento mori*). De ahí que su iconografía (calavera, guadaña, huesos, sepulcro, gusanos, carne pútrida y ruinas) fuera recurrente en las artes plásticas. Recordaremos un ejemplo entre miles: la entrada al refectorio del convento de San Juan de los Reyes (Toledo) está presidida por un cadáver pudriéndose sobre el que reza *Exspecto donec veniat mea inmutatio*. Para más información, cf. De la Flor (2002: 43-76).

³⁸¹ Como hemos visto, el pasaje de Lucr. III 1042-44, que tradujo en la *Defensa de Epicuro*, versaba también sobre la muerte.

³⁸² En el epígrafe del poema titulado *Nueva filosofía de amor contraria a la que se lee en las escuelas*, González de Salas alude de nuevo a Lucrecio relacionándolo con el madrileño: "Admite (*sc.* Quevedo) el entusiasmo de algunos muy poetas, términos aquí, que, como de filosofía, no son capaces de su furor; y Empédocles los calificó en los griegos y Lucrecio en los latinos" (Blecua, 1969 I: 549).

³⁸³ Rey (1995: 57, n. 68) apuntaba esta posibilidad, al estudiar sus fuentes clásicas (*ibid.* 54-55), entre las que identifica a Horacio, Juvenal (*Sat.* I 1), Persio y Séneca.

³⁸⁴ Entre las aportaciones de la filosofía cínica a la literatura cabe destacar este género. Su invención se atribuye a Bion de Borístenes (*fl. ca.* 215 a. C.). La diatriba, que pronto adoptarían los estoicos, no se engolfaba en profundas disquisiciones filosóficas, antes, al contrario, prefería peroratas contra los vicios vulgares, echando mano de una batería de metáforas y apóstrofes dirigidos al auditorio. Fue común desde sus principios mezclar lo serio y lo burlesco (*τὸ σπουδογέλοιον*) con objeto de *ridentem dicere verum*, según Hor. *Sat.* I 1, 24. Aunque escrita al principio en prosa, con la literatura latina alcanzó su máxima expresión en poesía gracias a las *Saturae* de Lucilio y a los *Sermonum libri* de Horacio. La diatriba cínico-estoica sirvió después de modelo a la homilética cristiana. La cultivaron intensamente Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo. Sobre este género, cf. Oltramare (1926).

pretendió escribir una suerte de historia del hombre y de su avaricia congénita, que trae a la memoria pasajes del libro V (925-1010 o 1105-35), y otro particular, a través de ecos puntales³⁸⁵, como los insertos en estos versos:

Todos los senos que la tierra calla, las llanuras que borra el Océano y los retiramientos de la noche, de que no ha dado el sol noticia al día, los sabe la codicia del tirano.	15
Ni horror, ni religión, ni piedad, juntos, defienden de los vivos los difuntos. A las cenizas y a los huesos llega, palpando miedos, la avaricia ciega.	20
Ni la pluma a las aves, ni la garra a las fieras, ni en los golfos del mar, ni en las riberas el callado nadar del pez de plata, les puede defender del apetito;	25

El v. 20 recuerda el de Lucr. III 59 (*avarities et honorum caeca cupido*)³⁸⁶ y el v. 24 es una reminiscencia de Lucr. II 342 (*praeterea genus humanum mutaeque natantes*)³⁸⁷. Al margen de estos sutiles homenajes, Quevedo desmenuza a lo largo de su filípica gran parte del programa ético del epicureísmo, como la imposibilidad de saciar los deseos desmesurados (3-5)³⁸⁸:

¡Oh varios pensamientos insolentes, deseos delincuentes, cargados sí, mas nunca satisfechos, [...]	5

La saludable morigeración en la comida (42-47):

Más flaco estará, ¡oh Clito!,
pero estará más sano

³⁸⁵ De hecho, contamina los versos con ecos de muchos autores. El primer verso, por ejemplo, “¡Oh corvas almas, [...]”, es imitación de Pers. II 61 (Moreno Castillo, 2007: 132).

³⁸⁶ Es una de las primeras etiquetas latinas para el tópico del denuesto de las riquezas. Este tipo de adagios abundan en la literatura latina. Cf., por ejemplo, Verg. *Aen.* I 349 (*auri caecus amore*), III 57 (*auri sacra fames*) y Georg. II 327 (*amor successit habendi*); Ov. *Met.* I 131 (*sceleratus amor habendi*), Sen. *Phaedr.* 527-28 (*auri fuit / caecus cupido*) y 540 (*impius lucri furor*); Ps.-Sen. *Oct.* 426 (*cupido belli crevit atque auri fames*), Prud. *Ham.* 247 (*auri fames*) y *Perist.* II 45-46 (*versat famem pecuniae / praefectus [...]*). Para más información, cf. Traver (2020: 85-86).

³⁸⁷ Sobre este sintagma y su presencia en los florilegios, cf. *infra* el soneto XVII (v. 14) de Francisco de Rioja.

³⁸⁸ Cf. en las fuentes epicúreas D. L. X 144 (*Sent.* 15), 135 Us., *Sent. Vat.* 68 o Sen. *Epist.* CXIX. En poesía recrean este motivo, entre otros muchos, Hor. *Carm.* III 16, 17-18, III 24, 62-64, y Francisco de Aldana, *Sobre el bien de la vida retirada* (“Gózate, rey, subido allá en tu alteza”), v. 7.

el cuerpo desmayado que el ahíto;
 y en la escuela divina, 45
 el ayuno se llama medicina,
 y esotro, enfermedad, culpa y delito.
 Los desasosiegos de la riqueza (124-27)³⁸⁹:
 Juntas grande tesoro,
 y en Potosí y en Lima 125
 ganas jornal al cerro y a la sima.
 Sacas al sueño, a la quietud, desvelo,
 [...]

O la idoneidad de una pobreza abastecida (157-60)³⁹⁰:

Tú, Clito, en bien compuesta
 pobreza, en paz honesta,
 cuanto menos tuvieres,
 desarmarás la mano a los placeres; 160

Todo ello hace que este sermón sea una síntesis poética de la filosofía epicúrea³⁹¹ a la manera de la *Canción de la vida retirada* de fray Luis, la letrilla “Andeme yo caliente / y riase la gente” de Luis de Góngora y la *Epístola moral a Fabio* de Andrés Fernández de Andrada. Los cuatro textos comparten el itinerario epicúreo-estoico y el propósito aleccionador, pero en la letrilla el tono es jocoso, mientras que en los otros es reflexivo.

En este otro soneto (Blecua, 1969 II: 64, n.º 611) Quevedo recrea temas muy lucrecianos, como el rechazo de la superstición³⁹² y de los sacrificios³⁹³, aunque está claro que el madrileño se inspiró en los hexámetros de cabecera,

³⁸⁹ Para las fuentes epicúreas, cf. *Sent. Vat.* 81, 479 Us. y 548 Us. Para su recepción en la literatura latina, cf. *Lucr.* II 14-61, *Hor. Carm.* II 10, II 16, III 24, 1-8, III 1, 25-32 y III 29, 9-12. En la literatura aurisecular española, cf. fray Luis de León, *Canción de la vida retirada*, Francisco de Medrano, *Oda XXIX* (“Sosiego pide a Dios, en su desierta”), Andrés Fernández de Andrada, *Epístola moral a Fabio* (vv. 40-45) y Quevedo, *Polymnia*, soneto II (“Quitar codicia, no añadir dinero”).

³⁹⁰ En las fuentes epicúreas, cf. *Sent. Vat.* 25 y 476 Us. Antes que Epicuro hacían esta recomendación los líricos arcaicos Phoc. *Fr.* 12 G.-P. y Thgn. I 219-220 y 330-36, donde aparece la consigna griega μηδὲν ἄγαν (“nada en exceso”). Para su fortuna en la literatura latina, cf. *Lucr.* V 1118-19, *Hor. Carm.* I 31, II 10, II 16, II 18, III 1, III 16, III 24 y *Epod.* II; *Tib.* I 1 y *Mart.* IV 77, IX 22, I 55, X 47 y II 90. En la literatura española, citaremos algunos poco conocidos: Bartolomé de Torres Naharro, *Comedia soldadesca*, vv. 75-99; Francisco de Medrano, *Oda XXI* y XXX; Francisco de Rioja, *Silva IV*; Cristóbal de Castillejo, *Aula de Cortesanos*, vv. 4180-89; Diego Hurtado de Mendoza, *Epístola* 13 y 52; Jerónimo Bermúdez (1530-1581), “Cuánto más libre, cuánto más seguro”, y Góngora, *Soledad primera*, vv. 933-50.

³⁹¹ Aparte de los ecos señalados, los versos 223-25 parecen ser eco de *Lucr.* III 440-41 (*quippe etenim corpus, quod vas quasi constitit eius, / cum cohibere nequit conquassatum ex aliqua re*) y 555 (*illius quasi quod vas esse videtur*).

³⁹² Cf. *Lucr.* V 1183-1240.

³⁹³ Cf. *Lucr.* I 80-101, III 48-54 o V 1201-2.

una versión latina hecha por Tomás Moro (1478-1535) de un epigrama griego anónimo (AP. XI 8)³⁹⁴, donde se incita a gozar de las cosas buenas de la vida:

Serta, ungüenta, meo ne gratificare sepulchro:
vina, focus, lapidi sumptus innanis erit.
Haec mihi da vino, cineres miscere falerno,
Nempe lutum facere est, non dare vina mihi.

Dice así el soneto de Quevedo:

Hijos que me heredáis: la calavera
pudre, y no bebe el muerto en el olvido;
del sepulcro no come y es comido:
tumba, no aparador, es quien lo espera.
La que apenas ternísima ternera 5
la leche en roja sangre ha convertido,
no por ofrenda, por almuerzo os pido,
y el responso, después, de hambre, muera.
Dadme aquí los olores cuando güelo;
y mientras algo soy, goce de todo: 10
venga el pellejo cuando sorbo y cielo.
A engullirme mis honras me acomodo,
que dar el vino al polvo no es consuelo,
y piensan que hacen bien, y hacen lodo.

Se trata, como vemos, de una llamada al *carpe diem* a través de lo escatológico, un proceder muy barroco, ya que la pintura del bodegón sepulcral animaba enseguida al disfrute de los placeres vitales. Un soneto similar, si bien menos macabro y en la variante *collige, virgo, rosas*, se encuentra en el poema “Mientras por competir con tu cabello” de Góngora.

El epígrafe del siguiente soneto, incluido en el *Parnaso*, reza “Muestra en oportuna alegoría la seguridad de el estado pobre y el riesgo de el poderoso” y empieza de este modo:

¿Ves esa choza pobre que en la orilla,
con bien unidas pajas burla al Noto?

³⁹⁴ El humanista inglés, siguiendo la moda de su tiempo, tradujo varios epigramas de la *Antología Griega* en 1518 (*De optimo reip. statu, deque nova insula Utopia... Epigrammata clarissimi disertissimique viri Thomae Mori, pleraque è Graecis versa...* Apud inclitum Basileam: Johannes Froben. BPE de Toledo). Este aparece bajo el epígrafe *In bibonem. E graeco*. Es posible que Quevedo lo conociera por la colección de Joannes Soter (*Epigrammata aliquot graeca veterum elegantissima*, Coloniae: s. n. 1528. BN 2/70863) o la de Jano Cornario (*Selecta Epigrammata Graeca*, Basileae: Ex aedibus Io. Bebelii, 1529. BN R/19721), pues ambas compilaban varios epigramas de Moro (Hutton, 1935: 274-86). En concreto, el que comentamos aparece en la pág. 185 del repertorio de Soter y en la 216 del de Cornario (Hutton, 1935: 587). Además, el Brocense en los comentarios a los *Emblemata* de Alciato citó varios epigramas de la *Antología Griega* traducidos al latín por Moro (Hutton, 1935: 204-5). Para la recepción de la *Antología Griega* en España y en Quevedo, cf. Marasso (1934: 11-18), Rothberg (1954), Ureña (1999: 303-30) y Traver (1999b: 44-49).

¿Ves el horrendo y líquido alboroto
 donde agoniza poderosa quilla?
 ¿No ves la turba ronca y amarilla 5
 desconfiar de la arte y de el piloto,
 a quien, si el parasismo acuerda el voto,
 la muerte los semblantes amancilla?
 Pues eso ves en mí, que, retirado
 a la serena paz de mi cabaña, 10
 más quiero verme pobre que anegado
 y miro libre naufragar la saña
 de el pobre cauteloso que engañado
 tormenta vive cuando alegre engaña.
 Schwartz-Arellano (1998: 71)

Es, quizá, el poema que mejor disfraza la fuente lucreciana, que no es otra que los cuatro primeros versos del proemio del libro segundo. Se trata, en este sentido, de un magnífico ejemplo de *aemulatio*, dado que Quevedo ha obrado una innovación radical sobre el original, del que, sin embargo, su soneto sigue conservando su lección moral, su imaginería, algunas huellas léxicas y semejantes *figurae elocutionis*. En primer lugar, la máxima moral de Lucrecio puede formularse, desnudándola de todo adorno, así: “es mejor ver los peligros que padecerlos”. Quevedo transmite al lector la misma opinión: “retirado / a la serena paz de mi cabaña, / más quiero verme pobre que anegado” (vv. 9-11). Extraña un tanto que el madrileño sitúe en la escena marinera una cabaña junto a la orilla (vv. 1-2), una construcción pastoril más propia de tierra adentro que de la costa. Con todo, desde aquella rústica choza, que soporta los embates del Noto en el puerto seguro³⁹⁵, puede verse un naufragio hacia el que Quevedo llama la atención del lector, ubicados ambos imaginariamente en la playa cercana (vv. 3-8). En el plano léxico, merecen destacarse los vocablos “ver”, “libre”, “turba” o “miro”, que responden al vocabulario lucreciano *spectare*, *careas*, *turbantibus* o *tueri*, y, en el retórico, sobresale la anáfora quevediana “¿Ves esa choza [...] ¿Ves el horrendo [...] ¿No ves la turba [...] Pues eso ves [...] y miro libre”, que recuerda la epanadiplosis lucreciana *Suave [...] suave est* (vv. 1-4)³⁹⁶.

³⁹⁵ La imagen, de raigambre epicúrea (cf. 544, 413 y 457 Us.), tuvo gran fortuna en poesía. La utilizan en la literatura grecolatina Stat. *Silv.* II 2, 139-42, Pers. VI 9-12 y Boeth. *Cons.* III *carm.* 10, 4-6. En la literatura española, cf. Garcilaso, *Canción* V 54-55, y fray Luis de León, *Oda* XIV (“Al apartamento”). Para la tradición clásica del tópico, cf. Laguna Mariscal (1996: 247-59, esp. 257). Rey (1995: 212-13) estudia su empleo en Quevedo.

³⁹⁶ Es posible que los vv. 80-83 del *Sermón estoico* emulen también Lucr. II 1-4: “Clito, desde la orilla / navega con la vista el Oceano: / óyele ronco, atiéndele tirano, / y no dejes la choza por la quilla”. Olivares (1992 HCLE Supl. III 1: 343-44, n. 3) apunta que el soneto “A fugitivas sombras doy abrazos” bien puede basarse en los versos de Lucr. IV 1035-36 y 1095-96. Los primeros habían sido citados por Montaigne en su ensayo *De la force de l’imagination*. Asimismo, señala la posibilidad de que en sus *Epístolas de Séneca* (I 1300) tomara la imagen lucreciana (II 55-56) de los niños temblando en la oscuridad. Por último, Laguna Mariscal, en su

Francisco López de Zárate (1580-1658), de origen logroñés, dedicó su vida a las armas, sirviendo en Flandes, Italia y Nápoles, y a las letras, componiendo poemas y obras teatrales de tema religioso y clásico³⁹⁷. El siguiente soneto versa sobre la fugacidad de la vida³⁹⁸:

Átomos son al sol cuantas beldades
con presunción de vida, siendo flores,
siendo caducos todos sus primores
respiran anhelando eternidades.
La Rosa, ¿cuándo?, ¿cuándo llegó a edades 5
con todos sus fantásticos honores?
¿No son pompas, alientos y colores
rápidas, fugitivas brevedades?
Tú, de flor y de rosa presumida,
mira si te consigue algún seguro 10
ser, en gracias a todas preferida;
ini es reparo beldad, ni salud muro!,
pues va de no tener a tener vida
ser polvo iluminado o polvo oscuro.
Rosales (1983 HCLE III: 670)

La contemplación de las flores esta vez y no del cuerpo humano, como suele ser habitual³⁹⁹, recuerda al poeta que la belleza y la lozanía son transitorias. Como todo en esta vida, ellas están también condenadas a la muerte (v. 14: “polvo oscuro”). Ningún eco léxico encontramos en él de Lucrecio, ni siquiera el término “átomo” (v. 1), que, aun siendo un tecnicismo de la escuela epicúrea, jamás aparece en el *DRN* tal cual, sino con los sinónimos *corpora prima* o *rerum primordia*. Y, sin embargo, el soneto transmite una idea general típicamente lucreciana⁴⁰⁰ y epicúrea a la postre: la rosa, “materia ilu-

artículo “Del amor y de sus indignidades” (2006), muestra que el soneto “Si fuere que después, al postrer día” parece amplificar la idea de Lucr. IV 1122 (cf. la URL: <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/05/del-amor-y-de-sus-indignidades.html> (último acceso: 14-03-2021).

³⁹⁷ Entre ellos, el *Poema heroico de la invencion de la Cruz, por el Emperador Constantino Magno*, En Madrid: por Francisco Garcia (RAE S. Coms. 27-A-14) o la *Tragedia de Hercules furente, y Oeta, con todo el rigor del arte*, S. l., S. n. [BGUV T-104 (4)].

³⁹⁸ Tema recurrente del neoestoicismo español, expresado con el tópico filosófico del *co-tidie morimur* (Sen. *Epist.* XXIV 20, 1). Séneca escribió sobre él un diálogo (X), titulado *De brevitae vitae*, que tuvo buena recepción en España. Fue traducido, aunque no impreso, primero, por Martín Godoy de Loaisa a principios del siglo XVI (Blüher, 1983: 237-38) y, más tarde, por Luis Carrillo y Sotomayor (1582-1610), que sí lo dio a los tórculos (*Obras de Don Luys Carrillo y Sotomayor*, Madrid: Por Iuan de la Cuesta, 1611. BN R/4864) con un amplio comentario a cargo de su hermano Alfonso (Blüher, 1983: 412 y 420-21). En la lírica castellana esta preocupación encontró un cauce de expresión riquísimo en el tópico del *collige, virgo, rosas*.

³⁹⁹ Los poemas que explotan el *locus* del *collige, virgo, rosa* inciden, de hecho, en el deterioro del cuerpo.

⁴⁰⁰ Según Ignacio de Luzán (*Poética* 1789, lib. IV, cap. X, pp. 331-32), Zárate imitó el himno a Venus de Lucrecio al principio de su poema *La invención de la Cruz*, en el que so-

minada”, vuelve tras morir a su estado original como un conjunto de átomos sin vida (v. 1: “Átomos son al sol cuantas beldades”). El libro I de Lucrecio, centrado en los principios de la física atómica, sienta este postulado de renovación cíclica de la vida desde el principio:

rerum primordia pandam, 55
unde omnis natura creet res, auctet alatque
quove eadem rursum natura perempta resolvat,
quae nos materiem et genitalia corpora rebus
reddunda in ratione vocare et semina rerum
appellare suemus et haec eadem usurpare 60
corpora prima, quod ex illis sunt omnia primis.

La conclusión que puede extraerse del soneto es, cuando menos, ambigua desde el punto de vista teológico⁴⁰¹. Ciertamente, la reflexión de Zárata se dirige a las flores, seres, al fin y al cabo, inanimados, pero tiene implicaciones morales obvias que atañen al ser humano, de ahí que tenga un aire nihilista plenamente epicúreo.

Juan de Jáuregui (1583-1641), natural de Sevilla, fue uno de los más eximios poetas de la escuela hispalense. Aunque se ignora prácticamente todo lo relativo a su formación intelectual, se sabe que vivió de joven en Roma, seguramente con la intención de conocer de primera mano la “Ciudad Eterna”. El ambiente cultural y cosmopolita de Roma dejó siempre huella en la obra de quienes la visitaron y solía acrecentar en ellos el afecto por el patrimonio cultural grecolatino (Matas Caballero, 1993: 9-15). La poesía de Jáuregui es, en este sentido, paradigmática, pues desprende por doquier clasicidad⁴⁰². Se manifiesta en ella no solo un aprecio singular por el legado antiguo, sino también esa excelente formación en literatura pagana que compartieron Francisco Pacheco, Rodrigo Caro⁴⁰³ y Francisco de Rioja, miembros todos de la

licita el favor de la Cruz y que empiece así: “Coluna, en que fundándose la vida / muestras del Cielo la segura entrada, / carga, que a la piedad de Dios medida, / quedaste de tu peso aligerada: / pues con su gracia y méritos unida / las fuerzas prestas para ser llevada, / y eres el blanco del heroico intento, / al que la vida diste, da el aliento”. El preceptista cita allí también el poema de T. Tasso que comienza “O Musa, tu che di caduchi allori [...]” y que parece igualmente inspirado en el himno lucreciano.

⁴⁰¹ Es una impresión habitual en los sonetos nihilistas del Barroco. Cf. “Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra” de Quevedo, “Mientras por competir con tu cabello” de Góngora o “Si culpa, el concebir, nacer tormento” de Lope de Vega. De hecho, en algunos autores clásicos que eran fuente para estos poemas, se transmitía ya la idea de que la muerte era la aniquilación total del ser humano. No solo aparece en Lucrecio, también en Séneca, quizás el autor más influyente en España (Cf. Laguna Mariscal, 1999: 207 y 210-11).

⁴⁰² Entre sus *interpretaciones* destacan la de Hor. *Carm.* I 3, vertida en la canción “Nave, que por entrego [...]”, y la amplificada de Mart. X 47 (“Engañaste, Licino, vulgarmente.”). Cf. Laguna Mariscal (2000a: 333-34).

⁴⁰³ Según me comenta el profesor V. Cristóbal López, Rodrigo Caro recurre al testimonio de Lucrecio en varias ocasiones en su obra *Días geniales o lúdicos* (BN Ms. 9998).

academia poética sevillana. De Lucrecio, emula pasajes selectos que gustaron al círculo por su elegancia retórica y carga moral. Es el caso del fragmento III 978-1023, imitado ya antes por Juan de Arguijo, en el que Lucrecio presentaba las fábulas de ultratumba, y que Jáuregui tiene en mente para componer el siguiente soneto:

Dame el peñasco, Sísifo cansado, y tú, infelice Tántalo, tu pena; dame, Prometeo, el águila y cadena, herido el pecho y al Cáucaso atado.	
Dame, Ixión, la rueda en que, amarrado, a eterno giro el cielo te condena; y llevad todos la miseria ajena de un corazón en celos abrasado.	5
Aliviaréis el peso a mi tormento, mientras al trueco y desigual porfía fuere vuestra paciencia poderosa; y cuando a alguno falte el sufrimiento, no juzgará después tan rigurosa la pena suya, experto de la mía.	10
Matas Caballero (1993: 168-69)	

Para los autores renacentistas el pasaje lucreciano venía a advertir que los pecados se pagan también en vida. Pero Jáuregui explota en otro sentido los *exempla mythologica* de Sísifo, Tántalo e Ixión, ausente del texto latino⁴⁰⁴. Quiere, ante todo, sublimar su amor, de manera que se olvida de la enseñanza ética y afirma hiperbólicamente que sus celos son tan intensos que los tormentos infernales de estos condenados parecen a su lado castigos baladíes.

El soneto, con el epígrafe “A la edad del año”, pinta de esta manera la vejez y agotamiento de la tierra⁴⁰⁵:

De verdes ramas y de frescas flores vistió la Tierra en su niñez infante el virgen seno, y su vivaz semblante ornó de mil guirnaldas de colores.	
Joven después, en plácidos amores gozando, al cielo, su amador constante, de las entrañas, como tierna amante, de suspiros en vez lanzó vapores.	5
Mil frutos de sazón el vientre abierto luego produjo, al puro viento ufana,	10

⁴⁰⁴ Matas Caballero (1993: 168, n. 2) opina que el soneto por su tema (los celos) es de clara inspiración petrarquista y sugiere que sea imitación de un soneto de Sannazaro (Reyes Cano, 1974-1975: 277-84). Apunta también el pasaje de Lucrecio como una de las fuentes de la leyenda de Tántalo.

⁴⁰⁵ González de Escandón (1938: 135) lo colecciona, dada la lección moral que claramente puede extraerse de su último terceto, en su monografía sobre el *carpe diem*.

bronca pero la faz mostrando y ruda.
 Hoy, arrugado, en su vejez, el yerto
 rostro la vemos, y de nieves cana:
 todo la edad lo descompone y muda.
 Matas Caballero (1993: 150-51)

La teoría del envejecimiento de la tierra se remonta a los presocráticos. Se atribuye a Arquelao el “Físico” (s. V. a. C.) y fue asumida posteriormente por el epicureísmo. Lucrecio en su historia de la tierra (V 772-1457) reserva una sección importante (V 783-836) a esta hipótesis pesimista, que tenía ya en la poesía grecolatina un antecedente en el mito de las Edades del Hombre⁴⁰⁶. Según este, el tiempo presente, siempre coetáneo del escritor, es una época decadente, caracterizada por la esterilidad de la tierra y en la que se echa de menos la paz y la abundancia de la *aurea aetas* (αὐτόματος βίος)⁴⁰⁷. Jáuregui describe en cada estrofa las edades de la Tierra como si de una mujer se tratase⁴⁰⁸: infancia (1^{er} cuarteto), juventud (2^o cuarteto), madurez (1^{er} terceto) y vejez (2^o terceto), siguiendo un orden temporal similar al que se observa en Lucrecio y que esquematizamos a continuación:

Vv.	JÁUREGUI	Vv.	LUCRECIO
1-4	<i>De verdes ramas y de frescas flores / vistió la Tierra [...]</i>	V 783-85	Principio genus herbarum viridemque nitorem / terra dedit circum collis camposque per omnis, / florida fulserunt viridanti prata colore
5-8	<i>Joven después, en plácidos amores / gozando, al cielo, su amador constante [...]</i>	V 797-800	multaque nunc etiam exsistunt animalia terris / imbribus et calido solis concreta vapore; / quo minus est mirum si tum sunt plura coorta / et maiora, nova tellure atque aethere adulta. ⁴⁰⁹

⁴⁰⁶ Presente ya en Hes. *Op.* 174-201. Para los estoicos la edad de hierro era la edad del vicio, en la que los hombres vivían sin poner límites a sus deseos y contra la ley natural, que sí fue respetada en la edad de oro. Esta concepción caló bastante en los poetas latinos y la caracterizaron como un período en el que campeaban la ambición, las guerras, la infidelidad, las enfermedades y el odio. Cf. Verg. *Ecl.* IV 31-36, *Aen.* VIII 326-27; Ov. *Met.* I 127-50, Sen. *Phaedr.* 525-58 o Ps.-Sen. *Oct.* 416-36.

⁴⁰⁷ Es la etapa primigenia, bajo el reinado de Cronos. Es equiparable al paraíso judeocristiano (*Gen.* II 5-25. Cf. Benko, 1980: 646-705). Los hombres eran dichosos y ricos a perpetuidad, pues la naturaleza producía de manera espontánea los frutos y morir era como un dulce sueño. Cf. Hes. *Op.* 106-10, Verg. *Georg.* I 125-38, Hor. *Epod.* XVI 41-66 y Ov. *Met.* I 89-112. Para los motivos propios del *locus* y su recepción en la literatura española renacentista, cf. Traver (2001: 82-95).

⁴⁰⁸ Esta personificación está atestiguada también en Lucr. V 827: *ut mulier spatio defessa vetusto*. De hecho, el que Jáuregui escriba Tierra en mayúscula puede estar sugerido por Lucr. V 795-96 y 821-22: *maternum nomen adepta / terra tenet merito*.

⁴⁰⁹ Hay, al margen del relato lucreciano de las edades de la tierra, un pasaje del *DRN* similar, donde se alude claramente a la hierogamia entre el padre Éter y la madre Tierra, motivo al que recurre este segundo cuarteto (cf. I 250-53: *postremo pereunt imbres, ubi eos pater*

Vv.	JÁUREGUI	Vv.	LUCRECIO
9-11	<i>Mil frutos de sazón el vientre abierto / luego produjo, al puro viento ufana [...]</i>	V 805-25	tum tibi terra dedit primum mortalia saecula [...] convertebat ibi natura foramina terrae / et sucum venis cogebat fundere apertis / consimilem lactis [...] terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile / praebat multa et molli lanugine abundans [...]
12-14	<i>Hoy, arrugado, en su vejez, el yerto / rostro la vemos, y de de nieves cana: / todo la edad lo descompone y muda.</i>	V 828-36	mutat enim mundi naturam totius aetas / ex alioque alius status excipere omnia debet, / nec manet ulla sui similis res: omnia migrant, / omnia commutat natura et vertere cogit [...]

Según consta en un memorial de 1617 (fol. 129 del ms. BN 5781), redactado para la obtención de una capellanía real, “el licenciado francisco de rioja, clérigo presbítero, natural de la ciudad de Seuilla i graduado en sagrada teología por aquella universidad, dize que a estudiado en su facultad con el cuidado y diligencia de que vuestra magestad se podrá mandar informar, aviendo aprendido las lenguas latina, griega y hebrea, i trabajando en ellas con mucho fruto”. Gracias a sus dotes Francisco de Rioja (1583-1659) logró ocupar puestos públicos de relevancia, pese a su humilde origen. Desempeñó, entre otros, el cargo de bibliotecario real durante el reinado de Felipe IV en la librería del Alcázar Real de Madrid, donde catalogó más de 2.000 volúmenes. Participó intensamente, antes de su ida a palacio el año 1621, en los círculos poéticos literarios de Sevilla, que eran verdaderos cenáculos de humanidades. En ellos conoció a Francisco de Medrano, a Juan de Arguijo y a Francisco Pacheco (López Bueno, 1984: 17-20). Su poesía obedece a los mismos impulsos compositivos que el resto de compañeros hispalenses: de un lado, están los poemas amorosos que siguen la estela petrarquista-herreriana y, de otro, los reflexivo-morales que desarrollan los tópicos y temas epicúreo-estoicos de las odas horacianas.

Entre los primeros cabría incluir este soneto (LI según la ed. de López Bueno, 1984: 218):

Rompo con lisa frente las prisiones,
Fili, que tus engaños fabricaron;
lágrimas tu mentir acreditaron
contra avisos de fieles presunciones.
¡Ô, cuántas vezes, Fili, a tus acciones
(que mal ardiente llama en mí apagaron)
en mis ielos piedad solicitaron
i turbaron prudentes prevenciones!

5

*aether / in gremium matris terrai praecipitavit; / at nitidae surgunt fruges ramique
virescunt / arboribus, crescunt ipsae fetuque gravantur).*

Pero ¡a de tu llanto la elocuencia,
i de tus modos en silencio el arte
no podrá introducir nuevos engaños.
¡Yo más quiero a solas invidiarte
que ver siempre ostinada la prudencia
al persuadir de tantos desengaños.

10

El poeta expresa su propósito de romper con un amor desleal. Prefiere estar solo antes que andar convenciéndose siempre de que los desengaños que sufre son mentira. Rioja recrea aquí el tema de la prisión de amor, que aparece con frecuencia en la poesía epigramática griega y en la elegía erótica latina⁴¹⁰. Es una cárcel fabricada de engaños de la que resulta complicado librarse, de ahí que se aproxime bastante a la percepción epicúrea del amor como trampa, en la que el incauto enamorado cae y, luego, le es difícil escapar. Es posible que el pasaje de Lucrecio IV 1141-48, en el que recomendaba no caer en las redes del amor, fuera una de las fuentes del sevillano⁴¹¹:

Atque in amore mala haec proprio summeque secundo
inveniuntur: in adverso vero atque inopi sunt,
prendere quae possis oculorum lumine operto,
innumerabilia; ut melius vigilare sit ante,
qua docui ratione, cavereque ne iniciaris.
nam vitare, plagas in amoris ne iaciamur,
non ita difficile est quam captum retibus ipsis
exire et validos Veneris perrumpere nodos.

1145

Entre sus sonetos filosófico-morales reza de esta guisa el XVII:

Yo acabaré, infelice, en el ondoso
golfo que ensaña i turba el viento airado,
pues en nevoso invierno sulqué osado
piélago así profundo i proceloso.
Ya me arrebata el ponto furioso,
i miro el leño, en pieças desatado,
entre la espuma erra (¡ai, yo cuitado!)
i no el cielo a mis lágrimas piadoso.
Yo acabaré, pues me creí imprudente
del manso mar, que inmenso me rodea
i bolverá en sus olas mis denudos
güesos. No fíe de cristal luziente,
tome exemplo en mi mal quien no dessea
ser, cual yo, pasto de nadantes mudos.

5
10

⁴¹⁰ Da lugar, de hecho, a una tónica especializada: *vincula amoris*, *militia amoris* o *foedus amoris*, y a toda una imaginería: cadenas, yugo, red, nudo y prisión, entre otras. Para más información, cf. Laguna Mariscal (1998: 93-121, esp. 100-101) y el *Diccionario de motivos amorios en la Literatura Latina* en Moreno Soldevila (ed. 2011).

⁴¹¹ Cf. también el soneto L.

Desarrolla el tópico del φόρος ναυτιλίας en la línea de Hor. *Carm.* II 16. De ahí la súplica del navegante (v. 8), un motivo común en la lírica del venusino⁴¹². No obstante, dada la identificación alegórica entre el poeta y el navegante, es reconocible también el *tópos* del *navigium vitae*. En el poema destacan por su expresividad dramática (López Bueno, 1984: 157) los sintagmas “desnudos güesos” (v. 11-12) y “nadantes mudos” (v. 14). En este último se observa una reminiscencia de Lucrecio II 342-43 apuntada por Gaetano Chiappini (1975: 434):

praeterea genus humanum mutaeque natantes
squamigerum pecudes⁴¹³ [...]

Es posible que Rioja lo imitara a partir de algún manual de estilo y elegancia poética, como los *Epitheta* de Ravisio Textor (ca. 1480-1524), donde, al objeto de facilitar la *inventio*, se catalogaban adjetivos “decorosos”, utilizados ya por poetas clásicos y renacentistas para un sin fin de sustantivos⁴¹⁴. Es reconocible también entre los versos 9-13 otro eco de Lucr. V 1004-6, que de nuevo es perceptible en los versos de este soneto (XVIII), doblete del precedente:

iNáufraga onda, i cómo leda frente
tuya, mientras ocio fácil posseía,
otra vez me a engañado, que creía
siempre tranquilo tu cristal luziente!
Ya no miro encrespase dulcemente 5
el mar con l'aura que Occidente envía,
mas espumosos montes que a porfía
levanta al cielo el Euro furiente.
Tres veces fueron ya qu'el hondo Egeo 10
rompí, mal cauto, con aguda prora,
náufrago, i tantas lo sulqué animoso.
Deviera escarmentar, porque no aora,
opuesto en vano al mar impetüoso,
llorara el cierto fin en que me veo.

El poeta, cual marinero, se lamenta de su estrella y mala cabeza, pues ha vuelto a naufragar en medio de una tormenta. La imagen con naufragio funciona como correlato objetivo de una crisis personal. Rioja recurre otra vez al tópico del *navigium vitae*, explotando esta vez la imagería de los pasajes lucrecianos V 1004-6 y II 1-4, que influyen respectivamente en el primer y segundo cuarteto. En el primero afirma que la placidez (“leda frente”) del

⁴¹² Cf. *Carm.* I 5, 15.

⁴¹³ Cf. Vicente Aleixandre, “El poeta”, vv. 10-11 (*Sombra del paraíso*): “Como se ve brillar el lomo de los calientes peces / sin sonido”.

⁴¹⁴ Cf. Tex. s.v. Pecudes: *Mutae Quum pecudes mutae, quum denique secla ferarum.* Lucr. 5.

mar, aparentemente imperturbable, le ha engañado. Pues bien, Lucrecio en V 1004-6 se refería de forma similar al hablar sobre el traicionero mar⁴¹⁵:

nec poterat quemquam placidi pellacia ponti
subdola pellicere in fraudem ridentibus undis, 1005
improba navigii ratio tum caeca iacebat.

Si cotejamos los versos percibimos con más claridad el eco:

LUCRECIO	RIOJA
placidi	<i>leda / tranquilo</i>
pellicere in fraudem / subdola pellacia	<i>me ha engañado</i>
ridentibus undis	<i>crystal luziente / onda</i>

En la segunda imitación, Rioja ha obrado cambios tan sustanciales en el modelo que pasa desapercibido. La principal innovación se produce en el plano espacial. Si Lucrecio mira desde la orilla con tranquilidad el mar encrespado y contempla a salvo el sufrimiento del que naufraga; Rioja es ahora el náufrago (v. 11) que “ya no mira encrespase dulcemente / el mar” (vv. 5-6)⁴¹⁶, sino que llora el cierto fin en que se ve (v. 14)⁴¹⁷.

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) comenzó sus estudios en el Colegio Imperial que la Compañía regía en Madrid. Allí permaneció desde los ocho hasta los trece años. El magisterio y la buena amistad que mantuvo con los jesuitas influyeron mucho en el futuro dramaturgo (Ynduráin, 1983 HCLE III: 743)⁴¹⁸. Su buena formación retórica se forjó, sin duda, durante esta etapa

⁴¹⁵ Rioja parece imitar también estos versos en los sonetos XI 1-4 (“Claro y tranquilo el mar me conducía / a que sulcara su profundo seno, / y apenas entré, cuando el color sereno / huyó, de Bóreas con la saña fría.”) y XXXI 9-11 (“Que no inoravas tú cuán mal seguras / son del mar las lisonjas, ¡ cuán ciertas / a deslizarse sus tranquilas oras”). Es posible que haya mediado también Lucr. II 556-59: *ut videantur et indicium mortalibus edant, / infidi maris insidias virisque dolumque / ut vitare velint, neve ullo tempore credant, / subdola cum ridet placidi pellacia ponti [...]*

⁴¹⁶ Prosperi (2015a: 31) escribe un comentario interesante, al interpretar el sentido último del proemio del libro II, que conviene aquí: “Far from ignoring how the image of the impassive watcher would impact on his readers, he deliberately chooses to shock them. He is well aware that the spectator and the shipwrecked person are one and the same, interchangeable”.

⁴¹⁷ Cf. otras posibles imitaciones de Rioja del *DRN* en el soneto V, “Marchite, ¡o nunca!, frío y cano yelo”, vv. 9-14 (“Destos, pues, roxos, blandos y süaves / labios do se arma Amor, ¡ que encendieron / mi pecho en llama ¡ rosa dulcemente, / ¡nunca, ô tiempo!, permitas que los graves / yelos de edad la púrpura ardiente / amortigüen, ¡ llama en que m’ardieron”), y en el soneto LVIII, “Celos que perturbáis la gloria mía”, vv. 9-11 (“A mi tormento entonces lisongea / un ielo que en mí corre blandamente, / ¡ en él hallo, aunque breve, algún consuelo”), pues ambos parecen emular a Lucr. IV 1058-60.

⁴¹⁸ Comentan Wilson y Moir (1982: 166): “Sus estudios en el Colegio Imperial de los jesuitas en Madrid sin duda alguna le dieron una formación adecuada a lo que luego necesitó como autor dramático. Allí aprendió latín y retórica, hizo copiosas lecturas de los autores antiguos y se enseñó a combinar argumentos con elegantes figuras de dicción”.

escolar. Conocido es que la *ratio studiorum* jesuítica privilegiaba el análisis y comentario de fragmentos expurgados de los autores clásicos. Entre ellos, como venimos diciendo, debió de contarse Lucrecio⁴¹⁹.

La dramaturgia de Calderón, a diferencia de la de Lope, presta mucha más atención a los problemas morales, filosóficos y teológicos, por lo que no debe sorprendernos que se inspirara en ideas e imágenes lucrecianas. El vate epicúreo escribió detenidamente y con hondura sobre una de sus obsesiones más fecunda: los sueños (Lucr. IV 962-1036). Esta escena de *La vida es sueño* (2ª jornada), la más famosa de todo su teatro, parece recrear el pasaje citado del *DRN*:

Segismundo

Es Verdad; pues reprimamos

Esta fiera condición,

Esta furia, esta ambición,

2150

Por si alguna vez soñamos:

Y sí haremos; pues estamos

En mundo tan singular,

Que el vivir solo es soñar,

Y la experiencia me enseña,

2155

Que el hombre que vive sueña

Lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey, que es rey, y vive

Con ese engaño mandando,

Disponiendo y gobernando;

2160

Y este aplauso que recibe

Prestado, en el viento escribe,

⁴¹⁹ La presencia de imitaciones del proemio del libro II del *DRN* en las comedias de Calderón, estudiadas recientemente y con detenimiento por Kaufmant (2014: 141-67), apoyaría esta hipótesis. El artículo prueba cómo la escena del naufragio con espectador (versos 1-4) y la descripción de los ejércitos (versos 5-6 y 40-46) del inicio del libro II habrían sido reiteradamente imitados por el madrileño. Aparte de estas evidencias, recuerda Ynduráin (1994: 524, n. 30) que el plan de estudios jesuítico recomendaba en el apartado XVI 8 que *Ad cognitionem linguae, quae in proprietate maxime et copia consistit, in quotidianis praelectionibus explicetur [...] ex poetis praecipue Virgilius, exceptis Eglogis et quarto Aeneidos; praeterea odae Horatii selectae, item elegiae, epigrammata et alia poemata illustrium antiquorum, modo sint ab omni obscaenitate expurgati*. Close (1998: LXVIII-LXIX) nos acerca un poco más al currículo de esa *ratio* en su estudio sobre la formación académica de Cervantes: “Desconocemos el programa de estudios preuniversitarios [...] Pero cabría suponer que no difería mucho de la *ratio studiorum* de los jesuitas, cuya escuela sevillana es calurosamente aplaudida en el *Coloquio de los perros*. El programa incluía el estudio intensivo de la gramática latina, prolongado durante años, junto con el examen de autores y textos: las cartas de Cicerón, las comedias de Terencio, las églogas de Virgilio, las *Epistulae ex Ponto* y los *Tristia* de Ovidio, fragmentos de Séneca y de Salustio. El último año se dedicaba a la enseñanza de la composición latina, la poética y la retórica, basada en el *De copia* y *De conscribendis epistulis* de Erasmo, el *Ars poetica* de Horacio, las oraciones y las *Tusculanae disputationes* de Cicerón, la *Retórica ad Herennium* y partes de la *Institutio oratoria* de Quintiliano”.

Y en cenizas le convierte La muerte, (idesdicha fuerte!) ¿Que hay quien intente reinar, Viendo que ha de despertar En el sueño de la muerte? Sueña el rico en su riqueza, Que mas cuidados le ofrece, Sueña el pobre que padece, Su miseria y su pobreza, Sueña el que á medrar empieza, Sueña el que afana y ofende; Y en el mundo, en conclusión, Todos sueñan lo que son, Aunque ninguno lo entiende, Yo sueño, que estoy aquí, Destas prisiones cargado, Y soñe que en otro estado Mas lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí: ¿Qué es la vida? Una ilusión, Una sombra, una ficción, Y el mayor bien es pequeño; Que toda la vida es sueño, Y los sueños sueños son.	2165
	2170
	2175
	2180
	2185

Ruano de la Haza (1994: 250-52)

Calderón distribuye en su discurso una serie de personajes que sueñan lo que son, así el rey, el rico, el pobre, quienes a modo de *exempla* corroboran la premisa general (vv. 2155-57). Aunque a nivel léxico las similitudes son escasas, presenta, sin embargo, grandes concomitancias temáticas con las descripciones oníricas de Lucrecio⁴²⁰. La *praepositio* viene a decir lo mismo y a esta le sigue igualmente un catálogo de varias profesiones o estados, de los cuales el rey calderoniano equivaldría a los *reges* (e *induperatores*) lucrecianos. Pero es, sin duda, la mención del autor mismo, del “yo poético” (vv. 2177-80), en el cierre de la relación tanto en Lucrecio como en Calderón, la prueba más segura de que el dramaturgo imitó el tópico y la estructura retórica a partir del latino⁴²¹. Se captarán mejor las analogías expuestas en esta tabla⁴²²:

⁴²⁰ Sobre otras posibles fuentes de Calderón y sobre el tópico del sueño en las letras europeas, *cf.* Schwartz (2002-2004).

⁴²¹ Las *aemulationes* de los diseños retóricos clásicos no se han estudiado todavía lo suficiente, a pesar de constituir una modalidad de imitación bastante frecuente en los escritores auriseculares de toda Europa. Sobre el tema, *cf.* Lázaro Carreter (1981) y Traver (2000a: 279-91).

⁴²² Ambos textos están incluidos en la *Colección de trozos selectos de Literatura Latina* (1847 II) y *Literatura Española* (1847a II) del doctor Terradillos, aunque en secciones distintas: Lucrecio en “Descripciones” y Calderón en “Definiciones”.

Vv.	CALDERÓN	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
2154-57	<i>Que el vivir solo es soñar, / Y la experiencia me enseña, / Que el hombre que vive sueña / Lo que es, hasta despertar</i>	IV 962-65	Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret / aut quibus in rebus multum sumus ante morati / atque in ea ratione fuit contenta magis mens, / in somnis eadem plerumque videmur obire	<i>Praepositio</i>
		IV 971-72	cetera sic studia atque artis plerumque videntur / in somnis animos hominum frustrata tenere.	
2158-76	<i>Sueña el rey, que es rey, y vive [...] Sueña el rico en su riqueza [...] Sueña el pobre que padece [...]</i>	IV 966-68	causidici causas agere [...] indupedatores pugnare [...] nautae contractum cum ventis degere duellum	Ilustración
		IV 1013	reges expugnant, capiuntur, proelia miscent	
2177-80	<i>Yo sueño, que estoy aquí, / Destas prisiones cargado, / Y soñe que en otro estado / Mas lisongero me vi.</i>	IV 969-70	nos agere hoc autem et naturam quaerere rerum / semper et inventam patriis exponere chartis.	Yo poético (ilustración de contraste)

Este otro pasaje muy conocido de *La vida es sueño* (1ª jornada), creemos, imita también a Lucrecio:

Sólo quisiera saber para apurar mis desvelos (dejando a una parte, cielos, el delito de nacer),	115
qué más os pude ofender para castigarme más. ¿No nacieron los demás? Pues si los demás nacieron,	120
¿qué privilegios tuvieron que yo no gocé jamás? Nace el ave, y con las galas que le dan belleza suma, apenas es flor de pluma o ramillete con alas, cuando las etéreas salas corta con velocidad, negándose a la piedad del nido que deja en calma;	125
¿y teniendo yo más alma,	130

tengo menos libertad? Nace el bruto, y con la piel que dibujan manchas bellas, apenas signo es de estrellas (gracias al docto pincel), cuando atrevida y cruel la humana necesidad le enseña a tener crueldad, monstruo de su laberinto; ¿y yo, con mejor instinto, tengo menos libertad? Nace el pez, que no respira, aborto de ovas y lamas, y apenas, bajel de escamas, sobre las ondas se mira, cuando a todas partes gira, midiendo la inmensidad de tanta capacidad como le da el centro frío; ¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad? Nace el arroyo, culebra que entre las flores se desata, y apenas, sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de los cielos la piedad, que le dan la majestad del campo abierto a su huida; ¿y teniendo yo más vida tengo menos libertad? En llegando a esta pasión, un volcán, un Etna hecho, quisiera sacar del pecho pedazos del corazón. ¿Qué ley, justicia o razón, negar a los hombres sabe privilegio tan süave, excepción tan principal, que Dios le ha dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave?	135
	140
	145
	150
	155
	160
	165
	170
Ruano de la Haza (1994: 108-14)	

Encerrado en la torre, a oscuras, sin saber quiénes son sus padres ni la razón de su prisión, Segismundo se pregunta por qué todos tienen libertad y él no. La escena, cargada de patetismo, presenta mediante una ilustración de contraste a varios animales que disfrutaban desde su día natalicio delpreciado

don que a él, siendo hombre, se le niega. Cilveti (1971: 306) sostiene que esta idea de que el hombre se encuentra en el mundo más desnudo y desvalido que el resto de criaturas procede del apotegma de Erasmo “lo mejor para el hombre es no nacer o, si naciere, morir pronto”⁴²³. Sin embargo, Lucrecio en V 195–234 recrea este pensamiento con una estampa similar, si bien con diferente propósito: demostrar que la tierra es imperfecta y, en consecuencia, que los dioses no la han creado para el disfrute humano, como sostenían los estoicos (Bailey, 1964: 473–75). En efecto, observando los peligros que existen en la naturaleza, tan repleta de fieras, o la ingente extensión de tierra yerma que ocupan los tórridos desiertos y las gélidas montañas, resulta poco creíble que la divinidad haya hecho el mundo para que disfrute el hombre. Al correr de la argumentación, el vate latino compara así la fragilidad del recién nacido con los cachorros de otras especies, los cuales a diferencia de este pueden valerse por sí mismos apenas nacer:

tum porro puer, ut saevis proiectus ab undis navita, nudus humi iacet, infans, indigus omni vitali auxilio, cum primum in luminis oras nixibus ex alvo matris natura profudit,	225
vagituque locum lugubri complet, ut aequumst cui tantum in vita restet transire malorum. at variae crescunt pecudes armenta feraeque nec crepitacillis opus est nec cuiquam adhibendast almae nutricis blanda atque infracta loquella,	230
nec varias quaerunt vestis pro tempore caeli, denique non armis opus est, non moenibus altis, qui sua tutentur, quando omnibus omnia large tellus ipsa parit naturaque daedala rerum.	

Esta ilustración, de persuasiva retórica, prueba que la tierra es más hostil que protectora hacia el género humano y, además, Lucrecio suscita aquí la impresión de que el hombre se encuentra desamparado por parte de los dioses⁴²⁴. Obviamente, el fragmento no se interpretaría durante los Siglos de Oro según estas coordenadas ateas; antes, al contrario, serviría para fortalecer la

⁴²³ Ruano de la Haza (1994: 108–10) menciona otras sentencias que pudieron ser fuente de inspiración, como la atribuida a Sileno “lo mejor para el hombre sería no nacer” o la recogida en la *Traducción de los libros de Caio Plinio segundo de la Historia natural de los animales*, publicada por el licenciado Jerónimo de la Huerta en 1602, “y como por mal agüero comienza el hombre su vida por prisiones y dolor; y este bien no le viene por otro error, sino por haber nacido”. Cita también el *De consolatione ad Marciam* de Seneca y otras obras de la literatura castellana que versan del mismo *locus*: *El monstruo de la fortuna*, de autoría discutida, *Barlaán y Josafat*, de Lope de Vega o *La tragedia de Hércules furente*, de López de Zárate.

⁴²⁴ Rosaura en la 2ª jornada pronuncia estos versos (1820–23) que parecen inspirarse en Lucr. I 44–49 o VI 387–95: “¿Habrà persona en el mundo / a quien el cielo inclemente / con más desdichas combata / y con más pesares cerque?”.

exhortación moral cristiana de que habitamos *in hac valle lachrymarum* como tránsito miserable, pero necesario hacia la otra vida dichosa. Es posible que Calderón conociera el fragmento por las clases de Retórica y Oratoria. Era flor poética de varias poliantas⁴²⁵.

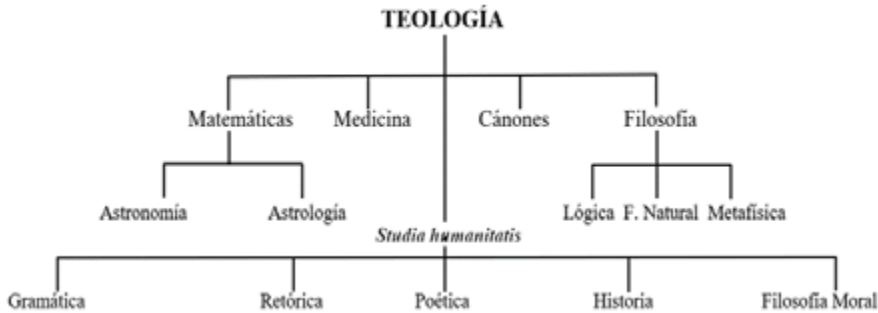
4. LUCRECIO EN LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA (s. XVIII)

4. 1. *La querella contra la escolástica*

Πῆρά τοι μαθήσις ἀρχά (Alcm., fr. 125)

A mediados del siglo XVII se alzaron más rotundas las voces contrarias a la rigidez y desfase de la escolástica como único método de enseñanza vigente en la mayoría de las universidades europeas (Romerales, 1997: 24-25). Gestionada por religiosos y varada, por consiguiente, en el teocentrismo, la escolástica era un plan de estudios perfectamente jerarquizado y articulado en torno a la Teología⁴²⁶, que permitía al clero dirigir la actividad universitaria e imponerle *de facto* su concepción bíblica del mundo, ralentizando el progreso científico.

Desde el siglo IX los escolásticos habían sabido adaptar las nuevas exigencias pedagógicas y tendencias filosóficas a su currículo, preservando la primacía de la Teología como clave de la bóveda académica, de suerte que las disciplinas universitarias seguían en los albores de la Ilustración bajo la tutela de los teólogos (Ynduráin, 1994: 65-69), escalonadas a la manera de esta pirámide (Kristeller, 1974: 3-4):



⁴²⁵ Cf. Mir. Vir., s. v. *Animalia paucioribus indigent quam homines*, p. 171r. H. [222-27]; Mir. Ill., s. v. *De infantia*; Lang., s. v. *Aetatis*, p. 103, y s. v. *Infantis*, p. 1437 [228-34]; Mir. Ill., s. v. *De animalibus*, y Lang., s. v. *Animalis*, p. 230.

⁴²⁶ Hugo de San Víctor (1096-1141), uno de los valedores de la escolástica, expresa con claridad el sometimiento de los saberes a la Teología: *Ex quo constat quod omnes artes naturales divinae scientiae famulantur; et inferior sapientia recte ordinata ad superiorem conducit* (PL 176, col. 185).

La preeminencia de la *Sacra doctrina* estaba legitimada por la *auctoritas* de sus fuentes⁴²⁷, dictadas unas por Dios a los hombres, como la Biblia, inspiradas otras por su divina mente, como los tratados de los Santos Padres y los concilios, o ungidas esotras de su gracia, como las filosofías platónica, aristotélica y estoica⁴²⁸. Durante el primer período de la escolástica, comprendido entre los siglos IX y XII, este escalafón permanece indiscutible, de forma que cualquier cuestión, fuera física, médica, legal, astronómica o metafísica, se hallaba en las *Sacrae scripturae* y acorde a ellas debía explicarse *a priori*⁴²⁹. No era necesario ya investigar ni formular *ex novo* doctrinas, pues la Verdad había sido revelada, solo cabía entenderla interpretando la palabra divina (Abbagnano y Visalberghi, 1988: 155-156). De ahí que la filosofía pagana (*humana scientia*) fuera la *ancilla theologiae* (Ynduráin, 1994: 55). Como si se tratara de un templo antiguo, ya sin culto, el pensamiento grecorromano había sido rehabilitado por los Padres de la Iglesia, respetando a conveniencia estructuras y materiales, para transformarlo en una Iglesia. Y entre las reformas de adecuación se obró la supresión, casi total, de la Física, basamento sobre el cual los griegos sustentaban la Lógica, la Ética y la Metafísica. Los evangelios, al fin y al cabo, habían respondido a las preguntas fundamentales de la Metafísica y habían formulado los preceptos morales. ¿Qué interés tenía ya el estudio de la naturaleza?

Tras la recepción de Aristóteles en Europa (s. XIII) la escolástica no volvería a ser nunca la misma, al ponerse en duda que la filosofía pudiera demostrar los dogmas de la Teología, precisamente, por medio de la Dialéctica, la disciplina mimada del currículo medieval (Ynduráin, 1994: 67). Pero el sistema educativo permaneció prácticamente intacto. Las asignaturas de las

⁴²⁷ A la caída del principio de autoridad en la Edad Moderna De la Flor (2002: 43) dedica estas elocuentes palabras: “En efecto, se ha podido decir que el famoso *cogito ergo sum* cartesiano, en su tajante aserción, corta en dos tiempos la historia humana. El acto inaugural de la ciencia moderna clausura en adelante la autoridad, hasta entonces indiscutible, de los antiguos [...]”

⁴²⁸ Justino Mártir (ca. 100-168 d. C.) expresa en sus *Apologías* a menudo esta gradación (*Prim. Apol.* V 3-4 y LIV 1-6), al tiempo que recomienda junto con Clemente Alejandrino (*Strom.* I 16) integrar a los filósofos paganos en la teología cristiana, pues “cuanto de bueno está dicho en todos ellos, nos pertenece a nosotros los cristianos” (*Sec. Apol.* XIII 2-5). Afirma también que Platón adquirió su sabiduría gracias a Moisés (*Prim. Apol.* XLIV 8-10). A esta escala de la verdad se refiere a principios del XVIII el misterioso Francisco de la Paz, pseudónimo posiblemente del teólogo ecléctico Juan de Nájera (1677-1748): “Los argumentos que se fundan en la Escritura son demostrativos; los que en algunos de los Padres, y Theologos, probables; los que en la razón philosophica, extraños; los que en la autoridad de los Philosophos, son nulos” (*Carta a Palanco*, par. 3. Cf. Quiroz Martínez, 1949: 71).

⁴²⁹ El fundamento es que la palabra de Dios no es contradictoria nunca, aunque no se entienda. Cf. Just. *Dial. cum Tryph.* LXV 2: ἄλλ' ἐὰν τοιαύτη τις δοκοῦσα εἶναι γραφή προβληθῇ, καὶ πρόφασιν ἔχη ὡς ἐναντία οὖσα, ἐκ παντὸς πεπεισμένος ὅτι οὐδεμία γραφή τῇ ἐτέρᾳ ἐναντία ἐστίν, αὐτὸς μὴ νοεῖν μᾶλλον ὁμολογήσω τὰ εἰρημένα, καὶ τοὺς ἐναντίας τὰς γραφὰς ὑπολαμβάνοντας τὸ αὐτὸ φρονεῖν μᾶλλον ἐμοὶ πεῖσαι ἀγωνίσομαι. Sobre la importancia de la *auctoritas* en la enseñanza medieval, cf. Abbagnano y Visalberghi (1988: 156-57).

Facultades de Artes, en las que los alumnos adquirirían la formación básica universitaria, previa a las licenciaturas superiores, como Medicina o Leyes, continuaron distribuidas, sin apenas variaciones, según el esquema tradicional del *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y del *Quadrivium* (Aritmética, Música, Geometría y Astronomía), enseñándose conforme a un canon de autores que salvaguardaba la hegemonía de la madre Teología⁴³⁰.

Durante el Renacimiento las ciencias naturales experimentaron un desarrollo significativo gracias, por un lado, al mejor conocimiento del legado filosófico-científico de la Antigüedad y, por otro, a cierta libertad que disfrutaron los filósofos al abrigo de algunas universidades y mecenas. Así, por ejemplo, los estudios sobre el aristotelismo que llevó a cabo Pietro Pomponazzi (1462-1525) en las Universidades de Padua y Bolonia, emprendidos sobre los textos originales en confrontación con las versiones árabes, reforzaron las tesis de la doble verdad y del orden inmutable del mundo contra la intervención directa de Dios. Estas ideas eran similares a las mantenidas por el epicureísmo⁴³¹ y libraban a “la investigación científica de preocupaciones dogmáticas” (Abbagnano y Visalberghi, 1988: 244)⁴³². El genial Leonardo da Vinci (1452-1519), que gozó muchos años de la protección de diversos patronos, constituye en este sentido el antecedente más preclaro del científico moderno que, libre de los dictámenes de la Teología, investiga el orden natural guiado por la experiencia sensible, a la que considera fuente de todo conocimiento. En su *Novum organum*⁴³³ Francis Bacon (1561-1626) propuso, siglos después que Lucrecio, un método experimental que permitía explicar mejor el funcionamiento de la naturaleza⁴³⁴. El hombre podría, gracias a él, desarrollar la técnica y construirse instrumentos útiles, preocupación esta netamente ilustrada (Quiroz Martínez, 1949: 47-48).

⁴³⁰ Según un grabado alegórico inserto en la *Margarita philosophica nova* (Estrasburgo, 1508) de Gregor Reisch (ca. 1470-1525), con Donato y Prisciano se enseñaba Gramática, con Cicerón Retórica, con Aristóteles Dialéctica, con Boecio Aritmética, con Pitágoras Música, con Euclides Geometría, con Ptolomeo Astronomía y con Pedro Lombardo Teología (cf. Boyd, 2000: 29).

⁴³¹ De hecho, dos de sus discípulos, Girolamo Fracastoro y Aonio Paleario, fueron acusados de filoepicureístas. Es muy posible que tanto para Pomponazzi como para sus alumnos aventajados Lucrecio fuera un autor predilecto, más si cabe, cuando los últimos escribieron poesía didáctica al estilo lucreciano.

⁴³² No le falta razón a Albrecht (2002: 356) en este sentido, cuando habla del influjo liberador de Lucrecio durante el Renacimiento.

⁴³³ Londini: apud Ioannem Billium, 1620 [BN 3/13696 (2)].

⁴³⁴ Al hilo de su obra, dice Winspear (1963: 87): “Part of the success of the Epicurean school in this process of anticipation flows assuredly from their almost fanatic devotion to the validity of sense-perception as the original source of all knowledge and all thought. In opposition to the deductive logic developed by Plato, the Stoics, and the idealist generally, Lucretius put forward and defended the theory of radical induction thus anticipating by many centuries the *Novum Organum*”.

Los avances científicos, sobre todo en matemáticas (Valdeón, 1987: 539), consiguieron rebatir de forma indiscutible dogmas de trasunto científico como el del geocentrismo, en los que la Iglesia había depositado su confianza. Su certeza se apoyaba, de una parte, en la exégesis bíblica y, de otra, en *auctoritates antiquae* como Ptolomeo (ca. 100 – ca. 170 d. C.). Pero se abrió al final un abismo bajo la Teología y debieron de ser muchos los doctores que en el proceso contra Galileo Galilei (1615-1633) presintieron el conflicto que se avecinaba con la ciencia moderna⁴³⁵.

Así pues, durante la centuria anterior a la Ilustración la universidad en Europa era todavía escolástica. Y conforme a este sistema los teólogos, ya fueran católicos ya protestantes, dictaminaban de lo humano y lo divino, de manera que el resto, filósofos, abogados, médicos, astrónomos, gramáticos, poetas, o seguían su criterio o se hallaban *in parte infidelium*. En España este privilegio tenía mayor vigencia (Capitán Díaz, 1991: 717), de modo que la filosofía moderna se difundió por salones y tertulias. Sus sistemas filosóficos eran objeto de discusión entre la gente de mundo, aristocracia cultivada, políticos descreídos, filósofos heterodoxos, clérigos reformistas e incluso mujeres avanzadas. Este diletantismo fue una característica de la ciencia moderna en sus inicios y un factor decisivo en su secularización. En efecto, para parte del *establishment* español estas doctrinas novedosas que andaban en boca de nobles, políticos y médicos eran cosas de legos ignorantes de religión y filosofía, de guisa que, como señaló Quiroz Martínez (1949: 16-17) en su brillante estudio, la discrepancia entre la filosofía escolástica y la moderna en España se convirtió finalmente en una enconada disputa entre las esferas eclesiástica y laica. La consecuencia positiva de este desencuentro fue que la educación empezó a liberarse paulatinamente del control eclesiástico y a ser administrada por organismos e instituciones civiles. La negativa fue que, ante la falta de entendimiento, creció la hostilidad.

4. 2. *El interés por Lucrecio durante la Ilustración española*

Había muchas probabilidades de que un poema didáctico como el *DRN* se pusiera de moda durante el siglo XVIII⁴³⁶. Lucrecio era para los ilustrados un cantor de la Naturaleza⁴³⁷ y, en particular, un insigne precedente de su

⁴³⁵ Sobre Lucrecio y el atomismo en la obra de Galileo, cf. Palmerino (2001: 381-422) y Camerota (2008: 141-75). Bueno (2008: 88) sugiere que la condena a Galileo estuvo motivada por su atomismo, dado que ponía en riesgo el dogma de la transustanciación, más que por su defensa del heliocentrismo.

⁴³⁶ Lo estaba en Inglaterra (Fleischmann, 1964), Francia (Fusil, 1928: 194-210) e Italia (Saccenti, 1966: 20 y 78-80). No era de extrañar, por tanto, que esa admiración se contagiase a los jóvenes españoles que viajaban al extranjero siguiendo la tradición de la clase adinerada europea de hacer un *grand tour* por Europa (Glendinning, 2000: IX), con el objeto de perfeccionar su formación y conocer mundo.

⁴³⁷ Sobre el aprecio de la Naturaleza durante la Ilustración, cf. Quiroz Martínez (1949: 205-7) y Glendinning (2000: XIX-XX).

empresa⁴³⁸. Podía, ciertamente, considerarse un preilustrado, porque ya en el siglo I a. C. había escrito un poema liberador⁴³⁹, imbuido de las mismas pretensiones filantrópicas que estaban recogidas en el programa ilustrado: “aceptación de la investigación científica y de sus resultados aun a riesgo de chocar con las opiniones corrientes, y lucha contra la superstición y los prejuicios, en especial contra los que conducen a cualquier forma de opresión e injusticia” (San Baldomero, EUM: s. v. “Ilustración”)⁴⁴⁰.

El interés por Lucrecio durante la Ilustración española se manifiesta en las traducciones parciales (*interpretationes*) del *DRN* que comienzan a aparecer con cierta frecuencia⁴⁴¹, en el influjo directo sobre composiciones didascálicas, como el *Poema físico-astronómico* de Gabriel Císcar (Herreros Tabernero, 1995: 282-83), y en la proliferación de citas, como las aparecidas en el periódico *El censor* (1781-1789)⁴⁴², de las que, a falta de un estudio exhaustivo, recopilamos las mismas que coleccionó Menéndez Pelayo (1951: 99-100) en su estudio sobre la tradición de Lucrecio en España:

Discurso 37 (Lucr. I 926-28)⁴⁴³:

⁴³⁸ Palmer (2020: 177-80 y 191-93) discute “the secularizing narrative”, impulsada tras el éxito del *best seller* de Greenblatt *The Swerve* (2011), según la cual Lucrecio habría sido ya en el Renacimiento el fundador de la modernidad secular, cuando, en realidad, fue un agente más de este proceso. Sería, más bien, durante la Ilustración cuando cobró mayor protagonismo en el avance de la secularización de la ciencia y de la sociedad.

⁴³⁹ De ahí que el poeta y científico Mikhaíl Lomonósov (1711-1765), fundador de la ciencia moderna en Rusia, considerara audaz a Lucrecio por no arredrarse ante los poderes establecidos. Esta capacidad liberadora de Lucrecio y, en general, del epicureísmo, al preservar la independencia personal frente a la religión y a los poderes públicos, pudo tener algún efecto en la actitud de Virgilio y Horacio, quienes se resistieron a adherirse sin condiciones al régimen augústeo (Albrecht, 2002: 354).

⁴⁴⁰ Recuérdense los versos de Lucr. I 84-148 y especialmente los últimos 146-48: *Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessest / non radii solis neque lucida tela diei / discutiant, sed naturae species ratioque*. Sobre las coincidencias entre Lucrecio y los enciclopedistas franceses comenta Dulière (1969: 65): “Comme les Encyclopédistes, Lucrèce fait une mise ou point des connaissances de l’époque (géologie, physique, chimie, astronomie, anatomie, etc...) et il s’efforce de réduire la religion à un ensemble de superstitions [...] Comme Jean-Jacques Rousseau, il aime la campagne, ses bois, ses ruisseaux, et il préfère une demeure rustique au palais d’un riche. Comme Lavoisier, il constate que, dans le va-et-vient de la matière, rien ne se perd ne se crée [...] Comme Locke et Voltaire, en fin, Lucrèce travaille à tuer l’angoisse métaphysique pour rester de ce côté-ci du mur des apparences”.

⁴⁴¹ La mayoría fueron recogidas por Menéndez Pelayo (1951: 77-101).

⁴⁴² Sobre la importancia de este periódico como medio de expresión de los ilustrados españoles y sus problemas con el gobierno despótico de Carlos III, cf. Sánchez-Blanco (2002: 303-40) y Uzanga (2005: 7-43).

⁴⁴³ Fue censurado según el *Diario de Madrid* n.º 70, de 11 de marzo de 1789, pp. 277-78: “Copia del Edicto que en prohibición de algunos papeles de periódicos ha impreso el Tribunal de la Santa Inquisición de esta Corte [...] Hacemos saber: que habiendo visto y leído con la mas profunda meditacion muchos, y varios papeles anónimos, que se han impreso, en cuyas expresiones se descubria un lenguaje libertino, que con pretexto de instruir al Público, se ocultaba la idea de corromper las costumbres [...] destruir la piedad religiosa, y avalorar los perniciosos

Piso un terreno que de humana planta
Jamás ha sido hollado; sí, es un gusto
Ir a beber a fuentes aún intactas.

Discurso 50 (Lucr. IV 962-65):

Lo que nos apasiona fuertemente
Los objetos a que por mucho tiempo,
Y con más contención nos aplicamos,
Aquestos son también de nuestros sueños
El más común asunto.

Discurso 141 (Lucr. II 14):

¡Qué entendimientos miserables de hombres!
¡Qué ceguedad la suya!...

Tomo VIII (Lucr. IV 969-70):

Mas yo sueño con esto; atento inquiero
En todas cosas su naturaleza,
Y en mis papeles exponerla quiero.

Este periódico liberal, impreso en Madrid, sacaba a la calle artículos sin firmar y entre sus colaboradores se contaron Meléndez Valdés (1754-1817) y G. Melchor de Jovellanos (1744-1811), el ilustrado español por excelencia⁴⁴⁴. La Iglesia y el gobierno censuraron varios números por ser instigadores del ateísmo y difundir ideas perniciosas de filósofos extranjeros. Así y todo, tenía simpatizantes entre los jueces de imprenta y entre la clase dirigente, como el todopoderoso ministro Floridablanca (1728-1808), quien se decidió a prohibirlo en 1787 temeroso, seguramente, de las noticias prerrevolucionarias que llegaban desde Francia (Uzcanga, 2005: 31). En este sentido, la aparición de Lucrecio demuestra que era un autor estimado entre los librepensadores españoles, no solo por defender ideas ilustradas análogas, sino también por haber escrito un poema didáctico con mucho encanto poético y gran capacidad argumentativa. Y, de hecho, si los modelos para las composiciones bucólico-mitológicas fueron las *Geórgicas* y las *Metamorfosis*, el *DRN* terminó siéndolo para los poemas más científicos (Herreros Tabernero, 1995: 282).

escritos de los enemigos declarados de los Sagrados Dogmas [...] hemos venido en prohibir, como prohibimos, los siguientes papeles impresos [...] El treinta y siete, que empieza con las palabras de Lucrecio lib. I, vers. 925: *Peragro loca, nullius ante trita solo &c.*"

⁴⁴⁴ Meléndez Valdés tenía en su biblioteca personal un Lucrecio (Astorgano, 2004: 1323, n.º 193) de la edición de Thomas Creech (Londini, 1754. Cf. Gordon, 1985: 93-94, n.º ref. 109b) y Jovellanos otro (Aguilar Piñal, 1984: 102, n.º 397) de la edición de Étienne André Philippe (Lutetiae Parisiorum, 1754. Cf. Gordon, 1985: 246, n.º ref. 504b). El primero escribió un *Himno a Venus* que Astorgano (2004: 549 y 1394, n. 14) cree que es imitación del "Himno a Venus" presente en el *Epitalamio* II de Metastasio (1698-1782), que empieza "Scendi propizia". No obstante, tiene en los vocativos cierto parecido con el lucreciano.

4. 3. *La censura eclesiástica y la difusión del De rerum natura*

La legitimación cristiana que Thomas Hobbes (1588-1679) y, sobre todo, Pierre Gassendi hicieron del epicureísmo, valiéndose de premisas lucrecianas, levantó muchas suspicacias entre la jerarquía eclesiástica (Hadzsits, 1963: 318). ¿Cómo justificar que un ateo predicador de la mortalidad del alma y negador de la Providencia divina fuera el resorte sobre el que se levantara una nueva concepción cristiana? Aunque filósofos como Voltaire (1694-1778) lo elogiaron por luchar contra la superstición (Barbour, 2007: 161), resultaba evidente que Lucrecio para una parte significativa del clero católico y, tal vez en menor medida, protestante no era un aliado, sino un poeta ponzoñoso que estaba atrincherado *in parte infidelium* desde antiguo y que, en absoluto, convenía romancear, no fuera que la *plebs infima*⁴⁴⁵ se infectara de su venenoso y cautivador materialismo.

Tenemos un valioso testimonio de esta pertinaz negativa en los trámites burocráticos que llevó a cabo entre 1667 y 1680 Alessandro Marchetti (1633-1714), profesor de Filosofía y Matemáticas de la Universidad de Pisa, para que su traducción del *DRN* se publicara⁴⁴⁶. Aunque atañen a una versión italiana, no tienen desperdicio y se nos antoja que las trabas del Santo Oficio español hubieran sido similares, si no más estrictas⁴⁴⁷. Sabido es que las autoridades eclesiásticas españolas e italianas han adoptado medidas parecidas a la hora de afrontar los errores de los heterodoxos y que ambos países han sido los baluartes del catolicismo, acatando los dictados de la Santa Sede.

Marchetti había empezado su traducción el año de 1664, animado, entre otros, por el príncipe Leopoldo de Médici (1617-1675)⁴⁴⁸, cofundador y patrono de la Academia del Cimento florentina. Un lustro más tarde, en 1669, daba por concluida su tarea⁴⁴⁹. Pero había comenzado a limar asperezas para que las autoridades eclesiásticas le otorgaran el *nihil obstat* algo antes, en 1667, justo el año en el que Leopoldo fue nombrado cardenal de Florencia (Saccen-

⁴⁴⁵ Esta es la expresión que los inquisidores usaron en la *censura* que elevaron a la Congregación del Santo Oficio contra la publicación de la traducción de Alessandro Marchetti (Costa, 2012: 87).

⁴⁴⁶ Todas las gestiones realizadas entonces por Marchetti han sido minuciosamente estudiadas por Saccenti (1966: 79-105) en su monografía, en la que reproduce la correspondencia epistolar que el matemático mantuvo con las autoridades eclesiásticas. El caso ha sido recientemente estudiado también por Costa (2012).

⁴⁴⁷ La versión castellana de Matías Sánchez, presentada en 1832 a la Academia Grecolatina de Madrid, no obtuvo el permiso de publicación, pese a que la examinaba una institución laica.

⁴⁴⁸ Hermano de Fernando II de Médici (1610-1670), Gran Duque de la Toscana y mecenas fundador de la Academia del Cimento. Patrocinó las actividades de la Academia hasta que su nombramiento como purpurado (1667) le impidió auspiciar abiertamente las ciencias experimentales, por lo que la institución comenzó a languidecer (Saccenti, 1966: 79-80 y 88-89).

⁴⁴⁹ Incluyendo algunos pasajes de su musa, como un elogio a su maestro el matemático y astrónomo Giovanni A. Borelli (1608-1671), incluido, según Gordon (1985: 194), en la p. 36 de la edición londinense de 1717.

ti, 1966: 87-94). El segundón de los Médicis no podía asumir en su nuevo cargo el patrocinio de una obra escrita por uno de los promotores del ateísmo. Y opuso, en consecuencia, cuantos inconvenientes pudo para que la traducción no se diera a las prensas. Pero a cada escollo el maestro pisano proponía una solución. Pensó en escribir una protesta preliminar contra la filosofía epicúrea a modo de salvoconducto; consideró la posibilidad de darla a los tórculos en Pisa, donde el inquisidor era menos severo; se planteó, incluso, escribir a los versos más ofensivos notas recriminatorias, en las que solicitara la disculpa y comprensión para un poeta “nato fra le tenebre del gentilesimo” (Saccetti, 1966: 85). Y, al fin, consiguió el *imprimatur* en 1670, pero no gracias a Leopoldo sino a su sobrino Cosme III (1642-1723), que ese año había sido nombrado Gran Duque de Florencia. Tanto en la licencia eclesiástica como en la censura probatoria, expedidas respectivamente por el consultor del Santo Oficio y por el Vicario General de Florencia, así como en la protesta del propio autor⁴⁵⁰, se aprecian los problemas de orden teológico que originaba la publicación del *DRN*. De ahí que cada uno, para curarse en salud, redactara un antídoto suficiente contra el epicureísmo y avisara al lector de los errores que el *DRN* contenía:

Prólogo de Marchetti

Protesta dell'Autore a chi legge.

Tito Lucrezio Caro di setta fu Epicureo, onde non dee alcuno maravigliarsi, che egli seguendo, como egli afferma, le vestigie del suo maestro, in molti luoghi del suo poema, piu che in altro nel Terzo Libro, sia contrario alla Religione⁴⁵¹. Io nondimeno non ho stimato male il tradurlo, si per esser egli Autor Gentile, e di gia pernicioso, si perche in esso fra le tenebre di poetici errori si veggono vivamente lampeggiare raggi chiarissimi di salda Filosofia, ed una nobile e robustissima Poesia; ma molto piu perche le ree e malvagie cose, che in lui trovano, e che in margine, luogo per luogo con questo segno* si notaranno⁴⁵², sono al mio credere manifestissimamente false; onde non puo la pieta, ne la fede de alcun Cristiano restarne offesa. Approva dunque se non altro il mio buon volere di arrichire, per quanto io valsi, di si bell'Opera la materna lingua, e vivi felice.

Gordon (1985: 198-99)

⁴⁵⁰ Se han conservado copias contemporáneas de los tres documentos, insertas en el ms. de la traducción de Marchetti custodiado hoy en la biblioteca del King's College de Cambridge (Gordon, 1985: 194-95). Lo mismo ocurriría con el informe de la Academia Greco-latina para la traducción de Matías Sánchez (1832).

⁴⁵¹ Retoma la excusa de Lactancio (*Opif.* VI 1) tan trillada en los prólogos de las ediciones lucrecianas.

⁴⁵² Serían reclamos, en la práctica, para que el lector poco predispuesto a atravesar el desierto atómico de los tres primeros libros leyera los pasajes prohibidos, que, sin duda, debían de suscitar su curiosidad. Con todo, en la *editio princeps* de 1717 (London) no se señalan con un asterisco los versos polémicos (Gordon, 1985: 198).

Licencia eclesiástica

Il M. R. P. Gio. Maria di Curigliano Min. Osserv. Consultore di questo Santo Offizio di Fiorenza veda e riferisca.

F. Gio. Paolo Giulianessi Cancellario del S. Offizio di Fiorenza d'ordine del P. Rmo. Inquisitore.

Con mia consolazione ho letto attentamente il Poema di Tito Lucrezio Caro dell'erudito Sig^e A. Marchetti tradotto in versi nella nostra lingua Toscana, quale, stante protesta fatta dall'Autore, et in margine con una stella segnata l'annotazioni a detti repugnati alla nostra vera e santa Religione, giudico degna della stampa, donde il lettore Cristiano, quale ape ingegnosa, schifando il veleno della menzogne, e succhiando il salutifero miele della profonda Filosofia, et elegante erudizione, porrà dire como S. Agostino della poetiche letture: *didici ex eis multa*.

In fede sottoscrissi questo di 3 di Settembre 1670

F. Gio. Ma. di Curigliano Min. Osste. Consul. del S. Off.
Stante si stampi in Fiorenza questo di 3 Settembre 1670.

F. Gio. Paolo Giulianessi Cancell. del S. Off. di Fiorenza d'ordine del P. Rmo. Inq.

Gordon (1985: 199)

Censura

Il P. Maestro Lioni Domenicano si compiacca di vedere, e referire, se nella presente Opera sia niente, che repugni alla Fede Cattolica, o buoni costumi.

V. Bardi Vic. G. F.

La maggior lode, che da Orazio fosse data al Principe de Poeti Omero, fu che egli havesse saputo, col suo famoso poema dell'Odissea *Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem*. Questa medesima lode mi par che si debba all'ingegnosissimo Traduttore di Lucrezio; mentre dall' fumo dell'empietà Epicurea fa risorgere adesso così bella luce del suo elegantissimo stile. E con ragione credo di potere all'antico Lucrezio dar titol di fumo; e perche facilmente può credersi che egli co' suoi pestiferi insegnamenti accesse, e traesse al disprezzo della Religione, ed all' perfidia dell'Ateismo buon numero degl'antichi Gentili del suo tempo; e perche adesso ancora cada, a guisa di fumo, dagl'occhi de' piu zelanti Cristiani le lagrime di compassione ben dovuta ad un ingegno tanto sublime, che si miseramente si perde fra la vanità de suoi atomi. Ma che bella luce da questo fumo risorge, mentre nelle mani di un eccellentissimo Filosofo, e Poeta Cristiano ritorna (sc. Marchetti), in nuovo linguaggio, senza l'antico veleno! Ha saputo il Sig^r Marchetti così ben trapiantare questa Rose nel giardino del suo ameno ingegno, che rinasce

senza spine⁴⁵³; mentre dalla sua protesta e postille viane avvertito il pio lettore de'luoghi pericolosi ad inciampare: a così bene ha preparato il veleno della serra Epicurea, mascolato ne' versi di Lucrezio, ut quod ab origine *dare poterat mortem doctissime moderatum et delectationem tribueret, et salutem*, como disse già Cassiodoro di colui, che havere saputo trasformare in salutiferi bagni cert' acque, che co' loro eccasidi bollori erano naturalmente pestifere. Giudico perciò degna non solamente della pubbliche stampa, ma, ancora degli universali applausi questa ingegnosa traduzione⁴⁵⁴, la quale con mio grandissimo gusto ho riveduta per ordine di monsig^e Illmo e Rmo Vicario. E in fede di cio ben volentieri mi sottoscrivo di propria mano.

F. Gio. Domenico Lioni d' Pred.

Stampisi osservati gl' ordini V. Bardi V. G. F.

Gordon (1985: 199-200)

Pese a estas persuasivas y elocuentes razones, el cardenal Leopoldo revocó inmediatamente las licencias en octubre de 1670, sacando los pliegos bajo los mismos tórculos *donec corrigantur*⁴⁵⁵. Para su aprobación le exigió a Marchetti como condición que enviara una copia con las lagunas que considerara oportunas a la Sacra Congregación de Roma. Ella decidiría si era apta para la publicación. Marchetti procuró influenciar en el tribunal eclesiástico mediante amigos, ya que en modo alguno quería imprimir su Lucrecio “castrato” (Saccenti, 1966: 90). Sabía que de seguir escrupulosamente la recomendación del purpurado tendría que eliminar casi entero el libro III, y él prefería indicar al lector con asteriscos los *loci haeretici*. A la muerte de Leopoldo, en 1675, no había obtenido el *placet*⁴⁵⁶. Pero la traducción circulaba manuscrita ampliamente dentro y fuera de Italia, multiplicada en tantos ejemplares que su hijo Francesco afirmó:

⁴⁵³ Esta fina metáfora religiosa, para referirse respectivamente al cristianismo (rosas) y al paganismo (espinas), fue usada también por P. Gassendi (Norbrook, 2016: 21).

⁴⁵⁴ Este tipo de juicios demuestra que había mucho interés por leer el poema traducido.

⁴⁵⁵ En el *Discorso apologetico [...] ove si esaminano varie censure del sig. Abate Domenico Lazzarini contro alla traduzione di Lucrezio d'Alessandro Marchetti, con un saggio del commento sopra il poema di Lucrezio di Giuseppe Gaetano Marchetti [...]* (Lucca: presso Giuseppe Rocchi, 1760. BN de Florencia), su hijo, Francesco Marchetti, afirma tener el frontispicio impreso de aquella frustrada edición, salido de la misma “stamperia granducale” en Florencia (Saccenti, 1966: 87). Aquella censura fue la excusa perfecta para que algunos profesores peripatéticos de Pisa se enzarzaran con Marchetti en amargas disputas (Saccenti, 1966: 40-47, y Gordon, 1985: 198).

⁴⁵⁶ No fue óbice para que Marchetti le escribiese dos sonetos fúnebres llenos de encomios (Saccenti, 1966: 88, n. 33).

... io per me credo dopo l'introduzione della stampa non vi sia stato nessun libro copiato e ricopiato per tante volte come la traduzione di Lucrezio⁴⁵⁷.

Saccanti (1966: 103)

Algunas copias estaban ya repletas de corruptelas, por lo que se hacía necesario estampar la versión original, como aconsejaba el dramaturgo Apostolo Zeno (1668-1750) al propio Marchetti en una carta fechada el 28 de agosto de 1700:

In mano d'un onorato libraio di questa città ho avuto la fortuna di vedere la bellissima traduzione di V. S. ill.ma dell'opera di Lucrezio; e seccome dopo desso mi assicurò che aveva in animo di stamparla ben presto [...] Alle prime due difficoltà io aggiungo la terza, ed è che in leggendo il manoscritto l'ho ritrovato pieno d'imperfezioni, tutte però del copista; nelle quali sarebbe assai bene il por la mano, affinché in ogni caso l'opera non uscisse per l'altrui colpa difettosa e manchevole.

Saccanti (1966: 97, n. 54)

Sin embargo, el traductor italiano había decidido en 1680, tras declinar Cosme III ser el dedicatario, poner en que no se publicase el mismo empeño que antes había puesto para que saliera a la luz. Y, así, impidió que en vida se imprimiese, más aún, cuando en 1691 el Gran Duque prohibió la enseñanza del atomismo en Pisa, amenazando con expulsar *ipso facto* de sus cátedras a los profesores que desobedecieran. En 1715, transcurridos seis meses de su muerte, Apostolo Zeno escribía al crítico Anton Francesco Marmi (*fl. ca.* 1700) lo siguiente:

Vivente lui era difficile che l'opera si stampasse. Ora che è morto, è difficile che non si stampi.

Saccanti (1966: 103)

Y, en efecto, los librepensadores italianos se atrevieron a imprimirla el año 1715 en Nápoles bajo dominio austriaco. La reacción de la Iglesia fue inmediata: se destruyeron los ejemplares de la edición, se condenó al exilio al impresor, Lorenzo Cicarelli, y se encarceló a los libreros que lo vendían. Oportaron, entonces, por publicarla en Londres, donde la ciencia florecía gracias,

⁴⁵⁷ Tuvo, de hecho, ofertas para publicarla en París y Venecia, pero Marchetti las rechazó por ser fiel a los Médicis. Es más, algunos prelados se procuraron copias manuscritas, lo que prueba el interés tan grande que suscitaba, incluso entre miembros de la Iglesia (Saccanti, 1966: 87, n. 30). El cardenal Lorenzana (1772-1800) legó a la biblioteca del cabildo toledano nada menos que tres ejemplares mss., que, según Octavio (1903: 124-26), son los números 354-56. El propio Voltaire, según Gordon (1985: 195), poseyó una copia de 1669; G. W. Leibniz (1646-1716) citó dieciocho versos suyos en sus *Essais de Théodicée*, extraídos de un ms. (Camposampiero, 2020: 273-87), y era frecuente que los nobles ingleses de *grand tour* por Europa volvieran con uno a casa.

entre otras razones, a la libertad de imprenta. Apareció en 1717 en la tipográfica de Giovanni Pickard a cargo de P. Paolo Rolli (1687-1765), escondido bajo el pseudónimo de Antonio Rullo⁴⁵⁸. Ese mismo año la difusión de la obra fue perseguida en Italia⁴⁵⁹ y al siguiente la Congregación del Índice, reunida en Roma, le comunicaba a su hijo el decreto de prohibición en estos términos:

mi farò l'onore dirle che [...] fu fatto [...] il decreto di proibizione del Lucrezio tradotto dal padre suo, o manoscritto o stampato che gli si fosse, a motivo che alcuni fratelli del casato de'Legni, essendo stati processati dal Tribunale dell'Inquisizione, confessarono di essere divenuti atei per aver soltanto letto il Lucrezio dal sig. Alessandro Marchetti tradotto.

Saccenti (1966: 105-6)

Tres décadas más tarde se imprimía en Francia el *Anti-Lucretius* (1747) del cardenal Melchior de Polignac (1661-1741)⁴⁶⁰, cuyo título expresaba bien la animadversión de la Iglesia entonces hacia Lucrecio y, más aún, hacia sus acólitos modernos, los filósofos ilustrados⁴⁶¹. La obra, publicada póstumamente, gozó de gran éxito tanto fuera como dentro de su país, convirtiéndose en un auténtico *best seller*⁴⁶². En España fue también bastante leída y admirada, si

⁴⁵⁸ Paolo Antonio Rolli fue un escritor italiano que vivió en Inglaterra. Publicó la versión de su compatriota con un prefacio suyo. Entre sus obras destacan la traducciones al italiano del *Paradise lost* de John Milton (1608-1674) y de los *Conscious lovers* de Richard Steele (1672-1729).

⁴⁵⁹ En Italia apenas quedan ejemplares de esta edición, sí de otras posteriores, incluidas dos impresas ya en Italia varias décadas más tarde, en cuya portada figuraba Londres (Londra, 1764-65 y 1774, i. e. Venezia: Giambattista Pasquali).

⁴⁶⁰ *Anti-Lucretius, sive de Deo et natura libri novem, Eminentissimi S. R. E. cardinalis Melchioris de Polignac opus posthumum, illustrissimi abbatis Caroli d'Orleans de Rothelin cura et studio editioni mandatum*, Parisiis: apud H.-L. Guérin. Sobre el poema de Polignac, cf. Couson (1902: 403-22), Fusil (1917) y Ament (1970: 29-49).

⁴⁶¹ He aquí la opinión del traductor de la obra al italiano, el abad Francesco Maria Ricci (fl. ca. 1764): "La lettura dell'*Anti-Lucrezio* [...] mi condusse a considerare, che come negli ultimi tempi era stata da Dio provveduta la sua Chiesa di un chiarissimo Porporato, e sommo Poeta, da contrapporre al velenoso Pagano Poeta Lucrezio; così pareva necessario, che l'*Anti-Lucrezio* Cristiano fosse all' Italia in lingua a tutti comune partecipato, per contrapporlo al Lucrezio Epicureo comunicato alla stessa Italia nella sua Lingua colla Traduzione, o Parafrasi, che ne fece Alessandro Marchetti" (Prosperi, 2018: 117, n. 8). Años después, el jesuita expulso Diego José Abad publicó el *De Deo, Deoque Homine Carmina Heroica*, Venetiis: apud Franciscum Pitteri, 1773 (BHMV FLL 16726). El poema, escrito conforme al género didáctico, defiende el catolicismo en la línea de Polignac de los postulados epicúreos asumidos por los filósofos modernos, de quienes parece tener peor opinión que de Lucrecio, a quien concede su magisterio poético (cf. *ibid.* XLII 683-731).

⁴⁶² Solo en Francia aparecieron varias traducciones: una en prosa, de 1749 (Paris), reeditada en 1755 y 1760 (Bruselas), debida a Jean-Pierre Bougainville (1722-1763), y tres en verso: la primera, del abad F.-J. Bérardier de Bataut (1720-1794), aparecida en 1786 (Paris); la segunda, de Jeanty-Laurans, publicada en 1813 (Auch), y la última, de F. Bonfils, salida en 1831 y 1835 (Nancy). En el resto de Europa merecen destacarse las traducciones inglesas de W. Dobson y G. Canning, aparecidas en Londres los años 1757 y 1768 respectivamente, y la italiana en verso de

atendemos al copioso número de ejemplares que se conservan⁴⁶³ y a opiniones como esta que Meléndez Valdés expresaba a Jovellanos en una misiva fechada en Segovia a 24 de mayo de 1777⁴⁶⁴:

Yo, en todas partes, procuro instruirme y ando a caza de libros [...] Estoy leyendo, por entretenerme, el célebre *Anti-Lucrecio*, cosa que deseaba mucho ha. Si yo fuere capaz de hacer juicio de una obra tan conocida en la república de las letras, dijera que su imaginación es brillante, grave su sentencia, armoniosa su versificación, vivos sus argumentos y nueva en todas las más de sus comparaciones. Admiro, sobre todo, lo puro de la dicción, aunque, en algunas partes, me parece con redundancia; ella es como un gran río que a veces se extiende demasiado. Este es el juicio mío, pero ya sabe Vuestra Señoría el ningún valor de mis votos (Astorgano, 2004: 1176).

También en Hispanoamérica fue admirada. De ahí que el poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo (1780-1847) se refiriera a ella con estos términos elogiosos en una carta (29-11-1824) dirigida a su amigo el doctor Joaquín Araujo (*fl.* s. XIX):

En este correo esperaba sus letras con más impaciencia que en otros; pero he sido malamente burlado. A pesar de que al presente no puedo escribir mucho, porque ha venido el correo muy tarde, a causa de la anticipación inesperada del invierno, dedico a usted un ratito para decirle que en el pasado le remití la traducción de Polignac⁴⁶⁵, que me pidió anteriormente, y que después

F. Maria Ricci, impresa en Verona los años 1751 y 1767 (Fusil, 1917: 14). Sobre su recepción en Italia, *cf.* Prosperi (2018: 117-19).

⁴⁶³ Hay registrados bastantes ejemplares tanto en latín [BUPC XVIII-8193, XVIII 8194, XVIII-8195; RAH 15-1-5/11, 23/4750; BG de Navarra 109-9-3/31 o Biblioteca de Jovellanos (Aguilar Piñal, 1984: 102, n.º 398)], como en francés (BPAZ C-314, RAE 17-IX-55, BPE de Albacete 1856-II y BPE de Orihuela 8749). Meléndez Valdés y fray Diego González (1732-1794) leyeron la obra en la traducción francesa de Bougainville (1749). El primero estimó a Polignac un excelente escritor, a la misma altura que Cicerón, Petrarca o fray Luis [*Cf. Advertencia de la edición de 1797* (Astorgano, 2004: 101)]. Sobre las ediciones de la obra, *cf.* Fusil (1917: 14).

⁴⁶⁴ Es también bastante elocuente de la admiración que suscitó la obra de Polignac el que aparezcan versos suyos en el periódico ilustrado *El Censor* (*cf.* Discurso IV, pág. 57, año 1781).

⁴⁶⁵ He aquí la traducción: “Mas el autor de maravillas tantas, / que con saber profundo / formó y gobierna el universo mundo, / ¿cómo a tu tribunal osas llamarlo, / acusarle de error y condenarlo? / ¿En saber, en poder, piensas que excedes / a aquél de quien por gracia has recibido / lo que eres, lo que vales, lo que puedes, / y sin el cual los mismos pensamientos / no pudieras tener que hoy contra él tienes? / Él es omnipotente; tú eres débil. / Él, sabio; tú, ignorante. Él, rico en bienes; / tú, vil y miserable. / ¿Y será más probable / que en el mundo que en tu mano formaría / aun más perfecto que el de Dios sería?... / ¡Qué insensatez, qué orgullo, qué osadía! / Si del corpóreo lazo desprendida / (¡oh, si así fuese!) allá en la eterna esfera, / de la creación del cuadro portentoso / en la mente de Dios, tu mente viera; / entonces conociera, / como en espejo terso, / de este grave universo / el plan, el fin, las leyes, la armonía, / la universal cadena / que en mutua decadencia une los seres; / en fin, la perfección, que el hombre osado, / porque

escribiré sobre esto con más extensión, porque recelo que por alguna de mis anteriores expresiones usted me haya hecho la injusticia de creerme poco afecto al anti-Lucrecio. Por tanto deseo hacer a usted una profesión de fe sobre este punto; por ahora la reduzco a estos breves términos: Que Polignac fue uno de los más doctos y eruditos del siglo pasado, y que su poema es uno de los más bellos que han aparecido, después del renacimiento de las letras, y que siendo rival de Lucrecio en muchas partes por la versificación, le es superior en la doctrina, en la piedad, en metafísica, en física, y que lucha con él con la ventaja que le daban tantos siglos; de adelantamiento de artes y ciencias⁴⁶⁶ (Olmedo, 1960: 236-37).

Todavía medio siglo después, quien fuera presidente del Gobierno, José Canalejas (1854-1912), se refería con estas palabras al antídoto de Polignac en sus *Apuntes para un curso de Literatura Latina*, vol. 1º, p. 172 (Madrid, 1874):

Entre otras producciones consagradas á refutar las doctrinas de Lucrecio merece citarse el celebrado poema *de Deo et natura* escrito por el cardenal Polignac, juzgado legítimamente por su autor en estas frases: *eloquio victi, re vincimus ipsa*.

El envidiable trasiego intelectual y editorial que se daba en el país vecino, alentado por cierta libertad de pensamiento, había generado hacía tiempo el clima dialéctico apropiado para que alguien escribiese una respuesta como la de Polignac. Baste recordar que otro religioso, el abad M. de Marolles (1600-1681), jesuita de formación, había publicado a Lucrecio romanceado en pleno Antiguo Régimen (1650), tras haber obtenido la licencia real con sorprendente facilidad en parangón con las trabas y las censuras que sufrirían la traducción italiana y la española, casi dos siglos más tarde (Gordon, 1985: 148, y Hocke, 1935: 84-85)⁴⁶⁷. Para cuando el cardenal Polignac proyectó escribir su revulsivo epicúreo, entre 1698-1702, las prensas galas habían alumbrado e,

no la comprende, la condena. / Así cuando en un plano confundidas / se esparcen mil figuras diferentes; / ni orden, ni proporción se observa en ellas; / aun en las partes más bellas, / sin justa relación a otras unidas / mayor deformidad nos aparentan; / y líneas que a millares / doquier en arcos y ángulos se cruzan, / el laberinto y confusión aumentan. / Mas, luego que en el medio colocares / de este caos un óptico cilindro, / toda la confusión al punto cesa; / porque las partes todas reflectidas / en concierto armonioso / de formas y colores, / los monstruos anteriores / transforma con presteza / en orden, proporción, gracia y belleza” (*Anti-Lucretius* IX 774-89).

⁴⁶⁶ En otra carta posterior, dirigida también a Araujo (01-29-1825), alude de nuevo a Polignac: “Usted dice que es justo el elogio que le hice de Polignac. Más justo, más bello es el que hace un juez irrecusable en estas materias: Voltaire. Irrecusable en los juicios sobre buen gusto y mérito literario de otros; irrecusable en sus elogios a la religión y a la moral. Este genio extraordinario llamaba a nuestro poeta: Vengador del Cielo, vencedor de Lucrecio”.

⁴⁶⁷ Con todo, Costa (2012: 58-65 y 83-88) recuerda cómo la traducción de Marolles, tras publicarse, fue perseguida para que no se difundiera.

incluso, reimpresso varias veces las versiones de Marolles y de Jacques Parrain († 1702), Baron des Coutures (Gordon, 1985: 30). A la muerte de Pierre Gassendi (1655), coincidiendo con el reinado de Luis XIV (1661-1715), floreció en Francia una *aetas Epicurea* (Fusil, 1917: 11)⁴⁶⁸ que debió de causar cierta alarma y, en consecuencia, un deseo por neutralizarla⁴⁶⁹. Estas inquietudes eran prueba de que los problemas que planteaba la publicación de Lucrecio habían sido objeto de un intenso debate.

Polignac era un ferviente cartesiano (Fusil, 1917: 9), deísta, por tanto, y conocía bien las corrientes de pensamiento de su tiempo. Sea cierta o no la noticia transmitida por sus biógrafos de que quiso redactar su *Anti-Lucretius* tras un encuentro desafortunado con Pierre Bayle (1646-1707) en Rotterdam, en el que su compatriota se burló de él citando a Lucrecio (Fusil, 1917: 11), la verdad es que el poeta epicúreo estaba de moda entre los heterodoxos franceses, especialmente entre los ateos y escépticos, quienes lo esgrimían como libertador frente a la religión. En este contexto polémico, Polignac quiso desde la Iglesia contender con Lucrecio y lo hizo en igualdad de condiciones. Escribió, por ende, su tratado en latín, no en su lengua materna, pese a que ganaba día a día más prestigio en Europa como idioma de la cultura. Lo compuso, además, en hexámetros conforme al género didáctico, del que Lucrecio, junto con el Virgilio geórgico, era el modelo por antonomasia. Y en su hercúlea labor empenó unos cuarenta años y hasta tres días antes de su muerte pulía los versos. El resultado final fue una obra fiel al género didascálico, elegante, de gran capacidad persuasiva y depurada latinidad, que constaba de nueve libros y 11935 versos, 4530 más que el *DRN* (Fusil, 1917: 13-20). Estaba dividida en estos cuatro bloques temáticos:

1. Sobre el placer (libro 1.º)
2. Sobre la materia, donde trata del vacío, los átomos y el movimiento (libros 2.º-4.º)
3. Sobre el alma y la vida, donde trata de la inteligencia, de los animales y de la reproducción (libros 5.º-7.º)
4. Sobre el mundo, en el cual trata de la tierra, el cielo y el mar (libros 8.º-9.º)

A lo largo de ella Polignac argumentaba contra Epicuro, contra su discípulo romano⁴⁷⁰, contra Gassendi, por creer en el vacío; contra Hobbes, por su teoría epicúrea del origen de la justicia; contra Newton (1642-1727), por su

⁴⁶⁸ A la obra de Gassendi, algo anterior, habría que añadir las monografías *Vie d'Epicure* (Paris: A. Cellier, 1679) de J. Du Rondel (1630-1715) y *Morale d'Epicure* (Paris: T. Guillaín, 1685) de Des Coutures.

⁴⁶⁹ Michel Mauduit (1634-1709) publica en 1677 un *Traité de religion contre les athées, les déistes et les nouveaux pyrrhoniens*, Paris: chez Lambert Roulland.

⁴⁷⁰ Según Fusil (1917: 21) Polignac “dirige ses premiers coups sur la morale épicurienne, source, selon lui, de tous les dérèglements et de tous les crimes, mortelle aux individus et aux nations”. Tres años más tarde, un reconocido filoepicureísta, Julien Offray de la Mettrie (1709-

ley de la gravedad; contra Spinoza (1632-1677), por admitir que el movimiento es inherente a la materia⁴⁷¹, y contra Locke (1632-1704), por su gnoseología sensualista (Hadzsits, 1963: 321). Proclamaba, en cambio, la excelencia de Platón frente a la mediocridad filosófica de Epicuro y Lucrecio, a quien, no obstante, le reconocía excelencia poética, como hicieran los renacentistas⁴⁷².

En estas controversias hallamos pruebas conclusivas de que Lucrecio fue un autor muy leído e influyente no solo entre los literatos, sino también entre los científicos y filósofos ilustrados. Marchetti era matemático; Polignac, cartesiano. En el Siglo de la Razón la *philosophia Christi* no colmaba todas las inquietudes intelectuales de muchos cristianos que querían leer a autores “perniciosos” como Lucrecio y, a ser posible, traducidos en su lengua materna. En España tenemos el caso de José Marchena. Excelente latinista desde joven, estudió en el Seminario de Sevilla y se ordenó de menores. Por esos años escribió un panfleto contra el celibato eclesiástico en uno de sus primeros arrebatos anticlericales (Ortiz Armengol, 1988: 7-8). Es posible que por entonces entre sus lecturas predilectas estuviera Lucrecio⁴⁷³. Los hermanos “Legni” abrazaron el ateísmo después de leer los versos de Lucrecio trasgados al italiano por Marchetti (Gordon, 1985: 196). En la literatura inglesa se conoce otro caso de impiedad inducida por el poeta epicúreo: el lírico Percy B. Shelley (1792-1822), tras leerlo en la escuela, profesó el ateísmo⁴⁷⁴. Lucrecio, en definitiva, nutrió de argumentos las polémicas más interesantes del Siglo de las Luces y estuvo a menudo en boca de sus paladines, de manera

1751), escribió el ensayo *Anti-Sénèque, ou le Souverain bien*, Potsdam, 1750, con el que, además de parodiar el título de Polignac, rebatía sus argumentos.

⁴⁷¹ En su *Ética* (1677) negaba también la inmortalidad del alma y la imposibilidad de un castigo o recompensa *post mortem*. Su moral era hedonista y ofrecía una visión optimista de la vida (Onfray, 2006: 44).

⁴⁷² Obras de la misma época y con el mismo empeño antimaterialista son el *Adamo* (1709) de Tommaso Campailla (1668-1740), en Italia (Prosperi, 2018: 119-27); el *Versuch über die Seele* y los *Lukrezische Gedancken* (1754) de Friedrich Karl Kasimir von Creutz (1724-1770), así como el *Abhandlung von den vornehmsten Wahrheiten der natürlichen Religion* (1755) de Hermann Samuel Reimarus (1694-1768), en Prusia (Wilson, 2016: 77).

⁴⁷³ “Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años hacía ya profesión de materialista e incrédulo, y era escándalo de la Universidad”, dice Menéndez Pelayo (1896: IX).

⁴⁷⁴ Ferguson-Rouse (1997: XXVII-XXVIII) traen este fragmento de Shelley (*Song: rarely comest thou* 25-39) que parece inspirado en la personalidad de Lucrecio: “I love [...] / The fresh Earth in new leaves dressed, / And the starry night; / Autumn evening, and the morn / When the golden mists are born. / I love snow, and all the forms / Of the radiant frost; / I love waves, and winds, and storms, / Everything almost / Which is Nature’s, and may be / Untainted by man’s misery. / I love tranquil solitude / And such society / As is quiet, wise, and good”. La admiración de Shelley por Lucrecio ha sido puesta de manifiesto por Highet (1996 II: 196) y Albrecht (1995 I: 314). La influencia en su obra ha sido estudiada por Turner (1959: 269-82) y Spence (1988: 313-320). No obstante, Dalzell (1989: 237) da a entender que Shelley odiaba la poesía lucreciana por esta frase del prólogo de su *Prometheus unbound*: “Abomino de la poesía didáctica, nada puede expresarse bien en prosa que no sea tedioso e insoportable en verso”.

que el epicureísmo lucreciano impregna muchas obras ilustradas que, no olvidemos, conforman una parte importante del humus ideológico de nuestra cultura occidental (Onfray, 2006: 25-27).

4. 4. *Las primeras traducciones castellanas del De rerum natura*

Tomamos como punto de partida los textos que Marcelino Menéndez Pelayo (1950-1953) reunió en el volumen VII (1951, pp. 77-103) de su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica I-X*⁴⁷⁵. Allí el polígrafo santanderino recogía de forma puntual noticias varias sobre manuscritos, imitadores y traductores lucrecianos⁴⁷⁶. Apenas da noticias biográficas, aunque las referencias sobre la fortuna que tuvieron las traducciones resultan del todo preciosas. Por lo demás, es posible que estas primeras traducciones deban algo a las francesas o a la versión italiana de Marchetti. A esta última, especialmente, las que fueron escritas en versos.

4. 4. 1. *Traducciones castellanas completas*

Menéndez Pelayo cita tan solo la versión de José Marchena (1791), que, como veremos, era en realidad del presbítero Matías Sánchez (1832). No alude a la de Santiago Sáez, que, no obstante, sí había mencionado en la introducción a las obras de Marchena (Menéndez Pelayo, 1896: XI, n. 9)⁴⁷⁷.

Tanto Santiago Sáez como el presbítero Matías Sánchez pasaron inadvertidos para historias de la literatura y enciclopedias⁴⁷⁸. Hasta ahora, José Marchena, cuya vida Menéndez Pelayo contó con gran lujo de detalles, parecía colmar los anhelos de que el poeta romano hubiera sido vertido al castellano por un ilustrado afrancesado, a todas luces ateo y contestatario. Sin embargo, no fue así exactamente. Lo tradujeron un ilustrado cristiano, cuya actitud

⁴⁷⁵ Publicó únicamente el primer tomo en 1902, el resto sería editado y publicado por E. Sánchez Reyes (1950-1953), conformando los volúmenes 44-53 de las *Obras completas de Menéndez Pelayo*, Santander: CSIC, 1950-1953 (Alatorre, 1959: 115).

⁴⁷⁶ Se incluye erróneamente (1951: 100) dentro de las traducciones ocasionales una anónima, publicada el 12 de septiembre de 1799 en el *Diario de Valencia*, que pertenece en realidad a Lucano (IX 578-80).

⁴⁷⁷ Y más adelante refiere (Menéndez Pelayo, 1896: XCIX-C, n. 2) la noticia de un Carlos Pignatelli que formaba parte de los afrancesados en la fugaz corte de José I (1808-1813) y que por entonces traducía el *DRN*. Es posible que fuera sobrino de San José Pignatelli de Aragón y Moncayo (1737-1801), héroe jesuita y hermano menor de Joaquín Atanasio Pignatelli (1724-1776), conde de Fuentes y embajador de Carlos III en Turín, Londres y París. Este último tuvo catorce hijos con Doña María Luisa Gonzaga y Caracciolo, siendo el último Carlos Pignatelli de Aragón y Gonzaga, nacido en París en 1766 y bautizado solemnemente en el Real Sitio de El Pardo el 17 de marzo de 1773. Fue Caballero Guardia Marina, “en cuya Real Compañía de Cádiz ingresó el 12 de junio de 1786” (Gómez de Olea y Moreno Mayerhoff, 2007: 224). Su empeño probaría, más aún, que Lucrecio fue un autor del gusto de los revolucionarios franceses y también de sus correligionarios españoles, entre quienes estuvieron Marchena y el propio Pignatelli.

⁴⁷⁸ No encontramos información en la EUI y en Gallardo (1863-1869) ni sobre Sáez ni sobre Matías Sánchez.

podría compararse, *mutatis mutandis*, con la de Alessandro Marchetti, y un religioso aventajado a su tiempo, que pensaba que la fe en Cristo no debía temer los postulados metafísicos audazmente argumentados por Lucrecio, como antes creyeron Pierre Gassendi, Michel de Marolles o Raffaele Pastore (fl. ca. 1776). El *DRN*, una de las obras de la Antigüedad más influyentes durante el Siglo de las Luces por progresista y liberadora (García Armendáriz, 2002: 103), no tenía, en su opinión, por qué mantenerse oculta si su física contenía verdades científicas y su teología opiniones peregrinas y, a la postre, refutables.

1. La versión en prosa de Santiago Sáez (1785)

La primera versión española del *DRN* se debe al latinista y bibliófilo D. Santiago Sáez (fl. 1786), *rey de armas*⁴⁷⁹ y tío del historiador de Madrid José A. Álvarez Baena († 1803). El manuscrito, inédito y en prosa, se conservaba en la BN al menos desde finales del siglo XIX⁴⁸⁰. Se custodió un tiempo en la Academia Española de la Lengua, según noticia de Antonio M.^a Fabié (Menéndez Pelayo, 1896: IX, n. 2). Actualmente tiene el número 5828 y aparece descrito en el *Inventario General de Mss. de la BN* (1987: 33) del siguiente modo:

Ms. 5828. Tito Lucrecio Caro: *De la naturaleza de las cosas*. Seis libros traducidos por Dn. Santiago Sáez, Rey de Armas de Su Magestad. Madrid. Año 1785. –A. 1785, papel, 205 X 147 mm., 520 fs. Traducción original, autógrafa, con algunas tachaduras y correcciones. Notas marginales. Al fin de la obra (f. 511): “Acabé la traducción de este poeta (más difícil que Virgilio) en Madrid, Calle de las Maldonadas, Plazuela del Rastro, Casa n.º 3, quarto principal, a 19 de junio de 1785, aviéndola empezado en Octubre de 1784. Santiago Sáez (rubricado). En fs. I-II nota sobre el valor filosófico de la obra. En los fs. 512-20 “Índice de las cosas notables”.

Las cubiertas son de cartón duro forrado de pergamino beige. Muestra en el lomo el número 113 en negro; arriba el título *Lucrecio*. El texto es autógrafa, en letra cursiva y de escritura bastante descuidada. No tiene tampoco pautado. Contiene además numerosas tachaduras sobre el texto, así como no-

⁴⁷⁹ Funcionario del rey, encargado del registro de los blasones, de la formación de los nuevos, así como de la observancia de las leyes heráldicas. Sobre su vida y formación, cf. Molina Sánchez (2022: 108-10).

⁴⁸⁰ En la BN se conservan otros mss. suyos, todos traducciones (Aguilar Piñal, 1993: 382-83): *Astronomicon de Marco Manilio, en cinco libros, traducido por Don Santiago Saez, Rey de Armas de SM* (1784. Ms. 6789); *Traducciones varias* (1785. Ms. 6852. Contiene versiones de Gracio Falisco, Nemesiano, Columela, Rutilio, Avieno y Materno), *Obras de Ter-tuliano* (1786. Ms. 6053) y *De la dignidad y aumento de las ciencias por Francis Bacon* (Mss. 13525/26).

tas aclaratorias y correcciones en el margen izquierdo, señaladas con asteriscos⁴⁸¹. La traducción comienza en el f. 2v. y la correspondencia con los versos latinos se sitúa al margen derecho, contados de diez en diez. No parece que Santiago Sáez tuviera intención de publicarla.

Según figura en la suscripción final (f. 511r.), Sáez realizó la versión en nueve meses, entre octubre de 1784 y junio de 1785⁴⁸². Debió de realizarla durante los ratos libres que su cargo en palacio le dejara, pues parece haberla escrito *magnis itineribus*. La versión resulta por ello, a veces, demasiado literal, aunque mejora al final, toda vez que su autor se había familiarizado con el estilo lucreciano. En los fols. Iv. y IIr.-v. se lee la siguiente nota que, a modo de prólogo o *damnatio Lucretii*, expresa la opinión de Sáez sobre el poema:

Pluche en la mecanica de las lenguas⁴⁸³ pag. 297 dice de Lucrecio lo siguiente: qué pensamos nosotros del Poema de Lucrecio, de que se han hecho tantos elogios? Yo oso decir que no es ni una buena imitacion, ni un buen tratado de filosofia. Que haya hablado bien su lengua, no desconvengo: su latinidad es exquisita. Que él haya pintado dichosamente algunos de los mas bellos objetos de la naturaleza: yo confesaré sin pena la semejanza de sus descripciones. Veis alli su merito, y no es pequeño. Pero el merito del estylo es bien diferente del de la obra. Y un buen libro bien escrito, no es por (f. Iv.) esto un buen libro. Si mirais que fin Lucrecio se propone, que principios cree propios a conducirle, y como el trae las diversas partes de su Poema a este objeto, convendreis, que no es ni un genio justo; ni un buen razonador. Se puede mostrar menos justeza en el proyecto y en la execucion, que hallar admirablemente bella la naturaleza, y suprimir el solo Ente que sea capaz de establecer conexiones, constancia, y belleza en ella? Fué filosofia, querer hacer honor de esta belleza y de la perseverancia, tanto de las relaciones, como de las utilidades, á causas que no conocen nada, y que no pueden nada? Se

⁴⁸¹ Cf. f. 2r. *Eneadas: *italianos* (nota) y f. 3r.: *atraviesan nadando* (corrección). Las correcciones también aparecen directamente en el texto sobre las palabras tachadas. Hay un fragmento subrayado, tal vez, por herético (f. 12v.): *Ninguna cosa se engendra jamás de la nada, ni aún por la operación de Dios* (Lucr. I 149-150). Muchos de sus mss. se pueden visualizar en la red, entre ellos su traducción del *DRN*: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000134844> (último acceso: 16-03-2021).

⁴⁸² La primera traducción alemana, debida a Franz Xav. Mayr, se realizó poco antes, imprimiéndose en 1784 (Gordon, 1985: 211-12).

⁴⁸³ Tomado de *La mécanique de langues et d'art de les enseigner*, A Paris: Chez Veuve Estienne & Fils, 1751. Cf. López Castillo (2018: 21). El abad Noël-Antoine Pluche (1688-1761) escribió también unas *Beautés du Spectacle de la Nature ou Entretiens sur les particularités de l'histoire naturelle des animaux et des plantes*, A Paris: Chez Veuve Estienne & Fils, 1748, que gozaron de gran fortuna en su época y que fueron traducidas en 1755 al castellano por el P. Estevan Terreros. En España el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español cataloga hasta 84 ejemplares, conservados fundamentalmente en bibliotecas diocesanas y conventuales. Para su influencia en Feijoo, cf. Capitán Díaz (1991: 704).

puede dar el nombre (f. IIr.) de physica a concursos fortuitos de partículas, que sin inteligencia y sin guías, se van regularmente a su lugar en el labirinto de un cuerpo organizado, para conformarse a un modelo; para construir aquí a un punto dado un corazón, y allí precisamente un cerebro; para no construir sino un corazón, en lugar de tres; para reproducir en fin una golondrina, ó un hombre, antes que un caballo, una cebolla, ó una calabaza? No es menester mas, por colmo de absurdo, que conceder el nombre de sabio a un hombre bastante (f. IIv.) temerario para emprender quitar del medio de la sociedad la esperanza y el temor, que mantienen en ella el orden, y el trabajar con todo su poder en arruinar los fundamentos de la virtud, que establece el orden todavía mas eficazmente?

Proyecta la *communis opinio* de los intelectuales más conservadores, todavía defensores de la escolástica reinante (Capitán Díaz, 1991: 684). Mantenían una consideración bastante negativa de la obra y de Lucrecio como filósofo. Reconocían los indiscutibles méritos de su *ars poética*; pero consideraban infundado su atomismo sin causa eficiente. El sentir de Sáez, un traductor con inquietudes científicas, que había traducido el *De augmentis scientiarum* de Francis Bacon, parece así retrotraerse un tanto al Medievo y a sus temores. Obviamente, estos miedos no eran gratuitos, sino que expresaban el recelo general hacia una filosofía que ganaba adeptos entre los pensadores liberales⁴⁸⁴.

Molina Sánchez (2022: 110-12) recuerda que Santiago Sáez tenía una excelente formación, gran erudición, un carácter ilustrado y una abastecida biblioteca de aproximadamente 8000 libros (catalogados en el manuscrito 18243 de la BN). En su opinión, Sáez, pese a colocar como introducción a su traducción la cita de Pluche, muy crítica con la filosofía epicúrea, estaba muy de acuerdo con los postulados epicúreos expuestos por Lucrecio, pues traduce sin alteración todos los pasajes escabrosos. Con todo, así traduce también, como veremos, el sacerdote Matías Sánchez.

He aquí algunos fragmentos de su traducción que nos servirán para comentar su estilo:

⁴⁸⁴ Ramón de Campoamor en el "Epílogo" (cap. II 3: "Vida e ideas del autor respecto a las ciencias y a la literatura") de *El personalismo* (Imp. y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1855) hace una descripción de los liberales españoles que viene a corroborarlo: "Casi todos los liberales españoles de provincia, educados por los libros de los sabios franceses del siglo pasado, profesan como artículo de fe la opinión de que no hay más ciencias dignas de estudio que las experimentales, ni más ciencias experimentales que las naturales, ni más ciencias naturales que las físicas" (González Serrano *et alii*, 1901-1903 I: 271-72). Kors (1990: 188, n. 34) llama la atención precisamente sobre la cantidad de autores clásicos traducidos al francés que alentaron el ateísmo en Francia. Entre ellos estaba Lucrecio.

“LA INVISIBILIDAD DE LOS ÁTOMOS”, FOLS. 21R.-22R.	LUCR. I 271-89
Primeramente el viento azota é incita con su fuerza el Ponto, impele las ingentes naves, y esparce las nubes. Otras veces corriendo rapido por los campos, arranca los grandes árboles; sus soplos vexan y rompen las selvas de los altos montes, yendo furioso y acre con los bramidos y cruel murmullo con que amenaza al Ponto. Hay, pues, ciertamente en el viento cuerpos ciegos, é invisibles, que barren el mar, las tierras, y las nubes del cielo, y que con un subito torvellino las vexan y arrebatan. Ni es de menos fuerza la razon que se toma del otro elemento, y de los estragos que propaga, quando la naturaleza repentinamente hace crecer la blanda agua de los rios, después de unas largas lluvias y que se precipita de los altos montes una grande avenida, trayendose la broza de las selvas, y todos los arbustos; no pudiendo tolerar la subita fuerza de la avenida los fuertes puentes. Hinchados assi los rios con sus blandas aguas incurren con fuerza y gran sonido sobre las tierras, haciendo muchos estragos, y envolviendo debajo de las ondas grandes peñascos [...]	principio venti vis verberat incita pontum ingentisque ruit navis et nubila differt, interdum rapido percurrens turbine campos arboribus magnis sternit montisque supremos silvifragis vexat flabris: ita perfurit acri [275] cum fremitu saevitque minaci murmure <i>pontus</i>. sunt igitur venti nimirum corpora caeca quae mare, quae terras, quae denique nubila caeli verrunt ac subito vexantia turbine raptant, nec ratione fluunt alia stragemque propagant [280] et cum mollis aquae fertur natura repente flumine abundanti, quam largis imbris auget montibus ex altis magnus decursus aquai, fragmina coniciens silvarum arbustaque tota, nec validi possunt pontes venientis aquai [285] vim subitam tolerare: ita magno turbidus imbrimolibus incurrit validis cum viribus amnis. dat sonitu magno stragem volvitque sub undis grandia saxa ruitque [...]

“TEORÍA DE LAS ILUSIONES ÓPTICAS”, FOLS. 258R.-60V.	LUCR. IV 386-419
El vicio del animo no hay que atribuirle à los ojos. Quando vamos en una nave, parece que estamos parados: la que se halla ancorada en el puerto, creemos que navega, y que huyen acia nuestra popa los collados y campos que vemos, siendo assi que nuestra nave va volando con las velas. Vemos cesar y que estan fixas en las cavernas del ether, todas las estrellas; pero su movimiento es asiduo y continuo, pues à su largo ocase sucede el nacimiento, después de aver medido el claro cuerpo del cielo. Por igual razon vemos parados al sol y luna, siendo assi que ella misma indica, ser llevada por un movimiento. Mirando desde el medio de la mar à lo lejos unas montañas, entre las quales una armada podria hallar un libre pasage, parecen estar unidas y ser unas mismas, y aunque estan hechas varios trozos, se ven conjuntas y como una grande isla. Quando los muchachos dan vueltas por los atrios, circundando las columnas, luego que se paran, creen los amenazan les techos el caerse sobre ellos. Quando la naturaleza da principio à levantar sobre los altos montes el rubro y tremulo fuego del sol, te parece à ti ver este astro toca la cima de ellos con su fervido fuego, y que apenas vista de nosotros dos mil tiros de saeta, ó quinientos de dardo. No obstante hay entre el sol y nosotros el immane Ponto, y grandes regiones debajo del ether. Se interponen muchos millares de leguas de tierra, en que habitan varias gentes y fieras. Detenidas las aguas, en la altura de un dedo, entre las margenes de piedra de las calles, subministran el espectáculo de que se vea debajo de las tierras tanto cielo, quanto se manifiesta en lo alto y a la misma distancia, alli se ven las nubes y los admirables cuerpos, que debajo de la tierra oculta el cielo.	proinde animi vitium hoc oculis adfingere noli. qua vehimur navi, fertur, cum stare videtur; quae manet in statione, ea praeter creditur ire. et fugere ad puppim colles campique videntur quos agimus praeter navem velisque volamus. [390] sidera cessare aetheriis adfixa cavernis cuncta videntur, et adsiduo sunt omnia motu, quandoquidem longos obitus exorta revisunt, cum permensa suo sunt caelum corpore claro. solque pari ratione manere et luna videtur [395] in statione, ea quae ferri res indicat ipsa. exstantisque procul medio de gurgite montis classibus inter quos liber patet exitus ingens, insula coniunctis tamen ex his una videtur. atria versari et circumcursare columnae [400] usque adeo fit uti pueris videantur, ubi ipsi desierunt verti, vix ut iam credere possint non supra sese ruere omnia tecta minari. iamque rubrum tremulis iubar ignibus erigere alte cum coepat natura supraqe extollere montis, [405] quos tibi tum supra sol montis esse videtur comminus ipse suo contingens fervidus igni, vix absunt nobis missus bis mille sagittae, vix etiam cursus quingentos saepe veruti. inter eos solemque iacent immania ponti [410] aequora substrata aetheriis ingentibus oris, interiectaque sunt terrarum milia multa quae variae retinent gentes et saecula ferarum. at collectus aquae digitum non altior unum, qui lapides inter sistit per strata viarum. [415] despectum praebet sub terras inpete tanto, a terris quantum caeli patet altus hiatus, nubila despicere et caelum ut videre videre <et> corpora mirande sub terras abdita caelo.

"SÍNTOMAS DE LA PESTE", FOLS. 502R.-505V.	LUCR. VI 1168-1217
La intema parte del hombre ardía hasta los huesos. El estomago estaba encendido en llamas, como si fuera un horno. No podían conciliar a sus miembros, por mas vueltas que diesen, la mas leve, ò tenue utilidad. Con el ardor del morbo se ponían al viento, al frío, se echaban en los ríos helados, desnudo el cuerpo. Muchos se precipitaban en los hondos pozos, viniendo a ellos con la boca abierta. Su insaciable sed y avido cuerpo, hundido en las aguas, no recibía mas refrigerio que si le tocase una gota de este liquido humor. El mal no tenía descanso alguno, el cuerpo yacía deshecho. La medicina hablaba entre-dientes con un tacito temor, admirada de que los pacientes con el ardor de la fiebre pasaban todas las noches sin poder aquietar sus ojos con el sueño. La muerte daba muchos signos: la mente del animo se perturbaba con miedos y temores; el supercilio era triste, la cara furiosa y soberbia: las orejas estaban sollicitas y llenas de sonidos: la respiración era frecuente, ya grande, ya rara y pequeña: el sudor hacia relucir mojado el cuello. El esputo era tenue, pequeño, y de color de azafran, salado; las fauces estaban roncás, y apenas podían toser. Los nervios de las manos se contraían, y temblaban. El frío poco a poco iba sucediendo desde los pies por el resto del cuerpo hasta comprimir las narices, las que se ponían aguilénas: los ojos y las sienas se hundían, la piel se ponía fría y dura: la boca horrorizaba; la frente tirante amenazaba. No quedaban muy rígidos despues de la muerte: á la octava, ò nona luz del candente sol, entregaban la lampara de la vida. Si alguno evitaba la muerte, quedando con asquerosas ulceras, y una negra proluvie de vientre, seguía su vida miserable, lidiando siempre con la enfermedad, y grandes dolores de cabeza, echando sangre corrupta por las narices, con lo que perdía todas las fuerzas del cuerpo. Sin embargo de estas evacuaciones de sangre negra y acre, el morbo continuaba haciendo estragos en los nervios, y miembros, y en las mismas partes genitales. El grave temor de hallarse en los umbrales de la muerte, deseando vivir, les hacia privarse con el hierro de las partes viriles. Algunos quedaban en vida, sin pies, ni manos: otros perdían los ojos: el agudo temor de la muerte los obligaba á estos sacrificios. A otros tomo un general olvido de las cosas, sin poderse conocer á si propios. Los cuerpos insepultos quedaban unos sobre otros, sin que llegasen á ellos ningún genero de Aves, ni fieras, por el acre olor que exhalaban.	intima pars hominum vero flagrabat ad ossa, flagrabat stomacho flamma ut fornacibus intus. nil adeo posses cuiquam leve tenneque membris [1170] vertere in utilitatem, at ventum et frigora semper. in fluvios partim gelidos ardentia morbo membra dabant nudum iacentes corpus in undas. multi praecipites nymphis putealibus alte inciderunt ipso venientes ore patente: [1175] insedabiliter sitis arida, corpora mersans, aequabat multum parvis umoribus imbrem. nec requies erat ulla mali: defessa iacebant corpora. mussabat tacito medicina timore, quippe patentia cum totiens ardentia morbis [1180] lumina versarent oculorum expertia somno. multaque praeterea mortis tum signa dabantur, perturbata animi mens in maerore metuque, triste supercilium, furiosus vultus et acer, sollicitae porro pleneque sonoris aures, [1185] creber spiritus aut ingens raroque coortus, sudorisque madens per collum splendidusumor, tenvia sputa minuta, croci contacta colore salsaque, per fauces rauca vix edita tussi. in manibus vero nervi trahere et tremere artus [1190] a pedibusque minutatim succedere frigus non dubitabat. item ad supremum denique tempus compressae nares, nasi primoris acumen tenve, cavati oculi, cava tempora, frigida pellis duraque, in ore iacens rictum, frons tenta tumebat. [1195] nec nimio rigida post artus morte iacebant. octavoque fere candenti lumine solis aut etiam nona reddebant lampade vitam. quorum siquis, ut est, vitarat funera leti, ulceribus taetris et nigra proluvie alvi [1200] posterius tamen hunc tabes letumque manebat, aut etiam multus capitis cum saepe dolore corruptus sanguis expletis naribus ibat: huc hominis totae vires corpusque fluebat. profluvium porro qui taetri sanguinis acre [1205] exierat, tamen in nervos huic morbus et artus ibat et in partis genitalis corporis ipsas. et graviter partim metuentes limina leti vivebant ferro privati parte virili, et manibus sine nonnulli pedibusque manebant [1210] in vita tamen, et perdebant lumina partim: usque adeo mortis metus iis incesserat acer. atque etiam quosdam cepere oblivia rerum cunctarum, neque se possent cognoscere ut ipsi. multaque humi cum inhumata iacerent corpora supra 1215 corporibus, tamen alituum genus atque ferarum aut procul absiliebat, ut acrem exiret odorem,

Es una traducción sin grandes aspiraciones literarias (*paraphrasis*)⁴⁸⁵. Es probable que se sirviera de una edición bilingüe, aunque creemos que no, pues parece traducir directamente y con cierta libertad. Vierte, por ejemplo, los versos VI 1170-73 de esta manera:

⁴⁸⁵ Cf. Lausberg (1991 II: 408-409, § 1099-1100).

nil adeo posses cuiquam leve tenveque membris
vertere in utilitatem, at ventum et frigora semper.
in fluvios partim gelidos ardentia morbo
membra dabant [...] ⁴⁸⁶

No podían conciliar à sus miembros,
por más vueltas que diesen, la mas
leve, ó tenue utilidad. Con el ardor del
morbo se ponian al viento, se echaban
en los rios helados, [...]

Los adjetivos *leve tenueque* conciertan con *nil*. El sujeto es una 2ª persona general, equivalente al pronombre indefinido uno. Aun así, Sáez hace sujeto de la oración a los enfermos de la peste, una 3ª persona del plural. Además, la expresión “por más vueltas que diesen” parece deberse solo al infinitivo *vertere*.

En los siguientes versos (Lucr. I 280-86) observamos algunos cambios en la hipotaxis del original:

nec ratione fluunt alia stragemque propagant
et cum mollis aquae fertur natura repente
flumine abundanti, quam largis imbris auget
montibus ex altis magnus decursus aquai,
fragmina coniciens silvarum arbustaque tota,
nec validi possunt pontes venientis aquai
vim subitam tolerare [...] ⁴⁸⁷

Ni es de menos fuerza la razon que
se toma del otro elemento, y de
los estragos que propaga, quando
la naturaleza repentinamente hace
crecer la blanda agua de los ríos,
después de unas largas lluvias y que
se precipita de los altos montes una
grande avenida, trayendose la broza
de las selvas, y todos los arbustos, no
pudiendo tolerar la subita fuerza de la
avenida los fuertes puentes.

La clave sintáctica de los versos es la estructura comparativa *nec ratione alia [...] et cum [...]*, típica del estilo lucreciano, que Sáez traduce con un gran circunloquio. De resultas, anula la armonía imitativa (*mollis aquae fertur natura repente / flumine abundanti*)⁴⁸⁸, oscurece el símil naturalístico y cambia los sujetos morfológicos. Al final, escribe una perífrasis con reiteraciones innecesarias (“avenida [...] avenida”)⁴⁸⁹.

En el siguiente fragmento Sáez cambia de nuevo la sintaxis (Lucr. IV 414-19):

⁴⁸⁶ “En efecto, ningún lenitivo eficaz podías aplicar a sus miembros, salvo continuamente aire y frío. Unos metían sus miembros, que ardían por la enfermedad, en las aguas gélidas [...]”

⁴⁸⁷ “soplan y devastan de la misma manera que la blanda sustancia del agua cuando es arrastrada repentinamente por un arroyo crecido, al que desbordó la enorme avenida de agua desde los altos montes producida por las lluvias prolongadas. Llevándose por delante ramas y árboles enteros, ni los puentes sólidos pueden aguantar la violenta embestida de la corriente [...]”

⁴⁸⁸ Muy importante en los poetas latinos, especialmente entre los arcaicos. Tampoco vier- te las armonías imitativas en estos casos: “el viento azota é incita” (I 271: *venti vis verberat incita*); “sus soplos vexan y rompen las selvas de los grandes montes” (I 274-75: *montisque supremos / silvifragis vexat flabris*).

⁴⁸⁹ Cf. también la traducción de Lucr. IV 397-99: “Mirando desde el medio de la mar à lo lejos unas montañas, entre las cuales una armada podría hallar un libre pasage, parecen estar unidas y ser unas mismas, y aunque estan hechas varios trozos, se ven conjuntas y como una grande isla”.

at collectus aquae digitum non altior unum,
qui lapides inter sistit per strata viarum,
despectum praebebat sub terras impete tanto,
a terris quantum caeli patet altus hiatus,
nubila despicere et caelum ut videre videre <et>
corpora mirande sub terras abdita caelo⁴⁹⁰.

Detenidas las aguas, en la altura de un
dedo, entre las margenes de piedra de
las calles, subministran el espectáculo
de que se vea debajo de las tierras tanto
cielo, quanto se manifiesta en lo alto
y a la misma distancia, allí se ven las
nubes y los admirables cuerpos, que
debajo de la tierra oculta el cielo.

Al convertir el sujeto en ablativo absoluto, se ve obligado a realizar giros expresivos toscos (“en la altura de un dedo”) ⁴⁹¹ que, de un lado, desbaratan la limpia comparación y, de otro, suenan extraños al oído castellano (“debajo de las tierras”). Y entre esos circunloquios no vierte la proposición consecutiva (*ut [...]*) ⁴⁹² ni uno de sus miembros (*caelum ut videre videre*).

Con todo, la práctica habitual de Sáez es traducir palabra por palabra (García Yebra, 1982 I: 327-29), sin añadidos o interpolaciones, salvo los precisos para el cabal entendimiento del texto en castellano (*simplificatio*). Cuando no procede así, suele incurrir en redundancias (Lucr. I 275-77):

ita perfurit acri
cum fremitu saevitque minaci murmure pontus.
sunt igitur venti nimirum corpora caeca [...] ⁴⁹³

yendo furioso y acre con los bramidos
y cruel murmullo con que amenaza el
Ponto. Hay, pues, ciertamente en el
viento cuerpos ciegos, é invisibles [...]

Si la relativa “con que amenaza el Ponto” complica y enturbia la traducción innecesariamente, la repetición sinonímica “ciegos, é invisibles” sobra, pues la acepción correpta de *caeca* es claramente “invisibles” ⁴⁹⁴.

En ocasiones, deja a un lado la fidelidad al texto para explicarlo (*interpretatio*), introduciendo cambios sintácticos notables (Lucr. VI 1179-81):

⁴⁹⁰ “y un charco de agua no más profundo que un dedo, que se queda entre las piedras del camino, muestra bajo tierra una imagen tan profunda como alta se abre la distancia entre la tierra y el cielo, de modo que tienes la impresión de contemplar las nubes y de ver el cielo y sus admirables cuerpos celestes escondidos bajo tierra”.

⁴⁹¹ Cf. los gerundios: “yendo furioso y acre” (I 275) o “y envolviendo debajo de las ondas” (I 288).

⁴⁹² No son infrecuentes las omisiones involuntarias. Cf. “Los nervios de las manos se contraían, y temblaban” (Lucr. VI 1190: *in manibus vero nervi trahere et tremere artus*).

⁴⁹³ “de este modo se ensaña con agudo silbido y el ponto ataca airado con murmullo amenazante. Así pues, existen cuerpos invisibles en el viento [...]”

⁴⁹⁴ Otro ejemplo: “que con un subito torvellino las vexan y arrebatan” (I 279: *ac subito vexantia turbine raptant*).

mussabat tacito medicina timore,
quippe patentia cum totiens ardentia morbis
lumina versarent oculorum expertia somno⁴⁹⁵.

La medicina hablaba entre-dientes
con tacito temor, admirabase de que
los pacientes con el ardor de la fiebre
pasaban todas las noches sin poder
aquietar sus ojos con el sueño.

Y también léxicos (VI 1191-95):

a pedibusque minutatim succedere frigus
non dubitabat. item ad supremum denique tempus
compressae nares, nasi primoris acumen
tenve, cavati oculi, cava tempora, frigida pellis
duraque, in ore iacens rictum, frons tenta
tumebat⁴⁹⁶.

El frío poco a poco iba sucediendo
desde los pies por el resto del cuerpo
hasta comprimir las narices, las que se
ponían aguileñas: los ojos y las sienas
se hundían, la piel se ponía fría y dura:
la boca horrorizaba; la frente tirante
amenazaba.

Pensamos, en conclusión, que la versión de Sáez traslada bien el sentido de los versos. A veces peca de literal y resulta redundante en las perífrasis. Aligera bastante el ropaje poético del poema y deshace muchas *figurae*, sobre todo las armonías imitativas. No persuade, en verdad, con la fuerza retórica del latino⁴⁹⁷; pero tiene, como subraya Molina Sánchez (2022: 118), el mérito de traducir correctamente por primera vez al castellano a un poeta polémico y complicado.

2. La versión en verso del presbítero Matías Sánchez (1832)

La traducción castellana del *DRN* más divulgada en España ha sido la del “abate” Marchena desde que en 1896 Menéndez Pelayo la publicase a partir de un único manuscrito conservado, el 287 de la BMP. Sin embargo, el examen reciente de otro manuscrito, el II 646 de la BPR, que contiene la misma versión, firmada por el sacerdote Matías Sánchez, permite concluir que fue este en realidad su verdadero autor, como en los capítulos siguientes intentaremos probar⁴⁹⁸.

⁴⁹⁵ “musitaba con tácito temor la medicina, pues los pacientes, ardiendo tantas veces por la fiebre, abrían una y otra vez los ojos, privados de sueño”.

⁴⁹⁶ “y no dudaba en subir el frío lentamente desde los pies. Finalmente, en el postrer momento mismo, la nariz se hallaba comprimida, afilada en la punta; los ojos, hundidos, las sienas, cóncavas, helada y dura la piel, en la cara marcado el rictus, la frente tensa e hinchada”.

⁴⁹⁷ A una conclusión similar llega García Armendáriz (1995: 209-11), al analizar su traducción del libro X (*De cultu hortorum*) de Columela.

⁴⁹⁸ Aunque la traducción, de 1832, es posterior al período ilustrado, que puede acotarse entre el año 1726, cuando entra en escena Benito J. Feijoo, y 1814, coincidiendo con el final de la Guerra de la Independencia, hemos decidido incluirla en esta época por su tradicional vinculación con José Marchena y porque el epicureísmo, como principal doctrina materialista, tuvo un influjo notable en la Ilustración europea y española (Quiroz Martínez, 1949).

2. 1. *El ms. II 646 de la Biblioteca del Palacio Real (1832)*

Al inventariar el manuscrito renacentista *Valentinus* del *DRN* que se custodia en la BGVV (ms. 506), Gutiérrez del Caño (1992 II: 225) añadía esta interesante noticia: “Existe un MS. traducción castellana de Matías Sánchez, año 1832, en la Biblioteca de S. M.”⁴⁹⁹. Se conserva aún en la BPR y está descrito como sigue (López-Vidriero *et alii*, 1994 I: 307):

Lucrecio Caro, Tito: [De rerum natura. Español] Lucrecio: Sobre la naturaleza de las cosas / traducido por M[atías] S[ánchez] P. --, s. XIX (1810-1832). -- [1] h.+207 f.+ [28] h. : papel ; 210x150 mm. ; + carta original, (300x218 mm.).-- h. [1]r-v: [Carta autógrafa de J. M.^a Cambronero, secretario de la Real Academia Greco-Latina, dirigida a D. Matías Sánchez, en la que elogia la traducción de Lucrecio y, por su literalidad, recomienda que no se publique. Madrid, 29 de diciembre de 1832. Firmada y con sello estampado de 1832] f. 1r: [Fragmento tomado de las Confesiones de San Agustín] f. 1v: A los estudiosos. fs. 201r-207r: Notas.

Las cubiertas del manuscrito son de pasta blanca y el lomo de piel y jaspeado. La encuadernación es contemporánea. Su signatura antigua fue II-B-6, la actual es II 646. En el tejuelo figura el título: LUCRECIO SOBRE LA NATURALEZA DE LAS COSAS. Es una traducción en verso, está escrita en letra itálica y presenta foliación de color roja coetánea. Los versos son endecasílabos sueltos y no están numerados. Cada libro viene precedido de un resumen en prosa, a manera de introducción. Al final de cada libro se incluyen algunas notas. En las hojas de guarda se ha conservado un informe de la Academia Greco-Latina⁵⁰⁰ denegando a la traducción el *imprimatur*, que es autógrafa del secretario José María Cambronero. El autor de la versión, el

⁴⁹⁹ Debo a la amabilidad del profesor J. I. García Armendáriz su conocimiento.

⁵⁰⁰ Fue creada en 1755 con el propósito de velar por los intereses de los profesores de Clásicas frente a las poderosas órdenes religiosas. Renovó la rancia pedagogía del latín, basada hasta entonces en el reiterado rutinario de breviarios, introduciendo el método del profesor francés Charles Rollin (1661-1741), que prescribía enseñarlo en la lengua materna y con las obras de los grandes clásicos. En el proyecto presentado al Consejo de Castilla, se proponía el siguiente elenco: Cicerón, Cornelio Nepote, César, Tito Livio, Virgilio, Ovidio, Terencio y Horacio (Lopez, 1999: 35). Como institución tuvo su mayor esplendor entre los años 1831-1833, coincidiendo con los últimos años de Fernando VII. Bajo el patronazgo de la Reina María Cristina (1829-1840) obtuvo el apelativo de Real, amplió sus estatutos y controló la enseñanza de las lenguas clásicas en toda España y las colonias. Tras la reforma del plan de estudios llevada a cabo por Gil de Zárate en 1845, la corporación se extinguió. La Academia emprendió tres proyectos de envergadura: la elaboración de un diccionario latino, inconcluso; la redacción de discursos en defensa del latín y del griego, acabado, y la realización de colecciones de textos en latín y en griego, de los que solo llegó a hacerse la lista. Sería interesante conocer si escogieron a Lucrecio y qué pasajes. Para más información, cf. Hualde Pascual y García Jurado (2004: 165-202).

presbítero Matías Sánchez (*fl. ca.* 1832), era miembro de la Academia Greco-Latina⁵⁰¹.

Según el borrador de oficio⁵⁰² que don Manuel Carnicero y Weber (*ca.* 1800-1873) dirigió al Mayordomo Mayor interino del Palacio Real, don José Rossell del Piquer, el 29 de agosto de 1871, se inició el expediente de compra del manuscrito de Matías Sánchez a petición de D. Manuel Esteban Espinosa de los Monteros⁵⁰³:

Esteban Espinosa de los Monteros (D. Manuel)⁵⁰⁴

En 22 de Agosto de 1871, presentó a S. M. una exposicion suplicandole se dignase ordenar la adquisición de una traducción inédita del Lucrecio.

En 29 de dicho mes y año se ordeno el presente informe.

En esta Biblioteca particular de S. M. existen cinco ediciones latinas del poema de Tito Lucrecio Caro, intitulado *De rerum natura*. Las cinco ediciones son diferentes, y dos de ellas notables:

Éstas son, las de los Aldos, y la que pertenece á la coleccion Bipontina. Tambien existen cuatro traducciones de dicho Poema: una francesa, y en prosa; otra inglesa y en verso; y dos italianas y en verso, por Marchetti⁵⁰⁵; pero en el idioma castellano, ni en prosa ni en verso existe ninguna.

La traduccion inédita á que se refiere la presente exposicion esta completa, y relativamente á su merito me abstengo de

⁵⁰¹ Su condición de religioso aparece en varias ediciones de la *Guía de litigantes y pretendientes* y del *Calendario manual y guía de forasteros de la villa de Madrid*. Entre los listados de cargos, miembros numerarios y supernumerarios de la Academia Greco-Latina que estos vademécums ofrecen, está citado así: “D. Matías Sánchez, *presbítero*”. Traemos dos donde aparece como supernumerario: *Guía de litigantes*, Madrid: Imprenta de Núñez, 1835, p. 112, y *Calendario*, Madrid: Imprenta Nacional, 1837, p. 100.

⁵⁰² Conservado en la BPR con la asignatura ARB/10, CARP/4, doc. 197.

⁵⁰³ Ponemos en cursiva las letras de las que tenemos dudas.

⁵⁰⁴ Según Real Orden aparecida en el *Boletín Oficial de Ministerio de Ultramar*, 1875, p. 219, se satisfizo a “D. Manuel Esteban Espinosa de los Monteros, la cantidad que se le acreditó en nómina como Auxiliar de la clase de terceros que fué de este Ministerio”. Y según otra noticia anterior, aparecida en el periódico *La correspondencia de España*, n.º 5097 (Madrid, 10 de noviembre de 1871), “D. Manuel Esteban y Espinosa de los Monteros, auxiliar del ministerio de la Gobernación, ha sido destinado al de Ultramar de oficial primero de administración”.

⁵⁰⁵ Según este orden de citación son Andrea Navagero, *Lucretius. Aldus*, Venecia, 1515 (Gordon, 1985: 53-55, n.º ref. 6. Signatura de la BPR DIG/IX/4924_B); *Titi Lucretii Cari de rerum natura libri sex*, Biponti: Ex Typographia Societatis, 1782 (Gordon, 1985: 98-99, n.º ref. 112. Signatura PAS/ARM4/318); Michel de Marolles, *Les six livres de Lucrece de la nature des choses*, A Paris: Chez Guillaume de Luyne, 1659 (Gordon, 1985: 155, n.º ref. 301^a. Signatura VIII/3048); posiblemente *Of the nature of things in six books: illustrated with proper and useful notes*, London: printed for Daniel Browne, at the Black Swan without Temple-bar, 1743 (Gordon, 1985: 242-43, n.º 502B. Signatura IX/3841-IX/3842), y Alessandro Marchetti, *Di Tito Lucrezio Caro della natura delle cose libri sei*, In Amsterdamo a Spese dell' Editore T.º P.º, 1754 (Gordon, 1985: 203, n.º ref. 381d. Signaturas XIV/375 y XIV/376).

dar dictamen, después de haberla examinado, porque me parece muy respetable el del ilustre D. José M.^a Cambronero, que en forma de certificado, figura á la portada del libro, alentando á su lectura, á los que por ignorar quien pudiera ser el autor de la versión en verso suelto endecasílabo castellano, pudieran detenerse recelosos, antes de emprender la lectura de respetable número de páginas manuscritas.

Tengo el honor, devolver a VS. el volumen á que acabo de referirme y VS. con su mayor ilustración servirá resolver, no obstante lo expuesto, lo [que] considere más conveniente.

De acuerdo con este borrador, el manuscrito que tenían intención de adquirir era el mismo que el secretario don José María Cambronero devolvió al presbítero Matías Sánchez con el informe incluido⁵⁰⁶. Lo dicho al final del borrador no refleja bien el sentido del informe del secretario de la Academia, pues en él quedaba claro que la institución quería frenar su difusión:

reflexionando que si se publicase del modo literal con que ha sido concebida se haría demasiado vulgar, cayendo en manos inespertas y poco preparadas para resistir a los principios arriesgados que sienta el autor, acordó esta R. Academia que se devolviese [...]

Sin embargo, el informe para su adquisición venía a decir lo contrario:

me parece muy respetable el (*sc.* dictamen) del ilustre D. José M.^a Cambronero, que en forma de certificado, figura á la portada del libro, alentando á su lectura, á los que por ignorar quien pudiera ser el autor de la versión en verso suelto endecasílabo castellano, pudieran detenerse recelosos, antes de emprender la lectura de respetable número de páginas manuscritas.

El manuscrito fue tasado en ciento cincuenta pesetas, cantidad que creían colmaba las expectativas del anónimo vendedor, como avisa el segundo borrador (ARB/10, CARP/4, doc. 198) de Manuel Carnicero a José Rossell:

Siendo esta la unica traduccion en castellano de que yo tenga noticia, del poema de Tito Lucrecio Caro y reuniendo las circunstancias q de (*sic*) anteriormente hablo, creo que, en una unión con el interesado puede justipreciarse en la cantidad de ciento cincuenta pesetas, no obstante, lo q VS. con su ilustrado criterio se digne resolver. Madrid 7 de octubre de 1871.

Finalmente, con la anuencia del rey Amadeo I (1870-1873), se compró por ese precio, según el oficio definitivo (ARB/10, CARP/4, doc. 203) de José Rossell a Manuel Carnicero:

⁵⁰⁶ En el informe el secretario dice literalmente “se devolviese la obra con este elogio y observaciones”.

En virtud de los (sic) solicitado con fecha 22 de Agosto último por D. Manuel Esteban y Espinosa de los Monteros, y de conformidad con la opinion emitida por V. en 29 del mismo, S. M. el Rey (v. D. g) ha tenido á bien disponer que por esa Biblioteca se adquiriera en el prefijado precio de ciento cincuenta pesetas el libro intitulado “Lucrecio” sobre la naturaleza de las cosas, traducido al castellano por M. S. P.

De orden su S. M. lo comunico a V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

guarde á V. muchos años

Madrid 27 de Octe. De 1871.

El Mayordomo Mayor interino

Es posible que Sánchez usara para su versión, aparte del texto latino, la traducción italiana de Alessandro Marchetti, dado que su traducción está en endecasílabos sueltos, como la del toscano⁵⁰⁷, o la versión francesa con texto latino de Jacques Parrain, Baron des Coutures (1645-1702), como parece apuntar el fragmento de las *Confesiones* (VI 16) de San Agustín⁵⁰⁸, citado justo debajo del título (fol. 1r.) y que dice así:

Disputabam cum amicis meis Alipio et Nebridio de finibus bonorum et malorum, Epicurum accepturum fuisse palmam in animo meo, nisi ego credidissem post mortem restare animae vitam, et tractus meritorum, quod Epicurus credere noluit.

Sigue en el fol. 1v. la tradicional advertencia o, como Prosperi (2004: 107-11) bien acuñó, la *damnatio Lucretii*. Con ella Matías Sánchez advierte y manifestaba pública repulsa por los *deliramenta Lucretii*, esto es: las tesis de la mortalidad del alma y la no existencia de la vida ultraterrena, argumentadas por el epicúreo romano con una treintena de razones en el libro III del *DRN*⁵⁰⁹. Está compuesta en endecasílabos sueltos y parafrasea casi hasta el final la cita agustina. Reza así:

⁵⁰⁷ Del prestigio que tuvo en su tiempo, nos da noticias el ilustrado Ignacio de Luzán en su *Poética* (1789: 373, lib. II, cap. XXIII): “Resta ahora decir algo de los versos sin rima ni asonante, que llamamos sueltos, enteramente desconocidos en la poesía castellana [...] Los italianos han sido más constantes; pues, el siglo pasado, cuando también allí se pervirtió el estilo, hizo el Marchetti, en versos sueltos, su famosa y elegantísima traducción de Lucrecio”. Sobre las traducciones italianas de Lucrecio que anteriormente habían usado este metro, cf. Prosperi (2020: 150-59).

⁵⁰⁸ La cita aparece en la edición de Parrain de 1695 (A Lyon: Chez Horace Molin, p. 345). Esta traducción francesa con texto latino y notas tuvo numerosas reimpresiones, como detalla Gordon (1985: 156-59). La cita también aparece con el nombre *Alipio* y no *Alypio* en P. Gassendi, *Animadversiones in decimum librum Diogenis Laertii*, p. 113 (*Opera Omnia. Tomus quintus*, Florentiae: Typis Regiae Celsitudinis, 1727).

⁵⁰⁹ Como recuerda el propio Matías Sánchez en las notas introductorias al libro III: “Dice enfín que el alma, y el cuerpo nacen y mueren a un tiempo; dogma impio que prueba con treinta argumentos, refutado sabiamente por Gassendi” (fol. 72r.).

A los estudiosos

Solo a vosotros, hombres estudiosos,
 Dedico los escritos de este sabio,
 De aquel varon romano, cuyos labios
 La divina natura sublimaron
 Explicando sus obras admirables. 5
 De mi pecho triunfava sin disputa,
 Dice el grande Agustino, la doctrina
 Del filosofo griego, si no fuera
 Por sentar que perecen nuestras almas,
 Y que no hay galardón en la otra vida, 10
 Ni corona de gloria para el justo,
 Ni castigo para hombres desalmados.
 A nosotros nos basta Jesucristo;
 El es nuestra salud, nuestro consuelo;
 Por el daremos toda nuestra sangre, 15
 Su ley es dulce, facil, muy humana:
 En el ponemos nuestra confianza
 Sin temer el furor de los tiranos.

Entre los argumentos y las notas de cada libro, relativamente extensas, se desenvuelve el texto lucreciano a lo largo de los siguientes folios (2r.-207r.). El *ductus* del presbítero Matías es firme y bastante claro. Empieza con una media de veinte dos versos por cara y termina con un promedio de treinta y dos.

2. 2. La autoría de Matías Sánchez

En el título de la traducción manuscrita se leen las iniciales del presbítero Matías Sánchez en letra itálica (fol. 1r. Cf. lámina 1):

Lucrecio / Sobre la Naturaleza de las cosas. / traducido por M. S. P.

La M. y la S. las restituyó fácilmente el informe anexo, pero la P., no. Desconocemos si la P. abreviaba su segundo apellido, Pérez, Palacios o Pulido, por un suponer; pero es posible que fuera una sigla ocultadora de “presbítero” (*Pbro.*)⁵¹⁰. El autor quiso encubrir su nombre y, tal vez, su cargo, al igual que casi dos siglos antes, en 1650, había hecho el primer traductor de Lucrecio a una lengua romance, el abad Michel de Marolles (1600-1681)⁵¹¹. En la portada de esta primera traducción del *DRN* al francés, su autor abrevió su nombre con las iniciales M. D. M. También en la portada latina de su segunda edición

⁵¹⁰ Encontramos en la “Lista de señores suscriptores” a las *Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro. Tomo V. Escritos y discursos forenses*, Madrid: Imprenta de A. Florez y Compañía, 1877, donde se dan datos de sus nombres, apellidos y pueblos, un “Matías Sánchez García, Presbítero, Velez-Rubio” (p. 503).

⁵¹¹ Sobre esta primera traducción de Lucrecio al francés, cf. Gordon (1985: 151 y 154-55) y Cottagnies (2016: 161-90).

(1659), utilizó las siglas M. D. M. A. D. V. para ocultar su nombre y cargo eclesiástico: “Michel de Marolles, Abbé de Villeloin”⁵¹². La A. no era la abreviatura francesa de “Abbé”, sino “Abb.”⁵¹³. En cualquier caso, su auténtico nombre no pasó desapercibido mucho tiempo, porque algunos compradores lo escribieron debajo expandido: “Michel de Marolles”⁵¹⁴. Es muy probable que, de haberse publicado la de Matías Sánchez, tampoco hubiese transcurrido mucho sin saberse cuál era su verdadero nombre.

Al año siguiente de presentar su traducción a la Academia Greco-Latina, el 10 de marzo de 1833, Matías Sánchez opositó para cubrir una plaza vacante de Supernumerario dentro de la misma institución. Le tocó en suerte el tema “Sobre cuál será el método más acertado para enseñar los rudimentos de la lengua latina comparada con la castellana”, que debía desarrollar en dos discursos, en castellano y en latín, y que debió de escribirlos en poco tiempo, seguramente durante la encerrona de la oposición. Y la ganó, según se desprende de la *Guía de litigantes y pretendientes para el año de 1835* (Nifo, 1835: 112), pues aparece listado entre los “Supernumerarios”.

El manuscrito de los discursos se conserva en la Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” de la Universidad Complutense con la signatura MSS. 530(10)⁵¹⁵. Al cotejarlo con el ms. II 646 de la Biblioteca del Palacio Real, se aprecia el parecido del *ductus* de sus letras cursivas. Por la similitud de las letras creemos que el ms. II 646 *Sobre la naturaleza de las cosas* es el original autógrafo del sacerdote Matías Sánchez (Traver, 2017: 48-50. Cf. láminas 2 y 3).

2. 3. *El ms. 287 de la Biblioteca Menéndez Pelayo (1791)*

Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) recibió como regalo el ms. 287 en torno a 1875 de manos de su amigo y pariente Damián Menéndez Rayón⁵¹⁶, quien causalmente lo había encontrado en un puesto de libros. Artigas Ferrando y Sánchez Reyes (1957: 100) describen este manuscrito de la BMP, con el n.º 59, así:

⁵¹² *De Rerum Natura Libri sex Ad postremam Oberti Gifani I. C. emendatione accuratissimè restituti; cum interpretatione Gallica M. D. M. A. D. V.*, Lutetiae Parisiorum: Ap. Gullelmum de Luyne (BN R/20248).

⁵¹³ Cf. su retrato y cartela tras el “Extraict du Privilege du Roy”, en *Les memoires de Michel de Marolles*, Paris: Chez Antoine de Sommaville, 1656, en la siguiente dirección electrónica: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k82666p> (último acceso: 21-11-2021).

⁵¹⁴ Encontramos algunos ejemplos en ejemplares a la venta en la red. Cf. la URL: <https://www.debaecque.fr/en/lot/95929/9808957-lucrece-le-poete-lucrece-latin>.

⁵¹⁵ Es visitable en la siguiente URL: <https://patrimonioidigital.ucm.es/r/item/5328548836> (último acceso: 15-02-2021).

⁵¹⁶ Trabajó como archivero del Ministerio de Hacienda en Madrid (Canella Secádes 1903-1904: 763).

El poema de la *Naturaleza de las Cosas* de Lucrecio traducido por Don José Marchena.

260 folios numerados letra moderna; 200 X 150 mm., caja de la escritura 190 X 95 mm., en rústica. Ex libris de la *Librería del Colegio Imperial* de Jesuítas.

(fol. 1 r.) T. Lucrecio Caro. | De la Naturaleza de las Cosas. | Poema en 6 cantos. | traducido por D. José Marchena. | año de 1791.

(fol. 1 v.) Es propiedad de D. Menéndez Rayón, quien lo regala a su querido amigo y pariente D. Marcelino Menéndez y Pelayo 1878. Damián Menéndez Rayón.

(fol. 2 r.) Canto 1º E. Engendradora del romano pueblo
placer de hombres y dioses alma Venus.

.....
(fol. 260 v.) A. ... antes que los cadáveres soltasen.

Finis in totum | et | Canticorum. Año de 1791, en Valmojado⁵¹⁷ | por Dn. J. R. M. C.

(Fué publicada la traducción de Marchena, conforme a este manuscrito, en *Obras literarias de D. José Marchena (El Abate Marchena) recogidas de manuscritos y raros impresos con un estudio crítico-biográfico del Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo [...] Sevilla. Rasco, 1896. Vol. II, pág. 1 a 303.*

La portada primitiva del manuscrito decía:

Lucrecio. *De rerum natura* | Poema en 6 Cantos en verso | escritos en Valmojado | año de 1791, y está enmendado, tal como la copiamos arriba, de mano de Menéndez Pelayo).

Menéndez Pelayo dudó en asignar la versión castellana a Marchena al ver las iniciales *Dn. J. R. M. C.* del colofón, pues estas no coincidían al cien por cien con su nombre (*cf.* lámina 4). En una carta de 1875, dirigida a su amigo el profesor Gumersindo Laverde (1835-1890), expresa claramente estas dudas, cuando no conocía aún el nombre completo del “abate” Marchena (Revuelta Sañudo, 2008: 160-64, n.º I 212):

Santander, 1 julio 1875

Mi queridísimo amigo: Ayer tarde llegué á esta su casa, con objeto de pasar en ella las vacaciones [...]

He llegado á sospechar si será trabajo de Marchena la traducción de Lucrecio, que dejé casi enteramente revisada. He hecho varias combinaciones con las iniciales, y toda la dificultad estriba en una *R.* que acaso sea su segundo nombre ó primer apellido, porque está entre la *J* y la *M.* Para salir de dudas, será conveniente buscar en Utrera su partida de bautismo. El que la traducción sea en muchas partes descuidada y floja, lo cual contrasta con el esmero que en obras de este género empleaba Marchena, nada prueba porque semejante trabajo aparece hecho en 1791, época

⁵¹⁷ Valmojado es un municipio de Toledo en el que podría haberse hecho la copia.

en que ya era él enciclopedista hasta los huesos, pero todavía no se había dado á conocer como escritor. Acaso sea un ensayo de sus mocedades. En la fecha citada pienso que todavía estaba en España, de donde á mi entender emigró en 1792, á consecuencia no solamente de su *Carta contra el celibato eclesiástico* que cita D. Leopoldo, sino como gravemente complicado en una conspiracion *republicana*, á cuyo frente estaban un brigadier de marina, cuyo nombre no recuerdo, y el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, que, á mi entender, fué el que calentó la cabeza á Marchena. De nada de esto han hablado nuestros historiadores, pero el proceso original existía en poder del paleógrafo Tró y Ortolano muerto hace pocos meses. Hoy ignoro el paradero del ms.

Es de vd. apasionado amigo:
Marcelino

A comienzos del año siguiente le escribe de nuevo, cuando ya ha despedido la duda de la *R* gracias a una reseña biográfica de Gaspar Bono Serrano aparecida en la antología *Poetas líricos del siglo XVIII* de Leopoldo Augusto de Cueto (1875: 615)⁵¹⁸. Dice así la posdata de su carta, fechada en Santander el 20 de enero de 1876 (Revuelta Sañudo, 2008: 318, n.º I 290):

P.D. Acabo de descubrir (si no me equivoco) el nombre del traductor de Lucrecio. Fue, en mi sentir, el abate Marchena. Segun las noticias que de él inserta D. Leopoldo llamóse D. José Marchena Ruiz de Cueto, y las iniciales del anónimo intérprete son D. J. M. R. C. Quizá me engañe, pero la presuncion es muy fuerte.

Gumersindo Laverde responde a su misiva cuatro días después secundando la hipótesis de esta guisa (Revuelta Sañudo, 2008: 318, n.º I 291):

La conjetura de V. respecto á ser Marchena el traductor de Lucrecio me parece tan fundada que, en mi sentir, debe tenerse por cierta mientras no se pruebe lo contrario.

El polígrafo santanderino le comentó su conjetura también a Menéndez Rayón por carta y este le respondió el 10 de febrero de 1876, elogiando sus desvelos y progresos, al tiempo que refiriendo en los siguientes términos detalles relevantes sobre el momento del hallazgo del ms. 287 (Revuelta Sañudo, 2008: n.º 302):

La noticia que me dá V. del incógnito traductor de Lucrecio me ha sorprendido sobre manera, puesto que esta rodeada de una muy fuerte verosimilitud. La noticia me llenó de gozo y aplaudo su actividad y desvelos sobre este asunto. La copia es

⁵¹⁸ Dice así: “Don José Marchena nació en Utrera, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de don Antonio y doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educación muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico [...]”

posible se haya hecho en Valmojado ó también que él lo haya puesto en limpio en aquel punto, y que posteriormente haya caído en manos de un curioso que sacó la copia *ad litteram* salvo aquel añadido de *finis in totum* que tanto le sorprendió á V⁵¹⁹. – De todos modos creo que la copia se ha hecho en Madrid por algun escribiente á quien se le mandó hacerla. Tengo dos razones para creerlo; la primera, que es letra muy tendida y suelta, cosa poco comun en los escritores. La segunda, la clase de tinta, igual á la muchedumbre de escritos que diariamente estoy viendo aqui. Yo creo que este escrito se ha hecho aqui y debió hacerse del 30 al 40, poco mas o menos, por el original; primero porque la letra tomó ese caracter oficinesco por ese tiempo y segundo porque cuando lo compré tenia muchos polvos pegados á las letras, lo cual en un libro usado no es fácil, y tercero porque recuerdo que cuando lo adquirí era la encuadernación bastante reciente. Lo que habria que averiguar era donde para el original, y si yo tuviera tiempo daria algunos pasos en este sentido; pero lo que importa y V. ha conseguido, como creo, es saber el autor que puede poner en camino de averiguar lo que resta.

Ni Damián, muerto pocos años después (en 1883), ni Marcelino Menéndez Pelayo supieron con absoluta certeza quién fue el amanuense. El manuscrito terminó engrosando los riquísimos fondos de la Biblioteca Menéndez Pelayo hasta hoy, donde se custodia. Casi nadie había dudado de la autoría de José Marchena de esta segunda versión castellana y primera en verso del *DRN*.

El dato del trastorno de las siglas era suficientemente relevante como para que el erudito santanderino lo hubiera advertido en su magno estudio sobre Marchena (1896) y hubiera intentado explicar las razones del ligero desorden en las siglas⁵²⁰. Pero no lo hizo, al punto que afirma sin fisuras (Menéndez Pelayo, 1896: XI):

El manuscrito no parece original, sinó copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene expreso el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. M. R. C.*, y al fin la fecha de 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna.

Sin embargo, el ms. II 646 del sacerdote Matías Sánchez sí tiene prólogo al comienzo y notas al final de cada uno de los seis libros lucrecianos. Y, como se extrae de su texto, es mejor y más completa traducción, aun siendo la misma que la del ms. 287 que supuestamente ha preservado la versión del joven

⁵¹⁹ Solía ser *Finis* o *Finis. Laus Deo*. Cf. Artigas Ferrando y Sánchez Reyes (1957: 30, n.º 17; 225, n.º 112, o 315, n.º 183, 20).

⁵²⁰ Hubiera sido conveniente saber, por ejemplo, si en traducciones o ensayos polémicos era más o menos habitual el cambio de siglas como procedimiento de ocultación. El orden correcto de las iniciales está registrado en el catálogo de manuscritos de Artigas Ferrando y Sánchez Reyes (1957: 101, n.º 59): “(fol. 260 v.) A. ... *antes que los cadáveres soltasen*. Finis in totum | et | Canticorum. | Año de 1791, en Valmojado | por Dn. J. R. M. C.”.

revolucionario José Marchena. Si comparamos el número de versos de los mss. II 646 y 287 y de la edición de este realizada por Menéndez Pelayo (1896), el resultado es el siguiente:

Mss. / Ed.	AUTOR	I	II	III	IV	V	VI	TOTAL
II 646	Sánchez	1401	1537	1512	1779	2122	1895	10246
287	¿Estabiel?	1401	1535	1500	1775	2108	1894	10213
Edición	Marchena	1402	1531	1504	1770	2113	1891	10211

El manuscrito II 646 tiene treinta y tres versos más que el 287 y treinta y cinco más que la edición de Menéndez Pelayo. El ms. 287 presenta, al menos, tres lagunas textuales significativas⁵²¹:

1. Libro III 1207-210⁵²²

Ms. 287	II 646 (SÁNCHEZ)
vv. 1220-23 ⁵²³ (fol. 103v.)	vv. 1208-17 (fol. 92r.-v.)
que existe aun, y sin dejar su lado le anima con su propio sentimiento ⁵²⁴ : porque si es ciertamente una desgracia en la muerte servir de pasto á fieras,	Que existe aun, y sin dejar su lado Le anima con su propio sentimiento: Indignase por eso haber nacido Mortal: no ve que verdadera muerte Subsistir otro el no le permite; Un otro vivo que llorarle pueda Despues de muerto estando en pie a su lado Comido de dolor y sentimiento: Porque si es ciertamente una desgracia En la muerte servir de pasto a fieras,

2. Libro IV 1583-86

Ms. 287	II 646 (SÁNCHEZ)
vv. 1606-9 (fol. 140v.)	vv. 1583-88 (fol. 125r.-v.)
el aplacar á Venus mutuamente que los aflige con amor infame: si es negra su querida, para ellos es morenita muy graciosa;	El aplacar a Venus mutuamente, Que los aflige con amor infame: Victimas son al fin los pobretones De objeto mas disforme, y vergonzoso: Si es negra su querida, para ellos Es una morenita muy graciosa;

⁵²¹ Para más información sobre las omisiones, lagunas y variantes textuales de estos dos manuscritos y de la edición de Menéndez Pelayo, cf. Traver (2017: 39-54, y 2019: 291-312).

⁵²² Esta numeración corresponde a la edición de Menéndez Pelayo (1896). En cada columna, insertamos la correspondiente de cada manuscrito.

⁵²³ Esta laguna de Lucr. III 884-87 fue señalada por Plácido (1999: 224, n. 16) en la edición de Agustín García Calvo (1999) de *De la naturaleza de las cosas* de José Marchena.

⁵²⁴ Es ejemplo claro de omisión por *homoeotéleuton* o "saut du même au même" (Willis, 1972: 111-18).

3. Libro V 475-77

Ms. 287	II 646 (SÁNCHEZ)
vv. 477-79 ⁵²⁵ (fol. 168r.)	vv. 476-83 (fol. 142v.)
con voraz llama las generaciones, o que se destruyeron las ciudades ⁵²⁶ , debes decir tanto más convencido	Con voraz llama las generaciones, O que se destruyeran las ciudades Con las revoluciones espantosas Del mundo; o que torrentes destructores Se desencadenaron sobre el globo A causa de las lluvias continuadas, Y dejaron cubiertas las ciudades: Tanto mas convencido decir debes

Fue el profesor Molina Sánchez (2018: 349-52) quien descubrió que la traducción lucreciana de Matías Sánchez era en realidad la misma que Menéndez Pelayo había atribuido a Marchena, al comparar el ms. II 646 y la edición del ms. 287. Cuando el polígrafo santanderino la publicó en 1896, le había añadido algunas enmiendas de su musa⁵²⁷. Pero, salvo ligeras variantes, es la misma y Molina Sánchez (2022: 108) considera que es un plagio de Matías Sánchez, teniendo en cuenta, sobre todo, la fecha de la traducción, 1791, expresa tanto en la portada como en el colofón del ms. 287. Estima, por ende, acertada la atribución de Menéndez Pelayo, en tanto no se demuestre fehacientemente lo contrario.

Unos años antes, la autoría del “abate” Marchena sobre esta traducción en endecasílabos sueltos había sido puesta en entredicho con argumentos sólidos por Pablo Asencio (2013: 419-22). La duda fundamental sobre su autenticidad estribaba de nuevo en el colofón del manuscrito (fol. 260v.), ya que, como comentamos, las iniciales de la suscripción del traductor, *J. R. M. C.*, no coincidían del todo con el nombre de José Marchena Ruiz de Cueto. Al examinar parcialmente ambos manuscritos⁵²⁸, el expediente de compra del ms. II 646 por parte de la BPR, el informe de la Academia Greco-Latina y documentación de esta institución, llegamos a la conclusión de que Matías Sánchez era, seguramente, el verdadero autor (Traver, 2019: 291-312). Quedaban, sin embargo, varias dudas: si el ms. II 646 era autógrafo de Matías Sánchez, quién

⁵²⁵ Domingo Plácido (1999: 304) indicó también que en la traducción del ms. 287 faltaban los versos de Lucr. V 341-42.

⁵²⁶ Otro ejemplo de omisión por *homoeotéleuton* o “saut du même au même”.

⁵²⁷ Afirma Menéndez Pelayo (1896: XVI, n. 1): “El MS. de mi biblioteca (único que conozco) me fue regalado por mi difunto amigo D. Damián Menéndez Rayón, que le había encontrado casualmente en un puesto de libros. Con intento de remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación que le afean, he hecho en él algunas correcciones al imprimirle”.

⁵²⁸ Disponíamos entonces de una copia completa digital del II 646 y una parcial del 287, pues la BMP estaba rehabilitándose y no era posible adquirir una copia completa. Más tarde, conseguimos la copia digital íntegra.

había copiado el ms. 287, si la fecha de 1791 era cierta y quién se escondía tras las siglas *J. R. M. C.*

La primera quedó resuelta, como anotamos arriba, al comparar el MS. 530(10) con el II 646. La segunda no está satisfecha del todo, pero pensamos que el copista del ms. 287 pudo ser Ramón María Estabiel, archivero y censor de la Academia Greco-Latina⁵²⁹. Y es que, entre los fondos que se custodian en la Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla”, procedentes de los fondos de la Academia Greco-Latina, se encuentra un grupo de cuarenta y una censuras [MSS. 531(11)] que comprenden el período entre octubre de 1830 y septiembre de 1833 (Hualde Pascual y García Jurado 2004: 195)⁵³⁰. En ellas no se halla la del Lucrecio de Matías Sánchez. Sin embargo, entre los dictámenes interesa la censura n.º 10 (fols. 110-19, de 6 de marzo de 1831) que Ramón María Estabiel hizo a la *Colección de poesías varias* de Diego Colón⁵³¹, pues su letra bastardilla tiene gran parecido con la del ms. 287 que Damián Menéndez Rayón regaló al polígrafo santanderino en torno a 1875 (Traver, 2017: 48 y 51-52. Cf. láminas 5 y 6).

De ser así, las suposiciones de Damián Menéndez Rayón, transcritas arriba, eran correctas y destacan por su perspicacia: que la copia fue hecha en Madrid, entre los años 1830-1840, por parte de un escribano profesional y de manera rápida, con esa letra de carácter oficinesco, propia de un organismo, como la Academia Greco-Latina, dedicado por entonces a la censura de libros.

Aparte de que fuera Estabiel el posible amanuense, el ms. 287 presenta correcciones de una mano, cuya letra se asemeja bastante a la de Matías Sánchez, por lo que pensamos que fue revisado por el autor con una lectura rápida, cuando los versos en ambos manuscritos no estaban numerados ni encuadrado, al menos, el ms. 287. Menéndez Pelayo (1896) no aludió a esta mano, aunque se percató de ella. En el fol. 241v. el corrector añade dos versos suprimidos del manuscrito original: *que olores tan mortales no se exhalan*

⁵²⁹ Era catedrático de Latinidad. Vivía en Madrid, en la calle del Mesón de Paños 36 (Nifo, 1828: 24), y fue archivero de la Academia varios años (Nifo, 1835: 111). Ejercía como tal en 1832 (Nifo, 1832: 72). Ese año (Nifo, 1832: 71-72) los cargos de la Academia eran ostentados por José María Puig y Semper (Director), Francisco Antonio González (Vice-director), José Gómez de la Cortina (Secretario), Agapito García de García (Censor), Francisco María Cárdenas (Revisor), José María Cambroner (Bibliotecario), Ramón Estabiel (Archivero) y José Pavón (Tesorero). Con todo, al final del año cambiaron algunos cargos, entre ellos el de secretario, que pasó a manos de José María Cambroner. El cargo de Revisor, “cuya atribución era juzgar el mérito de las composiciones literarias” (Hualde Pascual y García Jurado 2004: 187), estaba en manos, como anotamos arriba, de Francisco María Cárdenas, esculapio secularizado y catedrático de Latín (Hualde Pascual 2006: 574).

⁵³⁰ Es visitable en la siguiente URL: <https://patrimoniodigital.ucm.es/s/patrimonio/item/164610> (último acceso: 15-02-2021).

⁵³¹ Realizó también la censura n.º 28 (fols. 299-306) de la obra *Elementos de gramática general* y la 37 (fols. 403-7) del libro *Nuevos elementos de conservación*.

/ de este rico metal que hay en la mina? (ms. 287, Canto Sexto, vv. 1197-98 = Lucr. VI 811. Cf. lámina 7)⁵³². Menéndez Pelayo colocó al comienzo del primer verso un signo de interrogación, pero no para indicar extrañeza, sino para cerrar conforme a la normativa de la época las expresiones interrogativas. Los incluyó en su edición (1896: 283), siendo los versos VI 1195-96, y cambió “hay” por “yace”. A lo largo del texto, otras correcciones menores de Matías Sánchez aparecen de cuando en cuando⁵³³.

Destacamos dos errores del ms. 287 que, en nuestra opinión, probarían su dependencia directa del ms. II 646, el primero corregido por Matías Sánchez, el segundo, no:

1. En el fol. 121r. (v. 9) del ms. II 646 Matías Sánchez traducía Lucr. IV 959-60a (*fit ratione eadem coniectus partim animai / altior*). Escribe “encerrada”, pero la “e” parece “o” y la segunda “r”, “v”. Estabiel entiende “encorvada o encorrada”. En su revisión, Matías Sánchez tacha “encorvada” y escribe encima “encerrada” (ms. 287, fol. 143v., v. IV 1332. Cf. láminas 8 y 9). Menéndez Pelayo mantiene la corrección en la edición marcheniana del verso IV 1309.
2. En el fol. 199r. (v. 22) del ms. II 646 Matías Sánchez traducía Lucr. VI 1190 (*in manibus uero nerui trahere et tremere artus*). Escribe “atiesaban” pero la “e” parece una “c” y la “s” parece una “i” sin punto (*i*), de ahí que el copista del ms. 287 escriba “aticiabán” (fol. 256v., v. VI 1756. Cf. láminas 10 y 11). Menéndez Pelayo mantiene este término (VI 1753), a pesar de que el verbo “aticiar” no existe.

Las incógnitas para resolver el enigma definitivamente estriban en la fecha de 1791 y en las siglas de la suscripción *J. R. M. C.*⁵³⁴, que probablemente indagaciones sobre la vida de Matías Sánchez podrán disipar. La fecha aparece en la portada y en el colofón, mientras que la abreviatura solo en el colofón. También en la portada y en el colofón está estampado el *ex libris* del Colegio Imperial de los Jesuitas, que podría explicarse porque la Academia Greco-Latina se ubicó, al menos, durante 1842 en este prestigioso colegio madri-

⁵³² El ms. II 646 (fol. 190r.) dice exactamente lo mismo y el *ductus* de la letra bastarda es, en nuestra opinión, el mismo que el de Matías Sánchez.

⁵³³ Cf. Canto Segundo (fols. 39v., 48r., 53v. y 68r.), Canto Tercero (fols. 75v., 76v., 84r. y 111r.), Canto Cuarto (fols. 111v., 130v., 138r. y 143v.), Canto Quinto (fols. 164r. -Estabiel entiende “sin embargo”, corrige Matías “sin abrigo”. Menéndez Pelayo mantiene la corrección en el verso V 315 de la edición-, 173v., 179r., 190v. y 200r.) y Canto Sexto (fols. 214r., 241v. y 249r. -Estabiel entiende “variedad”, corrige Matías “raridad”, y, de nuevo, Menéndez Pelayo acepta la variante como válida en el verso VI 1487 de su edición-).

⁵³⁴ La atribución de la portada (“traducido por D. José Marchena”) fue escrita por Menéndez Pelayo.

leño⁵³⁵ y tuvieran acceso al sello. Aunque estos datos, junto con la alusión al pueblo de Valmojado, presente en la portada, encierran una clave importante, es cierto también que la portada y el colofón suelen ser pasto de terceros, donde se escriben todo tipo de anotaciones y, si se tercia, se modifican títulos y nombres, sobre todo en traducciones polémicas o prohibidas, como era el caso de Lucrecio, un *auctor damnatus*⁵³⁶.

Salvo este escollo, todo permite concluir que el ms. II 646 era el autógrafa original, obra de Matías Sánchez, compuesto en 1832 o poco antes y destinado a la imprenta, previa censura. En cambio, parece muy probable que el ms. 287, considerado apógrafo del original de José Marchena y fuente de numerosas reediciones de la traducción española del *DRN* desde 1896, sea, en realidad, una copia transcrita por el archivero de la Real Academia Greco-Latina Ramón María Estabiel a partir del original del sacerdote, quien posteriormente la revisó. El manuscrito fue copiado “sin prólogo, advertencia ni nota alguna” (Menéndez Pelayo, 1896: XI) por estar destinado para el archivo de la Academia o, más bien, para uso particular. El archivero pudo transcribirlo mientras el manuscrito estuvo en la Academia en espera de que la comisión resolviese si daba o no el *nihil obstat*, o, quizás, Matías Sánchez se lo prestase temporalmente después, con las precauciones debidas, dado que Lucrecio traducido estaba prohibido.

2. 4. La atribución a José Marchena y la edición de Menéndez Pelayo (1896)

José Marchena Ruiz de Cueto (1768-1821) tiene el mérito curioso de ser el escritor español que más ha hecho por la recepción de Lucrecio en España sin haberlo traducido en realidad⁵³⁷. Su supuesta traducción en verso del *DRN*, fechada en 1791, sería considerada un gesto de audacia y rebeldía⁵³⁸, sin pre-

⁵³⁵ Allí lo sitúan la *Guía de litigantes y pretendientes para el año de 1842*, Madrid: Imprenta de D. Norberto Llorenci, p. 115, y la *Guía de forasteros en Madrid para el año de 1842*, Madrid: En la Imprenta Nacional, p. 115. En la relación de miembros de ambas guías aparece mencionado el “Sr. D. Matías Sánchez, *presbítero*” (p. 116).

⁵³⁶ Un ejemplo antiguo e ilustrativo, en el caso de la tradición manuscrita del *DRN*, sería el de los códices *Oblongus* y *Quadratus*, como recuerda Bailey (1998 II: 583): “In O there is space from which it may have been erased (*sc. De rerum natura*). Q had the title of which T. remains and *LVCRETI* is just traceable in erasure; then follows the substituted title *DE PHISICA RERVVM ORIGINE ET EFFECTV LIBER PRIMVS INCIPIT*, which is no doubt a clerical alteration made at a time when Lucretius was in bad odour with the Church as an ‘atheist’”.

⁵³⁷ Dos siglos antes ya había ocurrido algo parecido en Francia: una traducción anónima del *DRN* en verso (París, 1677) fue atribuida al seguidor de Pierre Gassendi y comediógrafo libertino Molière (1622-1673); pero su autor parece haber sido, en realidad, el prelado Michel de Marolles, quien sí tradujo a Lucrecio en 1650, aunque en prosa (Chométy y Rosellini, 2017: 35-38).

⁵³⁸ Traducir Lucrecio entonces era un delito. De hecho, el propio *Índice último* (1790) prohibía la traducción italiana de Marchetti (p. 165) en estos términos: “Lucretio Caro (Tito).

cedentes y sin parangón, en el panorama literario español de finales del siglo XVIII. Escrita, comentaba Menéndez Pelayo (1896: XII), “con admiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene”.

Por entonces, la Inquisición y la Realeza redoblaban sus esfuerzos para frenar la difusión de los perversos ideales ilustrados, los mismos que había engendrado la Revolución Francesa⁵³⁹ y que se nutrían de filosofías subversivas, como la epicúrea, cuyos postulados menoscababan la fe católica. En este contexto, hostil y persecutorio, la traducción marcheniana sería vista como un valeroso tributo, más bien tardío, hacia el sublime *carmen* lucreciano y también como un respaldo a la modernísima filosofía que divulgaba, con la que él, por ser ilustrado, simpatizaba (Menéndez Pelayo, 2000: 635-37). Su propósito fundamental habría sido difundir el pensamiento revolucionario de Epicuro entre los cenáculos liberales para acelerar la ruina del Antiguo Régimen en España.

La maestría poética de sus endecasílabos sueltos haría que fuera durante más de un siglo (1896-2004) la *vulgata* española del *DRN* y un hito en las versiones clásicas castellanas⁵⁴⁰. Aunque tarde (1791), España también había traducido a Lucrecio y gracias además a un ilustrado afrancesado, ateo anticlerical, revolucionario hasta los tuétanos, equiparable –si no superior– a Joseph de Lagrange Chancel (ca. 1738-1775)⁵⁴¹. Y, sin embargo, su verdadero autor no fue tal, sino un sacerdote, miembro de la Real Academia Greco-Latina, quien en 1832 la presentó a esta misma institución para imprimirla y

Della natura delle cose. Libri 6 tradotti del latino, &c Da Alexandro Marchetti. Amsterd. 1754. 2 tom. *Edicto* de 20 de Jun. de 1779: por estar en vulgar, y por sus láminas obscenas”.

⁵³⁹ Téngase en cuenta que el *Índice último de los libros prohibidos, y mandados expurgar: para todos los reynos y señoríos del católico rey de las Españas, el Señor Don Carlos IV*, fue publicado en 1790, solo un año después de la Revolución Francesa.

⁵⁴⁰ La última edición de la Editorial Cátedra data de 2004 (ISBN 8437604133). Menéndez Pelayo (2000: 635-38) ya emitió un juicio favorable sobre la calidad de esta versión, aunque criticaba que “entre versos armoniosos y bien contruidos, no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído más indulgente”.

⁵⁴¹ Poco sabemos de este erudito francés, bibliómano empedernido, amigo de Paul-Henrich Dietrich, barón de Holbach (1723-1789), y preceptor de sus hijos, que se suicidó en 1775 a los 37 años. Su amistad con el barón, reconocido neopicúreo, le facilitaría mucho el trabajo, puesto que tenía en su biblioteca doce ediciones diferentes de Lucrecio que Lagrange debió de cotejar. Además, Holbach proveyó para que se publicara en una tirada lujosa. Según Gordon (1985: 152), fue Denis Diderot (1713-1784) quien animó a Lagrange a que hiciese una traducción francesa mejor que las existentes de Marolles y de Des Coutures. De hecho, el propio Lagrange recrimina en su *Avertissement* el *langage gothique* y la ignorancia de sus predecesores sobre filosofía epicúrea. La traducción causó pronto escándalo y temor entre los filósofos franceses más conservadores, al darse cuenta de que la versión difundía sin recato los postulados antiteológicos de Lucrecio (Fusil, 1928: 195). Pese a esta oposición, la traducción se reimprimió en numerosas ocasiones hasta 1920 (Gordon, 1985: 161, n.º ref. 305).

no obtuvo el *imprimatur*⁵⁴². La Revolución Francesa había pasado, la Guerra de la Independencia también, pero el materialismo no. Seguía suscitando enconadas disputas entre intelectuales conservadores y liberales, en las que Lucrecio parece haber jugado un papel relevante. Y Matías Sánchez, al igual que el reverendo Thomas Creech (1659-1700) mucho antes (Cherchi, 2020: 344)⁵⁴³, pretendió hacer accesible la obra de Lucrecio a un número mayor de lectores en la creencia, quizás, de que la mejor manera de combatir las ideas epicúreas era exponerlas y difundirlas sin miedo.

En las postrimerías de la Ilustración el *DRN* despertaba en España mucho más interés que durante el Renacimiento, como parece evidenciar el prólogo de Santiago Sáez. Y los escritores no querían solo espigar descripciones poéticas para ejercitar propedéuticamente la *imitatio*, sino también entender a fondo la física atómica y la teología epicúrea. Se precisaban, por ende, traducciones, como las había en Francia, Italia e Inglaterra, para que el lector comprendiera cabalmente la doctrina del Jardín. Si tenemos en cuenta esta demanda, entenderemos por qué las primeras traducciones se emprenden durante este período. La primera de Sáez data de 1785 y la que hacía Carlos Pignatelli, de en torno a 1810 (Menéndez Pelayo, 1896: XCIX-C, n. 2). Por su parte, el ms. 287 muestra la fecha de 1791, en sintonía con este creciente interés. También las versiones parciales de Javier de Burgos, Gabriel Císcar y Félix M. Hidalgo aparecen por estos años. Ninguna fue publicada entonces debido a las presiones inquisitoriales. Habría de transcurrir todavía una centuria para que la traducción en prosa de Manuel Rodríguez-Navas se publicara (1892) y cuatro años más tarde, en 1896, saliera de los tórculos la de Matías Sánchez (1832), atribuida por Menéndez Pelayo al “abate” Marchena.

Si el autor hubiese sido Marchena, habría tenido que emprender la traducción del *DRN* en difíciles circunstancias, cuando, frizando los veinte años, huía de la Suprema⁵⁴⁴. Y encontrar el necesario reposo para semejante labor de trasegar los hexámetros a los endecasílabos castellanos, más cortos y de ritmo yámbico (García Calvo, 1999: 78), no hubiera sido fácil, mientras errante buscaba refugio. Cierto es que Marchena tenía un prematuro e íntimo

⁵⁴² Recuerdan Hualde Pascual y García Jurado (2004: 193) que “una de las principales actividades llevadas a cabo por la Academia entre 1830 y 1833 es la censura de distintas obras que le son remitidas por el Real y Supremo Consejo de Castilla y la Subdelegación de imprentas”.

⁵⁴³ Matías Sánchez utilizó en sus comentarios una edición anotada de Thomas Creech. Por ejemplo, al explicar el verso de *Lucr.* VI 480, cita su interpretación (fol. 203r.).

⁵⁴⁴ Menéndez Pelayo (1896: XIX-XX) trae el siguiente dato: “En una carta escrita en Bayona el 29 de Diciembre de 1792, y dirigida al ministro de negocios extranjeros Le Brun, dice rotundamente que llevaba ‘seis años de persecuciones en el país más esclavo de la tierra’, y que ‘hacía ocho meses había buscado asilo en Francia, porque la Inquisición quería perderle’ [...] durante esos seis años de persecuciones y de inquietud no residió constantemente en Andalucía, sino que anduvo errante por varias partes de España [...] especialmente en Salamanca y en el Seminario de Vergara”.

conocimiento del latín, amén de estro poético; pero, aun así, hubiera sido una proeza. En su “Advertencia” de las *Cartas persianas* (1819) Marchena razonaba precisamente sobre las dificultades de las traducciones en estos términos, citando de hecho la versión de Marchetti:

Verdad es que solamente los dechados perfectos son los que se deben traducir: ¿pero que es del caso trasladar á otro idioma composiciones de una insulsa medianía, y peor aun escritos disparatados? Lidie un escritor consumado con Corneille, con Moliere, con Tucídides, con Homero mismo cuerpo á cuerpo, trayga á su patria sus hermosuras todas, no le arredre ni la valentía lyrica de Horacio, ni sus satyricos donayres, ni la gracia y la concisa exáctitud de sus epístolas, atrévase á emular la acabada perfección de la versificación de Racine, y hasta la de Virgilio, si fuere menester, y yo le fío que sus versiones, puliendo y acrisolando su idioma, serán composiciones clásicas, como lo son en Inglaterra la *Ilíada* de Pope, en Italia el *Osian* de Cesarotti, el Lucrecio de Marchetti, el Tácito de Davanzati, y el Homero de Voss en Alemania (Díaz-Plaja, 1985: 158).

Además, por un comentario relativamente extenso sobre el *DRN* que Marchena escribió mucho después de 1791 en su *Lecciones de filosofía moral y elocuencia* (Burdeos, 1820), parece claro que había leído a Lucrecio –de hecho, lo imita a menudo en sus poesías originales–, pero no tanto que le inspirase un fanatismo materialista, pues el poeta romano, decía allí, era “sublime cuando las vanas fantasías de la superstición ó los pánicos terrores de la muerte fulmina” (Díaz-Plaja, 1985: 135). Para Marchena Lucrecio argumentaba, ante todo, contra la superstición religiosa y el miedo a la muerte.

Aparte de las siglas de la suscripción, Menéndez Pelayo, al preparar la edición, se percató de las correcciones del revisor que desconocía: Matías Sánchez. De estas enmiendas nada dice en su edición, ni tampoco de los versos perdidos por el mal guillotinado de los cuadernos al coserlos a la encuadernación del ms. 287. Estas mutilaciones, junto con las lagunas apuntadas y las variantes introducidas *propria manu* de Menéndez Pelayo, hacen que su edición no sea fiel al ms. 287.

En el fol. 126r., por ejemplo, el corte de la guillotina va por medio del verso (IV 599), pero Menéndez Pelayo fue capaz de recuperar el texto y escribió encima: “nos parece que son así arrastrados” (cf. edición IV 588). Este es, en efecto, el verso en el ms. II 646, f. 110r. (v. 12). Pero en el fol. 198r. el corte ha hecho desaparecer el verso que hubiera sido el V 1655. Menéndez Pelayo vio los trazos superiores de algunas letras, pero el verso era irrecuperable y anotó encima “blanco”. En la edición, por tanto, no está (cf. vv. V 1652-53). Según el ms. II 646 el original decía: “Y se impusieron leyes, a las cuales” (f. 160v., v. 17).

Traemos un fragmento (Lucr. IV 1157-70) donde se aprecian con claridad algunas modificaciones y una supresión de Menéndez Pelayo, en el que, además, el copista del ms. 287 no transcribió un par de versos:

II 646 (SÁNCHEZ)	Ms. 287	ED. MENÉNDEZ PELAYO
vv. 1582-1608 (FOL. 125 R.-V.)	vv. 1605-29 (FOLS. 140 V.-141 R.)	vv. 1582-1605
Y unos de otros se burlan, y aconsejan El aplacar a Venus mutuamente, Que los aflige con amor infame: Victimas son al fin los pobretones De objeto mas disforme, y vergonzoso: Si es negra su querida, para ellos Es una morenita muy graciosa; Cochina y asquerosa, es descuidada; Vizca, de Palas es competidora; Si seca y descarnada, es una corza Del Ménalo; si enana y pequeña, Es una de las Gracias, muy salada; Si alta y agigantada, majestuosa, Llena de dignidad; tartamudea, Y no pronuncia bien, es un tropiezo Gracioso; taciturna, es vergonzosa; Colérica, envidiosa, bachillera, Es un fuego que no puede estar quieto; Cuando de puro tísica se muere, Es de un temperamento delicado; Si con la tos ya casi muerta se halla, Entonces es beldad descaecida; Y si gorda y tetona, es una Ceres, La querida de Baco: si chatilla, Es silla de placer; si belfa, el beso; Jamás acabaría, si intentara Contar las ilusiones de esta especie.	y unos de otros se burlan y aconsejan el aplacar á Venus mutuamente que los aflige con amor infame: si es negra su querida, para ellos es una morenita muy graciosa; cochina y asquerosa, es descuidada; vizca, de Palas es competidora; si seca y descarnada, es una corza del Ménalo; si enana y pequeña, es una de las gracias, muy salada; si alta y agigantada, majestuosa, llena de dignidad; tartamudea y no pronuncia bien, es un tropiezo gracioso; taciturna, es vergonzosa; colérica, envidiosa, bachillera, es un fuego que no puede estar quieto; cuando de puro tísica se muere, es de un temperamento delicado; si con la tos se halla ya casi muerta, entonces es beldad descaecida; y si gorda y tetona, es una Ceres, la querida de Baco: si chatilla, es silla de placer; si belfa, el beso: jamás acabaría si intentara contar las ilusiones de esta especie.	Y unos de otros se burlan y aconsejan El aplacar á Venus mutuamente Que los aflige con amor infame: Si es negra su querida, para ellos Es una morenita muy graciosa; Si sucia y asquerosa, es descuidada; Si es de ojos pardos, se asemeja á Palas; Si seca y descarnada, es una corza Del Ménalo; si enana y pequeña, Es una de las gracias, muy salada; Si alta y agigantada, es majestuosa, Llena de dignidad; tartamudea Y no pronuncia bien, es un tropiezo Gracioso; taciturna, es vergonzosa; Colérica, envidiosa, bachillera, Es un fuego vivaz que no reposa; Cuando de puro tísica se muere, Es de un temperamento delicado; Si con la tos se ahoga y desfallece, Entonces es beldad descaecida; Y si gorda y tetuda, es una Ceres, La querida de Baco: si chatilla, Es silla de placer; ¡nadie podría Enumerar tan ciegas ilusiones!

Resulta obvio, según los datos y argumentos expuestos, que el ms. II 646 es mejor que el 287 y que el autor de la traducción, salvo que aparezca algún dato extraordinario, era Matías Sánchez. Hemos de tener también en cuenta que presentó su versión a una institución pública, la Academia Greco-Latina, en la que ninguno de sus miembros tenía noticia de la supuesta traducción de Marchena, ni de alguna otra, que sepamos. Marchena jamás aludió a ella. A favor también está su condición de religioso, como los abates Michel de Marolles y Raffaele Pastore (n. 1732), traductores de Lucrecio al francés y al italiano respectivamente. Por último, el informe de don José Cambroner, que estudiaremos a continuación, y las piezas literarias habituales en la tradición editorial de Lucrecio (cita, *damnatio Lucretii*, resúmenes y notas), que acompañan la versión de Matías Sánchez, vienen a respaldar más aún la hipótesis. Por estas razones y dado el contexto polémico de la época ante el emergente materialismo y el consiguiente temor ante posibles represalias, preferimos pensar que tanto la fecha de 1791 como las iniciales *J. R. M. C.* son subrepticias y que la traducción no circuló manuscrita como en el caso de la de Alessandro Marchetti.

2. 5. *El informe de la Academia Greco-Latina*

Como dijimos, entre los folios de guarda se ha conservado un informe del secretario de la Real Academia Greco-Latina, José M.^a Cambronero (1804-1841), que tiene gran interés para la tradición de Lucrecio en España y que reza así⁵⁴⁵:

Don José M.^a Cambronero, Doctor en leyes por la R. Universidad de Alcalá de Henares, Abogado de los R. Consejos, y Secretario de la R. Academia Greco-Latina:

Certifico: Que habiéndose presentado à esta R. Academia por su digno individuo D. Matías Sánchez una traducción del Lucrecio, poeta latino, para que se imprimiese, la ha reconocido prolijamente y admirando el esmero con que está versificada por la inmensa dificultad que opone la irregularidad del testo y la oscuridad de algunos conceptos, por lo que no pudo menos de alabar la laboriosidad y diligencia del traductor; pero reflexionando que si se publicase del modo literal con que ha sido concebida se haría demasiado vulgar, cayendo en manos inespertas y poco preparadas para resistir a los principios arriesgados que sienta el autor, acordó esta R. Academia que se devolviese la obra con este elogio y observaciones à quien la había presentado ya para su satisfacción, ya también para que hiciese de ella el uso más conveniente. Madrid veinte y nueve de Diciembre de mil ochocientos treinta y dos. José M.^a Cambronero.

Las razones que aduce el secretario para no imprimir la obra se ajustan a la legislación que el tribunal del Santo Oficio había (re)establecido a tan solo dos años de su abolición (1834)⁵⁴⁶. Transcurrían los últimos tiempos de la Década Ominosa (1823-33) y, tras el Trienio Liberal (1820-23), la Monarquía y la Iglesia pusieron especial celo en perseguir libros revolucionarios e impíos. Se practicaba una política preventiva para evitar a toda costa que estallara en España otra Revolución Francesa, cuyo infausto recuerdo dolía aún y parecía renacer después de que el rey francés Carlos X (1757-1836), de corte absolutista, hubiera sido depuesto por el monarca constitucionalista Luis Felipe de Orleans (1773-1850).

⁵⁴⁵ Tomo la transcripción de Molina Sánchez (2018: 347-48).

⁵⁴⁶ De forma orientativa, tomamos las reglas VI y VII del *Índice* de León Carbonero (1873: 36-51): VI. “Prohíbense los libros escritos en lengua vulgar que tratan de propósito de disputas y controversias en cosas y materias de religión entre católicos y herejes de nuestro tiempo. Pero no se prohíben los libros que tratan de la forma de bien vivir [...] en lengua vulgar, si no contienen cosa contra la buena y sana doctrina [...]” VII. “Prohíbense asimismo los libros que tratan, cuentan y enseñan cosas de propósito lascivas, de amores ú otras cualesquiera, como dañosas á las buenas costumbres de la Iglesia cristiana [...] Pero los libros antiguos de este género, compuestos por étnicos, se permiten por su elegancia y propiedad, advirtiendo que en ninguna manera se lean á la juventud [...]”

En las décadas anteriores muchos jóvenes habían leído libros pervertidos, franceses en su mayoría, que encendieron en ellos la llama de la incredulidad, como le había ocurrido a José Marchena, fallecido hacía poco (1821). Intoxicados de ideales liberales y de pensamientos anticlericales, algunos de ellos se sumaron de grado a la invasión napoleónica. Entre esos libros se contaban varias traducciones francesas, inglesas y una italiana del *DRN* de Lucrecio que estaban prohibidas⁵⁴⁷. De haber salido impresa la versión de Matías Sánchez las ideas irreligiosas de Lucrecio habrían llegado con imprevisibles consecuencias al gran público, incapaz de leer fluidamente latín⁵⁴⁸.

Muchos intelectuales españoles, entre los cuales había numerosos sacerdotes, opinaban que todo debate intelectual, si era de cierta envergadura, debía plantearse en la lengua culta⁵⁴⁹, pues quien la desconocía no tenía nada

⁵⁴⁷ Ya Tanneguy Le Fèvre (1615-1672) en su edición de 1662 (Gordon, 1985: 88-89, n.º 106) no consideraba que el *DRN* fuese una lectura recomendable para los jóvenes, sobre todo, por la obscenidad del final del libro IV (Fleishmann, 1964: 71). En 1675 Mrs. Lucie Hutchinson, traductora al inglés del *DRN*, recomendaba no publicar su versión en una carta dirigida al conde de Anglesey para evitar la propagación de su perversa doctrina (Munro, 1857-1858: 126-29). Encontramos otro caso llamativo en la traducción inglesa de 1656 (*An essay on the first book of T. Lucretius Carus De rerum natura*) realizada por John Evelyn (1620-1706). Su amigo el obispo de Down and Connor, Jeremy Taylor (1613-1667), expresaba en una carta su disgusto por su intención de publicar a Lucrecio y le recomendaba que escribiese un antídoto contundente en el prólogo (Wagenblass, 1946: 143-44). De su potencial nocivo para los jóvenes daba cuentas también G. Griffoli (*fl. ca. 1550*) en su *Oratio... de laudibus poetarum habita*, contenida en su obra *Orationes variae* (Venetiis: 1557): *Lucretij non ingenium mihi quidem displicet, quod fateor esse maximum. sed philosophiae genus minime probatur. impium est enim, et naturae maxime repugnat. eruditum sane carmen, et perelegans, nec in argumentis acumine maximi philosophi nec in verbis pondere maximi poetae caret. verum habenda ratio est, imbecillitatis iuniorum, et magnopere cavendum nequa pravitas in illorum mentibus inhaerescat* (Prosperi, 2004: 107, n. 173). Y, mucho después, en el prólogo de la quinta edición (1896: X-XI) de su conocido ensayo *Le Poème de Lucrèce*, Constant Martha recriminaba a los censores precisamente este celo: “Je serais heureux si j’avais pu rendre plus accessibles à tout le monde et surtout à la jeunesse studieuse les grands problèmes que souvent on se fait un devoir de lui dérober”.

⁵⁴⁸ Esto mismo argumentaron los inquisidores al prohibir la publicación de la traducción lucreciana de Marchetti (Costa, 2012: 87).

⁵⁴⁹ La Iglesia siempre opinó que solo los hombres instruidos podían leer obras heréticas. Alonso de Cartagena ya recomendaba esto mismo en su *Epistula directa ad inclitum et magnificum virum dominum Petrum Fernandi de Velasco* (BN ms. 9208). Allí el obispo burgalés afirma que los hombres se dividen en tres grupos: los que no leen, los del *medium genus* y los *scholastici viri* (Lawrance, 1979: 12). Pues bien, Alonso de Cartagena considera que los dos primeros grupos no deben leer libros heréticos: *abstinendum itaque reor ab illis libris qui sententias erroneas et a fide aberrantes astruere conantur, ut sunt nonnulli libri gentilium qui de diis suis erronea multa confingunt. Nec non et potissime ab hereticorum scriptis qui perversissima dogmati astutis cavilationibus miscere solent, procul agendum est* (f. 15r.-v.). Solo los *scholastici* están preparados para leerlos: *Sed sicut armate milicie viros cum hoste pugnare [...] reputatur. Sic in spiritali bello quod adversus hostes fidei gerimus pontifices ac doctores, qui exercitus catholici ducatum gerere debent et armatura fidei auctoritatumque et rationum copiis esse munitos, pugnare ac insanias adversariorum audire. Et ut melius destruant legere decentissimum est. Militaribus*

estimable que decir. Pensaban que solo los conocedores del latín, las *Sacrae Scripturae* y Aristóteles podían enfrentarse sin sucumbir a las falacias modernas. Por eso, cuando reformistas salidos incluso de sus propias filas, como el benedictino Jerónimo Feijoo o Gregorio Mayans (1718-1801)⁵⁵⁰, escribían ensayos en castellano, popularizando la cultura y las polémicas filosóficas, eran duramente criticados y, en la medida de las posibilidades, represaliados. Habían roto “el cordón sanitario” del latín, según la expresión de Williams (2016: 135-60), de forma que la peste epicúrea, entre otras, podía propagarse entre el pueblo inculto y llano. Al hilo de esta cuestión François Lopez (1995: 26) escribe estas esclarecedoras palabras:

Después de toda una carrera consagrada a la escolástica y a la enseñanza en latín, Feijoo, deseando dirigirse en adelante a millares de lectores, elige hacerlo en castellano, desafiando así una de las mayores interdicciones formuladas por la tiranía eclesiástica. Sabe bien que se lo reprocharán, que será detestado por los que consideran a los laicos y a las mujeres espíritus inferiores, indignos de participar en debates religiosos (porque cualquier debate filosófico es forzosamente religioso).

Incluso en las postrimerías del siglo XIX un joven Menéndez Pelayo (1961: 203-6) rechazaba las versiones vulgares de los autores latinos más lascivos y aducía esta misma razón en el siguiente párrafo de su tesis, dedicada al *Satiricón* de Petronio:

Enhorabuena que no sea libro a propósito para correr en manos de niños y de doncellas; sería una profanación introducirle a las lenguas vulgares; yo considero como timbre de gloria el que nunca lo haya sido a la nuestra, pero idejar de leerle un literato!

El escrúpulo venía de antiguo y tenía acuñado un poético adagio: *dulce et mortiferum carmen sirenarum*⁵⁵¹ (Ynduráin, 1994: 22, 35 y 47). En el irresistible encanto podían caer fácilmente los jóvenes, de ahí la conveniencia de taparles los oídos, si la materia era lasciva y, más aún, herética. Durante siglos este pretexto, a un tiempo paternalista y también rehén de intereses, había contenido la evolución cultural de Europa y, en particular, de España por miedo a las consecuencias económico-sociales que ideologías irreligiosas hubieran ocasionado al debilitar los cimientos teológicos del Antiguo Régimen.

vero viris et hiis qui professione scolastica non censentur non his disputandis insistere, sed disputata tueri et potenti brachio resistentes subicere convenientissimum iudicatur [...] (fols. 16v.-17r.).

⁵⁵⁰ Para comprender esta polémica resulta de gran utilidad el “Juicio” (Sánchez-Blanco, 1998: 110-16) que redactó Mayans, siendo Bibliotecario Real, a la obra de Juan Bautista Berni, *Filosofía racional* (1736).

⁵⁵¹ Cf. Basilio el Grande, *Quom. leg.* IV 1-19, Hor. *Epist.* I 2, 23-26, Both. *Cons.* I 1, 7-11 y, como ejemplo de recepción clásica, la oda IX, *A Querinto. Las Serenas* de fray Luis de León.

Cuando se cumplían unos requisitos, como tener una acrisolada formación tomista y entablar las disquisiciones en latín, se exigían otros nuevos con tal de no cuestionar los dogmas, como tantas veces prueba la recepción europea de Lucrecio, adokinada de *damnationes* y antídotos⁵⁵².

A principios del siglo XVI Marsilio Ficino, Aonio Paleario y Pietro Pomponazzi levantaron un debate polémico sobre la inmortalidad del alma. En el intento por demostrarla tuvieron, sin más remedio, que adentrarse en las premisas epicúreas sobre la mortalidad del alma, más allá de sus presupuestos neoplatónicos y peripatéticos. Esta controversia entablada por humanistas y teólogos de prestigio, profesores en su mayoría de las mejores universidades italianas, parecía debilitar los pilares de la fe. Fue en ese ambiente polémico en el que el Sínodo Episcopal de Florencia de 1517 decidió prohibir la lectura escolar de Lucrecio para frenar “la progresssion du matérialisme et de l’irréligion lucrétien” (Sacré, 1999: 347). La decisión estuvo, entre otras causas, motivada por la publicación el año anterior del *De immortalitate animae* de Pietro Pomponazzi (Goddard, 1991: 138), un tratado que pecaba de herético. El siguiente párrafo formaba parte de aquel decreto:

Ut nullus de cetero ludi magister audeat in scholis suis exponere adolescentibus poemata aut quaecumque alia opera lasciva et impia, quale est Lucreti poema, ubi animae mortalitatem totis viribus ostendere nititur; contrafacientes excommunicari, et in ducatis decem, carceribus stancharum applicandis, condemnari (Fleischmann, 1971: 352)⁵⁵³.

Lucrecio nunca fue ilegal en latín; sin embargo, vulgarizado fue bastante perseguido. En Italia y España fue, sin más miramientos, prohibido, mientras que en Francia ocasionó agrias disputas. Inglaterra fue el único país donde se publicó sin tanto estrépito. Si el Santo Oficio censuraba a Ovidio en romance por corromper a los jóvenes con sus obscenidades, parecía obvio que Lucrecio, un ateo pragmático y persuasivo, iba a estarlo doblemente⁵⁵⁴. En este sentido, la actitud de la Inquisición española fue de férrea y eficaz intransigencia en

⁵⁵² No solo en las ediciones de Lucrecio, también en las de Cicerón, Ovidio o Plinio, entre otros clásicos, los prefacios advertían de los errores teológicos que en estos autores había.

⁵⁵³ El texto está extraído de Mansi, *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio*, Graz, 1961, vol. XXXV col. 270 ch. 2. Cf. también Prosperi (2004: 99, n. 157) y el caso similar del médico Giovan Francesco Brancalone (*fl. ca. 1542*) comentado asimismo por Prosperi (2022: 73-75).

⁵⁵⁴ En la censura a la versión del exjesuita Raffaele Pastore, escrita en 1778, casi un siglo después de la de Marchetti, el padre capuchino Atanasio da Pogno (*fl. ca. 1775*) avisa de que “The Italian versions of Lucrezio Caro have as their essential purpose that of facilitating, even for women and uneducated men, the understanding of all the obscenities contained in Lucrezio’s poem, and all the impieties against God, religion and immortality of the soul that can be found in the same poem”. Aunque la traducción de Pastore aparecía dentro de una suerte de tratado antilucreciano con el título de *La filosofia della natura di Tito Lucrezio Caro: e confutazione del suo deismo e materialismo*, fue puesta en el *Index* (Prosperi, 2018: 131).

todos los dominios de la monarquía. Las autoridades eclesiásticas de otros países se opusieron también tenazmente, pero no pudieron evitar que se editaran versiones romanceadas. Como vimos, la más emblemática fue la poética de Alessandro Marchetti, que circuló manuscrita incluso después de su impresión el año 1717 en Londres. Suscitó asimismo gran revuelo la edición francesa de Lagrange, bastante posterior, de 1768, y muy cercana a la Revolución Francesa:

Ella causa un demi-scandale, nous dit Grimm; on l'attribua aux philosophes, auxquels Lagrange n'aurait fait que prêter son nom: "Les Cogé et autres marauds de cette espèce ont même ajouté que c'est en vertu de leur projet favori de détruire la religion que les philosophes avaient voulu mettre entre les mains de tout le monde une bonne traduction de ce poète le plus incrédule de l'antiquité" (Fusil, 1928: 195).

Estas traducciones entraron clandestinamente en España, pese a estar vetadas. Hallamos una prueba concluyente sobre el ejemplar que se conserva en la BPR (VIII/3048). Se trata de la tercera edición bilingüe publicada en Europa, la latino-francesa de Marolles, cuya data, 1659, es bastante temprana. En las páginas de guarda una anotación manuscrita avisa: "Prohibido por estar en vulgar" (Balsinde, 1996: 339, n.º ref. L-275).

El control riguroso que la Iglesia y los tradicionalistas ejercieron sobre la cultura española consiguió aplazar la publicación castellana del *DRN* hasta el año 1892, fecha muy tardía, en la que apareció la versión en prosa de Rodríguez-Navas y, aun así, vistiendo la lascivia del libro IV. El conato de Matías Sánchez, sesenta años antes, no tuvo éxito y, de hecho, quedó bien neutralizado, como ya había sucedido siglos atrás en Nápoles bajo dominio español (Prosperi, 2022). En Portugal, país vecino y tan católico como Italia y España, las dos primeras traducciones se imprimieron unas décadas antes y muy próximas en los años: en 1850 la de José D. Machado Ferraz (1774-1861) y entre 1851-53 la del médico António J. Lima Leitão (1787-1856).

Cuando el sacerdote Matías Sánchez (*fl. ca.* 1830), un miembro de la Academia Greco-Latina, profesor de Latinidad en Madrid y, por lo demás, un verdadero desconocido, se propuso publicar su versión en endecasílabos sueltos, era todavía para muchos una imprudencia y una insensatez. Los tiempos eran adversos y más para un religioso reformista, como parece haber sido. Debió de traducir el poema latino a finales de la década de 1820 o principios de 1830, en momentos convulsos. Fue entonces cuando Cataluña, la región más industrializada, se sublevó (1827). Matías debió esperar hasta el año propicio de 1832, en el que fueron amnistiados los liberales defensores de la Constitución de Cádiz. Pero, incluso entonces, se le denegó el permiso. A mediados de la centuria, sería ya tarde y, además, las circunstancias

ofrecían un horizonte inseguro y tormentoso para un religioso: la Iglesia era objeto de una feroz represión por parte de las facciones más radicales de liberales y reformistas⁵⁵⁵.

Aunque Matías Sánchez presentó su versión durante la época de mayor esplendor de la Academia Greco-Latina, entre 1830 y 1833 (Hualde Pascual y García Jurado, 2004: 182-97), coincidiendo con los últimos años del rey absolutista Fernando VII, no obtuvo licencia. La institución estaba inmersa entonces en un magno proyecto de modernización de los estudios clásicos en España, dentro del cual destacaba la publicación en castellano de obras emblemáticas de los clásicos, y, de hecho, con su patronazgo se imprimieron traducciones de Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y otros. No parece probable que en su programa renovador se contemplara la publicación del *DRN*, ya que el propio sacerdote, como comentamos, quiso encubrir su nombre. Lucrecio no tuvo, al final, cabida y Matías Sánchez debió llevarse su manuscrito a casa y guardarlo con la debida cautela. Como institución encargada de la censura de libros de Humanidades, según Real Orden del 30 de octubre de 1830, la Academia estaba obligada a ser tan celosa como el supremo Tribunal de concesión de licencias para imprimir. Así de claro lo manifiesta la Orden (Hualde Pascual y García Jurado, 2004: 194):

este supremo Tribunal confía de su acreditada instrucción y celo el puntual desempeño de este grave encargo en que tanto interesa la certeza y unidad de las sanas doctrinas, el exterminio de las erróneas o perjudiciales, la propiedad del lenguaje, la corrección del estilo y sobre todo el adelantamiento de las ciencias y artes que puede contribuir en gran manera a la mejora de las costumbres y a la felicidad del Estado.

Lo que de Orden del Consejo participo a V. S. para inteligencia y cumplimiento de esa Real Academia, y que cuide con particular esmero de elegir dentro de la misma dos o tres de sus individuos los más acreditados por su ciencia e imparcialidad a quienes pasará las obras para su examen y censura, que se hará y remitirá al Consejo con la debida reserva en conformidad a lo dispuesto en el artículo 4º de la citada Cédula de 12 de Julio.

Cuando reverdecía la Academia al socaire regio, Lucrecio debió de parecerles un órdago que levantaría, de ser concedido el permiso, bastantes críticas. Con todo, el informe del secretario, D. José María Cambrónero, era escueto e incluso elogioso, no había reproches ni severas advertencias. Su autor siguió perteneciendo a la Academia, sin destacar como traductor, siendo, a lo que parece, un mero miembro rodeado de colegas que publicaban a otros clásicos.

⁵⁵⁵ Durante el reinado de Isabel II (1833-1868) se llevó a cabo la abolición del diezmo, se produjo la matanza de frailes (17 de julio de 1835) y se emprendió la desamortización de Mendizábal, como recuerda Menéndez Pelayo (2000: 822-974).

Todo sobre su vida es silencio y conjetura⁵⁵⁶. Comparada con la Francisco Lorente (*fl. ca.* 1830), también presbítero y miembro asimismo de la Academia, citado en la *Guía de litigantes y pretendientes* de 1835 (Madrid: Manuel Nifo, p. 112) tan solo un puesto por debajo de él en la relación de supernumerarios de la Academia Greco-Latina, su carrera literaria resulta anodina⁵⁵⁷. Ahora bien, Lorente no tradujo a Lucrecio y esto parece haber sido determinante en la trayectoria profesional de un eminente latinista, como debió de haber sido Matías Sánchez⁵⁵⁸.

Según el informe de José María Cambroner, recogió la versión de su obra con un elogio “para su satisfacción” y con la advertencia de que “hiciese de ella el uso más conveniente”, a sabiendas de que si caía en manos poco expertas podría difundir tesis heréticas entre personas inexpertas⁵⁵⁹. Si consideramos los ataques y dificultades que sufrieron algunas traducciones del *DRN* y sus autores, como el abate de Villeloin, Michel de Marolles (1650), en Francia, y Alessandro Marchetti (1669) y el abate Raffaele Pastore (1778) en Italia⁵⁶⁰,

⁵⁵⁶ No debe confundirse con el Padre Matías Sánchez (1697- *ca.* 1757), jesuita, autor de *El padre de familias brevemente instruido en sus muchas obligaciones de padre*, obra edificante reimpresa en numerosas ocasiones y cuya *editio princeps* data posiblemente de 1792 (en la imprenta de D. Joseph Doblado. BN 3/48629). Sobre este autor, *cf.* Aguilar Piñal (1993: 478-79).

⁵⁵⁷ Dice así una semblanza moderna de Francisco Lorente hecha por Ramos Santana (2002: 121): “Francisco Lorente, de origen aragonés, fue presbítero y canónigo de Valladolid, además de catedrático de teología del Seminario Conciliar de Segorbe y miembro supernumerario de la Real Academia greco-latina. En 1834 publica en Madrid, en la imprenta de la calle del Amor de Dios n° 14, *Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en verso castellano con algunas notas, por el Presbítero Don Francisco Lorente*. También tradujo algunos fragmentos de la *Eneida* y de las *Geórgicas* (Madrid, 1856) y *Los Cánticos de Salomón* (Valencia, 1822). Compuso además un *Discurso con el motivo de haber jurado el Rey la Constitución Política de la Monarquía Española*, que se pronunció en la catedral de Jaca y se publicó en Zaragoza en 1820, así como un *Compendio de la historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora del Tremendal* (Zaragoza, 1858 y 1866)”.

⁵⁵⁸ Michel de Marolles, que sí imprimió su traducción con el privilegio del rey francés, tuvo, en cambio, una carrera brillante; si no igual, sí algo similar hubiéramos esperado para Matías Sánchez. Según Gordon (1985: 151), destacan de Marolles las traducciones de varios poetas latinos (Terencio y Estacio, entre ellos) y de varios libros de la Biblia (*El cantar de los cantares*, *Los salmos* y el *Nuevo Testamento*), así como un breviario para Semana Santa: *L'Office de la Semaine Sainte, selon le Missel & le Breviaire Romain. Avec la Concordance du Missel & du Breviaire de Paris*, A Paris: Par la Compagnie des Libraires associez, 1671.

⁵⁵⁹ La misma razón arguyeron también los inquisidores en la censura que elevaron a la Congregación del Santo Oficio para evitar la publicación de la traducción italiana de Marchetti (Costa, 2012: 87).

⁵⁶⁰ Sobre las vicisitudes, prohibiciones, censuras y escándalos que provocaron, han escrito Gordon (1985: 151) y Costa (2012: 58-65 y 83-4) de Marolles, y Saccenti (1966) y Prosperi (2005) de Marchetti y Pastore respectivamente. El propio Marolles reconoce en sus memorias (*Les mémoires de Michel de Marolles, Abbé de Villeloin*, vol I, A Paris: chez Antoine de Sommaville, 1656, p. 187) que corrigió para su segunda edición la traducción del tercer libro: “à cause de la doctrine de ce Poëte dans son troisieme Volume, où il traite de la Nature del'Ame”. Prosperi (2020: 148) recuerda que las primeras traducciones italianas de Lucrecio, hechas en el siglo XVI,

por citar a traductores católicos, la de Matías Sánchez debió de levantar también suspicacias y prevención⁵⁶¹.

La interrogación que se suscita es ¿por qué un religioso en aquellos convulsos años quiso romancear al impío Lucrecio en España, bastión del catolicismo? Aunque a primera instancia pueda parecernos sorprendente, muchas de las traducciones lucrecianas fueron hechas por doctos religiosos⁵⁶². Es más, la propia pervivencia de los manuscritos del *DRN* es prueba de que, pese a agrias polémicas, presiones y disputas, prevaleció el sentido común en el seno de la Iglesia⁵⁶³. Y estas palabras del jesuita José Mendive (1836-1906) parecen corroborarlo:

Lucrecio, contemporáneo de Cicerón, compuso un largo poema en seis libros para explicar esta misma procedencia, siguiendo las huellas de Epicuro, Empédocles y Demócrito; obra que, á pesar de toda su impiedad y descarado ateísmo, ha podido llegar hasta nosotros merced á la diligencia y cuidado de aquellos monjes de la Edad Media⁵⁶⁴ que ahora se ven pintados por los materialistas

por Giovan Francesco Muscettola y Tito Giovanni Ganzarini, no han pervivido seguramente por cautela y autocensura de sus autores, para evitar males mayores. Y resulta llamativo que en Portugal, según el catálogo bibliográfico nacional Porbase, que recoge en torno a 2.000.500 registros, apenas queden ediciones renacentistas de Lucrecio y muy pocos ejemplares de las dos traducciones en verso que publicaron Machado Ferraz (1850) y Lima Leitão (1851-1853). En concreto, se conservan 5 de la primera y 2 de la segunda.

⁵⁶¹ Esto fue lo que sucedió tres siglos antes con la traducción del napolitano G. F. Muscettola (*vid. n. anterior*) según refiere Prosperi (2022: 10-20), quien utiliza una expresión, “fantasma bibliográfico”, que podría aplicarse también al caso de Matías Sánchez.

⁵⁶² Quizás las más significativas, como hemos visto, para este caso sean la del abad de Villeloin, Michel de Marolles (1600-1681), quien estudió un tiempo con los jesuitas y tradujo el poema latino al francés por primera vez en 1650: *Le poete / Lucrece / latin et françois, / De la Traduction de M. D. M.*, A Paris, Chez Toussaint Quinet, au Palais, sous la montée de la Cour des Aydes (BN 4/200319), y la del también antiguo jesuita y “abate”, esta vez italiano, Raffaele Pastore: *La filosofia della natura di Tito Lucrezio Caro: e confutazione del suo deismo e materialismo*, vols. I-II, Londra: 1776 (Prosperi, 2005: 423-26). Aunque no tradujo el *DRN*, merece citarse, por su transcendencia, al insigne teólogo y científico Pierre Gassendi, conciliador del atomismo antiguo y la doctrina cristiana, cuyas obras dedicadas a Epicuro crearon el clima propicio en Francia para traducir a Lucrecio (Norbrook, 2016: 20).

⁵⁶³ El filósofo Gustavo Bueno Martínez (1924-2016), fundador de la escuela conocida como “materialismo filosófico”, se definía a sí mismo como “ateo católico”. Aceptaba tras la estela de Tomás de Aquino (1224-1274) y Francisco Suárez (1548-1617) que Dios no es racional; pero reconocía en un denso artículo de 2008, titulado “¡Dios salve la razón!”, que ha sido “el Dios de los cristianos quien ha salvado a la razón humana a lo largo de la historia de Occidente” de sucumbir “a mitologías o ideologías delirantes”, a “desviaciones escépticas o nihilistas”, al relativismo o a dogmatismos institucionales, elogiando la capacidad de la Iglesia -sin igual en el resto de religiones monoteístas- de asimilar racionalmente desde sus comienzos las distintas corrientes tanto filosóficas como científicas que heredaron de la Antigüedad y que luego han surgido a lo largo de la historia (Bueno, 2008: 57-92).

⁵⁶⁴ Esta afirmación es discutible si tenemos en cuenta el relato de Poggio Bracciolini sobre las pésimas condiciones en las que descubrió algunos mss. en Alemania (*vid. n. 5*). Cuando entre 1415 y 1417 el humanista italiano halló varios códices en Suiza y Alemania, desaparecidos ya en

y ateos de nuestra época con los negros colores del oscurantismo, cual si hubieran tratado de hundir en el polvo para siempre las riquezas artísticas de la civilización antigua, ó de ocultar cautelosamente, los irrefragables argumentos que aquellos sabios paganos idearon en favor de su irreligiosa filosofía.

¡Cosa admirable! Todo cuanto ahora nos venden como nuevo y reciente los proclamadores de la *evolución materialista*, ya lo hallamos descrito por este famoso poeta romano, quien nos dice haberlo copiado de los filósofos sobredichos. Hasta la misma *selección natural* imaginada por Darwin, se encuentra ya allí profesada por Lucrecio en el libro I de su poema (Mendive, 1898: 299)⁵⁶⁵.

Lucrecio, ciertamente, estaba a mano en las estanterías de muchas librerías gracias a los *scriptoria* de los monasterios carolingios; pero debía estar latín, no en castellano. Pesaba hacia tiempo sobre él la tácita condición de tabú, de *a long-standing taboo*, en palabras de Prosperi (2020: 146). Era evidente que su difusión en romance alentaba, junto con los avances científicos y otras muchas obras filosóficas, una concepción materialista del mundo que podría desembocar en un cambio drástico de consecuencias imprevisibles. Para la Iglesia el texto y los problemas que, modernamente, acarrea no eran desconocidos. Ya vimos cómo la epístola de Aldo Pío Manucio, que servía de introducción a la edición del *DRN* de Andrea Navagero (1515), aconsejaba que la obra de Lucrecio y las de los ateos antiguos fueran publicadas en latín para probar cuán equivocados estaban, pues *veritas, quanto magis inquiritur, tanto apparet illustrior, et venerabilior, qualis est fides catholica* (fol. 1v.). Tres siglos más tarde, parte del clero estaría ya a favor de que Lucrecio fuera publicado en las lenguas romances, como fue el caso de Matías Sánchez, para colmar el interés de intelectuales que no entendían el *DRN* en latín. En los cinco primeros versos de su poema introductorio, dedicado “A los estudiosos” (fol. 1v.), lo deja meridianamente claro:

Solo a vosotros, hombres estudiosos
Dedico los escritos de este sabio,
De aquel varon romano, cuyos labios
La divina natura sublimaron
Esplicando sus obras admirables⁵⁶⁶.

5

Italia o, al menos, no localizables, parece que los monjes de aquellos remotísimos cenobios no tenían interés ni por Cicerón, ni por Columela, ni por Quintiliano, ni por el epicúreo Lucrecio.

⁵⁶⁵ Se encuentra en el capítulo “Doctrina del transformismo acerca del origen del hombre”. En realidad, la formulación lucreciana de esta teoría aparece en el libro V 855-77.

⁵⁶⁶ Según estos versos, Matías Sánchez considera a Lucrecio un gentil tocado por el *Logos* divino (“divina natura”) que, sin embargo, erró al negar, como su maestro Epicuro, la inmortalidad del alma y los premios o castigos del más allá (*vid. supra* § 2. 1, vv. 6-12).

Y en los últimos afirma rotundo que la fe en Cristo basta y que no hay nada que temer:

A nosotros nos basta Jesucristo;
 El es nuestra salud, nuestro consuelo;
 Por el daremos toda nuestra sangre, 15
 Su ley es dulce, fácil, muy humana:
 En el ponemos nuestra confianza
 Sin temer el furor de los tiranos.

Eran tiempos de fanatismos enfrentados: república o monarquía, laicismo o catolicismo, libertad de prensa o censura. En este contexto conflictivo hubo católicos que, desde un cristianismo reformista, de talante liberal, abogaron por la libertad de conciencia y un diálogo sin dogmatismos. No sabemos si Matías Sánchez pretendía algo parecido con su traducción, pero parece posible. Años más tarde, en 1858, Concepción Arenal (1820-1893) escribió un ensayo, *Dios y libertad*, en el que reclamaba en pro del bien común un entendimiento entre católicos y racionalistas, pues existía en ellos, pese a sus diferencias, un afán compartido de mejorar la condición humana. El manuscrito no se publicó entonces y hasta 1996 no ha sido impreso (Lacalzada, 1996). En él la pensadora gallega ofrece algunas claves de las circunstancias polémicas en las que pudo estar envuelta la traducción de Matías Sánchez. Escribe, por ejemplo, en el capítulo quinto, “El peor de los materialismos”, lo siguiente (Lacalzada, 1996: 79-80):

Los sacerdotes deploran amargamente los progresos del materialismo, de esa monstruosa y fatal teoría que reduciendo el hombre a un ser material que no goza ni sufre más que por los sentidos, le degrada, le envilece y le hace desdichado [...]
 El materialismo existe no como consecuencia de la verdad, sino como resultado del error. Los creyentes lo buscan entre los filósofos y allí le persiguen y le anatematizan sin sospechar que hay otro materialismo mil veces más terrible que el de los libros: el materialismo de la miseria (*sic* el subrayado).

En el octavo, “La libertad en lucha con la religión”, dirige estos consejos a los filósofos modernos (Lacalzada, 1996: 100):

Si fueras creyente, si fueras filósofo siquiera, atacarías la superstición, que es la depravación del instinto religioso, pero en tu ciega arremetida no sabes a dónde hieres y tus golpes insensatos derriban las creencias y las supersticiones quedan en pie [...]
 Apóstol de la reforma, si no crees que la religión es divina y eterna, deber conceder obligado por la lógica, necesitas conceder al menos, que el instinto religioso es inextinguible en el hombre. Si lo niegas, si le hostilizas, si no quieres contar con él como auxiliar, le hallarás como obstáculo.

Y en el capítulo décimo, “¿Hay afinidades entre el ateísmo religioso y el empirismo político?”, escribe párrafos bastantes esclarecedores sobre las tensiones que podría generar una traducción castellana del *DRN* en la sociedad de su época (Lacalzada, 1996: 121):

El ateísmo religioso que considera al hombre sin relación a Dios, y niega la providencia, no ve en la humanidad esa mano que la encamina hacia el bien [...]

Este desdén halla necesariamente eco entre los que no viendo en la humanidad el providencial proyecto hacia el bien, no comprenden que a los errores antiguos hay que oponer verdades nuevas, que para mejorar es preciso cambiar y para cambiar reformar [...]

Cuando por el contrario se mira al mundo como la obra de un ser infinitamente bueno, que prueba al hombre y le castiga, pero que no le desampara, el ánimo se dispone a ver una ley providencial de progreso a que obedecen las sociedades, las tinieblas del caos se iluminan y tenemos un hilo que nos marca una segunda senda en el laberinto de la historia.

Dadas estas circunstancias, se entiende por qué Lucrecio no fue publicado. No hubo, al parecer, por las partes interés en encontrar puntos de acuerdo, aunque los había en la *Ética*, como habían puesto de manifiesto los Padres de la Iglesia, al hacer sincretismo con el epicureísmo. Y en Teología también, pues los epicúreos ni negaban la existencia de los dioses, ni quisieron eliminar el sentimiento religioso, sino más bien la superstición⁵⁶⁷. Ni la admiración de Séneca y de Virgilio por Lucrecio tampoco valió de mucho. Pero cierto es que una lectura normal de Lucrecio, al negar la providencia y la vida del más allá, podía inducir al ateísmo pragmático o al anticlericalismo; pero, en principio, no a la violencia ni a la imposición doctrinal. Desde el himno inicial a Venus (I 1-148) el poeta romano defiende una existencia pacífica y sin guerras. Un caso notable y controvertido habría sido, como decíamos, el del ilustrado José Marchena, lector asiduo de libros franceses impíos y de clásicos polémicos como Lucrecio. En su juventud, en torno a 1790, redactó una carta contra el celibato eclesiástico; pero de adulto confesaba que no podía dejar día sin leer la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada (Menéndez Pelayo, 1896: X y LXIX-LXX): “mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano

⁵⁶⁷ Sobre la teología epicúrea ha escrito recientemente Ruiz Castellanos (2015: 235-61) un artículo sugerente al hilo del proemio inicial a Venus (Lucr. I 1-148). En su opinión, Lucrecio pretendía acabar con la superstición, ya fuera de la religión cívica, mítica y, sobre todo, astral, puesto que infundía miedos interesados y sin fundamento, que eran causa de dolor e infelicidad. Esta era, en efecto, la opinión de Epicuro (García Gual, 1993: 165-77). Cf. también Diog. Oen. fr. 16 Ferg. y el comentario de García Gual (2016: 89-91). Mas Torres (2018: 455-77) escribe un capítulo, “Los dioses de Epicuro y Epicuro como dios”, en el que muestra con numerosos textos de Epicuro, Filodemo y Diógenes de Enoanda que las acusaciones de impiedad y ateísmo vertidas sobre el Jardín eran infundadas.

como las monjas, y como los misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó en el Japón”. Tenía un hondo sentimiento religioso que la lectura de libros irreligiosos, al menos en él, no extinguió.

2. 6. *Estilo de la traducción de Matías Sánchez*

Menéndez Pelayo (1896: XI-XVI) hizo este comentario de su estilo, dando por hecho que José Marchena era su autor:

La versificación, dura y desigual como lo es en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaísmos y asperezas de todo género, que llegan a hacer intolerable la lectura [...] No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así traduciendo á *su poeta* cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito, que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de otras versiones anteriores á la suya, por ejemplo la francesa de Lagrange ó la misma italiana de Marchetti. Los buenos trozos de esta versión me parecen superiores á casi todo lo que después hizo en verso [...]

Pese al juicio negativo del comienzo, el erudito santanderino le reconoce grandes méritos poéticos. Admite, por ejemplo, que Marchena escribió su versión con una pasión que logró contagiar al texto, consiguiendo que fuera mucho más persuasiva que las traducciones de Lagrange y Marchetti (Plácido, 1968: 34)⁵⁶⁸. Afirma, a la postre, que en esta versión se hallaban los mejores versos de toda la poesía de Marchena. Pero, como hemos visto, modificó y suprimió, incluso, versos, para “remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación” (Menéndez Pelayo, 1896: XVI, n. 1)⁵⁶⁹. En consecuencia, las ediciones modernas de la supuesta traducción de Marchena, basadas en la *editio princeps* de Menéndez Pelayo (1896) sobre el ms. 287, no son totalmente originales.

Una versión íntegra del *DRN*, hecha en verso y sin precedentes en castellano, era una tarea de gran dificultad, máxime cuando Lucrecio no había sido un autor, como Virgilio u Horacio, que en las facultades se tradujera mucho propedéuticamente mediante *interpretationes*. Los numerosos ejemplos de estas, publicadas y hechas magistralmente por poetas de la talla de fray Luis

⁵⁶⁸ Demostró, además, una buena comprensión del texto latino, que, a falta de anteriores traslaciones castellanas a la vista, resulta, cuando menos, loable, como estimaron García Gual (1993: 77-78) y Alvarado (1950: 36).

⁵⁶⁹ Ya el venezolano Lisandro Alvarado (1858-1929), traductor de Lucrecio (1904), se indignó por este proceder: “Es tratar una propiedad como *res nullius*” (Alvarado, 1950: 33). Vista esta intromisión de un académico de finales del XIX, cuando el concepto de autoría causaba cierto respeto, nos preguntamos qué habrá sido en el caso de los *textus recepti* de nuestros clásicos.

de León, como en el caso de sus odas horacianas, facilitaban la realización de versiones posteriores más pulidas. Teniendo en cuenta esta circunstancia, hemos de ponderar la versión de Matías Sánchez, de la que hemos seleccionado los siguientes pasajes.

“LA INVISIBILIDAD DE LOS ÁTOMOS”, vv. 377-401 (FOL. 11R.-V.)	LUCR. I 271-89
La fuerza enfurecida de los vientos Revuelve el mar, y las soberbias naves Derriba, y desbarata los nublados; Con torbellino rapido corriendo [380] Los campos, a la vez saca de cuajo Los corpulentos arboles, sacude Con soplo destructor los altos montes; El ponto se enfurece con bramidos, Y con murmullo aterrador se ensaña. [385] De aqui seguramente inferiremos Que los vientos son cuerpos invisibles, Que barren tierra, mar, y en fin el cielo, Y esparcen por el ayre los destrozos: No de otro modo corren y destrozan, [390] Que cuando un rio de tranquilas aguas De repente sus margenes ensancha Enriquecido de copiosas lluvias, Que de los montes a torrentes bajan Amontonando troncos y malezas: [395] Ni los robustos puentes la avenida Impetuosa sufren de las aguas; En larga lluvia rebosando el rio Con impetu estrellandose en los diques Con horroroso estruendo los arranca, [400] Y revuelve en sus ondas los peñascos, [...]	principio venti vis verberat incita pontum ingentisque ruit navis et nubila differt, interdum rapido percurrens turbine campos arboribus magnis sternit montisque supremos silvifragis vexat flabris: ita perfurit acri [275] cum fremitu saevitque minaci murmure <i>pontus</i>. sunt igitur venti nimirum corpora caeca quae mare, quae terras, quae denique nubila caeli verrunt ac subito vexantia turbine raptant, nec ratione fluunt alia stragemque propagant [280] et cum mollis aquae fertur natura repente flumine abundanti, quam largis imbris auget montibus ex altis magnus decursus aquai, fragmina coniciens silvarum arbustaque tota, nec validi possunt pontes venientis aquai [285] vim subitam tolerare: ita magno turbidus imbri molibus incurrit validis cum viribus amnis. dat sonitu magno stragem volvitque sub undis grandia saxa ruitque [...]
“ELOGIO DE EPICURO”, vv. 88-107 (FOL. 4V.-5V.)	LUCR. I 62-74
Cuando la humana vida claramente Oprimida yacia con infamia En la tierra por grave fanatismo, [90] Que desde las mansiones celestiales Sacaba la cabeza amenazando A los mortales con horrible aspecto; Al punto un varon griego osó el primero Levantar hacia el mortales ojos, [95], Y declararle guerra abiertamente: No intimidó a este hombre señalado La fama de los Dioses, ni sus rayos, Ni del cielo el colerico murmullo. El valor estremado de su alma [100] Se irrita mas y mas con la codicia De romper el primero los recintos Y las puertas de la Naturaleza. La fuerza vigorosa de su ingenio Triunfa, y se lanza mas alla los muros [105] Inflamados del mundo, y con su mente Corrio la inmensidad [...]	Humana ante oculos foede cum vita iaceret in terris oppressa gravi sub religione quae caput a caeli regionibus ostendebat horribili super aspectu mortalibus instans, [65] primum Graius homo mortalis tollere contra est oculos ausus primusque obistere contra, quem neque fama deum nec fulmina nec minitanti murmure compressit caelum, sed eo magis acrem irritat animi virtutem, effringere ut arta [70] naturae primus portarum claustra cupiret. ergo vivida vis animi pervicit, et extra processit longe flammantia nioenia mundi atque omne immensum peragravit mente animoque,

“FORMA DE LOS ÁTOMOS”, vv. 444-90 (fols. 47 v.-48 v.)	LUCR. II 342-76
Considera ademas la raza humana, Y mudos nadadores escamosos, [445] Y los hermosos arboles, y fieras, Y variedad de aves que frecuentan Los sitios deleitosos de las aguas, Las riberas, y puentes, y lagunas, Y las que corren bosques solitarios [450] Con rauda vuelo; en general compara Los individuos de cualquier especie, Y encontraras en ellos diferencias: El hijo no podria de otro modo Conocer a la madre, ni esta al hijo; [455] Vemos que se conocen mutuamente, Como el hombre conoce sus hijuelos. Porque frecuentemente degollado En los hermosos templos de los Dioses Cae el becerro al lado de las aras [460] Turicremas, brotando de su pecho De sangre un rio ardiente; deshijada La madre empero aquí y allí corriendo Por verdes bosques va estampando en tierra Las hendidas pezuñas, registrando [465] Con ojo ansioso todos los parages, Por si en alguno a su perdido hijo Puede topar, parandose a menudo Llena de quejas el frondoso bosque, Y el establo revec continuamente [470] Clavada con la perdida del hijo. Ni las yerbas lozanas con rocío, Ni tiernos sauces, ni la orilla amena De rios espaciosos la deleitan, Ni la infunden olvido de su pena: [475] Ni por risueños pastos el aspecto De los demas becerros a otra parte La distraen, y la alivian del cuidado: Tan propio y conocido es lo que busca! Conocen ademas los tiernos chotos [480] Con voz temblosa a las cornudas madres; Así guiados por Naturaleza A mamar corren las lecheras ubres. Por fin el trigo aunque parece el mismo, Alguna diferencia hay en sus formas; [485] Del mismo modo vemos que las conchas Hermosean el seno de la tierra Por donde el mar la embebedora arena De corba playa alisa con las ondas [490]	praeterea genus humanum mutaeque natantes squamigerum pecudes et laeta arbusta⁵⁷⁰ feraeque et variae volucres, laetantia quae loca aquarum concelebrant circum ripas fontisque lacusque, [345] et quae pervolgant nemora avia pervolitantes; quorum unum quidvis generatim sumere perge; invenies tamen inter se differre figuris. nec ratione alia proles cognoscere matrem nec mater posset prolem; quod posse videmus, [350] nec minus atque homines inter se nota cluere. nam saepe ante deum vitulus delubra decora turicremas propter mactatus concidit aras sanguinis expirans calidum de pectore flumen. at mater viridis saltus orbata peragrans [355] linquit humi pedibus vestigia pressa bisulcis, omnia convisans oculis loca si queat usquam conspicere amissum fetum, completque querellis frondiferum nemus adsistens et crebra revisit ad stabulum desiderio perfixa iuvenci, [360] nec tenerae salices atque herbae rore vigentes fluminaque ulla queunt summis labentia ripis oblectare animum subitanque avertere curam, nec vitulorum aliae species per pabula laeta derivare queunt animum curaque levare: [365] usque adeo quiddam proprium notumque requirit. praeterea teneri tremulis cum vocibus haedi cornigeras norunt matres agnique petulci balantum pecudes: ita, quod natura reposcit, ad sua quisque fere decurrunt ubera lactis. [370] postremo quodvis frumentum non tamen omne quique suo genere inter se simile esse videbis, quin intercurrat quaedam distantia formis. concharumque genus parili ratione videmus pingere telluris gremium, qua mollibus undis [375] litoris incurvi bibulam pavit aequor harenam.

⁵⁷⁰ *Armenta* en las eds. modernas (Munro, 1893 I: 90, *ad loc.*).

“HIMNO A EPICURO”, vv. 1-47 (FOLS. 72R.-73R.)	LUCR. III 1-30
O tu ornamento de la griega gente, Que llevaste el primero entre tinieblas La luz de la verdad, adocrinando Sobre los intereses de la vida, Yo voy en pos de ti, y estampo aora [5] Mis huellas en las tuyas, no codicio Ser tanto tu rival, como imitarte Ansío enamorado. Pues acaso Entrará en desafío con los cisnes La golondrina? o los tembloros chotos [10] Volaran por fortuna en la carrera Asi como el caballo vigoroso? Tu eres el padre y creador de cosas, Si, tu nos das lecciones paternales, Y del modo que liban las abejas [15] En los bosques floríferos las mieles, Así también nosotros de tus labios Bebemos las verdades más preciosas, Preciosas, varon inclito, muy dignas De tener siempre vida perdurable. [20] Pues al momento que a gritar empieza Tu razon no ser obra de los dioses El universo, sin parar escapan Los terrores del animo, se ensanchan Los limites del mundo; en el vacio [25] Veo formarse el universo; veo La corte celestial, y las moradas Tranquilas de los dioses, que agitadas Ni por los vientos son, ni los nublados Con aguacero enturbian, ni la nieve [30] Que el recio temporal ha condensado Con blancos copos al caer las manchas: Y cubrelas un eter siempre claro; Y rie con luz larga derramada. Prodiga bienes la Naturaleza [35] A las inteligencias celestiales, Ni un instante siquiera es perturbada La paz de sus espíritus divinos: La mansión infernal desaparece Por el contrario, ni la tierra impide [40] Que contemplen debajo de sus plantas En el vacio las escenas varias. Un divino placer y horror sagrado Se apoderan de mi, considerando Estos grandes obgetos, que tu esfuerzo [45] Hizo patentes, descorriendo el velo Con que Naturaleza se cubria.	E tenebris tantis tam clarum extollere lumen qui primus potuisti inlustrans commoda vitae, te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc ficta pedum pono pressis vestigia signis, non ita certandi cupidus quam propter amorem [5] quod te imitari aveo; quid enim contendat hirundo cycnis⁵⁷¹, aut quidnam tremulis facere artibus haedi consimile in cursu possint et fortis equi vis? tu pater es, rerum inventor, tu patria nobis suppeditas praecepta, tuisque ex, inclute, chartis, [10] floriferis ut apes in saltibus omnia libant, omnia nos itidem depascimur aurea dicta, aurea, perpetua semper dignissima vita. nam simul ac ratio tua coepit vociferari naturam rerum, divina mente coorta, [15] diffugiunt animi terrores, moenia mundi discedunt, totum video per inane geri res. apparet divum numen sedesque quietae quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis aspergunt neque nix acri concreta pruina [20] cana cadens violat semper<que> innubilis aether integit, et large diffuso lumine ridet. omnia suppeditat porro natura neque ulla res animi pacem delibat tempore in ullo. at contra nusquam apparent Acherusia templa [25] nec tellus obstat quin omnia dispiciantur, sub pedibus quaecumque infra per inane geruntur. his ibi me rebus quaedam divina voluptas percipit atque horror, quod sic natura tua vi tam manifesta patens ex omni parte relecta est. [30]

⁵⁷¹ Para el significado poético de la imagen del cisne en Lucrecio y sus fuentes, cf. Donohue (1993: 2-4). En un posible contexto de *recusatio* Lucrecio utiliza la imagen del cisne en IV 180-2 y IV 909-11, imitando el epigrama de A. P. VII 713 (Antípatro de Sidón).

“ARTE POÉTICA”, vv. 1-20 (FOLS. 100V.-101R.)	LUCR. IV 1-13
Los sitios retirados del Pierio Recorro por ninguna planta hollados: Me es gustoso llegar a íntegras fuentes, Y agotarlas del todo; y me da gusto Cortando nuevas flores rodearme [5] Las sienas con guirnalda brilladora, Con que no hayan ceñido la cabeza Las musas de cualquier otro poeta: Primero porque enseñe cosas grandes, Y trato de romper los fuertes nudos [10] De la superstición agoviadora; Después porque tratando las materias De suyo oscuras con pieria gracia Hago versos tan claros: no me aparto De la razón en esto: a la manera [15] Que cuando intenta el médico a los niños Dar el ageno ingrato, se prepara Untándoles los bordes de la copa Con dulce y pura miel, para que pasen Sus inocentes labios engañados, [20]	Avia Pieridum peragro loca nullius ante trita solo. iuvat integros accedere fontis atque haurire, iuvatque novos decerpere flores insignemque meo capiti petere inde coronam unde prius nulli velarint tempora musae; [5] primum quod magnis doceo de rebus et artis religionum animum nodis exsolvere pergo, deinde quod obscura de re tam lucida pango carmina, musaeo contingens cuncta lepore. id quoque enim non ab nulla ratione videtur, [10] nam veluti pueris absinthia taetra medentes cum dare conantur, prius oras pocula circum contingunt mellis dulci flavoque liquore,
“ORIGEN DE LA AGRICULTURA”, vv. 1979-2005 (FOL. 165R.-V.)	LUCR. V 1362-78
Pero enseñó también Naturaleza⁵⁷² El arte de plantar y los inertos; [1980] Ella dió estas lecciones la primera, Mostrando las semillas y bellotas, Que cada una a su tiempo producía Al pie del árbol mismo do cayera, Un emjambre de arbustos: desde entonces [1985] Gustaron ingerir ellos en ramas Renuevos de otra especie, y por los campos Les agradó plantar arbustos nuevos. Diariamente hacían tentativas En la cultura de su dulce campo, [1990] Y veían los frutos mas silvestres Con el blando cultivo, y el cuidado, Llegar a suavizarse. Y obligaron A meterse las selvas hacia el monte De día en día, y a dejar los llanos [1995] A la cultura, para que los prados, Los lagos, los arroyos, y los frutos, Y las viñas alegres ocupasen Los campos y collados: y el olivo Pudiese por el medio derramarse [2000] Por cerros, y por valles, y por campos En tendidas hileras; como aora Ves la gustosa variedad que ofrecen Las campiñas doquiera divididas, O guarnecidas de árboles frutales. [2005]	ipsa fuit rerum primum natura creatrix, arboribus quoniam bacae glandesque caducae tempestiva dabant pullorum examina subter; unde etiam libitumst stirpis committere ramis [1365] et nova defodere in terram virgulta per agros. inde aliam atque aliam culturam dulcis agelli temptabant fructusque feros mansuescere terra cernebant indulgendo blandique colendo. inque dies magis in montem succedere silvas [1370] cogebant infraque locum concedere cultis, prata lacus rivos segetes vinetaque laeta collibus et campis ut haberent, atque olearum caerula distinguens inter plaga currere posset per tumulos et convallis camposque profusa; [1375] ut nunc esse vides vario distincta lepore omnia, quae pomis intersita dulcibus ornant arbutisque tenent felicibus obsita circum.

⁵⁷² Menéndez Pelayo reprocha a Marchena que utilice hasta la extenuación términos como *Naturaleza*. Este problema también hubo de afrontarlo recientemente A. García Calvo en su traducción, que lo vierte con el localismo “harnaz”. La solución es difícil, porque el término *natura* aparece en el texto lucreciano muchas veces. O se traduce siempre o se disfraza con sinónimos, que no parece lo más correcto. También Virgilio repite hasta la saciedad términos como *bellum* y no es criticado por ello. Lisandro Alvarado (1950: 34) se maravilla de que Menéndez Pelayo censure a Marchena por repetir “hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la

“SÍNTOMAS DE LA PESTE”, vv. 1728-93 (FOLS. 198v.-199v.)	LUCR. VI 1168-1214
Un ardor interior los devoraba Hasta los mismos huesos; y la llama En su estómago ardía como hornaza: [1730] La mas ligera ropa los ahogaba; Al aire y frio espuesto de continuo, Unos a helados rios se tiraban A causa de aquel fuego en que se ardian, En las aguas mas frias zabullendo; [1735] Desnudo cuerpo; se arrojaban otros En hondos pozos, con la boca abierta, Ansiosos de beber a ellos venian; Y su insaciable sed no distinguia Las aguas abundantes de una gota, [1740] Cuando sus cuerpos aridos metian: Ningun descanso el mal les concedia, Tendido estaba el cuerpo fatigado, La medicina al lado barbotaba Con temor silencioso: revolbian [1745] Noches enteras sus ardientes ojos A un lado y otro sin probar el sueño. Y muchos otros sintomas mortales Se notaban tambien ademas de estos: Alma agitada de temor y pena, [1750] Sobrecejo, furioso y hosco rostro, Los oidos inquietos con zumbidos, Viva respiración, o fuerte y lenta, Cuello bañado de un sudor brillante, Poca saliva como azafranada, [1755] Y cargada de sal, de sus gargantas Con fuerte tos apenas arrojada. Los nervios de las manos se atiesaban, Tiritaban los miembros, y subia El frio de la muerte poco a poco [1760] Desde los pies al tronco: ultimamente Al acercarse el tiempo postrimero Tenian las narices encogidas, Y su punta afilada, ojos hundidos, Huecas las sienas, fria y ruda la piel. [1765] Los labios abultados, resaltaba Tirante frente; a poco fallecian: El sol octavo, o nono los veia Por lo comun dar el postrer aliento. Mas si alguno escapaba de la muerte [1770] Como a las veces sucedia en fuerza De secreciones de ulceras malignas, Y de negros despeños, sin embargo La misma podre y muerte les aguardaban Aunque mas tarde: sangre corrompida [1775] De su nariz corria en abundancia Con dolores muy fuertes de cabeza: Todas las fuerzas, toda la sustancia del hombre asi llegaban a perserse: Si no salia el mal por las narices, [1780] Y si no ocasionaba esta hemorragia, Atacaba los nervios, se extendia El morbo por los miembros, y cogia Hasta las mismas partes genitales: Y unos, temiendo la cercana muerte, [1785] Vivian por el hierro mutilados De su virilidad: privados otros De manos y de pies quedaban vivos; Y perdian en fin otros la vista: Tan poderoso miedo de la muerte [1790] Cogió a estos infelices: y hubo algunos Que perdieron del todo la memoria, Y no se conocian asismismos.	intima pars hominum vero flagrabat ad ossa, flagrabat stomacho flamma ut fornacibus intus. [1170] nil adeo posses cuiquam leve tenveque membris [1170] vertere in utilitatem, at ventum et frigora semper. in fluvios partim gelidos ardentia morbo membra dabant nudum iacentis corpus in undas. multi praecipites nymphis putealibus alte inciderunt ipso venientes ore patente: [1175] insedabiliter sitis arida, corpora mersans, aequabat multum parvis umoribus imbre. nec requies erat ulla mali: defessa iacebant corpora. mussabat tacito medicina timore, quippe patentia cum totiens ardentia morbis [1180] lumina versarent oculorum expertia somno. multaque praeterea mortis tum signa dabantur, perturbata animi mens in maerore metueque, triste supercilium, furiosus volutus et acer, sollicitae porro pleneaque sonoris aures, [1185] creber spiritus aut ingens raroque coortus, sudorisque madens per collum splendidus umor, tenuia sputa minuta, croci contacta colore salsaque per fauces rauca vix edita tussi. in manibus vero nervi trahere et tremere artus [1190] a pedibusque minutatim succedere frigus non dubitabat. item ad supremum denique tempus compressae nares, nasi primoris acumen tenve, cavati oculi, cava tempora, frigida pellis duraque, in ore iacens rictum frons tenta tumebat. [1195] nec nimio rigida post artus morte iacebant. octavoque fere candenti lumine solis aut etiam nona reddebant lampade vitam. quorum siquis, ut est, vitarat funera leti, ulceribus taetris et nigra proluvie alvi [1200] posterius tamen hunc tabes letumque manebat, aut etiam multus capitis cum saepe dolore corruptus sanguis expletis naribus ibat: huc hominis totae vires corpusque fluebat. profluvium porro qui taetri sanguinis acre [1205] exierat, tamen in nervos huic morbus et artus ibat et in partis genitalis corporis ipsas. et graviter partim metuentes limina leti vivebant ferro privati parte virili, et manibus sine nonnulli pedibusque manebant [1210] in vita tamen, et perdebant lumina partim: usque adeo mortis metus iis incessebat acer. atque etiam quosdam cepere obliviae rerum cunctarum, neque se possent cognoscere ut ipsi.

de naturaleza”, y por atender “más a la fidelidad que a la elegancia”, cuando en toda traducción es la exactitud la que debe primar.

Matías Sánchez versifica su traducción en endecasílabos sueltos y asonantes, como hiciera Marchetti⁵⁷³. Por ende, su trabajo fue doblemente fatigoso. De un lado, debía hacer una versión correcta y fiel, según lo esperado, y, de otro, tenía que trasegarla a un nuevo molde métrico, con las complicaciones que ese proceso conllevaba.

Suele traducir palabra por palabra, procurando ser claro y directo. Elimina, no obstante, vocablos latinos, si así resulta más exacto⁵⁷⁴. Se permite alguna licencia literaria, pero sin traicionar la letra. Lo comprobamos al leer estos versos (Lucr. I 271-72):

principio venti vis verberat incita pontum
ingentisque ruit navis et nubila differt,

La fuerza enfurecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Derriba, y desbarata los nublados;

Si en el cómputo de palabras descartamos los artículos y las preposiciones, observamos que la traducción, aunque ligeramente amplificada⁵⁷⁵, contiene solo doce términos latinos de los trece originales. Matías Sánchez no vierte *principio*, que funciona como mero comodín métrico, pero respeta el polisíndeton e interpreta poéticamente el adjetivo *ingentis* (“soberbias”). La versión resulta, así, precisa y elegante. Si se explaya, es para reforzar la función persuasiva, como en este verso (Lucr. I 277):

sunt igitur venti nimirum corpora caeca

De aquí seguramente inferiremos
Que los vientos son cuerpos invisibles

Con la fórmula conclusiva “De aquí seguramente inferiremos” Matías Sánchez conecta la *exornatio* (I 271-76) y la *complexio* (I 277), cerrando bien el ciclo del epiquerema (Lausberg, 1991 I: 309-12, § 371), que es la estructura argumentativa favorita del poeta romano (Ruiz Castellanos, 1992: 39-282). El religioso demuestra, además, conocer bien la peculiar sintaxis del latino, y así traslada en este pasaje la estructura comparativa al castellano, pulcra y sencillamente (Lucr. I 280-81):

⁵⁷³ A diferencia de él, no añade de su musa interpolaciones (Saccenti, 1966: 120-22), como los elogios dedicados a su maestro Borelli (I 947-60) y a Gassendi (V 518-32).

⁵⁷⁴ A veces se olvida de traducir algunas palabras o las trasiega en el sentido global del verso. Cf. VI 1171 (*vertere in utilitatem*).

⁵⁷⁵ En el cómputo final de cada libro la ampliación de Matías Sánchez resulta, no obstante, significativa. Así sobre el total de 1117 hexámetros del primer libro, Matías añade 284 endecasílabos; sobre los 1107 del segundo, 430; sobre los 1094 del tercero, 418; sobre los 1287 del cuarto, 492; sobre los 1457 del quinto, 665, y sobre los 1286 del sexto, 609. Cf. también el ms. 287, donde el escribano se olvida de copiar algunos versos (II 880, III 884-887, IV 773-76, V 91-96, 341-42, 445, 1183-87 y VI 48-49). Cf. las nn. de Plácido (1999: 102, 224, 268, 295, 304, 309, 341, 359) en la ed. de García Calvo (1999).

nec ratione fluunt alia stragemque propagant et cum [...]	No de otro modo corren y destrozan, Que [...]

Ha podado, cierto es, *stragem*, pero no el sentido, que se conserva intacto. En ocasiones, su traducción no tiene el mismo ímpetu retórico que el original, al no trasvasar términos significativos por las restricciones métricas del endecasílabo, como sucede en estos versos (Lucr. III 10-12):

tuisque ex, inclute, chartis, floriferis ut apes in saltibus omnia libant, omnia nos itidem depascimur aurea dicta,	Y del modo que liban las abejas En los bosques floríferos las mieles, Así también nosotros de tus labios Bebemos las verdades más preciosas,

No ha trasegado el vocativo, pieza retórica esencial del himno, ni tampoco la correlación comparativa *ut [...] itidem* (“de la misma manera que”) en toda su intensidad. Pero, aun así, las frases son nítidas y respetan la imagen poética.

El trasvase de los recursos estilísticos sobre los que descansa gran parte de la *concinntitas* de Lucrecio resulta, en ocasiones, incompleto⁵⁷⁶. Sabido es que las *figurae per adiectionem* (Lausberg, 1991 II: 97-147, §§ 607-87) ocupan un lugar eminente en la poesía lucreciana. Esta gusta de inculcar conceptos (Volk, 2002: 76) y expresar sentimientos mediante la reiteración fónica, verbal y estructural (Dionigi, 1992: 75), como postula el género didáctico.

En I 66-67 Lucrecio enfatiza la lucha de Epicuro contra la religión mediante esta epífora, que Matías omite:

primum Graius homo mortalis tollere contra est oculos ausus primusque obsistere contra ,	Al punto un varón griego osó el primero Levantar hacia el mortales ojos, Y declararle guerra abiertamente.

En VI 1238 la políptoton recalca el cúmulo de muerte producido por la peste, que Matías Sánchez en parte traduce semánticamente con el verbo “multiplicar”.

idque vel in primis cumulabat funere funus	Multiplicaba empero las exequias Principalmente [...]

Esta técnica de traducir los recursos fónicos mediante la semantización se repite en VI 1179:

⁵⁷⁶ Sobre el arte poético de Lucrecio, cf. Classen (1968: 77-118), West (1969), Minadeo (1969), Donohue (1993) y el valioso estudio de Dionigi (1992: 75-120), que seguimos muy de cerca.

nec requies erat ulla mali: defessa iacebant
corpora. *mussabat tacito medicina timore,*

Ningun descanso el mal les concedía,
Tendido estaba el cuerpo fatigado,
La medicina al lado *barbotaba*
Con temor silencioso: [...]

Como ha señalado Dionigi (1992: 100), la serie aliterativa *mu- ta- to- me- ti- mo-* “ripete con evidencia onomatopeica l’incertezza e il balbettio della scienza medica impotente frente alla peste”. Matías no adorna su traducción con esta armonía imitativa, pero conserva, al menos, un componente básico del juego fónico lucreciano: el verbo onomatopéyico *bar-bo-ta-ba*.

En IV 1108-9 el epicúreo expresa la juntura furiosa de los respiros y de las bocas durante el frenesí amoroso con la aliteración de los fonemas *r* y *s*, así como con la políptoton:

iunguntque **saliva**s
oris et inspirant **pressantes** dentibus *ora*,

Y juntando saliva con saliva,
El aliento detienen apretando
Los labios y los dientes;

Matías Sánchez mantiene la políptoton, aunque con distintas palabras, pero no la aliteración, de modo que la traducción pierde una sugerente armonía imitativa. Sin embargo, en III 71 y V 8 el sacerdote sí vierte las geminaciones. Con la primera el epicúreo quería resaltar el cúmulo de muertes; con la segunda, la divinidad del maestro.

III 71 conduplicant avidi, *caedem caede*
accumulantes;

Y avarientos tesoros amontonan
Maldad sobre maldad acumulando;

V 8 dicendum est, *deus* ille fuit, *deus*,
inclute Memmi,

Un *Dios* fue aquel, un *Dios*, ínclito
Memio,

En III 869 Lucrecio escribe un hexámetro ornado de dos oxímoros. Están separados por la cesura pentemímera y dispuestos geométricamente (ABBA) en elegante *iunctura*. Con ellos crea una paradoja de extraordinaria fuerza conceptual:

mortalem vitam mors cum **inmortalis** ademit.

A aquel a quien robó la **eterna**
muerte / una **vida mortal** [...]

En la versión de Matías Sánchez se mantienen con igual simetría, aunque en orden inverso. Más lima en la estructura hallamos en este verso (VI 597):

<i>tecta superne timent, metuunt inferne cavernas</i>	Temen no se hunda el techo encima de ellos, / Temen disuelva la Naturaleza / Las bóvedas del globo de repente,

Los términos de los dos hemistiquios están distribuidos en quiasmo (AB-CCBA), de manera que los externos (*tecta-cavernas*) son antónimos y los internos (*timent-metuunt*), sinónimos. Gracias a esta disposición cruzada y reflexiva Lucrecio logra dar la sensación de que el terremoto lo destruye todo de forma regular y sistemática. Matías Sánchez desmiembra esta *compositio*, pero arregla otra con la anáfora, que preserva en parte la impresión buscada.

En VI 1256-58 emplea la políptoton y el quiasmo con una intención también muy clara:

<i>examinis pueris super exanimata parentum</i> corpora nonnumquam posses retroque videre matribus et patribus natos super edere vitam.	se veían A veces los cadáveres tendidos De los padres encima de los hijos ; Y los hijuelos el postrer aliento Sobre padres y madres exhalaban.

Es obvio que en esta escena dramática la políptoton resalta el hacinamiento de los cadáveres y el quiasmo, las caóticas y letales consecuencias de la peste, pues yacen en dantesco amasijo familias enteras. Matías Sánchez trasiega solo el quiasmo, que es, en nuestra opinión, el recurso más relevante, y transmite el patetismo lucreciano, aunque sin usar la segunda persona (*posses*) que apela directamente al lector, gracias al diminutivo “hijuelos”.

Una de las *figurae* más gratas al epicúreo es la *interpretatio* (συμῶνυμία. Cf. Lausberg, 1991 II: 188, § 751). Gracias a ella refuerza los contenidos didácticos de sus versos de forma cíclica y reiterativa⁵⁷⁷, como en estos casos:

II 765-67 <i>marmoreo fieri possint candore</i> repente; / ut mare, cum magni commorunt aequora venti, / vertitur in canos <i>candenti</i> <i>marmore fluctus.</i>	De repente le cambian <i>en blancura</i> <i>Marmorea</i> : cuando vientos furibundos Revolvieron los mares; porque causa <i>Blanquean como marmoles</i> sus ondas:
V 670-71 <i>florescunt tempore certo</i> / arbusta et <i>certo</i> dimittunt <i>tempore florem.</i>	Los árboles <i>florece</i> n, y <i>a su tiempo</i> <i>de la flor</i> se despojan:

⁵⁷⁷ Dionigi (1992: 79-78) recoge otros pasajes: III 513-17, V 1065-68, VI 160-214 y VI 948-49.

En el primer caso, además, los sintagmas *marmoreo candore* y *candenti marmore*, conmutados en quiasmo (1.º adj.-sust. // 2.º adj.-sust.), vienen a corroborar por analogía morfológica la tesis de que la disposición y movimiento de los átomos producen los distintos colores de los cuerpos, pues la esencia (significado) en ambos sintagmas es la misma (átomos), pero la forma (color) es distinta. En el segundo ejemplo, el epicúreo quiere probar que el sol recibe cíclicamente flujos de energía que lo reponen de su continua pérdida. Se vale, en su demostración, de analogías naturales que ejemplifican fenómenos de regeneración periódica. Trae, pues, el caso de los árboles que florecen y pierden las hojas en estaciones fijas. Para abundar en la premisa utiliza las expresiones tautológicas *florescunt tempore certo* (ABC) y *certo tempore florem* (CBA) y aprovecha de rondón su distribución: por un lado, los elementos extremos, relacionados en quiasmo por la sinonimia, han sido cambiados de lugar, pero el centro lo ocupa de manera fija *tempore*, dando así la sensación de periodicidad. Matías Sánchez simplifica el artificio retórico del quiasmo, pero mediante otro recurso: la analogía semántica (“florecen [...] de la flor”) que encierra a “y a su tiempo” (*certo tempore*). De esta suerte, compone también una estructura cíclica (ABA).

En líneas generales, la versión de Matías Sánchez es elegante y clara, fiel al texto y al sentido. Tiene el mérito indiscutible de estar en verso como el original y de reintegrar gran parte de las *figurae* que hacían sublime la poesía de Lucrecio. Resulta, en este sentido, una *aemulatio*, pues imita dentro de sus posibilidades el decoro propio del poeta (Lausberg, 1991 II: 408-9, § 1100.3). En resumidas cuentas, Matías Sánchez culminó una versión poética que, seguramente, nada envidie a las ya clásicas de Creech, Marchetti o Lagrange⁵⁷⁸.

4. 4. 2. Traducciones castellanas perdidas y parciales

Menéndez Pelayo (1951: 77), citando la *Biblioteca de escritores baleares* de Joaquín M.^a Bover (1868 I: 440-41), recuerda que Antonio Llodrá († 1812) “Tradujo al castellano los libros I, II y VI del *DRN* de Lucrecio Caro, en cuya versión que comenzaba original D. Juan Muntaner y García, añadió unos comentarios muy curiosos”. En opinión de Menéndez Pelayo, debió de ser escrita en verso, pues el “Presbítero Llodrá, además de humanista, era un versificador bastante fluido”. Llodrá nació y murió en Palma, donde fue beneficiado de la catedral y cirujano mayor del hospital. Destacó como poeta

⁵⁷⁸ Decía Méndez Bejarano (1919: 7), tiempo después, en su estudio y traducción del *Carmen de Luna* de Sisebuto: “De tan bello poema didáctico (s. c. los *Astronómica* de Manilio) hay traducción inglesa y francesa. En España no hemos tenido ningún Creech ningún Pingré”. El astrónomo Alexandre Guy Pingré (1711-1796) tradujo los *Astronómica* de Manilio y los *Aratea* de Cicerón (París, 1786).

lírico, satírico y excelente latinista. En sus poemas originales predomina el tema religioso. Sobresale, según la EUI (XXXI: 1053), el “Himno à los dolores de la Santísima Virgen”. Escribió un tratado sobre la rabia y una *Carta de un maestro á su discípulo*⁵⁷⁹.

Francisco Javier de Burgos Olmo (1778-1848), poeta y político granadino (Motril), tradujo parcialmente a Lucrecio. Había estudiado Teología en Granada, pero no tenía vocación para el sacerdocio, por lo que decidió estudiar Derecho en Madrid y hacer carrera en la vida civil. Fue amigo de Juan Meléndez Valdés y de Gaspar M. de Jovellanos. Durante el período josefino, aceptó la subprefectura de Almería y la presidencia de la Junta de Subsistencia de Granada. Tras la retirada de las tropas francesas de Andalucía en 1812, tuvo que huir a París rápidamente y perdió la biblioteca personal que tenía en Granada. Constaba de más de 2.000 volúmenes, además de sus escritos originales (Gil Novales, EUM: s. v. “F. J. de Burgos”). Según Eugenio de Ochoa (1840 I: 193-94), entre las obras que se perdieron había pasajes traducidos de Lucrecio:

Dos horas después de su partida un ex fraile, a quien él había colmado de beneficios, denunció la existencia de aquel depósito [...] y todo fue invadido y estraviado por empleados infieles. En la distribución que se hizo de aquellos despojos, o en la destrucción de los que la ignorancia reputó inútiles, desaparecieron, además de muchas composiciones dramáticas, líricas y didácticas, un poema épico de la conquista de Granada; traducciones del poema de Lucrecio *De rerum natura*, y de las *Geórgicas* de Virgilio, con muy doctos comentarios [...]

Estando en París realizó una traducción de Horacio⁵⁸⁰, de la que Andrés Bello hizo una celebrada reseña⁵⁸¹. Con todo, Javier de Burgos era, en su opinión, “débil traductor y excelente comentarista”. Cuando volvió a España, en 1822, se hizo cargo de la dirección del periódico *El imparcial*, en el que colaboraron intelectuales influyentes de su tiempo, como Alberto Lista y Gómez Hermosilla (1771-1837). Entre sus poesías originales,

⁵⁷⁹ S. I.: s. n., 1802 [BPE de Mallorca 23604(6)]. Trata de la enseñanza del latín y sobre la conveniencia o no de su primacía en la enseñanza contemporánea. Cf. Calafat Vila (2017: 298-300).

⁵⁸⁰ *Las poesías de Horacio traducidas en versos castellanos con notas y observaciones críticas*, Madrid: s. n. (vols. III y IV en la Imp. de León Amarita, 1819-1823. RIEA D-48, 311, 312 y 313). En 1844 publicó una edición revisada y aumentada, donde utilizaba con maestría la estrofa sáfica: *Las poesías de Horacio [...] con comentarios mitológicos, históricos y filológicos*, 4 vols., Madrid: Imp. de Suárez (CSIC M-Bib-cen). Al parecer, también tradujo y anotó el *Curso de medicina legal, teórica y práctica escrita en francés por Belloc*, Madrid: Impr. que fue de García, 1819 (BESB 340.6 Bel).

⁵⁸¹ Recogida seguramente en las *Obras completas de D. Andrés Bello*. Vol. VI: *Opúsculos literarios y críticos*, Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez, 1883 (BN HA/9853).

publicadas en el tomo LXVII de la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra⁵⁸², destacan “A la razón”, “La primavera” y una elegía sobre la epidemia de 1804. Por sus títulos no sería extraño hallar reminiscencias lucrecianas.

Gabriel Císcar (1760-1829) era sobrino de Gregorio Mayans y Císcar, una de las personalidades más notables de la Ilustración española. Estudió Humanidades en las Escuelas Pías de Valencia. Aunque comenzó la carrera de leyes, al poco decidió hacer la militar, llegando a ser general de marina y matemático afamado. Sus manuales náuticos fueron libros de texto hasta finales del siglo XIX⁵⁸³. Participó en las Cortes de Cádiz, desempeñando diversos cargos de Estado. Tras la restauración de Fernando VII fue confinado a Oliva y posteriormente condenado a muerte, pero consiguió huir a Gibraltar. Allí su amigo y admirador, el duque de Wellington (1769-1852), le concedió una pensión vitalicia de 12.000 chelines (EUI XIII: 469-70).

Durante su reclusión en Oliva (1814-1815) compuso un poema didáctico titulado *Poema físico-astronómico* (1825)⁵⁸⁴, a imitación del *DRN*, del que había traducido varios pasajes (Menéndez Pelayo, 1896: XI, n. 9) que fueron publicados en sus *Ensayos poéticos*⁵⁸⁵, recogidos bajo este elocuente epígrafe: “fragmentos selectos de Tito Lucrecio en los cuales nada hay contra la religión ni contra la moral”. Como en el caso de otros traductores, incluso religiosos, Císcar pone de manifiesto con esta apostilla que Lucrecio luchaba contra la superstición religiosa en torno a los dioses paganos. De hecho, traduce el verso I 101 *tantum religio potuit suadere malorum*, que algunos entendían, simplemente, como un ataque general a la religión, ya fuera pagana o cristiana. Dichas versiones poéticas fueron incluidas por Menéndez Pelayo (1951: 79-88) dentro de su *Bibliografía hispano-latina clásica* en este orden:

⁵⁸² *Poetas líricos del siglo XVIII. Colección formada e ilustrada por Leopoldo Augusto de Cueto*, 3 vols., Madrid: M. Rivadeneyra, 1869-1875 [BN HA/7798 y 6/13157 (61)].

⁵⁸³ He aquí algunos: *Tratado de aritmética para la instrucción de guardias marinas* (Cartagena, 1796), *Tratado de cosmografía para la instrucción de las guardias marinas* (Cartagena, 1796) y *Curso de estudios elementales de marina* (Madrid: Imp. Real, 1804, 4 vols.). Cf. Piñal (1993 II: 415-17).

⁵⁸⁴ Sigue a pies juntillas el precepto “enseñar deleitando” del género, según declara en el prólogo: “Me ceñiré á observar, que, en las composiciones didascálicas, dirigidas especialmente á la instruccion, los rasgos más o ménos poéticos pueden considerarse como los asientos, las ventas y las posadas en que descansa el viajero fatigado de la marcha; ó como las arboledas, las fuentes y los prados, con cuya vista se recrea y distrae. El objeto principal es hacer las jornadas con la menor incomodidad posible [...]” (Lobo, 1861: XXXVI. BPE de Badajoz 3882). Imitó de memoria a los autores, según se desprende de estas palabras: “Espero que los lectores tendrán la bondad de disimular los defectos y los yerros, atribuyéndolos á la falta de libros á la vista, resultante de la prisión que sufrí en 1814 y 1815 [...]” (Lobo, 1861: XXXVII).

⁵⁸⁵ Impreso en la Librería Militar de Gibraltar, 1825 (CSIC M-BG.Hum).

“HIMNO A VENUS”	LUCR. I 1-61
Oh, de la estirpe ínclita de Eneas, Alma progenitora que recreas A los mortales y dioses inmortales, Y, bajo de los signos celestiales Que velozmente giran, Venus bella, 5 Las tierras en mil frutos abundosas, Y las surcadas mares espaciosas Colmas de regocijo; de tu estrella Con el influjo blando, Tantos seres vivientes procreando 10 Que nacen a gozar la luz del día: Tu presencia benéfica desvía Lejos de aquí huracanes y nublados, Bajo tus pies los deliciosos prados Se cubren de mil flores olorosas; 15 El mar vuelca sus olas espumosas A tu vista, y el cielo despejado Plácidamente brilla en luz bañado. Luego que de la hermosa primavera La agradable estación está inmediata, 20 Y la süave aura placentera Del fecundo Favonio se desata; Las simples avecillas, las primeras Que por aire vago van volando, Inflamado en tu fuego el pecho blando, 25 Anuncian tu llegada. Van ligeras Las reses por los prados retozando, Y en pos de sus amores, impacientes Atraviesan los rápidos torrentes, De tu halagüeño hechizo cautivadas 30 Tras ti do quiera corren afanadas Las fieras y las mansas alimañas. Tú por los mares y ásperas montañas Por los prados, cubiertos de verdura, Por los hinchados ríos caudalosos, 35 Por los bosques frondosos Do anida el pajarillo en la espesura, En amorosas llamas Süavemente inflamas, E instigas los vivientes 40 A renovar las castas diferentes. Y pues que reconoce el orbe entero Tu soberano imperio y señorío, Pues que sin ti ninguno gozaría La clara luz del día, 45 Sin ti nada hay amable y placentero, Nuevo vigor infunde al pecho mío, Para que, en sonoro y claro verso, Pueda patentizar del universo Las leyes al gran Memio, a quien tu mano 50 Sus dones prodigó más que a otro humano. Haz, placentera Venus, que entre tanto, Que yo elevo mi canto, Cesen por mar y tierra Los sangrientos estragos de la guerra. 55 T sola puedes, soberana diosa, Poner término al cúmulo de males Que agobian a los míseros mortales, Y hacerles el presente De la tranquila paz: pues la horrorosa 60 Guerra gobierna Marte armipotente,	Aeneadum genetrix, hominum divumque voluptas, alma Venus, caeli subter labentia signa quae mare navigerum, quae terras frugiferentis concelebras, per te quoniam genus omne animantum concipitur visitque exortum lumina solis: 5 te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus summittit flores, tibi rident aequora ponti placatumque nitet diffuso lumine caelum. nam simul ac species patefactast verna diei 10 et reserata viget genitabilis aura favoni, aeriae primum volucres te, diva, tuumque significant initum percussae corda tua vi. inde ferae pecudes persultant pabula laeta [15] et rapidos tranant amnis: ita capta lepore 15[14] te sequitur cupide quo quamque inducere pergis. denique per maria ac montis fluviosque rapacis frondiferasque domos avium camposque virentis omnibus incutiens blandum per pectora amorem efficis ut cupide generatim saecula propagent. 20 quae quoniam rerum naturam sola gubernas nec sine te quicquam dias in luminis oras exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam, te sociam studeo scribendis versibus esse, quos ego de rerum natura pangere conor 25 Memmiadae nostro, quem tu, dea, tempore in omni omnibus ornatum voluisti excellere rebus. quo magis aeternum da dictis, diva, leporem. effice ut interea fera moenera militai per maria ac terras omnis sopita quiescant. 30 nam tu sola potes tranquilla pace iuvare mortalis, quoniam belli fera moenera Mavors armipotens regit, in gremium qui saepe tuum se reicit aeterno devictus vulnere amoris, atque ita suspiciens tereti cervice reposta 35 pascit amore avidos inhians in te, dea, visus, eque tuo pendet resupini spiritus ore. hunc tu, diva, tuo recubantem corpore sancto circumfusa super, suavis ex ore loquellas funde petens placidam Romanis, incluta, pacem. 40 nam neque nos agere hoc patriai tempore iniquo possumus aequo animo nec Memmi clara propago talibus in rebus communi desse saluti. omnis enim per se divum natura necessest immortali aevo summa cum pace fruatur 45 semota ab nostris rebus seiunctaque longe. nam privata dolore omni, privata periclis, ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri, nec bene promeritis capitur nec tangitur ira. * Quod superest, vacuas auris <animumque sagacem> 50 semotum a curis adhibe veram ad rationem, ne mea dona tibi studio disposta fideli, intellecta prius quam sint, contempta relinquant. nam tibi de summa caeli ratione deumque disserere incipiam et rerum primordia pandam, 55 unde omnis natura creet res auctet alatque quove eadem rursum natura perempta resolvat, quae nos materiem et genitalia corpora rebus reddunda in ratione vocare et semina rerum appellare suemus et haec eadem usurpare 60 corpora prima, quod ex illis sunt omnia primis.

“HIMNO A VENUS”	LUCR. I 1-61
Tu fino enamorado, Que en el seno nevado Tiernamente inclinada La cerviz torneada, 65 Contempla de tu rostro la hermosura En amorosa calma, Pendiente está su alma De tu boca divina. Cuando en esta postura, 70 Reposa blandamente en tu regazo, Tu rostro al suyo inclina, Y en amoroso lazo Su cuerpo estrecha, oh Diosa, y, como sabes, Con pláticas suaves 75 Paz implora y reposo Para el romano pueblo belicoso. Pues, mientras que no cesa El peligro inminente De la patria, no puedo a tanta empresa 80 Mis ocios dedicar tranquilamente: Y el claro descendiente De los ilustres Memios, que ocupado En aliviar los males del estado, No reposa un momento, 85 No me puede prestar oído atento. Que me oigas te ruego, Oh Memio, con sosiego, Libre de ocupaciones, Y medites atento mis razones; 90 No sea que engañado Por un concepto errado Deseches estos dones Que como fiel amigo te tributo, Y de tantas tareas son el fruto. 95 Será mi primer tema Explicar el sistema Sublime de las cosas celestiales, Hablaré de los dioses inmortales, Y haré después patente 100 El origen de todo lo existente, Mostrando los principios con que empieza Las cosas a formar naturaleza, Con que las alimenta la misma y acrecienta, Y a qué son reducidas 105 Después de destruidas: Principios que con nombres diferentes Designaré. Serán indiferentes, En mis explicaciones, Las denominaciones 110 <i>De materia, semillas de los entes,</i> <i>Cuerpos generadores,</i> <i>Cuerpos primeros:</i> puesto que anteriores Son a todos los cuerpos producidos Que por ellos están constituidos; 115 Pues, en cuanto a los dioses, por esencia, De su eterna existencia Deben gozar en paz inalterable.	

“ELOGIO DE EPICURO Y SACRIFICIO DE IFIGENIA”	LUCR. I 62-101
En la oscura ignorancia sepultados, Yacían agobiados Ignominiosamente, Los míseros mortales: De las altas regiones celestiales, 5 Los aterraba, con altiva frente, De la superstición el monstruo fiero. Un animoso griego fué el primero Que se atrevió a matarle de hito en hito, Y levantando el grito, 10 Hizo, desde la tierra, A la fantasma horrible cruda guerra. De unos dioses fingidos, A los prodigios cierra los oídos. No le arredra ni aterra 15 El rayo destructor, ni el pavoroso Y retumbante trueno, y los bramidos Del torrente horrendo y espantoso. Su espíritu, elevado y orgulloso, A vista de lo grande del intento, 20 Cobra nuevo vigor y nuevo aliento; Todo le cede en fin, y victorioso, De la naturaleza las barreras Quebrantando, con pasos arrogantes Penetra más allá de las esferas 25 Do residen los astros rutilantes. Con noble audacia y con saber profundo Recorre un nuevo mundo, Y descubre los hechos ignorados. Nos enseña qué seres 30 Pueden ser procreados, Cuáles no pueden serlo, y los poderes Que tiene cada ente limitados. Del encumbrado solio esdrubada, La superstición vana 35 Se ve de planta humana Con vilipendo hollada; Y tan glorioso triunfo a los mortales Eleva a las esferas celestiales. Conviene, ilustre Memio, que no entiendas 40 Que yo quiero llevarte por las sendas Del crimen e impiedad; madre fecunda Es la superstición de iniquidades Y horribles impiedades, En que la historia abunda. 45 En las playas de Aulide reunidos, Los jefes de la Grecia esclarecidos, Varones de eminente Saber y rectitud, con mente insana, ¿No mancharon las aras de Diana, 50 Con la sangre inocente De la real princesa de Mycenae? La desdichada, apenas Ve ceñida su frente Con la venda sagrada, que pendiente 55 Ondea hasta cubrirle las mejillas, Ve al padre dolorido junto al ara: A su lado repara Los ministros que ocultan las cuchillas: Ve que todos la miran, 60	Humana ante oculos foede cum vita iaceret in terris oppressa gravi sub religione quae caput a caeli regionibus ostendebat horribili super aspectu mortalibus instans, 65 primum Graius homo mortalis tollere contra est oculos ausus primusque obistere contra, quem neque fama deum nec fulmina nec minitanti murmure compressit caelum, sed eo magis acrem inirrat animi virtutem, effringere ut arta 70 naturae primus portarum claustra cupiret. ergo vivida vis animi pervicit, et extra processit longe flammantia moenia mundi atque omne immensum peragravit mente animoque, unde refert nobis victor quid possit oriri, 75 quid nequeat, finita potestas denique cuique quanam sit ratione atque alte terminus haerens. quare religio pedibus subiecta vicissim obteritur, nos exaequat victoria caelo. Illud in his rebus vereor, ne forte rearis 80 impia te rationis inire elementa viamque indugredi sceleris. quod contra saepius illa religio peperit scelerosa atque impia facta. Aulide quo pacto Triviai virginis aram Iphianassai turparunt sanguine foede 85 ductores Danaum delecti, prima virorum. cui simul infula virgineos circumdata comptus ex utraque pari malarum parte profusast, et maestum simul ante aras adstare parentem sensit et hunc propter ferrum celare ministros 90 aspectuque suo lacrimas effundere civis, muta metu terram genibus summissa petebat. nec miserae prodesse in tali tempore quibat quod patrio princeps donarat nomine regem. nam sublata virum manibus tremibundaque ad aras 95 deductast, non ut sollemni more sacrorum perfecto posset claro comitari Hymenaeo, sed casta incestu nubendi tempore in ipso hostia concideret mactatu maesta parentis, exitus ut classi felix faustusque daretur. 100 tantum religio potuit suadere malorum.

“ELOGIO DE EPICURO Y SACRIFICIO DE IFIGENIA”	LUCR. I 62-101
Y al mirarla suspiran. Se postra humildemente de rodillas, Fuera de sí, sin voz y sin aliento, La piedad excitando En vano la infeliz. Sin miramento 65 Al regio nacimiento, La arrebatan, y en brazos, palpitando, La conducen al ara de la diosa, No a celebrar, con pompa religiosa Un enlace amoroso 70 Con un ilustre esposo, En su edad floreciente, Sino a ser inmolada, Víctima inmaculada, Por el misero padre impiamente, 75 Para implorar del cielo los auspicios, Y navegar con números propicios. Actos tan altamente criminales La superstición dicta a los mortales.	

“HIEROGAMIA DEL CIELO Y LA TIERRA”	LUCR. I 250-304
En fin, desaparecen en el suelo Las abundantes lluvias, con que el cielo El fértil seno inunda De la tierra fecunda: Mas las mieses lozanas aparecen, 5 Las agostadas plantas reverdecen, Sus ramas se prolongan, acrecientan, Y arquean con el fruto que sustentan. Con estas abundantes producciones Los hombres y animales se alimentan, 10 Y las generaciones Propagan, dando a nuevos seres vida, Alegren las ciudades populosas Las tropas bulliciosas De juventud florida; 15 Y las selvas frondosas Hinchen de melodía Las avecillas de la nueva cría. De las pingües ovejas las manadas Se tienen fatigadas 20 Por entre la verdura deliciosa. De las ubres hinchadas Mana la leche blanca y espumosa: Comida deleitosa Para los corderillos delicados, 25 Que fuerza y vigor nuevo van cobrando; Y alegremente corren retozando Por los amenos y espaciosos prados, Con el líquido suave embriagados. Todo lo dicho muestra con certeza, 30 Que no son a la nada reducidos Las cosas destruidas: <i>Que la naturaleza</i> <i>Todas las cosas hace</i> <i>De otras que deshace; 35</i> Y alguna cosa nueva no aparece Si no es a costa de otra que perece. Probado que <i>de nada</i> <i>Nace sale, y que nada se anonada;</i> Si te parecen, Memio, incomprensibles 40 Los primeros principios invisibles, Y acaso en duda pones su existencia; Te voy con evidencia A probar que es preciso confesemos Que existen muchos cuerpos que no vemos. 45 El viento arrebatado, Con fuerzas prodigiosas, Conmueve el mar hinchado, Excitando las olas espumosas. Las naves alterosas 50 Sumerge al fondo, esparce los nublados, Y con rápido giro, violento, Recorriendo la tierra, Los árboles robustos, ciento a ciento, Por los campos aterra. 55 Con ímpetu furioso Embravecido, la elevada sierra Combate. Entumecido el mar undoso Muge, y fuera de asiento Se alza hacia el encumbrado firmamento. 60	postremo pereunt imbres, ubi eos pater aether 250 in gremium matris terrai praecipitavit; at nitidae surgunt fruges ramique virescunt arboribus, crescunt ipsae fetuque gravantur; hinc alitur porro nostrum genus atque ferarum, hinc laetas urbes pueris florere videmus 255 frondiferasque novis avibus canere undique silvas; hinc fessae pecudes pingui per pabula laeta corpora deponunt et candens lacteus umor uberibus manat distentis; hinc nova proles artubus infirmis teneras lasciva per herbas 260 ludit lacte mero mentes perculsa novellas. haud igitur penitus pereunt quaecumque videntur, quando alid ex alio reficit natura nec ullam rem gigni patitur nisi morte adiuta aliena. Nunc age, res quoniam docui non posse creari 265 de nilo neque item genitas ad nil revocari, ne qua forte tamen coeptes diffidere dictis, quod nequeunt oculis rerum primordia cerni, accipe praeterea quae corpora tute necessest confiteare esse in rebus nec posse videri. 270 principio venti vis verberat incita pontum ingentisque ruit navis et nubila differt, interdum rapido percurrens turbine campos arboribus magnis sternit montisque supremos silvifragis vexat flabris: ita perfurit acri 275 cum fremitu saevitique minaci murmure <i>pontus</i>. sunt igitur venti nimirum corpora caeca quae mare, quae terras, quae denique nubila caeli verrunt ac subito vexantia turbine raptant, nec ratione fluunt alia stragemque propagant 280 et cum mollis aquae fertur natura repente flumine abundanti, quam largis imbris augeat montibus ex altis magnus decursus aquai, fragmina conciens silvarum arbustaque tota, nec validi possunt pontes venientis aquai 285 vim subitam tolerare: ita magno turbidus imbris molibus incurrit validis cum viribus amnis. dat sonitu magno stragem volvitque sub undis grandia saxa ruitque <et> quidquid fluctibus obstat. sic igitur debent venti quoque flamina ferri, 290 quae veluti validum cum flumen procubuerit quamlibet in partem, trudent res ante ruuntque impetibus crebris, interdum vertice torto corripiunt rapidique rotanti turbine portant. quare etiam atque etiam sunt venti corpora caeca, 295 quandoquidem factis et moribus aemula magnis amnis inveniuntur, aperto corpore qui sunt. tum porro varios rerum sentimus odores nec tamen ad naribus venientis cernimus umquam, nec calidos aestus tuimur nec frigora quimus 300 usurpare oculis nec voces cernere suemus; quae tamen omnia corporea constare necessest natura, quoniam sensus impellere possunt. tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla potest res.

“HIEROGAMIA DEL CIELO Y LA TIERRA”	LUCR. I 250-304
Esto prueba que el viento Es un cuerpo invisible, Que de las demás nubes rasga el velo, Y en el mar, en tierra y cielo, Con fuerza irresistible, 65 Arrastra cuanto encuentra en el camino, En el impetuoso torbellino. Efectos semejantes Producen, con las lluvias abundantes, De las líquidas aguas las corrientes, 70 Los rápidos torrentes, Despojos de las selvas arrastrando, Val el río engrosando, No resisten los puentes El choque violento. 75 Corre precipitado y turbulento, Y, a su impulso, los diques elevados De inmensa mole, caen desplomados Con ruido espantoso. Su curso impetuoso 80 Sigue, y, peñas enormes arrastrando. Va todo cuanto encuentra arruinando. De la misma manera, Con rápida carrera, El viento proceloso 85 Actúa. Como río caudaloso, Con rápido embate, Cuanto en su curso encuentra, impele, abate, Y arrebat, formando remolinos, En sus vertiginosos torbellinos. 90 Y pues que al agua vemos, Y que es cuerpo sabemos, Está claro que el viento, Que al agua en movimiento Se parece en un todo, 95 En su naturaleza y en su modo De obrar, es imposible Que deje de ser cuerpo, aunque invisible. Además, cuando olemos, Distinguir no podemos 100 Cómo al olfato llegan los olores, Ni vemos los calores, Los fríos, los sonidos, Todas cosas que impelen los sentidos, Y, por lo consiguiente, 105 Corpóreas deben ser precisamente, Pues que <i>tan sólo al cuerpo reservado</i> <i>Está el poder tocar y ser tocado.</i>	

“LA VIDA DEL SABIO”	LUCR. II 1-61
Es agradable y lisonjera escena El contemplar, desde la enjuta arena, Al anchuroso mar embravecido, De los furiosos vientos combatido; Y ver los pavoridos navegantes, 5 Que, aguardando la muerte por instantes, Con las hinchadas olas van luchando. Pues, aunque no gustamos De imaginar que otros están penando, Con complacencia vemos 10 Las penas y tormentos De que estamos esentos. También es espectáculo agradable Contemplar el estrago formidable De sangrienta batalla en la llanura, 15 Desde parte segura. Mas nada comparable Es a la complacencia Del sabio, que, tranquilo, Del encumbrado asilo 20 De la paz y la ciencia, Contempla el miserable desatino De los necios, que en busca del camino De la felicidad, descarriados, Andan fuera de tino, 25 Ciegamente afanados Trabajan noche y día y sin aliento Corren, a competencia, En busca de una vana preferencia. Cuál recurre al talento, 30 Y cuál a la nobleza. Riqueza y más riqueza Va éste amontonando, Mientras aquél aspira al sumo mando. ¡Ah pensamientos vanos! 35 ¡Infelices humanos! ¿Qué miseria es la vuestra, qué ceguera? ¿En qué oscuras tinieblas sumergidos, Pasáis de vuestra vida la carrera, De vanos sobresaltos combatidos? 40 Escuchad los clamores De la naturaleza, miserables. “Si estáis (os dice), libres de dolores, Gozad las sensaciones agradables, Disfrutad sosegados, 45 Exentos de temores y cuidados. Bastan muy pocas cosas Para satisfacer a las reales Necesidades nuestras corporales. Evitar sensaciones dolorosas, 50 Gozar las deleitosas, Que con innumerables Objetos agradables Naturaleza excita, Es cuanto vuestro cuerpo necesita. 55 ¿Qué importa que no adornes tus salones, Con las estatuas de oro primorosas, Que en sus diestras sostengan los hachones Para alumbrar las cenas suntuosas? ¿Qué importa que no vivas rodeado 60 De plata reluciente, Y oro resplandeciente, Bajo del rico techo artesonado, Ni halaguen tus oídos	Svave, mari magno turbantibus aequora ventis, e terra magnum alterius spectare laborem; non quia vexari quemquamst iucunda voluptas, sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est. suave etiam belli certamina magna tueri 5[6] per campos instructa tua sine parte pericli. [5] sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere edita doctrina sapientum templa serena, despicere unde queas alios passimque videre errare atque viam palantis quaerere vitae, 10 certare ingenio, contendere nobilitate, noctes atque dies niti praestante labore ad summas emergere opes rerumque potiri. o miseras hominum mentes, o pectora caeca! qualibus in tenebris vitae quantisque periclis 15 degitur hoc aevi quodcumquest! nonne videre nihil aliud sibi naturam latrare, nisi utqui corpore seiunctus dolor absit, mente fruatur iucundo sensu cura semota metueque? ergo corpoream ad naturam pauca videmus 20 esse opus omnino, quae demant cumque dolorem, delicias quoque uti multas subternere possint; gratius interdum neque natura ipsa requirit, si non aurea sunt iuvenum simulacra per aedes lampadas igniferas manibus retinentia dextris, 25 lumina nocturnis epulis ut suppedientur, nec domus argento fulget auroque renidet nec citharae reboant laqueata aurataque templa, cum tamen inter se prostrati in gramine molli propter aquae rivum sub ramis arboris altae 30 non magnis opibus iucunde corpora curant, praesertim cum tempestas arridet et anni tempora conspergunt viridantis floribus herbas. nec calidae citius decedunt corpore febres, textilibus si in picturis ostroque rubenti 35 iacteris, quam si in plebeia veste cubandum est. quapropter quoniam nihil nostro in corpore gazae proficiunt neque nobilitas nec gloria regni, quod superest, animo quoque nil prodesset putandum; si non forte tuas legiones per loca campi 40 fervere cum videas belli simulacra cientis, ornatas<que> armis statuas pariterque animatas, [43] subsidiis magnis et eum vi constabilitas, [42] [fervere cum videas classem lateque vagari.] [43a] his tibi tum rebus timefactae religiones effugiunt animo pavidae; mortisque timores 45 tum vacuum pectus linquunt curaque solutum. quod si ridicula haec ludibriaque esse videmus, re veraque metus hominum curaeque sequaces nec metuunt sonitus armorum nec fera tela audacterque inter reges rerumque potentis 50 versantur neque fulgorem reverentur ab auro nec clarum vestis splendorem purpureai, quid dubitas quin omni' sit haec rationi' potestas? omnis cum in tenebris praesertim vita laboret. nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis 55 in tenebris metuunt, sic nos in luce timemus interdum, nilo quae sunt metuenda magis quam quae pueri in tenebris pavitant finguntque futura. hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessest non radii solis neque lucida tela diei 60 discutiant, sed naturae species ratioque.

“LA VIDA DEL SABIO”	LUCR. II 1-61
iDe las acordes liras los sonidos? 65 A poca costa, en el ameno prado, Echado en la ribera Del arroyuelo manso y sosegado, Puedes gozar placeres deliciosos, Debajo de los árboles frondosos. 70 Y más, cuando modera La alegre primavera El frío y los calores; Y, sobre la verdura, Ostentan hermosura 75 De sus varios colores, Las olorosas flores. Pues que la ardiente fiebre no abandona Primero al que, entre púrpura y brocados, Oculta su persona, 80 Que a los necesitados Con las mantas de jerga cobijados. Ya que de nada sirve la nobleza, Ni sirve la riqueza, Ni el esplendor del trono a los sentidos, 85 Está claro que objetos semejantes, No deben ser tenidos Como bienes del alma interesantes. Pues que el ver tus legiones numerosas Girar por las llanuras polvorosas, 90 Las sangrientas batallas imitando, Ni el ver que los bajeles de tu mando Surcan del mar las olas espumosas, La superstición fiera no amedrenta, Ni los temores de la muerte ahuyenta, 95 Todo son miserables invenciones De los hombres, y vanas ilusiones. Los miedos, los cuidados incesantes, Que os van a todas partes persiguiendo, Ni temen de las armas el estruendo, 100 Ni huyen de las flechas penetrantes. Desprecian con fiereza La sublime grandeza, Ni púrpura, ni oro los deslumbran; Hasta el trono encumbran 105 Con altiva arrogancia. No lo dudéis, mortales de luz faltos, Hijos de la ignorancia Vuestros temores son y sobresaltos. Pues así como en noche tenebrosa, 110 Los niños asustados Tiemblan de cualquier cosa, Los hombres día y noche amedrentados, Sin fundamento estamos, Por mil vanas quimeras que forjamos 115 Con loca fantasía. No sirve, pues, la clara luz del día, Ni aprovechan del sol los resplandores, Para librar el alma de temores, Y disipar las nieblas tenebrosas 120 De nuestro entendimiento; Sino el conocimiento de la naturaleza de las cosas⁵⁸⁶.	

⁵⁸⁶ Dice al final Menéndez Pelayo (1951: 88): “A modo de exornación a este paisaje de Lucrecio, añade Císcar traducida la imitación de Virgilio (*Georg. II Felix qui potuit rerum*):

Císcar trasiega los hexámetros lucrecianos a endecasílabos y heptasílabos castellanos y los dispone en silva métrica (Laguna Mariscal, 1992: 42), una estrofa utilizada durante la Ilustración para la poesía didáctica. Su versión es un buen ejemplo de *aemulatio* y de *amplificatio*, con una media de dos versos por hexámetro. La exorna en libre competencia con Lucrecio (Lausberg, 1991 II: 408-9, § 1100), alumbrando versos sonoros y de gran calidad retórica.

Por norma general, el valenciano se ciñe al texto, pero se toma a veces ciertas licencias. Así, por ejemplo, los primeros versos del himno a Venus conservan el tono hímico del original, pero los retoques han afectado a las partes constitutivas de la aretalogía, como los vocativos y el “Du-Stil”:

Oh, de la estirpe ínclita de Eneas,
Alma progenitora que recreas
A los mortales y dioses inmortales,
Y, bajo de los signos celestiales
Que velozmente giran, Venus bella,
Las tierras en mil frutos abundosas, 5
Y las surcadas mares espaciosas
Colmas de regocijo; de tu estrella
Con el influjo blando, [...]

Aeneadum genetrix, hominum divumque
voluptas, / alma Venus, caeli subter labentia
signa / quae mare navigerum, quae terras
frugiferentis / concelebras, per te quoniam
genus omne animantum / concipitur
visitque exortum lumina solis: 5

En Lucrecio los tres vocativos del comienzo imprimen al texto gran fuerza persuasiva, gracias también a su calculada brevedad y al léxico religioso. El *homoeotéleuton* (*Aeneadum [...] hominum divumque*), la anáfora *quae [...] quae* y la similitud *mare navigerum [...] terras frugiferentis* le dan, por su parte, una extraordinaria solemnidad (Giancotti, 1959: 299). Císcar rompe estas series y altera ligeramente el texto (“Venus bella”), pero consigue compensar un tanto estos cambios con la rima de todos los versos.

Las fuerzas naturales que dependen de Venus se expresan mediante la políptoton del pronombre de 2ª persona y la secuencia anafórica (*per te [...] // [...] // te [...] te [...] te [...] // tibi [...] // tibi [...]*), que logran crear la sensación de que la diosa es muy poderosa.

‘Feliz quien las cosas / Lás recónditas causas penetrando, / Vive libre de ideas pavorosas; / El destino fatal menospreciando, / Y del río Aqueronte y las regiones / Que circunda la Estigia, las ficciones”.

de **tu** estrella
 Con el influjo blando,
 Tantos seres vivientes procreando 10
 Que nacen a gozar la luz del día:
Tu presencia benéfica desvía
 Lejos de aquí huracanes y nublados,
 Bajo **tus** pies los deliciosos prados
 Se cubren de mil flores olorosas; 15
 El mar vuelca sus olas espumosas
 A **tu** vista, y el cielo despejado
 Plácidamente brilla en luz bañado

per te quoniam genus omne animantum
 concipitur visitque exortum lumina solis: 5
 te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli
 adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus
 summittit flores, tibi rident aequora ponti

En la versión de Císcar la fuerza retórica del “Du-Stil” lucreciano pierde nervio, aunque trasiegue los pronombres personales mediante adjetivos posesivos. No obstante, recobra este vigor unos versos más abajo, al traducir I 17-18. Inserta un pronombre personal, ausente en el original, seguido de cuatro anáforas que permutan con elegancia el *homoeotéleuton* (-que [...] -que [...] -que [...] -que [...]), ganando su traducción, incluso, en fuerza expresiva.

Tú por los mares y ásperas montañas
 Por los prados, cubiertos de verdura,
 Por los hinchados ríos caudalosos, 35
 Por los bosques frondosos
 Do anida el pajarillo en la espesura,

denique per maria ac montis fluviosque rapacis
 frondiferasque domos avium camposque virentis

Remata, además, esta secuencia con un verso de claras resonancias de la mejor poesía renacentista castellana, de san Juan de la Cruz y fray Luis de León, sobre todo, que viene a enriquecerla de matices agradables⁵⁸⁷. Estas reminiscencias poéticas constituyen el mejor estilema de Císcar. Gracias a ellas confiere a su versión un indudable sello de calidad, primero, porque traen ecos de los poetas clásicos castellanos y, segundo, porque esta singular *contaminatio* naturaliza en el mejor castellano su versión.

En el fragmento siguiente (Lucr. II 13-15), la juntura “pensamientos vanos” tiene también un acento de poesía aurisecular:

¡Ah pensamientos vanos! 35
 ¡Infelices humanos!
 ¿Qué miseria es la vuestra, qué ceguera?
 ¿En qué oscuras tinieblas sumergidos,
 Pasáis de vuestra vida la carrera,
 De vanos sobresaltos combatidos? 40

o miseras hominum mentes, o pectora caeca!
 qualibus in tenebris vitae quantisque periclis
 degitur hoc aevi quodcumquest! 15

⁵⁸⁷ Cf. también la traducción de I 12-13 (“Las simples avecillas, las primeras / Que por aire vago van volando, / Inflamado en tu fuego el pecho blando, / Anuncian tu llegada”).

Aquí además comprobamos cómo un poeta compite con su modelo. Císcar arma de retórica los versos básicamente con los mismos recursos que Lucrecio: la anáfora, las interjecciones y las metáforas. Pero las compone a su manera, sin dejar de ser persuasivo. Utiliza la anáfora y la interjección por separado, al traducir el primer verso. Amplia la carga imprecatoria, convirtiendo el primer hexámetro en dos heptasílabos y un endecasílabo, lo cual no es inadecuado en su contexto patético. En el trasiego de los otros dos Císcar incluye de su cuño la metáfora de la vida como carrera, que, si bien ausente en el original, tiene en Lucrecio (II 75-79) una de sus recreaciones más afortunadas.

Por último, añadiremos dos ejemplos más de cómo Císcar logra preservar la fuerza retórica del modelo. Lucrecio gusta de cerrar sus periodos argumentativos (epiquerema) con sentencias, en las que suele unir brevedad y sutileza siguiendo las pautas de la retórica tradicional. De esta manera consigue la *delectatio* (Lausberg, 1991 II: 272-73, § 877) en los momentos que más le interesan. Pues bien, Císcar se esmera al traducirlas, como observamos en I 101 y 263-64:

Actos tan altamente criminales
La superstición dicta a los mortales.

tantum religio potuit suadere malorum.

Que la naturaleza
Todas las cosas hace
De otras que deshace;

nec ullam
rem gigni patitur nisi morte adiuta aliena.

Lucrecio quiso resaltar los males del fanatismo religioso con el *homoeotéleuton tantum [...] malorum*, que empieza y cierra el adagio, así como con el verbo *potuit*, que no en valde ocupa el centro del hexámetro. Císcar, por su parte, dota sus endecasílabos de la gravedad requerida mediante la rima consonántica, la gradación superlativa “tan altamente” y un léxico escogido (“criminales, dicta, mortales”). Es preciso notar que Císcar no se atrevió a traducir el término *religio* por “religión”, su acepción inmediata⁵⁸⁸. En el segundo ejemplo, el valenciano toma el sentido de los hexámetros lucrecianos y moldea un estribillo en forma de refrán. En conclusión, las traducciones de Císcar sobresalen por su excelencia poética. Respetan el sentido del modelo y procuran darle un ropaje poético en el mejor castellano.

Alberto Lista (1775-1848) estudió en su Sevilla natal Filosofía, Teología y Matemáticas, disciplina en la que destacó desde joven. A lo largo de su

⁵⁸⁸ Sobre las implicaciones ideológicas y religiosas de este término, cf. López Castillo (2018: 26-30).

vida llevó a cabo una extraordinaria actividad cultural que hizo escuela⁵⁸⁹. Fue canónigo de la catedral de Sevilla, miembro de la Real Academia de la Historia, cofundador de la Academia de Letras Humanas, redactor de diversas revistas literarias y profesor universitario en distintas ciudades españolas. Su magisterio literario fue especialmente fecundo mientras estuvo en el colegio madrileño de San Mateo, donde inculcó sus principios poéticos a un numeroso plantel de discípulos, que luego serían poetas e intelectuales de renombre: Mariano Roca de Togores (1812-1889), Juan de la Pezuela (1809-1906)⁵⁹⁰, José de Espronceda, Ventura de la Vega, Felipe Pardo (1806-1868) o Eugenio de Ochoa (1815-1872)⁵⁹¹.

Aunque la formación intelectual de Alberto Lista fue en esencia neoclásica⁵⁹², jugó un papel importante en la implantación de la estética romántica (Aullón de Haro, 1988: 54)⁵⁹³. Su obra transmite un primer influjo romántico y la primera generación de esta corriente se formó en sus aulas (Martínez Torrón, 1993: 378-406). Por esta razón, es importante saber si Lucrecio era uno de sus poetas latinos predilectos⁵⁹⁴. Y debió de serlo, cuando José de Espronceda, su alumno, imita con cierta profusión el *DRN*, no solo en poemas neoclásicos, como su emulación del epodo segundo de Horacio, sino también en románticos, como en *El diablo mundo*, y el propio Lista tradujo el himno a Venus de este modo:

⁵⁸⁹ Sobre su vida, pensamiento y legado como liberal, cf. Carbajosa Aguilera (2015).

⁵⁹⁰ Tradujo *Los Lusíadas* de Luís de Camões (Madrid: Imp. Don Antonio Pérez Dubrull, 1872. BPE de Cáceres 2/15698) y *La Jerusalem libertada* de Torcuato Tasso (Barcelona: Lit.-Tip. de J. Aleu. BPE de Cáceres 15/352).

⁵⁹¹ Tradujo a Virgilio: *P. Virgilii Maronis opera omnia. Obras completas de P. Virgili Marón traducidas al castellano*, Madrid: Imp. y estereotipia de Rivadeneyra, 1869 (BPE de Cáceres 2/15788).

⁵⁹² Ese talante neoclásico es claramente perceptible por el lugar privilegiado que ocupa Horacio en su poética. Traduce muchas de sus odas (cf. *En loor de Druso, A Baco, Viaje de Virgilio o A la lira*) y asume la preceptiva de su *Ars poetica*. Dice Juretschke (1951: 269-70) al respecto: “en el centro del mundo poético de Lista se levanta Horacio. El culto por él, su continua lectura son origen y causa de su visión de la poesía [...] Por consiguiente, Lista no alaba la espontaneidad, sino el arte; no la originalidad, sino el ejercicio de una sabia imitación y emulación”. Para más información, cf. Martínez Torrón (1993: 366-67). Martínez Sariego (2014) estudia en detalle la presencia de Horacio en Lista.

⁵⁹³ Según Redondo (1931: 282) sus *Lecciones* fueron leídas en el Ateneo madrileño y sirvieron para serenar las disputas literarias que mantenían los neoclásicos y los románticos españoles. En ellas puede haber alguna mención a Lucrecio.

⁵⁹⁴ Martínez Torrón (1993: 365) recuerda que, según la teoría literaria de Lista, “para formar el buen gusto hay que volver al examen de los autores clásicos” y que “Como libros de texto recomienda la antología poética de Quintana y la oratoria de Capmany”. Escribió también un *Discurso sobre la utilidad del estudio de la lengua latina (en el colegio de San Diego de Sevilla)*, Sevilla: Impr. de José M. Atienza, 1847.

“HIMNO A VENUS”	LUCR. I 1-24
Madre de los romanos, Alma Venus, deleite de los hombres y los dioses, que el navegable mar, la tierra fértil, productora de los frutos, llenas con tu nombre divino: tú, que el orbe, 5 que los astros gigantes señoreas; tú, por quién se conciben los vivientes, y a la luz pura de los cielos nacen. Tú el aquilón sañudo, tú la bruma del escarchado invierno al polo ahuyentas; 10 que, apenas apareces, la morada de Ceres brota flores, te sonríe el extendido ponto, y resplandece con blanda llama el sosegado viento; y cuando la rosada primavera 15 abre las puertas del fulgente día, y el amoroso céfiro, rompiendo la prisión del ocaso, halaga el mundo, el coro volador, de dulces aves anuncia tu llegada, el tierno pecho 20 herido con tu arpón; rebaños, fieras, por entre alegres yerbas van saltando, pasan ligeras los veloces ríos, y, el atractivo del placer siguiendo, do quier las llamas, obedientes vuelan. 25 Tú el blando amor esparces ya en los campos, que pinta el ledo abril; ya en las montañas, ya en los senos del piélago rugiente. De amor llenas la selva: “amor” resuenan las frondosas mansiones de las aves, 30 y así, del ser, la llama fugitiva por tu divino influjo se propaga. Inspira tú mi acento, tú, que el mundo y la natura mandas; nada amable, nada alegre es sin ti, nada del día 35 goza sin ti la refulgente lumbre. Andrés (1987: 37-38)	Aeneadum genetrix, hominum divumque voluptas, alma Venus, caeli subter labentia signa quae mare navigerum, quae terras frugiferentis concelebras, per te quoniam genus omne animantum concupitur visitque exortum lumina solis: 5 te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus summittit flores, tibi rident aequora ponti placatumque nitet diffuso lumine caelum. nam simul ac species patefactast verna diei 10 et reserata viget genitabilis aura favoni, aeriae primum volucres te, diva, tuumque significant initum percussae corda tua vi. inde ferae pecudes persultant pabula laeta [15] et rapidos tranant amnis: ita capta lepore 15[14] te sequitur cupide quo quamque inducere pergis. denique per maria ac montis fluviosque rapacis frondiferasque domos avium camposque virentis omnibus incutiens blandum per pectora amorem efficit ut cupide generatim saecula propagent. 20 quae quoniam rerum naturam sola gubernas nec sine te quicquam dias in luminis oras exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam, te sociam studeo scribendis versibus esse

Fue incluido en el volumen recopilatorio *Poesías*⁵⁹⁵, dentro de la sección “Poesías filosóficas” (XIV: *Invocación del poema de Lucrecio: De rerum natura*)⁵⁹⁶. Lista vierte el himno a Venus en endecasílabos blancos, casi palabra a palabra, de suerte que su traducción apenas amplifica el original. Si contamos los términos castellanos del siguiente fragmento (I 10-13), prescindiendo de las preposiciones y los artículos, el resultado es de 28 por 25 latinas:

⁵⁹⁵ Madrid: Imprenta de León de Amarita, 1822, pp. 138-39 (BN U/3729).

⁵⁹⁶ Abundan las imitaciones de los clásicos en este apartado: “Alma beneficencia, ya te canto” (I), donde cita el verso *Nostri pars optima sensus* de Juvenal (*Sat.* XV 133); “De la hermosa Sirte se desata” (VI), en la que cita el verso *Pietate insignis et armis* de Virgilio (*Aen.* VI 403); por su parte, “Huyó la nieve fría” (VII), “¿Qué te importa, si el galo belicoso” (XII) y “Descanso pide al cielo el navegante” (XIII) son imitaciones de Horacio.

y cuando la rosada primavera 15
 abre las puertas del fulgente día,
 y el amoroso céfiro, rompiendo
 la prisión del ocaso, halaga el mundo,
 el coro volador, de dulces aves
 anuncia tu llegada, el tierno pecho 20
 herido con tu arpón [...]

nam simul ac species patefactast verna diei
 et reserata viget genitabilis aura favoni,
 aerae primum volucres te, diva, tuumque
 significant initum percussae corda tua vi.

Comprobamos que, al menos cuantitativamente, se ciñe bastante a su modelo. Añade, con todo, innovaciones de su musa, no tantas como Císcar, pero las suficientes como para que su versión no sea ni una paráfrasis ni tampoco una *interpretatio*, sino más bien una *aemulatio*. Traduce, por ejemplo, I 6 de la manera siguiente:

Tú el aquilón sañudo, tú la bruma
 del escarchado invierno al polo ahuyentas

te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli

Lista ha suprimido el vocativo *dea*, ha cambiado la sintaxis (*te* – tú) y ha sustituido a las nubes por otras entidades naturales (el viento, la bruma, el invierno). Pero respeta dos ingredientes esenciales: la anáfora y el “Du-Stil”; no así el vocativo *dea*, como decimos, que en el hexámetro lucreciano cumplía la importante función de resaltar los poderes de la divinidad. El resultado final es un verso creado prácticamente *ex novo* mediante la *adiectio* (Lausberg, 1991 II: 351-52, § 1102). En el siguiente fragmento (I 18-19) se aprecia de nuevo cómo Lista alterna el respeto por el original con el derecho a la invención:

Tú el blando amor esparces ya en los campos,
 que pinta el ledó abril;

camposque virentis / omnibus
 incutiens blandum per pectora amorem

Introduce el pronombre personal (“Tú”), transforma el adjetivo *virentis* en una proposición subordinada de relativo (“que pinta el ledó abril”), traduce el participio de presente *incutiens* mediante el verbo conjugado “esparces” y se olvida de *omnibus* y *per pectora*. El sentido sigue siendo el mismo, pero Lista ha rehecho a su gusto la urdimbre retórica de estos versos, donde cobran especial importancia los epítetos “blando” y “ledo”, a un tiempo lucrecianos y románticos.

El poeta Félix M.^a Hidalgo (1790-1835), nacido en San Fernando (Cádiz), estudió en la Universidad de Sevilla, de la que fue profesor interino en 1822. Fue alcalde de Sevilla y ejerció de juez en Cádiz. Su traducción de las *Bucólicas* de Virgilio fue considerada unas de las más logradas de su tiempo⁵⁹⁷. En-

⁵⁹⁷ *traducidas en versos castellanos con notas y observaciones críticas*, Sevilla: Imp. de H. Dávila, Llera y Compañía, 1829 (CSIC M-Resid. LSC S7134).

tre sus poesías originales fueron elogiadas en su época “La España restaurada por la victoria de Bailén” y “El triunfo de la constancia española”, publicadas en el tomo LXVII de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra (EUI XXVII: 1383)⁵⁹⁸. Menéndez Pelayo (1951: 100-1) nos informa de que “En las notas a su versión de *Las Bucólicas* de Virgilio (p. 175), cita y traduce en prosa algunos versos del libro V del *DRN*, desde el 417 (*Sed, quibus ille modis conjectus materiae [...]*) hasta el 432 (*Terrai, maris et coeli generisque animatum*)”. Dicho esto, el investigador añade: “forma este juicio (*sc.* Hidalgo), que transcribo como muestra de lo poco y mal que entendían a Lucrecio nuestros humanistas de principios del siglo (excepción hecha de alguno, como el abate Marchena)”:

En Lucrecio se reconoce más al filósofo que al poeta. La descripción del sistema de Epicuro que contiene, está recargada de pormenores y menudencias; pero en medio de este razonamiento filosófico se hallan algunos buenos versos, así como se suelen ver saltar chispas de entre cenizas muertas.

Hidalgo debió de tomar esta opinión de alguna poética o preceptiva que propugnara la idea aristotélica de que la poesía era imitación de la naturaleza y, por tanto, que Lucrecio era, como Empédocles (s. V a. C.) entre los griegos, un filósofo⁵⁹⁹. Desde el siglo XVI este precepto había sido enarbolado por muchos teóricos de la literatura para restar valía poética al *DRN*. Sin embargo, nunca gozó de unanimidad entre los preceptistas, pues su rigurosa observancia eliminaba también del parnaso a la *Farsalia* de Lucano y a las *Geórgicas* de Virgilio⁶⁰⁰. En teoría podía concebirse, pero en la práctica no se tenía en cuenta⁶⁰¹.

He aquí la correcta traducción de Hidalgo de *Lucr.* V 417-32:

⁵⁹⁸ Cf. *supra* Javier de Burgos.

⁵⁹⁹ Prosperi (2004: 118-32) recoge fragmentos de otras poéticas que, sin embargo, concedían sin reticencias el estatus de poeta a Lucrecio, como los *Discorsi del poema eroico* de T. Tasso: “Dunque poeta è similmente Lucrezio e'l Pontano e gli altri ch'in versi hanno scritte le cose della natura”; o los *Poetices libri septem* (Liber V. Pestilentia. Caput. XI) de Julio César Escalígero (1484-1558): *Multa praeterea, quae prolixius prosequitur Thucydides, omisit divinus Poeta* (*sc.* Virgilio) [...] *Lucretius autem, qui rerum naturam canit, iure minutiora persecutus est [...]*

⁶⁰⁰ De ahí que Bernardino Partenio (1498-1589) en su diálogo *Della imitazione poetica* (Vinegia: Gabriel Giolito de' Ferrari, 1560, p. 93) afirmara: “Ne noi così Lucretio, como Virgilio riputarem digno di questo nome (*sc.* de poeta), no havendo altro in comune con quello, che il verso solo. Però chiamerassi Homero, et Virgilio Poeti. Empedocle, et Lucretio Filosofi piu tosto che Poeti. Così Lucano historico, Poeta non mai” (Prosperi, 2004: 120).

⁶⁰¹ Como reconocía Luzán en su *Poética* (1737: 30, cap. V): “la común opinión coloca la esencia de la poesía en la imitación de la naturaleza; tanto, que Aristóteles excluye del catálogo de poetas a los que no imitaren, aunque hayan escrito en verso, queriendo que se les dé el nombre de los versos en que hubieren escrito, llamándose, por ejemplo, escritores de elegías o de versos heroicos, y no poetas. Pero con este término tan general como es la *imitación*, no se explica bien la esencia de la poesía [...]”

Explicaré por su orden, de la manera que este conjunto de materia haya fundado el cielo, la tierra, el mar y el movimiento ó curso del sol y de la luna. Los principios de todas las cosas no se colocaron ciertamente desde su origen con orden, designio, ni sabia inteligencia en la inmensidad del espacio; sino que muchos de ellos agitados de diversas maneras por una serie de tiempo indefinido y precisados á dejarse arrastrar de su gravedad misma, se acostumbraron á mezclarse de diversos modos y á tentar todo lo que unidos pudieran producir. De aquí fué, que esparcidos por el espacio eterno y experimentando todo genero de choques y movimientos, llegaron en fin á unirse por casualidad y de un modo conveniente, y vinieron á producir la tierra, el mar, el cielo y todas las especies de animales.

Andrés Bello (1781-1865) fue poeta, filólogo, pedagogo y jurista, venezolano de origen y chileno de adopción. Estudió Artes, Derecho y Medicina en la Universidad Pontificia de Caracas. Llegó a ser uno de los humanistas más representativos de la cultura hispanoamericana de la primera mitad del siglo XIX. Participó en la independencia de Venezuela el año 1810 junto con Simón Bolívar (1783-1830), antiguo alumno suyo, al que había inculcado los principios neoclásicos. Poco después emigró a Londres, donde llevó a cabo una frenética actividad literaria⁶⁰². Prestó en su obra gran atención a los clásicos grecolatinos, a quienes se propuso imitar y comentar⁶⁰³. Enseñó, de hecho, latín y preparó una *Gramática de la Lengua Latina* (Santiago de Chile, 1838). En el *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile* (17 de septiembre de 1843)⁶⁰⁴ traduce los versos de Lucr. IV 1133-34 (Menéndez Pelayo, 1951: 101) de esta forma:

De en medio de la fuente del deleite
Un no sé qué amargo se levanta,
Que entre el halago de las flores punza.

En esta disertación, leída con ocasión de la abertura de cinco facultades en la Universidad de Chile, exponía sus ideas pedagógicas⁶⁰⁵.

⁶⁰² Conoció allí al filósofo y helenista James Mill (1773-1826), quien le encomendó la transcripción de los manuscritos del filósofo utilitarista Jeremy Bentham (1748-1832). La doctrina de este último tenía una clara filiación epicúrea, al establecer como *summum bonum* la felicidad humana (Guyau, 1927: 13-34). De hecho, fue influenciada por los planteamientos de reconocidos sensualistas, como D. Hume (1711-1776) y C. A. Helvetius (Copleston, 1985 VIII: 20).

⁶⁰³ Escribió una égloga a imitación de Virgilio: "Tirsis, habitador del Tajo umbrío" (Bello, 1981: 28-29). Tradujo de Horacio *Carm.* I 14: "¿Qué nuevas esperanzas [...]" (Bello, 1981: 36-38), y *Carm.* II 16: "Pide la dulce paz del alma al cielo" (Bello, 1981: 164-66), y de Tibulo, la elegía I 1: "Atesore el avaro" (Bello, 1981: 138-42).

⁶⁰⁴ Publicado en el tomo VIII de las *Obras completas de Don Andrés Bello*, Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez, 1885, p. 307.

⁶⁰⁵ Aparte de esta traducción, es posible que haya reminiscencias del himno a Venus en su *Alocución a la poesía y en La agricultura de la zona tórrida* (Bello, 1981: 43-67).

4. 5. Claves del movimiento neoclásico (ca. 1740-1840)

Ilustración es un término histórico o, si se prefiere, filosófico antes que literario. No así el Neoclasicismo, que es la manifestación artística de aquél, particularmente en la escultura y en la arquitectura, pero también en la literatura. Convencionalmente la Ilustración europea abarca desde la Revolución Inglesa (1688) hasta la Francesa (1789)⁶⁰⁶. Durante esa centuria se agota en la literatura española la estética barroca y cobra vigor en su lugar la neoclásica. Convive desde 1770 con la otra corriente espiritual del siglo, el Romanticismo, y perdura al menos hasta 1840 (Navas, 1982: 46). Resulta, por ende, un tanto inadecuado clasificar a los autores y a sus obras con un criterio meramente cronológico (Redondo, 1931: 276), de ahí que hayamos distribuido los textos influenciados por Lucrecio según sigan uno u otro estilo.

Cuando la estética barroca estaba, a mediados del siglo XVIII, agotada y hastiaba⁶⁰⁷, los poetas españoles se plegaron a las pautas de un movimiento artístico que triunfaba en Francia y en Italia: el Neoclasicismo. Es evidente que entonces la cultura de ambos países, sobre todo del primero, influía intensamente en España (Redondo, 1931: 270-71). Sin embargo, considerar la literatura neoclásica española mero resultado de la gregaria imitación de la francesa o italiana es una falacia⁶⁰⁸.

El calificativo de “neoclásico” se aplicaba en sentido lato a las obras que por sus cualidades de claridad, sencillez y madurez merecían imitarse, al margen de que estuvieran escritas en verso o en prosa y en uno u otro idioma. Esta definición coincidía en muchos aspectos con el significado más común de “clásico”, su antecedente inmediato. Sin embargo, la acepción escolar, dada en las poéticas, aplicaba el término a las obras en verso que se supeditaban a la preceptiva de los géneros dramático (tragedia y comedia), épico y lírico (odas, églogas, elegías o epigramas, entre otros). En cualquier caso, el común denominador del Neoclasicismo es el sometimiento a los preceptos, que sus seguidores admitirán de grado, al entender que están fundados en la razón

⁶⁰⁶ Ese año se termina también el Panteón parisino dedicado a Santa Genoveva, magnífico ejemplo de arquitectura neoclásica, levantado según el modelo del Panteón romano de Agripa. Seguimos la periodización de Sebold (2003: 121).

⁶⁰⁷ Hasta 1740, más o menos, la poesía que se practica en España está fuertemente influenciada por Góngora y Quevedo, cumbres del Barroco castellano. Escriben con esta estética, que se ha denominado “barroco degenerado”, Gabriel Álvarez de Toledo (1662-1714), Diego de Torres y Villarreal (1694-1770) y Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), miembros de la conocida como escuela tradicionalista (Rull, 1987: 21-23, y Redondo, 1931: 269).

⁶⁰⁸ Se conservan numerosos testimonios de la oposición de los escritores españoles a la poesía francesa contemporánea. Tomás de Iriarte (1750-1791) en *Los literatos en cuaresma* (1773), sin ir más lejos, recomienda “no conceder a los extraños, especialmente franceses, la absoluta primacía en todos asuntos [...] porque antes fue su literatura una de las más atrasadas de Europa” (Sebold, 2003: 132-33). La opinión de que la poesía dieciochesca fue una simple imitación de la francesa nació a finales del siglo XIX, cuando los críticos valoraron mucho más la literatura de los Siglos de Oro que la neoclásica, al considerarla resultado del barroco tardío y de la mera emulación francesa (Caso, 1983 HCLE IV: 11).

natural; no así los románticos, quienes los rechazarán por obedecer a los sentimientos.

Para los escritores neoclásicos el canon de autores y metros no se limitará a las *antiquae auctoritates*, sino que abarcará también a los escritores nacionales, cuyas obras reunían los requisitos convencionales de excelencia⁶⁰⁹, sobre todo el de armonizar género y estrofa con maestría⁶¹⁰. En consecuencia, los modelos de inspiración neoclásica fueron, de una parte, los autores grecolatinos, que constituían el acervo cultural comunitario⁶¹¹, y, de otra, una pléyade de cada patria, que favorecía las peculiaridades nacionales (Sebold, 2003: 123-130).

Los neoclásicos españoles se fijarán, sobre todo, en poetas del siglo XVI como Garcilaso de la Vega y fray Luis de León, cuyos poemas sobresalían por su equilibrio entre la forma y el fondo; en cambio, apenas sentirán aprecio por los vates barrocos⁶¹². Su aversión por el manierismo se traduce en un rechazo total hacia la metáfora, una figura explotada por Góngora y Quevedo *ad nauseam*. En su opinión, entorpecía la clara comprensión de las ideas (Rull, 1987: 23) y, en consecuencia, uno de los propósitos esenciales de la Ilustración: la difusión de la cultura⁶¹³.

Este hibridismo, propio del Neoclasicismo, afecta también a los argumentos. Los poetas neoclásicos recuperarán los tópicos grecolatinos, sobre todo aquellos que tienen relación con las esferas temáticas del hombre y la naturaleza. Era esperable que el Siglo de las Luces se decantara por ellos, puesto

⁶⁰⁹ En realidad, como afirma Sebold (2003: 131) y se confirma en los florilegios de poesía renacentista, Juan Boscán, Garcilaso de la Vega o fray Luis de León eran considerados en las escuelas dieciochescas autores canónicos, pues habían cultivado con maestría los géneros grecolatinos y, por tanto, se habían ganado un lugar en el parnaso clásico. De ahí que Juan Nicasio Gallego rindiera homenaje a Garcilaso en su soneto *A la memoria de Garcilaso*, aludiendo “al príncipe de nuestros líricos” (MLE V: 426).

⁶¹⁰ Nicolás Fernández de Moratín es un claro ejemplo de esta aspiración. Su poesía incluye sonetos, romances, quintillas, silvas, canciones, odas, anacreónticas y epigramas (cf. *Obras póstumas*, Barcelona: Impr. de la viuda de Roca, 1821).

⁶¹¹ Las propias preceptivas y poéticas de la época, aun escritas en distintos países, pretendían enseñar las reglas universales del arte poético, establecidas por la *Poética* de Aristóteles y el *Arte poética* de Horacio. Así, por ejemplo, Jacques Peletier (1517-1582) en su *Art poétique* dice: “Celui qui veut former un poète, en doit donner les préceptes générales pour toutes nations [...]”. Por su parte, el gran preceptista de la época en España, Ignacio de Luzán, afirmará (*Poética*, 1789, cap. IV, p. 33): “Una es la poética común y general para todas las naciones y para todos los tiempos”. Cf. Sebold (2003: 134).

⁶¹² Luzán elogiará en su *Poética* (1737) a Garcilaso de la Vega, a fray Luis de León, a los hermanos Argensola y a Luis Barahona de Soto (1548-1595) por su gran perfección; en cambio, criticará duramente a Lope de Vega y a Luis de Góngora por no sujetarse a los preceptos del arte (Makowiecka, 1983 HCLE IV: 165-71). A esta corriente rehabilitadora de la poesía del primer Siglo de Oro se deben, por ejemplo, las reediciones de las poesías de Garcilaso (1765) y fray Luis (1761).

⁶¹³ Arce (1983 HCLE IV: 221) habla de expresar “la verdad hermoçada con los colores poéticos”.

que la fe en la razón y el afán por investigar la naturaleza fueron dos pilares de la filosofía ilustrada. Muchos poemas tratarán de los valores cívicos y humanos con el talante optimista propio de la época. En este sentido, la poesía neoclásica es “portadora de los nuevos ideales de la Ilustración” (Arce, 1983 HCLE IV: 37) y resulta fría, ya que está despojada de sentimientos íntimos. Prefiere cantar la filantropía, la amistad, el avance de la ciencia, el genio de los sabios (Newton, Galileo, Copérnico) o, si se terciara, la inauguración de una institución pública antes que el amor y otras angustias personales (Rull, 1987: 23-24)⁶¹⁴. Obviamente, esta inclinación por los temas filosóficos y científicos hizo posible que la poesía didáctica floreciese y que gracias a ella Lucrecio fuera una fuente de imitación eminente, más si cabe, cuando se privilegiaba la emulación de los clásicos grecolatinos, como corrobora *La poética* (1737) de Luzán, la más importante de la España ilustrada:

Además de este modo de instruir indirectamente, y de paso en las artes y ciencias, puede también la poesía enseñarlas directamente y de propósito, escogiendo para asunto de un poema alguna de ellas. Y aunque semejantes argumentos no son propios de un poeta, que según Platón, como ya hemos dicho, ha de escribir fábulas y ficciones, no historias ni tratados; sin embargo, no dejará de ser útil, en esta parte, la poesía, enseñando, con más deleite que la prosa, una arte o ciencia, como la enseñe con un modo poético, vistiéndola de invenciones y fantasías, que son las galas del verso, y de suerte que no sepa a escuela ni a cátedra: lo que se logrará felizmente con imitar los buenos poetas que han tenido mayor acierto en el modo. Virgilio enseñó con admirable suavidad, elegancia y artificio la agricultura en sus *Geórgicas*, argumento ya tratado mucho antes por Hesiodo con más sencillez y con menos artificio. Arato y Manilio enseñaron la astronomía en verso; y Lucrecio, la filosofía; Ovidio escribió los *Fastos* de Roma con la gracia y suavidad de su florido estilo [...] (Lib. I, cap. 5: “De la instrucción en todas las artes y ciencias”).

El escritor ilustrado, en efecto, se interesó por los géneros pedagógicos, llevado del espíritu educador del siglo. Proliferaron, entonces, el ensayo filosófico, los estudios de erudición literaria, el tratado teológico, la investigación histórica y la poesía didáctica (Alborg, 1993 III: 12)⁶¹⁵, formas que cumplían efectivamente con el propósito ilustrado de iluminar el entendimiento para

⁶¹⁴ He aquí algunos ejemplos: *Las artes de la imaginación*, de Félix J. Reinoso; *A los progresos de la industria*, de Javier de Burgos, y *A la invención de la imprenta y A la ciencia*, de Manuel J. Quintana.

⁶¹⁵ En España se usó especialmente la tirada de endecasílabos mezclados en ocasiones con heptasílabos y agrupados en sexta rima, una estrofa de origen italiano que hasta entonces no había tenido mucho éxito. Fue muy utilizada durante el Neoclasicismo y el Romanticismo. Dentro del género didáctico la cultivaron Nicolás Fernández de Moratín para su *Antigüedad, origen y excelencias de la caza* y Tomás de Iriarte para la fábula *La rana y la gallina*. En el

librar al hombre de las garras del fundamentalismo religioso, la ignorancia y la servil sumisión. Al fin y al cabo, la novela, el teatro y la lírica, géneros, en definitiva, de la imaginación (*inventio*), habían alcanzado ya cotas de perfección en las literaturas renacentista y barroca. *La Diana o el arte de la caza* de N. Fernández de Moratín (1737-1780) y *La música* de Tomás de Iriarte (Herreros Tabernero, 1995: 283, y Baehr, 1973: 276) fueron poemas didácticos escritos por este impulso⁶¹⁶.

En España hubo muchas academias y tertulias, como la Academia del Buen Gusto o la Fonda de San Sebastián, desde las cuales se propagó la estética neoclásica (MLE V: 55-56). De forma práctica, los neoclásicos españoles han sido vinculados a dos escuelas poéticas, la Salmantina y la Sevillana, más por un criterio geográfico que por compartir unos gustos específicos como grupo. A la primera pertenecieron fray Diego Tadeo (1732-1794), Vicente García de la Huerta (1734-1787), José Iglesias de la Casa (1748-1791), Juan Pablo Forner (1756-1797) y Meléndez Valdés, entre otros. Más tarde, formarían parte un grupo de poetas que escribieron ya en el siglo XIX, como Nicasio Álvarez Cienfuegos (1764-1809), Manuel José Quintana (1772-1857) y Nicasio Gallego. Por su parte, son considerados miembros del parnaso sevillano José Marchena, Manuel M.^a de Arjona (1771-1820), Félix José Reinoso (1772-1841), José M.^a Blanco y Crespo (1775-1841) y Alberto Lista. Al margen de esta clasificación queda Feijoo, que escribía con la claridad y elegancia neoclásicas, pero en prosa.

4. 6. *Imitadores de Lucrecio en la Ilustración española*

Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) recibió una sólida formación desde la infancia. A los 14 años ingresó en la orden benedictina e inició los estudios en Artes, que culminó en 1709 con el doctorado en *Sacra Philosophia*. Durante esos años adquirió vastos conocimientos en Teología, Filosofía y Sagradas Escrituras (Fernández González, 1980: 26) que amplió movido por una innata curiosidad. Solía recurrir a las enciclopedias y diccionarios franceses de moda en su tiempo para ilustrar sus obras de carácter divulgativo y científico con las últimas ideas y corrientes de pensamiento⁶¹⁷. El *Teatro crítico universal* (1726-1739) y sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760) fueron un éxito editorial desde su publicación y procuraron al benedictino un prestigio casi

Romanticismo la usaron también José Zorrilla y el duque de Rivas (Navarro Tomás, 1986: 308, y Baehr, 1973: 275-76).

⁶¹⁶ Para el desarrollo en España del género didáctico durante el siglo XVIII, cf. Aullón de Haro (1987); para su evolución en el resto de Europa durante el mismo período, cf. Sacré (1999: 347-55) y Crum (1966: 81-156). Luzán ofrece una lista de seguidores del género en España y en Europa (*Poética*, lib. I, cap. 5).

⁶¹⁷ Menéndez Pelayo (2000: 372) reprochó al benedictino precisamente esta costumbre: “Alguna culpa, quizá no leve, tenga en esto el mismo padre Feijoo [...] como que para hablar de ellas (sc. cuestiones culturales) solía inspirarse en enciclopedias y diccionarios franceses”.

inviolable. Baste decir que el propio Fernando VI le dispensó protección frente a las iras de los intelectuales más tradicionalistas⁶¹⁸, quienes no soportaban que fuese heraldo de los nuevos ideales científicos⁶¹⁹.

Feijoo debió de conocer el *DRN* desde sus clases de Latín, Retórica y Poética. A este primer acercamiento filológico debió de sucederle uno filosófico a raíz de estudiar las nuevas escuelas de pensamiento, donde el atomismo epicúreo ocupaba un lugar preeminente, como en la doctrina científica de P. Gassendi⁶²⁰ y del empirista F. Bacon (Sánchez-Blanco, 1999: 70). De hecho, en varios pasajes de sus ensayos critica el ateísmo materialista de estos epicúreos modernos y alude, en concreto, a Lucrecio, al censurarlos en el capítulo “De los filósofos materialistas” de sus *Cartas eruditas*:

Esto, y nada más, soñaba el Ateísmo de Epicuro, el cual dejaba a los Idólatras contemporáneos en el respeto de sus mentidas Deidades; y a las Deidades en la posesión de sus templos y sus cultos; mas ni el respeto, ni el culto, por el motivo del bien que podían esperar de su favor, o el mal que podían temer de su enojo; sí sólo del homenaje que era justo rendir a la excelencia superior de su Divina Naturaleza [...]

Al poeta Lucrecio tampoco le hicieron causa los Romanos, aunque descubiertamente escribió la mortalidad del alma. A Plinio el mayor, no sólo le pasaron lo mismo, mas le miraron como personaje digno de la pública estimación. Entrambos fueron Epicuristas y los Materialistas de estos tiempos no son otra cosa.

El fragmento, en concreto, se hacía eco de la controversia suscitada a raíz de que el sacerdote francés Jean Martin de Prades (ca. 1720-1782) asumiera públicamente los principios materialistas. No imita aquí Feijoo al poeta, aunque hay una levísima *allusio* a Lucr. I 44-49 en el primer párrafo. Para los epicúreos la “excelencia superior” no atiende a las súplicas, luego para qué rendirle culto religioso. El interés del pasaje reside en la asociación que Feijoo establece entre los materialistas modernos, que eran muchos fuera y dentro de España, y Lucrecio.

Feijoo menciona también a Lucrecio sin afán polémico en las mismas *Cartas eruditas* (“Introducción de voces nuevas”):

⁶¹⁸ Por el Real Decreto del 23 de Junio de 1750: “No debe haber quien se atreva a impugnarlo” (Catena, 1982: 20).

⁶¹⁹ Uno de sus adversarios fue Salvador José Mañer (1676-1751), que escribió un *Anti-Theatro Crítico*, En Madrid: se hallará en casa de Juan de Moya, 1729 (RAE S. Coms. 11-B-78), en el cual ridiculiza los errores de Feijoo. Llama la atención el parecido del título y de la intención con el *Anti-Lucretius* del cardenal Polignac.

⁶²⁰ Lo tenía en buena estima, como se deduce por este juicio: “Descartes, menos docto a la verdad que Gassendo, pero dotado de un ingenio audaz, sublime, vasto, de miras más elevadas [...]” (Lopez, 1995: 29).

No hay idioma alguno que no necesite del subsidio de otros, porque ninguno tiene voces para todo. Escribiendo en verso latino, usó Lucrecio de la voz griega *homoeomeria*, por no hallar la voz latina equivalente.

*Nunc Anaxagorae scrutemur homoeomeriam
Quam greci vocant, nec nostra dicere lingua
Condecit nobis patrii sermonis egestas.*

Antes de Lucrecio había ya tomado mucho la lengua latina de la griega, y mucho tomó después.

Se trata del pasaje del *DRN* I 830-32, que era un *locus communis* de las poéticas y tratados de preceptiva para referirse a la pobreza de las lenguas y a la falta de neologismos. Parece muy probable que el benedictino tomara el fragmento de alguna preceptiva contemporánea⁶²¹.

Menéndez Pelayo (1951: 101-2) cita como imitador de Lucrecio a José Pons (ca. 1736-1815), profesor de Retórica y Poética del colegio de Nobles de Santiago de Cordelles (Barcelona), que regentaban los jesuitas. José Pons se educó en la Compañía y formó luego parte de ella. Cuando esta fue disuelta en 1767, se exilió en Italia, donde ejerció como profesor universitario enseñando filosofía⁶²². En esta disciplina destacó por sus vastos conocimientos tanto en escolástica como en doctrinas modernas⁶²³. Fue, además, un poeta elegante en lengua latina, en la que compuso dos poemas didácticos de materia científica:

- uno sobre el fuego: *Ignis: poema didascalicum, a P. Josepho Pons, in Seminario Nobilium de Cordelles publico Rhetorices et Poetices professore*, Barcinone: apud Franciscum Suriá, 1760 [RAH 9/3486(19)].
- Y otro sobre la fuerza centrípeta: *Philocentrica, sive de innata corporum propensione ad centrum*, Bononiae: ex typographia Sancti Thomae Aquitanis, 1774 (BPE de Gijón Res. 8º/26).

Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780) fue catedrático de Poética en el Colegio Imperial y fundador de la tertulia literaria de la Fonda de San Sebastián. Sobresalió como poeta y autor teatral, arte en el que compuso *La*

⁶²¹ Comentarios similares se hayan en *expositiones* renacentistas como la de Francesco Robortello (1516-1567), *In librum Aristotelis de Arte poetica explicationes*, Florentiae: In officina Laurentii Torrentini, 1548, p. 4 (Prosperi, 2004: 122, n. 193).

⁶²² Sobre la suerte que corrieron muchos jesuitas tras la expulsión, cf. Menéndez Pelayo (2000: 434-44).

⁶²³ Menéndez Pelayo (1951: 102) cita varias obras suyas: el *Specimen philosophiae jesuiticae cum dissertatione de optimo genere tradenti philosophiam*, Cervariae Lacetanorum: Typis Academicis, 1765 (BGUB B 39/2/18-6), y otras dos de difícil localización: las *Dissertationes binae de intima et naturali humanarum actionum ante omnem legem honestate atque inhonestate: necnon de inhonestarum actionum merito et imputabilitate ad poenam* (Bologna, 1780), en la que defiende que la ley natural es superior a la positiva, contra las opiniones de Samuel Pufendorf (1632-1694) y Christian Wolff (1679-1754), y el *Discorso sull'utilità del metodo scolastico per comparazione col geometrico* (Spoleto, 1809).

Petimetra (1762), *Lucrecia* (1764) y *Hermesinda* (1770). Puso de moda en la poesía española el subgénero lírico de la anacreóntica, en el que escribió varios poemas publicados en el periódico *El poeta* (1764). Desde esta gaceta literaria Moratín se convertiría en el preceptor del nuevo gusto, reclamando que la poesía enalteciera la virtud, la razón, la ciencia y la moral.

Su poema más extenso y ambicioso, *La Diana o Arte de la caza* (1765), pertenece al género didáctico y en él deja patente que había leído a Lucrecio por estos versos (III 89-93) de los que parece desprenderse también cierto aprecio (Cristóbal López, 1986: 78, n. 19):

Según el libertino y el impuro	
Dulce Lucrecio y célebre Epicuro.	90
Porque uno y otro bárbaro atea,	
Inventor de maldad la más horrenda,	
Átomos juzga cuanto ve la vista	
[...]	

Este *carmen* didascálico, dividido en 6 cantos como el *DRN*, versa sobre el origen de la caza (1), sobre peligros y pertrechos necesarios para el cazador (2), sobre caballos, peces y conocimientos astrológicos (3), sobre la caza de aves (4), sobre la caza mayor (5) y sobre la superioridad del hombre respecto de los animales (6). En este último canto, bajo el epígrafe de “Batida general”, el poeta exalta a Agustín de Montiano (1697-1764) y a Feijoo, al tratar de la amistad y de la ciencia. Lucrecio fue el primero que elogió a los sabios en la poesía didáctica latina, de ahí que sus encomios a Epicuro hayan sido modelos poéticos y es, por ende, probable que Moratín los tuviera presentes para los suyos.

Las estrofas siguientes forman parte del primer canto, titulado *Origen de la caza*, y fueron antologizadas por el profesor de Retórica y Poética Ángel M.^a Terradillos (1847a II: 20-21) en la sección “Narraciones” de su *Colección de trozos selectos de Literatura Española*:

Hubo algún tiempo en los remotos años,	
Del mundo infancia, en que la dura tierra	
No le causaba al hombre algunos daños,	
Ni con zarzas ni abrojos hizo guerra,	
Y sin cultivo pródiga y esclava	5
Los frutos de sus árboles le daba.	
Todo era paz: aun no nacido habían	
A turbar de quietud los monstuos fieros	
De ambicion y política, escondian	
Los montes no labrados los aceros,	10
Y aquel siglo inocente con decoro,	
Por no le conocer, se llamó de ORO.	
Retozó con los tiernos recentales	
El Lobo carnicero, y humillados	
Amaban los mas fieros animales	15

Ser con humanas palmas halagados, Y en la ley natural que allí observaban, Los hombres y los brutos descansaban.	
Mas corrompiendo la malicia humana La sencillez y cándida inocencia,	20
Naturaleza se mostró tirana, Que así lo quiso eterna providencia: Huyeron de la mano audaz los frutos, Bramaron, rebelándose los brutos.	
Y el hombre miserable condenado	25
A ganar con sudores el sustento, La primer vez rompió con tosco arado De la gran madre el rostro macilento, Encerrando en su seno las semillas,	
Que luego son garzotas amarillas.	30
Pero impaciente el hambre porfiada De la tardanza, aun antes que él arase Le dió principios de la caza osada, En que con prontitud se remediase,	
Y fué la primer arte, que él procura, Antes que la robusta agricultura.	35
Los ramos de las selvas desgajados Fueron primeras armas, los crecidos Peñascos de la cumbre derribados, Los garrotes volteando despedidos,	40
Perniquebraron cabras y corderos, Y alguna vez los corzos mas ligeros.	
Poco después las hondas Baleares. Con guijarros, que salen al chasquido, Llevaron á los vientos y á los mares	45
La muerte al pez y al pájaro del nido, Hasta que al fin Lamech en feliz día Diestro facilitó la cacería.	
El primero dobló las fuertes varas Para hacer arcos; hizo á los extremos	50
Distantes acercarse con muy raras Fuerzas, y ató la cuerda, como hoy vemos, Este calzó para volar derechas Con las plumas del aguila las flechas.	
Las reses en el monte perseguidas	55
Su nuevo ardid con llagas publicáron De este, el que ejemplo dió á los homicidas, Los primeros arpones transpasaron; Pues juzgandolo (oculto en un grimazo)	
Por fiera, lo mató de un saetazo.	60

Estas sextinas rezuman clasicidad. Referir todas las reminiscencias sería arduo trabajo, más si cabe, en un poema cuyo autor quiso contaminarlo adrede⁶²⁴. No obstante, es manifiesto que entre las fuentes primarias manejadas por Moratín estuvieron Virgilio, Ovidio y Lucrecio. Gracias a esta fusión el fragmento fluctúa entre la explicación mitológica y la científica. El tono mitológico se debe a la imitación de Ov. *Met.* I 5-150, donde el sulmonense versificó la leyenda de las Edades del Hombre, y a Verg. *Ecl.* IV 18-45, donde el mantuano recreó el tópico de la Edad de Oro. El científico deriva de la emulación de varios pasajes del libro V del *DRN*, en los que el poeta epicúreo escribe una breve historia del primitivismo humano, de gran valor antropológico (vv. 925-1457)⁶²⁵. Recopilamos aquí los ecos más llamativos⁶²⁶:

Vv.	MORATÍN	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-6	<i>Hubo algún tiempo en los remotos años, / Del mundo infancia, en que la dura tierra / No le causaba al hombre algunos daños, / Ni con las zarzas ni abrojos hizo guerra, / Y sin cultivo pródiga y esclava / Los frutos de sus árboles le daba.</i>	V 926	tellus quod dura creasset	La dura tierra
		V 937-38	quod sol atque imbres dederant, quod terra creatar / sponte sua, satis id placabat pectora donum.	αὐτόματος βίος
		V 942-44	plurima tum tellus etiam maiora ferebat. / multaque praeterea novitas tum florida mundi / pabula dura tulit, miseris mortalibus ampla.	

(Continúa)

⁶²⁴ Según Arce (1983 HCLE IV: 220-25), que ha estudiado el poema, Nicolás admite en el prólogo haber imitado a muchos autores, aunque no especifica cuáles.

⁶²⁵ Terradillos (1947 II: 16) incluye el comienzo del relato lucreciano (V 925-87) dentro de la sección “Cuadros o pinturas”, con el epígrafe “Los primeros humanos”. Martha (1896: 294-95) destacaría el carácter moral del fragmento, al que su vívida pintura intensifica: “Un puissant intérêt philosophique et moral s’ajoute à celui de la poésie dans cette étonnante peinture, qui est la plus vaste en ce genre, la plus suivie, sinon la plus parfaite, qui nous ait laissée l’antiquité”. Sobre la antropología primitiva en la literatura clásica, cf. Lovejoy and Boas (1980). Antelo (1975: 93) sugiere que la historia del primitivismo cantada por Lucrecio (V 925-1457) pudo ser un pasaje muy leído por los cronistas españoles y novohispanos para la redacción de muchas historias de Las Indias. Puede observarse su influencia (Antelo, 1975: 89 y 92) en el pasaje I 15 de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) y en la *Historia general del Perú* de fray Martín de Murúa (ca. 1540-1618).

⁶²⁶ Otros ecos lucrecianos en este poeta se atisban en el himno a Venus que abre su *Arte de las putas* (vv. 1-10). El componente epicúreo en esta composición ha sido estudiado por Laguna Mariscal (2014: 129, n. 6).

Vv.	MORATÍN	Vv.	LURECIO	MOTIVO
19-21	<i>Mas corrompiendo la malicia humana / La sencillez y cándida inocencia, / Naturaleza se mostró tirana</i>	V 1120-24	at claros homines voluerunt se atque potentis, / ut fundamento stabili fortuna maneret / et placidam possent opulenti degere vitam, / nequiquam, quoniam ad summum succedere honorem / certantes iter infestum fecere viai,	<i>Amor sceleratus habendi</i>
27-30	<i>La primer vez rompió con tosco arado / De la gran madre el rostro macilento, / Encerrando en su seno las semillas, / Que luego son garzotas amarillas.</i>	V 933-35	nec robustus erat curvi moderator aratri / quisquam, nec scibat ferro molirier arva / nec nova defodere in terram virgulta	El labrador
		II 598-99	quare magna deum mater materque ferarum / et nostri genetrix haec dicta est corporis una.	La tierra como madre
37-42	<i>Los ramos de las selvas desgajados / Fueron primeras armas, los crecidos / Peñascos de la cumbre derribados, / Los garrotes volteando despedidos, / Perniquebraron cabras y corderos, / Y alguna vez los corzos mas ligeros.</i>	V 966-69	et manuum mira freti virtute pedumque / consecabantur silvestria saecula ferarum / missilibus saxis et magno pondere clavae; / multaque vincebant, vitabant pauca latebris	Las primeras armas en la caza

Poco se sabe de Ignacio López de Ayala († 1789), nacido en Grazalema (Cádiz) en fecha indeterminada. Ejerció como catedrático de Poética en el colegio de San Isidro de Madrid. Fue censor teatral, miembro de la Academia de la Historia y asiduo de la tertulia de la Fonda de San Sebastián. Escribió poemas, obras históricas y varias tragedias de corte neoclásico, entre las que sobresale la *Numancia destruida* (1775). El drama, basado en la célebre proeza, pretendía suscitar admiración por el heroísmo de los numantinos y así inculcar nobles valores. Aflora por doquier en su poesía este propósito didáctico, característico del espíritu ilustrado. Y para ejemplificarlo bastará leer los primeros versos de su elegía titulada *Ornato que dan las nobles artes a la naturaleza* (1784):

Ciega pasión y loco devaneo
arrastra y precipita al hombre cuando
cree igual su poder a su deseo.

Si mano compasiva, arrullo blando
no le fomenta cuando débil nace,
la vida acaba, que empezó llorando.
De un mal creciendo en otro, inferior yace
a la fiera veloz, que su indigencia
o más fuerte o más parca satisface;

5

Pues bien, parece plausible que Ayala se inspirase en estos pasajes del libro quinto de Lucrecio, cuya altura de miras en el plano ético agradó siempre a los moralistas:

Vv.	LÓPEZ DE AYALA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-3	<i>Ciega pasión y loco devaneo / arrastra y precipita al hombre cuando / cree igual su poder a su deseo.</i>	V 1120-24	at claros homines voluerunt se atque potentis, / ut fundamento stabili fortuna maneret / et placidam possent opulenti degere vitam, / nequiquam, quoniam ad summum succedere honorem / certantes iter infestum fecere viai, / et tamen e summo, quasi fulmen, deicit ictos	<i>Amor sceleratus habendi</i>
4-6	<i>Si mano compasiva, arrullo blando / no le fomenta cuando débil nace, / la vida acaba, que empezó llorando.</i>	V 222-27	tum porro puer, ut saevius proiectus ab undis / navita, nudus humi iacet, infans, indigus omni / vitali auxilio, cum primum in luminis oras / nixibus ex alvo matris natura profudit, / vagituque locum lugubri complet, ut aequumst / cui tantum in vita restet transire malorum.	La indigencia y vagido del bebé
7-9	<i>De un mal creciendo en otro, inferior yace / a la fiera veloz, que su indigencia / o más fuerte o más parca satisface;</i>	V 228-31	at variae crescunt pecudes armenta feraeque / nec crepitacillis opus est nec cuiquam adhibendast / almae nutricis blanda atque infracta loquella / nec varias quaerunt vestes pro tempore caeli,	El bebé más indigente que los cachorros de las fieras

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), hijo primogénito de Nicolás, nacido en Madrid, alcanzó fama gracias a sus obras teatrales, en particular por *La comedia nueva* (1792) y *El sí de las niñas* (1806). Leandro escribió sus dramas conforme a la preceptiva neoclásica y a la pedagogía ilustrada, que aspiraba a convertir el teatro en escuela pública, en la que el pueblo aprendiese preceptos morales (Pérez Magallón, 1994: 7). Sus poemas líricos, pocos pero quizás los mejores del siglo (MLE V: 419), obedecen también a ese impulso neoclásico, que se manifiesta, por ejemplo, en la preferencia por Horacio⁶²⁷.

⁶²⁷ Manuel M.^a de Arjona (1771-1820) fundó en Sevilla en tiempos de Carlos IV la Academia Horaciana, a la que asistieron Félix J. Reinoso, José M.^a Blanco Crespo y Alberto Lista.

En él se inspira para componer las epístolas *A don Gaspar de Jovellanos* y *A don Simón Rodríguez Laso*, donde transmite ideas epicúreas, como la “áurea medianía” (Arce, 1983 HCLE IV: 550). Otra característica de su poesía es el afán por el detallismo natural, que se observa en su más perfecta composición: la *Élegía a las musas*. El poema fue escrito durante su exilio en Francia, cuando la soledad y el cansancio existencial le embargaban. En él Moratín recurre muchas veces a la Naturaleza para establecer correlatos objetivos con los males de la Guerra de la Independencia que él había vivido trágicamente. He aquí un ejemplo:

Sólo	
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo	
Á prestarme constancia en los afanes	20
Que turbaron mi paz, cuando insolente,	
Vano saber, enconos y venganzas,	
Codicia y ambición, la patria mía	
Abandonaron á civil discordia.	
Yo ví del polvo levantarse audaces	25
Á dominar y perecer tiranos;	
Atropellarse efímeras las leyes,	
Y llamarse virtudes los delitos.	
Ví las fraternas armas nuestros muros	
Bañar en sangre nuestra, combatirse,	30
Vencido y vencedor, hijos de España,	
Y el trono desplomándose al vencido	
Ímpetu popular. De las arenas	
Que el mar sacude en la fenicia Gades,	
A las que el Tajo lusitano envuelve	35
En oro y conchas, uno y otro imperio,	
Iras, desorden esparciendo y luto,	
Comunicarse el funeral estrago.	
Así cuando en Sicilia el Etna ronco	
Revienta incendios, su bifronte cima	40
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,	
Turba el Averno sus calladas ondas;	
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca	
Se estremece la cúpula soberbia,	
Que al vicario de Cristo da sepulcro.	45
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?	
¿Quién dar al verso acordes armonías,	
Oyendo resonar grito de muerte?	
Juan Valera (1902 I: 300-2)	

Esta fue la antecesora de la Academia de Letras Humanas, que se convertiría en una de las tertulias poéticas más sobresalientes del Neoclasicismo español (Redondo, 1931: 279).

Es posible que Moratín se inspirase parcialmente en la descripción lucreciana del volcán Etna (VI 639-97) para componer el símil de los desastres de la guerra (39-42)⁶²⁸. Sus endecasílabos presentan muchas concomitancias léxicas con los hexámetros latinos y transmiten similar violencia:

Nunc ratio quae sit, per fauces montis ut Aetnae	
expirent ignes inter dum turbine tanto,	640
expediam. neque enim mediocri clade coorta	
flammae tempestas Siculum dominata per agros	
finitimis ad se convertit gentibus ora,	
fumida cum caeli scintillare omnia templa	
cernentes pavida complebant pectora cura,	645
quid moliretur rerum natura novarum.	

Hay, además, en los versos 37-38 un eco llamativo de la expresión lucreciana *stragemque propagant* (I 280), que Moratín parece haber preferido a su equivalente *neque mediocri clade coorta* (VI 641) presente en el fragmento del libro VI.

El *Poema físico-astronómico* de Gabriel Císcar (1760-1829) está escrito en sextas rimas y consta de siete libros. En él, amén de versificar los adelantos modernos, rinde homenaje a varios intelectuales españoles y extranjeros sobresalientes, como Alfonso X “el Sabio” (Introducción 2) y Benjamin Franklin (I 18). Para su composición tuvo muy en cuenta los encomios que Lucrecio dedicó a Epicuro (Herreros Tabernero, 1995: 285), como podemos comprobar en este dirigido a Isaac Newton (Introducción, estrofa 3)⁶²⁹, modelado libremente a partir de Lucr. III 1-30:

⁶²⁸ El Etna como motivo literario fue frecuente en los poetas latinos. Cf. Lucr. I 722-30, II 592-93; Verg. *Georg.* I 471- 73, IV 173, *Aen.* III 354-57, 571-82, VII 785-86, VIII 416-22; Hor. *Carm.* III 4, 75-77, *Epod.* XVII 32-33, *Ars* 464-66; Ov. *Pont.* II 10, 23-26, *Ib.* 597-98, o Tib. III 7, 196. Para más información sobre este tópico en la literatura latina, cf. Guzmán Arias (2003: 45-61).

⁶²⁹ En sus notas Císcar (Lobo, 1861: 286) aclara que se lo dedicaba a él. El científico inglés fue objeto de numerosos elogios tanto fuera como dentro de España. El astrónomo inglés Edmund Halley (1656-1742), promotor de la publicación de sus *Principia mathematica*, le escribió un encomio latino en el prefacio de la primera edición (Passannante, 2011: 209-10). Voltaire dedicó a su mecenas, la marquesa de Châtelet, otro poema de exaltación a Newton, donde rechazaba las tesis cartesianas defendidas por el cardinal Polignac en su *Anti-Lucretius* (Crum, 1966: 84-85). James Thomson († 1748), autor del texto para la pieza musical de Joseph Haydn *Sacred to the memory of Sir Isaac Newton* (1727), parece haberse inspirado también en Lucrecio. Isaac Hawkins (1705-1760) en su obra *De animi immortalitate* (1754) le dirigió asimismo un elogio en latín a la manera lucreciana (Albrecht, 2002: 348, y Fabian, 1973: 273-290). En España, amén de Císcar, Benito J. Feijoo dedicó a la física newtoniana el primer tomo de sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742); Alberto Lista lo elogió en su poema “La gloria de los hombres benéficos”, vv. 67-68, y también Juan Valera, en su composición “La inspiración”, vv. 33-35.

(3) Y tú, sublime Genio, realzado Sobre la degradada especie humana, Que con rápido vuelo al encumbrado Cielo de los planetas penetraste; Del cálculo infalible en la romana,	25
Que con saber profundo imaginaste, sus potencias y pesos comparaste; Del Luminar diurno fulgurante Los rayos en colores dividiste; Del duplicado Arco Iris rozagante	30
La posición exacta estableciste; El curso designaste del sonido, Desde el cuerpo sonante hasta el oído; La forma de la Tierra, anaranjada, En uno y otro Polo rebajada,	35
Desde el Britano suelo descubriste; La fuerza de los graves, aumentada Desde la Equinoccial hacia ambos lados, Hasta llegar á los noventa grados, Demostraste, y las causas singulares	40
Del flujo y reflujo de los mares; Con antorcha, que el Sol más luminosa, La niebla del error, caliginosa, Que á la Naturaleza oscurecía, Disipando, cambiaste en claro día	45
La permanente noche tenebrosa: Perdona el que ignorante y olvidado, Este cuadro imperfecto haya trazado De tu doctrina sabia y eminente En verso castellano mal forjado;	50
Y acepta el corto dón que, reverente, Como de mis tareas postrer fruto, Con balbuciente labio te tributo.	

La loa, que evoluciona según la fórmula tradicional del himno clásico, puede esquematizarse de la siguiente manera:

- I. Invocación a Isaac Newton (21-22).
- II. Aretalogía (23-46)
- III. Súplica conclusiva (47-53).

La invocación, aunque breve, contiene los dos recursos típicos del himno: el vocativo “sublime Genio” (v. 21) y el pronombre de segunda persona “tú” (v. 21), acorde con el “Du-Stil”. El verso 23 da paso diáfano a la aretalogía o relación de logros científicos de Newton mediante el pronombre relativo “Que...” (“Relativ-Stil”), repetido después en los versos 26 y 44. Por último, la plegaria está formalmente marcada con los imperativos “Perdona” (v. 47) y “acepta” (v. 51).

Parece claro que Gabriel Císcar se inspiró a grandes trazos en la estructura retórica del himno a Epicuro⁶³⁰, pero culminó su encomio a Newton con una súplica que no aparece en el texto lucreciano. Hay, más allá de la emulación del diseño retórico, algunos ecos parafrásticos entre los versos 42-46 de Lucrecio III 1-2 que vienen a confirmar que fue su fuente primaria: “Con antorcha, que el Sol más luminosa (III 2: *inlustrans*), / La niebla del error, caliginosa, / Que á la Naturaleza oscurecia, / Disipando (III 1: *tenebris tantis [...] extollere*), cambiaste en claro día (III 1: *tam clarum... lumen*) / la permanente noche tenebrosa”.

Este otro panegírico, dedicado a Benito J. Feijoo, está también modelado según los himnos lucrecianos, como puso de manifiesto Herreros Tabernero (1995: 285):

Sabio Benedictino, que á la España	
Con el Teatro Crítico ilustraste;	
De la superstición la fiera saña,	
Con sereno semblante despreciaste;	
Y al espíritu inmundo,	5
Que en nuestras propias casas se albergaba,	
Y la paz y el sosiego perturbaba,	
Sepultaste en el tártaro profundo.	
Tuyo es el pensamiento que he adoptado,	
Y que desenvolver he procurado	10
En mal forjados versos Castellanos.	
Y tú, madre benéfica, que alarde	
Haces de dar á luz, de tarde en tarde,	
Alguno de estos seres sobrehumanos,	
Consuelo de los míseros mortales	15
Mientras produces miles de Tiranos,	
Para gobernar pueblos criminales,	
Permite que termine el primer Canto;	
Que mi voz, de una vez, no alcanza á tanto;	
[...]	

Pese a no disponer del poema latino, como le hubiera gustado⁶³¹, Císcar pudo recordar algunos de sus versos, posiblemente estos:

⁶³⁰ Para la tradición clásica de este himno, dirigido a otros dioses, filósofos o personajes célebres, cf. Traver (2002: 744, esp. n. 11) y Prosperi (2007a: 151-52).

⁶³¹ El propio autor lo afirma en estas palabras recogidas por Lobo (1861: XXXVI) en su introducción: “Me abstengo de hablar sobre la naturaleza de la poesía didáctica, y sobre sus diferentes clases, haciendo una análisis comparativa de los poemas más selectos, como el *De rerum natura*, de Lucrecio; las *Geórgicas*, de Virgilio, y las *Metamórfosis*, de Ovidio, que en algún tiempo constituían mis delicias; porque ninguno de ellos tengo á la vista, y desconfío mucho de la memoria desde trece años á esta parte”.

Vv.	GABRIEL CÍSCAR	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-2	<i>Sabio Benedictino, que à España / con el Teatro Crítico ilustraste</i>	III 2-3	qui primus potuisti inlustrans commoda vitae, / te sequor, o Graiae gentis decus,	Invocación y obra benefactora
3-4	<i>De la superstición la fiera saña, / con sereno semblante despreciaste;</i>	I 62-67	Humana ante oculos foede cum vita iaceret / in terris oppressa gravi sub religione, / quae caput a caeli regionibus ostendebat / horribili super aspectu mortalibus instans, / primum Graius homo mortalis tollere contra / est oculos ausus primusque obsistere contra,	Luchadores contra la superstición
5-8	<i>Y al espíritu inmundo, / Que en nuestras propias casas se albergaba, / Y la paz y el sosiego perturbaba, / Sepultaste en el tártaro profundo.</i>	V 9-12	qui princeps vitae rationem invenit eam quae / nunc appellatur sapientia, quique per artem / fluctibus et tantis vitam tantisque tenebris / in tam tranquillo et tam clara luce locavit.	La tranquilidad debida al sabio
		III 978	Acherunte profundo	El Tártaro

Más allá de los elogios⁶³², Císcar recurre con frecuencia a la poesía lucreciana para exponer su propia filosofía vital, que, si bien cristiana, rechaza la beatería y la superstición⁶³³. Es el caso de estos versos (canto I 17), en los cuales se percibe el influjo de los proemios II, III y VI (Herreros Tabernero, 1995: 286-87):

El imbécil hipócrita malvado, Que trató de engañar al Dios eterno, Contempla en su ruina conjurado Todo el poder del cielo y del infierno, Hinca en la dura tierra, consternado, Una y otra rodilla, Dirige al suelo el pálido semblante, Y con trémula mano vacilante, Tocando una pequeña campanilla, Piensa, aunque con muy poca confianza,	5 10

⁶³² Otro encomio contemporáneo donde se aprecian algunas reminiscencias lucrecianas, se halla en la *Oda en honor del conde de Floridablanca* ("Excelso Conde, que al Estado ilustras") de Casimiro Gómez Ortega (1741-1818).

⁶³³ Recordemos que en el epígrafe de sus traducciones lucrecianas hacía esta observación: *Traducción de algunos fragmentos selectos de Tito Lucrecio, en los cuales nada hay contra la religión ni contra la moral* (Menéndez Pelayo, 1951: 79).

Que del Señor elude la venganza.
 Y, el varón justo y sabio, reclinado
 En un blando sillón, dirige al cielo
 El semblante sereno y sosegado;
 Se duele de los males, que en el suelo 15
 La tempestad produce; resignado,
 Admira el poderío y la grandeza
 De la Naturaleza,
 A las supremas leyes obediente;
 Y su corazón, puro y esforzado, 20
 Eleva al Criador Omnipotente.

El poeta valenciano establece aquí una contraposición, casi un *priamel*, entre la actitud, completamente diferente, del necio y del sabio hacia la divinidad. Si para el primero la religión es temor a Dios, para el segundo es contemplación de su majestad. En numerosos versos Lucrecio describe la personalidad débil e ignorante de los timoratos⁶³⁴, puesto que uno de sus propósitos primordiales es erradicar el miedo a los dioses, explicando científicamente los fenómenos naturales. Císcar cosecha las imágenes e ideas expuestas por Lucrecio sobre el beato ignorante y las enfrenta directamente con las que el poeta epicúreo había utilizado para pintar al sabio en el proemio segundo (vv. 1-13). La diferencia sustancial entre el sabio de Lucrecio y de Císcar estriba en que el segundo cree en la Providencia, mientras que el primero no. Podríamos decir, en este sentido, que el sabio del valenciano es estoico desde el punto de vista filosófico y epicúreo por la fuente de inspiración, pues para ambos el sabio es quien, al observar fenómenos naturales prodigiosos, es capaz de admirarlos sin caer en la superstición, como afirma en estos versos (canto I 46):

Alguna vez de noche, se descubren
 A manera de nubes inflamadas
 Hacia el Polo elevado situadas,
 Que una vasta estension del Cielo cubren.
 En todas direcciones agitadas, 5
 Mas allá de la atmósfera visible,
 Presentan espectáculo terrible,
 A las tímidas gentes preocupadas
 [...]

Las imitaciones proceden de diversos pasajes del *DRN*, si bien destacan el proemio del libro II para la etopeya del sabio y los versos 1194-210 del libro V para la del necio⁶³⁵:

⁶³⁴ Cf. Lucr. I 80-101, III 31-58, V 83-90 o 1194-225.

⁶³⁵ Para otros ecos, cf. Herreros Tabernero (1995: 281-93) y Traver (2002: 743-52).

Vv.	GABRIEL CÍSCAR	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-11	El imbecil hipócrita malvado [...] / Hince en la dura tierra, consternado, / Una y otra rodilla, / Dirige al suelo pálido semblante, / Y con trémula mano vacilante, / Tocando una pequeña campanilla, / Piensa, aunque con muy poca confianza, / Que del Señor elude la venganza.	VI 58-67	Nam bene qui didicere deos securum agere aevum, / si tamen interea mirantur qua ratione / quaeque geri possint, praesertim rebus in illis / quae supera caput aetheriis cernuntur in oris, / rursus in antiquas referuntur religiones / et dominos acris adsciscunt, omnia posse / quos miseri credunt, ignari quid queat esse, / quid nequeat, finita potestas denique cuique / quam sit rationi atque alte terminus haerens; / quo magis errantes caeca ratione feruntur.	El ignorante (imbecil)
		III 49-58	foedati crimine turpi, / omnibus aerumnis adfecti denique vivunt, / et quocumque tamen miseri venere parentant / et nigras mactant pecudes et manibu' divis / inferias mittunt multoque in rebus acerbis / acrius advertunt animos ad religionem. / quo magis in dubiis hominem spectare periclis / convenit adversisque in rebus noscere qui sit; / nam verae voces tum demum pectore ab imo / eliciuntur <et> eripitur persona, manet res.	El hipócrita malvado
		I 92	muta metu terram genibus summissa petebat.	La rodilla en tierra
		V 1194-202	O genus infelix humanum, talia divis / cum tribuit facta atque iras adiunxit acerbis! / quantos tum gemitus ipsi sibi, quantaque nobis / vulnera, quas lacrimas peperere minoribu' nostris! / nec pietas ullast velatum saepe videri / vertier ad lapidem atque omnis accedere ad aras / nec procumbere humi prostratum et pandere palmas / ante deum delubra nec aras sanguine multo / spargere quadrupedum nec votis nectere vota,	La inutilidad de la súplica

(Continúa)

Vv.	GABRIEL CÍSCAR	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
12-21	Y, el varón justo y sabio, reclinado / En un blando sillón, dirige al cielo / El semblante sereno y sosegado; / Se duele de los males, que en el suelo / La tempestad produce; resignado, / Admira el poderío y la grandeza / De la Naturaleza, / A las supremas leyes obediente; / Y su corazón, puro y esforzado, / Eleva al Criador Omnipotente.	II 7-10	sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere / edita doctrina sapientum templa serena, / despiciere unde queas alios passimque videre / errare atque viam palantis quaerere vitae,	La contemplación resignada de los males
		V 1204-10	nam cum suspicimus magni caelestia mundi / templa super stellisque micantibus aethera fixum, / et venit in mentem solis lunaeque viarum, / tunc aliis oppressa malis in pectora cura / illa quoque expergefactum caput erigere infit, / nequae forte deum nobis inmensa potestas / sit, vario motu quae candida sidera verset.	La grandeza y poderío de la naturaleza

Se trata, en definitiva, de un ejemplo significativo de la recepción del *DRN* en la poesía didáctica europea, que arranca en el siglo XV con poemas neolatinos como la *Urania* (ca. 1475) de Pontano y que culmina en el siglo XIX con poemas en romance, como el *Temple of nature or the origin of the society* (1803) de Erasmus Darwin (1731-1802) y el *De galvanismo* (1833) de Simon Speyert van der Eijck (1771-1837).

Como buen latinista, José Marchena⁶³⁶ impregnó su poesía original de numerosas reminiscencias de poetas romanos y esparció en sus prosas numerosas citas clásicas. Menéndez Pelayo (1896: XXIX-XXX) destacó las influencias de Lucrecio, Virgilio, Horacio, Tibulo u Ovidio, entre otros⁶³⁷. De Lucrecio tomó numerosas imágenes poéticas y también planteamientos epicúreos que coincidían con su defensa de la filosofía moderna. Por esta razón, la poesía de Marchena bebe, sobre todo, de los proemios y de los pasajes alegórico-morales, donde Lucrecio despliega con mayor brillantez su arte retórico. En sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*⁶³⁸, el propio Marchena nos orienta sobre los fragmentos que más pudieron agradarle del *DRN*:

⁶³⁶ Escribe Menéndez Pelayo (1896: V): “D. José Marchena, más generalmente conocido por el sobrenombre del Abate Marchena”. Recibió este calificativo, según Fuentes (2000: 52-65), en los últimos meses de su vida, sin que él lo rechazara. Seguramente hacía mofa de su troncada carrera eclesiástica y de su marcado anticlericalismo durante su juventud.

⁶³⁷ Realizó *interpretationes* de Hor. *carm.* I 34 (Oda XII), Tib. II 1 (Elegía IV) y Ov. *Her.* V (Heroidas I).

⁶³⁸ Ó *colección de los trozos mas selectos de poesía, elocuencia, historia, religión y filosofía [...] de los mejores autores castellanos* (Burdeos: Impr. de Pedro Beaume, 1820. RACMP 7379/7380).

has de rendir á Amor el cuello erguido,
que todo se avasalla ¡ay! á Cupido:
tal es la ley eterna de natura.
Menéndez Pelayo (1892: 17-18)

Recogemos en el siguiente esquema las *allusiones* más notables:

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, <i>HIMNO A VENUS</i>	MOTIVO
4	<i>el amado arroyo huír riendo</i>	I 8	tibi rident aequora ponti	La risa del agua
9-10	<i>¿No escuchas gorgear los ruiseñores / de aguda flecha el tierno pecho heridos,</i>	I 12-13	aeriae primum volucres te, diva, tuumque / significant initum percussae corda tua vi.	Las aves excitadas por la llegada de la primavera
		I 18-20	frondiferasque domos avium camposque virentis / omnibus incutiens blandum per pectora amorem / effcis ut cupide generatim saecula propagent.	El amor insuflado por la primavera en los pájaros
17-19	<i>Todo es amor; la alegre primavera / al universo nueva vida dando, / la naturaleza yerta va inflamando,</i>	I 4-8	per te quoniam genus omne animantum / concipitur visitque exortum lumina solis: / te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli / adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus / summittit flores,	El amor difusivo de la primavera y su poder vegetativo sobre la naturaleza
		I 21-23	quae quoniam rerum naturam sola gubernas / nec sine te quicquam dias in luminis oras / exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam,	
21-22	<i>Y tú, por más que lo rehuyas dura, / has de rendir á Amor el cuello erguido,</i>	I 35-36	atque ita suspiciens tereti cervice reposta / pascit amore avidos inhians in te, dea, visus,	El cuello orgulloso vencido por el amor

De nuevo, Venus, como diosa del amor y del apogeo de la naturaleza, aparece en estos endecasílabos blancos⁶⁴⁰ que recuerdan no solo el proemio del li-

⁶⁴⁰ Escritos durante su etapa salmantina, anterior seguramente a septiembre de 1788 (Fuentes, 1988: 267).

bro I, sino también el erotismo figurativo de la diatriba contra el amor (Lucr. IV 1037-1207)⁶⁴¹:

Mortal, débil mortal, tal es tu suerte;
 los placeres más dulces nos fastidian;
 Venus, la diosa Venus, que hermosea
 la tierra que vivimos, y las flores
 á manos llenas sobre el hombre esparce; 5
 Venus, sagrada diosa, sus delicias
 niega al mortal profano y corrompido,
 que en su serrallo obscuro impenetrable
 de eunucos y de esclavos rodeado
 del dulce amor ignora los delirios. 10
 ¡Cuántas veces, amigo, cuántas veces
 de amor en los placeres anegado
 en ardientes suspiros el sensible,
 el inflamado corazón se exhala
 en brazos de mi Doris! ¡Cuántas veces 15
 sus lágrimas mis besos enjugaron!
 Y cuando Amor nos dio su dulce néctar...
 nuestros sentidos todos embriagados
 en deleites divinos, nuestra alma
 gustó la dicha y el placer supremo. 20
 Menéndez Pelayo (1892: 61-62)

He aquí los ecos más llamativos:

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, <i>HIMNO A VENUS</i>	MOTIVO
3-5	<i>Venus, la diosa Venus, que hermosea / la tierra que vivimos, y las flores / a manos llenas sobre el hombre / esparce;</i>	I 2, 7-8	alma Venus, [...] / tibi suavis daedala tellus / summittit flores [...]	Venus que esparce flores
6-7	<i>Venus, sagrada diosa, sus delicias / niega al mortal profano y corrompido,</i>	I 1-2 IV 1073	Aeneadum genetrix, hominum divumque voluptas, / alma Venus, Nec Veneris fructu caret is qui vitat amorem	Las delicias de Venus
17	<i>Amor nos dio su dulce néctar</i>	IV 1059-60	hinc illaec primum Veneris dulcidinis in cor / stillavit gutta	El dulce néctar del amor

⁶⁴¹ Ambos fragmentos se aúnan también en el cap. IV (“De amore terreno”) del *Libro di natura d'amore* (1525) del humanista Mario Equicola (Prosperi, 2004: 167-68).

De sus discursos poéticos, este primero, declamado “En la abertura de una Sociedad Literaria”⁶⁴², es un palmario ejemplo de cómo Marchena aprovechaba la ética epicúrea para difundir las ideas ilustradas, porque conjuga en él, sin estridencias, la ἀταραξία epicúrea y la fraternidad revolucionaria de esta suerte:

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,
y afana por labrarse sus cadenas.
En pos de los honores desalado
el ambicioso corre, que huyen lejos
cuando su mano casi les da alcance. 5
Entre montones de oro vive hambriento
el macilento avaro, que no toca
jamás los sacos de metal preñados:
Tántalo entre manzanas y agua pura,
que la hambre y sed devoran sus entrañas. 10

El hombre es infeliz, mientras la amable
filosofía le muestra las veredas
de la felicidad. Sendas trilladas
de pocos, y de pocos conocidas,
de la inmortalidad al sacro templo
la virtud y el saber tan sólo guían. 15
El virtuoso Sócrates, el santo
inflexible Catón fueron por ellas,
y el que siguió sus huellas dignamente
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria, 20
y modelo á los siglos venideros.

Busquemos el saber, y los amores.
Las honras, los caudales y los puestos
ocupen al profano. De Minerva
éste sea, amigos, el sagrado templo. 25
El sabio, del Olimpo ve tranquilo
el luchar de los vientos, las tormentas,
el Euro batallando con el Noto,
á su soplo agitado el mar insano,
y el naufragar amargo de los tristes 30
contempla compasivo, que en las ondas
sañudas con dolor el alma exhalan.

Así el mal difundido por la tierra
observaremos siempre: el despotismo
asolar y mandar, la intolerancia
ensangrentar la espada, y escudarse
de la piedad con el broquel sagrado.
Y cuál el fanatismo atroz desnuda
la religión de su sagrada veste,

⁶⁴² Compuesto en torno a 1792 (Fuentes, 1988: 265).

mientras la inerme diosa pide al cielo que tan horribles monstruos extermine, y la convierta a su esplendor antiguo.	40
Los derechos del hombre, que ignorados del hombre mismo fueran tantos siglos, derechos que atropellan en las Cortes los déspotas soberbios, los soeces infames cortesanos, vil canalla indigna de la vida y luz del día, tal vez estudiaremos; las sagradas obligaciones que natura impone, y que la sociedad y Dios prescriben ocupación serán de nuestras juntas.	45
También á veces las amables Musas nos recrearán de otros estudios serios, ni negará Terpsícore sus sales alguna vez, cuando burlar queramos los fríos Iriartes, los Trigueros insulsos y pesados, la insufrible charla de Vaca, y el graznar contino de la caterva estúpida, que infecta de dramas nuestro bárbaro teatro.	50
Apolo templará su acorde lira cuando de Jovellanos y Batilo, del dulce Moratín y Santivañes los loores cantemos, por quien alzan su voz las patrias Musas, que yacieran en sueño profundísimo sumidas.	55
¡Oh cuánto la amistad, y de la gloria sagrado ardor me inflama! ¡Oh, cómo espero recorrer la carrera denodado que á mi vista se ofrece! Ciencias, artes, todo con vuestro auxilio se me allana, que á la constante aplicación, al tiempo, y á la amistad juiciosa y ilustrada ningún conocimiento se resiste.	60
Cuando el viejo Saturno fué arrojado por Jove de su reino, que con leyes tan iguales y justas gobernara, el bien y la virtud huyeron lejos del malhadado mundo, y alanzada la amistad fué con ellos juntamente.	65
La vil esclavitud cubrió la tierra, la ensangrentó la guerra; el perdurable duelo la consumió y el llanto eterno.	70
Ya caminaba á pasos de gigante la humanidad al término postrero,	75
	80
	85

cuando á la tierra torna compasiva
la afligida amistad: el llanto enjuga
al triste, y le consuela en sus miserias;
lamenta las desdichas, indulgente 90
perdona los defectos y las culpas
de la naturaleza inseparables
en el frágil mortal: suave aligera
el peso insoportable de la vida.
Ella aquí nos ha unido: sus favores 95
¡oh! no desperdiciemos; merezcamos
gozar eternamente sus delicias.
Virtud y humanidad fueron sus padres:
amemos la virtud, y tiernamente
amémonos también, sin que los odios, 100
los celos, las disputas literarias,
fuentes de tan crüeles enemigas,
nuestra fiel amistad jamás alteren.

Menéndez Pelayo (1892: 43-46)

En cierta medida Marchena *aggiorna* en estos versos el proemio del libro II de Lucrecio, introduciendo a sabios modernos, como Rousseau (v. 20), que es presentado aquí de forma similar a Epicuro (Lucr. III 3); resaltando los logros emblemáticos de la Revolución Francesa, como los Derechos Humanos (v. 43); pero, al mismo tiempo, respetando los recursos estilísticos más genuinos del afortunado prólogo. Y, así, se suceden las imprecaciones, el *priamel*, el *protreptikós*, la imagería marina (Menéndez Pelayo, 1896: XXVI), la metáfora de los *templa serena* y los tópicos contra la riqueza (*aurea medio-critas* o *vivere parce*), como podemos apreciar en esta tabla:

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, PROEMIO II	MOTIVO
1-2	<i>¡Miseria humanidad! Las sombras sigue, / y afana por labrarse sus cadenas.</i>	II 14-16	o miseras hominum mentes, o pectora caeca! / qualibus in tenebris vitae quantisque periclis / degitur hoc aevi quodcumquest!	El mísero errar de los humanos
11-16	<i>El hombre es infeliz, mientras la amable / filosofía le muestra las veredas / de la felicidad. Sendas trilladas / de pocos, y de pocos conocidas, / de la inmortalidad al sacro templo / la virtud y el saber tan sólo guían.</i>	II 7-13	sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere / edita doctrina sapientum templa serena, / despicere undé queas alios passimque videre / errare atque viam palantis quaerere vitae, / certare ingenio, contendere nobilitate, / noctes atque dies niti praestante labore / ad summas emergere opes rerumque potiri.	El templo sereno de la filosofía

(Continúa)

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, <i>PROEMIO</i> II	MOTIVO
26-32	<i>El sabio, del Olimpo ve tranquilo / el luchar de los vientos, las tormentas, / el Euro batallando con el Noto, / a su soplo agitado el mar insano, / y el naufragar amargo de los tristes / contempla compasivo, que en las ondas / sañudas con dolor el alma exhalan.</i>	II 1-4	Suave, mari magno turbantibus aequora ventis / e terra magnum alterius spectare laborem; / non quia vexari quemquamst iucunda voluptas, / sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est.	El naufragio de los ignorantes visto por el sabio

Recurrente también en su obra es la denuncia de los males causados por el fanatismo religioso. Y en Lucrecio de esta acusación había copia e incluso un adagio famoso: *tantum religio potuit suadere malorum* (I 101). En la epístola “A Emilia” (I) Marchena retoma, en concreto, la idea lucreciana de que la superstición oprime la vida de los hombres:

Otras veces, la historia recorriendo, 45
 teatro vasto de horrores y miserias,
 la suerte lamentable de la débil
 humanidad, del despotismo injusto,
 de la superstición, del falso celo
 siempre oprimida compadeceremos. 50
 Menéndez Pelayo (1892: 48)

La expresión de los últimos versos recuerda, en efecto, a estos del *DRN*:

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, <i>LAUS INVENTORIS</i>	MOTIVO
47-50	<i>la suerte lamentable de la débil / humanidad, del despotismo injusto, / de la superstición, del falso celo / siempre oprimida compadeceremos.</i>	I 62-63	Humana ante oculos foede cum vita iaceret / in terris oppressa gravi sub religione,	La opresión de la superstición

En la silva “A cuatro hermanas” (I)⁶⁴³, Marchena empieza rememorando, como Lucrecio al final del libro V 1101-35, la historia de la humanidad. Según la narración del epicúreo, la avaricia fue una de las causas principales de la injusticia social y de la caída escalonada de los distintos sistemas de gobiernos. En nuestra opinión, Marchena tuvo en mente esta digresión del progreso

⁶⁴³ Compuesta en torno a 1792 (Fuentes, 1988: 266)

humano para componer sus versos⁶⁴⁴, en los que, además, recrea la recurrente imagen de la sordera de los dioses.

La villana avaricia, el insaciable
amor del mando y del poder supremo
las bajas tierras oprimido habían;
abrumados gemían
los hombres bajo el cetro intolerable,
y del dolor en el violento extremo
los dioses invocaban,
que sordos a sus ruegos se mostraban.

5

Menéndez Pelayo (1892: 56)

Registramos en estos cuadros las imitaciones más llamativas.

Vv.	LUCRECIO, <i>LA AVARICIA</i>	MOTIVO
III 59-62	denique avarities et honorum caeca cupido / quae miseros homines cogunt transcendere finis / iuris et interdum socios scelerum atque ministros / noctes atque dies niti praestante labore	Los males de la avaricia
V 1120-24	at claros homines voluerunt se atque potentis, / ut fundamento stabili fortuna maneret / et placidam possent opulenti degere vitam, / nequiquam, quoniam ad summum succedere honorem / certantes iter infestum fecere viai,	
V 1131-32	proinde sine in cassum defessi sanguine sudent, / angustum per iter luctantes ambitionis;	
V 1136-37	Ergo regibus occisis subversa iacebat / pristina maiestas soliorum et sceptras superba,	El cetro soberbio

Vv.	MARCHENA	Vv.	LUCRECIO, <i>LOS DIOSSES SORDOS</i>	MOTIVO
7-8	los dioses invocaban / que sordos a sus ruegos se mostraban.	V 1229-31	non divum pacem votis adit ac prece quaesit / ventorum pavidus paces animasque secundas, / nequiquam,	La indiferencia de los dioses
		I 44-49	omnis enim per se divum natura necessest / immortal aevo summa cum pace fruatur / semota ab nostris rebus seiunctaque longe. / nam privata dolore omni, privata periclis, / ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri, / nec bene promeritis capitur neque tangitur ira.	

⁶⁴⁴ Sobre este pasaje lucreciano, cf. Keller (1951: 185-88) y Beye (1963: 160-69).

Durante el Renacimiento y la Ilustración los colegios y universidades hispanoamericanas tuvieron el mismo currículo académico que en España (Capitán Díaz, 1991: 924), conforme al cual el estudio y traducción de los autores clásicos ocupaba un lugar eminente (Franco, 1981: 18-19). No debe extrañar, en consecuencia, que Lucrecio fuera uno de los poetas antologizados para las clases de Retórica y Poética, como al parecer hicieron los jesuitas, quienes regentaron la mayoría de colegios en las colonias⁶⁴⁵. Se sabe poco de la incidencia del poeta epicúreo en la literatura renacentista hispanoamericana, aunque encontramos abundantes reminiscencias suyas durante la Ilustración en las obras del mexicano Diego José Abad (1727-1779) y del guatemalteco Rafael Landívar (1731-1793)⁶⁴⁶. Lo traducen, durante el período romántico, aunque con talante ilustrado, el venezolano Andrés Bello y, más por extenso, el peruano Pedro Paz Soldán (1839-1895). De este último Menéndez Pelayo (1951: 87-92) recoge algunas traducciones. Por último, el ecuatoriano José Joaquín Olmedo (1780-1847) era admirador declarado de Lucrecio, como se aprecia en esta carta dirigida a su amigo el doctor Joaquín Araujo (Olmedo, 1960: 229-30):

Señor doctor Joaquín Araujo.

Guayaquil, septiembre 29-1824.

Mi querido amigo:

Si no he contestado la apreciable de usted a su debido tiempo, y si he aparecido a los ojos de usted como incivil y poco afectuoso, toda la culpa, todo el delito es de Vivero. Éste me entregó ha pocos días la carta de usted; es decir, a un tiempo en que ni pude contestarla en el correo anterior, ni complacer a usted en el presente con la versión del Póignac. En el siguiente procuraré hacer algo, pero con más desconfianza que cuando emprendí la de Horacio. ¿Con más desconfianza? Sí, señor. ¿Pues no es Horacio más difícil, más inaccesible? Sí, señor. ¿Pues de dónde proviene esa rareza a usted? Proviene, amigo mío, de que estoy seguro de que una mala versión de esa bella oda de Horacio agradará a usted más que una buena versión del cardenal. Pero yo

⁶⁴⁵ Desde 1566 los jesuitas comenzaron a llegar a Las Indias y, como dice Burrieza (2004: 180), estas “eran el lugar también para trasplantar el modelo académico y de enseñanza que los jesuitas tenían en el Viejo Mundo”.

⁶⁴⁶ Rafael Landívar escribió el poema didáctico *Rusticatio mexicana* (Mutinae: apud Societatem Typographicam, 1781. BESB 100.924), en el que Lucrecio es una de sus fuentes de inspiración. Diego José Abad compuso el *De Deo, Deoque Homine Carmina Heroica* (1773), que fue publicado parcialmente años antes en edición apócrifa como *Musa Americana seu De Deo carmina* (Gadibus: apud Emmanuelem Espinosa, 1769. AHMC 3842). Este tratado teológico apologético fue traducido al español por Francisco Javier Lozano de Valdepeñas (1721-1801) con el título de *De Dios Hombre y sus misterios*, 2 vols. (Barcelona: por Francisco Suriá y Burgada, 1788. BC, Tor. 631-12^o). El *De Deo* imita, aún con más frecuencia, a Lucrecio. Sobre la influencia lucreciana en ambos, cf. Laird (2020: 289-308). La edición del *De Deo* de Fernández Valenzuela (1974: 748-49) recoge un generoso elenco de imitaciones en el aparato de fuentes.

siempre quedaré contento, si procuro complacer a usted, aunque no lo consiga. Sepa usted (aquí en secreto) que yo amo mucho a Lucrecio, y lo tengo por un genio extraordinario, y en sumo grado filósofo y poeta.

Los ascéticos de los primeros siglos y sus secuaces dieron en llamarle el príncipe de los materialistas. Yo no sé por qué fueron a buscar el origen de ese error entre las tinieblas del paganismo, cuando las nubes que cubrían el mundo de esos primeros siglos del cristianismo, estaban más cerca de ellos y les ofrecían las verdaderas causas de los errores y de las supersticiones. Yo no creo que Lucrecio, un filósofo que divinizaba la materia, materializase el alma y la Divinidad.

Él materializó los dioses que adoraba su siglo; dioses que merecían ser menos que materia. Conoció toda la miseria de esos ídolos y antes de creerlos autores de la fábrica admirable del mundo, se persuadió más bien que cualquiera otra cosa que ellos, era el alma o principio de esta obra portentosa... Pero si mi pluma se desliza quizá muy ligeramente, y no hay tiempo sino para remitirme al correo siguiente y renovar a usted mis sinceros sentimientos de amistad.

El poema más famoso de Olmedo es el *Canto a Bolívar* (1825), que celebra la victoria del libertador iberoamericano frente a las tropas españolas en la batalla de Junín (1824). Forma parte de él un himno a las Vestales, en el que Olmedo canta los poderes del Sol, que recuerda claramente la aretología de Venus:

Tu vivífico ardor todos los seres
 Anima y reproduce: por ti viven
 Y acción, salud, placer, beldad reciben, 790
 Tú al labrador despiertas
 Y a las aves canoras
 En tus primeras horas,
 Y son tuyos sus cantos matinales;
 Por ti siente el guerrero 795
 En amor patrio enardecida el alma,
 [...]

En efecto, las fórmulas fijas del “Du-Stil” y los términos “ánima, vivífico o placer” traen a la memoria estos versos lucrecianos:

OLMEDO	Vv.	LUCRECIO
<i>Tu vivífico ardor todos los seres /</i>	I 11	genitabilis aura
<i>Anima y reproduce;</i>	I 4	per te quoniam genus omne animantum / concipitur
<i>Por ti viven</i>	I 5	visitque exortum lumina solis
<i>Y acción, salud, placer, beldad reciben</i>	I 1	genetrix, hominum divomque voluptas

Desde el redescubrimiento del *DRN* el proemio del libro I, dedicado a Venus, se convirtió en el modelo fundamental para componer himnos poéticos, aunque fueran religiosos⁶⁴⁷. La perfección retórica de su diseño, trazado según las normas tradicionales del género, y la delicadeza de su imaginería gustaba tanto que la *Poética* de Ignacio de Luzán sugería su *imitatio*:

La musa no es otra cosa más que una deidad alegórica, en quien se figura el genio y entusiasmo de la poesía, la fantasía, el ingenio y demás calidades de un perfecto poeta; y el pedir que las musas le inspiren es pedir y desear para sí todas esas calidades, a fin de desempeñar con acierto y felicidad el asunto de su poema [...] Algunos poetas, acordadamente, invocaron aquellas deidades a quienes pertenecía más propiamente el asunto de su poema. Así Virgilio, en su *Geórgicas*⁶⁴⁸, invoca las deidades campestres que presidían a la agricultura, y Lucrecio invoca a Venus, que se suponía presidir a las producciones de la naturaleza, que eran el asunto de su poema. El Tasso, cuyo argumento era cristiano, excluye expresamente las musas gentiles y dirige su invocación a la musa celestial, propia de los poetas cristianos⁶⁴⁹ [...] (Lib. IV, cap. X).

Entre los poemas originales de Alberto Lista y Aragón (1775-1848) hallamos reminiscencias palmarias del poeta latino, no solo de sus proemios, sino también de otros pasajes menos trillados, que vienen a demostrar que Lista leyó el poema con detenimiento. En su composición titulada “A la mañana” (VI), perteneciente a las *Poesías filosóficas*, el sevillano reelabora preceptos morales defendidos por Lucrecio al comienzo del libro II (16-36):

¿Por qué engañado en pos de su tormento
anhela el hombre insano,
cuando naturaleza a su contento
brinda con larga mano?

40

⁶⁴⁷ Ya mencionamos el himno de Francisco López de Zárate, titulado “La invención de la Cruz” (*vid.* n. 400). Prosperi (2004: 145-158) ha recogido en la literatura renacentista italiana varios himnos dedicados a la virgen inspirados en el lucreciano, debidos a Bonincontri, Sannazaro, Pontano y Paleario. Y Laird (2020: 292) registra otro en los cuatro primeros hexámetros del poema neolatino *Guadalupe* (1724), que el poeta novohispano José Villerías y Roelas dedicó a las apariciones de la Virgen de Guadalupe. Cf. también Tutrone (2021: 534).

⁶⁴⁸ Cf. *Georg.* I 5-23. Ya Merrill (1918: 135-37) apuntó en él dos ecos fraseológicos del *DRN*: *Lucr.* I 2 ≈ *Verg. Georg.* I 6 y *Lucr.* I 15 ≈ *Verg. Georg.* I 1. Y, recientemente, Gale (2000: 24-28) ha llamado la atención sobre la *contaminatio* de Varro *Rust.* I 1, 5-7 y *Lucr.* I 1-43 en este proemio virgiliano.

⁶⁴⁹ Cf. *Gerusalemme liberata* I 2-3. El comentarista Giulio Guastavini († ca. 1633) en sus *Discorsi et annotationi [...] sopra la Gierusalemme liberata* (Pavía, 1592) escribía algo parecido: “Fa la sua invocatione il poeta; e questa non ad alcuna delle ordinarie muse de’ gentili profane, e favolose; ma a musa verace, celeste et immortale. E ciò per l’impresa tolta a cantare, la quale essendo stata così divota e religiosa, e per soprannome sacra, non meritava ragionevolmente altra deità soprastante [...]” (Prosperi, 2004: 213).

¿Quién recostado al pie de los laureles,
que agita el manso viento,
envidia los magníficos doseles
del pérsico aposento?

Recogemos aquí los ecos puntuales:

Vv.	ALBERTO LISTA	Vv.	LUCRECIO
37-40	<i>¿Por qué engañado en pos de su tormento / anhela el hombre insano, / cuando naturaleza a su contento / brinda con larga mano?</i>	II 16-21	degitur hoc aevi quodcumquest! nonne videre / nihil aliud sibi naturam latrare, nisi utqui / corpore seiunctus dolor absit, mente fruatur / iucundo sensu cura semota metuque? / ergo corpoream ad naturam pauca videmus / esse opus omnino:
41-44	<i>¿Quién recostado al pie de los laureles, / que agita el manso viento, / envidia los magníficos doseles / del pérsico aposento?</i>	II 29-36	cum tamen inter se prostrati in gramine molli / propter aquae rivum sub ramis arboris altae / non magnis opibus iucunde corpora curant, / praesertim cum tempestas arridet et anni / tempora conspergunt viridantis floribus herbas. / nec calidae citius decedunt corpore febres, / textilibus si in picturis ostroque rubenti / iacteris, quam si in plebeia veste cubandum est.

También en la poesía titulada “La vida humana” (X), de la misma colección, Lista emuló el simil naturalístico del torrente (Lucr. I 280-88), que ya había imitado Lope de Vega, admirado, seguramente, de su viveza descriptiva⁶⁵⁰. La mención del puente aleja, a nuestro parecer, cualquier duda sobre la fuente.

Mírala luego montaraz torrente, 25
su caudal con las lluvias aumentando,
que veloz, atrevido e impaciente
por pedregosos valles va sonando;
apenas sufre ni el marmóreo puente,
ni el margen, que acomete rebramando, 30
ni el firme robledal de su ribera
ni el monte que se opone a su carrera⁶⁵¹.

⁶⁵⁰ Cf. la égloga *A Amarilis*, vv. 393-401. En su *Colección de trozos selectos de Literatura Latina* Terradillos (1847 II: 32-51) dedica un capítulo a las descripciones naturales. Aunque esta antología es tardía, probablemente el pasaje del torrente y otros de gran viveza pictórica fueran estudiados ya en antologías anteriores, como sugiere el final del título de Terradillos “para que pudieran servir de modelos en los ejercicios prácticos, tanto de la asignatura de Retórica y Poética, como la de la superior de Literatura Latina”.

⁶⁵¹ Se atisban más ecos de Lucrecio en otras composiciones de Lista. Cf. de *Poesías amorosas*, “Huyó el sañudo invierno”, 1-16 (= Lucr. V 737-50) y “Cuando a los campos sales, bella Elisa”, vv. 3-4 (= Lucr. III 21-22, I 14 y 256-57); de *Sonetos*, “Suele al mirar la nave zozobrando”,

Este es el modelo lucreciano:

nec ratione fluunt alia stragemque propagant 280
 et cum mollis aquae fertur natura repente
 flumine abundanti, quam largis imbribus auget
 montibus ex altis magnus decursus aquai,
 fragmina coniciens silvarum arbustaque tota,
 nec validi possunt pontes venientis aquai 285
 vim subitam tolerare: ita magno turbidus imbri
 molibus incurrit validis cum viribus amnis.
 dat sonitu magno stragem volvitque sub undis
 grandia saxa ruitque [...]

Nacido en Zamora, el canónigo liberal y diputado en las Cortes de Cádiz Juan Nicasio Gallego (1777-1853) se dio a conocer primero por sus poesías patrióticas y destacó más tarde como poeta melancólico y pasional, escribiendo algunos de los versos más loables de su generación (Andrés, 1987: 44)⁶⁵². Fue clasicista y rechazó la estética romántica, pese a haber traducido la novela romántica de Alessandro Manzoni (1785-1873) *I promessi sposi*⁶⁵³ (Redondo, 1931: 285) y aunque sus elegías estén contagiadas de cierta exaltación sentimental (MLE V: 426).

Su oda *Á la influencia del entusiasmo público en las artes*, leída en la Real Academia de San Fernando en septiembre de 1808, es, tal vez, el ejemplo más notorio de su adhesión a la estética neoclásica y de su compromiso ilustrado con la cultura. El tono declamatorio y la recurrencia a personajes emblemáticos de la Antigüedad pagana, míticos unos, históricos otros, dan fe de ello, como podemos constatar con su lectura:

Y antes que, en muda admiración suspenso,
 Sus rasgos de heroísmo,
 Su saber, su valor, sus glorias cuente,
 Podré el cauce agotar del mar inmenso,
 Y á par de Sirio levantar mi frente. 75
 ¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre,
 Célebre Atenas, de las artes templo
 Y hora mísero polvo y triste ejemplo
 De la barbarie y del furor del hombre!

vv. 1-4 (≈ Lucr. II 1-4), “Dulce es a la codicia, cuando alcanza” (≈ Lucr. II 1-7) y “Ven, primavera, ven; y, antes, que dores” (≈ Lucr. I 1-28).

⁶⁵² De su primera etapa sobresalen la *Oda a la defensa de Buenos Aires por los españoles*, la *Elegía Día dos de mayo* o el soneto *Al Lord Wellington, en la toma de Badajoz*. De la segunda, las elegías *A la muerte de la duquesa de Frías* y *A la muerte de la reina Isabel*. El escritor cubano Domingo del Monte publicó en 1829 sus versos en Filadelfia (CSIC Fondo antiguo, RES/8855). Posteriormente, en 1854, sería la Academia de la Lengua, de la que fue miembro, quien los publicara.

⁶⁵³ *Los novios: historia milanese del siglo XVI por Alejandro Manzoni* (Biblioteca Clásica 31), Madrid: Luis Navarro, 1882 (BPE de Jaén B-3262).

Ya sus leyes dictando 80
 Contemple á tu Solon, ó á Fideas mire
 La gran deidad del Ática animando;
 Ya embebecido admire
 Del dulce Anacreón la voz divina,
 O al fuerte impulso de tu heroico brío 85
 Hollada en Maratón y en Salamina
 La soberbia de Jérges y Darío;
 De tu gloria, asombrado,
 Ante el coloso excelso me confundo,
 Y veces mil te aclamo, enajenado, 90
 Modelo, envidia, admiración del mundo.
 Valera (1902 I: 331-37)

Pues bien, creemos que Gallego tuvo en mente la alabanza a Atenas de Lucrecio (VI 1-4) y otros hexámetros que indicamos en esta tabla:

Vv.	NICASIO GALLEGO	Vv.	LUCRECIO
71-74	<i>Y antes que, en muda admiración suspenso / Sus rasgos de heroísmo, / Su saber, su valor, sus glorias cuente, / Podré el cauce agotar del mar inmenso</i>	I 411-17	hoc tibi de plano possum promittere, Memmi: / usque adeo largos haustus e fontibu' magnis / lingua meo suavis diti de pectore fundet, / ut verear ne tarda prius per membra senectus / serpat et in nobis vitai claustra resolvat, / quam tibi de quavis una re versibus omnis / argumentorum sit copia missa per auris.
76	<i>¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre,</i>	III 3	o Graiae gentis decus,
76-79	<i>¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre, / Célebre Atenas, de las artes templo / Y hora misero polvo y triste ejemplo / De la barbarie y del furor del hombre!</i>	VI 1-4	Primae frugiparos fetus mortalibus aegris / dididerunt quondam praeclaro nomine Athenae / et recreaverunt vitam legesque rogarunt, / et primae dederunt solacia dulcia vitae,
89-90	<i>Ante el coloso excelso me confundo, / Y veces mil te aclamo, enajenado, / Modelo, envidia, admiración del mundo.</i>	III 28-30	his ibi me rebus quaedam divina voluptas / percipit atque horror, quod sic natura tua vi / tam manifesta patens ex omni parte resecta est.

Javier de Burgos comulgó con el credo neoclásico, cuando el Romanticismo ganaba terreno en España (MLE V: 358-59). Lo prueban sus traducciones perdidas de Lucrecio y las *Odas* horacianas, que sí logró publicar en 1820 (Gil Novales, EUM: s. v. “Francisco Javier de Burgos Olmo”). Y, como

era previsible, su poesía original contiene ecos del *DRN*⁶⁵⁴. Se escuchan, por ejemplo, en este poema titulado *Á los progresos de la industria*, de claro talante ilustrado:

Rindió en incultas bárbaras naciones El mortal prosternado Con razón cultos á Miverva y Céres Que una inventó el telar y otra el arado. Roto por él, sus dones	5
Y de dulce abundancia los placeres Prodigó el antes yermo y triste suelo Al humanal anhelo. El silvestre madroño Huyó y la jara del ribazo umbrío, Que cubrió de racimos el otoño Ó coronó de mieses el estío.	10
Minerva, en tanto, por divino juicio, Las pieles de leones Por la lana trocó, que tejió grata. En telas trocó el arte los vellones Que el múrice fenicio Vino á teñir de espléndida escarlata. Cundieron luego por el mundo bajo Los bienes del trabajo.	15 20
Más cómoda guarida Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra; Encantos nuevos encontró la vida, Y sus furores mitigó la guerra [...]	
Dar cima á tan magníficos portentos Las ciencias pueden sólo. Las ciencias, pues, como fanales brillen, Sin que calumnia, error, envidia ó dolo Los altos pensamientos Del sabio turben ni su honor mancillen. De la felicidad guía á la cumbre De las ciencias la lumbre. Bajo el humilde techo Ellas groseros hábitos suavizan, Aliento dan al generoso pecho, De los pueblos la gloria inmortalizan.	65 70

⁶⁵⁴ Según Gil Novales (EUM: s. v. "Francisco Javier de Burgos Olmo"), publicó en 1804 una elegía titulada *La epidemia*. Es posible que presente imitaciones de la descripción de la peste de Atenas (Lucr. VI 1136-286).

Á par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofía.
Valera (1902 II: 27-29)

75

De Burgos traza aquí una historia de la civilización humana, tal como hiciera Lucrecio en el libro V (925-1457) y de forma similar a Nicolás Fernández de Moratín en su poema didáctico el *Arte de la caza*. Los ilustrados europeos, llevados por su afán de progreso y por el interés en las civilizaciones del Nuevo Continente, supieron apreciar el relato científico que Lucrecio insertó en el libro V sobre el origen y avance de la sociedad humana. Y, en particular, los poetas didácticos recurrieron a él como fuente documental, cuando quisieron vestir poéticamente de nuevo el tema y actualizarlo con los nuevos adelantos. Javier de Burgos fue un tecnócrata ilustrado al servicio de la administración del Estado⁶⁵⁵, entre cuyas preocupaciones estaba la modernización de la industria, como parece deducirse del poema. Aunque dispersa en sus versos numerosas alusiones mitológicas que lo aproximan al relato de las Edades del Hombre incluido en las *Metamorfosis* de Ovidio (I 5-155), prevalece en él cierto rigor científico que recuerda bastante varios pasajes lucrecianos que aquí especificamos:

Vv.	JAVIER DE BURGOS	Vv.	LUCRECIO
1-4	<i>Rindió en incultas bárbaras naciones / El mortal prosternado / Con razón cultos á Miverva y Céres / Que una inventó el telar y otra el arado.</i>	II 610-13	<i>hanc variae gentes antiquo more sacrorum / Idaeam vocitant matrem Phrygiasque catervas / dant comites, quia primum ex illis finibus edunt / per terrarum orbes fruges coepisse creari.</i>
2	<i>El mortal prosternado</i>	I 62-63	<i>Humana ante oculos foede cum vita iaceret / in terris oppressa gravi sub religione</i>
5-12	<i>Roto por él, sus dones / Y de dulce abundancia los placeres / Prodigó el antes yermo y triste suelo / Al humanal anhelo. / El silvestre madroño / Huyó y la jara del ribazo umbrío, / Que cubrió de racimos el otoño / Ó coronó de mieses el estío.</i>	V 1367-71	<i>inde aliam atque aliam culturam dulcis agelli / temptabant fructusque feros mansuescere terra / cernebant indulgendo blandeque colendo. / inque dies magis in montem succedere silvas / cogeabant infraque locum concedere cultis,</i>

(Continúa)

⁶⁵⁵ Ocupó la Cartera de Hacienda en 1834 y fue nombrado ministro de Gobernación en 1846, durante la presidencia de Ramón M.^a Narváez (1799-1867).

Vv.	JAVIER DE BURGOS	Vv.	LUCRECIO
13-18	<i>Minerva, en tanto, por divino juicio, / Las pieles de leones / Por la lana trocó, que tejó grata. / En telas trocó el arte los vellones / Que el múnice fenicio / Vino á teñir de espléndida escarlata.</i>	V 1350- 56	Nexilis ante fuit vestis quam textile tegmen. / textile post ferrumst [...] et facere ante viros lanam natura coegit / quam muliebne genus;
19-24	<i>Cundieron luego por el mundo bajo / Los bienes del trabajo. / Más cómoda guarida / Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra; / Encantos nuevos encontró la vida, / Y sus furores mitigó la guerra.</i>	V 1011- 18	Inde casas postquam ac pellis ignemque pararunt, / et mulier coniuncta viro concessit in unum / *** / cognita sunt, prolemque ex se videre creatam, / tum genus humanum primum mollescere coepit. / ignis enim curavit ut alsia corpora frigus / non ita iam possent caeli sub tegmine ferre, / et Venus imminuit viris puerique parentum / blanditiis facile ingenium fregere superbum.
61-64	<i>Dar cima á tan magníficos portentos / Las ciencias pueden sólo. / Las ciencias, pues, como fanales brillen, / Sin que calumnia, error, envidia ò dolo [...]</i>	I 146- 48	Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necesseset / non radii solis neque lucida tela diei / discutiant, sed naturae species ratioque.
65-68	<i>Los altos pensamientos / Del sabio turben ni su honor mancillen. / De la felicidad guía á la cumbre / De las ciencias la lumbre.</i>	II 7-8	sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere / edita doctrina sapientum templa serena,
76	<i>Las mansiones augustas de Sofía.</i>		sapientum templa serena

Nacido en Granada, Francisco de Paula Martínez de la Rosa (1787-1862) fue un alumno aventajado, que ya a la temprana edad de diecisiete años se había doctorado en Derecho Civil. Como otros intelectuales de su tiempo, compaginó la actividad política con la literatura. Luchó, en coherencia con sus ideas liberales, contra la reaparición de la Inquisición⁶⁵⁶ y durante las Cortes de Cádiz actuó como vocal de la Comisión de Libertad de Imprenta. Hubo de exiliarse en Francia durante diez años (1823-1833) tras la reacción absolutista de Fernando VII y murió en Madrid siendo presidente de la Academia Española de la Lengua. Su producción literaria incluye novelas románticas al estilo de Walter Scott (1771-1832) y dramas teatrales, unos de corte neoclásico y otros pre-románticos, así como poemas clasicistas de mediana factura⁶⁵⁷.

⁶⁵⁶ Con el pseudónimo de Ingenio Tostado publicó un folleto titulado *Incompatibilidad de la libertad española con el restablecimiento de la Inquisición* (Gil Novales, EUM: s. v. "Francisco de Paula Martínez de la Rosa").

⁶⁵⁷ Redondo (1931: 291-92) cita entre sus novelas históricas las biografías de *Hernán Pérez del Pulgar* y *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*; de sus tragedias considera neoclásicas a *La viuda de Padilla*, a *Moraima* y a *Edipo*, tomado directamente de Sófocles y que,

Demostró, no obstante, singular destreza para componer poesía didáctica (Navas, 1982: 156), en la que sobresalen su *Arte Poética* (Palma: Villalonga, 1831) y el *Libro de los niños* (Madrid: Tipográfica, 1839)⁶⁵⁸. Entre los poemas filosóficos, hallamos en éste, titulado *Discurso moral sobre la paz del ánimo*, una *aemulatio* del conocido pasaje de Lucrecio III 978-1023, en el que interpreta de forma racionalista los mitos de ultratumba, dando a entender que las terribles penas del Tártaro alegorizan los sufrimientos que los hombres padecen en vida por sus vicios y delitos. Rezan así algunos versos:

¿Dónde presumes se encontró el modelo de los rudos tormentos, penas y ansias, que del mortal la ardiente fantasía en el profundo Tártaro soñara?...	65
La imagen de la tierra copió el hombre; y con pavor y asombro retratadas vio en vez de Furias las pasiones mismas que con eterno yugo le avasallan.	70
Esta a colmar aspira con metales ancho tonel sin fondo; junto al agua, de sed expira aquél, voraz envidia está royendo a ese otro las entrañas; mientras con vano afán a la ardua cumbre los más conducen la pesada carga.	75

El poeta granadino reduce el aparato mitológico utilizado por Lucrecio, pero mantiene la premisa básica de que las penas de ultratumba reflejan las desgracias que sufren en la vida real quienes están sujetos a pasiones desmedidas (vv. 63-66)⁶⁵⁹, y enumera idénticos castigos ejemplares, sin especificar los personajes míticos que los padecen (la avaricia, vv. 71-72, o la envidia, vv. 73-74). Estos serían los ecos puntales:

en opinión del crítico, supera las versiones de Voltaire (1717), de John Dryden (1679) y Pedro Estala (Madrid: 1793); estima románticas a *Aben Humeya* (1830) y la *Conjuración de Venecia* (1834), escritas las dos en Francia. Sobre su actividad política, cf. Menéndez Pelayo (2000: 825-27).

⁶⁵⁸ La *Arte poética* está compuesta en verso conforme a los parámetros neoclásicos y es imitación de la francesa de Nicolas Boileau (1674) y de la horaciana, que había traducido (Sebold, 2003: 432-33). En *El libro de los niños*, escrito en prosa con versos intercalados, Martínez de la Rosa demuestra, en opinión de Redondo (1931: 338), ser notable moralista. Su obra lírica se publicó por primera vez en 1833 (*Poesías*, Madrid: Imprenta de D. Tomás Jordán. BN 2/2141). Entre sus poemas hay un "Himno epitalámico" (pp. 50-51) que parece inspirado en el himno a Venus de Lucrecio (I 1-43).

⁶⁵⁹ Para la recepción literaria de esta idea, cf. Laguna Mariscal, "Será como volver a casa", 2006, en la URL: <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/10/ser-como-volver-casa.html> (último acceso: 21-03-2021).

Vv.	MARTÍNEZ DE LA ROSA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVOS
63-70	<i>¿Dónde presumes se encontró el modelo / de los rudos tormentos, penas y ansias, / que del mortal la ardiente fantasía / en el profundo Tártaro soñara? [...] / La imagen de la tierra copió el hombre; / y con pavor y asombro retratadas / vio en vez de furias las pasiones mismas / que con eterno yugo le avasallan.</i>	III 978-79 III 995	Atque ea nimirum quaecumque Acherunte profundo / prodita sunt esse, in vita sunt omnia nobis. Sisyphus in vita quoque nobis ante oculos est	Los legendarios castigos del Tártaro representan las penalidades de la vida
71-73	<i>Esta a colmar aspira con metales / ancho tonel sin fondo; junto al agua, / de sed expira aquél,</i>	III 1003-10	deinde animi ingratam naturam pascere semper / atque explorare bonis rebus satiareque numquam, / quod faciunt nobis annorum tempora, circum / cum redeunt fetusque ferunt variosque lepores, / nec tamen explemur vitae fructibus umquam, / hoc, ut opinor, id est, aevo florente puellas / quod memorant laticem pertusum congerere in vas, / quod tamen expleri nulla ratione potestur.	La avaricia personificada por Lucrecio con las Danaides
73-74	<i>voraz envidia / está royendo a ese otro las entrañas;</i>	III 992-94	sed Tityos nobis hic est, in amore iacentem / quem volucres lacerant atque exest anxius angor / aut alia quavis scindunt cuppedine curae.	El deseo desmesurado (envidia) personificado con Ticio
75-76	<i>mientras con vano afán a la ardua cumbre / los más conducen la pesada carga.</i>	III 995-1002	Sisyphus in vita quoque nobis ante oculos est, / qui petere a populo fascis saevasque securis / imbibit et semper victus tristisque recedit. / nam petere imperium, quod inanest nec datur umquam, / atque in eo semper durum sufferre laborem, / hoc est adverso nixantem trudere monte / saxum, quod tamen <e> summo iam vertice rusum / volvitur et plani raptim petit aequora campi.	El ansia de poder personificado con Sísifo

Oriundo de Buenos Aires, Ventura de la Vega (1807-1865) llegó a España con once años y comenzó estudiando los rudimentos de latinidad en el Colegio Imperial de San Isidro. En 1821 prosiguió su formación en el colegio de San Mateo bajo la férula de Alberto Lista, quien le inculcaría el gusto por el clasicismo moderado que aflora en su poesía (Navas, 1982: 406). Ventura de la Vega destacó como autor dramático, siendo sus obras más importantes el drama *Don Fernando de Antequera* (Madrid: Imp. de José Repullés, 1847), la tragedia *La muerte de César* (Madrid: Administración Lírico-Dramática, 1863) y la comedia *El hombre de mundo* (Madrid: Imp. de José Repullés, 1845). Escribió también poesías sin ganar con ellas tanto renombre. De joven, compuso poemas inspirados en la Biblia, como el *Canto de la esposa* y la *Imitación de los Salmos*, y otros de tono romántico, como *A orillas del Pusa* y *La agitación*. Su afición por la poesía latina queda patente por una traducción del canto primero de la *Eneida*, que, si bien de escasa valía, sería publicado póstumamente (Redondo, 1931: 346)⁶⁶⁰, y también por imitaciones como ésta, presente en los versos 112-14 de su epístola *A don Mariano Roca de Togores* (Marqués de Molíns), en la muerte de su esposa:

Tímido el mío a tanto no se arroja,
y me conduce por la usada huella
que en dulce resplandor bañó Rïoja.

Chiappini (1975: 82) reparó en que se trataba de una *aemulatio* de Lucr. III 3-4:

te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc
ficta pedum pono pressis vestigia signis,

Nacido en Madrid, Mariano José de Larra (1809-1837) era hijo de un médico liberal que hubo de exiliarse en Francia tras la guerra. A su vuelta, estudió en Madrid con los escolapios de San Antón y en el Colegio Imperial de la Compañía. No terminó Leyes en Valladolid a causa de una decepción amorosa, a las que era fatalmente propenso. De ahí que Redondo (1931: 352) le recuerde en estos términos: “Fue en cuerpo y alma un romántico de acción cuyo *wertherianismo* le impulsó al suicidio”.

La obra en prosa de Larra es plenamente romántica y tiene, pese a su temprana muerte, varias vertientes: novelística, dramática, satírica y periodística⁶⁶¹. Sin embargo, sus poemas, aunque pocos, responden a una formación

⁶⁶⁰ Publicado en el periódico semanal “literario-religioso” (*sic*) *La Estrella de Chile*, Santiago: Imprenta de “El Independiente”, 1873, pp. 280-82.

⁶⁶¹ Escribió una novela histórica, *El doncel de Don Enrique el Doliente* (1834), de ambientación medieval, proyectando en el protagonista sus fracasos amorosos; sobre el mismo argumento ideó su drama *Macías*, estrenado también en 1834. Publicó numerosos artículos periodísticos en los que hacía crítica literaria, política y sátira de costumbres. Compuso un extenso poema, *Geografía historial española*, al parecer perdido, que parece haber pertenecido al género didáctico (Pérez Vidal, 1997: XXXIV).

neoclásica (Pérez Vidal, 1997: XXXIV) que emerge, por ejemplo, en su predilección por géneros ilustrados, como la anacreóntica, la oda y el epigrama⁶⁶². En su extenso poema, titulado “Al terremoto de 1829”⁶⁶³, Larra demuestra tener cierta familiaridad con la literatura clásica, al contaminarlo de numerosas reminiscencias, incluida esta *imitatio* de Lucrecio:

Los profundos veneros	65
Donde el diamante nace esplendoroso,	
Y el oro puro y la luciente plata,	
Hechos inmensa hoguera	
Dejan ardidados su mansión primera,	
Con la preciada piedra refulgente	70
Que en líquidos arroyos se desata,	
Y al asombrado día	
Rompiendo el valladar que los tenía	
Se derraman en férvido torrente.	

Compárense ahora con Lucr. V 1241-43 y 1252-57:

Quod superest, aes atque aurum ferrumque repertumst et simul argenti pondus plumbique potestas, ignis ubi ingentis silvas ardore cremarat [...] quicquid id est, quacumque e causa flammeus ardor horribili sonitu silvas exederat altis a radicibus et terram percoxerat igni, manabat venis ferventibus in loca terrae concava conveniens argenti rivus et auri, aeris item et plumbi [...]	1255

Estos hexámetros relatan los comienzos de la metalurgia (V 1241-96). Refieren cómo el hombre primitivo descubrió los metales preciosos, no al excavar la tierra, como cabría esperar, sino al ver los veneros metálicos que dejaban tras sí los incendios de los bosques, pues los filones superficiales de oro, plata y cobre se derretían. Creemos que esta explicación tan curiosa y descriptiva gustó mucho al madrileño, hasta el punto de que la insertó tal cual. Ciertamente es que Lucrecio la usó en un contexto distinto, pero servía igualmente a la pintura de los estragos del fuego tras los terremotos.

José de Espronceda (1808-1842) nació accidentalmente en Almendralejo (Badajoz) el turbulento año de 1808. Su padre, coronel contrario a la invasión, y su madre, descendiente de una prestigiosa familia, se desvelaron por darle la mejor educación posible (Marrast, 1986: 9). A los catorce años el futuro poeta entró en el colegio madrileño de San Mateo, la escuela privada regentada por el prestigioso humanista Alberto Lista. El escritor sevillano infundió en su

⁶⁶² Sobre las ideas ilustradas de Larra, cf. Kirkpatrick (1982 HCLE V: 119-24).

⁶⁶³ Consta de 552 versos, encabezados por la cita de Verg. *Aen.* II 363-69.

alumno el gusto por los clásicos grecolatinos, en especial por Horacio, pero también por Lucrecio, de quien había traducido el himno a Venus.

En las primeras composiciones de Espronceda, que son *interpretationes* escolares de Horacio⁶⁶⁴ y de otros poetas latinos realizadas según las pautas neoclásicas (Carnero, 1982 HCLE V: 160), asoman los textos que, a buen seguro, el maestro escogía para que sus alumnos ejercitaran el estro de forma propedéutica (Navas, 1982: 242-44, y Redondo, 1931: 321). Y es curioso notar cómo el poeta pacense concluye su versión del epodo segundo de Horacio con esta *contaminatio* de Lucr. II 1-4, que debía de formar parte de la antología escolar:

O ya el piélago undoso
con fieras ondas mil bramando mira
amenazar furioso
al alto cielo con sañosa ira,
las ondas espumosas
entre sí combatiendo impetuosas. 65

Y su feroz bravura
en la playa seguro le divierte;
contempla la locura
del que expuesto al capricho de la suerte,
el oro codiciado 70
busca surcando el piélago salado.

He aquí las *allusiones* lucrecianas:

Vv.	ESPRONCEDA	Vv.	LUCRECIO
61-66	<i>O ya el piélago undoso / con fieras ondas mil bramando mira / amenazar furioso / al alto cielo con sañosa ira, / las ondas espumosas / entre sí combatiendo impetuosas.</i>	II 1-2	Suave, mari magno turbantibus aequora ventis / e terra magnum alterius spectare laborem;
67-72	<i>Y su feroz bravura / en la playa seguro le divierte; / contempla la locura / del que expuesto al capricho de la suerte, / el oro codiciado / busca surcando el piélago salado.</i>	II 3-4	Non quia vexari quemquamst iucunda, / sed quibus ipse malis careas quia cerniere suave est.

⁶⁶⁴ Tradujo, entre otras, la oda I 15, el vaticinio de Nereo, y el segundo epodo o *Beatus ille*. La primera es posible que fuera la versión poética que le valió al pacense el primer premio de traducción en verso de los clásicos latinos, concedido en el último trimestre del curso de 1822, según se hace constar en los archivos de la dirección del colegio de San Mateo (Marrast, 1986: 65, n. 1).

5. LUCRECIO EN EL ROMANTICISMO ESPAÑOL (CA. 1770-1870)

5. 1. *Claves del movimiento romántico*⁶⁶⁵

A finales del siglo XVIII, entre 1770 y 1800, floreció en la Europa protestante un movimiento cultural, reaccionario y rebelde, conocido como Romanticismo, que perduró hasta el último tercio del siglo XIX. En España la corriente atravesó por varias etapas, que, según Sebold (2003: 121), fueron las siguientes: Primer Romanticismo (1770-1800), Represión del Romanticismo (1800-1830), Segundo Romanticismo (1830-1860) y Postromanticismo (1850-1870).

El término procedía del inglés *romantic*, un neologismo que se aplicaba desde la segunda mitad del siglo XVII a las novelas de tema pastoril y caballeresco⁶⁶⁶. Estas obras por su género eran totalmente ajenas a la preceptiva clásica grecolatina y, además, estaban escritas en lengua vulgar. Su acción transcurría las más de las veces en un entorno natural paradisíaco, poblado en ocasiones de sugerentes ruinas⁶⁶⁷, y su argumento, ya fuera caballeresco o bucólico, contenía altas dosis de ficción, idealismo y amor platónico.

La difusión de la literatura romántica en España se debió en gran medida a los intelectuales liberales que emigraron a Francia y a Inglaterra durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) y, después, durante la Década Ominosa (1823-1833), ya en tiempos de Fernando VII⁶⁶⁸. A su vuelta trajeron consigo la nueva estética (Aullón de Haro, 1988: 56-57), que consiguió remover un mundillo literario aún estancado en la estética neoclásica, cuyos géneros predilectos eran la poesía bucólica, la anacreóntica y la tragedia sometida a las tres unidades⁶⁶⁹. Martínez de la Rosa, el duque de Rivas (1791-1865), Mariano

⁶⁶⁵ Entre la bibliografía merecen citarse García Mercadal (1943), Juretschke (1954), Peers (1954), Lloréns (1979), Alborg (1980 IV), Navas (1982) y Aullón de Haro (1988: 11-102). De este último, recomendamos su capítulo "La teoría poética romántica" (pp. 20-31), pues se detiene en los principales pensadores europeos que desarrollaron la cosmovisión romántica.

⁶⁶⁶ El drama *Götz von Berlichingen* (1773) de Goethe, uno de los padres del Romanticismo, cuenta la historia de un legendario caballero medieval. Ni en su forma ni en su temática Goethe respetó los moldes clasicistas franceses, al romper con las tres unidades básicas de tiempo, lugar y acción y al dar preponderancia a un argumento nacional antes que a un contenido de validez universal (González, 1988: 39-40).

⁶⁶⁷ En la pintura romántica los paisajes de ruinas, no tanto clásicas como góticas y musulmanas, se ponen de moda y se multiplican de acuerdo con esa búsqueda del espíritu popular nacional (Cf. Caspar D. Friedrich, *La tumba de Hutten o Abadía en el encinar*; Jenaro. P. Villaamil, *La puerta árabe*, y Joseph M. William Turner, *Dido fundando Cartago o El interior de Tintern Abbey*).

⁶⁶⁸ Para más información sobre la importancia de los exiliados en la difusión del Romanticismo en España, cf. Lloréns (1979).

⁶⁶⁹ En este fragmento de Alberto Lista (1844 I: 167), que vivió a medio camino entre ambas corrientes, se aprecia la tensión por la intención romántica de romper con las reglas: "Ya es tiempo [...] de que cese esa nueva preocupación nacida en nuestros días, que supone inútil el estudio y las reglas para sobresalir en la poesía [...] ¿por qué no ha de ser necesario para la más noble de todas el estudio que lo es para las demás?" Valera (1864: 124), por el contrario, afirmaba: "El romanticismo ha sido una revolución, y solo los efectos de ella podían ser estables. Entre

J. de Larra y José de Espronceda fueron algunos de aquellos exiliados, políticos unos, estudiantes en *grand tour* otros, que llegarían a ser los máximos exponentes de la poesía romántica española. De ellos Juan Valera (1864: 127-128) hizo un retrato precioso, que, en algunos trazos, nos recuerda a Lucrecio:

El poeta no escribía ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición*. En sus amores debía aspirar el poeta a un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar a una mujer con delirio, imaginando ver en ella a la maga de sus sueños, a la paloma del diluvio y a la rosa de Jericó: mas al cabo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle, y menospreciarle, y *llorar sus ilusiones perdidas*; ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose a los pies de los altares, y entonando plegarias a la Virgen y a Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debía hablarnos siempre de sí mismo. Pero esta manía autobiográfica la disculpo yo, y hasta la alabo; pues no sólo proviene de lo reflexivo del siglo en que vivimos, y de los sistemas de filosofía, que ahora privan, todos o casi todos psicológicos [...]

Aunque el Romanticismo español derivaba, en opinión de muchos críticos, del francés, tuvo dos características fundamentales que lo distinguieron del resto de manifestaciones europeas: la recurrencia a la historia medieval española⁶⁷⁰ como fuente de inspiración dramática y la preferencia por el romance a la hora de versificar, de origen español y carácter popular (Valera, 1864: 121)⁶⁷¹. Desde el punto de vista formal, la lírica romántica española propendía a la mezcla de géneros y metros. Su tema favorito fue el amor, ambientado a menudo en exóticos lugares orientales o retrotraído al pasado morisco. Fue cantado la mayoría de las veces con una pasión y melancolía que

nosotros vino a libertar a los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos; y lo consiguió”.

⁶⁷⁰ Fue el caso del *Moro expósito* del duque de Rivas, de *Gómez Arias o los moriscos de las Alpujarras* de Telesforo de Trueba y Cossío (1799-1835), de *El señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco (1815-1846), de *Macías* y *El doncel de don Enrique el Doliente* de Larra o de *Granada* de Zorrilla. Sobre la novela histórica de tema nacional, cf. Navas (1982: 51-53).

⁶⁷¹ Agustín F. Gato Durán (1789-1862) publicó en 1828 un *Discurso* en el que estimaba los romances medievales españoles como “verdadera poesía romántica” (Shaw, 1982 HCLE V: 32-33).

dejaban traslucir los sentimientos más íntimos del “yo” del poeta; pero otras, con acento erótico y pornográfico. No faltaron tampoco los poemas morales y satíricos, pero, a diferencia de los ilustrados y neoclásicos, cuyo propósito esencial era adoctrinar al pueblo, los románticos se interesaron más por los problemas individuales, presentándolos a través de personajes repudiados, pero idealizados, que dejaban entrever una sociedad injusta. En consecuencia, son frecuentes los poemas que tratan de la soledad del hombre en el mundo o que recrean la vida de tipos marginales como el verdugo, el mendigo y el pirata, quienes encarnan, pese a su existencia maldita, la libertad deseada. Valera (1864: 128-129), de nuevo, lo expresa de manera sugestiva:

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitación y malestar de los espíritus, y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debían imputar a la sociedad mal organizada, y a la grandeza de sentimiento de los tales héroes, a quienes esta mezquina sociedad les venía estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar a estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes, que, a pesar de los crímenes, hay en ellos.

A mediados del siglo se nota cierto agotamiento. La inspiración romántica, enclaustrada en su mundo subjetivo, se complacía en las miserias espirituales de manera enfermiza y se mantenía al margen de los problemas sociales, convencida de que la realidad exterior no cambiaría. Sin embargo, una nueva generación de escritores, cansados de este ensimismamiento y cautiverio, buscarán en la vida real una fuente de inspiración, inaugurando así en España el realismo⁶⁷².

5. 2. *Lucrecio visto por los románticos*⁶⁷³

Muchos escritores románticos profesaron por Lucrecio un sincero aprecio, cuando los clásicos, en general, eran relegados a un segundo plano⁶⁷⁴. Tenía a favor su virtuosismo para la pintura natural, así como unas dotes singulares para la introspección psicológica. Es sabido que los románticos prestaron gran atención a la expresión de los estados del ánimo y a la naturaleza, cuya contemplación les acercaba, como al poeta romano, a lo sublime (III 28-30). Además, el aislamiento de Lucrecio debió de parecerles familiar: cantó en soli-

⁶⁷² La novela *La gaviota* (1849) de Fernán Caballero, pseudónimo de Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea (1796-1877), es considerada la primera obra realista.

⁶⁷³ Tomamos las noticias de M. von Albrecht (1995 I: 305-15, y 2002: 333-36) y de Valentí (1949: 218-19).

⁶⁷⁴ Sobre las discrepancias entre la poética romántica y la clásica, cf. Aullón de Haro (1988: 20-44).

tario los ideales de una doctrina odiosa a los poderosos y se suicidó por amor, como algunos personajes románticos⁶⁷⁵. Un cuadro tan representativo del Romanticismo como el “Viajero sobre un mar de niebla”, de Caspar D. Friedrich (1774-1840), en el que retrata posiblemente a un poeta solitario al borde de un precipicio, ofrece un escenario notablemente parecido al del sabio lucreciano del proemio II 1-13⁶⁷⁶. De hecho, la crítica decimonónica bajo el influjo de las teorías románticas vivas en el siglo XIX explicó las contradicciones presentes en *DRN* como trastornos psicológicos de su autor⁶⁷⁷. El epicúreo además encarnaba los valores laicos y la mayoría de los escritores románticos, contra lo acostumbrado en el pasado, no eran clérigos sino burgueses de clase media-alta (Aullón de Haro, 1988: 19).

Uno de los padres del Romanticismo, Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), valoró la viveza imaginativa de Lucrecio, su capacidad para hallar analogías y la urdimbre retórica de sus versos⁶⁷⁸. Friedrich Schlegel (1772-1829) llegó a afirmar de Lucrecio en su *Geschichte der alten und neueren Literatur* (1815) que era un cantor y descriptor de la naturaleza sublime, el mejor de todos los que la Antigüedad legó⁶⁷⁹. Christoph M. Wieland (1713-1813), Johann G. Herder (1744-1803), Friedrich Hölderlin (1770-1853) y Novalis (1772-1801) leyeron con atención el poema (Valentí, 1949: 218) interesados por su pensamiento y su poesía (Andrés, 1987: 37, n. 7). En la literatura inglesa, Samuel T. Coleridge (1772-1834) tuvo en gran estima la conjunción de ciencia y poesía lograda en el *DRN*. Su compatriota Percy B. Shelley consideraba a Lucrecio el mejor poeta latino y pudieron haber tenido un temperamento semejante⁶⁸⁰. De hecho, profesó el ateísmo y el materialismo tras leer

⁶⁷⁵ El caso más conocido no es un personaje ficticio, como el Werther de Goethe o el Tediato de las *Noches lúgubres* de José Casallo, sino el real del poeta Mariano J. de Larra. Recuérdese también el cuadro de Leonardo Alenza (1807-1845) titulado “La sátira del suicidio romántico”.

⁶⁷⁶ Philip de May (2009) en su monografía *Lucretius: Poet and Epicurean* (Cambridge: Cambridge UP, 2009) elige este cuadro como portada. Cf. también el cuadro de George Beaumont (1753-1827) *Peele Castle in a Storm* (1805), que aparece como ilustración en el artículo de Priestman (2007: 294).

⁶⁷⁷ Las recuerda Keller (1951: 160) al hablar de las contradicciones de Lucrecio: “Patin’s famous phrase ‘anti-Lucrèce chez Lucrèce’ (*Études sur la poésie latine*, vol. I, Paris, 1868, 117-37), or Logre’s diagnosis of a pathological state of anxiety”.

⁶⁷⁸ La amplitud de intereses de Goethe, como prueba su obra poliédrica, no se limitó a los supuestos románticos. Pero nos interesa destacar aquí que, a su juicio, poesía y ciencia no eran incompatibles. De hecho, había proyectado escribir un poema sobre la naturaleza que nunca realizó. Sí compuso dos poemas científicos titulados *Die Metamorphose der Pflanzen* y *Die Metamorphose der Tiere*, que siguen los patrones del género didáctico (Crum, 1966: 135-52). Y Winspear (1963: 92) ve en *Faustus* una comprensión física del mundo análoga a la lucreciana. Para el influjo de Lucrecio en Goethe y en Alemania durante el siglo XVIII, cf. Schmidt (1962: 158-74) y Nisbet (1986: 97-115).

⁶⁷⁹ Cf. las págs. 66 y 67 de la traducción inglesa *Lectures on the History of Literature Ancient and Modern* (London: Bell and Daldy, 1865).

⁶⁸⁰ Cf. Winspear (1963: 132, n. 41). En el “Preface” de su poema *The Revolt of Islam* (1817) le dirigía estas palabras de elogio: “I cannot conceive that Lucretius, when he meditated that

motu proprio el *DRN* en su etapa escolar. Buena prueba de esta sintonía doctrinal es su *Prometheus Unbound* (1819-20)⁶⁸¹ y su poema filosófico *Queen Mab* (1813), al que sirven de lema los versos IV 1-7 del *DRN*, donde Lucrecio afirma orgulloso ser el primero en versificar la doctrina de Epicuro y liberar los ánimos de los hombres de los nudos de la religión (Valentí, 1949: 218-19)⁶⁸². William Wordsworth (1770-1850) y Lord Byron (1788-1824), modelos de inspiración para poetas románticos de toda Europa⁶⁸³, imitaron pasajes lucrecianos en algunas de sus composiciones más sobresalientes⁶⁸⁴.

El filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), considerado uno de los padres del Romanticismo, usó el *DRN* como fuente científica para sus estudios sobre el hombre primitivo y el progreso social (Martha, 1896: 294-300). De hecho, la teoría epicúrea del origen de la civilización (Lucr. V 1011-1457) influyó en su doctrina del contrato social (Albrecht, 2002: 346). Víctor Hugo (1802-1885), el gran novelista francés, demuestra tener familiaridad con Lucrecio y en su *William Shakespeare* (1864) imagina la vida del genio romano repleta de viajes (I 2, 6). En Italia la traducción de Alessandro Marchetti, publicada en Londres el año 1717, favoreció su influencia en los románticos (Albrecht, 2002: 347). Ugo Foscolo (1778-1827) admiraba la grandeza del poeta filósofo e imitó el himno a Venus en su poema *E tu scendevi o Voluttà* (Giancotti, 1994: 293-317)⁶⁸⁵. Su compatriota Giacomo Leopardi (1798-1837) pensaba, tras la estela lucreciana, que los dioses no se inmiscuían en los asuntos humanos y emuló los panegíricos lucrecianos en su *Ginestra* (Valentí,

poem whose doctrines are yet the basis of our metaphysical knowledge and whose eloquence has been the wonder of mankind, wrote in awe of such censure as the hired sophists of the impure and superstitious noblemen of Rome might affix to what he should produce”.

⁶⁸¹ Y, sin embargo, afirma en el prólogo que repudia la poesía didáctica: “Didactic poetry is my abhorrence” (Abrams, 2000 II: 736).

⁶⁸² En él atacaba duramente la religión, como reconocía su mujer, Mary Shelley, en la “Introducción” de su edición de 1839: “In the former edition certain portions were left out, as shocking the general reader from the violence of their attack on religion [...]” Y en las notas al poema escritas por el propio autor se acotan dos ecos lucrecianos: V 58 = Lucr. II 1-14 y V 112-13 = Lucr. III 85-86.

⁶⁸³ De la influencia de Byron en los españoles da noticias Redondo (1931) en varios lugares: “Sobre todo de Inglaterra se importó el romanticismo de W. Scott y de lord Byron que había de influir tanto en nuestros novelistas y en nuestros poetas” (313); “De todos los poetas extranjeros al que mejor imitó (*sc.* José de Espronceda) fue al inglés Byron, sobre todo en la famosa y tan conocida *Canción del pirata*, que, aunque diferente, recuerda algo *El corsario* del poeta inglés” (322), o “Tres de sus *Orientales* se inspiran en este autor (*sc.* Byron): *El infiel*, *El secreto* y *Gulnara* [...]” (328). Para más información, *cf.* Andrés (1987: 55, n. 1) y Hendrix (1931: 850-94).

⁶⁸⁴ *Cf.* del primero *A Landor* XX 4 y del segundo *Don Juan* I 43 o *Childe Harold* IV 51. Sobre Lucrecio como fuente de inspiración para Byron, *cf.* Traver (1999a: 459-74), y para Wordsworth, *cf.* Jacobson (1985: 12-13) y Spiegelman (1985: 27-49).

⁶⁸⁵ Para más información sobre la presencia de Lucrecio en Foscolo, *cf.* Gigante (1990: 112-14) y Del Vento (1997: 392-426).

1949: 218-19)⁶⁸⁶. Si para los ilustrados el materialismo epicúreo era fuente de optimismo por cuanto prometía de progreso, para Leopardi, en cambio, resultaba pesimista, al inferir de él un ateísmo y un nihilismo trágicos (Andrés, 1987: 35, n. 7). Coincidirá con él, como veremos, Henri Bergson.

En España, la presencia de Lucrecio en la literatura romántica parece decaer si atendemos a los ecos puntuales. Con todo, sus versos siguieron influyendo e interesando a los poetas e intelectuales de principios del siglo XIX como consecuencia del creciente interés por el materialismo. Este movimiento ideológico se asoció en España, al igual que en otros países católicos, con los sectores progresistas más radicales, pues reclamaban la supresión total de las órdenes religiosas y la desamortización de sus bienes, y fueron, de hecho, acusados de alentar un deletéreo anticlericalismo⁶⁸⁷. La traducción en verso del sacerdote Matías Sánchez, presentada para su publicación en 1832, justo antes de la guerra civil entre carlistas y liberales (1833-1834) y la desamortización de Mendizábal (1836-1837), podría considerarse como el intento de un sector renovador del clero de divulgar un texto que, aunque irreligioso, nada temible ocultaba para la Iglesia ni en latín ni en castellano, máxime cuando se demandaba con persistencia su traducción al español. En la traducción inglesa (Oxford, 1682) de Thomas Creech encontraríamos un caso análogo (“The Preface”, p. b 2):

For I have heard that the best Method to overthrow the Epicurean Hypothesis (I mean as it stands opposite to Religion) is to expose a full system of it to publick view.

5. 3. *Imitadores de Lucrecio en el Romanticismo español*

José Cadalso (1741-1782) nació en Cádiz cuando la ciudad era un floreciente enclave comercial: franceses, italianos e ingleses convivían en la ciudad andaluza con españoles, generando así un ambiente social cosmopolita (Glendinning, 2000: X). Inició sus estudios en el colegio de los jesuitas de esa ciudad, bajo la tutela de su tío Mateo Vázquez, rector del mismo, donde aprendió bien el latín⁶⁸⁸. A instancias suyas, el padre le envía al colegio jesuita Louis-le-Grand (París), considerado uno de los más prestigiosos de toda Europa (Martínez Mata, 2000: XXXII), en el que estudiaron reconocidos

⁶⁸⁶ Para la presencia de Lucrecio en Leopardi, cf. Borra (1934), Timpanaro (1988: 359-402) y Sconocchia (1994: 1-12).

⁶⁸⁷ En 1834 se produjeron numerosos asesinatos de religiosos. La matanza fue especialmente sangrienta en Madrid, donde murieron ochenta (Revuelta, 2004: 300). A mediados de julio de ese año, surgió en Madrid una epidemia de cólera. Una parte de la prensa madrileña desató entonces una violenta campaña contra los religiosos, acusándoles de complicidad con los carlistas y, en última instancia, de envenenar las aguas (O'Neill-Domínguez, 2001: 2569).

⁶⁸⁸ El propio escritor así lo reconocía en sus *Escritos autobiográficos* (Glendinning y Harrison, 1979: 107): “En mi niñez lo estudie (el latín) con buenos maestros”. De mayor traduciría poemas de Virgilio, Horacio, Ovidio, Propertio, Marcial y otros.

filoepicureístas, como Helvetius (1715-1771). A su regreso a España contaba diecisiete años, hablaba francés e inglés y había adquirido la formación básica de los ilustrados. Completó posteriormente sus estudios en el Seminario de Nobles de Madrid, otra institución de la orden⁶⁸⁹.

Lucrecio, de moda en Francia y más admirado en España por aquellos años⁶⁹⁰, inspira a Cadalso estos versos eróticos que llevan el epígrafe “Injuria el poeta al amor”:

Amor, con flores ligas nuestros brazos; los míos te ofrecí lleno de penas, me echaste tus guirnaldas más amenas, secáronse las flores, vi los lazos, y vi que eran cadenas.	5
Nos guías por la senda placentera al tempo del placer ciego y propicio; yo te seguí, mas viendo el artificio, el peligro y tropel de tu carrera, vi que era un precipicio.	10
Con dulce copa, al parecer sagrada, al hombre brindas, de artificio lleno; bebí; quemóse con su ardor mi seno; con sed insana la dejé apurada y vi que era veneno.	15
Tu mar ofrece, con fingida calma, bonanza sin escollo ni contagio; yo me embarqué con tal falaz presagio, vi cada rumbo que se ofrece al alma,	

⁶⁸⁹ En esta época los jesuitas ya habían modernizado su *ratio*. El nuevo currículo seguía privilegiando el estudio de los clásicos, pero prestaba mayor atención a las materias útiles para la vida. En disciplinas como las Ciencias Naturales, asumieron algunas premisas de los empiristas y del método moderno.

⁶⁹⁰ Dice Glendinning (2000: XVIII): “Un concepto clave en el desarrollo de estas ideas en el siglo XVIII es la naturaleza [...] En la *Enciclopedia* francesa se notaba también que la naturaleza era el Dios del universo para algunos filósofos de la antigüedad [...] Y para los epicúreos, la filosofía y la razón servían de guías para la recta interpretación de sus intenciones. La literatura europea ya estaba imbuida de estas ideas en el siglo XVII, extraídas de Cicerón, Epicteto, Horacio, Lucrecio y Séneca, sobre todo, y seguían vigentes en el siglo XVIII también. En España, por otra parte, ayudaban a mantener la alta visibilidad de esta veta clásica nuevas ediciones de obras de los autores españoles más afines a estas tendencias: las *Poesías* de fray Luis de León, la *Selva política* del conde de Rebolledo (con un interesante ensayo sobre el pensamiento moral de los epicúreos) y diversos escritos morales y filosóficos de Quevedo. El interés por el *De rerum natura* de Lucrecio, clásico compendio del pensamiento epicúreo, se manifiesta en la versión española hecha por el abate Marchena en 1791, aunque no publicada hasta mucho más tarde”. El éxito que parece haber tenido en la época el recurso literario de hacer hablar a la Naturaleza, a la manera de Lucrecio III 931-77, no solo prueba el interés por la ciencia y el mejor conocimiento de la naturaleza, sino también que Lucrecio fue un autor de referencia y que, en concreto, este fragmento del libro III debió de ser un *locus communis*. Sobre la fortuna de esta prosopopeya durante el siglo XVIII, cf. Glendinning (2000: XIX-XXII).

y vi que era un naufragio. 20
 El carro de tu madre, ingrata diosa,
 vi que tiraban aves inocentes;
 besáronlas mis labios imprudentes,
 el pecho me rasgó la más hermosa
 y vi que eran serpientes. 25
 Huye, Amor, de mi pecho ya sereno,
 tus alas mueve a climas diferentes,
 lleva a los corazones imprudentes
 cadenas, precipicios y veneno,
 naufragios y serpientes. 30

Cadalso despliega en cada estrofa, excepto en la última recopilatoria, toda una colección de imágenes a fin de caracterizar la naturaleza traicionera del amor, que engaña bajo su apariencia amable. La distribución temática sería esta:

Estrofa I: el amor como trampa.

Estrofa II: como camino directo al precipicio.

Estrofa III: como copa aparentemente placentera y en realidad venenosa.

Estrofa IV: como mar aparentemente sereno y en realidad proceloso.

Estrofa V: como palomas inofensivas y en realidad serpientes.

Una parte sustancial de la imaginería procede de Lucrecio, en particular de la diatriba contra el amor (IV 1058-207). Algunas metáforas, como la del *navigium amoris* del v. 20, derivan, sin embargo, de otras fuentes, posiblemente elegíacas. Era esperable que un poeta entre ilustrado y romántico se inspirase para componer un poema erótico en el famoso y polémico pasaje lucreciano, pues su relato, laico y desinhibido, agradaba a un sector liberal y progresista de la burguesía que había asumido la moral neoepicúrea de los materialistas modernos. La búsqueda del placer se manifestaba entonces en el lujo y refinamiento de las casas, y en la literatura desembocaba en una sensualidad impensable años atrás. Y Cadalso recupera así las imágenes más llamativas de la crítica lucreciana contra el amor apasionado, aquellas que resaltan su ambivalencia agri dulce, como mostramos en esta tabla:

Vv.	JOSÉ CADALSO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-5	<i>Amor, con flores ligas nuestros brazos; / los míos te ofrecí lleno de penas, / me echaste tus guirnalda más amenas, / secáronse las flores, vi los lazos, / y vi que eran cadenas.</i>	IV 1147-48	<i>non ita difficile est quam captum retibus ipsis / exire et validos Veneris perrumpere nodos.</i>	Las redes del amor (trampa)

(Continúa)

Vv.	JOSÉ CADALSO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
6-10	<i>Nos guías por la senda placentera / al tempo del placer ciego y propicio; / yo te seguí, mas viendo el artificio, / el peligro y tropel de tu carrera, / vi que era un precipicio.</i>	IV 1068-69	ulcus enim vivescit et inveterascit alendo / inque dies gliscit furor atque aerumna gravescit,	Los peligros del amor ciego
		IV 1195-96	nam facit ex animo saepe et communia quaerens / gaudia sollicitat spatium decurrere amoris.	La carrera del amor
11-15	<i>Con dulce copa, al parecer sagrada, / al hombre brindas, de artificio lleno; / bebí; quemóse con su ardor mi seno; / con sed insana la dejé apurada / y vi que era veneno.</i>	IV 1058-60	Haec Venus est nobis; hinc autemst nomen amoris, / hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor / stillavit gutta et successit frigida cura.	Amor agridulce
		IV 1086-90	namque in eo spes est, unde est ardoris origo, / restingui quoque posse ab eodem corpore flammam. / quod fieri contra totum natura repugnat; / unaque res haec est, cuius quam plurima habemus, / tam magis ardescit dira cuppedine pectus.	El amor que quema
16-20	<i>Tu mar ofrece, con fingida calma, / bonanza sin escollo ni contagio; / yo me embarqué con tal falaz presagio, / vi cada rumbo que se ofrece al alma, / y vi que era un naufragio.</i>	IV 1089-90	unaque res haec est, cuius quam plurima habemus, / tam magis ardescit dira cuppedine pectus.	Las bondades aparentes del amor
		IV 1057	namque voluptatem praesagit muta cupido.	Los presagios del amor
26-30	<i>Huye, Amor, de mi pecho ya sereno, / tus alas mueve a climas diferentes, / lleva a los corazones imprudentes / cadenas, precipicios y veneno, / naufragios y serpientes.</i>	IV 1063-64	sed fugitare decet simulacra et pabula amoris / abstertere sibi atque alio convertere mentem	Evitar el amor apasionado
		IV 1073-74	Nec Veneris fructu caret is qui vitat amorem, / sed potius quae sunt sine poena comoda sumit.	

Pero, al margen de la diatriba, hay reminiscencias suficientes que prueban que Cadalso extrajo imágenes de otros pasajes, en los que el contexto no era erótico. Por ejemplo, la metáfora de la copa engañosa (vv. 11-15) recuerda el símil lucreciano de la copa endulzada que los médicos ofrecen a los niños (IV 9-17). Incluso la analogía que el gaditano establece entre el mar traicionero y

el amor puede depender de la pintura de la mar hecha por Lucrecio en V 999-1006 (cf. también II 558-59). Se trataría, en este caso, de un centón literario, al fusionar (*contaminatio*) varios pasajes a modo de teselas en un mosaico.

El jesuita español Pedro Montengón (1745-1821), exiliado en Italia tras la pragmática de Carlos III, es autor de poemas de corte neoclásico como las *Odas de Filopatro*⁶⁹¹ y la *Conquista del Megico por Hernán Cortés*⁶⁹². Cultivó también la novela pastoril en *Mirtilo ó los pastores trashuman-tes*⁶⁹³. Ganó particular fama con su novela *Eusebio*⁶⁹⁴, obra de talante ilustrado y de fines pedagógicos, que proponía un modelo cristiano del *Emilio* de Rousseau, pero que no agradó a la Inquisición por su lascivia y cuaquerismo larvado (Alcalá Galve, 2001: 189-90). Fue censurada en 1799⁶⁹⁵ y se vio obligado a corregir los cinco volúmenes entre 1807 y 1808. En este pasaje el autor define la muerte así:

¡O mortal! no te pese acostumbrar tu mente y tu memoria á tu fin inevitable. La idea de la muerte solo amedrenta al que rehuye familiarizarse con ella. No es esa armazon de descarnados huesos, ni esa desdentada y vacía calavera, ni ese esqueleto armado con esa guadaña; nada de todo eso es la muerte, bien sí, sus necesarias consecuencias. El que te propone todo eso para meditar, el que te pinta el cadáver yerto, horrible, frio y hecho ya pasto de gusanos, amedrenta tus sentidos y fantasía, mas no te da idea verdadera de lo que es la muerte.

Morir, es el romperse las ataduras de la admirable é incomprendible organizacion del cuerpo, del cual, como de carcel disoluble, huye el alma libre... ¿A dónde? ¡O cielos!... Tiembla mortal: esos huesos, esas cenizas, esa tumba, ya no te pertenecen. Pero ese ilimitado y tenebroso seno de la eternidad, que presenta á tu alma dos caminos tan opuestos: esa incertidumbre terrible de errar la via, pasando de la vida breve y mortal á la inmortal y eterna, rota la union de tu alma y cuerpo, la cual ni es dolorosa, ni perceptible, puede sin asco y sin temor del aspecto de un objeto que te es ajeno, ocupar tu imaginacion, y llamar con fuerza tus sentimientos al estudio de la virtud, desprendiendo tu corazon de los bienes inciertos y perecederos, que, como ciertos y eternos, nos representan las deslumbradas pasiones.

⁶⁹¹ Ferrara: Impr. Cameral, 1778-1779 (BPE de Toledo 1-1212).

⁶⁹² Napoli: presso Gio. Battista Settembre, 1820 (BPE de Albacete A-86-1-MON-con).

⁶⁹³ Madrid: Impr. de Sancha, 1795 (BPE de Málaga 36401).

⁶⁹⁴ Madrid: por Don Antonio de Sancha, 1786-1788 (BPE de Guadalajara 2612, 2613 y 2615).

⁶⁹⁵ Es más, en el *Índice de los libros prohibidos* (Carbonero, 1873: 452), su nombre está destacado con un asterisco (*), para indicar que todos sus libros están prohibidos y que son *primae classis*. Para más información sobre su expediente de calificación inquisitorial, cf. González Palencia (1926: 343-65).

Morir, es acabarse el plazo que dió á la vida el que la formó al impulso de los decretos de su infinita sabiduría, y que no hará mas breve, ni el imaginario peligro que te inquieta, ni el hierro del enemigo, ni tu desesperación, ni el rayo que discurre y centellea sobre tu cabeza, ni la tempestad que brama en torno de tu navío; y que no hará mas larga, ni la ciencia del médico acreditado, ni tus riquezas, ni los votos de tu temor, ni tus medrosos ruegos, ni la eficaz virtud de la buscada planta. ¡O hombre! morir, es acabarse las penas, las zozobras, los cuidados y continuas desazones, que no quedan resarcidas, ni con la breve risa, ni con el placer incierto y momentáneo, ni con la volubre holganza, ni con todas las ilusiones de la desvanecida fantasía, sueños de las ansias y deseos insaciables de los infelices mortales (Terradillos, 1847a I: 103-4, “Definiciones”).

Este fragmento de su *Eusebio* puede considerarse un ejemplo literario tardío del tópico neoestoico de la *meditatio mortis*. Fiel a la doctrina cristiana, Montengón sostiene que el cuerpo es el vaso material del alma inmortal, que trasciende al morir. Amonesta, en consecuencia, al lector a que encarrile su vida por el sendero de la virtud, que lleva recto al eterno paraíso. Con todo, la argumentación consolatoria contiene, al menos, dos prédicas netamente lucrecianas, integradas hacia tiempo en el género: una, que la muerte asusta especialmente a quienes la temen (III 933-34), y otra, que es indolora e insensible (III 838-42)⁶⁹⁶. Además, la exposición del tema mediante una declamación filosófica (“¡O mortal!”) bien pudo estar inspirada en la prosopopeya de la Naturaleza contra el que teme morir de Lucrecio III 931-77, pues está planteada también en términos forenses.

El conde de Noroña (1760-1815), cuyo verdadero nombre era Gaspar M.^a de Nava, Álvarez de las Asturias⁶⁹⁷. Había nacido en el seno de una familia militar, cuya estirpe emparentaba supuestamente con el Cid Campeador. Noroña, al igual que Cadalso, es considerado precursor del Romanticismo en España (Fortuño, 1997: 32) e introductor de la poesía oriental (Aullón de Haro, 1988: 51)⁶⁹⁸. Por un poema dedicado “A la buena memoria de Don Antonio Berdejo” tenemos constancia de que aprendió a fondo las letras clásicas, “al amparo de la Iglesia” (Fortuño, 1997: 14)⁶⁹⁹. Su maestro, canónigo en

⁶⁹⁶ Cf. Lillo Redonet (2001: 108).

⁶⁹⁷ Publicamos (2015: 5-21) un artículo monográfico sobre este autor, donde recogimos con más detalle la influencia de Lucrecio en su poesía.

⁶⁹⁸ Publicó traducciones del inglés de textos árabes, persas y turcos en *Poesías asiáticas* (1833). También publicó un poema épico sobre la hazaña musulmana en España titulado *Omníada* (1816).

⁶⁹⁹ De su buen conocimiento sobre literatura clásica dan fe sus anacreónticas y las abundantes imitaciones de los escritores latinos, en particular de Horacio. Se aprecia también un fuerte influjo de los poetas auriseculares españoles como fray Luis de León y Francisco de Medrano (cf. “Venegas, ¿de qué sirve con afanes [...]” con Hor. *Serm.* I 1, “¡Feliz aquel, que lejos

Tarragona, le enseñó a valorar la literatura griega y latina, sembrando en él el apego por los clásicos, como afirma en estos versos:

Tú al venerable Homero
me diste a conocer. ¡Oh qué armonía,
qué fuego duradero,
qué gracia en la expresión, cuánta energía,
en su trato sentía!
Yo estaba con su acento embelesado
días enteros sin dejar su lado. 50
Conocí al grave Horacio,
dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,
y a cuantos en el Lacio
amaba Febo y el castalio coro
[...]
Suyo es mi canto, mi destreza es suya, 75
razón es que este don les restituya.
Pero Febo, apartando
los rojos rayos de su clara fuente,
dijo con tono blando:
Esos versos que cantas tiernamente, 80
que halagan la corriente,
y en su ala lleva el plácido Favonio⁷⁰⁰,
sólo los debes al profundo Antonio.
Fortuño (1997: 155)

No cita ni alude a Lucrecio, pero a buen seguro estaría entre “cuantos en el Lacio / amaba Febo y el castalio coro” (vv. 58-59)⁷⁰¹. Y dado el talante epicúreo que imprimió a su poesía (Fortuño, 1997: 26-27 y 46-47) era esperable que hubiera en ella algún homenaje a nuestro poeta, como parece haber en las siguientes composiciones:

A la venida de la primavera (A Nerina)
El invierno enojoso,
de nubes rodeado,
marchóse presuroso
a ejercer su rigor al Norte Helado.
En tanto se presenta 5
la dulce precursora del verano,
derramando mil flores

de cuidados [...]” con Hor. *Ep.* II, “Descanso pide con ferviente voto [...]” con Hor. *Carm.* II 16, “Cual corcillo temeroso [...]” con Hor. *Carm.* I 23 o “Canto el enojo y el crúel despecho [...]” con Verg. *Aen.* I 1-20).

⁷⁰⁰ Cf. Lucr. I 9-11: *placatumque nitet diffuso lumine caelum. / nam simul ac species patefactast verna diei / et reserata viget genitabilis aura favoni, [...]*

⁷⁰¹ Fortuño (1997: 40-42) reconoce ecos de Catulo en sus *Anacreónticas* (cf. “Debajo de este mirto [...]” con Catul. V o “¡Oh tierno pajarillo [...]” con Catul. II).

con generosa mano, que embalsaman el aire con olores.	
Los céfiros süaves, libres y exentos de las nieblas graves, en torno la rodean, halaban y recrean los pechos aquejados.	10
Los arroyos, que atados con prisiones de hielo no podían regar el verde suelo, ahora sueltos del monte con risa bulliciosa se despeñan.	15
Corren serpenteando por el ameno valle y van regando las plantas a porfía. Renace la alegría del rústico, que en la era espesas haces hacinar espera.	20
Los troncos corpulentos, que resistieron con vigor constante a los bravosos vientos, con risueño semblante al Cielo elevan sus crecidas ramas, cubriéndolas con hojas al instante.	25
Los pájaros canoros forman diversos coros, canciones entonando, ora en los verdes ramos escondidos, ora al aire esparcidos acá y allá con gracia revolando.	30
	35

El conde de Noroña imita en este poema la pintura lucreciana de las estaciones del año (V 737-50) y los primeros versos del himno a Venus. Expone-mos las reminiscencias más significativas en el siguiente esquema:

Vv.	CONDE DE NOROÑA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-4	<i>El invierno enojoso, / de nubes rodeado, / marchóse presuroso / a ejercer su rigor al Norte Helado.</i>	V 746-47	tandem bruma nives adfert pigrumque rigorem / reddit; hiemps sequitur crepitans hanc dentibus algu.	El rigor del invierno

(Continúa)

Vv.	CONDE DE NOROÑA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
5-9	<i>En tanto se presenta / la dulce precursora del verano, / derramando mil flores / con generosa mano, / que embalsaman el aire con olores.</i>	V 737-41	it ver et Venus et Veneris praenuntius ante / pennatus graditur, Zephyri vestigia propter / Flora quibus mater praespargens ante viai / cuncta coloribus egregiis et odoribus opplet. / inde loci sequitur calor aridus	Primavera derramando flores
		I 7-9	adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus / summittit flores, tibi rident aequora ponti / placatumque nitet diffuso lumine caelum.	
10 - 14	<i>Los céfiros süaves, / libres y exentos de las nieblas graves, / en torno la rodean, / halaban y recrean los pechos aquejados.</i>	V 738	Zephyri vestigia	Los céfiros suaves
		I 11	et reserata viget genitabilis aura favoni	
		I 6	te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli	La primavera sin nubes
15 - 22	<i>Los arroyos [...] Corren serpenteando</i>	I 15	et rapidos tranant amnis	Los ríos crecidos
		I 17	ac montis fluviosque rapacis	
26 - 30	<i>Los troncos corpulentos, / que resistieron con vigor constante / a los bravosos vientos, / con risueño semblante / al Cielo elevan sus crecidas ramas, / cubriéndolas con hojas al instante.</i>	I 18	frondiferasque domos avium camposque virentis	La frondosidad de los árboles
32 - 37	<i>Los pájaros canoros / forman diversos coros, / canciones entonando, / ora en los verdes ramos escondidos, / ora al aire esparcidos / acá y allá con gracia revolando.</i>	I 12-13	aeriae primum volucres te, diva, tuumque / significant initum perculsae corda tua vi.	El canto de los pájaros
		I 256	frondiferasque novis avibus canere undique silvas;	

En este otro, titulado *Imprecación contra la guerra* y dedicado a don Fernando Cagigal (1756-1824), el conde de Noroña denuncia los males de la guerra, cuya causa cifra en la ambición desmedida de los hombres, al igual que

Lucrecio (III 60-64 y V 1120-35)⁷⁰². Dado su propósito pacifista, Gaspar M.^a pudo encontrar en Lucrecio un antecedente literario. Ya en el principio de su obra el poeta latino había suplicado a Venus que intercediera ante Marte, su amante, para que terminaran las guerras que assolaban su patria (I 29-43). Y este deseo es formulado en diversos pasajes del *DRN* que el conde de Noroña parece haber tenido presentes en los siguientes versos:

Cuando miro, Fernando, congregadas las huestes sobre el llano, que tremolan las bélicas banderas, que el infante aprieta en la robusta mano el arma, que el jinete impaciente arde y suspira por aflojar la rienda al bridón suelto, que tascando el bocado se consume y que por otra parte los cañones que estremecen los montes convecinos [...]	5
... me enardezco y de lo hondo del pecho saco fuera estas palabras, en furor envueltas: Maldito una y mil veces el primero que, destrozando las sagradas leyes de la naturaleza, quiso osado elevar su cabeza con orgullo sobre todos los otros sus iguales.	30
	35

Cosechamos aquí las imitaciones:

Vv.	CONDE DE NOROÑA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-3	<i>Cuando miro, Fernando, congregadas / las huestes sobre el llano, que tremolan / las bélicas banderas [...]</i>	II 5-6	suave etiam belli certamina magna tueri / per campos instructa tua sine parte pericli ⁷⁰³ .	La contemplación de los ejércitos en orden de batalla
		II 40-41	si non forte tuas legiones per loca campi / fervere cum videas belli simulacra cientis,	

(Continúa)

⁷⁰² De hecho, el tópico de la *auri sacra fames* ocupa un lugar privilegiado en sus poesías y es tratado en clave epicúrea (“¿Adónde estaba el rayo [...]” o “Al ambicioso aterran los cuidados [...]”). Además de este, condenan la guerra otros muchos, como “Venegas, ¿de qué sirve con afanes [...]”, “La Discordia levanta su cabeza [...]”, “Cupido, como niño, se estremece [...]” o “Ya el cielo más benigno ha desterrado [...]” (Fortuño, 1997: 32-33).

⁷⁰³ Es posible que en los siguientes versos recree también el proemio del libro II 1-3: “¡Cuán grato es ver hinchadas / las velas de un convoy muy numeroso / y que las aceras / proas al mar furioso / dividen con un surco prodigioso! / Pero más lisonjero / que el campo, que el arroyo, más que el ave, / más que el convoy ligero, y a mi alma más süave, / es gozar de tu pecho, que amar sabe” (vv. 16-25, del poema “Belisa, ¡Cuán hermoso [...]”). Es un buen ejemplo de *príamel*.

Vv.	CONDE DE NOROÑA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
31-36	<i>Maldito una y mil veces el primero / que, destrozando las sagradas leyes / de la naturaleza, quiso osado / elevar su cabeza con orgullo / sobre todos los otros sus iguales.</i>	II 11-14	certare ingenio, contendere nobilitate, / noctes atque dies niti praestante labore / ad summas emergere opes rerumque potiri. / o miseras hominum mentes, o pectora caeca!	La ambición personal como causa de la guerra
		V 1120-24	at claros homines voluerunt se atque potentis, / ut fundamento stabili fortuna maneret / et placidam possent opulenti degere vitam, / nequiquam, quoniam ad summum succedere honorem / certantes iter infestum fecere viai,	

Su poema filosófico titulado *La muerte* se encuadra dentro del género didáctico, tan cultivado durante la Ilustración. No le faltaba razón a Menéndez y Pelayo cuando lo definió como una “frigidísima disertación” (Fortuño, 1997: 68), pues su tono científico-argumental, característico del género, resulta un tanto árido. No obstante, los versos están salpicados de imágenes expresivas propias de la tradición barroca que aún pervivía en la poesía española. Entre los precedentes, Fortuño (1997: 73) cita a Horacio, a Dante, a Juan de Mena (1411-1456) y al marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza (1398-1458), quienes también compusieron alegorías morales en torno a la muerte. Pero podríamos incluir a Lucrecio y, tal vez, estimarlo como fuente primaria. Era el poeta de la poesía didáctica por excelencia y en su *carmen* dedicaba bastantes hexámetros a filosofar sobre la muerte. Presenta, además, varios ecos puntuales del *DRN* y, como en él, antepone a la exposición los *titula* o argumentos de los que versará. Es más, incluso en su distribución se asemeja al proceder lucreciano, ya que empieza con una *Invocación* que debe mucho, al menos en la *aretalogía* y en la súplica, al himno a Venus, como podemos comprobar:

Santa verdad, a ti que, colocada
bajo un solio eternal, estás mirando
con ojos compasivos cómo el hombre
se deja seducir del vil engaño.
A ti, que pura guardas en tu seno
la preciosa virtud y con un labio
lleno de fortaleza contrarrestas
cuanto se opone a tu candor sagrado,
a ti imploro, tu auxilio sólo

5

busco con ansia, con ardor te llamo
para que pueda descifrar mi acento
de un sueño misterioso los arcanos.
Fortuño (1997: 228)

10

En otros argumentos es fácil establecer conexiones temáticas con cuestiones abordadas por Lucrecio⁷⁰⁴, más, si cabe, cuando su disertación pretende, en cierta medida, ser antilucreciana, al rebatir sus tesis nihilistas, con las que comulgaban muchos materialistas de su tiempo⁷⁰⁵. Leamos, pues, el siguiente fragmento en el que se observan algunas *aemulationes*:

¿A qué vienen, mortales, vuestras quejas?
¿A qué los epítetos, que han llenado
mi triste nombre de baldón y oprobio?
¿A qué tanto furor? ¿Encono tanto?
Unos me juzgan término del gusto,
otros consuelo y fin de los cuidados.
Aquéllos de mi sombra se estremecen,
éstos me invocan con ardor insano.
El hombre que olvidado de sí mismo
se asemeja a los brutos, reposando
sobre el torpe deleite, ¡cuál se agita,
cuando a la puerta de su estancia llamo!

95

Reclinado Damocles blandamente
en un pomposo lecho, rodeado
de estatuas, de tapices, de pinturas,
en que el arte y el gusto se esmeraron,
enfrente de una mesa, do advertía
vajillas ricas, primorosos vasos,
graciosos ramilletes, lindas flores,
süaves vinos y manjares gratos.
las aromas de Persia y las de Arabia

100

105

110

⁷⁰⁴ Así, por ejemplo, “(6) Discurso de la Muerte. La vida llena de males desde la cuna hasta el sepulcro”, “(10) Miserias que rodéan al hombre”, “(11) Son más infelices los que viven en medio de la opulencia”, “El nacimiento, y la muerte son los dos puntos sobre los que gira la vida. Igualmente aumenta que disminuye”, “(16) Lo mismo que vino la vida se va”, “(17) La muerte no viene cercada de dolores”, “(20) Buscan la muerte los desgraciados” o “(24) No se debe amar la vida tanto, ni aborrecer tanto la Muerte: el justo no la teme”.

⁷⁰⁵ Cf., por ejemplo, los versos 148-60: “Y vosotros que veis con torvo ceño / al Supremo Hacedor, que os ha criado, / negáis su vida al alma y os agrada / la humilde tierra más que el Cielo sacro, / ¿por ventura pensáis que con la Muerte / se halla un escudo contra el signo infausto?” Aquí Noroña anota: “Los seis versos siguientes se dirigen a convencer a los materialistas por sus mismas razones, suponiendo por un momento que el alma muere con el cuerpo. Reflexiónese y se verá que los ateos (si es posible que existan) tienen menos razón que nadie para abrazar la monstruosa opinión del suicidio”. Siguen los versos: “Si el alma muere con el cuerpo ¿dónde / hallaréis el placer que vais buscando? / Placer sin existencia, ¡Qué locura! / Tener un solo bien y despreciarlo / ¡Qué ciego error! Si nada se halla eterno, / ¿por qué el fin de los males no esperamos? / El bien de la esperanza siempre queda”.

en delicadas copas humeando,
 sus blandos miembros y cabello ungidos
 con el fino oloroso Malobatro,
 servido de mancebos diligentes, 115
 oyendo el dulce y armonioso canto
 de tiernas ninfas, cuyos rostros eran
 del ocio redes, de Cupido lazos.
 Con las perlas de Oriente, con el oro 120
 de Tíbar y con púrpura adornado.
 En su derecha colocado el cetro,
 la corona sus sienes ocupando,
 ¿no debiera tenerse por contento?
 ¿No debiera llamarse afortunado? 125
 ¿No debiera la Envidia al contemplarle
 llorar de enojo y remorder sus labios?
 Fortuño (1997: 231-32)

Los ecos más palmarios son estos:

Vv.	CONDE DE NOROÑA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
92-95	<i>¿A qué vienen, mortales, vuestras quejas? / ¿A qué epítetos, que han llenado / mi triste nombre de baldón y oprobio? / ¿A qué tanto furor? ¿Encono tanto?</i>	III 933-34	<i>'quid tibi tanto operest, mortalis, quod nimis aegris / luctibus indulges? quid mortem congemis ac fles?</i>	La voz de la Naturaleza (de la muerte)
124-25	<i>¿no debiera tenerse por contento? / ¿No debiera llamarse afortunado?</i>	III 938-39	<i>cur non ut plenus vitae conviva recedis / aequo animoque capis securam, stulte, quietem?</i>	Si se ha disfrutado la vida, uno debe estar satisfecho

El pasaje, en nuestra opinión, amplifica de forma libre la famosa diatriba de Lucrecio III 931-77 contra quienes se resisten a morir. Allí la personificación de la Naturaleza dirige su voz, como si ante un tribunal expusiera, a un viejo que se aferra a la vida. Le asaetea con interrogaciones retóricas, como aquí Noroña, aunque con un tratamiento moral del tema diferente. El poeta español despliega su discurso argumental para disuadir al hedonista que “olvidado de sí mismo / se asemeja a los brutos, reposando sobre el torpe deleite” (vv. 100-2a), dado que representa a un tipo común en su época.

El poeta catalán Manuel de Cabanyes (1808-1833), nacido en Villanueva y la Geltrú (Barcelona), estudió Humanidades en las Escuelas Pías de San Antón (Barcelona) entre los años 1816-1820. Al parecer, un tío suyo le instruyó en privado sobre Matemáticas, Música y Lenguas Clásicas.

La producción literaria de Cabanyes incluye poemas, dos traducciones⁷⁰⁶ y unos apuntes históricos. Sus poesías publicadas por vez primera bajo el título *Preludios de mi lira* (Barcelona: Impr. de A. Bergnes y Comp. 1833) representan, en opinión de J. Arce (1987: 194), un claro ejemplo de continuidad de la poesía neoclásica en los anales del Romanticismo español. Pero en su poema dedicado “A Cintio”, Cabanyes se muestra plenamente romántico, según Sebold (2003: 408), pues el lirismo del “yo individual” aflora con duro dramatismo y, además, recrea uno de los tópicos literarios del Romanticismo europeo: el poeta como nuevo Cristo que lamenta la perversa naturaleza de los hombres⁷⁰⁷. En él creemos encontrar entre los versos 17-18 esta *allusio* de Lucr. IV 1133-34 (*nequiquam, quoniam medio de fonte leporum / surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat*):

Con su magia	10
poderosa, invencible, la Hermosura	
colmó también mi corazón un tiempo	
de aquel sumo gozar por quien los Dioses	
el bienhadado Olimpo abandonaban	
y humanos seres á adorar venían.	15
Mas ¡ay de mí! la apetecida gloria	
burla mi afán, y el cáliz del deleite,	
¿creyérarlo? comienza á serme amargo.	

Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873) nació en Quel (Logroño) y estudió en los Escolapios de San Antón de Madrid. Alumno aventajado, que sentó plaza a los 15 años, ocupó los cargos de director de la Biblioteca Nacional y de secretario perpetuo de la Academia Española (Redondo, 1931: 344). Destacó como autor de comedias al estilo moratiniano, pero también por sus poesías satíricas⁷⁰⁸. Su “poema pedestre jocoserio”, según propia definición, titulado *La vida del hombre*, refiere por extenso y en un tono agrídulce las penalidades que el hombre padece desde la infancia hasta la vejez. En su primera parte, dedicada a la “La infancia”, Bretón escribe estos versos burlescos:

⁷⁰⁶ La primera era de las *Noches* de Torquato Tasso (Barcelona, 1832), realizada en colaboración con Joaquín Roca y Cornet (1804-1873), y la segunda, la del cuento de Maquiavelo *Belgafor arquidiablo*, publicado póstumamente en el *Diario de Barcelona* (17-18 de marzo de 1839).

⁷⁰⁷ Para Sebold (2003: 407) la cita del evangelio de San Lucas (*Nesciunt quid faciunt*, cap. XXIII, vers. 34) que Cabanyes coloca como epígrafe al poema es prueba suficiente del *locus*. El crítico (2003: 405-9) cita otros ejemplos, como el comienzo de *Les Rêveries*, de Rousseau, y el poema *El recuerdo de mi adolescencia* (“¡Oh Bátilo!, ¡Oh dolor! ¡Es ley forzosa [...]”), de Nicasio Álvarez de Cienfuegos.

⁷⁰⁸ Sus sátiras más famosas fueron *Contra las costumbres del siglo XIX*, *Al antiguo régimen*, *Al despotismo ilustrado* y *Al Oficio pseudo-santo de la Inquisición*.

Nueve meses encerrado En oscuro calabozo, Con las piernas en cucillas Y los puños en los ojos, Desde que fue concebido El hijo de cada prójimo (No siempre lícito fruto De legítimo consorcio)	5
Llora y gime a su manera De su prisión en el fondo, Por ver los rayos del sol Que ilumina nuestro globo. ¡En vano!, que para ahogar Sus inocentes sollozos, Conspira alevé el corsé, Invención de los demonios; Y a saber lo que le espera Cuando salga de aquel lóbrego Presidio, preferiría Ser víctima de un aborto.	10
Cumplida ya su condena, Antes de asomar el rostro Paga a la madre en dolores Lo que ella le dio en sofocos. Si no tiene vocación De trapense o de jerónimo, Él mismo rompe la celda Que le servía de estorbo. Si la vida motilona De aquel antro cenagoso Le era grata, se resiste A dejar el refectorio Pero ¡inútil resistencia; Que con furor demagogo Le <i>exclaustra</i> , mal de su grado, El comadrón antropófago! Revuelto como tortilla Y amasado como bollo, ¡Feliz si de tal maniobra No sale tullido o cojo!	15
Pero demos de barato Que salga ileso el pimpollo Y naturaleza pródiga Triunfe del barbero indocto. ¡Oíd al nieto de Adán Cómo en destemplado lloro Maldice el funesto don De vivir entre nosotros!	20
	25
	30
	35
	40
	45

Posiblemente, Bretón tuvo en mente la imagen del recién nacido llorando, pintada por Lucrecio en los versos V 222-27⁷⁰⁹, de la que hizo una *aemulatio* libre, jocosa y amplificada:

tum porro puer, ut saevis proiectus ab undis
navita, nudus humi iacet, infans, indigus omni
vitali auxilio, cum primum in luminis oras
nixibus ex alvo matris natura profudit, 225
vagituque locum lugubri complet, ut aequumst
cui tantum in vita restet transire malorum.

El barcelonés Juan Arolas (1805-1849) estudió con los PP. Escolapios en Valencia y terminó ingresando en la orden. De joven, pese a vestir hábito, cultivó la poesía erótica más allá de lo lícito, a imitación de Víctor Hugo. De esta época son las *Cartas amorias*, el *Libro de amores* y las *Poesías pastoriles*. Escribió también poesía religiosa, legendaria, oriental y satírica, donde se aprecia la huella de Ovidio, Alphonse de Lamartine (1790-1869), el vizconde de Chateaubriand (1768-1848) y Lord Byron⁷¹⁰. Frisando los treinta años perdió la razón y fue recluido en una celda sobre cuyas paredes escribía versos. Murió a los cinco años de su encierro. Entre sus poesías leemos la siguiente:

Cual débiles niños, sin luz, ni doctrina,
que intrépidos corren do ven relucir
pedazo de vidrio que el sol ilumina,
que juzgan diamante, carbunclo, o zafir,
volamos nosotros, de edad ya madura, 5
detrás del encanto del breve placer,
que embota el sentido, y empece cordura,
y engaña la vista, y apaga el saber;
Andrés (1987: 81)

Presenta ciertas concomitancias con el símil de los niños asustadizos (*nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis / in tenebris metuunt, sic nos in luce timemus*) que Lucrecio repite en tres ocasiones (II 55-56, III 87-88 y VI 35-36).

Aunque analizamos su *interpretatio* del epodo II horaciano en la sección del Neoclasicismo, Espronceda es considerado el poeta más representativo del Romanticismo español (Calvo Sanz, 1987: 444). En su poema *El Pelayo*,

⁷⁰⁹ El autor debía conocer el *DRN*, pues hay una evidente *allusio* a la famosa invocación a Venus en su poema más conocido, *La desvergüenza*, canto VII ("La literatura", estrofa 1ª, vv. 1-5: "Alma Literatura, tu sosiego / no quisiera turbar, yo que bendije / tus aras tantas veces. Si hoy te pego, / al empuñar la férula se aflige / Mi corazón. Perdóname te ruego [...]")

⁷¹⁰ Su producción poética, muy popular en su tiempo, fue recogida en tres volúmenes bajo el título de *Poesías religiosas, caballerescas, amorias y orientales*, Valencia: Juan Mariana y Sanz, 1861 (BPR I-J-462-4). Para la influencia de los autores citados en sus poesías, cf. Redondo (1931: 327-28) y Calvo Sanz (1987: 456-57).

perteneciente ya a su etapa romántica (Calvo Sanz, 1987: 442-43), dibuja un “Cuadro del hambre” (fr. V, estr. 9-16) con esta viveza:

Mas todo fue en vano: bárbaro estrago Mientras el hambre en la ciudad hacía, La muerte ya con silencioso amago Señalaba sus víctimas impía:	
Busca en la madre cariñoso halago	5
El tierno infante que en su amor confía, Seco el pecho encontrado: ella le mira, Y horrorizada el rostro de él retira.	
Gime el anciano en lecho de tormento, Y ya sintiendo la cercana muerte,	10
Al hijo tiende el brazo amarillento, Y árido llanto al abrazarlo vierte, Quien con hórridas muestras de contento, Feliz creyendo su infelice suerte,	
A su padre su misma sangre lleva	15
Para que de ella se alimente y beba.	
Viérase allí grabada en los semblantes La desesperación: triste suspira Y eleva aquel las manos suplicantes:	
Cual mordiendo en sí mismo en ansia espira,	20
Tal, clavados los ojos penetrantes, Morir sus hijos y su esposa mira Con risa horrible, y muere recrujiendo Los dientes y las manos retorciendo.	
Pálido y flaco, y lánguido con lento	25
Paso camina el moribundo hispano; Sobre su lanza carga el macilento Cuerpo y se apoya en la derecha mano; Los ojos con horror, sin movimiento, Avidos fija sobre el muerto hermano,	30
Y hambriento goza y lo devora, en donde Avaro cree que á los demas se esconde.	
Las calles en silencio sepultadas Solo ocupan algunos moribundos, Las manos reciamente enclavijadas,	35
Despidiendo tal vez ayes profundos: Laten en torno entrañas destrozadas Y miembros de cadáveres inmundos, Que forzado del hambre asoladora,	
Cual como grato pasto los devora.	40
Para mayor martirio les presenta Con recuerdo fatal su fantasía Los manjares tal vez de la opulenta Mesa que desdeñaron algun día:	

Ora las aves de rapiña ahuyenta
 Avido el moribundo en su agonía
 Disputando el festin, y sus gemidos
 Se mezclan con los fúnebres graznidos.
 Cual al lanzar el postrimer aliento,
 Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
 Y en la angustia del último momento
 Lucha con él en su mortal congoja:
 Terradillos (1847a II: 41-42)

En nuestra opinión, Espronceda tuvo presente la pintura de la peste de Atenas hecha por Lucrecio al final de la obra (VI 1138-286)⁷¹¹, como parece confirmarnos el uso formular del verbo “ver” (figura retórica de la *evidentia*), típico de Lucrecio:

LIB. VI	LUCRECIO	Vv.	ESPRONCEDA
1257	posses retroque videre	17	<i>Viérase allí grabada</i>
1267-68	multaque [...] loca [...] videres		

Listamos en esta otra tabla la imaginería común en ambos textos:

Vv.	ESPRONCEDA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
45-48	<i>Ora las aves de rapiña ahuyenta / Avido el moribundo en su agonía / Disputando el festin, y sus gemidos / Se mezclan con los fúnebres graznidos.</i>	VI 1215-21	multaque humi cum inhumata iaceret corpora supra / corporibus, tamen alituum genus atque ferarum aut procul absiliebat [...] nec tamen omnino temere illis solibus ulla / comparebat avis, nec tristia saecla ferarum / exhibant silvis.	Alusión a las aves de rapiña
33-40	<i>Las calles en silencio sepultadas / Solo ocupan algunos moribundos, / Las manos reciamente enclavijadas, / Despidiendo tal vez ayes profundos: / Laten en torno entrañas destrozadas / Y miembros de cadáveres inmundos, / Que forzado del hambre asoladora, / Cual como grato pasto los devora.</i>	VI 1267-71	multaque per populi passim loca prompta viasque / languida semanimo cum corpore membra videres / horrida paedore et pannis cooperta perire / corporis inlue, pelli super ossibus una, / ulceribus taetris prope iam sordeque sepulta.	Las calles ocupadas por cadáveres putrefactos

(Continúa)

⁷¹¹ En su florilegio latino y castellano, Terradillos (1847 II: 48-51) había antologizado dentro del capítulo “Descripciones” la peste de Atenas de Lucrecio y dentro del capítulo “Cuadros y pinturas” este poema del extremeño (1847a II: 41-42).

Vv.	ESPRONCEDA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
20-23	<i>Cual mordiendo en sí mismo en ansia espira, / Tal, elevados los ojos penetrantes, / Morir sus hijos y su esposa mira / Con risa horrible, y muere recrujiendo [...]</i>	VI 1256-58	exanimis pueris super exanimata parentum / corpora nonnumquam posses retroque videre / matribus et patribus natos super edere vitam.	Muerte conjunta de padres, madres e hijos

*El diablo mundo*⁷¹², obra emblemática del Romanticismo español (Marra, 1982: 167), contiene una “Canción de la muerte” (I 221-82) que muestra una percepción nihilista y consoladora propia del epicureísmo⁷¹³. Como era costumbre entre los filósofos antiguos, Epicuro concretó su doctrina en una receta, conocida como “tetrafármaco” (Us., *Testimonia*, p. 69), que recomendaba tener frente a la muerte estas ideas presentes: “la divinidad no es de temer”, “la muerte no es nada para nosotros”, “el bien es fácilmente asequible” y “el mal se soporta fácilmente”. Lucrecio, a lo largo de su obra, esparce estas máximas, pero viene a compendiarlas en el fragmento III 830-869. Poco después, en III 931-77, el poeta epicúreo hace hablar imaginariamente a la voz de la Naturaleza para persuadir al lector de las bondades de la muerte. Pues bien, Espronceda pone igualmente en boca de la Muerte una homilía sobre su dulzura que nos es conocida:

Débil mortal, no te asuste
Mi obscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término a su pesar.
Yo compasiva le ofrezco 225
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.
Isla yo soy del reposo
En medio el mar de la vida, 230
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo 235
De una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer, 240

⁷¹² En la obra se han reconocido ecos e influencias de Tasso, Milton, Byron, Goethe, Voltaire y Rousseau (Navas, 1982: 254-55).

⁷¹³ Según Calvo Sanz (1987: 448), Espronceda niega en *El diablo mundo* la existencia de Dios y expresa sobre su naturaleza ciertas dudas que eran frecuentes en el alma romántica.

Y aduerme al hombre, y sus sienes Con fresco jugo rocía, Mientras el ala sombría Bate el olvido sobre él.	
Soy la virgen misteriosa	245
De los últimos amores, Y ofrezco un lecho de flores Sin espinas ni color, Y amante doy mi cariño	
Sin vanidad ni falsía:	250
No doy placer ni alegría, Mas es eterno mi amor.	
En mí la ciencia enmudece, En mí concluye la duda,	
Y árida, clara, desnuda	255
Enseño yo la verdad; Y de la vida y la muerte Al sabio nuestro el arcano, Cuando al fin abre mi mano	
La puerta á la eternidad.	260
Ven y tu ardiente cabeza Entre mis manos reposa; Tu sueño, madre amorosa, Eterno regalaré.	
Ven, y yace para siempre	265
En blanda cama mullida, Donde el silencio convida Al reposo y al no ser.	
Deja que inquieten al hombre, Que loco al mundo se lanza,	270
Mentiras de la esperanza, Recuerdos del bien que huyó: Mentira son sus amores, Mentira son sus victorias,	
Y mentira su ilusión.	275
Cierre mi mano piadosa Tus ojos al blando sueño, Y empape suave beleño Tus lágrimas de dolor.	
Yo calmaré tu quebranto	280
Y tus dolientes gemidos, Apagando los latidos De tu herido corazón.	

Apuntamos en esta tabla algunas coincidencias argumentales y metafóricas llamativas:

Vv.	ESPRONCEDA	III	LUCRECIO	MOTIVO
221-22	<i>Débil mortal, no te asuste / Mi obscuridad ni mi nombre</i>	933-34	'quid tibi tanto operest, mortalis, quod nimis aegris / luctibus indulges? quid mortem congemis ac fles?	Lamento ante la muerte
227-29	<i>Donde á mi sombra tranquilo / Para siempre duerma en paz. / Isla yo soy del reposo</i>	211-12	quod simul atque hominem leti secura quies est / indepta	El reposo definitivo d la muerte
		938-39	cur non ut plenus vitae conviva recedis / aequo animoque capis securam, stulte, quietem?	
251-52	<i>No doy placer ni alegría, / Mas es eterno mi amor.</i>	860-61	inter enim ictast vitai pausa vageque / deerrarunt passim motus ab sensibus omnes.	Ausencia de sensaciones
		869	mortalem vitam mors cum immortalis ademit.	Muerte eterna
265-68	<i>Ven, y yace para siempre / En blanda cama mullida, / Donde el silencio convida / Al reposo y al no ser.</i>	938-39	cur non ut plenus vitae conviva recedis / aequo animoque capis securam, stulte, quietem?	Llamada para acogerse al descanso de la muerte
269-75	<i>Deja que inquieten al hombre, / Que loco al mundo se lanza, / Mentiras de la esperanza, / Recuerdos del bien que huyó: / Mentira son sus amores, / Mentira son sus victorias, / Y mentira su ilusión.</i>	900-5	illud in his rebus non addunt 'nec tibi earum / iam desiderium rerum super insidet una.' / quod bene si videant animo dictisque sequantur, / dissoluant animi magno se angore metuque. / 'tu quidem ut es leto sopitus, sic eris aevi / quod superest cunctis privatu' doloribus aegris.	Ausencia de penas

Vallisoletano de origen, de familia acomodada, fracasado estudiante de Leyes, José Zorrilla (1817-1893) saltó a la fama al leer al pie de la tumba de Larra un encomio fúnebre del suicida. Escritor romántico, ante todo, probó también fortuna en el estilo clasicista y realista (Navas, 1982: 313-14). Su obra engloba poesía lírica y narrativa, memorias biográficas en prosa y teatro⁷¹⁴. Una de las destrezas poéticas más aplaudidas de Zorrilla fue su vivacidad descriptiva, capaz de evocar la riqueza sensorial de las ciudades y los encantos

⁷¹⁴ Entre sus poesías líricas destacan *Recuerdos y fantasías* (Madrid: Repullés, 1844) y *El drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano* (Burgos: Arnaiz, 1864); de su poesía narrativa, *Granada. Poema oriental* (Paris: Pillet Fils Ainés, 1852); de su prosa biográfica, *La flor de los recuerdos* (La Habana: El Iris, 1859) y *Recuerdos del tiempo viejo* (Madrid: Mengíbar, 1882), y de su teatro, *Don Juan Tenorio* (1844), *El alcalde Ronquillo* (1845) y *El excomulgado* (1848).

de la naturaleza. Tenía, por tanto, unas dotes artísticas similares a las de Lucrecio⁷¹⁵. Es curioso que ambos dedicasen unos versos a las caprichosas figuras que forman las nubes, el epicúreo en IV 129-42 y Zorrilla en estos versos de *Cantos del trovador* (Leyenda sesta, tercer fragmento) que dicen así:

Ya *montes gigantes* semejan sus contornos
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
ya de movibles monstruos alígero escuadrón.
Ya imitan apiñadas de los espesos pinos 5
las desiguales copas y el campo desigual:
ya informes pelotones de objetos peregrinos
que mudan por su vientre, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz, 10
cuando retumba el trueno, y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Es posible que el poeta castellano tuviera en mente la descripción de Lucrecio, pues la *allusio* a los montes gigantes resulta, por su singularidad, casi concluyente (IV 134-40):

ut nubis facile interdum con crescere in alto
cernimus et mundi speciem violare serenam 135
aera mulcentes motu. nam saepe *Gigantum*
ora volare videntur et umbram ducere late,
interdum *magni montes* avolsaque saxa
montibus anteire et solem succedere praeter,
inde alios trahere atque inducere belua nimbos. 140

En el poema titulado *La margen del arroyo*, Zorrilla explota hasta la extenuación el tópico del *locus amoenus* y emula expresiones del proemio II del *DRN*. Como la mayoría de poetas que desde el Renacimiento cumularon con el ideario predicado en estos versos, Zorrilla conmina al lector a la *aurea mediocritas* horaciana, aunque el preciosismo pictórico casi eclipse el propósito parenético. De Lucrecio toma el recurso de la analogía [*suave [...] spectare* (II 1-2), *cernere suave est* (II 4), *suave [...] tueri* (II 5), *sed nihil dulcius est* (II 7)⁷¹⁶], el diseño retórico del *priamel*, gracias al cual expresa

⁷¹⁵ Como reconocía poco antes un anónimo colaborador del periódico *El censor* (En la Imprenta del *Censor*, por D. Leon Amarita, 1820) en un artículo de título “Geórgicas portuguesas”, que reseñaba la poesía didáctica del autor luso Luis de Silva Mozinho de Albuquerque (pp. 440-61). Comentaba en la p. 448: “Para dar á conocer toda la fuerza del pincel poético del autor, copiaremos el siguiente cuadro del canto V (sc. del autor portugués), digno en nuestra opinión de Lucrecio; pero de Lucrecio cuando es un gran poeta, y no el prosaico amplificador de las hipótesis de Epicuro”.

⁷¹⁶ Sobre la importancia del adjetivo “dulce” y el concepto de dulzura poética en la poesía neoclásica y romántica, cf. Sebold (2003: 507-23).

su preferencia por el entorno silvestre y sencillo de un arroyo antes que por el humanizado de los jardines, de los ríos con puentes o del mar surcado por buques de guerra (vv. 22-66); parte de la imagería (arroyo, mar, guerra o hierba) y ciertos detalles, como el sintagma “hierba blanda” (v. 7 = II 29: *gramine molli*). Parece, así, una *aemulatio* muy amplificada de Lucr. II 29-33:

cum tamen inter se prostrati in gramine molli	
propter aquae rivum sub ramis arboris altae	30
non magnis opibus iucunde corpora curant,	
praesertim cum tempestas arridet et anni	
tempora conspergunt viridantis floribus herbas.	

Dice así el poema de Zorrilla:

iQué dulce es ver muellemente,	
De un olmo á la fresca sombra	
Descansando,	
Un arroyo transparente	
Que va por la verde alfombra	5
Murmurando!	
Ver cómo la hierba blanda	
En la margen se le inclina,	
Y cómo crece	
De violas morada banda,	10
Que la linfa cristalina	
Salpica y mece.	
Los juncos de las riberas,	
En haz espeso apiñados,	
Se le encorvan,	15
Y las raíces someras	
Evita por ambos lados	
Si le estorban.	
Insectos de mil colores,	
Con mil susurros campestres	20
Le dan ruido,	
Y, en vez de cuidadas flores,	
Rueda entre lirios silvestres	
Escondido.	
Y no han de envidiar sus olas	25
De cortesanos jardines	
La hermosura,	
Porque á cientos amapolas,	
Jacintos brota y jazmines	
Su frescura.	30
Ni han de envidiar á los ríos	
Los alcázares y puentes	
Que sustentan,	
Porque esos monstruos sombríos,	

Más que coronar sus frentes, Las afrentan.	35
Ni á las fuentes y cascadas Sus tazas de jaspe y oro, Ni sus rocas,	
Aunque se vierten hinchadas En estrépito sonoro Por cien bocas.	40
Que ambas le cercan orillas, Entre agudas espadañas Cortadoras,	45
Esponjadas y amarillas Altas y sonantes cañas Cimbradoras.	
Ni ha de envidiar á los mares De buques la excelsa pompa Y gritería,	50
Ni sus altos alminares, Ni de su bélica trompa La voz impía.	
Porque tiene en un remanso Saucos y olmos corpulentos Encopados,	55
Que le hacen murmullo manso Al suspirar de los vientos Perfumados.	60
Y en vez de rancos clarines, Columpia, trinando amores, La ancha copa	
De mirlos y colorines Y vistosos ruiseñores Pintada tropa.	65
¡Oh, dulce es de ver muellemente De un olmo á la fresca sombra Descansando,	
Un arroyo transparente Que va por la verde alfombra Murmurando!	70

Paisano de Zorrilla y amigo de Espronceda, Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892) fue un romántico tardío, tanto en su faceta de poeta como de novelista. Completó el inacabado *Diablo mundo* en 1852, aunque sin igualar la genialidad de Espronceda. En este soneto el poeta advierte al lector sobre los males de amor (Ándrés, 1987: 175-76):

Nace el amor, y el pecho enamorado
le da en el corazón grata acogida,
y allí, el amor y la mujer querida,

albergue encuentran del amante al lado.
 Mas el pecho, hasta entonces sosegado, 5
 pierde la paz en su amorosa vida,
 que al punto que al placer convida
 llévale amor recelos y cuidado.
 Ya pierde la esperanza el pecho tierno,
 ya teme los rigores del olvido 10
 del bien que adora con cariño eterno.
 y, entre amorosas dudas combatido,
 trocado mira en nebuloso infierno
 el campo azul del bienestar perdido.

No hay ecos léxicos, sintácticos o retóricos de Lucrecio en él. Se observa, sin embargo, una plena coincidencia conceptual. Ambos tienen la misma opinión negativa sobre el amor apasionado. Lucrecio lo había atacado en su famosa diatriba (IV 1037-207), que Miguel de los Santos parece conocer bastante bien, en especial los versos IV 1058-60:

Vv.	DE LOS SANTOS ÁLVAREZ	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
5-8	<i>Mas el pecho, hasta entonces sosegado, / pierde la paz en su amorosa vida, / que al punto que al placer convida / llévale amor recelos y cuidado.</i>	IV 1133-34	nequiquam, quoniam medio de fonte leporum / surgit amari aliquid quod ipsis floribus angat	El amor como fuente de preocupaciones
9-11	<i>Ya pierde la esperanza del pecho tierno, / ya teme los rigores del olvido / del bien que adora con cariño eterno.</i>	IV 1059-60	hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor / stillavit gutta et successit frigida cura.	Los rigores del amor
12-14	<i>y, entre amorosas dudas combatido, / trocado mira en nebuloso infierno / el campo azul del bienestar perdido.</i>	IV 1137-38	aut quod in ambiguo verbum iaculata reliquit / quod cupido adfixum cordi vivescit ut ignis	Las dudas de amor

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1871), cima del movimiento romántico y uno de los mayores inspiradores de la poesía contemporánea, parece haber dejado impreso también entre sus contados poemas ecos del materialista latino. En el primer cuarteto de la *Rima* 10 (XLVI) hallamos uno:

Los invisibles átomos⁷¹⁷ del aire

⁷¹⁷ Este término, especialmente significativo para la filosofía epicúrea, si bien ausente en el *DRN*, es muy querido para el vate sevillano y deja en sus versos y prosas un resabio nihilista, pues lo emplea en su acepción materialista. Cf., por ejemplo, *Leyendas*, “Introducción”: “Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que aventaja por el aire la muerte [...]”; *Leyendas*, “La creación” XIX: “Ese mundo no debe, no puede existir, porque en él hasta los átomos pelean con los átomos [...]”; *Leyendas*, “La ajorca de oro” II: “Millones de chispas de

en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece, alborozada.

La imagen de los dos primeros versos puede proceder de este pasaje de Lucrecio (II 114-20), en el que describía las partículas de polvo en el aire en términos análogos⁷¹⁸:

cum solis lumina cumque
inserti fundunt radii per opaca domorum: 115
multa minuta modis multis per inane videbis
corpora misceri radiorum lumine in ipso
et velut aeterno certamine proelia pugnās
edere turmatim certantia nec dare pausam,
conciliis et discidiis exercita crebris; 120

La *Rima* 8 (LVIII) recrea el tópico del amor agridulce (Laguna Mariscal, 1998: 97 y n. 121), conforme a la visión hedonista propuesta por el epicureísmo. Según esta, es preferible practicar un amor meramente físico, con encuentros puntuales, sin compromiso y sin dar alas al enamoramiento. Reza así:

¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
Pues aspírale, acércale a tus labios
y déjale después?
¿Quieres que conservemos una dulce 5
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!

Lucrecio, como comentamos en el soneto de Miguel de los Santos, había recomendado evitar la pasión amorosa (IV 1058-60), aduciendo que el dulce néctar de Venus (*Veneris dulcedinis gutta*) era, en verdad, fuente de amar-

luz rojas y azules, verdes y amarillas, volteaban alrededor de las piedras como un torbellino de átomos de fuego [...], y *Leyendas*, “El cristo de la Calavera” II: “desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche que, después de aterrar un instante al que los ve, se deshacen en átomos de niebla [...], y *Leyendas*, “Es raro” III: “Era un día de primavera, luminoso y azul, de esos en que se respira con voluptuosidad una atmósfera tibia e impregnada de deseos, en que se oyen en las ráfagas del aire como armonías lejanas, en que los limpios horizontes se dibujan con líneas de oro y flotan ante nuestros ojos átomos brillantes de no sé qué, átomos que semejan formas transparentes que nos siguen [...]”

⁷¹⁸ La imagen le había encandilado, como podemos comprobar en estas líneas de “La creación”, perteneciente a sus *Leyendas* (IV): “Brahma deseó por primera vez, y su deseo, fecundando la creadora Maya que lo envolvía, hizo brotar de su seno millones de puntos de luz, semejantes a esos átomos microscópicos y encendidos que nadan en el rayo de sol que penetra por entre la copa de los árboles. Aquel polvo de oro llenó el vacío [...]” Ha recreado esta imagen recientemente Carlos Marzal (1961-) en su poema *Miríadas* (“Sobre la diagonal de luz dorada”).

guras (*frigida cura*)⁷¹⁹. Bécquer aprovecha aquí la metáfora clásica del tópico y aconseja al lector, como hacía Lucrecio, disfrutar sexualmente de citas esporádicas, sin mayores complicaciones. De hecho, el poeta latino anima a esto justo después de insertar la imagen del néctar amargo (IV 1061-67), como hace Bécquer:

Haec Venus est nobis; hinc autemst nomen Amoris, hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor stillavit gutta et successit frigida cura.	1060
nam si abest quod ames, praesto simulacra tamen sunt illius et nomen dulce observatur ad auris. sed fugitare decet simulacra et pabula amoris absterrere sibi atque alio convertere mentem	
et iacere umorem coniectum in corpora quaeque nec retinere, semel conversum unius amore, et servare sibi curam certumque dolorem.	1065

6. LUCRECIO EN LA LITERATURA REALISTA ESPAÑOLA (CA. 1840-1890)

6. 1. *Fundamentos ideológicos: el positivismo*

El siglo XIX heredó una concepción laica del Estado, una fuerte confianza en la ciencia y una fe religiosa cuestionada. Desde la filosofía, ahora más comprometida con el hombre y menos con Dios, los intelectuales propusieron sistemas más profanos de pensamiento. Y entre estos pensadores ocupa un lugar destacado Augusto Comte (1798-1857), considerado el fundador del positivismo⁷²⁰, la corriente intelectual más influyente del siglo XIX, que, según Jean-Marie Guyau (1927: 182-84), presentaba claras analogías con el epicureísmo.

Comte quiso, tras las huellas de Claude H. de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825)⁷²¹, organizar la ciencia sobre bases positivas de la experiencia y superar las injusticias sociales, al imaginar que el progreso industrial repercutiría benéficamente sobre el hombre. Su pensamiento cristaliza en la “ley de los tres estadios”, con la que razonaba el devenir histórico. En el primer estadio, llamado teológico o ficticio, el hombre pasó de un estado primitivo

⁷¹⁹ Cf. la expresión similar, también de la diatriba contra el amor, *nequiquam, quoniam medio de fonte leporum / surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat* (IV 1133-34).

⁷²⁰ Define el término como “el estudio de las generalidades de las diferentes ciencias, concebidas como sometidas a un método único y formando parte de un plan general de investigaciones” (San Baldomero, EUM: s.v. “positivismo”). Dejó sentados sus principios en tratados como el *Système de politique positive ou traité de sociologie instituant la religion de l'Humanité* (1851-1854) y el *Cours de philosophie positive* (1830-42), en cinco tomos. Quizás el lema más famoso de Augusto Comte sea el de “orden y progreso”. Además, consideraba a la Sociología culmen de su sistema, pues era, en su opinión, la mejor herramienta para organizar y racionalizar el nuevo orden social (Núñez, 1975: 12)

⁷²¹ Según Núñez (1975: 67), el pensamiento de Saint-Simon recaló en los círculos intelectuales españoles durante la época de Fernando VII. En el periódico *El Censor*, dirigido por Hermosilla, Miñano (1779-1845) y Lista, ya se escucharon sus argumentos.

dominado por la naturaleza al despertar de la cultura. El segundo estadio era el metafísico, en el que el hombre destruyó las creencias mítico-religiosas y las sustituyó por ideas abstractas. A nivel político-social, la sociedad, llevada por un fuerte sentido del individualismo y del utilitarismo, se organizaba no por la autoridad de un soberano, sino por un pacto social que concedía el poder al pueblo. El tercer estadio, denominado científico, corresponde a la etapa que propiamente quieren instaurar los positivistas. En ella el hombre abandona el misticismo y el razonamiento abstracto para interesarse solo por los hechos. Deja, pues, de preguntarse sobre el porqué de la realidad para investigar cómo funciona. Pretende, en definitiva, descifrar las leyes científicas que operan en la naturaleza. Para los positivistas la sociedad habrá alcanzado la perfección en este estadio cuando todas las facetas humanas hayan adoptado el método científico⁷²².

Impulsados por este espíritu científico, Karl Marx (1818-1883) teorizó el materialismo histórico (Copleston, 1983 VII: 252)⁷²³, Charles Darwin (1809-1882) formuló la teoría sobre la evolución de las especies⁷²⁴ y Friedrich W.

⁷²² El pensamiento de Comte se proyectó en Europa gracias a sus seguidores, por lo general, progresistas. En Francia, el acólito más notable fue Émile Littré, en Inglaterra, George H. Lewes (1817-1878) y, en España, el extremeño José Segundo Flórez (1813-1901), amigo personal de Comte, y los cubanos Félix Varela y Morales (1788-1853) y Andrés Poey y Aguirre (1825-1919). El influjo del Comte en España ha sido estudiado por Méndez Bejarano (1927: 491-96) y Núñez (1975: 67-79).

⁷²³ Junto con Friedrich Engels, Marx había estudiado Teología en Heidelberg y conoció la filosofía de Georg W. F. Hegel (1770-1831) en Berlín, llegando a ser uno de los representantes más importantes de la denominada izquierda hegeliana, cuyo culmen se alcanzaría con el materialismo dialéctico. Tanto Engels como Marx estuvieron muy influidos por la filosofía de su compatriota Ludwig Feuerbach (1804-1872). En sus obras *Esencia del Cristianismo* (1841), *Esencia de la religión* (1845) o *La esencia de la fe en sentido luterano* (1844) prevalece una preocupación constante por la naturaleza del sentimiento religioso. Y, en consecuencia, su doctrina gira en torno a ella. Sostiene que la conciencia religiosa es una etapa del desarrollo humano, por lo que la antropología ha de sustituir a la teología; que el ser es la naturaleza, no la idea o el pensamiento; que la esencia divina no es más que la esencia del hombre sublimada y que la política laica debe ser la única religión del estado democrático y republicano (Copleston, 1983 VII: 230-36).

⁷²⁴ Su abuelo, el médico y poeta Erasmus Darwin, había imitado a Lucrecio en algunos poemas didácticos, como *The Botanic Garden*, de 1791, y *The Temple of Nature*, de 1802 (Jenkyns, 1998: 161-69). El filósofo francés Henri Bergson (1884: XXVIII) llamó la atención sobre las similitudes entre la teoría darwiniana, asunto capital en su filosofía, y el libro V de Lucrecio. Y en su comentario a Lucr. V 778-921 sobre cómo se producen los seres vivos, el Nobel francés llega a afirmar: "C'est déjà la théorie de la *sélection naturelle* (p. 107)". Winspear (1963: 2-7), siguiendo los comentarios de Leonard-Smith (1942), apunta las tesis coincidentes de Lucrecio y Darwin: la oposición a la teleología y al creacionismo, así como la creencia en la supervivencia de las especies (Lucr. IV 823-1057, V 146-234 y 416-48). En este sentido, conviene resaltar que Darwin leyó con pasión las obras de su abuelo, entre ellas la *Zoonomía* (1804), donde defendía, como haría Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829), que las distintas especies habían evolucionado a partir de una forma primordial (Crum, 1966: 120-27). Para más información sobre las coincidencias entre Lucrecio y Darwin, cf. Campbell (2003).

Nietzsche alentó el nihilismo en las postrimerías de la centuria, al negar la existencia de Dios (Copleston, 1983 VII: 311)⁷²⁵. Todos ellos, en mayor o menor medida, conocían la doctrina del Jardín. Nietzsche, incluso, afirmaba que nadie en filosofía había ido más allá que Epicuro y que el hombre no era otra cosa que átomos (Passannante, 2011: 153)⁷²⁶. Estas teorías eran causa de agrias disputas intelectuales, donde Lucrecio, dada su condición de positivista *avant la lettre*, figuraba. Y, así, el jurista catalán Pedro Estasén y Cortada en su ensayo *El positivismo* (Barcelona: Jané Hermanos, Editores, 1877) menciona a Lucrecio en tres ocasiones: la primera, al explicar la composición de la materia orgánica e inorgánica. Dice así (pp. 250-51):

El átomo es el elemento perenne del cuerpo inorgánico, como la célula lo es del organizado y todos han de provenir forzosamente de un elemento primitivo, todo ha de tener un punto de partida, nada sale de la nada y una célula proviene de otra célula ó de elementos químicos en combinacion.

*Nam, si de nihilo fierent, et ommibus rebus
Onme genus nasci posset; nil semine egeret
E mare primum homines é terra posset Oriri
Squamigerum genus, etc.*⁷²⁷

Lucrecio, en su inolvidable poema de la naturaleza de las cosas, ya demuestra que presentía esta verdad.

Las otras dos alusiones aparecen cuando aborda el peliagudo asunto de la evolución de las especies, al hilo del cual afirma lo siguiente (255-56):

Estos órganos del sentido se perfeccionan tambien á medida que se desenvuelven los organismos [...] Ningun órgano se forma de improviso, ninguna funcion se realiza de momento, todo sigue un curso evolutivo, todo se desenvuelve, nada se crea, y esta solucion transformista, que tanto repugna á espíritus de nuestra época que están prontos á anatematizar todo lo que les parece moderno, y creyendo demasiado pronunciadas (ellos sabrán en qué sentido) estas soluciones solo las consideran cual delirios de

⁷²⁵ Recuerda Morey (1990: 91-94) que la cultura alemana decimonónica buscaba en la Grecia Clásica la inspiración, siguiendo el mandato de Goethe de “que cada uno sea a su manera un griego”. Nietzsche ejerció como profesor de Filología Clásica en la Universidad de Basilea. Su primera clase versó sobre “Homero y la Filología Clásica” (Copleston, 1983 VII: 308-9). Y, en lo que más nos interesa, fue uno de los primeros lectores de Jean-Marie Guyau, autor de *La morale d'Epicure* (1878), del que tenía en su biblioteca *L'irreligion de l'avenir* (Paris: F. Alcan, 1887) y su obra capital, *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction* (Paris: F. Alcan, 1885. BS 12936), en la cual el filósofo francés defendía ideas filoepicúreas tales como que la religión tradicional debería desaparecer y que el sentimiento religioso debería limitarse a la esfera individual (Cf. Nietzsche, *Ecce homo* § 8, “¿Por qué soy un destino?”, y Copleston, 1984 IX: 175-76).

⁷²⁶ Cf. *Nachlass* (1876-1877) 23 (56) y “Homer und die klassische Philologie” (Basel, 1869), p. 24. Sobre Nietzsche y el atomismo antiguo, cf. Porter (2000: 82-126).

⁷²⁷ Lucr. I 159-62.

los tiempos presentes, oigan á Lucrecio repetirla mil veces en su poema y darla como cosa sabida y olvidada:

*Nil igitur fieri de nilo posse fatendum est;
Lemine (sic) quando opus est rebus, quo quaeque creatae
Aeris inteneras possent proferrier auras.*⁷²⁸

y más abajo dice tambien:

*Huc accedit, uti quidque in sua corpore rursum
Dissolvat natura, neque ad nihilum interimat res.*⁷²⁹

La gran teoría de la evolucion estaba en camino de comprenderla el poeta latino, cuando decia los séres no se aniquilan cuando sus partículas se disuelven ó se esparcen sino que todas sus partes vuelven á reincorporarse á la sustancia universal. No me estraña empero, y debo hacerlo constar, que haya gentes que estén mas atrasadas que Lucrecio, pues he dicho varias veces y lo repito ahora que hay en toda civilizacion una gran masa de poblacion que no corresponde á su época.

Desde la otra orilla, el jesuita José Mendive (1898: 412-13), haciéndose eco de la polémica, venía a afirmar, como vimos, lo mismo en su tratado *La religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*:

¡Cosa admirable! Todo cuanto ahora nos venden como nuevo y reciente los proclamadores de la evolución materialista, ya lo hallamos descrito por este famoso poeta romano, quien nos dice haberlo copiado de los filósofos sobredichos. Hasta la misma selección natural imaginada por Darwin, se encuentra ya allí profesada por Lucrecio en el libro I de su poema⁷³⁰.

El positivismo había animado un insólito avance en el plano científico, capaz de cambiar estructuras sociales y mentalidades con singular rapidez; pero, como contrapartida, dejó una impronta traumática en la conciencia religiosa colectiva. El hombre decimonónico debía encontrar sentido a la vida, después que la ciencia hubiera segado los apriorismos de la Teología. Sin embargo, no supo encajar el golpe y le atormentaba el abismo que se abría bajo sus pies: un mundo sin Dios, una existencia finita, sin esperanza⁷³¹. Se convertían en escépticos y ateos, como por imperativo científico, quienes en su infancia habían recibido la luz de la fe (Cossío, HCLE V: 639-41).

⁷²⁸ Lucr. I 205-7.

⁷²⁹ Lucr. I 215-16.

⁷³⁰ Sobre la reacción de José Mendive contra el darwinismo, como defensor de la doctrina cristiana, cf. Hernández Laille (2009: 148-50). También José Canalejas y Méndez (1874: 167-68) en sus *Apuntes para un curso de Literatura Latina* ya destacó cómo Lucrecio preformuló la teoría de la selección natural. Para más información, cf. García Jurado (2008 y 2016: 105-6).

⁷³¹ De ahí que Manuel de la Revilla en su poema *Al siglo XIX* se expresara de este modo (vv. 21-25): “Pero, ¡ay!, que grandeza tanta / y tan alto poderío / que pujante se levanta, / oculta negro vacío / que a los que piensan espanta”.

6. 2. Claves del movimiento realista

¿Y si luego resulta que no hay cielo?
J. M.^a Bartrina, *Una duda* (v. 21)

El positivismo decimonónico tuvo un influjo muy intenso en las artes y, particularmente, en la literatura, donde dio lugar al realismo. Comenzó en Francia hacia 1848⁷³², cuna de la filosofía positiva, coincidiendo con la Segunda República, y se expandió por el resto de Europa al mismo tiempo que la doctrina de Comte. Los folletines y los periódicos, a los que entonces muchos lectores, círculos e instituciones se suscribían, favorecieron su rápida difusión⁷³³. La literatura realista quiso ser objetiva y veraz. Se enfrentó, por ende, al subjetivismo romántico, que estaba basado en los caprichos imaginativos del espíritu y en la desconfianza hacia el progreso humano, ya plenamente superados a finales del siglo XIX. Pasó, en cierto modo, página a un pasado anclado en las certezas de la fe y encaró con cierto pesimismo los nuevos horizontes que le ofrecía la ciencia.

Entonces importaba el conocimiento factual de la realidad, no la metafísica⁷³⁴. Al positivismo, como en gran medida a Epicuro⁷³⁵, le interesaba lo real, lo útil, lo constatable, lo manifiesto, lo observable, de ahí que prestara, como Lucrecio, gran atención a la Física. El escritor realista, en consecuencia, no se considera un profeta tocado por la divinidad, sino un estudioso de los problemas sociales. Pretende ser útil a la humanidad, evidenciando las injusticias burguesas o descifrando las contradicciones morales. Imbuido por este celo, critica con afán didáctico su mundo, intentado describirlo objetivamente. Se acerca a la vida cotidiana como un entomólogo con su lupa o como un fotógrafo a su objetivo.

Por lo general, el autor realista transmite una opinión pesimista de la sociedad, pues sus conocimientos científicos le imponen cierto determinismo

⁷³² Los novelistas franceses Prosper Mérimée (1803-1870), Stendhal (1783-1842) y Honoré de Balzac (1799-1850) prepararon el camino hacia esta literatura desde la novela histórica (Aullón de Haro, 1988: 14, y, en especial, Alborg, 1996 V: 77-102).

⁷³³ Zavala, Romero y Benítez (1982 HCLE V: 380-91) recuerdan que los novelistas procuraban atraer la atención de los lectores hacia sus folletines, normalmente anexos a los periódicos, abordando temas sociales que interesasen al gran público, de ahí que captasen la realidad cercana de los lectores con todas sus miserias y atacaran las injusticias sociales de la industrialización. Tal era el proceder de Charles Dickens (1812-1870), de Eugène Sue (1804-1857) o George Sand (1804-1876). Y Menéndez Pelayo (2000: 1017) hablaba del influjo pernicioso que las revistas, por entonces muy de moda en España, produjeron en la mentalidad tradicional española, por más que en ellas se atacara a veces el positivismo dados sus lazos ideológicos con el materialismo, como hizo Antonio M.^a Fabié en la *Revista Europea* con una serie de artículos recogidos bajo el título de *Examen del materialismo moderno* (1874). Cf. Núñez (1975: 27, n. 22).

⁷³⁴ El argumento de la novela de Juan Valera, *Pepita Jiménez* (1874), ilustra bien este cambio de intereses: un joven seminarista, abstraído por la Teología, sucumbe a la realidad gracias a los encantos sensuales de Pepita. Cf. también Núñez (1975: 11-12).

⁷³⁵ De hecho, el realismo fue calificado como “materialismo literario” (Alborg, 1996 V: 106).

fatalista. No se trata de una predisposición, como ocurría en los románticos, sino de una opinión fundada en las teorías de la evolución y en las leyes de la herencia que confirman que la vida es una lucha en la que vence el más fuerte. Los escritores naturalistas opinan, al igual que los epicúreos, que los dioses no interfieren en los asuntos humanos y, a lo sumo, tienen una concepción panteísta de la Naturaleza⁷³⁶. Los personajes, por ejemplo, de Émile Zola (1840-1902) o Emilia Pardo Bazán (1851-1921) luchan contra un trágico final determinado por su origen o situación social, no por los designios de la divinidad.

6. 3. *El realismo en España*

El realismo literario español arranca tardíamente, en 1850, y culmina en torno a 1880. Juan Valera, José M.^a de Pereda (1833-1906), Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891), Emilia Pardo Bazán (1851-1922), Leopoldo Alas, “Clarín” (1852-1901), y, en la cumbre, Benito Pérez Galdós (1843-1920) fueron sus representantes eximios.

Aunque el realismo cultivó preferentemente la novela, pues su extensión y versatilidad permitían relatar con minuciosidad los ambientes y perfilar mejor la psicología de los personajes, se manifestó también en la poesía, donde el tono siguió siendo pesimista; la forma, clásica; el afán, didáctico⁷³⁷, y la temática, a menudo científica (Aullón de Haro, 1988: 102-7).

La novela realista en España derivó hacia el naturalismo por influjo de Zola, cuya novela *L’Assommoir* (1877) causó gran admiración en Clarín, Pardo Bazán y Galdós. Y, de hecho, la obra de este último titulada *La desheredada* (1881) se considera la primera naturalista. Como subgénero novelístico del realismo, el naturalismo se proponía explicar al hombre por su fisiología (Zavala, 1982 HCLE: 404), por su psicología, por el entorno y la herencia (Núñez, 1975: 45). Desde el punto de vista teórico, el movimiento se fundamentaba en el determinismo de Hippolyte A. Taine (1828-1893)⁷³⁸, en el

⁷³⁶ Una percepción que lleva a admirarla, como queda patente en el título de la obra *Madre Naturaleza* (Barcelona: Daniel Cortezo y C^{ia}, 1887. BN 5/30754) de Emilia Pardo Bazán, que era continuación de *Los pazos de Ulloa* (1886). Y en la novela de Pérez Galdós *Fortunata y Jacinta*, Maximiliano Rubín, para justificar su fracaso amoroso con Fortunata, expresa también su respeto hacia la Naturaleza con estas palabras: “No contamos con la Naturaleza, que es la gran madre y maestra [...]” (IV 6, 16). Cf. Lucr. II 598-99, donde llama a la tierra “madre Naturaleza”.

⁷³⁷ Campoamor, tras una etapa romántica, defiende en su *Poética* (1883) una poesía de intenciones y no solo del arte por el arte. Define la función de la poesía con estos términos: “La poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas de la época; no es posible vivir en un tiempo y respirar en otro” (Cernuda, 1982 HCLE V: 633).

⁷³⁸ El magisterio de Taine entre los realistas fue importantísimo (Alborg, 1996 V: 105-34). El bagaje filosófico de Taine se compone de la psicología sensualista y del pensamiento materialista de los ilustrados (*ibid.*: 107-13), cuya filiación epicúrea era manifiesta.

psicologismo de Charles A. Sainte-Beuve (1804-1869)⁷³⁹ y en el materialismo racionalista de Joseph E. Renan (1823-1892)⁷⁴⁰, pero su humus primigenio era la filosofía positiva imperante en toda Europa (Núñez, 1975: 43-46).

La novela fue, como decimos, el género por antonomasia de la centuria. De hecho, generó un lucrativo negocio gracias a su popularidad. La poesía también vivió un periodo de esplendor, pero perdió brío con el realismo. Solo el género lírico mantuvo su vigor (Aullón de Haro, 1988: 103), del que López Morillas (1982 HCLE V: 675) ha explicado las causas con tino: en una época en la que se ha producido una quiebra de los valores e ideales cristianos, cuando el pensamiento es tan heterogéneo y discordante en todos los planos, donde, en definitiva, el pluralismo está revestido de conflictos personales y sociales, los poetas tendieron a expresar sus sentimientos e ideales individuales, más, si cabe, al no existir un espíritu colectivo. La poesía realista cantó, además, con un timbre desazonado y amargo sus incertidumbres teológicas⁷⁴¹, pues en ella fueron más evidentes los trastornos espirituales causados por el escepticismo decimonónico (Aullón de Haro, 1988: 16)⁷⁴². Los poetas realistas, en efecto, se expresaron muchas veces con un afilado lirismo, movidos por una candente crisis religiosa, como podemos comprobar en estos versos de Núñez de Arce ("Tristezas", de *Gritos del combate*, vv. 77-84)⁷⁴³:

Y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo
Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde

80

⁷³⁹ Fue conservador de la Biblioteca Mazarina, académico y dio clases de poesía latina y francesa hasta su nombramiento como senador en 1865. Como crítico literario, tuvo gran influjo en la corriente realista, dado que sus comentarios gozaron de gran reputación por su agudeza analítica y fina acribia. En 1860, Saint-Beuve dio un giro radical a sus gustos estilísticos. Pasó de los planteamientos románticos a los postulados de los filósofos sensualistas y fisiologistas del siglo XVIII (Alborg, 1996 V: 106).

⁷⁴⁰ Aunque de difícil clasificación, este filósofo francés, escéptico convencido, sostenía con firmeza una tesis epicúrea que tuvo gran impronta en el naturalismo: la imposibilidad de lo sobrenatural y de la intervención de Dios en la historia (EUM: s. v. "J. A. Renan").

⁷⁴¹ Cf. el poema titulado "En un álbum" (vv. 1-9) de Manuel Reina: "-Los dioses se van, ha dicho / un eminente filósofo; / -El cielo es un cementerio / azulado -grita otro. / -El Cristo ya se desploma / -escribe un genio coloso, / y la multitud exclama: -Los templos están ruinosos".

⁷⁴² Decía Manuel de la Revilla al respecto: "El escepticismo poético no es nuevo en España. Casi todos nuestros poetas románticos, señaladamente Espronceda, en él se inspiraron; pero Campoamor ofrece caracteres originales, que merecen estudiarse. El escepticismo de Espronceda revela una época en que la duda es un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquél arranca del corazón, y es hijo de los engaños; éste nace de la cabeza" (*Obras*, Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, 1883, pág. 64).

⁷⁴³ Cf. también "Tristezas" ("¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno", v. 121). En torno a este poeta, el más destacado e influyente del realismo castellano, se formó una escuela, a la que pertenecieron Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881), José Velarde (1849-1892) y Emilio Ferrari (1850-1907).

a mi angustiada voz; alzo los ojos
y a penetrar la lóbreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

6. 4. *Lucrecio entre 1850-1900*

La segunda mitad del siglo XIX se caracterizó por la difusión del pensamiento materialista en la filosofía, la expansión del ateísmo como forma de entender la vida privada y del laicismo como camino para organizar la vida pública⁷⁴⁴. El rápido desarrollo científico y tecnológico puso de manifiesto la utilidad que el estudio de la naturaleza ofrecía a la humanidad. Y con una sociedad decantada ya por el progreso científico las ciencias naturales y aplicadas fueron ganando más y más protagonismo en detrimento de las humanísticas y, en particular, de la Teología, que había sido hasta hacía poco la *regina scientiarum* (Núñez, 1975: 121). Esta nueva actitud, más materialista y por abundantes vínculos conectada con el epicureísmo, penetró en la vida cotidiana de los países desarrollados y propició una revalorización de Lucrecio en el plano científico (Hadzsits, 1963: 332-33).

El método experimental, cuyo campo de aplicación habitual habían sido las ciencias naturales, se extendió pronto a la psicología y a la psiquiatría, coto tradicional de la filosofía y la Teología, lo que conllevó que ambas especialidades consideraran mente y alma una única realidad material, como Lucrecio (Lind, 1980: 74). Los darwinistas Thomas H. Huxley (1825-1895), John Tyndall (1820-1893)⁷⁴⁵ y Ernst H. Haeckel (1834-1917) pregonaron el carácter científico del ateísmo; el teólogo alemán David F. Strauss (1808-1874)⁷⁴⁶ defendió la naturaleza mítica de los evangelios y su colega Aldof von Harnack (1851-1930) afirmó que Jesús fue un hombre normal que no hizo milagros; por último, el historiador francés Joseph E. Renan (1823-1892) resaltó la estrecha relación entre los acontecimientos históricos y las formulaciones dogmáticas.

Se entabló, pues, una disputa entre los materialistas, para quienes la materia era la única realidad capaz de explicar los hechos del universo, y los trascendentalistas, quienes concedían la primacía al espíritu. Como consecuencia de estas ideas, el cristianismo fue perdiendo fuerza primero entre las personas

⁷⁴⁴ El ambiente polémico de la época, en el que rivalizan, de un lado, el materialismo ateo, la francmasonería y el positivismo científico, y la tradición cultural católica, de otro, está bien recreado en la novela de Lorenzo Villalonga (1897-1980) *Bearn o la sala de las muñecas* (Palma: Impr. Atlante, 1956).

⁷⁴⁵ Para sus coincidencias con Lucrecio, cf. Masson (1884: 84-107) y Johnson (2000: 128-30). Munro (1893 I: IX) le agradecía en el prefacio de su tercera edición sus estudios, porque gracias a ellos había comprendido mejor la moción atómica expuesta por Lucrecio.

⁷⁴⁶ Escribió un ensayo de elocuente título: *Die christliche Glaubenslehre in ihrer geschichtlichen Entwicklung und im Kampfe mit der modernen Wissenschaft*, 2 vols., Stuttgart: bei F. H. Köhler, 1840-41 (BFTV TD-21591-92). Su obra inspiró a los jóvenes hegelianos, entre los cuales se encontraba K. Marx (Candel, 1988: 16).

formadas y luego entre el pueblo llano. En respuesta, las prensas vaticanas dieron a los tórculos varios documentos censorios para contrarrestar el creciente laicismo (HU XIX: 115-19). La encíclica *Mirari vos* (1832) condenaba la libertad de opinión, al arruinar la salvación de las almas; el *Syllabus* (1864) atacaba el materialismo y el agnosticismo, y el Concilio Vaticano I (1870) blindaba, por último, la autoridad papal proclamando el dogma de la infalibilidad. En el caso de España, la Santa Sede firmó con la reina de España Isabel II (1833-1868) un concordato en 1851, según el cual la enseñanza del país quedaba bajo la inspección de la Iglesia⁷⁴⁷.

Soplaban, pues, vientos favorables al *DRN*. Y como indicador de esta bonanza bastará recordar el extraordinario incremento de impresiones del poema en la mayoría de los países europeos, incluidos algunos, como Portugal (1850)⁷⁴⁸ y España (1892), donde se daba a las prensas por vez primera. Gordon (1985: 33-37) registra un total de 141 impresiones, entre ediciones, reediciones y traducciones. Pero no solo por la cantidad se aprecia el interés que cobró en filosofía y en filología; también por la calidad, pues se emprendieron labores para depurar el *textus receptus* y comprender mejor sus postulados epicúreos. Y, así, en 1850 Karl Lachmann (1793-1851) publicaba en Berlín una edición lucreciana fundamental para la historia de la filología europea, en la que sienta las bases de la moderna crítica textual con el método denominado “estenmático” o “lachmanniano” (Passannante, 2011: 178-81). Unos años antes, en 1841, un joven Karl Marx había presentado en Jena su tesis sobre las diferencias entre el atomismo de Demócrito y Epicuro⁷⁴⁹, en la cual bosquejaba un materialismo filosófico a partir de la física epicúrea que le permitía preservar la libertad del hombre como ser vivo inmerso en una realidad material, en oposición al idealismo hegeliano⁷⁵⁰ y al animismo religioso que la hacían

⁷⁴⁷ Cf. el Art. 2º: “En su consecuencia, la instruccion en las Universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase, será en todo conforme á la doctrina de la misma Religion Católica; y á este fin no se pondrá impedimento alguno á los Obispos y demás prelados diocesanos, encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina de la fe y de las costumbres, y sobre la educacion religiosa de la juventud, en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas” (*El concordato de 1851 comentado por el Dr. Carlos Ramón Fort*, Madrid: Imprenta y Fundición de don Eusebio Aguado, 1853, p. 6).

⁷⁴⁸ Rodríguez-Navas leyó para su versión española de 1892, según advierte en la *Nota* previa de su traducción (p. VIII), las traducciones en verso portuguesas de Machado Ferraz (1850. Cf. Gordon, 1985: 217, n.º ref. 425) y del médico Lima Leitão (1851-53. Cf. Gordon, 1985: 217-18, n.º ref. 426).

⁷⁴⁹ El primero defendía un atomismo mecanicista y encadenado; el segundo, por el contrario, uno indeterminado gracias a su teoría del *clinamen*, del que Lucrecio era fuente científica (II 216-93). Esta idea de la *declinatio* de los átomos, estudiada por K. Marx, atraerá a algunos escritores marxistas hacia Lucrecio, por haber argumentado y justificado con ella el libre albedrío, como le sucedió al novelista Rafael Chirbes (Traver, 2016: 28-29).

⁷⁵⁰ Hegel reconocía en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía* que Epicuro había sido el primero en introducir el método analógico en la investigación natural, considerado el precedente del método científico. También reconocía que su doctrina pretendía desmentir las

depender del espíritu. El pensador alemán se sirvió con asiduidad de Lucrecio como fuente documental, de suerte que, ya en la génesis del marxismo, el pensamiento más determinante del siglo XX, estaba presente el *DRN* (García Armendáriz, 2002: 105). Poco después, en 1869, Constant Martha (1820-1895) publicó un lúcido comentario de la obra: *Le poëme de Lucrèce. Morale, religion, science* (Paris: Librairie de L. Hachette⁷⁵¹). En él ofrecía una visión objetiva del poema, al margen de prevenciones teológicas. En el prefacio de la primera edición Martha (1869: V-VI) nos aporta un testimonio valioso sobre la consideración de Lucrecio como promotor de los materialistas modernos en su época:

Au moment d'entreprendre une longue étude morale sur le *Poëme de la Nature* de l'épicurien Lucrèce, nous croyons devoir déclarer tout d'abord, pour n'avoir pas à rompre par d'inutiles réfutations le cours des pensées de notre poëte, que le vif intérêt qu'il nous inspire n'implique en rien une adhésion à sa doctrine. La précaution serait vaine, si de nos jours il ne s'était produit une philosophie assez semblable à celle d'Épicure, qui considère aussi toutes les croyantes spiritualistes comme des préjugés sans fondement, prétend tout expliquer par les mouvements de la matière et supprime dans le monde la cause première et ordonnatrice. Comme ces doctrines contemporaines qui rappellent l'entreprise de Lucrèce sont fort célébrées, il nous paraît opportun et honnête de prévenir que nous n'avons aucun droit à la faveur dont elles sont en ce moment l'objet.

Desde mediados del siglo XIX, se escriben diversos estudios sobre la importancia del atomismo en la ciencia moderna, como la *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart* (Iserlohn: Leipzig, 1866), en dos volúmenes, de Friedrich A. Lange (1828-1875), y la *Geschichte der Atomistik vom Mittelalter bis Newton* (Hamburg: Voss, 1890), de Kurd Lasswitz (1848-1910)⁷⁵², y aparecen dos monografías que se ocupan concretamente de la recepción de Lucrecio en la ciencia moderna: *Lu-*

supersticiones de la astrología y la intervención de los dioses en los avatares humanos (Candel, 1988: 11-12).

⁷⁵¹ Un ejemplar de la primera edición se conserva en la RAH 23/5094 (*ex libris* de Ángel Ferrari). La obra fue reeditada varias veces. En España se conservan, al menos, ejemplares de 1873 (BC Mit-8-32, *ex libris* de Ramón Sarro) y de 1889 (RACMP 40527, 25820 y 39835, *ex libris* de Sánchez Toca). Algunas ediciones de la traducción de Marchetti (1874, 1875, 1887, 1931 y 1933) contenían adjunto su comentario con el título de *La scienza di Lucrezio* (Gordon, 1985: 206-7). El catedrático de Literatura Latina Alfredo Adolfo Camús recomendada la lectura de las obras de Martha a sus alumnos, entre los que estuvieron Pérez Galdós, Leopoldo Alas y Marcelino Menéndez Pelayo (García Jurado, 2016: 106). Y José Canalejas lo cita en sus *Apuntes para un curso de Literatura Latina* (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Manuel Martínez, 1874, p. 163), al estudiar la moral de Lucrecio.

⁷⁵² Para más información, cf. Johnson-Wilson (2007: 148).

cretius and the Atomic Theory (Glasgow, 1875), del poeta y filósofo escocés John Veitch (1829-1894), y la *Atomic Theory of Lucretius Contrasted with the Modern Doctrines of Atoms and Evolution* (London: George Bell and Sons, 1884), de John Masson. Por entonces, Jean-Marie Guyau (1854-1888) escribe *La morale d'Épicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines* (1878)⁷⁵³, un examen minucioso sobre la ética de Epicuro y Lucrecio que culmina con un libro dedicado a los seguidores modernos de la doctrina⁷⁵⁴, en el cual pone de relieve que la moral epicúrea ha sido la génesis de la ética utilitarista moderna.

6. 5. *El krausismo en España y Lucrecio*

El ateísmo intrínseco del positivismo, inadmisible para gran parte de la intelectualidad española⁷⁵⁵, formada en su mayor parte en el seno de la Iglesia Católica, fue paliado en España con la difusión de otras corrientes de pensamiento menos radicales, a las que resultaba más fácil adherirse, por conciliar ciencia y religión. Esta inclinación genética de la cultura española (Núñez, 1975: 19-20 y 44)⁷⁵⁶ de armonizar el credo con la razón había ralentizado ya en la Ilustración el progreso científico, pues había desterrado de la universidad las doctrinas más empíricas y materialistas. Pero fue la búsqueda de esa difícil armonía *sub specie religionis* la que posibilitó, a la postre, que se acomodara en España el racionalismo científico, aunque fuera gracias a una filosofía idealista y neokantiana como el krausismo⁷⁵⁷.

Esta corriente tuvo un influjo extraordinario en España desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el primer cuarto del XX⁷⁵⁸, no solo por el número

⁷⁵³ En 1875 había publicado *Des suprêmes biens et des suprêmes maux* de Cicerón (Paris: Librairie Ch. De la Grave) con notas aclaratorias sobre la historia del epicureísmo.

⁷⁵⁴ Incluye, entre otros, a Gassendi, Hobbes, La Rochefoucauld (1613-1680), Spinoza y Helvetius.

⁷⁵⁵ Los ánimos estaban encrespados, como deja bien claro el título de esta obra de Juan Moreiro (1808-1863): *El error y la razón teológica ó la idolatría con sus extravíos y el cristianismo civilizador: la heregia y sus principales corifeos desde J.C. hasta nosotros [...] el racionalismo filosófico en sus diferentes fases e impugnación de sus doctrinas: trinomio religioso escrito en verso y prosa*, Orense: Imp. de Agustín Moldes, 1857 (BPE de Orense DBG 219). En unas conferencias sobre el positivismo en el Ateneo Barcelonés, Pedro Estasén, todavía en 1877, aseveraba que España “aún no ha salido del período teológico y que apenas empieza su etapa metafísica con el idealismo de Hegel y el armonismo de Krause” (Núñez, 1975: 68).

⁷⁵⁶ Recuérdese que durante el Renacimiento y el Barroco se adoptó el neostoicismo, al conciliarse mejor su panteísmo con la doctrina cristiana, y que durante la Ilustración muchos intelectuales abrazaron el eclecticismo. Con todo, como sugiere Lopez (1999: 48), esta inclinación aparentemente connatural al genio hispano pudo ser simplemente prudencia y miedo a las represalias de la Iglesia.

⁷⁵⁷ Otra corriente filosófica que prosperó entonces, aunque en menor medida, fue la teosofía, en la que sobresalió el extremeño Mario Roso de Luna (1872-1931).

⁷⁵⁸ Sobre el arraigo del krausismo en España, cf. San Baldomero (EUM: s. v. “Krausismo”), Tuñón de Lara (1977: 37-56), Zavala (1982 HCLE V: 663-70), Jiménez (1986) y, especialmente, López-Morillas (1980: 141-61).

de sus adeptos, que fueron muchos, sino especialmente porque alentó un renacimiento intelectual (Zavala, 1982 HCLE V: 665) que facilitó en España, “martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma”, según las encendidas palabras de Menéndez Pelayo (2000: 1038), la implantación del método científico moderno y la libertad de expresión. De acuerdo con el planteamiento original de su fundador, el alemán Karl Christian F. Krause (1781-1832), todo el universo es un sistema comprensible por la ciencia. Esta se compone de disciplinas menores que se complementan y que confluyen en la “ciencia del Ser o de Dios”, su máxima expresión.

Era una doctrina ecléctica, progresista, humanista, que compartía postulados con el positivismo⁷⁵⁹ y que no consideraba a la filosofía simple *ancilla Theologiae*. Proponía desde el cristianismo un estilo de vida laico y liberal y también propugnaba el racionalismo armónico, el pacifismo y la libertad de conciencia. Tenía, por ende, en sus mensajes muchos puntos de contacto con la ética epicúrea⁷⁶⁰. Gracias a su flexibilidad ideológica y a su fundamento cristiano caló con cierta facilidad en la moral, la religión, la pedagogía, la política y la literatura españolas.

El adalid de esta escuela en España fue el catedrático de Filosofía Julián Sanz del Río (1814-1869)⁷⁶¹. Pero sus discípulos, poco interesados en la compleja metafísica krausista y llevados de la tolerancia connatural a la escuela, hicieron síntesis entre el krausismo y el positivismo (Jiménez, 1986: 112-30, y Núñez, 1975: 53).

Cabía así, pues, esperar de los krausopositivistas cierta simpatía por Lucrecio, como queda refrendada por las traducciones del positivista catalán Pedro Estasén y el krausista Manuel Rodríguez-Navas (López Castillo, 2018: 21-25). Y es que, además, arribó a España un positivismo ya teñido por los logros del materialismo y el darwinismo⁷⁶², que animó un prolongado debate

⁷⁵⁹ El filósofo cacereño Urbano González Serrano (1848-1904) redactó, de hecho, una tesis doctoral en 1871 titulada *Estudio sobre los principios de la moral con relación a la doctrina positivista* (Madrid: Imprenta Española. BPE de Cáceres 2/8251-2), en la que desde postulados krausistas analizaba los principios positivistas, llegando a aceptar algunos moderados. En estudios posteriores, González Serrano mostrará un grado mayor de acercamiento a las premisas de la ciencia experimental (Jiménez, 1986: 124).

⁷⁶⁰ Pero era un pensamiento teológico en su cima, de ahí que Francisco de Paula Canalejas (1834-1883) en sus *Estudios críticos de la Filosofía, Política y Literatura* (Madrid: Carlos Bailly-Baillière, 1872) presentase al krausismo como la filosofía que preservaría a la cultura española de los dos males del siglo: el escepticismo crítico y el materialismo naturalista (Núñez, 1975: 27).

⁷⁶¹ Entre sus obras más significativas destacan *Lecciones sobre el sistema de la filosofía analítica de K. Ch. F. Krause* (Madrid: Impr. de Andrés y Díaz, 1850. BAM T-1-F), *Discurso pronunciado en la solemne inauguración del año académico de 1857 a 1958 en la Universidad Central* (Madrid: Impr. Nacional, 1857. BPE de Ciudad Real F.A. 8637) e *Ideal de la Humanidad para la vida* (Madrid: Imp. de Manuel Galiano, 1860. RAC 15-VI-44).

⁷⁶² *El origen de las especies* de Charles Darwin, publicado en 1859, fue traducido al castellano en 1877 (Madrid: Tipograf. - Estereotipia Perojo. BPE de Oviedo Res 778) por Enri-

en el Ateneo madrileño sobre si las ciencias físicas y exactas podían arruinar las verdades religiosas y morales en las que descansaba la sociedad española (Núñez, 1975: 14-15). Al final, se impuso el pragmatismo: se rechazó que la experiencia prevaleciera sobre la especulación, pero se reconocían los logros del método empírico. En el prólogo al libro de Hermenegildo Giner (1847-1923) *Filosofía y Arte* (Madrid: M. Minuesa, 1878), Nicolás Salmerón (1838-1908) expresaba claramente el nuevo planteamiento, al reconocer el auxilio que prestaba el método científico a la metafísica:

No basta, hoy sobre todo, la especulación para el filósofo [...] necesita conocer a lo menos los capitales resultados de la observación y la experimentación en las ciencias naturales; penetrar, siguiendo sus crecientes progresos, en las regiones de lo inconsciente [...] rectificar el añejo dualismo que ha hecho hostiles y recíprocamente deficientes la física y la metafísica [...] De esta suerte llegará a resolverse la contracción histórica entre el empirismo y el idealismo, sin desconocer ni anular ninguno de ambos elementos esenciales para la construcción científica (Jiménez, 1986: 120).

Más atrevido se manifiesta Manuel Sales y Ferré (1843-1910) en *El hombre primitivo y las tradiciones orientales* (Sevilla: Biblioteca Científico-Literaria, 1881), afirmando que el método científico-experimental es la única fuente de conocimiento:

Del reinado de la metafísica, que ha dado vida y dirección al pensamiento europeo durante más de tres siglos, como antes se la diera la teología, estamos pasando al de la investigación experimental, positiva, podemos decir [...] positiva en el sentido del método que [...] exige sin embargo a todo conocimiento, para que sea científico, base experimental (Jiménez, 1986: 137-28).

Con la revolución de 1868, año en el que se instaura una democracia en España, aunque débil, los sectores progresistas de la cultura española, entre los que se encontraban muchos profesores universitarios de filiación krausista,

que Godínez. Emilio Reus y Bahamonde (1858-1891) comparó la teoría evolucionista con la creacionista en *Estudios sobre filosofía de la creación. Tomo I: Parte primera crítica, exposición y examen de los sistemas revelados y transformistas sobre el origen de las especies*, Madrid: Impr. de la Revista de Legislación, 1876 (BS 12239). Su influencia se aprecia en *Doña Perfecta* (cap. IX. 1876) y *Los pazos de Ulloa* (1886). Darwin fue nombrado profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza en 1877 (*BILE* n.º 1). Y si el positivismo prestó gran atención a la física, el darwinismo hizo lo mismo con la biología. En el *Índice* de León Carbonero (1873: 210) se recoge la censura sinodal y condenación de un discurso pronunciado en el Instituto de Granada sobre el darwinismo el 1º de noviembre de 1872. Sobre la oposición del clero y de la Universidad hacia el darwinismo, cf. Núñez Ruiz (1982 HCLE V: 690-92). Para la influencia del positivismo y el darwinismo en la literatura española, cf. Núñez (1975: 99-115, y 1982 HCLE V: 684-92).

quisieron incorporar a la educación los logros de la ciencia e implantar en la docencia mayor libertad⁷⁶³. Este deseo tuvo un claro reflejo en la emblemática universitaria, que adoptó lemas liberales. En el testero del Paraninfo de la Universidad Central, por ejemplo, se grabó la leyenda *Libertad de la ciencia* y debajo la sentencia bíblica *Veritas liberabit vos* (San Baldomero, EUM: s. v. “krausismo”). De hecho, ya en la década de 1830-40, se eligió la divisa *Libertas perfundet omnia luce*, adaptada de Lucr. II 148-50, para la universidad española. Este emblema, de espíritu bastante liberal, fue modificado al poco de cambiar la orientación política, primero suprimiéndose el término *libertas* y luego sustituyéndolo por otros emblemas más ortodoxos, como la imagen de la Inmaculada Concepción de María, elegida en 1939 para la Universidad de Barcelona, que restableció el lema lucreciano en 1987⁷⁶⁴.

La mayor aportación cultural de los krausistas fue, sin duda, la fundación de la Institución de Libre Enseñanza (1876). Gracias a ella ofrecieron un modelo de educación laica, que fue bien acogido y que era bastante distinto del tradicional. Este estaba generalizado en todo el territorio nacional y estaba controlado por la Iglesia, que, si bien contaba con intelectuales aperturistas como Jaime Balmes (1810-1848), incorporaba, sin embargo, selectivamente los avances de la ciencia y las nuevas tendencias pedagógicas en su currículo, según fueran compatibles o no con los dogmas y la moral católica⁷⁶⁵.

La Institución, de titularidad privada, fue fundada por Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate (1840-1917) y Francisco Giner de los Ríos (1840-1917) tras ser separados de la universidad por defender la libertad de cátedra y negarse a impartir sus enseñanzas conforme a los dogmas oficiales en materia religiosa, política y moral. En torno a ella se arracimaron los intelectuales más comprometidos con la renovación cultural que por entonces se fraguaba desde la Universidad Central de Madrid (Pattison, 1982 HCLE V: 425, y Del Valle, 1990: 580-84), y de sus aulas salieron, hasta su cierre durante la guerra civil (1936-1939), escritores fundamentales del siglo XX.

Aunque sus planes de estudio ofertaran por ley las mismas asignaturas que la escuela pública, su propósito reformista se traslucía en una orientación laica y progresista del currículo, que privilegiaba a la ciencia en lugar de la religión⁷⁶⁶ y que aspiraba a formar una élite que ocupara en un futuro

⁷⁶³ La universidad española había intentado modernizarse en 1845, cuando Pedro José Pidal (1800-1865) tomó como modelo para la reforma el régimen universitario francés. Sin embargo, la falta de profesores competentes, de bibliotecas y de laboratorios suficientemente dotados abocó el proyecto al fracaso.

⁷⁶⁴ Sobre este lema, cf. Valverde (1987: 7-8), García Armendáriz (2002: 114-15) y Jiménez Landi (1996: 201-2).

⁷⁶⁵ Sobre las hostilidades de la Iglesia hacia el pensamiento krausista, cf. López-Morillas (1980: 141-61) y Jiménez (1986: 168-86). Sobre el krausismo en la Institución Libre de Enseñanza ha escrito Hernández Laille (2009: 203-9).

⁷⁶⁶ Se recoge este propósito claramente en el artículo 15 de sus Estatutos: “La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa,

puestos claves de la sociedad (Tuñón de Lara, 1977: 45). Se distanciaron, en consecuencia, de los principios pedagógicos de una enseñanza oficial⁷⁶⁷ que, apegada todavía a cierto escolasticismo⁷⁶⁸, no favorecía la movilidad social. Bajo el auspicio de la Institución, se emprendieron asimismo numerosas iniciativas modernizadoras que se materializaron en la creación de organismos públicos como el Museo Pedagógico y la Junta de Ampliación de Estudios, de la que dependieron el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y la Residencia de Estudiantes. En su *Boletín* colaboraron algunas de las personalidades extranjeras y nacionales más relevantes de su tiempo, como Charles Darwin, León Tolstoi (1828-1910), Henri Bergson, John Dewey (1859-1952), Santiago Ramón y Cajal (1852-1932), Miguel de Unamuno, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós.

En este clima de difusión de la ciencia cabía esperar dos opiniones radicalmente opuestas sobre Lucrecio, uno de los autores clásicos que mejor defendió la investigación natural: una negativa, propia de quienes se aferraban a los valores no materialistas, y otra positiva, propia de quienes anhelaban que el laicismo se propagara. Así sucedió, si bien en una y otra tendencia fue rechazado su ateísmo pragmático y el lenguaje obsceno de su diatriba contra el amor por escrúpulos morales⁷⁶⁹. De la primera consideración es paradigmática esta reseña (p. 118) del profesor zaragozano Martín Villar y García (*fl. ca.*

escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas" (Jiménez, 1986: 144).

⁷⁶⁷ Baste decir que para la escuela tradicional el primer libro de texto era el catecismo, que había que aprenderse de memoria, como estipulaba, por ejemplo, el artículo 8 del *Reglamento de las Escuelas del Ave María* (Jiménez, 1986: 181).

⁷⁶⁸ En los opúsculos antikrausistas, escritos en defensa de la educación tradicional, se aprecia claramente hasta qué punto la enseñanza española estaba anquilosada. Afirmaba, por ejemplo, el neotomista José Manuel Ortí y Lara (1826-1904) en su *Impugnación del Discurso* (Granada: J. M.^a Zamora, 1857) pronunciado por Sanz del Río a favor de la reforma educativa: "La universidad independiente de la Iglesia es lo mismo que la ciencia independiente de la religión, lo mismo que la razón independiente de la fe, lo mismo que el hombre independiente de Dios." (p. 44). Y el sacerdote Andrés Manjón (1846-1923) criticaba de este modo a la Institución Libre de Enseñanza: "Hay en España una institución racionalista y librepensadora que dicen *libre de enseñanza*: radica en Madrid y lleva la batuta en materia de enseñanza anticristiana y prácticamente secunda los planes de la masonería" (Jiménez, 1986: 172 y 181).

⁷⁶⁹ Escribe Pérez Martín (1882: 38): "pero sobresalen entre todos, las descripciones del amor al fin del libro 4º, y de la peste al fin del 6º. Es verdad que en aquella el poeta trata el amor según las ideas de su tiempo, en que solo dominaba la materialidad, y se desconocía la elevación y pureza que le ha dado el cristianismo, haciendo á la mujer igual al hombre". Y Pi y Margall, por su parte, afirmaba en el prólogo a la segunda edición de la traducción de Rodríguez-Navas (1893: III-IX): "Hay, sin embargo, en no pocos, descripciones bellísimas y altos conceptos expresados en sublimes versos [...] ¡Lástima que no fuera el autor menos realista! Principalmente cuando trata del amor, es deplorablemente crudo".

1866), recogida en su *Historia de la Literatura Latina*, (Zaragoza: Impr. de Ramón León, 1875. BPE de Logroño FAN/5160)⁷⁷⁰:

El poema didáctico de Lucrecio, titulado *De rerum natura*, contiene la doctrina de la filosofía epicúrea, que, habiendo empezado como una secta de apariencia elevada, degeneró en grosero materialismo que hacía consistir la felicidad en la satisfacción del placer, y no en los goces del espíritu y señorío de las pasiones como había enseñado el fundador Epicuro. En esta funesta degeneración pasó a los romanos la escuela del filósofo de Samos con todas las absurdas máximas que la habían hecho lisonjera y popular; y no contribuyó poco a que se desataran sus vínculos religiosos y se precipitaran violentamente por el sendero de la corrupción. Reducido todo a la materia, niega la existencia de la vida futura quitando así todos los estímulos a la virtud, y como consecuencia de este absurdo principio, niega la espiritualidad del alma y su existencia distinta del cuerpo. Tal doctrina debió forzosamente contribuir a la desmoralización de Roma que veía levantar al vicio, ídolo que adoraba, un monumento magnífico: sensible extravío del genio, que repetidamente se manifiesta en la literatura romana.

Y esta publicada en el *Curso de Literatura Latina*⁷⁷¹ de Pérez Martín (1882: 36-38), profesor de Literatura Latina en Valladolid, que, si bien más moderada, niega credibilidad científica alguna, como los preceptistas del Renacimiento⁷⁷², a las ideas de Lucrecio:

Establece (sc. Lucrecio) la creación del mundo por el concurso de los átomos de Demócrito, sentando el principio: *Nullam rem e nihilo gigni divinitus unquam*, y la consecuencia: *Haud igitur possunt ad nihilum quaeque reverti*⁷⁷³. Sostiene el va-

⁷⁷⁰ Agradezco el dato al profesor Francisco García Jurado.

⁷⁷¹ Por entonces, se impartía Literatura Griega y Latina en las facultades de Filosofía y Letras, de Derecho Civil y Canónico y de Derecho Administrativo (Del Valle, 1990: 585-95). En consecuencia, muchos estudiantes universitarios terminaban conociendo bastante bien la literatura clásica.

⁷⁷² Cf. G. Grifoli, *Orationes variae variis in locis habitae* (Venetiis: 1557, pp. 61-63): *quamquam nostris temporibus poetae non eodem periculo leguntur, quo cum terra luce veritatis illustrata nondum foret, tunc enim facilius homines rapi poterant in errores. nunc autem quis est qui Iovem, Iunenem, caeterosque generis huius deos, non irredeat?* (Prosperi, 2004: 69-70).

⁷⁷³ En opinión de Goddard (1991: 51) expresiones como *de nihilo*, *ex nihilo* o *in nihilum* fueron estrechamente asociadas al ateísmo epicúreo. Por esta razón, muchos autores renacentistas las sorteaban, aunque con ellas se podía predicar que todo nacía gracias a Dios, como hicieron Pontano en *De laudibus divinis* I 7-8: *Deus e nihilo, Deus omnia fecit / et formam rebus iussit adesse suam*, y Lorenzo Bonincontri en *Rerum naturalium et divinarum* f. 16r (Ms. Vat. Lat. 2844): *Qui quum de nihilo statuisset cuncta creare*. Fraisse (1962: 160) recuerda cómo Du Bartas cristianizó esta máxima: "Car tout ce qui se fait, se fait de la matière / Qui dans l'antique rien fut faite la première. / Tout ce qui se resould en elle se resould. / Depuis que

cío: Esse in rebus inane tamen fateare necesse est; y así va desenvolviendo con razones y pruebas, como un filósofo, otros principios, según el estado en que se hallaba la filosofía, destituida de la revelación y de los grandes recursos de la experiencia, con que después se ha enriquecido; de manera que, al lado de una verdad, suele establecer una porción de absurdos, como la corporeidad del alma, etc. Dotado de gran talento, conocía la falsedad de la religión de los romanos; y de ahí el atribuir á esta religión todos los males, y querer libertar á los hombres del temor de unos dioses á todas luces ridículos. De disculpar es por lo tanto la irreligiosidad que se le atribuye, efecto de las circunstancias de su tiempo [...] Como poeta, aun cuando estuviese dotado de la imaginación mas rica, imposible era que se sintiese inspirado, ni aun por un momento, al tratar unas doctrinas materialistas, las mas propias para matar la imaginacion y amortiguar el genio. Sin embargo, en algunos trozos y en el principio de los libros, sabe elevarse en alas de su imaginacion y expresar en tono poético pensamientos nobles, hasta que al llegar otra vez á su asunto, se le ve decaer y atender solamente á la verdad y excelencia, que él cree hallar en su doctrina.

De la segunda opinión, es elocuente el siguiente comentario que José Canalejas y Méndez (1874: 160), futuro presidente del Gobierno de España (1910-1912), insertó en sus *Apuntes para un curso de Literatura Latina* siendo profesor auxiliar de “Principios Generales de Literatura” en la Universidad Central:

No es el poema de Lucrecio la expresión artística de un antojo ó una prevención individual como erradamente han escrito muchos: no es tampoco negación desconsoladora y escolástica que sustituye la fé por el escepticismo: en el admirable poema *de Rerum natura* campea donosamente la razón humana [...] No cupo en lo antiguo á Lucrecio la buena suerte que á Virgilio y á Horacio, pues por largo tiempo juzgóse venenosa toda enseñanza que se apartara de la que servia de fundamento á la fé y á la autoridad social, proclamándose como propicias á escándalos las lecciones positivistas de Lucrecio [...] Si la fé es enérgica y robusta no será poderosa contra ella la duda: si es una fé dúctil ó hipócrita nada pierden individuos y pueblos con perderla. Entendemos, pues, contra gentes cuya ortodoxia repugna el estudio del arte latino por pagano y singularmente del poema de Lucrecio por ateo, que esta maravillosa creación artística debe ser propagada y difundida, sin que por ello se haga agravio á la obsequiosidad y respetos á las creencias

l'Eternel fit de rien ce grand Tout / Rien de rien ne se fait; rien de rien ne s'écoule; / Ains ce qui naist ou meurt ne change que de moule” (*Première semaine* II 151-56).

y principios sociales que á todos no son por ministerio de la razón obligatorios.

Y también lo es este prólogo del que fuera presidente de la Primera República Española, Francisco Pi y Margall (1824-1901), escrito para la primera edición del *DRN* (1892: I-IV) de Rodríguez-Navas:

Celebro que se haya vertido al español el poema *De rerum natura*, de Lucrecio Caro [...]

Contiene el libro un sistema filosófico, y ahora, como nunca, es útil que se lo conozca. Vivimos en una época de controversia donde luchan con ardor los materialistas y los espiritualistas: por él se les recordará cuán antigua es la cuestión que debaten y cuán viejas muchas de las ideas que se atribuye al presente siglo [...]

Lucrecio, según el mismo nos dice, se propuso, principalmente, disipar los temores que la superstición produce y persuadirnos á gozar de la vida sin miedo á la muerte. Suprimió el infierno. No concedió á sus dioses intervención alguna en el mundo, ni los consideró susceptibles de amor ni de cólera por nuestras virtudes ni por nuestros vicios. Ensalzó al primero que osó alzar contra el cielo sus ojos, sin que le arredrara el rayo ni el formidable trueno; y después de haber pintado con vivos colores el bárbaro sacrificio de Ifigenia, exclamó:

¡Tantum religio potuit suadere malorum!

Lucrecio era materialista como su maestro Epicuro. Ya en sus primeros párrafos afirmó la eternidad de la materia, diciendo que de la nada no puede, por arte divina, salir cosa alguna, ni cosa alguna volver á la nada. Puede la Naturaleza, escribió, disolver los cuerpos, no aniquilar los elementos que los componen. Los elementos, según él, eran sólidos é indivisibles átomos de diversas formas y sustancias que se iban sin cesar agitando en el vacío, y por sus respectivas afinidades formaban y desarrollaban los diversos seres. A su falta de cohesión atribuía que esos declinaran y perecieran.

Reconocía Lucrecio en el hombre ánimo y alma; pero los suponía materiales, bien que de más sutil materia. Equiparaba el ánimo á la mente y lo ponía en la mitad del pecho; consideraba difundida el alma por todo el cuerpo y le daba las funciones que hoy da al sistema cerebro-espinal la Fisiología. Unidos decía á los dos, en los dos veía igual naturaleza, y al uno y la otra presentaba sujetos á descomposición y muerte.

Puso Lucrecio en combatir la opinión contraria el mayor ahinco. Se encontrará difícilmente en los actuales materialistas un argumento que no esté en el poema [...]

Incurrió en notables contradicciones. Supuso hijos del temor y la ignorancia á sus dioses, y no negó que existieran. Los presentó completamente ajenos á nuestras vicisitudes y aun al orden

de la Naturaleza, [...] Pone, por fin, en los sentidos las fuentes de todo conocimiento, y funda toda su génesis en meros raciocinios y conjeturas [...] No por esto deja de valer el poema.

Pese a las reticencias estilísticas y teológicas, se deja traslucir en estas líneas el interés que despertó la traducción en prosa⁷⁷⁴. El político catalán destaca, por ejemplo, que algunas teorías científicas del *DRN* eran confirmadas parcialmente en su época y que la filosofía epicúrea podía ser útil en las disputas dialécticas mantenidas entonces por los neoescolásticos y los reformadores. Esta opinión resulta de gran relevancia por quien la sostiene⁷⁷⁵ y porque es sintomática de un sentir generalizado entre los intelectuales liberales, cuyo reflejo alcanzó a la literatura contemporánea. Y, de hecho, en el cap. XXV (“Sucesos imprevistos. Pasajero desconcierto”) de *Doña Perfecta* (1876), el novelista Pérez Galdós, cuyo talante progresista era por todos conocido, quiso que don Inocencio, canónigo y maestro de latinidad en el instituto de Orbajosa, tuviera en su librería un *DRN*, pese a ser una persona en extremo celosa del dogma⁷⁷⁶:

Enorme estante de roble contiene una rica y escogida biblioteca, y allí está Horacio el epicúreo y sibarita, junto con el tierno Virgilio, en cuyos versos se ve palpar y derretirse el corazón de la inflamada Dido; Ovidio el narigudo, tan sublime como obsceno y adulator, junto con Marcial, el tunante lenguaraz y conceptista; Tibulo el apasionado, con Cicerón el grande; el severo Tito Livio, con el terrible Tácito, verdugo de los Césares; Lucrecio el panteísta; Juvenal, que con la pluma desollaba; Plauto, el que imaginó las mejores comedias de la antigüedad dando vueltas a la rueda de un molino; Séneca el filósofo, de quien se dijo que el mejor acto de su vida fue su muerte; Quintiliano el retórico; Salustio, el pícaro, que tan bien habla de la virtud; ambos Plinius, Suetonio y Varrón; en una palabra, todas las letras latinas, desde que balbucieron su primera palabra con Livio Andrónico, hasta que exhalaron su postrer suspiro con Rutilio (Cardona, 1982: 243).

⁷⁷⁴ Hallamos otra prueba del interés que suscitaba la obra entre los liberales en la biblioteca de la Fundación Antonio Concha (1803-1882), amigo de Urbano González Serrano, también krausopositivista y miembro del primer patronato de la fundación. En ella se conserva un ejemplar de la primera edición de la traducción de Rodríguez-Navas (1892. Signatura FCC 242).

⁷⁷⁵ Pi y Margall fue uno de los republicanos de izquierda más activos de su tiempo junto con su amigo Nicolás Salmerón, quien le sucedió en el cargo de presidente de la Primera República. Ocupó los cargos de ministro de Gobernación y presidente de Gobierno en 1873, aunque por brevísimo tiempo este último. Su casa fue lugar de reunión para escritores eminentes, como Antonio Machado y Azorín, quien elogiaba su estilo (Tuñón de Lara, 1977: 108, y MLE VII: 969). Su contemporáneo Menéndez Pelayo (2000: 926) lo consideraba uno de los heterodoxos más notables de su tiempo.

⁷⁷⁶ Es probable que Galdós estudiase en las clases de Literatura Latina del catedrático Alfredo Adolfo Camús la mayoría de estos autores latinos (Blanco López, 2015: 365-67).

Incluso intelectuales conservadores, como Menéndez Pelayo (1856-1912), se sintieron entonces muy atraídos por el poema, a pesar de que les repugnara su materialismo pertinaz. Al igual que los eruditos renacentistas, recusaba la doctrina, en particular las tesis de la mortalidad del alma y de la inexistencia de la providencia divina, pero elogiaba su poesía. Esta es la conclusión que puede extraerse tras comprobar que el sabio santanderino había vertido en 1876 (Menéndez Pelayo, 1951: 96) la invocación a Venus (I 1-101)⁷⁷⁷ y que enjuiciaba el epicureísmo, al hilo de la apócrifa traducción marcheniana, de este modo:

... en los trozos de mayor empeño suele levantarse el traductor con inspiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene [...] Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto brío de dicción como traduciendo las imprecaciones del gran poeta materialista. Parece como que se sentía dentro de su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los dioses; y los elogios de *aquel varón griego* [...] No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así traduciendo á *su poeta* cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito [...] (Menéndez Pelayo, 1892: XII-XVI).

De ahí que aplaudiera su inclusión en los florilegios académicos, como se deduce del informe que, dirigido a la Real Academia Española de la Lengua, escribió sobre la *Crestomatía* (Valladolid, 1883⁷⁷⁸) del sacerdote y catedrático de Latín Manuel Rodríguez Losada (1835-1909):

La *Crestomatía* del señor Rodríguez Losada difiere profundamente de todos los libros de su especie por los textos incluidos en ella, y mucho más por el modo ingenioso con que estos textos van entre sí unidos y concordados, presentando en acción, digámoslo así, la gramática y la historia de la lengua. Jamás habían figurado en nuestras colecciones los fragmentos de la época anteclásica, y, sin embargo, no puede decirse que sepa latín el que no sepa interpretarlos. ¿Qué digo los fragmentos arcaicos? Ni el mismo Plauto, ni el mismo Lucrecio alcanzaban en nuestras antiguas colecciones el puesto privilegiado que en la presente alcanzan y merecen. ¿Y, sin embargo, qué latinista será el que no haya frecuentado a Catón, a Varrón y a Lucrecio? El puesto negado a estos autores, sencillamente porque excedían la habi-

⁷⁷⁷ Publicado en *Estudios poéticos*, Madrid: Imp. C. de V. Saiz, 1878 (p. 45-49).

⁷⁷⁸ *Crestomatía histórico-filosófica de la lengua latina*, Valladolid: Imprenta, Librería y Estereo-galvanoplastia de Luis N. de Gaviria (Biblioteca Central de la Univ. de Oviedo CGT-6665).

tual capacidad de los encargados de la enseñanza, solía llenarse en unas colecciones con el latín galicano de la *Historia Sagrada de Lhomond* o con trozos del Breviario y de las Actas de los Mártires, con todo lo cual, si los alumnos no salían muy latinos, saldrían a lo menos piadosos y bien inclinados, aunque no se conoce mucho por los efectos (Menéndez Pelayo, 1957: 206).

Valera mismo admiraba la obra y el pensamiento de Lucrecio, como parece deducirse de sus citas. Una de ellas (Lucr. I 22-23) está al final de su obra cumbre, *Pepita Jiménez*, cuyo protagonista, Luis de Vargas, encarnaba en opinión de muchos críticos “la imagen del hombre que el krausismo propugnaba” (Zavala, 1982 HCLE: 408-11).

Al margen de polémicas filosóficas y políticas, el estudio de la poesía lucreciana, no así de la doctrina, debió de ser habitual en la universidad dentro de las asignaturas de Retórica, Poética y Literatura Latina, de manera similar a como durante siglos la enseñaron los jesuitas, esto es: por medio de pasajes sublimes, pero sin peligro. Si acaso, los profesores comentarían las similitudes entre algunos pasajes lucrecianos y las nuevas teorías científicas, como el darwinismo. En Segunda Enseñanza, no ocurriría lo mismo por razones obvias: Lucrecio era un autor para adultos. Un libro de texto usual para estas asignaturas, como la *Colección de trozos selectos de Literatura Latina*⁷⁷⁹ (1847), popularmente conocido como *Trozos de Terradillos*⁷⁸⁰, contiene una antología de Lucrecio amplia, en la que el colector ha entresacado descripciones patéticas, como la peste de Atenas; pero también pasajes más científicos, como los orígenes de la civilización, que conectaban mejor con los nuevos intereses positivistas. He aquí las flores (Terradillos, 1847 II):

⁷⁷⁹ Consta de dos volúmenes, uno dedicado a prosa y otro a poesía. Escoge fragmentos poéticos de Ovidio, Virgilio, Silio Itálico, Lucano, Séneca, Claudiano, Horacio, Estacio, Lucrecio, Juvenal, Plauto, Terencio, Fedro, Calpurnio, Nemesiano, Ausonio, Tibulo, Propercio, Catulo, Marcial y Petronio. Pretende ser un “florilegio” donde los alumnos de Retórica y Poética encuentren fragmentos selectos para imitar. Pero los pasajes no están distribuidos por tópicos, como era habitual en las antologías renacentistas, sino por géneros (“Elegías, Odas, Fábulas o Églogas”) o por procedimientos retóricos (“Narraciones, Descripciones, Definiciones o Retratos”). La portada es bastante elocuente: *Colección de trozos selectos de Literatura Latina, extractados de los principales autores clásicos, y ordenados por géneros para que puedan servir de modelos en los ejercicios prácticos, tanto de la asignatura de RETÓRICA y POÉTICA, como de la superior de LITERATURA LATINA*, por el Doctor Don Ángel María Terradillos, Catedrático de Retórica y Poética de la Universidad de Madrid é Individuo de Número y Tesorero de la Academia GRECO-LATINA, Madrid, 1847: Imprenta de D. José Félix Palacios.

⁷⁸⁰ Sobre Ángel María Terradillos, la EUI (LX: 1463) dice: “Escritor español, m. en Madrid en 1879. Fué profesor del Instituto del Cardenal Cisneros, y publicó: *Páginas de la infancia*, de la que se hicieron 50 ediciones [...] y *Colección de trozos selectos de literatura latina*. Esta última obra fué de gran utilidad pedagógica, por facilitar el conocimiento práctico de la literatura”. Más información sobre su labor académica ya en la Universidad Central de Madrid aporta García Jurado (2013: 36-48). Estas antologías latinas, bien para bachilleres o universitarios, proliferaron en el siglo XIX y hasta bien entrado el XX.

- *Los primeros humanos* (*Et genus humanum multò fuit illud in arvis... Hospitibus saevis instrata cubilia fronde.*), LUCRECIO, lib. V (925-87. Págs. 16-17. En la sección “Cuadros ó Pinturas”).
- *Los Sueños* (*Et cui quisque ferè studio devinctus adhaeret [...] Adsidet, et totum propè faucibus occupat amnem*), LUCRECIO, lib. IV (962-1025. Págs. 44-45. En la sección “Descripciones”).
- *La peste del Peloponeso* (*HAEC ratio quondam morborum, et mortifer aestus... Rixantes potiùs, quam corpora desererentur.*), LUCRECIO, lib. VI (1138-286. Págs. 48-51. En la sección “Descripciones”).
- *Las cuatro estaciones* (*It ver, et Venus, et Veneris, praenuntius antè... Reddit; Hiems sequitur, crepitans ac dentibus Algas.*), LUCRECIO, lib. V. (737-47. Págs. 54. En la sección “Definiciones”).

De esta suerte, Lucrecio siguió siendo modelo imitativo, como fuera en tiempos pretéritos; pero cierto es que los ánimos, imbuidos de positivismo, estaban predispuestos para aprovechar, más que sus hallazgos poéticos, su pragmatismo científico y religioso, pues este, aunque de talante atea, preservaba la libertad de pensamiento.

6. 6. *La traducción de Manuel Rodríguez-Navas y Carrasco (1892)*

Manuel Rodríguez-Navas (1848-1922) nació en Puerto Real (Cádiz) y murió en Madrid. Aunque comenzó ganándose la vida como cajista en una imprenta, consiguió culminar gracias a su férrea voluntad estudios diversos, tanto de ciencias como de humanidades, doctorándose en Filosofía y Letras. Tenía buen conocimiento del sánscrito, del griego y del latín. De su afición filológica da fe el que fuera fundador del Círculo Filológico Matritense (De Galaín, 1922: 37-42). Entre sus obras destacan el *Diccionario General y técnico hispanoamericano* (Madrid: Cultura Hispanoamericana, 1918)⁷⁸¹, el *Diccionario completo de la lengua española* (Madrid: Saturnino Calleja, 1905), el estudio *El alma, según las escuelas filosóficas de la India* (Madrid: Impr. De Enrique Rubiños, 1890. BGN C^a 160/8354) y los diálogos *Temas de Estudio* (Madrid: Imprenta de Fortanet, 1913). Colaboró también

⁷⁸¹ Recoge más de 30.000 modismos americanos. La obra tiene 1869 páginas. Se conserva un ejemplar en la BS 16748. Según la entrada de la EUI (LI: 1309) publicó una obra titulada *La República triunfará* (1872). No conocemos ningún ejemplar conservado. Es posible que por su índole política y polémica tuviera una difusión limitada. En cualquier caso, pone de manifiesto el talante liberal de Rodríguez-Navas. Entre las diversas traducciones que también realizó, interesa subrayar una antología titulada *Los poetas latinos* (Paris: s. a.).

en el magno proyecto cultural de la *Enciclopedia Universal Ilustrada* de Espasa-Calpe (EUI LI: 1309)⁷⁸².

Pese a su excelente formación y disposición al trabajo, desistió de ser funcionario tras presentarse a la cátedra de Metafísica de la Universidad de la Habana en 1891, cuyo tribunal estaba presidido por Marcelino Menéndez Pelayo, representante de la corriente tradicional católica y contrario a los krausistas, entre los que Rodríguez-Navas se contaba. Dado que era discípulo de un eminente krausista, Nicolás Salmerón, con quien Menéndez Pelayo no tenía buenas relaciones, presentó, tras haber sido aceptado en el sorteo de trincas, su renuncia⁷⁸³. Resulta curioso que un año después publicara su traducción del *DRN* y que Marcelino Menéndez Pelayo editara la versión lucreciana de Marchena tan solo cuatro años después (1896). Es, cuando menos, un mérito para Lucrecio que fuera publicado –si bien tardíamente– en España por rivales políticos e ideológicos, en lo que parece un trasunto o punta de iceberg de un conflicto mucho mayor que la obra de Concepción Arenal *Dios y libertad* (1858) puede esclarecer⁷⁸⁴.

La publicación de su traducción hay que enmarcarla dentro del clima de euforia científica que despertó el positivismo en España, del que él, como krausista, también participó. Se trasegaron entonces al castellano por vez primera tratados de Bacon, Galileo, Newton, Leibniz, Descartes, Spinoza o Condillac (Núñez, 1975: 33-34 y 120) para hacer avanzar las ciencias en la nación. Por este impulso, seguramente, se publicó al fin una traducción del *DRN* en 1892⁷⁸⁵. He aquí la ficha bibliográfica de la traducción de Rodríguez-Navas:

- Manuel RODRÍGUEZ NAVAS (1892): *Naturaleza de las cosas de Tito Lucrecio Caro, versión en prosa del poema De rerum natura*, Madrid: Agustín Avrial, 1892, VIII + 358 pp.
Edición rústica. Contraportada: “Este libro se halla de venta, al precio de 3 pesetas, en las principales librerías y en casa del traductor, Carranza, 21, 3º izquierda, Madrid”. Portada interior: “Agustín Avrial. -Impr. de la Comp. de Impr. y Libreros. S.

⁷⁸² Posiblemente redactó las entradas de Epicuro y Lucrecio. Esta última (EUI XXXI: 510) trae al final un dato interesante: “Císcar tradujo también cuatro fragmentos que se hallan incluidos en sus *Ensayos poéticos*; don Alberto Lista vertió la invocación *Aeneadum genetrrix*; don Marcelino Menéndez y Pelayo parte del libro I y don Pedro Estasén parte del II, que publicó en la *Revista del Ateneo Barcelonés*, en 1880”.

⁷⁸³ Cf. el proyecto “Filosofía en español” en la URL: <http://www.filosofia.org/ave/001/a130.htm> (último acceso 28-03-2021).

⁷⁸⁴ Editado recientemente, como decíamos, por Lacalzada (1996) con un estudio preliminar muy esclarecedor y sugerente (*ibid.*: 9-50).

⁷⁸⁵ En el Prólogo de su traducción de la *Aulularia* de Plauto (Granada, 1878, p. 7), el profesor Antonio González Garbín (1836-1912), quizás algo más joven que Ángel María Terradillos, se refería a Lucrecio como “el príncipe de la elocuencia romana” y echaba en falta una traducción castellana (Blanco López, 2015: 288).

Bernardo, 92.- Teléfono núm. 3. 074" (ejemplares de la BPE de Badajoz n.º 41117 y de la BFAC FCC-242).

La *Noticia biográfica* (pp. III-VIII)⁷⁸⁶ que Rodríguez-Navas a modo de prólogo inserta en su versión es de gran audacia y está en sintonía con el eclecticismo del movimiento krausista. Nos ofrece una visión del autor plenamente positiva y moderna, al tiempo que polémica. Desmiente, en efecto, muchos prejuicios con los que la tradición humanística cristiana había agraviado la figura de Lucrecio. Y considera, de entrada, al *DRN* la obra más sobresaliente de la Antigüedad Clásica:

El poema didáctico *De rerum natura*, de Lucrecio, es la obra más notable, más bella, más grandiosa y de más difícil empeño que nos legó la antigüedad clásica; porque antes de Lucrecio y después de él hubo en Grecia y en Roma poetas que trataran asuntos agradables en versos armoniosos, llenos de encanto y sonoridad; pero no hubo quien penetrara en los misterios de la Naturaleza é intentara, como él, desvanecerlos con observaciones profundas, muchas de las cuales han sido confirmadas en nuestros días por la Física, la Química, la Astronomía y la Geología⁷⁸⁷ [...]

Destaca la lucha comprometida de Lucrecio contra la superstición y el despotismo reinantes en aquellos difíciles momentos. Es presentado, así, como un campeón de la libertad, un ser filantrópico, benefactor de la humanidad, cuyo comportamiento resulta ejemplar para un republicano moderno. Dice en este sentido lo siguiente:

⁷⁸⁶ Fechada en Madrid, el 6 de octubre de 1892. He aquí un fragmento de la biografía de Lucrecio, que es novelada sin lagunas y con una seguridad pasmosa: "Según los datos más fidedignos que se han podido reunir, Tito Lucrecio Caro nació, hace ahora 1988 años, en el 658 de la fundación de Roma, correspondiente á la Olimpiada 171.^a, en ocasión en que eran cónsules Cn. Domicio Ahenobarbus y C. Cassius Longino: después de estudiar en Roma pasó á Atenas, donde siguió con Filodemo y uno de los Ptolomeos de Alejandría, las lecciones de Zenón, discípulo de Apolodoro, sucesor, este último, de Basíledes y de Dionisio en la dirección de la escuela epicúrea: volvió á Roma cuando su amigo C. Memio obtuvo el cargo de pretor, y acompañó á este mismo, en unión con el poeta Catulo y el gramático Curcio Nicetas, al gobierno de Bitinia: bien pronto, deseoso de entregarse completamente al estudio de los fenómenos de la Naturaleza y de la vida, regresó á Roma, donde, entristecido con el espectáculo que ofrecía la sociedad, agitada por mezquinos intereses, preocupaciones, odios, ambiciones desenfrenadas y guerras intestinas, vivió alejado en absoluto de las contiendas públicas hasta la edad de cuarenta y tres años en que murió. Eusebio de Cesarea cree que se (IV) suicidó, pero este parecer no descansa en ningún sólido fundamento". Es posible que siguiera una biografía recogida en alguna edición renacentista, muy generosas en datos (Solaro, 2000).

⁷⁸⁷ Una opinión similar expresaba el poeta inglés Joseph Addison (1672-1719) en un artículo publicado en el *The Guardian* (*Works*, 1722, IV núms. 115, 119 y 122). Allí Addison daba la razón a algunos humanistas italianos para quienes "if Lucretius had not been embarrassed with the difficulty of his matter, and a little led away by an affectation of antiquity, there could not have been anything more perfect than his Poem" (Gordon, 1985: 307).

... abundaron los poetas que utilizaron y fomentaron las supersticiones del paganismo, pero solamente Lucrecio las combatió con denuedo en forma poética y supo arrostrar con ese motivo las iras y el encono de los interesados en sostenerlas [...] Pero Lucrecio no quiso vender su adhesión ni aun siquiera su silencio al poder ó á la ignorancia, [...] aunque sabía que el llevar a cabo su empresa, por lo que esta perjudicaba á los intereses constituidos, había de ser blanco de toda clase de injuria y había de perder el reposo y la esperanza de todo bienestar; pues entonces, como ahora y siempre, los goces de la fortuna y los beneficios sociales estaban reservados al adulator envilecido y al defensor más ó menos ingenuo, pero interesado siempre, de las costumbres y de las instituciones dominantes. En Grecia y en Roma los poetas atendían en primer término á sus personales conveniencias; Lucrecio fué el único, sin duda, que sirvió desinteresadamente á la verdad; pudo estar equivocado; pero siempre fué sincero⁷⁸⁸.

Encomia los valores morales que encierra el poema, haciendo hincapié en su defensa de la justicia social y del progreso científico:

Ahí está su obra literaria: en ella se muestra como filósofo moralista, que no puede transigir con los vicios y con los dolores sociales creados al amparo de fantásticos dioses capaces para favorecer la hipocresía, la falsedad, la guerra, la injusticia, la opresión del fuerte sobre el débil; pero inútiles para el bien y para el progreso de la humanidad [...]

Elogia la modernidad de sus postulados científicos:

mucho de lo que Lucrecio afirmó –la composición atómica y porosidad de los cuerpos, las atracciones y repulsiones moleculares, la existencia de muchos mundos en el espacio infinito, las leyes constantes y eternas de la vida– probado está por la ciencia moderna.

⁷⁸⁸ En esta misma idea incidirá en su “Diálogo IX: las religiones” (*Temas de estudio*, pp. 222-23. Ejemplar BN 1/643442): “M. – Afirmando que nadie que conozca la historia de las religiones y de los dogmas, puede ser adicto sincero de ellos. Las religiones no son fruto de la reflexión ni del raciocinio, porque no encierran verdades demostradas ni demostrables; son, como ya he dicho, fruto de las impresiones sensoriales y de la ignorancia. Y me admira el hecho, aunque me lo explico, de que todos los individuos colocados en las alturas del poder y del privilegio, aun sin ser creyentes de ningún dogma, hayan menospreciado á los enemigos de doctrinas evidentemente falsas y de ritos de los que hoy podemos afirmar que representaban una explotación vil é inmoral. ¿Por qué se censura hoy á Epicuro, griego, y á Lucrecio, latino, cuando todos, sin distinción, estamos conformes que el paganismo de Grecia y de Roma, que ellos ridiculizan, eran un tejido de necedades y perfidias? ¿No deberíamos justamente admirarlos, porque supieron renunciar á todos los beneficios que les hubiera producido la fingida adhesión á las falsedades de que sus contemporáneos eran víctimas, cómplices ó explotadores?”

Recrimina enfáticamente la falsa opinión de que los epicúreos fuesen ateos y hedonistas, y recuerda que, al contrario, su doctrina inspiró a los Santos Padres de la Iglesia:

Jamás, jamás negaron Lucrecio ni otro alguno de los fieles discípulos de Epicuro, la existencia de un Supremo Principio de todo ser, origen de toda realidad y fundamento de todo conocer; pero en cambio, en la exposición de su doctrina se encuentran máximas de moral purísima que San Ambrosio y San Agustín copiaron, y que hicieron á Lucrecio lo mismo que á Epicuro, merecedores de honores divinos que los pueblos de la antigüedad le tributaron. ¿Dónde, en qué lugar, en qué sitio, con qué ocasión hizo consistir Lucrecio la felicidad humana en los deleites materiales, según han afirmado en los últimos tiempos, desde el cardenal Polignac y el abate Delille hasta nuestro eximio Castelar, y con éstos una caterva de hombres ignorantes con pretensiones de eruditos?

Y, por último, equipara el arte poético de Lucrecio al virgiliano, lo que es, de por sí, un valioso reconocimiento. Realza su expresividad y su serenidad, al tiempo que cita pasajes antológicos⁷⁸⁹:

La obra de Lucrecio consta de siete mil cuatrocientos treinta y un versos distribuidos en seis cantos ó libros, en los que hay descripciones bellísimas, cuadros maravillosos presentados con una fuerza de colorido y una riqueza de imágenes que arroban el ánimo: Solamente Virgilio puede ser comparado con Lucrecio; si aquel es más elegante, más armonioso, éste es más expresivo, más sereno; si el uno fascina la imaginación, el otro subyuga el entendimiento. El sacrificio de Ifigenia en el canto I; la ansiedad de la vaca abandonada que busca intranquila su novillo, en el canto II; las reprehensiones que la Naturaleza dirige al hombre temeroso de la muerte, en el tercer canto; las atrevidas é intraducibles descripciones eróticas del libro IV⁷⁹⁰; la formación de las sociedades en el libro V; los efectos del rayo, de las erupciones volcánicas y de la peste de Atenas en el libro VI son cuadros admirables, grandiosos, en que palpita la vida.

Esta presentación en sociedad de un poeta excelente e irreligioso, cuya traducción castellana había sido postergada más de un siglo, desde que San-

⁷⁸⁹ Inserta, como es tradicional, encomios de otros autores clásicos. En este caso, de Verg. *Georg.* II 490-92 y *Ov. Am.* I 15, 23-24.

⁷⁹⁰ De hecho, no traduce parte de los versos IV 1264 y 1265 por pudor (p. 230): “Y, por último, en los efectos de la fecundación influye la forma de realizarla; según dicen, esta es más eficaz *more ferarum quadrapedum ritu*, porque la eyaculación se facilita cuando el pecho femenino está inclinado y alzada la región lumbar”.

tiago Sáez hiciera la primera en 1785⁷⁹¹, no defrauda, en absoluto, las expectativas, sino que, incluso, las sobrepasa en audacia. Parece, además, dirigirse a un público liberal y krausopositivista que desea el avance científico, pero sin renunciar a la fe, de ahí su insistencia en que Lucrecio no niega la existencia de los dioses.

Para la traducción, Rodríguez-Navas se ayudó de varias versiones y comentarios extranjeros, como afirma en la *Nota*:

La versión que sigue á esta breve nota, es la primera que se hace en lengua castellana y contiene, sin duda, numerosos defectos. El traductor ha tenido, sin embargo, en cuenta para realizar su difícil empeño, los comentarios del filósofo inglés Creech, los estudios de Gassendi, las citas de Lagrange, las observaciones de Pongerville, la traducción de Marchetti, y las dos portuguesas de Lima Leitao y de Machado Ferraz⁷⁹².

Por entonces, la versión de Sáez era una anécdota bibliográfica y el supuesto único manuscrito de Marchena estaba en manos de Menéndez Pelayo, que preparaba la edición completa del sevillano. Con todo, extraña que Rodríguez-Navas no tuviera noticias, al menos, de la versión marcheniana y sí de las dos portuguesas aparecidas entre 1850 y 1853⁷⁹³. Afirma convencido que la suya es la primera. Llama igualmente la atención la riqueza de la bibliografía que utiliza, aunque fuera algo anticuada. Cuenta con los comentarios académicos de Creech y de Gassendi, al igual que Matías Sánchez, pero no tiene presente la edición fundamental de Lachmann. Una ausencia, tal vez, esperable, si pensamos en el aislamiento que sufría la universidad española. Casi nada podía saber Rodríguez-Navas del intenso debate filológico que los alemanes mantenían en torno al *DRN*.

Debió de gustar bastante, porque al año siguiente salió a la luz una segunda edición aumentada con un prólogo del político republicano Francisco Pi y Margall, amigo personal y de gran parecido físico (De Galaín, 1922: 41). Con todo, las tiradas de ambas ediciones no debieron de ser muy copiosas⁷⁹⁴. He aquí los datos de la segunda edición:

⁷⁹¹ Recordemos que la primera traducción impresa fue la francesa de Michel de Marolles (1650).

⁷⁹² Según la necrológica de De Galaín (1922: 39) Manuel Rodríguez-Navas había estudiado en Lisboa, Sevilla y Madrid.

⁷⁹³ Ambas en verso, la segunda (1853) del doctor Lima Leitão en dos volúmenes, que incluían los argumentos, notas e índices (Gordon, 1985: 217-18, núms. ref. 425-26). Encontramos, en efecto, muy pocas coincidencias entre las traducciones de Matías Sánchez -atribuida a Marchena- y de Rodríguez-Navas (*Cf.* Lucr. IV 966: *componere leges*, vertido por los dos como "interpretar las leyes").

⁷⁹⁴ Se conservan unos cincuenta ejemplares según los datos del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, de la Biblioteca Nacional, de las Bibliotecas Públicas del Estado y de la Red de Bibliotecas Universitarias.

- Manuel RODRÍGUEZ -NAVAS (1893): *Tito Lucrecio Caro. Naturaleza de las cosas. Versión en prosa del poema De rerum natura* por el doctor (2ª ed. aumentada con un prólogo de D. Francisco Pi y Margall⁷⁹⁵), Madrid: Agustín Avrial, Impr. de la Comp. de Impr. y Libreros, *San Bernardo*, 92. Teléfono 3.671.

Antes de comentar su traducción ofrecemos un ramillete de muestra:

“LA VACA DESHIJADA” (P. 74)	LUCR. II 352-66
Cuando en los templos, junto á los altares de los dioses, muere sacrificado el novillo de cuyo pecho palpitante corre sangre caliente, la madre, desamparada, recorre los bosques, y deja en el húmedo terreno grabada la huella de su pezuña herida, y escruta con indagadores ojos el espacio entero para ver si encuentra a su perdido hijo, y se detiene en los bosques, y de bramidos llena la selva umbrosa, y vuelve para el corral, y se queda inmóvil, atormentada por los recuerdos de su hijo: ni los tiernos pimpollos de los árboles, ni las hierbas adornadas con reluciente aljófar, ni los arroyos que corren entre amenas márgenes, le dan placer ni le hacen olvidar su tormento; otros novillos que saltan mientras alegres pastan, no le quitan su tristeza, porque ninguno de ellos es el que ella ansiosa busca.	nam saepe ante deum vitulus delubra decora turicremas propter mactatus concidit aras sanguinis expirans calidum de pectore flumen. at mater viridis saltus orbata peragrans 355 <i>linquit</i> humi pedibus vestigia pressa bisulcis, omnia convisans oculis loca si queat usquam conspicere amissum fetum, complectque querellis frondiferum nemus adsistens et crebra revisit ad stabulum desiderio perfixa iuvenci, 360 nec tenerae salices atque herbae rore vigentes fluminaque illa queunt summis labentia ripis oblectare animum subitamque avertere curam, nec vitulorum aliae species per pabula laeta derivare queunt animum cura que levare: 365 usque adeo quiddam proprium notumque requirit.
“LOS SUEÑOS” (PP. 217-20)	LUCR. IV 962-1036
Las cosas que más nos inquietan durante el sueño son las que constituyen especialmente nuestras habituales ocupaciones, las que más tiempo nos han entretenido, las que más han solicitado nuestra atención. Entonces el abogado instruye causas é interpreta leyes, el general trata de combates y de asaltos, el piloto lucha con el desencadenado viento y yo indago las causas del orden universal para enseñar a mis conciudadanos los secretos de la Naturaleza; otros hombres, en fin, mientras están dormidos, tienen la ilusión de varios estudios y de (218) artes varias. Aquellos que frecuentan los espectáculos públicos, durante mucho tiempo conservan como introducidos en su alma los simulacros de las impresiones recibidas en las fiestas á las que asistieron: ven reproducidos en su imaginación los mismos ejercicios, y aun en estado de vigilia se representan el bailarín que salta y mueve el flexible cuerpo, los acordes sonidos de la lira y el dulce lenguaje de las cuerdas; creen asistir á las mismas reuniones á que en alguna ocasión han concurrido y se figuran reproducidas las escenas que una vez presenciaron: ingranda es el poder que la voluntad crea, el uso desarrolla y el hábito afirma entre los individuos de la especie humana lo mismo que entre los animales!	Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret aut quibus in rebus multum sumus ante morati atque in ea ratione fuit contenta magis mens, in somnis eadem plerumque videmur obire; 965 causidici causas agere et componere leges, induperatores pugnare ac proelia obire, nautae contractum cum ventis degere duellum, nos agere hoc autem et naturam quaerere rerum semper et inventam patriis exponere chartis. 970 cetera sic studia atque artes plerumque videntur in somnis animos hominum frustrata tenere. et quicumque dies multos ex ordine ludis assiduas dederunt operas, plerumque videmus, cum iam destiterunt ea sensibus usurpare, 975 relicuas tamen esse vias in mente patentis, qua possint eadem rerum simulacra venire. per multos itaque illa dies eadem observantur ante oculos, etiam vigilantes ut videantur cernere saltantis et mollia membra moventis 980 et citharae liquidum carmen chordasque loquentis auribus accipere et consessum cernere eundem scenaeque simul varios splendere decores. usque adeo magni refert studium atque <i>voluntas</i>, et quibus in rebus consuerint esse operati 985

(Continúa)

⁷⁹⁵ Debió de haber una tirada de la edición del año 1892 ya con prólogo. De hecho, en la portada del ejemplar BN 2/52852, perteneciente al prologoísta (*ex libris: Francisco Pi y Margall. Abogado. Madrid*), aparece el año 1892, pero curiosamente su prólogo está cortado *ex professo*.

“LOS SUEÑOS” (PP. 217-20)	LUCR. IV 962-1036
Pueden verse caballos briosos que en profundo sueño sumidos se estremecen, se cubren de sudor, se mueven con inquietud y dan fuertes resoplidos, como si en su imaginación vieran expeditas las puertas del circo y desearan lanzarse por ellas en busca del premio de la victoria; no pocas veces se ven perros de caza que en sueño se agitan bruscamente, aullan, aspiran con ansia el aire como si buscaran el rastro de las fieras, y aun en ocasiones, al despertar en ese estado, corren detrás de los simulacros de ciervos que se figuran fugitivos, hasta que re- (219) cobran la posesión de los sentidos y se desvanecen sus errores; la mansa especie de los cachorros, acostumbrada al domicilio de sus dueños, de repente abre sus ojos, sacude el sopor que la embarga y asustada se pone de pié como si delante se le ofreciera un desconocido rostro del que tuviera que defenderse; porque tanto más incomodan las imágenes cuanto más ásperos son los elementos que las forman: por último, algunas aves, entregadas á sosegado sueño sin duda se figuran que otras rapaces se dirigen contra ellas para destruirlas entre sus garras y devorarlas en el acto, cuando de repente se lanzan presurosas en vuelo rápido y buscan refugio en los impenetrables bosques. ¡Y cuán variados movimientos agitan profundamente el alma humana! Mientras duermen, unos hombres combinan proyectos y realizan grandes empresas; otros dan batallas, vencen reyes, caen prisioneros: no pocos exhalan clamores, como si fueran degollados; muchos se quejan y profieren dolorosos gemidos, porque se imaginan que se hallan entre los dientes de una pantera ó que son despedazados por un león implacable; algunos se denuncian en sueños por faltas cometidas; éstos se creen ya esclavos de la muerte; aquellos se figuran que desde elevados montes son precipitados á un abismo (220) y se despiertan asustados y como fuera de juicio hasta que recobran lentamente su tranquilidad; un sediento piensa que se halla junto á un río ó a una amena fuente y que bebe el agua en abundantes sorbos; los niños, muchas veces bajo el sueño, se creen próximos á pila ó vasija conveniente, se levantan los vestidos y dejan escapar de su cuerpo líquidos sobrantes que manchan el magnífico esplendor de las bordadas estofas. También aquellos jóvenes para quienes empieza á surgir el vigor de la edad y á sus miembros da el cuerpo gérmenes fecundos ven simulacros de varia especie que representan figuras bellas de color y de forma, las cuales despiertan deseos y producen efusiones que dejan abundantes señales en las ropas.	non homines solum sed vero animalia cuncta. quippe videbis equos fortis, cum membra iacebunt, in somnis sudare tamen spirareque semper et quasi de palma summas contendere viris aut quasi carceribus patefactis †saepe quiete†. 990 venantumque canes in molli saepe quiete iactant crura tamen subito vocisque repente mittunt et crebro redducunt naribus auras. ut vestigia si teneant inventa ferarum, expergefactique secuntur inania saepe 995 cervorum simulacra, fugae quasi dedita cernant, donec discussis redeant erroribus ad se. at consueta domi catulorum blanda propago discutere et corpus de terra corripere instant, [iactant crura tamen subito vocisque repente 1000 mittunt et crebro redducunt naribus auras ut vestigia si teneant inventa ferarum expergefactique secuntur inania saepe] proinde quasi ignotas facies atque ora tuantur. et quo quaeque magis sunt aspera seminiorum, 1005 tam magis in somnis eadem saevire necessust. at variae fugiunt volucres pinnisque repente sollicitant divum nocturno tempore lucos, accipitres somno in leni si proelia pugnas edere sunt persectantes visaeque volantes. 1010 porro hominum mentes, magnis quae motibus edunt magna, itidem saepe in somnis faciuntque geruntque, reges expugnant, capiuntur, proelia miscent, tollunt clamorem, quasi si iugulentur, ibidem. multi depugnant gemitusque doloribus edunt 1015 et quasi pantherae morsu saevire leonis mandantur, magnis clamoribus omnia complent. multi de magnis per somnum rebu' loquuntur indicioque sui facti persaepe fuere. multi mortem obeunt. multi, de montibus altis 1020 ut qui praecipitent ad terram corpore toto, exterruntur et ex somno quasi mentibu' capti vix ad se redeunt permoti corporis aestu. flumen item sitiens aut fontem propter amoenum assidet et totum prope faucibus occupat anmem. 1025 puri saepe lacum propter si ac dolia curta somno devincti credunt se extollere vestem, totius umorem saccatum corpori' fundunt, cum Babylonica magnifico splendore rigantur. tum quibus aetatis freta primitus insinuatur 1030 semen, ubi ipsa dies membris matura creavit, conveniunt simulacra foris e corpore quoque nuntia praeclari voltus pulchrique coloris, qui ciet irritans loca turgida semine multo, ut quasi transactis saepe omnibu' rebu' profundant 1035 fluminis ingentis fluctus vestemque cruentent.

“EL AMOR APASIONADO” (PP. 223-34)	LUCR. IV 1105-32
Finalmente, cuando en la flor de la edad se unen dos amantes y el cariño los aproxima ante la presencia de Venus que preside fecundación femenina, se estrechan y se halagan como si quisieran ambos confundirse en una sola alma y en un solo cuerpo; crecen sus arrebatos amorosos y sus violentos ardores, que se resuelven en effluvis de delicias; pero los afanes que se amortiguan por la satisfacción renacen después de corta pausa; vuelven el mismo frenesí, el mismo furor y la misma rabia; los amantes anhelan llegar al fin que los atrae; pero no encuentran medio de extirpar el mal que padecen, hasta que desfallecidos caen agobiados por oculto fuego que los consume ó por dardo penetrante que los hiera. Añádase, además, que las fuerzas se consumen agotadas por anhelos eróticos; que se pasa la vida sujeta á ajena esclavitud; que se extingue la fortuna, y después se contraen deudas; que el crédito se pierde; que los deberes se olvidan; que se cae en la deshonra: se adquieren perfumes, lindo calzado procedente de Sición, joyas de oro y de verde esmeralda, ropas delicadas que se humedecen con el sudor de la persona amada; los bienes que los antepasados supieron juntar y legaron á sus herederos se disipan en fajas, tocas, estofas de Malta y de Cea, opíparos banquetes, dulces vinos, suaves perfumes, recreos, guirnaldas y coronas, [...]	denique cum membris collatis flore fruuntur 1105 aetatis, iam cum praesagit gaudia corpus atque in eost Venus ut muliebria conserat arva, adfigunt avide corpus iunguntque salivas oris et inspirant pressantes dentibus ora, nequiquam, quoniam nihil inde abraderere possunt 1110 nec penetrare et abire in corpus corpore toto; nam facere interdum velle et certare videntur; usque adeo cupide in Veneris compagibus haerent, membra voluptatis dum vi labefacta liquescunt. tandem ubi se erupit nervis collecta cupido, 1115 parva fit ardoris violenti pausa parumper. inde redit rabies eadem et furor ille revisit, cum sibi quid cupiant ipsi contingere quaerunt, nec reperire malum id possunt quae machina vincat: usque adeo incerti tabescunt volnere caeco. 1120 Adde quod absumunt viris pereuntque labore, adde quod alterius sub nutu degitur aetas, labitur interea res et Babylonia fiunt, languent officia atque aegrotat fama vacillans. †unguenta† et pulchra in pedibus Sicyonia rident 1125 scilicet et grandes viridi cum luce zmaragdi auro includuntur teriturque thalassina vestis adsidue et Veneris sudorem exercita potat. et bene parta patrum fiunt anademata, mitrae, interdum in pallam atque Alidensia Cique vertunt. 1130 eximia veste et victu convivio, ludi, pocula crebra, unguenta coronae sarta parantur,

“LA SOCIEDAD HUMANA” (P. 280)	LUCR. V 1009-27
Tan pronto como fué conocido el uso de las chozas, de las pieles y del fuego, y vivieron en mutuo consorcio una mujer y un hombre, y éstos saborearon las honestas delicias del matrimonio y vieron prole de ellos mismos formada, el linaje humano comenzó á adquirir suaves costumbres; el fuego permitió que se sobrellevaran las molestias del frío aquellos que ya no podían sufrir los rigores del invierno bajo la techumbre del cielo; Venus templó las rudezas y luego los hijos ablandaron fácilmente la dura índole de los padres: en esta situación se creó amistad entre los hombres que se habían establecido en lugares inmediatos, y fruto de ella fué el respeto mutuo y la protección concedida á la debilidad de las mujeres y de los niños, pues con voces inarticuladas y con gestos debieron de convenir en que la conmiseración por conveniencia de todos se debía otorgar á la flaqueza. Sin duda alguna este último acuerdo no fué general, pero innegablemente fué observado con lealtad por los más y los mejores, pues de lo contrario la raza humana se hubiera extinguido y no habría llegado hasta nuestros días.	Inde casas postquam ac pellis ignemque pararunt, et mulier coniuncta viro concessit in unum * cognita sunt, prolemque ex se videre creatam, tum genus humanum primum mollescere coepit. ignis enim curavit ut alsia corpora frigus 1015 non ita iam possent caeli sub tegmine ferre, et Venus imminuit viris puerique parentum blanditiis facile ingenium fringere superbum. tunc et amicitiam coeperunt iungere aventes finitimi inter se nec laedere nec violari, 1020 et pueros commendarunt muliebrique saeculum, vobis et gestu cum balbe significarent imbecillorum esse aequum misererier omnis. nec tamen omnimodis poterat concordia gigni, sed bona magna pars servabat foedera caste; 1025 aut genus humanum iam tum foret omne peremptum nec potuisset adhuc perducere saecula propago.

La versión de Rodríguez-Navas es una paráfrasis bien redactada, apenas amplificada y con ciertas aspiraciones estéticas. En resumidas cuentas, como dice García Calvo (1997: 18), una “honesta traducción”. En el trasiego de los versos a la prosa (Lausberg, 1991 II: 408, § 1100.1 *versus solve*) rompe hipérbatos y deshace el tejido retórico a fin de que el texto resulte directo y

claro. Procura, con todo, conservar algún ropaje poético y no ser prosaico en exceso, de ahí que elimine algunos epítetos (a) y añada otros de su musa (b), a veces, menos elegantes:

- a. II 352 *decora* / II 353 *turicremas* / II 355 *viridis* / V 1019 *aventes*
b. II 356 *herida* / II 357 *indagadores* / V 1054 *suaves* / V 1022 *inarticuladas*

Trata asimismo de simplificar la sintaxis, por lo que suprime conjunciones (II 355 *at* / V 1014 *tum*) y reordena los períodos de manera más sencilla, como es el caso en IV 962-65:

Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret
aut quibus in rebus multum sumus ante morati
atque in ea ratione fuit contenta magis mens,
in somnis eadem plerumque videmur obire;

Las cosas que más nos inquietan durante
el sueño son las que constituyen
especialmente nuestras habituales
ocupaciones, las que más tiempo nos han
entretenido, las que más han solicitado
nuestra atención.

En IV 987-90 apreciamos un *modus operandi* parecido, pues sustituye la hipotaxis de los versos mediante una prosa paratáctica:

quippe videbis equos fortis, cum membra iacebunt,
in somnis sudare tamen spirareque semper
et quasi de palma summas contendere viris
aut quasi carceribus patefactis †saepe quiete†.

Pueden verse caballos briosos que
en profundo sueño sumidos se
estremecen, se cubren de sudor,
se mueven con inquietud y dan
fuertes resoplidos, como si en su
imaginación vieran expeditas
las puertas del circo y desearan
lanzarse por ellas en busca del
premio de la victoria;

Acostumbra también a trasladar libremente los hexámetros latinos mediante perífrasis que solo tienen en cuenta el sentido, como en los siguientes versos:

II 359-60 *adsistens et crebra revisit / ad
stabulum desiderio perfixa iuveni*

y vuelve para el corral, y se queda inmóvil,
atormentada por los recuerdos de su hijo

IV 969-70 *nos agere hoc autem et naturam
quaerere rerum / semper et inventam patriis
exponere chartis.*

y yo indago las causas del orden universal
para enseñar a mis conciudadanos los
secretos de la Naturaleza.

IV 984-86 *usque adeo magni refert
studium atque voluntas, / et quibus in rebus
conserint esse operati / non homines solum
sed vero animalia cuncta.*

igrande es el poder que la voluntad crea, el
uso desarrolla y el hábito afirma entre los
individuos de la especie humana lo mismo
que entre los animales!

En ocasiones ni es preciso ni sutil al buscar la acepción más correcta de los términos, de manera que traiciona las imágenes y, con ellas, la fuerza visual del texto lucreciano. Vierte, por ejemplo, *orbata* (II 355) como “desamparada”, en lugar de “deshijada”, que ya adoptara atinadamente Matías Sánchez, pues la voz designa a los padres que han perdido a sus hijos. Traduce el sintagma *summis ripis* (II 362) “entre amenas márgenes”, cuando dibuja, más bien, unas riberas rebosantes de agua, y la expresión *citharae liquidum carmen* (IV 981) como “los acordes sonidos de la lira”, cuando venía a la pluma el “límpido canto de la cítara”, si no, incluso, el “líquido sonido de la cítara”, ya que los arpeggios de cuerda parecen imitar el rumor del agua.

Como hiciera Marchetti con los pasajes más sensuales y proscritos por los moralistas del libro IV, Rodríguez-Navas dulcifica el erotismo y la obscenidad para no herir las sensibilidades, advirtiéndoselo al lector con una nota a la altura del verso IV 1036⁷⁹⁶. Escribe, así, multitud de cándidos circunloquios que, unas veces, oscurecen los tecnicismos médicos y, otras, enfrían las alegorías libidinosas, cuando no explícitas imágenes, con que Lucrecio describió la mecánica del amor, como podemos comprobar en estos párrafos:

IV 1030-31 tum quibus aetatis freta primum
insinuatur / semen [...]

También aquellos jóvenes para quienes
empieza á surgir el vigor de la edad y á
sus miembros da el cuerpo **gérmenes
fecundos**, [...]

IV 1106-9 iam cum praesagit gaudia corpus
/ atque in eost Venus ut muliebria conserat
arva, / adfigunt avidae corpus iunguntque
salivas / oris et inspirant pressantes dentibus
ora [...]

y el cariño los aproxima **ante la presencia
de Venus que preside fecundación
femenina**, se estrechan y se halagan como
si quisieran ambos confundirse en una
sola alma y en un solo cuerpo; crecen sus
arrebatos amorosos y sus violentos ardores,
que se resuelven en efluvios de delicias;

IV 1127-28 teriturque thalassina vestis /
adsidue et Veneris sudorem exercita potat.

ropas delicadas que se humedecen con el
sudor de la persona amada;

Aunque puntualmente no fuera muy fidedigna a la letra y estuviera adaptada parcialmente, la versión de Rodríguez-Navas era fiel casi en la totalidad al texto y al pensamiento epicúreo, que transmitía de manera clara y directa. Estas cualidades debieron de favorecer su éxito editorial y seguramente ani-

⁷⁹⁶ Nota del traductor: “Desde este punto hasta el final del canto cuarto Lucrecio trata un asunto muy difícil, con una viveza de expresión poco grata para las exigencias de nuestra cultura. El traductor se ha visto obligado á velar algunas frases y á rodear de obscuridad algunos pensamientos del autor”.

mar a Menéndez Pelayo para publicar la versión apócrifa del abate Marchena, que salió cuatro años más tarde.

6. 7. *Traducciones parciales*

Nacido en Santander en el seno de una familia tradicionalista con ribetes progresistas, Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) era primogénito de un catedrático de Matemáticas de instituto que dio pronto muestras de gran talento filológico. A los 20 años redactaba la *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid, 1880-1881)⁷⁹⁷ y a los veintidós ganaba la cátedra de Literatura Española de la Universidad Central⁷⁹⁸. Ideológicamente militó en el neocatolicismo, al que sirvió eficazmente de joven defendiendo a la Inquisición española de las acusaciones de ser, según la leyenda negra, más severa que en el resto de Europa. Con los años su radicalismo se atemperaría hasta caer en cierto escepticismo. Se mostró siempre enemigo del epicureísmo en el plano teológico, si bien esto no fue óbice para que en el literario tradujera a Lucrecio, editara la supuesta traducción del “abate” Marchena y se entusiasmará con Horacio (MLE VII: 981-86). Ya mientras estudiaba en Barcelona Filosofía y Letras, escribió poesías colmadas de clasicidad y, de hecho, su tesis, escrita a los diecinueve años, versó sobre *La novela entre los latinos* (1875). Y, según refiere su biógrafo, Sánchez Reyes, tenía intención de comentar a todos nuestros poetas auriseculares, apuntando los ecos, las alusiones y las reminiscencias grecolatinas (MLE VII: 994). Su *Bibliografía hispano-latina clásica* fue, en la práctica, el fruto de aquel proyecto colosal, que en la edición del C.S.I.C. (Sánchez Reyes, 1950-1953) abarca diez volúmenes de tradición clásica en España, incluidas traducciones suyas de Esquilo, Virgilio, Ovidio, Prudencio y esta lucreciana del himno a Venus (Sánchez Reyes, 1951 VII: 96-99):

⁷⁹⁷ Recuerda Vidal (2004: 98) en su biografía de Joaquim Balcells, traductor catalán del *DRN*, que “Menéndez y Pelayo els acollí (sc. a Balcells y a Bosch Gimpera) amb gran gentilesa i els invità a les seves tertúlies del diumenge a l’Acadèmia de la Història, on ell vivia. Era el moment en que estava redactant el volum que havia de servir d’introducció a la seva *Historia de los heterodoxos españoles* i estava en la plenitud de la seva vida intel·lectual. A Bosch i a Balcells els preguntava sobre els seus treballs i els parlava de literatura grega i d’altres aspectes del classicisme”. Balcells publicaria en 1923 la primera edición en España de Lucrecio e inauguraría la colección “Bernat Metge”. Lucrecio influiría en el poeta surrealista Josep Vicenç Foix (1893-1987) gracias a su traducción (Miralles, 1996: 477-86). Para la traducción y el establecimiento del texto lucreciano en su edición, cf. Espluga (2019: 37-49).

⁷⁹⁸ Asistió a las clases de Literatura Latina de Alfredo Adolfo Camús durante el curso 1873-74, aunque no como alumno oficial. Dejó también estampa de las mismas en el “Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1889 a 1890” (García Jurado, 2008: 107).

“ALMA AFRODITA”	LUCR. I 1-101
Alma Afrodita, del Romano madre, Deleite de los hombres y de los dioses, Que haces fecundo el mar de naves lleno, Y el suelo colmas de preciados frutos: Por ti todo animal es concebido⁵ Y a la lumbre solar abre sus ojos; Vientos y nubes tu presencia esquivan; Flores te rinde la dedálea tierra; A ti las olas de la mar sonríen, Y en más puro esplendor bañas el cielo. 10 Pues apenas la alegre primavera De nuevo trae sus halagüeños días, Y recobra su anhélito fecundo El aura de Favonio engendradora, De amor heridas las volantes aves 15 Te anuncian, Diosa, en armoniosos cantos, Salta en los pastos mugidor el toro Y en pos de la novilla enardecido Se lanza a rapidísima corriente. Toda especie animal presa en tus lazos 20 Sigue veloz el curso que la trazes, Y en montes, mares, desbordados ríos, En verdes campos, en frondosos bosques, Haces, de amor hiriendo todo pecho, Que las generaciones se propaguen. 25 Sola el imperio de natura riges, Sola los seres sin cesar produces; Nada nace sin tí, nada se engendra, Ni es nada alegre ni gracioso nada. Tú, pues, benigna, mi cantar inspira; 30 Tú me revelas el natural arcano. Logre la ciencia iluminar a Memmio, A quien tú, diosa, con celestes dones Ornaste siempre. Eterna gracia dame Y nueva vida infunde a mis acentos. 35 Descansen en la tierra, mientras canto, Descansen en el mar las roncadas armas. Tú sola conceder a los mortales Puedes la dulce paz; rige la liza El sanguinario Marte armipotente, 40 Que tal vez al amor rinde su cuello, Y busca y ciñe tus hermosos brazos, Dobla en tu seno la cerviz enhiesta Y en tí fija insaciable la mirada, Sin respirar, pendiente de tus labios. 45 Mientras tus sacros miembros le sostienen, Inclínate hacia él, y en voz melosa La dulce persuasión vierte en su alma; Pídele paz para el romano pueblo, Pues ni puedo cantar en la tormenta 50 Que a mi patria infeliz aflige tanto, Ni abandonarla en tal peligro debe De Memmio la preclara descendencia. Libre un momento, Memmio, de cuidados, Con atención escucha mis razones; 55 Entiéndelas primero que desprecies Mi ofrenda largamente elaborada. Yo cantaré el sistema de los cielos, La razón de los Dioses, el principio De todo ser, de dó Natura crea 60	Aeneadum genetrix, hominum divumque voluptas, alma Venus, caeli subter labentia signa quae mare navigerum, quae terras frugiferentis concelebras, per te quoniam genus omne animantum concipitur visitque exortum lumina solis: 5 te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus summittit flores, tibi rident aequora ponti placatumque nitet diffuso lumine caelum. nam simul ac species patefactast verna diei 10 et reserata viget genitabilis aura favoni, aeriae primum volucres te, diva, tuumque significant initum percussae corda tua vi. inde ferae pecudes persultant pabula laeta [15] et rapidos tranant amnis: ita capta lepore 15[14] te sequitur cupide quo quamque inducere pergis. denique per maria ac montis fluviosque rapacis frondiferasque domos avium camposque virentis omnibus incutiens blandum per pectora amorem efficis ut cupide generatim saecula propagent. 20 quae quoniam rerum naturam sola gubernas nec sine te quicquam dias in luminis oras exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam, te sociam studeo scribendis versibus esse, quos ego de rerum natura pangere conor 25 Memmiadae nostro, quem tu, dea, tempore in omni omnibus ornatum voluisti excellere rebus. quo magis aeternum da dictis, diva, leporem. effice ut interea fera moenera militai per maria ac terras omnis sopita quiescant. 30 nam tu sola potes tranquilla pace iuvare mortalis, quoniam belli fera moenera Mavors armipotens regit, in gremium qui saepe tuum se reicit aeterno devictus vulnere amoris, atque ita suspiciens tereti cervice reposta 35 pascit amore avidos inhians in te, dea, visus, eque tuo pendet resupini spiritus ore. hunc tu, diva, tuo recubantem corpore sancto circumfusa super, suavis ex ore loquellas funde petens placidam Romanis, incluta, pacem. 40 nam neque nos agere hoc patriai tempore iniquo possumus aequo animo nec Memmi clara propago talibus in rebus communi desse saluti. omnis enim per se divum natura necessest immortali aevo summa cum pace fruatur 45 semota ab nostris rebus seiunctaque longe. nam privata dolore omni, privata periclis, ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri, nec bene promeritis capitur nec tangitur ira. * Quod superest, vacuas auris <animumque sagacem> 50 semotum a curis adhibe veram ad rationem, ne mea dona tibi studio disposta fidei, intellecta prius quam sint, contempta relinquant. nam tibi de summa caeli ratione deumque disserere incipiam et rerum primordia pandam, 55 unde omnis natura creet res auctet alatque quove eadem rursum natura perempta resolvat, quae nos materiem et genitalia corpora rebus reddunda in ratione vocare et semina rerum appellare suemus et haec eadem usurpare 60

“ALMA AFRODITA”	LUCR. I 1-101
Y acrece y alimenta toda cosa, Cómo sus formas sin cesar destruye, Qué es <i>cuerpo engendrador</i>, qué es la <i>materia</i>, Qué son <i>principios</i> ó <i>átomos primeros</i> De donde todo ser ha procedido. 65 Por qué en perpetua paz inalterable De su inmortalidad gozan los Dioses Lejos del mundo nuestro y sus dolores, Exentos de temor y de peligro, Y por su propia esencia poderosos, 70 Sin que les rinda la virtud humana, Ni el crimen llegue a provocar su ira. Cuando oprimió la tierra el fanatismo, Que alzando su cabeza entre la nubes Al tímido mortal amenazaba 75 Con aspecto feroz, un varón griego En él osó clavar mortales ojos. No le aterró la fama de los Dioses, Ni el rayo de la nubes descendido, Ni la mugiente voz del ronco trueno; 80 Antes ardiendo su ánimo invencible En vivo anhelo de romper las puertas Del alcázar cerrado de Natura, Con gigantesco paso veloz corre Más allá de los muros inflamados 85 Del mundo: con su mente soberana Cruzó la inmensidad, y victorioso Supo el misterio al fin de la existencia, Cómo pueden nacer todos los seres, Cómo su esencia a su poder limita. 90 Él vio a sus plantas el error hollado, ¡Nos iguala a los Dioses la victoria! Mas temo, caro Memmio, que me acuses Porque de la impiedad trazo el camino; Tal vez recelará que al crimen lleve 95 La afirmación valiente de Epicuro. Por el contrario, religión mentida ¡A cuánto de maldad abrió la puerta! Recuerda cuando en Aulide tiñeron De Diana el ara en sangre de Ifigenia 100 Los reyes de los griegos conjurados, La flor de los guerreros de la Acaya. Cuando ceñidos con nupciales vendas, Que por ambas mejillas descendían, De la virgen hermosa los cabellos, Triste a su padre vió junto a las aras, 105 Vio al sacrificador que el hierro esconde Y al pueblo en torno, en lágrimas bañado. De espanto muda, la rodilla en tierra Cual suplicante, ¿para qué sirvióla Al rey de reyes dar nombre de padre? 110 Por varoniles manos arrastrada Trémula al ara fué, no cual debiera En la sagrada pompa de Himeneo, Sino doncella, en el feliz instante En que iba Amor a desatar su zona 115 Fué por su padre víctima inmolada Para a las naves dar viento propicio. ¡Tanta maldad la religión persuade!	corpora prima, quod ex illis sunt omnia primis. Humana ante oculos foede cum vita iaceret in terris oppressa gravi sub religione quae caput a caeli regionibus ostendebat horribili super aspectu mortalibus instans, 65 primum Graius homo mortalis tollere contra est oculos ausus primusque obsistere contra, quem neque fama deum nec fulmina nec minitanti murmure compressit caelum, sed eo magis acrem irritat animi virtutem, effringere ut arta 70 naturae primus portarum claustra cupiret. ergo vivida vis animi pervicit, et extra processit longe flammantia moenia mundi atque omne immensum peragravit mente animoque, unde refert nobis victor quid possit oriri, 75 quid nequeat, finita potestas denique cuique quanam sit ratione atque alte terminus haerens. quare religio pedibus subiecta vicissim obteritur, nos exaequat victoria caelo. Illud in his rebus vereor, ne forte rearis 80 Impia te rationis inire elementa viamque indugredi sceleris. quod contra saepius illa religio peperit scelerosa atque impia facta. Aulide quo pacto Triviai virginis aram Iphianassai turparunt sanguine foede 85 ductores Danaum delecti, prima virorum. cui simul infula virgineos circumdata comptus ex utraque pari malarum parte profusast, et maestum simul ante aras adstare parentem sensit et hunc propter ferrum celare ministros 90 aspectuque suo lacrimas effundere civis, muta metu terram genibus summissa petebat. nec miserae prodesset in tali tempore quibat, quod patrio princeps donarat nomine regem. nam sublata virum manibus tremibundaque ad aras 95 deductast, non ut sollemni more sacrorum perfecto posset claro comitari Hymenaeo, sed casta incestu nubendi tempore in ipso hostia concideret mactatu maesta parentis, exitus ut classi felix faustusque daretur. 100 tantum religio potuit suadere malorum.

Menéndez Pelayo quiso trasegar cada verso latino en uno castellano, quizás por su convicción, muy propia de la mentalidad positiva, de que solo de esta manera era fiel y más elegante. Casi cumple la ecuación⁷⁹⁹, pero la obsesión por este criterio le obliga a omitir palabras e incluso frases, con lo que su versión resulta menos florida que el original. Así y todo, su ejecución en endecasílabos blancos es, a nuestro entender, excelente.

Ya en los primeros versos podemos observar la poda (en cursiva):

Alma Afrodita, del Romano madre,
Deleite de los hombres y de los dioses,
Que haces fecundo el mar de naves lleno,
Y el suelo colmas de preciados frutos:
Por ti todo animal es concebido⁵
Y a la lumbré solar abre sus ojos;
Vientos y nubes tu presencia esquivan;
Flores te rinde la dedálea tierra;

Aeneadum genetrix, hominum divumque
voluptas, / alma Venus, *caeli subter*
labentia signa / quae mare navigerum,
quae terras frugiferentis / concelebras,
per te quoniam genus omne animantum /
concipitur visitque exortum lumina solis: 5 /
te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli /
adventumque tuum, tibi *suavis* daedala
tellus / summittit flores,

Otras veces, no obstante, añade de su musa imágenes nuevas (*amplificatio*):

Salta en los pastos *mugidor el toro*
Y en pos de la novilla enardecido
Se lanza a rapidísima corriente.
Toda especie animal *presa en tus lazos* 20
Sigue veloz el curso que la trases,

inde ferae pecudes persultant pabula laeta
[15] /et rapidos tranant amnis: ita capta
lepore 15[14] / te sequitur cupide quo
quamque inducere pergis.

Antes ardiendo su ánimo invencible 75
En vivo anhelo de romper las puertas
Del *alcázar* cerrado de Natura [...]

... sed eo magis acrem
inritat animi virtutem, effringere ut arta 70
naturae primus portarum claustra cupiret.

Respetar los resortes retóricos del himno como la *aretalogía* (“Du-Stil”) de Lucr. I 21-23:

Sola el imperio de natura riges,
Sola los seres sin cesar produces;
Nada nace *sin ti*, nada se engendra,
Ni es nada alegre ni gracioso nada.
Tú, pues, benigna, mi cantar inspira; 30

quae quoniam rerum naturam *sola* gubernas
/ nec *sine te* quicquam dias in luminis oras
/ exoritur neque fit laetum neque amabile
quicquam, / *te* sociam studeo scribendis
versibus esse,

⁷⁹⁹ Agustín García Calvo (1997) la cumple a rajatabla utilizando versos de 12 a 17 sílabas, que son respectivamente el mínimo y máximo silábico del hexámetro latino. Consigue, además, verterlos en rima asonante (Traver, 2000b: 51).

En algunos versos el santanderino dulcifica los duros reproches de Lucrecio a la religión:

Él vio a sus plantas el *error hollado*, 91
¡Nos iguala a los Dioses la victoria!

quare religio pedibus subiecta vicissim 78
obteritur, nos exaequat victoria caelo.

Por el contrario, *religión mentida* 97
¡A cuánto de maldad abrió la puerta!

... quod contra saepius illa 82
religio peperit scelerosa atque impia facta.

Se trata, en resumidas cuentas, de una *interpretatio* fiel y elegante que transpone casi todo el contenido y las *figurae* del original.

El escritor y político colombiano, de talante liberal, Antonio José Restrepo (1855-1933) destacó por sus dotes oratorias y conocimientos de Derecho Internacional. Fue redactor de los periódicos *La República*, *El Heraldo* y *El Estado*. Entre sus obras en prosa destacan *El moderno imperialismo* (1921), *Prosas medulares* (Barcelona, 1929) y *Los capuchinos del Caroni* (1887. Cf. EUI L: 1349). En 1899 publicó sus *Poesías originales y traducciones poéticas*, con un prólogo de Juan de D. Uribe y una carta-prefacio de M. Ed. Haraucort (Lausana. Imprenta Georges Bridel et C^a), donde aparecía una versión de Lucrecio V 1160-1239 (pp. 307-312) bajo el epígrafe “Los dioses. Al señor doctor José María Rojas Garrido”. Fue compilada parcialmente por Menéndez Pelayo (1951: 93-96) en su *Bibliografía hispano-latina clásica*. Dice así:

“LOS DIOSSES”	LUCR. V 1161-239
... Digamos ya qué error ignominioso Impuso de los Dioses la existencia A los débiles hombres. Qué prestigio Levantó esos piadosos monumentos; Transmitió a las naciones esos cantos 5 Misteriosos y extraños; esas pompas; Ese grande espectáculo, en que el vulgo, Al través del incienso vaporoso, Sueña ver su destino de ultratumba... En la noche del tiempo y los errores 10 Investiguemos con paciencia y calma, Cómo el hombre infeliz se hizo vasallo De la misma obra que abortó su mente, Y de los Dioses tributario humilde, Pobló la tierra por doquier de altares... 15 El hombre de los tiempos primitivos, Tímido y receloso, en la espesura Del bosque y de las grutas en el antro, Creyó ver de fantasmas errabundos Aparecer la imagen gigantesca 20 Súbito ante sus ojos conturbados; Y en las creaciones con que suele el sueño Deslumbrar del que duerme los sentidos, Los vió otra vez, en su delirio infausto, Ataviados con pompa soberaba: 25	Nunc quae causa deum per magnas numina gentis pervulgarit et ararum compleverit urbis suscipiendaeque curarit sollemnia sacra, quae nunc in magnis florent sacra rebu' locisque, unde etiam nunc est mortalibus insitus horror, 1165 qui delubra deum nova toto suscitât orbi terrarum et festis cogit celebrare diebus, non ita difficilè rationem reddere verbis. quippe etenim iam tum divum mortalia saecla egregias animo facies vigilante videbant 1170 et magis in somnis mirando corporis auctu. his igitur sensum tribuebant propterea quod membra movere videbantur vocesque superbas mittere pro facie praeclara et viribus amplis. aeternamque dabant vitam, quia semper eorum 1175 suppeditabatur facies et forma manebat, et tamen omnino quod tantis viribus auctos non temere ulla vi convinci posse putabant. fortunisque ideo longe praestare putabant, quod mortis timor haut quemquam vexaret eorum, 1180 et simul in somnis quia multa et mira videbant efficere et nullum capere ipsos inde laborem. praeterea caeli rationes ordine certo et varia annorum cernebant tempora verti nec poterant quibus id fieret cognoscere causis. 1185

“LOS DIOSSES”	LUCR. V 1161-239
De la suma belleza la aureola Irradiaba en su frente; su palabra A la tierra bajaba desde el cielo. Sorprendido en el sueño, tanta gloria, Aquella majestad, nunca sentida, 30 Humillaron al hombre, y respetuoso Doblegó ante ellos la cerviz nervuda. Y como luego aquel aspecto grave Y tan nobles facciones renacían Constantemente en su primera forma; 35 Pensó el ánima ignara de los hombres Que, armado el brazo de un poder eterno, Los moradores del celeste empero Árbitros eran de la suerte varia: Que, libres de cuidados enojosos, 40 De nuestros vanos miedos y pesares, Almo placer la retemplada copa De una vida inmortal daba á sus labios... Admiró, sobre todo, las proezas Que sus terribles manos, con moverse, 45 Ejecutaban en el orbe inmenso. No pudo concebir la mente humana El orden y armonía de la esfera, El cambio de estaciones, y el prodigio De su fecundidad... El cielo en tanto 50 Tachonado de soles misteriosos, Parecía ocultar bajo sus nubes Dioses sin fin, que, reyes de Natura, Dueños del rayo y del fragor del trueno, Con la mirada nos darían la vida, 55 O con el pié quebrantarían la tierra. Hacia el centro inflamado de los astros Su palacio eternal les fué erigido: Es allá donde el día, entre torrentes De viva luz, su carro nueve y gira; 60 De la sombría noche los fanales Muestran allí su faz esplendorosa; Allá la nube sus entrañas hinche; El vivaz meteoro allá se enciende; Y el granizo, y los vientos, las tormentas 65 Y el pavoroso rayo, de los Dioses La ira proclaman á la tierra muda... ¡Hombres infortunados! Ved la estirpe De esos espurios hijos del engaño. ¡Cruel herida abierta en vuestro pecho! 70 ¡Fuente ominosa de abundantes lágrimas Que anegará también á vuestros hijos! ¡Ah! la austera razón, la piedad misma ¿Se arrastrarán gimiendo por los atrios, Y cansarán con votos importunos 75 A los reyes magníficos del cielo, Rociando sangre al pie de sus altares? ¡Oh!, no; inunca jamás! El sabio justo, Contra los golpes de fortuna adversa Opondrá una alma vigorosa y libre. 80 El vulgo... el vulgo, cuando el cuello corvo Yergue asustando al ancho firmamento, Y contempla de innúmeras estrellas La faz radiosa e invariable curso, Siente menguado el ánimo: secreto 85	ergo perfugium sibi habebant omnia divis tradere et illorum nutu facere omnia flecti. in caeloque deum sedes et templa locarunt, per caelum volvi quia nox et luna videtur, luna dies et nox et noctis signa severa 1190 noctivagaeque faces caeli flammaeque volantes, nubila sol imbres nix venti fulmina grandio et rapidi fremitus et murmura magna minarum. O genus infelix humanum, talia divis cum tribuit facta atque iras adiunxit acerbas! 1195 quantos tum gemitus ipsi sibi, quantaque nobis vulnera, quas lacrimas peperere minoribu' nostris! nec pietas ullast velatum saepe videri vertier ad lapidem atque omnis accedere ad aras nec procumbere humi prostratum et pandere palmas 1200 ante deum delubra nec aras sanguine multo spargere quadrupedum nec votis nectere vota, sed mage pacata posse omnia mente tueri. nam cum suspicimus magni caelestia mundi templa super stellisque micantibus aethera fixum, 1205 et venit in mentem solis lunaeque varium, tunc aliis oppressa malis in pectora cura illa quoque expergefactum caput erigere inquit, nequae forte deum nobis immensa potestas sit, vario motu quae candida sidera verset. 1210 temptat enim dubiam mentem rationis egestas, ecquaenam fuerit mundi genitalis origo, et simul ecquae sit finis, quoad moenia mundi solliciti motus hunc possint ferre laborem, an divinitus aeterna donata salute 1215 perpetuo possint aevi latentia tractu inmensi validas aevi contemnere viris. praeterea cui non animus formidine divum contrahitur, cui non correput membra pavore, fulminis horribili cum plaga torrida tellus 1220 contremat et magnum percurrunt murmura caelum? non populi gentesque tremunt, regesque superbi corripiunt divum percussi membra timore, nequod ob admissum foede dictumve superbe poenarum grave sit solvendi tempus adactum? 1225 summa etiam cum vis violenti per mare venti induperatorem classis super aequora verrit cum validis pariter legionibus atque elephantis, non divum pacem votis adit ac prece quaesit ventorum pavidus paces animasque secundas, 1230 nequiquam, quoniam violento turbine saepe corruptus nihilo fertur minus ad vada leti? usque adeo res humanas vis abdita quaedam obterit et pulchros fascis saevasque securis proculcare ac ludibrio sibi habere videtur. 1235 denique sub pedibus tellus cum tota vacillat concussaue cadunt urbes dubiaeque minantur, quid mirum si se temnunt mortalia saecula atque potestates magnas mirasque relinquant in rebus viris divum, quae cuncta gubernent? 1240

“LOS DIOSSES”	LUCR. V 1161-239
Espanto sobrecoge sus sentidos, Y, presa del dolor, la vida pasa. Pregunta entonces ¿qué ambiciosa mano Rige á Naturaleza y mueve el orbe? El siempre ingrato miedo, la punzante 90 Inquietud, que se ocultan en su pecho, Impiden á su mente asombradiza Del universo y sus marcadas leyes Inquirir la razón por el estudio. En ese todo que uniforme rueda, 95 Y que atónito mira, ve una hechura De artífice ignorado, mas divino. Averigua su origen, nada entiende; Su fin presume, y alelado calla. La máquina contempla imperturbable 100 Mecerse sobre el caos... ¿Será eterna Esta creación de Dioses? ¿ó al abismo Conmigo rodará de un gran sepulcro De otros mundos osario? <i>Velut umbra...</i> Hoy mismo, en esta edad ¿cuántos no lloran 105 La cólera del Dios de la venganza, Cuando del rayo poderoso empuje Hace temblar los quicios del planeta? Los pueblos han temblado: los monarcas, El ánima medrosa, de rodillas 110 Y de sus vicios la cadena horrible La hora del castigo y de la afrenta En el reloj del tiempo les señala... Cuando el aliento de huracán bravío Rompe las olas de la mar profunda, 115 Las prepotentes quillas, desbordando De guerreros audaces, de elefantes, Todo se abisma en los hirvientes senos. El piloto espantado, la venganza Teme del cielo, que irritó en mal hora, 120 Y á grandes gritos protección impetra. La abierta boca del escollo mira, El miedo hiela su convulsa mano... Provocaba la guerra, el miserable! Y no sabe morir sin dar gemidos... 125 Cuando la tierra, en fin, de sus entrañas Torbellinos de lava incandescente Al cielo arroja, y crujen nuestros muros; El hombre temeroso, amenazado De peligros sin cuento, como ignora 130 Qué poder, qué señor, ardiendo en ira Medita el fin del orbe estremecido, Angustiado proclama y reverente El poder infinito de los Dioses...	

Restrepo sigue el hilo argumental más que la película iconográfica, porque adapta libremente el pasaje lucreciano (*imitatio*). Utiliza para ello el endecasílabo, un metro de longitud inferior al hexámetro y, por tanto, claramente insuficiente. Si Menéndez Pelayo logró a base de supresiones cumplir muchas veces la equivalencia un hexámetro un endecasílabo, Restrepo se explaya, en cambio, hasta emplear dos endecasílabos para un hexámetro, como podemos comprobar en este fragmento:

El hombre de los tiempos primitivos,	quippe etenim iam tum divom mortalia saecla
Tímido y receloso, en la espesura	egregias animo facies vigilante videbant 1170
Del bosque y de las grutas en el antro,	et magis in somnis mirando corporis auctu.
Creó ver de fantasmas errabundos	
Aparecer la imagen gigantesca 20	
Súbito ante los ojos conturbados;	

Al competir con el original, redistribuye, suprime y, sobre todo, añade imágenes de cosecha propia (en cursiva):

Hacia el <i>centro inflamado de los astros</i>	in caeloque deum sedes et templa locarunt,
Su palacio eternal les fué erigido:	/ per caelum volvi quia nox et luna videtur,
Es allá donde el día, entre <i>torrentes</i>	/ luna dies et nox et noctis signa severa
<i>De viva luz, su carro</i> nueve y gira; 60	1190 / noctivagaeque faces caeli flammaeque
De la sombría noche los fanales	volantes, / nubila sol imbres nix venti fulmina
Muestran allí su <i>faz esplendorosa</i> ;	grando / et rapidi fremitus et murmura
Allá la nube sus entrañas hinche;	magna minarum
El vivaz meteoro allá se enciende;	
Y el granizo, y los vientos, las tormentas 65	
Y el pavoroso rayo, <i>de los Dioses</i>	
<i>La ira proclaman a la tierra muda.</i>	

Adorna, así, con nueva fuerza retórica sus versos (Lucr. V 1177-78):

Sorprendido en el sueño, tanta gloria,	et tamen omnino quod tantis viribus auctos
Aquella majestad, nunca sentida, 30	non temere ulla vi convinci posse putabant.
Humillaron al hombre, y respetuoso	
Doblegó ante ellos la cerviz nervuda.	

Al contrario que Menéndez Pelayo, carga cuanto puede las tintas contra el culto a los dioses, describiéndolos como tiranos:

RESTREPO 1-3	LUCR. V 1161-62
Digamos ya qué <i>error ignominioso</i> Impuso de los Dioses la existencia A los <i>débiles</i> hombres.	Nunc quae causa deum per magnas numina gentis pervulgarit
RESTREPO 50-56	LUCR. V 1186-88
El cielo en tanto, 50 Tachonado de soles misteriosos, Parecía <i>ocultar</i> bajo sus nubes <i>Dioses sin fin</i> , que, <i>reyes</i> de Natura, <i>Dueños del rayo y del fragor del trueno</i> , <i>Con la mirada nos darían la vida</i> , 55 <i>O con el pie quebrantarían la tierra.</i>	ergo perfugium sibi habebant omnia divis tradere et illorum nutu facere omnia flecti. in caeloque deum sedes et templa locarunt,
RESTREPO 68-69	LUCR. V 1194-95
¡Hombres infortunados! Ved la stirpe De esos <i>espurios hijos del engaño</i> .	O genus infelix humanum, talia divis cum tribuit facta atque iras adiunxit acerbas! 1195

Es una imitación, en definitiva, persuasiva y de gran plasticidad, en la que Restrepo ha sabido conjugar respeto por el sentido del original lucreciano y libertad expresiva.

Natural de Barcelona, economista y abogado, Pedro Estasén y Cortada (1855-1913) fue uno de los defensores más aguerridos del krausopositivismo (Núñez, 1975: 12 y 35, y MLE VII: 975). En el Ateneo de Barcelona impartió unas conferencias entre los meses de enero y abril del año 1877 sobre el positivismo⁸⁰⁰ que causaron gran revuelo, pese a definirlo como un pensamiento “de espíritu antirrevolucionario y esencialmente conservador”. Es más, fue el causante de que surgiera el llamado “Ateneo Libre”, pues, tras impedírsele seguir impartiendo sus charlas en el Ateneo, formó un círculo con los miembros que le siguieron. Escribió obras de carácter comercial y económico principalmente⁸⁰¹, pero también una filosófica que toca intereses epicúreos: *Teoría científica de la felicidad* (Barcelona, 1880). Pues bien, al parecer publicó en el *Boletín del Ateneo Barcelonés* (1880) una traducción parcial del libro II. La noticia está recogida en la EUI (XXXI: 510, s. v. “Lucrecio”), pero no hemos podido encontrarla, dado que no aparece en los números de ese año⁸⁰². Menéndez Pelayo (2000: 1017) consideraba a Estasén un positivista moderado, seguidor del lexicógrafo y filósofo Émile Littré (1801-1881).

⁸⁰⁰ Publicadas con el título *El positivismo ó sistema de las ciencias experimentales*, Madrid: Ed. Carlos Bailly-Baillière, s. f. y Barcelona: Jané Hermanos (BC, *ex libris* de Ramón Sarro).

⁸⁰¹ Como *El código industrial* (Barcelona, 1893).

⁸⁰² Hemos consultado en concreto los números del 1 al 14, correspondientes a los años 1879 (1-2), 1880 (3-6), 1881 (7-10), 1882 (11-13) y 1883 (14).

6. 8. *Imitadores de Lucrecio durante el realismo*

Ramón de Campoamor (1817-1901) nació en Navia (Asturias) en el seno de una familia acomodada. Estudió Humanidades en Puerto de Vega y Filosofía en Santiago de Compostela. Tras sufrir una crisis espiritual a los dieciocho años, durante la cual procuró ingresar en la Compañía de Jesús, marchó a Madrid, donde cursó estudios de Medicina, Matemáticas y Astronomía hasta cansarse de las ciencias físicas (Rivas Cherif, 1966: 7-10 y 35). Ramón de Campoamor fue considerado por sus contemporáneos un poeta filósofo⁸⁰³, como antaño Lucrecio, que militó en el eclecticismo y profesó cierto escepticismo⁸⁰⁴. Se confesaba “desertor de todos los ejércitos” (*El personalismo*, Prólogo). Uno de sus críticos, Luis Cernuda (1982: 336), dijo de él que era un moralista en verso movido por el deseo de adoctrinar a la sociedad de su tiempo. Este talante positivista y didáctico impregna gran parte de su producción poética y, de hecho, su estilo, sencillo y coloquial, parece obedecer a él.

Campoamor aprovechó literariamente muchas veces sus conocimientos sobre filosofía antigua⁸⁰⁵ y demuestra en sus poemas haber recibido un buen bagaje clásico en las clases de Retórica y Poética⁸⁰⁶. De ahí que no resulte extraño descubrir ideas lucrecianas en versos como estos de *Cantares* (“Filosóficos-Morales” I):

Por más contento que esté
una pena en mi se esconde
que la siento no sé dónde
y nace de no sé qué.

Estos versos expresan la misma idea, si bien en un contexto distinto del erótico, que los versos de Lucrecio IV 1133-36:

⁸⁰³ Ocupó, de hecho, la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid. Escribió una serie de ensayos, destacando *La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna* (1891), en polémica con Juan Valera sobre si la poesía estaba condenada a desaparecer en el mundo netamente científico que emergía (Montolí, 1996: 16). Contra lo que cabría esperar, no recurre a Lucrecio, aunque lo menciona de pasada en otros ensayos: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje* (cap. XII), *Poética* (cap. XV) y *El ideísmo* (cap. VI 9).

⁸⁰⁴ En su vida cotidiana y en sus obras, sin embargo, se mostraba respetuoso con la religión: “Juro [...] que [...] jamás he escrito, ni escribiré ninguna poesía atea, ni repugnante, ni obscena” (González Serrano *et alii*, 1901-1903 III: 295).

⁸⁰⁵ En su *Dolora* titulada “La comedia del saber” expone por boca de Demócrito los postulados esenciales de la Física y la Ética del atomismo antiguo.

⁸⁰⁶ Una instrucción que en el caso de Campoamor se evidencia en las frecuentes alusiones mitológicas e históricas, así como en la estructura retórica de la epopeya dedicada a *Colón* (“Y suelta ya, de libertad avara”), compuesta al comienzo según los parámetros del himno clásico y con imágenes que recuerdan los elogios que Lucrecio dedicó a Epicuro. En el “Epílogo” (cap. II 9: “Vida e ideas del autor respecto a las ciencias y a la literatura”) de *El personalismo* afirmaba: “Mis primeros versos, que dicen que son muy buenos, pero que a mí me parecen tan tímidos como los de todos aquellos a los que dan una educación clásica y que en consecuencia les obligan a ir pisando los talones de los Horacios de todas las literaturas [...]” (González Serrano *et alii*, 1901-1903 I: 278).

ne quiquam, quoniam medio de fonte leporum
surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat,
aut cum conscius ipse animus se forte remordet
desidiose agere aetatem lustrisque perire,

1135

En 1846 Campoamor publicó su poemario más exitoso, *Doloras*. El asturiano definió la “dolora” como una composición poética en la que debían estar unidas la ligereza con el sentimiento, la concisión con la máxima filosófica. Suelen ser cortas, pero de gran intensidad conceptual. Se asemejan, en este sentido, a los epigramas de Marcial, dado que también se inspiran en la cotidianidad y suelen estar cargadas de humor, de resabio amargo y de escepticismo cínico (Calvo Sanz, 1987: 474). Dice así la *Dolora* VII, titulada “No hay dicha en la tierra”:

De niño, en el vano aliño
de la juventud soñando,
pasé la niñez llorando,
con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando,
cuando ni un mal le desvela,
¡Ah!
la dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

5

Esta concepción pesimista de la vida, equiparada a un valle de lágrimas donde el lamento empieza en el momento mismo del nacimiento, estaba formulada de modo semejante en Lucrecio V 222-27:

tum porro puer, ut saevis proiectus ab undis
navita, nudus humi iacet, infans, indigus omni
vitali auxilio, cum primum in luminis oras
nixibus ex alvo matris natura profudit,
vagituque locum lugubri complet, ut aequumst
cui tantum in vita restet transire malorum.

225

El tema reaparece de nuevo en la *Dolora* XXIX (“¡Ay del que nace o muere!”):

- ¡Adios por siempre, hijo del alma mía! -
un triste anciano al espirar clamaba;
y el tierno infante que su sien besada,
- ¡Adios por siempre! - el infeliz decía.
Vertió el viejo la lágrima postrera
y vertió la primera el niño en tanto;
confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.

5

En esta ocasión la ascendencia del eco resulta mucho más nítida, pues recrea la imagen concreta de los llantos confundidos de los que mueren y nacen que Lucrecio había expresado magistralmente en II 576-80:

miscetur funere vagor
quem pueri tollunt visentis luminis oras;
nec nox ulla diem neque noctem aurora secutast
quae non audierit mixtos vagitibus aegris
ploratus, mortis comites et funeris atri.

Reza la *Dolora* CXLIX (“El cielo de Leopardi”) así:

¡Genio infeliz! en su primer momento
a su amiga la muerte le decía:
- «Dame la nada, esa región vacía
en que no hay ni placer ni sufrimiento.
Donde se halla la vida está el tormento. 5
Dame paz en la nada -repetía-
y mata con el cuerpo el alma mía,
esta amarga raíz del pensamiento.»

Leopardi fue uno de los románticos italianos que mejor asimiló la poesía lucreciana. Parece que Campoamor rinde aquí homenaje a un poema del ilustre italiano en el que hacía suya la concepción epicúrea de la muerte. El nihilismo epicúreo suponía que tras la muerte el hombre volvía a la nada, a la ausencia total de sensaciones, luego de placeres y dolores. Al morir el hombre, su cuerpo y alma también desaparecían, no había, pues, vida ultraterrena, solo una nada desprovista de castigos y recompensas, cuya calma los epicúreos comparaban con aquella que los dioses disfrutaban en los *intermundia* (Lucr. I 44-49 y III 18-24). A lo largo del libro III del *DRN* Lucrecio trata a menudo el asunto de la insensibilidad de la muerte. Leopardi y Campoamor pudieron tener presentes, por ejemplo, estos versos (III 860-69):

inter enim ictast vitae pausa vageque 860
deerrarunt passim motus ab sensibus omnes.
debet enim, misere si forte aegreque futurumst,
ipse quoque esse in eo tum tempore, cui male possit
accidere. id quoniam mors eximit, esseque probet
illum cui possint incommoda conciliari, 865
scire licet nobis nihil esse in morte timendum
nec miserum fieri qui non est posse neque hilum
differre an nullo fuerit iam tempore natus,
mortalem vitam mors cum immortalis ademit.

Como Campoamor, Juan Valera (1824-1905) compaginó política y poesía. Desde la Ilustración ambas facetas estuvieron muy unidas, en una proporción similar a las de militar y poeta durante el Renacimiento. Estudió filosofía en el Seminario Conciliar de Málaga entre los años 1837 y 1840. Por entonces,

los románticos franceses, en particular los sonetos de Alphonse de Lamartine (1790-1869), ejercen un influjo considerable en sus poemas. Luego, coincidiendo con su estancia en Granada para cursar Jurisprudencia (1841-46), se entusiasma con Byron, Espronceda y la poesía latina⁸⁰⁷. Este aprecio por el mundo clásico se acentuará durante su estancia en Nápoles como agregado de la embajada de España. Allí estudiará Griego bajo la férula de Constantino Eutiquiades⁸⁰⁸. De los poetas latinos estimó particularmente a Propertio, a Catulo y a Horacio, pero también, aunque en menor medida, a Tibulo y a Lucrecio. De este último hay numerosas citas que acreditan la simpatía del egabrense hacia él. Sabido es que la obra de Valera fue tildada por sus coetáneos de impía y anticlerical. En una carta a su amigo Estébanez Calderón (1799-1867) fechada el 12 de agosto de 1852 (Sáenz de Tejada, 1971: 174) cita el verso IV 1065 jocosamente. Del resto de sus palabras queda claro que conoce bien todo el pasaje (IV 1058-72) en el que Lucrecio recomendaba mantener relaciones sexuales con prostitutas:

No pondré en olvido los documentos que Vd. me da para evitar el desarrollo de los testes, y usaré lo menos posible de la venus vaga, si bien siempre necesito *jacere humorem collectum in corpora quaque*.

En su novela *Genio y figura* (1897) Valera elige de nuevo dos versos (IV 1133-34: *Medio de fonte leporum / Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat*) de la diatriba contra el amor apasionado (IV 1037-1207) como pórtico de la obra. Más aún, en su obra cumbre, *Pepita Jiménez* (1874), otra cita lucreciana (I 22-23) sirve esta vez de colofón a la obra⁸⁰⁹:

El merendero o cenador, donde comimos las fresas aquella tarde, que fue la segunda vez que Pepita y Luis se vieron y se hablaron, se ha transformado en un airoso templete, con pórtico y columnas de mármol blanco. Dentro hay una espaciosa sala con muy cómodos muebles. Dos bellas pinturas la adornan; una representa a Psiquis, descubriendo y contemplando extasiada, a

⁸⁰⁷ Para la formación clásica de Valera, cf. la excelente monografía de Hualde Pascual y García Jurado (1998: 12-32).

⁸⁰⁸ Por entonces, la enseñanza del Griego en España había decaído y muchos intelectuales emprendían su conocimiento tras los estudios oficiales. Es el caso de Valera y también de Antonio Machado (Hualde Pascual y García Jurado, 1998: 18, n. 11). Valera tradujo al castellano por vez primera la novela de Longo de Lesbos (s. II d. C.) *Dafnis y Cloe* (Madrid: Librería de Fernando Fe, 1880. BPE de Cáceres 2/7895). Para otros casos similares en Europa, cf. Highet (1996 II: 247-48).

⁸⁰⁹ Posiblemente haya guiños a Lucrecio en estos párrafos de la obra: “El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar, y luego se trueca en hiel de dragones y veneno de áspides” (*Carta de 19 de mayo* = Lucr. IV 1058-60); y “El objeto de mi amor superior se ofrece a los ojos de mi mente como el sol que todo lo enciende y alumbrando, llenando de luz los espacios; y el objeto de mi amor más bajo, como átomo de polvo que vaga en el ambiente y que el sol dora” (*Carta de 19 de mayo* = Lucr. II 114-20).

la luz de la lámpara, al Amor, dormido en su lecho: otra representa a Cloe, cuando la cigarra fugitiva se le mete en el pecho, donde creyéndose segura, a tan grata sombra, se pone a cantar, mientras que Dafnis procura sacarla de allí.

Una copia, hecha con bastante esmero, en mármol de Carrara, de la Venus de Medicis, ocupa el preferente lugar, y como que preside en la sala. En el pedestal tiene grabados, en letras de oro, estos versos de Lucrecio:

*Nec sine te quidquam dias in luminis oras
Exoritur, neque fit laetum, neque amabile quidquam*⁸¹⁰.

Pero no solo en prosa mostró Valera interés por Lucrecio, también en poesía le rindió algún homenaje. Fue Menéndez Pelayo (1885a: 526), amigo íntimo y común admirador del poeta latino, el primero en reconocer imitaciones lucrecianas en su paráfrasis de la *Velada de Venus*: “abundan en el *Pervigilium* imitaciones de Lucrecio, Catulo, etcétera”. Y, en efecto, Valera tuvo en mente para esta versión libre el himno a Venus (I 1-43), como comprobamos en estos versos:

Venus va a sonreír a la temprana gentil copia de flores. El éter, que primero, a la tierra querida	110
uniéndose en fecundo, estrecho abrazo, de nubes le ciñó velo ligero, y produjo la vida y la pompa vernal en su regazo; mañana, en luz y en perlas de rocío	115
volviendo a unirse a la divina esposa. Nuevo poder, vivificante brío pondrá en su entraña ingente y amorosa. Y Venus misma infundirá su aliento del universo al alma y a las venas,	120
por do corra y transpire, y nada deje de su fuerza exento, ni la tierra, ni el mar, ni el firmamento; espíritu vital que en lo profundo de la existencia toda oculto gire	125
y abra caminos de nacer al mundo.	

En este otro, titulado *El espejo* (Araujo Costa, 1968: 1348), Valera explica de forma alegórica la presencia del mal (“fealdad”) en el mundo mediante un espejo, obra del diablo, que deformaba el bien (“hermosura”) y que, al caerse, se pulverizó en miles de átomos. Estos, en contacto con los ojos, no hicieron

⁸¹⁰ Esta imagen reaparece en I 170 (*oras in luminis exit*) y en V 224 (*in luminis oras*). Cf. la recreación moderna de Juan Gil-Albert, *Fuego eterno* (vv. 19-21): “¡Ah, delicioso inferno de la tierra! / Tal vez será un reposo haber llegado / a tu fragante orilla”.

sino multiplicar las desgracias humanas. Valera, en este sentido, reinventa la narración del pecado original y de la caja de Pandora de guisa materialista. Aplica la física atómica a conceptos teológicos. Hay, de otra parte, cierta similitud temática con la teoría de los simulacros expuesta por Lucrecio en el libro IV, puesto que allí sostenía el epicúreo romano, de acuerdo con su maestro Epicuro [2 (50-53) Arrigh.], que las imágenes son películas corpóreas (IV 42-43), y, además, dedicaba un capítulo a las imágenes de los espejos (*cf.* esp. los vv. IV 269-89)⁸¹¹. Dice así:

Pero mayores males la ceniza, los átomos menudos del abismo causan ahora, que el espejo mismo. En sus alas ligeras los conduce	50
el viento, y del diablo los antojos a veces introduce algún átomo de éstos en los ojos de un hombre desgraciado	
que todo cuanto desde entonces mira horror y asco le inspira, fealdad, vicio y tristura, viendo en virtud y gozo y hermosura.	55
Y si en su corazón penetra acaso un átomo maldito del espejo.	60

Aunque olvidado hoy, Gaspar Núñez de Arce (1832-1903) formó, junto con Bécquer y Campoamor, el trío de poetas más populares y apreciados de su tiempo. Su poesía presenta rasgos neorrománticos, realistas, incluso, simbolistas, pero sobresale en ella la preocupación social y política. Bajo esta égida escribió su obra cumbre, *Gritos del combate* (1875), donde inserta poemas líricos, filosóficos, narrativos, de gran variedad temática y de gran perfección formal. Unos quieren adoctrinar a la ciudadanía, otros plantean el tema

⁸¹¹ Otra reminiscencia, si bien mediada, se encuentra en su poema *A Lucinda*, que es imitación del *Don Juan* (canto I, estanzas 122-127) de Lord Byron, como el propio Valera deja claro en el lema “T’is sweet to be awaken’d by the. & Don Juan C. I”: “Dulce es el tierno canto / del ruseñor amante, / que en la tranquila noche / resuena sin cesar. / Dulce junto a la fuente (5) / límpida y susurrante / adormirse arrullado / del céfiro fugaz. // De la armoniosa música / los melodiosos sonos, (10) / que de amor estremecer, / el blando corazón [...] pero más es tu aliento (45) / cuando me hablas de amores / con tus divinos labios / de nítido carmín. // Más dulces son tus ojos / o tu virgínea frente, (50) [...]” Este fragmento de Byron está contaminado del proemio II de Lucrecio (Race, 1988: 35-55) y del epigrama de Asclepiades (*fl.* 300-270 a. C.) *Anth. Palatina* V 169 (Traver, 1999a). Curiosamente también a partir de otro poema de Lord Byron (“My first kiss of love”) el poeta Juan Federico Muntadas (1826-1912) parece emular la estructura del *priamel* y el léxico lucrecianos en su poema “Mi primer beso”: “Dulce es para el rey el trono, / si en poder nadie le iguala; / pero es más dulce, es mejor / que la corte y que su gala, / el primer beso de amor. (5) / Muy dulce es para un poeta, / si en presencia de su dama / un pueblo entero le aclama / con entusiasta fervor; / pero es más dulce, es mejor (10) / que estos aplausos y fama, / el primer beso de amor [...]”

candente entonces de la ruina de la religión (MLE VII: 178). Esta polémica cuestión emerge en su poema “¡Treinta Años!” (4 de agosto de 1864), donde Arce se lamenta de que la ciencia haya derrumbado la fe, robando al hombre casi la duda de que Dios exista⁸¹². Comienza así:

El dolor y el desengaño
forman parte de mí mismo,
el torpe materialismo
de esta edad indiferente
cubre de sombras mi frente
y abre a mis pies un abismo. 5

Los nuevos descubrimientos, alentados por el empuje del materialismo aplicado en las ciencias, plagan su alma de dudas existenciales que le producen gran inestabilidad personal y desembocan en perplejidad, porque han terminado desmantelando todo el andamiaje espiritual que durante siglos había ido levantando el cristianismo en Europa. En su lugar, los hallazgos científicos han abierto un abismo sombrío e inseguro. También Lucrecio sintió el vértigo del precipicio ante los descubrimientos de su maestro (III 26-30)⁸¹³:

nec tellus obstat quin omnia dispiciantur,
sub pedibus quaecumque infra per inane geruntur.
his ibi me rebus quaedam divina voluptas
percipit atque horror, quod sic natura tua vi
tam manifesta patens ex omni parte resecta est.

Esta comprensión científica de la existencia y cierta desazón afloran incluso en poemas vitalistas como en este soneto titulado “¡Amor!”, en el que imita el proemio primero de Lucrecio (I 1-23), pero componiendo una suerte de himno a Venus “a lo materialista”:

¡Oh eterno Amor, que en tu inmortal carrera,
das a los seres vida y movimiento,
con qué entusiasta admiración te siento,
aunque invisible, palpar doquiera!
Esclava tuya la creación entera, 5
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal, que el pensamiento
te proclamara Dios, si Dios no hubiera.

⁸¹² Menéndez Pelayo le llamaba irónicamente “cantor oficial de la duda” (MLE VII: 177). En todo caso, esta disputa entre fe y razón tuvo extraordinario eco en la poesía decimonónica y casi siempre se recrudecía con los nuevos hallazgos científicos, que avanzaban por los senderos del materialismo y que parecían corroborar la vieja tesis de Epicuro de que la muerte es absoluta. Alcanza su mayor expresión con Miguel de Unamuno, posterior a los realistas, pero heredero de sus preocupaciones.

⁸¹³ Esta sensación aparece también en la poesía moderna. Cf. Gabriel Celaya, *La luz del cero* (“El terror luminoso de lo abierto sin fondo”) y Carlos Marzal, *Cálculos infinitesimales* (“La luz de esas estrellas ya ha ocurrido”).

Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y fecundo:
tú creas, tú transformas, tú iluminas,
y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónita dominas,
¡Amor, eterno Amor, alma del mundo!

10

He aquí los ecos más significativos:

Vv.	NÚÑEZ DE ARCE	I	LUCRECIO	MOTIVO	DISEÑO RETÓRICO
1-4	<i>¡Oh eterno Amor, que en tu inmortal carrera, / das a los seres vida y movimiento, / con qué entusiasta admiración te siento, / aunque invisible, palpitar doquiera!</i>	1-5	Aeneadum genetrix, [...] / quae mare navigerum, quae terras frugiferentis / concelebras, per te quoniam genus omne animantum / concipitur visitque exortum lumina solis:	Potencia vivificadora	Invocación / “Relativ-Stil” / “Du-Stil”
5-6	<i>Esclava tuya la creación entera, / se estremece y anima con tu aliento,</i>	7-13	adventumque tuum [...] / nam simul ac species patefactast verna diei / et reserata viget genitabilis aura favoni, / aeriae primum volucres te, diva, tuumque / significant initum percussae corda tua vi.	Aliento vivificador y conmoción ante su llegada	Aretalogía / “Du-Stil”
9-10	<i>Los impalpables átomos combinas / con tu soplo magnético y fecundo:</i>				
1-14	<i>tú creas, tú transformas, tú iluminas, / y en el cielo infinito, en el profundo / mar, en la tierra atónita dominas, / ¡Amor, eterno Amor, alma del mundo!</i>	1-4	Aeneadum genetrix, hominum divomque voluptas, / alma Venus, caeli subter labentia signa / quae mare navigerum, quae terras frugiferentis / concelebras,	Divinidad nutricia, dominadora del cielo, mar y tierra	Aretalogía / “Du-Stil” / invocación
		5	te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli		

En la sátira amonestadora dedicada *A Darwin*⁸¹⁴ Núñez de Arce profetiza irónicamente las consecuencias apocalípticas que traerá la teoría de las especies (Núñez Ruiz, 1982 HCLE V: 691). Al comienzo (vv. 1-3) dirige estos elogios al sabio inglés:

⁸¹⁴ Abundan los poemas encomiásticos e irónicos dirigidos al científico inglés, incluso en pleno siglo XX. Cf. Alberto Girri (1919-1991), *Los monos* (“Sea como fuere”) y Daniel Samoilovich (1949-), *El viaje de Darwin* (“Pongámoslo así”).

¡Gloria al genio inmortal! ¡Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano!

Pues bien, parecen modelados a partir de los encomios que Epicuro recibió de Lucrecio, como se muestra abajo:

Vv.	NÚÑEZ DE ARCE	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO	DISEÑO RETÓRICO
1-3	<i>¡Gloria al genio inmortal! ¡Gloria al profundo / Darwin, que de este mundo / penetra el hondo y pavoroso arcano!</i>	III 1-3	E tenebris tantis tam clarum extollere lumen / qui primus potuisti inlustrans commoda vitae, / te sequor, o Graiae gentis decus , [...]	Iluminador de los misterios	Invocación / “Relativ-Stil” / aretalogía
		III 29-30	quod sic natura tua vi / tam manifesta patens ex omni parte resecta est.		
		VI 7-8	cuius et extincti propter divina reperta / divulgata vetus iam ad caelum gloria fertur.		
		I 71- 72	effringere ut arta / naturae primus portarum claustra cupiret.		
		V 6-9	nemo, ut opinor, erit mortali corpore cretus. / nam si, ut ipsa petit maiestas cognita rerum, / dicendum est, deus ille fuit, deus, inclute Memmi, / qui princeps vitae rationem invenit	Genio inmortal	

El poeta y novelista guatemalteco Eduardo Bustillo (1836-1908)⁸¹⁵ dedicó estos versos “Á un doctor en Medicina por su opinión contra los poetas”:

Materialistas soberbios,
en muchas cosas iguales,
los doctores esos males
los achacais á los nervios.
Y esclavos del amor propio,
prescribís, en ocasiones,

85

⁸¹⁵ Escribió varios libros, entre los que destacan *Cosas de la vida: cuentos y novelistas*, Madrid: Impr. de los Hijos M. G. Hernández, 1899; *Las cuatro estaciones (Poesías)*, Madrid: Impr. de T. Fortanet, 1877, y *Romancero de la Guerra de África*, Madrid: Impr. y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1863.

esas calmantes pociones
 en que hace gran gasto el opio.
 Y así, mi doctor divino,
 el opio en la China merma,
 y hacéis que el enfermo duerma
 engañado como un niño.
 Chaves (1880: 82)

90

De estos octosílabos resulta llamativa la acusación de “materialistas” que hace a los médicos. Sabido es que desde el Renacimiento fueron los galenos los primeros en valorar doctrinas sensualistas como la epicúrea⁸¹⁶, y cuando Bustillo escribe estos versos, el positivismo estaba en plena ebullición y las artes del espíritu, entre las que se clasificaba la poesía, yacían eclipsadas por los descubrimientos científicos. Destaca, también, entre los versos 91-92 una *allusio* poética, muy oportuna, de Lucr. I 936-42:

sed veluti pueris absinthia taetra medentes
 cum dare conantur, prius oras pocula circum
 contingunt mellis dulci flavoque liquore,
 ut puerorum aetas inprovida ludificetur
 labrorum tenuis, interea perpotet amarum
 absinthii laticem deceptaque non capiatur,
 sed potius tali facto recreata valescat;

940

Manuel de la Revilla (1846-1881) era natural de Madrid. Obtuvo en 1876 la Cátedra de Literatura General⁸¹⁷ en la Universidad Central de Madrid. Fue colaborador del diario *El amigo del pueblo*, de corte republicano, y ocupó en la administración del Estado un cargo de relevancia en la Secretaría del Ministerio de Fomento. Simpatizó con el krausismo y el positivismo (Núñez,

⁸¹⁶ López-Morillas (1980: 175) en el capítulo dedicado al liberalismo español ochecentista recuerda, citando al krausista Gumersindo de Azcárate, “que entonces y después casi todos los médicos eran liberales. La censura estorbaba la circulación de todo libro que pudiera contrariar los principios religiosos y políticos del antiguo régimen, no paró mientes en que en los de medicina, que nos mandaban del otro lado de los Pirineos, venía algo más de lo necesario para hacerse perito en la ciencia de curar. Por esto, durante muchos años, y aun hoy, los médicos españoles eran materialistas y liberales”. El novelista Pío Baroja, médico de formación, se declaraba también materialista en su autobiografía *Juventud, egolatría* (Traver, 2018: 51-52). Y otra prueba encontramos en la segunda traducción en verso portuguesa del *DRN* (1851-53), obra de Antonio José de Lima Leitão, un “doutor em medicina pela escola de Paris”, según reza la portada (Gordon, 1985: 217-18, n.º ref. 426). Tradujo además el *Arte poética* de Horacio (Lisboa: Imp. Manoel Joseph da Cruz, 1827).

⁸¹⁷ Entre sus trabajos literarios destaca el manual, en colaboración con Pedro de Alcántara García, *Principios generales de literatura e historia de la literatura española*, Madrid: Tip. del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1872.

1975: 13)⁸¹⁸. Tradujo las obras de Descartes⁸¹⁹ y escribió numerosas poesías, donde deja constancia de sus amargas dudas metafísicas⁸²⁰. No es el caso de esta dedicada “A Venus Urania”:

Hija divina del brillante cielo, que a los mortales el amor inspiras de las ideas que en el éter puro viven serenas;	
tú, que del alma la pasión ardiente a las mansiones de tu Eterno Padre elevas casta, del amor terreno rompiendo el lazo;	5
tú, que en lo eterno la mirada fijas y a lo inmutable fervoroso culto rindes austera, con desdén mirando lo que perece;	10
tú, que en el alma de Platón vivías; tu, que de Cristo en el divino pecho, cuando el pagano te olvidaba, hallaste santa morada;	15
musa del sabio, del poeta diosa, del justo gloria, del dolor consuelo, virgen celeste, que arrobado el hombre trémulo adora:	20
hoy a tus plantas, de dolor transido, rompiendo el yugo del amor terreno, vuelvo, buscando en tus divinos ojos santos amores.	
Tú, que otros tiempos en mi pecho amante la dulce llama del amor celeste, que nunca extingue el desengaño rudo, alimentabas;	25
tú, que a mi mente revelaste un día de las ideas la eternal belleza, que no contemplan los profanos ojos del vulgo torpe;	30

⁸¹⁸ Cf. las *Obras de Manuel de la Revilla con un prólogo de señor Antonio Cánovas del Castillo y un discurso preliminar de Urbano González Serrano*, Madrid: Ateneo Científico, Literario y Artístico, 1883. El último era, como vimos, un destacado krausista, al que en 1875 M. de la Revilla prologó sus *Estudios de moral y de filosofía*, Madrid: Imp. de Federico Escamez.

⁸¹⁹ *Obras filosóficas de Descartes vertidas al castellano y precedidas de una introducción* (Colección de Filósofos Modernos), Madrid: Biblioteca Perojo, 1878.

⁸²⁰ Publicadas bajo el título de *Dudas y tristezas: poesías con prólogo de D. Ramón de Campoamor*, Madrid: Medina y Navarro, 1875 (BN 2/5373).

libra mi alma del pesar agudo;
 infunde en ella de tu amor el fuego,
 y al que te adora y a tus plantas gime
 vuelve la calma. 35

Revilla desarrolla las tres partes esenciales de un himno dirigido a una diosa: invocación, aretología y súplica. El diseño retórico tiene igual estructura que el lucreciano (I 1-43), que debió de imitar conscientemente; más, si cabe, teniendo en cuenta que ambos están dedicados a la misma diosa. Sin embargo, no sobresale ningún eco léxico significativo, ni el tratamiento es el mismo, pues el poeta español canta a Venus Urania como divinidad del amor platónico, mientras que Lucrecio la salmodia, más bien, como poder natural vivificador.

Muestra de su lírica pesimista es el poema “Siempre llorando”, en el que Revilla habla de esta vida como un valle de lágrimas:

El hombre llora al nacer
 y también llora al morir;
 que el comienzo del vivir
 es igual al fenecer 4
 [...]
 Así en doliente quebranto
 su existencia pasará
 y en llanto terminará
 lo que comenzó por llanto. 20
 Que en este lóbrego infierno,
 cárcel de la raza humana,
 la dicha es sombra liviana,
 ipero el dolor es eterno!

Lucrecio hacía hincapié, como aquí el poeta madrileño, en el hecho de que el ser humano llorase al nacer y al morir, con lo que daba a entender que la vida es asimismo un tránsito doloroso (II 576-80 y V 222-27). En tono angustiado se expresa también su poema “Triste destino”, que prefigura algunas agonías típicamente unamunianas (MLE VII: 186):

Si de la nada vengo y en la nada
 triste fin ha de hallar mi triste vida,
 y el alma pura que en mi pecho anida
 ha de ser en el polvo sepultada;
 si es ilusión la gloria deseada, 5
 y mentira la dicha prometida,
 y el eterno ideal sombra fingida,
 del vano sueño en la región forjada;
 ¿por qué me diste, bárbaro destino,
 esta sed de placeres insaciable 10
 y este ideal de espléndida hermosura,
 si al término fatal de mi camino

me ha de arrojar la muerte inexorable
en el abismo de la nada impura?

La vida es *meditatio mortis*, rezaba el adagio erasmiano, y la duda feroz del poeta se inclina esta vez hacia el nihilismo epicúreo, temiendo que sean verdad las premisas de los materialistas modernos⁸²¹ formuladas antaño por Lucrecio en estos versos (III 830-31, 838-41 y 866-69):

Nil igitur mors est ad nos neque pertinet hilum, quandoquidem natura animi mortalis habetur. [...]	830
sic, ubi non erimus, cum corporis atque animai discidium fuerit quibus e sumus uniter apti, scilicet haud nobis quicquam, qui non erimus tum, accidere omnino poterit sensumque movere, [...]	840
scire licet nobis nihil esse in morte timendum nec miserum fieri qui non est posse, neque hilum differre an nullo fuerit iam tempore natus, mortalem vitam mors cum immortalis ademit.	867

Joaquim María Bartrina (1850-1880), ateo y materialista, admirador de Horacio y de Leopardi, escribió algunos poemas muy elocuentes sobre las inquietudes científicas y religiosas que embargaban a su época⁸²². Ya Menéndez Pelayo (2000: 1021, n. 42) en su *Historia de los heterodoxos españoles* llamó la atención sobre los “extrañísimos versos pesimistas, ateos y heinia-

⁸²¹ Un miedo que su contemporáneo y amigo Ramón de Campoamor expresa nítidamente en su ensayo filosófico *Lo absoluto* (Primera Parte, cap. I 2 “La verdad no puede salir del materialismo”): “¿Podrá ser la verdad no solamente hija, ni siquiera parienta por afinidad de la materia, de esa última degradación de lo creado, que tiene por principio la agregación, por término la muerte y que, cuando se le quiere suponer una larga descendencia, lo más que se le puede conceder es la grosera inmortalidad de una perpetuidad de la vida orgánica, renovada por la transmisibilidad de un germen siempre innoble, porque es indigno? ¡Imposible, imposible! [...] La sociedad incrédula y materialista del siglo XVIII y parte del XIX, aplaudidora del *sistema de la naturaleza* de Holbach por órgano de Diderot, Helvecio y otros muchos, proclamó que la verdad es una quimera, el placer su única ley y el interés el único deber [...] ¡Oh! ¡No, no! La verdad no puede contar entre sus ascendientes al repulsivo sensualismo [...] Y si alguna vez, por excepción, aparece alguno de sus resplandores entre el grupo de pensadores que, empezando por Demócrito y Epicuro, acaba en Locke y Feuerbach, es porque la Caridad la arrastra a fortalecerlos en su miseria, como Santa Isabel visitaba a los leprosos”.

⁸²² El padre agustino Blanco García (1891 II: 349) le dedicó muchos elogios en su *Literatura española en el siglo XIX*; pero le recriminaba su ateísmo: “Emanadas de un mismo principio tres son las notas dominantes en los versos de Joaquín Bartrina: el ateísmo, el materialismo y la misantropía. Su aversión a Dios se manifiesta de soslayo en forma de dudas o de burlón y grosero cinismo, con base pseudocientífica, pero en realidad muy poco semejante de la blasfemia tabernaria. Pasman e indignan los alardes de impiedad, con visos de prematura omnisciencia, en que prorrumpe el autor sólo porque ha leído y mal digerido cuatro nociones de fisiología y las obras de Carlos Darwin”.

nos” de su poemario *Algo* (1876)⁸²³, de título, por cierto, bastante epicúreo. A él pertenece este poema, titulado *De omni re scibili*. La idea central de la composición es que el progreso científico pone en entredicho los dogmas de la religión (MLE VII: 187), de ahí que sea fácil vislumbrar ciertos paralelos temáticos con Lucrecio. Dice así:

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos ya no son, para mí, lo que llama misterios sobrehumanos el vulgo baladí.	
Sólo la ciencia a mi ansiedad responde, y por la ciencia sé que no existe ese dios que siempre esconde el último porqué.	5
Sé que soy un mamífero bimano (que no es poco saber) y sé lo que es el átomo, ese arcano del ser y del no ser.	10
Sé que el rubor que enciende las facciones es sangre arterial; que las lágrimas son las secreciones del saco lacrimal;	15
que la virtud que al bien al hombre inclina y el vicio, sólo son partículas de albúmina y fibrina en corta proporción; que el genio no es de Dios sagrado emblema, no, señores, no tal: el genio es un producto del sistema nervioso cerebral, [...]	20

Aunque en estos versos no haya reminiscencias léxicas evidentes del *DRN*, su tono, eminentemente didáctico, muestra ya una primera similitud. Pero su afinidad más evidente radica no en la forma sino en el fondo, pues retoma ideas expuestas por Lucrecio, como las de que la ciencia diluye el miedo a los dioses y que el átomo es el principio básico de la existencia. Las analogías conceptuales quedarán más claras así dispuestas:

⁸²³ Se conserva un ejemplar de la 2ª ed. (Barcelona: Imp. de Enrique Villegas) en la BN 7/107803. En otro párrafo, Menéndez Pelayo (2000: 979, n. 3) recuerda que escribió, mientras estudiaba en Barcelona, un poema titulado “¡Guerra a Dios!”, posiblemente recopilado en sus *Obras en prosa y verso*, Barcelona: Texidó y Parera, 1881 (BN 2/52552).

Vv.	BARTRINA	Vv.	LUCRECIO
5-12	<i>Sólo la ciencia a mi ansiedad responde, / y por la ciencia sé / que no existe ese dios que siempre esconde / el último porqué. / Sé que soy un mamífero bimanio / (que no es poco saber) / y sé lo que es el átomo, ese arcano / del ser y del no ser.</i>	I 54-57	nam tibi de summa caeli ratione deum que / disserere incipiam et rerum primordia pandam, / unde omnis natura creet res, auctet alatque
		I 75-79	unde refert nobis victor <i>quid</i> possit oriri, / <i>quid</i> nequeat, finita potestas denique <i>cuique</i> / quanam sit ratione atque alte terminus haerens. / quare religio pedibus subiecta vicissim / obteritur, nos exaequat victoria caelo.
		I 146-50	Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessest / non radii solis neque lucida tela diei / discutiant, sed naturae species ratioque. / principium cuius hinc nobis exordia sumet, / nullam rem e nihilo gigni divinitus umquam.

En el mismo poemario leemos este poema titulado “Excepción”:

Nada muere en el mundo. El movimiento
transformase en calor, luz o sonido;
la materia es eterna:
cuanto es también será, también ha sido.
Al esconder el sol sus resplandores
no se pierde la luz con que ilumina;
transformase en matices en las flores,
en imágenes mil en la retina
[...]

5

De nuevo la sutil combinación de ciencia (vv. 1-4) y poesía (5-8) nos trae a la memoria el arte lucreciano. Pero aquí el débito literario es obvio. Basta comparar el verso tercero con I 245 (*aeternaue materies est*) y los siguientes con el fragmento II 999-1006⁸²⁴:

cedit item retro, de terra quod fuit ante,
in terras, et quod missumst ex aetheris oris,
id rursum caeli rellatum templa receptant.
nec sic interemit mors res ut materiai

1000

⁸²⁴ Recreaciones modernas de este principio atomista se encuentran en los poemas de Juan Gil-Albert (1904-1994), *Los átomos* (“Vivir es lo más íntimo del mundo”); Leopoldo de Luis (1918-2005), “La materia no muere, se transforma”; Jaime Jaramillo (1932-2021), *Teoría* (“Observo la flor, observo al niño: la eclosión”); Gregorio Morales (1952-2015), “Corpúsculos”; Jesús Ayet (1956-), *Constelación de Aries* (“Recorremos así, hechos una masa”), y Javier Vela (1981-), *La eternidad renace* (“El aire, ser”). Los últimos poetas aquí mencionados se adscriben a la corriente poética “Estética Cuántica”. Sobre este grupo, cf. Morales (2000: 235-48).

corpora conficiat, sed coetum dissipat ollis;
inde aliis aliud coniungit et efficit omnes
res ut convertant formas mutantque colores
et cipient sensus et puncto tempore reddant,

1005

El novelista y dramaturgo canario Benito Pérez Galdós (1843-1920) fue la mayor parte de su vida liberal, republicano, creyente *sui generis* y, al mismo tiempo, anticlerical, pese a haber sido nieto de un secretario de la Inquisición⁸²⁵. Recibió una buena formación latina en la Universidad Central de Madrid gracias a la férula del catedrático Alfredo Adolfo Camús (ca. 1817-1889) cuyas clases durante el curso 1862-63 describe (García Jurado, 2004: 137-38, y 2016: 90 y 104-5). Según su testimonio, el catedrático explicaba la obra de Lucrecio, aunque sin detenerse mucho, dado que le entusiasmaban Virgilio y Horacio:

Pero la Edad de Oro le atrae y le fascina. Pasa como furtivamente por el poema *De rerum natura*, y agitado de impaciencia por saludar cuanto antes a los grandes ingenios de la corte de Octavio [...] (Pérez Galdós, 1975: 119-20).

De joven frecuentó el Ateneo y mantuvo contactos con el krausismo, del que más tarde se desilusionó por su idealismo (Tuñón de Lara, 1977: 21). En sus novelas a menudo se enfrentan las dos maneras de comprender el mundo que coexistían en la España decimonónica: una progresista y exaltadora de la ciencia, que él representa, y otra conservadora y tradicional católica. En los capítulos VI y VII de *Doña Perfecta* (1876), una de sus obras más aclamadas, se produce este encontronazo, cuando coinciden en el comedor de doña Perfecta su sobrino, Pepe Rey, un joven y prometedor ingeniero, y el penitenciario de la catedral, don Inocencio, un canónigo mordaz, cuyas opiniones ultramontanas dan pábulo a esta discusión:

Detúvose para seguir comiendo, luego que la sin hueso quedó libre, continuó así:

- Ya que de este modo ensalzo los méritos de usted, permítaseme expresar otra opinión con la franqueza que es propia de mi carácter. Sí, señor don José; sí, señor don Cayetano; sí, señora y niña mías; la ciencia, tal como la estudian y la progagan los modernos, es la muerte del sentimiento y de las dulces ilusiones. Con ella la vida del espíritu se amengua; todo se reduce a reglas fijas, y los mismos encantos sublimes de la Naturaleza desaparecen. Con la ciencia destrúyese lo maravilloso en las artes, así

⁸²⁵ En 1907 escribía estas expresivas palabras (MLE VII: 549): “tiempo hacía que mis sentimientos monárquicos estaban amortiguados; se extinguieron absolutamente cuando [...] vimos [...] que el Régimen se obstinaba en fundamentar su existencia en la petrificación teocrática [...] condenarnos a vivir adormecidos en el regazo frívoluno [...] añadir a las innumerables tiranías que padecemos el aterrador caciquismo eclesiástico [...]”

como la fe en el alma. La ciencia dice que todo es mentira, y todo quiere ponerlo en guarismos y rayas, no sólo *maria ac terras*, donde estamos nosotros, sino también *coelumque profundum*⁸²⁶, donde está Dios [...] Los admirables sueños del alma, su arrobamiento místico, la inspiración misma de los poetas, mentira. El corazón es una esponja, el cerebro una gusanera. Todos rompieron a reír, mientras él daba paso a un trago de vino.

- Vamos, ¿me negará el señor don José –añadió el sacerdote–, que la ciencia, tal como se enseña y se propaga hoy, va derecha a hacer del mundo y del género humano una gran máquina?
- Eso según y conforme –dijo don Cayetano–. Todas las cosas tienen su pro y su contra.
- Tome usted más ensalada, señor Penitenciario –dijo doña Perfecta–. Está cargadita de mostaza, como a usted le gusta. Pepe Rey no gustaba de entablar vanas disputas, ni era pedante, ni alardeaba de erudito, mucho menos ante mujeres y en reuniones de confianza; pero la importuna verbosidad agresiva del canónigo necesitaba, según él, un correctivo. Para dárselo le pareció mal sistema exponer ideas que, concordando con las del canónigo, halagasen a éste, y decidió manifestar las opiniones que más contrariaran y más acerbamente mortificasen al mordaz Penitenciario.
- Quieres divertirme conmigo –dijo para sí–. Verás qué mal rato te voy a dar.
Y luego añadió en voz alta:
- Cierto es todo lo que el señor Penitenciario ha dicho en tono de broma. Pero no es culpa nuestra que la ciencia esté derribando a martillazos un día y otro tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras de lo pasado, bellas las unas, ridículas las otras, pues todo hay en la viña del Señor. El mundo de las ilusiones, que es como si dijéramos un segundo mundo, se viene abajo con estrépito. El misticismo en religión, la rutina en la ciencia, el amaneramiento en las artes, caen como cayeron los dioses paganos, entre burlas. Adiós, sueños torpes, el género humano despierta y sus ojos ven la claridad. El sentimentalismo vano, el misticismo, la fiebre, la alucinación, el delirio desaparecen, y el que antes era enfermo, hoy está sano y se goza con placer indecible en la justa apreciación de las cosas. La fantasía,

⁸²⁶ Describe de este modo Galdós al clérigo: “Era un santo varón piadoso y de no común saber, de intachables costumbres clericales, algo más de sexagenario, de afable trato, fino y comedido, gran repartidor de consejos y advertencias a hombres y mujeres. Desde luengos años era maestro de latinidad y retórica en el Instituto, cuya noble profesión diole gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad” (cap. IV “La llegada del primo”. Cf. Cardona, 1982: 92). Ambas citas proceden de Verg. *Aen.* I 58: *ni faciat, maria ac terras caelumque profundum*, imitación seguramente de Lucr. V 92: *principio maria ac terras caelumque tuere*.

la terrible loca, que era el ama de casa, pasa a ser criada [...] Dirija usted la vista a todos lados, señor Penitenciario, y verá el admirable conjunto de realidad que ha sustituido a la fábula. El cielo no es una bóveda, las estrellas no son farolillos, la luna no es una cazadora traviesa, sino un pedrusco opaco; el sol no es un cochero empernejado y vagabundo, sino un incendio fijo. Las sirtes no son ninfas, sino dos escollos; las sirenas son focas; en el orden de las personas, Mercurio es Manzanedo; Marte es un viejo barbilampiño, el conde Moltke; Néstor puede ser un señor de gabán que se llama monsieur Thiers; Orfeo es Verdi; Vulcano es Krupp; Apolo es cualquier poeta. ¿Quiere usted más? Pues Júpiter, un Dios digno de ir a presidio si viviera aún, no descarga el rayo, sino que el rayo cae cuando a la electricidad le da la gana. No hay Parnaso, no hay Olimpo, no hay laguna Estigia, ni otros Campos Elíseos que los de París. No hay ya más bajada al infierno que las de la geología, y este viajero, siempre que vuelve, dice que no hay condenados en el centro de la tierra. No hay más subidas al cielo que las de la astronomía, y ésta, a su regreso, asegura no haber visto los seis o siete pisos de que hablan el Dante y los místicos y soñadores de la Edad Media. No encuentra sino astros y distancias, líneas, enormidades de espacio, y nada más. Ya no hay falsos cómputos de la edad del mundo, porque la paleontología y la prehistoria han contado los dientes de esta calavera en que vivimos y averiguado su verdadera edad. La fábula, llámase paganismo o idealismo cristiano, ya no existe, y la imaginación está de cuerpo presente. Todos los milagros posibles se reducen a los que yo hago en mi gabinete cuando se me antoja, con una pila de Bunsen, un hilo conductor y una aguja imantada. Ya no hay más multiplicaciones de panes y peces que las que hace la industria con sus moldes y máquinas, y las de la imprenta, que imita a la Naturaleza, sacando de un solo tipo millones de ejemplares. En suma, señor canónigo del alma, se han corrido las órdenes para dejar cesantes a todos los absurdos, falsedades, ilusiones, ensueños, sensiblerías y preocupaciones que ofuscan el entendimiento del hombre. Celebremos el suceso.

Cuando concluyó de hablar, en los labios del canónigo retozaba una sonrisilla, y sus ojos habían tomado animación extraordinaria. Don Cayetano se ocupaba en dar diversas formas, ora romboidales, ora prismáticas, a una bolita de pan. Pero doña Perfecta estaba pálida, y fijaba sus ojos en el canónigo con insistencia observadora. Rosarito contemplaba con estupor a su primo. Éste se inclinó hacia ella, y al oído le dijo disimuladamente en voz muy baja:

- No me hagas caso, primita. Digo estos disparates para sulfurar al señor canónigo [...]

- ¡Oh, no! - exclamó el canónigo, arqueando las cejas-. No mediré yo mis escasas fuerzas con adalid tan valiente y al mismo tiempo tan bien armado [...] Bien sé que la doctrina que sustenta es falsa; pero yo no tengo talento ni elocuencia para combatirla. Emplearía yo las armas del sentimiento; emplearía argumentos teológicos, sacados de la revelación, de la fe, de la palabra divina; pero ¡ay! el señor don José, que es un sabio eminente, se reiría de la teología, de la fe, de la revelación, de los santos profetas, del Evangelio [...] ¡Qué cabeza, señora doña Perfecta, qué cabeza la de este joven sobrino de usted! Cuando estuve en Madrid y me llevaron al Ateneo, confieso que me quedé absorto al ver el asombroso ingenio que Dios ha dado a los ateos y protestantes (Cardona, 1982: 104-8).

El corolario de la filípica del sobrino es que esa ciencia moderna, hija de ateos y protestantes a juicio del penitenciario, ha hecho *tabula rasa* con las supersticiones paganas e, incluso, con la cosmogonía cristiana. Fue Alexander H. Krappe (1928: 303-6) el primero en percatarse de que Galdós removía aquí los mismos pensamientos que Lucrecio⁸²⁷ había hilvanado en su libro III, concretamente entre los versos 978-1023. El epicúreo racionalizaba allí, como Pepe Rey, mitos que daban al traste con el infierno convencional y los castigos de ultratumba. Además de ser un claro ejemplo de las agrias disputas que suscitaba entonces el galopante ateísmo, el fragmento vuelve a recordarnos que Lucrecio ha sido durante siglos el divulgador del descreimiento y del laicismo entre liberales y progresistas, más aún en aquella centuria en la que teorías como la evolucionista de Ch. Darwin, por citar la más popular, agravaban las crisis de fe. Y, si quedaban dudas, doña Perfecta las aclara meridianamente con estos reproches dirigidos a su sobrino en el cap. IX:

Me guardaré muy bien de vituperarte porque creas que no nos crió Dios a su imagen y semejanza, sino que descendemos de los micos; ni porque niegues la existencia del alma, asegurando que ésta es una droga como los papelillos de magnesia o de ruibarbo que se venden en la botica... (Cardona, 1982: 126).

Tras estudiar bachillerato en Oviedo y comenzar Leyes, Leopoldo Alas "Clarín" (1852-1901) marchó a Madrid en 1871 para cursar Letras y luego doctorarse⁸²⁸. Como Pérez Galdós, asistió a las clases de Literatura Latina de Alfredo Adolfo Camús durante el curso 1871-72 y dejó también testimonio de

⁸²⁷ Alude también al poeta y pensador alemán Heinrich Heine (1797-1856) como posible fuente. Galdós habría leído el *De L'Allemagne depuis Luther* (Revue des deux Mondes, 1834), versión francesa de su *Zur Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland* (1835). En este ensayo, de inspiración sansimoniana, el escritor alemán calificaba al cristianismo de enfermedad.

⁸²⁸ Se doctoró en 1878 con la tesis *El derecho y la moralidad*, dirigida por Giner de los Ríos (MLE VII: 785).

estas (García Jurado, 2016: 106-7). Fue en Madrid donde entró en contacto con krausistas célebres y empezó a colaborar en el periódico de filiación republicana *El solfeo*. Más tarde, en 1883, vuelve a su Oviedo natal tras ganar la cátedra de Derecho Romano. Desde el punto de vista ideológico Clarín era liberal y defensor del progreso científico, de ahí que imprimiese a su obra un sesgo positivista y naturalista. En el plano espiritual era bastante inestable y, de hecho, padeció a lo largo de su vida numerosas crisis religiosas que le inclinaron, unas veces, al escepticismo y, otras, al deísmo (MLE VII: 784-89). Entre sus escritores favoritos, según confiesa de modo burlesco en *Apolo en Pafos* (Sotelo, 1994 HCLE Supl. V 1: 372), estuvieron Platón, Luciano, Esquilo, Dante, Rabelais, Cervantes y Lucrecio. En su obra cumbre, *La Regenta* (1885), Clarín hace el siguiente retrato de don Álvaro Mesía (I 9), el diputado liberal y presidente del casino de Vetusta, donde parece confirmarse otra vez que el *DRN* era una lectura de moda entre los liberales:

Además, don Álvaro era profundamente materialista y esto no lo confesaba a nadie [...] Lo principal era que que no hubiese infierno. También leyó en francés el poema de Lucrecio *De rerum natura*: leyó hasta la mitad. Decía bien el poeta, pero aquello era muy largo. Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender a todas las mujeres bonitas que se le pusieran delante⁸²⁹. Así estaba por dentro Mesía en punto a creencias, pero a estos subterráneos no había llegado el mismo Paco, que era buen católico, según Mesía. Aquello era para él solo, mientras estaba en Vetusta. En sus viajes a París sacaba el fondo del baúl y el fondo del materialismo. A sus queridas, cuando no eran demasiado beatas y estaban muy enamoradas, procuraba imbuirlas en sus ideas acerca del átomo y la fuerza. Lo explicaba en dos conferencias. Cuando la mujer se convencía de que no había metafísica, le iba mucho mejor a don Álvaro.

Al recordar una hembra de las convertidas al epicureísmo solía decir don Álvaro con una llama en los ojos muy abiertos:

- “¡Qué mujer aquélla!” -Y suspiraba. Aquella mujer nunca había sido una vetustense. Las vetustenses tampoco creían en la metafísica, no sabían de ella, pero no pasaban por ciertas cosas.

El personaje es caracterizado negativamente como un donjuán, egocéntrico y cínico que utiliza a las personas como objetos, cuya ética es reflejo de un burdo materialismo hedonista, en nada equiparable a la morigerada ataraxía

⁸²⁹ Cf. Lucr. II 388-430. El físico Werner K. Heisenberg (2004: 12-13) recordaba en su libro de memorias que de joven le llamó la atención unas láminas en las cuales el ilustrador para mostrar cómo se formaba una molécula de dióxido de carbono había dotado a los átomos de ganchos y hembrillas a la manera lucreciana. Estos asideros representaban el concepto de valencia química.

epicúrea. Es lector asiduo de lecturas prohibidas o poco recomendables, como el *DRN*, que leyó en francés hasta el libro III. Conoce, pues, la Física atómica y las fábulas del infierno y ha extraído del *carmen* latino solo los presupuestos que interesan a su materialismo inconfeso (Zambrano, 2000: 168) y los argumentos para borrar de sus amantes la moral timorata y hacerlas dóciles a su concupiscencia. Se trata, pues, de un prototipo de pseudoliberal, muy común en la época, que bajo la advocación del ateísmo practica un utilitarismo despiadado. Don Álvaro rivaliza en la novela con don Fermín de Pas por el amor de Ana Ozores. Este sacerdote, magistral en la catedral de Vetusta, encarna al religioso culto y conservador, que abusa de la confianza religiosa que depositan en él, pues actúa como un tirano calculador, que recomienda indigestas lecturas beatas. Clarín, de esta manera, viene a enfrentar a las dos Españas por antonomasia, la progresista y la conservadora, con las que él no se identifica por ser extremas e hipócritas.

De nuevo hallamos una mención a Lucrecio en el relato *El cura de Vericueto*, perteneciente a sus *Cuentos morales* (1896). Está puesta en boca de Higadillos, un estudiante de medicina, que Clarín caracteriza negativamente como ateo y anticlerical⁸³⁰, justo cuando argumenta frente a sus contertulios que es un error buscar nuevas verdades metafísicas, éticas y estéticas, pues ya han sido desveladas (Primera Parte I):

La verdad no está en la novedad, no está en el cambio; está en algo histórico, en uno de los momentos que ya vivió el pensamiento humano: el quid, la gracia del talento, está en averiguar cuál de esos momentos, sin ser *de moda*, es el que está en lo cierto. Pues bien, yo lo he averiguado, lo *cierto* es Lucrecio en un sentido⁸³¹, Rousseau en otro, Voltaire en otro, Spencer⁸³² en otro, Zola en otro y [...] *El Motín* en otro. Materialismo, o mejor, sensualismo, determinismo, hedonismo, naturalismo, individualismo, escepticismo ético, ésta es la fija. El caso es ahondar ahí, no buscar nuevas tierras. El mundo ya está descubierto; ahora a descubrir minas.

⁸³⁰ Cf. Primera parte I: “colaborador de tres o cuatro periódicos con monos y sin religión positiva [...] un badulaque, por supuesto que se creía un sabio *positivo* y positivista a los veinte años porque había leído a *Spencer* [...] *¡Guerra al clero!, esta era la sencilla novedad* que se le ocurría [...] Era un *primitivo* porque suponía la sencillez, la sinceridad y la naturalidad en el sensualismo y en la impiedad, en la ligereza filosófica del siglo XVIII [...] famoso mozallete de repugnante impiedad superficial y bachillera”.

⁸³¹ Expresaría más de un siglo después esta misma idea otro imitador y admirador de Lucrecio, el novelista Rafael Chirbes (2010: 206-7).

⁸³² Herbert Spencer (1820-1903) fue principal representante del evolucionismo filosófico. Defendió que los únicos conocimientos válidos eran aquellos que provenían de las ciencias positivas. Sostuvo que la razón humana era incapaz de aprehender lo absoluto, por lo que tenía que contentarse con el conocimiento sensible.

La alusión confirma, de nuevo, que Lucrecio era un referente ideológico del librepensamiento desde la Ilustración y que gozaba de predicamento entre los liberales españoles. Avanzando el cuento, Clarín recurre otra vez al poeta latino, esta vez en forma de *allusio* literaria (Primera Parte III):

El humo salía por allí a sus anchas; en la cocina no encontramos alma humana, pero sí de cerda, pues, gruñendo también, nos salieron al encuentro dos de la pira de Epicuro, como diría el párroco; pero no dos volterianos, sino dos de Taberga, con la oreja larga, dos que prometían para un próximo porvenir excelentes jamones, dignos de la fama de su pueblo [...] En la sala no había nadie más que los futuros *Ifigenios* del mondongo, que, al creerse acosados, parecían dispuestos a una defensa digna del más refractario jabalí.

Se describe aquí la sórdida casa rectoral a la que se acercaron el narrador y el volteriano⁸³³ Higadillos, instigados por la curiosidad de conocer al avaro y malicioso cura de Vericueto. La pintura contiene dos dardos satíricos que denuncian, más allá del abandono físico, la hipocresía espiritual de una parte del clero que, pese a abominar de los materialistas, vive epicúreamente según la acepción popular. El primero es la referencia a Horacio (*Epist.* I 4, 16: *Epicuri de grege porcum*) para aludir metonímicamente a los puercos, lo único lozano en la vivienda; el segundo, el recuerdo del sacrificio de Ifigenia, cantado por Lucrecio I 80-101, mediante la perífrasis “los futuros *ifigenios* del mondongo”, que se refiere a la matanza de los cochinos.

7. LUCRECIO EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA (DE FINALES DEL SIGLO XIX A LA ACTUALIDAD)

7. 1. *El epicureísmo en la filosofía del siglo XX y Lucrecio en el siglo XXI*

Epikur ist daher der größte griechische Aufklärer, und ihm gebührt das Lob des Lukrez.

K. F. Marx, *Tesis Doctoral*, 2ª parte, cap. V

La corriente de pensamiento dominante en los albores del siglo XX fue el irracionalismo, cuyos representantes fueron Arthur Schopenhauer (1788-1860), Søren A. Kierkegaard (1813-1860)⁸³⁴ y Nietzsche. Pensaban que el mundo estaba gobernado por fuerzas ilógicas, de ahí su predilección por los sentidos antes que por la razón.

⁸³³ Término que el cura de Vericueto emplea para referirse a los ateos.

⁸³⁴ Como la epicúrea, su ética atiende a un individuo no determinado por la divinidad. Según esta, existir significa realizarse a sí mismo por medio de la libre elección entre alternativas y por el propio compromiso. Su pensamiento influyó en las primeras fases del existencialismo. Con todo, el filósofo danés entendía que había tres esferas de existencia: la estética, la ética y la religiosa, y era esta última la más plena (Copleston, 1983 VII 263-73).

Entre los planteamientos doctrinales de Schopenhauer hay un sustrato epicúreo relevante, puesto de manifiesto por Guyau (1927: 104-11) y Mas-son (1884: 130-31). Para el pensador alemán el mundo es fenoménico y la razón no puede alcanzar a Dios. La lectura de Schopenhauer causó en el joven Nietzsche una honda impresión durante su época de estudiante en Leipzig (ca. 1865). Le fascinaron su ateísmo y su concepto de *noúmeno*. La *Gaya ciencia* (1882), por ejemplo, desarrolla la idea de que el cristianismo ha sido hostil a la vida⁸³⁵ y, en su obra capital, el poema *Así habló Zaratustra* (1883-85) proclama, cual visionario, “la muerte de Dios”⁸³⁶ y la ausencia de una vida ultraterrena. En su obra póstuma, *La voluntad de poder* (1901), Nietzsche habló del “nihilismo europeo” para referirse al estado de confusión general del hombre de su tiempo, toda vez que la ciencia ilustrada y positiva le hubiesen robado los lenitivos de la teología. La consecuencia inmediata, expuesta con franqueza, es que la vida humana no tiene una finalidad religiosa, con lo cual no tiene sentido creer y rogar a un dios, idea esta presente en Lucrecio⁸³⁷.

En respuesta, surgieron filosofías vitalistas que consideraban la realidad inaccesible a la razón dado su dinamismo. Entre sus seguidores se contaron Henri Bergson (1859-1941), Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset (1883-1955). El primero publicó de joven una antología lucreciana (1884) que jugó un papel esencial en su filosofía⁸³⁸. Y, así, cuando en 1907 publicó su obra más emblemática, *L'Évolution créatrice* (Paris: F. Alcan. CSIC DEU/661100), defendiendo una nueva teoría vitalista de la evolución frente a las anteriores de Lamarck (1744-1829), Darwin y Spencer, su concepto de *élan vital* tenía claras similitudes con el poder generativo encarnado por la Venus lucreciana⁸³⁹.

⁸³⁵ Esta idea también aparece en *El ocaso de los dioses* y en el *Anticristo*, y ha sido recogida modernamente por Michel Onfray en el *Tratado de ateología* (2006) bajo la expresión “pulsión de muerte” (cf. Tac. *Ann.* XV 44).

⁸³⁶ La expresión había sido acuñada en el Medievo por Johannes Eckhart (1260-1327). Después fue formulada por Lutero, Hegel, Heine y, a menudo, por el poeta Jean Paul Richter (1763-1825).

⁸³⁷ Sobre Lucrecio en Nietzsche, cf. Porter (2000).

⁸³⁸ *Extraits de Lucrèce, avec un commentaire, des notes et une étude sur la poésie, la philosophie, la physique, le texte et la langue de Lucrèce*, Paris: C. Delagrave, 1884 (BNF Tolbiac Rez de Jardin 8-YC-85). Laguna Mariscal (2021: 191-192) ha estudiado la función mediadora de Bergson para la recepción de Lucrecio en la cultura francesa del siglo XX. Según Albrecht (2002: 338), “La interpretación bergsoniana del mundo a través de dos movimientos, el uno creador, el otro desintegrador, nos recuerda el final del libro II de Lucrecio”. Copleston (1984 IX: 178), por su parte, ha indicado las numerosas coincidencias ideológicas entre M. J. Guyau y Bergson. El primero señaló las múltiples vinculaciones del epicureísmo con las corrientes de pensamiento de finales del siglo XIX en *La morale d'Épicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines* (1878). Para el atomismo en Bergson, cf. Cariou (1978).

⁸³⁹ Al igual que la *Venus genetrix* de Lucrecio o el *anima mundi* de M. Ficino, el *élan vital* es un poder creativo constante que transforma la materia sin ser parte de ella, de ahí que ni el fenómeno de la vida ni la consciencia puedan explicarse mediante la física, la química o la biología (Hecht, 2003: 277).

Sus ideas evolutivas y con ellas esta noción epicúrea influyeron en las teorías del progreso teológico de Alfred N. Whitehead (1861-1947)⁸⁴⁰ y del evolucionismo teleológico del jesuita Pierre T. de Chardin (1881-1955)⁸⁴¹.

A mediados del siglo el gran movimiento filosófico fue el existencialismo (Fontán Jubero, 1991: 17). Sus representantes principales fueron los alemanes Karl Jaspers (1886-1969) y Martin Heidegger (1889-1976), así como los franceses Jean-Paul Sartre (1905-1980) y Albert Camus (1913-1960). El pensamiento de Heidegger, abiertamente epicúreo⁸⁴², proclama que la esencia del hombre se reduce a su existencia. Ser hombre equivale a estar en el mundo, arrojado en él sin razón aparente (cf. Lucr. V 222-27), abandonado de la divinidad y abocado a la muerte ("Sein zum Tode")⁸⁴³. En *El Ser y la Nada* (1943) Sartre definió con claridad el planteamiento existencialista: la vida es hostil y absurda, pero el hombre está obligado a reafirmar su libertad y a mejorar activamente el mundo⁸⁴⁴. En consecuencia, el existencialismo propugnó el compromiso político para mejorar la realidad social. Defendió, por así decirlo, un activismo estoico, contrario al individualismo y al quietismo predicados por los epicúreos.

Otro de los pensadores más relevantes del siglo, Ludwig Wittgenstein (1889-1951), se inspiró de manera general en la física epicúrea. En su obra magna, el *Tractatus logico-philosophicus* (1921-1922), el pensador austríaco establece que el mundo es la totalidad de los hechos atómicos.

Si en estos filósofos se atisban coincidencias significativas con la Escuela del Jardín, el influjo más relevante se encuentra en el movimiento ideológico por antonomasia del siglo XX: el materialismo dialéctico. Karl Marx era un

⁸⁴⁰ Entre los postulados de su pensamiento destacan los siguientes: Dios ni es coercitivo ni omnipotente, la realidad consta de sustancias materiales, el universo está caracterizado por el cambio a través de agentes que obran con libertad y Dios contiene el universo y cambia al tiempo que este, aunque algunas cualidades, como la bondad o la sabiduría, permanecen intactas.

⁸⁴¹ A la visión mecanicista y materialista del darwinismo opuso la concepción de un universo que evolucionaba hacia el espíritu o punto omega, que identificaba con el Cristo cósmico ("cristosfera"). Pensaba que ya en la materia originaria había una conciencia organizadora, una suerte de *anima mundi*. En su obra se prefigura la teoría del "Big Bang" y no es ajena a los planteamientos del atomismo.

⁸⁴² Recordaba Copleston (1984 IX: 325) que en su conferencia *El existencialismo es un humanismo* (Paris, 1946), Sartre distinguía dos existencialismos: el cristiano y el ateo. A su parecer, solo Heidegger y él practicaban el segundo.

⁸⁴³ Este pensamiento fue expresado poéticamente por José M.^a Valverde en estos versos (11-12): "Dura historia del hombre, maravilla / edificada, lenta, hacia la muerte" ("El poeta, en la siesta dominguera", del poemario *La conquista de este mundo*, 1954). Cf. Senabre (1999: 362).

⁸⁴⁴ En su opúsculo divulgativo *El Existencialismo es un humanismo* (1946) Sartre se expresa a veces de forma similar a Lucrecio: "Porque queremos decir que el hombre empieza por existir, es decir, que empieza por ser algo que se lanza hacia un porvenir, y que es consciente de proyectarse hacia el porvenir" (Sartre, 1992: 17. Cf. Lucr. V 222-25); o "Es lo que expresaré diciendo que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y, sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace" (Sartre, 1992: 26. Cf. Lucr. *ibid.*).

profundo conocedor del epicureísmo y del texto lucreciano⁸⁴⁵. No en vano, su tesis doctoral versó sobre las *Diferencias de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro* (1841)⁸⁴⁶. Y aunque, como ha señalado Candel (1988: 7), Marx “acabó saliéndose por completo del marco conceptual de este trabajo académico, no es menos cierto que el paisaje temático que en él contempla –el materialismo como concepción del mundo– forma parte permanente de su panorama filosófico global”.

Desde una perspectiva filológica y filosófica, su tesis pertenece a la tradición rehabilitadora del epicureísmo, en la línea de las defensas de Pierre Gassendi, Walter Charleton (1619-1707)⁸⁴⁷, André Arnaud († 1615)⁸⁴⁸, Quevedo y Bernardino de Rebolledo (1597-1676)⁸⁴⁹. Se proponía, en efecto, desmentir las acusaciones falsas vertidas contra Epicuro mediante el mismo método: rastrear todo el corpus epicúreo hasta reunir una doxografía exhaustiva y autorizada (Candel, 1988: 13-15). Fruto de aquella investigación fueron los conocidos *Cuadernos de filosofía epicúrea, estoica y escéptica*, redactados entre 1839 y 1841, en los cuales hizo acopio, sobre todo, de citas epicúreas⁸⁵⁰

⁸⁴⁵ Sobre la formación clásica y la importancia de Epicuro y Lucrecio para el pensamiento de Marx han escrito Ginzo (2002: 251-69) y Lezra (2016: 125-43). Recuerda Albrecht (2002: 338) que Bertolt Brecht (1898-1956) quiso verter en un poema didáctico al estilo lucreciano el *Manifiesto comunista* (1848).

⁸⁴⁶ La tesis no se ha conservado completa. Faltan las secciones IV y V de la Primera Parte, tituladas respectivamente “Diferencias generales de principios entre la filosofía natural democritea y la epicúrea” y “Resultados”, así como el apéndice “Crítica de la polémica de Plutarco contra la teología de Epicuro”. Pueden leerse las diferencias entre el atomismo de Demócrito y Epicuro de forma resumida en Olivares del Valle (1998: 45-49).

⁸⁴⁷ Publicó en 1652 *The Darkness of Atheism Dispelled by the Light of Nature: A Physico-theological Treatise* (London: William Lee). Con ella pretendía hacer más accesible al público inglés el epicureísmo cristianizado del filósofo Gassendi. En 1656 imprimió su *Epicurus's Morals*, una nueva reivindicación de la ética epicúrea (Jones, 1992: 199).

⁸⁴⁸ Gassendi lo menciona en el *De vita et moribus Epicuri*, cap. VII, por ser uno de los apologistas de Epicuro más notables: *Enimvero heic tacere non possum duos, aut treis eximios viros, qui seu de Sectam Epicuri, seu Apologiam pro Epicuro conscribere aggressi sunt [...] Tertius est Andreas Arnaudus Forcalqueriensis in hac Provincia Prosenescalus, cui in libello, cui nomen Ioci (à pag. 215), Apologiam pro Epicuro inter caetera edidit (Opera omnia, T. V., p. 224).*

⁸⁴⁹ Escribió una “Defensa de Epicuro” (*Selva militar y política*, tomo segundo de las obras poéticas, 1661, pp. 477-496. BN R/21482 y R/7209), en la que aboga por Epicuro aduciendo numerosos elogios que humanistas célebres le tributaron. Sigue y polemiza a veces con la de Quevedo. Las dos, junto con la primera de Francisco Sánchez, el Brocense, inserta en el prólogo de su *Doctrina del estoico filósofo Epicteto, que se llama comúnmente Enquiridión*, (En Salamanca: en casa de Pedro de Lasso, 1600. BN R/36830), constituyen el empeño más notable por rehabilitar el epicureísmo en España. Cf. Gómez Canseco (1993: 100-1).

⁸⁵⁰ Son siete en total. Pese al título, se centran en la filosofía epicúrea. He aquí los contenidos: lib. I: “1.- Diógenes Laercio. Libro Décimo”; lib. II: “1.- Diógenes Laercio. Libro décimo. Comentarios de Gassendi. 2.- Sexto Empírico. 3.- Plutarco, según la edición de Xylander. Acerca de que, según Epicuro, no se puede vivir feliz”; lib. III: “1.- Plutarco. Acerca de que, según Epicuro, no se puede vivir feliz. Colotes”; lib. IV: “1.- Plutarco. Colotes. 2.- Lucrecio, *De rerum natura* I-III. Edición de Eichstädt, 1801, vol. 1”; lib. V: “1.- Luc. Annaeus Seneca, *Opera*,

procedentes de Lucrecio, Cicerón, Plutarco (ca. 46 – ca. 120 d. C.), Diógenes Laercio, Estobeo (ss. V-VI d. C.) y otros, sazonadas con comentarios poco sistemáticos del propio Marx que pretendían probar la coherencia interna de la doctrina epicúrea contra la *opinio recepta*. Rebate con singular ímpetu los reproches a Epicuro de Plutarco, en quien Marx vio la encarnación antigua del coetáneo burgués biempensante y piadoso.

Según el proyecto original, Marx pretendía investigar cómo las diversas escuelas helenísticas habían contribuido a la emancipación del individuo. Sin embargo, fue descartando doctrinas hasta centrarse casi monográficamente en el epicureísmo, pues en su atomismo encontró dos premisas físicas que de manera razonable fundamentaban la ética de la autoconciencia. La primera era la teoría de los átomos, que justificaba la singularidad de los hombres, elevándolos por encima de ideologías totalitarias y de credos enajenantes (*Tesis* I, cap. 1), y, la segunda, la del *clinamen* o desviación fortuita de los átomos, que probaba la libertad de los hombres (*Tesis* II, cap. V), al desligarlos de todos los dioses celestes y terrestres que los tiranizaban. En consecuencia, el sabio epicúreo personificaba a ojos del filósofo alemán al hombre liberado de la Necesidad que dictaban las leyes del estado opresor, los designios de los dioses o las categorías aristotélicas⁸⁵¹. Gracias a su autonomía podía, de un lado, salvaguardar su serenidad subjetiva (*ataraxía*) y, de otro, proyectar su razón objetivamente sobre la realidad para conocerla (Candel, 1988: 16-21). Marx tributó encendidos elogios a Epicuro por esto, el más exaltado, quizás, en el prólogo, donde llega a considerarlo una reencarnación de Prometeo por su lucha común contra los dioses (*Tesis*. Prólogo).

Tanto Marx como su correligionario Friedrich Engels (1820-1895) mantuvieron que la naturaleza era el sostén de la existencia humana y que más allá de ella nada había (Copleston, 1983 VII: 240-47). Así aprehendido, el materialismo marxista ofrecía muchos puntos de contacto con el atomismo antiguo y, en cierto modo, activaba políticamente la ética epicúrea. En efecto, la interpretación marxista de la historia establece que el factor básico de la evolución humana radica en la actividad económica, dado que su objetivo fundamental es satisfacer las necesidades físicas, cuestión esta medular para la doctrina del Jardín. Cierto es que no solo los partidos de izquierda intentaron mejorar las condiciones de vida de los obreros, universalizando la satisfacción de las necesidades fundamentales. También la Iglesia procuró esto mismo mediante su doctrina social. Ahora bien, la conjunción de ateísmo práctico y

Amsterdam: 1672. 2.- Joh. Stobaei *Sententiae et eclogae...*, Geneva: 1609. 3.- Clemente de Alejandría, *Opera*, Colonia, 1688”; lib. VI: “1.- *De rerum natura* I-IV”, y lib. VII: “1.- Ciceron, *De natura deorum*. 2.- Cicerón, *De finibus*”.

⁸⁵¹ Winspear (1963: “Preface”) hace este iluminador comentario: “In a slave-owning society, Plato and the Pythagoreans, Aristotle and the Stoics developed idealism as a defence of social inequality. This outlook proved all too congenial to the thinkers of later feudal and aristocratic societies”.

desprecio por atesorar riquezas individuales, ambos postulados originarios del epicureísmo, se dio en el modelo marxista⁸⁵², puesto hoy en tela de juicio. Y las democracias occidentales, incluso siendo sesgadamente capitalistas, han prosperado guiadas en parte por ellos, pese a pasar prácticamente desapercibidos. Dos casos evidentes serían el *New Deal* (1933-1938) en Estados Unidos y el actual modelo laico y económico de Europa, en el que la libertad, ya de culto y de pensamiento, así como el pago de tributos progresivos, según la fortuna de los ciudadanos, busca garantizar la satisfacción de las necesidades primarias y secundarias, así como una mejor redistribución de la riqueza.

Al estudiar la presencia de Lucrecio en el pensamiento francés y alemán del siglo XVIII, Catherine Wilson (2016: 84) escribe un párrafo muy esclarecedor sobre las consecuencias –esta vez– negativas que llegó a tener la filosofía dieciochista en la sociedad occidental de los siglos XIX y XX. Dice así:

At the end of the eighteenth century, there was a fork in the road. Some philosophers went down the path of Kantian idealism, with high hopes for the moralization and eventual pacification of the world, but with unfortunate results, as the ideals of duty, purity, the exercise of the will, and the civilizing mission turned destructive of people and their happiness in the nineteenth and twentieth centuries. The French socialists, and Engels and Marx, went down the path of materialism, with its anti-theology, egalitarianism, and emphasis on human welfare. This route, too, became vicious in unexpected ways. Neither side was paying attention to the underlying Lucretian ethical admonitions: limit your ambitions, preserve the weak and pity the troubled, and cultivate the arts and sciences—the source of all of life's refinements and rewards. Take your moral comfort not from the idea of heaven or even from some utopian vision of the way everything ought to be on earth. Take it from the observation that, so far, spring has always come round, after winter, and that in the endless combinatorial possibilities of the atoms there is always renewal and the creation of new life.

Parece, en efecto, que la divergencia estriba en la justa comprensión y aplicación de la Ética epicúrea, clave de bóveda de toda la doctrina. Si comparamos el materialismo científico de Marx y Engels y el antiguo de Epicuro y Lucrecio, tienen en común la Física –baste recordar el *clinamen*–, pero parcialmente la Ética. El materialismo clásico predicaba un ateísmo pragmático (los dioses existen, pero no se entrometen en los asuntos humanos), quería liberar al hombre de la superstición religiosa, apostaba por el apartamiento

⁸⁵² Recuerda Albrecht (2002: 346) que “la Unión Soviética fue el único país que celebró en 1946 el bimilenario de Lucrecio, que culminó con una edición y traducción del *DRN* a cargo de Th. Petrovskij (Gordon, 1985: 220-21, n.º 438), complementadas con un volumen de ensayos, entre los que se contaba uno de León Tolstói”.

de la política (λάθε βιώσας), buscaba la serenidad del ánimo (ἀταραξία), anhelaba la paz (Lucr. I 1-43), estimaba la felicidad personal como el *summum bonum* y, en consecuencia, anteponía el individuo al grupo. El materialismo histórico, en cambio, tenía una Ética social o Política que alentaba el anticlericalismo (los dioses, si existen, sirven al capital⁸⁵³), admitía la violencia como un componente connatural a la lucha de clases, exhortaba a la implicación política y, en la práctica, el interés colectivo del proletariado prevalecía sobre el del individuo⁸⁵⁴. Pese a estas diferencias significativas, hay, como dijimos, un humus común muy notable: la concepción materialista y antiprovidencialista de la realidad y la opinión de que la avaricia humana causa grandes injusticias y es fuente inagotable de desasosiego social, opinión esta generalizada en todas las doctrinas antiguas⁸⁵⁵.

Fue H. Bergson uno de los primeros en atisbar con claridad los peligros que en su siglo entrañaba un materialismo exacerbado, si consideraba al hombre un mero compuesto orgánico, sin carisma, sin chispa de espiritualidad, sin nada aparentemente sagrado. Su *élan vital* recuperó como concepto una de las famosas contradicciones del epicúreo romano, la primera “antilucreciana” de hecho: el impulso vegetativo que envuelve a toda la naturaleza y que como agente vitalizador (*Venus genetrix*, vv. 1-2) anima la existencia de manera casi “divina”. El pasaje, versificado justo al comienzo de la obra (I 1-43), es el himno a Venus, donde el poeta latino, aparte de dirigirse a la diosa como alentadora de la vida y patrona de su empresa poética, le reclama en la súplica final (vv. 29-43) una existencia pacífica, que es, según el epicureísmo, condición imprescindible para ser feliz (Lucr. V 1433: *vera voluptas*).

Así, pues, sin olvidar estas facetas éticas, a veces contradictorias⁸⁵⁶, la doctrina del Jardín todavía puede inspirar filosóficamente no solo a pensadores,

⁸⁵³ La doctrina del Jardín pretendía eliminar el miedo a los dioses y a la muerte, pero no erradicar el sentimiento religioso. Ya en el contexto del famoso adagio “Die Religion [...] Sie ist das Opium des Volks” (*Einleitung zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*), Karl Marx viene a defender esta eliminación: “Der Kampf gegen die Religion ist also mittelbar der Kampf gegen jene Welt, deren geistiges Aroma die Religion ist. Das religiöse Elend ist in einem der Ausdruck des wirklichen Elendes und in einem die Protestation gegen das wirkliche Elend. Die Religion ist der Seufzer der bedrängten Kreatur, das Gemüt einer herzlosen Welt, wie sie der Geist geistloser Zustände ist. Sie ist das Opium des Volks. Die Aufhebung der Religion als des illusorischen Glücks des Volkes ist die Forderung seines wirklichen Glücks”. Nótese la similitud entre la frase “Die Religion ist der Seufzer der bedrängten Kreatur” y Lucr. I 62-63.

⁸⁵⁴ Estas premisas están presentes en *El manifiesto comunista* (1848) de K. Marx y F. Engel.

⁸⁵⁵ Sobre el denuesto de la riqueza en la filosofía grecolatina, cf. Traver (2020: 85-86).

⁸⁵⁶ Una *quaestio disputata*, por ejemplo, es precisamente la actitud del epicureísmo hacia el sentimiento religioso, pues en el corpus filosófico del samita se encuentran opiniones favorables a la piedad y veneración de los dioses (386 y 388 Us. Cf. Rist, 1972: 140-63, y García Gual, 1993: 170-77). Parece también que Epicuro consentía la actividad política, siempre que fuera vocacional y conforme a la naturaleza de las personas (555 Us. Cf. García Gual, 1993: 193, esp. n. 3). Y, de hecho, el epicureísmo romano la aceptaba obviando la famosa máxima de Epicuro de

como Michel Onfray (1959-)⁸⁵⁷, que defienden los valores genuinos del racionalismo occidental contra la expansión del fanatismo religioso en manos del miedo⁸⁵⁸, sino también a organizaciones sociales, como Greenpeace, que demandan un desarrollo sostenible⁸⁵⁹ y la práctica de una vida morigerada alejada del actual consumismo vacío e irracional. Sus preceptos, asimismo, pueden tener gran utilidad en la psicología terapéutica como ha puesto de manifiesto recientemente la tesis doctoral de Marcio Cid (2017)⁸⁶⁰. Lucrecio mismo podría ser un modelo ético para la ciencia moderna, como bien ha señalado el profesor W. R. Johnson (2000: 154) en su ensayo *Lucretius and the Modern World*:

Political decisions about technological products that are promulgated in the language of tribal religions and their value systems (our nation, our God, our blood = morality) and that are made without benefit of accurate and *honest* scientific estimates of their 'long-term' effects on us and on our world are invalid, immoral, and, eventually, ruinous. That's how Lucretius would rate them on his *vera voluptas* meter. Bad scientists (not mad, not amoral), bad scientists who work for bad technocrats and produce absurd or fatal luxuries instead of needful things and creature comforts do poorly when Lucretius measures them against the demands of true pleasure.

Y, más recientemente, ha venido a sugerir también esto mismo Agustín García Calvo (2019: 40) en su última y póstuma edición del texto lucreciano:

Entre tanto, he seguido usando el poema en mis andanzas con la física y la lógica; y alguno que tenga noticia de ellas [...] y que sepa que vienen a ser una paciente guerra contra la Fe, puede

λάθε βιώσας (551 Us. Cf. Cascajero Garcés, 1980: 403). Para más información, cf. el detallado análisis de Mas Torres (2018: 363-430).

⁸⁵⁷ Él mismo lo afirma en una entrevista concedida a Octavi Martí en el *Diario "El País"* (18/03/06), titulada "Los hombres se inventan dioses para no mirar la realidad". Dice exactamente lo siguiente: "se la debo a Lucrecio (sc. el descubrimiento de otra filosofía). De él aprendí la posibilidad de una moral sin necesidad de Dios y trascendencia. Los hombres se inventan dioses porque no son capaces de mirar la realidad cara a cara". También el filósofo político Leo Strauss (1899-1973) encontró en los versos de Lucrecio argumentos para sus ideas sobre el desmoronamiento del mundo, como ha estudiado Antonio Lastra Meliá (1997) en su tesis doctoral sobre la naturaleza de la filosofía política. Otro pensador moderno, el francés André Comte-Sponville (1952-), está muy próximo ideológicamente al epicúreo latino (cf. la entrevista en *El País Semanal*, pp. 38-43, de 24-02-08).

⁸⁵⁸ Sobre estos temas ha tratado García Calvo (1998: 147-57) de nuevo al hilo de Lucrecio.

⁸⁵⁹ Epicuro apostó por el respeto al medio ambiente de dos maneras: primero, predicando un consumo racional de los bienes naturales (Epicur. *Sent.* 15, 18, 21; *Sent. Vat.* 59, y D. L. X 11, 130-32) y, segundo, afirmando que el sabio debe amar el contacto con la naturaleza (D. L. X 120), pues es maestra de la ciencia y, por tanto, de la vida (Epicur. *Sent.* 12).

⁸⁶⁰ *La filosofía epicúrea como psicoterapia integral* (tesis inédita), Barcelona: Univ. de Barcelona.

que se estrañe de esta afición y uso de un poema que es un caso eximio de fe ferviente, en la Ciencia y en la teoría de Epicuro: basta, para entenderlo, recordar que es la manera neta y franca con que enuncia la fe en la verdad de nuestra primera Física atómica lo que me mueve a usarlo como nítido modelo y a modo de caricatura [...] para la Física moderna hasta sus últimos progresos, en que ha venido a ser, bajo el régimen que padecemos, el centro de la Fe: mi deseo impío (que no mengua mi piedad con el fiel Lucrecio) es que este espejo ayude a ver el destino de toda Ciencia o Fe que trata de hallar la verdad en la realidad.

En España tenemos otro ejemplo ilustre de este magisterio ético, aparte del de Agustín García Calvo, en el Premio Nobel de Medicina (1959) Severo Ochoa (1905-1993), quien, en opinión de Emilio García (2004: 141-54), siguió en su vida, ya fuera en la esfera científica, religiosa o política, los valores predicados por Epicuro y Lucrecio.

En la actualidad el ensayo divulgativo y *best seller* de Stephen Greenblatt, *The Swerve: How the World Became Modern* (New York: W. W. Norton, 2011), ha suscitado un enorme interés por la figura de Lucrecio, dado que el crítico estadounidense lo eleva al pódium de los campeones del progreso junto a Nicolás Copérnico, Isaac Newton⁸⁶¹ o Albert Einstein (Traver, 2013: 87-88), suscitando un controvertido debate sobre el alcance de esta consideración (Palmer, 2020: 167-97, y Nicoli, 2020: 249).

7. 2. *Lucrecio en la Generación del 98 y en el modernismo (1882-1932)*

El fin del siglo XIX en España coincide con un período de crisis económica y política. Es entonces cuando se produce el derrumbe definitivo del imperio colonial, tras la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico en 1898. En el panorama literario surgen dos corrientes, el modernismo y la Generación del 98, toda vez que el realismo desde 1890 parecía definitivamente agotado, al menos, en poesía y en teatro (Palacios Fernández, EUM: s.v. “Realismo”). Ambos movimientos compartieron ciertas similitudes estéticas, pero mantuvieron concepciones dispares sobre la finalidad del arte (Abellán, 1982: 19-21). Si para los escritores de la Generación del 98 la literatura era un útil capaz de transformar la sociedad, para los modernistas, en cambio, era simplemente una expresión de “el arte por el arte”, según rezaba la leyenda de Théophile Gautier (1811-1872), uno de los precursores del movimiento.

⁸⁶¹ A los pies de la estatua de Newton que se yergue en la antecapilla del Trinity College (Cambridge) está inscrito el verso de Lucrecio III 1043: *Qui genus humanum ingenio superavit*. Cf. el siguiente enlace <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:StatueOfIsaacNewton.jpg> (último acceso: 29-03-2021).

Al igual que los ilustrados, los escritores del 98⁸⁶² se preocuparon por los problemas sociales de su tiempo. Quisieron mejorar pluma en mano las condiciones vitales de sus compatriotas. Cultivaron, en consecuencia, una literatura comprometida con la clase obrera y la pequeña burguesía, llegando a ser portavoces de sus aspiraciones laborales y políticas. De ahí que sus novelas se afilien a ideologías progresistas y, en ocasiones, revolucionarias. Azorín (1873-1967) escribía en 1913 estas elocuentes palabras para definir a los escritores del 98:

Un espíritu de protesta, de rebeldía animaba a la juventud de 1898. Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos en los que se derruían los valores tradicionales y se anhelaba una España nueva, poderosa. Pío Baroja, con su análisis frío, reflejaba el paisaje castellano e introducía en la novela un hondo espíritu de disociación [...] (Lázaro Carreter y Tusón, 1989: 43).

Por el contrario, los modernistas buscaron en el arte una evasión a los problemas de la sociedad, de ahí que hayan sido tildados de “escapistas”. Estaban interesados más en renovar la estética literaria, dominada aún por un realismo frío y academicista, que por resolver injusticias sociales. De hecho, uno de los logros del modernismo se cifra en haber sabido sintetizar dos tendencias estéticas francesas, el simbolismo y el parnasianismo⁸⁶³. Con todo, Juan Ramón Jiménez (1881-1958) afirmaba que el modernismo fue también una actitud ante los nuevos tiempos y en un artículo contemporáneo el músico Eduardo López-Chávarri (1871-1970) aclaraba que era una postura inconformista ante la vida burguesa y utilitaria que había arrinconado por inútiles los sentimientos (Lázaro Carreter y Tusón, 1989: 33-34). Tal vez por esta razón los modernistas tuvieron notables afinidades con los románticos. Sintieron como ellos malestar existencial y repulsa por las vulgaridades de la sociedad circundante.

Pese a estas diferencias, tanto noventayochistas como modernistas fueron presa de las preocupaciones existenciales que, como vimos, ya padecieron los realistas. La causa principal de esta crisis espiritual radicaba en el derrumbe de las creencias religiosas, motivado por un progreso científico que desmontaba a la mayoría de los intelectuales. Durante siglos, la fe cristiana orientó y dio sentido a la vida; sin embargo, cuando se cuestionó razonablemente su credo, se hizo en torno un vacío demasiado grande. ¿Cómo adaptarse a un mundo sin Dios y sin cielo después de casi veinte siglos de paraíso prometido? La

⁸⁶² Según Azorín, quien propuso tal denominación en unos artículos de 1913, componían esta generación Miguel Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Ramón del Valle-Inclán, Jacinto Benavente y Rubén Darío, entre otros.

⁸⁶³ El parnasiano René Sully-Prudhomme (1839-1907), proclive a la poesía filosófica, tradujo el primer libro de Lucrecio y creó un lenguaje poético de gran precisión (Albrecht, 2002: 338).

crisis económica y las guerras enrabiaron más la angustia. Muchos escritores compartieron con Lucrecio esa sensación de entusiasmo y de horror ante los progresos científicos que expresó en sus versos (III 28-30):

his ibi me rebus quaedam divina voluptas
percipit atque horror, quod sic natura tua vi
tam manifesta patens ex omni parte resecta est. 30

Este sentimiento contradictorio se había gestado antes de la Ilustración y afloró ya a finales del siglo XVII, cuando el estudio de la naturaleza, al margen de la Teología, dio sus primeros frutos relevantes. A lo largo del siglo XVIII se acrecienta y en las primeras décadas del siglo XIX el miedo a un mundo sin Dios se agudiza y la literatura se hace eco todavía más de esa angustia. El poeta inglés Alfred Tennyson (1809-1892), por ejemplo, transmitió en sus poemarios el temor hacia una ciencia que disipara las supersticiones y que, al mismo tiempo, cubriese de desesperación el alma humana⁸⁶⁴. Desde la filosofía se buscaron nuevas respuestas para afrontar el reto que no siempre fueron suficientes. Kierkegaard, precursor del existencialismo, fundamentó *in extremis* el sentido de vida en la existencia de Dios. Así y todo, algunos escritores influidos por su pensamiento, como Luigi Pirandello (1867-1936), Rainer María Rilke (1875-1924), Franz Kafka (1883-1924) o Miguel de Unamuno, reflejaron en sus obras un mundo interior atormentado por la duda religiosa y presentaron al hombre perdido, al que solo consolaba la esperanza religiosa, porque la razón a secas le angustiaba (Lázaro Carreter y Tusón, 1989: 14).

7. 2. 1. *Imitadores de Lucrecio encuadrados en estos movimientos*

Manuel Reina (1856-1905), político y poeta cordobés, nacido en Puente Genil, es considerado el fundador del “culturalismo” en España e Hispanoamérica. Esta tendencia poética, que impregna los versos de referencias eruditas de muy distinta procedencia, gozó de gran predicamento entre los poetas modernistas y entre los novísimos⁸⁶⁵. Su culto lirismo fue elogiado por Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez⁸⁶⁶. Abundan en todos sus poemarios referencias grecolatinas (MLE VIII: 175-77), destacando *Poemas paganos* (Madrid: Tip. Hijos de M. G. Hernández, 1896) y *Jardín de los poetas* (Madrid: Impr. de los Hijos de M. G. Hernández, 1899). En el primero evoca el mundo clásico y en el segundo elogia a Homero, a Anacreonte y a Catulo. En

⁸⁶⁴ Tennyson escribió un poema titulado *Lucretius* donde reconoce su débito con el poeta y “nos da una imagen del poeta antiguo de gran fuerza dramática y penetración psicológica” (Valentí, 1949: 218). Para más información sobre este poema, cf. Cerro (1989: 16-18).

⁸⁶⁵ Sobre el tema, cf. Carnero (1990: 11-23).

⁸⁶⁶ En su poesía se nota especialmente el influjo de Núñez de Arce, a quien considera guía espiritual de su generación, como deja claro en su poema dedicatorio *A Núñez de Arce* (“Un genio ardiente, un alma vengadora”).

1928 apareció una recopilación bajo el epígrafe *Sus mejores versos* (Madrid: Gráf. Unión), en la que se incluía este poema titulado “La estatua”:

En medio del jardín yérguese altiva, en riquísimo mármol cincelada, la figura de un dios de ojos serenos, cabeza varonil y formas clásicas.	
En el invierno, la punzante nieve y el viento azotan la soberbia estatua; pero ésta, en su actitud noble y severa, sigue en el pedestal, augusta, impávida.	5
En primavera, el áureo sol le ofrece un manto de brocado; las arpadas aves con sus endechas la saludan; los árboles le tejen con sus ramas verde dosel; el cristalino estanque la refleja en sus ondas azuladas,	10
y los astros colocan en su frente una diadema de bruñida plata.	15
Mas la estatua impasible está en su puesto sin cambiar la actitud ni la mirada. ¡Así el genio inmortal, dios de la tierra, siempre blanco de envidias o alabanzas, impávido, sereno y arrogante, sobre las muchedumbres se levanta!	20

La fuente lucreciana está magistralmente encubierta. Es, desde luego, un brillante ejemplo de *allusio* y *amplificatio*. En medio de un jardín, sobre un pedestal, se eleva en mármol la efie de un dios clásico. No sabemos cuál. Pero haga frío o calor, caigan chuzos de punta o diluvie permanece así: “impávido, sereno y arrogante” (v. 21). De esta forma descrito, parece un dios epicúreo, sordo a las súplicas del hombre (v. 22) y en posesión envidiable de la *ataraxía*. Por eso, es muy posible que estos versos lucrecianos sean la fuente de inspiración (III 18-24)⁸⁶⁷:

apparet divum numen sedesque quietae, quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis aspergunt neque nix acri concreta pruina cana cadens violat semper<que> innubilis aether integit et large diffuso lumine ridet: omnia suppeditat porro natura neque ulla res animi pacem delibat tempore in ullo.	20

Pasada su juventud, Rubén Darío (1867-1916) leyó mucha filosofía clásica, atormentado por la muerte y el más allá. Quiso hallar en la sabiduría antigua respuestas y se adentró en distintas doctrinas esotéricas, como el pitagoris-

⁸⁶⁷ Cf. también Lucr. I 44-49.

mo y el orfismo. Sus poemas “*Eheu*”, “Reencarnaciones” y “Metempsicosis” recrean, de hecho, las creencias de estas sectas (Gullón, 1990: 18). La *ratio* de Epicuro brilló siempre como un lucero solitario y perturbador en medio del universo filosófico griego, pues contra pitagóricos, platónicos, aristotélicos y estoicos sostuvo, entre otras, que la muerte era la aniquilación absoluta del ser y que no existía vida ultraterrena. Aun siendo estos postulados tan contrarios al deseo de Rubén Darío, sintió simpatía por Epicuro⁸⁶⁸ y, concretamente, por su invitación al disfrute vital, como evidencian estas palabras suyas:

Creo en Dios, me atrae el misterio; me abisman el ensueño y la muerte; he leído muchos filósofos y no sé una palabra de filosofía. Tengo sí, un epicureísmo a mi manera: gocen todo lo posible el alma y el cuerpo sobre la tierra, y hágase lo posible para seguir gozando en la otra vida (Gullón, 1990: 35).

De hecho, el ciclo de poemas “Las ánforas de Epicuro” marca el comienzo de esta etapa de reflexión filosófica y religiosa (Rasi, 1976: 487), en la que Lucrecio pudo ser fuente de inspiración, puesto que a lo largo del libro tercero versificaba largo y tendido las premisas epicúreas sobre la muerte. Quizás reminiscencias de aquella lectura crepiten en este soneto titulado “Propósito primaveral”⁸⁶⁹:

A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo
tu triunfo, Amor, al beso de la estación que llega
mientras el blanco cisne del lago azul navega
en el mágico parque de mis triunfos testigo.
Amor, tu hoz de oro ha segado mi trigo; 5
por ti me halaga el suave son de la flauta griega
y por ti Venus pródiga sus manzanas me entrega
y me brinda las perlas de las mieles del higo.
En el erecto término coloco una corona 10
en que de rosas frescas la púrpura detona;
y en tanto canta el agua bajo el bosque oscuro,
junto a la adolescente que en el misterio inicio
apuraré alternando con tu dulce ejercicio
las ánforas de oro del divino Epicuro.

Acereda Extremiana (1997: 200)

Aunque dirigido al dios Amor, tanto por su formulación himnica como por la explícita mención a Venus, recuerda al proemio primero de Lucrecio,

⁸⁶⁸ Afirma Rasi (1976: 487): “Puesto que el epicureísmo —interpretado por Darío como un sabio equilibrio entre el deleite de la creación artística y el goce sensual— aparece sugerido sólo en los sonetos «Palabras de la Satiresa» y «Alma mía», cabe suponer que Epicuro, en el título de la sección, significa filósofo por antonomasia, como ha propuesto Arturo Marasso”.

⁸⁶⁹ Perteneciente a *Cantos de vida y esperanza*, Madrid: Tip. de la Revista de Archivos y Bibliotecas, 1905 (n.º XXXVIII).

salvo en el remate epigramático, que contiene un eco del encomio a Epicuro del libro tercero:

Vv.	RUBEN DARÍO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO	DISEÑO RETÓRICO
1-2	<i>A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo / tu triunfo, Amor, al beso de la estación que llega</i>	I 6-11	te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli / adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus / summittit flores, tibi rident aequora ponti / placatumque nitet diffuso lumine caelum. / nam simul ac species patefactast verna diei / et reserata viget genitabilis aura favoni,	La llegada del amor, coincidiendo con la primavera	Invocación
5-8	<i>Amor, tu hoz de oro ha segado mi trigo; / por ti me halaga el suave son de la flauta griega / y por ti Venus pródiga sus manzanas me entrega / y me brinda las perlas de las mieles del higo.</i>				“Du-Stil” y aretalogía
13-14	<i>apuraré alternando con tu dulce ejercicio / las ánforas de oro del divino Epicuro.</i>	III 12-13	omnia nos itidem depascimur aurea dicta, / aurea, perpetua semper dignissima vita	La sabiduría de Epicuro como alimento	
		III 14-15	nam simul ac ratio tua coepit vociferari / naturam rerum divina mente coorta	Epicuro como dios	

También en el archiconocido poema “Lo fatal” (*Cantos de vida y esperanza*, n.º XLI), ejemplo paradigmático del pesimismo existencial que sacudió a los poetas finiseculares, Rubén Darío manifiesta una concepción nihilista de la vida coincidente con los postulados últimos del epicureísmo. Tras el optimista *makarismós* inicial, que llena de buenos augurios la mente del lector y le recuerda el *beatus ille* horaciano⁸⁷⁰ (especialización incipitaria), el poeta nicaragüense derrama una amargura desoladora. El lector, traumatizado, ha descendido en pocos versos a los infiernos del existencialismo. Reza así:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,

⁸⁷⁰ Para la presencia de este tópico en España, cf. Menéndez Pelayo (1944-1945 IV, V y VI) y Carreño (1998: 931, n. 23).

pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
 ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
 Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto, 5
 y el temor de haber sido y un futuro terror...
 y el espanto seguro de estar mañana muerto,
 y sufrir por la vida y por la sombra y por
 lo que no conocemos y apenas sospechamos,
 y la carne que tienta con sus frescos racimos, 10
 y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
 ¡y no saber a dónde vamos,
 ni de dónde venimos!

Contra estos temores ideó Epicuro su “tetrafármaco”, a cuyos principios activos dedicó Lucrecio largas tiradas de versos en el libro III. “La muerte no nos afecta, pues es insensible” era su argumento más efectivo (III 830-69) y recurría, incluso, a la voz contundente de la Naturaleza (III 931-77) para convencernos de que la acogiéramos de grado. Los primeros versos (1-5) de Rubén Darío vienen a dar la razón al epicureísmo, al reconocer la insensibilidad como un bien. Sin embargo, su pesimismo existencial enluta la vida sensible y consciente, hasta el punto de negarle cualquier bondad, extremo que no admite el epicureísmo⁸⁷¹.

Miguel de Unamuno (1864-1936) era un buen conocedor del mundo clásico. Ganó, como es sabido, la cátedra de Griego el año 1891 en la Universidad de Salamanca. Era “un hombre de contradicción y pelea”, según confesión propia⁸⁷², al que dos temas le preocuparon intensamente: el problema de España y el sentido de la vida. En 1913 publicó su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida* (Madrid: Renacimiento), en el que se planteaba la espinosa cuestión de la inmortalidad. Es plausible suponer que Unamuno se sintiera atraído por Lucrecio y por la concepción epicúrea de la muerte, que, salvo por su afán de inmortalidad, encaja con su pensamiento (Savater, 1986: 13). Y, en efecto, de él habla en el cap. 5 (“La disolución racional”) de esta obra:

No, para la razón, la verdad es lo que se puede demostrar que es, que existe, consuélenos o no. Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora. Aquel terrible poeta latino, Lucrecio, bajo cuya elegante serenidad y ataraxia epicúrea tanta desesperación se cела, decía que la piedad consiste en poder contemplarlo todo con alma serena, *pacata posse mente omnia tueri*. Y fue este Lucrecio el mismo que escribió que la religión puede inducirnos a tantos males: *tantum religio potuit suadere malorum*. Y es que la religión, y sobre todo

⁸⁷¹ Cf. del mismo poemario el poema XXXVI (“Thánatos”), también nihilista, y de *Prosas profanas y otros poemas* (Paris: Viuda de C. Bouret, 1901), el poema “Dezir”, que recuerda el himno a Venus.

⁸⁷² Cf. *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. XI.

la cristiana más tarde fue, como dice el Apóstol, un escándalo para los judíos y una locura para los intelectuales (I Cor., I, 23). Tácito llamó a la religión cristiana, a la de la inmortalidad del alma, perniciosa superstición, *exitialis superstitio*, afirmando que envolvía un odio al género humano, *odium generis humani*.

Hablando de la época de estos hombres, de la época más genuinamente racionalista, escribía Flaubert a madame Roger des Genettes estas preñadas palabras:

“Tiene usted razón; hay que hablar con respeto de Lucrecio: no lo veo comparable sino a Byron, y Byron no tiene ni su gravedad ni la sinceridad de su tristeza. La melancolía antigua me parece más profunda que la de los modernos, que sobrentienden todos más o menos la inmortalidad de más allá del *agujero negro*. Pero para los antiguos este agujero negro era el infinito mismo; sus ensueños se dibujan y pasan sobre un fondo de ébano inmutable. No existiendo ya los dioses, y no existiendo todavía Cristo, hubo, desde Cicerón a Marco Aurelio, un momento único en que el hombre estuvo solo. En ninguna parte encuentro esta grandeza; pero lo que hace a Lucrecio intolerable es su física, que da como positiva. Si es débil, es por no haber dudado bastante; ha querido explicar iconcluir!”

Sí, Lucrecio quiso concluir, solucionar y, lo que es peor, quiso hallar en la razón consuelo. Porque hay también una abogacía antiteológica y un *odium antitheologicum*.

En este otro párrafo, perteneciente al cap. 7 (“Amor, dolor, compasión y personalidad”), hay una alusión muy concreta al *DRN*:

Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar de la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital [...] Hay, sin duda, algo de trágicamente destructivo en el fondo del amor, tal como en su forma primitiva animal se nos presenta, en el invencible instinto que empuja a un macho y una hembra a confundir sus entrañas en un apretón de furia⁸⁷³.

En su diatriba del libro IV Lucrecio llamaba la atención sobre el poder destructivo del amor, describiendo el acto amoroso como una reyerta inter-

⁸⁷³ Tomamos el texto de Francisco Socas (1985: 14), quien menciona otro fragmento de Rafael Cansinos (1882-1964) donde incide en la misma idea: “Todo esto corrobora el inicial concepto pesimista de la cópula que se insinúa en las tradiciones religiosas, y que comparte siempre la Humanidad Lúcida. Este concepto sólo puede provenir de la intuición de que este acto es una degradación, una degradación que viola el primer deber del individuo, que es el de la conservación de su identidad”.

minable y una herida siempre abierta (IV 1108-1120) en términos similares a los que aquí utiliza Unamuno⁸⁷⁴.

Los mismos anhelos de eternidad y de Dios, las idénticas angustias por ser finitos y mortales que nutren su prosa, aparecen en su poesía (Álvarez Pérez, 1980: 14-27). Buen ejemplo es este soneto que Unamuno consideraba “de los más míos”⁸⁷⁵:

Este buitre voraz de ceño torvo que me devora las entrañas fiero y es mi único constante compañero labra mis penas con su pico corvo.	
El día en que le toque el postrer sorbo	5
apurar de mi negra sangre, quiero que me dejéis con él sólo y señero un momento, sin nadie como estorbo.	
Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía mientras él mi último despojo traga,	10
sorprender en sus ojos la sombría mirada al ver la suerte que le amaga sin esta presa en que satisfacía el hambre atroz que nunca se le apaga.	

Su lectura evoca el castigo de Prometeo, héroe benefactor de la humanidad, al que Zeus castigó por su insolencia a que un águila devorara de día su hígado, que de noche se regeneraba. El “buitre voraz” de Unamuno son sus dudas existenciales, el pensamiento de si existe Dios⁸⁷⁶, de si el alma es inmortal... Ellas atormentan sus “entrañas”, su espíritu, sin descanso. De esta suerte, Unamuno alegoriza sus angustias vitales y las interpreta como hiciera Lucrecio en III 978-1023 (Laguna Mariscal, 1997: 203-9). Allí el poeta latino explicaba racionalmente las condenas de reos míticos confinados en el Tártaro (Ixión, Danaides, Ticio y Tántalo) que padecen distintos suplicios por sus vicios. Lucrecio opina que tales historias son meras fabulaciones para inspirar terror en hombres ignorantes y pusilánimes y que, en realidad, estas penas las sufren en vida los hombres por sus deseos desmedidos. Si nos centramos en el pasaje referente a Ticio (III 984-994), comprobaremos que la imaginería del

⁸⁷⁴ La idea está recogida también en el aforismo latino *post coitum omne animal triste*. Aunque de origen incierto, esta máxima se atribuye a Aristóteles desde la Edad Media (Montero Cartelle, 2001: 109).

⁸⁷⁵ Según le confiesa a Joan Maragall (1860-1911) en una carta de 15 de febrero de 1907. También este poeta catalán parece imitar a Lucrecio (II 349-66) en su celebrado poema “La vaca cega” (Palacios Rodríguez, 1934: 86).

⁸⁷⁶ Este tema aparece también en su famoso soneto “Oración del ateo”: “Oye mi ruego Tú, Dios que no existes [...]”

buitre (*volucres*) que devora las entrañas (*sub magno scrutentur pectore*) recuerda al soneto de Unamuno⁸⁷⁷:

nec Tytion volucres ineunt Acherunte iacentem	
nec quod sub magno scrutentur pectore quicquam	985
perpetuam aetatem possunt reperire profecto.	
quamlibet immani proiectu corporis exstet,	
qui non sola novem dispensis iugera membris	
obtineat, sed qui terrai totius orbem,	
non tamen aeternum poterit perferre dolorem	990
nec praeberet cibum proprio de corpore semper.	
sed Tityos nobis hic est, in amore iacentem	
quem volucres lacerant atque exest anxius angor	
aut alia quavis scindunt cupidine curae.	

Es posible que Unamuno tuviera en cuenta la interpretación lucreciana, más, si cabe, cuando su soneto toca la cuestión religiosa, de la que Lucrecio es siempre atizador. En efecto, Unamuno establece, al igual que el romano, un correlato objetivo entre la angustia interior que le corroe el alma y el buitre que devora las entrañas. Con todo, no eligió para retratarse a ninguno de los personajes lucrecianos, sino a Prometeo, pues quiso, como él, desvelar un misterio vedado a los mortales⁸⁷⁸.

En el siguiente soneto hallamos otra similitud con Lucrecio:

¿Es camello la nube o el camello	
es una nube, vaporosa gasa,	
que a ras de tierra a paso lento pasa	
dando al viento su cálido resuello?	
Su flotante contorno, ¿es bruma o vello?	5
¿Celeste espuma su armazón o masa	
de huesos, piel, carne mejida y grasa?	
¿Puso el aire o la tierra aquí su sello?	
Cuando el sol llega a su dorada puesta	
sobre nube de piedras -la montaña-	10
me devano los sesos por si presta	
tomo la sombra al cuerpo o nos engaña;	
si es la vida el ensueño de una siesta,	
si la historia es leyenda o es patraña.	

La contemplación de la naturaleza mueve a Unamuno a preguntarse por la esencia de la vida. Tal vez sea un sueño, una apariencia, como el camello que

⁸⁷⁷ Desarrolló la imagería y las ideas de este soneto en su poema “El buitre de Prometeo” (*Poesías*, 1907), que principia “A la roca del mundo Prometeo”. En él equipara su propio pensamiento con un buitre.

⁸⁷⁸ La vinculación de Prometeo con los personajes legendarios de Lucrecio ya se daba con cierta frecuencia en la literatura auri secular española. Cf. el soneto de Juan de Jáuregui “Dame el peñasco, Sísifo cansado” y el de Lope de Vega “Que eternamente las cuarenta y nueve”.

forma la nube⁸⁷⁹. Si es así, la vida nos engaña, como la vista. También Horacio acostumbraba a reflexionar, mientras observaba la naturaleza. Sin embargo, la imagen quimérica de la nube no aparece en su lírica. Una similar encontramos en este pasaje del *DRN* (IV 134-42), aunque Lucrecio la utilice como mera analogía científica para probar la formación de simulacros⁸⁸⁰:

ut nubis facile interdum con crescere in alto
cernimus et mundi speciem violare serenam 135
aera mulcentis motu. nam saepe Gigantum
ora volare videntur et umbram ducere late,
interdum magni montes avolsaque saxa
montibus anteire et solem succedere praeter,
inde alios trahere atque inducere belua nimbo. 140
nec speciem mutare suam liquentia cessant
et cuiusque modi formarum vertere in oras.

Pío Baroja (1872-1956) fue un escritor de sólida formación científica y filosófica⁸⁸¹. Se había doctorado en Medicina con una tesis sobre el dolor, publicada en 1896, para cuya redacción, imaginamos, debió de toparse con los postulados de Epicuro sobre este aspecto⁸⁸². De carácter solitario y gruñón, en su obra transmite una visión nihilista y pesimista de la vida⁸⁸³. Pensaba, como Schopenhauer, que la vida carecía de sentido y no albergaba confianza alguna hacia el hombre⁸⁸⁴. Era escéptico sobre las promesas de la religión y de

⁸⁷⁹ M. von Albrecht, en una conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres de 15 de marzo de 2002, comentó un caso análogo interesante: “Hemos escogido aquí un ejemplo modernísimo desconocido por los filólogos clásicos. Es muy interesante que el lírico alemán moderno Durs Grünbein, un verdadero amante de la lengua y poesía latinas, nos informe de que un tiempo vivió en una buhardilla y de que cuanta más ocasiones tenía de observar las nubes, tanto más apreciaba la precisión de las descripciones lucrecianas, incluso en una materia tan nebulosa”. Cf. también Albrecht (2002: 339).

⁸⁸⁰ Encontramos la idea en el poema de L. A. de Cuenca “De y por Manuel Machado” (vv. 24-25): “A veces –vuelvo a Shakespeare– una nube se parece a un dragón, / el viento a un oso o a una ciudadela relativamente expugnable” (Martínez, 1989: 270).

⁸⁸¹ Baroja había leído las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio traducidas, interesándose, sobre todo, por los planteamientos científicos de los presocráticos Heráclito y Protágoras. En cambio, recriminaba a Sócrates y Platón su idealismo, pues se olvidaban de resolver los enigmas de la naturaleza.

⁸⁸² Y, por ejemplo, el siguiente párrafo de su tesis reproduce una idea básica del epicureísmo, la natural querencia del ser humano a la satisfacción de las necesidades primarias y la búsqueda, por ello, del placer (cf. D. L. X 128-29 y 137, y Diog. Oen. fr. 32 Ferg.): “Esta cenestesia o sensación confusa del estado actual del organismo, se manifiesta por necesidades o tendencias permanentes o transitorias, que cuando se satisfacen van seguidas de placer y de dolor cuando se contrarian” (Abad Nebot, 1996: 130).

⁸⁸³ Uno de sus cuentos se titula, de hecho, *Nihil*.

⁸⁸⁴ Es famosa su frase “Por instinto y por experiencia, creo que el hombre es un animal dañino, envidioso, cruel, perverso, lleno de malas pasiones, sobre todo de egoísmo y vanidades” (*Memorias de un hombre de acción*, en *Obras completas* VII, Madrid: Biblioteca Nueva, 1947, pp. 981-82).

los políticos. En una de sus primeras obras, la colección de cuentos titulada *Vidas sombrías* (Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 1900), Baroja recrea, al menos en dos ocasiones, las premisas del epicureísmo lucreciano⁸⁸⁵. En “La vida de los átomos” equipara el alma a la materia:

- ¿Conque no existimos, imbécil? -me replicó el átomo fosforescente, con desprecio-. ¡Vosotros los hombres sí que no existís! No sois más que nuestra casa, nos servís para nuestra alimentación, para nuestra vida; nada más.

Y en “Las coles del cementerio” utiliza escatológicamente el principio epicúreo de conservación de la materia:

Las coles del amigo de Pachi, que son las coles del cementerio, tienen fama de sabrosas y de muy buen gusto en el mercado del pueblo. Lo que no saben los que las compran es que están alimentándose con la sustancia de sus abuelos.

En su peculiar autobiografía, *Juventud, egolatría* (Madrid, 1917), cita a Lucrecio y afirma sentirse *Epicuri de grege porcum* con estas elogiosas palabras hacia el “viejo filósofo”⁸⁸⁶ (pp. 35-36):

Yo también soy un puerco de la piara de Epicuro: yo también tengo entusiasmo por el viejo filósofo, que conversaba con sus discípulos en su huerto. La misma invectiva de Horacio, al alejarse de los epicúreos (*Epicuri de grege porcum*), está llena de gracia.

Todos los nobles espíritus han cantado al viejo Epicuro. ¡Oh Epicuro, honor de la Grecia!, dice Lucrecio en el libro tercero de su poema.

Yo he querido vengar a Epicuro, a este filósofo verdaderamente sagrado, a este genio divino..., afirma Luciano en su *Alejandro o el falso profeta*.

Lange, en su *Historia del materialismo*, pone a Epicuro como un discípulo y un imitador de Demócrito.

⁸⁸⁵ Esta publicación juvenil fue en opinión de la crítica un anticipo del ideario filosófico y político desplegado después por Baroja en toda su producción (Baquero Goyanes, 1979: 467). En la biblioteca familiar de Itzea se conservan doce ediciones de Lucrecio y en varios idiomas. Once son anteriores a la muerte de Pío Baroja: la edición renacentista comentada de Gifanio, en latín (Amberes, 1565); la edición latina de Th. Creech (Londres, 1695), otra edición con traducción inglesa de Th. Creech (Londres, 1754); la traducción francesa de Panckoucke (París, 1768), la edición latina de Carl H. Weise (Leipzig, 1833), la traducción francesa de Joseph de Lagrange (París, 1865), la traducción italiana de A. Marchetti (Milán, 1875), dos traducciones españolas de J. Marchena (Madrid, 1927 y 1946), la edición latina con traducción española de E. Valentí (Barcelona, 1951) y la traducción francesa con texto latino de Pierre Burney (París, 1953). De Epicuro se conserva *ibid.* la segunda edición (1938) de *Doctrines et maximes* (París: Hermann et Cie.) a cargo de Maurice Solovine (1875-1958), amigo íntimo de Albert Einstein (1879-1955).

⁸⁸⁶ Sobre la simpatía de Baroja por el epicureísmo, cf. Traver (2018: 43-59).

No soy yo hombre de bastante cultura clásica para tener una idea exacta del valor de Epicuro en la filosofía. Todos mis conocimientos acerca de éste y de los antiguos filósofos, vienen del libro de Diógenes Laercio.

De Epicuro he leído el magnífico artículo de Bayle en su *Diccionario histórico-crítico* y el libro de Gassendi, *De vita et moribus Epicuri*. Con este bagaje soy de los discípulos del maestro. Podrán decirme los sabios que yo no tengo derecho a llamarme discípulo de Epicuro, pero cuando pienso en mí me viene espontáneamente a la imaginación el título grotesco que Horacio dio a los epicúreos en sus *Epístolas*, título grotesco que a mí casi me parece un honor: cerdo de la pira de Epicuro (*Epicuri de grege porcum*).

Francisco Villaespesa (1877-1936), poeta y dramaturgo, había nacido en Laujar (Almería) en el seno de una familia acomodada. Tras superar bachillerato con mediocres notas, vivió la bohemia en Madrid, convirtiéndose en el factótum del modernismo (MLE VII: 258-59). Fue pluma prolífica, sobre todo, para la lírica, rica en su caso en ritmos métricos y capacidad retórica (MLE VII: 262). Sus primeros poemarios, *Intimidades* (Madrid: Antonio Álvarez, 1893) y *Flores de almendro* (Madrid: M. García y G. Sáez, 1916-18), muestran influjos de Bécquer y del andalucismo decimonónico. A este último poemario pertenece el siguiente fragmento de su poema “Jaramagos”⁸⁸⁷:

I

¡Ni una cruz en mi fosa!... En el olvido
del viejo camposanto,
donde no tengo ni un amigo muerto,
bajo la tierra gris, sueñan mis labios;
y de sus sueños silenciosos, brotan 5
amarillos y tristes jaramagos!

Si alguna vez hasta mi tumba llegas,
lleva esas pobres flores a tus labios...
¡Respirarás mi alma!... ¡Son los besos
Que yo soñaba darte, y no te he dado! 10

Larsen (1989: 83-84)

Anida en estos versos el mismo deseo de aquellos tan hermosos de Francisco de Quevedo (9-14):

Alma, a quien todo un dios prisión ha sido,
venas, que humor a tanto fuego han dado, 10

⁸⁸⁷ Planta vulgar que brota a menudo entre las ruinas y a la que han dedicado versos, entre otros, Rodrigo Caro (“Canción a las ruinas de Itálica”, vv. 18-20: “Este despedazado anfiteatro, / impío honor de los dioses, cuya afrenta / publica el amarillo jaramago [...]”) y Luis Cernuda (“Noche de luna”, vv. 43-45, de *La realidad y el deseo*: “Cuántas claras ruinas, / Con jaramago apenas adornadas, / Como fuertes castillos un día las ha visto [...]”).

medulas, que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido;
polvo serán, más polvo enamorado.

Amor constante más allá de la muerte se titulaba el quevediano, en el que afirmaba que ni siquiera la muerte podría extinguir su amor. Quevedo escribió sus versos asumiendo la muerte del cuerpo, pero una existencia en el más allá del alma, olvidada, eso sí, de la vida en la tierra. Ni el cuerpo hecho ceniza dejaría de estar enamorado, ni el espíritu desatado (v. 3), “la memoria” (v. 6). En cierta medida, el poeta madrileño se aproximó, llevado de su inconformismo, a los umbrales mismos del nihilismo epicúreo, ya que describe al final solo una muerte material (“cuerpo, ceniza, polvo”). Villaespesa se expresa con más claridad. Su alma no ha trascendido, está en la materia, en las flores. Bastará, pues, olerlas para que la amada sienta su amor. Conceptualmente este pensamiento nos remite a los versos lucrecianos en los que afirmaba que el cuerpo y el alma eran materia mortal (III 337-43):

praeterea corpus per se nec gignitur umquam
nec crescit neque post mortem durare videtur.
non enim, ut umor aquae dimittit saepe vaporem,
qui datus est, neque ea causa convellitur ipse, 340
sed manet incolumis, non, inquam, sic animai
discidium possunt artus perferre relictī,
sed penitus pereunt convulsi conque putrescunt.

Desde su niñez el escritor alicantino Gabriel Miró (1879-1930) sintió admiración por la Grecia y la Roma clásicas⁸⁸⁸. Según Ramos (1970: 12-13), este apego comenzó a los siete años, cuando fue internado en el colegio jesuita de Orihuela. Gabriel Miró leyó a lo largo de su vida muchas traducciones grecolatinas. De Lucrecio poseía en su biblioteca la versión castellana de Manuel Rodríguez-Navas de 1893 (Biblioteca “Gabriel Miró”, 1992: 63, n.º 372) y de él habla en su artículo por entregas *Vulgaridades*, publicado en la revista alicantina *El ibero*⁸⁸⁹.

La prosa de Miro cautiva los sentidos. Su pluma domina el lenguaje con tal maestría que es capaz de pintar imágenes vivísimas y, a un tiempo, inspirarles gran lirismo, de ahí que Dámaso Alonso lo considerara un “gran poeta en prosa”. Es posible, pues, que la plasticidad lucreciana le atrajera (Macdonald, 1975: 136-37), pero, aparentemente, le seducía más su ideario nihilista

⁸⁸⁸ Afirma en una carta al novelista Andrés González Blanco (1886-1924): “cuando ya conocía muchos autores griegos y latinos y había leído a nuestros clásicos, hice un volumen de artículos, en uno de los cuales me detuve tanto que me salió un libro: *La mujer de Ojeda...* Grecia y Atenas han sido los pueblos en que con más veneración y amor he pensado” (Ramos, 1970: 11).

⁸⁸⁹ En los números 101-5 de los meses de junio, julio y agosto de 1902. Ramos (1970: 20) remite a las páginas 396 y 813.

(Fernández, 1995 HCLE Supl. VII 1: 60), como podemos comprobar en los siguientes fragmentos, en los que Miró, como hiciera Pío Baroja en su cuento “Las coles del cementerio” (Larsen, 1989: 82-83), recrea el principio epicúreo de conservación de la materia y expresa su aprecio por el “sabio Lucrecio”:

Camino de perfección (1902)

¡Qué hermoso poema el del cadáver del obispo en aquel campo tranquilo! Estaría allí abajo con su mitra y sus ornamentos y su báculo, arrullado por el murmullo de la fuente. Primero, cuando lo enterraron, empezaría a pudrirse poco a poco [...] Un día comenzaría a filtrarse la lluvia y a llevar con ella sustancia orgánica, y al pasar por la tierra aquella sustancia, se limpiaría, se purificaría, nacerían junto a la tumba hierbas, verdes, frescas, y el pus de las úlceras brillaría en las blancas corolas de las flores. Otro día esas hierbas frescas, esas corolas blancas darían su sustancia al aire y se evaporaría ésta para depositarse en una nube [...] ⁸⁹⁰ (Larsen, 1989: 83)

Las cerezas del cementerio (1910)

Félix era dichoso; creía deslizarse por el azul de la tarde; pero en el vaso de su alma resbalaba una gota de hiel. ¡Acatado sea divinamente el poeta que supo cantar el amargor que nace en el seno del placer, amargor escondido hasta en las mismas flores! ⁸⁹¹ Del sabio Lucrecio digo [...] (Miró, 1969: 369)
... nunca había comido de esos árboles; y ahora sorbía y comulgaba la esencia del amado con las cerezas del cementerio [...] (Miró, 1969: 429)

Nuestro Padre San Daniel (1921)

... el gorro catalán pasaba de mano en mano como la antorcha de los luchadores de Lucrecio ⁸⁹² [...] (Miró, 1969: 813)

Años y leguas (1928)

“¡Ser como el agua de estos manantiales, agua estremecida de todas las imágenes de su camino; la misma agua desde la sierra al llano; el mismo cuerpo en cada gota y en las distancias, en su conjunto y multiplicadamente, sin perderse en su unidad!”
Las venas duras de San Antonio –del San Antonio de Flaubert– se le engordan y atirantan casi a punto de romperse por el deseo de volar, nadar, bramar, mugir... quiere tener alas, corteza, concha, garfa, trompa; retorcerse, desmenuzarse, sentirse en todo,

⁸⁹⁰ Recuerda Larsen (1989: 85) de *L'évolution de la matière* (1905) de Gustave Le Bon (1841-1931) estas palabras: “Entre los contados dogmas que la ciencia moderna ha recibido de la antigua [...] se encuentra el de la indestructibilidad de la materia. Desde el gran poeta Lucrecio [...] hasta el célebre Lavoisier [...] este dogma no había sufrido ningún ataque, ni nadie había pensado en discutirlo siquiera”.

⁸⁹¹ Macdonald (1975: 137) cosecha esta *allusio* encomiástica de Lucrecio (IV 1133-34).

⁸⁹² Lucr. II 79: *et quasi cursores vitae lampada tradunt*.

ser todo; desarrollarse como las plantas, correr en el agua, exhalar en los sonidos y en los olores, resplandecer en la luz, encojarse bajo todas las formas, descender hasta el fondo de la materia; ser la materia. Ésta fue la postrera tentación de Antonio [...] Pero Sigüenza no es Antonio. Pronuncia cada una de esas avideces, representándose las y sintiéndolas con sus capacidades y limitaciones de hombre. Goce dolorido del propio contorno en la inmensidad [...] (Miró, 1969: 1105)

7. 3. *Lucrecio en la Generación del 27*

La estética de la Generación del 27 ha sido tildada de intelectualista por la abundancia de conceptos que venían a refrenar las emociones y a preservar cierto equilibrio apolíneo al que tendieron todos sus miembros⁸⁹³. Era, en este sentido, un arte de minorías⁸⁹⁴, aunque García Lorca (1898-1936) o Rafael Alberti (1902-1999) aunaran a menudo lo popular y lo culto. Por lo que respecta a las fuentes de inspiración, es conocido su afecto por la tradición lírica castellana, en particular por Luis de Góngora. Los autores grecolatinos ocuparon un segundo plano, a diferencia de generaciones anteriores, donde la tradición clásica tuvo aún gran influjo. Cultivaron géneros antiguos, como la égloga, la elegía o la oda, pero sus modelos no eran ya Virgilio, Propertio u Horacio, sino Garcilaso, Jorge Manrique (1440-1479) o fray Luis de León. Recurrieron, no obstante, a las fuentes grecolatinas con cierta frecuencia. Y, en concreto, a Lucrecio se acercaron o por su materialismo primigenio⁸⁹⁵, al servir sus postulados de acicate para reflexionar sobre el sentido de la vida, como es el caso de Jorge Guillén y Dámaso Alonso, o por su imaginería, a fin de enriquecer sus poemas⁸⁹⁶. Pedro Salinas rescata en el poema “Tú no puedes quererme” la teoría erótica de los simulacros del viejo epicúreo, como veremos seguidamente, y Vicente Aleixandre en *Criaturas de la aurora*, escenas de los orígenes de la civilización pertenecientes al libro V (925-87). Pero más allá de reminiscencias puntuales, Lucrecio pudo resultarles un poeta

⁸⁹³ Para una introducción general sobre el grupo, cf. Rozas y Torres (1986) y Dámaso Alonso (1969: 155-77).

⁸⁹⁴ Recuerda Gaos (1978: 21) que “los vanguardistas, ascendientes directos del grupo, buscaban la impopularidad. En parte, los poetas del 27 quisieron, como Góngora, hacer algo, pero no para los muchos, o como Juan Ramón Jiménez, que utilizó el lema *A la minoría, siempre*”.

⁸⁹⁵ Reflexionaba así Gómez de la Serna (1888-1963) al hilo de las greguerías: “Reaccionar contra lo fragmentario es absurdo, porque la constitución del mundo es fragmentaria, su fondo atómico, su verdad es disolución” (Gaos, 1978: 26).

⁸⁹⁶ Los poetas del 27 buscaron la originalidad y el hermetismo llevados de su deseo de escribir para una élite intelectual. En consecuencia, su poesía se convirtió en un coto cerrado en el que tuvo licencia el lector culto (Gaos, 1978: 21 y 28). Es posible que, animados por este empeño erudito, sondearan los hexámetros de un poeta tan moderno como Lucrecio.

interesante, ya que su personalidad y su obra encajaban con el planteamiento de la minoría selecta⁸⁹⁷ de Ortega y Gasset⁸⁹⁸ (1964 II: 235):

Cuanto vale algo sobre la tierra ha sido hecho por unos pocos
hombres selectos, a pesar del gran público, en brava lucha contra
la estulticia y el rencor de las muchedumbres.

7. 3. 1. *Imitadores de Lucrecio de la Generación del 27*

Para Pedro Salinas (1892-1951) la poesía era, según propias palabras, “una aventura hacia lo absoluto”. Y en su consecución estimó como valores más importantes la autenticidad, la belleza y el ingenio. Gracias al último conse-
guía ahondar en los sentimientos y desde ellos transcender. En poesía Salinas
intenta siempre extraer de los temas que aborda paradojas, juegos de ideas,
observaciones sutiles para presentar la realidad desde una perspectiva nueva.
Llevado de ese afán recurre a veces al patrimonio grecolatino, como en este
poema de amor, perteneciente a *La voz a ti debida* (1933), que recrea la teo-
ría lucreciana de los simulacros:

Tú no puedes quererme: estás alta, iqué arriba!	
Y para consolarme	1730
me envías sombras, copias, retratos, simulacros, todos tan parecidos como si fueses tú.	
Entre figuraciones	1735
vivo, de ti, sin ti.	
Me quieren, me acompañan. Nos vamos por los claustros del agua, por los hielos flotantes,	1740
por la rampa, o a cines minúsculos y hondos.	
Siempre hablando de ti.	
Me dicen:	
“No somos ella, pero	1745
isi tú vieras qué iguales!”	

⁸⁹⁷ Según este, “el hombre-minoría” se distingue de “el hombre-masa” por encontrar “una instancia superior y vive de y para ella: es el asceta” (Osés Gorraiz, 1989: 149-50). Lucrecio vendría a ser el asceta de Epicuro.

⁸⁹⁸ Menciona solo dos veces a Lucrecio en su obra: en *En torno a Galileo* (Ortega y Gasset, 1964 V: 115), al hilo de Marsilio Ficino, quien, tras curarse casi milagrosamente de una enfermedad, quemó su comentario a Lucrecio, y en la conferencia *Europa meditatio quaedam* (Ortega y Gasset, 1965 IX: 265), al considerar poco útiles las numerosas citas de autores latinos que Arnold J. Toynbee (1889-1975) incluyó en su obra magna *A Study of History* (Oxford: Oxford UP, 1934-39).

Tus espectros, qué brazos
largos, qué labios duros
tienen: sí, como tú.
Por fingir que me quieres, 1750
me abrazan y me besan.
Sus voces tiernas dicen
que tú abrazas, que tú
besas así. Yo vivo
de sombras, entre sombras 1755
de carne tibia, bella,
con tus ojos, tu cuerpo,
tus besos, sí, con todo
lo tuyo menos tú.
Con criaturas falsas, 1760
divinas, interpuestas
para que ese gran beso
que no podemos darnos
me lo den, se lo dé.

Lucrecio recomendaba al enamorado abstenerse de las imágenes de la amada (IV 1063: *simulacra* ≈ vv. 1730-34), pues encendían la pasión y con ella el sufrimiento. Pensaban los epicúreos que el amor era una enfermedad amarga y susceptible de hacerse crónica, si se estimulaba. Ninguna paz y tranquilidad hallaba una víctima de Venus (IV 1060: *frigida cura*). Por amor el hombre arruinaba la serenidad, el bien máspreciado, sometía sus sentimientos a caprichos volubles y malgastaba, si era preciso, su hacienda. Pero el mal, que se manifestaba anímica y fisiológicamente, podía aliviarse renunciando al amor apasionado (IV 1063: *pabula amoris*). Salinas desatiende los consejos, prefiere fantasear con las imágenes y gozar, porque el amor para él, lejos de ser destructivo, es un sentimiento jubiloso. Sus versos remiten conceptualmente a este pasaje del *DRN* (IV 1058-72):

Haec Venus est nobis; hinc autemst nomen Amoris,
hinc illaec primum Veneris dulcedinis in cor
stillavit gutta et successit frigida cura; 1060
nam si abest quod ames, praesto simulacra tamen sunt
illius et nomen dulce obversatur ad auris.
sed fugitare decet simulacra et pabula amoris
absterrere sibi atque alio convertere mentem
et iacere umorem coniectum in corpora quaeque 1065
nec retinere, semel conversum unius amorem,
et servare sibi curam certumque dolorem;
ulcus enim vivescit et inveterascit alendo
inque dies gliscit furor atque aerumna gravescit,
si non prima novis conturbes volnera plagis 1070
volgivaque vagus Venere ante recentia cures
aut alio possis animi traducere motus.

Jorge Guillén (1893-1984) fue el máximo representante de la poesía pura⁸⁹⁹, buscador, por tanto, de esencias, incluida la soterraña del cosmos. Por esta razón, Barnstone (1975: 49-50) lo definió como un poeta físico, interesado en explicar la relación entre el ser y la materia. Al hilo de esto, afirmaba el crítico que era equiparable a antiguos filósofos poetas, como Parménides (*fl. ca.* 550 a. C.), Empédocles y Lucrecio. Pues bien, en su tercer ciclo poético, *Homenaje*⁹⁰⁰, el poeta vallisoletano rinde pleitesía a figuras señeras de la historia, de las artes y de las letras, incluyendo a varios autores grecolatinos, como Homero y Lucrecio, a quien dedica este poema:

Al margen de Lucrecio

EL MAYOR ESCÁNDALO

*Nam certe neque consilio primordia rerum
ordine se suo quaeque sagaci mente locarunt*

I, 1021-1022 y V, 419-420

¿En el principio fue la causa clara?
Frente a mí va cambiando poco a poco
La materia exquisita que se alumbra
Y se transforma con su propio tino
Como si ya supiese lo que quiere. 5
Movimiento lentísimo recorre
Bien previstas etapas forma a forma.
¿Cómo y por quién previstas? La simiente
Implacable, tenaz, a ciegas pasa
De su mínimo ser a sus futuras 10
Hermosuras: botón, capullo, rosa,
Triunfante flor perfecta con su nombre.
Yo la vi. Relaciones en su cúspide...
¿Es el azar quien me regala pétalos
A cada instante misteriosos? Rosa, 15
Incomprensible rosa irracional:
Admiro tu belleza, no la entiendo.
¿Al buen tuntún, sin luz de una conciencia
Se logran los primores, todos únicos,
De un clavel, un jazmín, una celinda, 20
O el grupo astral que ilustra el firmamento,
O el invisible para nuestros ojos

⁸⁹⁹ Corriente que, siguiendo el magisterio de Juan Ramón Jiménez, quiso conjugar autenticidad con exigencia estética. Y para expresar la verdad última de los sentimientos con desnudez y tino recurrieron sistemáticamente a la metáfora, por lo que su poesía resulta a menudo hermélica y fría. Sin embargo, cuando el lector comprende su imaginaria, descubre una inspiración rica, contenida, audaz, mística. Para Robert Curtius (1975: 207), el prestigioso crítico comparativista, Guillén era una de las voces más sugerentes de mediados del siglo XX. Molina Mellado (2020: 62-82) ha estudiado recientemente la tradición clásica en su obra poética.

⁹⁰⁰ Guillén concibió su obra como un todo unitario que abarcaba cinco ciclos: *Cántico*, *Clamor*, *Homenaje*, *Y otros poemas* y *Final*.

Que se esconde en el átomo y sus astros Con recóndita fuerza de catástrofe?	
¿Y de azar en azar, azar seguro	25
Siempre a tientas, feliz a trompicones, Palos de ciego sobre ciego fondo, Esa inhumana realidad –escándalo– Ha sido y será siempre irracional?	
La vida empuja hacia más lejos, larga,	30
Y en un segundo rompe sus contornos, A tontas si no a locas, vida estúpida Que acierta así, maravillosamente. ¿Serás, seguro azar, tal vez divino,	
Tendrás algo de un dios? Callada máscara:	35
¿No eres alguien, a solas energía, Absurda por rebelde a la razón De los hombres? Ser hombre es no entenderte, Misterio universal. Tu luz deslumbra:	
Espantosos espacios sin un centro	40
De intención, sin sentido, tan desnudos Salvajes en la selva de las selvas, Abismo abandonado al despropósito, Y así, con tal escándalo, gran éxito.	
¿Y cómo no aplaudir la gran proeza?	45
Razón o sinrazón propone mundo. ¿En el principio fue la causa clara? No sé, perdido estoy, no sé, Lucrecio. Dichoso tú, Lucrecio, que lo entiendes.	

Es un ejemplo paradigmático del interés que sigue despertando Lucrecio entre los poetas contemporáneos, no tanto por su elegante estro como por sus ideas, pues plantean interrogantes universales, fundamentalmente metafísicos. Guillén entabla con Lucrecio un debate dialéctico (*controversia*), en el que expresa sus dudas sobre la tesis epicúrea de que el mundo sea un producto fortuito de los átomos. De aquí, la cita inicial. Pero si en Dámaso Alonso, como veremos, la lectura del *DRN* desembocará en una crisis existencial, al sacudir sus creencias cristianas, en Jorge Guillén se resuelve con escepticismo: “No sé, perdido estoy, no sé, Lucrecio” (v. 48). Y, al final (v. 49), como si cerrara el debate con un amigo, el poeta homenajea al viejo epicúreo con un eco del conocido elogio de Virgilio (*Georg.* II 490): *Felix, qui potuit rerum cognoscere causas*⁹⁰¹.

⁹⁰¹ Oreste Macrí realizó una traducción métrica y comentario del poema (“In margine a Lucrezio”, en *Comma* III 5, pp. 23–26) que gustó mucho al poeta vallisoletano, como se deduce de la carta fechada en Málaga el 21 de junio de 1968: “Al llegar –felizmente– a Málaga me encuentro con el esperado *Comma*. Su comentario ‘al margen’ –¡y qué margen!– de aquel poema –marginal a Lucrecio– es toda una explicación de la obra poética de Jorge Guillén y una

El poemario *Sombra del paraíso* (1939-43) de Vicente Aleixandre (1898-1984) es un canto a la naturaleza primigenia del mundo y del hombre. Rebo-
sa, por ende, de una virginal y brillante inocencia. La luz inunda los poemas,
como si la tierra y sus seres hubieran sido alumbrados recientemente. Esta
claridad se aprecia en el poema “Primavera en la tierra” y en este, titulado
“Criaturas en la aurora”:

Vosotros conocisteis la generosa luz de la inocencia.

Entre las flores silvestres recogisteis cada mañana
el último, el pálido eco de la postrer estrella.
Bebisteis ese cristalino fulgor,
que como una mano purísima 5
dice adiós a los hombres detrás de la fantástica presencia montañosa.
Bajo el azul naciente,
entre las luces nuevas, entre los puros céfiros primeros,
que vencían a fuerza de candor a la noche,
amanecisteis cada día, porque cada día la túnica casi húmeda 10
se desgarraba virginalmente para amaros,
desnuda, pura, inviolada.

Aparecisteis entre la suavidad de las laderas,
donde la yerba apacible ha recibido eternamente el beso instantáneo de la luna.
Ojo dulce, mirada repentina para un mundo estremecido 15
que se tiende inefable más allá de su misma apariencia.

La música de los ríos, la quietud de las alas,
esas plumas que todavía con el recuerdo del día se plegaron para el amor,
[como para el sueño,

entonaban su quietísimo éxtasis
bajo el mágico soplo de la luz, 20
luna ferviente que aparecida en el cielo
parece ignorar su efímero destino transparente.

La melancólica inclinación de los montes
no significaba el arrepentimiento terreno
ante la inevitable mutación de las horas: 25
era más bien la tersura, la mórbida superficie del mundo
que ofrecía su curva como un seno hechizado.

Allí vivisteis. Allí cada día presenciasteis la tierra,
la luz, el calor, el sondear lentísimo
de los rayos celestes que adivinaban las formas, 30
que palpaban tiernamente las laderas, los valles,
los ríos con su ya casi brillante espada solar,
acero vívido que guarda aún, sin lágrima, la amarillez tan íntima,
la plateada faz de la luna retenida en sus ondas.

Allí nacían cada mañana los pájaros, 35

sutilísima exégesis de aquellos versos de *Homenaje*. Me ha gustado mucho su ‘explicación’,
verdaderamente iluminadora” (Dolfi, 2004: 212 y 230).

sorprendentes, novísimos, vividores, celestes.
 Las lenguas de la inocencia
 no decían palabras:
 entre las ramas de los altos álamos blancos
 sonaban casi también vegetales, como el soplo en las frondas. 40
 ¡Pájaros de la dicha inicial, que se abrían
 estrenando sus alas, sin perder la gota virginal del rocío!

Las flores salpicadas, las apenas brillantes florecillas del soto,
 eran blandas, sin grito, a vuestras plantas desnudas.
 Yo os vi, os presentí cuando el perfume invisible 45
 besaba vuestros pies, insensibles al beso.

¡No crueles: dichosos! En las cabezas desnudas
 brillaban acaso las hojas iluminadas del alba.
 Vuestra frente se hería, ella misma, contra los rayos dorados, recientes, de la vida,
 del sol, del amor, del silencio bellísimo. 50

No había lluvia, pero unos dulces brazos
 parecían presidir a los aires,
 y vuestros cuellos sentían su hechicera presencia,
 mientras decíais palabras a las que el sol naciente daba magia de plumas.

No, no es ahora, cuando la noche va cayendo, 55
 también con la misma dulzura, pero con un levísimo vapor de ceniza,
 cuando yo correré tras vuestras sombras amadas.
 Lejos están las inmachitas horas matinales,
 imagen feliz de la aurora impaciente,
 tierno nacimiento de la dicha en los labios, 60
 en los seres vivísimos que yo amé en vuestras márgenes.

El placer no tomaba el temeroso nombre de placer,
 ni el turbio espesor de los bosques hendidos,
 sino la embriagadora nitidez de las cañadas abiertas
 donde la luz se desliza con sencillez de pájaro. 65

Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales
 de un mundo virginal que diariamente se repetía
 cuando la vida sonaba en las gargantas felices
 de las aves, los ríos, los aires y los hombres.

En su búsqueda de originalidad los poetas vanguardistas rompieron con la tradición literaria anterior en un grado nunca usado y probaron fortuna con estéticas futuristas como el “ultraísmo” o primitivistas como el “adanismo” (Gaos, 1978: 19), al que pertenecen estos versos, que tratan de la primitiva humanidad. Aunque evitaran la imitación poética, el libro V de Lucrecio, dedicado a la génesis de la tierra y de la civilización, era una fuente valiosa de documentación que Aleixandre pudo haber tenido en cuenta⁹⁰².

Este otro poema, “Se querían” (*La destrucción o el amor*, 1935), es una de las composiciones más emblemáticas de la lírica del poeta:

Se querían.

⁹⁰² Cf., por ejemplo, Lucr. V 780-825.

Sufrían por la luz, labios azules en la madrugada, labios saliendo de la noche dura, labios partidos, sangre, ¿sangre dónde? Se querían en un lecho navío, mitad noche, mitad luz.	5
Se querían como las flores a las espinas hondas, a esa amorosa gema del amarillo nuevo, cuando los rostros giran melancólicamente, giralunas que brillan recibiendo aquel beso.	
Se querían de noche, cuando los perros hondos laten bajo la tierra y los valles se estiran como lomos arcaicos que se sienten repasados: caricia, seda, mano, luna que llega y toca.	10
Se querían de amor entre la madrugada, entre las duras piedras cerradas de la noche, duras como los cuerpos helados por las horas, duras como los besos de diente a diente solo.	15
Se querían de día, playa que va creciendo, ondas que por los pies acarician los muslos, cuerpos que se levantan de la tierra y flotando... Se querían de día, sobre el mar, bajo el cielo.	20
Mediodía perfecto, se querían tan íntimos, mar altísimo y joven, intimidad extensa, soledad de los vivos, horizontes remotos ligados como cuerpos en soledad cantando.	25
Amando. Se querían como la luna lúcida, como ese mar redondo que se aplica a ese rostro, dulce eclipse de agua, mejilla oscurecida, donde los peces van y vienen sin música.	
Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios, ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas, mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal, metal, música, labio, silencio, vegetal, mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo.	30

El poema rebosa sensualidad por cada uno de sus versículos, en forma y grado similar a aquel soneto de Francisco de Aldana “¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando [...]”, que Green (1969 I: 153) consideró también inspirado en Lucrecio. Es fácil que la memoria traiga, una vez leído, el extenso pasaje de Lucrecio (IV 1073-1181) en el que describía el acto amoroso de manera erótica y plástica. Allí el poeta romano expresaba el frenesí, como aquí Aleixandre, mediante la enumeración caótica de los trabajos de Amor (Cabrera, 1975: 131-34)⁹⁰³.

⁹⁰³ Otra imitación o *allusio* a Lucrecio, esta vez de II 589-99, se halla posiblemente en el poema “Al hombre”, del mismo poemario.

Natural de Santander, Gerardo Diego (1896-1987) llevó una vida peregrina como catedrático de Lengua y Literatura en Institutos de Soria, Gijón, Santander y Madrid. Su poesía fue también viajera, recorrió en ella gran variedad de temas, tonos y estilos. “Yo no soy responsable, decía, de que me atraiga simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro [...]” Pues bien, este soneto, de su cancionero *Versos humanos* (Madrid: Renacimiento, 1925), es un ejemplo concreto de ese gusto por la tradición, en este caso clásica:

Cauteloso arquitecto de colmena, voy labrando celdilla tras celdilla y las voy amueblando de amarilla miel y de cera virgen y morena.	
Miel, flor de flores, que unta y envenena de loca dulcedumbre nuestra arcilla; y cera, que es espíritu, que brilla y arde de amor y se consume en pena.	5
Burlo y venzo después toda aspereza y rindo suave al tacto la corteza y a la vista armonioso el edificio.	10
Y mi soneto es alta flor de tela que exhibe ardiente y pudorosa cela piel de emoción y hueso de artificio.	

Explota uno de los *loci communes* de mayor raigambre en las letras grecolatinas: la poesía como miel y el poeta como abeja. Gerardo Diego lo presenta de una manera más sofisticada, como el poeta “cauteloso arquitecto de colmena”. El tópico, manido por multitud de poetas en la Antigüedad y en el Renacimiento, tiene en Lucrecio a uno de sus mejores recreadores⁹⁰⁴. No en vano, dos pasajes suyos contienen algunos de los versos más inspiradores de toda la literatura latina: III 9-13 y I 921-50 (= IV 1-25). En el primero, Lucrecio se considera a sí mismo abeja; en el segundo, expone los ideales de su *ars poetica*, como hace aquí el poeta santanderino, recurriendo también al símil de la miel. En la siguiente tabla se recogen los paralelismos más significativos⁹⁰⁵:

⁹⁰⁴ Sobre la importancia de Lucrecio para la recepción de esta metáfora en la tradición clásica, cf. Prosperi (2004: 5-95).

⁹⁰⁵ Cf. los versos de Miguel Hernández “Rico elemento obrero [...] visita mi enmelado abrevadero”, donde la flor habla a la abeja (Luis y Urrutia, 1976: 99, vv. 19-21).

Vv.	GERARDO DIEGO	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
1-4	<i>Cauteloso arquitecto de colmena, / voy labrando celdilla tras celdilla / y las voy amueblando de amarilla / miel y de cera virgen y morena.</i>	III 11-12	floriferis ut apes in saltibus omnia libant, / omnia nos itidem depascimur aurea dicta,	El poeta como abeja
5-6	<i>Miel, flor de flores, que unta y envenena / de loca dulcedumbre nuestra arcilla</i>	I 936-38	sed veluti pueris absinthia taetra medentes / cum dare conantur, prius oras pocula circum / contingunt mellis dulci flavoque liquore,	La pócima dulce de la poesía
9-11	<i>Burlo y venzo después toda aspereza / y rindo suave al tacto la corteza / y a la vista armonioso el edificio.</i>	I 933-35	deinde quod obscura de re tam lucida pango / carmina, musaeo contingens cuncta lepore. / id quoque enim non ab nulla ratione videtur;	La poesía hace más agradable la lectura de temas difíciles

En su poema “Tántalos” (*Amor solo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1958) Gerardo Diego recupera uno de los temas estelares de la poesía lucreciana. Nuestros sufrimientos, alegorizados por los penitentes del Tártaro (III 978-1023), son castigos pagados en vida, ya que las penas no se redimen en el más allá, que es la nada (III 1011-13). Esta interpretación racionalista de Lucrecio tuvo mucho predicamento en el Renacimiento, si bien acomodada a la doctrina cristiana, y desde entonces la alusión a los condenados del infierno vino a simbolizar las amarguras personales del presente, como hace aquí Gerardo Diego:

Estoy lleno de tántalos.
 No soy yo el tántalo, no, son ellos, ¿cuántos?
 diminutos, hormigas, himenópteros,
 subterráneos, mineros, voladores,
 nupciales: tantos tántalos 5
 que la piel me electrizan, que se empujan
 al borde de mis propios labios.
 Y no son frutas, no, ni agua en el cáliz
 transparentando el oro
 lo que ellos, abrasándose, 10
 bebieran o mordieran.
 Gota a gota, poro a poro,
 liliputienses tántalos asoman,
 alfilerean yemas de mis dedos,
 cabalgan resbalando mis pestañas 15
 desmelenan antorchas por mis labios.
 Y yo quieto, tantálico,
 sin poder sacudírmelos, raérmelos,
 tántalos que no saben

lo que es la seda, el zumo, la dulzura, 20
 el dormir consolados.
 Tántalos del suplicio,
 tantos y tantos mártires o tántalos.

Este soneto, titulado “Himno a Cibeles” (*Hojas*), presenta también similitudes con Lucr. II 598-607:

Oh madre majestad, diosa Cibeles
 soberana en tu trono, cielo en tierra,
 esposa de Saturno a quien impeles,
 cierras y abres tu anillo -paz o guerra-
 Mueve tu carro, ordena a los uncidos 5
 leones de tu mente poderosa
 que desgarran tus límites henchidos
 hacia todos los rumbos de la rosa.
 Yo, Madrid, te hincó, ajusto entre tus sienes
 no peineta, corona sí de almenas, 10
 torres, prismas que incólumes sostienes.
 Tuya, México, es: yo soy tu hermana.
 Qué bien te sienta el bronce que hoy estrenas,
 mi hechizo tú, mi espejo, mi lozana.

Los ecos provienen fundamentalmente de la descripción de la diosa, para la que el santanderino ha tenido en cuenta la pintura de Lucrecio. Sin embargo, la prueba más conclusiva de que el fragmento del *DRN* ha sido la fuente primordial estriba en la explicación mitológica que Gerardo Diego hace de la corona, pues coincide plenamente con la lucreciana. Este atributo da a entender que la diosa protege a las ciudades eximias (Madrid) con sólidas murallas. He aquí los paralelismos:

Vv.	GERARDO DIEGO	Vv.	LUCRECIO
1-2	<i>Oh madre majestad, diosa Cibeles / soberana en tu trono, cielo en tierra,</i>	II 598-601	<i>quare magna deum mater materque ferarum / et nostri genetrix haec dicta est corporis una. / Hanc veteres Graium docti cecinere poetae / sedibus in curru biiugos agitare leones / aeris in spatio magnam pendere docentes / tellurem neque posse in terra sistere terram.</i>
5-6	<i>Mueve tu carro, ordena a los uncidos / leones de tu mente poderosa</i>		
5-6	<i>Yo, Madrid, te hincó, ajusto entre tus sienes / no peineta, corona sí de almenas, / torres, prismas que incólumes sostienes.</i>	II 606-7	<i>muralique caput summum cinxere corona, / eximiis munita locis quia sustinet urbis;</i>

En “Nada” (*Cementerio civil*, Esplugas: Barcelona, 1972) de nuevo aparece el tema de la muerte absoluta (Lucr. III 445-58):

Sentencia en duro mausoleo:
 “Nada hay después de la muerte.”
 ¿Y cómo lo sabe ese sabio?
 Por él y por su muerto oscuro
 yo rezo: creo, creo, creo.

5

Ante la premisa nihilista de “ese sabio” (¿Epicuro, Lucrecio?), el poeta elige creer y rezar, al no haber nada seguro sobre la cuestión. Esta preocupación existencial por el más allá fue recurrente en los poetas del 27 y, como a continuación comprobaremos, alumbró poemas conmovedores.

La poesía del sevillano Luis Cernuda (1902-1963) es otro claro ejemplo de desgarrar existencial, ese mal endémico y generosamente lírico del siglo pasado. En Cernuda la angustia nace fundamentalmente del divorcio traumático entre sus anhelos de ser él mismo y las trabas que le impone la sociedad por su condición de homosexual. Influyeron en su poética Garcilaso, Bécquer, Charles Baudelaire (1821-1867), Stéphane Mallarmé (1842-1989), Goethe, Friedrich Hölderlin y los clásicos grecolatinos⁹⁰⁶. Su temática gira en torno al amor, apasionado a veces y frustrado las más. Pocos son los poemas religiosos [cf. “La visita de Dios” y “Atardecer en la catedral” de *Las nubes* (1937-1940)⁹⁰⁷] y, sin embargo, la mayoría traslucen una concepción nihilista de la vida que remite al ideario lucreciano⁹⁰⁸. En su poemario *Donde habite el olvido* (1932-33), inspirado en el verso decimoquinto de la rima LXVI de Bécquer, se aprecia con claridad diáfana este pensamiento:

Donde habite el olvido,
 En los vastos jardines sin aurora;
 Donde yo sólo sea
 Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
 Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios. 5
 Donde mi nombre deje
 Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
 Donde el deseo no exista.
 En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
 Esconda como acero 10
 En mi pecho su ala,
 Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.
 Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
 Sometiendo a otra vida su vida,

⁹⁰⁶ Sobre la imitación de los clásicos en Luis Cernuda, cf. Márquez y Márquez (1989: 577-84), Santana Henríquez (1999: 253-59), Fernández López (2001: 53-66) y Laguna Mariscal (2020: 114-28).

⁹⁰⁷ Sobre el tema de Dios en Cernuda, cf. Álvarez Pérez (1980: 174-75).

⁹⁰⁸ Para su entronque con la poesía de corte nihilista en España y la posible emulación de los versos 13-14 del soneto gongorino “Mientras por competir con tu cabello”, cf. Laguna Mariscal (2000: 250-51). De Villena (1984: 49) habla de la concepción pagana que Luis Cernuda tiene de la vida, a medio camino entre el estoicismo y el epicureísmo.

Sin más horizontes que otros ojos frente a frente. 15
 Donde penas y dichas no sean más que nombres,
 Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
 Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
 Disuelto en niebla, ausencia,
 Ausencia leve como carne de niño. 20
 Allá, allá lejos;
 Donde habite el olvido.

Nada hay tras la muerte, aseveraba Epicuro, ni siquiera recuerdos. Para quien la vida es una sucesión de desengaños esto puede ser un alivio. Aunque parezca insólito, los planteamientos nihilistas de los epicúreos, como ya comentamos, formaron parte del arsenal de argumentos propios de la *consolatio*, en particular aquellos que incidían en la ausencia de dolor y en el estado de paz perpetua tras la muerte. Y es que para los acólitos del Jardín el miedo a la muerte y al más allá eran factores decisivos de la angustia e infelicidad humana (García Gual, 1993: 178-85)⁹⁰⁹, por lo que convenía explicar la naturaleza mortal del alma para superarlos, como hacía Lucrecio en estos versos (III 35-40):

hasce secundum res animi natura videtur 35
 atque animae claranda meis iam versibus esse
 et metus ille foras praeceps Acheruntis agendus,
 funditus humanam qui vitam turbat ab imo
 omnia suffundens mortis nigrore neque ullam
 esse voluptatem liquidam puramque relinquit. 40

Y según la hipótesis epicúrea el espíritu era un órgano físico, constituido por agregados atómicos de extrema sutileza, que cuando el hombre moría se disolvía al mismo tiempo que el cuerpo, formado asimismo de corpúsculos, aunque más pesados (Lucr. III 434-39):

nunc igitur quoniam quassatis undique vasis 435
 diffluere umorem et laticem discedere cernis,
 et nebula ac fumus quoniam discedit in auras,
 crede animam quoque diffundi multoque perire
 ocius et citius dissolvi <in> corpora prima,
 cum semel ex hominis membris ablata recessit.

Mediante este razonamiento de que el alma es mortal y, por tanto, no transcendente, Lucrecio supera los miedos, pues nada afecta al hombre ya muerto (III 830). Cernuda hace un aprovechamiento consolatorio similar⁹¹⁰,

⁹⁰⁹ Cf. estos versos de Gerardo Diego: “Mas tú no existes (sc. Dios). Eres tan sólo el nombre / Que da el hombre a su miedo y a su impotencia” (“Las ruinas”, vv. 51-52, de su poemario *Como quien espera el alba*).

⁹¹⁰ Otros poemas suyos inciden en la muerte de manera parecida a Lucrecio. Cf. *La realidad y el deseo*, “No hace al muerto la herida” (esp. los vv. 28-34) y “Noche de Luna” (esp.

aunque su poema deje un resabio trágico y pesimista. Reitera, por ejemplo, la idea de que la muerte es ausencia total de sensaciones (v. 8 y v. 16), asume la tesis de que la muerte es la separación del alma (v. 6: “nombre”) y del cuerpo (vv. 6-7) y retoma, de hecho, una metáfora lucreciana que caracteriza la muerte como niebla (v. 19 ≈ III 436-37. Cf. Laguna Mariscal, 1999: 207):

et nebula ac fumus quoniam discedit in auras,
crede animam quoque diffundi [...]

Y, con todo, resta una diferencia con Lucrecio: para Cernuda la ausencia más dolorosa de la muerte es la del amor apasionado (vv. 8-16). Pero su percepción del amor, como esclavitud y sumisión a la persona amada (v. 14)⁹¹¹, en nada contradice la lucreciana (IV 1121-24):

Adde quod absumunt viris pereuntque labore,
adde quod alterius sub nutu degitur aetas,
labitur interea res et Babylonica fiunt,
languent officia atque aegrotat fama vacillans.

Cernuda, así pues, parece imitar varios pasajes lucrecianos para ejecutar este poema, que sería ejemplo de *contaminatio* mediante diversas *allusiones* literarias de un mismo texto. Esta misma fusión se observa en su poema “El águila”, perteneciente a su libro *La Realidad y el Deseo* (México: Tezontle, 1964)⁹¹², donde describe la vida imperturbable de los dioses como Lucrecio:

La luz eterna baja enamorada
Hasta su obra. ¿Crees que los dioses
Asisten impasibles en su gloria
A los actos del tiempo? Vuestras vidas
Recrean nuestro ocio, como al hombre 5
Recrean las ficciones del poeta;
Y el llanto y el afán, para nosotros
Gestos vacíos sobre faz pintada,
Pueden subir, cuando en la voz humana
Suenan con la verdad de acorde puro, 10
A las estrellas altas su agonía
Que los dioses aplauden. Y esas almas
Se yerguen dignas del laurel amargo.
Según nuestro deseo o nuestra envidia,
Tal bufones ilustres de los dioses. 15
Es ajeno a vosotros el hastío
De sentirse inmortal. Como las nubes

los vv. 39-52).

⁹¹¹ Cf. estos versos (15-18) de su poema “Si el hombre pudiera decir lo que ama” de *La realidad y el deseo*: “Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien / Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; / Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina, / Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera”). Debo la similitud al profesor Gabriel Laguna.

⁹¹² Bajo este título se publicó toda su poesía póstumamente.

Ante el disco tranquilo de la luna,
 Así las almas de los hombres pasan
 Ante los ojos claros a los dioses, 20
 Para dejar tan sólo en el vacío
 Brillar más puro el resplandor celeste.

Para Epicuro los dioses eran seres diminutos, hermosos, felices, despreocupados de los afanes de los mortales, sordos a sus súplicas, impasibles, en suma. Así los percibía durante los sueños el espíritu, el órgano sensorial más agudo del hombre. Lucrecio, en consecuencia, retrataba así la serenidad de los dioses, envidiable para los hombres:

A) Lucr. I 44-49:
 omnis enim per se divum natura necessest
 immortalis aevo summa cum pace fruatur 45
 semota ab nostris rebus seiunctaque longe.
 nam privata dolore omni, privata periclis,
 ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri,
 nec bene promeritis capitur nec tangitur ira.

B) Lucr. III 17-30:
 totum video per inane geri res.
 apparet divum numen sedesque quietae,
 quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis 20
 aspergunt neque nix acri concreta pruina
 cana cadens violat semper<que> innubilis aether
 integit, et large diffuso lumine ridet.
 omnia suppeditat porro natura neque ulla
 res animi pacem delibat tempore in ullo.
 at contra nusquam apparent Acherusia templa 25
 nec tellus obstat quin omnia dispiciantur,
 sub pedibus quaecumque infra per inane geruntur.
 his ibi me rebus quaedam divina voluptas
 percipit atque horror, quod sic natura tua vi
 tam manifesta patens ex omni parte relecta est. 30

Ambos pasajes fueron imitados a veces por los escritores cristianos para describir la dicha de Dios⁹¹³. Suprimida la herejía, a saber, la negación de la Providencia divina, el cuadro tenía mucho encanto. Cernuda parece haber sucumbido también a él y admite, ya sin miedo, la tesis antiprovidencialista de los epicúreos. He aquí los ecos más notables:

⁹¹³ Cf. fray Luis de León, *Oda VIII* ("Noche serena"), vv. 71-75.

Vv.	CERNUDA	Vv.	LUCRECIO
2-4	<i>¿Crees que los dioses / Asisten impasibles en su gloria / A los actos del tiempo?</i>	I 46-47	(divum natura) semota ab nostris rebus seiunctaque longe. / nam privata dolore omni, privata periclis,
		III 23- 24	neque ulla / res animi pacem delibat tempore in ullo.
7-8	<i>Y el llanto y el afán, para nosotros / Gestos vacíos sobre faz pintada,</i>	I 48-49	nil indiga nostri, / nec bene promeritis capitur neque tangitur ira.
16- 17	<i>Es ajeno a vosotros el hastío / De sentirse inmortal.</i>	I 44-45	omnis enim per se divum natura necessest / immortali aevo summa cum pace fruatur
17- 22	<i>Como las nubes / Ante el disco tranquilo de la luna, / Así las almas de los hombres pasan / Ante los ojos claros a los dioses, / Para dejar tan sólo en el vacío / Brillar más puro el resplandor celeste.</i>	II 1093- 94	nam pro sancta deum tranquilla pectora pace / quae placidum degunt aevom vitamque serenam,
		III 18- 20	apparet divum numen sedesque quietae, / quas neque concutiant venti nec nubila nimbis / aspergunt

Esta comprensión de la divinidad aparece de nuevo en su poema “Las ruinas” (*La Realidad y el Deseo*)⁹¹⁴. No es solo un pulido ejemplo del tópico *superbi colli*, tan cultivado en nuestras letras⁹¹⁵, parece además un inspiradísimo manifiesto de afiliación al epicureísmo. Reza así:

Silencio y soledad nutren la hierba
Creciendo oscura y fuerte entre ruinas,
Mientras la golondrina con grito enajenado
Va por el aire vasto, y bajo el viento
Las hojas en las ramas tiemblan vagas 5
Como al roce de cuerpos invisibles.
Puro, de plata nebulosa, ya levanta
El agudo creciente de la luna
Vertiendo por el campo paz amiga,
Y en esta luz incierta las ruinas de mármol 10
Son construcciones bellas, musicales,
Que el sueño completó.
Esto es el hombre. Mira

⁹¹⁴ Su poema “A las estatuas de los dioses” presenta también a los dioses según esta concepción epicúrea.

⁹¹⁵ La etiqueta del tópico procede del primer verso (“*Superbicolli e voi sacre ruine*”) de un soneto magistral, atribuido a B. Castiglione, que versa sobre las ruinas de Roma. El *locus communis* alcanzó gran predicamento después que el poeta francés Joachim du Bellay (1522-1560) lo citara en *Les antiquités de Rome* (1558), obra de éxito que fue traducida al inglés por el poeta Edmund Spenser (ca. 1552-1599). Su fortuna en España ha sido grande y está bien estudiada. Cf. Lara Garrido (1980: 385-99) y Ferri Coll (1995).

La avenida de tumbas y cipreses, y las calles Llevando al corazón de la gran plaza Abierta a un horizonte de colinas: Todo está igual, aunque una sombra sea De lo que fue hace siglos, mas sin gente. Levanta ese titánico acueducto Arcos rotos y secos por el valle agreste Adonde el mirto crece con la anémona, En tanto el agua libre entre los juncos Pasa con la enigmática elocuencia De su hermosura que venció a la muerte. En las tumbas vacías, las urnas sin cenizas, Conmemoran aún relieves delicados Muertos que ya no son sino la inmensa muerte anónima, Aunque sus prendas leves sobrevivan: Pomos ya sin perfumes, sortijas y joyeles O el talismán irónico de un sexo poderoso, Que el trágico desdén del tiempo perdonara. Las piedras que los pies vivos rozaron En centurias atrás, aún permanecen Quietas en su lugar, y las columnas En la plaza, testigos de las luchas políticas, Y los altares donde sacrificaron y esperaron, Y los muros que el placer de los cuerpos recataban. Tan sólo ellos están. Este silencio Parece que aguardase la vuelta de sus vidas. Mas los hombres, hechos de esa materia fragmentaria Con que se nutre el tiempo, aunque sean Aptos para crear lo que resiste al tiempo, Ellos en cuya mente lo eterno se concibe, Como en el fruto el hueso encierran muerte. Oh Dios. Tú que nos has hecho Para morir, ¿por qué nos infundiste La sed de eternidad que hace al poeta? ¿Puedes dejar así, siglo tras siglo, Caer como vilanos que deshace un soplo Los hijos de la luz en la tiniebla avara? Más Tú no existes. Eres tan sólo el nombre Que da el hombre a su miedo y su impotencia. Y la vida sin Ti es esto que parecen Estas mismas ruinas bellas en su abandono: Delirio de la luz ya sereno a la noche, Delirio acaso hermoso cuando es corto y es leve. Todo lo que es hermoso tiene su instante, y pasa. Importa como eterno gozar de nuestro instante. Yo no te envidio, Dios; déjame a solas Con mis obras humanas que no duran:	15 20 25 30 35 40 45 50 55 60

El afán de llenar lo que es efímero
De eternidad, vale tu omnipotencia.
Esto es el hombre. Aprende pues, y cesa
De perseguir eternos dioses sordos
Que tu plegaria nutre y tu olvido aniquila. 65
Tu vida, lo mismo que la flor, ¿es menos bella acaso
Porque crezca y se abra en brazos de la muerte?
Sagrada y misteriosa cae la noche,
Dulce como una mano amiga que acaricia,
Y en su pecho, donde tal ahora yo, otros un día 70
Descansaron la frente, me reclino
A contemplar sereno el campo y las ruinas.

Lucrecio afirmaba que lo único eterno eran los átomos, mínima porción de la materia. La tierra misma, como máxima concentración conocida de átomos, estaba condenada a desaparecer (II 1105-74)⁹¹⁶. Asimilado este principio, el paso del tiempo cobra para el poeta moderno una dimensión más dramática que la que tuvieron los renacentistas o barrocos, convencidos en su mayoría de que la vida en la tierra era transitoria, de camino a otra eterna. La fugacidad del tiempo es definitivamente irreparable, resta vida finita y suma muerte infinita, *mors aeterna* en palabras de Lucrecio (III 1091). Ante esta certeza, cabe vivir cada instante al máximo (*carpe diem*) y sentir envidia de la materia, aunque sea ruina, pues es capaz de prolongarse más en el tiempo que la vida de un hombre. Estos pensamientos se expresan, por ejemplo, entre los vv. 19-24.

La serie “Poemas para un cuerpo” hace memoria de una relación amorosa que Cernuda mantuvo con Salvador, un chico mejicano. Pertenece al poemario *Con las horas contadas* (1950-1956), incluido en la sección décima de *La realidad y el deseo*. En el poema XI, “El amante divaga” (vv. 25-30), Cernuda retoma la idea lucreciana de que los hombres hacemos que la vida sea un infierno:

Infierno y paraíso 25
Los creamos aquí, con nuestros actos
Donde el amor y el odio brotan juntos,
Animando el vivir. Y yo no quiero
Vida en la cual ya tú no tengas parte:
Olvido de ti, sí, mas no ignorancia tuya. 30

Los dos primeros versos traen a la memoria estos dos hexámetros memorables de Lucrecio (III 978-979):

Atque ea ni mirum quae cumque Acherunte profundo
prodita sunt esse, in vita sunt omnia nobis.

⁹¹⁶ La astrofísica moderna confirma que efectivamente la tierra, como planeta, desaparecerá en un futuro lejano.

En los versos 21-25 del poema “Precio de un cuerpo”, perteneciente a la misma serie que el anterior (XIV), escribía Cernuda:

La hermosura, inconsciente
De su propia celada, cobró la presa
Y sigue. Así, por cada instante
De goce, el precio está pagado:
Este infierno de angustia y de deseo. 25

Los versos significan que por el placer de disfrutar apenas un momento con una persona amada se puede estar pagando, en sinsabores y disgustos, mucho tiempo. Esto fue lo que le sucedió, según cuenta la leyenda, al pobre Ticio, que representaba en el infierno tradicional clásico al condenado por la pasión erótica. Aunque Cernuda no lo mencione, las correspondencias léxicas de los últimos versos parecen proceder del pasaje de Lucr. III 992-94, en el que se describía su condena así:

sed Tityos nobis hic est, in amore iacentem
quem volucres lacerant atque exest anxius angor
aut alia quavis scindunt cuppedine curae.

Nótese en esta tabla las similitudes semánticas y cómo Cernuda deshace la sinécdoque de Ticio, alegoría del infierno amoroso⁹¹⁷:

Vv.	CERNUDA	Vv.	LUCRECIO
25	<i>Ese infierno de angustia y de deseo</i>	III 992	sed Tityos nobis hic est,
		III 993-94	exest anxius angor / aut alia quavis scindunt cuppedine curae.

Juan Gil-Albert (1904-1994) puede considerarse uno de los poetas más jóvenes de la Generación del 27, aunque su adscripción al grupo sea aún discutida. Según González Iglesias (2015: 679-80), su vinculación con el mundo clásico se concreta en dos temas confluyentes en su poética: el homoerotismo y la filosofía epicúrea. Y de este último un ejemplo elocuente e “imprescindible para la recepción de Lucrecio” (679) es el poema “La ilustre pobreza (*Homenaje a Miguel de Cervantes*)” (1964), en el que el poeta de Alcoy

⁹¹⁷ El profesor Laguna Mariscal ha señalado otros posibles ecos lucrecianos en Cernuda. En su artículo “El amor ausente: Luis Cernuda y Lucrecio” (2005), descubre reminiscencias de Lucr. IV 1061-62 en el poema “Mi arcángel” (*Donde habite el olvido*, XIII). Cf. en la página electrónica <http://tradicionclasica.blogspot.com/2005/12/el-amor-ausente-luis-cernuda-y.html> (último acceso: 30-03-2021). En otro titulado “Del amor y de sus indignidades” (2006), halla coincidencias en el poema “Si el hombre pudiera decir lo que ama” [“Los placeres prohibidos” (VIII) de *La realidad y el deseo*] con Lucr. IV 1121-24 y 1133-40. Cf. en la dirección electrónica <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/05/del-amor-y-de-sus-indignidades.html> (último acceso: 06-11-2022).

incluye hexámetros lucrecianos y su traducción (*interpretatio*) de esta suerte (Rovira, 1984: 189):

La vida es ocio. Salgo de mañana a un jardín suburbano en la otra orilla de una vía fluvial entre las sombras de plátanos perennes. Allí encuentro silencio y paz. Entonces me distraigo viendo a un pequeño pájaro las migas picar que un transeúnte ayer dejóse sobre la hierba. Un libro me acompaña: <i>medio de fonte leporum</i> , letreo abriéndolo en la página en que puse como señal un pétalo encendido. Trato de traducir y ensimismarme en aquel mecanismo enmarañado: <i>surgit amari aliquid</i> , que un mármol sobre mis manos pesa: <i>quod in ipsis</i> <i>floribus angat</i> . Subo la mirada y repito mental el néctar sabio del vate antiguo: “Brota de la fuente de los placeres algo, un algo amargo, que hasta en las mismas flores nos aflige”.	5
	10
	15
	20

En su comentario Juan Antonio González Iglesias (2015: 682-84), también poeta, desgrana con gran agudeza los numerosos recursos estilísticos que embellecen los versos, en particular los fónicos, como la aliteración y el anagrama, que recuerdan la *gravitas Romanorum*. Cita los versos originales de Lucrecio (IV 1133-34) que le inspiraron y llama la atención sobre el hecho de que Gil-Albert traduzca, no sin dificultad, al poeta epicúreo gracias a una edición o a una antología latina, pese a tener en su biblioteca personal la traducción de J. Marchena (Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1927). Mereció la pena el esfuerzo a tenor del elogio que le tributa: “néctar sabio / del vate antiguo” (vv. 17-18). Los versos son un eco de aquellos que el propio Lucrecio dedicaba a su maestro Epicuro (Lucr. III 12-13) y expresan el aprecio del autor por Lucrecio, pues, al igual que Virgilio, lo considera un “vate” sagrado (González Iglesias, 2015: 682).

En este otro, titulado “Jardín (*Homenaje a Epicuro*)” (1964), el poeta alicantino se identifica con el fundador de la Escuela del Jardín y su prédica del *λάτρε βιώσας* (551 Us.) o de la vida apartada, que Horacio (*Epist.* I 18, 103) expresaría con el seminal sintagma *secretum iter*. Dicen así los versos (Rovira, 1984: 194-95):

Un alto muro a veces me separa
del mundo entero. Yedras y cipreses
intensifican luces y silencios
y en el hueco plausible de la tierra,

tal una mano, vivo dulcemente	5
una especie de absorto sueño antiguo	
que nada extingue. Cerca se oye el agua	
deslizándose lejos, un murmullo	
que no sabe de mí, lo sabe todo,	
un reflejar del cielo estremecido,	10
una canción dispersa. El tiempo corto	
suele durar bastante en la memoria	
sin que sepamos qué es lo que en el alma	
se nos quedó tan preso que los años	
no han podido borrar, aquel asomo	15
de una felicidad sin conjeturas,	
libre, dichosa, suave, deslizante,	
que hace que para mí la vida sea,	
no importa sus quebrantos, un recuerdo	
de sosiego y de paz.	20

De nuevo, González Iglesias (2008: 44) nos desvela un curioso recurso literario: el criptograma “*mu-ndo ente-ro*” (v. 2), que, como correlato objetivo, vendría dar la medida exacta del muro: tan extenso como el mundo. Frente a la vida real, la de extramuros, ajetreada y llena de problemas, Gil-Albert busca la serenidad refugiándose en su propio jardín, su fuero interior. Es en ese vergel, clara alegoría de la paz epicúrea (ἀταραξία), donde puede recomfortar su ánimo y sentir que su vida está llena de buenos recuerdos (v. 20: “de sosiego y de paz”).

En el poema, como ha señalado González Iglesias (2008: 45), resuenan los tópicos horacianos del *carpe diem*, del *beatus ille* o de la *aurea mediocritas*, todos de estirpe epicúrea. Coincide, así pues, su ideal de vida con el que expresó Lucrecio en el proemio del libro II (1-61), donde también aparecía, como en este de Gil-Albert (vv. 2-11), el siguiente *locus amoenus* (II 29-33):

cum tamen inter se prostrati in gramine molli	
propter aquae rivum sub ramis arboris altae	30
non magnis opibus iucunde corpora curant,	
praesertim cum tempestas arridet et anni	
tempora conspergunt viridantis floribus herbas.	

En su poemario *El rayo que no cesa* (Madrid: Ediciones Héroe, 1936) el poeta oriolano Miguel Hernández (1910-1942)⁹¹⁸ escribió para muchos la elegía más famosa de la literatura castellana. Lloró la muerte de su amigo Ramón Sijé (1913-1935) de este modo:

⁹¹⁸ Incluimos al poeta dentro de la Generación del 27, aun sabiendo que se considera en algunas historias de la literatura el primer representante de la llamada “Generación de 1936” (Miró, 1982: 334).

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento, 5
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Aunque no se atisba ningún eco léxico o retórico del *DRN*, estos versos transmiten, no obstante, una concepción nihilista de la vida de remembranzas epicúreas⁹¹⁹. Tras la muerte queda solo la materia, que es eterna, que se transforma y da, si es un consuelo, nueva vida⁹²⁰. La idea fue expresada por Lucrecio en distintos lugares de su poema⁹²¹, como en este (III 964-71):

cedit enim rerum novitate extrusa vetustas
semper, et ex aliis aliud reparare necessest; 965
nec quisquam in baratrum nec Tartara deditur atra.
materies opus est, ut crescant postera saecula;
quae tamen omnia te vita perfuncta sequuntur;
nec minus ergo ante haec quam tu cecidere, cadentque.
sic alid ex alio numquam desistet oriri 970
vitaque mancipio nulli datur, omnibus usu.

Gabriel Miró sí imitó estos pasajes, como vimos, en varios lugares de sus novelas. Es posible que Miguel Hernández recordara la idea y las imágenes del cadáver como alimento en algún fragmento de Miró, del que era asiduo lector. Téngase en cuenta que Miró había estudiado en el colegio de Santo

⁹¹⁹ Cf. también estos versos de su otra teatral *El labrador de más aire* (Madrid-Valencia: Nuestro Pueblo, 1937): “Quiero quitarme esta pena, / y vestirme la mortaja, / y esparcirme como arena, / y aventarme como paja. / Molerme como semilla, / perderme en el polvo vago”; “Como después de vivos, / nos hacemos terrestres, vegetales / en esencia, en presencia y en potencia”; “Mi cuerpo pide al hoyo que promete la tierra, / el hoyo desde el cual daré mis privilegios de león y nitrato / a todas las raíces que me tiendan sus trenzas” (Ramos, 1973: 192-93).

⁹²⁰ No era necesario que el poeta oriolano conociese el epicureísmo para tener una visión nihilista de la muerte. Como advierte Ramos (1973: 186 y esp. 304-10), esta concepción del mundo pudo aprehenderla a partir de la observación minuciosa de la naturaleza. El campesino está habituado al ciclo natural de destrucción y renovación. De otra parte, el nihilismo impregnó toda la literatura de su tiempo, estaba en el aire, por así decir, de modo que era fácil recibir su influjo. Pero, al margen de esto, se aprecian más coincidencias filosóficas con la Escuela del Jardín, como, por ejemplo, su aprecio por la serenidad y sencillez del campo (cf. estos versos de *El silbo de afirmación en la aldea*: “No quiero más ciudad, que me reduce / su visión, y su mundo me da miedo [...] / Lo que haya de venir, aquí lo espero / cultivando el romero y la pobreza”). Al hilo de estas similitudes, tal vez, convenga recordar que el canónigo de Orihuela, Luis Almarcha (1887-1974), para alentar su vocación poética, le prestó, entre otros, un Virgilio.

⁹²¹ La exposición teórica del principio está versificada por extenso en I 540-64.

Domingo de Orihuela⁹²², regentado por los jesuitas, donde Miguel Hernández había cursado casi íntegro el Preparatorio del Bachillerato entre los trece y catorce años.

En 1937, recién casado y en plena Guerra Civil, publica *Viento del pueblo*, en el que incluye la “Canción del esposo soldado”, dedicada a su mujer (vv. 1-4):

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de mi sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Miguel Hernández aprovechó con genial maestría el saber campesino, aprendido y ejercido desde niño, para embellecer su poesía con metáforas tomadas de la agricultura y la ganadería. Buen ejemplo son estos versos, donde el poeta inserta estampas propias de la labranza para decirnos que ha sembrado a su mujer como un labriego la tierra⁹²³. Pues bien, esta metáfora del arado y del surco para referirse a la fecundación tenía ya un granado antecedente en Lucr. IV 1107 y 1272-73:

in eost Venus ut muliebria conserat arva	1107
eicit enim sulcum recta regione viaque	1272
vomeris atque locis avertit seminis ictum.	

Es un curioso y genial ejemplo de poligénesis.

7.4. *Lucrecio en la poesía existencialista de postguerra (1939-1970)*

Tras la guerra civil española (1936-39) Dámaso Alonso hablaba de poesía “arraigada y desarraigada” en el parnaso español. A la primera pertenecían autores como Luis Rosales (1910-1992), Luis Felipe Vivanco (1907-1975) o Dionisio Ridruejo (1912-1975), quienes expresaron en sus poemas una concepción del mundo coherente y positiva. Tuvieron como modelo de inspiración a Garcilaso, cuyo cuarto centenario se había celebrado en 1936, y cultivaron una temática religiosa y tradicional. Sus poesías continuaban, así pues, la lírica clásica castellana. Publicaban sus composiciones en las revistas *Garcilaso* y *Escorial*. A la segunda, la desarraigada, pertenecieron el propio Dámaso Alonso, Ángela Figuera (1902-1984), Carlos Bousoño (1923-2015),

⁹²² Recuerda Ramos (1973: 25) que “Hacia 1927 los intelectuales y hasta los políticos de Orihuela se escindieron a favor o en contra de la Oleza mironiana [...] El abismo se abrió tras la publicación (1926) de *El obispo leproso*, novela que sacudió el dormido ambiente oriolano, iluminándolo con resplandor de rayo. Bien dijo anónimamente Ramón Sijé, en 1932, que Gabriel Miró ‘supo estilizar nuestra tierra y crear aquella Oleza literaria donde no había sino una Orihuela llena de prejuicios ancestrales y de dominaciones absurdas del fanatismo’”. Sobre el rechazo a esta novela entre los intelectuales más conservadores, cf. Ruiz-Castillo (1972: 215-16).

⁹²³ Para la metáfora amorosa de la siembra en la poesía de Miguel Hernández, cf. Rovira (1983: 241-44).

Gabriel Celaya (1911-1991) o Blas de Otero. Esta corriente echó a andar con el poemario *Hijos de la ira* (1944) de Dámaso Alonso. Publicaron sus creaciones en la revista *Espadaña*. Para ellos el mundo era un caos angustioso y el poeta quería encontrarle un sentido para recobrar la serenidad, como escribió Dámaso Alonso (1984: 11) en el prólogo del poemario *Ancia* (Barcelona: A. P. Editor, 1958) de Blas de Otero:

Para otros, el mundo nos es un caos y una angustia, y la poesía una frenética búsqueda de ordenación y ancla. Sí, otros estamos muy lejos de toda armonía y toda serenidad. Hemos vuelto los ojos en torno, y nos hemos sentido como una monstruosa, una indescifrable apariencia, rodeada, sitiada por otras apariencias, tan incomprensibles, tan feroces, quizá tan desgraciadas como nosotros mismos: “monstruo entre monstruos” o nos hemos visto cadáveres entre millones de cadáveres vivientes, pudriéndose todos, inmenso montón, para mantillo de no sabemos qué extrañas flores, o hemos contemplado el fin de este mundo, planeta ya desierto en el que el odio y la injusticia, monstruosas raíces invasoras, habrán ahogado, habrán extinguido todo amor, es decir, toda vida. Y hemos gemido largamente en la noche. Y no sabíamos hacia dónde vocear [...]

Sí; el fenómeno se ha producido en todas partes, allí donde un hombre se siente solidario del desnorte, de la desolación universal. Mi voz era sólo una entre muchas de fuera y dentro de España, coincidentes todas en un inmenso desconsuelo, en una búsqueda frenética: de centro o de amarre. ¡Cuántos poetas españoles han sentido esta llamada!

En esta búsqueda la religión es un campo de arenas movedizas. Dios no aparece presto como salvador o redentor, aunque se le implore. Permanece cual testigo sordo e impasible ante la desesperanza y, ante semejante abandono, surge siempre la duda de su existencia, sin la cual el mundo se hace aún más insoportable⁹²⁴. Esta veta existencialista, en perpetua búsqueda de un amarre vital, topaba por necesidad con los veneros lucrecianos, en particular con aquellos nihilistas de la muerte absoluta y antiprovidencialistas, según los cuales los dioses andaban despreocupados de los hombres en los *intermundia*. Dámaso Alonso (1984: 14) en su comentario a la poesía de Otero incidía precisamente en esta cuestión:

El primer tema, el que antes ve el lector, y que, según avanza en la lectura, se le sitúa como centro obsesionante de esta poesía es nihilista: desolación, vacío, vértigo [...] Los sobresaltos de la

⁹²⁴ El panorama ofrecido por Álvarez Pérez (1980) en su libro *Lírica española del siglo XX* es contundente en este sentido. Muchos poetas dialogan con Dios (Unamuno, Vicente Gaos, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Luis Rosales, Leopoldo Panero, José M.^a Valverde o Blas de Otero) entre dudas o certezas.

pesadilla se suceden: la caída onírica en el vacío inacabable: la entrada en la región donde no hay “nadie, nadie, nadie”; la necesidad, la agonía de preguntar eso: todo, la “gran pregunta” [...]

En consecuencia, los cultivadores de esta poesía desolada coinciden, consciente o inconscientemente, con las prédicas de Lucrecio⁹²⁵. Pero lejos de contentarse con una muerte indolora, aunque absoluta, como pronosticaban los epicúreos, estos poetas se rebelan contra una existencia finita e infeliz aquí en la tierra, más si cabe, cuando muchos de ellos, como Blas de Otero, habían creído de pequeños en un Dios benefactor y en una gloria prometida. Por esta razón, es común en ellos sufrir el calvario de las crisis religiosas, gracias a las cuales, sin embargo, alumbrarían las mejores poesías de estas décadas (1944-1960) en un lenguaje bronco y directo, nunca antes usado en poesía religiosa.

7. 4. 1. *Imitadores de Lucrecio en la poesía existencialista*

Los versos que siguen, debidos a Dámaso Alonso (1898-1990), son de una extremada emotividad. En el ocaso de su vida, con 87 años, compuso el poeta madrileño el poemario *Duda y amor sobre el Ser Supremo* (Madrid: Cátedra, 1985). Canta en ellos un ser angustiado, fatalmente herido por una razón que inmisericorde le arrebató la fe. Todas las certezas cristianas, infundidas en el hogar por la madre, en la parroquia por el cura, en la escuela por el maestro, con esmero y denuedo, se desploman. En su lugar, la mente instaura la tiranía de las suyas. Dictamina una y mil veces que la muerte es total, que la existencia es finita, que Dios no existe, que el más allá tampoco. Es, simplemente, una amputación espiritual. El poema se titula “Pedida al Señor” y es el primero de la primera parte: “Alma no eterna”. Dice así:

¡Ah, Señor! ¡Si tú existes!
 “Señor” omnipotente, me presento tristísimo.
 Perdóname, “Señor”, éste es mi pensamiento,
 lo que juzgo verdad:
 creo verdad la idea de la muerte 5
 del alma, al punto mismo en que se muere el cuerpo.
 Pienso que esto es lo exacto, lo verídico.
 Mas me ocurre, me duele, que esto sea,
 o que se considere, como auténtico.
 ¡Qué tristeza, qué lástima, alma mía, 10
 qué bien quisiera eterna conocerte!
 Oh gran “Señor”, sería mi entusiasmo
 saber que vive el alma cuando el cuerpo se muere.

⁹²⁵ Esta coincidencia de pensamiento hace posibles muchas similitudes temáticas. Por ejemplo, “Hombre”, uno de los sonetos más famosos de Otero, rescata la idea epicúrea de que los dioses son sordos a las súplicas (Lucr. II 1090-104): “Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte, / al borde del abismo, estoy clamando / a Dios. Y su silencio retumbando, / ahoga mi voz en el vacío inerte” (vv. 1-5).

Ay, qué triste es ahora que, oh “Señor”, yo no sepa
si existes; ni, si existes, dónde existes. 15
Mas a pesar de esa terrible duda,
yo te amo, yo te adoro. Te pido me concedas
(¡ay, que sería imposible, no existente!),
cuando se muera el cuerpo, la eterna vida al alma.
Eso es lo que deseo; mas, ay, no tengo prueba: 20
mi alma se deshará cuando se muera el cuerpo.
Hace tiempo escribí la idea lamentable,
que es toda verdadera, pero al “Señor” le pido
que la declare nula. (¿Pero podría hacerlo?)
Esto fue lo que dije: 25

Dámaso Alonso, además de excelente poeta, fue agudo crítico literario. Perteneció a una de las últimas generaciones de hispanistas dotados de una sólida formación clásica. Sabían mucho latín, algo menos de griego, pero conocían la literatura clásica bastante bien. Estos conocimientos le fueron muy útiles para indagar con precisión de relojero en la lírica renacentista, pero también para nutrir sus propios versos. Es evidente, al decir de estos versos, que Dámaso Alonso había leído a Lucrecio. Como mensajero de la razón, su lectura puede liberar, pero somete al creyente a un agrio debate interno, si se acerca aguijoneado por las dudas⁹²⁶. Esto parece haberle sucedido al poeta madrileño, dado que su soliloquio polémico con Dios nace de los versos lucrecianos III 455-58:

Vv.	DÁMASO ALONSO	Vv.	LUCRECIO
5-6	<i>creo verdad la idea de la muerte / del alma, al punto mismo en que se muere el cuerpo.</i>	III 455-58	<i>ergo dissolui quoque convenit omnem animai / naturam, ceu fumus, in altas aeris auras; / quandoquidem gigni pariter pariterque videmus / crescere et, <ut> docui, simul aevo fessa fatisci.</i>

En el poema tercero, titulado “Lo creo verdad. Lo que desearía”, reincide en este pensamiento:

Esto es cierto: total. Muertos ya, cuerpo y alma
nada sufren: ya están plenamente acabados⁹²⁷.
Nosotros, al vivir, sí que tenemos

⁹²⁶ En la tradición clásica de Lucrecio conocemos a otros poetas que se acercaron a su poema por dudas religiosas, como Quevedo, Lucie Hutchinson, P. B. Shelley y, tal vez, José Marchena. Recientemente, Stephen Greenblatt (2011) ha contado en el prefacio de su obra *The swerve: how the world became modern* su experiencia personal, que es análoga. Al leer a Lucrecio se liberó, en su caso, del temor a la muerte que su madre de pequeño le inculcó, pues le había hecho creer que estaba destinada a morir joven.

⁹²⁷ Cf. estos versos de Eugenio de Nora (1923-2018), cultivador igualmente de poesía desarraigada: “¡No, ya nunca, / nunca más, aterido por el claro lunar, / por el gentil atardecer o el majestuoso firmamento, / olvidará el poeta, rechazará a sus vivos y a sus muertos! / Abrió

una inmensa tristeza
pensando que una vez nos llegará la muerte. 5
Los vivos están tristes; sienten nada los muertos.
Tenemos hoy un dolor inmenso, equivocado.
La muerte para el muerto es “Nada”, cero.
“Nada” no duele, a nadie da tristeza.
No hay sufrimiento en “Nada”. 10
Los muertos “Nada”, “Nada”: ni alegría, ni pena.

Versifica Dámaso aquí las ideas del “tetrafármaco” de Epicuro, que Lucrecio, su aedo, derramó en pasajes como estos⁹²⁸:

Vv.	DÁMASO ALONSO	Vv.	LUCRECIO
1-2	<i>Esto es cierto: total. Muertos ya, cuerpo y alma / nada sufren: ya están plenamente acabados.</i>	III 830-31	Nil igitur mors est ad nos neque pertinet hilum, / quandoquidem natura animi mortalis habetur.
6	<i>Los vivos están tristes; sienten nada los muertos.</i>	III 838-41	ubi non erimus, cum corporis atque animai / discidium fuerit quibus e sumus uniter apti, / scilicet haud nobis quicquam, qui non erimus tum, / accidere omnino poterit sensumque movere,
8	<i>La muerte para el muerto es “Nada”, cero.</i>	III 845-46	nil tamen est ad nos qui comptu coniugioque / corporis atque animae consistimus uniter apti.
9-11	<i>“Nada” no duele, a nadie da tristeza. / No hay sufrimiento en “Nada”. / Los muertos “Nada”, “Nada”: ni alegría, ni pena.</i>	III 860-61	inter enim ictast vitai pausa vageque / deerrarunt passim motus ab sensibus omnes.

Lucrecio inspiró posiblemente a Dámaso este ciclo de poemas teológicos, cargados de incertidumbre y desasosiego. No fue al único, porque también otros poetas contemporáneos, como comprobaremos a continuación, entablaron un intenso debate con Dios retomando argumentos del *DRN*.

Blas de Otero (1916-1979) nació en Bilbao, donde estudió con los jesuitas, de quienes recibió una intensa formación religiosa. Con el tiempo sufriría una profunda crisis espiritual y perdería, de resultas, la fe; pero escribiría algunos de los poemas más conmovedores de la poesía española contemporánea. Forman parte en su mayoría de los libros *Ángel fieramente humano* (Ma-

los ojos y vio el mundo terrible / de los hombres de carne, sólo eso: / dolor frente a la muerte” (Lázaro Carreter y Tusón, 1989: 392).

⁹²⁸ Espiga los mismos pensamientos en los poemas “Lo creído. Lo deseado” (“Yo creo exactamente [...]”) y “Petición del alma eterna” (“Yo creo -ya lo he dicho- que la muerte [...]).

drid: J. F. Izquierdo, 1950)⁹²⁹ y *Redoble de conciencia* (Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1951), escritos durante su primera etapa (1950-1951) denominada existencial. Blas de Otero forja en ellos una poesía metafísica. Se pregunta por el sentido de la vida y del hombre, expresa su angustia por sentirse solo en el mundo, por saberse mortal y lamenta que Dios, si existe, haga caso omiso a sus súplicas⁹³⁰. Muchos de estos temas estaban asociados a la filosofía epicúrea y, de hecho, habían sido poetizados por Lucrecio⁹³¹. En su soneto titulado “Basta” aparecen dos: la muerte como posible aniquilación total y la ausencia de Dios. Dice así:

Imagine mi horror por un momento
que Dios, el solo vivo, no existiera,
o que, existiendo, sólo consistiera
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.
Y que la muerte, oh estremecimiento, 5
fuese el hueco sin luz de una escalera,
un colosal vacío que se hundiera
en un silencio desolado, lento.
Entonces ¿para qué vivir, oh hijos
de madre, a qué vidrieras, crucifijos 10
y todo lo demás? Basta la muerte.
Basta. Termina, oh Dios, de maltratarnos.
O si no, déjanos precipitarnos
sobre Ti -ronco río que revierte.

Entre las fuentes que más influyeron en su poesía se citan los Salmos bíblicos, algunos clásicos castellanos, en especial Quevedo, y Unamuno. Creemos, no obstante, muy posible que el poeta español tuviera presente, si no a Lucrecio mismo, sí, al menos, la doctrina epicúrea en el momento de escribir algunos de sus poemas, dadas las coincidencias conceptuales que se aprecian en poemas como este. El poeta plantea en él, por ejemplo, la posibilidad de que Dios “consistiera / en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento” (vv. 3-4). Los epicúreos afirmaban que los dioses existían en los *intermundia* sin atender a las vicisitudes de los hombres. Es obvio que los postulados son distintos, pero las consecuencias son las mismas: el mundo no tiene dios, luego la materia es la única realidad. En el segundo cuarteto Blas de Otero pasa a tratar de la muerte, entendida de manera nihilista y absoluta: “un colosal

⁹²⁹ El título procede del verso duodécimo del soneto de Luis de Góngora *Suspiros tristes, lágrimas cansadas*.

⁹³⁰ Decía Dámaso Alonso que su poesía había que situarla “dentro de la poesía desarraigada española, dentro de esta poesía en la que muchos buscamos angustiosamente nuestras amarras esenciales” (Lázaro Carreter y Tusón, 1989: 404).

⁹³¹ Otero presentó *Ángel fieramente humano* al Premio Adonáis de Poesía, pero, al parecer, no se le concedió por su heterodoxia religiosa. La censura puso bastantes trabas para que publicara en España sus poemas.

vacío que se hundiera / en un silencio desolado”. Lucrecio define la muerte de forma similar en III 830 (*Nil igitur mors est ad nos neque pertinet hilum*) y III 939 (*securam quietem*). Los versos siguientes (9-11) cuestionan la necesidad del culto religioso, si Dios no existe y la muerte es eterna. A esta misma conclusión había llegado Lucrecio (V 1194-203), máxime cuando criticaba los cultos supersticiosos de la antigua Roma⁹³²:

O genus infelix humanum, talia divis	
cum tribuit facta atque iras adiunxit acerbas!	1195
quantos tum gemitus ipsi sibi, quantaque nobis	
vulnera, quas lacrimas peperere minoribu' nostris!	
nec pietas ullast velatum saepe videri	
vertier ad lapidem atque omnis accedere ad aras	
nec procumbere humi prostratum et pandere palmas	1200
ante deum delubra nec aras sanguine multo	
spargere quadrupedum nec votis nectere vota,	
sed mage pacata posse omnia mente tueri.	

En 1958 el poeta bilbaíno publicó un volumen recopilatorio de sus dos primeros libros titulado *Ancia* (Barcelona: A. P. Editor, D. L.), donde añade algunos poemas de nueva cosecha como “Encuesta”, que reza en los vv. 13-16 así:

Me pregunto quién goza con que suframos los hombres.	
Quién se afeita a favor del viento de la angustia.	
Qué sucede en la sección de Inmortalidad	15
cuando según todas las pruebas nos morimos para siempre.	

En torno a esta idea de que “nos morimos para siempre” habían girado también varios poemas de Dámaso Alonso y ya referimos que uno de los antecedentes más plausibles pudo haber sido Lucrecio⁹³³.

7. 5. Lucrecio en el Grupo Cántico

Este grupo poético nació en Córdoba a mediados de los años 40. Su arte poética se caracterizó por un lenguaje claro, al servicio de los sentimientos, cierto recreo en los detalles eruditos, con frecuentes guiños literarios, y el uso de imágenes evocadoras y barrocas. La temática de sus poemas, aun siendo muy diversa, gustaba del erotismo, la descripción naturalística, el paganismo y el mundo religioso (Debicki, 1997: 91-92). Sin embargo, el talante, al contrario que la poesía social y existencialista del momento, rebosaba optimismo y “exaltación hedonista de la existencia” (Palomo, 1990: 105).

El poeta Juan Bernier Luque (1911-1989), uno de los fundadores del grupo, alude en su poema “Tan sólo mirar”, del poemario *Poesía en seis tiempos* (Madrid: Editora Nacional, 1977), al deseo que los simulacros despiertan en

⁹³² Sobre este fragmento y su relación con la teología epicúrea, cf. Dionigi (1976: 118-39).

⁹³³ Otro poema de Otero que presenta concomitancias con el *DRN* es “Entonces y además”, vv. 9-12 (= Lucr. III 830).

el enamorado de una manera que recuerda el pasaje de Lucrecio IV 1037-57.
Dice así:

Tan sólo mirar.
¿Es un pecado el que se vayan los ojos,
el que en el limpio cristal de la pupila apresemos imágenes,
ídolos de carne, y en nuestro templo propio, el aposento
del alma, lo escondamos? 5
No me llaméis ladrón, por este robo
del ídolo callejero. No es apenas
un átomo de rapto. Tan sólo levadura
de la belleza andante, pura imagen de luz.
Eros distante [...] 10

El poeta cordobés Pablo García Baena (1923-2018) fue una de las figuras señeras del grupo. Cultivó desde 1947 una poesía intimista y devota de la Generación del 27 (De Villena, 1998: 7-33). En sus versos tres son los temas que con más recurrencia se entrelazan: el amor, la muerte y el dolor. Su segundo poemario, *Mientras cantan los pájaros* (Córdoba: Córdoba Celeste Enjuta, 1948), contiene un himno a la primavera que es una *aemulatio* del canto a Venus lucreciano (I 1-43).

Primavera
Ámame, Primavera, en esta tarde
en que el sol es un pájaro cautivo
que revuela en la jaula azul del cielo.
Oh, dime, Primavera, si este dócil
aire que expira dulce entre mis manos 5
sólido y tan suave como el pliegue,
flotante de la túnica de un ángel,
anuncia tu llegada presentida.
Ámame, Primavera, en esta hora
inacabable, cuando un carro lento 10
gime por el camino en cuesta, torpes
los viejos mulos bajo el sol y el látigo.
Hay una calma que el cuerpo adornece
y una secreta ansia arrolladora
que sueña con besar húmedos labios 15
en los morados lirios entreabiertos.
Ámame, Primavera, en esta hora
en que toco la seda de la tarde,
en esta hora virgen que se escapa
ven y enciende tu antorcha de perfumes 20
en mis ojos que anhelan tu venida.

La fuente fue descubierta por un grupo de profesores cordobeses de Latín, miembros del Seminario Permanente Colonia Patricia (Calero Román, De la Haba *et alii*, 1995: 68-71). No es fácil percatarse, aunque el título se asocie a

Venus y el diseño retórico, modelado a partir de anáforas (“Ámame, Primavera [...]”), recuerde vagamente algunos recursos estilísticos propios del himno lucreciano, como los vocativos y el “Du-Stil”. Las reminiscencias concluyentes están muy bien veladas, como se muestra en la siguiente tabla:

Vv.	GARCÍA BAENA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
4-6	<i>Oh, dime, Primavera, si este dócil / aire que expira dulce entre mis manos / sólido y tan suave como el pliegue</i>	I 7	suavis daedala tellus	La suavidad y dulzura de la primavera
		I 19	incutiens blandum per pectora amorem	
		I 22-23	sine te [...] / neque fit laetum neque amabile quicquam,	
		I 39-40	suavis ex ore loquellas / funde	
8	<i>anuncia tu llegada presentida,</i>	I 6-7	te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli / adventumque tuum,	La llegada de la primavera
		I 10-13	nam simul ac species patefactast verna diei / et reserata viget genitabilis aura favoni, / aeriae primum volucres te, diva, tuumque / significant initum percussae corda tua vi.	Indicios de su pronta llegada (<i>presentida</i>)

En 1958 publica *Óleo* (Madrid: Ágora), un poemario muy distinto a los anteriores. Nada hay en él del vitalismo de *Mientras cantan los pájaros*, ni del paganismo de *Junio* (Málaga: Imp. Dardo, 1957), sino un fervor religioso que deviene en actitud de arrepentimiento y penitencia. A él pertenece el poema “Los que un día os llevasteis”, en el cual se deja traslucir también una profunda crisis religiosa. García Baena pregunta a Dios cómo viven los que han muerto, si olvidaron su vida en la tierra o si pueden ver a los que la habitan ahora. Y le pide que, cuando muera, pueda ver la tierra, porque nada hay tan hermoso para él como contemplar una higuera y oír la voz de un campesino (vv. 43-45). En medio del poema leemos los siguientes versos (vv. 23-30):

¿No piensan? ¿Son ajenos a ellos nuestros gritos,
nuestros cantos y el rezo tenaz de letanías,
como la espesa lluvia en torno al mausoleo? 25
Tal vez en Vuestra Inmensa Sabiduría, Vos
que sabéis que son niños, como asustados niños,
les daréis una sombra, un aroma o palabra
que les recuerde aquello que en un alba dejaron
precipitadamente: [...] 30

En ellos resuena este eco de Lucrecio:

Vv.	GARCÍA BAENA	Vv.	LUCRECIO
27	sabéis que son niños, como asustados niños	II 55-56	nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis / in tenebris metuunt,

Aunque oriundo de La Mancha (Brazatortas, Ciudad Real), el poeta y novelista Antonio Gala (1930-2023) ha vivido casi toda su vida en Córdoba. En ella comenzó su trayectoria literaria junto a otros poetas del grupo, en particular al lado de Pablo García Baena. Su poesía y sus novelas tratan de forma casi monográfica del amor y del desamor. En algunos poemas la imaginaria amorosa recuerda bastante las descripciones eróticas de la diatriba contra el amor, como viene a sugerir P. Gimferrer (1998: 5) en el prólogo de su antología *Poemas de amor* (Barcelona: Planeta, 1997):

El esplendor de lo visible, de lo externo, cifrado en otro ser,
lacera o vulnera hondamente el ánimo del amador, como en
esos ‘simulacros’ a los que Lucrecio atribuía las visiones oníricas
de voluptuosidad nocturna y también sus secretas y lánguidas
heridas.

Y, en efecto, este poema, titulado “Búsqueda de la belleza en el acto del amor” y perteneciente a su poemario juvenil *Perseo*, presenta claras concomitancias con ella:

Cuando apretados cíngulos y lianas
apretadas, con dedos presurosos
entierran incompleta la caricia,
sobre la desnudez tejiendo túnicas.
Cuando, suelto el jardín, bajo las ramas 5
del alarido se enrojece el oro
y los blancos rincones atraviesan
y fustigan violetas repentinos.
Cuando la enredadera suspirante
sus dientes clava, y el azahar, remoto 10
de su abdicada ya delicadeza,
en blanca furia al mar furioso embiste.
Cuando la oscura nieve, resumida
en las más hondas grutas, se levanta
sonora, ensordeciendo el monte con 15
decapitada urgencia de torrente.
Cuando crepita el yelo desbocado;
la preciosa agonía sus estambres
instaura, y pleamares absolutas
alzan su innumerable transparencia. 20

Antonio Gala pinta en estos versos la pasión y el ajetreo físico de la cópula amorosa, destacando, como hicieran Lucrecio y Francisco de Aldana, la violencia de los abrazos, de los suspiros y de los besos que los amantes, en

manos del deseo, comparten⁹³⁴. Tal vez, sea casualidad, pero las coincidencias son muy llamativas⁹³⁵:

Vv.	ANTONIO GALA	Vv.	LUCRECIO
1-2	<i>Cuando apretados cíngulos y lianas / apretadas, con dedos presurosos</i>	IV 1079	quod petiere, premunt arte faciuntque dolorem
		IV 1105	denique cum membris collatis flore fruuntur
9-10	<i>Cuando la enredadera suspirante / sus dientes clava,</i>	IV 1080-81	corporis et dentes inlidunt saepe labellis / osculaue adfigunt,
		IV 1108-9	adfigunt avide corpus iunguntque salivas / oris et inspirant pressantes dentibus ora
12	<i>en blanca furia al mar furioso embiste.</i>	IV 1117	inde redit rabies eadem et furor ille revisit
13-16	<i>Cuando la oscura nieve, resumida / en las más hondas grutas, se levanta / sonora, ensordeciendo el monte con / decapitada urgencia de torrente.</i>	IV 1039-47	namque alias aliud res commovet atque laccessit; / ex homine humanum semen ciet una hominis vis. / quod simul atque suis eiectum sedibus exit, / per membra atque artus decedit corpore toto / in loca convinens nervorum certa, cietque / continuo partis genitalis corporis ipsas. / irritata tument loca semine fitque voluntas / eicere id quo se contendit dira libido [...]

De nuevo, en su libro *Enemigo íntimo* (Madrid: Inst. Coop. Iberoamericana, 1959) percibimos, si no la imaginaria, sí la comprensión del amor como un afecto doloroso, hiriente y caprichoso, que está de acuerdo con la opinión epicúrea. Es el caso del tercer poema (“Salta el amor, como una alondra súbita”), que dice así entre los versos 40-45:

Qué baldío forcejeo 40
entristece al amor. De muerte somos
más cada día, apresuradamente,
y aventurarse en las sutiles cuencas
de su dominio es el recurso único
para vencer [...] 45

Los versos 40-41 parecen recrear el pensamiento de Lucrecio IV 1133-34:

nequiquam, quoniam medio de fonte leporum
surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat,

⁹³⁴ Sobre la tradición literaria de los símiles vegetales para referirse a los abrazos apasionados, cf. Egido (1982: 213-32).

⁹³⁵ Presenta también gran parecido con la diatriba lucreciana su poema “Cuando el amor cierra sus ojos [...]”, de *Enemigo íntimo* (1).

7. 6. Lucrecio en los poetas contemporáneos

La poesía de José M.^a Valverde (1926-1996) se caracteriza por un acentuado humanismo entre cristiano y, al mismo tiempo, marxista, en el que no falta ni el tono existencialista ni la inquietud religiosa (MLE XII: 505-6). Valverde fue, además de excelente poeta, traductor, ensayista y crítico agudo, que a lo largo de su vida reunió vastos conocimientos en literatura, filosofía y arte⁹³⁶. Lucrecio no debió de serle extraño a tenor de estos versos de su poema “Aristóteles”:

Alzó la mano y dijo: -Yo os lo explicaré todo,
Sin los viejos relatos de la niñez del mundo:
Por qué giran los astros, por qué rugen las olas,
La rara anatomía de la ballena, el caso
De la tenaz sordera de las dulces abejas. 5

El poeta extremeño parece imitar en estos versos alejandrinos el sumario de Lucr. I 127-35, en especial los primeros hexámetros (127-29):

qua propter bene cum superis de rebus habenda
nobis est ratio, solis lunaque meatus
qua fiant ratione, et qua vi quaeque gerantur 130
in terris, tunc cum primis ratione sagaci
unde anima atque animi constet natura videndum,
et quae res nobis vigilantibus obvia mentis
terrificet morbo adfectis somnoque sepultis,
cernere uti videamur eos audireque coram,
morte obita quorum tellus amplectitur ossa. 135

Especifica aquí el epicúreo algunos temas que explicará a lo largo de la obra: el movimiento de los astros (libros V y VI), la naturaleza del alma (libro III) y la teoría de los simulacros (libro IV). Como Lucrecio (*habenda nobis est ratio*), Valverde hace hincapié en que su explicación será científica y primero versará sobre astronomía (vv. 1-3).

El poeta zamorano y filólogo clásico Agustín García Calvo (1926-2012) ha sido, a buen seguro, quien mejor conoció la letra y el ideario de Lucrecio en España. Editó y tradujo al español el *DRN* (Madrid: Lucina, 1997) en una versión rítmica, línea a línea y en hexámetros, que es, a nuestro entender, muy fiel y elegante (Traver, 2000b: 45-49)⁹³⁷. Su afecto por el poeta epicúreo

⁹³⁶ Junto con Martín de Riquer (1914-2013) redactó la *Historia de la Literatura Universal* (Barcelona: Ed. Planeta, 2002⁶), en 10 volúmenes, de los que hizo los siete últimos. Al final de su vida se interesó por el pensamiento de S. A. Kierkegaard.

⁹³⁷ La editorial Lucina, que él fundó en 1978, ha reimpresso en 2019 esta edición, revisada y corregida por el autor y con la ayuda de sus amigos de la Tertulia del Ateneo de Madrid (Cancela, 2020: 155-59).

se remontaba a sus años juveniles y él mismo nos da la medida exacta de ese aprecio en el prolegómeno de su traducción (20)⁹³⁸:

Por cierto, debe Lucrecio agradecersele (*sc.* su versión) a que nuevamente un desengaño despiadado y larga pesadumbre me había por entonces dejado demasiado roto de bríos para acometer las empresas, más libres y al aire abierto, que me llamaban, y me invitaba a buscar refugio en la filología y en la vuelta al viejo poeta amigo, que tantas veces antes me había acompañado y aliviado hasta en los calabozos de la Policía [...]

En su libro *Cosas de la vida. 17 cuentos* (Zamora: Lucina, 2009, 17-25), el segundo relato, de título “En torno a Lucrecio”, recrea los últimos días de la vida de Lucrecio⁹³⁹ a partir de la nota necrológica de Jerónimo (*Chron. a Abr.* 1923) y de la epístola de Cicerón a su hermano Quinto (*Epist. ad Q. fr.* II 9, 3). El cuento conjuga con maestría el lenguaje y las fórmulas del diálogo platónico y del género epistolar para resolver ficticiamente algunos de enigmas que plantea la vida del poeta romano. La narración se desarrolla a lo largo de tres cartas.

En la primera, Quinto escribe a su hermano Marco (Cicerón) y le comenta su encuentro fortuito con Lucrecio en la vía Sacra, que caminaba absorto en sus cavilaciones. Quinto le saluda y pregunta por su salud, a lo que Lucrecio, algo demacrado, responde desganado “como los vientos la mandan” (*sc.* la salud). Entablan entonces una breve conversación en términos epicúreos, gracias a la cual Quinto averigua que Lucrecio está en Roma para curarse de su mal de amores por Lucila recurriendo a prostitutas (“Venus vulguívaga”) y que medita incluso su suicidio. Le retiene sobre todo el afán de terminar su poema sobre “el ser de las cosas”.

Sigue la epístola de Cicerón a su hermano Quinto. En ella le anima en su propósito de hacerse con una copia del inconcluso poema que Lucrecio casi le ha prometido. Ha oído recitar algunos versos sueltos a sus amigos y le han parecido tan inspirados que merecen solo por eso excusar su doctrina, “a su modo impía”. En la última, Quinto le comunica la triste noticia de la muerte del poeta, que está envuelta en un halo de misterio, dado que corren rumores varios: que si se suicidó, que si murió envenenado... Y le comenta que se ha hecho con una copia de los seis libros gracias a la mediación de conocidos suyos, muy amigos de los Plodilios, parientes de Lucrecio. Ruega, por último, a Cicerón que, si puede, le preste unos días a Tirón, su experto amanuense, dado que tiene intención de editar un ejemplar lo más fiel posible.

⁹³⁸ Cf. también en su *praefatio* latina (39) estas palabras: *Saepius atque iterum per hos annos fere quinquaginta Lucreti carmina relegenti, ut mihi versuum maiestas et fidei fervor altius altiusque in animum intimabantur [...]*

⁹³⁹ Debo el dato a la amabilidad de los profesores V. Cristóbal López y L. Rivero García. Para otras recreaciones de la vida de Lucrecio, *vid.* n. 1, cap. II 1.

Traemos aquí, como botón de muestra, una parte del diálogo entre Quinto y Lucrecio mantenido en la primera carta, justo cuando el hermano del eximio orador le pregunta dónde ha podido contraer su enfermedad (p. 20):

- Déjame que adivine: ¿sería en la finca umbra y la rica mansión del gran Quintillo?
- ¿Quién te ha contado eso, Tulio⁹⁴⁰?
- Mera conjetura: se dice que él presume (y se ríe con eso ante los profanos) de ser uno de los cerdos felices de la piara de Epicuro, y que tiene abiertas siempre las puertas a los estudiosos serios de los átomos.
- Ya, ya oigo la sorna con que lo refieres. Pues bien: no hay por qué avergonzarse de esa hospitalidad.
- Claro que no, Lucrecio. Y, por cierto, ¿qué pasa con la hija, la sin par Lucila⁹⁴¹? Dicen que, al crecer se ha hecho tan sabia como hermosa, que discute con los hombres de materia y ciencia, y que se lleva prendidos muchos corazones.
- Puede que algo de eso pase; y ¿qué?
- ¿También acaso el tuyo?
- Puede que también, y ¿por qué no? ¿Te parezco demasiado viejo para eso?
- ¡Qué va!: demasiado tierno es lo que te veo, como para correr peligro de caer tísico de pasión. Sólo que más de una vez te he oído que maldecías del amor, del que se fija en una o en uno, y acaba así con todos los deleites del amor y alegrías; y por eso...
- Sí, has oído bien, cuidadoso amigo. Y por eso justamente me encuentras aquí en Roma.
- ¿Cómo?
- Roma, rebosante de fáciles y hermosas, floresta de Venus vulguívaga, que te ofrecen barato las mieles del amor a manos llenas: ¿no es así?
- Ya. Ya entiendo. Y tú ¿confías en que con eso cures de lo otro, de lo que sea?
- Tengo que confiar, amigo (aquí te lo digo, ya que me lo has sacado), porque si no...
- Si no, ¿qué? ¿Temes acaso que eso pudiera llevarte hasta...
- No preguntes, Tulio. No hay nada decidido. Y, al fin, ¿qué más daría?

Según este imaginativo y sugerente relato, Lucrecio habría muerto de mal de amores, incapaz de curar su pasión amorosa por Lucila con su propia medicina: la *Venus volgiva* (IV 1071). Tan grande era la herida de amor

⁹⁴⁰ Se entiende Quinto Tulio Cicerón (102-43 a. C.).

⁹⁴¹ Según una noticia apócrifa que el editor y primer comentador del *DRN* (Bononiae, 1511, p. A) G. Battista Pío insertó en su biografía de Lucrecio, este fue envenenado posiblemente por su mujer, una tal Lucilia. El dato hizo fortuna en las ediciones humanísticas posteriores, donde a veces es presentada más como amiga que como esposa (Solaro, 2000: 14).

-hincada en su alma- que nada le valieron tratos carnales con otras mujeres en Roma, lejos de Lucila, para sanarse. Además, no Cicerón, sino su hermano Quinto habría sido el primer editor, como defendía Lachmann (1850a: 63).

En su obra poética se observa también el influjo de su viejo amigo⁹⁴², como en este canto (32) de *Relato de amor* (Madrid: Lucina, 1982, pp. 177-81):

Ah, pero entonces, señor de mi amor, al cabo resulta
que vienes a dar en aquello que en el *De rerum natura*
de muerte (y también, y mejor, voluntaria muerte) se enuncia,
cuando la negra flecha que del futuro me apunta
al corazón y que viene a por mí, por gracia de lúcida 5
fórmula, gira y avanza al revés, y me hace que huya
al sitio de donde huía y que busque a la que me busca,
“y olvidados de dónde procede la pena y ley que los turba,
por miedo a la muerte, a la vida le cogen tanta rencura
los hombres, que ya hasta a darse la muerte llegan”. En suma, 10
que no hay morir, sino miedo, y mi muerte es toda futura.
Así que ahora que dices que no te queda ninguna
pasión de miedo en el pecho, es justo que se deduzca
que estás en las condiciones mejores y más maduras
para vivir, y que ahora estás más vivo que nunca, 15
libre de toda amenaza de porvenir o fortuna,
dejado en olvido de toda esperanza y ansia y en pura
memoria, que, al carecer de futuro y tiempo, se hunda
en aguas de hacer sin saber y te dé palpable la pulpa
de la vida real [...] 20
hasta que al fin salimos al jardincillo y la muda
fuente de piedra, allá en San Martín de Abajo, a la punta
de la Avenida del Mengue; que allí, entre veras y burlas,
no sé cómo, osamos hablar de muerte: la tuya
vi que era ya entonces sentencia fija y rotunda: 30
que lo mejor era un golpe como a conejo en la nuca,
un choque de azar repentino -decías con tremebunda
risilla-, y zas y ya está; ¿para qué más latas y músicas?
-regonzabas con menosprecio de la que tantos adulan;
y si la Pelona -seguías- se tarda mucho y angustian 35
achagues y penas, pues siempre a la mano tienes la última
medicina, y quitarse de en medio igual que estrujar una pulga.
Que yo, en oyéndote hablar, al sentir la idea segura
que estaba hincada en tu pecho, me eché a temblar y con una
pasión que ni yo entendía y con una férvida argucia 40
me puse a citar, por picarte en halago de literatura,
al padre Lucrecio y lo vano y lo ciego que de aquél se juzga
él solo y condena y que él por su mano al fin se ejecuta,
por quitarle trabajo a verdugo y a juez y hacer que se cumpla

⁹⁴² Sobre la presencia de otros clásicos en sus poesías, cf. Rivero García (1999a: 449-83).

ya lo que ya no aguanta seguir temiendo que ocurra,
y razones por el estilo; que ya sentía sin duda,
sin darme yo cuenta, medrar en tus tórbidas espesuras
[...]

45

García Calvo entabla en este *carmen continuum* un diálogo ficticio con un maestro (canto 31) de su infancia ya muerto. El tema principal es la muerte y si hay vida ultraterrena, abordadas desde un punto de vista filosófico y, a veces, según los parámetros de la poesía didáctica. Y así, por ejemplo, el poeta se erige en *praeceptor* de su antiguo maestro, a quien quiere enseñar su pensamiento, como Lucrecio a Memio. El lenguaje es, además, fundamentalmente argumental, como en el *DRN*, donde ocupan un lugar preeminente los símiles y los *exempla*.

Este pasaje sigue a la intervención del maestro, en la que expone cuál es el estado de la muerte, que, según sus palabras, procura una paz y tranquilidad preferible a todos los deleites terrenales (vv. 55-58 y 105-11). A esta idea responde el fragmento y el poeta recuerda, dado el encendido elogio que su interlocutor ha vertido sobre la muerte, unos versos del “padre Lucrecio” (v. 47). No son otros que aquellos en los que el epicúreo latino decía que a veces los hombres prefieren suicidarse antes que seguir viviendo (III 79-82), cuando se apodera de ellos el miedo a la muerte:

et saepe usque adeo mortis formidine vitae
percipit humanos odium lucisque videndae,
ut sibi consciscant maerenti pectore letum
obliti fontem curarum hunc esse timorem:

80

Después de traducirlos (vv. 8-10), García Calvo enfatiza la premisa epicúrea de que la mayor parte de las amarguras humanas proceden del miedo a la muerte (vv. 10-20), una idea recurrente a lo largo del *DRN* (II 37-61 o III 830-1094).

Aunque en estos versos el influjo es claro, otros poemas suyos reflejan una concepción nihilista de la vida, compartida con muchos poetas actuales, que procede de los veneros epicúreos y cuya fuente principal parece ser también Lucrecio. Baste citar estos versos de su poemario *Libro de Conjuros* (Madrid: Lucina, 1979, 18, p. 60), dedicado a su madre:

Ella ahora, o los huesos
entre los que -dicen-
mi hueso se cuajó,
bajo tierra se esconde
y cría malvas⁹⁴³
o hilvana raicillas
bajo cipreses

5

⁹⁴³ Cf. *Relato de amor* I 11-12: “¿de ti a las malvas que ya primavera / cría de ti?”.

allá al lado de acá
del río de aquella lejana ciudad,
y no sé nada de ella.

10

García Calvo asumía, como dejan meridianamente claro estos versos, la tesis epicúrea de que el ser humano es un mero y casual corpúsculo material que, al morir, deja de existir completamente⁹⁴⁴. La materia, sin embargo, que goza del don de la eternidad (Lucr. I 239), se transformará y servirá para formar otros agregados, ya malvas o raicillas (vv. 5-6), como sugería Lucrecio en estos hexámetros (I 540-50)⁹⁴⁵:

praeterea nisi materies aeterna fuisset, 540
antehac ad nilum penitus res quaeque redissent
de niloque renata forent quaecumque videmus.
at quoniam supra docui nil posse creari
de nihilo neque quod genitum est ad nil revocari,
esse immortalis primordia corpore debent, 545
dissolui quo quaeque supremo tempore possint,
materies ut suppeditet rebus reparandis.
sunt igitur solida primordia simplicitate
nec ratione queunt alia servata per aevum
ex infinito iam tempore res reparare. 550

Barcelonés de nacimiento, José Agustín Goytisolo (1928-1999) pertenece a una de las familias de escritores más destacadas de la literatura española contemporánea. Voz privilegiada de la lírica (recuérdese su popular poema “Palabras para Julia”, cantado por Paco Ibáñez), ocupó un lugar destacado dentro de la pléyade que la profesora Carmen Riera (1988) denominó “Escuela poética de Barcelona”, a la que pertenecerían poetas nacidos o residentes en la Ciudad Condal desde 1950, como Carlos Barral (1928-1989) y Jaime Gil de Biedma. En 1988 sale de los tórculos su poemario *El rey mendigo* (Barcelona: Lumen) que incluye este poema:

Jardín en las afueras
Fulgor de realidades: en la sombra
en la luz y entre árboles y hiedra
supo el joven que su alma era también

⁹⁴⁴ Para otros ejemplos de nihilismo en la poesía moderna, cf. Juan Gil-Albert (1906-1994), *Los átomos* (“Vivir es lo más íntimo del mundo”); Gabriel Celaya (1911-1991), *Canto contra el segundo principio de la termodinámica* (“Vamos hacia el fin, la neutra igualdad”); Ernesto Cardenal (1925-2020), *La música de las esferas* (“En el principio”) y *El cálculo infinitesimal de las manzanas* (“Se pensaba que los átomos se movían según las leyes de Newton”); Francisco Brines, *Física de la muerte* (“Prietas y extensas sombras nos acogen”); Alfonso Vallejo (1943-2021), “Si dios hubiera muerto”; Gregorio Morales, *Sísifo* (“Partículas y antipartículas”); Eduardo Jordá (1956-), *Hidrógeno* (“Del dolor y del tiempo, ¿qué saben las estrellas?”); y Javier Almuzara (1969-), *Cosmología aplicada* (“En cada nuevo ser”).

⁹⁴⁵ Atisbamos también ecos lucrecianos (III 931-77) en su soliloquio CLXXXVIII (“Tristes los hombres serían de más y su pena [...]” Cf. Rivero García, 1999: 249-50).

su cuerpo –lo mismo que el aroma de la flor es la flor– y escucha ahora decir que el sumo bien entre los hombres es la amistad y no los muy inciertos e inicuos dioses.	5
El tiempo –piensa– ha de caer mas no podrá quitarme lo que aquí yo he aprendido: fin en sí misma la amistad es ventura que sólo exige en otro una respuesta. Y la voz del maestro prosigue: “Corra el agua clara en la acequia y que no falte el pan; el resto sea lujo”. Hasta el jardín en las afueras llegan atenienses para escuchar a este hombre al que muy pronto los deshonestos llamarán impío.	10 20
Y el joven en su interior repite: corra el agua; corra y llene el jardín de frescura y rumor... Y al fijarse en los ojos de Epicuro una idea le asalta como una sacudida y formula un deseo o un conjuro: ¡Jardín de realidades: permanece; no en otro mundo sino en este sitio!	25

El rey mendigo contiene treinta poemas, de los cuales los quince primeros homenajan a personajes históricos, como Demócrito, Rutilio, Lesbia, Marcial⁹⁴⁶ o Alfonso X. Este es el tercero y rinde pleitesía a Epicuro (v. 24). Puede considerarse además una declaración de adhesión a su doctrina. Como recuerda Carmen Riera (1999: 30-31), en este poemario Goytisolo se vale de personajes distintos del “yo poético” para expresar sus sentimientos e ideas. Y la simpatía de Goytisolo por Epicuro se remonta, al menos, a su juventud y surgió, seguramente, a raíz de una crisis religiosa (vv. 1-6). El poema, en efecto, presenta el credo epicúreo con soltura, parafraseando incluso sus máximas (vv. 15-17)⁹⁴⁷ y refiriendo datos eruditos, como la localización del jardín de Epicuro a las afueras de Atenas (vv. 17-20).

La obra, exquisita y escasa, del poeta barcelonés Jaime Gil de Biedma (1929-1990) ocupa un lugar singular dentro de la poesía española que alumbró la segunda mitad del siglo XX. Aunque ha sido ubicado dentro del “Grupo del Medio Siglo”, Gil de Biedma estuvo, en realidad, a medio camino entre los

⁹⁴⁶ El interés del poeta barcelonés por el mundo clásico resulta muy evidente en *Cuadernos de El Escorial* (Barcelona: Lumen, 1995), uno de sus últimos libros. En él Goytisolo compuso ciento veinte epigramas, inspirados muchos de ellos en Marcial, Catulo y Juvenal, a quienes leía con frecuencia (Rubio, 1995: 10).

⁹⁴⁷ Cf. entre otras las *Sent.* 15 y *Sent. Vat.* 63.

poetas sociales, mayores que él (Blas de Otero o Gabriel Celaya), de quienes recupera el lenguaje hablado para la expresión poética, y una nueva generación de jóvenes para quienes la poesía era ante todo el cauce de manifestación del “yo lírico”. Según sus propias palabras, su poesía, intimista y ansiosa de perfección, tiene dos grandes temas: “el paso del tiempo y yo” (Alfaya y Mangini, 1997: 14). Y, a veces, recurre al rico patrimonio grecolatino para expresarlos, como se observa en el poema *De vita beata* donde define su ideal de vida feliz, emulando el epigrama X 47 de Marcial⁹⁴⁸, o en este “Himno a la juventud”⁹⁴⁹ que lleva como lema un verso del elegíaco Propercio: *Heu! quantum per se candida forma valet!* (II 29, 30):

A qué vienes ahora, juventud, encanto descarado de la vida? ¿Qué te trae a la playa?	
Estábamos tranquilos los mayores y tu vienes a herirnos, reviviendo los más temibles sueños imposibles, tú vienes para hurgarnos las imaginaciones.	5
De las ondas surgida, toda brillos, fulgor, sensación pura y ondulaciones de animal latente, hacia la orilla avanzas	10
con sonrosados pechos diminutos, con nalgas maliciosas lo mismo que sonrisas, oh diosa esbelta de tobillos gruesos, y con la insinuación	15
(tan propiamente tuya) del vientre dando paso al nacimiento de los muslos: belleza delicada, precisa e indecisa, donde posar la frente derramando lágrimas.	20
Y te vemos llegar: figuración de un fabuloso espacio ribereño con toros, caracolas y delfines, sobre la arena blanda, entre la mar y el cielo, aún trémula de gotas, deslumbrada de sol y sonriendo.	25

⁹⁴⁸ El poema, algo más breve que el latino, entabla un diálogo con él para negar algunos de sus postulados. Reza así desde el verso 5: “En un viejo país ineficiente, / algo así como España entre dos guerras / civiles, en un pueblo junto al mar, / poseer una casa y poca hacienda / y memoria ninguna. No leer, / no sufrir, no escribir, no pagar cuentas, y vivir como un noble arruinado / entre las ruinas de mi inteligencia”. Para la tradición clásica en Biedma, cf. Laguna Mariscal (2002).

⁹⁴⁹ Ambos pertenecen a su libro *Poemas póstumos* (Madrid: Colección Poesía para Todos, 1968).

Nos anuncias el reino de la vida,
 el sueño de otra vida, más intensa y más libre,
 sin deseo enconado como un remordimiento, 30
 -sin deseo de ti, sofisticada
 bestezuela infantil, en quien coinciden
 la directa belleza de la *starlet*
 y la graciosa timidez del príncipe.
 Aunque de pronto frunzas 35
 la frente que atormenta un pensamiento
 conmovedor y obtuso,
 y volviendo hacia el mar tu rostro donde brilla
 entre mojadas mechas rubias
 la expresión melancólica de Antínoos, 40
 oh bella indiferente,
 por la playa camines como si no supieses
 que te siguen los hombres y los perros,
 los dioses y los ángeles
 y los arcángeles, 45
 los tronos, las abominaciones...

La epifanía de una joven en la playa, hermosa como una diosa (v. 15), inspira al poeta este himno a la juventud. Pues bien, la caracterización que hace el poeta del poder de la juventud sobre todos los elementos animados de la naturaleza (vv. 43-46), nos recuerda nítidamente la descripción de Venus por Lucrecio (I 1-23; cf. Laguna Mariscal, 2020: 135-37), como intentamos mostrar gráficamente:

Vv.	GIL DE BIEDMA	Vv.	LUCRECIO	MOTIVO
22	<i>Y te vemos llegar:</i>	I 6-7	te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli / adventumque tuum	Llegada de la juventud (= primavera)
25-28	<i>sobre la arena blanda, entre la mar y el cielo, / aún trémula de gotas, / deslumbrada de sol y sonriendo. / Nos anuncias el reino de la vida,</i>	I 17	denique per maria ac montis fluviosque rapacis	Alcance de sus poderes sobre la naturaleza
		I 8-9	tibi rident aequora ponti / placatumque nitet diffuso lumine caelum.	La risa y la luz como ornatos de la juventud
		I 12-13	tuumque / significant initum	Anuncio
		I 22-23	nec sine te quicquam dias in luminis oras / exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam,	Su dominio sobre la vida
43	<i>te siguen los hombres</i>	I 16	te sequitur	Séquito que arrastra la juventud

El poeta salmantino Aníbal Núñez San Francisco (1944-1987) escribió entre 1967 y 1971 cuatro poesías bajo el título de *Sintigo y con Lucrecio*⁹⁵⁰. A partir de la traducción atribuida al abate Marchena, el poeta entabla una suerte de diálogo dialéctico, principalmente en torno a la erotología lucreciana, señalando con el verso correspondiente de la traducción la idea central. He aquí el poema II titulado “Sobre el placer recíproco”, que expresa en un tono que recuerda a Tibulo y a Propertio, los elegíacos latinos, los sinsabores de una relación amorosa no correspondida:

He tirado en el cubo de basura sangre de drago desecadas hojas de estramonio que en un sobre guardaba en espera de la ocasión propicia para probar sus mágicos poderes sus resultados alucinatorios:	5
(el vegetal fluido que en gotas resinosas el árbol de los guanches llora dicen tenía sacros poderes terapéuticos mientras la solanácea según los diccionarios atropina contiene y escopolamina se emplea contra el asma dado su poder antiespasmódico)	10
Por otra parte la brigada de estupefacientes no creo que considerase delictivo mi alijo un tanto ingenuo...	15
Así es que me preguntarías por qué no pruebo aunque no fuera más que para saciar la natural curiosidad qué efectos tendría mi mixtura ingerida o fumada...	20
Pero he leído en Lucrecio pensando claro en ti que sólo el placer recíproco es deleite (IV. 1666) ⁹⁵¹ Y me parece... -espera un poco...:	25
Sí, como me temía: ya se han llevado la basura.	30

⁹⁵⁰ Publicados en la revista *Catálogos de Valverde (Enjoy the weekend 4)* 32 (2011), 33-39.

⁹⁵¹ Cf. Lucr. IV 1208.

Al tratar de la poesía de Antonio Gala, ya vimos que el poeta y crítico barcelonés Pere Gimferrer⁹⁵² (1945-) conocía el *DRN*, en particular, la *eroto-didaxis* del libro IV, donde Lucrecio aplicaba la teoría epicúrea de los simulacros a la relación amorosa (1037-1287). Este poema, “Plant” (Planto), del poemario *El vendaval* (Barcelona: Península, 1989) tiene un eco suyo:

A l'hora de voler morir,
a l'hora del desig brutal
de migpartir el cos del pardal
en una arbreda de setí;
a l'hora de fendre i ferir, 5
perquè l'amor sempre fa mal,
la violència, aquest pal
que esberla la dolçor d'ahir;
a l'hora de saber esperar 10
l'extremitud que s'endurà
l'espasme de l'amor fingit,
plomalls de la pell escarlata,
presa als llençols, l'amor dilata
el simulacre, i n'és ferit,
quan, tèrbol, el plaer esclata, 15
amb l'amarguesa de la nit⁹⁵³.

El planto es la manifestación externa de dolor por medio de sollozos y gestos causada por la muerte de un ser querido. Los poetas elegíacos solían versificarlo para expresar su duelo no solo por la muerte de la amada, sino también cuando la relación amorosa se había extinguido. Y, de hecho, la tradición clásica del planto, así entendido, perduró en la poesía cortesana medieval. El poema de Gimferrer hace, en este sentido, un uso tradicional del tópico, al cantar el acabamiento de un amor. Pero, de otra parte, la noción dolorosa y pesimista del amor, así como su retrato violento y dañino en lo físico, recuerdan el triste erotismo de la diatriba de Lucrecio (IV 1037-120). El empleo del término “simulacro” (v. 14), entendido como imagen de la amada que alimenta la pasión amorosa, viene a confirmarlo, puesto que así lo utilizó Lucrecio, por ejemplo, en IV 1061-63:

nam si abest quod ames, praesto simulacra tamen sunt
illius et nomen dulce observatur ad aures.
sed fugitare decet simulacra et pabula amoris

⁹⁵² Ha publicado no ha muchos años un poemario de título lucreciano: *Alma Venus* (Barcelona: Seix Barral, 2013).

⁹⁵³ He aquí la versión castellana de Jaime Siles (Gimferrer, 1989: 63): “A la hora de querer morir, / a la hora del deseo brutal / de dividir el cuerpo del zorzal / en una arboleda de satén; / a la hora de herir y hender, / porque el amor siempre hace daño, / la violencia, este travesaño / que quiebra el dulzor de ayer; / a la hora de saber esperar / el estertor que acabará / con el espasmo del amor fingido, / plumajes de la piel escarlata, / presa en las sábanas, el amor dilata / el simulacro, y es herido, / cuando, turbio, el placer en catarata / con la amargura de la noche es ido”.

Además, la impresión amarga que vierte el poema sobre la cópula trae a la memoria de nuevo los versos lucrecianos IV 1133-34:

nequiquam, quoniam medio de fonte leporum
surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat,

La poesía del compostelano Miguel d'Ors (1946-) contiene numerosas reminiscencias, citas y alusiones, en particular, de los clásicos castellanos e ingleses⁹⁵⁴. Su maestría, no obstante, consigue que estas *allusiones* pasen casi desapercibidas. Dos temas predilectos de su poética son su relación con Dios y con el resto de la creación, al que precisamente se consagra este titulado “Cosas” (Lanz, 1997: 438-39):

Yo quizá he llegado a estas palabras porque en 1938, en el frente de Cogolludo, un tábano hizo mover un poco la cabeza a mi padre. Y también porque mi madre tuvo la curiosidad por las vergüenzas del Imperio Romano, y no por Columela. Yo pude contemplar las melodiosas colinas de Viterbo	5
porque una vez mis pasos se enredaron con un papel que ya se llevaba el otoño. La vida es un profuso laberinto. Una chiquilla de Jaén derrama una copa de vino y esa copa la lleva a un adulterio.	10
Un hombre pierde un tren: por eso gana 24 millones. Otro muere o deja de morir por llamarse García. Como un niño que mira, contemplo cómo Dios lleva el mundo desde el Génesis al Apocalipsis.	15
Qué misteriosamente y a la vez con rigor de reloj va avanzando la vida.	20
Me pregunto a dónde me conduce este poema, a qué amistad, a qué desdicha acaso, qué rostros, qué viajes dependerán mañana de estos versos.	25

⁹⁵⁴ Con todo, en sus poemas menudean también las alusiones al mundo clásico. Cf. “*Tempus fugit*”, “Para vengarse de Lidia” y “Variación sobre un tema de Alberto Tesán” en *Hacia otra luz más pura* (Sevilla: Renacimiento, 2003), u “Otra invocación” en *Sol de noviembre* (Sevilla: Númenor, 2005). Ha publicado en 2013 un poemario de resonancias -al menos en el título- epicúreas: *Átomos y galaxias* (Sevilla: Renacimiento).

Trata del “efecto mariposa” y la conclusión es que el universo parece ser gobernado por el azar, como dice el verso 12: “La vida es un profuso laberinto”. En nuestra opinión, el planteamiento indeterminista de la existencia humana recuerda la tesis de Lucrecio de que el mundo es fruto azaroso del choque y agregación de átomos (V 110-234). El título del poema, “Cosas”, parece, en este sentido, un guiño.

Xabier Paz (1949-) es doctor en Ciencias Biológicas, investigador marino y poeta gallego residente en Vigo. Colabora asiduamente en la revista gallega de pensamiento crítico *Inzar Razons*. Entre sus poemarios cabe destacar *Sedimentos* (A Coruña: Espiral Maior, 2001), *No canto de mar* (O Burgo-Culleredo: Espiral Maior, 2005) y *Materia de Lucrecio* (Vigo: Edicións Xerais, 2006), en el que, tras la estela del poeta epicúreo⁹⁵⁵, ofrece una reflexión científica a la par que poética sobre el devenir del cosmos y de la existencia humana ante el desolador amanecer del siglo XXI. Sirva de muestra este poema homenaje (pp. 11-13):

Materia de Lucrecio

I

Onde queira que o penses, por calquera parte que comece a materia a faltar abraraslle, ampla, unha porta á Morte, será admitir forzoso, xa que logo, que todas as cousas deberían disolverse ao deixar a materia de nutrilas.	5
No fondo da materia hay movementos secretos, invisíbeis e nada pode en si mesmo apoiarse, sedimento de idades infinitas, ante os nosos ollos cada cousa noutra toca, todo limita e roza neste mundo pero no alén nada vai demarcando o universo infinito.	10 15
Imos, declinación dos átomos, conducidos, materia na materia.	

II

Virarase en inútil o amor dos homes polo centro, nada pode manterse unido para sempre pois, ao final, a forma dos seres transmutarase, levando	20

⁹⁵⁵ Su paisano Gonzalo Torrente Ballester en su novela *Los gozos y las sobras* había hecho que Juan Aldán escribiera un poema cosmogónico a la manera lucreciana y en lengua gallega.

a materia consigo todas as calidades que a informaban no tempo inicuo das aficións nosas onde, felices e supersticiosos na ignorancia, imos todos levados e nocivos.	25
III Todo o que o lume queima en si resume a forza unificadora do diverso. Non haberá Creación rematada porque a vida difere da propia morte apenas, irmandadas no vacuo. Non poderá aspirar a ser eterno o de por si diviso.	30 35
IV Achegármonos a un camiñar polo sosego, á primordial forma do saber, soerguerse sobre o estraño ruído, crebadas, abertas as palabras ao que non é o falar, para enxergar o que carece, a forma desfeita do afora, onde mora o falado e o infalado, anacos pendurados do non saber.	40

El poeta madrileño Luis Alberto de Cuenca (1950-) es cicerone de la estética novísima e investigador del CSIC en el área de Filología Griega. Con él empezamos un ciclo de cuatro poetas de reconocida formación clásica. Ha traducido, sobre todo, a escritores griegos (Homero, Eurípides, Calímaco y Luciano, entre otros) y de los latinos hizo una versión poética del pasaje IV 1076-120 de la diatriba contra el amor de Lucrecio, donde halló “la reflexión sobre el amor más honda y, a la vez, más bella” (*vid.* n. 10, cap. I 2.)⁹⁵⁶. No debe extrañarnos, pues, que su poesía contenga numerosos ecos y alusiones del mundo grecolatino⁹⁵⁷.

⁹⁵⁶ Publicada con el título “Del amor en Lucrecio”, en *Cuadernos hispanoamericanos* (1980) 364-366, 270-71. Cf. en la URL: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/del-amor-en-lucrecio/> (último acceso: 01-03-2022).

⁹⁵⁷ Los títulos de algunos de sus poemas ya lo indican por sí mismos: “Pasión, muerte y resurrección de Propercio de Asís” (*Elsinore*, Madrid: Azur, 1972), “A. Persi Flacci choliambi” (*Scholia*, Barcelona: Antoni Bosch, 1978), “El editor F. Arellano... recordándome un pasaje de Píndaro, *Píticas* VIII 96” (*La caja de plata*, Sevilla: Renacimiento, 1985), “Remedia amoris” (*Poesía*, Sevilla: Renacimiento, 1990) o “Filología y vida” (*Sin miedo ni esperanza*, Madrid: Visor Libros, 2002). Sobre la presencia de autores clásicos en la poesía de Luis Alberto de Cuenca, cf. Martínez Sariego y Laguna Mariscal (2010: 388-90).

He aquí la traducción poética, respetuosa y elegante, del fragmento lucreciano, que viene encabezada con la dedicatoria “*A Julio Cortázar en memoria de una lectura ortodoxa y lejana de su Rayuela*”:

Al poseerse, los amantes dudan. No saben ordenar sus deseos. Se estrechan con violencia, se hacen sufrir, se muerden con los dientes de los labios,	5
con caricias y besos se martirizan. Y ello porque no es puro su placer, porque un oculto aguijón los impulsa a herir al ser amado, a destruir la causa de su dolorosa pasión.	10
Y es que el amor espera siempre que el mismo objeto que encendió la llama que lo devora, sea capaz de sofocarla. Pero no es así. No. Cuanto más poseemos, más arde nuestro pecho y más se consume.	15
Los alimentos sólidos, las bebidas que nos permiten seguir vivos, ocupan sitios fijos en nuestro cuerpo una vez ingeridos, y así es fácil apagar el deseo de beber y comer.	20
Pero de un bello rostro, de una piel suave, nada se deposita en nuestro cuerpo, nada llega a entrar en nosotros salvo imágenes, impalpables y vanos simulacros, miserable esperanza que muy pronto se desvanece.	25
Semejantes al hombre que, en un sueño, quiere apagar su sed y no encuentra agua para extinguirla, y persigue simulacros de manantiales, y se fatiga en vano, y permanece sediento, y sufre	30
viendo que el río que parece estar a su alcance huye y huye más lejos, así son los amantes juguete en el amor de los simulacros de Venus. No basta la visión del cuerpo deseado	35
para satisfacerlos, ni siquiera la posesión, pues nunca logran desprender ni un ápice de esas graciosas formas sobre las que discurren, vagabundas y erráticas, sus caricias.	
Al fin, cuando, los miembros pegados,	40
saborean la flor de su placer, piensan que su pasión será colmada, y estrechan codiciosamente el cuerpo	

de su amante, mezclando aliento y saliva,
con los dientes contra su boca, con los ojos 45
inundando sus ojos, y se abrazan
una y mil veces hasta hacerse daño.
Pero todo es inútil, vano esfuerzo,
porque no pueden robar nada de ese cuerpo
que abrazan, ni penetrarse y confundirse 40
enteramente cuerpo con cuerpo,
que es lo único que verdaderamente desean:
tanta pasión inútil ponen en adherirse
a los lazos de Venus, mientras sus miembros
parecen confundirse, rendidos por el placer. 45
Y después, cuando ya el deseo, condensado
en sus venas, ha desaparecido, el fuego
interrumpe su llama por un instante,
y luego vuelve un nuevo acceso de furor
y renace la hoguera con más vigor que antes. 50
Y es que ellos mismos saben que no saben
lo que desean, y, al mismo tiempo, buscan
cómo saciar ese deseo que los consume,
sin que puedan hallar remedio
para su enfermedad mortal: 55
hasta tal punto ignoran dónde se oculta
la secreta herida que los corroe.

El año 2001 publicó seis poemas inéditos en el n.º 35 de la revista *Clarín* (pp. 36-39)⁹⁵⁸. En dos de ellos, “Última luna” y “Navidad”, Alberto de Cuenca se acerca de manera pensativa y perpleja a la muerte, al mundo y a Dios. La doctrina filosófica que el poeta parece abrazar es la del nihilismo moderno, heredero del epicureísmo antiguo. De hecho, en los planteamientos físicos que suscitan la reflexión poética, la destrucción del mundo para “Última luna” y el hombre como mera materia para “Navidad”, el escritor rescata ideas, si no versos, del *DRN*. Dice así “Última luna”:

Enloquecer bajo la luna última
que caiga sobre el mundo, la postrera
luna que brille antes del cataclismo
final, cuando la Tierra se deshaga
en mil pedazos y los hombres pasen 5
a ser un mal recuerdo en la memoria
del universo. Y en el frenesí
que esa luna te dicte, en la locura
que nuble tu cerebro moribundo,
llegarás a entender qué significa 10
la ironía de Dios.

⁹⁵⁸ Algunos aparecerían después en su poemario *Sin miedo ni esperanza* (Colección Visor de Poesía 506), Madrid: Visor Libros, 2002.

Lucrecio en V 91-99 se expresaba de este modo:

Quod superest, ne te in promissis plura moremur,
 principio maria ac terras caelumque tuere;
 quorum naturam triplicem, tria corpora, Memmi,
 tris species tam dissimilis, tria talia texta,
 una dies dabit exitio, multosque per annos 95
 sustentata ruet moles et machina mundi.
 nec me animi fallit quam res nova miraque menti
 accidat exitium caeli terraeque futurum,
 et quam difficile id mihi sit pervincere dictis;

A primera vista, descubrimos una semejanza significativa en el plano comunicativo: el poeta entabla un diálogo con el receptor, Memio en el caso de Lucrecio, un desconocido en el de Alberto de Cuenca. Si atendemos al tema, es el mismo, el futuro cataclismo del mundo. Queda, además, manifiesto que el poeta madrileño asume plenamente la tesis epicúrea de que este mundo material se destruirá y con él para siempre la humanidad (vv. 4-7).

“Navidad” fue escrito el 25 de diciembre de 2000. Esta festividad, con su parafernalia familiar y religiosa, de esperanza y de amor fraternal, aviva en el poeta la certeza del paso irreparable del tiempo y de la muerte.

Todo vive en la Tierra porque antes ha vivido
 en el Cielo. Los astros rigen nuestra aventura
 por las calles del mundo. Numeran nuestros actos,
 eligen al azar nuestras melancolías 5
 y nuestras ilusiones, escriben nuestra historia
 en un libro siniestro que tiene, en vez de páginas,
 manchas incomprensibles, y un día nos despiden
 de las cosas que amamos porque ha llegado el tiempo
 de morir, alojándonos en el vertiginoso 10
 remolino del caos, donde reina la Nada.
 No sé las Navidades que tendré que vivir
 antes de reintegrarme al agujero negro
 donde siempre es de noche, pero sí sé que en estas
 fiestas en que la luz vuelve de su desierto 15
 a decirnos que aún es posible el milagro
 de la resurrección, es cuando me he sentido
 y seguiré sintiéndome más cerca de la muerte
 que nunca. Navidad: horror inexplicable
 con que los astros dan por terminado el año. 20

La Navidad anuncia al mundo occidental la pronta llegada del fin del año. Por convención, marca el paso fugitivo del tiempo para el hombre, que iluso piensa dominarlo al ponerle coto. Sin embargo, son los astros quienes gobiernan el tiempo y con él nuestro hado, porque están en el cielo, de donde proceden la tierra y, en consecuencia, todos los seres vivos (1-2). Este pensa-

miento no procede de los misterios y cábalas de la astrología, sino de uno de los principios de la física epicúrea, que Lucrecio versificó así (II 991):

Denique caelesti sumus omnes semine oriundi⁹⁵⁹.

En el desarrollo de nuevo resuenan ideas lucrecianas, al hablar de la muerte como disolución y reintegración del hombre en el universo del que procede (vv. 8-11). Parecen, en efecto, evocar estos versos (III 966-71)⁹⁶⁰:

nec quisquam in baratrum nec Tartara deditur atra;
materies opus est ut crescant postera saecula;
quae tamen omnia te vita perfuncta sequentur;
nec minus ergo ante haec quam tu cecidere, cadentque.
sic alid ex alio numquam desistet oriri
vitaque mancipio nulli datur, omnibus usu. 970

El poeta valenciano Jaime Siles (1951-) es profesor universitario de Filología Latina y conoce bien la cultura grecolatina que anima gran parte de su poesía original. Su obra ha sido definida como metafísica por la búsqueda incesante de las razones últimas de la vida. Este afán, compartido con el epicúreo romano, se aprecia nítidamente en su poema “Variación barroca sobre un tema de Lucrecio”, perteneciente al poemario *Semáforos, semáforos* (Madrid: Visor, 1990). Dice así:

I

En una noche nos hacemos viejos
y, al despertar al mundo, la mañana
en la luz del cristal de la ventana
nos clava, como insultos, sus reflejos.

Los ojos en el agua son espejos 5
de la memoria llena de gris grana
y la palabra, para siempre cana,
nos deja sus acentos circunflejos.

En el lavabo de las horas lavo 10
el hollín de los días. Las semanas
dejan cal en el cuerpo; ladeada,
la sombra de los años; ignorada,
la inteligencia de las cosas vanas:
el grifo, el jabón, este lavabo.

⁹⁵⁹ Cf. Andrés Sánchez Robayna (1952-), “Sobre un trono de piedra”, vv. 25-30 (aparecido en el suplemento *Babelia*, p. 10, del *Diario “El País”*, 09-02-2004): “No hay destrucción, dijiste. Volveremos / al seno de la estrella, a la región / del origen y el fin, a la materia / inmortal y materna. Y aunque sólo / quedará de nosotros esa piedra, / esa piedra dirá toda nuestra memoria”. Y Gregorio Morales, *Microscopio electrónico* (vv. 5-6): “Estamos constituidos de estrellas / en un vasto cosmos de misterio”.

⁹⁶⁰ Cf. también I 540-50. Otros posibles ecos se atisban en su poema “Imágenes” del libro *Sin miedo ni esperanza*. Su planteamiento nihilista está en sintonía ideológica con la teoría de los simulacros defendida por Lucrecio, por ejemplo, en IV 54-109, y, de manera general, con el materialismo epicúreo.

II

El grifo, el jabón, este lavabo
adelantan la ciencia soberana
del existir: mirar por la ventana,
ver cuántas cosas cada día lavo.

Un resplandor de rayas, rojos lagos, 5
una copa, un libro, una mañana
de otro rostro mirando en la ventana
el mismo gris de sus contornos vagos,

me hacen saber que acentos circunflejos, 10
auroras grises de los días, granas
sombras inmovilizan los espejos;
que somos el rumor de los reflejos
de las horas, los días, las semanas
y que una noche nos hacemos viejos.

Siles habla aquí del paso irreparable del tiempo, como le advierten la naturaleza y sus objetos, pues son inmunes a los estragos del devenir. Es difícil saber con exactitud qué versos lucrecianos inspiran esta “variación barroca”. Podría ser el adagio, simple y contundente *aeterna que materies est* (I 245), pero es posible que haya sido alguno de estos dos pasajes, en los que el epicúreo describe la decadencia física de la vejez y afirma la fugacidad irrevocable de la vida (III 451-54 y 914-15):

post ubi iam validis quassatum est viribus aevi
corpus et obtusis ceciderunt viribus artus,
claudicat ingenium, delirat lingua <labat> mens,
omnia deficiunt atque uno tempore desunt.

‘brevis hic est fructus homullis;
iam fuerit neque post umquam revocare licebit’. 915

Profesor de Filología Latina en la Universidad de Barcelona, Javier Velaza (1963-) es una de las voces más prometedoras de la poesía actual (Izquierdo, 2002: 7-15). En uno de sus últimos poemarios, *Los arrancados* (Ed. Lumen: 2002), Velaza canta las ideas y sentimientos de un hombre sin raíces que busca compartirlas con otros “desarraigados”. Reina en el libro el nihilismo, del que es buen ejemplo este poema titulado “Átomo⁹⁶¹”, inspirado en los versos 1058-63 del libro segundo de Lucrecio⁹⁶²:

⁹⁶¹ Debo a la amabilidad del profesor Vicente Cristóbal López el conocimiento de esta recreación.

⁹⁶² Los traduce así el poeta: “Los mismos átomos, chocando entre sí espontáneamente y al azar, después de haberse unido de mil maneras en encuentros casuales, vanos y estériles, acertaron por fin algunos a agregarse de modo que dieran para siempre origen a estos grandes cuerpos, tierra, mar, cielo y raza de los seres vivientes”.

Pasé una eternidad flotando sobre un éter Y entre aguas sumergido otra, y otra Y otra más negligente en una nada. La eternidad no es mucho para un átomo.	
A veces una fuerza repentina Me hizo colisionar con otros semejantes Y me alistó con cadenas y compuse Con ellos cuerpos variopintos, fibras, Vidrios, manzanas, polvo, selvas, halos, Aves, afluentes, perlas o mustélidos. A un átomo le toca hacer de todo. Luego viene otra fuerza y te libera De esos lazos efímeros y vuelves A la calmada soledad del caos. Y hay otra eternidad para vagarla.	5 10 15
Sólo en una ocasión, mientras fluía Abandonado a un magma, un viento raro Y frío me empujó con otros muchos A conformar un ser inexplicable.	
Aún recuerdo el dolor de aquellos días. Una angustia era enlace covalente Entre nosotros, fuerza cohesiva Que nos soldó a la pena sin remedio.	20
Por suerte, duró poco. Entre las células Se alzó una rebelión y al fin pudieron Acabar con el ser abominable, Que quedó descompuesto para siempre. Yo escapé como pude a aquella diáspora Y volví a mi solaz de solitario.	25
Desde entonces me cuido de los vientos (no quisiera volver a ser un hombre).	30

Decía Lucrecio en el pasaje que solo después de muchos encontronazos moleculares azarosos y estériles los átomos aciertan a crear cuerpos como la tierra, el mar o el propio ser humano. A partir de esta sugestiva teoría, Velaza inventa el discurso de un átomo (él mismo) que relata su imaginaria trayectoria vital de acuerdo con los azarosos fundamentos de la física epicúrea⁹⁶³. De esta suerte, el poeta expresa su concepción pesimista y nihilista del ser humano (vv. 16-31), que ya no es ficticia, sino auténtica y sincera.

Cerramos la sección, al tiempo que este interesante ciclo de poetas y filólogos clásicos, con Aurora Luque (1962-). Profesora de Griego en la Universidad

⁹⁶³ Cf. el poema "Ella ahora, o los huesos" (*Libro de Conjuros*) de Agustín García Calvo, muy parecido en el desarrollo a este.

de Málaga, ha traducido a Safo (ca. 650-580 a. C.) y a Meleagro de Gádara (fl. ca. 95 a. C.), entre otros, y ha publicado varios poemarios, en los que funde las referencias clásicas con su realidad cotidiana. Por ellos ha recibido numerosos galardones, entre los que se cuenta el “Premio Fray Luis de León” por *Camaradas de Ícaro* (2008). Para el poeta José Manuel Caballero Bonald (1926-2021) su poesía “proporciona una similar sensación de sabiduría y belleza” (Juan, 2014: 12). En 2008 publicó el libro de poemas *La siesta de Epicuro* (Madrid: Visor Libros), donde rinde a lo largo de sus cuatro partes un homenaje a la Escuela del Jardín. Se titulan: “La siesta de Epicuro”, “La biblioteca de Pisón”, “El jardín de Filodemo” y “La tumba de Lucrecio”.

Esta última parte viene encabezada con la *Máxima XX* de Epicuro (p. 79):

Pero el pensamiento, que se ha dado cuenta del fin y límite de la carne, y que ha diluido los temores de la eternidad, nos prepara una vida perfecta, y para nada precisamos ya de un tiempo infinito. Porque ya no se rehúye el placer. Y cuando las circunstancias nos llevan al momento de dejar la vida, no nos vamos de ella con el sentimiento de que algo nos faltó para haberla llevado mejor.

El aforismo de Epicuro es –podríamos decir– un *memento mori* a lo materialista. Y de esta reflexión, que es frecuente en el *DRN*⁶⁴, surge la conclusión de que hay que disfrutar el regalo de la vida (*carpe diem*). El propio título de la sección “La tumba de Lucrecio” hace, tal vez, referencia a esa recurrencia de la muerte en el poema y, en concreto, a su sentencia *Nil igitur mors est ad nos neque pertinet hilum* (III 830).

Aun siendo persuasivo el argumento de Epicuro, resta un trago amargo: hacerse el cargo de que la existencia humana es finita. Parece la razón inclemente y hasta insensata cuando destina a la nada a los hombres como consuelo, tras haber llegado a la vida (*visentis luminis oras*, II 577). Hay, quizás, por esto mucho dolor contenido en estos últimos poemas de Aurora Luque. Constatan la decrepitud (“Vejez”), la apatía de vivir (“Cartago”), la nostalgia por los seres queridos (“La soledad de mi madre”), la fugacidad irreparable de la vida (“Conjugación”) y el miedo a la nada (“Fausto y el gusano”). Todo eso es la muerte. Queda, pues, aferrarse a la propia vida, como viene a sugerir, en contraposición, el último poema, alegre y sensitivo, titulado “En radio tres” (p. 86).

Escucho en Radio Tres
en versión brasilera
–que es como si batiesen los sonidos
con la pulpa del sol–
Cheek in cheek y *Moon River*.

5

⁶⁴ Lucrecio III 931-77 parece, de hecho, dramatizar el final de esta sentencia de Epicuro, cuando imagina que la Naturaleza reprocha a un mortal su tristeza y miedo ante la muerte.

Una cerveza Alhambra de reserva
colabora a su modo en el *bienser*.
Y el cuerpo quiere abrir, completo de sí mismo,
las puertas del verano.
Los sentidos son hoy 10
esos dioses alegres y fuertes de los mitos.
Reinauguran el mundo,
lo cifran,
lo consisten:
la puerta del oído, 15
la puerta de la lengua,
la puerta de los párpados,
Ícaros,
Hermes,
Iris. 20

Ahora que ya sé
lo que roba la muerte
me importa mucho el aire de esta noche
mitogénico, vivo, generoso.

7. 7. Lucrecio en los prosistas contemporáneos

En numerosas ocasiones la prosa del escritor gallego Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999)⁹⁶⁵ se nutrió de la Literatura Clásica. Ya en su primera novela, que fue censurada, *Javier Mariño. Historia de una conversión* (Madrid: Ed. Nacional, 1943. BN 4/9535), estableció un paralelo entre su peripecia vital al comienzo de la Guerra Civil y la del héroe troyano Eneas. Escribió, además, una novela de tema lucreciano (I 85-101) *Ifigenia* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950. BN 7/20012).

De toda su narrativa su obra más conocida es la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), sobre todo tras su adaptación a la pequeña pantalla el año 1982 en una serie de Televisión Española. La acción transcurre en una villa imaginaria de las Rías Altas, Pueblanueva del Conde, y refleja la vida pobre y desesperanzada de las familias rentistas del campo gallego, justo antes de la Guerra Civil española (1934-1936). En este contexto social y político prebélico, las familias de los Aldán, Deza y Churruchao se enfrentan con Cayetano Salgado, cacique de la población y empresario próspero de la flota y astilleros locales.

Torrente Ballester suele aprovechar literariamente sus experiencias personales y, en este sentido, *Los gozos y las sombras* es una recreación bastante fiel del ambiente conflictivo que vivió España poco antes de la Guerra Civil.

⁹⁶⁵ Sobre su vida y obra, cf. Benítez (1985: 251-56). Impartió un tiempo en la Academia "Rapariz" (El Ferrol) Gramática, Latín e Historia.

Recupera, pues, una época de gran efervescencia ideológica, en la que se enfrentan políticamente personajes de derecha y de izquierda. Y resulta bastante significativo que Juanito Aldán, siendo ateo, primero marxista y luego anarquista⁹⁶⁶, escriba un poema cosmogónico teniendo por modelo el *DRN*. Es más, podría afirmarse que Lucrecio es el referente espiritual del personaje y, en consecuencia, que fuera admirado por algunos militantes de izquierda, pues fue, *mutatis mutandis*, un marxista *avant la lettre*⁹⁶⁷.

He aquí los fragmentos más interesantes para nuestra investigación:

Primera parte: El señor llega

- Hubo también razones de orden privado. Yo soy poeta -Carlos se sorprendió, pero no sonrió; más bien pareció agradecerle la revelación. Hasta es posible que la nueva expresión de su rostro fuese una expresión admirativa-. Soy poeta de una manera que no es compatible con el comunismo, porque el comunismo es una doctrina optimista, y mi poesía es desesperada. Parte de una experiencia dolorosa, de un desencanto radical. Cuando descubrí que no hay Dios, sentí que debía haberlo, y que no haberlo es una enorme injusticia. Mi poesía protesta contra la Gran Injusticia.

Se había embalado. Podía continuar. Carlos le escuchaba con interés. Probablemente, *aquello* no lo esperaba.

- Estoy escribiendo un poema cosmogónico en que describo la autoformación del Universo como resultado de un azar. En la segunda parte cuento el primer suicidio de un hombre cuando descubre que el Cielo está vacío, y cómo los demás hombres deciden llenar el Cielo de mentiras para salvar a la Humanidad. Otra pausa, surgida de una súbita duda, de un temor súbito de que también aquello pudiera ser pueril, o de que pudiera parecérselo a Carlos.
- ¿Te interesa esto?
- Naturalmente -Carlos se volvió hacia los montones de libros y los señaló-. Ahí hay muchos tomos de poesía. Y también de teología, y libros de arte [...] (Cap. X).

Segunda parte: Donde da la vuelta el aire

De momento, pareció importarle más a doña Mariana la falta de respeto del *Relojero* que el lío del monasterio. Pero prestó atención cuando Carlos se refirió a Inés.

⁹⁶⁶ Torrente Ballester colaboró antes de la guerra en el diario anarquista *La Tierra*. Simpatizó de joven con esta ideología política que el lucrecianista Agustín García Calvo tuvo siempre en alta estima. Mas tarde, se afilió al Partido Galeguista y, durante la guerra, a Falange, conociendo en esta formación a Antonio Tovar Llorente (1911-1984), catedrático de Latín y rector de la Universidad de Salamanca (1951-1956), con quien mantuvo una estrecha amistad.

⁹⁶⁷ García Calvo (1997: 13) afirmaba en este sentido lo siguiente: "y así es a nuestros ojos la doctrina epicúrea el primer modelo [...] de toda doctrina de 'izquierdas' [...]"

- La situación puede ser interesante si Inés tiene, como sus hermanos, sentido artístico. Porque es evidente que los Aldán poseen una especie de genialidad mal orientada o desorientada. En todo caso, enmascarada. La religiosidad de Inés se corresponde con la preocupación moral de Clara, incluso con su manía de limpieza; en cuanto a Juan, está claro que cuando escribe su poema cosmogónico pone en juego las mismas facultades artísticas que cuando describe a los pescadores el paraíso anarquista [...] (Cap. III).
 - Yo no odio a Cayetano, ¿eh? Quizá lo desprecie, sencillamente.
 - Pues Juan no lo desprecia, sino que le tiene odio, que es una pasión mucho más violenta, y, sobre todo, mucho más tenaz. Si no existiera Cayetano, Juan no sería líder anarquista de Pueblanueva, sino poeta en lengua vernácula. Por causa de Cayetano nos quedamos sin un hermoso poema pesimista acerca del origen de las cosas, y ganamos un líder; pero, eso sí, un líder con gran sentido artístico. Porque esa ocurrencia de la explotación sindical es perfectamente artística. Es la síntesis que absorbe en sí misma y concilia sin aniquilarlos los contrarios. Es una verdadera genialidad.
- Doña Mariana acomodó las almohadas y se recostó (Cap. III).
Al poco tiempo entró la criada a decirle que el señor Gay le esperaba.
- Que pase aquí.
- Gay traía una gabardina puesta y sonreía.
- Iba a dar una vuelta y se me ocurrió pasar a recogeros.
 - No me encuentro muy bien. Además, tenía ganas de escribir. Gay se sentó al borde de la cama y sacó tabaco.
 - ¿Cuándo vas a leerme algo? -tendió a Juan el paquete de cigarrillos. Juan, sin levantarse, alargó la mano y cogió uno.
 - Está en gallego, ya lo sabes -dijo Juan.
 - Lo entiendo...
 - De todos modos...
- Juan le pasó un montón de cuartillas manuscritas y encendió el pitillo.
- Es el poema cosmogónico del que te hablé. Quiero contar la formación del mundo sin participación de Dios. En este pasaje -arrebato a Gay las cuartillas que acababa de entregarle- describo la oquedad del cielo, el vacío del infinito. Las energías dispersas, ante la urgencia de la creación, se preguntan si necesitan un Creador, y lo buscan, lo llaman, pero el Creador no responde porque no existe. Entonces, ellas se deciden a ser creadoras. Es un pasaje largo.
- Tendió a Gay unas cuartillas escogidas. Gay empezó a leer.
- Es bonito esto.
- Mientras Gay leía, Juan espiaba su rostro, sus ojos.

- Lucrecio, al menos, cantó a Venus creadora- dijo Gay al devolvérselas.
 - Yo, ni eso.
 - Es una clase de poesía que ahora no se usa.
 - Por falta de alientos. Yo mismo no sé si los tendré para acabar el poema; los tuve, pero las cosas vinieron mal. Ahora puedo recobrarlos. Por eso me pregunto si haré más servicio a la humanidad con mi poesía o dedicándome a la política. Ya ves: la humanidad necesita de vez en cuando que se le diga la verdad en verso, que se le diga con pasión y poesía. Pero ésta es una verdad terrible, y Dios, en cambio, es una mentira esperanzadora. A veces pienso que los hombres no están maduros para el ateísmo y que decirles la verdad es hacerles daño. Mi poema lo hará, indudablemente, a algunos, pero si me hago cargo de ese asunto de Pueblanueva, puedo hacer mucho bien. Estoy perplejo.
 - Un comunista te diría: acepta lo de Pueblanueva, porque el mundo hay que modificarlo por la acción, no por la poesía.
 - Pero tú no eres comunista.
 - No.
- Juan ordenó las cuartillas y las volvió a la carpeta.
- Dime, Gay: tú, ¿qué eres?
- Gay se encogió de hombros (Cap. VIII).

P D.-He vuelto a trabajar en mi poema cosmogónico. Poco a poco vuelvo a ser el que fui, como si saliera de un largo sueño. Me han convencido de que lo escriba en castellano. ¡No sabes lo difícil que resulta esta especie de traducción de mí mismo en que estoy metido! Pero, créeme, mis versos castellanos resultan excepcionalmente musicales. Estoy contento (Cap. VIII).

Novelista nacido en Vilavella (Castellón), Manuel Vicent (1936-)⁹⁶⁸ es lector asiduo de autores latinos⁹⁶⁹. De hecho, una de sus novelas más famosas, *Son de mar* (1999), tiene por protagonista a un catedrático de Literatura Clásica, Ulises Adsuara. Pues bien, en el siguiente artículo, titulado “Plegarias” y publicado en la sección “Última” (contraportada del *Diario “El País”*, 24-02-2008), Manuel Vicent parece tener en mente los versos de Lucrecio I 44-49, en los que afirma que los dioses son sordos a las oraciones de los hombres:

Tener que oír siempre el mismo murmullo oscuro y constante de plegarias elevándose desde el fondo de la tierra supone una condena insufrible, que nadie que no fuera Dios podría soportar.

⁹⁶⁸ Sobre su vida, obra y estilo, cf. Arias Aisa (1993).

⁹⁶⁹ Homenajea, por ejemplo, a Virgilio en su artículo “Universo” (*Diario “El País”*, contraportada, sección “Última”, del 13-05-1993. Cf. Laguna Mariscal, 2000b: 432) y a Horacio en otro titulado “Gentleman” (*Diario “El País”*, contraportada, sección “Última”, del 04-02-2007).

Si los salmos, letanías, rosarios, mantras y jaculatorias, que de forma rítmica y reiterada, día y noche, los fieles elevan a Dios las dirigieran los súbditos a un tirano de este mundo, sin duda, éste acabaría por perder los nervios y en plena paranoia mandaría colocar ametralladoras en las ventanas de palacio y abriría fuego sobre la multitud arrodillada. Crear el universo sólo para entretenerse contemplando cómo se devoran entre sí las galaxias y sentirse deslumbrado con las llamaradas que dejan las estrellas en su última explosión antes de volver otra vez a la nada es un juego digno de un gran Dios. Este espectáculo le permite soltar una enorme carcajada que resuena en un silencio metafísico de piedra pómez. Pero al finalizar este terrible festín, he aquí que desde un punto ínfimo e insospechado de la Vía Láctea se eleva un coro lleno de súplicas y alabanzas, que llega hasta el trono de oro donde este gran director de escena se halla sentado. Olvidados en un rincón del universo han quedado unos seres que mirando hacia lo alto suplican que se atienda a sus demandas. En el fondo todo se reduce a que no quieren morir y para eso rezan, imploran y alaban a su Creador. Y lo hacen de una forma constante y rítmica con un rumor de mantras y letanías que arrastra el detritus de todas las miserias humanas. Dios se precipita de cabeza en el agujero negro del universo todos los días. Haría lo mismo en una piscina azul si fuera californiano. No atiende las plegarias de la humanidad; en cambio, sigue saliendo todavía el sol por el horizonte cada mañana como un regalo, y los cerezos florecen a su tiempo y hay tomates, pimientos y coles en los mercados. Si alguien tratara de darte un sablazo y se postrara ante ti de rodillas día y noche sin parar de rezar mil rosarios, ¿no acabarías dándole una patada? Ante el absurdo de la vida, hay que pensar en la metafísica de las flores, en la filosofía de los montes y los valles, en la moral de los frutos, en la verdad del mar y dejar que Dios se devore una pata o juegue en el vacío a los dados.

El protagonista de la novela *El desorden de tu nombre* (Madrid: Alfabeta, 1988, p. 109), del escritor valenciano Juan José Millás (1946-), parece profesar la *erotodidaxis* epicúrea, si hacemos caso de este párrafo (Laguna Mariscal, 1998: 107, n. 54):

Miré, yo nunca me vi a mí mismo como un sujeto en el que pudieran hacer grandes estragos las pasiones amorosas. Mis ambiciones, nunca lo he ocultado, iban por otros derroteros: la política, el triunfo profesional, etcétera. Las pasiones vulgares –las que yo consideraba vulgares, quiero decir– he procurado repartirlas entre los prostíbulos y las amantes ocasionales, para que no me estorbaran en el camino.

De hecho, la juntura “pasiones vulgares” presenta concomitancias con la expresión lucreciana *vulgivaga Venus* (IV 1071). No obstante, aunque el personaje sigue las recomendaciones lucrecianas en lo referente a mantener relaciones sexuales esporádicas, preferentemente con prostitutas y sin ningún tipo de relación sentimental, desatiende otros consejos. Reserva, sin ir más lejos, todas sus energías para medrar en la carrera profesional y política, cuando Lucrecio desaconsejaba esto mismo (II 1-61, III 48-93 y 995-1002).

Traductor y académico de la Lengua, Javier Marías (1951-2022)⁹⁷⁰ es considerado uno de los novelistas más destacados de la literatura española contemporánea. En su novela *Tu rostro mañana. 2. Baile y sueño* (Madrid: Alfaguara, 2004), Marías desarrolla, entre otras, la idea de que el miedo es el verdadero desencadenante de la crueldad humana (esp. pp. 155-66) en situaciones extremas como la Guerra Civil española. Hacia la mitad de la obra, el escritor imagina un juicio final en el que las víctimas escuchan estas palabras de defensa por parte de sus asesinos (p. 162):

Y los acusados responderían siempre: “Fue necesario, defendía a mi Dios, a mi Rey, mi patria, mi cultura, mi raza; mi bandera, mi leyenda, mi lengua, mi clase, mi espacio; mi honor, a los míos, mi caja fuerte, mi monedero y mis calcetines. Y, en resumen, tuve miedo”.

Lucrecio en III 59-73 concibe el miedo de forma análoga⁹⁷¹, argumentado que es el causante de delitos, crímenes y vicios horrendos⁹⁷². Dice así:

denique avarities et honorum caeca cupido
quae miseros homines cogunt transcendere finis 60
iuris et interdum socios scelerum atque ministros
noctes atque diem niti praestante labore
ad summas emergere opes, haec vulnera vitae
non minimam partem mortis formidine aluntur.

Por último, el novelista valenciano Rafael Chirbes (1949-2015) reconoció en diversas entrevistas y conferencias el influjo lucreciano en sus novelas *Creatorio* (Barcelona: Anagrama, 2007), que obtuvo el Premio de la Crítica de Narrativa Española, y *En la orilla* (Barcelona: Anagrama, 2013), con la que consiguió por segunda vez el mismo premio y, además, el Premio Nacional de Narrativa. Chirbes había leído el *DRN* con detenimiento, subrayando los

⁹⁷⁰ Su padre fue el prestigioso filósofo Julián Marías (1914-2005), Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (1996) e igualmente Académico de la Lengua desde 1964.

⁹⁷¹ Cf. Laguna Mariscal, “El miedo hace girar el mundo (‘Fear makes the world go round’)”, 2006, en la URL: <http://tradicionclasica.blogspot.com/2006/09/el-miedo-hace-girar-el-mundo-fear.html> (último acceso: 30-03-2021).

⁹⁷² Su amigo Aliocha Coll (1948-1990) se preguntaba “¿Por qué está escrito al revés *De rerum natura*?” en su novela póstuma *Atila* (Barcelona: Ed. Destino, 1991), mostrando así cierta fascinación por el poema epicúreo (Macías, 2006: 156-57).

pasajes que más llamaron su atención sobre la edición latino-castellana de Valentí Fiol (1993), publicada por la editorial Bosch dentro de la popular colección “Erasmus: Textos Bilingües” (Traver 2009: 813-14).

El argumento de la primera, *Crematorio*⁹⁷³, despliega una cosmovisión materialista del mundo concorde con la física epicúrea. Según esta, nacemos y morimos en un corto espacio de tiempo, formando parte de un ciclo de renovación y conservación de la materia. Mientras vivimos, el instinto de supervivencia empuja al hombre a alejar la muerte, hasta el extremo de que puede cometer delitos execrables, al imponerse sobre sus congéneres buscando dinero, poder y gloria, un comportamiento ya denunciado por la ética epicúrea (Lucr. III 59-73). Sin embargo, esta caída al infierno en vida, casi predestinada, puede salvarse gracias al *clinamen*⁹⁷⁴, pues, como libre albedrío, devuelve al hombre la libertad para elegir la medida y la razón. Y estas exhortan siempre a la morigeración en los deseos. Chirbes retoma este concepto del *clinamen* o *declinatio* de los átomos, seguramente, de Marx. La idea, genuina de Epicuro, fue explicada por Lucrecio (II 216-93) y aprovechada por el filósofo de Tréveris para su tesis doctoral, *Differenz der demokritischen und epikureischen Naturphilosophie* (Jena, 1841).

Una de las premisas lucrecianas más recurrente en la novela es la de que solo los necios hacen de su vida un infierno. He aquí algunos párrafos elocuentes:

La continuidad del paraíso, tiempo detenido. El tiempo que pasa, el infierno, o simplemente la vida (p. 138).

Algún poeta ha escrito unas líneas sobre eso. No lo busques fuera: el paraíso lo tienes aquí. Aunque para reconocerlo seguramente tengas que irte fuera (p. 220).

Hartos de no saber a qué jugar, hemos aprendido a matarnos los unos a los otros en el salón de casa. Hemos sustituido vuestra altiva e insoportable revolución por la práctica de una modesta violencia doméstica. Hemos vuelto a la dulce vida privada. Con Silvia, con Miriam, con Félix, con mi suegro que se presenta como una víctima, condenado a hacerse enormemente rico víctima del cruel capitalismo que lo ha llevado precisamente a eso, a renunciar a cualquier otra cosa que no sea enriquecerse, porque qué se le va a hacer, Juan, el mundo es así (pp. 351-52).

⁹⁷³ Dedicamos un artículo monográfico a la presencia de Lucrecio en esta novela (Traver, 2016: 5-36).

⁹⁷⁴ Sobre el concepto del *clinamen* y sus implicaciones éticas en el marxismo, cf. Lezra (2016: 125-43), y en otras filosofías, Montag (2016: 163-72). En el Renacimiento el problema del libre albedrío fue una cuestión disputada por humanistas y teólogos de la talla de Lorenzo Valla, Pietro Pomponazzi y Martin Lutero (De Caro, 2020: 203-4). Maquiavelo, según De Caro (2020: 213-25), tomó de Lucrecio su concepción del libre albedrío, según la cual existe cierta contingencia, vinculada a la noción epicúrea de *clinamen*, que hace posible la libertad humana. Serres (1994) escribió una monografía esencial sobre este concepto, centrada, sobre todo, en sus consecuencias en la ciencia.

De forma lapidaria, el poeta romano afirmó (III 1023): *Hic Aquerusia fit stultorum denique vita*. En el ejemplar privado de Chirbes el adagio aparece subrayado.

CONCLUSIÓN

Una vez investigada la tradición clásica de Lucrecio en la literatura española, teniendo, pues, ante nosotros una panorámica de su trayectoria, desde Isidoro de Sevilla hasta Rafael Chirbes, podemos afirmar que Lucrecio ha sido leído, imitado y admirado en España. Pero, para valorar mejor su recepción, conviene compararla con la de otros países europeos de nuestro entorno y de similar cultura, como Italia, Francia, Portugal y Gran Bretaña. En este cotejo hemos de tener en cuenta, a nuestro parecer, cuatro aspectos: la difusión material de la obra, los estudios filológicos en torno a ella y, dada la doble faceta de Lucrecio como poeta y filósofo, su influjo propiamente literario, tanto en poesía como en prosa, así como su impronta en la filosofía.

En cuanto a la divulgación del texto en España, hemos de recordar que es muy probable que Isidoro de Sevilla tuviera a mano en los albores de la Edad Media, mientras ocupó la cátedra del obispado de Sevilla, entre los años 599 y 636, un manuscrito del *DRN* que consultó para la redacción de las *Etymologiae* y del tratado *De natura rerum*, de título tan lucreciano. Fue en su época el único, a lo que sabemos, que utilizó el *DRN* como fuente documental.

Hay que destacar, además, que, coincidiendo con el reinado aragonés de Alfonso V el Magnánimo y Ferrante I en Nápoles, el *DRN* fue estudiado, comentado y enmendado intensamente por eminentes humanistas como Antonio Beccadelli, el “Panormita”, Lorenzo Bonincontri o Giovanni Pontano. Gracias a su decidido patrocinio, Nápoles se convirtió en un centro cultural de primer orden que llegó a disputar la primacía incluso a Florencia. En la Academia Pontaniana se gestó el aprecio por Lucrecio del poeta catalán Benet Garret, dicho el “Cariteo”. Su poesía, aunque en italiano, es una prueba bastante elocuente de este primer y temprano influjo que encontraría eco después en otros vates tan fundamentales para la poesía renacentista española como Juan Boscán o Garcilaso de la Vega, quienes residieron unos años en la ciudad en tiempos del virreinato de don Pedro de Toledo y mantuvieron estrechos contactos con humanistas italianos como Andrea Navagero, autor de la edición aldina de 1515.

De la importancia de Nápoles, durante el reinado aragonés, para la difusión del epicureísmo y, en lo que ahora nos atañe, para el texto lucreciano dan también noticia los numerosos manuscritos que se copiaron en las distintas

escribanías de la ciudad y, concretamente, en la del palacio real de Nápoles, sita en el Castel Nuovo. De los cincuenta y cuatro manuscritos renacentistas transcritos desde mediados de la década de 1430 hasta 1507 (Butterfield, 2013: 18), se tiene constancia de que algunos de los mejores se copiaron en Nápoles y de que fueron consultados por ilustres humanistas residentes en la ciudad: el *Naz.* IV E 51 (Biblioteca Nacional de Nápoles), el *Vat. Barb. Lat.* 154, el *Vat. Lat.* 3276 (Biblioteca Vaticana), el Harley 2694, el Add. 11912 (British Library) o el *Nn.* 2.40 (Cambridge University Library)¹, entre otros (Reeve, 1980: 27-48). Al menos tres se transcribieron e iluminaron en el *scriptorium* de Castel Nuovo en tiempos de Alfonso V y Ferrante I (Traver, 2009: 254-55). De ellos solo se ha conservado el ms. 506 de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia; pero es, quizás, junto con el ms. *Vat. Lat. Barb.* 154, iluminado por Cristoforo Mejorana (*fl. ca.* 1480), uno de los manuscritos lucrecianos más bellos conservados. Sus miniaturas fueron obra del artista alemán Gioacchino de Gigantibus (*fl. ca.* 1450-1485), quien trabajó también como amanuense para Ferrante I entre 1471 y 1481, y fue copiado, seguramente, por Hipólito Lunense (*fl. ca.* 1480) en letra cursiva humanística (Traver, 2009: 236-37). El códice forma parte de la colección de manuscritos que Fernando de Aragón (1488-1550), duque de Calabria, legó al monasterio de San Miguel de los Reyes (Valencia) en 1550. Este excepcional conjunto de códices renacentistas, custodiado hoy en la Biblioteca Histórica, evidencia el esplendor cultural de Nápoles durante la dinastía aragonesa, en el que Lucrecio fue uno de los clásicos predilectos.

Aparte del manuscrito valenciano, se tiene noticia de que existió en la librería real del Monasterio de El Escorial otro códice, posiblemente de mediados del siglo XV, que se perdió en el incendio de 1671 y que había pertenecido al humanista y arzobispo de Tarragona Antonio Agustín (Antolín, 1910-1923 V: 259). Se custodia otro en la Biblioteca Nacional, el ms. 2885, de igual fecha, del que se desconoce cómo llegó a España, pues por el escudo del frontispicio se sabe que perteneció a la familia Martinozzi de Siena (Reeve, 2005: 137). Butterfield (2013: 23) y Deufert (2019: 46-48) lo consideran uno de los códices *Itali* más interesantes por sus doctas conjeturas y proximidad en el tiempo al Poggiano (π), el manuscrito perdido que Bracciolini mandó copiar tras descubrir el texto en 1417. Es posible que sea el mismo que Antonio Beccadelli intentaba conseguir por el año 1436 (Reeve, 2005: 139). Por último, el canónigo de Zaragoza Bartolomé Llorente adquirió tardíamente en Roma, el año 1584, un manuscrito del *DRN*, denominado *Caesaraugustanus*, transcrito posiblemente del manuscrito vaticano Patteta 312 en torno a

¹ Según Gordon (1985: 286, n.º 4), la suscripción (fol. 1r.) dice “Don Cisneros”, aunque queda en duda si dice “Don Gismondo”, como sugieren Binski y Zutshi (2011: 428, n.º 446). Este códice merece una indagación mayor, pues su miniaturista fue Gioacchino de Gigantibus y presenta un escudo de armas de la casa de Aragón y capelo de obispo (fol. 1r.).

1464 (Deufert, 2019: 49) y que se custodia en la Biblioteca del Cabildo Metropolitano de Zaragoza con la signatura 11-36 (Traver, 2011: 113-21).

Según estos datos, es muy probable que algún manuscrito del *DRN* llegará a la península a finales del siglo XV, si no algo antes, máxime al pertenecer Nápoles a la corona de Aragón y dado el trasiego intelectual entre humanistas italianos y españoles que en ella coincidieron, cuando Lucrecio era, además, objeto de especial estudio en la academias Antoniana y Pontaniana. Con todo, para esa época estaban ya en circulación las primeras ediciones incunables italianas de Brescia (1473), de Verona (1486) y de Venecia (1495). De esta última, se conserva un ejemplar en la BCCS con signatura 2-2-17, procedente de la Biblioteca Capitular de Sevilla, que prueba la temprana adquisición de ejemplares para dotar las bibliotecas españolas, principalmente eclesiásticas y universitarias.

En Francia, se conserva un manuscrito renacentista, el Latin 10306, custodiado en la Biblioteca Nacional de Francia, aproximadamente del año 1440, según Flores (1980: 69-70). Perteneció al canónico de Ferrara Francesco Marescalchi, amigo personal de Poggio. Pero fue adquirido en 1836 según el registro de adquisiciones de la BN de Francia. La presencia, en cambio, de un manuscrito renacentista del *DRN* en Gran Bretaña data de 1461, cuando John Tiptoft (1427-1470), conde de Worcester, trajo a su vuelta de Italia, entre otros códices, un Lucrecio, conservado hoy en la Universidad de Oxford (Bodl. Auct. F. i. 13). Es el país de Europa junto con Italia donde más manuscritos renacentistas existen; pero algunos, como el Cambridge *Nn.* 2.40 o el Harleian 2554, fueron adquiridos mucho más tarde. En Portugal, no se conserva -que sepamos- ningún manuscrito lucreciano.

Para la difusión impresa de la obra hemos consultado los datos del Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español y los recogidos en nuestra tesis (2009), que tomamos de manera orientativa². Según estos, perviven dos ejemplares de ediciones incunables italianas, uno de 1495 (Venecia), mencionado arriba, y otro de 1500 (Venecia), conservado en la BN (I/1067). El número de ejemplares posteriores a esa fecha es relativamente elevado, si tenemos en cuenta que en España no se publicó ninguna edición de Lucrecio hasta 1923, ni ninguna traducción hasta 1892.

² Los datos son aproximativos porque entran en juego distintas variables, como el número de instituciones catalogadas, la propia historia nacional, la existencia de ediciones coincidentes o próximas en Italia, Francia y Gran Bretaña, así como la bibliofilia. Para los datos de ejemplares de las distintas ediciones y traducciones hemos consultado los catálogos colectivos de Francia (<https://ccfr.bnf.fr/>), de Italia (<https://opac.sbn.it/>), de Gran Bretaña (<https://discover.libraryhub.jisc.ac.uk/>), de Portugal (<https://porbase.bnportugal.gov.pt/>) y de España (<http://catalogos.mecd.es/CCPB/ccpbopac/>). En nuestra tesis (2009) consultamos muchos catálogos de bibliotecas privadas. Algunos ejemplares que no aparecen en el Catálogo Colectivo de España los hemos añadido para el cómputo final.

Destacan hasta 1700 por su importancia los ejemplares de las ediciones anotadas francesas de Denis Lambin (París-Lyon, 1563-64), trece en total, y de Michel du Fay (París, 1680), siete en total. A lo largo del siglo XVIII sobresalen las ediciones anotadas de Thomas Creech, de 1754 (Londres-Basilea), con diez ejemplares, y la de Joseph Barbou, del mismo año (París), con cinco. En el siglo XIX sobresale la edición latina, incluida en la colección de clásicos Tauchnitz, de 1833 (Leipzig), con cinco ejemplares. Compilamos en la siguiente tabla el número de ejemplares por países, indicando el número de referencia editorial según la bibliografía de Gordon (1985):

EDICIÓN	GORDON (1985)		ESPAÑA		ITALIA		FRANCIA		GRAN BRETAÑA		PORTUGAL	
1495	3		1		5		2		8		0	
1563-64	102		13		36		8		20		0	
1680	108		7		21		9		25		2	
1754	109b	504b	10	5	19	15	0	4	2	16	0	0
1833	217		5		8		1		1		0	
	Total		36	31	89	85	20	24	56	70	2	

A partir de 1650 el *DRN* pudo leerse en traducciones francesas, italianas e inglesas. De todas quedan ejemplares según el Catálogo Colectivo y, en consecuencia, Lucrecio fue leído traducido a estas lenguas en España. Es posible que con mayor frecuencia en italiano, gracias a la versión de Alessandro Marchetti, que circuló manuscrita por toda Europa y que, de hecho, fue elogiada por Luzán (*Poética* II 23) y José Marchena (*Cartas persianas*, “Advertencia”). De la primera al francés con texto latino, de Michel de Marolles, existe en España un ejemplar en la BN (R 4/200319-4), al igual que en Gran Bretaña en la Universidad de Leeds (E-1 LUC). En cambio, en Francia su número, como era de esperar, es mayor: ocho ejemplares. De la traducción inglesa anotada de Th. Creech (Londres, 1714) pervive un ejemplar en la BN de Francia (YC-5080/81), al igual que en España en la RAH (14/2533/2534), mientras que en Gran Bretaña se conservan veinte y cuatro ejemplares. De la traducción de A. Marchetti de 1754, cuya *editio princeps* data de 1717 (Londres), perviven cinco ejemplares, siendo bastante superior el número de ejemplares en Italia y Francia. En el último se conservan veinte y cuatro, cuatro más que en Italia. De la versión francesa de Joseph de Lagrange de 1768, cuya elegancia elogia Menéndez Pelayo (1896: XI-XVI), quedan cuatro ejemplares. Por último, de la traducción también francesa de M. Chaniot, publicada en la prestigiosa colección de autores latinos de Désiré Nisard (1806-1888), de 1843, restan ocho. Exponemos en la siguiente tabla el número de ejemplares:

TRADUCCIÓN	GORDON (1985)	ESPAÑA	ITALIA	FRANCIA	GRAN BRETAÑA	PORTUGAL
1650	301	1	2	8	1	0
1714	331f	1	3	1	24	0
1754	381d	5	20	24	16	1
1768	506	4	5	3	9	0
1843	308	8	6	43	0	1
	Total	19	36	79	50	2

La obra así, pues, estuvo accesible en España, principalmente en los ámbitos académicos y eclesiásticos y en ediciones latinas, como era esperable en un autor grecolatino, cuya patente de “clasicidad” facilitaba su difusión por más que su filosofía fuera polémica para la Iglesia. Las traducciones también circularon, aunque estuvieron prohibidas y su número, por tanto, fue bastante inferior.

Si la difusión del texto puede considerarse normal, sin llegar a igualar a Italia, Francia o Gran Bretaña, países editores y traductores de la obra, la primera edición española del *DRN* es muy tardía, de 1923 (Barcelona), aunque de gran calidad, debida al catedrático Joaquim Balcells (1890-1936). La *editio princeps* apareció en Italia el año 1473; la primera francesa, de Denis Lambin, en 1563; la primera inglesa, de Th. Creech, en 1695. Ciertamente es que las ediciones latinas de los clásicos pueden ser un indicativo de interés engañoso, puesto que España importaba muchas de Italia y Francia, donde imprentas como la Aldina o la Plantina acapararon durante el Renacimiento una parte importante del mercado. Pero no ocurre exactamente lo mismo con las traducciones. La primera versión de los *Opera philosophica* de Séneca, hecha por Alonso de Cartagena (1385-1456), se dio a los tórculos en Sevilla el año 1491³ y los *Carmina* de Horacio, aunque tardíamente, se vertieron al castellano por vez primera en Granada el año 1599, con texto latino y comentario a cargo de Juan Villén de Biedma. La primera traducción impresa del *DRN* fue la francesa de M. de Marolles, en 1650; la primera inglesa completa fue la de Th. Creech, que salió a la luz en 1682; la italiana de Marchetti se imprimió en Londres el año 1717; la primera portuguesa de J. D. Machado Ferraz se publicó en 1850, seguida al año siguiente de otra de A. J. de Lima Leitão⁴; la primera española, de Manuel Rodríguez-Navas, apareció en 1892.

³ Cf. la ficha del Grupo de Investigación “Biblioteca de Ediciones de Clásicos Latinos en el Renacimiento” en la URL: <http://www.incunabula.uned.es/CICLE0093> (último acceso: 11-12-2021).

⁴ En el caso de Portugal, no casan bien los datos de difusión de la obra, escasa según los ejemplares conservados, con el hecho de que, con una diferencia de cuarenta años, se publicasen tres traducciones, pues a las ya referidas arriba hay que añadir la de Agostinho de Mendonça Falcão (Coimbra, 1890. BN de Portugal, L. 4055 A.).

El primer español que escribió un comentario del *DRN* fue Pedro Núñez Vela († 1580). Este humanista abulense, que profesó el luteranismo, arribó a Padua por el año 1558. Posteriormente marchó a Génova, fue profesor de Griego en Lausana y allí siguió los postulados antiaristotélicos de Pierre de la Ramée (1515-1572). Entre 1559 y 1560 colaboró en Padua con el matemático napolitano Gian V. Pinelli (1535-1601) y el obispo húngaro Andreas Dudith (1533-1589) en la redacción de unos comentarios a Lucrecio, de los que dejó noticia en su obra *Dialecticae libri tres* (Basilea, 1570)⁵, en la cual cita a menudo el *DRN*. Pero en España el primer estudio lucreciano, aparte de la edición de Joaquim Balcells (1923), se publicó en 1926 de manos del canónigo y catedrático de Lengua y Literatura Latinas Pascual Galindo Romeo (1892-1990), quien emprendió una *recensio* del manuscrito *Caesaraugustanus*⁶. Los primeros comentarios y *emendationes* de la obra aparecieron, en cambio, mucho antes en Nápoles, cierto es que bajo dominio aragonés. Giovanni Pontano fue uno de los primeros humanistas que comentó y enmendó el texto, mientras dirigió la academia napolitana entre 1471 y 1503 (Goddard, 1991: 66). En Francia, Denis Lambin se enorgulleció de haber restaurado ochocientos *loci corrupti* en su edición magna de 1563 (Munro, 1893 I: 14-15). En Inglaterra, el profesor de Oxford Th. Creech editó el texto con notas en 1695, tras comprobar la buena acogida que tuvo su traducción de 1682.

Las ediciones, las traducciones y los comentarios en torno al *DRN* fueron publicados en España, como vemos, mucho más tarde que en Italia, Francia e Inglaterra. Sin embargo, no ocurre lo mismo con las imitaciones poéticas del *DRN*, ya que, gracias al contacto estrecho entre poetas españoles e italianos en Nápoles, las primeras imitaciones en castellano se escribieron durante el segundo cuarto del siglo XVI, algo antes que en francés, inglés o portugués. Juan Boscán fue el primero que por esa época imitó el pasaje del sacrificio de Ifigenia (I 80-100) en su poema “Aunque scribir es ya tan escusado” (*Capítulo CXXXII*, vv. 313-21), impreso en 1543. En Francia, el primer imitador fue Jacques Peletier du Mans (1517-1582). Su poema “Description du printemps”, incluido en 1547 en sus *Oeuvres poétiques*, imita el himno a Venus (Hocke, 1935: 7-8). En Gran Bretaña, un poema anónimo recogido en la primera antología impresa de poesía inglesa, la *Tottel's Miscellany* (Londres, 1557), imita el pensamiento e imaginaria del sabio ante el naufragio del proemio segundo (Wagenblass, 1946: 85-86). La obra cumbre portuguesa, *Os Lusíadas* (Lisboa, 1572) de Luís V. de Camões (*ca.* 1524 – *ca.* 1580), tomó varios préstamos

⁵ Cf. p. 157: *Ac si vacat, lege nostros in Lucretium commentarios: nam ibi multa apparebunt eiusmodi [...]* Para más información, cf. Ceccarelli (2015: 244-49, y 2020: 222-23). Puede consultarse en la URL: <https://www.digitale-sammlungen.de/en/view/bsb10192073> (último acceso 31-12-2022).

⁶ Incluida en su obra *Estudios latinos: Quintiliano-Lucrecio-Prudencio. Colación del Cod. Caesaraugustanus* (Zaragoza: Tip. “La Académica”), pp. 145-87. Sobre su vida y actividad investigadora, cf. Fontán (1991: 1-3).

léxicos, imágenes y conceptos lucrecianos según los comentarios (Madrid, 1639) de Manuel de Faria e Sousa (1590-1649), al invocar, por ejemplo, a la diosa Venus en el canto I 33, 1-4 (p. 254), pues su poder, como el de la monarquía portuguesa, se extendía sobre la tierra y la mar (Lucr. I 3).

Como autor clásico disfrutó de todas las prerrogativas propias de su estatus: la obra nunca estuvo prohibida en España, salvo romanceda; circulaban sus ediciones y sus versos estaban insertos o emulados en multitud de obras literarias de fácil acceso (poemas neolatinos, florilegios, tratados filosóficos o *thesauri*). En este sentido, se trata de una modalidad de tradición clásica totalmente normalizada en todas las épocas, dado que las imitaciones poéticas del *DRN* en España son en cantidad y calidad equiparables a las del resto de Europa. Durante el Renacimiento y hasta la Ilustración se circunscriben básicamente a los mismos pasajes poéticos, pertenecientes en su mayoría a los proemios, como el “himno a Venus” del libro primero (I 1-43) o “la dicha del sabio” del segundo (II 1-61); a las interpretaciones racionalistas de los mitos, como la de los legendarios condenados de Aqueronte (III 978-1023); a versos edificantes o reflexivos desde el punto de vista moral, como las diatribas contra el anciano que lamenta la muerte (III 931-77) y contra el amor apasionado (IV 1037-1207), y a pasajes descriptivos de la naturaleza, como la pintura de las cuatro estaciones (V 737-50).

La vieja percepción de que la poesía renacentista española ha imitado casi exclusivamente a Horacio y a Séneca por su sintonía moral con el humanismo cristiano pierde, así, más su pasada consistencia. Ni el poeta venusino ni el filósofo cordobés negaron, como Lucrecio, la providencia o la inmortalidad de alma. Aceptaron del epicureísmo muchas prédicas éticas, como el retiro de la vida pública, el contentamiento con la pobreza abastecida, el disfrute de la amistad o la contemplación reflexiva de la naturaleza. Todas congeniaban con el credo cristiano. Es, quizás, la *Canción de la vida solitaria* de fray Luis de León el poema que mejor integró este epicureísmo cristiano, asimilado principalmente a partir de Horacio; pero también a partir de Lucrecio “sin espinas”. Es más, si bien es indiscutiblemente cierto que estos autores ocupan el podio del influjo clásico en España, como demuestra el copioso número de tópicos rubricados por ellos, no menos cierto es que Lucrecio dio a los poetas españoles un pasaje de constante inspiración: el magistral proemio del libro segundo, que tiene como peculiaridad, amén de los postulados epicúreos contra la ambición y la parénesis a la sabiduría, el diseño retórico del *priamel*.

Desde la Ilustración hasta finales del siglo XIX, el repertorio de pasajes imitados fue ampliándose, de acuerdo con los gustos e inquietudes de las nuevas corrientes estéticas y de pensamiento. Movidó por el afán didáctico el ilustrado Nicolás Fernández de Moratín emuló, por ejemplo, los versos 925-1457 del libro V del *DRN*, donde Lucrecio escribió una suerte de breve historia del primitivismo humano, de gran valor antropológico. Más tarde, cuando el avance de la ciencia, la difusión de la teoría darwiniana y, de resul-

tas, la concepción materialista del mundo fue ganando terreno, la literatura realista, como expresión del positivismo, se interesó ya incluso por los versos más científicos de los libros primero y segundo del *DRN*, en los que el epicúreo romano expone la física atómica. El poema “Excepción” de Joaquim M.^a Bartrina, por ejemplo, recuerda los versos I 245 y II 999-1006, en los que Lucrecio argumentaba la eternidad de la materia y, en consecuencia, el ciclo renovador de la vida. En los capítulos VI y VII de la novela *Doña Perfecta*, Benito Pérez Galdós dejó un retrato bastante fiel del encontronazo en la sociedad española entre los materialistas, seguidores de la física lucreciana, y los católicos, que deploraban su frío mecanicismo y la ruina del espíritu.

El documento más significativo en este sentido es el informe de la Academia Greco-latina denegando la solicitud del presbítero Matías Sánchez para publicar su traducción del *DRN* en 1832. El expediente y la voluntad de llevarla a los tórculos quedaron, tras el dictamen de la Academia, paralizados con eficacia, desde el primer momento, al punto que la existencia y autoría de esta versión han pasado desconocidas. Es también llamativo que del propio autor apenas queden datos biográficos, salvo su pertenencia a la Academia Greco-Latina como profesor supernumerario de Latín. La posterior atribución de Menéndez Pelayo a José Marchena de su traducción en verso ha podido contribuir a propagar la imagen de que los liberales y afrancesados eran, por definición y por igual, materialistas y clerófobos, de intensidad parecida a como Marchena lo había sido según la biografía del polígrafo santanderino. Lucrecio habría sido así un autor asociado a los sectores más anticlericales. Sin embargo, la realidad es que en el seno de la Iglesia española algunos miembros ilustrados, desde un liberalismo moderado, estuvieron a favor de su divulgación, como había ocurrido antes en Francia con el abad Michel de Marolles (1650), en Gran Bretaña con el reverendo Thomas Creech (1682) y en Italia con el exjesuita y abad Rafael Pastore (1778)⁷.

Durante el siglo XX y hasta la actualidad, las imitaciones de Lucrecio abarcan fragmentos de todos los libros, no solo de los proemios, de los versos edificantes o descriptivos de la naturaleza, por lo que la impronta lucreciana es mucho más variada y expresiva, al aprovechar los autores todas las posibilidades literarias y filosóficas del *DRN* sin presiones censorias. Dámaso

⁷ Al hilo de esta aclaración, el médico portugués y segundo traductor de Lucrecio a la lengua portuguesa (Lisboa, 1851), Antonio José de Lima Leitão, escribía en su prólogo este pertinente dato (p. IX): “Nos fins de 1818 regressei ao Rio de Janeiro vindo de exercer o logar de Physico Mor de Moçambique, e levei a Eneida vertida tal qual se imprimiu no anno seguinte. Estando eu um dia a ler o manuscrito do 7.^o canto daquelle poema, e em sua propria casa, a Janeiro da Cunha Barbosa, presbytero secular e professor de Philosophia Racional e Moral naquella corte, varão de uma instrucção extensa e variada, mui dado á Litteratura portugueza, e que há pouco morreu sendo conego da Sé do Rio de Janeiro [...] interrompeu-me elle, e foi buscar as edições de Lucrecio, a de Lambino, a de Creech e a de Lagrange, dizendo-me : — *quem traduz assim Virgilio, deve á sua patria a traducção de Lucrecio ; eil-o aqui*. — Deste modo e por esta causa empreehendi este trabalho”.

Alonso, por ejemplo, retoma premisas nihilistas del libro III para exteriorizar sus dudas sobre la inmortalidad del alma en el poema “Pedida al Señor”; Javier Velaza recrea en el poema “Átomos” su trayectoria vital conforme a los azarosos fundamentos de la física epicúrea expuestos por Lucrecio en el libro segundo del *DRN*, y Rafael Chirbes hace que el argumento de su novela *Crematorio* sirva de reflexión sobre las nefastas consecuencias de la avaricia humana, inspirándose en el proemio del libro segundo.

A modo de resumen, podemos decir que los pasajes y tópicos de Lucrecio más imitados en la literatura española –coincidiendo en gran parte con el resto de literaturas europeas– han sido los diez siguientes: la dicha del sabio (II 1-61), el himno a Venus (I 1-101), la diatriba contra el amor apasionado (IV 1037-207), la comparación de la poesía didáctica con la medicina endulzada (I 926-42 y IV 1-25), los condenados legendarios del Aqueronte (III 978-1023), la vida tranquila de los dioses (I 44-49 y II 646-51), los elogios a Epicuro (III 1-30, V 1-54 y VI 1-42), la voz de la Naturaleza (III 931-77), la vida de los hombres primitivos (V 925-87) y las visiones recurrentes de los simulacros (IV 54-215, 749-76 y 1037-57).

La recepción filosófica de Lucrecio, a diferencia de la literaria, ha estado más restringida y controlada en España que en Francia, Gran Bretaña o Italia. Con todo, la rehabilitación de la ética epicúrea comenzó en nuestro país tempranamente, durante el Primer Renacimiento, casi al mismo tiempo que las reflexiones en torno a la felicidad de los filoepicureístas italianos Francesco Filelfo, Lorenzo Valla y Bartolomeo Facio. Sus esfuerzos por revalorar la ética del Jardín recalaron en España de la mano de Alonso de Cartagena, Ausiàs March (ca. 1397-1459), Juan de Lucena (ca. 1430-1507) y, especialmente, Alfonso Ortiz (fl. ca. finales del s. XV). Aunque no dispusieron, seguramente, del *DRN*, discutieron sobre la valía de la ética epicúrea algo antes que en el resto de Europa, dados los estrechos vínculos que unían a España y a Italia (Gómez Moreno, 1994: 13). En Inglaterra, según Allen (1944: 3), los primeros intentos de rehabilitación de Epicuro comenzaron con Thomas Lupset (ca. 1495-1530)⁸. Y, en Francia, Pierre Gassendi recordaba en el *De vita et moribus Epicuri* (Lyon, 1647, p. 194) que su compatriota André Arnaud había sido el tercero en escribir una defensa de Epicuro en sus *Ioci* (Aviñón, 1600). Unos años antes, su contemporáneo Michel de Montaigne (1533-1592) había valorado ya la ética epicúrea tanto como la estoica (*Essais* II 10 y 11).

A aquel primer acercamiento de los humanistas españoles, siguieron durante el siglo XVII las apologías de Francisco Sánchez el Brocense, inserta en el “Prólogo” de su obra *Doctrina del estoico filósofo Epicteto, que se llama comúnmente Enquiridión* (Salamanca, 1600); de Quevedo, titulada *Defensa de Epicuro contra la común opinión* (Madrid, 1635), y de Bernardino de

⁸ Cita allí a otros filoepicureístas posteriores, como Hencé Flemmyng (fl. s. XV), John Tiptoft (1427-1470), Thomas Linacre (1460-1524) y Hugh Latimer (1470-1555).

Rebolledo, incluida al final de su *Selva militar y política* (Amberes, 1660). En estas dos últimas, Lucrecio es citado: una sola vez por Quevedo (III 1042-44) y hasta en cuatro ocasiones por Rebolledo (III 1-13, 28-30, 1042-44 y V 1-13). La reivindicación de Quevedo, de 1635, es anterior al *De vita et moribus Epicuri* de Pierre Gassendi y al tratado *Epicurus's Morals* (Londres, 1656) del médico inglés Walter Charleton, el “Gassendi inglés” en palabras de Jones (1992: 199).

Si la mesurada ética epicúrea fue asimilada a lo cristiano en España como en los países de nuestro entorno, no ocurrió lo mismo con la física, la parte más científica del epicureísmo, de la que Lucrecio era fuente primordial. Conviene, en este sentido, recordar que la influencia de la mayoría de los poetas clásicos fue esencialmente literaria, de forma que no disfrutaron de esta proyección científica de Lucrecio. Virgilio y Ovidio escribieron, en efecto, poemas didácticos en hexámetros, pero de escaso valor científico. Su influjo fue limitado, por más que sus versos apareciesen en tratados galénicos para refrendar como *antiquae auctoritates* supuestos médicos. Sin embargo, el *DRN*, como principal enquiridión del atomismo epicúreo, fue ganando desde finales del siglo XVI mayor prestigio en detrimento del aristotelismo, pues sus premisas materialistas explicaban mejor los fenómenos naturales. Lucrecio, al exponer la doctrina de Epicuro, perfiló, además, el método moderno y los principios físicos por donde se ha encaminado el progreso científico hasta nuestros días. Con todo, su comprensión de la realidad, fundamentada en átomos invisibles, fue considerada durante mucho tiempo una mera hipótesis que generaba dudas y escepticismo.

Todavía a principios del siglo XVII, el aristotelismo reinante en la universidad, ensimismado por la lógica especulativa, fundamentaba la concepción teológica del mundo; pero era un escollo para el avance científico, pues sometía la indagación natural a los dogmas (Quiroz Martínez, 1949: 33). El método epicúreo, por el contrario, liberaba a la ciencia de este sometimiento, al hacerla depender tan solo del estudio de la naturaleza, como Lucrecio expresó diáfananamente en la cláusula *naturae species ratioque* (I 148). Aunque Pierre Gassendi, el eminente teólogo y astrónomo católico, intentó crear un clima favorable para el estudio de la física epicúrea (Masson, 1884: 5), adaptando sus principios a la ortodoxia cristiana, el atomismo lucreciano devenía fácilmente en una comprensión mecanicista y sensualista de la realidad sin conexión con la divinidad. Si Gassendi propugnaba el origen divino de los átomos y que el alma inmortal de los hombres era introducida *divinitus* en el alma material (Kany-Turpin, 1999: 338), Lucrecio argumentaba, desde la observación natural, que el alma era en su totalidad mortal. La difusión del materialismo lucreciano podía así inducir fácilmente al ateísmo y, en consecuencia, fue censurado por las autoridades españolas, comprometidas desde el Concilio de Trento (1545-1563) no solo con la defensa en Europa del catolicismo como única fe verdadera, capaz de preservar la paz y la cohesión política del continente, sino también con su propagación en América.

Pese a la censura, el *DRN* y, en general, el atomismo epicúreo fue asimilado desde planteamientos gasendistas por los *novatores* durante la Ilustración. Pero este movimiento modernizador de la ciencia española fue objeto de frecuente hostigamiento por los sectores eclesiásticos y académicos más inmovilistas (Sánchez-Blanco, 1999: 98), que, a la postre, entorpecieron su desarrollo autónomo. Menéndez Pelayo (2000: 211) recordaba como un éxito de la ciencia española que el médico mallorquín Pere Bernat d'Olesa i Rovira (ca. 1460-1531) hubiera restaurado la filosofía corpuscular en Europa mucho antes que Pierre Gassendi. En su *Summa totius philosophiae et medicinae* (Valencia, 1536) había revalorizado la teoría atomista de Demócrito y Epicuro contra la doctrina aristotélica de la materia prima y las formas sustanciales. Tiempo después, el médico portugués Isaac Cardoso (ca. 1615-1680), exiliado en Italia, publicó una *Philosophia libera* (Venecia, 1673), en la que, si bien criticando la impiedad de Epicuro y Lucrecio, abrazaba la tesis de que los elementos estaban formados por átomos, tras los pasos, ya entonces, de Gassendi (Quiroz Martínez, 1949: 67). Pero no existió en España una corriente rehabilitadora ni del atomismo epicúreo ni del texto lucreciano comparable a las que tuvieron lugar en Francia, Gran Bretaña e, incluso, Italia, donde la persecución de ideas heterodoxas fue también intensa. En estos países, pese a los obstáculos, los trabajos filológicos de Denis Lambin, Thomas Creech o Alessandro Marchetti abrieron el camino para que las premisas científicas y filosóficas del *DRN*, bajo la denominación genérica de “materialismo”, fueran asimiladas, desarrolladas o aplicadas en tratados diversos por Robert Boyle, John Locke, Pierre Gassendi, Georges Louis Leclerc, Pierre Bayle, Julien Offray de la Mettrie, Étienne Bonnot de Condillac o Helvetius, entre otros muchos, quienes hoy día son considerados fundadores de la Edad Contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD NEBOT, F. (1996): "Schopenhauer y el joven Baroja", *Anuario de Literatura Española* 12, 129-37.
- ABBAGNANO, N. y A. VISALBERGHI (1988⁷ = 1967): *Historia de la Pedagogía* (Sección de Obras de Filosofía), Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ABELLÁN, J. L. (1982² = 1980): *Historia de la Literatura Española. Tomo IV: El Siglo XX*, Madrid: Ed. Taurus.
- ABRAMS, M. H. (ed. 2000⁷ = 1962): *The Norton Anthology of English Literature*, 2 vols., London: W. W. Norton & Company.
- ABRY, J.-H. (1999): "Présence de Lucrèce: les *Astronomiques* de Manilius", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 111-28.
- ACEREDA EXTREMIANA, A. (1997): *Rubén Darío: Poesía erótica*, Madrid: Hyperión.
- ACOSTA MÉNDEZ, E. (1986): *Francisco de Quevedo: Defensa de Epicuro contra la común opinión* (Colección Clásicos del Pensamiento), Madrid: Editorial Tecnos.
- ACOSTA MÉNDEZ, E. (1996): "Consideraciones sobre la recepción de Epicuro en el Humanismo castellano del siglo XV: Alonso de Cartagena", en G. GIANNANTONI e M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo greco e romano* (Atti del Congresso Internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Bibliopolis: Napoli, 471-85.
- AGUILAR PIÑAL, F. (1984): *La biblioteca de Jovellanos (1778)*, Madrid: CSIC, Instituto "Miguel de Cervantes".
- AGUILAR PIÑAL, F. (1993² = 1983): *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, T. VII, Madrid: CSIC.
- ALATORRE, A. (1959): reseña a E. SÁNCHEZ REYES (1950-1953): *Marcelino Menéndez Pelayo: Bibliografía hispano-latina clásica*, Santander: CSIC, en *Nueva Revista de Filología Hispánica* 13, 115-23.
- ALBORG, J. L. (1980): *Historia de la Literatura Española. IV. El Romanticismo*, Madrid: Gredos.
- ALBORG, J. L. (1993⁷ = 1972): *Historia de la Literatura Española. III. Siglo XVIII*, Madrid: Gredos.

- ALBORG, J. L. (1996): *Historia de la Literatura Española. V. Realismo y Naturalismo*, Madrid: Gredos.
- ALBRECHT, M. von (1995-1996): *Storia della Letteratura Latina: Da Livio Andronico a Boezio* (Biblioteca Studio II), 3 vols., Torino: G. Einaudi Editore.
- ALBRECHT, M. von (2002): "Fortuna de Lucrecio en Europa", *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios Latinos* 22:2, 333-62.
- ALCALÁ GALVE, A. (1976): "El neoepicureísmo y la intención de *La Celestina*", *Romanische Forschungen* 2:3, 225-45.
- ALCALÁ GALVE, A. (1977): "Rojas y el neoepicureísmo: notas sobre la intención de *La Celestina* y el silencio posterior del autor", en M. CRIADO DE VAL (coord.), *La Celestina y su contorno social. Actas del 1 Congreso Internacional sobre La Celestina* (Colección Summa 2), Barcelona: Borrás, 35-50.
- ALCALÁ GALVE, A. (2001): *Literatura y ciencia ante la Inquisición española* (Arcadia de las Letras 5), Madrid: Ed. del Laberinto.
- ALCINA, J. F. (1995): *Fray Luis de León: Poesía* (Letras Hispánicas 184), Madrid: Cátedra.
- ALCINA, J. F. y F. RICO (1993): "Estudio preliminar" en D. ALONSO, *Andrés Fernández de Andrada: Epístola moral a Fabio y otros escritos* (Biblioteca Clásica 58), Barcelona: Crítica, IX-XXX.
- ALCINA FRANCH, J. (2000): *La biblioteca de Alfonso V de Aragón en Nápoles* (Biblioteca Valenciana. Colección Historia / Estudios), 2 vols., Valencia: Generalitat Valenciana.
- ALFAYA, J. y S. MANGINI (1997⁹ = 1981): *Jaime Gil de Biedma: Antología poética* (El libro de bolsillo 857), Madrid: Alianza Editorial.
- ALFONSI, L. (1978): "L'a avventura di Lucrezio nel Mondo Antico... e oltre", en D. J. FURLEY et O. GIGON (eds.), *Lucrece: huit exposés suivis de discussions* (Entretiens sur l'Antiquité Classique 24), Genève: Fondation Hardt, 271-315.
- ALGRA, K. A., J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds. 1999), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP.
- ALLEN, D. C. (1944): "The Rehabilitation of Epicurus and His Theory of Pleasure in the Early Renaissance", *Studies in Philology* 41, 1-15.
- ALONSO, Dámaso (1960²): *Materia y forma en poesía* (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos 17), Madrid: Gredos.
- ALONSO, Dámaso (1969³): *Poetas españoles contemporáneos* (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos 6), Madrid: Gredos.
- ALONSO, Dámaso (1976² = 1962): *Cuatro poetas españoles (Garcilaso-Góngora-Maragall-Antonio Machado)* (Campo Abierto, 3), Madrid: Gredos.
- ALONSO, Dámaso (1982² = 1964): *De los siglos oscuros al de oro* (Campo Abierto, 14), Madrid: Gredos.

- ALONSO, Dámaso (1984⁷ = 1958): “Prólogo”, en B. de OTERO (1984): *Ancia* (Poesía 12), Madrid: Visor, 11-21.
- ALONSO, Dámaso (1988): *Francisco de Medrano: Poesía* (Letras Hispánicas 281), Madrid: Cátedra.
- ALONSO, Dámaso (1993): *Andrés Fernández de Andrada: Epístola moral a Fabio y otros escritos* (Biblioteca Clásica 58), Barcelona: Crítica.
- ALONSO MIGUEL, Á. (1984): “Cristianismo y epicureísmo: Fray Alonso de Cartagena y el *Libro de la vida bienaventurada*”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 3, 191-97.
- ALTAMURA, A. y P. BASILE (1976): *Pietro Jacopo de Jennaro: Le sei etate de la vita umana. Testo inedito del 15. sec.*, Napoli: Societa Editrice Napolitana.
- ALTURO, J. (1998): “El sistema educativo en la Cataluña Altomedieval”, *Memoria Ecclesiae* 12, 28-59.
- ALVARADO, L. (1950): *De la naturaleza de las cosas. Tito Lucrecio Caro. Nueva traducción española*, Caracas: Ávila Gráfica, S. A.
- ÁLVAREZ PÉREZ, G. (1980): *Lírica española del siglo XX. En busca de una trayectoria*, León: Ed. Nebrija.
- ALZIEU, P., R. JAMMES y Y. LISSORGUES (1983): *La poesía erótica del siglo de oro* (Lecturas de Filología), Barcelona: Ed. Crítica.
- AMENT, E. J. (1970): “The Anti-Lucretius of Cardinal Polignac”, *American Philological Association* 101, 29-49.
- ANDERSON, E. M. y G. PONTÓN (1998): “La composición del Quijote”, en F. RICO (dir.), *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha* (Biblioteca Clásica 50), vol. I, Barcelona: Ed. Crítica, CLXVI-CXCI.
- ANDRÉS, R. (1987): *Antología poética del Romanticismo español* (Autores Hispánicos 143), Barcelona: Ed. Planeta.
- ANGELERI, C. (1952): *El problema religioso del Rinascimento: storia de la critica e bibliografia*, Firenze: F. Le Monnier.
- ANTELO, A. (1975): “El mito de la edad de oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI”, *Thesaurus* 30:1, 81-112.
- ANTOLÍN, G. (1910-1923): *Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, 5 vols., Madrid: Imprenta Helénica.
- ANTOLÍN SÁNCHEZ, J. (2000): *Influencias éticas y sociopolíticas del epicureísmo en el cristianismo primitivo*, tesis doctoral inédita: Univ. de Valladolid (www.cervantesvirtual.com).
- ANTÓN MARTÍNEZ, B. (1991): *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de receptio*, Valladolid: Univ. de Valladolid-Caja de Salamanca y Soria.
- ARAUJO COSTA, L. (1968⁵ = 1934): *Juan Valera: Obras completas. Tomo I: Novelas, Cuentos, Teatro, Poesía*, Madrid: Aguilar.
- ARCAZ POZO, J. L. (1989): “Catulo en la literatura española”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 22, 249-86.

- ARCE, J. (1973): *Tasso y la poesía renacentista española: repercusión literaria y confrontación lingüística*, Barcelona: Ed. Planeta.
- ARCE, J. (1987): “La poesía del siglo XVIII”, en J. M.^a Díez Borque (dir.), *Historia de la Literatura Española. Tomo III: Siglos XVIII y XIX*, Madrid: Taurus, 132-194.
- ARÉVALO, F. (1797-1803): *S. Isidori Hispaniensis opera Omnia*, 7 vols., Romae: Typis Antonii Fulgonii.
- ARIAS AISA, M.^a del Mar (1993): *El estilo en la obra de Manuel Vicent (la obra en prensa de Manuel Vicent)*, tesis inédita: Univ. Complutense de Madrid. URL: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/1786/>. Último acceso: 23-11-22.
- ARRIGHETTI, G. (1973² = 1960): *Opere: Epicuro. Introduzione, testo critico, traduzione e note* (Biblioteca di cultura filosofica 41), Torino: Giulio Einaudi Editore.
- ARRIGHETTI, G. (1997): “Lucrece dans l’histoire de l’Epicurisme. Quelques réflexions”, en K. A. ALGRA, M. H. KOENEN and P. H. SCHRIJVERS (ed.), *Lucretius and His Intellectual Background*, Amsterdam-Oxford: Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences, 21-34.
- ARTIGAS FERRANDO, M. y E. SÁNCHEZ REYES (1957): *Catálogos de la Biblioteca Menéndez Pelayo por sus directores*, T. I (manuscritos), Santander: Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia.
- ASENCIO, P. (2013): “Marchena: clasicismo e historicismo entre los siglos XVIII y XIX”, en F. GARCÍA JURADO, R. GONZÁLEZ DELGADO y M. GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *La historia de la Literatura Grecolatina en España: de la Ilustración al Liberalismo (1778-1850). Analecta Malacitana. Anejo XC*, Málaga: Univ. de Málaga, 415-42.
- ASENSIO, E. (1983): “Un Quevedo incógnito: las Silvas”, *Edad de Oro* 2, 13-48.
- ASHCOM, B. B. (1962): “Notes on the *Comedia*: A New Edition of a Vélez de Guevara Play”, *Hispanic Review* 30:3, 231-39.
- ASMIS, E. (1983). “Rhetoric and Reason in Lucretius”, *American Journal of Philology* 104, 36-66.
- ASMIS, E. (1984): *Epicurus’ Scientific Method*, Ithaca: Cornell UP.
- ASMIS, E. (1999): “Epicurean Epistemology”, en K. ALGRA, J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP, 262-94.
- ASTORGANO, A. (2004): *Juan Meléndez Valdés: obras completas. Edición, introducción, glosario y notas* (Biblioteca Áurea), Madrid: Cátedra.
- ASTRANA MARÍN, L. (1941²): *Obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas*, Madrid: Aguilar.
- AUGUSTO DE CUETO, L. (1875): *Poetas líricos del siglo XVIII*, vol. 3º, Madrid: M. Rivadeneyra

- AULLÓN DE HARO, P. (1987): *Los géneros didácticos y ensayísticos del siglo XVIII* (Historia y Crítica de la Literatura Hispánica XIV), Madrid: Taurus.
- AULLÓN DE HARO, P. (1988): *La poesía en el siglo XIX* (Historia y Crítica de la Literatura Hispánica XV), Madrid: Taurus.
- AUVRAY-ASSAYAS, C. (1999): “Lucrèce dans le *De natura deorum* de Cicéron: une réflexion sur les implications de la poétique atomiste”, en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 101-8.
- BABCOCK, R. G. (2014): “A Tenth-Century Reader of Lucretius: Stephen of Liège († 920)”, *Latomus* 73, 1038-48.
- BADIA, L. (2000): “Entre ‘Los amores deleitables’ petrarquescos y la condenada opinión de Epicuro: en el laberinto de *Lo somni* de Bernat Metge”, en M. FREIXAS, S. ÍRISO y L. FERNÁNDEZ (eds.), *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, vol. 1, Santander: Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 257-68.
- BADIA, L. (2013): “Francesos que prestaven pecúnia ab condició que hom la los retés en infern”, *Revista Catalana de Teologia* 38:2, 711-20.
- BAEHR, R. (1973² = 1970): *Manual de versificación española* (Biblioteca Románica Hispánica 25), Madrid: Gredos.
- BAILEY, C. (1931): “Virgil and Lucretius”, *Proceeding of the Classical Association* 28, 21-39.
- BAILEY, C. (1964 = 1928): *The Greek Atomists and Epicurus*, New York: Russell & Russell.
- BAILEY, C. (1998² = 1947): *Titi Lucreti Cari: De rerum natura libri sex* (prolegomena, critical apparatus, translation, and commentary), 3 vols., New York: Oxford UP.
- BALCELLS, J. (1923): *Lucreci: De la natura* (Escriptors Llatins 1), vol. I, Barcelona: Fundació Bernat Metge.
- BALSINDE, I. (1996): *Catálogo de la Real Biblioteca. Tomo XII. Impresos siglo XVII*, Madrid: Ed. Patrimonio Nacional.
- BAQUERO GOYANES, M. (1979² = 1974): “Los cuentos de Baroja”, en J. MARTÍNEZ PALACIO (ed.), *Pío Baroja* (El Escritor y la Crítica 74), Madrid: Taurus, 463-84.
- BARANDA, C. (2004): *La Celestina y el mundo como conflicto* (Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos 303), Salamanca: Ed. Universidad de Salamanca.
- BARBOUR, R. (2007): “Moral and political philosophy: readings of Lucretius from Virgil to Voltaire”, en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 149-66.
- BARNSTONE, W. (1975): “Los griegos, San Juan y Jorge Guillén”, en B. CIPLIJAUSKAITÉ (ed.), *Jorge Guillén: el escritor y la crítica* (Pérsiles 78), Madrid: Taurus, 49-60.

- BARRA, G. (1952): *Struttura e composizione del De rerum natura di Lucrezio*, Napoli: Ist. ed. del Mezzogiorno.
- BARREDA, P.-E. (1991): *Studia Statiana: estudios sobre la tradición española de la Tebaida de Estacio*, tesis doctoral inédita: Univ. de Barcelona.
- BATAILLON, M. (1974): “Juan de Valdés nicodémite?”, en *Aspects du libéralisme aux XVI^e siècle* (Actes du Colloque International de Sommières), Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 93-103.
- BATAILLON, M. (1979): *Erasmus y España: estudios sobre historia espiritual del siglo XVI*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BAYO, M. J. (1970²): *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento (1480-1550)*, Madrid: Gredos.
- BEALL, C. B. (1943): “Francisco de Medrano’s Imitations from Tasso”, *Hispanic Review* 11, 76-79.
- BECKER, G. (1973² = 1885): *Catalogi Bibliothecarum Antiqui*, Bonnae: repr. Hildesheim.
- BECKER-CANTARINO, B. (1974): “Vana rosa, from Ausonius to Góngora and Gryphius”, *Revista Hispánica Moderna* 37, 29-45.
- BEDDIE, J. S. (1930): “The Ancient Classics in the Medieval Libraries”, *Speculum* 5:1, 3-20.
- BELLO, A. (1981): *Obras completas de Andrés Bello. I: Poesías*, Caracas: Fundación de la Casa de Bello.
- BELOWSKI, E. (1934): *Lukrez in der französischen Literatur der Renaissance*, Berlin: Verlag Dr. Emil Ebering.
- BELTRAN, V. (2022): “La constitución del primer petrarquismo castellano”, *Studia Aurea* 16, 153-78.
- BENÍTEZ, M. (1985): “Gonzalo Torrente Ballester”, *Cuenta y Razón* 21, 251-56.
- BENKO, S. (1980): “Virgil’s Forth Eclogue in Christian Interpretation”, en H. HAASE, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt II 31. 1*, Berlin-New York: Walter de Gruyter, 646-705.
- BERCHEM, D. v. (1946): “La publication du *De rerum natura* et la VI^e églogue de Virgile”, *Museum Helveticum*, 26-39.
- BERETTA, M. (2015): *La rivoluzione culturale di Lucrezio. Filosofia e scienza nell’antica Roma* (Biblioteca di Testi e Studi 1042. Storia della Scienza e del Pensiero Scientifico), Roma: Carocci Editore.
- BERGSON, H. (1884): *Extraits du Lucrèce avec un commentaire, des notes et une étude sur la poésie, la philosophie, la physique, le texte et la langue de Lucrèce*, Paris: Librairie Ch. Delagrave.
- BERTELLI, S. (1965): “Un codice lucreziano dall’officina di Pomponio Leto”, *Rassegna degli Archivi di Stato* 25, 28-38.
- BERTELLI, S. (1965a): “La conoscenza e la diffusione di Lucrezio nei codici umanistici italiani”, *Rassegna degli Archivi di Stato* 25, 271-88.
- BEYE, C. R. (1963): “Lucretius and Progress”, *Classical Journal* 58, 160-9.

- BIBLIOTECA "GABRIEL MIRÓ" (1992): *Catálogo de los fondos de la biblioteca personal de Gabriel Miró*, Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo.
- BIGNONE, E. (1913): "Per la fortuna di Lucrezio e dell'Epicureismo nel Medio Evo", *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 54, 230-62.
- BIGNONE, E. (1945): *Storia della Letteratura Latina*, vol. 2º, Firenze: G. C. Sansoni.
- BIGNONE, E. (1967² = 1920): *Epicuro: opere, frammenti, testimonianze sulla sua vita* (Piccola biblioteca filosofica Laterza 9), Bari: Editorial Laterza.
- BIGNONE, E. (1973 = 1936): *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro* (Il Pensiero Filosofico 7), Firenze: La nuova Italia.
- BILLANOVICH, Giuseppe (1953): *I primi umanisti e le tradizioni dei classici latini*, Friburgo: Edizioni Universitarie.
- BILLANOVICH, Guido (1958): "Veterum vestigia vatium nei carmi dei preumanisti padovani", *Italia Medioevale e Umanistica* 1, 155-90.
- BINSKI, P. and P. ZUTSHI (2011): *Western Illuminated Manuscripts. A Catalogue of the Collection in Cambridge University Library*, Cambridge: Cambridge UP.
- BLANCO GARCÍA, F. (1891): *Literatura Española en el Siglo XIX*, 3 vols., Madrid: Sáenz de Jubera Hermanos, Editores.
- BLANCO LÓPEZ, S. (2015): *Plauto durante la Edad de Plata de la cultura española (1868-1936)*, tesis doctoral: Univ. Complutense de Madrid.
- BLANCO PÉREZ, J. I. (2000): "Poetas latinos en los médicos vallisoletanos del siglo XVI", en N. CASTRILLO BENITO (ed.), *La herencia greco-latina en la lengua y literaturas castellanas* (Actas de las XIII Jornadas de Filología Clásica de Castilla y León, Burgos, 16-19 de Noviembre de 1998), Burgos: Univ. de Burgos, 47-64.
- BLECUA, J. M. (1969): *Francisco de Quevedo: Obra poética*, 4 vols., Madrid: Ed. Castalia.
- BLECUA, J. M. (1972): *Lupercio Leonardo de Argensola: Rimas* (Clásicos Castellanos 173), Madrid: Espasa-Calpe.
- BLECUA, J. M. (1974): *Bartolomé Leonardo de Argensola: Rimas* (Clásicos Castellanos 184), Madrid: Espasa-Calpe.
- BLECUA, J. M. (1991⁵ = 1969): *Don Juan Manuel: El conde Lucanor* (Clásicos Castalia), Madrid: Editorial Castalia.
- BLOCH, H. (1901): "Ein karolingischer Bibliothekskatalog aus Kloster Murbach" en *Strassburger Festschrift zur 46. Versammlung deutscher Philologen und Schulmänner*, Strassburg, 274-282.
- BLÜHER, K. A. (1983³): *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII* (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos 329), Madrid: Gredos.
- BOCCUTO, G. (1987): "La presenza di Lucrezio negli scritti filosofici di Marsilio Ficino", *Atene e Roma* 32, 152-66.

- BODELÓN, S. (1987): *Revisión y actualización de la crítica textual lucreciana (a la luz de los manuscritos hispanos Valentinianus y Caesaragustanus)*, Oviedo: Univ. de Oviedo (Microfichas).
- BODELÓN, S. (1989): *Literatura latina de la Edad Media en España* (Akal Universitaria 133), Madrid: Akal.
- BODELÓN, S. (2000): “*De sensibus*: la visión en Teofrasto y Lucrecio”, *Helmantica* 51, 275-94.
- BORRA, S. (1934² = 1911): *Spiriti e forme affini in Lucrezio e Leopardi*, Bologna: Zanichelli.
- BOUCHER, J.-P. (1980): *Études sur Properce. Problèmes d'inspiration et d'art* (Bibliothèques des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome 204), Paris: Éditions E. de Boccard.
- BOVER, J. M.^a (1868): *Biblioteca de escritores baleares*, 2 vols., Palma: Imp. de P. J. Gelabert.
- BOYANCÉ, P. (1963): *Lucrèce et l'Épicurisme*, Paris: Presses Universitaires de France, 1963.
- BOYD, A. (2000² = 1999): *La vida en un monasterio medieval* (Historia del mundo para jóvenes), Madrid: Ed. Akal.
- BREHAUT, É. (1967² = 1912): *An Encyclopedist of the Dark Ages: Isidore of Seville*, New York: Columbia UP.
- BROWN, A. (2010): *The Returns of Lucretius to Renaissance Florence* (I Tatti Studies in Italian Renaissance History), Cambridge: Harvard UP.
- BROWN, R. D. (1987): *Lucretius on Love and Sex. A Commentary on De rerum natura IV, 1030-1287 with Prolegomena, Text, and Translation*, Leiden-New York-København-Köln: E. J. Brill.
- BROWN, V. (1968): “The ‘Insular Intermediary’ in the tradition of Lucretius”, *Harvard Studies in Classical Philology* 72, 301-8.
- BÜCHNER, K. v. (1936): *Beobachtungen über Vers und Gedankengang bei Lukrez* (Hermes Einzelschriften), Berlin: Weidman.
- BÜCHNER, K. v. (1937): “Über den Aufbau von Beweisreihen in Lukrez”, *Philologus* 92, 68-82.
- BUCK, A. (1980): *L'eredità classica nelle letterature neolatine del Rinascimento* (Antichità classica e cristiana 18), Brescia: Paideia Editrice.
- BUENO, G. (2008): “¡Dios salve la razón!”, en AA. VV., *Dios salve la razón* (Ensayos 357), Madrid: Encuentro, 57-92.
- BURRIEZA, J. (2004): “Los misioneros de la monarquía”, en T. EGIDO (coord.), J. BURRIEZA y M. REVUELTA, *Los jesuitas en España y en el Mundo Hispánico* (Ambos Mundos), Madrid: Marcial Pons, 179-223.
- BUTTERFIELD, D. (2013): *The Early Textual History of Lucretius' De rerum natura*, Cambridge: Cambridge UP.
- CABRERA, V. (1975): *Tres poetas a la luz de la metáfora: Salinas, Aleixandre y Guillén* (Biblioteca Románica Hispánica II. Ensayos y Estudios 222), Madrid: Ed. Gredos.

- CALAFAT VILA, R. (2017): “La regulación de la enseñanza en la Mallorca del siglo XVIII: leyes, funcionarios, maestros y sociedad”, *Dieciocho: Hispanic Enlightenment* 40:2, 285-312.
- CALERO ROMÁN, J., DE LA HABLA et ALII (1995): *Seminario Permanente Colonia Patricia: Cultura Clásica II*, Córdoba.
- CALVO SANZ, R. (1987): “La poesía en el siglo XIX”, en J. M.^a Díez BORQUE (ed.), *Historia de la literatura española III: Siglos XVIII / XIX*, Madrid: Taurus, 439-86.
- CAMEROTA, M. (2008): “Galileo, Lucrezio e l’atomismo”, en M. BERETTA y F. CITTI (eds.), *Lucrecio: la natura e la scienza*, Florence: Olschki, 141-75.
- CAMILLO, O. di (2001): “Ética humanística y libertinaje en *La Celestina*”, en S. LÓPEZ-RÍOS (ed.), *Estudios sobre La Celestina* (Clásicos y Críticos 198), Madrid: Itsmo.
- CAMPBELL, G. (2003): *Lucretius on Creation and Evolution: A Commentary on De rerum natura* 5: 772-1104, Oxford: Oxford UP.
- CAMPOSAMPIERO, M. F. (2020): “Lucretius in Leibniz”, en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 273-87.
- CANALEJAS Y MÉNDEZ, J. (1874): *Apuntes para un curso de Literatura Latina*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de Manuel Martínez.
- CANALI, L. (1995): *Nei pleniluni sereni. Autobiografia immaginaria di Tito Lucrezio Caro*, Milano: Longanesi & C.
- CANCELA, A. (2020): reseña a A. García Calvo, *Lucrecio: De rerum natura. De la realidad. Edición crítica y versión rítmica*, 2ª edición corregida, 2019, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 40:1, 155-59.
- CANDEL, M. (1988): *Escritos sobre Epicuro* (1839-1841) (Crítica/Filosofía. Serie Clásicos), Barcelona: Ed. Crítica.
- CANDELAS, M. Á. (1997): *Las silvas de Quevedo* (Monografías da Universidade de Vigo. Serie Humanidades e ciencias xurídico-sociais 6), Vigo: Univ. de Vigo.
- CANELLA SECÁDES, F. (1903-1904³ = 1873): *Historia de la universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza y de su distrito* (Asturias y León), Oviedo: Imp. de Flórez, Gusano y C.a.
- CANFORA, D. (2007² = 1998): *Poggio Bracciolini: De infelicitate principum* (Edizione Nazionale Dei Testi Umanistici 2), Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- CANFORA, L. (1993): *Vita di Lucrezio*, Palermo: Sellerio Editore.
- CAPELLE, W. (1992⁴ = 1958): *Historia de la filosofía griega*, Madrid: Ed. Gredos.
- CAPITÁN DÍAZ, A. (1991): *Historia de la educación en España. I De los orígenes al Reglamento General de Instrucción Pública (1821)*, Madrid: Dykinson.

- CARBAJOSA AGUILERA, M. (2015): *Alberto Lista y los orígenes del liberalismo doctrinario en España*, tesis doctoral, Sevilla: Univ. Pablo de Olavide.
- CARBONERO, L. (1873): *Índice de los libros prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición Española desde su primer decreto hasta el último, que espidió en 29 mayo de 1819 y por los Rdos. obispos españoles desde esta fecha hasta fin de diciembre de 1872*, Madrid: Imprenta de D. Antonio Pérez Durruli.
- CARDONA, R. (1982): *Benito Pérez Galdós: Doña Perfecta* (Letras Hispánicas 172), Madrid: Cátedra.
- CARIOU, M. (1978): *L'Atomisme. Trois essais: Gassendi, Leibniz, Bergson et Lucrece* (Philosophie dell'esprit), Paris: Aubier-Montaigne.
- CARNERO, G. (1990): "Culturalismo y poesía *novísima*. Un poema de Pedro Gimferrer: 'Cascabeles' de *Arde el mar* (1966)", en B. CIPLIAUSKAITĖ (ed.): *Novísimos, postnovísimos, clásicos. La poesía de los 80 en España*, Madrid: Orígenes, 11-23.
- CARREÑO, A. (1998): *Lope de Vega: Rimas humanas y otros versos* (Biblioteca Clásica 52), Barcelona: Ed. Crítica.
- CASCAJERO GARCÉS, J. de Dios (1980): *Polémica religiosa de Lucrecio*, Madrid: Univ. Complutense. URL: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/52286/1/5309853474.pdf>. Último acceso: 24-11-22.
- CASCAJERO GARCÉS, J. de Dios (1984): "Aproximación a la biografía de Lucrecio", *Gerión* 2, 101-11.
- CASTELLI, G. (1966): "Echi lucreziani nelle *Ecloghe* virgiliane", *Rivista di Studi Classici* 14, 313-42.
- CASTELLI, G. (1967): "Echi lucreziani nelle *Ecloghe* virgiliane", *Rivista di Studi Classici* 15, 14-39 y 176-216.
- CASTELLI, G. (1984-1991): "Reminiscenze lucreziane in Virgilio", en F. DELLA CORTE (dir.), *Enciclopedia virgiliana*, T. III, Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, 264-71.
- CASTILLO BEJARANO, M. (2003): *Tito Lucrecio Caro: La naturaleza de las cosas* (El Libro de Bolsillo. Clásicos de Grecia y Roma 8263), Madrid: Alianza Editorial.
- CASTRO GUIASOLA, F. (1973 reimp. 1924): *Observaciones sobre las fuentes literarias de "La Celestina"* (Revista de Filología Española -anejos 5-), Madrid: CSIC.
- CATENA, E. (1982² = 1980): "Características del siglo XVIII", en J. M.^a Díez Borque (ed.), *Historia de la Literatura Española. III. Siglos XVIII / XIX* (Pérsiles 118), Madrid: Taurus.
- CECCARELLI, A. (2015): "Un inedito commento rinascimentale a Lucrezio: Gian Vincenzo Pinelli, Pedro Núñez Vela e Andreas Dudith lettori del *De rerum natura* a Padova", *Giornale Critico della Filosofia Italiana* 94 [96]:2, 233-63.

- CECCARELLI, A. (2020): "Reading Lucretius in Padua", en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 219-34.
- CEJADOR, J. (1968 reimp. 1913): *Fernando de Rojas: La Celestina* (Clásicos Castellanos 22-23), Madrid: Espasa. Calpe.
- CERRI, G. (1999): *Parmenide di Elea: Poema sulla natura* (Bur Classici Greci e Latini L1296), Milano: RCS Libri.
- CERVO, N. (1989): "Tennyson's Lucretius", *Explicator* 47:3, 16-18.
- CHAVES, Á. R. (1880): *Poetas contemporáneos* (Colección de los Mejores Autores Antiguos y Modernos, Nacionales y Extranjeros, 62), Madrid: Biblioteca Universal.
- CHERCHI, G. (2020): "Simulacra Lucretiana: The Iconographic Tradition of Lucretius' *De Rerum Natura*", en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 339-79.
- CHERCHI, P. y T. DE ROBERTIS (1990): "Un inventario della Biblioteca Aragonesa", *Italia Medioevale e Umanistica* 33, 109-347.
- CHIAPPINI, G. (1975): *Francisco de Rioja. Versos. Studio, testo, traduzione e commento*, Firenze: Università degli Studi di Firenze, Casa Editrice D'Anna.
- CHIRBES, R. (2010). *Por cuenta propia. Leer y escribir*, Barcelona: Anagrama.
- CHOMÉTY, Ph. et M. ROSELLINI (eds. 2017): *Traduire Lucrèce. Pour une histoire de la reception française du De rerum natura (XVIe-XVIIIe siècle)*, Paris: Honoré Champion Éditeur.
- CICCUTO, M. (1994): *Poggio Bracciolini: Facizie* (Biblioteca Universale Rizzoli L979), Milano: R. C. S. Libri & Grandi Opere, S. p. A.
- CILVETI, A. L. (1971): *El significado de La vida es sueño*, Valencia: Ed. Albatros.
- CIPLIJAUSKAITĖ, B. (1981⁴ = 1976): *Luis de Góngora: Sonetos completos* (Clásicos Castalia 1), Madrid: Ed. Castalia.
- CLARK, A. C. (1899): "The Literary Discoveries of Poggio", *Classical Review* 13, 119-30.
- CLASSEN, C. J. (1968): "Poetry and Rhetoric in Lucretius", *Transactions and Proceeding of the American Philosophical Association* 99, 77-118.
- CLAVERÍA, C. (1995): *Juan Pérez de Moya: Filosofía secreta* (Letras Hispánicas 404), Madrid: Cátedra.
- CLAVERÍA, C. (1999): *Juan Boscán: Obra completa* (Letras Hispánicas 453), Madrid: Cátedra.
- CLAY, D. (2009): "The Athenian Garden", en J. WARREN (ed.), *The Cambridge Companion to Epicureanism*, Cambridge: Cambridge UP, 9-28.

- CLOSE, A. (1998): "Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura", en F. RICO (dir.), *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha* (Biblioteca Clásica 50), Barcelona: Ed. Crítica, vol. I, pp. LXVII-LXXXVI.
- CONDE, P. (2005): "La transmisión de la cultura clásica en los monasterios", en J. SIGNES et ALII (eds.): *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa* (Crítica y Estudios Literarios), Madrid: Cátedra, 189-95.
- CONIGLIO, G. (1951): *Il regno di Napoli al tempo di Carlo V*, Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane.
- CONSOLO, R. (1978): "Il libro di *Endimione*: modelli classici, *inventio* ed *elocutio* nel canzonere di Cariteo", *Filologia e critica* 3, 19-94.
- CONTE, G. B. (1974): *Memoria dei poeti e sistema letterario: Catullo, Virgilio, Ovidio, Lucano* (La Ricerca Letteraria. Serie Critica 23), Torino: G. Einaudi editore.
- COPLESTON, F. (1983-1985): *Historia de la Filosofía*, 9 vols., Barcelona: Ed. Ariel.
- COPPINI, D. (1998): "L'ispirazione per contagio: 'furor' e 'remota lectio' nella poesia latina del Poliziano", en V. FERA e M. MARTELLI (eds.), *Atti del Convegno Internazionale di Studi Montepulciano: Agnolo Poliziano: Poeta Scrittore Filologo* (Montepulciano 3-6 novembre 1994), Firenze: Casa Editrice le Lettere, 127-64.
- CORBACHO CORTÉS, C. (1998): *Literatura y arte: el tópico ut pictura poesis*, Cáceres: Univ. de Cáceres.
- CORNFORD, F. M. (1952): *Principium sapientiae: The Origins of Greek Philosophical Thought*, Cambridge: Cambridge UP.
- CORTINES, J. (1989): *Francesco Petrarca: Cancionero* (Letras Universales 122), 2 vols., Madrid: Cátedra.
- COSSÍO, J. M.^a (1998² = 1952): *Fábulas mitológicas en España* (Fundamentos 137-38), 2 vols., Madrid: Istmo.
- COSTA, G. (2012): *Epicureismo e pederastia: Il "Lucrezio" e l'"Anacreonte" di Alessandro Marchetti secondo il Sant'Uffizio*, Florence: Leo S. Olschki.
- COTTEGNIES, L. (2016): "Michel de Marolles's 1650 French Translation of Lucretius and its Reception in England", en D. NORBROOK, St. HARRISON y Ph. HARDIE (eds.), *Lucretius and Early Modern* (Classical Presences), Oxford: Oxford UP, 161-90.
- COURTSEY, W. P. (1888): "Creech, Thomas", en L. STEPHEN (ed.), *Dictionary of National Biography. Vol. XIII Craik-Damer*, New York: Macmillan and Co., 64-67.
- COUSON, A. (1902): "Lucrèce en France: *L'anti-Lucrèce*", *Le Musée Belge* 4, 403-22.
- CRAWFORD, J. P. W. (1939): "Francisco de Aldana: A neglected poet of the Golden Age in Spain", *Hispanic Review* 7, 48-61.

- CRESPO, A. (1983^s = 1971): *Dante: Divina Comedia* (Clásicos Universales Planeta 50), Barcelona: Planeta.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1980): *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid: Univ. Complutense.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1986): “Nicolás Fernández de Moratín, recreador del *Arte de amar*”, *Dicenda. Cuaderno de Filología Hispánica* 5, 78-87.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1987): “Marcial en la literatura española”, en *Actas del Simposio sobre M. Valerio Marcial, poeta de BÍlbilis y de Roma*, Zaragoza: UNED, 149-210.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1994): “El tópico del *carpe diem* en las letras latinas”, en *Aspectos didácticos del latín*, Zaragoza: Instituto de Ciencias de la Educación-Univ. de Zaragoza, 225-68.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1996): *Virgilio: Bucólicas* (Letras Universales 235), Madrid: Cátedra.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (2000): “Pervivencia de autores latinos en la literatura española: una aproximación bibliográfica”, *Tempus* 26, 5-76.
- CROCE, B. (1917): *La spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* (Scritti di Storia Letteraria e Politica 8), Bari: Gius. Laterza & Figli.
- CROCE, B. (1970): *History of the Kingdom of Naples* (Classic European Historians), Chicago-London: Univ. of Chicago Press.
- CROSBY, J. O y L. S. LERNER (1986): “La silva ‘El sueño’ de Quevedo: génesis y revisiones”, *Bulletin of Hispanic Studies* 63, 111-26.
- CRUM, R. B. (1966): *Scientific Thought in Poetry*, New York: Ams Press, Inc.
- CRUZ DEL POZO, M.^a V. (1997): *Gassendismo y cartesianismo en España: Martín Martínez, médico filósofo del siglo XVIII*, Sevilla: Univ. de Sevilla.
- CUEVAS, C. (1985): *Fernando de Herrera: Poesía castellana original completa* (Letras Hispánicas 219), Madrid: Cátedra.
- CUEVAS, C. (1998): *Fray Luis de León: Poesías completas* (Nueva Biblioteca de Erudicción y Crítica 14), Madrid: Ed. Castalia.
- CURTIUS, E. R. (1975): “Jorge Guillén”, en B. CIPLIJAUSKAITÉ (ed.), *Jorge Guillén: el escritor y la crítica* (Pérsiles 78), Madrid: Taurus, 207-13.
- CURTIUS, E. R. (1976 reimp. 1955): *Literatura europea y Edad Media latina* (Sección de Lengua y Estudios Literarios), 2. vols., México-Madrid-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- D'AGOSTINO, G. (1998): “Napoli, capitale aragonese”, en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reial di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 125-37.
- DALZELL, A. (1989): “Lucrecio”, en E. J. KENNEY y W. V. CLAUSEN (eds.), *Historia de la Literatura Clásica. II. Literatura Latina* (Cambridge University), Madrid: Gredos, 237-60.

- DANDELET, Th. J. (2002): *La Roma española (1500-1700)* (Letras de la Humanidad), Barcelona: Ed. Crítica.
- DAVIES, G. A. (1964): "Notes on Some Classical Sources for Garcilaso and Luis de León", *Hispanic Review* 32, 202-16.
- DAVIES, G. A. (1964a): "Luis de León and a Passage from Seneca's *Hippolytus*", *Bulletin of Spanish Studies* 41, 10-27.
- DE CARLOS VILLAMARÍN, H. (2016): "La grandeza atomizada. Lucrecio en Isidoro de Sevilla", en E. BLANCO (ed.), *Grandes y pequeños de la literatura medieval y renacentista* (Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas. Actas 9), Salamanca: Univ. de Salamanca, 269-280.
- DE CARO, M. (2020): "Machiavelli's Lucretian View of Free Will", en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 201-17.
- DE GALAÍN, R. (1922): "In Memoriam Manuel Rodríguez-Navas. Nuestro inolvidable D. Manuel", *Cultura Hispanoamericana* 116, 37-42.
- DE LA FLOR, F. (2002): *Barroco: representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)* (Crítica y Estudios Literarios), Madrid: Cátedra.
- DE LACY, Ph. N. and E. H. DE LACY (1978): *Philodemus, On Methods of Inference* (revised edition, translation and commentary with the collaboration of M. Gigante, F. Longo Auricchio and A. Tepedino. La Scuola di Epicuro 1), Bibliopolis: Napoli.
- DE NOLHAC, P. (1887): *La bibliothèque de Fulvio Orsini* (Bibl. de l'École des Hautes Études, 74), Paris: E. Bouillon & E. Vieweg.
- DE OCHOA, E. (1840): *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y verso*, 2 vols., París: Casa Editorial Garnier Hermanos.
- DE VILLENA, L. A. (1984): *Luis Cernuda: Las nubes. Desolación de la Quimera* (Letras Hispánicas 209), Madrid: Cátedra.
- DE VILLENA, L. A. (1991): *Pietro Aretino: Sonetos lujuriosos*, Madrid: Visor.
- DE VILLENA, L. A. (1998): "Introducción", en P. GARCIA BAENA, *Poesía completa*, Madrid: Visor, 7-33.
- DE WITT, N. W. (1932): "Vergil and Epicureanism", *The Classical Weekly* 25, 89-96.
- DEBICKI, A. P. (1997): *Historia de la poesía española del siglo XX: desde la modernidad hasta el presente* (Biblioteca Románica Hispánica. III Manuales 78), Madrid: Gredos.
- DEISSER, A. (1999): "Le Lucrèce de Marulle", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 281-97.
- DEL VALLE, A. (1990): *La Universidad Central y su distrito en el primer decenio de la Restauración borbónica*, 2 vols, Madrid: Consejo de Universidades.

- DEL VENTO, Ch. (1997): "Foscolo e Marc Antoine Jullien: note in margine ai 'Discorsi su Lucrezio'", *Lettere Italiane* 49:3, 392-426.
- DESCHAMPS, L. (1999): "Les citations du *De rerum natura* de Lucrèce dans le commentaire de Servius à l'oeuvre de Virgile", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 199-216.
- DEUFERT, M. (2017): *Prolegomena zur Editio Teubneriana des Lukrez*, Berlin-Boston: De Gruyter.
- DEUFERT, M. (2019): *Titus Lucretius Carus: De rerum natura libri VI*, Berlin-Boston: De Gruyter.
- DEYERMOND, A. D. (1985^{II} = 1973): *Historia de la Literatura Española I: La Edad Media* (Instrumenta), Barcelona: Ed. Ariel.
- DIANO, C. (1967): "Epicure: la philosophie du plaisir et la société des amis", *Les Études Philosophiques* 22, 173-86.
- DIANO, C. (2000⁷ = 1987): *Epicuro: Scritti morali* (Bur L621), Milano: RCS Rizzoli Libri S. p. A.
- DÍAZ LARIOS, L. F. (1982): *Hernando de Acuña: Varias poesías* (Letras Hispánicas 164), Madrid: Cátedra.
- DÍAZ-PLAJA, F. (1985): *José Marchena: Obra en prosa* (El libro de Bolsillo 1095), Madrid: Alianza Editorial.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C. (1955): "Para una edición del poema astronómico del rey Sisebuto", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 61:1, 337-40.
- DIEGO, G. (1981² = 1963): *Lope de Vega: Rimas* (Temas de España 104), Madrid: Taurus.
- DÍEZ FERNÁNDEZ, J. I. (1989): *Diego Hurtado de Mendoza: Poesía completa* (Clásicos Universales Planeta 171), Barcelona: Ed. Planeta.
- DIONIGI, I. (1976): "Lucr. 5, 1198-1203 e P. OXY. 215 Col. I 7-24: L'epicureismo e la venerazione degli dèi", *Studi Italiani di Filologia Classica* 48, 118-39.
- DIONIGI, I. (1992⁵ = 1982): *Lucrezio: le parole e le cose*, Bologna: Pàtron Editore.
- DIONIGI, I. -test. e comm.-, CONTE, G. B. -introd.- e L. CANALI -trad.- (2000¹⁰): *Lucrezio: La natura delle cose* (Bur L 954), Milano: Rizzoli Libri.
- DOLBEAU, F. (1978): "Un nouveau catalogue des manuscrits de Lobbes aux XI^e et XII^e siècles", *Recherches Augustiniennes* 13, 3-36.
- DOLBEAU, F. (1979): "Un nouveau catalogue des manuscrits de Lobbes aux XI^e et XII^e siècles", *Recherches Augustiniennes* 14, 191-248.
- DOLÇ, M. (1978): "Presencia de Virgilio en España", en R. CHEVALIER (ed.), *Présence de Virgile*, Paris: Les Belles Lettres, 542-55.
- DOLFI, L. (2004): *Cartas inéditas (1953-1983)*. Jorge Guillén-Oreste Macrí, Valencia: Pre-Textos.
- DONOHUE, H. (1993): *The Song of the Swan: Lucretius and the Influence of Callimachus*, Lanham: Univ. Press of America, Inc.

- DORANDI, T. (1999): "Chronology", en K. A. ALGRA, J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP, 31-54.
- DORANDI, T. (1999a): "Synopsis of Principal Events", en K. A. ALGRA, J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP, 798-804.
- DULIÈRE, A. (1969): "Lucrèce précurseur du XVIII^e siècle et frère infortuné de Pascal", *Les Études Classiques* 37, 64-66.
- EGIDO, A. (1982): "Variaciones sobre la vid y el olmo en la poesía de Quevedo: *Amor constante más allá de la muerte*", en V. GARCÍA DE LA CONCHA (ed.), *Homenaje a Quevedo: Actas de la II Academia Literaria Renacentista*, Salamanca: Caja de Ahorros, 212-32.
- EGIDO, A. (1990): "Lope de Vega, Ravasio Textor y la creación del mundo como obra de arte", en A. EGIDO, *Fronteras de la poesía barroca*, Barcelona: Ed. Crítica, 198-215.
- ENTRAMBASAGUAS, J. (1975): *Estudios y ensayos sobre Góngora y el Barroco*, Madrid: Ed. Nacional.
- ERLER, M. (1996): "*Philosophia medicans*. La lettura delle opere di Epicuro nella sua scuola", en G. GIANNANTONI e M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo greco e romano* (Atti del Congresso Internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Bibliopolis: Napoli, 513-26.
- ERLER M. and M. SCHOFIELD (1999): "Epicurean Ethics", en K. ALGRA, J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP, 642-74.
- ERNOUT, A. et ROBIN, L. (1962² = 1925): *Lucrèce. De rerum natura. Commentaire Exégétique et Critique Précédé d'une Traduction des Lettres et Pensées d'Épicure*, 3 vols., Paris: Les Belles Lettres.
- ESCOLAR, H. (ed. 1993): *Historia ilustrada del libro español: los manuscritos* (Biblioteca del Libro 54), Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- ESPLUGA, X. (2019): "L'establiment del text llatí del *Lucreci* de Joaquim Balcells per a la Fundació Bernat Metge", *Anuari de Filologia. Antiqua et Mediaevalia* 9:2, 37-49.
- ETTINGHAUSEN, H. (1972): *Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement* (Oxford Modern Languages and Literature Monographs), Oxford: Oxford UP.
- ETTINGHAUSEN, H. (1984): *Francisco de Quevedo: Los sueños* (Clásicos Universales Planeta 79), Barcelona: Ed. Planeta.
- FABIAN, B. (1973): "Edmond Haleys Encomium auf Isaac Newton. Zur Wirkungsgeschichte von Lukrez", *Renatae Litterae, Festschrift, Frankfurt: A. Buck*, 273-290.
- FANTAZZI, Ch. (2004): *Angelo Poliziano: Silvae* (The I Tatti Renaissance Library 14), Cambridge-London: Harvard UP.

- FARRINGTON, B. (1939): *Science and Politics in the Ancient World*, London: G. Allen & Unwin Ltd.
- FARRINGTON, B. (1954): "Lucretius and Manilius on Friendship", *Hermathena* 83, 10-16.
- FARRINGTON, B. (1999): "Allusions to Lucretius' *De rerum natura*", en Ph. HARDIE (ed.), *Virgil Assessments of Classical Authors. Vol. I: General Articles and the Eclogues*, London and New York: Routledge, 18-26.
- FAULHABER, Ch. B. (1998): "Las bibliotecas españolas medievales", en J. S. SOTO RÁBANOS (ed.): *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Madrid: CSIC, 785-800.
- FAVERO, M.^a T. (1986): "Tra erudizione e poesia: un ricordo lucreziano in Garcilaso de la Vega e Diego Hurtado de Mendoza", *Annali Istituto Universitario Orientale, Napoli, Sezione Romanza*, 28:2, 587-94.
- FERGUSON, M. (1993): *Diogenes of Oinoanda: The Epicurean Inscription* (La Scuola di Epicuro. Supplemento 1), Napoli: Bibliopolis.
- FERGUSON, M. and W. H. D. ROUSE (1997 reimp. 1992): *Lucretius on the Nature of Things* (Loeb Classical Library 181), Cambridge: Harvard UP.
- FERNÁNDEZ ALBA, A. (1986): *Fray José de Sigüenza: La fundación del Monasterio del Escorial*, Madrid: Turner, D. L.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (2000): *Juana la Loca: la cautiva de Tordesillas*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, M. (1993): *Antología Palatina I* (Biblioteca Clásica Gredos 7), Madrid: Gredos.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Á-R. (1980): *Benito Jerónimo Feijoo: Teatro crítico universal* (Letras Hispánicas 125), Madrid: Cátedra.
- FERNÁNDEZ-GUERRA, A. (1946-1951): *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas* (Biblioteca de Autores Españoles XXIII y XLVIII), Madrid: Ed. Atlas.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, J. (2001): "Cernuda, los clásicos y las lecturas adheridas", en *El Exilio Literario de 1939. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de la Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, Logroño: Univ. de la Rioja, 53-66.
- FERNÁNDEZ VALENZUELA, B. (1974): *Diego José Abad: Poema heroico. Introducción, versión y aparato crítico* (Nueva Biblioteca Mexicana 36), México: UNAM.
- FERRI COLL, J. M.^a (1995): *Las ciudades cantadas: el tema de las ruinas en la poesía española del Siglo de Oro*, Alicante: Univ. de Alicante.
- FESTUGIÈRE, A. J. (1946): *Epicure et ses dieux*, Paris: Presses Universitaires de France.
- FISKE, G. C. (1966 = 1920): *Lucilius and Horace. A Study in the Classical Theory of Imitation* (University of Wisconsin studies in language and literature 7), Hildesheim, Georg Olms.

- FLEISCHMANN, W. B. (1964): *Lucretius and English Literature 1680-1740*, Paris: A. G. Nizet.
- FLEISCHMANN, W. B. (1971): "Lucretius Carus, Titus", en P. O. KRISTELLER (ed.), *Catalogus translationum et commentariorum: Mediaeval and Renaissance Latin Translations and Commentaries*, vol II, Washington: The Catholic Univ. of America Press, 348-65.
- FLORES, E. (1980): *Le scoperte di Poggio e il testo di Lucrecio*, Napoli: Li-guori Editrice.
- FONTAINE, J. (1959): *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, 2. vols., Paris: Études Augustiniennes.
- FONTAINE, J. (1960): *Isidore de Séville: Traité de la nature* (Bibliothèque de l'École des hautes Études Hispanique 28), Bordeaux: Centre Nationale de la Recherche Scientifique.
- FONTÁN, A. (1991): "D. Pascual Galindo Romeo (1892-1990)", *Emerita* 59:1, 1-3.
- FONTÁN JUBERO, P. (1991² = 1988): *Los existencialismos: claves para su comprensión* (Historia de la Filosofía 28), Madrid: Ed. Cincel.
- FORRADELLAS, J. (1998): "Notas", en F. RICO (dir.), *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha*, vol. complementario, Barcelona: Instituto Cervantes-Ed. Crítica.
- FORTUÑO, S. (1997): *Conde de Noroña: Antología poética* (Letras Hispánicas 436), Madrid: Cátedra.
- FRAISSE, S. (1962): *L'influence de Lucrèce en France au Siezième Siècle*, Paris: A. G. Nizet.
- FRÄNKEL, E. (1962): *Aeschylus. Agammenon*, 2 vols., Oxford: Clarendon Press.
- FRANCO, J. (1981): *Historia de la literatura hispanoamericana* (Letras e ideas 7), Barcelona: Ed. Ariel.
- FRENZEL, E. (1994² = 1976): *Diccionario de argumentos de la Literatura Universal*, Madrid: Gredos.
- FUENTES, J. F. (1988): "Aproximación a la cronología de la obra poética de José Marchena y edición de un poema inédito", *Anales de Literatura Española* 6, 259-72.
- FUENTES, J. F. (2000): "José Marchena (1768-1821): leyenda y realidad de un 'abate' revolucionario", en I. BURDIEL y M. PÉREZ (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid: Espasa Calpe, 49-72.
- FUSIL, C. A. (1917): *L'Anti-Lucrèce du Cardinal de Polignac: contribution à l'étude de la pensée philosophique et scientifique dans le premier tiers du XVIII^e siècle*, Paris: Éditions "Scientifica".
- FUSIL, C. A. (1928): "Lucrèce et les Philosophes du XIII^e siècle", *Revue d'Histoire littéraire de la France* 35^e année (2), 194-210.

- GALÁN VIOQUE, G. y M. Á. MÁRQUEZ GUERRERO (2001): *Epigramas eróticos griegos: Antología Palatina. Libros V y XII* (Clásicos de Grecia y Roma BT 8238), Madrid: Alianza Editorial.
- GALE, M. R. (2000): *Virgil on the Nature of Things: The Georgics, Lucretius and the Didactic Tradition*, Cambridge: Cambridge UP.
- GALE, M. R. (2022): “*Otium and Voluptas: Catullus and Roman Epicureanism*”, en S. YONA and G. DAVIS (eds.), *Epicurus in Rome: Philosophical Perspectives in the Ciceronian Age*, Cambridge: Cambridge UP., 87-108.
- GALINDO ROMEO, P. (1926): *Estudios latinos: Quintiliano, Lucrecio, Prudencio. Colación del Cod. Caesaraugustanus*, Zaragoza: Tip. “La Académica”.
- GALLARDO, M. (1863-1869): *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos I-IV*, Madrid: Rivadeneyra.
- GALLEGO, A. (1972): *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid: Gredos.
- GAOS, V. (1978): *Antología del grupo poético de 1927* (Letras Hispánicas 30), Madrid: Cátedra.
- GARANI, M. (2020): “Seneca as Lucretius’ Sublime Reader (*Naturales Quaestiones* 3 praef.)”, en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 105-26.
- GARCÍA ARMENDÁRIZ, J. I. (1995): *Agronomía y Tradición Clásica. Columela en España*, Sevilla: Univ. de Sevilla y Cádiz.
- GARCÍA ARMENDÁRIZ, J. I. (2002): “Lucrecio en la España de Fernando VII”, en AA. VV. (eds.): *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, Murcia: Univ. de Murcia, 103-118.
- GARCÍA BLANCO, J. y P. JIMÉNEZ GAZAPO (1982): *Juliano: Contra los Galileos. Cartas y Fragmentos. Testimonios. Leyes* (Biblioteca Clásica Gredos 47), Madrid: Gredos.
- GARCÍA CALVO, A. (1997): *T. Lucreti Cari: De rerum natura* (edición crítica y versión rítmica), Zamora-Madrid: Lucina.
- GARCÍA CALVO, A. (1998): “De la realidad”, *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura* 34-35, 147-57.
- GARCÍA CALVO, A. (1999): *Lucrecio: De la naturaleza de las cosas (traducción del Abate Marchena)* (Letras Universales 4), Madrid: Cátedra.
- GARCÍA CALVO, A. (2019): *T. Lucreti Cari: De rerum natura* (edición crítica y versión rítmica), 2ª edición corregida, Zamora: Lucina.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, F. (2006): *Atlas de historia de España*, 4 vols., Barcelona: RBA Coleccionables.
- GARCÍA DE LA FUENTE, O. (1990): *Introducción al latín bíblico y cristiano*, Madrid: Ed. Clásicas.

- GARCÍA GARCÍA, E. (2004): “Severo Ochoa: otros exilios”, *Abaco: Revista de Cultura y Ciencias Sociales* 42, 141-150.
- GARCÍA GUAL, C. (1993^s = 1981): *Epicuro* (El Libro de Bolsillo 806), Madrid: Alianza Editorial.
- GARCÍA GUAL, C. (2016): *El sabio camina hacia la felicidad. Diógenes de Enoanda y el gran muro epicúreo* (Ariel Filosofía 16), Barcelona: Ariel.
- GARCÍA GUAL, C. (2019): *Historias de amantes peregrinos. Las primeras novelas* (Discurso de ingreso en la RAE), Madrid: Real Academia Española.
- GARCÍA JURADO, F. (2004): “La historiografía de la literatura latina y su conciencia en los autores modernos: visiones divergentes del canon y la decadencia en Pérez Galdós y Huysmans”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 24, 115-47.
- GARCÍA JURADO, F. (2008): “Canalejas, historiador de la literatura latina”, *Revista de Historiografía* 9, 167-79.
- GARCÍA JURADO, F. (2013): “Los manuales de literatura clásica grecolatina: entre la Ilustración y el Liberalismo”, en F. GARCÍA JURADO, R. GONZÁLEZ DELGADO y M. GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *La historia de la Literatura Grecolatina en España: de la Ilustración al Liberalismo (1778-1850). Analecta Malacitana. Anejo XC*, Málaga: Univ. de Málaga, 27-54.
- GARCÍA JURADO, F. (2016): “Alfredo Adolfo Camús (ca. 1817-1889) y la enseñanza de la literatura clásica en España”, *Estudios Clásicos* 149, 89-118.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1943): *Historia del Romanticismo español*, Barcelona: Labor.
- GARCÍA RÚA, J. L. (1996): *El sentido de la naturaleza en Epicuro* (Serie Comares Filosofía 4), Granada: Editorial Comares.
- GARCÍA YEBRA, V. (1982): *Teoría y práctica de la traducción* (Biblioteca Románica Hispánica III. Manuales 53), 2 vols., Madrid: Ed. Gredos.
- GARGANO, A. (1988): *Fonti, miti, topoi: cinque saggi su Garcilaso* (Romantica neapolitana 21), Napoli: Liguori Editore.
- GARIN, E. (1979): *La cultura filosofica del Rinascimento italiano* (Biblioteca di Grandi Saggi Sansoni), Firenze: Sansoni Editore nuova.
- GARIN, E. (1994): “Ritratto di Poggio” en M. CICCUTO (ed.), *Poggio Bracciolini: Facizie* (Biblioteca Universale Rizzoli L979), Milano: R. C. S. Libri & Grandi Opere, S. p. A., 5-23.
- GARIN, E. (2001): *Medievo y Renacimiento*, Madrid: Taurus.
- GASPAROTTO, G. (1966): “Isidoro e Lucrezio. I. Le fonti dei capitoli *De tonitruo* e *De fulminibus* del *De natura rerum* e delle *Origines*”, *Atti e Memorie dell'Accademia Patavina. Classe di scienze morali* 77, 285-330.
- GASPAROTTO, G. (1967): “Isidoro e Lucrezio. B) *De fulminibus*”, *Atti e Memorie dell'Accademia Patavina. Classe di scienze morali* 78, 73-130.
- GASPAROTTO, G. (1967a): “Isidoro e Lucrezio. II. Le fonti dei capitoli *De arcu* (XXXI) del *De natura rerum* e *De arcu et nubium effectibus*

- (limitatamente all'arcobaleno) delle *Origines* (XIII 10)", *Atti e Memorie dell'Accademia Patavina. Classe di scienze morali* 78, 207-238.
- GASPAROTTO, G. (1966-1967): "Isidoro e Lucrezio. Le fonti dei capitoli *De pestilentia* del *De natura rerum* (XXXIX) e *De acutis morbis* delle *Origines* (IV 6, 17-19)", *Atti e Memorie dell'Accademia Patavina. Classe di scienze morali* 79, 101-30.
- GASPAROTTO, G. (1969): "Il Petrarca conosceva direttamente Lucrezio. Le fonti dell'egloga IX, *Querulus*, del *Bucolicum Carmen*, *Atti e Memorie dell'Accademia Patavina. Classe di scienze morali* 80, 307-55.
- GASPAROTTO, G. (1983): *Isidoro e Lucrezio. Le fonti della meteorologia isidoriana*, Verona: Libreria Universitaria Editrice.
- GASPAROTTO, G. (1992): "La *Epistula* di Sisebut a Isidoro di Siviglia nel contesto culturale del mondo visigotico di Spagna", in L. HOLTZ (ed.): *De Tertullien aux Mozarabes: Mélanges offerts à Jacques Fontaine, membre de l'Institut, à l'occasion de son 70e anniversaire, par ses élèves, amis et collègues*, Paris: Institut d'Etudes Augustiniennes, 56-67.
- GENNARO, S. (1957): "Lucrezio e l'apologetica latina in Claudiano", *Miscellanea di Studi di Letteratura Cristiana Antica* 7, 5-60.
- GENTILE, S. (1998): "Poliziano, Ficino, Anronico Callisto e la traduzione del 'carmide' platónico", in V. FERA e M. MARTELLI (eds.), *Atti del Convegno Internazionale di Studi Montepulciano: Agnolo Poliziano: Poeta Scrittore Filólogo* (Montepulciano 3-6 novembre 1994), Firenze: Casa Editrice le Lettere, 364-85.
- GIANCOTTI, F. (1959): *Il preludio di Lucrezio*, Messina-Firenze: Casa Editrice G. D'Anna.
- GIANCOTTI, F. (1976): "*Aerea vox*. Un frammento attribuito da Servio a Lucrezio e consimili espressioni di altri poeti in Macrobio, Servio e altri", *Grammatici latini d'età imperiale* (Miscellanea filologica dell'Università di Genova), Genova: Pubbl. dell'Istituto di Filologia classica e medioevale, XLV, 41-95.
- GIANCOTTI, F. (1994): "Venere e voluttà: un abbozzo poetico di Ugo Foscolo e Lucrezio", in C. CURTI y C. CRIMI (eds.), *Scritti Classici e Cristiani offerti a Francesco Corsaro*, 2º vol., Facoltà di Lettere e Filosofia: Università degli Studi di Catania, 293-317.
- GIANCOTTI, F. (1998³ = 1994): *Lucretius: La natura* (I grandi libri Garzanti), Milán: Garzanti Editore.
- GIANNANTONI, G. (1996): "Epicuro e l'ateismo antico", in G. GIANNANTONI e M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo greco e romano* (Atti del Congresso Internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Bibliopolis: Napoli, 21-63.
- GIESECKE, A. L. (1992): *The Influence of Lucretius on the Bucolic, Heroic, Epic, Satiric and Lyric Poetry of the Early Augustean Period*, Diss. Harvard Univ. Cambridge, Mass.

- GIGANTE, M. (1983): “Virgilio fra Ercolano e Pompei”, *Atene e Roma* 28, 31-50.
- GIGANTE, M. (1990): “Foscolo e Lucrezio: un nuovo testo”, *Atene e Roma* 35, 112-14.
- GIGANTE, M. (1996): “La storia dell’Epicureismo nei Papiri ercolanesi”, en G. GIANNANTONI e M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo greco e romano* (Atti del Congresso Internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Bibliopolis: Napoli, 421-48.
- GIGANTE, M. (1998⁴ = 1995): *Philodemus in Italy: The Books from Herculaneum* (trans. by Dirk Obbink), Michigan: The University of Michigan Press.
- GIL, L. (1992): “Fray Luis de León y los autores clásicos”, en T. VIÑAS ROMÁN (coord.), *Actas del Congreso Interdisciplinar Fray Luis de León IV centenario* (Madrid, 16-19 de octubre 1991), Madrid: Ediciones escurialenses, 277-305.
- GIL, L. (1997² = 1981): *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid: Ed. Tecnos.
- GIL, L. (2004): *Therapeia: la medicina popular en el mundo clásico* (Humanidades Médicas 15), Madrid: Ed. Tricastela.
- GILBERT, N. (2022): “Was Atticus an Epicurean?”, en S. YONA and G. DAVIS (eds.), *Epicurus in Rome: Philosophical Perspectives in the Ciceronian Age*, Cambridge: Cambridge UP., 55-71.
- GIMFERRER, P. (1989³ = 1988): *El vendaval*, Barcelona: Ediciones Península / Edicions 62.
- GIMFERRER, P. (1998): *Antonio Gala: Poemas de amor*, Barcelona: Planeta.
- GINZO, A. (2002): *El legado clásico. Entorno al pensamiento moderno y la Antigüedad Clásica* (Ensayos y documentos 53), Alcalá de Henares: Univ. de Alcalá.
- GLENDINNING, N. (2000): “Trasfondo europeo de Cadalso”, en E. MARTÍNEZ MATA (ed.), *José Cadalso: Cartas Marruecas. Noches lúgubres* (Biblioteca Clásica 86), Barcelona: Crítica, IX-XXVII.
- GLENDINNING, N. y N. HARRISON (1979): *José Cadalso: Escritos autobiográficos y epistolario*, London: Tamesis Books Limited.
- GNILKA, Ch. (1980): “*Usus iustus*: ein Grundbegriff der Kirchenväter im Umgang mit der antiken Kultur”, *Archiv für Begriffsgeschichte* 24, 34-76.
- GODDARD, Ch. (1991): *Epicureanism and the Poetry of Lucretius in the Renaissance*, Cambridge: Ph. Dissertation unpl.
- GODDARD, Ch. (1991a): “Pontano’s Use of the Didactic Genre: Rhetoric, Irony and the Manipulation of Lucretius in *Urania*”, *Renaissance Studies* 5:3, 250-62.
- GÓMEZ CANSECO, L. (1993): *Francisco Sánchez de las Brozas: Doctrina del estoico filósofo Epicteto, que se llama comúnmente Enchiridión* (Clásicos Extremeños 9), Badajoz: Diputación de Badajoz.

- GÓMEZ DE OLEA, J. y P. MORENO MAYERHOFF (2007): "Los condes de Fuentes. La Casa Pignatelli (Siglos XVIII-XXI). 2ª parte", *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía* 10, 211-304.
- GÓMEZ LUQUE, J. A. (2018): *El tópico literario de la Travesía de Amor: de la literatura clásica a la poesía española de los Siglos de Oro*, tesis doctoral inédita, Córdoba: Univ. de Córdoba.
- GÓMEZ MORENO, A. (1994): *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos* (Estudios y Ensayos 382), Madrid: Gredos.
- GÓMEZ PALLARÈS, J. (1998): "Catulo 1, 9-10 y el proemio de Lucrecio al *De rerum natura*", *Veleia* 15, 299-314.
- GONZÁLEZ, J. L. (1988): "Goethe: el espíritu universal", en J. M. PRADO (ed.), *Historia Universal de la Literatura X: De la Ilustración al Romanticismo*, Barcelona: Ed. Orbis, S. A., 37-52.
- GONZÁLEZ, M. A. (1993): "La biblioteca capitular de Orense: historia y fondos", *Memoriae Ecclesiae* 4, 229-35.
- GONZÁLEZ DE ESCANDÓN, B. (1938): *Los temas del Carpe diem y la brevedad de la rosa en la poesía española*, Barcelona: Univ. de Barcelona.
- GONZÁLEZ IGLESIAS, J. A. (2008): *Poética y poesía: Juan Antonio González-Iglesias* (Cuadernos Fundación Juan March 19), Madrid: Fundación Juan March.
- GONZÁLEZ IGLESIAS, J. A. (2015): "La felicidad y los poetas. Palabras de Lucrecio en Juan Gil-Albert", en M.ª T. MUÑOZ GARCÍA y L. CARRASCO (eds.), *Miscellanea Latina*, Sociedad de Estudios Latinos: Univ. Complutense de Madrid, 679-84.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Á. (1926): "Pedro Montengón y su novela *El Eusebio*", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid* 3, 343-65.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. y P. SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE (2001): "El humanismo italiano en la Castilla del cuatrocientos: estudio y edición de la versión castellana y del original latino *De infelicitate principum* de Poggio Bracciolini", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 21, 115-50.
- GONZÁLEZ SERRANO, U., V. COLORADO y M. ORDÓÑEZ (eds. 1901-1903): *Obras completas de don Ramón de Campoamor*, 8 vols., Madrid: Imp. de González Rojas.
- GOOLD, G. P. (1983): *Catullus*, London: Duckworth.
- GORDON, C. A. (1985² = 1962): *A bibliography of Lucretius*, London: R. Hart-Davis.
- GOREY, M. M. (2021): *Atomism in the Aeneid. Physics, Politics, and Cosmological Disorder*, Oxford: Oxford UP.
- GRAFTON, A. (2001): "El lector humanista" en G. CAVALLO et R. CHARTIER (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Pensamiento), Madrid: Taurus, 319-71.
- GRECO, A. (1970): *Vespasiano da Bisticci: Le vite*, Firenze: Istituto Nazionale di Studi di Rinascimento.

- GREEN, O. H. (1969): *España y la tradición occidental (El espíritu castellano en la literatura desde El Cid hasta Calderón)* (Biblioteca Románica Hispánica 126), 4 vols., Madrid: Ed. Gredos.
- GREENBLATT, St. (2011): *The Swerve: How the World Became Modern*, New York: W. W. Norton, cop.
- GREENE, T. G. (1982): *The Light in Troy. Imitation and Discovery in Renaissance Poetry*, New Haven-London: Yale UP.
- GRIMAL, P. (1991⁵ = 1981): *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona: Editorial Paidós.
- GUIJARRO, S. (1998): “Las escuelas catedralicias castellanas y su aportación a la historia del pensamiento medieval (1200-1500)”, en J. S. SOTO RÁBANOS (ed.): *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Madrid: CSIC, 702-35.
- GUILLÉN, J. (1995 = 1978): *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. II. La vida pública*, Salamanca: Ed. Sígueme.
- GULLÓN, R. (1990⁷): *Rubén Darío: Páginas escogidas* (Letras Hispánicas 103), Madrid: Cátedra.
- GUTIÉRREZ DEL CAÑO, M. (1992² = 1913): *Catálogo de los Manuscritos Existentes en la Biblioteca Universitaria de Valencia* (Biblioteca Valenciana), 3 vols., Valencia: Librerías “Paris-Valencia”.
- GUYAU, J.-M. (1927⁷ = 1878): *Morale d’Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines* (Collection historique des grands philosophes), Paris: F. Alcan.
- GUZMÁN ARIAS, C. (2003): “Los fuegos del Etna”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 23, 45-61.
- HADZSITS, G. D. (1963): *Lucretius and His Influence*, New York: Cooper Square Publishers, Inc.
- HAGENDAHL, H. (1958): *Latin Fathers and the Classics. A Study on the Apologists, Jerome and Other Christian Writers* (Studia Graeca et Latina Gothoburgensia 6), Göteborg: Institute of Classical Studies, University of Göteborg; Stockholm: Distr., Almqvist & Wiksell.
- HARDIE, Ph. and S. GILLESPIE (eds. 2007): *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP.
- HARDIE, Ph. R., V. PROSPERI and D. ZUCCA (eds. 2020): *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter.
- HARRISON, C. T. (1933): “Bacon, Hobbes, Boyle, and the Ancient Atomist”, *Harvard Studies and Notes in Philology and Literature* 15, 191-218.
- HARRISON, St. (2020): “Victorian Lucretius: Tennyson and Arnold”, en Ph. R. HARDIE, V. PROSPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 309-21.

- HARTH, H. (1984): *Lettere: Poggio Bracciolini* (Carteggi Umanistici), vol. I, Firenze: L. S. Olschki.
- HASKELL, Y. (1997): "The Masculine Muse: Form and Content in the Latin Didactic Poetry of Palingenius and Bruno", *Nottingham Classical Literature Studies* 5, 117-44.
- HASKELL, Y. (2007): "Religion and Enlightenment in the Neo-Latin Reception of Lucretius", en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 185-201.
- HECHT, J. M. (2003): *The End of the Soul. Scientific Modernity, Atheism, and Anthropology in France*, New York: Columbia University Press.
- HEISENBERG, W. (2004): *La parte y el todo. Conversando en torno a la física atómica* (Colección Las Islas), Castellón: Ellago Ediciones.
- HENDRIX, W. S. (1931): "Las Rimas de Bécquer y la influencia de Byron", *Boletín de la Academia de la Historia* 98, 850-894.
- HERNÁNDEZ LAILLE, M. (2009): *El darwinismo en la historia disciplinar de las ciencias naturales y en los manuales escolares de segunda enseñanza durante el último tercio del siglo XIX en España e Inglaterra*, tesis doctoral, Madrid: UNED.
- HERNANDO SÁNCHEZ, C. J. (1994): *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo* (Estudios de Historia), Salamanca: Junta de Castilla y León.
- HERNANDO SÁNCHEZ, C. J. (2001): *El reino de Nápoles en el imperio de Carlos V. La consolidación de la conquista* (Colección historia), Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
- HERRERA ROLDÁN, P. (1995): *Cultura y lenguas latinas entre los mozárabes cordobeses del siglo IX* (Monografías 221), Córdoba: Univ. de Córdoba.
- HERREROS TABERNERO, E. (1995): "Lucrecio y otras fuentes latinas en el *Poema físico-astronómico* de Gabriel de Císcar y Císcar", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 8, 281-93.
- HERRMANN, L. (1956): "Catulle et Lucrèce", *Latomus* 14:4, 465-80.
- HEVIA BALLINA, A. (1996): "Enseñanzas humanísticas y archivos de la Iglesia: esencias de Grecia y de Roma trasvasadas a moldes cristianos", *Memoria Ecclesiae* 13, 9-46.
- HEYDENREICH, T. (1970): *Tadel und Lob der Seefahrt*, Heidelberg: Carl Winter, Universitätsverlag.
- HIGHET, G. (1996³ = 1954): *La Tradición Clásica: Influencias griegas y romanas en la Literatura Occidental* (Sección de Lengua y Estudios Literarios), 2 vols., México: Fondo de Cultura Económica.
- HINDS, S. (1998): *Allusion and Intertext: Dynamics of Appropriation in Roman Poetry*, Cambridge: Cambridge UP.

- HOCKE, G. R. (1935): *Lukrez in Frankreich*, Köln: Buchdruckerel Dr. Paul Derschgens.
- HOLFORD-STREVENS, L. (2002): “*Horror vacui* in Lucretian Biography”, *Leeds International Classical Studies* 1:1, 1-23.
- HOWE, H. M. (1951): “Amatinius, Lucretius, and Cicero”, *American Journal of Philology* 77, 57-62.
- HUALDE PASCUAL, P. (2006): “Musso helenista en el contexto cultural de la Real Academia Grecolatina”, en S. CAMPOY GARCÍA, M. MARTÍNEZ ARNALDOS y J. L. MOLINA MARTÍNEZ (coords.), *José Musso Valiente y su época (1785-1838). La transición del Neoclasicismo al Romanticismo. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lorca los días 17, 18 y 19 de noviembre de 2004*, 2 vols., Lorca: Univ. de Murcia, 565-80.
- HUALDE PASCUAL, P. y F. GARCÍA JURADO (1998): *Juan Valera* (Biblioteca del Humanismo), Madrid: Ediciones Clásicas.
- HUALDE PASCUAL, P. y F. GARCÍA JURADO (2004): “La Academia (Greco)Latina matritense (1755-1848). Primera parte: su historia”, *Minerva: Revista de Filología Clásica* 17, 165-202.
- HUNT, R. W. (1971): “The Deposit of Latin Classics in the 12th Century Renaissance”, en R. R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences on European Culture A. D. 500-1500*, Cambridge: Cambridge UP, 51-55.
- HUNTER, R. L. (2006): *The Shadow of Callimachus. Studies in the Reception of Hellenistic Poetry at Rome* (Roman Literature and its Contexts), Cambridge: Cambridge UP.
- HUTCHINSON, G. O. (2001): “The Date of *De rerum natura*”, *Classical Quarterly* 51:1, 150-62.
- HUTTON, J. (1935): *The Greek Anthology in Italy to the Year 1800* (Cornell Studies in English 23), Ithaca: Cornell UP.
- INFANTES, V. (1998): “Los libros *traydos y viejos y algunos rotos* que tuvo el bachiller Fernando de Rojas, nombrado autor de la obra llamada *Celestina*”, *Bulletin Hispanique* 100, 7-51.
- INNOCENTI, P. (1971): “Per una storia dell’Epicureismo nei primi secoli dell’era volgare: temi e problemi”, *Rivista Critica di Storia della Filosofia* 27, 123-47.
- IVENTOSCH, H. (1962): “Quevedo and the Defense of the Slandered: The Meaning of the *Sueño de la muerte*, the *Entremés de los refranes del viejo celoso*, the *Defensa de Epicuro*, etc.”, *Hispanic Review* 30, 173-93.
- IZQUIERDO, L. (2002): “Prólogo”, en J. VELAZA, *Los arrancados* (Lumen Poesía 133), Barcelona: Ed. Lumen.
- JACOBSON, H. (1985): “Lucretian *Encomia* in Worsworth’s Prelude”, *American Notes and Queries* 24:1, 12-13.
- JAMMES, R. (1987): *La obra poética de Don Luis de Góngora y Argote* (Literatura y Sociedad 8), Madrid: Ed. Castalia.

- JANKO, R. (2002): "The Herculaneum Library: Some Recent Developments", *Estudios Clásicos* 121, 25-41.
- JENKYN, R. (1998): "Response to R. Cockcroft, 'The Didactic Poetry of Erasmus Darwin'", in C. ATHERTON (ed.), *Form and Content in Didactic Poetry* (Nottingham Classical Literature Studies 5), Bari: Levante Editori, 161-69.
- JESSEN, J. (1870): "Lucrez im Mittelalter", *Philologus* 30, 236-38.
- JIMÉNEZ, A. (1986): *El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza* (Historia de la Filosofía 24), Madrid: Ed. Cincel.
- JIMÉNEZ CALVENTE, T. (2001): *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarum libri XVII de Lucio Marineo Sículo* (Ensayos y Documentos 42), Madrid: Univ. de Alcalá.
- JIMÉNEZ DELGADO, J. M.^a (1941): "La formación clásica de San Isidoro", *Analecta Sacra Tarraconensia* 14, 59-74.
- JIMÉNEZ LANDI, A. (1996): *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Tomo I: Los orígenes de la institución*, Madrid: Univ. Complutense de Madrid.
- JOHNSON, W. R. (2000): *Lucretius and the Modern World*, Trowbridge: Duckworth.
- JOHNSON, M. R. and C. WILSON (2007): "Lucretius and the History of Science", en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 131-48.
- JONES, H. (1992² = 1989): *The Epicurean Tradition*, London and New York: Routledge.
- JUAN, D. (2014): "La poesía no ha caído en desgracia". *Fuentes clásicas y contemporáneas en la obra de Aurora Luque*, tesis doctoral, Universitat de les Illes Balears.
- JURETSCHKE, H. (1951): *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid: CSIC.
- JURETSCHKE, H. (1954): *Origen doctrinal y génesis del Romanticismo español*, Madrid: Ateneo.
- KAMEN, H. (2005² = 1999): *La inquisición española: una revisión histórica* (Biblioteca Historia de España), Barcelona: RBA Coleccionables S. A.
- KANY-TURPIN, J. (1999): "Origine du monde et des vivants: la réception de la théorie de Lucrèce par Gassendi et Cyrano de Bergerac", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 337-43.
- KAUFMANT, M.-E. (2014): "Le paysage militaire et le *suave mari magno* de Lucrèce dans les comedias calderoniennes", *Bulletin Hispanique* 116:1, 141-67.
- KELLER, A. C. (1951): "Lucretius and the Idea of Progress", *Classical Journal* 46, 185-88.

- KESELING, P. (1927): “*Carpe diem!* (Horat. *Od.* I, 11, 8, und Epicur. bei Diog. Laert. X, 126)”, *Philologische Wochenschrift* 47, 508-9.
- KLEVE, K. (1989): “Lucretius in Herculaneum”, *Cronache Ercolanesi* 19, 5-27.
- KORS, A. Ch. (1990): *Atheism in France, 1650-1729. Volumen I: The Orthodox Sources of Disbelief*, Princeton: Princeton UP.
- KRAPPE, A. H. (1928): “The Sources of B. Pérez Galdós *Doña Perfecta*, cap. VI”, *Philological Quarterly* 7, 303-6.
- KRISTELLER, P. O. (1974): *Medieval Aspects of Renaissance Learning*, Durham: Duke UP.
- KULLMANN, V. (1980): “Zu den historischen Voraussetzungen der Beweismethoden des Lukrez”, *Rheinisches Museum* 123, 98-125.
- LACALZADA, M.^a J. (1996): *Concepción Arenal: Dios y libertad*, Pontevedra: Museo de Pontevedra.
- LACHMANN, C. (1850): *T. Lucreti Cari De rerum natura libri sex*, Berolini impensis Georgii Reimeri.
- LACHMANN, C. (1850a): *In T. Lucretii Cari De rerum natura libros commentarius*, Berolini impensis Georgii Reimeri.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1989): “El texto de Ovidio, *Amores* II 10, 9 y el tópico del *navigium amoris*”, *Emerita* 57:2, 309-15.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1992): *Estacio, Silvas III. Introducción, edición crítica, traducción y comentario*, Sevilla: Univ. de Sevilla-Fund. Pastor de Estudios Clásicos.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1994): “Invitación al matrimonio: en torno a un pasaje estaciano (*Silv.* I 2, 161-200)”, *Emerita* 62:2, 263-88.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1996): “Philosophical Topics in Statius’ *Silvae*: Sources and Aims”, en F. DELARUE (ed.), *Epicedion. Hommage à P. Papinius Statius. 96-1996*, Poitiers: La Licorne, 247-259.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1997): “La concepción sobre el más allá en la tragedia de Séneca”, en *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Bimilenario de su Nacimiento, 1996*, Córdoba: Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 203-9.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1998): “Poesía epigramática griega en su relación con la literatura romana: el tema amoroso”, en M. BRIOSO (ed.), *Actitudes literarias en la Grecia romana*, Sevilla: Univ. de Sevilla, 93-121.
- LAGUNA MARISCAL, G. (1999): “‘En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada’: historia de un tópico literario (I)”, *Anuario de Estudios Filológicos* 23, 197-213.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2000): “‘En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada’: historia de un tópico literario (II)”, *Anuario de Estudios Filológicos* 24, 243-54.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2000a): “‘Cosas que procuran una vida feliz’: contenido y fortuna literaria del Epigrama X 47 de Marcial”, en *Homenaje a la*

- profesora Carmen Pérez Romero*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 321-37.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2000b): “La recepción de la poesía latina en la cultura humanística del Renacimiento: factores culturales y procedimientos imitativos”, *El Humanismo extremeño (IV Jornadas de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes)*, Trujillo: Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 42333.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2002): “Jaime Gil de Biedma y la Tradición Clásica”, *Sincronía* 4. URL: <http://sincronia.cucsh.udg.mx/lagunainv02.htm>. Último acceso: 01-06-2019.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2004): “La literatura clásica como referencia para la moderna: algunas reflexiones y pautas metodológicas”, en J. M.^a CANDAU MORÓN, F. J. GONZÁLEZ PONCE y G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad* (Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de abril de 2003), Málaga: Servicio de Publicaciones Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 409-26.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2011): “Travesía de amor”, en R. MORENO SOLDEVILA (ed.), *Diccionario de motivos amatorios en la Literatura Latina (siglos III a. C. – II d. C.) (Exemplaria Classica Anejo II)*, Huelva: Univ. de Huelva, 424-26.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2014): “La seducción en las *Sátiras* de Horacio: acercamiento temático y comparatista”, en P. CIFRE WIBROW y M. GONZÁLEZ DE ÁVILA (eds.), *Culturas de la seducción*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 123-32.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2020): “Neopaganismo gay: el mundo clásico como utopía homosexual en Luis Cernuda, Juan Bernier y Jaime Gil de Biedma”, *Estudios Clásicos* 157, 109-48.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2021): “‘Material girl in a material world’: *Bonjour tristesse* de Françoise Sagan comme roman philosophique épicurien”, *Littératures* 84:1, 187-202.
- LAIRD, A. (2020): “Lucretius in the Spanish American Enlightenment”, en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 289-308.
- LANZ, J. J. (1997): *Antología de la poesía española (1960-1975)*, Madrid: Austral.
- LARA GARRIDO, J. (1980): “Notas sobre la poética de ruinas en el Barroco”, *Analecta Malacitana* 3, 385-99.
- LARA GARRIDO, J. (1985): *Francisco de Aldana: Poesías castellanas completas* (Letras Hispánicas 223), Madrid: Cátedra.

- LARSEN, K. (1989): "Gabriel Miró, Lucretius, and Thermodynamics", *Ometeca* 1:1, 77-91.
- LASTRA MELIÁ, A. (1997): *La naturaleza de la filosofía política*, tesis doctoral: Universidad de Murcia.
- LAURENCE, P. (1999): "Jérôme, Lucrèce et Épicure", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 267-78.
- LAUSBERG, H. (1991³ = 1967): *Manual de retórica literaria* (Biblioteca Románica Hispánica 15), 3 vols., Madrid: Ed. Gredos.
- LAWRANCE, J. N. H. (1979): *Un tratado de Alonso de Cartagena sobre la educación y los estudios literarios* (Seminario de Literatura Medieval y Humanística), Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- LÁZARO CARRETER, F. (1979): "Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial", *Anuario de Estudios Filológicos* 2, 89-119.
- LÁZARO CARRETER, F. (1980): "Fray Luis de León: 'el cual camino quise yo abrir' (el número en la prosa)", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 29, 262-270.
- LÁZARO CARRETER, F. (1981): "Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial", en V. GARCÍA DE LA CONCHA (ed.): *Academia Literaria Renacentista. I. Fray Luis de León*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 193-223.
- LÁZARO CARRETER, F. (1996): "Fray Luis de León y la Clasicidad", en V. GARCÍA DE LA CONCHA y J. SAN JOSÉ LERA (eds.), *Fray Luis de León: historia, humanismo y letras*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 15-27.
- LÁZARO CARRETER, F. y V. TUSÓN (1989): *Literatura del siglo XX*, Madrid: Anaya.
- LECOCQ, F. (1999): "De la création du monde: les *De rerum natura* d'Ovide ou Lucrèce Métamorphosé", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 129-47.
- LEHNERDT, M. (1904): *Lucretius in der Renaissance*, Königsberg.
- LEO, F. (1912): *Plautinische Forschungen zur Kritik und Geschichte der Komödie*, Berlin: Weidmannsche Buchhandlung.
- LEONARD W. E. and S. B. SMITH (1942): *T. Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex* (Edited with Introduction and Commentary), Madison: The University of Wisconsin Press.
- LESKY, A. (1989⁴ = 1969): *Historia de la Literatura Griega*, Madrid: Ed. Gredos.
- LESTRINGANT F. y E. NAYA (eds. 2010): *Renaissance de Lucrèce* (Cahiers du Centre V. L. Saulnier 27), Paris: Presses Sorbonne Université.
- LEZRA, J. y L. BLAKE (eds. 2016): *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, New York: Palgrave Macmillan.

- LEZRA, J. (2016): "On the Nature of Marx's Things", en J. LEZRA y L. BLAKE (eds.): *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, New York: Palgrave Macmillan, 125-43.
- LIBRÁN MORENO, M. (2009): "Tópicos amatorios de origen grecolatino en Ibn Hazm de Córdoba", *Cauriensia* 5, 165-89.
- LIDA DE MALKIEL, M. R. (1975): *La Tradición Clásica en España*, Barcelona: Ed. Ariel.
- LILLO REDONET, F. (2001): *Palabras contra el dolor: la consolación filosófica latina de Cicerón a Frontón*, Madrid: Ed. Clásicas.
- LIND, L. R. (1980): "Lucretius and the Modern World", *Res publica litterarum* 3, 73-86.
- LLEDÓ, E. (1995): *El epicureísmo: una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad* (Taurus bolsillo 5), Barcelona: Taurus.
- LLOBERA, J. (2001² = 1931): *Obras poéticas del maestro fray Luis de León* (Edición Facsímil 5), 2 vols., Cuenca: Excma. Diputación Provincial de Cuenca.
- LLORÉNS, V. (1979): *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra* (Literatura y Sociedad), Madrid: Ed. Castalia.
- LOBERA, F. J., G. SERÉS, P. DÍAZ-MAS, C. MOTA, I. RUIZ ARZÁLLUZ y F. RICO (2000): *Fernando de Rojas (y "antiguo autor"): La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea* (Biblioteca Clásica 20), Barcelona: Crítica.
- LOBO, M. (1861): *Gabriel Císcar y Císcar: Poema físico-astronómico en siete cantos*, Madrid: Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra.
- LOLORDO, A. (2007): *Pierre Gassendi and the Birth of Early Modern Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP.
- LOPEZ, F. (1995): "La vida intelectual", en J. CANAVAGGIO (dir.), *Historia de la Literatura Española. Tomo IV: El Siglo XVIII*, Barcelona: Editorial Ariel.
- LOPEZ, F. (1999): *Juan Pablo Forner y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII* (Estudios de Historia), Salamanca: Junta de Castilla y León.
- LÓPEZ BUENO, B. (1984): *Francisco de Rioja: Poesía* (Letras Hispánicas 196), Madrid: Cátedra.
- LÓPEZ CASTILLO, M. (2018): "El término *religio* en las primeras traducciones del *De rerum natura* en España", en A. ABELLO VERANO, D. ARCIELLO y S. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ (eds.): *La escritura y su órbita: nuevos horizontes de la crítica literaria hispánica*, León: Univ. de León, 17-30.
- LÓPEZ MOREDA, S. (2002): *Lorenzo Valla: Historia de Fernando de Aragón* (Clásicos latinos y renacentistas 13), Madrid: Ed. Akal.
- LÓPEZ-MORILLAS, J. (1980): *El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual* (Sección de Obras de Filosofía), Madrid: Fondo de Cultura Económica.

- LÓPEZ TORRIJOS, R. (1985): *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro* (Arte. Grandes Temas), Madrid: Cátedra.
- LÓPEZ-VIDRIERO, M.^a L. (dir.) et ALII (1994): *Catálogo de la Real Biblioteca. Tomo XI: manuscritos*, 6 vols., Madrid: Patrimonio Nacional.
- LOVEJOY, A. O. and G. BOAS (1980): *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, New York: Octagon Books.
- LUCK, G. (1993): *La elegía erótica latina* (Filosofía y Letras), Sevilla: Univ. de Sevilla.
- LUCK, G. (2000): *Ancient Pathways and Hidden Pursuits: Religion, Morals, and Magic in the Ancient World*, Ann Arbor: The Univ. of Michigan Press.
- LUIS, L. y J. URRUTIA (1976): *Miguel Hernández: obra poética completa*, Madrid: Ed. Zero.
- LUPI, F. W. (1981): “Teoria della *race* ed eroismo litertino: il naturalismo de Juan de Huarte e la dottrina della virtù nel libertinismo erudito”, en *Ricerche su letteratura libertina e letteratura clandestina nel seicento* (Atti del Convegno di Studio di Genova, 30 de octubre – 1º de noviembre de 1980), Florencia: La Nuova Italia, 243-58.
- MACDONALD, I. R. (1975): *Gabriel Miró: His Private Library and His Literary Background*, London: Tamesis Books Limited.
- MACÍAS, C. (2006): reseña a F. GARCÍA JURADO (2005): *El arte de leer: antología de la literatura latina en los autores del siglo XX*, Madrid: Liceus, en *Estudios Clásicos* 129, 155-58.
- MACRÍ, O. (1972): *Fernando de Herrera* (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos 43), Madrid: Gredos.
- MANITIUS, M. (1935): *Handschriften antiker Autoren in Mittelalterlichen Bibliothekskatalogen*, Zentralblatt für Bibliothekswesen, Beiheft 67.
- MANITIUS, M. (1973-1976 = 1911-1931): *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, 3 vols., München: C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung.
- MANNING, C. E. (1974): “The Consolatory Tradition and Seneca's Attitude to the Emotions”, *Greece and Rome* 21, 71-81.
- MAÑAS NÚÑEZ, M. (1995): “Horacio (*Oda* 2, 16) en Francisco de Medrano (*Oda* XXIV)”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 8, 130-41.
- MARASSO, A. (1934): “La *Antología griega* en España”, *Humanidades* 24, 11-18.
- MARAVALL, J. A. (2000⁸ = 1972): *La cultura del Barroco* (Letras e Ideas), Barcelona: Ed. Ariel.
- MARCIO CID, I. (2017): *La filosofía epicúrea como psicoterapia integral*, tesis doctoral inédita, Barcelona: Univ. de Barcelona.
- MARINIS, T. de (1947-1952): *La biblioteca Napolitana dei Re D'Aragona*. Vols. I-IV: *Catalogo*, Milano: Ulrico Hoepli Editore.

- MARIOTTI, I. (2001² = 1999): *Letteratura latina: storia e teste*, Bologna: Zanichelli Editore.
- MÁRQUEZ, A. (1980): *Literatura e Inquisición en España (1478-1834)*, Madrid: Taurus.
- MÁRQUEZ, F. (1975): *Personajes y temas del Quijote*, Madrid: Taurus.
- MÁRQUEZ, M.^a y M. MÁRQUEZ (1989): “Comentario a ‘Elegía’: la influencia grecolatina en Cernuda”, en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 20-24 de abril de 1987), vol. 3, Madrid: Universidad Complutense, 577-84.
- MARRAST, R. (1982): *El estudiante de Salamanca. El diablo mundo* (Clásicos Castalia 81), Madrid: Ed. Castalia.
- MARRAST, R. (1986): *José de Espronceda: Poesías líricas y fragmentos épicos* (Clásicos Castalia 20), Madrid: Ed. Castalia.
- MARTHA, C. (1896⁵ = 1869): *Le poëme de Lucrèce: morale, religion, science*, Paris: Librairie Hachette et C^{ie}.
- MARTÍN BAÑOS, P. (2019): “Elio Antonio de Nebrija (1444-1522): polímata, polígrafo, ‘ergo’ humanista”, *Arch.-letras^c Científica* 1, 185-95.
- MARTÍNEZ, J. E. (1989): *Antología de la poesía española (1939-1975)* (Castalia Didáctica 22), Madrid: Ed. Castalia.
- MARTÍNEZ CUESTA, J. (1992): *Guía del Monasterio de San Lorenzo el Real también llamado de El Escorial*, Editora Patrimonio Nacional.
- MARTÍNEZ MATA, E. (2000): *José Cadalso: Cartas Marruecas. Noches lúgubres* (Biblioteca Clásica 86), Barcelona: Crítica.
- MARTÍNEZ SARIEGO, M. (2014): *Horacio en Alberto Lista. La impronta horaciana en el corpus teórico y en la obra de Alberto Lista*, Sevilla: Ediciones Alfar.
- MARTÍNEZ SARIEGO, M. y LAGUNA MARISCAL, G. (2010), “Classical Mythology in the Poetry of Luis Alberto de Cuenca (1971-1996)”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 30:2, 381-413.
- MARTÍNEZ TORRÓN, D. (1993): *Ideología y literatura en Alberto Lista* (Alfar Universidad 78), Sevilla: Ediciones Alfar.
- MAS TORRES, S. (2018): *Epicuro, epicúreos y epicureísmo en Roma*, Madrid: UNED.
- MASSON, J. (1884): *The Atomic Theory of Lucretius Contrasted with Modern Doctrines of Atoms and Evolution*, London: George Bell and Sons.
- MATAS CABALLERO, J. (1993): *Juan de Jáuregui: Poesía* (Letras Hispánicas 362), Madrid: Cátedra.
- MAY, Ph. De (2009): *Lucretius: Poet and Epicurean*, Cambridge: Cambridge UP.
- MCPHEETERS, D. W. (1971): “Alegorismo, epicureísmo y estoicismo escolástico en *La Celestina*”, en E. BUSTOS TOVAR (coord.): *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 2, Salamanca: Aso-

- ciación Internacional de Hispanistas-Consejo de Castilla y León-Univ. de Salamanca, 251-62.
- MEHUS, L. (1745): *Bartholomaei Facii De viris illustribus liber nunc primum ex ms. cod. in lucem erutus*, Florentiae: ex typographio Joannis Pauli Giovannelli: prostant apud Cajetanum Tanzini bibliopolam florentinum.
- MÉNDEZ BEJARANO, M. (1919): *El rey Sisebuto, astrónomo* (Publicaciones del “Boletín” de la Real Sociedad Geográfica), Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares.
- MÉNDEZ BEJARANO, M. (1927): *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX* (Biblioteca Renacimiento), Madrid: Imprenta Renacimiento.
- MENDIVE, J. (1898⁴ = 1883): *La religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*, Madrid: Librería Católica de Gregorio del Amo.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1885): *Horacio en España*, 2 vols., Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull. URL: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000014966&page=1>. Último acceso: 31-12-2022.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1885a): *Juan Valera: canciones, romances y poemas*, Madrid: Imprenta y Fundición de M. Tello.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1892): *Obras literarias de D. José Marchena (El abate Marchena); recogidas de manuscritos y raros impresos con un estudio crítico-biográfico del Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, T. I, Madrid: Imp. de E. Rasco.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1896): *Obras literarias de D. José Marchena (El abate Marchena); recogidas de manuscritos y raros impresos con un estudio crítico-biográfico del Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, T. II, Madrid: Imp. de E. Rasco.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1905-1915): *Orígenes de la novela*, 4 vols., Madrid: Bailly-Baillère e Hijos.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1944-1945): *Antología de poetas líricos castellanos*, 10 vols., Madrid: CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1951): *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, vol. VII (Hostio-Plauto), Santander: Aldus, S. A. de Artes Gráficas, 77-103.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1957): *Varia II* (Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo 64). Santander: CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1961² = 1943): *Orígenes de la novela. Edición preparada por D. Enrique Sánchez Reyes* (Sus obras completas. Edición Nacional 13-16), Madrid: CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1998⁵ = 1880): *Historia de los Heterodoxos. Vol. I: España romana y visigoda. Período de la Reconquista. Erasmistas y protestantes* (Sección V: Historia y Hagiografía 150), Madrid: BAC.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (2000⁵ = 1881): *Historia de los Heterodoxos. Vol. II: Protestantismo y sectas místicas. Regalismo y Enciclopedia. Hetero-*

- doxia en el siglo XIX* (Sección V: Historia y Hagiografía 151), Madrid: BAC.
- MERCATI, G. (1896): “Il catalogo della biblioteca di Pomposa”, *Studi e Documenti di Storia e Diritto* 17, 143-77.
- MERRILL, W. A. (1905): *On the Influence of Lucretius on Horace*, Berkeley: Berkeley UP.
- MERRILL, W. A. (1918): *Parallels and Coincidences in Lucretius and Virgil*, Berkeley: Berkeley UP.
- MIGLIORINI, P. (1980): “Osservazioni di critica letteraria in Ovidio: il giudizio su Lucrezio in *Am.* I, 15, 24-25”, *Prometheus* 6, 56-66.
- MINADEO, R. (1969): *The Lyre of Science: Form and Meaning in Lucretius’ De rerum natura*, Detroit: Wayne State Univ.
- MIRA, E. (1998): “Lexant a part l’estil dels trobadors”, en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reial di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 21-124.
- MIRALLES, C. (1996): “Lucreci i Heràclit a Foix”, en M. PUIG (ed.), *Tradició clàssica. Actes de l’XIè Simposi d’Estudis Clàssics*, Andorra: Govern d’Andorra, 477-86.
- MIRÓ, E. (1982² = 1980): “La poesía desde 1936”, en J. M.^a Díez (coord.): *Historia de la Literatura Española* (Pérsiles 119), Madrid: Taurus.
- MIRÓ, G. (1969⁵), *Obras completas*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- MOLINA MELLADO, G. (2020): *La Tradición Clásica en la obra poética de Jorge Guillén*, tesis doctoral inédita, Córdoba: Univ. de Córdoba.
- MOLINA SÁNCHEZ, M. (2018): “¿Matías Sánchez traductor de Lucrecio?”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 38:2, 345-52.
- MOLINA SÁNCHEZ, M. (2022): “Santiago Sáez, primer traductor de Lucrecio al español”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 42:1, 107-19.
- MONDÉJAR, J. (1958): “La brevedad de la rosa en la poesía española del siglo XV y en la lírica de Lope de Vega”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 161-62, 391-418.
- MONTAG, W. (2016): “From Clinamen to Conatus: Deleuze, Lucretius, Spinoza”, en J. LEZRA y L. BLAKE (eds.), *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, New York: Palgrave Macmillan, 163-72.
- MONTERA, P. de (1935): *L’humaniste napolitain Girolamo Carboni et ses poésies inédites* (Publicazioni della Scuola di Perfezionamento in lingue e letterature moderne nella R. Università di Napoli), Napoli: R. Ricciardi.
- MONTERO CARTELLE, E. (2001): “*Omne animal post coitum triste*: de Aristóteles a S. Freud”, *Revista de Estudios Latinos* 1, 107-119.
- MONTOLÍ, V. (1996): *Ramón de Campoamor: Antología poética* (Letras Hispánicas 416), Madrid: Cátedra.

- MOORMANN, E. M. y W. UITTERHOEVE (1997): *De Acteón a Zeus: temas sobre la mitología clásica en la literatura, la música, las artes plásticas y el teatro* (De la A a la Z 1), Madrid: Ed. Akal.
- MORALES, G. (2000): “Ética y estética cuánticas”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 4, 235-48.
- MORENO CASTILLO, E. (2007): “Anotaciones a la silva ‘Sermón estoico de censura moral’ de Francisco de Quevedo”, *La Perinola* 11, 131-83.
- MORENO SOLDEVILA, R. (ed. 2011): *Diccionario de motivos amorios en la Literatura Latina (siglos III a. C. – II d. C.) (Exemplaria Classica Anejo II)*, Huelva: Univ. de Huelva.
- MORENO SOLDEVILA, R. (2011a): “Yugo de amor”, en R. MORENO SOLDEVILA (ed.), *Diccionario de motivos amorios en la Literatura Latina (siglos III a. C. – II d. C.) (Exemplaria Classica Anejo II)*, Huelva: Univ. de Huelva, 463-64.
- MOREY, M. (1990): “Nietzsche: la crisis del pensamiento europeo”, en J. M. PRADO y R. RODRIGO (eds.), *Historia Universal de la Literatura VIII: La literatura del siglo XIX* 2, Madrid: Ed. Orbis,
- MOREY, M. (1998): *Erasmus de Rotterdam: Apotegmas de sabiduría anti-gua*, Barcelona: Edhasa.
- MORROS, B. (1998): *Las polémicas literarias en la España del siglo XVI: a propósito de Fernando de Herrera y Garcilaso de la Vega* (Biblioteca General 20), Barcelona: Quaderns Crema.
- MORROS, B. (2000): “La canción IV de Garcilaso como un infierno de amor: de Garci Sánchez de Badajoz y el Cariteo a Bernardo Tasso”, *Criticón* 80, 19-47.
- MORROS, B. (ed. 1995) y R. LAPESA: *Garcilaso de la Vega: Obra poética y textos en prosa* (Biblioteca Clásica 27), Barcelona: Crítica.
- MOTTO, A. L. and J. R. CLARK (1968): “*Paradoxum Senecae*: The Epicurean Stoic”, *Classical World* 62, 37-62.
- MOTTO, A. L. and J. R. CLARK (1971): “*Et terris iactatis et alto*: The Art of Seneca’s Epistle LIII”, *American Journal of Philology* 92, 217-25.
- MÜLLER, K. (1973): *De codicum Lucretii Italicorum origine*, *Museum Helveticum* 30, 166-78.
- MUNRO, H. A. J. (1857-1858): “Mrs Lucie Hutchinson’s Translation of Lucretius”, *Journal of Classical and Sacred Philology* 4, 121-39.
- MUNRO, H. A. J. (1893² = 1886): *T. Lucreti Cari De rerum natura libri sex*, 2 vols., London: George Bell and Sons.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, M.^a J. (2011): “Formas de coexistencia de los autores y obras en los florilegios latinos”, en M.^a J. MUÑOZ JIMÉNEZ (ed.), *El florilegio: espacio de encuentro entre los autores antiguos y medievales* (Textes et Études du Moyen Age 58), Porto: Fédération Internationale des Instituts d’Études Médiévales, 9-34.

- MUSTARD, W. P. (1918-1919): "Humanistic Imitations of Lucretius", *Classical Weekly* 12, 7 y 48.
- MYNORS, R. A. B. (1989^o = 1958): *C. Valerii Catulli Carmina*, Oxford: Oxford UP.
- NANU, I. (2003): "Sobre las huellas del didactismo latino en el 'Prólogo' de *El conde Lucanor*", *Bulletin of Hispanic Studies* 80:2, 149-52.
- NAVARRO DURÁN, R. (1981): "Un soneto de Tasso 'Col tempo el villanel al gioco mena' y Lope de Vega", *Anuario de Filología* 7, 391-409.
- NAVARRO TOMÁS, T. (1986): *Métrica española. Reseña histórica y descriptiva*, Barcelona: Ed. Labor.
- NAVAS, R. (1982³ = 1970): *El Romanticismo español* (Crítica y Estudios Literarios), Madrid: Cátedra.
- NETANYAHU, B. (2002): *Los marranos españoles según las fuentes hebreas de la época (Siglos XIV-XVI)* (Estudios de Historia), Valladolid: Junta de Castilla y León.
- NICOLI, E. (2020): "Atoms, Elements, Seeds. A Renaissance Interpreter of Lucretius' Atomism", en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 235-50.
- NIFO, M. (1828): *Guía de litigantes y pretendientes para el año de 1828*, Madrid: Imprenta de Ibarra. URL: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001272015>. Último acceso: 15-02-2021.
- NIFO, M. (1832): *Guía de litigantes y pretendientes para el año de 1832*, Madrid: Imprenta de Núñez. URL: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001274844>. Último acceso: 15-02-2021.
- NIFO, M. (1835): *Guía de litigantes y pretendientes para el año de 1835*, Madrid: Imprenta de Núñez. URL: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001276896>. Último acceso: 15-02-2021.
- NISBET, H. B. (1986): "Lucretius in Eighteenth-Century Germany. With a Commentary on Goethe's *Metamorphose der Tiere*", *The Modern Language Review* 81, 97-115.
- NISBET, R. G. M. and M. HUBBARD (1998 I = 1970): *A Commentary on Horace Odes, Book I*, New York: Oxford UP.
- NISBET, R. G. M. and M. HUBBARD (1998 II = 1978): *A Commentary on Horace Odes, Book II*, New York: Oxford UP.
- NIZAN, P. (1999): *Démocrite, Épicure, Lucrèce: les matérialistes de l'Antiquité*, Paris: Arléa.
- NORBROOK, D., St. HARRISON y Ph. HARDIE (eds. 2016): *Lucretius and Early Modern* (Classical Presences), Oxford: Oxford UP, 1-27.
- NORBROOK, D. (2016): "Introduction", en D. NORBROOK, St. HARRISON y Ph. HARDIE (eds.), *Lucretius and Early Modern* (Classical Presences), Oxford: Oxford UP, 1-27.

- NÚÑEZ, D. (1975): *La mentalidad positiva en España* (Colección de Estudios 8), Madrid: Tutar Ediciones-Univ. Autónoma de Madrid.
- OBINK, D. (2007): "Lucretius and the Herculaneum Library", en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 33-40.
- OCTAVIO, J. M.^a (1903): *Catálogo de la Librería del Cabildo Toledano* (Biblioteca de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos), Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- OLIVARES DEL VALLE, F. J. (1998): *Noción de átomo y su historia*, Cáceres: Univ. de Extremadura.
- OLMEDO, J. J. (1960): *Epistolario* (Biblioteca Ecuatoriana Mínima), México: J. M. Cajica.
- OLTRAMARE, A. (1926): *Les origines de la Diatribe Romaine*, Lausanne: Payot.
- O'NEILL, Ch. E. y J. M.^a DOMÍNGUEZ (dirs. 2001): *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, vol. III, Madrid: Univ. Pontificia de Comillas.
- ONFRAY, M. (2006): *Tratado de Ateología. Física de la metafísica* (Colección Argumentos 339), Barcelona: Ed. Anagrama.
- ONRUBIA DE MENDOZA, J. (1974): *Epístola moral a Fabio y otras poesías del Barroco Sevillano*, Barcelona: Ed. Bruguera.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1963-1966): *Obras completas de Ortega y Gasset*, 9 vols., Madrid: Revista de Occidente.
- ORTIZ ARMENGOL, P. (1988): *Agonías y muerte del Abate Marchena* (La España del Siglo XIX), Madrid: E. José Esteban.
- OSÉS GORRAIZ, J. M. (1989): *La sociología en Ortega y Gasset* (Pensamiento Crítico / Pensamiento Utópico 47), Barcelona: Anthropos.
- OWEN, W. H. (1968): "Structural Patterns in Lucretius' *De rerum natura* (I)", *The Classical World* 62, 121-27.
- OWEN, W. H. (1969): "Structural Patterns in Lucretius' *De rerum natura* (II)", *The Classical World* 62, 166-72.
- PAGNONI, M. R. (1974): "Prime note sulla tradizione medievale ed umanistica di Epicuro", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia* 4:4, 1443-77.
- PALACIOS RODRÍGUEZ, L. E. (1934): "Lucrecio", *Cruz y raya* 1934, 77-94.
- PALADINI, M. (2011): *Lucrezio e l'epicureismo tra Riforma e Controriforma*, Naples: Liguori Editore.
- PALMER, A. (2014): *Reading Lucretius in the Renaissance* (I Tatti Studies in Italian Renaissance History), Cambridge: Harvard UP.
- PALMER, A. (2020): "The Persecution of Renaissance Lucretius Readers Revisited", en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura*

- (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 167-97.
- PALMERINO, C. R. (2001): "Galileo's and Gassendi's Solutions to the *Rota Aristotelis* Paradox: A Bridge between Matter and Motion Theories", en C. LÜTHY, J. E. MURDOCH and W. R. NEWMAN (eds.): *Late Medieval and Early Modern Corpuscular Matter Theories* (Medieval and Early Science 1), Leiden: Brill Academic Publishers, 381-422.
- PALOMO, M.^a del P. (1990² = 1988): *La poesía en el siglo XX (desde 1939)* (Historia crítica de la Literatura Hispánica 21), Madrid: Taurus.
- PANIZZA LORCH, M. de (1976): "*Voluptas, molle quoddam et non invidiosum nomen*: Lorenzo Valla's Defence of *voluptas* in the Preface to his *De voluptate*", en E. P. MAHONEY (ed.), *Renaissance Essays in Honour of Paul Oskar Kristeller*, New York: Columbia UP, 214-28.
- PARATORE, E. (1960): *L'epicureismo e la sua diffusione nel mondo latino*, Roma: Edizioni dell'Ateneo.
- PARENTI, G. (1993): *Benet Garret detto Il Cariteo*, Firenze: Leo S. Olschki Editore.
- PASCUAL, P. (1987): *Partículas e interacciones*. De rerum natura (Collecciò *Honoris Causa* 4), Valencia: Universitat de València.
- PASSANNANTE, G. P. (2011): *The Lucretian Renaissance: Philology and Afterlife of Tradition*, Chicago: The University of Chicago Press.
- PAZ Y MELIÁ, A. (1892): *Opúsculos literarios de los siglos XIV á XVI*, Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles (Imprenta y fundición tipográfica de M. Tello).
- PEERS, E. A. (1954): *Historia del movimiento romántico español*, Madrid: Gredos.
- PEPE, I. y REYES, J. M.^a (2001): *Anotaciones a la poesía de Garcilaso* (Letras Hispánicas 516), Madrid: Cátedra.
- PÈRCOPO, E. (1892): *Le rime del Chariteo* (Biblioteca Napoletana di Storia e Letteratura), T. I (Parte prima, Introduzione) y T. II (Parte Seconda, Testo), Napoli.
- PÉREZ GALDÓS, B. (1975): *Recuerdos y memorias*, Madrid: Tebas.
- PÉREZ MAGALLÓN, J. (1994): *Leandro Fernández de Moratín: La comedia nueva. El sí de las niñas* (Biblioteca Clásica 90), Barcelona: Ed. Crítica.
- PÉREZ MARTÍN, F. (1882²): *Curso de Literatura Latina*, Valladolid: Impr. Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez.
- PÉREZ VIDAL, A. (1997): *Mariano José de Larra. Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres* (Biblioteca Clásica 92), Barcelona: Ed. Crítica.
- PHILIPPE, J. (1895): "Lucrèce dans la théologie chrétienne du III^e au XIII^e siècle et spécialement dans les écoles carolingiennes", *Revue de l'Histoire des Religions* 32, 284-302.

- PHILIPPE, J. (1896): "Lucrèce dans la théologie chrétienne du III^e au XIII^e siècle et spécialement dans les écoles carolingiennes", *Revue de l'histoire des religions* 33, 19-36 y 125-62.
- PIERI, A. (1977): *Lucrezio in Macrobio. Adattamenti al testo virgiliano*, Messina-Firenze: Casa Editrice G. D'Anna.
- PIGMAN, G. W. (1980): "Version of Imitation in the Renaissance", *Renaissance Quaterly* 23, 1-32.
- PIGMAN, G. W. (1990): "Neo-Latin Imitation of the Latin Classics", en P. GODMAN and O. MURRAY (eds.), *Latin Poetry and the Classical Tradition. Essay in Medieval and Renaissance Literature*, Oxford: Clarendon Press, 199-210.
- PIZZANI, U. (1959): *Il problema del testo e della composizione del De rerum natura di Lucrezio* (Nuovi Saggi 25), Roma: Edizioni dell'Ateneo.
- PLÁCIDO, D. (1968): *De la naturaleza. Tito Lucrecio Caro. Traducción de José Marchena*, Madrid: Nueva Ciencia, DL.
- PLÁCIDO, D. (1999⁴ = 1983, nn.): *Lucrecio: De la naturaleza de las cosas* (Letras Universales 4), Madrid, Cátedra.
- POIGNAULT, R. (1999): "Les références à Lucrèce chez Quintilien, Fronton et Aulu-Gelle", en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce*. (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 177-98.
- PORTER, J. I. (2000): *Nietzsche and the Philology of the Future*, Stanford: Stanford UP.
- POZUELO, B. (1993): *El licenciado Francisco Pacheco: Sermones sobre la instauración de la libertad del espíritu y lírica amorosa*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de las Univs. de Sevilla y Cádiz.
- PREVITERA, C. (1943): *G. Pontano: I dialoghi* (Classici Italiani), Firenze: Sansoni, stampa.
- PRIESTMAN, M. (2007): "Lucretius in Romantic and Victorian Britain", en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 289-305.
- PROSPERI, V. (2004): "Di soavi licor gli orli del vaso". *La fortuna di Lucrezio dall'Umanesimo alla Controriforma* (Centauri), Torino: Nino Aragno Editore.
- PROSPERI, V. (2005): "Traduttori italiani di Lucrezio (1800-1902)", *Eikasmos* 16, 419-70.
- PROSPERI, V. (2007): "Lucretius in the Italian Renaissance", en Ph. HARDIE and S. GILLESPIE (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge: Cambridge UP, 214-26.
- PROSPERI, V. (2007a): "Proemi lucreziani nella poesia italiana del Cinquecento", *Materiali e discussioni per l'analisi dei testi classici* 59, 145-62.
- PROSPERI, V. (2015): "Il punto di vista del naufrago. Il proemio lucreziano nell'opera di Tasso", *Maia* 67:2, 340-53.

- PROSPERI, V. (2015a): "The Reception of Lucretius's Second Proem: The Topos That Never Was", *Lingue Antiche e Moderne* 4, 5-37.
- PROSPERI, V. (2018): "Italian Lucretius, Christian Lucretius. A Tale of Two Models in Italian Didactic Poetry from the 16th to the 18th century", pp. 115-35 (texto de una conferencia). URL: <https://www.academia.edu/36564289>. Último acceso: 17-11-2022.
- PROSPERI, V. (2020): "Lost in Translation. The Sixteenth Century Vernacular Lucretius", en Ph. R. HARDIE, V. PROSPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 145-66.
- PROSPERI, V. (2022): *Il fantasma di Lucrezio. La perduta traduzione del De rerum natura di Giovan Francesco Muscettola* (Variazioni 58), Pisa: Edizioni della Normale.
- PUCCI, G. (1966): "Echi lucreziani in Cicerone", *Studi Italiani di Filologia Classica* 38, 70-132.
- PUTATURO, A. (1998): "La miniatura napolitana durante la edad aragonesa de Tammaro de Marinis a Hoy", en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca real di Napoli al tempo della dinastia aragonesa-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 171-76.
- QUIROZ MARTÍNEZ, O. V. (1949): *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México: El Colegio de México.
- RACE, W. H. (1988): *Classical Genres and English Poetry*, New York: Croom Helm.
- RALLO, A. (1984): *Antonio de Guevara: Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Arte de marear* (Letras Hispánicas 203), Madrid: Cátedra.
- RAMÍREZ DE VERGER, A. (1990): *Catulo: Poesías* (El libro de bolsillo 1306), Madrid: Alianza Editorial.
- RAMÍREZ DE VERGER, A. (1993): "La construcción de la oda horaciana (los ejemplos de las odas II, 5 y 16)", en B. LÓPEZ BUENO (ed.): *La oda*, Sevilla: Univ. de Sevilla-Univ. de Córdoba, 47-73.
- RAMOS, V. (1970): *El mundo de Gabriel Miró* (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos 74), Madrid: Gredos.
- RAMOS, V. (1973): *Miguel Hernández* (Biblioteca Románica Hispánica. VII Campo Abierto 32), Madrid: Gredos.
- RAMOS SANTANA, C. (2002): "Traductores de las *Bucólicas* de Virgilio en la primera mitad del siglo XIX", en AA. VV. (eds.), *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, Murcia: Universidad de Murcia, 119-138.
- RASI, H. M. (1976): "Las ánforas de Epicuro: frontera entre dos Daríos", *Anales de Literatura Hispanoamericana* 5, 485-92.

- RECCHIA, V. (1971): *Sisebuto di Toletto: il Carmen de Luna* (Quaderni di *Vetera christianorum* 3), Bari: Adriatica Editrice.
- REDONDO, A. (1974): “Les premiers ‘illuminés’ castillans et Luther”, en *Aspects du libertinisme aux XVI^e siècle* (Actes du Colloque International de Sommières), Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 85-91.
- REDONDO, T. H. (1931): *Lecciones de Literatura española comparada con la extranjera* (adaptadas al cuestionario oficial vigente), Granada: Editorial Artes Gráficas Granadinas.
- REEVE, M. D. (1977): “Statius’ *Silvae* in the Fifteenth Century”, *The Classical Quarterly* 27:1, 202-25.
- REEVE, M. D. (1980): “The Italian Tradition of Lucretius”, *Italia Medioevale e Umanistica* 23, 27-48.
- REEVE, M. D. (2005): “The Italian Tradition of Lucretius Revisited”, *Aevum* 79:1, 115-64.
- REHMANN, W. (1969): *Die Beziehungen Zwischen Lukrez und Horaz*, Dissertationsdruck, Johannes Krause, Buchbinderei, 78 Freiburg im Breisgau, Katharinenstraße 1.
- RENSSELAER, W. L. (1982): *Ut pictura poesis: la teoría humanística de la pintura* (Ensayos Arte Cátedra), Madrid: Ed. Cátedra.
- REVUELTA, J. (2004): “Claves históricas para una periodización fundamental”, en T. EGIDO (coord.), J. BURRIEZA y M. REVUELTA (eds.), *Los jesuitas en España y en el Mundo Hispánico* (Ambos Mundos), Madrid: Marcial Pons, 281-311.
- REVUELTA SAÑUDO, M. (2008). *Marcelino Menéndez Pelayo: Epistolario. Vol. 01. Junio 1868 – Marzo 1876*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. URL: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcv4176>. Último acceso: 14-02-2021.
- REY, A. (1979): “La Sátira Segunda de Persio en la poesía moral de Quevedo”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 55, 65-84.
- REY, A. (1995): *Quevedo y la poesía moral española* (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica 11), Madrid: Ed. Castalia.
- REYES CANO, R. (1974-1975): “Cuatro versiones españolas de un soneto de Sannazaro (Garcilaso, Rey de Artieda y J. Delitala)”, *Revista de Filología Española* 57, 277-284.
- REYES CANO, R. (1984): *Baltasar de Castiglione: Los quatro libros del cortesano, compuestos en italiano por el conde Balthasar Castellon y agora nuevamente traducidos en lengua castellana por Boscán* (Colección Austral 549), Madrid: Espasa-Calpe.
- REYNOLDS, L. D. (1983): *Texts and Transmission: A Survey of the Latin Classics*, Oxford: Clarendon UP.
- REYNOLDS, L. D. and N. G. WILSON (1995): *Copistas y Filólogos: las vías de transmisión de las Literaturas Griega y Latina*, Madrid: Gredos.

- RIBER, L. (1992 reimp. 1947): *Juan Luis Vives: Obras completas*, 2 vols., Madrid: M. Aguilar Editor-Generalitat Valenciana.
- RICO, F. (1981): "Tradición y contexto en la poesía de fray Luis", en V. GARCÍA DE LA CONCHA (ed.), *Academia Literaria Renacentista. I. Fray Luis de León*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 245-48.
- RICO, F. (1997): *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo* (Alianza Universidad 754), Madrid: Alianza Editorial.
- RICO, F. (dir., 1998): *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., Barcelona: Instituto Cervantes-Ed. Crítica.
- RIERA, C. (1988): *La escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma, Goytisolo: el núcleo poético de la generación de los cincuenta*, Barcelona: Ed. Anagrama.
- RIERA, C. (1999): *José Agustín Goytisolo: Poesía* (Letras Hispánicas 454), Madrid: Cátedra.
- RIST, J. M. (1972), *Epicurus: An Introduction*, Cambridge: Cambridge UP.
- RIVAS CHERIF, C. (1966): *Campoamor: Poesías* (Clásicos Castellanos 40), Madrid: Espasa-Calpe S. A.
- RIVERO GARCÍA, L. (1996): "Ecos catulianos en los poemas de Prudencio", *Anuario de Estudios Filológicos* 19, 443-55.
- RIVERO GARCÍA, L. (1999): "Presencias clásicas en *Más canciones y soliloquios* de Agustín García Calvo", en M.^a C. ÁLVAREZ MORÁN y R. M.^a IGLESIAS MONTIEL (coords.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio. Actas del congreso internacional de los clásicos. La tradición grecolatina ante el siglo XXI* (La Habana, 1-5 de diciembre de 1998), Murcia: Univ. de Murcia, 243-51.
- RIVERO GARCÍA, L. (1999a): "Tradición clásica en las *Canciones y Soliloquios* de Agustín García Calvo", *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 16, 449-83.
- RIVERS, E. L. (1955): *Francisco de Aldana, el Divino Capitán*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial.
- ROCHETTE, Br. (2001): "Horace, lecteur du livre V de Lucrèce", *Latomus* 60:1, 16-20.
- RODRÍGUEZ DONÍS, M. (1989): *El materialismo de Epicuro y Lucrecio*, Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Univ. de Sevilla.
- ROMERALES, E. (1997): *Del empirismo soberano al parlamento de las ideas. El pensamiento británico hasta la Ilustración* (Historia del Pensamiento y la Cultura 25), Madrid: Akal.
- RONCERO, V. (1993): "Las *Laudes Hispaniae* de San Isidoro a Quevedo", *Analecta malacitana* 16:1, 81-92.
- RONCERO, V. y E. DUARTE (eds. 2002): *Quevedo y la crítica a finales del siglo XX (1975-2000). Volumen I: General y poesía* (Serie Quevediana 12), Berañáin: Univ. de Navarra.

- RONNICK, M. V. (1995): “*Suave mari magno: An Echo of Lucretius in Seneca’s Epistle*”, *American Journal of Philology* 116, 653-54.
- ROSTAGNI, A. (1979 = 1944): *Suetonio. De poesis e biografi minori*, New York: Arno Press.
- ROTH, T. (2017): “From Plague to Scabies. Rewriting Lucretius in Angelo Poliziano’s *Sylva in scabiem*”, en H. PFEIFFER, I. FANTAPPIÈ y T. ROTH (eds.), *Renaissance Rewritings*, Berlin-Boston: De Gruyter, 127-42.
- ROTHBERG, I. P. (1954): *The Greek Anthology in Spanish Poetry: 1500-1700*, Filadelfia: Diss. Pennsylvania State University.
- ROVIRA, J. C. (1983): *Léxico y creación poética en Miguel Hernández (estudio del uso de un vocabulario)*, Alicante: Univ. de Alicante-Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
- ROVIRA, J. C. (1984): *Juan Gil-Albert: Fuentes de la constancia* (Letras Hispánicas 205), Madrid: Cátedra.
- ROVIRA, J. C. (1990): *Humanistas y poetas en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo*, Alicante: Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”.
- ROZAS, J. M. Y G. TORRES (1986⁴ = 1980): *El Grupo poético del 27* (Cuadernos de Estudios. Serie Literatura 24-25), Madrid: Ed. Cincel.
- RUANO DE LA HAZA, J. M.^a (1994): *Pedro Calderón de la Barca: La vida es sueño* (Clásicos Castalia 208), Madrid: Ed. Castalia.
- RUBIÓ, J. (1964): *La cultura catalana del Renaixement a la decadència* (Col·leció a l’abast 17), Barcelona: Edicions 62.
- RUBIO, L. (1984): *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid: Ed. de la Univ. Complutense.
- RUBIO, F. (1995): “Prólogo”, en J. A. GOYTISOLO, *Cuadernos de El Escorial*, Barcelona: Lumen, 1-10.
- RUIZ CASTELLANOS, A. (1992): *La argumentación lógico-retórica en el De rerum natura de Lucrecio* (Tesis doctorales en microficha 18), Sevilla: Universidad de Sevilla.
- RUIZ CASTELLANOS, A. (2015): “Lucrecio, *De rerum natura*: sentido y coherencia del prólogo (1.1-148)”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 35:2, 235-61.
- RUIZ-CASTILLO, J. (1972): *El apasionante mundo del libro: memorias de un editor*, Madrid: Agrupación Nacional del Comercio del Libro.
- RUIZ DE ELVIRA, A. (1988³ = 1982): *Mitología Clásica*, Gredos: Madrid.
- RUIZ PÉREZ, P. (1999): *Juan Boscán: Poesía* (Nuestros Clásicos 26), Madrid: Ed. Akal.
- RULL, E. (1987): *La poesía y el teatro en el siglo XVIII. Neoclasicismo* (Historia y Crítica de la Literatura Hispánica 12), Madrid: Taurus.
- SACCENTI, M. (1966): *Lucrezio in Toscana: Studio su Alessandro Marchetti*, Firenze: Leo S. Olschki-Editore.

- SACRÉ, D. (1999): “Le premier Anti-Lucrèce de l’époque moderne?”, en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 345-59.
- SÁENZ DE TEJADA, C. (1971): *Juan Valera-Serafín Estébanez Calderón 1850-1858: crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde (como coyunturas humanas a través de un diplomático intelectual)*, Madrid: Ed. Moneda y Crédito.
- SAITTA, G. (1928): “La rivendicazione d'Epicuro nell'Umanesimo”, en G. SAITTA (ed.), *Filosofia italiana e Umanesimo* (Storici Antichi e Moderni), Venezia: La Nuova Italia Editrice, 55-82.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1924): “Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo”, *Revista de Filología Española* 11, 33-62 y 113-53.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F. (1997): *La Ilustración en España* (Historia del Pensamiento y de la Cultura 29), Madrid: Akal.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F. (1998): *El ensayo español 2: El siglo XVIII* (Páginas de Biblioteca Clásica 2), Barcelona: Crítica.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F. (1999): *La mentalidad ilustrada* (Pensamiento), Madrid: Taurus.
- SÁNCHEZ-BLANCO, F. (2002): *El Absolutismo y las luces en el reinado de Carlos III* (Historia estudios), Madrid: Marcial Pons.
- SÁNCHEZ-MOLINÍ SÁEZ, C. (1999): “Las bibliotecas y al-Andalus”, en J. M.^a CARABAZA y A. TAWFIK (eds.): *El saber en al-Andalus. Textos y Estudios II* (Serie Literatura 38), Sevilla: Univ. de Sevilla, 79-98.
- SÁNCHEZ REYES, E. (1950-1953): *Bibliografía hispano-latina clásica*, Santander: CSIC.
- SÁNCHEZ RON, J. M. (2020): *El país de los sueños perdidos. Historia de la ciencia en España*, Barcelona: Taurus.
- SANTANA HENRÍQUEZ, G. (1999): “Regreso a la sombra: el mundo clásico en Luis Cernuda”, M. C. ÁLVAREZ MORÁN y R. M.^a IGLESIAS MONTIEL (eds.): *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio: Actas del Congreso Internacional de los Clásicos. La Tradición Grecolatina ante el Siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de diciembre de 1998)*, Murcia: Universidad de Murcia, 253-59.
- SANTAYANA, G. (1995): *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante y Goethe* (Filosofía y Ensayo), Madrid: Tecnos.
- SARNELLI, M. (2020): “Lucretius in (moderate) Baroque: Meanings and Functions of the Lucretian *Auctoritas* in Giovanni Delfino’s Philosophical and Scientific Dialogues in Prose”, en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 251-71.
- SARTRE, J. P. (1992³ = 1989): *El Existencialismo es un humanismo*, Barcelona: Edhasa.

- SAVATER, F. (1986): "Prologo", en M. de UNAMUNO (1993⁴ = 1986): *Del sentimiento trágico de la vida* (El Libro de Bolsillo 1168), Madrid: Alianza Editorial.
- SCHMID, W. (1946): "Lukrez und der Wandel seines Bildes", *Antike und Abendland* 2, 193-219.
- SCHMIDT, F. (1962): "Lukrez bei Goethe", *Goethe* 24, 158-74.
- SCHWANITZ, D. (2002): *La cultura. Todo lo que hay que saber* (Pensamiento), Madrid: Taurus.
- SCHWARTZ, L. (1992): "Fray Luis de León y las traducciones de los clásicos: la elegía II 3 de Tibulo", *Edad de Oro* 11, 175-86.
- SCHWARTZ, L. (1996): "Las traducciones de los textos griegos de fray Luis y su contexto humanista", en V. GARCÍA DE LA CONCHA y J. SAN JOSÉ LERA (eds.), *Fray Luis de León: historia, humanismo y letras*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 527-48.
- SCHWARTZ, L. (2002-2004): "De la imaginación onírica y *La vida es sueño*", *Centro virtual Cervantes*. URL: http://cvc.cervantes.es/obref/calderon_europa/schwartz.htm (último acceso: 14-03-2021).
- SCHWARTZ, L. e I. ARELLANO (1998): *Francisco de Quevedo: Un Heráclito cristiano, canta sola a Lisi y otros poemas* (Biblioteca Clásica 62), Barcelona: Crítica.
- SCONOCCHIA, S. (1994): "Citazioni e appunti lucreziani in Leopardi", *Orpheus: Rivista di Umanita Classica e Cristiana* 15:1, 1-12.
- SEBOLD, R. P. (2003): *Lírica y poética en España* (Crítica y estudios literarios), Madrid: Cátedra.
- SEDLEY, D. (1997): "How Lucretius Composed the *De rerum natura*", en K. A. ALGRA, M. H. KOENEN and P. H. SCHRIJVERS (eds.), *Lucretius and His Intellectual Background*, Amsterdam-Oxford: Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences, 1-19.
- SEDLEY, D. (1999): "Epicurean Physics", en K. ALGRA, J. BARNES, J. MANSFELD and M. SCHOFIELD (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*, Cambridge: Cambridge UP, 362-82.
- SEDLEY, D. (2009): "Epicureanism in the Roman Republic", en J. WARREN (ed.), *The Cambridge Companion to Epicureanism*, Cambridge: Cambridge UP, 29-45.
- SEGARRA AÑÓN, I. (1991): *La presència d'Horaci en la cançó de cloenda de l'Endimione. Altres temes sobre la influència dels clàssics a Caretiu* (tesis inedita de licenciatura, Facultat de Filologia de la Universitat de Barcelona, 1991).
- SEGARRA AÑÓN, I. (1994): "El tema del *monumentum* horaciano en Benet Garret, "Il Cariteo", poeta y humanista catalán en la corte catalano-aragonesa de Nápoles", en *Actas del coloquio humanista Antonio Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca: Ed. de la Univ., 505-12.

- SEGARRA AÑÓN, I. (1997): “Virgili en l’Aragonia de Chariteo: una lectura política”, *Anuari di Filologia. Studia Graeca et Latina* 20, 67-74.
- SEGARRA AÑÓN, I. (1998): “A proposit d’una lectura sobre Benet Garret “Il Cariteo” (1450-1514) (Giovanni Parenti)”, *Faventia* 20:1, 85-94.
- SENABRE, R. (1978): *Tres estudios sobre Fray Luis de León*, Salamanca: Gráficas Europa.
- SENABRE, R. (1994): “La sombra alargada de un verso gongorino”, en F. CERDAN (ed.), *Hommage à Robert Jammes. Volume III*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1089-98.
- SENABRE, R. (1998): *Estudios sobre Fray Luis de León* (*Acta Salmanticensia*. Estudios Filológicos 268), Salamanca: Univ. de Salamanca.
- SENABRE, R. (1999): *Claves de la poesía contemporánea (de Bécquer a Brines)* (Biblioteca Filológica 10), Salamanca: Ed. Almar.
- SERÉS, G. (1989): *Huarte de San Juan: Examen de ingenios* (Letras Hispánicas 311), Madrid: Cátedra.
- SERÉS, G. (1990): *Fray Luis de León: Poesía completa* (Clásicos Taurus 2), Madrid: Taurus.
- SERÉS, G. (1994): “Estudio preliminar”, en C. DE NIGRIS (ed.), *Juan de Mena: Laberinto de fortuna y otros poemas* (Biblioteca Clásica 14), Barcelona: Ed. Crítica, IX-XXXII.
- SERRES, G. (1994): *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio: caudales y turbulencias* (trad. de J. L. Pardo Torio), Valencia: Pre-Textos.
- SESÉ, B. (1980): *Antonio Machado (1875-1939): el hombre, el poeta, el pensador* (Biblioteca Románica Hispánica 299), Madrid: Ed. Gredos.
- SEVERIN, D. S. (1991): *Fernando de Rojas: La Celestina* (Letras Hispánicas 4), Madrid: Cátedra.
- SHEPHERD, G. (1825): *Vita di Poggio Bracciolini*, 2 vols, Firenze: Presso Gaspero Ricci.
- SILES, J. (2021): “Horacio lírico revisitado: de la doctrina epicúrea a la renovación de la tradición poética”, en J. de la VILLA J. et ALII (eds.): *Forum Classicorum: Perspectivas y avances sobre el Mundo Clásico*, vol. I, Madrid: Guillermo Escolar Editor, 99-138.
- SILÍO CORTÉS, C. (1943⁴): *Isabel la Católica, fundadora de España: su vida, su tiempo, su reinado, 1451-1504* (Grandes Biografías), Madrid: Espasa-Calpe.
- SILVESTRE, M.^a L. (1996): “Walter Burley: un testimone medioevale di Epicuro”, en G. GIANNANTONI e M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo greco e romano* (Atti del Congresso Internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Bibliopolis: Napoli, 449-69.
- SINGER, Ch. (1944): “Ciencia”, en C. BAILEY (ed.), *El legado de Roma* (trad. A. J. Dorta), Madrid: Ediciones Pegaso, 358-73.
- SOCAS, F. (1985): “*Venus volgivaga* o el amor tornadizo y plebeyo”, *Eranos* 2:1, 7-17.

- SOCAS, F. (1996): *Juvenal: Sátiras* (El libro de bolsillo 1810), Madrid: Alianza Editorial
- SOCAS, F. (1998): “Introducción”, en RAMÍREZ DE VERGER, A., R. SOCAS y L. RIVERO GARCÍA (eds.), *Ovidio: Obra amorosa III. Remedios de amor. Cremas para la cara de la mujer* (*Alma Mater*. Colección de Autores Griegos y Latinos), Madrid: CSIC, XV-LXXXIII.
- SOCAS, F. (2003): *Lucrecio: La naturaleza* (Biblioteca Clásicos Gredos 316), Madrid: Gredos.
- SOCAS, F. (2011): “Afrodisíacos” y “Magia en el amor”, en R. MORENO SOLDEVILA (ed.), *Diccionario de motivos amorosos en la Literatura Latina (siglos III a. C. – II d. C.)* (*Exemplaria Classica* Anejo II), Huelva: Univ. de Huelva, 22-24 y 251-57
- SOCRATE, M. (1998): “Lecturas: Primera parte. Prólogo”, en F. RICO (dir.), *Miguel de Cervantes: Don Quijote de la Mancha: Volumen complementario* (Biblioteca Clásica 50), Barcelona: Ed. Crítica, 12-14.
- SOLARO, G. (2000): *Lucrezio: Biografie umanistiche* (Paradosis 3), Bari: Edizioni Dedalo.
- SOLARO, G. (2020): “The Story of Lucretius”, en Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.), *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, 325-38.
- SORIA, A. (1956): *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnánimo (según los epistolarios)*, Granada: Univ. de Granada.
- SORIA OLMEDO, A. y D. ROMANO (1986): *León Hebreo: Diálogos de amor* (Colección Metrópolis 3), Madrid: Ed. Tecnos.
- SPAETH, J. W. (1946): “Cicero, Model for Lucretius?”, *The Classical Journal* 42, 105-6.
- SPENCE, G. (1988): “Shelley, Lucretius, and Images of Reality”, *Journal of the Australasian Universities Language and Literature Association* 70, 313-320.
- SPIEGELMAN, W. (1985): “Some Lucretian Elements in Wordsworth”, *Comparative Literature* 37:1, 27-49.
- TAISNE, A.-M. (1999): “Le *De rerum natura* et la *Thébaïde* de Stace”, en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce* (Actes du colloque tenu à Tours, 3-5 décembre 1998), Tours: Centre de Recherches A. Piganiol, 165-75.
- TAIT, J. I. M. (1941): *Philodemus’ Influence on the Latin Poets*, Pennsylvania: Bryn Mawr Diss.
- TENENDI, A. (1959-1960): “La polemica sulla religione di Epicuro nella prima metà del secolo”, *Studi Storici* 1:2, 227-43.
- TERRADILLOS, A. M.^a (1847): *Colección de trozos selectos de Literatura Latina, extratados de los principales autores clásicos, y ordenados por géneros para que puedan servir de modelos en los ejercicios prácti-*

- cos, tanto de la asignatura de Retórica y Poética, como de la superior de Literatura Latina*, 2 vols, Madrid: Imprenta de D. José Félix Palacios.
- TERRADILLOS, A. M.^a (1847a): *Colección de trozos selectos de Literatura Española, extractados de los mejores hablistas castellanos, y ordenados por géneros para que puedan servir de modelos en los ejercicios prácticos de la asignatura de retórica y poética, como igualmente para texto de la versión y composición en la de Literatura Latina*, 2. vols., Madrid, 1847: Imprenta de D. José Félix Palacios.
- TIMPANARO, S. (1988): "Epicuro, Lucrezio e Leopardi", *Critica Storica* 25:3, 359-402.
- TOMMASO, B. (1974³ = 1956): *Opere di Torquato Tasso* (Classici Italiani), vol. II, Torino: Unione Tipografico-Editrice Torinese.
- TONELLIS, Th. de (1964 = 1832): *Poggii Epistolae* (ristampa anastatica), Torino: Bottega d'Erasmus.
- TOOHEY, P. (1996): *Epic Lessons. An Introduction to Ancient Didactic Poetry*, London and New York: Routledge.
- TOSCANO, G. (ed.) et ALII (1998): *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana.
- TOSCANO, G. (1998a): "La biblioteca dei re della corona d'Aragona tra Napoli, Parigi e Valencia", en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 177-82.
- TOSCANO, G. (1998b): "La formazione della biblioteca di Alfonso il Magnanimo, documenti, fonti, inventari", en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 185-219.
- TOSCANO, T. R. (1998c): "La letteratura a Napoli in età aragonese", en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 139-67.
- TOSCANO, G. y Th. HAFFNER (1998): "La biblioteca reale dalla morte del Magnanimo all'arrivo di Carlo VIII", en G. TOSCANO (ed.), *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese-La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 223-67.
- TOSI, R. (2000¹³ = 1991): *Dizionario delle sentenze latine e greche* (Biblioteca Universale Rizzoli), Milano: Rizzoli Libri S.p.A.
- TRAINA, A. (1972): "Lucrezio e la congiura del silenzio", en *Dignum dis. A Giampaolo Vallot*, Venezia: Libreria Universitaria, 159-68.

- TRAVER, Á. J. (1997): reseña a A. Moss, *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, *Tempus* 17, 109-12.
- TRAVER, Á. J. (1999): "Anotaciones a Lucrecio 3.445-58: nacimiento, madurez, vejez y muerte psicósomática del hombre", *Habis* 30, 143-51.
- TRAVER, Á. J. (1999a): "Dos ejemplos de recepción clásica: Lucrecio 2, 1-13 en fray Luis de León y en Lord Byron", *Anuario de Estudios Filológicos* 22, 459-74.
- TRAVER, Á. J. (1999b): "El motivo del 'Dinero todopoderoso' en Quevedo: precedentes clásicos de la expresión 'poderoso caballero es Don Dinero'", *Exemplaria* 3, 37-50.
- TRAVER, Á. J. (2000): "El sabio epicúreo en Lucrecio II 1-13: fuentes y recepción en los Siglos de oro españoles", en M. A. MÁRQUEZ, A. RAMÍREZ DE VERGER y P. ZAMBRANO (eds.), *El retrato literario. Tempestades y naufragios. Escritura y reelaboración* (Actas del XII Simposio de la SELGYC), Huelva: Univ. de Huelva, 449-56.
- TRAVER, Á. J. (2000a): "La estructura clásica del *priamel* y su recepción en Fray Luis de León", *Veleia* 17, 279-91.
- TRAVER, Á. J. (2000b): reseña a A. García Calvo (ed.), *T. Lucreti Cari de rerum natura*, Zamora: Editorial Lucina, 1997, *Tempus* 24, 45-59.
- TRAVER, Á. J. (2001): "Las fuentes clásicas en el 'Discurso de la Edad de Oro' del *Quijote*", *Actas de las II Jornadas de Humanidades Clásicas*, Almendralejo: I. E. S. Santiago Apóstol, 82-95.
- TRAVER, Á. J. (2002): "El himno a Epicuro de Lucrecio, *De rerum natura* III 1-30: tres ejemplos de recepción clásica", *Actas del XIII Simposio de la SELGYC*, León: Univ. de León, 743-58.
- TRAVER, Á. J. (2009): *Lucrecio en España o la recepción de un epicúreo en la literatura española*, 2 vols., tesis doctoral, Cáceres: Univ. de Extremadura.
- TRAVER, Á. J. (2011): "Revaluación del manuscrito lucreciano *Caesaraugustanus* 11-36", *Exemplaria Clásica: Journal of Classical Philology* 15, 113-121.
- TRAVER, Á. J. (2013): reseña a Stephen Greenblatt, *De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Barcelona: Editorial Crítica, 2012, *Littera Aperta* 1, 83-88.
- TRAVER, Á. J. (2014): "La importancia de las polianteas para la recepción de Lucrecio en España durante los siglos XVI y XVII", *Philologica Canariensis* 20, 135-52.
- TRAVER, Á. J. (2015): "La inspiración lucreciana en la poesía del conde de Noroña", *Littera Aperta* 3, 5-21.
- TRAVER, Á. J. (2016): "Lucrecio en la novela *Crematorio* de Rafael Chirbes", *Littera Aperta* 4, 5-36.
- TRAVER, Á. J. (2017): "El manuscrito 287 de la Biblioteca Menéndez Pelayo y su copista", *Littera Aperta* 5, 39-54.

- TRAYER, Á. J. (2018): "El epicureísmo de Pío Baroja", *Littera Aperta* 6, 43-62.
- TRAYER, Á. J. (2019): "La traducción de Lucrecio del presbítero Matías Sánchez (ms. II 646 de la Biblioteca del Palacio Real)", *Cuadernos de Filología Latina. Estudios Latinos* 39:2, 291-312.
- TRAYER, Á. J. (2020): "La estructura retórica y la inspiración senequiana de la "Canción al Oro" de Juan de Jáuregui", *Studia Philologica Valentina* 22, 83-101.
- TRAYER, Á. J. (2021): reseña a Ph. R. HARDIE, V. PROPERI and D. ZUCCA (eds.): *Lucretius Poet and Philosopher. Background and Fortunes of De rerum natura* (Trends in Classics-Supplementary Volumes n.º 90), Berlin-Boston: De Gruyter, en *Exemplaria Classica* 25, 307-16.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1977³ = 1970), *Medio siglo de cultura española* (1885-1936), Madrid: Ed. Tecnos.
- TURNER, P. (1959): "Shelley and Lucretius", *The Review of English Studies* 39, 269-82.
- TUTRONE, F. (2021): "Lucrezio e Carlo Magno. A proposito dell'epistola di Dungal sulle eclissi (*MGH Epistolae IV Karolini aevi* II, pp. 570-578)", en C. M. LUCARINI, C. MELIDONE y R. RUSSO (eds.): *Symbolae Panhormitanae: Scritti filologici in onore di Gianfranco Nuzzo*, Palermo: Palermo UP, 517-56.
- ULLMAN, B. L. (1928): "Tibullus in the Mediaeval *Florilegia*", *Classical Philology* 23, 128-74.
- ULLMAN, B. L. (1931): "Valerius Flaccus in the Mediaeval *Florilegia*", *Classical Philology* 26, 21-30.
- ULLMAN, B. L. (1932): "Classical Authors in Medieval *Florilegia*", *Classical Philology* 27, 1-42.
- UREÑA, J. (1999): "Diego Hurtado de Mendoza y las selecciones de la *Antología Planudea*", *Florentia Iliberritana* 10, 303-30.
- UZCANGA, F. (2005): *El Censor* (Clásicos y Modernos 2), Barcelona: Ed. Crítica.
- VALBUENA, Á. (1982⁹): *Historia de la Literatura Española: siglo XVII*, T. III, Barcelona: Ed. Gustavo Gili, S. A.
- VALDEÓN, J. (1987): "La cultura a fines de la Edad Media. Declive de la escolástica y nacimiento del Humanismo", en J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR, RUIZ DE AGUIRRE y J. VALDEÓN (eds.), *Manual de Historia Universal IV: Edad Media*, Madrid: Nájera, 535-41.
- VALENTÍ, E. (1949): *Lucrecio* (Clásicos Labor VIII), Barcelona: Ed. Labor.
- VALENTÍ, E. (1983² = 1962): *Lucrecio: De la naturaleza*, 2 vols., Madrid: CSIC.
- VALERA, J. (1864): *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, T. I, Madrid: Librería de A. Durán.

- VALERA, J. (1902): *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, 2 vols., Madrid: Librería de Fernando Fé.
- VALVERDE, J. M. (1987): “Libertad: una palabra recuperada”, en *Meditacions sobre la llibertat, amb motiu de la recuperació del lama “Libertas” a l’escut de la Universitat de Barcelona. Acte inaugural del curs 1987-1988*, Barcelona: Universitat de Barcelona, 5-17.
- VERA, F. (2002): *Pedro Núñez Delgado: Epigramas* (Palmyrenvs. Serie Textos 4), Madrid: Laberinto.
- VERNET, J. (1999): *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona: El Acantilado.
- VESPERINI, P. (2017): *Lucrece. Archéologie d’un Classique européen*, Paris: Fayard.
- VIDAL, J. L. (1997): “Virgilio”, en C. CODOÑER (ed.), *Historia de la Literatura Latina* (Crítica y Estudios Literarios), Madrid: Cátedra, 155-75.
- VIDAL, J. L. (2004): “Joaquim Balcells, el llatísta de la Universitat Autònoma”, en J. MALÉ, R. CABRÉ y M. JUBRESA (eds.): *Del Romanticisme al Noucentisme: els grans mestres de la Filologia Catalana i la Filologia Clàssica a la Universitat de Barcelona* (Aula Carles Riba), Barcelona: Univ. de Barcelona, 93-106.
- VILANOVA, A. (1957): *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora*, Madrid: CSIC.
- VILLARROEL, I. (2011): “Autores y obras extractados en el manuscrito de Tarragona, Biblioteca Pública del Estado, 94”, en M.^a JOSÉ MUÑOZ JIMÉNEZ (ed.), *El florilegio: espacio de encuentro entre los autores antiguos y medievales* (Textes et Études du Moyen Age 58), Porto: Fédération Internationale des Instituts d’Études Médiévales, 209-28.
- VIÑAYO, A. (1990): “San Isidoro de Sevilla y sus técnicas de documentación científica”, *Memoriae Ecclesiae* 2, 43-54.
- VOLK, K. (2002): *The Poetics of Latin Didactic: Lucretius, Vergil, Ovid, Manilius*, Oxford: Oxford UP.
- WAGENBLASS, J. H. (1946): *Lucretius and the Epicurean Tradition in English poetry*, Harvard: Ph. D. Dissertation unpubl.
- WALSER, E. (1914): *Poggius Florentinus. Leben und Werke*, Leipzig-Berlin: G. B. Teubner.
- WARREN, J. (ed. 2009), *The Cambridge Companion to Epicureanism*, Cambridge: Cambridge UP.
- WEINGAERTNER, A. D. (1874): *De Horatio Lucretii Imitatore*, Halis apud I. F. Lippertum.
- WEST, D. (1969): *The Imagery and Poetry of Lucretius*, Edinburgh: Edinburgh UP.
- WILLIAMS, W. (2016): “‘Well Said/Well Thought’: How Montaigne Read his Lucretius”, en D. NORBROOK, St. HARRISON y Ph. HARDIE (eds.), *Lucretius and the Early Modern* (Classical Presence), Oxford: Oxford UP, 135-60.

- WILLIS, J. (1972): *Latin Textual Criticism*, Urbana-Chicago-London: Univ. of Illinois Press.
- WILSON, C. (2016): "The Presence of Lucretius in Eighteenth-Century French and German Philosophy", en J. LEZRA y L. BLAKE (eds.), *Lucretius and Modernity: Epicurean Encounters Across Time and Disciplines*, New York: Palgrave Macmillan, 71-88.
- WILSON, E. M. y D. MOIR (1982): *Historia de la literatura española. III. Siglo de oro: teatro* (Letras e ideas, Instrumenta 3), Barcelona: Ariel.
- WINSPEAR, A. D. (1963): *Lucretius and Scientific Thought*, Montreal: Harvest House.
- WIRTH, J. (1977): "Libertins et Epicuriens: aspects de l'irréligion au XVI^e siècle", *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 40, 601-27.
- WÖHLER, R. (1876): *Ueber den Einfluss des Lucrez auf die Dichter der Augusteischen Zeit I.*, Greifswald: Druck der Universitäts-Buchdruckerei von F. W. Kunike.
- WOLL, L. (1907): *De poetis latinis Lucreti imitatoribus. Disertatio inauguralis quam ad summos in philosophia honores ab amplissimo philosophorum ordine Academiae Alberto-Ludovicianae Frigurgensis rite impetrandos*, Friburgi Brisigaviae ex Officina Typographica Charitatis.
- WOLTJER, J. (1987 = 1877): *Lucretii philosophia cum fontibus comparata*, New York: Garland Publishing.
- WRIGHT, M. R. (1997): "Philosopher Poets: Parmenides and Empedocles", en Ch. ATHERTON (ed.), *Form and Context in Didactic Poetry*, Bari: Levante Editori, 1-22.
- YNDURÁIN, D. (1994): *Humanismo y Renacimiento en España* (Crítica y Estudios Literarios), Madrid: Cátedra.
- YONA, S. (2022): "Introduction", en S. YONA and G. DAVIS (eds.), *Epicurus in Rome: Philosophical Perspectives in the Ciceronian Age*, Cambridge: Cambridge UP., 1-8.
- YONA, S. and G. DAVIS (eds. 2022): *Epicurus in Rome: Philosophical Perspectives in the Ciceronian Age*, Cambridge: Cambridge UP.
- ZAMBRANO, P. (2000): "Humanización, cosificación y animalización en la técnica del retrato en *Madame Bovary* y *La Regenta*", en *Homenaje a la Profesora Carmen Pérez Romero*, Cáceres: Univ. de Extremadura, 159-72.

APÉNDICE DOCUMENTAL

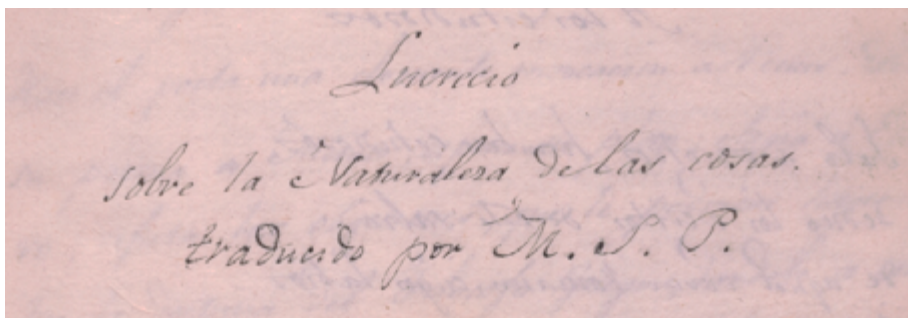


Lámina 1: ms. II 646 de la BPR, fol. 1r.: suscripción de la traducción castellana del *De rerum natura* con las siglas de Matías Sánchez ¿Presbítero?

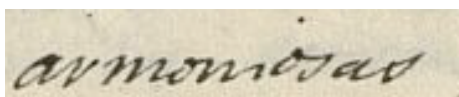


Lámina 2: ms. 530(10) de la BHMV, "Discursos", fol. 2r., línea 6.

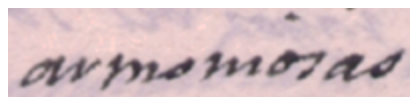


Lámina 3: ms. II 646, fol. 41v., verso 23.



Lámina 4: colofón del ms. 287 de la BMP, fol. 260v.

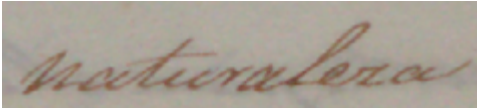


Lámina 5: ms. 287, fol. 101r., verso III 1101.

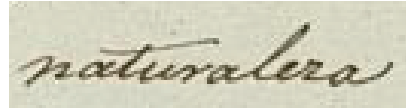


Lámina 6: censura n.º 10 de Ramón María Estabiel (fol. 117, línea 17).

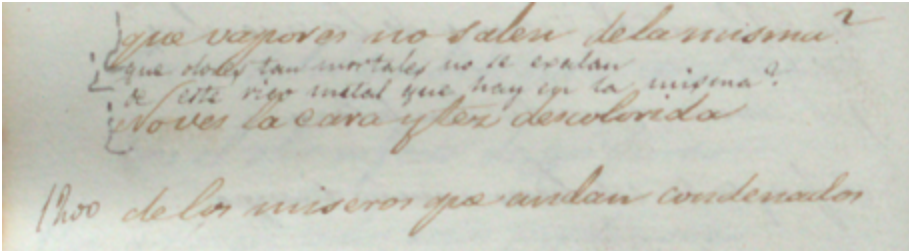


Lámina 7: ms. 287, fol. 241v. Versos añadidos del canto sexto (vv. 1197-98) por Matías Sánchez en la copia de Ramón María Estabiel.

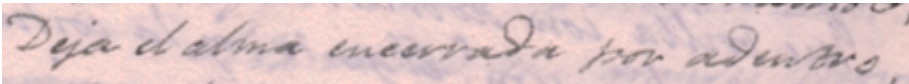


Lámina 8: ms. II 646, fol. 121r., verso 9.

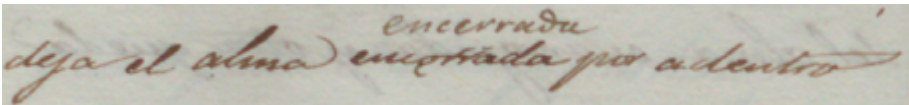


Lámina 9: ms. 287, fol. 143v., verso IV 1332. Corrección de Matías Sánchez.

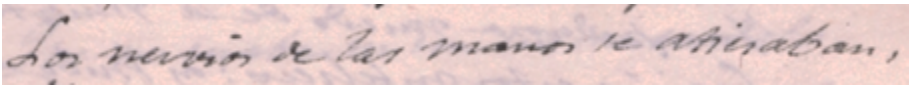


Lámina 10: ms. II 646, fol. 199r., verso 22.

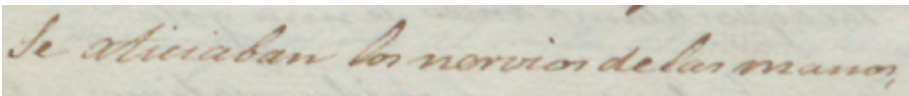


Lámina 11: ms. 287, fol. 256v., verso VI 1756.

- Abad, Diego José 258 n. 461, **357** y n. 646
- Abad Nebot, F. 482 n. 882
- Abbagnano, N. 78 n. 51, 124 n. 98, 248 y n. 429, 249
- Abellán, J. L. 472
- Abrams, M. H. 375 n. 681
- Abry, J.-H. 71 y n. 29
- Academia Alfonsina 129
- Antoniana 129, 553
 - de Letras Humanas 325, 341 n. 627
 - de los Ociosos 201
 - del Buen Gusto 333
 - del Cimento 253 y n. 448
 - Española de la Lengua 264, 365, 421
 - Greco-Latina 253 n. 447, 254 n. 450, 272-77, 273 y n. 501, **282-86, 289-96**, 296 y n. 557, 422 n. 779, 558
 - Horaciana 340 n. 627
 - Pontaniana 129-33, 145-46, 160, 551, 553
- Accio 75, 160 n. 216
- Acereda Extremiana, A. 476
- Acosta Méndez, E. 32, 72, 81, 82 n. 67, 95 n. 29, 200, 216, 227 n. 377
- Acquaviva, Andrea Matteo 132
- Acunio, Manrique 137 n. 155
- adanismo 493
- Addison, Joseph 425 n. 787
- Adonis 165
- aemulatio* 34, 65, 69, 154, 174, 179, 180, 190, 194, 205, 217, 233, 243 n. 421, 311, 322, 327, 366, 368, 387, 391, 398, 516
- aetas Epicurea* 261
- Afonso, Alvaro 118 n. 76
- Aguilar Piñal, F. 252 n. 444, 259 n. 463, 264 n. 480, 296 n. 556
- Agustín, Antonio 91 n. 13, 201 n. 314, 552
- Agustín de Hipona 77, 83 n. 75, 101, 107, 212 n. 338, 272, 275-76, 427
- ἀκαταπληξία 45
- Alarcón, Pedro Antonio de 407
- Alas, Leopoldo (Clarín) 407, 411 n. 751, **461-62**
- Alatorre, A. 31, 263 n. 475
- Alberti, Rafael 487
- Albiac, Gabriel 34
- Alborg, J. L. 332, 371 n. 665, 406 nn. 732 y 735, 407 n. 738, 408 n. 739
- Albrecht, M. von 33, 39 n. 2, 41 nn. 9 y 12, 51 n. 40, 55 n. 55, 71, 76, 82 n. 70, 83 n. 72, 87 y n. 3, 89 n. 7, 90 y n. 12, 101, 116 n. 69, 135 n. 148, 153, 249 n. 432, 251 n. 439, 262 n. 474, 342 n. 629, 373 n. 673, 375, 465 n. 838, 467 n. 845, 469 n. 852, 473 n. 863, 482 n. 879

- Alcalá Galve, A. 155 n. 202, 156 y n. 204, 198 n. 299, 380
- Alcántara García, Pedro de 452 n. 817
- Alciati, Andrea 232 n. 394
- Alcina, J. F. 169, 174 y nn. 241 y 243, 175 n. 245, 176 n. 247, 193 n. 285, 194
- Alcina Franch, J. 127 n. 116, 129, 132
- Alcio 51
- Alcmeón de Crotona 43 n. 18
- Alcuino de York 79 n. 57, 88, 89 n. 10, 92, 93, 100, 115 n. 64
- Aldana, Francisco de 150, **180-83**, 183 y n. 259, 230 n. 388, 494, 518
- Aldhelm de Malmesbury 88
- alegoría 142, 154, 170 n. 238, 178 n. 251, 191, 218 n. 356, 232, 386, 433, 505, 507
- Aleixandre, Vicente 240 n. 413, 487, **492-94**
- Alejandro VI (papa) 29, 132 n. 135, 133 y n. 141
- Alejandro Magno 48 n. 30
- Alenza, Leonardo 374 n. 675
- Alfaya, J. 527
- Alfeno Varo 66
- Alfonsi, L. 65 n. 7, 71 nn. 29 y 30, 83 n. 73, 87 n. 1, 191 n. 282
- Alfonso V “el Magnánimo” 126-32, 126 y nn. 109 y 111, 127 y n. 117, 128 y n. 122, 129 y nn. 124 y 125, 132 y n. 135, 551-52
- Alfonso X “el Sabio” 342, 526
- Alfonso de Burgos, Pedro 137 n. 155
- Algra, K. A. 46 n. 27
- Aliocha Coll 546 n. 972
- Allen, D. C. 120 n. 85, 559
- allusio* 34, 192, 196, 209, 216, 334, 350, 370, 389, 391 n. 709, 397, 452, 464, 475, 486 n. 891, 494 n. 903, 500, 531
- Almarcha, Luis 508 n. 920
- Almuzara, Javier 525 n. 944
- Alonso, Dámaso 132 n. 136, 159 n. 213, 168 n. 234, 189 n. 277, 190-96, 214, 485, 487 y n. 893, 491, **509-15**, 510 y n. 924, 514 y n. 930, 558-59
- Altamura, A. 128 n. 121
- Altilio, Gabriele 131
- Alturo, J. 108 n. 53
- Alvarado, Lisandro 301 nn. 568 y 569, 305 n. 572
- Álvarez Baena, José A. 264
- Álvarez Cienfuegos, Nicasio 333, 389 n. 707
- Álvarez de Toledo, Gabriel 330 n. 607
- Álvarez Pérez, G. 480, 498 n. 907, 510 n. 924
- Alzieu, P. 212, 213
- Amadeo I 274
- Amafinio, Gayo 51, 52 n. 42
- amarga medicina 115-17, 153-55, 175
- Ambrosio de Milán 101, 104, 213, 427
- Ament, E. J. 258 n. 460
- Amor 167-68, 476
- amor agri dulce 208, 378, 379, 401-2
- amor omnia vincit* 222 n. 365
- amor sceleratus habendi* 230 n. 386, 339, 340
- amplificatio* 34, 192, 322, 437, 475
- Anacreonte 226, 474
- anacreóntica 331 n. 610, 336, 369, 371, 381 n. 699, 382 n. 701
- Anastasio 77
- Anaxágoras 43 n. 18, 45 n. 22
- Anaximandro de Mileto 43 n. 18
- Anaxímenes de Mileto 43 n. 18
- ancilla Theologiae* 248, 413
- andalucismo 484

- Anderson, E. M. 184 n. 262
 Andrés, R. 326, 361, 374, 375 n. 683,
 376, 391, 399
 ἄνευ σέθεν 213
 Angeleri, C. 181
anima 58 y n. 64, 89 n. 10, 187 n.
 271, 200 n. 309, 212 y n. 338,
 275, 293, 485, 499-500, 512-13,
 520
anima mundi 465 n. 839, 466 n.
 841
animus 58 y n. 64, 89 n. 10, 182,
 444
 Anisio, Giano 132
 Anjou, Carlos de 126 n. 109
 Anjou, Renato de 126 n. 109
 Antelo, A. 338 n. 625
 antiaristotelismo 556
 antikrausismo 416 n. 768
Anti-Lucretius 258-61, 334 n. 619,
 342 n. 629
 antilucrecianismo 55, 139, 293 n.
 554, 387, 470
 Antípatro de Sidón 304 n. 571
 antiprovidencialismo 30, 83 n. 75,
 470, 501, 510
antiqui auctores 187, 250, 331, 560
 antiteología 83 n. 75, 286 n. 541, 479
 Antolín, G. 91 n. 13, 96 n. 31, 134 n.
 144, 165, 552
 Antolín Sánchez, J. 50 nn. 31 y 34
 Antón Martínez, B. 199 n. 304
 Antonio de Ferraris 132
 Antonio de Guevara 72 n. 31, 214 n.
 345
 Aparisi y Guijarro, Antonio 276 n.
 510
 Apolinar, Sidonio 78 n. 52, 96 n. 31
 Apolodoro "Cepotirano" 50 y n. 33,
 425 n. 786
aponía 49
 Aqueronte 58, 69, 226, 322 n. 586,
 557, 559
 Aquila, Matteo dell' 132
 Aragón, María de 167 n. 231
 Aranda, Pedro de 133 n. 141
 Araujo, Joaquín 259, 260 n. 466,
 357
 Araujo Costa, L. 447
arbore sub quadam 67 n. 18
 Arcaz Pozo, J. L. 218 n. 357
 Arce, J. 205 n. 322, 331 n. 613, 332,
 338 n. 624, 341, 389
 Arcipreste de Hita 73
 Arellano, I. 227, 233
 Arenal, Concepción 299-300, 424
 aretalogía 166, 322, 343, 358, 386,
 437, 450, 451, 454, 477
 Aretino, Pietro 165
 Arévalo, Faustino 99
 Arguijo, Juan de 214 n. 347, **223-26**,
 224 y n. 369, 236, 238
 Arias Aisa, M.^a del Mar 544 n. 968
 Ariosto, Ludovico 161 n. 217, 215 n.
 348
 Aristóbulo 45
 Aristóteles 45 n. 22, 60, 68 n. 23, 72
 n. 33, 81 n. 66, 93 n. 24, 108, 135,
 141 n. 171, 184 n. 263, 201 n. 313,
 248, 249 n. 430, 292, 328 n. 601,
 331 n. 611, 480 n. 874, 520
 aristotelismo 29, 43-45, 84 n. 78,
 156, 164 n. 225, 181, 248-49, 328,
 335 n. 621, 468, 560-61
 Aristóxeno 80 n. 62
 Arjona, Manuel M.^a de 333, 340 n.
 627
 armonía imitativa 269, 309
 armonismo 412 n. 755
 Arnaud, André 467, 559
 Arnobio 83, 136 n. 153, 141, 144, 174
 n. 244
 Arnold, Matthew 39 n. 1

- Arolas, Juan **391**
 Arquelao el “Físico” 237
 arquetipo (Ω) 64 y n. 5, 95 n. 28
 Arrighetti, G. 43 y n. 16, 63 n. 3, 120 n. 87
 Artigas Ferrando, M. 227, 277, 280 nn. 519 y 520
 Asclepiades 448 n. 811
 Asconio Pediano 118 n. 77
 Asencio, P. 282
 Asensio, E. 227 n. 376
 Ashcom, B. B. 116 n. 68
 Asmis, E. 46 n. 26, 55 y n. 54
 Astorgano, A. 252 n. 444, 259 y n. 463
 Astrana Marín, L. 228 n. 379
 astronomía 59, 102, 113, 120, 124, 130 y n. 127, 172, 249 y n. 430, 332, 349, 425, 443, 460, 520
 Atalanta 165
ataraxía 49, 462, 468, 475, 478
 ἀταραξία 45, 169, 170 n. 238, 180, 194, 205, 352, 470, 507
 Ateneo de Barcelona 412 n. 755, 424 n. 782, 442
 - de Madrid 325 n. 593, 414, 458, 461, 520 n. 937
 ateísmo 51 n. 41, 83 n. 73, 103, 135, 140 n. 167, 155 n. 202, 228 n. 378, 252-62, 266 n. 484, 297-301, 300 y n. 567, 334, 374-76, 409-19, 417 n. 773, 455 n. 822, 461, 463, 465-69, 544, 560
 atomismo 30, 45 y n. 22, 53, 57-58, 81 n. 66, 83 n. 75, 103 n. 49, 142, 186, 211, 250 n. 435, 257, 266, 297 n. 562, 334, 404 n. 726, 410 n. 749, 411, 443 n. 805, 465 n. 838, 466 n. 841, 467 n. 846, 468, 560-61
 átomo 29-30, 44, 46-48, 53, 55, 57-59, 89, 141, 185 n. 266, 221, 234-35, 261, 267, 302, 303, 311, 336, 400 y n. 717, 401 y nn. 717 y 718, 404, 410 n. 749, 417, 419, 436, 446 n. 809, 447-48, 450, 456, 457 y n. 824, 462 y n. 829, 468, 483, 491, 504, 516, 522, 525 n. 944, 531 n. 954, 532, 538-39, 538 y n. 962, 547, 559-61
 atributos de amor 167
auctor damnatus 84, 285
 Augusto, Octaviano 71, 134, 192
 Augusto de Cueto, L. 279, 313 n. 582
 Aullón de Haro, P. 325, 333 n. 616, 371 y n. 665, 373 n. 674, 374, 381, 406 n. 732, 407-8
 Aulo Gelio 73 n. 37, **75**, 76, 96 n. 31, 118 n. 76, 177
aurea aetas 237
aurea mediocritas 49, 67 n. 20, 192, 196 n. 292, 205, 212, 341, 354, 397, 507
 Aurispa, Giovanni 117 n. 76, 127 n. 114
 αὐτόματος βίος 237, 338
 Auvray-Assayas, C. 71
 Ávalos, Alfonso de 167 n. 231
 Avati, Pupi 32 n. 5
 Averroes 84 n. 79, 89 n. 8
 Avieno 94 y n. 27, 264 n. 480
 Ayet, Jesús 457 n. 824
 Azara, José Nicolás de 160 n. 216
 Azcárate, Gumersindo de 415, 452 n. 816
 Azorín 420 n. 775, 473 y n. 862
 Babcock, R. G. 87 n. 1, 88
 Bacon, Francis 58 n. 64, 97 n. 36, 152 n. 194, 249, 264 n. 480, 266, 334, 424
 Badia, L. 137 n. 155
 Baehr, R. 333 y n. 615
 Bailey, C. 21, 39 n. 1, 40, 42, 43 n. 15, 44 n. 21, 45 y n. 22, 46 nn. 25

- y 26, 48 n. 30, 50 n. 37, 53, 54 n. 50, 55 nn. 51 y 52, 56 n. 57, 57 n. 62, 58 n. 63, 60 y n. 67, 64, 66 n. 13, 67 n. 15, 71, 84 n. 77, 88, 91 n. 17, 92 n. 22, 93, 94 y n. 26, 104 n. 50, 120, 212 n. 338, 222 n. 365, 225 n. 370, 246, 285 n. 536
- Balcells, Joaquim 434 n. 797, 555, 556
- Balmes, Jaime 415
- Balsinde, I. 294
- Baltasar del Alcázar 180
- Balzac, Honoré de 406 n. 732
- Baquero Goyanes, M. 483 n. 885
- Barahona de Soto, Luis 331 n. 612
- Baranda, C. 155 n. 202, 156
- Barbaro, Ermolao 132
- Barbaro, Francesco 65, 118 n. 78, 119
- Barbou, Joseph 554
- Barbour, R. 253
- Barnstone, W. 490
- Baroja, Pío 452 n. 816, 473 y n. 862, **482-83**, 482 y n. 881, 483 y nn. 885 y 886, 486
- Barra, G. 54 n. 49
- Barral, Carlos 525
- Barreda, P.-E. 32, 201 n. 314
- Bartrina, Joaquim M.^a 406, **455-57**, 455 y n. 822, 558
- Basile, P. 128 n. 121
- Basíledes 50, 51 n. 38, 425 n. 786
- Basilio el Grande 79 n. 58, 80 n. 61, 81, 107, 144, 292 n. 551
- Bataillon, M. 124 n. 97, 141 n. 171, 155 n. 202, 210 n. 331
- Baudelaire, Charles 498
- Bayle, Pierre 261, 484, 561
- Bayo, M. J. 199 n. 302
- Beall, C. B. 190
- beatus ille* 212, 214 n. 345, 370 n. 644, 477, 507
- Beaumont, George 374 n. 676
- Beauvais, Vincent de 99
- Beccadelli “el Panormita”, Antonio 122 n. 89, **126-30**, 126 y n. 111, 127 y n. 117, 128 y n. 122, 129 y n. 124, 551, 552
- Becker, G. 91 nn. 18 y 19
- Becker-Cantarino, B. 208 n. 326
- Bécquer, Gustavo Adolfo **400-2**, 448, 484, 498
- Beda el Venerable 78 n. 51, 88, 89 n. 9, 99
- Beddie, J. S. 90 n. 12
- Bellarmino, Roberto 135 n. 148
- Bellay, Joachim du 502 n. 915
- Bello, Andrés 312 y n. 581, **329** y n. 604, 357
- Belowski, E. 227 n. 378
- Bembo, Pietro 125 nn. 102 y 104, 133, 139 n. 162, 160, 165 n. 226, 167 n. 231
- Benalcio 215-16
- Benavente, Jacinto 473 n. 862
- Benet Garret “el Cariteo” 130 n. 126, 131 n. 132, 132, 134 n. 142, **145-53**, 145 y nn. 180 y 183, 146 y n. 184, 151 y n. 193, 551
- Benítez, M. 406 n. 733, 541 n. 965
- Benko, S. 237 n. 407
- Bentham, Jeremy 329 n. 602
- Beraldo, Nicolás 140 nn. 166 y 168
- Bérardier de Bataut, François-Joseph 258 n. 462
- Berchem, D. v. 52 n. 42, 63 n. 1, 66 n. 13
- Berdejo, Antonio 381
- Beretta, M. 28 n. 2, 42 n. 14
- Bergson, Henri 40 n. 3, 42 n. 13, 376, 403 n. 724, 416, **465-66**, 465 y n. 838, 470
- Bermúdez, Jerónimo 231 n. 390
- Bernat d'Olesa i Rovira, Pere 561

- Bernat Metge 137 n. 155, 434 n. 797
 Berni, Juan Bautista 292 n. 550
 Bernier Luque, Juan **515-16**
 Bertelli, S. 117 n. 72, 119 nn. 80 y 82,
 124 n. 98, 127 nn. 114, 115 y 117,
 136 n. 152
 Beye, C. R. 356 n. 644
 bien mostrenco (*sine domino*) 98,
 116, 154 n. 198, 191
 Bignone, E. 44 n. 21, 76 n. 46, 87 n.
 1, 88 y n. 6, 89, 90 n. 11, 91, 99,
 101, 120 n. 87
 Billanovich, Giuseppe 92
 Billanovich, Guido 87 n. 1, 90 n. 12,
 98 n. 39
 Binski, P. 552 n. 1
 Bión de Borístenes 229 n. 384
 Blanco García, F. 455 n. 822
 Blanco López, S. 420 n. 776, 424 n.
 785
 Blanco Pérez, J. I. 96 n. 33
 Blanco y Crespo, José M.^a 333, 340
 n. 627
 Blecua, J. M. 115, 201, 213 y n. 343,
 214 n. 344, 228 n. 379, 229 y n.
 382, 231
 Bloom, Harold 17
 Blotio, Hugo 94
 Blüher, K. A. 15, 32, 73, 79 n. 55,
 199 n. 304, 205, 217 n. 353, 234
 n. 398
 Boas, G. 338 n. 625
 Bobbio (monasterio) 91, 94, 100
 Boccaccio, Giovanni 134, 138 n. 158,
 141 n. 170
 Boccuto, G. 122
 Bodelón, S. 64, 76 n. 43, 91, 93, 95 n.
 28, 108, 109
 Boecio 78 n. 52, 96 n. 31, 108, 109 n.
 56, 249 n. 430
 Böhl de Faber, Cecilia 373 n. 672
 Boileau, Nicolas 366 n. 658
 Bolívar, Simón 329, 358
bonae litterae 128
 Bonfils, F. 258 n. 462
 Bonincontri, Lorenzo 70 n. 26, 102,
124, 127 y n. 114, 130, 142 n. 172,
 181, 359 n. 647, 417 n. 773, 551
 Bono Serrano, Gaspar 279
 Borelli, Giovanni A. 253 n. 449, 307
 n. 573
 Borghini, Vincenzio 141 n. 170
 Borgia, Girolamo 130 n. 128, 160 y
 n. 215
 Borja, Alfonso de (*vid.* también
 Calixto III) 133
 Borja, Rodrigo de (*vid.* también
 Alejandro VI) 133
 Borra, S. 376 n. 686
 Borsari, Elisa 17, 27
 Boscán, Juan 132, 134 n. 142, 145,
157-60, 157 y nn. 207, 208 y 209,
 159 y nn. 211, 212 y 213, 164, 215
 n. 348, 331 n. 609, 551, 556
 Bougainville, Jean-Pierre 258 n.
 462, 259 n. 463
 Braulio de Toledo 102
 Botticelli, Sandro 224 n. 369 (*La
 primavera*)
 Boucher, J.-P. 68 n. 21
 Bousoño, Carlos 509
 Bover, Joaquín M.^a 311
 Boyancé, P. 51 y n. 41, 52 nn. 41 y
 42, 54 n. 50
 Boyd, A. 249 n. 430
 Boyle, Robert 561
 Bracciolini, Poggio 29, 41, 65, 88,
 98, **117-20**, 119 y nn. 80, 81 y 82,
 122 n. 89, 124, 125 n. 107, 127 n.
 117, 297 n. 564, 552
 Brancaleone, Giovan Francesco 293
 n. 553
 Brecht, Bertolt 467 n. 845

- Brehaut, E. 99 y nn. 42 y 43, 100, 101 y n. 45, 109
- Bretón de los Herreros, Manuel **389-91**
- Brines, Francisco 208 n. 326, 525 n. 944
- Brome, Alexander 74 n. 39
- Brown, A. 28 n. 2, 124 n. 98, 125 n. 103
- Brown, John Mason 116 n. 68
- Brown, R. D. 53 n. 46, 54 n. 49
- Brown, V. 115 n. 64
- Bruni, Leonardo 79 n. 58, 117, 125 n. 104
- Bruno, Giordano 41 y nn. 8 y 9, 135 n. 148
- Büchner, K. v. 56 n. 57, 95 n. 28
- Buck, A. 90 n. 12, 98 n. 39
- Budé, Guillaume 124 n. 98
- buena nueva 80
- Bueno, Gustavo 34 n. 9, 250 n. 435, 297 n. 563
- Burgos Olmo, Francisco Javier de **312-14, 362-65, 363 n. 654**
- Burney, Pierre 483 n. 885
- Burrieza, J. 357 n. 645
- Busini, Giovambattista 138 n. 158
- Bustillo, Eduardo 451-52
- Butterfield, D. 40 n. 5, 55, 64, 76 y n. 43, 78, 90 n. 12, 91 n. 14, 92, 93, 94, 95 nn. 28 y 30, 98, 114, 552
- Byron, Lord 227 n. 378, 375 y nn. 683 y 684, 391, 394 n. 712, 446, 448 n. 811, 479
- Caballero, Fernán (*vid.* también “Böhl de Faber”) 373 n. 672
- Caballero Bonald, José 540
- Cabanyes, Manuel de **388-89, 389 y n. 707**
- Cabrera, V. 494
- Cadalso, José **376-81**
- Caesaraugustanus* (ms.) 56 n. 58, 213, 552, 556 n. 6
- Cagigal, Fernando 384
- Calafat Vila, R. 312 n. 579
- Calderón, Estébanez 446
- Calderón de la Barca, Pedro 197, **241-47, 242 y n. 419, 243 y nn. 420 y 422**
- Calero Román, J. 516
- Calímaco 52 n. 43, 533
- Calixto III (papa) 133
- Callimaco Esperiente, Filippo 123 n. 94
- Calpurnio Pisón, Lucio 66 n. 12, 73
- Calpurnio Sículo 96, 422 n. 779
- Calvino, Juan 84, 135, 137 n. 155
- Calvo Sanz, R. 391 y n. 710, 392, 394 n. 713, 444
- Cambroner, José María 272, 274, 283 n. 529, 289, **290-91, 295, 296**
- Camerota, M. 250 n. 435
- Camillo, O. di 155 n. 202, 156
- Camões, Luís V. de 325 n. 590, 556
- Campailla, Tommaso 262 n. 472
- Campbell, G. 403 n. 724
- Campoamor, Ramón de 266 n. 484, 407 n. 737, 408 n. 742, **443-46, 443 y n. 806, 448, 453 n. 820**
- Camposampiero, M. F. 257 n. 457
- Camus, Albert 466
- Camús, Alfredo Adolfo 411 n. 751, 420 n. 776, 434 n. 798, 458, 461
- Canalejas y Méndez, José 30, 260, 405 n. 730, 411 n. 751, 418
- Canali, Luca 39 n. 1
- Cancela, A. 520 n. 937
- Candel, M. 409 n. 746, 411 n. 750, 467, 468
- Candelas, M. Á. 227 n. 376
- Canella Secádes, F. 277 n. 516
- Canfora, D. 88 n. 5

- Canfora, L. 39 n. 1, 40 n. 4, 63 n. 2, 64 n. 4
 Canning, G. 258 n. 462
 Canónica 46-47, 46 y n. 26, 53, 58, 188
 Cansinos, Rafael 479 n. 873
 Canter, Wilhem 68 n. 24
 Cañizares, José de 158 n. 210
 Capaneo 70
 Capece, Scipione 133, 138, 142 n. 172, 160
 Capelle, W. 45 n. 23, 46 n. 25, 48 n. 30
 Capitán Díaz, A. 157, 198, 250, 265 n. 483, 266, 357
captatio benevolentiae 184
 Caracciolo, Galeazzo 131
 Caracciolo, Giovan F. 131
 Caracciolo, Giulio Cesare 160
 Caracciolo, Roberto 137 n. 155
 Caracciolo, Tristano 131
 Caranza, Pedro 133 n. 141
 Carbajosa Aguilera, M. 325 n. 589
 Carbone, Girolamo 132, 133
 Carbonell, Pere Miquel 132 n. 135
 Carbonero, León 290 n. 546
 Cardenal, Ernesto 525 n. 944
 cardenal Cisneros 198 n. 299, 552 n. 1
 cardenal Lorenzana 257 n. 457
 Cárdenas, Francisco M.^a 283 n. 529
 Cardona, R. 420, 459 n. 826, 461
 Cardoso, Isaac 187 n. 271, 561
 Cariou, M. 465 n. 838
 Carlomagno 93, 100 n. 44, 115 n. 64
 Carlos I o V 29, 133 n. 139, 157, 164, 165 n. 226, 167 y n. 231, 197
 Carlos III 134, 251 n. 442, 263 n. 477, 380
 Carlos IV 286 n. 539, 340 n. 627
 Carlos X 290
carmen continuum 52 n. 43, 524
 Carnéades 51 n. 41
 Carnero, G. 370, 474 n. 865
 Carnicero y Weber, Manuel 273-75
 Caro, Rodrigo 223, 235 n. 403, 484 n. 887
carpe diem 50, 67 n. 20, 157, 208 n. 326, 211, 212, 232, 236 n. 405, 504, 507, 540
 Carreño, A. 215 y n. 348, 216, 217 y n. 353, 218 n. 356, 219, 220, 221, 222 n. 365, 223 n. 366, 477 n. 870
 Carrillo y Sotomayor, Luis 234 n. 398
 Cartagena, Alonso de 78 n. 55, 116 n. 70, 291 n. 549, 555, 559
 Carvajal 132 n. 135
 Cascajero Garcés, J. de Dios 39 n. 1, 40 n. 5, 471 n. 856
 Cascales, Francisco de 228 n. 378
 Cassovio, Giorgio 142
 Castelli, G. 45 n. 24, 66 n. 13, 67 n. 18, 220
 Castiglione, Baltasar de 157-58 n. 209, 160 n. 213, 179
 castigos del más allá (de ultratumba) 53, 54 n. 48, 58, 236, 298 n. 566, 366-67, 445, 461, 496, 547-48
 Castillo Bejarano, M. 574
 Castro, Pedro de (conde de Lemos) 201, 213
 Castro Guisasola, F. 154 n. 198
catastemáticos (placeres) 49
 Catena, E. 334 n. 618
 Catio 43 n. 18
 Catón “el Viejo” 51, 352, 421
 Catulo **65-66**, 65 y n. 9, 66 y nn. 9, 10 y 12, 74, 92 n. 22, 108, 136, 146 n. 184, 218 n. 357, 382 n. 701, 422 n. 779, 425 n. 786, 446, 447, 474, 526 n. 946
 Ceccarelli, A. 43, 556 n. 5

- Cecilio Estacio 70 n. 28
 Cecilio Natal 78 n. 53
 Céfiro 164, 326, 327, 349, 383, 384, 448 n. 811, 492
 Cejador, J. 154 n. 198
 Celaya, Gabriel 449 n. 813, 510, 527 n. 944
 Celso, Cornelio 118 n. 77
 censura 32 n. 5, **135-44**, 182, 212 n. 341, **251-62**, 253 y n. 445, 256 n. 455, 283 y n. 531, 285, 287 n. 542, **290-301**, 293 y n. 554, 296 n. 559, 380 y n. 695, 414 n. 762, 426 n. 788, 452 n. 816, 514 n. 931, 541, 560-61, 622
 Cernuda, Luis 31, 407 n. 737, 443, 484 n. 887, **498-505**, 498 y nn. 906, 907 y 908, 505 y n. 917, 510 n. 924
 Cerri, G. 43 n. 18
 Cervantes, Miguel de 66 n. 14, **183-89**, 184 y nn. 261 y 262, 185 y n. 266, 197, 242 n. 419, 462, 505
 Cervini, Marcello 138
 Cervo, N. 474 n. 864
 César, Cayo Julio 41, 96 n. 31, 108, 272 n. 500, 368 n. 599
 Cesáreo de Arlés 170 n. 238
 Chaniot, M. 554
 Chardin, Pierre Teilhard de 466
 Charleton, Walter 467, 560
 Chateaubriand, vizconde de 391
 Chaves, Á. R. 452
 Cherchi, G. 287
 Cherchi, P. 128 n. 120
 Chiappini, G. 240, 368
 Chirbes, Rafael 16, 32, 33, 410 n. 749, 463 n. 831, **546-48**, 551, 559
 Chométy, Ph. 28 n. 2, 285 n. 537
 Cicarelli, Lorenzo 257
 Cicerón, Marco Tulio 39 n. 1, 40, 42, 50 n. 36, 52 nn. 42 y 44, 56 n. 59, 63 y n. 1, **70-71**, 70 y n. 28, 72 n. 32, 74, 78 n. 55, 87, 88 n. 5, 90, 93 n. 24, 96 n. 31, 118 n. 77, 121, 153, 199, 201 n. 313, 242 n. 419, 249 n. 430, 259 n. 463, 272 n. 500, 293 n. 552, 297, 298 n. 564, 311 n. 578, 377 n. 690, 412 n. 753, 420, 468 y n. 850, 479, 521-23
 Cicerón, Quinto Tulio 40, 70 n. 28, 113, 521-23
 Ciccuto, M. 117 nn. 72 y 75, 118 n. 76, 119 n. 81, 122 n. 89, 125 n. 107, 127 n. 117, 128 n. 121
 Cilveti, A. L. 246
 Ciplijauskaitė, B. 203, 205 y n. 322, 206, 208 n. 329
 Círculo Filológico Matritense 423
 círculo literario 98 n. 39, 122 n. 89, 133, 402 n. 721, 406, 442
 - de Lovato Lovati 92, 98 n. 39
 - de Mecenas 66-67
 - napolitano 126-28, 127 y n. 117, **129-32**, 131 y n. 133, 159-60
 - neotérico 65-66
 - sevillano 223, 236, 238
 Císcar, Gabriel 15, 251, 287, **313-24**, 321 n. 586, 327, **342-48**, 342 y n. 629, 424 n. 782
 Clark, A. C. 65, 117 n. 72, 118 n. 78, 119 y n. 81
 Clark, J. R. 72 y n. 34
 clasicidad 235, 338, 434, 555
 Classen, C. J. 56 n. 56, 308 n. 576
 Claudiano, Claudio 78 n. 52, 96 n. 31, 109, 422 n. 779
 Clavería, C. 157 n. 207, 159, 208 n. 328, 223 n. 366, 225 n. 372, 326 n. 373
 Clavier (bibliotecario) 127 y n. 116
 Clay, D. 44 n. 21
 Clemente Alejandrino 81 y n. 65, 101 n. 46, 144, 248 n. 428, 468 n. 850

- Clemente Romano 106
clinamen 48, 410 n. 749, 468-69, 547 y n. 974
 Close, A. 184, 242 n. 419
 Cockayne, Aston 74 n. 39
 Colegio Imperial de Madrid (San Isidro) 214, 241 y n. 418, 278, 284, 335, 339, 368
 Coleridge, Samuel T. 374
collige, virgo, rosas 208 y n. 326, 232, 234 nn. 398 y 399
 Coloma, Juan 134 n. 142
 Colón, Cristóbal 29, 443 n. 806
 Colón, Diego 283
 Colonna, Crisóstomo 131 n. 132, 132
 Colonna, Francesco 125 n. 104
 Columela 32, 88 n. 5, 100, 264 n. 480, 271 n. 497, 298 n. 564, 531
 Compañía de Jesús 143, 189 y n. 278, 190 y n. 279, 198, 241, 335, 368, 443
complexio 56, 307
 Comte, Augusto 402-3, 402 y n. 720, 403 n. 722, 406
 Comte-Sponville, André 471 n. 857
 conceptismo 198, 200 n. 307
 Concilio de Constanza 117
 - de Letrán 136
 - de Trento 182 n. 258, 413, 560
 - Vaticano I 410
 Concha, Antonio 420 n. 774
concinntas 308
 concordato 410
 Conde, P. 88
 Condillac, Étinne Bonnot de 424, 561
 Coniglio, G. 133 n. 140
 Conrado de Mure 89
 conservación de la materia 483, 486, 547
consolatio 246 n. 423, 499
 Consolo, R. 146 n. 184, 151 n. 193
 Constancio 100
constitutio textus 27, 75, 92
contaminatio 34, 104, 146 y n. 186, 148, 178 y n. 251, 181, 183, 196, 323, 359 n. 648, 370, 380, 500
 Conte, G. B. 146 n. 186
 contrarreformismo 29, 32, 199 n. 301, 200, 229 n. 380
controversia 491
 Copérnico, Nicolás 332, 472
 Copleston, F. 329 n. 602, 403 y n. 723, 404 y n. 725, 464 n. 834, 465 n. 838, 466 n. 842, 468
 Coppini, D. 69 n. 25
 Corbacho Cortés, C. 223-24 n. 368
 Corbie (monasterio) 91 y n. 19, 94, 98
 Cornario, Jano 232 n. 394
 correa transmisora 72, 116
corrector Saxonicus 93
 correlato objetivo 145, 164, 178, 223, 240-41, 481, 507
 Cortines, J. 148 n. 187
 Cosme III 254, 257
 Cosme de Médici 181
 Cosmología 53, **59-60**, 59 y n. 66, 525
 Cossío, J. M.^a 166, 199 n. 302, 405
 Costa, G. 253 nn. 445 y 446, 260 n. 467, 291 n. 548, 296 nn. 559 y 560
 Costanzo, Angelo di 161 n. 217
 Cota, Aurelio 71
cotidie morimur 234 n. 398
 Cotta, Giovanni 131 n. 132, 132
 Cottagnies, L. 276 n. 511
 Courtney, W. P. 41 n. 10
 Couson, A. 258 n. 460

- Covarrubias, Sebastián de 23, 161 n. 218, 165 n. 228, 175 n. 246, 185 n. 268, 215 n. 349
- Crawford, J. P. W. 181
- Creech, Thomas 41 n. 10, 252 n. 444, 287 y n. 543, 311 y n. 578, 376, 428, 483 n. 885, 554-56, 558 y n. 7, 561
- Crespo, A. 188 n. 274
- Crinito, Pietro 140 n. 167
- criptograma 507
- Crisóstomo, Juan 81, 170 n. 238, 229 n. 384
- cristianismo **78-79**, 78 y n. 53, 81 n. 64, 87, 90, 141 n. 171, 144, 156, 256 n. 453, 358, 403 n. 723, 409-10, 412 n. 755, 416 n. 769, 449, 461 n. 827, 465
- reformista 299, 413
- senequiano 72
- Cristóbal de Castillejo 231 n. 390
- Cristóbal López, V. 32 y n. 6, 67 n. 18, 189 n. 276, 195, 199 nn. 302 y 303, 208 n. 327, 211 n. 333, 235 n. 403, 336, 521 n. 939, 538 n. 961
- Critias 68 n. 23
- Critolao 51 n. 41
- Croce, B. 126 n. 110, 129, 133 n. 140
- Crosby, J. O. 227 n. 376
- Crum, R. B. 43 n. 17, 333 n. 616, 342 n. 629, 374 n. 678, 403 n. 724
- Cruz, san Juan de la 323
- Cruz del Pozo, M.^a V. 200 n. 311
- Cuenca, Luis Alberto de 34, 195 n. 291, 208 n. 326, **533-36**, 533 y n. 957
- Cuevas, C. 163 n. 222, 168, 170 n. 238, 174 nn. 241 y 243, 175 y n. 246, 176 n. 247, 177, 178 n. 251, 179
- culteranismo 198, 203
- culturalismo 474
- Curtius, E. R. 16-17, 33, 69 n. 25, 116 n. 65, 125 n. 106, 149 n. 188, 164 n. 224, 490 n. 899
- D'Agostino, G. 124 n. 98, 127, 128, 132 n. 137
- d'Ors, Miguel **531-32**
- Dalzell, A. 262 n. 474
- Damasceno, Juan 170 n. 238
- damnationes Lucretii* 138, 265, 275, 289, 293
- Danaides 146, 223, 226, 367, 480
- Dandeleth, Th. J. 133 y nn. 139 y 141
- Dante Alighieri 138 n. 158, 188 n. 274, 191, 386, 460, 462
- Darío, Rubén 208 n. 326, 473 n. 862, 474, **475-78**, 476 y n. 868
- Darwin, Charles R. 298, 403 y n. 724, 405, 413 n. 762, 414 n. 762, 416, 450 n. 814, 451, 455 n. 822, 461, 465
- Darwin, Erasmus 43 n. 17, 348, 403 n. 724
- darwinismo 405 n. 730, 409, 414 n. 462, 422, 466 n. 841
- Davies, G. A. 168 n. 232, 169, 171
- De Caro, M. 547 n. 974
- De Carlos Villamarín, H. 100, 108
- De Galaín, R. 423, 428 y n. 792
- De la Flor, F. 197 nn. 295 y 296, 198 n. 300, 199 nn. 301 y 305, 211 n. 335, 229 n. 380, 248 n. 427
- De Nolhac, P. 127 n. 114
- De Ochoa, E. 312, 325
- De Villena, L. A. 165 n. 226, 498 n. 908, 516
- de vitae fugacitate* 211, 234, 538, 540
- De Witt, N. W. 67 n. 16
- Debicki, A. P. 515
- Decembrio, Pier Candido 128 y n. 118, 129 n. 124
- Deisser, A. 124, 127 n. 116, 130 n. 129

- Del Valle, A. 415, 417 n. 771
 Del Vento, Ch. 375 n. 685
delectare, docere, movere 53-54
delectatio 324
 Delfino, Giovanni 30 n. 4
deliciae 98
deliramenta Epicuri 84
 - *Lucretii* 140, 275
 Deloin, Francisco 140 n. 166
 Demócrito 45 y n. 22, 47 n. 29, 57
 y n. 60, 108, 135 n. 149, 141, 212
 n. 338, 221, 297, 410, 417, 443 n.
 805, 455 n. 821, 467 n. 846, 483,
 526, 561
 denuesto de la riqueza (*auri sacra
 fames*) 27, 156 n. 206, 183, 192,
 215-16, 230 n. 386, 385 n. 702,
 470 n. 855
 Deschamps, L. 66 n. 13, 76 n. 47
descriptio temporum (*vid.*
 “estaciones”)
 Deufert, M. 53, 90 n. 12, 91 n. 13, 92-
 94, 95 n. 28, 552-53
 Dewey, John 416
 Deyermund, A. D. 153 n. 197
 diálogo platónico 521-22
 Diano, C. 48 n. 30, 50 n. 31
 diatriba cínico-estoica 229-30, 229
 y n. 384
 - contra el amor apasionado 150, 156
 n. 203, 163, 178, 182, 206, 351,
 378-79, 400, 401-2, 416 n. 769,
 446, 479-80, 518-19, 530-31, 533-
 35, 557, 559
 - contra el temor a la muerte (voz de
 la Naturaleza) 54 n. 48, 388, 557,
 559
 Díaz de Toledo, Pero 79 n. 58
 Díaz Larios, L. F. 167
 Díaz-Plaja, F. 288, 349
 Díaz y Díaz, M. C. 109 n. 54
 Dickens, Charles 406 n. 733
 Diderot, Denis 286 n. 541, 455 n. 821
 Dido 160 n. 216, 371 n. 667, 420
 Diego, Gerardo **495-98**, 499 n. 909
 Diels, H. 77, 95 n. 28, 101, 156 n. 206
 Dietrich, Paul-Henrich (barón de
 Holbach) 286 n. 541, 455 n. 821
 Díez Fernández, J. I. 164-66
 Diógenes de Babilonia 51 n. 41, 170
 n. 236
 Diógenes de Enoanda 57 n. 61, 73,
 300 n. 567
 Diógenes Laercio 46 n. 26, 51 n. 38,
 120, 156, 467 n. 850, 468, 482 n.
 881, 484
 Diomedes 88
 Dionigi, I. 42 n. 13, 63 n. 1, 64 n. 5,
 223 n. 366, 308 y n. 576, 309, 310
 n. 577, 515 n. 932
 Dionisio (escolarca) 50, 425 n. 786
 Dionisio Aeropagita 80 n. 64
 Dioscórides, Pedáneo 175 n. 246
 Dobson, W. 258 n. 462
Doctor Ecclesiae 100
 doctrina social 468
 Dolbeau, F. 90 n. 12, 91
 Dolç, M. 199 n. 302
 Dolet, Étienne 41 n. 10
 Dolfi, L. 492 n. 901
 Domínguez, J. M.^a 376 n. 687
 Don Juan Manuel **115-17**, 116 y n. 70,
 187 n. 272
 Donato 66, 76, 115 n. 63, 249 n. 430
 Donne, John 143
 Donohue, H. 68, 137, 304 n. 571, 308
 n. 576
 Dorandi, T. 46 n. 25, 50 n. 34
 Dorat, Jean 135 n. 147
 Draconcio 109
 Dressel, H. 101 n. 45
 Du Rondel, J. 261 n. 468

- “Du-Stil” 322-23, 327, 343, 358, 437, 450, 477, 517
ductus 276, 277, 284 n. 532
 Dudith, Andreas 556
dulcia solacia vitae 194-95, 362
 Dulière, A. 251 n. 440
 Dungall 89, 93
 Edicto de Milán 87
editio ciceroniana 40, 63-64
 - *princeps* 63, 145 (*Endimione*), 153 n. 197 (*La Celestina*), 159 n. 211 (*Obras de Boscan*), 164 n. 225 (*De infinitate primi motoris*), 254 n. 452 (trad. de Marchetti), 296 n. 556 (*El padre de familias*), 301 (trad. de Marchena), 554 (trad. de Marchetti)
 - *lucretiana* (1473) 124, 153 n. 197, 555
 - *probiana* 63-64
 Eckhart, Johannes 465 n. 836
 eclecticismo 72, 79, 81 n. 65, 101, 163-64, 175, 248 y n. 428, 412-13, 425, 443
 ἡδονή 45 n. 23
 Egido, A. 203 n. 318, 214 n. 347, 519 n. 934
 Egnazio, Battista 41 n. 10, 125 n. 104
 Einstein, Albert 472, 483 n. 885
El amigo del pueblo (periódico) 452
El censor (periódico) 251-52, 259 n. 464, 397 n. 715
El imparcial (periódico) 312
El poeta (periódico) 336
El solfeo (periódico) 462
élan vital 465 y n. 839, 470
emblemata 199 n. 301, 232 n. 394
 Empédocles 43 n. 18, 54 n. 50, 130, 229 n. 382, 297, 328, 490
 Empírico, Sexto 44 n. 21, 467 n. 850
 encíclica 87 n. 2, 410
 enciclopedia 263, 424
 - francesa 251 n. 440, 333, 377 n. 690
 - medieval 95 n. 29, 99, 102
 endecasílabo blanco (suelto) 272, 274-75, 282, 286-87, 294, 307, 326, 350, 437
 Eneas 72 n. 34, 160 n. 216, 314, 322, 541
 engaños del amor 179, 238-39
 Engels, Friedrich 403 n. 723, 468-69
 Ennio 51 y n. 39, 52 n. 44, 75, 76, 108
 Entrambasaguas, J. 211 n. 332
 Epicteto 72, 98 n. 40, 141 n. 171, 170, 226, 227 n. 377, 377 n. 690, 467 n. 849, 559
Epicuri de grege porcum 67, 83 n. 74, 464, 483-84
 Epicuro 28, 32, 39 n. 2, 40, 41 nn. 8 y 11, 42-43, **44-45**, 46 n. 26, 47 n. 28, 48 n. 30, 49-51, 53, 54 y n. 50, 55 nn. 53 y 54, 57 y nn. 60 y 61, 59 y n. 67, 67 n. 15, 72 y n. 33, 73, 80 n. 62, 81 y n. 65, 82 nn. 67 y 68, 83 y n. 75, 87 n. 2, 89 n. 10, 108, 113 n. 58, **120-23**, 124 n. 97, 131 n. 134, 135 n. 150, 140 n. 168, 141, 144, 154, 170 nn. 236 y 238, 184 nn. 261 y 262, 187 y n. 271, 193, 195 n. 291, 200 n. 310, 212 n. 338, 216, 221 y n. 363, 227 nn. 375 y 377, 228 n. 378, 229 y n. 381, 231 n. 390, 261-62, 286, 297 y n. 562, 298 n. 566, 300 n. 567, 302, 304, 308, 316-17, 328, 334, 336, 342, 344, 349, 354, 375, 394, 397 n. 715, 404, 406, 410 n. 750, 412, 417, 419, 424 n. 782, 426 n. 788, 427, 436, 443 n. 806, 448, 449 n. 812, 451, 455 n. 821, 464, **467-72**, 476-78, 482-84, 488 n. 897, 498-99, 501, 506, 513, 522, 526, 540 y n. 964, 547, 559-61

- epicureísmo 28 n. 2, 40-43, 45 n. 25, **46-52**, 55 n. 54, 59 n. 67, 63 n. 1, 66 y n. 10, 67 nn. 16 y 20, 68 n. 21, 72, 78 y n. 52, **80-82**, 89 nn. 7 y 8, **120-24**, 126 n. 111, 127 n. 114, 128 n. 118, 137, 140, 144, 169, 170 n. 236, 180, 184 n. 261, 187 n. 271, 193 n. 286, 200, 205 n. 320, 207, 211 n. 337, 212, 215 y n. 350, 237, 249 nn. 431 y 434, 251 n. 439, 254, 263, 271 n. 498, 300, 394, 401, 402, 409, 412 n. 753, 421, 434, 462, **464-72**, 476 y n. 868, 477, 478, 482 n. 882, 483 y n. 886, 498 n. 908, 502, 508 n. 920, 535, 557
- campano 43, 134
 - cristianizado 30, 184 n. 261, 253
 - en España 32, **155-57**, 184-85, **226-33**, 559-60
 - napolitano 551
- epífora 308
- epilogus* 54
- epiquerema 56 y n. 59, 307, 324
- epístola moral 68 n. 23, 164, **193-97**, 214, 231
- epítome 55 n. 53, 57, 228
- Equicola, Mario 182, 351 n. 641
- Eraso, Francisco de 214
- Erasmus de Róterdam 123, 135 n. 149, 141 n. 171, 184 n. 261, 198, 210 n. 331, 242 n. 419, 246
- Erler M. 48 n. 30
- Ernout, A. 159
- erotodidaxis* 530, 545
- erotología 163 n. 221, 529
- Escaligero, Julio César 43 n. 19, 328 n. 599
- escepticismo 45 n. 25, 51 n. 41, 58 n. 25, 261, 297 n. 563, 405, 408 y n. 742, 413 n. 760, 418, 434, 443-44, 462-63, 467, 482, 491, 560
- Escolar, H. 110
- escolasticismo 125, 186, **247-50**, 266, 335 n. 623, 416, 418
- Escorial* (revista) 509
- Escoto Eriúgena, Juan 89
- Escuela poética de Barcelona 525
- Espartaco 41
- especialización incipitaria 146 y n. 186, 152, 176, 212, 477
- Espinel, Vicente 154 n. 199, 214
- Espinosa de los Monteros, Manuel E. 273 y n. 504, 275
- Espluga, X. 434 n. 797
- Espronceda, José de 325, **369-70**, 372, 375 n. 683, **391-96**, 399, 408 n. 742, 446
- Esquilo 159 y n. 212, 434, 462
- Estabiel, Ramón M.^a 281, 283-85, 622
- Estacio, Cecilio 70 n. 28
- Estacio, Publio Papinio 32, 65, **69-70**, 76, 87, 96 n. 31, 119 n. 81, 180 n. 254, 227 n. 376, 296 n. 558, 422 n. 779
- estaciones (*descriptio temporum*) 223-25, 311, 383-84, 423, 451 n. 815, 557
- Estala, Pedro 366 n. 657
- Estasén y Cortada, Pedro 404, 412 n. 755, 413, 424 n. 782, **442**
- Estética Cuántica 457 n. 824
- Estienne, Henri 96
- Estobeo 468 y n. 850
- estoicismo 45 n. 25, **71-73**, 72 y n. 33, 78-80, 156, 170 n. 236, 205, 226, 498 n. 908
- Estratón de Sardes 167 n. 230
- ἡσυχία (*vid.* también “*otium*”) 67
- Éter 237 n. 409
- etopeya 346
- Ettinghausen, H. 199 n. 306, 227 n. 376, 228

- Eugenio IV (papa) 126 n. 109
 Eulogio de Córdoba 115 n. 63
 Eurídice 70
 Eurípides 159 n. 211, 533
 Eusebio de Cesarea 425 n. 786
 Eutiquiades, Constantino 446
 evangelio 78, 80 n. 61, 141, 143 n. 177, 248, 389 n. 707, 409, 461
 Evelyn, John 200 n. 308, 291 n. 547
evidentia (ἐνάργεια) 54 n. 46, 220, 393
excerpta 75, 95 n. 30
exclusus amator 153 n. 195
 exégesis bíblica 250
 - racionalista 144, 146, 168, 226 n. 374
exemplum mythologicum 183, 204 n. 319, 208, 226
 - *naturale* 161, 215
 - *vitae* 113
exornatio 56-57, 307
 Eyb, Albrecht von 153
 Fabian, B. 342 n. 629
 Fabié, Antonio M.^a 264, 406 n. 733
 Fabulo 66 n. 12
 Facio, Bartolomeo 125 n. 104, 127, 128 n. 119, 130 n. 129, 132 n. 135, 559
 Fajardo, Saavedra 199
 Fantazzi, Ch. 125 n. 101
 Faria e Sousa, Manuel de 557
 Farrington, B. 51 n. 41, 63, 66 n. 13, 71 n. 29
 Faulhaber, Ch. B. 108 n. 52
 Favero, M.^a T. 165 n. 227
 Fay, Michel du 554
 Fedro (escolarca del Jardín) 50
 Fedro (fabulista) 422 n. 779
 Feijoo, Benito Jerónimo 265 n. 483, 271 n. 498, 292, **333-35**, 336, 342 n. 629, 344
 Felipe II 134 y n. 144, 165, 197
 Felipe IV 214 n. 344, 219 n. 360, 238
 Félix, Minucio 78 n. 53
 Ferguson, M. 55, 57 n. 61, 63 n. 3, 73, 93, 262 n. 474
 Fernández Alba, A. 140
 Fernández Álvarez, M. 134 n. 143
 Fernández de Andrada, Andrés 68 n. 23, **193-97**, 231 y n. 389
 Fernández de Heredia, Juan 117 n. 74
 Fernández de Moratín, Leandro **340-42**
 Fernández de Moratín, Nicolás 227, 331 n. 610, 332 n. 615, 333, **335-39**, 364, 557
 Fernández-Galiano, M. 164 n. 223
 Fernández González, Á-R. 333
 Fernández-Guerra, A. 228 n. 379
 Fernández López, J. 498 n. 906
 Fernández Valenzuela, B. 357 n. 646
 Fernando II de Aragón, el Católico 29
 Fernando II de Médici 253 n. 447
 Fernando VI 334
 Fernando VII 16, 272 n. 500, 295, 313, 365, 371, 402 n. 721
 Fernando de Aragón, duque de Calabria 552
 Ferrante I de Nápoles 126 n. 111, 129, 130 n. 126, 145, 149, 551-52
 Ferrari, Ángel 411 n. 751
 Ferrari, Emilio 408 n. 743
 Ferri Coll, J. M.^a 502 n. 915
 Festo Avieno, Rufo 94
 Festugière, A. J. 50 n. 31
 Feuerbach, Ludwig 403 n. 723, 455 n. 821
 Ficino, Marsilio 80 n. 64, 102, 122-23, 125 n. 104, 137 n. 156, 163 n. 221, 182 n. 257, 293, 465 n. 839, 488 n. 898

- Figuera, Ángela 509
figurae 271, 310-11, 438
 - *per adiectionem* (*adiectio*) 308
 - *elocutionis* 233
 figuras retóricas y estilísticas (*vid. supra* también “*figurae*”) 116, 241 n. 418, 308, 354, 393, 506, 517. *Vid. allusio, amplificatio, ἄνευ σέθεν*, aretalogía, armonía imitativa, *complexio, concinnitas, contaminatio*, correlato objetivo, *delectatio*, “Du-Stil”, epífora, *epilogus*, epiquerema, etopeya, *evidentia, exemplum mythologicum, exemplum naturale, exemplum vitae, exornatio*, himno, *homoeotéleuton*, imagería, *imitatio, interpretatio, inventio*, invocación, *makarismós, paraphrasis, peroratio*, “*priamel*”, prosopopeya, *protréptico*, “Relativ-Stil”, *Ringkomposition*, sinécdoque
 Filelfo, Francisco 125 n. 104, 129, 559
 Filisco 51
 Filodemo de Gádara 43, 63, 66 n. 12, 67, 73, 134
 Filomela 161 n. 218
 Fiske, G. C. 146 n. 186
 Flavio, Biondo 127
 Fleischmann, W. B. 83 n. 75, 87 n. 1, 172 n. 239, 250 n. 436, 293
 Flemmyng, Hence 559 n. 8
 Flora 164, 224 y n. 369, 384
 Florencia 117, 119, 125 n. 103, 128 y n. 122, 133, 181 y n. 255, 253-54, 256 n. 455, 293, 551
 Flores, E. 41 n. 11, 92 n. 21, 117 n. 72, 119 nn. 79 y 81, 120 y n. 83, 553
 Floridablanca, conde de 252, 345 n. 632
 florilegio 31, 73, 172, 212, 393, 421, 422 y n. 779, 557
 - árabe 98 n. 40
 - medieval 74, 76, **95-99**, 116 n. 69
 - renacentista 84 n. 80, 96 n. 31, 144, 153, 155 n. 200, 197, 214, 217 y n. 354, 230 n. 387, 231 n. 609
Florilegium berlinés (ms. Diez B. 60) 97
Florilegium Sangallense 92, 95 n. 30, 98
 Fonda de San Sebastián 333, 335, 339
 Fontaine, J. 77, 82, 83 n. 75, 99 n. 42, 101 y n. 45, 102 n. 47, 103, 109 y nn. 54, 55 y 56, 110
 Fontán, A. 556 n. 6
 Fontán Jubero, P. 466
 Forradellas, J. 185 n. 267, 188 n. 274, 189 n. 275
 Forner, Juan Pablo 333
fortitudo et sapientia 164 n. 224
 Fortuño, S. 381, 382 y n. 701, 385 n. 702, 386-88
 Foscolo, Ugo 375 y n. 685
 Fracastoro, Girolamo 97 n. 37, 249 n. 431
 Fraisse, S. 124, 140 n. 168, 227 n. 378, 228 n. 378, 417 n. 773
 Fränkel, E. 112 n. 57
 Franco, J. 357
 Fredegario 109
 Frenzel, E. 158 n. 210
 Friedrich, Caspar David 371 n. 667, 374
 Frontón 73 n. 37, 75
 Fuentes, J. F. 348 n. 636, 349 n. 639, 350 n. 640, 352 n. 642, 355 n. 643
 Fulda 88, 92-93, 117, 127 n. 115
 Fulgencio 226 y n. 373
 Fusil, C. A. 44 n. 20, 250 n. 436, 258 n. 460, 259 nn. 462 y 463, 261 y n. 470, 286 n. 541, 294

- Gala, Antonio **518-19**, 530
 Galán Vioque, G. 164 n. 223
 Gale, M. R. 66 n. 9, 220 n. 361, 359 n. 648
 Galeno 185, 187 n. 271
 Galilei, Galileo 135 n. 148, 250
 Galindo, Beatriz 134
 Galindo Romeo, Pascual 56 n. 58, 556
 Galland, Pierre 93
 Gallardo, M. 263 n. 478
 Gallego, A. 160 n. 216, 163 n. 222, 165, 177 y n. 248
 Gallego, Fernando 130 n. 127
 Gallego, Juan Nicasio 331 n. 609, **333**, **361-62**
 Ganzarini, Tito Giovanni 297 n. 560
 Gaos, Vicente 487 nn. 894, 895 y 896, 493, 510 n. 924
 Garani, M. 72 n. 34
 García Armendáriz, J. I. 16, 31-32, 264, 271 n. 497, 272 n. 499, 411, 415 n. 764
 García Baena, Pablo **516-18**
 García Blanco, J. 87 n. 2
 García Calvo, Agustín 16, 31, 40, 54 n. 50, 56 n. 58, 57 n. 63, 64, 95 n. 28, 226, 281 n. 523, 287, 305 n. 572, 307 n. 575, 431, 437 n. 799, 471-72, 471 y n. 858, **520-25**, 539 n. 963, 542 nn. 966 y 967
 García de Cortázar, F. 198
 García de García, Agapito 283 n. 529
 García de la Fuente, O. 78 n. 53
 García de la Huerta, Vicente 333
 García García, E. 472
 García Gual, C. 41 n. 10, 44 n. 21, 45, 46 nn. 26 y 27, 47 n. 29, 48 n. 30, 50 n. 32, 73 n. 36, 87 n. 2, 205, 300 n. 567, 301 n. 568, 470 n. 856, 499
 García Guillén de la Paz, Cristóbal 96 n. 31
 García Jurado, F. 272 n. 500, 283 y n. 529, 287 n. 542, 295, 405 n. 730, 411 n. 751, 417 n. 770, 422 n. 780, 434 n. 798, 446 nn. 807 y 808, 458, 462
 García Lorca, Federico 487
 García Mercadal, J. 371 n. 665
 García Rúa, J. L. 47 n. 29
 García Yebra, V. 270
Garcilaso (revista) 509
 Garcilaso de la Vega 71, 132 y n. 136, 133, 134 n. 142, 145 y n. 183, 148, 150, 157 nn. 208 y 209, **159-65**, 167, 176, 178-79, 198, 205 n. 322, 206, 207 n. 324, 208 n. 326, 211 n. 332, 215 n. 348, 233 n. 395, 331 y nn. 609 y 612, 487, 498, 509, 551
 Garcilaso de la Vega, Inca 338 n. 625
 Gargano, A. 157 n. 208
 Garin, E. 81 n. 64, 117 nn. 72 y 75, 118 y n. 76, 120 n. 85, 121-23, 137 n. 156
 Gasparotto, G. 39 n. 2, 101 y n. 45, 103-8, 104 y n. 51, 109 n. 54, 113, 125 n. 105
 Gassendi, Pierre 30, 200 n. 311, 221 n. 363, 253, 256 n. 453, 261 y n. 468, 264, 275 nn. 508 y 509, 285 n. 537, 297 n. 562, 307 n. 573, 334 n. 620, 412 n. 754, 428, 467 y nn. 847, 848 y 850, 484, 559-61
 gasendismo en España 200 n. 311
 - en Nápoles 30 n. 4
 Gato Durán, Agustín Francisco 372 n. 671
 Gautier, Théophile 472
 Genettes, Roger des 479
 Gennaro, S. 78 n. 52
 Gentile, S. 52 n. 44
 Geraldini, Alejandro 133

- Germánico, Julio César 83 n. 71, 113 y n. 62
- Gerson, Jean 84 n. 79
- Ghislieri, Michele 138
- Giancotti, F. 43 n. 16, 53, 58, 63 nn. 1 y 2, 76 n. 47, 93-94, 170 n. 238, 322, 375
- Giannantoni, G. 47 n. 28
- Giesecke, A. L. 65 n. 7
- Gifanio, Uberto 68 n. 24, 172 n. 240, 483 n. 885
- Gigante, M. 50 n. 32, 55 n. 54, 67 y n. 17, 73, 375 n. 685
- Gigantibus, Gioacchino de 552
- Gil, L. 136 n. 154, 168 n. 232, 186 n. 269, 198
- Gil-Albert, Juan 447 n. 810, 457 n. 824, **505-7**, 525 n. 944
- Gil de Biedma, Jaime 525, **526-28**
- Gil Novales 312, 362, 363 n. 654, 365 n. 656
- Gil y Carrasco, Enrique 372 n. 670
- Gilbert, N. 63 n. 1
- Gillespie, S. 28 n. 2
- Gimferrer, P. 518, **530-31**
- Giner de los Ríos, Hermenegildo 414
- Giner de los Ríos, Francisco 415, 461 n. 828
- Ginzo, A. 467 n. 845
- Girolamo Vida, Marco 125 n. 108
- Girri, Alberto 450 n. 814
- Giustiniani, Leonardo 120 n. 86
- Glendinning, N. 250 nn. 436 y 437, 376 y n. 688, 377 n. 690
- gloria poética 52, 113
- Gnilka, Ch. 80 n. 60
- Goddard, Ch. 33, 42 n. 14, 44 n. 20, 70 n. 26, 97 n. 37, 103, 120 nn. 85 y 86, 122 n. 90, 124 y n. 98, 125, 126 n. 113, 127 n. 114, 128 n. 118, 129 n. 122, 130 nn. 128 y 129, 132 n. 138, 142 n. 172, 293, 417 n. 773, 556
- Godínez, Enrique 413-14 n. 762
- Godoy de Loaisa, Martín 234 n. 398
- Goethe, Johann Wolfgang von 371 n. 666, 374 y nn. 675 y 678, 394 n. 712, 404 n. 725, 498
- Gómez Canseco, L. 200 n. 310, 467 n. 849
- Gómez de la Cortina, José 283 n. 529
- Gómez de la Serna 487 n. 895
- Gómez de Olea, J. 263 n. 477
- Gómez Hermosilla 312
- Gómez Luque, J. A. 32, 34 n. 11
- Gómez Manrique 169 n. 235
- Gómez Moreno, A. 117 n. 74, 118 n. 76, 128 n. 118, 132 n. 135, 133 n. 140, 134 n. 145, 559
- Gómez Ortega, Casimiro 345 n. 632
- Gómez Pallarès, J. 65
- Gómez Pereyra 187 n. 271
- Góngora y Argote, Luis de 198, **203-12**, 223, 231 n. 390, 232, 235 n. 401, 330 n. 607, 331 y n. 612, 487 y n. 894, 514 n. 929
- gongorismo 203
- Gonzaga, Scipione 135 n. 149, 200 n. 309
- Gonzaga y Caracciolo, M.^a Luisa 263 n. 477
- González, Francisco Antonio 283 n. 529
- González, fray Diego 259 n. 463
- González, J. L. 371 n. 666
- González, M. A. 109 n. 53
- González Blanco, Andrés 485 n. 888
- González de Escandón, B. 211 n. 333, 236 n. 405
- González de Salas 227 n. 375, 229 n. 382
- González Garbín, Antonio 424 n. 785

- González Iglesias, J. A. 505-7
 González Palencia, Á. 380 n. 695
 González Rolán, T. 88 n. 5, 118 n. 76, 124 n. 100
 González Serrano, Urbano 266 n. 484, 413 n. 759, 420 n. 774, 443 nn. 804 y 806, 453 n. 818
 Gonzalo de Córdoba, “el Gran Capitán” 133 n. 139
 Goold, G. P. 65 n. 8
 Gordon, C. A. 41 n. 10, 71 n. 28, 93 n. 25, 96 n. 33, 135 nn. 147, 148 y 149, 137, 138 nn. 159 y 161, 140 nn. 165 y 166, 172 n. 240, 252 n. 444, 253 n. 449, 254 y nn. 450 y 452, 255, 256 y n. 455, 257 n. 457, 260-62, 265 n. 482, 273 n. 505, 275 n. 508, 276 n. 511, 286 n. 541, 291 n. 547, 296 nn. 558 y 560, 410 y n. 748, 411 n. 751, 425 n. 787, 428 n. 793, 452 n. 816, 469 n. 852, 552 n. 1, 554-55
 Goytisolo, José Agustín **525-26**
 Gracián, Baltasar 199
 Gracián de Dios, Jerónimo 210 n. 331
 Granada, fray Luis de 300
grand tour 250 n. 436, 257 n. 457, 372
 Grafton, A. 117 n. 73
gravitas Romanorum 506
 Greco, A. 118 n. 77
 Green, O. H. 155 n. 202, 181, 494
 Greenblatt, St. 15, 28, 33, 118 n. 76, 251 n. 438, 472, 512 n. 926
 Greene, T. G. 34 n. 11
 Greenpeace (ONG) 471
 Gregorio Magno 101, 139 n. 164
 Gregorio Nacianceno 81, 82 n. 67, 229 n. 384
 Gregorio Taumaturgo 80 n. 59
 Griffoli, Giacomo 291 n. 547
 Grimal, Pierre 17, 158 n. 210, 183
 Groto, Luigi 203 n. 318
 Grünbein, Durs 482 n. 879
 Grünpeck, Josef 97 n. 37
 Gryphe, Sébastien 41 n. 10
 Guarino de Verona 121 n. 88
 Guastavini, Giulio 359 n. 649
 Guerra de la Independencia 271 n. 498, 287, 341, 371
 Guijarro, S. 108 n. 52
 Guillaume du Bartas 228 n. 378
 Guillén, J. 51 n. 38
 Guillén, Jorge 487, **490-91**
 Gullón, R. 476
 Gutierre de Cetina 134 n. 142, 145 y nn. 180 y 183
 Gutiérrez, Ferdinando 133 n. 141
 Gutiérrez del Caño, M. 272
 Guyau, J.-M. 329 n. 602, 402, 404 n. 725, 412, 465 y n. 838
 Guzmán Arias, C. 342 n. 628
 Hadzsits, G. D. 51 n. 39, 65 n. 7, 67, 68 n. 22, 75, 76 nn. 43 y 44, 77 y n. 50, 78 n. 52, 87 n. 1, 88, 103 n. 49, 123, 135, 253, 262, 409
 Haeckel, Ernst Heinrich 409
 Hagendahl, H. 80 n. 62, 82 n. 69, 84 n. 80
 Halley, Edmund 342 n. 629
 Haraucourt, M. Ed. 438
 Hardie, Ph. R. 28 n. 2, 124 n. 98
 Harrison, C. T. 58 n. 64
 Harrison, N. 376 n. 688
 Harrison, St. 28 n. 2, 39 n. 1
 Harth, H. 117 n. 72, 120
 Haskell, Y. 44 n. 20, 124 n. 98
 Hawkins, Isaac 342 n. 629
 Haydn, Joseph 342 n. 629
 Hebreo, León 163 n. 221
 Hecht, J. M. 465 n. 839

- Hegel, Georg W. F. 55 n. 54, 403 n. 723, 410 n. 750, 412 n. 755, 465 n. 836
- Heidegger, Martin 466 y n. 842
- Heine, Heinrich 461 n. 827, 465 n. 836
- Heisenberg, Werner Karl 462 n. 829
- Helvetius, Claude-Adrien 329 n. 602, 377, 412 n. 754, 561
- Hendrix, W. S. 375 n. 683
- Heráclito de Éfeso 43 n. 18, 44 n. 21, 108, 221, 482 n. 881
- Herbert, Edward 83 n. 75
- Herculano 46 n. 25, 50 n. 35, 57 n. 61, 63, 66 n. 12, 67 y n. 17, 73
- Herder, Johann G. 374
- herejía 30 n. 4, 40-41, 43, 80, 82-83, 93, 99, 133, **137-40**, 187 n. 271, 265 n. 481, **291-94**, 296, 412 n. 755, 501
- de los cátaros 83
- Hermarco 50
- Hernández, Miguel 495 n. 905, **507-9**
- Hernández Laille, M. 405 n. 730, 415 n. 765
- Hernando de Acuña **167-68**
- Hernando Sánchez, C. J. 133 nn. 139 y 140, 157 n. 208, 160 n. 214, 181 n. 255
- Heródoto (epicúreo) 53, 57, 59, 120
- Herrera, Fernando de 71, 160 n. 216, 163 y n. 222, 165, **176-80**, 203, 205 n. 322, 206, 207 n. 324
- Herrera Roldán, P. 91 n. 16, 115 n. 63
- Herreros Tabernero, E. 15, 31, 251, 252, 333, 342, 344, 345, 346 n. 635
- Herrmann, L. 65 y n. 9
- Hesíodo 43, 44 n. 21, 80 n. 61, 332
- Hevia Ballina, A. 79 n. 58, 80 nn. 59 y 61
- Heydenreich, T. 170 n. 237
- Hidalgo, Félix M.^a 287, **327-29**
- Highet, G. 16, 17, 34 n. 11, 75 n. 42, 262 n. 474, 446 n. 808
- himno a Atenas 54, 361-62
- a Epicuro 54, 308, 342-45, 443 n. 806
- a Venus 41 n. 13, 65 y n. 8, 166, 234-35 n. 400, 300 y n. 567, 322, 325-27, 329 n. 605, 338 n. 626, 358-59, 366 n. 658, 370, 375, 383, 386, 434, 437, 447, 449-50, 454, 470, 516-17, 527-28, 556-57, 559
- Hinds, S. 52 n. 43
- Hipócrates 96 n. 33
- Hipomenes 166
- Hobbes, Thomas 253, 261, 412 n. 753
- Hocke, G. R. 33, 124 n. 99, 260, 556
- Hölderlin, Friedrich 374, 498
- Holford-Strevens, L. 39, 40 n. 4
- Hooke, Robert 143 n. 176
- Homero 64, 76, 80 n. 61, 146 n. 184, 175 n. 245, 288, 295, 328 n. 600, 382, 404 n. 725, 474, 490, 533
- homilética 143 n. 177, 229 n. 384
- homoeotéleuton* 281 n. 524, 282 n. 526, 322-24
- Honorio 100
- Honorio de Autun 88
- horacianismo* 199, 203, 325, 340-41, 370
- Horacio 49, 50, 52 n. 44, 65, **67-68**, 67 y n. 19, 73, 93 n. 24, 96 n. 31, 108, 115 n. 63, 116, 127, 146 n. 184, 155, 168 y n. 234, 175 n. 245, 178 n. 251, 183, 189 y n. 277, 192-95, 197, 199 y n. 302, 201-2, 202 y n. 317, 205, 212-13, 216, 227 y n. 376, 229 nn. 383 y 384, 242 n. 419, 251 n. 439, 272 n. 500, 288, 295, 301, 312 n. 580, 325 y n. 592, 326 n. 596, 329 n. 603, 331 n. 611,

- 340, 348, 357, 370, 376 n. 688,
377 n. 690, 381 n. 699, 382, 386,
418, 420, 422 n. 779, 434, 443
n. 806, 446, 452 n. 816, 455, 458,
464, 482-84, 487, 506, 544 n.
969, 555, 557
- Howard, Robert 171 n. 239
- Howe, H. M. 52 n. 42
- Hualde Pascual, P. 272 n. 500, 283 y
n. 529, 287 n. 542, 295, 446 nn.
807 y 808
- Huarte de San Juan 185, 187 n. 271
- Hubbard, M. 170 n. 237, 178 n. 251,
194, 218 n. 356
- Huerta, Jerónimo de la 246 n. 423
- Hugo, Víctor 375, 391
- Hugo de San Víctor 247 n. 426
- Hume, David 329 n. 602
- Hunt, R. W. 91
- Hunter, R. L. 52 n. 43
- Hurtado de Mendoza, Diego 132, 134
y nn. 142 y 144, **164-67**, 231 n.
390
- Hutchinson, G. O. 63 n. 1, 66 n. 9
- Hutchinson, Lucie 136 n. 151, 291 n.
547, 512 n. 926
- Hutton, J. 34 n. 11, 232 n. 394
- Huxley, Thomas Henri 409
- Ibáñez, Francisco 525
- Ibarbourou, Juana de 208 n. 326
- idealismo 371, 414, 460
- hegeliano 410, 412 n. 755
 - krausista 458
 - platónico 482 n. 881
- Ífigenia 158-59, 316-17, 419, 427,
436, 464, 541, 556
- Iglesias de la Casa, José 333
- imagería 216, 487
- contra el amor apasionado 163 n.
221, 181-83, 239, 378, 518-19
 - de la *ataraxia* 170, 205, 354-55
 - de la dicha de los dioses 176
 - de la peste de Atenas 392-94
 - de la poesía pura 490 n. 899
 - de los condenados en el Tártaro
480-81
 - del himno a Venus 349-51, 359
 - del proemio segundo 152 n. 194,
171, 178, 206, 233, 240, 398, 556
 - nihilista 211
 - petrarquista 179
- imitatio* 34, 43, 129 n. 124, 146, 148,
161-62, 168, 199, 287, 328 n. 600,
359, 369, 441
- Imperio Carolingio 64
- imprensa Aldina 555
- Plantina 555
- imprimatur* 254, 272, 287
- in hac valle lachrymarum* 247
- inabarcabilidad de un tema 113
- Indias, las 180, 338 n. 625, 357 n. 645
- índice de libros prohibidos 138, 141 n.
170, 258, 285-86, 290, 380 n. 695,
414 n. 762
- indiferencia de los dioses 51 n. 39,
219, 356
- Infantes, V. 153
- Inmaculada Concepción de María 29
n. 3, 415
- inmortalidad 97, 455, 478-79, 515
- de los dioses 436
 - del alma 29, 58 n. 64, 80, 82, 84
n. 78, 121, 164 n. 225, 187 n. 271,
217, 262 n. 471, 293, 298 n. 566,
478-79, 515, 557, 559
 - literaria 52, 68
- Innocenti, P. 50 n. 32
- Inquisición (*vid.* también “Santo
Oficio”) 40, 187, 251 n. 443, 286-
87, 287 n. 544, 293, 365 n. 656,
380, 389 n. 708, 434, 458
- inspiración poética como locura 69

- Institución Libre de Enseñanza 414
n. 762, 415 y nn. 765 y 766, 416
n. 768
- intermundia* 49, 149, 176, 445, 510,
514
- interpolaciones 270, 307 n. 573
- interpolator irrisor* 55 n. 52
- interpretatio* 34, 152, 162, 165, 168,
171 n. 239, 235 n. 402, 251, 270,
301, 310, 327, 348 n. 637, 370,
391, 438, 506
- inventio* 199 y n. 301, 240, 333
- invocación a la Musa o a Venus 65
y n. 8, 113, 359, 386, 391 n. 709,
421, 453-54
- ira Dei* 97
- Iriarte, Tomás de 330 n. 608, 332-33
n. 615, 353
- Isabel I de Castilla 29, 133-34, 134 n.
143
- Isabel II 295 n. 555, 410
- Isabel de Borbón 219 n. 360
- Isabel de Portugal 157
- Isidoro de Sevilla 31, 64, 69, 75, 77,
82, 83 n. 75, 87, 88 y nn. 4 y 6,
89, 90 y n. 11, 91 y n. 14, **99-109**,
112-14, 117, 144, 149 n. 188, 551
- Itali* (*vid.* también “manuscrito
renacentista”) 95, 552
- iunctura* 309
- Iventosch, H. 72 n. 33
- Izquierdo, L. 538
- Jacinto 214
- Jacobson, H. 375 n. 684
- Jacopo de Jennaro, Pietro 128, 131
- Jammes, R. 203, 205 n. 320, 206,
208 n. 329, 210, 211 n. 332, 212
y n. 341
- Janko, R. 50 n. 35
- Jaramillo, Jaime 457 n. 824
- Jardín de Epicuro (doctrina, escuela,
secta) 45, 50, 71, 72 n. 31, 73, 82,
125, 126 n. 111, 134, 156, 184, 216,
221 n. 363, 287, 300 n. 567, 404,
466, 468, 470, 499, 506, 508 n.
920, 526, 540
- Jáuregui, Juan de **235-38**, 481 n. 878
- Jeanty-Laurans 258 n. 462
- Jenkyns, R. 403 n. 724
- Jenócrates 46 n. 26
- Jenofonte 127 n. 117, 175
- Jerónimo de Barrionuevo 201
- Jerónimo de Estridón 39 y nn. 1 y 2,
63 y nn. 1 y 2, 74, 76 n. 48, 77,
79 y n. 57, 81, 98, 101, 116 y n.
69, 144, 170 n. 238, 189 n. 276,
213, 521
- Jessen, J. 87 n. 1, 89 n. 9
- Jiménez, A. 412 n. 758, 413 y n. 759,
414, 415 nn. 764 y 765, 416 nn.
766, 767 y 768
- Jiménez, Juan Ramón 473, 474, 487
n. 894, 490 n. 899
- Jiménez Calvente, T. 133 n. 142
- Jiménez Delgado, J. M.^a 99 n. 42
- Jiménez Landi, A. 415 n. 764
- Johnson, M. R. 411 n. 752
- Johnson, W. R. 409 n. 745, 471
- Jones, H. 42 n. 14, 50 n. 32, 51 y n.
38, 67 n. 16, 70 n. 28, 80, 87 n. 1,
122 n. 89, 124 n. 98, 136 n. 150,
467 n. 847, 560
- Jordá, Eduardo 525 n. 944
- José I 263 n. 477
- Jovellanos, Gaspar Melchor de 252 y
n. 444, 259 y 463, 312, 341, 353
- Juan, D. 540
- Juliano “el Apóstata” 41 n. 11, 87 n. 2
- Juretschke, H. 325 n. 592, 371 n. 665
- Justino 248 n. 428
- Juvenal 65, **69**, 76, 96 n. 31, 108, 115
n. 63, 199 n. 303, 213, 227 y n.
376, 229 n. 383, 326 n. 596, 420,
422 n. 779, 526 n. 946

- Kafka, Franz 474
 Kamen, H. 197 n. 298
 Kany-Turpin, J. 560
 Kasimir von Creutz, Friedrich Karl 262 n. 472
 Kaufmant, M.-E. 242 n. 419
 Keller, A. C. 43 n. 17, 356 n. 644, 374 n. 677
 Keseling, P. 67 n. 20
 Kierkegaard, Søren Aabye 464, 474, 520 n. 936
 Kleve, K. 63
 Knox, Juan 135
 Kors, A. Ch. 266 n. 484
 Krappe, A. H. 461
 Krause, Karl Christian Friedrich 412 n. 755, 413 y n. 761
 krausismo **412-23**, 452, 458
 krausopositivismo 413, 420 n. 774, 428, 442
 Kristeller, P. O. 137 n. 155, 247
 Kullmann, V. 55
 Lacalzada, M.^a J. 299-300, 424 n. 784
 Lachmann, Karl 40, 63 n. 1, 64 n. 6, 89 n. 9, 92, 95 n. 28, 410, 428, 523
 Lactancio 42 n. 14, 47 n. 28, 80 n. 62, 81, 83 y n. 75, 84 n. 80, 96, 101 n. 45, 116, 121, 144, 254 n. 451
 Lagrange Chancel, Joseph de 286 y n. 541, 294, 301, 311, 428, 483 n. 885, 554, 558 n. 7
 Laguna, Andrés 175 n. 246
 Laguna Mariscal, G. 27, 32, 34 n. 11, 50 n. 31, 69, 70, 146 n. 186, 161 n. 219, 167 n. 230, 170 n. 237, 177 n. 250, 178 n. 251, 194, 195 n. 291, 199 n. 306, 208 n. 325, 211 nn. 334, 336 y 337, 212 n. 338, 214 n. 347, 223 y n. 367, 233 nn. 395 y 396, 235 nn. 401 y 402, 239 n. 410, 322, 338 n. 626, 366 n. 659, 401, 465 n. 838, 480, 498 nn. 906 y 908, 500, 505 n. 917, 527 n. 948, 528, 533 n. 957, 544 n. 969, 545, 546 n. 971
 laicismo 299, 409-10, 416, 461
 Laird, A. 357 n. 646, 359 n. 647
 Lamarck, Jean-Baptiste 403 n. 724, 465
 Lamartine, Alphonse de 391, 446
 Lambin, Denis 44, 93 y nn. 24 y 25, 135 n. 147, 140 y n. 169, 142, 172 n. 240, 227, 554-56, 558 n. 7, 561
 Landívar, Rafael **357** y n. 646
 Lange, Friedrich Alfred 411, 483
 Langio, Josefo 217 n. 354, 226
 Lanz, J. J. 531
 Lara Garrido, J. 180 n. 255, 181, 183, 502 n. 915
 Larra, Mariano José de **368-69**, 372 y n. 670, 374 n. 675, 396
 Larsen, K. 484, 486 y n. 890
 Lasswitz, Kurd 411
 Lastra Meliá, A. 471 n. 857
latet anguis in herba 208
 λάθε βιώσας 49, 192, 193 n. 286, 205, 470, 471 n. 856, 506
 Latimer, Hugh 559 n. 8
laudes Hispaniae 149 n. 188
- Italiae 149 y n. 188
 Laurence, P. 39 n. 2, 74, 82 n. 68, 116 n. 69
 Lausberg, H. 54 nn. 46 y 47, 56 n. 59, 220, 268 n. 485, 307, 308, 310, 311, 322, 324, 327, 431
 Laverde, Gumersindo 278-79
 Lawrance, J. N. H. 79 nn. 55 y 58, 116 n. 70, 291 n. 549
 Lázaro Carreter, F. 146 n. 186, 168 nn. 232 y 233, 243 n. 421, 473-74, 513 n. 927, 514 n. 930
 Lázaro de Soto 96 n. 33

- Le Bon, Gustave 486 n. 890
 Le Fèvre, Tanneguy 291 n. 547
 Leandro 204 y n. 319, 215 n. 348
 Leclerc, Georges Louis 561
 Lecocq, F. 69
 Lefèvre d'Étaples 123-24 n. 95
 Legni (hermanos) 135 n. 149, 258, 262
 Lehnerdt, M. 122 n. 89, 123 n. 93, 124 n. 98, 129
 Leibniz, Gottfried W. 257 n. 457, 424
 Leo, F. 64 n. 5
 León, fray Luis de **168-76**, 213, 231 n. 389, 233 n. 395, 292 n. 551, 301-2, 323, 331, nn. 609 y 612, 377 n. 690, 381 n. 699, 487, 501 n. 913, 540, 557
 Leonard W. E. 77, 78 n. 52, 92-94, 101, 115 n. 64, 403 n. 724
 Leonardo de Argensola, Bartolomé J. **213-14**
 Leonardo de Argensola, Lupercio **201-3**
 Leopardi, Giacomo 375-76, 375 y n. 686, 445, 455
 Leopoldo de Médici 253
 Lerma, Alfonso de 133 n. 141
 Lerner, L. S. 227 n. 376
 Lesbia 526
 Lesky, A. 159
 Lestringant F. 28 n. 2
 letra bastardilla 283
 - cursiva 264, 277, 552
 - *formata* 126 n. 112
 Leucipo 47 n. 29, 57 y n. 60
 Lewes, George Henry 403 n. 722
 leyenda negra 434
 Lezra, J. 28 n. 2, 467 n. 845, 547 n. 974
libertas perfundet omnia luce (divisa de la universidad española) 29 n. 3, 415
 Librán Moreno, M. 27, 98 n. 40
 librepensamiento 28-29, 155-56, 464
 Lida de Malkiel, M. R. 16, 161 n. 218, 215 n. 348
 Lillo Redonet, F. 210 n. 331, 381 n. 696
 Lima Leitão, António José 294, 297 n. 560, 410 n. 748, 428 n. 793, 452 n. 816, 555, 558 n. 7
 Linacre, Thomas 559 n. 8
 Lind, L. R. 409
 Lipsio, Justo 79 n. 55
 Lissorgues, Y. 212
 Lista, Alberto 312, **324-27**, 333, 340 n. 627, 342 n. 629, **359-61**, 368-69, 371 n. 669, 402 n. 721, 424 n. 782
 Literatura Comparada 27, 32
 Littré, **Émile** 403 n. 722, 442
 Lledó, E. 44 n. 21
 Llobera, J. 171, 175 n. 245, 193 n. 286
 Llodrá, Antonio 31, **311-12**
 Lloréns, V. 371 n. 665
 Llorente, Bartolomé 56 n. 58, 213 y n. 343, 552
 Lobbes (monasterio) 91-92 y n. 20
 Lobera, F. J. 153 y n. 197, 154 n. 198, 156 n. 206, 157
 Lobo, Eugenio Gerardo 330 n. 607
 Lobo, M. 313 n. 584, 342 n. 629, 344 n. 631
 Locke, John 251 n. 440, 262, 455 n. 821, 561
locus communis (κοινός τόπος) 54 n. 47 (desamparo del hombre), 116 (poesía como medicina), 171 (*amoenus*), 197 n. 294 (de intencionalidad moral en polianteas), 201 (*somnus*)

- imago mortis*), 214 n. 347 (en antologías), 335 (pobreza de la lengua), 377 n. 690 (prosopopeya de la Naturaleza), 397 (*amoenus*), 495 (poeta como abeja), 502 n. 915 (*superbi colli*), 507
- *classicus* 39 n. 1, 44 n. 21, 90 n. 12, 199 n. 302
 - *corruptus* 556
 - *haereticus* 256
 - *lucretianus* 192
- Logos* divino 78, 80-81 n. 64, 84 n. 80, 144, 298 n. 565
- Lolordo, A. 200 n. 311
- Lombardo, Pedro 249 n. 430
- Lomonósov, Mikhaíl 251 n. 439
- Longo de Lesbos 446 n. 808
- Lope de Vega 177, **214-23**, 227, 235 n. 401, 242, 246 n. 423, 331 n. 612, 360, 481 n. 878
- Lopez, F. 200 n. 311, 272 n. 500, 292, 334 n. 620, 412 n. 756
- López Bueno, B. 238, 240
- López-Chávarri, Eduardo 473
- López de Ayala, Ignacio **339-40**
- López de Hoyos 184
- López de Mendoza, Íñigo 159 n. 213, 386
- López de Zárate, Francisco **234-35**, 246 n. 423, 359 n. 647
- López Moreda, S. 129 n. 124
- López-Morillas, J. 412 n. 758, 415 n. 765, 452 n. 816
- López Pinciano, Alonso 184 n. 262
- López Torrijos, R. 224 n. 369
- Lorente, Francisco 296 y n. 557
- Lovati, Lovato 92, 98 n. 39
- Lovejoy, A. O. 338 n. 625
- Lozano de Valdepeñas, Francisco J. 357 n. 646
- Lucano 76, 96 n. 31, 100, 108, 227, 263 n. 476, 328 y n. 600, 422 n. 779
- Lucena, Juan de 117 n. 70, 559
- Luciano de Samósata 51 n. 38, 138, 462, 483, 533
- Lucilio 51, 70 n. 28, 229 n. 384
- Lucilio (epicúreo) 72 n. 33
- Lucio Balbo, Quinto 71
- Luck, G. 39 y n. 1, 52 n. 44, 68
- Lucretius alter* 139 n. 162
- Luis XIV 261
- Luis, L. 495 n. 905
- Luis, Leopoldo de 457 n. 824
- Lunense, Hipólito 552
- Lupi, F. W. 155 n. 202
- Lupset, Thomas 559
- Luque, Aurora **539-41**
- Lutacio Cátulo, Quinto 70 n. 28,
- Lutero, Martín 29, 135-36 n. 150, 465 n. 836, 547 n. 974
- Luzán, Ignacio de 234 n. 400, 275 n. 507, 328 n. 601, 331 nn. 611 y 612, 332, 333 n. 616, 359, 554
- Macario 93
- Macdonald, I. R. 485, 486 n. 891
- Machado, Antonio 221 n. 362, 420 n. 775, 446 n. 808
- Machado, Manuel 482 n. 880
- Machado Ferraz, José Duarte 294, 297 n. 560, 410 n. 748, 428, 555
- Macías, C. 546 n. 972
- Macrí, Oreste 163 n. 222, 177 y n. 249, 179, 491 n. 901
- Macrobio **76**, 96 n. 31
- madre Tierra 237 n. 409
- Maeztu, Ramiro de 473
- Maguncia 93, 119, 127 n. 115
- Maimónides 89 n. 8
- makarismós* 477
- mal de amores 150, 521-22

- Mal Lara, Juan de 180, 184 n. 263
 Mallarmé, Stéphane 498
 Manetti, Giannozzo 127
 Mangini, S. 527
 Manilio 71, 109 n. 56, 113, 118 n. 77, 119 n. 81, 125, 127 n. 114, 130, 264 n. 480, 311 n. 578, 332
 Manitius, M. 87 n. 1, 88, 90 y n. 12, 91, 99, 100
 Manjón, Andrés 416 n. 768
 Manlio Torquato 66
 Manning, C. E. 72 n. 33
 Manucio, Aldo Pío 96 n. 33, 136 y n. 154, 137, 140 n. 165, 298
 manuscrito *Oblongus* 88, **91-93**, 104 n. 50, 119, 285 n. 536
 - *Quadratus* 88, **91-93**, 96, 285 n. 536
 - renacentista 95 n. 28, 126-27 (*Vat. Lat.* 3276 y BN M 3678), 129 (*Vat. Lat.* 3276), 272 (BGUV 506), 552-53 (*Naz.* IV E 51, *Vat. Barb. Lat.* 154, *Vat. Lat.* 3276, Harley 2694, Add. 11912, *Nn.* 2.40, BGUV 506, BN 2885, *Caesaraugustanus* 11-36, Patteta 312, Latin 10306, Bodl. Auct. F. i. 13 y Harleian 2554)
 Manzoni, Alessandro 361
 Mañas Núñez, M. 202 n. 316
 Mañer, Salvador José 334 n. 619
 Maquiavelo, Nicolás 34 n. 10, 125 n. 103, 138 n. 158, 389 n. 706, 547 n. 974
 Maragall, Joan 480 n. 875
 Marasso, A. 232 n. 394, 476 n. 868
 Maravall, J. A. 197 n. 295, 198, 200 n. 307, 217 n. 353
 Marcello II (papa) 138
 March, Ausiàs 559
 Marchena, José (“Abate”) 16, 31, 262, 263 y n. 477, 271 y n. 498, **278-89**, 291, 300, 301, 305 n. 572, 328, 333, **348-56**, 377 n. 690, 421, 424, 428 y n. 793, 434, 483 n. 885, 506, 512 n. 926, 529, 554, 558
 Marchetti, Alessandro 83 n. 73, 135 n. 149, **253-58**, 262, 263, 264, 273 n. 505, 275 y n. 507, 285-86 n. 538, 288, 289, 291 n. 548, 293 n. 554, 294, 296 y nn. 559 y 560, 301, 307, 311, 375, 411 n. 751, 428, 433, 483 n. 885, 554-55, 561
 Marchetti, Francesco 256 y n. 455
 Marchetti, Giuseppe Gaetano 256 n. 455
 Marcial 50 n. 31, 96 n. 31, 100, 108, 109 n. 56, 136, 160 n. 216, 161 n. 218, 195, 199 y n. 303, 213, 227 y n. 376, 376 n. 688, 420, 422 n. 779, 444, 526 y n. 946, 527
 Marciano Capela 78 n. 52, 96 n. 31, 109
 Marcio Cid, I. 471
 Marco Aurelio 72, 75, 170, 479
 Maréchal, Sylvain 40 n. 7, 87 n. 3
 Marescalchi, Francesco 553
 María Cristina (Reina) 272 n. 500
 Marías, Javier **546**
 Marías, Julián 546 n. 970
 Marineo Sículo, Lucio 133 y n. 142, 157
 Marinis, T. de 128 n. 120
 Mario, Cayo 41
 Mario Victorino 108
 Mariotti, I. 43 n. 18
 Maritano, Bernardino 160
 Marmi, Anton Francesco 257
 Marolles, Michel de 135 n. 148, 260 y n. 467, 261, 264, 273 n. 505, 276-77, 77 y n. 513, 285 n. 537, 286 n. 541, 289, 294, 296 y nn. 558 y 560, 297 n. 562, 428 n. 791, 554, 555, 558

- marqués de Santillana 128 n. 118, 386
 Márquez, A. 219 n. 359
 Márquez, F. 184 nn. 260, 261 y 262, 185
 Márquez, M.^a 498 n. 906
 Márquez, M. 498 n. 906
 Márquez Guerrero, M. Á. 164 n. 223
 Marrast, R. 369, 370 n. 664, 394
 Marsi, el “Epicuro napolitano”, Antonio 131
 Marte 42 n. 13, 151, 173, 178, 314, 385, 435, 460
 Martha, Constant 33, 291 n. 547, 338 n. 625, 375, 411 y n. 751
 Marti, Octavi 471 n. 857
 Martín Baños, P. 198 n. 299
 Martín de Murúa, fray 338 n. 625
 Martín de Prades, Jean 334
 Martínez, J. E. 482 n. 880
 Martínez Cuesta, J. 91 n. 13
 Martínez de la Rosa, Francisco de Paula (*vid.* también “Tostado”) 365-67, 371
 Martínez Mata, E. 376
 Martínez Sariego, M. 325 n. 592, 533 n. 957
 Martínez Torrón, D. 325 y nn. 592 y 594
 Martinozzi de Siena 552
 Mártir de Anglería, Pedro 133
 Marullo Tarcaniota, Michele 124, 131, 227 n. 378
 Marx, Karl H. 41 n. 12, 81 n. 65, 403 y n. 723, 409 n. 746, 410-11, 410 y n. 749, 464, 466-70, 547
 Marzal, Carlos 401 n. 718, 449 n. 813
 Mas Torres, S. 42, 50 n. 32, 51 n. 40, 73, 300 n. 567, 371 n. 856
 Masson, John 409 n. 745, 412, 465, 560
 Matas Caballero, J. 235, 236 y n. 404, 237
 materialismo 253, 287, 289, 293 n. 554, 297 nn. 562 y 563, 299, 374, 406 n. 733, 408, 409 n. 744, 410, 413 n. 760, 417, 421, 449 n. 812, 455 nn. 821 y 822, 462-63, 467, 469-70, 483, 487, 561
 - democriteo 57 n. 60
 - dialéctico 403 n. 723, 466
 - epicúreo 105, 376, 537 n. 960, 560
 - histórico 403, 468-70
 - literario (positivismo) 406 n. 735
 Mauduit, Michel 261 n. 469
 Máximo Planudes 164
 May, Ph. de 374 n. 676
 Maya 401 n. 718
 Mayans y Císcar, Gregorio 292, 313
 Mayr, Franz Xav. 265 n. 482
 McPheeters, D. W. 156
 Mecenas 66
 μηδὲν ἄγαν 68 n. 23, 231 n. 390
 Medrano, Francisco de 68 n. 23, 189-93, 194 y n. 289, 202 n. 316, 231 nn. 389 y 390, 238, 381 n. 699
 Mehus, L. 120 n. 87, 128 n. 119, 130 n. 129
 Mejorana, Cristoforo 552
 Meleagro de Gádara 540
 Meléndez Valdés, Juan 252 y n. 444, 259 y n. 463, 312, 333
 Mella, Juan de 118 n. 76
memento mori 229 n. 380, 540
 Memio 50 n. 37, 55, 66, 309, 314, 315, 316, 318, 425 n. 786, 524, 536
 Mena, Juan de 159 n. 213, 386
 Méndez Bejarano, M. 111, 113, 311 n. 578, 403 n. 722
 Mendive, José 29, 297-98, 405 y n. 730
 Mendizábal, Juan A. 295 n. 555, 376
 Mendonça Falcão, Agostinho de 555 n. 4

- Menecio 67 n. 20, 121
- Menéndez Pelayo, Marcelino 16, 31, 83 y n. 73, 84 n. 79, 154, 156, 187, 199 n. 302, 200 n. 311, 227, 228 nn. 378 y 379, 251 y n. 441, 262 n. 473, 263-64, 263 y nn. 475 y 477, 271, **277-89**, 292, 295 n. 555, 300, 301, 305 n. 572, 311, 313, 321 n. 586, 328, 329, 333 n. 617, 335 y nn. 622 y 623, 345 n. 633, 348 y n. 636, 349 n. 639, 350, 351, 354-57, 366 n. 657, 406 n. 733, 411 n. 751, 413, 420 n. 775, 421-22, 424, 428, **434-38**, 441-42, 447, 449 n. 812, 455, 456 n. 823, 477 n. 870, 554, 558, 561
- Menéndez Rayón, Damián **277-80**, 282 n. 527, 283
- menosprecio de corte y alabanza de aldea 72 n. 31, 214 n. 345
- Mercati, G. 102 n. 48
- Mérimée, Prosper 406 n. 732
- Merrill, W. A. 66 n. 13, 67 n. 19, 68, 359 n. 648
- Metastasio 252 n. 444
- meteorología 101, 120
- método lachmanniano 410
- Micaela de Luján 214
- Michiel, Marcantonio 133
- Micón 92, 95 n. 30, 119 n. 80
- miel y poesía 98, 142, 154, 157 n. 209, 175-76, 255, 304, 305, 308, 495-96
- Migliorini, P. 68 n. 24
- Mill, James 329 n. 602
- Millás, Juan José **545-46**
- Milton, John 258 n. 458, 394 n. 712
- Minadeo, R. 40 n. 5, 54 n. 49, 308 n. 576
- Minturno, Antonio 160
- Minucio Félix 78 n. 53
- Mira, E. 126 n. 109
- Mira de Amescua 201
- Miralles, C. 434 n. 797
- Mirándula, Octaviano 96, 155 n. 200, 217 n. 354, 223, 226
- Mirari vos* (encíclica) 410
- Miró, E. 507 n. 918
- Miró, Gabriel **485-87**, 508, 509 n. 922
- mito de las Edades del Hombre 69, 237, 338, 364
- Moir, D. 241 n. 418
- Molière 285 n. 537, 288
- Molina Mellado, G. 490 n. 899
- Molina Sánchez, M. 264 n. 479, 266, 271, 282, 290 n. 545
- militia amoris* 239 n. 410
- Molsa, Francisco M.^a 179
- Mombricio, Bonino 94 n. 27
- Monarchia catholica* 31
- *hispanica* 29
- Monasterio de El Escorial 91 n. 13, 96 n. 31, 130 n. 127, 139, 165, 552
- Mondéjar, J. 208 n. 326
- Montag, W. 547 n. 974
- Montagnone, Geremia da 98 n. 39
- Montaigne, Michel de 152 n. 194, 184 n. 261, 189 n. 275, 233 n. 396, 559
- Monte, Domingo del 361 n. 652
- Monte Cassino 127 n. 114
- Montengón, Pedro **380-81**
- Montera, P. 131
- Montero Cartelle, E. 480 n. 874
- Montes de Oca 164
- Montiano, Agustín de 336
- Montolí, V. 443 n. 803
- Moormann, E. M. 224 n. 369
- Morales, Gregorio 457 n. 824, 525 n. 944, 537 n. 959
- Moreiro, Juan 412 n. 755
- Moreno Mayerhoff, P. 263 n. 477

- Moreno Soldevila, R. 162 n. 220, 239 n. 410
- Morey, M. 124 n. 97, 404 n. 725
- Moro, Tomás 232
- Morros, B. 145 n. 183, 148, 158 n. 209, 159 n. 213, 160 y nn. 214 y 215, 161-62, 179 n. 252, 215 n. 348
- Mosquera, Cristóbal 180
- Motto, A. L. 72 y n. 34
- Müller, K. 64, 95 n. 28, 126 n. 112
- Mundología 53, 59-60
- Munro, H. A. J. 56 n. 58, 63, 70 n. 27, 87 n. 1, 136 n. 151, 291 n. 547, 303 n. 570, 409 n. 745, 556
- Muntadas, Juan Federico 448 n. 811
- Muntaner y García, Juan 311
- Muñoz Jiménez, M.^a J. 95, 96 y n. 31, 116 n. 69
- Murbach, abadía de 41, 88, 91 y n. 16, 98 n. 38, 118 n. 79, 119 y nn. 79 y 80, 127 n. 115
- Muscettola, Giovan Francesco 28 n. 2, 297 nn. 560 y 561
- Mustard, W. P. 124 n. 98, 139 n. 162, 158 n. 209
- Mynors, R. A. B. 65 n. 8
- Nájera, Juan de 248 n. 428
- Nanu, I. 116
- Nápoles 16, 30 n. 4, 67, 73, **126-34**, 145, 159 y n. 213, 164 n. 225, 180, 181 n. 255, 201, 213, 224 n. 369, 234, 257, 294, 446, 551-53, 556
- Narváez, Ramón M.^a 364 n. 655
- naturae species ratioque* 49, 251 n. 440, 320, 365, 457, 560
- naufragio 170, 177, 180, 183, 233, 240, 242 n. 419, 355, 378, 379, 556
- Nausífanos 45 y n. 22
- Navagero, Andrea 96 n. 33, 132 n. 136, 137, 140 n. 176, 157 n. 207, 273 n. 505, 298, 551
- Navarro Durán, R. 222
- Navarro Tomás, T. 333 n. 615
- Navas, R. 330, 366, 368, 370, 371 n. 665, 372 n. 670, 394 n. 712, 396
- navigium amoris* (ἔρωτοπλεῖν) 162, 178 y n. 251, 205 n. 322, 378
- *vitae* 170 n. 238, 178 n. 251, 218, 240
- Naya, E. 28 n. 2
- Nebrija, Antonio 198
- Nemesiano 96 n. 31, 264 n. 480, 422 n. 779
- Neocles (hermano de Epicuro) 45
- Neocles (padre de Epicuro) 44
- neoepicureísmo 125
- neostoicismo 71, 144, 170 n. 236, 193, 200, 234 n. 398, 412 n. 756
- neoplatonismo 163 n. 221, 164 n. 225, 207
- Nepote, Cornelio 65 n. 8, 66 n. 12, 93 n. 24, 272 n. 500
- Neruda, Pablo 208 n. 326
- Netanyahu, B. 89 n. 8
- New Deal* 469
- Newton, Isaac 261, 332, 342-44, 411, 424, 472 n. 861, 525 n. 944
- Niccoli, Nicolò 117, 119 n. 82, 120 y n. 83, 126-27, 128 n. 122
- Nicoli, E. 43, 472
- Nietzsche, Friedrich W. 40, 404 nn. 725 y 726, 464, 465 y n. 837
- Nifo, Agustino 164
- Nifo, M. 277, 283 n. 529, 296
- nihil obstat* 253, 285
- nihilismo 40 n. 3, 199 y n. 306, 211 y n. 335, 212 y n. 338, 376, 404, 445, 455, 465, 485, 508 n. 920, 525 n. 944, 535, 538
- nil mirari* 109 n. 55
- Nisard, Désiré 554
- Nisbet, H. B. 374 n. 678

- Nisbet, R. G. M. 170 n. 237, 192 n. 284, 194, 218 n. 356
- Nizan, P. 57 n. 60
- Nonio Marcelo 70 n. 26, **76**, 88, 160 n. 216
- Nora, Eugenio de 512 n. 927
- Norbrook, D. 28 n. 2, 87 n. 3, 124 n. 98, 221 n. 363, 256 n. 453, 297 n. 562
- Noroña, Conde de 164 n. 224, **381-88**
- Novalis 374
- novatores* 81 n. 66, 197, 561
- Nuevo Historicismo 15
- Núñez, D. 402 nn. 720 y 721, 403 n. 722, 406 nn. 733 y 734, 407-9, 412 y n. 755, 413 y n. 760, 414 y n. 762, 424, 442
- Núñez de Arce, Gaspar 408, **448-51**, 474 n. 866
- Núñez Delgado, Pedro 180 n. 254
- Núñez San Francisco, Aníbal **529**
- Núñez Vela, Pedro 556
- O'Neill, Ch. E. 376 n. 687
- Obbink, D. 63
- Ochoa, Eugenio de 312, 325
- Ochoa, Severo 472
- Octavio, J. M.^a 257 n. 457
- Octavio January 78 n. 53
- Offray de la Mettrie, Julien 261 n. 470, 561
- Ofeltes 70
- Olivares del Valle, F. J. 57 n. 60, 467 n. 846
- Olivier de Magny 277 n. 378
- Olmedo, José Joaquín 259-60, **357-58**
- Oltramare, A. 72 n. 31, 170 n. 236, 229 n. 384
- omniscius* 143 n. 178
- Onfray, Michel 33, 135, 262 n. 471, 263, 465 n. 835, 471
- Onrubia de Mendoza, J. 224, 225 *opinio recepta* 468
- orfismo 476
- Orleans, Luis Felipe de 290
- Orosio 100, 108
- Orsini, Fulvio 127 n. 114
- Ortega y Gasset, José 465, 488 y n. 898
- Ortí y Lara, José Manuel 416 n. 768
- Ortiz, Alfonso 559
- Ortiz Armengol, P. 262
- Osés Gorraiz, J. M. 488 n. 897
- Otero, Blas de 510 y n. 924, 511 y n. 925, **513-15**, 514 y n. 931, 515 n. 933, 527
- otium* (*vid.* también “ἡσυχία”) 67 n. 20, 194 nn. 288 y 290, 202
- Overton, Richard 83-84 n. 76
- Ovidio 65, **68-69**, 71, 75, 83 n. 71, 87, 96 n. 31, 108, 113, 127, 136, 146 n. 184, 153, 160 n. 216, 179, 199 y n. 302, 214, 222 n. 365, 225 n. 372, 242 n. 419, 272 n. 500, 293 y n. 552, 295, 332, 338, 344 n. 631, 348, 364, 376 n. 688, 382, 391, 420, 422 n. 779, 434, 560
- Owen, W. H. 54 n. 49
- Pablo de Tarsos 80
- pabula amoris* 209, 379, 402, 489, 530
- Pacheco, Francisco **180**, 214, 235, 238
- Padres de la Iglesia 77, **78-83**, 88, 102 n. 48, 136 n. 153, 141, 175, 248, 300, 427
- Palacios Rodríguez, L. E. 480 n. 875
- Paladini, M. 28 n. 2, 124 n. 98, 136 n. 150
- Paleario, Aonio 41, 138 n. 161, 139 n. 162, 142 n. 172, 249 n. 431, 293, 359 n. 647
- Palingenio, Marcelo 41

- Palmer, A. 28 n. 2, 41, 124 n. 98, 125 n. 103, 135, 140 n. 169, 251 n. 438, 472
- Palmerino, C. R. 250 n. 435
- Palomo, M.^a del P. 190, 224 n. 369, 515
- Panckoucke, Charles L. F. 483 n. 885
- Pandora 448
- Panecio 72, 170 n. 236
- Panero, Leopoldo 510 n. 924
- Panfilo 45
- Panizza Lorch, M. de 120 n. 86
- πάντα ῥεῖ 221
- paraphrasis* 268
- Paratore, E. 50 n. 32
- papiros de Herculano (*vid.* también “Villa de los Papiros”) 46 n. 25, 50 n. 35, 57 n. 61, 63, 67
- Pardo, Felipe 325
- Pardo, Giovanni 131 n. 132, 132
- Pardo Bazán, Emilia 407 y n. 736, 416
- Parenti, G. 134 n. 142, 145 n. 183, 146 n. 184, 150 n. 191
- Pariseti, Ludovico 137 n. 155, 139 y n. 162
- Parménides 43 n. 18, 490
- parnaso 149, 160, 190, 227 n. 375, 232, 328, 331 n. 609, 333, 460, 509
- Parrain, Jacques (Baron des Coutures) 261, 275 n. 508
- Partenio, Bernardino 328 n. 600
- Parténope 129 n. 123
- Pascual, P. 185 n. 266
- Passannante, G. P. 28 n. 2, 124 n. 98, 125 nn. 102 y 105, 140 n. 167, 143, 152 n. 194, 155 n. 201, 342 n. 629, 404, 410
- Pastore, Raffaele 264, 289, 293 n. 554, 296 y n. 560, 297 n. 562, 558
- patrii sermonis egestas* 335
- Patrizi, Agostino 123
- Patro 50
- Paula Canalejas, Francisco de 413 n. 760
- Pavón, José 283 n. 529
- Paz, Francisco de la 81 n. 66, 248 n. 428
- Paz, Xabier **532-33**
- Paz Soldán, Pedro **357**
- Paz y Meliá, A. 117 n. 70
- Peers, E. A. 371 n. 665
- Peletier du Mans, Jacques 331 n. 611, 556
- Pellegrini, Giacomo 126 n. 111
- Pélopis 183
- Pepe, I. 71, 163, 177 n. 248, 207 y n. 324
- Pèrcopo, E. 130 n. 126, 131 nn. 132 y 133, 132 n. 135, 145 n. 181, 146 y n. 184, 148 y n. 187, 149 y n. 189, 150, 151 nn. 192 y 193, 152, 153 n. 195
- Pereda, José M.^a de 407
- Pérez Galdós, Benito 407 y n. 736, 411 n. 751, 416, 420, **458-61**, 558
- Pérez Magallón, J. 340
- Pérez Martín, Félix 84 n. 80, 416 n. 769, 417
- Pérez Vidal, A. 368 n. 661, 369
- peroratio* 54 nn. 46 y 48, 56 n. 55
- Persio 65, **69**, 96 n. 31, 108, 213, 227 y n. 376, 229 n. 383
- peste 97 n. 37, 108
- de Atenas 33-34, 40 n. 3, 60, 97 y n. 37, 144, 268-69, 306, 308-10, 349, 363 n. 654, 393 y n. 711, 416 n. 769, 422-23, 427
- epicúrea 292
- Petrarca, Francesco 76 n. 46, 84 n. 79, 125 y nn. 101 y 105, 148 y n. 187, 157, 177, 194 n. 287, 203 n. 318, 215 n. 348, 259 n. 463

- petrarquismo 134 n. 142, 145
 Petronio 96 n. 31, 98, 292, 422 n. 779
 Petrovskij, Th. 469 n. 852
 Pezuela, Juan de la 325
 Pi y Margall, Francisco 30, 416 n. 769, 419-20, 420 n. 775, 428-29, 429 y n. 795
 Pidal, Pedro José 415 n. 763
 φαντασία 54 nn. 46 y 48, 185 n. 268
phaselus 218
 Philippe, J. 65 n. 7, 79 n. 57, 83 n. 74, 87 n. 1, 91 n. 19, 94 n. 27, 100 n. 44
philosophia Christi 262
 - *medicans* 48 n. 30
 - *physica (naturalis)* 103, 108, 114
 φυσιολογία 44
 Picinelli, Filippo 199 n. 301
 Piccolomini, Eneas Silvio 127, 138 n. 157
 Pickard, Giovanni 258
 Pico della Mirandola 137 n. 155
pictura inferni 97
 Pigman, G. W. 34 n. 11, 75 n. 41
 Pignatelli, Carlos 263 n. 477, 287
 Pignatelli, Joaquín Atanasio 263 n. 477
 Pignatelli de Aragón, san José 263 n. 477
 Píndaro 112 n. 57, 213, 533 n. 957
 Pinelli, Gian V. 556
 Pingré, Alexandre Guy 311 n. 578
 Pío II (papa) 138 n. 157
 Pío V (papa) 138 n. 160
 Pío, Battista 140 nn. 166, 167 y 168, 142-43, 172 n. 240, 522 n. 941
 Pío, Alberto 136 y n. 154, 140 n. 165
 Píramo 204
 Pirandello, Luigi 474
 Pirminio 91 n. 16
 Pirra 178
 Pirrón de Elea 46 n. 25, 87 n. 2
 Pitágoras 80 nn. 62 y 64, 81 n. 66, 249 n. 430
 Pítocles 59, 120
 Pizzani, U. 54 n. 49, 64 y n. 5
 Plácido, D. 281 n. 523, 282 n. 525, 301, 307 n. 575
 planto 530
 Platón 43, 44 n. 21, 69 n. 25, 72 n. 33, 80 nn. 62 y 64, 108, 116 n. 66, 123 n. 93, 135 n. 149, 137, 248 n. 428, 262, 332, 453, 462, 482 n. 881
 platonismo 80-81 n. 64
 Plauto 31, 118 n. 77, 420-21, 422 n. 779, 424 n. 785
plebs infima 253
 Plinio el Viejo 78 n. 51, 101, 107, 187 n. 271, 246 n. 423, 293 n. 552, 334, 420
 Plodilios 521
 Plotino 163 n. 222
 Pluche, Noël-Antoine 265-66, 265 y n. 483
 Plutarco 79 n. 58, 207 n. 324, 227 n. 377, 467 nn. 846 y 850, 468
 Pluto (ninfa) 183
 poesía didáctica 43 y n. 18, 44 n. 20, 70, 113, 116, 121, 125, 139 n. 162, 143, 154, 175, 249 n. 431, 251, 261, 262 n. 474, 312-313, 313 n. 584, 322, 332, 335-36, 344 n. 631, 348, 366, 375 n. 681, 386, 397 n. 715, 524, 559
 Poey y Aguirre, Andrés 403 n. 722
Poggianus (Π) 90 n. 12, 95 y n. 28
 Poggiano (π) 126 y n. 112, 127 nn. 114 y 115, 129, 552
 Pogno, Atanasio da 293 n. 554
 Poignault, R. 73 n. 37, 75
 poligénesis 509

- Polignac, Melchor de **258-62**, 334 n.
619, 342 n. 629, 357, 427
políptoton 308, 309, 310, 322
polisíndeton 307
Polistrato 50
Poliziano, Angelo 52 n. 44, 69 n. 25,
124
Pompeyo, Gneo 41
Pomponazzi, Pietro 125 n. 104, 137
n. 155, 164 n. 225, 249 y n. 431,
293, 547 n. 974
Pomponio Ático 63 n. 1, 71
Pomponio Leto 123
Pomponio Mela 100, 201 n. 314
Pomposa (monasterio) 92
Ponce de León, Basilio 143 n. 177
Pongerville, J.-B.-A.-A. Sanson de
428
Pons, José **335**
Pontano, Giovanni G. 124, 126 n.
113, **129-33**, 142 n. 172, 145 n. 180,
160, 328 n. 599, 348, 359 n. 647,
417 n. 773, 551, 556
Pontón, G. 184 n. 262
Porter, J. I. 404 n. 726, 465 n. 837
portus securus 170 n. 238, 177, 205,
214, 216, 233 y n. 396
Posidonio 60, 72, 170 n. 236
Possevino, A. 143
post coitum omne animal triste
181, 480 n. 874
Postumio, Lucio 51
Pozuelo, B. 180
praeparatio mortis 210, 229 n. 380,
381, 455, 540
Praxífanos 45 n. 22
prearquetipo 64
Presocráticos 237, 482 n. 881
Previtera, C. 131
priamel 112, 152, 170, 183, 192-93,
202, 204 y n. 319, 223, 346, 354,
385 n. 703, 397, 448 n. 811, 557
Priestman, M. 374 n. 646
primordia 57-58, 57 y n. 63, 70,
189, 234-35, 314, 318, 435, 457,
490, 525
Prisciano **77**, 88, 96 n. 31, 249 n. 430
Probo 64
Procne 161
Pródico 80 n. 61
proemio segundo 72 n. 34, 124, 144,
152 y n. 194, 161, 165, 169, 170 n.
238, 176, 180, 191-95, 202 y n.
317, 204, 205-6, 214, 216, 233,
241 y n. 416, 242 n. 419, 345-46,
354-55, 374, 385 n. 703, 397, 448
n. 811, 507, 556-57, 559
Prometeo 223 y n. 366, 236, 468,
480-81, 481 y nn. 877 y 878
προπαιδεία 101 n. 46
Propercio 52 n. 44, 65, **68**, 109 n. 56,
146 n. 184, 179, 376 n. 688, 422
n. 779, 446, 487, 527, 529, 533
n. 957
prosopopeya 377 n. 690, 381
Prosperi, V. 28 n. 2, 30 n. 4, 32, 41
y n. 8, 52 n. 44, 74, 79 n. 58, 84
n. 77, 98 n. 40, 117 n. 71, 122, 123
n. 95, 124 n. 98, 133 y n. 139, 134,
135 y nn. 146, 148 y 149, 136 n.
153, 138 y nn. 157 y 158, 139 n.
162, 140 n. 165, 141 n. 170, 143 y
n. 177, 144, 152 n. 194, 155 n. 201,
158 n. 209, 163 n. 221, 166 n. 229,
175, 182-83, 190, 200 nn. 309 y
312, 227 n. 378, 241 n. 416, 258 n.
461, 259 n. 462, 262 n. 472, 275
n. 507, 291 n. 547, 293 nn. 553 y
554, 294, 296 n. 560, 297 nn. 561
y 562, 298, 328 nn. 599 y 600,
335 n. 621, 344 n. 630, 351 n. 641,

- 359 nn. 647 y 649, 417 n. 772, 495 n. 904
 protoarquetipo 64
Protomedicus 143 n. 178
protréptico 152, 354
 providencia 29, 80 y n. 59, 82-83, 97 y n. 37, 136 n. 153, 137, 174 n. 244, 253, 300, 337, 346, 421, 501, 557
 Prudencio 84 n. 78, 96 n. 31, 108, 109 n. 56, 434, 556 n. 6
 psicología epicúrea 53, 58-59, 59 y n. 66, 163, 185
 φόρος ναυτιλίας 170, 178, 240
 Ptolomeo 249 n. 430, 250
 Pucci, G. 70
 Pufendorf, Samuel 335 n. 628
 Puig y Semper, José M.^a 283 n. 529
 pulsión de muerte 465 n. 835
pulvis et umbra sumus 211, 212 n. 339
 Puo, Gaspere 133 n. 141
 Putaturo, A. 128 n. 120
quadrivium 130 n. 127, 249
quaestio disputata 70, 470 n. 856
 Quevedo, Francisco de 72 n. 33, 199 n. 306, 200 y n. 310, 201 n. 315, 202 n. 316, 203, 210 n. 330, 212 n. 340, 218 n. 356, 223 n. 367, **226-33**, 235 n. 401, 330 n. 607, 331, 337 n. 690, 467 y n. 849, 484-85, 512 n. 926, 514
 Querestrata 44
 Querodemo 45
 quiasmo 310-11
 Quilón 68 n. 23
 Quintana, Manuel José 325 n. 594, 332 n. 614, 333
 Quintiliano 56 y n. 56, **73-74**, 83 n. 71, 88 n. 5, 96 n. 31, 98, 100, 116 y n. 67, 118 n. 77, 242 n. 419, 298 n. 564, 420, 556 n. 6
 Quiroz Martínez, O. V. 79 n. 55, 81 n. 65, 143 n. 176, 248 n. 428, 249, 250 y n. 437, 271 n. 498, 560, 561
 Rabano Mauro 88, 92-93, 99
 Rabelais, François 462
 Race, W. H. 448 n. 811
 Racine, Jean 158 n. 210, 288
 Raimondi, Cosma 41 n. 10, 125 n. 104
 Rallo, A. 72 n. 31, 214 n. 345
 Ramée, Pierre de la 556
 Ramírez de Verger, A. 17, 27, 194 n. 289, 202, 218 n. 357
 Ramón y Cajal, Santiago 416
 Ramos, V. 485 y nn. 888 y 889, 508 nn. 919 y 920, 509 n. 922
 Ramos Santana, C. 296 n. 557
 Rasi, H. M. 476
ratio studiorum 143, 198, 242 y n. 419, 377 n. 689
 Real Academia de la Historia 325
 Real Academia de San Fernando 361
 Rebolledo, Bernardino de 82 n. 67, 187 n. 271, 377 n. 690, 467, 560
 Recchia, V. 81 n. 65, 101 n. 46, 102, 109 y n. 54, 110
 Reconquista 29
recusatio 52 n. 43, 304 n. 571
 redes de amor 239, 378, 388
 Redondo, A. 155 n. 202
 Redondo, T. H. 325 n. 593, 330 y n. 607, 341 n. 627, 361, 365 n. 657, 366 n. 658, 368, 370, 375 n. 683, 389, 391 n. 710
 Redonense, Marbodo 83 n. 74
 Reeve, M. D. 90 n. 12, 92 n. 20, 94 n. 27, 95 n. 28, 119 y n. 81, 121 n. 88, 122, 125, 126 y n. 112, 127 n. 114, 132 n. 138, 552
 rehabilitación del Epicureísmo **120-24**, 135, 200, 559
 Rehmann, W. 67 n. 19, 202 n. 317

- Reichenau (monasterio) 91 n. 16, 92, 119 n. 80
- Reimarus, Hermann Samuel 262 n. 472
- Reina, Manuel 408 n. 741, **474-75**
- Reinoso, Félix José 332 n. 614, 333, 340 n. 627
- Reisch, Gregor 249 n. 430
- “Relativ-Stil” 343, 450-51
- Renacimiento carolingio 90, 118
- Renan, Joseph E. 408 y n. 740, 409
- renovación cíclica de la vida 221, 235, 311, 508 n. 920, 547
- Rensselaer, W. L. 223 n. 368
- respublica litterata* 30 n. 4
- Restrepo, Antonio José **438-42**
- Retórica 46 n. 26, 54, 74, 155, 183, 190, 200, 201 n. 314, 247, 249 y n. 430, 334, 335, 336, 357, 360 n. 650, 422 y n. 779, 443, 459 n. 826
- Reus y Bahamonde, Emilio 414 n. 762
- Revilla, Manuel de la 405 n. 731, 408 n. 742, **452-55**
- Revolución Científica 197
- de 1868 (“La Gloriosa”) 414
 - Francesa 118 n. 79, 286-87, 286 y n. 539, 290, 294, 330, 354
 - Inglesa 330
- Revuelta, J. 376 n. 687
- Revuelta Sañudo, M. 278, 279
- Rey, A. 210 n. 330, 218 n. 356, 227 n. 376, 229 n. 383, 233 n. 395
- Reyes, J. M.^a 71, 163, 177 n. 248, 207 y n. 324
- Reyes Cano, R. 157 n. 209, 160 n. 213, 236 n. 404
- Reyes Católicos 29, 133 y nn. 139 y 142, 134 n. 142
- Reynolds, L. D. 90 n. 12, 91 n. 16, 92 n. 19, 98 n. 28, 117 n. 73
- Riber, L. 84 n. 78
- Ricci, Bartolomeo 139 n. 162
- Ricci, Francesco Maria 258 n. 461, 259 n. 462
- Richter, Jean Paul 465 n. 836
- Rico, F. 123, 126 n. 110, 168 n. 232, 184 y n. 263, 185, 187-88, 189 n. 276, 193 y n. 285, 294
- ridentem dicere verum* (σπουδογέλοιον) 229 n. 384
- Ridruejo, Dionisio 509
- Riera, C. 525-26
- Rilke, Rainer M.^a 474
- Ringkomposition* 152
- Río Sanz, E. del 32
- Rioja, Francisco de 177 n. 250, 206 n. 323, 230 n. 387, 231 n. 390, 235, **238-41**
- Riquer, Martín de 520 n. 936
- Rist, J. M. 44 n. 21, 45, 48 n. 30, 470 n. 856
- Rivas, duque de 333 n. 615, 371, 372 n. 670
- Rivas Cherif, C. 443
- Rivero García, L. 27, 80, 521 n. 939, 523 n. 942, 525 n. 945
- Rivers, E. L. 181
- Robertis, T. De 138 n. 120
- Robin, L. 159
- Robortello, Francesco 335 n. 621
- Roca de Togores, Mariano 325, 368
- Roca y Cornet, Joaquín 389 n. 706
- Roche foucauld, François de La 412 n. 754
- Rochette, Br. 67 n. 19
- Rodríguez Donís, M. 44 n. 21
- Rodríguez Losada, Manuel 421
- Rodríguez-Navas, Manuel 30, 40, 287, 294, 410, 413, 416, 419-20, **423-34**, 485, 555
- Rojas, Fernando de **153-57**, 191, 197

- Rojas Garrido, José M.^a 438
 Rolli, P. Paolo (pseudónimo de “Rullo, Antonio”) 258 y n. 458
 Rollin, Charles 272 n. 500
 Romania 75, 114
 Romano, D. 163 n. 221
 Romerales, E. 247
 Roncero, V. 149 n. 188, 227 n. 376
 Rondel, Jacques Du 261 n. 468
 Ronnick, M. V. 71, 72 n. 34
 Ronsard, Pierre de 208 n. 326, 227 n. 378
 Rosales, Luis 234, 509, 510 n. 924
 Rosellini, M. 28 n. 2, 285 n. 537
 Rossell del Piquer, José 273-74
 Rostagni, A. 63 n. 2
 Rota, Bernardino 161 n. 217
 Roth, T. 125 n. 101
 Rothberg, I. P. 232 n. 394
 Rouse, W. H. D. 55, 63 n. 3, 93, 262 n. 474
 Rousseau, Jean-Jacques 251 n. 440, 352, 354, 375, 380, 389 n. 707, 394 n. 712, 463
 Rouvroy, Claude Henri de 402
 Rovira, J. C. 126 n. 110, 506, 509 n. 923
 Rozas, J. M. 487 n. 893
 Ruano de la Haza, J. M.^a 243, 245, 246 n. 423
 Rubio, F. 526 n. 946
 Rubió, J. 126 n. 110
 Rubio, L. 90, 91 n. 13
 Ruiz Aguilera, Ventura 408 n. 743
 Ruiz Castellanos, A. 54 n. 49, 55 y n. 54, 56 y n. 59, 300 n. 567, 307
 Ruiz-Castillo, J. 509 n. 922
 Ruiz de Elvira, A. 161 n. 218
 Ruiz Pérez, P. 159 n. 211
 Rull, E. 330 n. 607, 331-32
 Rullo, Antonio 258
 Rutilio 264 n. 480, 420, 526
 Saccenti, M. 143 n. 175, 250 n. 436, 253 nn. 446 y 448, 254, 256 y nn. 455 y 456, 257 y n. 457, 258, 296 n. 560, 307 n. 573
 Sacchi, el “Platina”, Bartolomeo 123 n. 94
Sacrae Scripturae 248, 292
 Sacré, D. 41, 123 n. 93, 139 n. 162, 293, 333 n. 616
 Sáenz de Tejada, C. 446
 Sáez, Santiago **263-71**, 287, 428
 Saint Bertin (monasterio) 91, 93, 98
 Saint-Beuve, Charles Augustin 408 n. 739
 Saint Martin (monasterio) 92-93
 Saint Riquier (monasterio) 92, 100, 119 n. 80
 Saint-Simon, conde de 402 y n. 721
 Saitta, G. 120 n. 85
 Sales y Ferré, Manuel 414
 Salinas, Pedro 487, **488-89**
 Salmerón, Nicolás 414-15, 420 n. 775, 424
 Salustio, Cayo 42, 96 n. 31, 108, 242 n. 419, 420
 Salutati, Coluccio 117 y nn. 73 y 74
 Samoilovich, Daniel 450 n. 814
 Sánchez, Matías 16, 29 n. 3, 31, 253 n. 447, 254 n. 450, 263 y n. 478, 266, **271-311**, 376, 428 y n. 793, 433, 558, 621, 622
 Sánchez, Padre Matías 296 n. 556
 Sánchez Alonso, B. 227 n. 376
 Sánchez-Blanco, F. 81 n. 66, 251 n. 442, 292 n. 550, 334, 561
 Sánchez el Brocense, Francisco 213, 232 n. 394, 467 n. 849, 559
 Sánchez García, Matías 276 n. 510
 Sánchez-Moliní Sáez, C. 115 n. 63
 Sánchez Reyes, E. 31, 227, 263 n. 475, 277, 280 nn. 519 y 520, 434

- Sánchez Robayna, Andrés 537 n. 959
 Sánchez Ron, J. M. 197 n. 297
 Sand, George 406 n. 733
 Sankt Gallen (monasterio) 92, 98, 100, 117, 118 n. 79
 Sannazaro, Jacopo 130 y n. 130, 131 n. 133, 133, 145 n. 180, 146, 148 y n. 187, 151 n. 193, 167 n. 231, 203 n. 318, 236 n. 404, 359 n. 647
 Santa Teresa 210 n. 331
 Santana Henríquez, G. 498 n. 906
 Santayana, G. 40 n. 5
 Santo Oficio (*vid.* también “Inquisición”) 135 n. 148, 197, 219 n. 359, 253 y n. 445, 254, 290, 293, 296 n. 559
 Santos Álvarez, Miguel de los **399-400**
 Sanz del Río, Julián 413, 416 n. 768
 Saquero Suárez-Somonte, P. 88 n. 5, 118 n. 76, 124 n. 100
 Sarnelli, M. 30 n. 4, 143
 Sartre, Jean-Paul 466 y nn. 842 y 844
 “saut du même au même” (*vid.* también *homoeotéleuton*) 281 n. 524, 282 n. 526
 Savater, Fernando 33 y n. 7, 478
schedae 90, 93
 - *Gottorpienses* o *Haunienses* 94, 95
 - *Vindobonenses* 94, 95
 Schmid, W. 84, 136, 140 n. 169
 Schmidt, F. 374 n. 678
 Schofield, M. 48 n. 30
Schola Palatina 93
 Schopenhauer, Arthur 464-65, 482
 Schott, Andreas 201, 213 n. 342
 Schwanitz, D. 143 n. 176
 Schwartz, L. 168 nn. 232 y 233, 227, 233, 243 n. 420
scientia practica 95 n. 30
 Sconocchia, S. 376 n. 686
 Scott, Walter 365, 375 n. 683
scriptoria 88, 118, 298
 Sebold, R. P. 330 nn. 606 y 608, 331 y nn. 609 y 611, 366 n. 658, 371, 389 y n. 707, 397 n. 716
secretum iter 193 n. 286, 506
 secularización 28, 250, 251 n. 438
 Sedley, D. 47 n. 29, 50 n. 32, 53 n. 45, 55 y n. 53
 Segarra Añón, I. 145 nn. 180 y 183, 146 n. 186, 149, 151 n. 193
 Segisberto de Gembloux 91-92 n. 20
 Segundo Flórez, José 403 n. 722
 Senabre, R. 168 nn. 232 y 233, 170 n. 238, 211 n. 336, 466 n. 843
 Séneca 15, 32, 60, 65, **71-73**, 80 y n. 63, 87, 96 n. 31, 100-1, 121, 128 n. 118, 129, 134, 153, 169, 170 n. 236, 183, 193, 194 y n. 290, 196-97, 199 y n. 304, 205, 212 n. 338, 227 y nn. 375 y 376, 229 n. 383, 233 n. 396, 234 n. 398, 235 n. 401, 242 n. 419, 246 n. 423, 300, 377 n. 690, 420, 422 n. 779, 467 n. 850, 555, 557
 Serés, G. 159 n. 213, 169, 172, 176, 185 y n. 267, 187 n. 271
 Seripanto, Girolamo 160
 Serna, fray Melchor de la **212-13**
 Serra, Jaime 133 n. 141
 Serres, G. 547 n. 974
 Servio 66 n. 13, 69, **76-77**, 101, 107
 Sesé, B. 221 n. 362
 Severin, D. S. 154
 Shakespeare, William 66 n. 14, 375, 482 n. 880
 Shelley, Mary 375 n. 682
 Shelley, Percy B. 41, 262 y n. 474, 374, 375 n. 682, 512 n. 926
 Shepherd, G. 117 n. 72, 127 n. 117
Si convenit (bula) 29

- Sigüenza, fray José de 139
 Sijé, Ramón 507, 509 n. 922
 Sila, Lucio Cornelio 41
 Sileno 246 n. 423
 Siles, Jaime 43, 67 n. 20, 530 n. 953,
 537-38
 Silió Cortés, C. 134 n. 143
 Silio Itálico 118 n. 77, 119 n. 81, 422
 n. 779
 Silva Mozinho de Albuquerque, Luis
 de 397 n. 715
 Silvestre, M.^a L. 95 n. 29
 símil médico de la poesía didáctica
 74, 98, 116-17, 153-54, 175, 379
 - naturalístico 269, 360, 519 y n. 934
 similitud 322
 Simón Abril, Pedro 201, 213 n. 342
 simulacros 46-47, 58, 163 y n. 222,
 185, 207, 429-30, 448, 482, 487-
 88, 515, 518, 520, 530, 534, 537 n.
 960, 559
 sincretismo cristiano 72, 78-84, 135,
 153, 155 n. 202, 169, 175 n. 245,
 300
 sinécdoque 505
 Singer, Ch. 89 n. 8, 143
 Sirón 67
 Sisebuto 91, 100, 101 y n. 46, 102,
 109-15, 117, 311 n. 578
 Sísifo 146, 223, 226 y n. 374, 236,
 367, 481 n. 878, 525 n. 944
 Smith, S. B. 77, 78 n. 52, 92-94, 101,
 115 n. 64, 403 n. 724
 Socas, F. 40 n. 6, 199 nn. 302 y 303,
 479 n. 873, 611
 Socrate, M. 184 n. 264
 Sócrates 45 n. 23, 48 n. 30, 72 n. 33,
 141 n. 171, 352, 482 n. 881
 Solaro, G. 39 n. 1, 40 y n. 4, 63 n. 1,
 87 n. 1, 88 n. 6, 92 n. 20, 425 n.
 786, 522 n. 941
 Solovine, Maurice 483 n. 885
Somnus mortis imago 201
 Soria, A. 126 n. 110
 Soria Olmedo, A. 163 n. 221
 Soter, Joannes 232 n. 394
 Spaeth, J. W. 63 n. 1
 Spence, G. 262 n. 474
 Spenser, Edmund 502 n. 915
 Spencer, Herbert 463 nn. 830 y 832,
 465
 Speroni, Sperone 182
 Speyert van der Eijck, Simon 348
 Spiegelman, W. 375 n. 684
 Spinoza, Baruch 262, 412 n. 754,
 424
 Steele, Richard 258 n. 458
stemma codicum 64, 95 y n. 28
 Stendhal 406 n. 732
 Strada, Famiano 125 n. 102
 Strauss, David Friedrich 409
 Strauss, Leo 471 n. 857
studia humanitatis 168, 197
 Suárez, Francisco 297 n. 563
 Sue, Eugène 406 n. 733
 Suetonio 64, 96 n. 31, 108, 420
 Sully-Prudhomme, René 473 n. 863
 Summonte, Pietro 132-33
summum bonum 44, 140, 329 n.
 602, 470
superbi colli 502
 superstición 52 n. 41, 59, 109, 113,
 174, 231, 251, 253, 288, 299, 300
 n. 567, 305, 313, 316-17, 321, 324,
 344-46, 349, 355, 358, 411 n. 750,
 419, 425-26, 459, 461, 469, 474,
 479
 Swinburne, Algernon Ch. 41 n. 9
Syllabus 410
 Tácito, Cornelio 129, 199 n. 304,
 288, 420, 479
 Tadeo, fray Diego 333

- Taine, Hippolyte Adolphe 118 n. 738, 407
- Taisne, A-M. 69-70
- Tait, J. I. M. 66 n. 10
- Tamayo de Vargas, Tomás 160 n. 216
- Tansillo, Luigi 160
- Tántalo 146, 148, 183, 208 y n. 329, 209, 222-23, 225-26, 226 y n. 373, 236 y n. 404, 352, 480, 496-97
- Tasso, Bernardo 160, 203 n. 318, 208 n. 326, 211 n. 332
- Tasso, Torquato 52 n. 44, 135 n. 149, 139, 152 n. 194, 176, 190-91, 200 n. 309, 201 n. 315, 203 n. 318, 205 y n. 322, 206, 208 n. 329, 222 n. 365, 235 n. 400, 325 n. 590, 328 n. 599, 359, 389 n. 706, 394 n. 712
- Tauchnitz 554
- Taylor, Jeremy 291 n. 547
- Tediato 374 n. 675
- templa serena* 152, 216, 320, 348, 354, 365
- Tenendi, A. 155 n. 202
- Tennyson, Alfred 39 n. 1, 474 y n. 864
- teocentrismo 87, 155, 247
- Teócrito 52 n. 44, 67, 76, 227 y n. 376
- Teodoro 87 n. 2
- Teodoro de Gaza 131
- Teognis 80 n. 61
- Teología 43, 83 n. 75, 99, 109 n. 54, 135, **247-50**, 264, 287, 300 y n. 567, 403 n. 723, 405, 406 n. 734, 409, 414, 461, 465, 467 n. 846, 474, 515 n. 932, 542
- teoría de los cuatro humores 185 n. 267
- teosofía 412 n. 757
- Terencio 96 n. 31, 201 n. 313, 242 n. 419, 272 n. 500, 296 n. 558, 422 n. 779
- Terradillos, A. M.^a 243 n. 422, 336, 338 n. 625, 360 n. 650, 381, 393 y n. 711, **422-23**, 424 n. 785
- Terreros, Estevan 265 n. 483
- Tertuliano 79, 118 n. 77, 135 n. 148, 264 n. 480
- Tespis 50
- tetrafármaco 394, 478, 513
- Textor, Ravisio 214 n. 347, 240
- thesauri* 199 n. 301, 557
- Thomson, James 342 n. 629
- Tibaldi, Pellegrino 130 n. 127
- Tiberio 71
- Tibulo **68**, 95 n. 30, 96 n. 31, 127, 179, 180 n. 254, 329 n. 603, 348, 420, 422 n. 779, 446, 529
- Ticio 146, 223 y n. 366, 226, 367, 480, 505
- Timpanaro, S. 376 n. 686
- Tiptoft, John 553, 559 n. 8
- Tirón 63 n. 1, 521
- Tisbe 204 y n. 319
- Títiro 67 n. 18, 171
- Tito Livio 90, 108, 127 n. 117, 129, 134, 272 n. 500, 420
- Toledo, Pedro de 133, 159 n. 213, 160 y n. 215, 181 n. 255, 551
- Tolstói, León 416, 469 n. 852
- Tomás de Aquino 78 n. 54, 297 n. 563
- Tommaso, B. 205 n. 322
- Tonellis, Th. de 119
- Toohey, P. 42 n. 13, 83 n. 71
- tópico literario (*vid.* también "*locus communis*") 17, 95 n. 30, 113, 168, 170 n. 238, 192-93, 197, 203, 214, 389, 322 n. 779, 557. *Vid.* amarga medicina, amor agri dulce, *amor omnia vincit*, *amor sceleratus*

- habendi, arbore sub quadam*, atributos de amor, *aurea aetas, aurea mediocritas*, αὐτόματος βίος, *beatus ille*, bien mostrenco (*sine domino*), *captatio benevolentiae, carpe diem*, castigos del más allá, *collige, virgo, rosas, cotidie morimur, de vitae fugacitate*, denuesto de la riqueza, *dulcia solacia vitae*, engaños del amor, *exclusus amator, fortitudo et sapientia, in hac valle lachrymarum*, inabarcabilidad de un tema, inspiración poética como locura, *latet anguis in herba*, mal de amores, μηδὲν ἄγαν, *memento mori*, menosprecio de corte y alabanza de aldea, *militia amoris*, mito de las Edades del Hombre, *navigium amoris, navigium vitae, nil mirari, pabula amoris, portus securus, post coitum omne animal triste, praeparatio mortis*, φόγος ναυτιλίας, *pulvis et umbra sumus, recusatio*, redes de amor, *ridentem dicere verum, secretum iter, somnus mortis imago, superbi colli, ut pictura poesis, utile dulce, Veneris frigida cura, vincula amoris, vivere parce/parvo*, yugo de amor
- tormentos del infierno 146, 226, 236, 366
- Torrente Ballester, Gonzalo 532 n. 955, **541-44**
- Torres, G. 487 n. 893
- Torres Naharro, Bartolomé de 231 n. 390
- Torres y Villarroel, Diego de 330 n. 607
- Toscano, G. 126 n. 111, 127 nn. 116 y 117, 128 y n. 120, 132 n. 137
- Toscano, Juan Mateo 174 n. 241
- Toscano, T. R. 124 n. 98, 126 n. 110, 127 n. 117, 128, 129, 131 n. 133
- Tosi, R. 69, 181, 201 n. 315, 222 n. 365
- Tostado, Ingenuo (pseudónimo de Martínez de la Rosa) 365 n. 656
- Tovar Llorente, Antonio 542 n. 966
- Toynbee, Arnold J. 488 n. 898
- tradición clásica 16-17, 27, 32 y n. 6, 33-34, 126, 148, 164 n. 224, 167 n. 230, 192, 201 n. 315, 222 n. 365, 233 n. 395, 344 n. 630, 434, 487, 490 n. 899, 495 n. 904, 512 n. 926, 527 n. 948, 530, 551, 557
- Traina, A. 64 n. 4
- Traversari, Ambrogio 120 n. 86
- Trillo y Figueroa, Francisco de 205 n. 322
- Trivium 249
- Trueba y Cossío, Telesforo de 372 n. 670
- Tucídides 60 n. 68, 288
- Tuñón de Lara, M. 412 n. 758, 416, 420 n. 775, 458
- Turnebo, Adriano 93
- Turner, Joseph Mallord William 371 n. 667
- Turner, P. 262 n. 474
- Tusón, V. 473-74, 513 n. 927, 514 n. 930
- Tutrone, F. 87 n. 1, 89, 92, 359 n. 647
- Tyndall, John 409
- Uitterhoeve, W. 224 n. 369
- Ulises 72 n. 34
- Ullman, B. L. 96 y n. 31, 97 y n. 35, 98 y n. 38, 99, 118 n. 79
- ultraísmo 493

- Unamuno, Miguel de 416, 449 n.
812, 465, 473 n. 862, 474, **478-82**, 510 n. 924, 514
- Uranio, Martino 122 n. 90
- Ureña, J. 164 n. 223, 232 n. 394
- Uribe, Juan de D. 438
- Urrutia, J. 495 n. 905
- Usener, H. 57 n. 61
- usus iustus* 80, 99, 109 n. 55, 114, 141, 143
- ut pictura poesis* 223
- utile dulci* 116, 155 n. 200
- Uzcanga, F. 251 n. 442, 252
- Valbuena, Á. 208 n. 326
- Valdeón, J. 250
- Valentí Fiol, Eduardo 42 n. 13, 57 n. 62, 91 n. 17, 154 n. 198, 373 n. 673, 374-75, 474 n. 864, 483 n. 885, 547
- Valentinus* (ms.) 272, 552
- Valera, Juan 341, 342 n. 629, 362, 364, 371 n. 669, 372-73, 406 n. 734, 407, 422, 443 n. 803, **445-48**
- Valera y Morales, Félix 403 n. 722
- Valerio Flaco, Cayo 96 n. 31, 98 n. 38, 118 n. 79
- Valla, Lorenzo 121 y n. 88, 122 n. 89, 123, 125 n. 104, 126 n. 111, 127-28, 129 n. 124, 156, 184 n. 260, 547 n. 974, 559
- Valle-Inclán, Ramón del 473 n. 862
- Vallejo, Alfonso 525 n. 944
- Vallés, Francisco 187 n. 271
- Valverde, José M.^a 29 n. 3, 415 n. 764, 466 n. 843, 510 n. 924, **520**
- Varrón 56, 108, 149 n. 188, 160 n. 216, 420-21
- vasos murrinos 196 n. 292
- Vaticano 133 n. 141, 138
- Vázquez, Mateo 376
- Vega, Ventura de la 325, **368**
- Veitch, John 412
- Vela, Javier 457 n. 824
- Velarde, José 408 n. 743
- Velaza, Javier **538-39**, 559
- Veleyo, Cayo 71, 121
- Vélez de Guevara, Pedro 180
- Veneris frigida cura* 179-80, 205, 209, 379, 400, 402, 489
- Venus 41 n. 13, 54, 65 y n. 8, 140 n. 165, 150, 164, 166, 168, 180, 183 n. 259, 207, 209, 212-13, 224, 234 n. 400, 252 n. 444, 278, 281, 289, 300, 314-15, 322, 325-26, 329 n. 605, 338 n. 626, 349-51, 358-59, 365, 366 n. 658, 370, 375, 379, 383-86, 391 n. 709, 401-2, 421, 423, 431, 433-35, 437, 447, 449-50, 465, 470, 476-77, 478 n. 871, 489, 509, 516-17, 528, 530 n. 952, 534-35, 556-57, 559
- *genetrix* 465 n. 839, 470, 544
- *Urania* 453-54
- *volgivaga* 446, 521-22, 546, 611
- Vera, F. 180 n. 254
- vera voluptas* 470-71
- Veranio 66 n. 12
- Vergara, Francisco de 198 n. 299
- Vernet, J. 98 n. 40
- Vespasiano da Bisticci 118 nn. 76 y 77, 129
- Vesperini, P. 28 n. 2
- Vettori, Pietro 70 n. 28, 140 n. 165
- Vicenç Foix, Josep 434 n. 797
- Vicent, Manuel 17, **544-45**
- Vico, Giambattista 83 n. 73
- Vidal, J. L. 67, 434 n. 797
- Vidales, R. 34 n. 8
- Vilanova, A. 203
- Villa de los Papiros 67, 134
- Villaamil, Jenaro Pérez 371 n. 667
- Villaespesa, Francisco **484-85**

- Villalonga, Lorenzo 409 n. 744
 Villar y García, Martín 416-17
 Villarroel, I. 95 n. 30
 Villegas, Esteban Manuel de 208 n. 326
 Villén de Biedma, Juan 555
 Villerías y Roelas, José 359 n. 647
 Vinci, Leonardo da 249
vincula amoris 239 n. 410
 Viñayo, A. 99 n. 42, 101 n. 45
 Viterbo, Egidio da 131
 Virgilio 17, 32, 41, 52 n. 44, 64, 65, 66-67, 71, 73-74, 75 y nn. 41-42, 76, 77 y n. 49, 79 n. 57, 80, 83 n. 71, 87, 96 n. 31, 102 n. 47, 108, 109 n. 56, 113, 115 n. 63, 134, 141 n. 170, 148, 149 nn. 188 y 189, 168 y n. 234, 179, 199 y n. 302, 208, 212, 215 y n. 349, 220, 227 n. 376, 242 n. 419, 251 n. 439, 261, 264, 272 n. 500, 288, 295, 296 n. 557, 300-1, 305 n. 572, 312, 321 n. 586, 325 nn. 591 y 592, 326 n. 596, 327, 328 nn. 599 y 600, 329 n. 603, 332, 338, 344 n. 631, 348, 359, 376 n. 688, 382, 418, 420, 422 n. 779, 427, 434, 458, 487, 491, 506, 508 n. 920, 544 n. 969, 558 n. 7, 560
virtus estoica 51, 169
 - *litterata* 190, 198
 Visalberghi, A. 78 n. 51, 124 n. 99, 248 y n. 429, 249
 Visconti, Felipe María 126 n. 111
 Vitrubio 65, 71, 75
 Vivanco, Luis Felipe 509
vivere parce 68, 192, 354
 - *parvo* 68, 192
 Vives, Juan Luis 84 n. 78
 Volk, K. 308
 Voltaire 251 n. 440, 253, 257 n. 457, 260 n. 466, 342 n. 629, 366 n. 657, 394 n. 712, 463
volumina 50 n. 35, 73, 88 n. 4, 128 n. 119
voluptas 122 y n. 89, 162, 166-67, 169, 178, 186, 209, 212, 304, 314, 320, 322, 326, 351, 355, 358, 362, 435, 437, 449-50, 470-71, 474, 501
 Vossius, Gerhard Johannes 92
 Vossius, Isaac 55 n. 52, 92
 Wagenblass, J. H. 33, 74 y n. 39, 78 n. 52, 82 n. 70, 87 n. 1, 97 n. 36, 99, 116 n. 68, 143 n. 175, 200 n. 308, 228 n. 378, 291 n. 547, 556
 Walia 100
 Walser, E. 117 n. 72, 122 n. 89, 127 n. 114
 Warren, J. 28 n. 2
 Weise, Carl Hermann 483 n. 885
 Wellington, duque de 313, 361 n. 652
 Weingaertner, A. D. 65 n. 7, 67 n. 19
 Weingarten (monasterio) 117
 Werther 374 n. 675
wertherianismo 368
 West, D. 83 n. 71, 176, 308 n. 576
 Whitehead, Alfred North 466
 Wieland, Christoph M. 143 n. 176, 374
 Wilde, Óscar 16
 William de Hirschau 88
 Williams, W. 292
 Willis, J. 56 n. 58, 281 n. 524
 Wilson, C. 143 n. 176, 262 n. 472, 411 n. 752, 469
 Wilson, E. M. 241 n. 418
 Wilson, N. G. 90 n. 12, 91 n. 16, 98 n. 39, 117 n. 73
 Winspear, A. D. 249 n. 434, 374 nn. 678 y 680, 403 n. 724, 468 n. 851
 Wirth, J. 155 n. 202

- Wittgenstein, Ludwig 466
 Wöhler, R. 65 y n. 7, 66 n. 13
 Wolff, Christian 335 n. 623
 Woll, L. 65 n. 7, 72 n. 32, 73
 Woltjer, J. 42 n. 14, 50 n. 32
 Wordsworth, William 375 y n. 684
 Wright, M. R. 43 n. 18
 Yahia, Guedella 163 n. 221
 Ynduráin, D. 78 n. 55, 79 nn. 57 y
 58, 84 n. 80, 136, 241, 242 n. 419,
 247-48, 292
 Yona, S. 42 n. 14, 50 n. 32
 yugo de amor 162
 Zacchia, Pablo 143 n. 178
 Zambrano, P. 463
 Zárate, Gil de 272 n. 500
 Zeno, Apostolo 257
 Zenón de Citio 45 n. 25, 72 n. 33, 98
 n. 40, 170 n. 236
 Zenón de Sidón 50 y n. 35, 51 n. 38,
 425 n. 786
 Zola, Émile 407, 463
 Zorrilla, José 333 n. 615, 372 n. 670,
 396-99
 Zucca, D. 28 n. 2
 Zutshi, P. 552 n. 1

- Abad, Diego José: *De Deo, Deoque Homine Carmina Heroica*: 258 n. 461, 357 n. 646; XLII 683-731: 258 n. 461.
- Acunio, Manrique: *De immortalitate animae adversus quosdam Gallos*: 137 n. 155.
- Acuña, Hernando de: “Cuando era nuevo el mundo y producía” (soneto): 167-68.
- Addison, Joseph: *The Guardian (Works, 1722, IV núms. 115, 119 y 122)*: 425 n. 787.
- Agustín de Hipona: *C. Faust.* XII 22: 107; *Civ.* IV 10: 79 n. 56; XIV: 80 n. 59; XVIII: 80 n. 59; XXXVII: 80 n. 59; *Conf.*: 272; VI 16: 275; *In psalm.* LXXIII 25: 83 n. 75; *Vera relig.* XII 94: 79 n. 58; *Serm.* 150: 212 n. 338.
- Alas “Clarín”, Leopoldo: *Apolo en Pafos*: 462; “El cura de Vericueto” (*Cuentos morales*), Primera parte I: 463; Primera parte III: 464; *El derecho y la moralidad* (tesis doctoral): 461 n. 828; *La Regenta* I 9: 462-63.
- Albiac, Gabriel: “Gustavo Bueno y la televisión: los videntes”: 34 n. 9.
- Alciato, Andrea: *Emblemata*: 232 n. 394.
- Alcmán: *Fr.* 125: 247.
- Alcuino de York: *Adversus Elipandum* I 2, c. VIII: 100; *Disputatio puerorum* II 1103-4: 89 n. 10; *Epist.* 204, I 478c: 89 n. 10; *In Epist. sancti Pauli ad Titum* I 1011: 89 n. 10.
- Aldana, Francisco de: “Alma Venus gentil, que al tierno arquero”: 183 n. 259; “Carta para Arias Montano” 304-18: 183 n. 259; 364-432: 183 n. 259; “... De Pélopis no quiero la riqueza”: 183; “Junto a su Venus, tierna y bella, estaba”: 183 n. 259; “¿Quién ve venir de rosas coronada...?”: 183 n. 259; “Sobre el bien de la vida retirada” 7: 230 n. 388; soneto XVIII: 150, 181-82.
- Aleixandre, Vicente: “Al hombre” (*La destrucción o el amor*): 494 n. 903; “Criaturas de la aurora” (*Sombra del paraíso*): 487, 492-93; “El poeta” 10-11 (*Sombra del paraíso*): 240 n. 413; “Primavera en la tierra” (*Sombra del paraíso*): 492; “Se querían” (*La destrucción o el amor*): 493-94.
- Alfonso de Burgos, Pedro: *Dialogi de immortalitate animae*: 137 n. 155.
- Almuzara, Javier: “Cosmología aplicada” (“En cada nuevo ser”): 525 n. 944.

- Alonso, Dámaso: *Hijos de la ira*: 510; “Lo creído. Lo deseado” (*Duda y amor sobre el Ser Supremo*): 513 n. 928; “Lo creo verdad. Lo que desearía” (*Duda y amor sobre el Ser Supremo*), 1ª parte, 3: 512-13; “Pedida al Señor” (*Duda y amor sobre el Ser Supremo*), 1ª parte, 1: 511-12; “Petición del alma eterna” (*Duda y amor sobre el Ser Supremo*): 513 n. 928; “Prólogo” al poemario *Ancia* de Blas de Otero: 510-11.
- Altercatio Hadriani Augusti et Epicteti* LIII 1: 201 n. 315.
- Ambrosio de Milán: *Hex.* II 4, 16: 104; *Off.* III 20, 120: 104.
- Anthologia Graeca*: 232; *Anth. P.* V 169 (Asclepiades): 448 n. 811; *Anth. P.* VII 713 (Antípatro de Sidón): 304 n. 571; *Anth. P.* IX 29 (Antíflo): 170 n. 237; *Anth. P.* XI 8 (anónimo, trad. por Tomás Moro): 232; *Anth. XI* 19 (Estratón de Sardes): 167 n. 230.
- Anthología Planudea*: 164 n. 223.
- Arato: 110-11: 170 n. 237.
- Arcipreste de Hita: *Libro de buen amor*: 73.
- Arenal, Concepción: *Dios y libertad*: 424; cap. V: 299; cap. VIII: 299; cap. X: 300.
- Aretino, Pietro: *Sonetos lujuriosos*: 165 n. 226.
- Arguijo, Juan de: “Castiga el cielo a Tántalo inumano” (soneto): 225-26; “Sube gimiendo con mortal fatiga” (soneto): 226 n. 374; “Vierte alegre la copia en que atesora” (soneto): 224-25.
- Ariosto, Ludovico: *Orlando furioso* XLV 39, 5-8: 161 n. 217, 215 n. 348; XLV 40, 1-3: 215 n. 348.
- Aristóteles: *Ética*: 93 n. 24; *Meteorologica* I-III: 60; *Política*: 93 n. 24; *Poética*: 331 n. 611; *Rh.* 1389b: 68 n. 23.
- Arnaud, André: *Ioci*: 467 n. 848, 559.
- Arnobio: *Nat.* I 38: 120 n. 84; VI 2: 136 n. 153, 174 n. 244.
- Arnold, Matthew: *Lucretius*: 39 n. 1.
- Arolas, Juan: “Cual débiles niños, sin luz, ni doctrina” 1-8: 391.
- Ateneo Gramático: XII 547a: 51.
- Aulo Gelio: *Noctes Atticae*: 75, 118 n. 76; I 21, 5: 177; I 21, 7: 75 n. 40; XV 2: 52 n. 41.
- Ayet, Jesús: “Constelación de Aries” (“Recorremos así, hechos una masa”): 457 n. 824.
- Azara, José Nicolás de: *Notas a las obras de Garcilaso de la Vega*: 160 n. 216.
- Bacon, Francis: *De augmentis scientiarum*: 266; *Novum organum*: 249 y n. 434; *Of Atheism*: 97 n. 36.
- Baroja, Pío: *El dolor. Estudio de psicofísica* (tesis doctoral): 482 n. 882; *Juventud, egolatría*: 452 n. 816, 483; *Memorias de un hombre de acción*: 482 n. 884; “*Nihil*”: 482 n. 883; *Vidas sombrías* (“La vida de los átomos”): 483; *Vidas sombrías* (“Las coles del cementerio”): 483, 486.
- Bartas, Guillaume du: *Première semaine* II 151-56: 417-18 n. 773; III 821-32: 228 n. 378.
- Bartrina, Joaquim María: *Algo*: 456; “*De omni re scibili*” (*Algo*): 456-57; “Excepción” 1-8 (*Algo*): 457; “Una duda” (*Algo*) 21: 406.

- Basilio el Grande: *De legendis libris gentilium*: 79 n. 58; V: 80 n. 61; IV 1-19 (*Quom. leg.*): 292 n. 551.
- Battista, Pio: *Epistula nuncupatoria* a Giorgio Cassovio: 142-43.
- Beauvais, Vincent de: *Speculum maius*: 99.
- Beccadelli el “Panormita”, Antonio: “*Ad Lamola*” (elegía): 128-29 n. 122; *De dictis et factis Alphonsi Regis Aragorum*: 129 n. 125; *Hermaphroditus*: 126 n. 111.
- Bécquer, Gustavo Adolfo: “Rima” 8 (LVIII): 401-2; 46 (X): 400-1.
- Beda el Venerable: *De natura rerum*: 78 n. 51, 99.
- Bellarmino, Roberto: *Disputationes de controversiis Christianae Religionis adversus huius temporis haereticos* XX: 135 n. 148.
- Bellay, Joachim du: *Les antiquités de Rome*: 502 n. 915.
- Bello, Andrés: “Alocución a la poesía”: 329 n. 605; *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile*: 329; *Gramática de la Lengua Latina*: 329; *La agricultura en la zona tórrida*: 329 n. 605; traducción de Lucr. IV 1133-34: 329.
- Bembo, Pietro: *Rime*: 167 n. 231.
- Benet Garret “el Cariteo”: “Canzone” II: 146-48; II 6-9: 148 n. 187; II 18: 148; II 27: 148 n. 187; II 29-39: 148; II 43: 148; II 54-57: 153 n. 195; II 67-69: 148 n. 187; “Canzone” V, “De dispregio del mondo”, 1-12: 146 n. 185, 151 n. 193; V 10-12: 152; V 61-74: 151 n. 192; V 81: 152; V 91-99: 152; V 133-34: 152; “Canzone” VI, “Aragonia”: 148; VI 60-65: 149 n. 189; VI 61-75: 149; VI 68-69: 149 n. 189; VI 70-72: 149 n. 189; VI 70-75: 149; VI 73-75: 149; *Endimione*: 145, 150 n. 191; *Opere del Chariteo*: 145 n. 182; *Pascha* (cántico primo) 16-18: 153 n. 195; soneto LXXIX: 150; LXXIX 1-5: 150; LXXIX 8-11: 150; CLXII 9-14: 145 n. 183, 161 n. 217; *Tutte le opere volgari di Chariteo*: 145 n. 182.
- Beraldo, Nicolás: *Epist.* a Francisco Deloin: 140 nn. 166 y 168.
- Bergson, Henri: *Extraits de Lucrèce, avec un commentaire*: 465 n. 838; *L'Évolution créatrice*: 465.
- Bermúdez, Jerónimo: “Cuánto más libre, cuánto más seguro” (*Nise lastimosa*, acto segundo): 231 n. 390.
- Bernat Metge: *Lo somni*: 137 n. 155.
- Berni, Juan Bautista: *Filosofía racional*: 292 n. 550.
- Bernier Luque, Juan: “Tan sólo mirar” (*Poesía en seis tiempos*): 515-16.
- Biblia: *Génesis* 39: 175 n. 245; *Jueces* 16: 175 n. 245; *Proverbios* 23: 175 n. 245.
- Biblia Vulgata: *Gen.* II 5-25: 237 n. 407; II 7: 189 n. 275; *Luc.* XXIII 34: 389 n. 707; *Sap.* V 10-11: 151 n. 192; V 13: 151 n. 192; V 22: 107.
- Boecio: *Cons.* I 1, 7-11: 292 n. 551; *Cons.* III, *carm.* 10, 4-6: 233 n. 395.
- Boletín Oficial de Ministerio de Ultramar*: 273 n. 504.
- Bonincontri, Lorenzo: *De rebus coelestibus*: 124; *Rerum naturalium et divinarum*: 102, 124, 417 n. 773; I 1: 70 n. 26.

- Borgia, Girolamo: *Praeludium ad dominos Toletatum et Garcilassum viros inclitos et doctissimos*: 160 n. 215; *Vita Borgiana*: 63 n. 1, 160, 189 n. 276.
- Boscán, Juan: “A la duquesa de Soma”: 157 n. 207; “Capítulo” CXXXII 298-303: 159 n. 212; 298-336: 158-59; 313-21: 556; 319: 159; *El cortesano* (trad.): 157 n. 209, 160 n. 213; *Las obras de Boscan y algunas de Garcilasso de la vega*: 157 n. 209; “Leandro”: 215 n. 348.
- Bracciolini, Poggio: *De infelicitate principum*: 88 n. 5, 117-18 n. 76; 1-3: 124; *Epistulae*: 120; *Epist.* a Francesco Barbaro: 118-19 y n. 78; *Epist.* a Niccolò Niccoli: 119, 120 n. 83; *Epist.* I, S 49: 117 n. 75.
- Bretón de los Herreros, Manuel: “La desvergüenza” VII, estr. 1^a, vv. 1-5: 391 n. 709; “La vida del hombre” (“La infancia”): 389-91.
- Brines, Francisco: “*Collige, virgo, rosas*” (*El otoño de las rosas*): 208 n. 326; “Física de la muerte” (“Prietas y extensas sombras nos acogen”): 525 n. 944.
- Burgos Olmo, Francisco Javier de: “A los progresos de la industria”: 332 n. 614; 1-76: 363-65; “La epidemia”: 363 n. 654; *Las poesías de Horacio traducidas en versos castellanos*: 312 n. 580; traducción de fragmentos del *De rerum natura*: 312.
- Busini, Giovambattista: *Lettere a Benedetto Varchi sopra l’assedio di Firenze*: 138 n. 158.
- Bustillo, Eduardo: “A un doctor en Medicina por su opinión contra los poetas” (“Materialistas soberbios”): 451-52; *Las cuatro estaciones*: 451 n. 815.
- Byron, Lord: *Childe Harold* IV 51: 375 n. 684; *Don Juan* I 43: 228 n. 378, 375 n. 684; I 122-27: 448 n. 811; “My first kiss of love”: 448 n. 811.
- Cabanyes, Manuel de: “A Cintio” 10-18: 389.
- Cadalso, José: “Amor, con flores ligas nuestros brazos” (“Injuria el poeta al amor”): 377.
- Calderón de la Barca, Pedro: *La vida es sueño*, 1^a jornada, 113-72: 244-47; 2^a jornada, 1820-23: 246 n. 424; 2^a jornada, 2148-86: 242-44.
- Calendario manual y guía de forasteros de la villa de Madrid*: 273 n. 501, 285 n. 535, 296.
- Calímaco: *Aet.* I 21-28: 52 n. 43.
- Calvino, Juan: *Opuscula de animae immortalitate*: 137 n. 155.
- Camões, Luís V. de: *Os Lusíadas* I 33, 1-4: 556-57.
- Campailla, Tommaso: *Adamo*: 262 n. 472.
- Campoamor, Ramón de: *Cantares* (“Filosóficos-Morales” I): 443; *Colón* (“Y suelta ya, de libertad avara”): 443 n. 806; *Doloras* VII (“No hay dicha en la tierra”): 444; XXIX (“¡Ay del que nace o muere!”): 444; LXVI (“La comedia del saber”): 443 n. 805; CXLIX (“El cielo de Leopardi”): 445; *El ideísmo*, cap. VI 9: 443 n. 803; *El personalismo* (“Prólogo”): 443; cap. II 3: 266 n. 484; cap. II 9: 443 n. 806; *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, cap. XII: 443 n. 803; *La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna*:

- 443 n. 803; *Lo absoluto* (Primera parte, cap. I 2): 455 n. 821; *Poética*: 407 n. 736; cap. XV: 443 n. 803.
- Canalejas, Francisco de Paula: *Estudios críticos de la Filosofía, Política y Literatura*: 413 n. 760.
- Canalejas y Méndez, José: *Apuntes para un curso de Literatura Latina* (p. 160): 30, 418-19; pp. 167-68: 405 n. 730; p. 172: 260.
- Cancionero de Estúñiga*: 132 n. 135
- Canter, Wilhem: poema dedicatorio a la edición del *De rerum natura* de Gifanio (1566, p. A 5c): 68 n. 24.
- Cañizares, José de: *Ifigenia en Aulide*: 158 n. 210.
- Capece, Scipione: *De principiis rerum*: 138.
- Caracciolo, Roberto: *Sermo de immortalitate animae*: 137 n. 155.
- Carbonell, Pere Miguel: *De viris illustribus catalanis suae tempestatis libellus*: 132 n. 135.
- Cardenal, Ernesto: “El cálculo infinitesimal de las manzanas” (“Se pensaba que los átomos se movían según las leyes de Newton”): 525 n. 944; “La música de las esferas” (“En el principio”): 525 n. 944.
- Cardoso, Isaac: *Philosophia libera*: 561.
- Caro, Rodrigo: “Canción a las ruinas de Itálica” 18-20: 484 n. 887; *Días geniales o lúdricos*: 235 n. 403.
- Cartagena, Alonso de: *De senectute* (trad.): 78-79 n. 55; “*Epistula directa ad Petrum F. de Velasco*”: 116 n. 70, 291-92 n. 549; *Opera philosophica* de Séneca (trad.): 555.
- Cascales, Francisco de: *Discursos históricos de Murcia y su reyno* (p. 349): 228 n. 378.
- Casiodoro: *Inst. div. 28 praef.*: 79 n. 56.
- Castiglione, Baltasar de: “Églogas”: 158 n. 209; *Il libro del Cortegiano*: 157 n. 209; II 1: 157 n. 209; IV 10 n. 209: 157; IV 52-53 n. 209: 157; “*Superbiccolli e voi sacre ruine*” (soneto): 502 n. 915.
- Castillejo, Cristóbal de: *Aula de cortesanos* 4180-89: 231 n. 390.
- Catio: *De rerum natura*: 43 n. 18.
- Catulo: I 3: 65 n. 8, 66 n. 12; I 9: 65; II: 382 n. 701; IV: 218; V: 382 n. 701; IX: 66 n. 12; X 1: 66; XII: 66 n. 12; XIII: 66 n. 12; XVIII: 66; XXVII: 66 n. 12; XXVIII: 66 n. 12; XXX: 66; XXXV: 66; XXXVIII: 66; XLVII: 66 n. 12; L: 66; LI: 202; LVI: 66; LXI 16: 66 n. 11; LXI 209: 66 n. 11; LXI 215: 66 n. 11; LXIV 44: 65-66 n. 9; LXIV 46: 65-66 n. 9; LXIV 198: 66 n. 9; LXIV 397-406: 66 n. 9; LXV 13-14: 161 n. 218; XCV: 66.
- Celaya, Gabriel: “La luz del cero” (“El terror luminoso de lo abierto sin fondo”): 449 n. 813; “Canto contra el segundo principio de la termodinámica” (“Vamos hacia el fin, la neutra igualdad”): 525 n. 944.
- Cernuda, Luis: “A las estatuas de los dioses”: 502 n. 914; “Atardecer en la catedral” (*Las nubes*): 498; *Donde habite el olvido*: 499; “El águila” (*La realidad y el deseo*):

- 500-2; “El amante divaga” (*Con las horas contadas*) 25-30: 504; “La visita de Dios” (*Las nubes*): 498; “Las ruinas” (*La realidad y el deseo*): 502-4; “Mi arcángel” (*Donde habite el olvido*): 505 n. 917; “No hace al muerto la herida” (*La realidad y el deseo*) 28-34: 499 n. 910; “Noche de Luna” (*La realidad y el deseo*) 39-52: 499-500 n. 910; 43-45: 484 n. 887; “Precio de un cuerpo” (*Con las horas contadas*) 21-25: 505; “Si el hombre pudiera decir lo que ama” (*La realidad y el deseo*): 505 n. 917; 15-18: 500 n. 911.
- Cervantes, Miguel de: *El coloquio de los perros*: 242 n. 419; *El licenciado vidriera* (*Novelas ejemplares*): 189 n. 276; *El Quijote* (Prólogo): 184; I 1: 185; I 8: 187; I 9: 184; I 18: 187; I 34: 189 n. 276; II 16: 184 n. 261, 189 n. 276; II 21: 189 n. 276; II 73: 185 n. 266.
- Cesáreo de Arlés: *Serm.* 29: 170 n. 238.
- Charleton, Walter: *Epicurus's Morals*: 467 n. 847, 560. *The Darkness of Atheism Dispelled by the Light of Nature*: 467 n. 847.
- Chirbes, Rafael: *Crematorio* (pp. 138, 220 y 351-52): 546-48; *En la orilla*: 546.
- Cicerón, Marco Tulio: *Aratea*: 70 n. 27; 311 n. 578; *Att.* II 7, 4: 71; II 16, 4: 63 n. 2; V 11, 6: 50 n. 37; *Cel.* 17: 40; *De finibus*: 40, 70; *Fin.* I: 46 n. 26; I-II: 66, 121; I 9: 70 n. 28; I 51: 156 n. 206; I 59: 156 n. 206; II 14: 70 n. 28; II 22: 70 n. 28; II 23: 70 n. 28; II 44, 49: 51 n. 38; III 49: 170 n. 236; *De natura deorum*: 40, 70, 71, 121; *Nat. deor.* I 63: 70 n. 28; I 72: 44 n. 21, 45, 121; I 72-75: 44 n. 21; I 79: 70 n. 28; I 123, 15: 47 n. 28; III 32, 79: 51 n. 39; *De orat.* I 52-54: 102; *De re publica*: 90; *Div.* I 30, 63: 201 n. 315; I 58, 132: 51 n. 39; II 50, 104: 51 n. 39; *Epistulae*: 201 n. 313, 242 n. 419; *Epist.* I 1, 13: 43 n. 18; XIII 1: 50 n. 37; XIII 1, 3: 50 n. 37; *Epist. ad Q. fr.* II 9, 3: 39 n. 1, 40 n. 4, 63, 71 n. 28, 521; *Fam.* IX 22, 4: 52 n. 44; XIII 1, 2: 50 n. 36; XV 12, 2: 52; XV 19, 2: 52 n. 42; *Hortensius*: 87; *Inv.* I 57: 56 n. 59; I 68: 56 n. 59; *Mur.* 6: 40; *Pis.* LXX 5: 67; *Tusculanae disputationes*: 121, 242 n. 419; *Tusc.* I 38, 92: 201; II 2, 5: 52; IV 3, 6: 52 n. 42; IV 7: 42.
- Cicerón, Quinto Tulio: *Astronomica*: 113 n. 61.
- Ciris (*appendicis Vergilianae*) 455: 84 n. 77.
- Císcar, Gabriel: *Ensayos poéticos*: 313, 424 n. 782; *Poema físico-astronómico*: 251, 313; “Prólogo”: 313 n. 584, 344 n. 631; “Introducción”, estr. 3ª (“Y tú, sublime genio, realzado”): 342-44; I 17 (“El imbécil hipócrita malvado”): 345-46; I 46 (“Alguna vez de noche, se descubren”): 346; I 57 (“Sabio benedictino, que á la España”): 344-45; traducciones del *De rerum natura*: 313-24.
- Claudiano, Claudio: *Rapt. Pros.* praef. 1-12: 170 n. 237; *Satira in Rufinum* I 1-24: 78 n. 52.
- Clemente Alejandrino: *Strom.* I 1: 83; I 16: 78 n. 55, 248 n. 428; IV

- 8, 62: 81; IV 8, 69: 81; V 4, 19: 78 n. 55; VI 7, 61, 3: 101 n. 46.
- Coll, Aliocha: *Atila*: 546 n. 972.
- Colón, Diego: *Colección de poesías varias*: 283.
- Compañía de Jesús: *Catalogi triennales* (1585): 189.
- Comte, Augusto: *Cours de philosophie positive*: 402 n. 720; *Système de politique positive ou traité de sociologie instituant la religion de l'Humanité*: 402 n. 720.
- Cornario, Jano: *Selecta Epigrammata Graeca*: 232 n. 394.
- Costanzo, Angelo di: soneto XVI 1-5: 161 n. 217.
- Creech, Thomas: *T. Lucretius Carus, The Epicurean Philosopher, His Six Books De rerum natura* ("Preface"), p. b. 2: 376.
- Crinito, Pietro: *T. Lucretii Cari Vita*: 140 n. 167.
- Crisóstomo, Juan: "Exhortación II" ("A Teodoro caído"): 170 n. 238.
- Critias: *Fr.* 5: 68 n. 23.
- Cuenca, Luis Alberto de: "De y por Manuel Machado" 24-25: 482 n. 880; "Habla Maquiavelo": 34 n. 10; "Imágenes" (*Sin miedo ni esperanza*): 537 n. 960; "Navidad": 536-37; "Niña, arranca las rosas, no esperes a mañana" (*Por fuertes y fronteras*): 208 n. 326; "Sobre una carta de John Keats" (*Por fuertes y fronteras*): 195 n. 291; traducción del *De rerum natura* IV 1076-120 ("Del amor en Lucrecio"): 533-35; "Última luna": 535-36.
- d'Olesa i Rovira, Pere Bernat: *Summa totius philosophiae et medicinae*: 561.
- d'Ors, Miguel: *Átomos y galaxias*: 531 n. 954; "Cosas": 531-32.
- Damasceno, Juan: *Parall.* 1: 170 n. 238.
- Dante Alighieri: *Infierno* I 22-27: 191; XXXI 29-33: 188 n. 274.
- Darío, Rubén: "Dezir" (*Prosas profanas y otros poemas*): 478 n. 871; "Eheu": 476; "La anciana" (*Prosas profanas y otros poemas*): 208 n. 326; "Las ánforas de Epicuro": 476; "Lo fatal" (*Cantos de vida y esperanza*): 477-78; "Metempsicosis": 476; "Propósito primaveral" (*Cantos de vida esperanza*): 476-77; "Reencarnaciones": 476; "Thánatos" (*Cantos de vida y esperanza*): 478 n. 871.
- Darwin, Charles: *El origen de las especies*: 413 n. 762.
- Darwin, Erasmus: *The Botanic Garden*: 403 n. 724; *The Temple of Nature or the Origin of the Society*: 348, 403 n. 724; *Zoonomía*: 403 n. 724.
- De rosis nascentibus* 49: 208.
- Decembrio, Pier Candido: *Politia literaria* I 7: 128 n. 118.
- Demócrito: *Fr.* Diels B. 283: 156 n. 206.
- Dicuil: *De primis syllabis*: 92.
- Diego, Gerardo: "Cauteloso arquitecto de colmena" (*Versos humanos*): 495-96; "Himno a Cibeles" (*Hojas*): 497; "Las ruinas" 51-52 (*Como quien espera el alba*): 499 n. 909; "Nada" (*Cementerio civil*): 497-98; "Tántalos" (*Amor solo*): 496-97.

- Diógenes de Enoanda (*vid.* también “Epicuro”): *Fr.* 122 II 8 Ferg.: 73.
- Diógenes Laercio (*vid.* también “Epicuro”): *Vitae clarorum philosophorum* VII 103: 170 n. 236; VII 127-28: 170 n. 236; X: 120, 156.
- Don Juan Manuel: *El conde Lucanor* (“Prólogo”): 115, 155 n. 199, 187 n. 272.
- Donato: *Epist.* 6: 63 n. 2, 66 n. 14.
- Donne, John: *Anatomy of the world*: 143 n. 175; “Obsequies to the Lord Harrington” I 56: 143 n. 175.
- Dorat, Jean: *In Lucretium a Dionys. Lambino restitutum*: 135 n. 147.
- El censor* (periódico): Discurso 4: 259 n. 464; Discurso 37: 251-52; Discurso 50: 252; Discurso 141: 252; “Geórgicas portuguesas”: 397 n. 715; Tomo VIII: 252.
- El monstruo de la fortuna*: 246 n. 423.
- Eliano: *VH* IX 12: 51.
- Enciclopedia Universal Ilustrada*: 424
- Ennio: *Ann.* 215-16: 52 n. 43; *Telamo*: 51 n. 39.
- Epicuro: Diógenes Laercio X 1-34: 44 n. 21, 120; D. L. X 2-3: 45; X 3: 45; X 11: 49, 471 n. 859; X 16-17: 45 n. 24; X 16-21: 120; X 17: 45 n. 24; X 25: 50 n. 33; X 25-26: 51 n. 38; X 26: 42, 50 n. 33; X 30: 46 n. 26; X 30-38: 46 n. 26; X 31-34: 46; X 32: 47; X 35: 120; X 35-83: 47 n. 29, 57, 120; X 38: 46; X 38-39: 47; X 39: 47; X 39-40: 47; X 40-43: 48; X 45: 48; X 48-53: 46 n. 26; X 49: 46; X 50: 47, 188 n. 273; X. 50-51: 186 n. 270; X 50-53: 46; X 54: 48; X 63: 48, 49; X 72: 46 n. 26; X 73-82: 59; X 75-76: 46 n. 26; X 76-77: 49; X 81: 49; X 81-82: 50; X 84-116: 120; X 90-98: 59; X 116: 59 n. 67; X 117-121: 44 n. 21; X 120: 471 n. 859; X 122: 81; X 122-35: 121; X 123-24: 47, 49; X 124: 48, 49; X 126: 67 n. 20; X 128: 170 n. 238; X 128-29: 48, 482 n. 882; X 130-32: 49, 471 n. 859; X 135, 5-9: 43; X 136-38: 44 n. 21; X 136-54: 121; X 137: 48, 49, 482 n. 882; X 144: 230 n. 388; Diog. Oen. *fr.* 1-27: 47 n. 29; *fr.* 3: 48 n. 30; *fr.* 16: 300 n. 567; *fr.* 18: 49; *fr.* 32: 48, 482 n. 882; *fr.* 34: 49; *fr.* 37: 48; *fr.* 42: 49; *fr.* 54: 48; *Sentencias capitales*: 121; *Sent.* 1: 47, 50; *Sent.* 2: 49; *Sent.* 3: 49; *Sent.* 6: 49; *Sent.* 7: 49; *Sent.* 11: 49; *Sent.* 12: 49, 471 n. 859; *Sent.* 13: 49; *Sent.* 14: 49; *Sent.* 15: 49, 156 n. 206, 216 n. 351, 230 n. 388, 471 n. 859, 526 n. 947; *Sent.* 16: 49; *Sent.* 18: 49, 471 n. 859; *Sent.* 19: 50; *Sent.* 20: 49, 540; *Sent.* 21: 49, 471 n. 859; *Sent.* 27: 50; *Sent.* 28: 50; *Sent.* 29: 49; *Sent. Vat.* 18: 50; *Sent. Vat.* 23: 49; *Sent. Vat.* 25: 216 n. 351, 231 n. 390; *Sent. Vat.* 27: 49, 215 n. 350; *Sent. Vat.* 41: 215 n. 350; *Sent. Vat.* 52: 43; *Sent. Vat.* 58: 215 n. 350; *Sent. Vat.* 59: 49, 471 n. 859; *Sent. Vat.* 63: 49, 526 n. 947; *Sent. Vat.* 67: 216 n. 351; *Sent. Vat.* 68: 156 n. 206, 216 n. 351, 230 n. 388; *Sent. Vat.* 77: 50; *Sent. Vat.* 79: 50; *Sent. Vat.* 81: 50, 216 n. 351, 231 n. 389; 2 Arrigh.: 188 n. 273; 2 (50-53) Arrigh.: 448; 7 Arrigh.: 49; 156-57 Arrigh.: 48; 175-84 Arrigh.: 47 n. 28; 62 Us.: 50; 135 Us.: 156 n. 206, 230 n. 388; 199 Us.: 215 n. 350; 229 Us.: 43 n. 16; 266-92

- Us.: 47 n. 29; 337 Us.: 212 n. 338; 339 Us.: 43; 386 Us.: 470 n. 856; 387-88 Us.: 50; 388 Us.: 470 n. 856; 413 Us.: 233 n. 395; 457 Us.: 233 n. 395; 475 Us.: 73, 156 nn. 205 y 206; 476 Us.: 231 n. 390; 477 Us.: 156 n. 206; 479 Us.: 231 n. 389; 544 Us.: 233 n. 395; 548 Us.: 231 n. 389; 551 Us.: 49, 193 n. 286, 471 n. 856, 506; 555 Us.: 470 n. 856; 569 Us.: 43 n. 16; 570 Us.: 45 n. 24; 571 Us.: 45 n. 24; Us., *Testimonia*, p. 69: 394.
- Equicola, Mario: *Libro di natura d'amore*: 182; cap. IV: 351 n. 641.
- Erasmus de Róterdam: *Adagiorum chiliades*: 124; *Apophthegmata Graeciae sapientum* 295: 124 n. 97; 432: 124 n. 97; *De copia*: 242 n. 419; *De conscribendis epistulis*: 242 n. 419; *De praeparatione ad mortem*: 210 n. 331; *Epicureus*: 124; *Pueros ad virtutem ac litteras liberaliter instituendos*: 123 n. 95.
- Escaligero, Julio César: *Poetices libri septem*, pp. 796 y 805-7: 43 n. 19; V, cap. XI: 328 n. 599.
- Espinel, Vicente: *Vida del escudero Marcos de Obregón*: 154-55 n. 199.
- Espronceda, José de: "Canción del pirata": 375 n. 683; *El diablo mundo*: 325, 399; I 221-82 ("Canción de la muerte"): 394-96 y n. 713; *El Pelayo* ("Cuadro del hambre") fr. V, estr. 9-16: 391-94; "Epodo" II de Horacio 61-72: 370.
- Esquilo: *Ag.* 188-98: 159 n. 212; 199-248: 159; 1135-41: 161 n. 218; *Supp.* 57-67: 161 n. 218.
- Estacio, Publio Papinio: *Silvae*: 119 n. 81; *Silv.* I 3: 70; II 2: 70; II 2, 139-42: 233 n. 395; II 2, 140: 170 n. 238; II 3, 61-77: 170 n. 237; II 7, 75-76: 69, 120 n. 84; III 1: 70; IV 5: 70; *Theb.* V 599-604: 161 nn. 218 y 219; VI 186-92: 70.
- Estasén y Cortada, Pedro: *El positivismo ó sistema de las ciencias experimentales*: 442 n. 800; pp. 250-51: 404; pp. 255-56: 404-5; *Teoría científica de la felicidad*: 442; traducción parcial del libro II del *De rerum natura*: 442.
- Estéfano de Lieja: *Vita Sancti Lamberti*: 89.
- Estienne, Henri: *Virtutum encomia*: 96.
- Estobeo: *Ecl.* 924: 212 n. 338.
- Eurípides: *Ifigenia en Áulide*: 159; *Bacch.* 157: 225 n. 370; *Troad.* 362: 225 n. 370.
- Evelyn, John: *An essay on the first book of T. Lucretius Carus, De rerum natura*: 291 n. 547.
- Eyb, Albrecht von: *Margarita poetica*: 153; *Margarita poetica. Tractatus I*, cap. II Y: 153 n. 196; *Tractatus I*, cap. II N: 153 n. 196; *Tractatus I*, cap. II X: 153 n. 196; *Tractatus I*, cap. X bb: 155 n. 200; *Tractatus III*, cap. XIII c-d: 155 n. 200.
- Fabié, Antonio M.^a: *Examen del materialismo moderno*: 406 n. 733.
- Facio, Bartolomeo: *De viris illustribus*: 128 n. 119, 130 n. 129, 132 n. 135.
- Feijoo, Benito Jerónimo: *Cartas eruditas y curiosas*: 333, 342 n. 629; "De los filósofos materialistas": 334; "Introducción de voces nuevas": 334-35; *Teatro crítico universal*: 333.

- Fernández de Andrada, Andrés: *Epístola moral a Fabio*: 193, 231; 7-12: 194 n. 287; 40: 194 n. 290; 40-42: 194 y n. 287; 40-45: 194, 231 n. 389; 46-57: 194 n. 287; 61-71: 195; 67-69: 194 n. 287; 115-17: 193 n. 286; 127-32: 195; 130-32: 68 n. 23; 172-180: 196.
- Fernández de Moratín, Leandro: “A don Gaspar de Jovellanos”: 341; “A don Simón Rodríguez Laso”: 341; “Elegía a las musas”: 341-42; *La comedia nueva*: 340; *El sí de las niñas*: 340.
- Fernández de Moratín, Nicolás: *Arte de las putas*: 338 n. 626; *La Diana o el arte de la caza*: 333, 336-39, 364; I: 336-37; III 89-93: 336-37; III 90: 227.
- Festo Avieno, Rufo: *Aratea phaenomena et prognostica*: 94 y n. 27.
- Feuerbach, Ludwig: *Esencia de la religión*: 403 n. 723; *Esencia del Cristianismo*: 403 n. 723; *La esencia de la fe en sentido luterano*: 403 n. 723.
- Ficino, Marsilio: *Commentarium ad Lucretium*: 122, 137 n. 156; “*De quattuor sectis philosophorum*”: 122; *Epistulae*: 102-3; *Epist.* XI 25: 122 n. 90; *Liber de voluptate*, cap. XVII: 122 y n. 91; XVIII: 122 n. 91; *Libro dell'amore*: 163 n. 221; VII 6: 182 n. 257; *Theologia platonica de immortalitate animarum*: 123.
- Focílides: *Fr.* 12 G.-P.: 231 n. 390.
- Foscolo, Ugo: *E tu scendevi o Voluttà*: 375.
- Fracastoro, Girolamo: *Syphilis sive de morbo gallico*: 97 n. 37.
- Fredegario: *Scholia chronicorum* IV 33: 109; IV 73: 109.
- Frontón: CXXXIII 12: 75.
- Fulgencio: *Myth.* II 97: 226 n. 373; *Virg. cont.* 159: 226 n. 373.
- Gala, Antonio: “Búsqueda de la belleza en el acto del amor” (*Perseo*): 518-19; “Cuando el amor cierra sus ojos” (*Enemigo íntimo*): 519 n. 935; *Poemas de amor*: 518; “Salta el amor, como una alondra súbita” (*Enemigo íntimo*) 40-45: 519.
- Gallego, Juan Nicasio: “Á la influencia del entusiasmo público en las artes” (oda) 71-91: 361-62.
- García Baena, Pablo: *Junio*: 517; “Los que un día os llevasteis” (*Óleo*) 22-30: 517-18; “Primavera” (*Mientras cantan los pájaros*): 516-17.
- García Calvo, Agustín: *De la realidad* (“Prolegómeno” de la trad. del *De rerum natura* de Lucrecio): 520-21; “Ella ahora, o los huesos” (*Libro de Conjuros*) 1-10: 524-25, 539 n. 963; “En torno a Lucrecio” (*Cosas de la vida. 17 cuentos*): 520-23; *Relato de amor* I 11-12: 524 n. 943; XXXII: 523-24; “Tristes los hombres serían de más y su pena” (soliloquio CLXXXVIII): 525 n. 945.
- García Guillén de Paz, Cristóbal: *Liber undecimus de variis doctorum sententiis*: 96 n. 31.
- Gassendi, Pierre: *Animadversiones in decimum librum Diogenis Laertii* (p. 113): 275 n. 508; *De vita et moribus Epicuri*: 484, 559-60; cap. VII: 467 n. 848.
- Gil-Albert, Juan: *Fuego eterno* 19-21: 447 n. 810; “Jardín

- (*Homenaje a Epicuro*): 506-7; “La ilustre pobreza (*Homenaje a Miguel de Cervantes*)”: 505-6; “Los átomos” (“Vivir es lo más íntimo del mundo”): 457 n. 824, 525 n. 944.
- Gil de Biedma, Jaime: “*De vita beata*” (*Poemas póstumos*): 527; “Himno a la juventud” (*Poemas póstumos*): 527-28.
- Gimferrer, Pere: *Alma Venus*: 530 n. 952; “Plant” (*El vendaval*): 530; “Prólogo” a los *Poemas de amor* de Antonio Gala: 518.
- Giner de los Ríos, Hermenegildo: *Filosofía y Arte*: 414.
- Girri, Alberto: “Los monos” (“Sea como fuere”): 450 n. 814.
- Goethe, Johann Wolfgang von: *Die Metamorphose der Pflanzen*: 374 n. 678; *Die Metamorphose der Tiere*: 374 n. 678; *Faustus*: 374 n. 678.
- Gómez Manrique: “Mal daragar nos podemos”: 169 n. 235.
- Gómez Ortega, Casimiro: “Oda en honor del conde de Floridablanca”: 345 n. 632.
- Góngora, Luis de: “*Andeme yo caliente*”: 203-5, 231; “Aunque a rocas de fe ligada vea” (soneto LXXVIII) 1-4: 205-6; “En este occidental, en este, oh Licio” (soneto) 1-8: 209-10; “En villa humilde, no en vida ociosa” (soneto XXXVI) 12-14: 205; “Huye sin percibirse lento el día” (soneto): 210 n. 330; “La dulce boca que a gustar convida” (soneto): 208-9; “Mientras por competir con tu cabello” (soneto) 14: 199 n. 306, 208 n. 326, 211-12, 232, 235 n. 401, 498 n. 908; *Soledad primera* 933-50: 231 n. 390; “Suspiros tristes, lágrimas cansadas” (soneto): 203, 514 n. 919; “Varia imaginación que, en mil intentos” (soneto): 206-7.
- González Garbín, Antonio: *Aulularia* de Plauto (“Prólogo”): 424 n. 785.
- González Serrano, Urbano: *Estudio sobre los principios de la moral en relación a la doctrina positivista*: 413 n. 759; *Estudios de moral y filosofía*: 453 n. 818.
- Goytisolo, José Agustín: *Cuadernos de El Escorial*: 526 n. 946; “Jardín en las afueras” (*El rey mendigo*): 525-26; “Palabras para Julia”: 525.
- Gracián de Dios, Jerónimo: *Arte de bien morir*: 210 n. 331.
- Granada, fray Luis de: *Guía de pecadores*: 300.
- Greenblatt, Stephen: *The Swerve: How the World Became Modern*: 15, 28, 33, 251 n. 438, 472, 512 n. 926.
- Gregorio Magno: *Moral*. V 11, 28: 139 n. 164; XXVII 20, 40: 104 n. 51; XXIX 24, 49: 104 n. 51.
- Gregorio Nacianceno: *Fun. orat. in laud. Basilii* XXIII: 78 n. 55.
- Gregorio Taumaturgo: *Panegírico de Orígenes* 11-13: 80 n. 59.
- Griffoli, Giacomo: *Orationes variae*: 291 n. 547, 417 n. 772.
- Grünpeck, Josef: *Tractatus de pestilentiali scorra*: 97 n. 37.
- Guastavini, Giulio: *Discorsi et annotationi [...] sopra la Gierusalemme liberata*: 359 n. 649.
- Guevara, Antonio de: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*: 72 n. 31, 214 n. 345.

- Guía de litigantes y pretendientes*: 273 n. 501, 277, 285 n. 535, 296.
- Guillén, Jorge: *Homenaje* (“Al margen de Lucrecio. El mayor escándalo”): 490-92.
- Gutierre de Cetina: *Sonetos y madrigales*: 145 n. 183.
- Guyau, Jean-Marie: *Esquisse d’une morale sans obligation ni sanction*: 404 n. 725; *L’irréligion de l’avenir*: 404 n. 725; *La morale d’Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines*: 404 n. 725, 412, 465 n. 838.
- Hebreo, León: *Dialoghi d’amore*: 163 n. 221.
- Heine, Heinrich: *De L’Allemagne depuis Luther*: 461 n. 827.
- Hegel, Georg. W. F.: *Lecciones sobre la historia de la filosofía*: 410 n. 750.
- Heráclito de Éfeso: Pl. *Cratyl.* 402a: 221.
- Herbert, Edward: *De veritate prout distinguitur a revelatione, a verisimili, a possibili, et a falso*: 83 n. 75.
- Hernández, Miguel: “Canción del esposo soldado” (*Viento del pueblo*) 1-4: 509; *El labrador de más aire*: 508 n. 919; *El silbo de afirmación en la aldea*: 508 n. 920; “Rico elemento obrero”: 495 n. 905; “Yo quiero ser llorando el hortelano” (*El rayo que no cesa*): 507-8.
- Herrera, Fernando de: *Anotaciones a Garcilaso de la Vega*: 71, 160 n. 216, 163 n. 222, 165, 176, 206-7; “Elegía” VI 22-24: 178 n. 251; VI 79-99: 178-79; VI 91-93: 179; “Estança” II 17-32: 163 n. 222; soneto VI: 205 n. 322; soneto XLIX 1-8: 177; soneto XLIX 5-6: 177, 178; soneto XLIX 9-10: 178; soneto XLIX 9-14: 178; soneto LV 9-11: 177; soneto LXXV: 179; soneto LXXV 13-14: 179; traducción de Lucr. IV 1061-62: 163 n. 222.
- Hesíodo: *Ἔργα καὶ ἡμέραι*: 43; *Op.* 106-10: 237 n. 407; *Op.* 174-201: 237 n. 406; *Op.* 236-39: 170 n. 237; *Th.* 756: 201 n. 315.
- Hidalgo, Félix M.^a: *Bucólicas traducidas en versos castellanos*: 327 y n. 597; traducción de Lucr. V 417-32: 328-29.
- Hilario de Arlés: *In Genesim ad Leonem papam*: 83 n. 72.
- Homero: *Il.* III 10-17: 189 n. 275; XIV 231: 201 n. 315; XXIII 100-1: 212 n. 338; *Od.* XII 184-91: 175 n. 245; XVI 216-18: 161 n. 218; XIX 518-23: 161 n. 218.
- Hooke, Robert: *Micrographia. Some physiological descriptions of minute bodies made by magnifying glasses*: 143 n. 176.
- Horacio: *Arte poética*: 331 n. 611; *Ars* 343: 190 n. 281; *Ars* 343-44: 116, 155 y n. 200; *Ars* 464-66: 342 n. 628; *Carmina*: 190; *Carm.* I 3: 235 n. 402; *Carm.* I 3, 9-24: 170 n. 237; *Carm.* I 4, 13-14: 156 n. 206; *Carm.* I 5, 5-12: 178; *Carm.* I 5, 15: 205 n. 322, 240 n. 412; *Carm.* I 11, 8: 50; *Carm.* I 14: 178 n. 251, 218 n. 356, 329 n. 603; *Carm.* I 15: 370 n. 664; *Carm.* I 23: 382 n. 701; *Carm.* I 31: 192 y n. 284, 231 n. 390; *Carm.* I 34: 348 n. 637; *Carm.* II 6: 189 n. 277; *Carm.* II 10: 156 n. 206, 231 nn. 389 y 390; *Carm.* II 10, 5: 49,

- 196 n. 292; *Carm.* II 16: 192, 194 n. 289, 231 n. 389, 240, 329 n. 603, 382 n. 699; *Carm.* II 16, 1-4: 194 y n. 287; *Carm.* II 16, 1-8: 183; *Carm.* II 16, 1-16: 194, 202; *Carm.* II 16, 7-16: 202; *Carm.* II 16, 13: 68 n. 23, 156 n. 206; *Carm.* II 16, 15-16: 202; *Carm.* II 18: 231 n. 390; *Carm.* III 1: 231 n. 390; *Carm.* III 1, 25-32: 231 n. 389; *Carm.* III 4, 75-77: 342 n. 628; *Carm.* III 16: 231 n. 390; *Carm.* III 16, 17: 202 n. 317; *Carm.* III 16, 17-18: 230 n. 388; *Carm.* III 24: 231 n. 390; *Carm.* III 24, 1-8: 231 n. 389; *Carm.* III 24, 62-64: 230 n. 388; *Carm.* III 29, 9-12: 231 n. 389; *Carm.* IV 7, 16: 212 n. 339; *Epist.* I: 67; *Epist.* I 2: 175 n. 245; *Epist.* I 2, 23-26: 176 n. 247, 292 n. 551; *Epist.* I 4, 16: 67, 464, 483-84; *Epist.* I 8, 12: 214 n. 345; *Epist.* I 10, 39-41: 156 n. 206; *Epist.* I 11, 10: 183, 192 n. 283; *Epist.* I 18, 103: 193 n. 286, 506; *Epist.* I 18, 109-10: 195; *Epist.* II 1, 50: 52 n. 44; *Epist.* XI 2, 65-80: 214 n. 345; *Epod.* II: 231 n. 390, 370 n. 664, 382 n. 699; *Epod.* XVI 41-66: 237 n. 407; *Epod.* XVI 57-60: 170 n. 237; *Epod.* XVII 32-33: 342 n. 628; *Epod.* XVII 66-69: 223 n. 366; *Sermones*: 67, 229 n. 384; *Sat.* I 1: 381 n. 699; *Sat.* I 1, 24: 229 n. 384, 381; *Sat.* I 1, 25-27: 155 y n. 200; *Sat.* II 6, 18-19: 214 n. 345; *Sat.* II 7, 28-29: 214 n. 345; *Sat.* II 7, 111-15: 202 n. 317.
- Howard, Robert: "Nature's changes": 171-72 n. 239.
- Huarte de San Juan: *El examen de ingenios*: 185; cap. V: 185 n. 267; cap. VII: 187 n. 271.
- Hurtado de Mendoza, Diego: "Epístola" 13: 231 n. 390; "Epístola" 52: 231 n. 390; "Epístola a don Diego Laso de Castilla" 97-111: 165; "Fábula de Adonis" 559-76: 165-67; soneto LXII: 167 n. 230.
- Huerta, Jerónimo de la: *Traducción de los libros de Caio Plinio de la Historia natural de los animales*: 246 n. 423.
- Hugo, Víctor: *William Shakespeare* I 2, 6: 375.
- Hugo de San Víctor: *PL* 176, col. 185: 247 n. 426.
- Hutchinson, Lucie: *Epist.* al conde de Anglesey: 136 n. 151, 291 n. 547.
- Ibarbourou, Juana de: "La hora": 208 n. 326.
- Iriarte, Tomás de: *La música*: 333; "La rana y la gallina": 332 n. 615; *Los literatos en cuaresma*: 330 n. 608.
- Isidoro de Sevilla: *Etymologiae sive origines*: 77-78, 99 n. 42, 101-2; *Orig.* I 58, 17: 69; XIII 2, 1-2: 103 n. 49; XIII 8: 104-5; XIII 10: 106, 107; *De natura rerum* (*Liber rotarum*): 101-2, 109, 110. *Nat.* I 4, 39 *praef.*: 101; XXIX: 103; XXX 4: 89, 103 n. 49; XXXI 1-2: 106; XXXIX 1-2: 108; XXXIX 149: 102; *De origine Gothorum*: 149 n. 188; *Regula monachorum* 3: 88 n. 4.
- Jaramillo, Jaime: "Teoría" ("Observo la flor, observo al niño: la eclosión"): 457 n. 824.
- Jáuregui, Juan de: "Dame el peñasco, Sísifo, cansado" (soneto): 236, 481 n. 878; "De verdes ramas y de frescas flores" (soneto): 236-38; "Engañaste, Licino,

- vulgarmente”: 235 n. 402; “Nave, que por entrego”: 235 n. 402.
- Jennaro, Pietro Jacopo de: *Sei etate de la vita umana*: 128.
- Jenofonte: *Ciropedia*: 127 n. 117; *Cyr.* VIII 7, 21: 201 n. 315.
- Jerónimo de Estridón: *Adv. Iovin.* I 48: 81; II 1: 81; *Adv. Rufin.* I 7: 74 n. 38; I 30: 74 n. 38; *C. Ioh.* 3: 74 n. 38; *Chron. a. Abr.* 1923: 39, 63, 189 n. 276, 521; *Epist.* XXII 30: 79 n. 57; LXXVII 11: 74 n. 38; CXIX 5: 82 n. 68; CXX 10: 74 n. 38; CXXV 18: 74 n. 38; CXXXIII 3: 74; CXXXIII 3, 7: 98 n. 41, 116; *Epist. ad Heliod.*: 170 n. 238; *In Eph.* I 1, 4: 74 n. 38; *Trans. Orig. in Ier.* 5: 104.
- Jordá, Eduardo: “Hidrógeno” (“Del dolor y del tiempo, ¿qué saben las estrellas?”): 525 n. 944.
- Juliano “el Apóstata”: *Epist.* 89b: 87 n. 2.
- Justino Mártir: *Apol. Prim.* V 3-4: 248 n. 428; XLIV 8-10: 248 n. 428; XLVI 2-3: 78 n. 55, 81 n. 66; LIV 1-6: 248 n. 428; *Apol. Sec.* XIII 2-5: 78 n. 55, 248 n. 428; *Dial. cum Tryph.* LXV 2: 248 n. 429.
- Juvenal: II 149-52: 69; III: 214 n. 345; XV 133: 326 n. 596.
- Kasimir von Creutz, Friedrich Karl: *Lukrezische Gedancken*: 262 n. 472; *Versuch über die Seele*: 262 n. 472.
- La correspondencia de España* (periódico): 273 n. 504.
- Lactancio: *De opificio Dei*: 121; *Opif.* II 10: 83 n. 75; VI 1: 80 n. 62, 141, 254 n. 451; XIX 1: 84 n. 80; *Divinae institutiones*: 121; *Inst.* I 21, 14: 82 n. 69; II 3, 10: 96; III 17, 1: 42 n. 14; III 17, 5: 81; III 17, 10: 122 n. 89; III 17, 29: 80 n. 62; III 17, 35: 81; III 19, 18: 80 n. 62; V 1, 13-16: 136 n. 153; V 1, 14: 116; VI 20: 79 n. 58; VI 21: 79 n. 56; VII 12, 31: 80 n. 62; VII 13, 9: 80 n. 62; VII 27, 6: 120 n. 84; *Ira* IV 13: 47 n. 28; VIII 1: 81.
- Lagrange Chancel, Joseph de: “Avertissement” de su trad. del *De rerum natura*: 286 n. 541.
- Laguna, Andrés: *Materia medica* (*Diosc.* I p. 282): 175 n. 246.
- Lambin, Denis: “Prólogo” a la edición de Lucrecio de 1570: 140-42.
- Landívar, Rafael: *Rusticatio mexicana*: 357 n. 646.
- Lange, Friedrich A.: *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung in der Gegenwart*: 411.
- Larra, Mariano José de: “Al terremoto de 1829” 65-74: 369; *Geografía historial española*: 368 n. 661.
- Lasswitz, Kurd: *Geschichte der Atomistik vom Mittelalter bis Newton*: 411.
- Lazarillo de Tormes* 198
- Le Bon, Gustave: *L'évolution de la matière*: 486 n. 890.
- Leibniz, Gottfried: *Essais de Théodicée*: 257 n. 457.
- León, fray Luis de: “A Francisco Salinas” (oda III) 25: 174 n. 243; “Al apartamento” (oda XIV) 36-65: 171, 233 n. 395; 38-39: 171; “Canción de la vida solitaria” (oda I): 168-70, 205 n. 319, 231 y n. 389, 557; 3-4: 193 n. 286; 61-62: 170; 61-80: 169; 63-65: 170, 216 n. 352; 76-79: 170; 76-80: 170; 80: 171; “De la vida del cielo” (oda XIII) 1-10: 176; “Las serenas” (oda

- IX): 292 n. 551; 1-10: 175; 1-3: 176; 5-6: 176; “Noche serena” (oda VIII): 172-73; 71-75: 501 n. 913.
- Leonardo de Argensola, Bartolomé J.: “Epístola a don Francisco de Eraso” 420-22: 214 n. 346; 487-95: 213-14.
- Leonardo de Argensola, Lupercio: “Imagen espantosa de la muerte” (soneto): 201-3.
- Leopardi, Giacomo: *Ginestra*: 375-76.
- Lima Leitão, António José: *A natureza das cousas*: 428 n. 793; “Prólogo”: 558 n. 7.
- Lipsio, Justo: *Manuductio ad Stoicam philosophiam*: 79 n. 55.
- Lista, Alberto: *Discurso sobre la utilidad del estudio de la lengua latina*: 325 n. 594; “La gloria de los hombres benéficos” 67-68: 342 n. 629; *Lecciones*: 325 n. 593; *Poesías*, “A la mañana” 37-44 (“Poesías filosóficas” VI): 359-60; “Cuando a los campos sales, bella Elisa” 3-4 (“Poesías amorosas”): 360 n. 651; “Huyó el sañudo invierno” 1-16 (“Poesías amorosas”): 360 n. 651; “Invocación del poema de Lucrecio” (“Poesías filosóficas” XIV): 326-27; “La vida humana” (“Poesías filosóficas” X) 25-32: 360-61; *Sonetos*, “Dulce es a la codicia, cuando alcanza”: 361 n. 651; “Suele al mirar la nave zozobrando” 1-4: 360 n. 651; “Ven, primavera, ven; y, antes, que dores”: 361 n. 651.
- Llodrá, Antonio: *Carta de un maestro á su discípulo*: 312; “Himno à los dolores de la Santísima Virgen”: 312; traducción de los libros I, II y VI del *De rerum natura*: 311; tratado sobre la rabia: 312.
- López de Ayala, Ignacio: *Numancia destruida*: 339; “Ornato que dan las nobles artes a la naturaleza”: 339-40.
- López de Zárate, Francisco: “Átomos son al sol cuantas beldades” (soneto): 234-35; *Poema heroico de la invencion de la Cruz*: 234 n. 397, 359 n. 647; *Tragedia de Hercules furente, y Oeta*: 234 n. 397, 246 n. 423.
- López Pinciano, Alonso: *Philosophia antigua poética*, pp. 9-10 (“Epístola I”): 184 n. 262; pp. 132, 150, 166 y 472: 184 n. 262.
- Lorente, Francisco: fragmentos de la *Eneida*: 296 n. 557; fragmentos de las *Geórgicas*: 296 n. 557; *Las Bucólicas de Virgilio*: 296 n. 557; *Los Cánticos de Salomón*: 296 n. 557.
- Lucano: *Farsalia*: 328; IX 578-80: 263 n. 476.
- Lucena, Juan de: *De vita beata*: 117 n. 70.
- Luciano de Samosata: *Alexander*: 51 n. 38.
- Lucilio: *Saturae*: 229 n. 384.
- Lucrecio: I: 54, 57; I-II: 57, 59; I-III: 467 n. 850; I-IV: 47 n. 29, 468; I 1: 358; I 1-2: 351, 470; I 1-4: 450; I 1-5: 322, 450; I 1-8: 437; I 1-23: 449, 528; I 1-24: 326; I 1-28: 361 n. 651; I 1-43: 65, 166, 234-35 n. 400, 252 n. 444, 338 n. 626, 359, 366, 447, 454, 470, 516, 557; I 1-61: 314-15, 329 n. 605, 349-51, 375, 386-87, 556; I 1-101: 421, 435-36, 559; I 1-148: 54, 300; I 2: 183 n. 259, 351, 359 n. 647; I 3:

- 557; I 4: 358; I 4-8: 323, 350; I 5: 358, 450; I 6: 166, 327, 384; I 6-7: 517, 528; I 7: 517; I 6-11: 477; I 7-8: 166, 351; I 7-9: 384; I 7-13: 450; I 8: 166, 350; I 8-9: 528; I 9-11: 382 n. 700; I 10-13: 326, 517; I 11: 358, 384; I 12-13: 323 n. 587, 350, 384, 528; I 14: 360 n. 651; I 14-16: 166, 437; I 15: 359 n. 648, 384; I 16: 528; I 17: 384, 528; I 18: 384; I 17-18: 166, 323; I 18-20: 350; I 19: 166, 517; I 21-23: 350, 437, 517; I 21-28: 42; I 22-23: 213, 422, 446-47, 517, 528; I 24-25: 101; I 26-27: 66; I 29-40: 183; I 29-43: 41-42 n. 13, 385, 470; I 35-36: 350; I 39-40: 517; I 44-49: 50, 54, 55 n. 52, 59 n. 66, 83, 136 n. 153, 174, 219, 246 n. 424, 334, 356, 445, 475 n. 867, 501, 544-45, 559; I 45: 149 n. 190; I 46-47: 502; I 50-61: 54, 59 y n. 66, 235; I 54: 59; I 54-57: 72 n. 32, 113 n. 59, 457; I 55: 58 n. 63; I 62-63: 355, 364, 470 n. 853; I 62-67: 345; I 62-74: 302; I 62-79: 83; I 62-101: 316-17; I 62-135: 59 n. 66; I 66-67: 308; I 69-71: 437; I 71-72: 451; I 75-79: 457; I 78: 67 n. 15; I 78-79: 438; I 80-100: 556; I 80-101: 231 n. 393, 346 n. 634, 464; I 80-135: 158; I 82-83: 438; I 83: 82 n. 69; I 84-148: 251 n. 440; I 92: 159, 347; I 101: 82 n. 69, 84, 313, 324, 355; I 110-35: 54 n. 48; I 117-19: 52 n. 43; I 127-35: 54, 59 y n. 66, 520; I 125: 203; I 129-30: 59 n. 66; I 131: 59 n. 66; I 132-33: 59 n. 66; I 136-39: 43; I 139: 74 n. 38; I 140-42: 214 n. 346; I 146-48: 251 n. 440, 365; I 146-50: 457; I 148: 49, 560; I 149-50: 265 n. 481; I 149-215: 69; I 149-1093: 54; I 150-264: 57; I 159-62: 404 n. 727; I 169-73: 184 n. 265; I 170: 447 n. 810; I 205-7: 405 n. 728; I 210: 180 n. 254; I 215-16: 405 n. 729; I 239: 525; I 245: 457, 538, 558; I 250-53: 237-38 n. 409; I 250-304: 318-19; I 256: 384; I 256-57: 360 n. 651; I 263-64: 324; I 265-634: 57; I 271: 269 n. 488; I 271-72: 307; I 271-76: 307; I 271-89: 267, 302; I 274-75: 269 n. 488; I 275: 270 n. 491; I 275-77: 270; I 277: 307; I 279: 270 n. 494; I 280: 342; I 280-81: 307-8; I 280-86: 269; I 280-88: 360; I 280-89: 220; I 288: 270 n. 491; I 292: 104; I 304: 72 n. 32, 135 n. 148; I 403: 67 n. 15; I 410-17: 113 n. 58; I 411-17: 362; I 459-63: 89 n. 10; I 540-50: 525, 537 n. 960; I 540-64: 508 n. 921; I 593-98: 184 n. 265; I 722-30: 342 n. 628; I 734-85: 94; I 830-32: 335; I 921-50: 495; I 921-1117: 57; I 922-27: 76 n. 46; I 924-30: 114; I 925: 252 n. 443; I 926-28: 251; I 926-30: 52 y n. 43; I 926-42: 559; I 926-50: 54; I 927-29: 68; I 933-35: 496; I 936: 155; I 936-38: 73, 116, 117, 496; I 936-42: 157 n. 209, 175, 452; I 936-50: 98, 115, 153-54, 190-91; I 938: 155; I 939: 155; I 940: 155; I 940-41: 155; I 942: 155; I 943: 155; I 944-45: 155; I 945-47: 114; I 948-49: 155; I 951-53: 114; I 1021-22: 490; I 1021-28: 54; I 1102-117: 54; II: 54, 57-58; II 1: 170; II 1-2: 165, 192, 206, 370, 397; II 1-3: 385 n. 703; II 1-4: 160 n. 216, 162, 180, 193, 205, 214, 233 n. 396, 240-42, 355, 361 n. 651, 370; II 1-6: 165; II 1-7: 178, 183, 361 n. 651, 397; II 1-8: 146 n. 185; II 1-13: 50, 72 n. 34, 160 n. 216, 169, 171, 177 n. 248, 183 n. 259, 191-92, 216, 242 n. 419, 345, 374, 448 n. 811, 556; II 1-14: 152, 375 n. 682; II

- 1-61: 54, 124, 144, 151 n. 193, 204, 320-21, 507, 546, 557, 559; II 2: 170-71, 216; II 3-4: 162, 178, 370; II 4: 165; II 5-6: 242 n. 419, 385; II 7: 194; II 7-8: 152, 365; II 7-10: 348; II 7-13: 354; II 8: 152, 216; II 9-10: 194; II 11-13: 170; II 11-14: 386; II 13-15: 323; II 14: 152, 153 n. 196; II 14-16: 195, 354; II 14-19: 122 n. 91; II 14-61: 202, 231 n. 389; II 16-21: 360; II 16-23: 195-96; II 27: 65-66 n. 9; II 28: 74 n. 38; II 27-28: 203; II 29-30: 67 n. 18, 171; II 29-33: 398, 507; II 29-36: 360; II 37-61: 524; II 40-41: 385; II 40-46: 242 n. 419; II 45-46: 202; II 47-53: 202 n. 317; II 55-56: 72 n. 32, 233 n. 396, 391, 518; II 62-79: 54; II 62-332: 57; II 75-79: 324; II 79: 486 n. 892; II 80-1163: 54; II 87: 114; II 102-35: 69; II 114-20: 401, 446 n. 809; II 148-50: 415; II 172: 121-22; II 216-50: 55; II 216-93: 410 n. 749, 547; II 251-93: 48, 55; II 253-304: 94; II 294-302: 221; II 308-32: 188-89; II 333-729: 57; II 340: 177 n. 248; II 342: 230; II 342-43: 240; II 342-76: 303; II 352-65: 145 n. 183, 215; II 352-66: 70, 429; II 355: 432-33; II 355-60: 215; II 359-60: 432; II 361-63: 161; II 362: 433; II 388-430: 462 n. 829; II 402-7: 122; II 426-30: 122 n. 91; II 456: 94; II 556-59: 241 n. 415; II 558-59: 380; II 575-80: 218 n. 355; II 576-80: 445, 454; II 577: 540; II 589-99: 494 n. 903; II 592-93: 342 n. 628; II 598-99: 339, 407 n. 736; II 598-601: 497; II 598-607: 497; II 600-60: 59 n. 66; II 606-7: 497; II 610-13: 364; II 642-III 621: 94; II 646-51: 54, 122, 559; II 647: 149 n. 190; II 730-1022: 58; II 757-805: 94; II 757-806: 94; II 765-67: 310; II 880: 307 n. 575; II 963-66: 122 n. 91; II 966-71: 537; II 991: 537; II 991-92: 84 n. 80, 153 n. 196; II 999-1003: 222 n. 364; II 999-1006: 457-58, 558; II 1023-174: 58, 465 n. 838; II 1030-39: 174; II 1033-36: 174; II 1038-39: 174; II 1058-63: 538; II 1090-104: 219 n. 358, 511 n. 925; II 1093-94: 502; II 1101-4: 122 n. 89; II 1130: 114; II 1105-74: 504; II 1164-74: 54; II 1169: 54 n. 47; II 1170: 54 n. 47; III: 54, 58-59, 254, 296 n. 560, 463, 478, 559; III-IV: 58; III 1-2: 344; III 1-3: 451; III 1-13: 560; III 1-30: 54, 83, 304, 342, 345, 559; III 2-3: 345; III 3: 354, 362; III 3-4: 368; III 9-13: 142 n. 173, 495; III 10-12: 308; III 11-12: 496; III 12-13: 477, 506; III 14-15: 477; III 14-47: 49; III 17-30: 501; III 18-24: 149, 176, 445, 475; III 18-30: 183 n. 259; III 19-20: 176; III 21-22: 176, 360 n. 651; III 25-93: 69; III 26-30: 449; III 28-30: 362, 373, 474, 560; III 29-30: 451; III 31-34: 58; III 31-58: 346 n. 634; III 31-93: 54; III 35-40: 58, 499; III 37: 67 n. 15; III 37-40: 83; III 48-54: 231 n. 393; III 48-93: 546; III 49-58: 347; III 57-58: 66 n. 9; III 59: 230; III 59-60: 195; III 59-62: 356; III 59-64: 202, 546; III 59-67: 202; III 59-73: 546-47; III 59-93: 42 n. 13; III 60-64: 385; III 71: 309; III 72-73: 66 n. 9; III 79-82: 524; III 85-86: 375 n. 682; III 87-88: 391; III 94-416: 58; III 94-930: 54; III 161: 114; III 211-12: 396; III 227: 180 n. 254; III 269-74: 122; III 313: 72 n. 32; III 337-43: 485; III 380-1052: 68; III 417-829: 58; III 434-39: 499; III 436-37: 211, 500; III 440-41: 231

- n. 391; III 445-58: 49, 497; III 451-52: 210; III 451-53: 210; III 451-54: 538; III 451-56: 209; III 454: 210; III 455-56: 210; III 455-58: 512; III 474: 54 n. 50; III 513-17: 310 n. 577; III 555: 231 n. 391; III 584-85: 210; III 746: 54 n. 50; III 761-62: 114; III 830: 229, 499, 515 y n. 933, 540; III 830-31: 455, 513; III 830-69: 58, 394, 478; III 830-1094: 56 n. 59, 524; III 838-41: 455, 513; III 838-42: 381; III 840-42: 167 n. 230; III 845-46: 513; III 860-61: 513; III 860-69: 445; III 866-69: 455; III 869: 309, 396; III 870-1094: 58; III 884-87: 281 n. 523, 307 n. 575; III 896: 180 n. 254; III 900-5: 396; III 914-15: 538; III 915: 221 n. 362; III 931-39: 199 n. 306, 229; III 931-77: 54 n. 48, 377 n. 690, 381, 388, 394, 478, 525 n. 945, 540 n. 964, 557, 559; III 931-1094: 54; III 933-34: 381, 388, 396; III 938-39: 388, 396; III 939: 515; III 964-71: 508; III 978: 345; III 978-79: 226, 367, 504; III 978-81: 148; III 978-86: 97; III 978-1010: 223; III 978-1023: 54 n. 48, 69, 226, 229, 236, 366, 461, 480, 496, 557, 559; III 980: 148; III 980-83: 223; III 984-94: 223, 480-81; III 991-1021: 146; III 992-94: 367, 505; III 995: 367; III 995-1002: 223, 367, 546; III 1003-10: 223, 367; III 1009: 148; III 1023: 548; III 1024-52: 54 n. 48; III 1042-44: 227, 229 n. 381, 560; III 1043: 472 n. 861; III 1053-57: 152; III 1068: 72 n. 32; III 1091: 504; IV: 46 n. 26, 54, 59, 182-83 n. 258, 185; IV 1-2: 153 n. 195; IV 1-5: 52; IV 1-7: 375; IV 1-13: 305; IV 1-25: 54, 115, 495, 559; IV 9-17: 379; IV 11-13: 73, 116; IV 11-25: 153; IV 20-22: 114; IV 26-41: 58; IV 26-53: 54; IV 42-43: 448; IV 54-109: 537 n. 960; IV 54-215: 58, 163, 559; IV 54-1056: 54; IV 65: 54 n. 50; IV 99: 106; IV 102: 54 n. 50; IV 129-42: 397; IV 134-40: 397; IV 134-42: 482; IV 180-82: 304 n. 571; IV 216-721: 58; IV 269-89: 448; IV 297: 121 n. 88; IV 353-63: 188; IV 353-452: 188; IV 377: 114; IV 386-419: 267; IV 387-90: 157 n. 209; IV 397-99: 269 n. 489; IV 414-19: 269-70; IV 462-68: 186; IV 469-521: 58; IV 473-83: 89; IV 544: 121 n. 88; IV 589: 67 n. 18; IV 722-48: 58; IV 722-76: 207 n. 324; IV 749-76: 59, 559; IV 768: 114; IV 773-76: 307 n. 575; IV 823-1057: 403 n. 724; IV 909-11: 304 n. 571; IV 959-60a: 284; IV 962-65: 244, 252, 432; IV 962-67: 186; IV 962-1025: 423; IV 962-1036: 206, 207 n. 324, 242, 429-30; IV 966: 428 n. 793; IV 966-68: 244; IV 969-70: 244, 252, 432; IV 971-72: 207, 244; IV 973-86: 186; IV 981: 433; IV 982-83: 207; IV 984-86: 432; IV 987-90: 432; IV 995-97: 207; IV 1013: 244; IV 1018: 68 n. 22; IV 1030-31: 433; IV 1032-33: 207; IV 1034: 54 n. 50; IV 1035-36: 233 n. 396; IV 1036: 433; IV 1037-57: 516, 559; IV 1037-120: 530; IV 1037-207: 150, 163 n. 221, 206, 208, 351, 400, 446, 557, 559; IV 1037-287: 530; IV 1039-47: 519; IV 1052: 207; IV 1057: 379; IV 1057-58: 177 n. 249; IV 1057-87: 54; IV 1058-60: 179-80, 209, 241 n. 417, 379, 400-1, 446 n. 809; IV 1058-72: 446, 489; IV 1058-207: 378; IV 1058-287: 59, 156 n. 203; IV 1059-60: 209, 351, 400; IV 1060: 489; IV 1061-62: 163 n.

- 222, 177 n. 248, 206, 505 n. 917; IV 1061-63: 530; IV 1061-67: 402; IV 1061-72: 489; IV 1063: 489; IV 1063-64: 189 n. 276, 209, 379; IV 1065: 446; IV 1068-69: 209, 379; IV 1071: 522, 546; IV 1073: 351; IV 1073-74: 379; IV 1073-78: 50; IV 1073-120: 150; IV 1073-181: 494; IV 1074: 163; IV 1075-76: 209; IV 1076-120: 182, 533; IV 1079: 182, 519; IV 1080-81: 182, 519; IV 1081-83: 209; IV 1084-120: 150; IV 1086-90: 379; IV 1089-90: 379; IV 1093-120: 157 n. 209; IV 1095-96: 233 n. 396; IV 1097-101: 150; IV 1101: 207; IV 1102-4: 150; IV 1105: 519; IV 1105-6: 182; IV 1105-32: 431; IV 1106-9: 433; IV 1107: 509; IV 1108-9: 182, 309, 519; IV 1108-20: 480; IV 1117: 209, 519; IV 1121-22: 179; IV 1121-24: 500, 505 n. 917; IV 1122: 234 n. 396; IV 1127-28: 433; IV 1133-34: 209, 329, 389, 400, 402 n. 719, 486 n. 891, 506, 519, 531; IV 1133-35: 182; IV 1133-36: 443-44; IV 1134-35 (= 1133-34): 446; IV 1137-38: 400; IV 1141-48: 239; IV 1147-48: 378; IV 1157-70: 289; IV 1169-71: 153 n. 195; IV 1195-96: 379; IV 1208: 529 n. 951; IV 1230-87: 163; IV 1264-65: 427 n. 790; IV 1272-73: 509; IV 1283-87: 222; V: 54, 59, 124, 338, 403 n. 724; V-VI: 59; V 1-13: 560; V 1-54: 54, 83, 559; V 6-9: 451; V 8: 309; V 9-12: 345; V 21: 194; V 55-90: 54; V 82-90: 113 n. 60; V 83-90: 346 n. 634; V 91-95: 68 n. 24; V 91-96: 307 n. 575; V 91-99: 536; V 91-1457: 54; V 92: 459 n. 826; V 110-234: 109 n. 55, 532; V 134: 170 n. 238; V 146-234: 59 n. 66, 403 n. 724; V 156-80: 84; V 195-234: 246; V 222-25: 466 n. 844; V 222-27: 247 n. 425, 340, 391, 444, 454, 466; V 222-34: 217, 246; V 223-24: 218; V 224: 447 n. 810; V 224-25: 216; V 224-26: 217; V 226-27: 218; V 228-31: 218, 340; V 228-34: 247 n. 425; V 235-415: 171 n. 239; V 235-508: 59; V 253: 160 n. 216; V 273-74: 114; V 341-42: 282 n. 525, 307 n. 575; V 413: 171-72 n. 239; V 416-48: 403 n. 724; V 416-508: 69; V 417-32: 328-29; V 419-20: 490; V 419-31: 54; V 432-33: 106; V 433: 177 n. 248; V 445: 307 n. 575; V 509-770: 59; V 550-51: 105; V 670-71: 310; V 705-50: 225; V 737-40: 164, 224; V 737-41: 384; V 737-43: 183 n. 259; V 737-47: 423; V 737-50: 224, 360 n. 651, 383, 557; V 738: 384; V 738-39: 177 n. 248; V 741-42: 224; V 743: 225; V 746-47: 225, 383; V 750: 225; V 751-71: 109 n. 55; V 762: 114; V 772-1010: 59; V 772-1457: 68, 237; V 778-921: 403 n. 724; V 780-825: 493 n. 902; V 783-85: 237; V 783-836: 237; V 795-96: 237 n. 408; V 797-800: 237; V 805-25: 238; V 821-22: 237 n. 408; V 827: 237 n. 408; V 828-36: 238; V 923-24: 184; V 925-87: 338 n. 625, 423, 487, 559; V 925-1010: 230; V 925-1457: 69, 338 y n. 625, 364, 557; V 926: 338; V 928-79: 94; V 933-35: 339; V 937-38: 338; V 942-44: 338; V 966-69: 339; V 999-1006: 380; V 1004-6: 240-41; V 1004-10: 170 n. 237; V 1009-27: 431; V 1011-18: 168, 365; V 1011-1457: 59, 375; V 1065-68: 310 n. 577; V 1094-95: 177 n. 248; V 1101-35: 355; V 1105-35: 230; V 1117-32: 156 n. 206; V 1118: 192; V 1118-19: 195 n. 291, 231 n. 390; V

- 1120-24: 339, 340, 356, 386; V 1120-35: 42 n. 13, 385; V 1131-32: 356; V 1136-37: 356; V 1138: 180 n. 254; V 1158: 68 n. 22; V 1161-62: 442; V 1161-239: 438-40; V 1161-240: 59 n. 66; V 1169-71: 441; V 1177-78: 441; V 1180-82: 202; V 1183-87: 307 n. 575; V 1183-240: 231 n. 392; V 1186-88: 442; V 1194-95: 442; V 1194-202: 347; V 1194-203: 515; V 1194-210: 346; V 1194-225: 346 n. 634; V 1201-2: 231 n. 393; V 1204-5: 174; V 1204-10: 348; V 1205-17: 174; V 1206: 174; V 1229-31: 356; V 1241-43: 369; V 1241-96: 369; V 1252-57: 369; V 1269-80: 196; V 1327: 54 n. 50; V 1350-56: 365; V 1362-78: 305; V 1367-71: 364; V 1388: 54 n. 50; V 1412-35: 196 n. 293; V 1433: 470; VI: 54, 59-60; VI 1-4: 362; VI 1-42: 54, 83, 345, 559; VI 4: 194; VI 7-8: 451; VI 24-28: 153 n. 196; VI 35-36: 391; VI 43-95: 54; VI 48-49: 307 n. 575; VI 50-95: 59; VI 58-67: 347; VI 67: 195; VI 94: 167; VI 96-159: 103, 105; VI 96-534: 60, 219; VI 96-1137: 54; VI 101: 104; VI 124-26: 105; VI 126-27: 105; VI 129: 105; VI 130-31: 105; VI 154-55: 177 n. 248; VI 160-214: 310; VI 164-66: 105, 220; VI 175: 104; VI 177: 104; VI 181: 74 n. 38; VI 183-84: 104; VI 198: 104; VI 200: 105; VI 219-27: 103 n. 49; VI 263-65: 107; VI 281-83: 105; VI 379-422: 59; VI 387-95: 246 n. 424; VI 489: 114; VI 513: 106; VI 531: 160 n. 216; VI 535-1089: 60; VI 597: 309-10; VI 639-46: 342; VI 639-97: 342; VI 641: 342; VI 672: 129 n. 122; VI 712-37: 92 n. 22; VI 743-1286: 94; VI 811: 284; VI 868: 89 n. 9; VI 890: 160 n. 216; VI 948-49: 310 n. 577; VI 962-65: 74 n. 38; VI 988: 54 n. 50; VI 1074-77: 74 n. 38; VI 1090-137: 108; VI 1090-286: 60; VI 1118: 68; VI 1138-286: 54, 60, 76 n. 46, 97 y n. 37, 393, 423; VI 1149: 189 n. 276; VI 1168-214: 306; VI 1168-217: 268; VI 1170-73: 268-69; VI 1171: 307 n. 574; VI 1179: 308-9; VI 1179-81: 270-71; VI 1190: 270 n. 492, 284; VI 1191-95: 271; VI 1215-21: 393; VI 1238: 308; VI 1256-58: 310, 394; VI 1257: 393; VI 1267-68: 393; VI 1267-71: 393.
- Luis, Leopoldo: "La materia no muere, se transforma": 457 n. 824.
- Luque, Aurora: "En radio tres" (*La siesta de Epicuro*. IV. "La tumba de Lucrecio"): 540-41; *La siesta de Epicuro*: 540.
- Lutero, Martín: *Contra XXXII articulos Lovanensium theologistarum* II 23-25: 136 n. 150; *De servo arbitrio* II 21-22: 136 n. 150; *Epist.* 1388: 135 n. 150.
- Luzán, Ignacio de: *Poética*: 331 n. 612; I 4 (cap. IV, p. 33): 331 n. 611; I 5: 332; II 23: 275 n. 507, 554; IV 10: 234 n. 400, 359; I 5 (30, cap. V): 328 n. 601.
- Machado, Antonio: *Cantares y proverbios, sátiras y epigramas*: 221 n. 362; *Proverbios y cantares* XLIV ("Todo pasa y todo queda"): 221 n. 362.
- Machado Ferraz, José: *Da natureza das coisas*: 294, 428, 555
- Macrobio: *Saturnalia*: 76; *Sat.* VI 2: 76 n. 46; VI 2, 1-3: 76 n. 46.
- Magny, Olivier de: "A Pierre de Ronsard" (*Gayetez*): 227 n. 378.

- Mal Lara, Juan de: *Filosofía vulgar*: 184 n. 283.
- Manilio: *Astronomica*: 113, 119 n. 81, 125, 127 n. 114, 311 n. 578; I 4-6: 52 n. 43; I 13-19: 71.
- Manucio, Aldo P.: *Epist.* a Alberto Pío: 136-38, 140 n. 165, 298.
- Mañer, Salvador José: *Anti-Theatro Crítico*: 334 n. 619.
- Maragall, Joan: “La vaca cega”: 480 n. 875.
- Marbodo Redonense: *Liber decem capitulorum*, cap. VII: 83 n. 74.
- Marchena, José (“Abate”): “A cuatro hermanas” (Silva I) 1-8: 355-56; “A Emilia” (Epístola I) 45-50: 355; “Carta contra el celibato eclesiástico”: 279, 300; *Cartas persianas* (“Advertencia”): 288, 554; “En la abertura de una Sociedad Literaria” (Discurso poético I): 352-55; “La primavera” (Oda VIII): 349-50; *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*: 288, 348-49; “Mortal, débil mortal, tal es tu suerte” 1-20: 351.
- Marchetti, Alessandro: *Della natura delle cose* (trad. del *De rerum natura*): 253-58, 286 n. 538, 375; I 947-60: 307 n. 573; V 518-32: 307 n. 573.
- Marchetti, Giuseppe Gaetano: *Discurso apologetico [...] con un saggio del commento sopra il poema di Lucrezio*: 256 n. 455.
- Marcial: I 49: 214 n. 345; I 55: 231 n. 390; II 90: 231 n. 390; III 26: 196 n. 292; IV 66: 214 n. 345; IV 77: 231 n. 390; IV 77, 2: 68 n. 23; IV 85: 196 n. 292; IX 22: 231 n. 390; IX 51: 214 n. 345; IX 70: 214 n. 345; IX 73: 214 n. 345; X 47: 50 n. 31, 195, 231 n. 390, 235 n. 402, 527; X 47, 7: 50 n. 31; XI 70: 196 n. 292; XII 18: 214 n. 345; XII 57: 214 n. 345; XII 68: 214 n. 345; XIV 75, 1-2: 161 n. 218.
- Maréchal, Sylvain: *Dictionnaire des athées anciens et modernes*, pp. 160-61: 40 n. 7; *Lucrèce français*: 87 n. 3.
- Marías, Javier: *Tu rostro mañana. 2. Baile y sueño*, p. 162: 546.
- Marineo Sículo, Juan: *Epist.* XII 25: 157.
- Marolles, Michel de: *L’Office de la Semaine Sainte*: 296 n. 558; *Le poète Lucrèce: Les six livres de Lucrèce de la nature des choses* (trad. del *De rerum natura*): 260, 273 n. 505, 276-77, 294, 296, 297 n. 562, 554-55; *Les memoires*: 277 n. 513, 296 n. 560.
- Marsi, el “Epicuro napolitano”, Antonio: *Cecaria*: 132 n. 134.
- Martha, Constant: *Le Poème de Lucrèce. Morale, religion, science*: 411; “Prólogo”: 291 n. 547; “Prólogo”, pp. V-VI: 411.
- Martí, Octavi: “Los hombres se inventan los dioses para no mirar la realidad” (*Diario “El País”* 18-03-06): 471 n. 857.
- Martínez de la Rosa, Francisco de Paula: *Arte poética*: 366; *Discurso moral sobre la paz del ánimo* 63-76: 366-67; *Libro de los niños*: 366 y n. 658.
- Marullo, Michele: *Epigrammata et Hymni naturales*: 124; *Epigrammaton* I 16: 227 n. 378.
- Marx, Karl H.: *Cuadernos de filosofía epicúrea, estoica y escéptica*: 467-68; *Differenz der demokratischen und epikureischen Naturphilosophie* (tesis

- doctoral): 41 n. 12, 410, 467, 547; “Prólogo”: 468; 1ª parte, cap. 1: 468; 2ª parte, cap. V: 464, 468; *Einleitung zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*: 470 n. 853. *Manifiesto comunista*: 467 n. 845, 470 n. 854.
- Marzal, Carlos: “Cálculos infinitesimales” (“La luz de esas estrellas ya ha ocurrido”): 449 n. 813; “Miriadas” (“Sobre la diagonal de luz dorada”): 401 n. 718.
- Masson, John: *Atomic Theory of Lucretius Contrasted with the Modern Doctrines of Atoms and Evolution*: 412.
- Mauduit, Michel: *Traité de religion contre les athées, les déistes et les nouveaux pyrrhoniens*: 261 n. 469.
- Medrano, Francisco de: oda VIII 2-4: 192; oda VIII 14-20: 192; oda XXI: 231 n. 390; oda XXIV: 202 n. 316; oda XXIV 1: 194; oda XXIV 17: 68 n. 23; oda XXIX: 231; oda XXX: 190, 231 n. 390; oda XXX 43-54: 193; oda XXXI: 189 n. 277; soneto I 1-13: 190-91; soneto III: 190; soneto IV: 190, 191-92.
- Meléndez Valdés, Juan: carta a Jovellanos: 259; “Himno a Venus”: 252 n. 444.
- Mendive, José: *La religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*, p. 299: 297-98; pp. 412-13: 405.
- Mendonça Falcão, Agostinho de: *Os seis libros de Tito Lucrecio Caro, poeta romano, sobre a natureza das cousas*: 555 n. 4.
- Menéndez Pelayo, Marcelino: *Bibliografía hispano-latina clásica*: 31, 263, 313, 434, 438; cartas a Gumersindo Laverde: 278-79; “Himno a Venus”: 434-38; *Historia de los heterodoxos españoles*: 187, 434 y n. 797, 455; *La novela entre los latinos* (tesis doctoral): 434; *Obras literarias de D. José Marchena*: 278, 424; pp. XII-XVI: 421.
- Menéndez Rayón, Damián: carta a Menéndez Pelayo: 279-80.
- Metastasio: *Epitalamio* II: 252 n. 444.
- Micón: *Opus prosodiacum*: 92, 95 n. 30, 119 n. 80.
- Millás, Juan José: *El desorden de tu nombre* (p. 109): 545-46.
- Minucio Félix: *Octavius*: 78 n. 53; XX 1: 78 n. 55.
- Mirándula, Octaviano: *Flores illustrium poetarum*: 223; *Viridarium illustrium poetarum*: 96, 155.
- Miró, Gabriel: *Años y leguas*: 486-87; *Camino de perfección*: 486; *El obispo leproso*: 509 n. 922; *La mujer de Ojeda*: 485 n. 888; *Las cerezas del cementerio*: 486; *Nuestro Padre San Daniel*: 486; *Vulgaridades*: 485.
- Montagnone, Geremia da: *Compendium moralium notabilium*: 98 n. 39.
- Montaigne, Michel de: *Epístolas de Séneca* I 1300: 233 n. 396; *Essais* I 17: 189 n. 275; I 21 (“De la force de l’imagination”): 233 n. 396; II 10 y 11: 559.
- Montengón, Pedro: *Eusebio*: 380-81.
- Morales, Gregorio: “Corpúsculos”: 457 n. 824; “Microscopio

- electrónico” 5-6: 537 n. 959; “Sísifo” (“Partículas y antipartículas”): 525 n. 944.
- Moreiro, Juan: *El error y la razón teológica ó la idolatría con sus extravíos y el cristianismo civilizador*: 412 n. 755.
- Moro, Tomás: trad. de *AP*. XI 8: 232.
- Muntadas, Juan Federico: “Mi primer beso”: 448 n. 811.
- Mure, Conrado de: *Repertorium vocabulorum exquisitorum*: 89.
- Murúa, fray Martín de: *Historia general del Perú*: 338 n. 625.
- Nebrija, Antonio: carta al cardenal Cisneros: 198 n. 299.
- Nemesiano: *Cyn.* 1-14: 52 n. 43.
- Nepote, Cornelio: *Att.* XII 4: 66 n. 12.
- Neruda, Pablo: “Nuevo soneto a Helena” (*Crepusculario*): 208 n. 326.
- Nietzsche, Friedrich W.: *Así habló Zaratustra*: 465; *Ecce homo* 8: 404 n. 725; *Gaya ciencia*: 465; “Homer und die klassische Philologie” (p. 24): 404 n. 726; *La voluntad de poder*: 465; *Nachlass* (1876-1877) 23 (56): 404 n. 726.
- Nifo, Agostino: *De infinitate primi motoris*: 164 n. 225; *De immortalitate animae*: 164 n. 225.
- Nonio, Marcelo: CCCXIV 30: 76 n. 44; CCCXXVII 1: 76 n. 44; CCCLXXIX 10: 76 n. 44.
- Nora, Eugenio de: “Otra voz” 37b-43: 512-13 n. 927.
- Noroña, conde de: “A la buena memoria de Don Antonio Berdejo” 49-83: 381-82; “A la venida de la primavera” (“A Nerina”): 382-84; “Belisa, ¡cuán hermoso!”: 385 n. 703; “Canto el enojo y el crüel despecho”: 382 n. 699; “Debajo de este mirto”: 382 n. 701; “Descanso pide con ferviente voto”: 382 n. 699; “Feliz aquel, que lejos de cuidados”: 381-82 n. 699; “Imprecación contra la guerra” 1-35: 384-86; “La muerte” 1-127: 386-88; “¡Oh tierno pajarillo!”: 382 n. 701; “Venegas, ¿de qué sirve con afanes”: 381 n. 699.
- Núñez de Arce, Gaspar: “A Darwin” (*Gritos de combate*): 450-51; “¡Amor!” (*Gritos de combate*): 449-50; *Gritos de combate*: 408, 448; “¡Treinta años!” (*Gritos de combate*) 1-6: 449; “Tristezas” (*Gritos de combate*) 77-84: 408-9; “Tristezas” 121: 408 n. 743.
- Núñez Delgado, Pedro: *Crucis commendatio* 43: 180 n. 254; *De medicamine tussis* 45-46: 180 n. 254; *Mariam Carmen* 18: 180 n. 254.
- Núñez San Francisco, Aníbal: “Sobre el placer recíproco” (*Sintigo y con Lucrecio*): 529.
- Núñez Vela, Pedro: *Dialecticae libri tres*, p. 157: 556.
- Offray de la Mettrie, Julien: *Anti-Sénèque, ou le Souverain bien*: 262 n. 470.
- Olmedo, José Joaquín: *Canto a Bolívar* (“Himno a las vestales”) 788-96: 358; carta a Joaquín Araujo: 259-60, 357-58.
- Onfray, Michel: *Tratado de ateología*: 465 n. 835.
- Ortega y Gasset, José: *En torno a Galileo*: 488 n. 898; *Europa meditatio quaedam*: 488 n. 898.

- Ortí y Lara, José Manuel: "Impugnación del Discurso" (pronunciado por Sanz del Río a favor de la reforma educativa): 416 n. 768.
- Otero, Blas de: *Ancia*: 510, 515; *Ángel fieramente humano*: 513, 514 n. 931; "Basta" (soneto): 514; "Encuesta" (*Ancia*) 13-16: 515; "Entonces y además" 9-12: 515 n. 933; "Hombre" (soneto) 1-5: 511 n. 925; *Redoble de conciencia*: 514.
- Overton, Richard: *Mans Mortallitie*: 83 n. 76.
- Ovidio: *Am.* I 15, 23: 75; I 15, 23-24: 68, 120 n. 84, 427 n. 789; II 1, 1-6: 170 n. 237; II 2, 43: 225 n. 372; II 9, 41: 201 n. 315; *Ars* I 475-76: 222 n. 365; II 511-43: 222 n. 365; *Epist.* I 1, 70: 222 n. 365; II 7, 40: 222 n. 365; IV 10, 5: 222 n. 365; *Fast.* IV 481-82: 161 n. 218; *Her.* V: 348 n. 637; *Ib.* 597-98: 342 n. 628; *Metamorfosis*: 68, 252; *Met.* I 5-88: 69; I 5-150: 338; I 5-155: 364; I 89-112: 237 n. 407; I 89-150: 69; I 127-50: 237 n. 406; I 131: 230 n. 386; X 298-739: 165; *Pónticas* (*Epistulae ex Ponto*): 242; *Pont.* II 10, 23-26: 342 n. 628; *Tristia*: 242.
- Pacheco, Francisco: *Sermo secundus* 1-5: 180, 214.
- Paleario, Aonio: *De animorum immortalitate*: 138, 139 n. 162.
- Palingenio, Marcelo: *Zodiacus vitae*: 41 n. 8.
- Pardo Bazán, Emilia: *Los pazos de Ulloa*: 407 n. 736, 414 n. 762; *Madre Naturaleza*: 407 n. 736.
- Pariseti, Ludovico: *De immortalitate animae*: 139; *Theopoeiae libri sex*: 137 n. 155.
- Parrain, Jacques (Baron des Coutures): *Morale d'Epicure*: 261 n. 468.
- Partenio, Bernardino: *Della imitatione poetica* (p. 93): 328 n. 600.
- Pastore, Raffaele: *La filosofía della natura di Tito Lucrezio Caro, e confutazione del suo deismo e materialismo*: 293 n. 554, 297 n. 562.
- Paz, Francisco de la: *Carta a Polanco*, parte 3ª: 248 n. 428.
- Paz, Xabier: *Materia de Lucrecio*: 532-33.
- Paz Soldán, Pedro: traducciones del *De rerum natura*: 357.
- Peletier du Mans, Jacques: *Art poétique*: 331 n. 611; "Description du printemps" (*Oeuvres poétiques*): 556.
- Pérez de Moya, Juan: *Philosophía secreta* V 3: 208 n. 328, 225 n. 372, 226 n. 373; V 4: 223 n. 366.
- Pérez Galdós, Benito: *Doña Perfecta*, cap. IV: 459 n. 826; caps. VI-VII: 458-61; cap. IX: 414 n. 762, 461; cap. XXV: 420; *Fortunata y Jacinta* IV 6, 16: 407 n. 736; *La desheredada*: 407.
- Pérez Martín, Félix: *Curso de Literatura Latina* (pp. 36-38): 417-18.
- Persio: II 61: 230 n. 385; III 83-84: 69; V 151-53: 212 n. 339; VI 9-12: 233 n. 395.
- Pervigilium Veneris* 86: 161 n. 218.
- Petrarca: "Canzone" CXXVI 1: 148 n. 187; CCCXI: 215 n. 348; *De remediis utriusque fortunae* I 59: 76 n. 46; *De vita solitaria* I 3: 194 n. 287; *Ecl.* X (*Laurea occidens*) 273-77: 125 n. 101;

- Epistulae familiares* XXII 2: 76 n. 46; *Triunfo del tiempo* 61-63: 194 n. 287.
- Petronio: *Cena Trimalchionis*: 98.
- Pi y Margall, Francisco: “Prólogo” (p. I) a la traducción de Manuel Rodríguez-Navas (1892): 30; pp. I-IV: 419-20; pp. III-IX: 416 n. 769.
- Piccolomini, Eneas S.: *Opera quae extant omnia*: 138 n. 157.
- Picinelli, Filippo: *Mundus symbolicus*: 199 n. 301.
- Pico della Mirandola: *De animae immortalitate digressio*: 137 n. 155.
- Platón: *Cratyl.* 402a: 221; *Gorg.* 525e: 223 n. 366; *Ion* 533d-534a: 69 n. 25; *Lg.* 659 d-e: 116 n. 66; *R.* X 585-609: 43.
- Plinio el Joven: *Epist.* X 96: 51 n. 38.
- Plinio el Viejo: *Nat.* I 52: 107; XIX 19, 2: 45 n. 24.
- Pluche, Noël-Antoine: *Beautés du Spectacle de la Nature*: 265 n. 483; *La mécanique de langues et d’art de les enseigner*: 265 n. 483.
- Plutarco: *Amatorius* (*Moralia*): 207 n. 324; *De audiendis poetis* (*Moralia*): 79 n. 58; *De aud. poet.* 32e: 142 n. 174; *De latenter vivendo* III 1 (*Moralia*): 51 n. 38.
- Polignac, Melchor de: *Anti-Lucretius*: 258 y n. 460, 261, 334 n. 619, 342 n. 629; IX 774-89: 259-60 n. 465.
- Poliziano: *Nutricia* 156-58a: 69 n. 25; *Nutricia* 487-91: 125 y n. 101.
- Pomponazzi, Pietro: *Tractatus de immortalitate animae*: 137 n. 155, 293.
- Ponce de León, Basilio: *Primera parte de los discursos para todos los Evangelios de la Quaresma*: 143 n. 177.
- Pons, José: *Ignis: poema disdascalicum*: 335; *Philocentrica, sive de innata corporum propensione ad centrum*: 335.
- Pontano, Giovanni: *Actius*: 130; *Aegidius*: 130 n. 130; *Antonius*: 130 n. 130; *De laudibus divinis* I 7-8: 417 n. 773; *Meteororum liber unus*: 124, 130 n. 129; *Uraniae sive de stellis libri quinque*: 124, 126 n. 113, 348; *Uraniae sive de stellis* I: 124,
- Possevino, Antonio: *Bibliotheca selecta*: 143; XVII 14: 144 n. 179; *Tractatio de Poësi et Pictura ethnica, humana, et fabulosa collata cum vera, honesta, et sacra*, cap. XIV (“De Lucretio Caro”): 144.
- Prisciano: *Institutiones grammaticae*: 77.
- Propertio: I 17, 13-14: 170 n. 237; II 25, 16: 222 n. 365; II 29, 30: 527; III 1: 52 n. 44; III 1, 1-4: 52 n. 43; III 1, 20: 68; III 5, 19-22: 52 n. 43, 68; IV 5, 26: 196 n. 292.
- Prudencio: *Epil.* 25-32: 196 n. 292; *Ham.* 247: 230 n. 386; *Perist.* II 45-46: 230 n. 386; X 216-20: 79 n. 56; *Psychomachia*: 84.
- Quevedo, Francisco de: “A fugitivas sombras doy abrazos” (soneto): 233 n. 396; “Amor constante más allá de la muerte” (“Cerrar podrá mis ojos la postrera”, soneto): 212 n. 340, 235 n. 401; vv. 9-14: 484-85; “Compilo estos papeles El curioso” (fr. de los *Chistes*): 227; “Con más vergüenza viven

- Euro y Noto" (soneto): 202 n. 316; *Defensa de Epicuro*: 32, 72 n. 33, 200 n. 310, 227 y n. 377, 229 n. 381, 467 n. 849, 559; *El buscón*: 198; "El sueño de la muerte": 199 n. 306, 201 n. 315, 228-29; *Epicteto y Phocilides en español con consonantes; con el origen de los estoicos y su defensa contra Plutarco*: 227 n. 377; epítome (desaparecido): 228; "Hijos que me heredáis; la calavera" (soneto): 232; "Nueva filosofía de amor contraria a la que se lee en las escuelas": 229 n. 382; *Parnaso*: 227 n. 375, 232; "Quitar codicia, no añadir dinero" (soneto, *Parnaso: Polymnia II*): 227 n. 375, 231 n. 389; "Sermón estoico al desorden de los apetitos": 229-31; vv. 80-83: 233 n. 396; "Señor don Juan, pues con la fiebre apenas" (soneto): 210 n. 330; "Si fuere que después, al postrer día" (soneto): 234 n. 396; "¿Ves esa choza pobre que en la orilla" (*Parnaso*, soneto): 232-33.
- Quintiliano: *Institutio oratoria*: 98, 242 n. 419; I 4, 4-5: 56; III 1, 3-5: 73, 98 n. 41, 116; III 10, 1, 87: 120 n. 84; V 14, 6-7: 57; VIII 6, 44: 178 n. 251; X 1, 46: 83 n. 71; X 1, 85: 83 n. 71; X 1, 87: 74.
- Rabano Mauro: *De universo*: 99.
- Rebolledo, Bernardino de: *Defensa de Epicuro*: 82 n. 67; p. 495: 187 n. 271; *Selva militar y política*: 560; T. II, pp. 477-96: 467 n. 849; T. II, p. 494: 82 n. 67, 377 n. 690.
- Reimarus, Hermann Samuel: *Abhandlung von den vornehmsten Wahrheiten der natürlichen Religion*: 262 n. 472.
- Reina, Manuel: "A Núñez de Arce" ("Un genio ardiente, un alma vengadora"): 474 n. 866; "En un álbum" 1-9: 408 n. 741; *Jardín de los poetas*: 474; "La estatua" (*Sus mejores versos*): 475; *Poemas paganos*: 474.
- Reisch, Gregor: *Margarita philosophica nova*: 249 n. 430.
- Restrepo, Antonio José: *El moderno imperialismo*: 438; *Los capuchinos del Caroni*: 438; "Los dioses": 438-40; *Prosas medulares*: 438; *Poesías originales y traducciones poéticas*: 438.
- Reus y Bahamonde, Emilio: *Estudios sobre filosofía de la creación*: 414 n. 762.
- Revilla, Manuel de la: "Al siglo XIX" (*Dudas y tristezas*) 21-25: 405 n. 731; "A Venus Urania" (*Dudas y tristezas*): 453-54; *Obras* (p. 64): 408 n. 742; "Siempre llorando" (*Dudas y tristezas*) 1-24: 454; "Triste destino" (*Dudas y tristezas*) 1-14: 454-55.
- Rhetorica ad Herennium*: 242 n. 419; II 18, 28: 56-57.
- Ricci, Francesco Maria: traducción del *Anti-Lucretius* de M. de Polignac: 258 n. 461.
- Rioja, Francisco de: "Celos que perturbáis la gloria mía" (soneto LVIII) 9-11: 241 n. 417; "Claro y tranquilo el mar me conducía" (soneto XI) 1-4: 241 n. 415; "¿Es esta vez, ô Manlio, la primera" (soneto XXXI) 9-11: 206 n. 323, 241 n. 415; "Marchite, iô nunca!, frío y cano yelo" (soneto V) 9-14: 241 n. 417; "¡Náufraga onda, i

- cómo leda frente" (soneto XVIII): 240-41; "Rompo con lisa frente las prisiones" (soneto LI): 238-39; silva IV: 231 n. 390; soneto XVII 14: 230 n. 387; soneto L: 239 n. 411; "Yo acabaré, infelice, en el ondoso" (soneto XVII): 239-40.
- Robortello, Francesco: *In librum Aristotelis de Arte poetica explicationes*: 335 n. 621.
- Rodríguez Losada, Manuel: *Crestomatía histórico-filosófica de la lengua latina*: 421 y n. 778.
- Rodríguez-Navas, Manuel: *Diccionario completo de la lengua española*: 423; *Diccionario general y técnico hispanoamericano*: 423; *El alma, según las escuelas filosóficas de la India*: 423; *La República triunfará*: 423 n. 781; *Los poetas latinos*: 423 n. 781; *Naturaleza de las cosas de Tito Lucrecio Caro*: 424-31; "Nota": 428; "Noticia biográfica", pp. III-VIII: 425-28; *Temas de Estudio*: 423; "Diálogo IX: las religiones": 426 n. 788.
- Rojas, Fernando de: *La Celestina*: 153-57 y nn. 197 y 202; "incipit": 156; "Prólogo" 1-7: 153-55.
- Rondel, Jacques Du: *Vie d'Epicure*: 261 n. 468.
- Ronsard, Pierre de: soneto a Helena: 208 n. 326.
- Rota, Bernardino: *Egloghe Pescatorie* XIII 207-10: 161 n. 217.
- Rufino de Aquilea: *Clement.* VIII 42: 106.
- Sáez, Santiago: *Astronomicon de Marco Manilio* (trad.): 264 n. 480; *De la dignidad y aumento de las ciencias por Francis Bacon* (trad.): 264 n. 480; *De la naturaleza de las cosas* (trad. de Lucrecio): 264-71, 427-28; *Traducciones varias*: 264 n. 480.
- Sales y Ferré, Manuel: *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*: 414.
- Salinas, Pedro: "Tú no puedes quererme" (*La voz a ti debida*) 1728-64: 487-89.
- Salmerón, Nicolás: "Prólogo" a *Filosofía y Arte* de Hermenegildo Giner: 414.
- Salustio, Cayo: *Catil.* IV: 117 n. 73; X 3-6: 42.
- Samoilovich, Daniel: "El viaje de Darwin" ("Pongámoslo así"): 450 n. 814.
- Sánchez, Matías: "A los estudiosos" (dedicatoria): 275-76, 298-99; *Sobre la naturaleza de las cosas* (trad. del *De rerum natura*): 271-311, 376, 558.
- Sánchez, Padre Matías: *El padre de familias brevemente instruido en sus muchas obligaciones de padre*: 296 n. 556.
- Sánchez el "Brocense", Francisco: comentarios a los *Emblemata* de Alciato: 232 n. 394; *Doctrina del estoico filósofo Epicteto que se llama comúnmente Enquiridión*: 467 n. 849; "Prólogo": 559.
- Sánchez Robayna, Andrés: "Sobre un trono de piedra" (suplemento *Babelia*, p. 10, del *Diario "El País"*, 09-04-2004) 25-30: 537 n. 959.
- Sannazaro, Jacopo: *Arcadia*: 131 n. 133, 145 n. 180; canción XV: 146; XV 108-10: 148 n. 187; *De partu*

- Virginis*: 151 n. 193; *Rime*: 167 n. 231.
- Santos Álvarez, Miguel de los: “Nace el amor, y el pecho enamorado” (soneto): 399-400.
- Sanz del Río, Julián: *Discurso pronunciado en la solemne inauguración del año académico de 1857 a 1958 en la Universidad Central*: 413 n. 761; *Ideal de la Humanidad para la vida*: 413 n. 761; *Lecciones sobre el sistema de la filosofía analítica de K. Ch. F. Krause*: 413 n. 761.
- Sartre, Jean-Paul: *El existencialismo es un humanismo*: 466 nn. 842 y 844; *El Ser y la Nada*: 466.
- Savater, Fernando: “¿Ciudadanos o feligreses?": 33 n. 7; *La vida eterna*: 33.
- Schlegel, Friedrich: *Geschichte der alten und neueren Literatur*: 374.
- Schott, Andreas: *Hispania illustrata seu rerum urbiumque Hispaniae*: 201 n. 314.
- Segisberto de Gembloux: *Depassione sanctorum Thebeorum* 575: 92 n. 20.
- Séneca: *Benef.* III 4, 1: 72 n. 33; IV 4, 1: 72 n. 33; IV 19, 1: 72 n. 33; *De consolatione ad Marciam*: 246; *Dial.* II 15, 4: 72 n. 33; II 16, 1: 72 n. 33; VII 12, 4, 1: 72 n. 33; VII 12, 4, 4: 72 n. 33; VII 13, 1: 72 n. 33; VII 13, 2: 72 n. 33; VII 18, 1: 72 n. 33; VII 19, 1, 3: 72 n. 33; VII 27, 5: 72 n. 33; VIII 1, 4: 72 n. 33; VIII 3, 2, 3: 72 n. 33; VIII 7, 3, 1: 72 n. 33; IX 2, 14: 72 y n. 32; IX 4-7: 195 n. 291; X: 234; X 14, 2: 72 n. 33; *Epistolae*: 72 n. 33, 121; *Epist.* II 5: 73, 156 n. 205; II 5, 3: 72 n. 33; IV 10: 195 n. 291; V 6: 196; VI 6, 6: 72 n. 33; VII 11, 5: 72 n. 33; VIII 7, 2: 72 n. 33; VIII 8, 2: 72 n. 33; VIII 8, 4: 72 n. 33; IX 1, 1: 72 n. 33; IX 1, 4: 72 n. 33; IX 8, 4: 72 n. 33; IX 18, 4: 72 n. 33; IX 20, 2: 72 n. 33; XI 9, 1: 72 n. 33; XII 11, 1: 72 n. 33; XII 11, 3: 72 n. 33; XIII 8, 6: 189 n. 275; XIII 17, 5: 72 n. 33; XIV 17, 6: 72 n. 33; XVI 7, 5: 72 n. 33; XVII 11, 4: 72 n. 33; XVIII 9, 2: 72 n. 33; XVIII 14, 2: 72 n. 33; XIX 10, 4: 72 n. 33; XX 9, 2: 72 n. 33; XX 11, 2: 72; XXI 3, 1: 72 n. 33; XXI 4, 2: 72 n. 33; XXI 5, 3: 72 n. 33; XXI 7: 227 n. 375; XXI 7, 2: 72 n. 33; XXI 9, 2: 72 n. 33; XXI 9, 6: 72 n. 33; XXII 3: 194 n. 287; XXII 5, 3: 72 n. 33; XXII 13, 4: 72 n. 33; XXIII 9, 2: 72 n. 33; XXIV 20, 1: 234 n. 398; XXIV 22, 4: 72 n. 33; XXV 4, 6: 72 n. 33; XXV 4-5: 195 n. 291; XXV 5, 2: 72 n. 33; XXV 6, 8: 72 n. 33; XXVI 8, 5: 72 n. 33; XXVII 9, 2: 72 n. 33; XXVIII 9, 3: 72 n. 33; XXIX 11, 2: 72 n. 33; XXX 14, 1: 72 n. 33; XXXIII 2, 2: 72 n. 33; XXXIII 2, 6: 72 n. 33; XLVI 1, 6: 72 n. 33; LII 3, 1: 72 n. 33; LII 4, 5: 72 n. 33; LIII: 72 n. 34; LVIII 9, 5: 72; LXVI 18, 4: 72 n. 33; LXVI 18, 8: 72 n. 33; LXVI 47, 1: 72 n. 33; LXVI 47, 8: 72 n. 33; LXVI 48, 1: 72 n. 33; LXVI 48, 5: 72 n. 33; LXVII 15, 3: 72 n. 33; LXVIII 1: 194 n. 290; LXVIII 10: 194; LXXIX 9, 5: 72 n. 33; LXXIX 15, 1: 72 n. 33; LXXIX 16, 3: 72 n. 33; LXXIX 16, 4: 72 n. 33; LXXXI 11, 7: 72 n. 33; LXXXV 18, 4: 72 n. 33; LXXXIX 11: 46 n. 26; XCII 25, 10: 72 n. 33; XCV

- 11, 5: 72 y n. 32; XCV 33-52: 80 n. 63; XCVII 13, 2: 72 n. 33; XCVII 15, 7: 72 n. 33; CVI 8, 2: 72 y n. 32; CVI 8, 4: 72; CX 6, 3: 72; CX 7, 1: 72; CXIX: 196 n. 292, 230 n. 388; *Herc. O.* 192-94: 161 n. 218; *Med.* 301-8: 170 n. 237; *Mor.* 113 (Ps.-Sen.): 201 n. 315; *Moralis philosophiae libri*: 87; *Naturales quaestiones*: 60; *Nat.* I 3, 2: 107; I 8, 2: 107; IV 3, 4: 72 n. 32; VI 20, 5: 72 n. 33; *Oct.* 416-36 (Ps.-Sen.): 237; *Oct.* 426 (Ps.-Sen.): 230 n. 386; *Phaedr.* 492: 183; *Phaedr.* 525-58: 237 n. 406; *Phaedr.* 527-28: 230 n. 386; *Phaedr.* 540: 230 n. 386; *Tro.* 371-408: 212 n. 338.
- Sententiae philosophorum* (florilegio, ms. Q-I-14): 97
- Serna, fray Melchor de la: *El jardín de Venus*: 212; "Alma Venus, madre y diosa": 213.
- Servio: *Aen.* I 211: 77 n. 49; III 137-39: 77 n. 49; IV 625: 77 n. 49; V 606: 107; VI 625: 77 n. 49; VIII 233: 77 n. 49; XII 87: 77 n. 49; *Georg.* I 46: 77 n. 49; I 139: 77 n. 49; II 42: 77 n. 49; II 2: 69; II 49: 69; II 247: 77 n. 49; II 372: 77 n. 49; II 479: 77 n. 49; III 289-93: 77 n. 49.
- Sexto Empírico: *M.* VII 22: 55 n. 54; X 18: 44 n. 21.
- Shelley, Percy B.: *Prometheus unbound*: 262 n. 474, 375; *Queen Mab*: 375; *Queen Mab* (notas V 58 y V 112-13): 375 n. 682; "Song: rarely comest thou" 25-39: 262 n. 474; *The Revolt of Islam* ("Preface"): 374-75 n. 680.
- Sidonio Apolinar: *Carm.* IX 265: 78 n. 52.
- Siles, Jaime: "Variación barroca sobre un tema de Lucrecio" (*Semáforos, semáforos*): 537-38.
- Silio Itálico: *Punica*: 119 n. 81; XV 180: 201 n. 315.
- Simón Abril, Pedro: *Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas y la manera de enseñarlas*: 201 n. 313; *Comedias* de Terencio (trad.): 201 n. 313; *Epístolas* de Cicerón (trad.): 201 n. 313; *Fábulas* de Esopo (trad.): 201 n. 313; *República* de Aristóteles (trad.): 201 n. 313.
- Sisebuto de Toledo: *Carmen de luna*: 109-14, 311 n. 578; *De ratione temporum*: 109; *Epist.* IX: 102; *Vita Desiderii Viennensis*: 109.
- Sófocles: *El.* 107: 161 n. 218; *El.* 147-49: 161 n. 218.
- Soter, Joannes: *Epigrammata aliquot graeca veterum elegantissima*: 232 n. 394.
- Soto, Lázaro de: *De locis in homine*: 96 n. 33.
- Speroni, Sperone: *Dialogo d'Amore*: 182-83.
- Speyert van der Eijck, Simon: *De galvanismo*: 348.
- Spinoza, Baruch: *Ética*: 262 n. 471.
- Strauss, David F.: *Die christliche Glaubenslehre in ihrer geschichtlichen Entwicklung und im Kampfe mit der modernen Wissenschaft*: 409 n. 749.
- Suetonio: *De notis scripturarum* (fr. p. 138 Reifferscheid): 64; *De poetis*: 63 n. 2; *Rhet.* I: 52 n. 41.
- Swinburne, Algernon Charles: "For the Feast of Giordano Bruno, Philosopher and Martyr": 41 n. 8.
- Tácito: *Ann.* XV 44: 465 n. 835.

- Tamayo de Vargas, Tomás: *Notas a las obras de Garcilaso de la Vega*: 160 n. 216.
- Tasso, Bernardo: “Mentre che l’aureo crin v’ondeggia intorno” (*Gli amori*, soneto): 208 n. 326, 211 n. 332.
- Tasso, Torquato: *Discorsi del poema eroico*: 328 n. 599; *Epist.* a Scipione Gonzaga: 135 n. 149, 200 n. 309; *Gerusalemme liberata* I 2-3: 359 n. 649; I 3-4: 190-91; IX 18, 7: 201 n. 315; XV 53-54: 176; *Le sette giornate del mondo creato*: 139; *Noches*: 389 n. 709; “O Musa, tu che di caduchi allori”: 235 n. 400; “Quel labbro che le rose han colorito” (soneto 549): 208 n. 329; *Rime* II 4: 205; XVIII (“Pensier che mentre di formar mi tenti”): 206.
- Tennyson, Alfred: *Lucretius*: 39 n. 1, 474 n. 864.
- Teócrito: VII 87-88: 67 n. 18.
- Teognis: I 219-220: 231 n. 390; I 330-36: 231 n. 390.
- Terencio: *Comedias*: 242 n. 419.
- Terradillos, Ángel M.^a: *Colección de trozos selectos de Literatura Latina y Literatura Española*: 243 n. 422, 336, 360 n. 650, 422-23, 422 y nn. 779 y 780; *Páginas de la infancia*: 422 n. 780.
- Tertuliano: *Adv. Hermog.* VIII 3: 79.
- Textor, Ravisio: *Epitheta*: 240; *Officina*: 214 n. 347.
- Tibulo: I 1: 231 n. 390, 329 n. 603; I 1, 25: 68, 192; I 1, 39-40: 196 n. 292; I 4, 8: 222 n. 365; I 9, 27-29: 68 n. 22; II 1: 348 n. 637; III 7, 196: 342 n. 628.
- Tito Livio: *Ab urbe condita libri*: 90, 127 n. 117.
- Tomás de Aquino: *Summa contra gentiles* I 13[14]: 78 n. 54.
- Torrente Ballester, Gonzalo: *Javier Mariño. Historia de una conversión*: 541; *Los gozos y las sombras*: 541; cap. III (*Donde da la vuelta el aire*): 542-43; cap. VIII (*Donde da la vuelta el aire*): 543-44; cap. X (*El señor llega*): 542.
- Torres Naharro, Bartolomé de: *Comedia soldadesca* 75-99: 231 n. 390.
- Toscano, Juan Mateo: *Octo cantica sacra*: 174 n. 241.
- Tostado, Ingenuo (pseudónimo de Martínez de la Rosa): *Incompatibilidad de la libertad española con el restablecimiento de la Inquisición*: 365 n. 656.
- Tottel’s Miscellany*: 556.
- Traversari, Ambrogio: *Epist.* a Leonardo Giustiniani: 120 n. 86.
- Trillo y Figueroa, Francisco de: “A una desgracia de amor” (“¡Cuánto dijera, oh Fili, si pudiera”): soneto): 205 n. 322.
- Tucídides: II 47-53: 60 n. 68.
- Unamuno, Miguel de: “El buitro de Prometeo” (“A la roca del mundo Prometeo”): 481 n. 877; “¿Es camello la nube o el camello...?” (soneto): 481; “Este buitro voraz de ceño torvo” (soneto): 480; *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. V: 478-79; cap. VII: 479; cap. IX: 478 n. 872; “Oración del ateo” (“Oye mi ruego Tú, Dios que no existes”; soneto): 480 n. 876.

- Universidad de Salamanca: *Libro de matrículas* (1592-93): 190 n. 279.
- Valera, Juan: "A Lucinda" ("Dulce es el tierno canto"): 448 n. 811; carta a Estébanez Calderón: 446; carta de 19 de mayo: 446 n. 809; *Dafnis y Cloe*: 446 n. 808; "El espejo" 47-60: 447-48; *Genio y figura* (epígrafe): 446; "La inspiración" 33-35: 342 n. 629; *Pepita Jiménez*: 406 n. 734, 422; *Pepita Jiménez* (colofón): 446; "Velada de Venus" (*Pervigilium*): 447.
- Valerio Flaco: I 667: 180 n. 253.
- Valerio Máximo: I 3, 3: 52 n. 41.
- Valla, Lorenzo: *Antidotum in Facium*: 121 n. 88; carta a P. Cándido Decembrio (n.º 18): 129 n. 124; *De vero falsoque bono*: 121; I 13, 8: 122 n. 89; I 47, 1: 121-22; *De voluptate*: 122 n. 89, 126 n. 111, 156; *Imitationes*: 129 n. 124.
- Vallejo, Alfonso: "Si dios hubiera muerto": 525 n. 944.
- Valverde, José María: "Aristóteles": 520; "El poeta, en la siesta dominguera" (*La conquista de este mundo*) 11-12: 466 n. 843.
- Varrón: *Rust.* I 1, 5-7: 359 n. 648; I 2, 6: 149 n. 188.
- Vega, Garcilaso de la: "Canción" III 63: 160 n. 216; IV: 148; IV 87-100: 148; IV 93-100: 150; V 54-55: 233 n. 395; "Copla" I: 160 n. 216; "Égloga" I 324-29: 215 n. 348; I 324-37: 145 n. 183, 160-61; II 2: 160 n. 216; II 323: 177 n. 248; III 321-28: 163-64; "Elegía" I 304: 177 n. 248; II 188: 160 n. 216; II 282: 177 n. 248; "Soneto" VII: 205 n. 322, 206; VIII: 162-63; VIII 8: 163; VIII 9: 163 n. 222, 177 n. 248; XIII 12: 177 n. 248; XVI 8: 177 n. 248; XXIII: 208 n. 326, 211 n. 332; XXIII 12-14: 160 n. 216; XXXIV: 160 n. 216, 161-62, 165, 176, 177 y n. 248, 178; XXXIV 3: 177 n. 248; XXXIV 13-14: 162.
- Vega, Inca Garcilaso de la: *Comentarios reales* I 15: 338 n. 625.
- Vega, Lope de: "A la creación del mundo" (romance): 214 n. 347; "Al cabo de los años mil" (*Los Ponces de Barcelona*, Parte IX; villancico): 221-22; "Amarilis" (égloga) 193-200: 219; "Amarilis" 393-400: 219-20; "Amarilis" 393-401: 360 n. 650; *Barlaán y Josefát*: 246 n. 246; *Dorotea* III: 218; "Hombre mortal mis padres me engendraron" (*Rimas sacras*; soneto): 217-18; *Los Ponces de Barcelona*: 220; "¡Oh libertad preciosa..." (*Arcadia*; canción) 1-104: 215-16; "¡Oh libertad preciosa..." 13-15: 216; "¡Oh libertad preciosa..." 38-39: 216; "Pobre barquilla mía" (*Dorotea* III 7; romance) 113-28: 218-19; "Que eternamente las cuarenta y nueve" (*Rimas humanas* 56; soneto): 222-23, 481 n. 878; *Rimas* ("Prólogo a don Juan de Arguijo"): 214 n. 347; *Rimas humanas*: 222; *Rimas sacras*: 216; "Rompe una peña el agua cuando estriba" (soneto): 222 n. 365; "Serrana hermosa, que de nieve helada" (epístola) 49-60: 214-15; "Si culpa, el concebir, nacer tormento" (soneto): 235 n. 401; "Si gasta el mar la endurecida

- roca" (*Rimas humanas* 32; soneto): 222.
- Vega, Ventura de la: "A don Mariano Roca de Togores" (epístola) 112-14: 368; traducción del canto I de la *Eneida*: 368.
- Veitch, John: *Lucretius and the Atomic Theory*: 411-12.
- Vela, Javier: "La eternidad renace" ("El aire, ser"): 457 n. 824.
- Velaza, Javier: "Átomo" (*Los arrancados*): 538-39.
- Verona, Guarino de: *Epist.* 586.33: 121 n. 88.
- Vespasiano da Bisticci: *Vite degli huomini illustri dall secolo XV*: 118 n. 76.
- Vettori, Pietro: *Epistolarum libri X. Orationes XIII*: 140 n. 165.
- Vicent, Manuel: "Gentleman" (sección "Última" del *Diario "El País"*, 04-02-2007): 544 n. 969; "Plegarias" (sección "Última" del *Diario "El País"*, 24-02-2008): 544-45; *Son de mar*: 544; "Universo" (sección "Última" del *Diario "El País"*, 13-05-1993): 544 n. 969.
- Vida, M. Girolamo: *De arte poetica lib. III. De bombyce*: 125 n. 108.
- Vidales, Raquel: "Filosofía de urgencia en estado de alarma": 34 n. 8.
- Villaespesa, Francisco: "Jaramagos" I (*Flores de almendro*): 484; *Intimidades*: 484.
- Villar y García, Martín: *Historia de la Literatura Latina* (p. 118): 416-17.
- Villegas, Esteban Manuel de: "En tanto que el cabello" (*Eróticas*): 208 n. 326.
- Villén de Biedma, Juan: traducción de los *Carmina* de Horacio: 555.
- Villeras y Roelas, José: "Guadalupe": 359 n. 647.
- Virgilio: *Églogas*: 242 n. 419; *Ecl.* I 1-2: 171; I 1-5: 67 n. 18; I 2: 67 n. 18; III 92-93: 209 n. 329; III 93: 208; IV: 75 n. 42; IV 18-45: 338; IV 31-32: 170 n. 237; IV 31-36: 237 n. 406; VI 1: 52 n. 44; VI 1-9: 52 n. 43; VIII 85-89: 215; X 69: 222 n. 365; *Eneida*: 52 n. 44, 66 n. 13, 76, 148, 200 n. 312, 296 n. 557, 368, 558 n. 7; *Aen.* I 1-20: 382 n. 699; I 58: 459 n. 826; I 223-35: 149 n. 189; I 349: 230 n. 386; II 363-69: 369 n. 663; II 379-81: 209 n. 329; III 57: 230 n. 386; III 354-57: 342 n. 628; III 571-82: 342 n. 628; VI 278: 201 n. 315; VI 403: 326 n. 596; VI 522: 201 n. 315; VI 638-41: 148 n. 187; VII 785-86: 342 n. 628; VIII 326-27: 237 n. 406; VIII 416-22: 342 n. 628; X 6: 149 n. 189; X 100-3: 149 n. 189; X 104: 149 n. 189; *Georgica*: 41, 66 n. 13, 71, 76, 220, 252, 296 n. 557, 312, 328, 332, 344 n. 631, 359; *Georg.* I 1: 359 n. 648; I 5-23: 359 n. 648; I 6: 359 n. 648; I 125-38: 237 n. 407; I 471-73: 342 n. 628; II 136-76: 149 n. 188; II 327: 230 n. 386; II 490: 67 n. 15, 102 n. 47, 491; II 490-92: 67, 120 n. 84, 321-22 n. 586, 427 n. 789; II 491-92: 67 n. 15; II 492: 67 n. 15; III 10-15: 52 n. 43; III 289-93: 52 n. 43; IV 173: 342 n. 628; IV 499-502: 212 n. 339; IV 511-15: 161 n. 218, 215 n. 348; IV 511-16: 145 n. 183.
- Viterbo, Egidio da: *Historia viginti saeculorum*: 131.
- Vitrubio: IX, *pr.* 17: 71, 75, 120 n. 84.

- Vives, Juan Luis: *De anima et vita*
XIX: 84 n. 78.
- Vossius, Isaac: *De Nili et aliorum
fluminum origine*: 92 n. 22;
*De poematum cantu et viribus
rhythmi*: 92 n. 22; *De vera mundi
aetate*: 92 n. 22.
- Wieland, Christoph Martin: *Die
Natur der Dinge*: 143 n. 176.
- Wittgenstein, Ludwig: *Tractatus
logico-philosophicus*: 466.
- Wordsworth, William: “A Landor”
XX 4: 375 n. 684.
- Yahia, Guedella: *Dialogos de amor
de Mestre Leon Abarbanel
medico y filosofo excelente*: 163
n. 221.
- Zacchia, Pablo: *Quaestiones
medico-legales*: 143 n. 178.
- Zeno, Apostolo: carta a Alessandro
Marchetti: 257; carta a Anton
Francesco Marmi: 257.
- Zenón de Sidón: *Contra Cratero*: 50
n. 35.
- Zola, Émile: *L’Assommoir*: 407.
- Zorrilla, José: *Cantos del trovador*
(Leyenda sexta, tercer fragmento):
397; “La margen del arroyo”:
397-99.

